

A black and white portrait of Sebastián Randle. He is wearing a dark beret, a dark jacket, and a light-colored scarf. He is looking down and to the right, with a pipe in his mouth. The background is a textured, light-colored wall.

Sebastián Randle

Castellani

1899 - 1949

Sebastián Randle

Castellani

1899 - 1949

Editorial Vórtice
Buenos Aires

A San Ignacio de Loyola.

A Quipo.

Ambos merecían un desagravio.

Índice

[Advertencia bibliográfica](#)

[Reconocimiento](#)

[El Alambique \(1872 1880\)](#)

[Milonga del '900](#)

[Norte Bravo](#)

[Nuchi](#)

[Perfume de Mujer](#)

[Marzal](#)

[Don Quijote de la Pampa](#)

[Ascesis del '900](#)

[Cosa de locos](#)

[Moro](#)

[Zapatetas](#)

[Para siempre](#)

[De amicitia](#)

[Antisemita](#)

[Tercerón](#)

[El color del tiempo](#)

[Sembradura de vientos](#)

[El ocio y la vida intelectual](#)

[Pensar la Patria](#)

[Sobre tres modos de ver la guerra](#)

[El cura loco](#)

[A la Salinger](#)

[Dic Ecclesiae](#)

[Baile de Negros](#)

[Trajecito Azul](#)

[Mungué](#)

[Magnópolis](#)

[Job](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice sobre su doctorado](#)

[Índice onomástico](#)

Advertencia bibliográfica

El material aún inédito de Castellani se ha citado del siguiente modo:

Antecedentes: Siete páginas dactilografiadas y que han circulado en copia mimeográfica con el título de «Leonardo Castellani: antecedentes de mi caso». No tiene pie de imprenta, pero puede colegirse que fue escrito en 1953. También se lo puede consultar en el Apéndice de *Conversaciones* (pp. [127]144).

Celebración: Transcripción de las ponencias y debates de las «Jornadas de Homenaje al P. Castellani» celebradas en Bella Vista, Pcia. de Buenos Aires, los días 14 y 15 de agosto de 1993. La foliatura me pertenece. Se encontrará una transcripción de este congreso en: <https://www.smashwords.com/books/view/139459>

Diario: Refiero así al casi medio centenar de cuadernos (desde el año 1923 hasta 1973) en los que Castellani anotó con elegante y muy legible caligrafía asuntos de variada índole: reflexiones, notas prácticas, borradores de carta, aforismos, poesías y comentarios de muy diversa extensión sobre personas, películas, programas de radio y libros, además de los episodios que le tocan en suerte. Predominan notablemente escrupulosas referencias a sus estados de ánimo y salud. Dado que no todos estos cuadernos están foliados, he preferido citar los asientos por su fecha. He reproducido los subrayados y destacados del autor.

Mi Confesión: Copia de carta manuscrita de Castellani dirigida a su hermano Arnaldo y fechada en Buenos Aires el 6 de octubre de 1949. Son 41 páginas así intituladas que comienzan así: «Cedo a tus deseos de que escriba una relación objetiva de los sucesos por los que he pasado en estos tres años, desde el 31 de julio de 1946». Citamos según la foliatura de Castellani.

Hermeneútica: «Hermenéutica y Verdad» es un trabajo sin publicar de Irene Caminos. Se trata de un escrito dactilografiado de doce carillas sin foliar en el que no se indican las fuentes de lo que allí se refiere, aunque se reproducen cartas de Castellani, de Travi y de Janssens. Aquí se cita según nuestra propia foliatura.

Seis Conferencias: Manuscrito con seis conferencias pronunciadas por Castellani sobre exegética en fecha y lugar no establecidos. La foliatura es de Castellani. Actualmente hay una transcripción disponible en <http://www.etvoila.com.ar/miscelaneas.php?id=29>

Dado que en los últimos años las editoriales Vórtice de Buenos Aires y Jauja de Mendoza han publicado más de una docena de libros de Castellani, he actualizado la mayor parte de mis citas con el fin de facilitar su consulta. Con todo, en algunos casos me he conformado con dejar las referencias que había tomado de ediciones anteriores (notablemente en el caso de *El Apokalypsis* y los «Directoriales» que se encuentran reproducidos en *Un país de Jauja* y que, por lo general, he tomado de la revista). También he citado en general las cartas llamadas «Provinciales» de los facsímiles que tenía a la vista, aunque algunas de ellas aparecen reproducidas en *Cristo y los Fariseos*.

Las referencias se designan conforme al siguiente detalle (donde no se cita ciudad, debe entenderse

que se trata de Buenos Aires):

Apokalypsis: **El Apokalypsis**. México, Jus S.A., 1967.

Barletta: Cap. XXIV de **Las ideas de mi tío el cura**. Excalibur, 1984.

Benjamín Benavídes: **Los papeles de Benjamín Benavídes**. Dictio, 1978.

Caillet: **Una gloria santafesina. Horacio Caillet Bois. Vida y obra**. Penca, 1976.

Camperas: **Camperas**. Vórtice, 1990.

Catecismo: **Catecismo para adultos. 16 lecciones sobre el Verbo Encarnado**. Grupo Patria Grande, 1979.

C. x C.: **Castellani por Castellani**. Mendoza, Jauja, 1999.

Cimarronas: **Doce parábolas cimarronas**. Itinerarium, 1960.

Conversación y Crítica: **Conversación y Crítica Filosófica**. Espasa Calpe, 1941.

Conversaciones: **Conversaciones con el P. Castellani**. Pablo José Hernández, Hachette, 1976.

Cristo Vuelve: **Cristo ¿vuelve o no vuelve?** Dictio, 1976.

Crítica: **Crítica Literaria**. Dictio, 1974. (Vol. IV de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista).

Decíamos Ayer: **Decíamos ayer**. Sudestada, 1968.

Domingueras I: **Domingueras Prédicas**. Mendoza, Jauja, 1997.

Domingueras II: **Domingueras Prédicas II**. Mendoza, Jauja, 1998.

Ducadelia: **El crimen de Ducadelia y otros cuentos del trío**. 1959, Doseme.

Dulcinea: **Su majestad Dulcinea**. Grupo Patria Grande, 1974.

El Evangelio: **El Evangelio de Jesucristo**. Vórtice, 1997.

El Rosal: **El rosal de Nuestra Señora**. Epheta, 1999.

Fantasma: **El enigma del fantasma en coche**. Editorial Norte S.R.L, 1958.

Fariseos: **Cristo y los Fariseos**. Mendoza, Jauja, 1991.

Fierro: **La muerte de Martín Fierro**. Cintra, 1953.

Freud: **Freud**. Mendoza, Jauja, 1996.

Freud en cifra: **Freud en cifra**. Ed. del Buen Ladrón, 1973.

Juan XXIV: **Juan XXIII (XXIV). Una fantasía**. Theoría, 1964.

Kant: **La crítica de Kant**, por Joseph Maréchal y Leonardo Castellani, Penca, 1946.

Kirkegord: **De Kirkegord a Tomás de Aquino**. Guadalupe, 1973.

Las ideas de mi Tío: **Las ideas de mi tío el cura**. Excalibur, 1984.

Liberalismo: **Esencia del liberalismo**. Dictio, 1976. (Vol. VIII de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista).

Lugones: **Lugones**. Dictio, 1976. (Vol. VIII de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista).

Martita Ofelia: **Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas**. Dictio, 1977.

Metafísica: **Elementos de Metafísica**. D.A.L.I.A., 1951.

Metri: **Las muertes del Padre Metri**. Dictio, 1978

Militis: **Las canciones de Militis**. Dictio, 1973. (Vol. I de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista).

Norte Bravo: **Historias del Norte Bravo**. Huemul, 1970.

Notas a Caballo: **Notas a caballo de un país en crisis**. Dictio, 1974. (Vol. IV de la Bibl. del Pens. Nacionalista).

Nueva Crítica: **Nueva crítica literaria**. Dictio, 1976. (Vol. VIII de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista).

Oraciones: **El libro de las oraciones**. Dictio, 1978.

Parábolas: **Las parábolas de Cristo**. Mendoza, Jauja, 1994.

Parusía: **La Iglesia Patrística y la Parusía**. Paulinas, 1962.

Política y Salvación: **Política y Salvación**. Ed. Patria Grande. Se trata de una conferencia de la década del '70.

Psicología: **Psicología humana**. Mendoza, Jauja, 1995.

Reforma: **La reforma de la enseñanza**. Vórtice, 1993.

Reseña: **Reseña Biográfica**, apéndice al Vol. I de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Dictio, 1973.

Ruiseñor: **El ruiseñor fusilado. El místico**. Penca, 1975.

Sancho: **El nuevo gobierno de Sancho**. Dictio, 1976.

San Agustín: **San Agustín y nosotros**. Mendoza, Jauja, 2000.

Seis Ensayos: **Seis ensayos y tres cartas**. Dictio, 1978.

Suma Teológica: *Santo Tomás de Aquina*, **Suma Teológica**, Buenos Aires, 1988, *Club de Lectores*.

Un país: **Un país de Jauja**. Mendoza, Jauja, 1999.

*

Reconocimiento

En primer lugar querría recordar aquí a don Alejandro Bilyk, quien con incansable hospitalidad nos recibió en su librería todos los viernes durante un par de años donde –entre otras cosas– se fue incubando la idea de este libro: sin esas reuniones y el empujón inicial de Alejandro, que me acercó papeles inéditos de Castellani, no lo habría intentado jamás.

Aquí también cabe recordar a Mauro Divito, distinguido colega y amigo que, con ser absolutamente ajeno a los tópicos, las ideas y las cuestiones aquí tratadas, me alentó a emprender la redacción del libro por pura y libérrima intuición de que a lo mejor valía la pena. Quiera Dios que estuviese en lo cierto.

En este orden de cosas, también quedo reconocido al P. Carlos Biestro quien bendijo la iniciativa y autorizó la imprescindible consulta del archivo personal de Castellani cuya custodia tiene el instituto que lleva su nombre y que tiene sede en Mendoza, bien que –como todos los aquí mencionados– en modo alguno es responsable de mi selección de textos, opiniones y general percepción de Castellani y sus cosas. También quiero agradecer la magnífica hospitalidad de los mendocinos que me recibieron en su ciudad: Roberto Bär y familia, Alejandro y Silvina Pollicino, Néstor Luján y Pablo Blas, quienes me facilitaron la búsqueda de los necesarios papeles con paciencia y cordial interés por el proyecto.

Debo además especial gratitud al P. Carlos Baliña que me facilitó gran cantidad de material inédito, además de acompañarme a cada paso con interesantes sugerencias y estimulante crítica.

Tampoco puedo olvidar la inestimable ayuda de Roberto Baschetti quien me acercó numerosas fotocopias y retazos de información de difícil acceso; con gusto destaco su desinteresada colaboración, sobre todo por las diferencias ideológicas que nos separan –y que nos unen. Y hablando de información de difícil acceso: sin los geniales oficios de Jorge C. Bohdziewicz no nos habríamos agenciado de un montón de papeles sumamente interesantes para esta biografía y que han servido para documentar desconocidos retazos de la historia argentina contemporánea.

Por otra parte querría destacar que ninguno de los s sale a la luz sin que algún benévolo amigo los haya revisado y comentado con generoso interés. Así participaron de la ingrata tarea de leer capítulos sueltos y arrimar ideas, sugerencias y correcciones mi mujer, María Marta, además de Luis María Rizzi, Ricardo A. Paz, Hugo Esteva, José Vásquez, Javier Anzoátegui, Fernando Córdoba, Guillermo Giangreco, Diego Richards, Arturo Gutiérrez, Enrique del Carril, Luis Rizzi, Daniel Saint Jean, Manuel Arévalo Silva y Alejandro Speroni.

Además leyeron el manuscrito entero Federico Mihura, Max Perkins y Sergio Quiroga quienes también aportaron críticas y sugerencias por demás valiosas.

Largas e interesantísimas charlas con Aníbal D'Angelo me ayudaron a situarme en el contexto histórico en que se desenvolvió Castellani y le estoy especialmente agradecido por haberse tomado el trabajo de revisar minuciosamente el libro entero aportando incontables correcciones y enmiendas, además de contribuir a la confección del índice onomástico.

También me resultaron muy valiosas las sosegadas **Conversaciones** con Roberto Brie, seminarista en Devoto durante la década del '40, novicio jesuita y fino conocedor de la Compañía de entonces y sus cosas. Su crítica del «A la Salinger» me resultaba indispensable para animarme a incluirlo aquí.

En memorable tarde de paseo porteño Tito Mihura me sacó de un atolladero en que me había metido a propósito del patriotismo de Castellani: gracias a su intuición sobre el país que duele, el libro arrancó de nuevo después de tres meses de (dramático) receso.

De las innumerables entrevistas que mantuve con quienes lo conocieron a Castellani destaco a quienes mostraron especial interés por el asunto: Federico Ibarguren, Juana Almeida, Angel Vergara del Carril, Héctor Sceppacuercia, la encantadora María Esther Borzami (la «señorita Providencia»), Francisco Bosch, Efraín Martínez Zuviría, Elena y Matilde Von Grolman, Antonio Rego, Ignacio Anzoátegui, Fermín Chávez, Irene Caminos, Juan Luis Gallardo, Julieta Seeber de Bosch, Malisa Gamallo, Bernardino Montejano, Norberto Quantín, Tomás Richards y Marcelo Sánchez Sorondo. Por razones obvias me reservo la identidad de los tres jesuitas que me dieron una mano con el necesario «research» (iba a escribir «investigación», pero prefiero evitar el vocablo por su inevitable connotación policial).

Debo también agradecer aquí los inútiles esfuerzos de mi padre por obtener información en la curia de la Compañía en Roma: su fracaso ante la impermeabilidad de los archivistas nos confirmó en lo que ya sabíamos.

No quiero embromarlo a mi confesor y amigo de años y años nombrándolo aquí, pero quiero agradecer su interés por esta biografía y la generosidad con que, con característica perspicacia, fue identificando y exorcizando las inquietantes repercusiones psíquicas, afectivas y espirituales que se fueron generando al tratar los difíciles tópicos que el lector verá (semejante confesor merecía mejor confesando).

El psiquiatra y ex jesuita, Dr. Juan Rodríguez Leonardi y su mujer, María E. del Sel, Psicóloga Clínica, me ayudaron con las intrincadas cuestiones de psiquiatría aquí ventiladas.

A pesar de todo, quizá debería recordar aquí al P. Hernán Benítez por la información que me suministró en una larga entrevista pocos meses antes de su fallecimiento. Lo de mi pesar es por las razones que el lector verá.

También debo especial gratitud a mi hermano Nicolás que me regaló la computadora con que esto se escribió (eran bastante más caras entonces que ahora).

Dicen que un buen libro se escribe en quince años y quince días. Pues bien, no se podría haber escrito éste sin el concurso de Jorge N. Ferro y Eduardo B. M. Allegri: con ellos hemos conversado sobre el gran mundo de Castellani durante la mejor parte de un cuarto de siglo en campamentos, viajes en tren, morosas mateadas, juveniles «rabonas», excursiones de pesca, charlas de bar y espléndidas caminatas. Así es que si este trabajo tiene alguna cosa rescatable, se le debe atribuir a ellos también. Por otra parte su escrupuloso oficio de críticos literarios y correctores de estilo han resultado invalorable. Pero mucho más que eso: sin su ininterrumpida amistad este libro no habría sido posible.

Al modo del «Niggle» de Tolkien, debo una mención a los «Parish» que indirectamente influyeron en esta obra más o menos inconscientemente. Así, debo incluir aquí una mención de gratitud para mis empleados de la Fiscalía, así como también agradecer a los compañeros de El Galpón de Bella Vista y a mis innumerables hijos que con frecuentes «interrupciones» colaboraron también, sabiéndolo yo y ellos, o no. O, dicho al modo de P. G. Wodehouse: sin su estímulo, iniciativas y general interés, este libro se habría terminado en la mitad de tiempo. (Tolkien con su cuento y yo con este trabajo hemos intentado demostrar que el refrán latino «aut libri, aut liberi» –o libros o hijos– admite excepciones).

Merece destacarse que este libro no podría haberse publicado sin la generosa y desinteresada contribución económica de muchos amigos (de Castellani, más que míos), encabezados por Federico Mihura Seeber.

Por último, en buena medida creo haber podido completar este trabajo gracias a uno de mis «hinchas» (en los dos sentidos de la palabra): mi vecino y pediatra de mis hijos, el Dr. Eduardo Duro, quien dedicó largas horas a investigar todo lo referente a las enfermedades de Castellani además de corregir un capítulo.

Pero más que eso: todos los días, al pasar yo delante de su consultorio – cruzando en diagonal un baldío que está a la vuelta de casa–, Eduardo me empujaba con insistentes y voncingleras órdenes a guisa de «¡A escribir, vamos! ¡Adelante con el libro!» y otros eficacísimos y sonoros medios de aliento.

Bella Vista, otoño de 2000.

*No es una lectura para chicas
que se alimentan de bocadillos
y de novelas yanquis,
ni para chicas en general,
ni para beatos, ni para burgueses, ni para burros,
ni para sacerdotes no advertidos,
ni para hombres sin percepción artística,
ni para la inmensa parroquia
de la moralina y de la ortodoxia infantil.
Asomarse al abismo no es para todos.*

A propósito de *Les Fleurs du mal*,
en **El Ruiseñor Fusilado**.

*El testigo de la Verdad vive para Dios;
de modo que Dios es el dueño de su testimonio,
y hace de él lo que quiera.
Si se le antoja hacerlo resplandecer,
nadie puede impedirselo,
ni una falange entera de macaneadores.*

Diario, 15 de agosto de 1957.

Capítulo I

EL ALAMBIQUE

Chaco Santafesino

1872 - 1880

Recuerda que me formaste como barro.

¿Y ahora me reduces a polvo?

Job 10:9

Me pregunto si Don Leonardo no se arrepintió. Claro... ¿a quién se le ocurre mudarse a semejante lugar de selva, soledad y salvajismo? Porque una cosa es decir que se va de Europa a las Américas y muy otra es ir, mudarse, de la venerable ciudad de Florencia al chaco santafesino.

Al poco tiempo de llegar se encontraba en medio de una pesadilla.

Vio la masa de sombras vociferantes inundar las calles, los lanceros jinetes a la cabeza, relumbrando a la luz de las teas las terribles moharras; la turba detrás enloquecida.

Había que estar allí, en el chaco, para saber lo que es un malón.

Empezaron a ladrar por todos lados los rifles, en la oscuridad acribillada de relámpagos, de fogonazos, de alaridos...

Por eso me pregunto si don Leonardo no se habrá arrepentido. Una vez aquí, una vez que don Leonardo se vino a vivir a estas tierras, arrepentido o no, se va a quedar, qué le va a hacer. Pero, claro, uno se pregunta: ¿cómo se le ocurrió semejante idea?

Porque fíjense como se armó la cosa: estamos ante una joven familia florentina, él es arquitecto, ella, doncella de cierta clase, criada en el refinamiento de la buena sociedad. Todo esto a mediados del siglo pasado, antes de la unificación de Italia. Residen en Toscana, una república orgullosa de su tradición estética, de sus monumentos y de sus cuidadosas distinciones. Ostenta como principal galardón a Florencia, quizá –¿y quién se animará a disputarle el cetro?– quizá, digo, la ciudad más bonita del mundo, con sus fuentes y paseos, escalinatas y dorados atardeceres. Y su *via* de Castellani, qué se iban a creer, una de las calles importantes de la ciudad. Pero ahora que los Castellani se han venido a las Américas, miren lo que les toca.

Un momento después, las tinieblas eran literalmente barridas por una serie de explosiones inmensas: los ranchos de paja que ardían como pólvora, uno tras otro, irremisiblemente...

Comparado con lo que dejaron atrás...

Florencia fue cuna del Renacimiento, tiempos en que las fortunas amasadas por sus habilidosos comerciantes fueron destinadas a crear más y más arte, más belleza, frescos e imágenes, cúpulas y campanarios... y todo aquello que gira en torno al desafío, al despecho, a las guerras por honra, por patrimonio, por el atávico placer que encuentran estos hombres en mantener vivas interminables *vendettas*, el principal menester de todo florentino que se precie.

Ahora, esto otro...

Empezó la carnicería. La tribu había venido toda: hasta niños veía salir con despojos de los ranchos saqueados. Los guerreros y las mujeres se amontonaban temerariamente en las casas defendidas, que vomitaban mortífero tiroteo. Veía morder el polvo a los asaltantes, retirar las chinasy, los muertos sollevados por la nuca y los garrones, los heridos en brazos, los despojos en las manos. Vio en la casa de los Binaghi ceder la ventana y arder el techo, y salir un indio con una mujer desvanecida, y después otra mujer y muchachos y niños ser amarrados a los caballos por bajo cincha...

De allí, de Florencia, procedían, por ejemplo, Angélico y Jerónimo, dos famosos frailes dominicos, uno que pintaba de rodillas y el otro que te quemaba cuanta pintura se le antojaba pernicioso. Pero también, es ciudad repleta de personajes como della Mirándola, Médicis y otros tan tos apellidos ilustres, hechos de esdrújulas que resuenan con un mundo de libros y pinturas, mujeres intrigantes y entreveros políticos, prédicas apocalípticas y armoniosos coros gregorianos, voces y colores, sangre y fuego, conspiraciones, amoríos, guerras y religión.

Claro que si se trata de buscar un poco de adrenalina para condimentar la vida, no hay como un buen malón criollo.

Su corazón despavorido le parecía abarcar toda la tragedia en una sola mirada; las casas de ladrillo acribilladas a tiros, y asaltadas a fuego y ariete las puertas; la gusanera demoníaca en torno, el lancero que surgía de la sombra al galope, el que daba una voltereta limpia y rodaba, la india que huía con una cabeza en la mano...

Bien, aquí tenemos entonces los primeros ingredientes para este plato fuerte: él, don Leonardo Castellani, es arquitecto italiano constructor de iglesias (*) y cuenta con una esposa –doña Magdalena Diana–, y un hijo –Luis– de tres o cuatro años de edad. (*) Están chiflados, van para la Argentina.

De repente advirtió horrorizado que la casa de don Leonardo, donde la resistencia era más tenaz, iba a ceder, incendiada la puerta. Corrió a atajar, a interponerse, a morir. Pero un súbito incidente lo paró un momento, mirando. (*)

Y bien, hagamos lo mismo, detengámonos un momento, y miremos un poco. Estamos en 1872 y, por aquellos años difícilmente se encontrara región más inhóspita que el chaco santafecino, zona de donde el jesuita civilizador había sido expulsado hacía más de cien años. (*)

Son tierras tropicales, de calores infernales, clima húmedo, zona infestada de bichos e insectos de toda clase, de truhanes cristianos y, según hemos visto, de salvajes, abipones o mocovíes, los más temidos indios de entre las diversas tribus que asolaban el país.

El Norte santafecino es una selva bruta, no hay ley ni orden, se vive al albur del azar o de la Providencia... (*)

Y allí se instala este arquitecto con su reducida familia, bien al norte de la actual provincia de Santa Fe, llegando al límite actual con el Chaco.

Allí se encuentra destinado don Manuel Obligado, entonces coronel y jefe de la frontera norte de Santa Fe, que tiene por misión sostener a San Antonio, una reducción fundada con la ayuda de un fraile. El clérigo en cuestión no es otro que el P. Metri. O, si prefieren su nombre histórico, se trata de Fray Ermete Constanzi, que anda haciendo de las suyas. (*)

Entre otras cosas, es el fundador de la «Cofradía del Pan de San Antonio», cristianísima institución erigida en abierto desafío de las racistas ideas del presidente de la nación, Domingo Faustino Sarmiento, y que

incluía en su seno a todos los colonos prominentes; se ocupaba de hecho de todo el régimen de la colonia: un pequeño cabildo abierto extralegal hablado en italiano, en friulano, alemán, guaraní y criollo entreverado, que había enfrentado, moderado y aun doblegado más de una vez la misma rectilínea tozudez del mayor Ojeda.

¿Colonos prominentes? Bien, ninguno más que

Don Leonardo Castellani –no sé por qué respetos no lo voy a nombrar por su nombre–... maestro de obras italiano, medio arquitecto y medio agricultor y medio de todo. Prefecto de la cofradía, constructor de la iglesia y el brazo derecho del párroco en sus relaciones con los colonos. (*)

Un tipo de armas llevar, según parece.

Si yo hubiese tenido 20 años en 1860, hubiese sido liberal como Alejandro Manzoni o mi abuelo don Leonardo, pues me hubiese exasperado el gobierno de los austríacos en Italia y convencido las poesías de Giusti –no Roberto; pero ya en 1870 me hubiese espabilado, hubiese salido de las tropas de Garibaldi con el grado de teniente, hubiese enviado mi espada a Pío Nono, y me hubiese venido a la Argentina.

Así lo hizo mi abuelo. Se libró del Liberalismo. Pero me embromó a mí. (*)

Ahí tienen entonces para el recetario de cocina: primero, se saca a un florentino de esa bota que es Italia y se lo pone en esta otra que es la provincia de Santa Fe. O dicho con más impaciencia: se coloca a un florentino en medio de la selva.

Pero pocos años después habrá nueva mudanza porque

a mi abuelo no le gustó más. Y de allí pasó a Reconquista. (*)

Del otro lado del Paraná, frente a Goya, provincia de Corrientes, Reconquista es un pueblo que el Gral. Obligado había mandado trazar en 1872 –después de correr la línea de defensa hasta el Fortín Tostado– y que está asentado sobre el emplazamiento de la antigua reducción de los jesuitas, San Jerónimo del Rey. El pueblo se asienta sobre la margen derecha del arroyo Rey, un tributario del Paraná, y, como una de las nuevas colonias del tiempo de Avellaneda, está destinado a crecer con gente muy particular. (*)

Mi ciudad natal (o pueblo si ustedes quieren) es un ejemplo de lo que es la Argentina –o mejor dicho lo que deviene desde hace poco más de medio siglo. Fue una reducción jesuítica barrida hasta los cimientos por Carlos III de España («San Jerónimo del Rey»); y cuando mi abuelo el arquitecto florentino llegó, con su oficio de poner cimientos, era un puesto avanzado cerca de la selva («Reconquista») de once familias que constituían como una sola familia apretada por el peligro común y la necesidad. (*)

Don Leonardo, ya sabemos, es un tipo singular, y si no se le movió un pelo cuando vino de Florencia a San Antonio, ¿qué más le da Reconquista? Incluso, mudarse a esta flamante colonia significa para él y los suyos un pequeño progreso, más lejos de la línea de frontera, ubicada en una zona un poco menos selvática, un poco más cerca de la civilización. Es más, ya se habla del trazado de un ferrocarril que, dicen, harán los franceses. Claro que una cosa es don Castellani que viene de San Antonio de Obligado ya iniciado en los rigores de la frontera chaqueña, y muy otra los que se vienen directamente a Reconquista desde su Italia natal.

¿Quiénes son entonces los que se quieren venir a esta región inhóspita, tierra de salvajes, de barbarie, de desolación? ¿No saben lo que todos? El informe de Hotschewer fue editado en 1953, pero cien años antes, era sabido que aquí reinaban

sequías y granizo, grandes invasiones de langostas, y, ante todo, las incursiones de los indígenas. (*)

¿Quién diablos quiere venir aquí? Señores, quiero presentarles a los friulanos. Friuli es región del norte de Italia, un poco al norte de Venecia, en la punta derecha del mar, donde la tierra pega una vuelta hacia lo que conocemos como Yugoslavia: calzada entre el Adriático y la punta de los Alpes, es zona conocida también como el bajo Tirol. Estas regiones han sido disputadas a lo largo de los siglos: últimamente entre el Imperio Austro-Húngaro y la República de Venecia. Sus habitantes tienen el tipo eslavo –en cualquier historia de Roma se refiere el trabajo que le dieron a los del Lacio–, su lengua es hartó extraña y sus ciudades más conocidas hoy son Udine y Pordenone.

De aquí se vienen al chaco santafecino. El primer grupo llegó a Reconquista en octubre de 1878. Son 22 emigrantes guiados por el cormonés Emilio Zuccherò. (*) Estos primeros contingentes llegan quizá un año antes de que se mudara don Leonardo y su familia, que se encontraban en San Antonio desde 1872. Se instalan a un kilómetro del pueblo, en Colonia Avellaneda, el presidente argentino que promulgó la ley 817, que pagaba el pasaje de los inmigrantes, que les aseguraba mínimas condiciones sanitarias, una estadía gratuita de cinco días convenientemente alojados (en el «Hotel de los Inmigrantes», allí en pleno Puerto).

Pero, claro, eso no es nada, Avellaneda les ofrecía lotes de cien hectáreas en terrenos fiscales...

¿Dije cien hectá...?

Cuando de esto se enteró don Giacomo Modesti, agente de viajes, con oficinas en Udine, hizo traducir el texto legal a su costa y comenzó una intensa campaña propagandística. En todo el Friuli se veían afiches promoviendo la emigración con viejos incentivos publicitarios: hacerse la América, enriquecerse rápidamente, progresar...

¡Cien hectáreas!

En el Friul, como en todo el resto de Europa, desde la misma época del feudalismo, la propiedad, entendida con un alcance esencialmente inmobiliario, es la suprema categoría de la vida y 100 hectáreas de terreno constituían un latifundio superior al poseído por cualquiera de los odiados latifundistas locales. (*)

Mas no a todos les hizo gracia la cosa: se va gente capacitada, con dinero, de buenas maneras y porte, con fortuna personal. Las autoridades, preocupadas por la sangría, organizaron una indagación para averiguar qué cornos estaba pasando. Los alcaldes encuestados debían informar cuidadosamente sobre las causas de semejante diáspora.

Y bien, manos a la obra, cada cual con su modo. Por ejemplo, el síndico de Osoppo nos informa que

No fue la necesidad que empujó a dichas personas a emigrar, porque habrían podido conducir aquí una vida relativamente cómoda gracias a su oficio de albañil o cestero, o gracias a los pocos productos de terrenos de su exclusiva propiedad.

Por su parte, el alcalde de Budoia está francamente indignado:

Los emigrantes de aquí fueron inducidos a partir hacia América del Sud por cuentos fabulosos de tierras prometidas, nada o poco trabajo, comida fácil, barata y abundante, café y despilfarro; y para correr detrás de semejantes esperanzas quiméricas, todos vendieron su propia casa y terrenos y puede imaginarse a qué precios y sin embargo el primero de la lista (Luis Zamboni) sacó de la venta de sus bienes, la suma de Lir. 8.000 que le habría bastado para vivir en su patria.

(Y me pregunto qué tal le fue a Don Zamboni y su descendencia). Cuentos fabulosos, esperanzas quiméricas... y los instigadores están en la picota. El jefe de la comuna de Maniago especifica los cargos.

Otra causa de emigración ha de buscarse en las seducciones, en la bribonería y en los engaños de los agentes de emigración, autorizados y no autorizados... (*)

De nada valdrán los esfuerzos por detener el fenómeno. Se van. Dejan tierras habitadas durante siglos y siglos. Dejan el pueblo de sus choznos, de sus bisabuelos. No hay tutía; son tercos, obstinados. Más les dices que es una locura, que es insensatez dejar lo malo conocido, y más se entusiasman con el proyecto. Levantan campamento. Se vienen para acá.

Son friulanos, y están locos. Por caso, a mí me encanta la relación que hizo don Petriella de su propia historia para tratar de explicar lo que les sucedió a los que se asentaron en el chaco santafesino.

Yo vine de Italia directamente a una colonia llamada Pampa del Tigre, porque antiguamente había estado poblada por tal animal, en la zona noroeste del entonces Territorio de la Pampa Central, a 650 Km. de la ciudad de Buenos Aires; el panadero venía una vez por mes y traía grandes bolsas de galletas marineras, muy sabrosas el primer día, pero hechas una piedra después de algunas semanas; la carne era hasta sabrosa en los períodos de abundancia de pastos, pero durante las sequías, casi permanentes, parecía estopa prensada; médico, medicinas y cura, desconocidos; pantanos y arenales inmensos que dificultaban el acceso al más cercano centro poblado.

Me parecía entonces que no podía haber vida más difícil que la que yo vivía como pionero en la Pampa Central, y sin embargo me consideré un ser afortunado cuando conocí las peripecias de los primeros colonos friulanos en el Norte del país. (*)

Se comprende entonces, lo que escribe aquel emigrado de Lovaria a su cuñado Valentino, al compadre Antonio y a todos los de su pueblo natal.

¡Hacerse la América!

Habría sido mejor que Cristóbal Colón se hubiera ahogado en el mar antes de descubrirla. Os ruego no hacer caso de los que os sugieren de venir. Haced otro cadalso, haced morir a todos los cónsules como hicieron con Jesu Cristo. (*)

Gesú... Desde luego, no a todos les fue igual, pero doña Magdalena

Diana de Castellani, la esposa de don Leonardo, repite a menudo una frase que te hace pensar un poco:

El infierno está en esta vida. (*)

Tiene por qué decirlo, pobre doña Magdalena, destinada a compartir la cruz de la Santísima Virgen: verá como le matan al hijo.

Pero, insisto, hay quienes se establecen con bastante éxito en el lugar. Entre los que llegan a Reconquista, están también los Conte Pomi, una familia de origen noble que arraigará felizmente en estos pagos. Además, ni bien llegados a la Argentina de las promesas, les nacerá una niña bien bonita.

Estamos en Reconquista, es el año 1880, y la niña se llamará Catalina. Su destino está escrito, será madre. Dentro de poco conocerá al hijo de Don Leonardo. Para más datos, se llama Luis, le lleva 7 años y tuvo que disputarla con un rival, según hemos de ver. Se la va a ganar; le costará caro. Pero, en fin, la hermosa Catalina se casará con el joven Castellani.

Ya vamos viendo, entonces, cómo se va preparando la mezcla para un producto singular. El alambique de Dios va a producir un personaje nada común: será sacerdote, tendrá dos melodiosos nombres –de genio y de santo–, tres honrosos títulos académicos, cuatro profesiones harto diferentes, y escribirá cinco... mil poesías. Será autor de un centenar de libros y tendrá algo así como un millar de discípulos. Es el culpable de este libro y, seguramente, de mucho más.

Fermín Chávez ha querido darle un raro nombre a esta clase de hombres que Dios produce de vez en cuando, luego de una cuidadosa y complicada destilación.

Aquí la tierra no florece mucho... Los lirios no resisten esta tierra. (*)

¿Lirio?

Bueno, nosotros lo llamamos Castellani nomás.

*

Sábado, agosto de 1995. Esto comienza con insomnio, y así tenía que ser. No he dormido bien o, por

mejor decir, no he dormido. Desvelado y harto de combatir mis propias ocurrencias, he bajado al living. Hace un frío de locos. Todavía está oscuro. Enciendo el fuego en el hogar, me hago unos amargos y comienzo a desplegar los papeles que me ha dado Alejandro, vaya uno a saber por qué (¿o sabía, el muy canalla?). Son papeles de Castellani: originales y copias, documentos, cartas, artículos y títulos. Está la fe de bautismo, el título de la Sorbonne. Trato de poner orden, utilizando para ello toda la mesa. Revuelvo los papeles, leo, miro. Tengo un poco de miedo. Si bajara Quipo en este momento, ¿cómo se lo explico? Otro amargo. Contemplo los papeles y el fuego en la chimenea. Tengo un poco de frío. Imagino, pienso. A las nueve bajó Quipo. Se hizo un café, se sentó en el living e, inevitablemente, me preguntó sobre esos papeles desparramados y en qué andaba yo ahora... Bien, allá vamos. A tratar de explicárselo de modo que ella lo acepte. Al fin, no sobra el tiempo, ni la energía, ni la plata. En este tiempo andan tres de los niños con pañales, se acaba el gas antes de fin de mes y no hay más plata para otro tubo. El trabajo en Tribunales me tiene tapado. No sé cómo voy a pagar la cuota del Colegio... ¿para qué seguir? Y rogar a Dios que no se rompa el lavarropa, que no se sature el pozo ciego, que no se enferme alguno de los infantes. Pero tuve que confesarlo: «Hice un pacto con Castellani...». «¿Pacto?» –me mira desconfiada y con algo de miedo. Sabe demasiado bien que se casó con un insensato. Veo como un relámpago en sus ojos por donde los «trenos» desfilan a la velocidad de la luz: ¡Justo ahora que había dejado las clases, que estaba tan tranquilo! ¿No lo decía yo? Demasiado amansado, andaba. Ya iba a tener que cocinar alguna nueva quimera... pero... ¿pacto? ¿De qué pacto me habla? «¿Pacto?», preguntó de nuevo, con ese aire policial típico de las mujeres que se saben a sus maridos demasiado bien. No hay más remedio que contestar: «El me asciende en el trabajo y yo le escribo la biografía...» Silencio. Otro sorbo de café. Un cigarrillo. ¿Un ascenso en el trabajo? Un sueldo mejor... ¡Hmmm! Desconfío. Éste está loco, ¿no lo decía yo? Pero, pero... ¿cómo se sofrena a un hombre así? «Está bien, es un lindo arreglo, pero... ¿Castellani querrá?» Ahí me mató. Si Castellani querrá... No quería que se la escribiese Benítez, ¿y va a querer que la escriba yo? A él no lo «ascendieron» nunca ¿y me va a ascender a mí? Con eso me fui a misa al día siguiente. Ya he pasado por esto antes. Te vas a misa con un problema y te sales con la solución. Ya me ha pasado, siempre me pasa. Entrás vacío, salís, siempre, con algo. Por caso, salí con la clarísima noción de que Dios es el dueño del circo, no Castellani. Dios es Dios y no hay otro, como dice el salmista por allí. En esto, Castellani, pobre, ni voz ni voto. Poco después, entre las miles de palabras de sus incontables cuadernos personales, vi lo que él anotó el 2 de octubre de 1954: «Me parece que Dios explicará algunas cosas con mi vida –no yo con mis libros». Cuando él escribió eso yo apenas si había nacido: tenía entonces no más de quince días en este mundo. Y claro, entonces no sabía nada, de nada, de nada. Ahora tampoco. ¿Qué puedo explicar yo que no esté ya en sus libros? A todo esto, de ascender en el trabajo, ni noticias.

*

Capítulo II

MILONGA DEL '900

Reconquista

1898 - 1906

*El hombre, por más que hable,
no es más que una nada.*

Job 37:20

A Don Luis, le dará por los libros. Este Castellani, el padre de *nuestro* Castellani, se cría en Reconquista y desarrollará inclinación intelectual y lo que es peor, política.

Pero, veamos un poco. Pongamos que el casamiento con Catalina Conte Pomi ocurrió allá por 1898, un año antes del nacimiento del primer hijo. Si así fuera, Catalina tenía entonces 18 y Luis, 25. El ya sería maestro normal, ella, egresada de «Las Adoratrices», el mejor de los colegios para una mujer de ese tiempo: funcionaba en la Ciudad de Santa Fe como contraparte femenina del Inmaculada. Los padres de Castellani han tenido buena educación. Ella, con temperamento artístico, él con carácter fuerte.

Ambos transmitirán inteligencia y sensibilidad en abundancia como reconocerá Castellani, viejo ya, que recuerda a su madre, la que

influyó mucho sobre mí. Porque dicen que los hombres heredan la inteligencia de la madre y el carácter del padre. De manera que habrá influido, sí, por herencia.

Mas, por razones que hemos de ver, Castellani cree que la influencia de su madre tiene más de cosanguinidad que de ejemplo:

Porque ella dejó todo: sabía tocar la guitarra muy bien y ella dejó eso. Leía mucho y también lo dejó. (*)

Dejó... pero a no anticiparnos.

De Catalina sabemos entonces, bien poco: suponemos que era joven y bonita, pues, según hemos de ver, fue objeto de más de un festejo. También sabemos que era culta, que tenía temperamento artístico, que sabía tocar la guitarra y que llevaba sangre azul en las venas, quizá de origen condal. (*) De Don Luis sabemos algo más: también es de buena familia. Fue maestro normal. Es periodista. Va a fundar un diario: «*El Independiente*».

En una de sus ficciones, Castellani lo describe como de tipo

enjuto, de rostro alargado, cabello gris, y dos mostachos tumbados casi en la comisura de los labios. (*)

Este hombre cautivó el corazón de Catalina, la joven, de apenas dieciocho años, que canta con la guitarra «viejas coplas correntinas»:

Te quiero más que a mi vida

Y más que a mi corazón

Más que a mi padre y mi madre

¡Mirá qué comparación! (*)

O «toscos villancicos guaraníes»:

Ha upe í yahiope Opibo berá Tupasi poraicha

O mano mbiyá. (*)

Hacen rancho aparte y el 16 de noviembre de 1899 les nace el primer hijo al que le ponen Leonardo Luis; «Leonardo» continúa la tradición familiar, y «Luis» es el nombre de su padre. (*)

¿Nos ubicamos? Tres años antes había nacido la prensa masiva, cuando el salvaje de Lord Northcliffe lanzó su *Daily Mail*, el primer periódico destinado a las masas «beneficiadas» con el acta de educación obligatoria de 1870. De allí en más tendríamos para siempre pueblos semianalfabetos guiados por periodistas más o menos alfabetos, pagados por asnos o vivillos como Northcliffe –que era las dos cosas juntas. (*)

Estamos en el año 1899: en Irlanda, un año antes, había nacido C. S. Lewis, Tolkien tiene 7 años de edad y Chesterton ya tiene 25, pero recién publicará sus primeras obras al año siguiente (*Greybeards at Play* y *The Wild Knight and other poems*). Con todo, el Gordo ha hecho el descubrimiento de su vida en la persona de Hilaire Belloc: se han conocido a propósito de su común oposición a la guerra anglo boer. Para terminar con los ingleses digamos que Oscar Wilde ya ha salido de la cárcel y está en un pueblito balneario de la costa normanda mientras escribe su famo sa *Balada de la Cárcel de Reading*. Y ya que estamos en Francia: De Gaulle cumple 9 años, Maurras funda «Acción Francesa» y Leon Bloy escribía en su «**Diario**» que podía y *debía* ser el año del gran desbarajuste. (*) En Italia el Papa León XIII reina hace más de veinte años (recién morirá en 1902) y un joven acaba de ordenarse sacerdote: con el paso del tiempo será conocido como Pío XII. Solovieff termina en este año su *Breve Relato del Anticristo*, un libro que cien años después es incómodamente actual –y poco difundido.

¿Quiénes nacieron en este último año del siglo? Bueno, por de pronto Corneliu Codreanu, el fundador de la Guardia de Hierro. Menos importantes pero más conocidos, Alfred Hitchcock, Ernest Hemingway y Duke Ellington. Y más cerca nuestro: en el mismo año del Señor llegaron al mundo Jorge Luis Borges y Julio Irazusta. (Y Perón es un bebé –¿se lo imaginan?– de apenas 4 años.)

La partida correspondiente da fe de que el recién nacido fue bautizado en la Parroquia de la Concepción en la Navidad de ese año. Administró el sacramento Fray Manuel Fisini, seguramente uno de esos franciscanos a quienes les encomendaban parroquias perdidas –como ésta– en el norte del país. ¿Son felices? Sí, parecería que sí. El tiene papel importante en el pueblo, como director de un diario. Ella tiene una sucesión de hijos. La cosa marcha, si no fuera por lo de la política. Y que el hijo mayor ha de perder un ojo. Castellani jamás hizo referencia al episodio, pero parece ser que cuando tenía unos cuatro años se le infectó el ojo izquierdo; no había médico; lo atendieron unas curanderas; empeoró. Finalmente hubo que llevarlo de urgencia a Santa Fe donde se le dijo a la madre que la cosa era grave; la infección amenazaba el ojo sano: o se amputaba el infectado o el niño quedaba ciego. Castellani compraría sucesivos ojos de vidrio. El último en París –«*chez Vigny*», tienda destruida durante la Segunda Guerra–, allá por los años '30 que usaría hasta el fin de sus días. No le molestaba la cosa, nunca se quejó de eso, y... ciertamente que no le impidió leer. De modo que podemos colegir que el episodio no fue tan dramático como tal vez podría parecernos y que, en cambio, se tomó como uno de esos accidentes de la vida, qué le vamo' a hacer. (*)

Mientras tanto, Catalina anda criando hijos como Dios manda (cuatro en seis años) y Luis sigue siempre metido en batallas periodístico políticas. Su hijo haría su semblanza, medio siglo después, en una famosa carta dirigida a un comunista:

Mi padre era liberal y masón, periodista garibaldino y, lo que es peor, maestro normal por la Escuela de Esquina (Corrientes). (*)

La descripción lo deja a uno indefiniblemente perplejo, porque la etopeya resulta un tanto extraña para el Castellani que nos conocemos. Hay una broma en lo que dice, desde luego, (ése «y lo que es peor, maestro normal» es muestra típica de humor castellaniano), pero lo que me llama la atención es lo escueto de la descripción, no las andanadas. (*)

Es que uno se ha ido acostumbrando al Castellani que se empeña en rescatar lo rescatable en los sujetos más insoportables (ahora me acuerdo de Tiberio, de Freud, Borges, Lutero, Rousseau... y Kennedy). En él era casi como un hábito, conceder todo lo posible a la rectitud de intención, tratar de salvar la parte de verdad en lo que decían –como pide Santo Tomás–, pero además, poner de relieve este o este otro aspecto más o menos amable de cada cual –como pide Francisco de Sales–. No así respecto de su padre.

De mi padre tengo pocos recuerdos y son recuerdos desagradables; de él me queda la sensación de los retos, una sensación de severidad. (*)

Así, mal que nos pese, es. Castellani no se llevó la mejor de las impresiones de su padre: no lo menciona casi nunca, en toda su obra, tantas y tantísimas veces salpicada con referencias autobiográficas. Sólo una vez estableció la analogía entre su caso y el suyo, cuando resultaba algo casi, casi, de cajón: hombres algo temerarios que se granjean grandes enemigos por pensar con «independencia» y vocear luego lo que creen, al precio que sea. (*)

En la obra de Castellani no hay referencia a la muerte de su padre en términos encomiásticos ni admirativos. De gloria o martirio, ni hablar; a lo más, este chiste un poco seco en medio de la descripción: su padre ha bía sido liberal y masón, periodista garibaldino. (*)

Pero, ojo al Cristo. Castellani comprendía a la perfección por qué alguien podía pensar así en vísperas del Centenario, en ese asfixiante ambiente «*fin de siècle*» con que culminó el siglo pasado.

Y porque comprendía, podía simpatizar.

Lo hemos dicho, pero conviene recordar que los ingleses habían instaurado en 1870 su Acta de Educación Compulsiva con la que todo el mundo sería condenado al semianalfabetismo que hoy nos resulta tan conocido. Pero aquí la cosa tenía otro tinte ya que el «normalismo» fue sólo un esfuerzo por contrarrestar la «barbarie» jordanista y ya en ese año de 1870 se había creado la Escuela Normal de Paraná «*para que las montoneras no se levanten*», según el célebre dicho de Sarmiento. (*)

El esfuerzo fue verdaderamente titánico. (*) A partir de 1883 y en poco más de veinte años, el número de escuelas aumentaría exponencial mente (de 1912 a 5321 establecimientos primarios). Ya el Segundo Censo Nacional –del año 1895– mostró resultados sorprendentes: el analfabetismo decrecía rápidamente. En la Provincia de Santa Fe, el censo revelaba una reducción del 50% de analfabetos en los veinticinco años inmediatamente anteriores.

Pero veinte años después –en la década del '90–, la idea sarmientina, que tanto éxito había tenido en el

orden material, comenzó a exhibir un resultado sorprendente para sus inspiradores:

Los sectores populares –sobre todo los más ilustrados por la acción de la escuela, los sectores urbanos– se entusiasmaron tras un mito –El *radicalismo*– que no tenía nada de normalista, y tras caudillos que eran casi un mito: Leandro N. Alem, primero; Hipólito Yrigoyen, después... (*)

El mismo Alejandro Korn se ha mofado largamente del experimento «civilizador» de Sarmiento que le ha salido el tiro por la culata: de la cocina liberal comienzan a salir tipos revolucionarios, «léidos», que cuestionan el «*establishment*» cuidadosamente diseñado por el Régimen.

Tipos peligrosos éstos, que van a entorpecer los planes de la clase dominante; son escritores, maestros y periodistas que no están comprometidos con el mezquino ideario roquista y que aprenden a decir lo que les dicta el instinto (y el *Martín Fierro*); los *dotores* no son de fiar. Ellos tenían razones más o menos heredadas por tradición oral, les viene la repulsa por ese finísimo conducto que es la ascendencia: garibaldinos, carbonarios, o sencillamente, federales, es igual; están en contra del Régimen por razones viscerales, de clase, económicas o de historia familiar. (*)

Y ahora tienen *ideología*, o algo parecido. De modo que no es de extrañar que Don Luis, formado en el «normalismo», saliera radical. Y para peor, con ese

fuerte atavismo de señorío; convertido, como suele pasar, en una cantidad de vicios o al menos defectos: susceptible, altivo, iracundo, vanaglorioso. (*)

Para completar el cuadro, hay que recordar que las cosas de la política no andan muy tranquilas en este comienzo de siglo y da la impresión de que don Luis no era un «político» como los de ahora:

Las cosas del... caudillo radical, eran famosas en Reconquista; yo era un chiquilín, y me acuerdo de su soberbia estampa... montado en un gran entero negro, crinado y empumajante, revólver en mano y arengando a la gente de la «manifestación», que disparaba, para que hiciera frente a la Policía... (*)

Un tipo de armas llevar, literalmente. Manzi supo decirlo bien cuando retrata a un radical «*del '900*», con ese aire de desafío, de conciencia política *democrática*, con mezcla de pundonor y gestos facciosos:

*Soy del partido de todos y con todos me la llevo,
pero váyanlo sabiendo, soy hombre de Leandro Alem.*

Por eso, lo van a matar. Es que no hay que olvidarse cómo está el país entonces. Castellani la describió con pocas, y significativas, palabras, pues se refiere a un

estado constante de motín, inseguridad, inquietud, esterilizándolo todo; el apetito del poder por el poder; la sensualidad del ordeno y mando; la odiosa insubordinación y caciquismo, hija corrupta de la antigua altanería española, que era la úlcera endémica de aquella tierra tropical y excesiva. (*)

En ese ambiente Luis Castellani se va a jugar una carta audaz en ex tremo. Han detenido a unos amigos radicales. Seguramente se han alzado con Yrigoyen el año anterior, cuando la frustrada revolución de 1905. Están vencidos, Roca se siente más fuerte que nunca, el «Peludo» está refugiado en Uruguay y falta mucho aún para que se sancione la ley Sáenz Peña... los irigoyenistas deberán pasar por muchas tribulaciones hasta la elección del '12.

La justicia y la autoridad no existían sino como tenues sombras o como repugnante máscara; y en todo caso, si existían realmente, era al margen y a veces en contra de las autoridades que llevaban el nombre. Jefe político, juez de paz, comisario, receptor de rentas y hasta el maestro, y Dios quiera que el cura no, eran siervos o al menos cautivos de la política. Era proverbial la frase del juez Tobal: «¡*Di' ande vas a tener razón vos, si en marzo votaste por los contrarios!*». (*)

Un año antes, en abril de 1904, Juan Biale Massé –a requerimiento de Joaquín V. González– había

elevado al Gobierno Nacional su famoso «Informe» sobre la situación real del país. En el capítulo dedicado a Santa Fe Biale Massé reconoce que algo se ha progresado y lo expresa gráficamente, pues dice que ahora el Juez de Paz se corta las uñas. No obstante, se ve obligado a denunciar que

todavía el comisario, el almacenero y el juez de paz forman la trinidad explotadora del colono. (*)

Pero el Director de *El Independiente* no tiene miedo. Y si estamos en tiempos de voto cantado, él publicará a los cuatro vientos su convicción.

—No está mal escrito, no —musitaba el fraile que estaba hojeando desde el 5 de enero para atrás, leyendo «en diagonal»...

—No está mal escrito, no. Pero ¡qué furor de pasión política! (*)

Bien. Y como la información es poder,

El caudillo amenazó al Jefe Político con un escándalo en el diario, si no soltaba a su primo Fráncil y a los otros radicales que tenían presos. (*)

Y en el diario aparece entonces publicado

un suelto bárbaro firmado con las iniciales P.M. donde se amenaza formalmente al Sr. Jefe Político con revelar «*con pruebas, un gran gatuperio*»; si en el término de siete días no cumple «*las condiciones*». (*)

Claro, el «gatuperio» quedó sin revelar. Los radicales amigos siguieron presos. Y a don Luis

le dieron un tiro en los riñones, por la espalda. Murió veinticuatro horas más tarde. (*)²⁷

Al padre del rui señor fusilado, lo han matado por la espalda. Yo ya lo tengo dicho, y me veo obligado a decirlo de nuevo: Castellani nunca trazó el paralelo entre «su caso» y el de su padre. Pero, tal vez inevitablemente, la injusticia será uno de los temas sobre el que volverá una y otra vez escribiendo páginas inolvidables sobre las «injusticias no reparadas». (*)

Por eso, nos cuenta en otro lugar que

entró en la Policía... para luchar contra la injusticia; pero en seguida vió que el gobierno no perseguía todas las injusticias, no perseguía las injusticias grandes; y a veces estaban ellos al servicio de la injusticia. (*)

¿La Policía? Pero... pero... No, ya sé. Sí, claro, ya sabemos que no, es obvio que no: Castellani, a pesar de que usaba cinturón de tal, nunca entró en la Policía.

Pero donde sí entró... bueno, ya vamos.

*

He repasado impacientemente las Historias Argentinas más importantes: la de Palacio, la de Sierra, la de Pepe Rosa, Levene... ¿qué más da? To das se centran en Buenos Aires. Y las Historias de Santa Fe son pobretonas: convencional acopio de datos puestos en ringle, sin perspectiva, sin valoración, sin humor. Bueno, «humor» no debe haber en ninguna Historia Argentina, deudores como somos —lo querramos o no— del cientificismo normalista. He hablado con Ricardo Paz, conocedor como pocos de lo que su cedió en el país, en el interior y aquí en la Capital. El es Conservador, pero sabe lo que pasaba. Sin embargo, de Santa Fe, nada. Me recomienda los «Cuentos del Pago Chico» de Roberto Payró para un cuadro costumbrista. No tengo tiempo. Trabajo en la Justicia. Estoy «de turno». Se me vienen encima los expedientes, los casos de injusticia me llueven como copos de nieve. Mi escritorio es un caos. Requerimientos, dictámenes, autos y vistos... y más y más injusticia. Que yo debería

reparar, si te parece. Me pagan para eso, qué más quiero. Tiempo. Tiempo para reparar la injusticia ma yor, la más señalada que conozco: este país se olvidó de Castellani y no hay derecho. Y él peleó por la Argentina como pudo, hasta el fin de sus días. Y por la justicia. Y contra el crimen más horrendo que hay: el de los inicuos usurpando el puesto de los jueces. Afortunadamente no todo es así. Quizá yo mismo pueda hacer alguna cosa buena, qué sabés vos. Bien, y menos mal que terminé este capítulo sobre el padre de Castellani. Eso de revisar volúmenes de Historia Argentina es de las peores experiencias que he tenido en muchos años donde siempre leí lo que me venía en gana. Y contemplar este país con prisma histórico duele dende veras, como el formidable informe de Biale Massé que debería darle vergüenza a los «progresistas» de hoy. Pero, bueno, misión cumplida. Y si no me gusta como quedó, qué le voy a hacer: tampoco sé yo cómo le caerá al lector.

*

Capítulo III

NORTE BRAVO

Reconquista

1906

Cuando pienso en ello, me sobreviene temor:

Dios ha aterrado mi corazón.

Job 23:15-16

Y ahora tendrá miedo, toda la vida, a las ventanas reverberantes; lo pondrán mal las ventanas esmeriladas, sobre todo si afuera está oscuro y los postigos están abiertos.

Estamos en 1906. Es el año del gran terremoto en la ciudad de San Francisco. Dreyfus es oficialmente rehabilitado. Muere el pintor Cézanne y también José María Pereda, a quien Castellani va a repasar con especial atención. Otro gran leído por Castellani, Ramón y Cajal, el famoso histólogo, recibe el Premio Nobel. Se ordena sacerdote jesuita el P. Juan Marzal, un valenciano que tendrá gran influencia en la vida de nuestro héroe. Va promediando el reinado del Papa San Pío X que prepara con su Secretario Merry del Val la sesuda encíclica «Pascendi» (la última, ay, palabra sobre el modernismo): se hará pública al año siguiente. En Atenas se realizan los juegos olímpicos y Alfonso XIII se ha casado. ¿Qué más? Ha tenido lugar la primera conferencia de telegrafía sin hilos en la que se decide adoptar el «S.O.S.» como señal universal de alarma. En seis años más, el «*Titanic*» hará buen uso de la convención.

Hitler, un joven bávaro con aspiraciones estéticas ha ido con su amigo Kubizeck a la ópera de la ciudad de Linn a oír *Rienzi* de Wagner. A la salida, Hitler está como en babia y pronuncia palabras incomprensibles sobre su misión como conductor del pueblo alemán. El amigo no comprende nada y reflexiona que hasta entonces Adolfo sólo había hablado de ser pintor o arquitecto y ¿qué vocación más elevada que ésa?

Digan lo que quieran, pero el siglo XX se pone en marcha. Retrospectivamente mirados, algunos sucesos tendrán gran trascendencia en un futuro próximo, como por ejemplo el botado del acorazado «*Dreadnought*» que va a cambiar la historia y la estrategia naval durante la Gran Guerra. Pero en 1906, la noticia pasa inadvertida... excepto para los alemanes. De este tipo de noticias, hay más: el nacimiento de Aristóteles Onassis, de Luchino Visconti, de Leónidas Brezhnev, de Dimitri Shostakovich. Como para completar este año señalemos que un inventor canadiense logra la primera emisión radiofónica de la historia. Adiós al silencio.

En el país lo más importante ha sido la muerte de Bartolomé Mitre, fallecido el 18 de enero. Bueno, bueno, no. Lo más importante, en realidad, es que Lugones ha publicado «*La Guerra Gaucha*».

¿1906? Lehar le da los toques finales a «*La Viuda Alegre*» que se estrenará a fin de año en Viena... aunque eso sí que está lejos de lo que aquí nos incumbe.

Es que ahora nos interesa doña Catalina Conte-Pomi de Castellani, a punto de ser viuda también, sin alegría ninguna. Una tormentosa noche, día 30 de marzo del año del Señor de 1906, unos amigos le traen al marido agonizante, cumpliéndose así sus peores premoniciones.

Quizá porque tenía entonces seis años, Castellani vio el asesinato de su padre por los ojos de su mamá, lo sufrió como si no hubiera intermediación entre él y el triturado corazón de su madre; temió compartiendo la agonía a flor de piel de una esposa desamparada. Lo diría así: Castellani padeció el asesinato de su padre con una sensibilidad emprestada y completamente femenina... la más delicada, la más sensible, la más profunda comprensión del horror, del pecado, de la iniquidad de los hombres. Su percepción del crimen ha sido especialmente clara, con la intuición de que aquí abajo, en el mundo, se pasea, buscando a quien devorar, el que es homicida desde el Principio. (*)

Pero como digo, así como una bala pasó a través de un vidrio antes de perforarle los riñones al inocente periodista, así también antes de entrarle la noticia a su hijo, el asesinato de su padre ha de pasar *a través* del corazón astillado de Doña Catalina. No hay otra mediación, no hay otro colchón, no hay otra amortiguación para el dolor, para la desesperación, para el miedo... todo le llega desde el alma de su madre.

Con los años aprendería a valorar la catarsis, y se pondría a escribirlo todo, a «sacarse de encima» los fantasmas, dándole tinta a su sangre, revistiendo sus temores con el blanco papel donde dejaría fe de sus temores, de su rebelión interior, de sus protestas ante las injusticias que le tocaría vivir. (*)

Por las dichas actas nosotros podemos saber alguna cosa sobre todo esto: en 1928 haría la relación del asesinato de su padre, escondiendo apenas las circunstancias, los personajes, la trama. Pero, claro, en los sueños la lógica de la circunstancia exterior cuenta bien poco: en toda pesadilla lo que importa son las *sensaciones*, para cuya descripción no podemos sino recurrir a las analogías meteorológicas. Por eso en los cuentos de miedo –como en éste– siempre hará falta una buena tormenta, la furia de los elementos que subrayan la atmósfera diabólica: el «clima» psicológico de miedo, frío interior, soledad y desamparo.

Entonces golpearon a la puerta y se abrió ésta luego, dejando entrar un gran relámpago que bañó de luz blanquísima la gran sala encalada, la mesa, las viejas sillas, los cuadros antiguos y la alacena labrada. La joven madre que se había levantado prestamente, con una luz de alegría en los ojos, derribando de sobre la mesa la costura, volvió a sentarse al ver entrar un indiecito flaco y listo, con una bolsa sobre la cabeza a modo de impermeable, empapado y chorreando agua por los cuatro costados... y solo.

–¡Señora! –dijo acercándose anheloso y resoplando y pintando los pies con agua sobre las baldosas–. ¡Dice el señor que ya viene! ¡Cómo llueve! ¡Dice que cenén nomás y que no pase miedo, porque usted ya sabe que está entre amigos... y que no hay cuidado, y que en seguida va a venir!

–¿Viene papá, mamá?

–En seguidita, querida, suspiró la madre. ¡Jesús, María, el trueno! ¡Otro, Dios mío! Rezá, mi hijita... (*)

En este cuento Castellani apenas se esconde. Teóricamente sólo conversan una madre con su hija. Pero él está ahí también, sin género de duda. Difícilmente podría evocarse mejor lo que Castellani sintió entonces –y cómo comprendía él– qué cosa es la fatalidad: lo que tenía que suceder, tenía que suceder; y en un verdadero *tour de force* muestra que el relato que le hace la madre a la hija no puede tener el final que ella quiere. La realidad viene por sus fueros y no hay vuelta de hoja.

Quizá por eso –porque esto no es cuento– Castellani tituló este relato como «*El Cuento*».

Mas en este palacio de espejos, temo que mi lector se haya perdido. Vamos más despacio. La escena

es la siguiente: una madre le está contando a su hija un cuento –afuera es de noche y hay tormenta–. La madre hilvana una historia porque el padre se retrasa y quiere calmar su ansiedad y la de su hija con el relato.

–Una vez se le escapó una vaca al rey bueno y se fue a la cueva del hombre malo. Y el hombre entonces fue y la agarró para él y le puso su marca, porque le tenía mucha rabia al rey bueno y valiente...

Se ve que la joven esposa no puede quitar de su espíritu lo que ocurre en la realidad:

–¿Cómo se llamaba el hombre malo?

–Se llamaba... Comisario.

–¿Y por qué le tenía *yabia* al yey, si era bueno?

–Por todo. Por la estancia de los dos, y por el... hada que no lo quiso al malo y lo quería al bueno y porque eran contrarios en la política.

Miserias humanas, de codicia, de envidia. Cosas divinas de predestinación y ángel, heredadas de Caín y de Abel. Estupideces como la política... y cosas más serias (¿qué es esto de que el hada «*no lo quiso al malo y lo quería al bueno*»? ¡Hmmm! ¿Una historia de despecho también? Vamos a ver un poco, ¿y quién es el hada?). Con todo, la niña ha quedado interesada en otra cosa.

–Mamá ¿qué es la política?

–Una cosa triste y loca y estúpida, mi hijita, que vuelve locos a los hombres y los pone inquietos, y los hace salir de casa hasta en las noches oscuras y en que llueve, como es ésta... y dejar llenas de susto a sus mujeres y a sus hijitas, que los esperan y los quieren...

Pobre Catalina. Se le cuela la realidad por todas partes. Quiere refugiarse con sus hijos en el mundo de las leyendas fantásticas, de los reyes que pelean por esto y por aquello, pero donde siempre los buenos ganan y vuelven a comer perdices... y no: héla aquí aterrorizada, llena de susto, esperando a su marido e intuyendo con característico olfato que no va a volver... Y es que sabe lo estúpida que es la política y lo malo que es el Comisario.

–Y entonces ¿por qué el yey bueno quería la política?

–Porque... qué sé yo; porque los hombres, por buenos que sean son así: porque... no le hacía caso al hada que le decía que dejase todo eso y viviesen los dos juntitos y felices, sin sobresaltos, en la casita del campo que parecía un nido, con la princesita Marisabel tan linda, que ya estaba por hacer la Primera Comunión...

¡Piedra libre Catalina! Se ha puesto de hada, nada menos. Claro, uno se apresura en conceder que todas las mujeres saben más sobre la felicidad que los hombres y que a ellas les toca sufrir por la presunción, y los ideales, la ambición y la magnanimidad de los hombres... Las mujeres, claro, siempre tienen bastante razón. Y con todo no consiguen imponerla, como si no la tuvieran enteramente.

–¿Y qué importa! ¿Qué importa una vaca más o menos, no es cierto, Belita? Entonces yo... entonces el hada le dijo al rey: «No vayas a buscarla». Y él dijo: «De mí no se va a reír nadie». Y el hada, dijo: «No quiero que vayas, porque es mejor perder todas las vacas que meterse en cuestiones con esa clase de gente». Y él dijo: «Si uno se acoquina, criarán alas y después harán peor». Y el hada le dijo: «Mirá que ese hombre es muy malo; y desde tu casamiento no te puede ver».

¿Desde el casam...? Pero... ¿no lo decía yo? Y bien, amigos, así son las cosas de pueblo chico, como Reconquista, a principios de siglo. Todo el mundo anda muy relacionado y hacen juntura la religión y el club, los negocios y el parentesco, los idilios y la política... ¿Así que el comisario alguna vez le arrastró el ala a doña Catalina? Tomá mate y aviváte, que esta historia tiene cada vez más color, y cada vez me gusta menos. O se van a creer que Don Luis Castellani arruga así nomás, con la mención que le hacen de su ex-rival.

—Y el rey dijo: «¿Ese, a mí! ¡Es un cobarde!.. y le tengo tanto miedo como a un perro». Y entonces el hada se puso a llorar...

Error, señora. No mentar esa historia a su esposo, que se pone más *varonil* que nunca. Lo de siempre, uno de esos errores tácticos de las esposas asustadas, azuzando sin querer al hombre de la casa.

Y Castellani *junior*, de seis años, que escucha estas discusiones —y estas historias—. No las entiende del todo, aún, pero no las va a poder olvidar, figuráte vos.

—... él es valiente, demasiado valiente, ¿sabes? Y se ponía a reír y la llamaba sonsa y miedosa, y le daba un beso, y le mostraba ese caño cuadrado, negro y maldito, que lleva al cinto y le decía: «Yo estoy seguro. Aquí llevo un amigo que nunca falla...»

—¿Qué era, mamá?

—Un revólver... que se llama Browning... y sirve para tirar tiros...

Negro y maldito. Las carga el diablo. La manejan los hombres y cualquier mujer que se precie les tiene atávica repulsión... Y el corazón le palpita, que hace toc, toc.

—Estoy enferma yo... estoy enferma en el corazón y por eso me golpea así fuerte cada vez que papá viene tarde.

—¡Malo, papá! —dijo la chica dando un sopapito en el aire—. Y no me contaste mamá, ¿cómo acabó el cuento del yey bueno y del hombre malo?

—¡Ay chiquita! ¡Déjame! Cuando venga papá...

Pero, no hay caso. Cada cual se va a salir con la suya. La niña sabrá el cuento hasta el final. Y la madre lo hará a su gusto, hasta que se abra la puerta...

—... el hada a fuerza de decirle, y a fuerza de rogarle, y a fuerza de rezar a Dios y a la Virgen lo hizo ir a otra parte a vivir, a otro pueblo, ¿sabes?, lejos, lejos del hombre malo. Y él arrendó todo el campo y toda la hacienda y la casa a otro, y se hizo en el otro pueblo una casita linda, retirada y llena de flores, donde él podía escribir tranquilamente, a él que tanto le gustaba escribir, como a papá; y en su castillo estaban contentas la princesita Isabel y el hada, cantando todo el día como unos canarios; y ya no tenía dolor en el corazón y se sanó, porque ya su rey bueno y valiente no quería la política ni nada más que a ella, ni con nadie peleaba, y así ella no tenía sustos... Y entonces allí vivieron tan contentos y tan felices que no había nadie en la tierra que estuviera tan contento como ellos en aquel cielo... ¡Ay, Dios mío, ¿cuando será?!

Ahora... agarráte Catalina. Ahora Padrecito Castellani, vamos a galopar.

Y al llegar a ese punto se acabó el cuento: y también súbitamente, en un solo sacudón espantoso, con un ¡ay! desgarrador y un golpe aplomado y retumbante sobre el piso, la vida de la mujer joven, delicada y pálida que lo contaba...

Se ha terminado el cuento. Ha terminado la «vida» de esta señora que Castellani tanto, tanto ha querido. La ve, todavía, como una mujer joven, delicada y pálida. La ve desmayarse y comprende por qué:

En ese momento se abrió la puerta de nuevo entre un tumulto de voces apuradas y entró en brazos de cuatro amigos, un hombre lívido, con los riñones atravesados de un balazo... (*)

Entre sus papeles, Castellani guardó cuidadosamente un recorte de diario con la noticia intitulada «Asesinato de un Periodista». Es un pequeño recuadro que incluye un centenar de palabras y tres fotografías: entre las dos columnas un retrato ovalado de don Luis Castellani. Luce serio, pintiparado el hombre, con un bigote a lo Alfredo Palacios y un semblante, ¿cómo diría? *normalista*. Al pie de las columnas, dos fotos más: el escritorio donde fue baleado y un primer plano de la «*ventana del escritorio con el vidrio roto por la bala*». Así dice la leyenda al pie. Linda reja, con sencillos arabescos decorativos en el medio. Un vidrio esmerilado, con un agujero en el medio.

Pero, claro, todo esto, suena distinto al aparecer en un diario como «noticia»:

La noche del 30 de marzo próximo pasado fue asesinado alevosamente en Reconquista el señor Luis H. Castellani, director de «El Independiente», que se publica en aquella localidad. Aunque los perpetradores del crimen lograron escapar, no falta quien

señala como autores a ciertas personas constituidas en autoridad, a quienes molestaba la propaganda periodística de Castellani; pero hasta ahora el juez instructor no ha dictado ningún auto de prisión. El mismo Castellani en su declaración poco antes de morir dijo que sus sospechas recaían sobre la policía.... (*)

Y lo de siempre. Nadie entiende nada. Ni quiénes son «*ciertas personas constituídas en autoridad*», ni qué declaraciones hizo este periodista para suscitar semejante reacción. Porque para escribir cosas así, hay que tener el coraje de exponerse a un asesinato.

Y hay periodistas y periodistas.

Castellani escribió la relación que he transcripto parcialmente, antes de convertirse, él también, en periodista. Tenía apenas 28 años cuando lo escribió y aún no sabía –¿o sí?– la sangre que le iba a costar eso.

Adivino que él, a los 28 años, aún no intuye lo caro que es ser «independiente» ni las tribulaciones que le aguardan, sin mujer que lo espere en un «nido», aunque sí podrá contar con cuatro amigos que lo traigan de vuelta a casa, más muerto que vivo, pero al fin, independiente. Eso, digo yo, a los 28. A los 6, este niño contempla a su madre desmayada en el suelo y a su padre desangrándose lentamente en la cama ¿qué puede vaticinar? Tiene miedo, eso sí, pero aún no sabe de qué.

Muchos años después, calibrando con ecuanimidad el modo en que su padre murió, Castellani llegó a conclusiones menos desoladoras.

A mi padre lo asesinaron cuando yo tenía 7 años –lo asesinó la policía del Régimen «falaz y descreído» como decía Yrigoyen; y no se confesó antes de morir porque lo impidieron los masones sus amigos.

Yo la consolaba a mi abuela cuando me volví pequeño teólogo a los 13 años, diciéndole que habiendo sido la última palabra de mi padre «*perdono al que me mató para que Dios me perdone*», todo estaba en orden. Pero en estos días recibí una copia del certificado de defunción firmado por el Párroco Santiago Olessio, donde dice «*recibidos los Sacramentos*».

Lástima que no viva mi abuela: como no creo que el piamontés Olessio mintiera, resulta que los masones... engañaron a mi abuela doña Magdalena. (*)

De todos modos, para Castellani la cosa tuvo ribetes traumáticos, y cómo no. A sus ochenta años de edad, a meses de su propia muerte, un periodista le preguntó por su padre.

Alguien desde la ventana lo asesinó, con un tiro por la espalda, seguramente porque había ofendido a alguna persona con poder. Entonces yo tenía siete años. No sufrí esa muerte. Mi padre se había muerto, y se acabó. Recién a los trece años sentí mucho lo que había pasado. (*)

Ya veinteañero escribiría otro cuento, en donde aparece otro vidrio traicionero y refractario, y tendrá que explicar, una vez más, que la cosa es más fuerte que él:

Ustedes saben que a mi padre lo asesinaron de un golpe de pistola a través de un vidrio reverberante postigos abiertos desde lo oscuro de afuera. Desde niño me da aprensión una ventana así. (*)

Y no es para menos, Padre, no es para menos.

*

Las ventanas, claro. Ahora mismo, escribo esto con el «Windows» (una ventana a la realidad virtual)... sí, aunque también yo les tengo miedo. Si no las abres te quedas a oscuras, pero si te asomas por una de ellas, te pueden meter bala. Desde luego, sabía que no me iba a llevar gratis lo de ponerme a escribir este libro, pero esto de que en cuanto te asomás un poco ya te empezás a sentir mal.... Culpa de Castellani, desde luego, que de a ratos, con la fuerza de su verba intempestiva me aplasta: no sólo el intelecto como dice él que queda «aplastado» por la Fe. La afectividad, también. Sus ideas rebotan en mi alma de manera extraña y siento que se me sublevan las potencias ante tantas verdades dichas

así... tan desnudamente. El decía que «la luz hace mal, la luz puede hacer mal, pero para eso hay que estar enfermo». Ja. Lo mismo se hallará en la «Llama de Amor Viva» de San Juan de la Cruz. Pero aquí sucede algo menos místico y más extraño: mi amigo Fray Patricio lo atribuye al «pathos» propio del esfuerzo creador. Ya te voy a dar «pathos» a vos. Le echo la culpa a Castellani, qué le voy a hacer. Siempre pensé que la verdad no te puede hacer mal, que cuanto más, mejor. Lo primero es falso, lo segundo... sigue siendo verdad. Y con eso, que te arregle Vargas. «Os hará libres» dice Nuestro Señor. Pero no te liberará de ella misma: te encadena a las cosas, tal y como son, por feas que sean, por repulsivas que se te aparezcan. Me da lástima Castellani, le tengo compasión, si no fuera porque él ya está fuera de este valle de lágrimas. El escribió que «lo mejor que tiene esta vida es haberla pasado»... ¡y cuando eso dijo le faltaban aún unos buenos treinta años de sufrimientos! A decir verdad, la vida mía es jauja en comparación con lo que él sufrió. Pero esto de meterme bajo su piel... lo mejor es haberlo pasado. Bernanos dijo que bajar hasta el fondo de sí mismo es como un viaje al Infierno: «descendre en soi même est la plus grande terreur de l'homme qui aime toujours mieux se mesurer avec les autres, que se voir». ¿Y qué diría de «descendre en un autre»? ¿Y si el «autre» fuera el alma de Castellani? No importa, a embromarse. ¿O acaso existe otra manera de escribir una biografía?

*

Capítulo IV

NUCHI

Reconquista

1906-1908

El hace la llaga y la venda.

Job 5:18

Querría ahora detenerme en este Castellani de seis o siete años. Es el que exhibe la fotografía de la página 24 del libro de las «**Conversaciones**» con Hernández. Y, a pesar de todo, cómo sonrío.

¿Cómo era Castellani entonces? El ha dejado sentado que sus recuerdos de infancia se remontan a los seis años (*) bien que nunca escribiera su autobiografía (y menudo trabajo nos habría ahorrado).

Acerquémonos un poco, entonces, a este chico: su padre había muerto asesinado violentamente, había sufrido la traumática pérdida de un ojo y, por la misma época, tuvo que ser operado de urgencia a raíz de una incipiente peritonitis.

Ahora, a los seis años, es el «hombre» de la casa, nada menos. Sus hermanos dependen de él. Su mamá, la joven viuda sin recursos, pende, seguro, quieras que no, de él.

No cuesta mucho, entonces, comprender su autorretrato:

Yo nací serio y callao

Muy intimidao fi

Con la gente no me dí

Y sufrí mucho de chico-

Se me fue adentro el hocico

Y así nació el canto en mí. ()*

Si mi editor no se opone, yo querría incluir en este libro esa fotografía que Castellani siempre tuvo consigo, colgada de la pared frente a su escritorio, estuviera donde estuviera. Cuando la vi por primera vez, en el departamento de la calle Caseros, habían pasado 90 años. Allí están todavía los cuatro, patéticamente agarrados de la mano, de mayor a menor: Castellani, Muñeca, Carchín y Piojito, que apenas si sabe tenerse de pie, medio chueco como es.

¡Dios, qué cadena! Todos los eslabones son sostenidos por el hijo mayor que contempla la cámara con aires que despiertan infinita compasión. Según me lo contó Irene Caminos, Castellani (viejo ya, y, por tanto, repetitivo) le había explicado lo de la foto una y otra vez: fue tomada el día mismo de la muerte de su padre, el 31 de marzo de 1906. Nada, que un fotógrafo en Reconquista era cosa completamente fuera de lo común. Por entonces, los de aquel oficio peregrinaban de pueblo en pueblo ofreciendo la magia del retrato propio a precios accesibles para gente pobre. Pero, claro, pasaban muy de vez en cuando y en Reconquista era la primera vez. Hasta entonces, había que ir a «*Gueno Sarie*» para obtener el «*ritrato de fotografía*». Sacar entonces la foto a los chicos, quién sabe

qué edad tendrán cuando la próxima. ¡Y bien! ¿Listos? Los niños están limpios y aseados, sólo hay que ponerlos frente a la cámara y listo. Con todo, nada de «¡sonrían!»... no haría juego con el traje de luto que visten solemnemente los cuatro.

Mi padre me faltó chico

Y después murió mi madre

No hay cosa que más taladre

Que verlos en un cajón ()*

Tan serio este niño. Se comprende, desde luego; pero al fin de cuentas, sabe Dios cómo son las cosas, en la infancia todo dura poco y se aplica más que nunca lo que dijo alguna vez León Bloy: «*Sufrir pasa, haber sufrido, no*». Y también lo de Rilke, que uno no es de ningún país, sino del país de la infancia o aquello otro de Saint Exúpery cuando decía que su niñez era el país del cual venía.

Es probable que al padre, como dijimos, lo haya matado el comisario del pueblo, un tal Santa Cruz. Vaya nombre para un asesino... (*)

Nomen, numen, lumen. El también saldría malherido, pero dispuesto a la reconquista, desde la santa Fe. Tomaría por madre a la Inmaculada, y se buscaría la compañía de Jesús. El se refugiaría en los brazos del Salvador, y quedaría para siempre, más bien callao. Pasaría muchos años en prisión, en Devoto, en Caseros. Sabía que todos los caminos conducen a Roma y que debía, como Ignacio, estudiar en París. Volvería a pelear por lo que creía, aunque le valiera un largo y penosísimo confinamiento en la cueva de Manresa, donde comienza la historia de Ignacio: combates con el demonio, noches en vela, promesas a la Purísima, consagración a Jesucristo y el sentido de una misión única. Vuelto a mejores ayres, finalmente terminará de ermitaño urbano en Caseros, el nombre argentino de todas nuestras derrotas. Morirá en su ley, rindiéndose ante el Todopoderoso.

Pero, ¡alto!, su vida no fue todo tristeza, desolación y desamparo, aun que ese es, no cabe duda, el esqueleto, la trama secreta de su existencia terrena.

Y por lo de su infancia, se entiende, claro, porque Castellani ya es más introvertido y se comprende mejor cómo se le fue pa' adentro el hocico. A tiro limpio le congelaron la sangre friulana a este criollito que contempla abstraído la cámara de fotos. Han tronchado una vida y metido una pena en la familia de los Castellani...

Pero, claro, no es para gente floja la vida del colono. Acostumbrados a los rigores de «*La Forestal*» donde los ingleses te enseñan a puro rebenque –y con británica flema– cuáles son las reglas de juego, habituados a pelear contra el indio, la seca y la langosta, en Reconquista no hay mucho lugar para los sentimientos más finos, para la delicadeza de trato, o para la suave y comprensiva condolencia que necesita este pequeño huerfano en esta hora. Estos friulanos sufrieron mucho en la América, y no sólo desilusión. Y ahora, en el chaco santafesino hay que aprender todo de nuevo y ganarse el pan a brazo partido. Y, bueno, como si dijéramos, lo demás es literatura.

Yo nací en una región argentina que se estaba haciendo, al borde del bosque virgen y del Paraná sin costas, y entre una humanidad también boscosa, que taladraba un poco a tientas sus picadas entre el garabato, guiada por el instinto, los pájaros y las víboras. En mi infancia fui un hombrecillo útil a nada, más bien triste; con una inmensa hambre de no sé qué y una gran potencia de ensueño y de pereza. Era un muchacho inquieto y solo, y mi gran diversión, era, después de leer cuentos y contarlos, ver y oír todas las cosas. (*)

Eso, Castellani lo escribió a los treinta y pico de años. Y a los sesenta aún recordaba ese tiempo tan

duro de su infancia.

Esta cicatriz del pulgar izquierdo es obra de una Marinoni cuando tenía yo seis años, que en vez de trizarme la mano el engranaje como debía, inexplicablemente se contentó con sacarme el pulpejo de la yema. (*)

Y es rara la memoria, ¿no?, porque pasado el tiempo, a la memoria se agrega el juicio:

Los adultos que había conocido en Reconquista eran todos brutos, algunos incluso obscenos. (*)

Claro, «*con la gente no me di*». Ya va uno viendo por dónde Castellani salió como salió. En las innumerables entrevistas que mantuve con gente que lo conoció, los adjetivos se suceden como en cascada cuando hablan de su trato: hosco, parco, tímido, difícil, silencioso, serio, distante... *e via dicendo*. (Salvo los que lo conocieron siendo chicos –Malisa Gamallo, Elena y Matilde Von Grolman, Adelita Ibarguren–: éstos lo recuerdan cariñoso, cordial, alegre y regalador. Matilde me ha dicho que «*Aunque sea una naranja... algo nos tenía que traer*». Y Nelly... pero ya volveremos sobre ella.) (*)

«*Se me fue adentro el hocico*». Y esto explicará la otra parte de Castellani, el comunicador por excelencia, de cosas excelentes, dichas excelsamente para quien se le quiera acercar:

Desde muy niño me hallé capaz de escribir y con una afición devoradora a la lectura como consecuencia. (*)

Conviene apuntar aquí que lo de la lectura es *consecuencia* de su vocación de escritor. El hocico para adentro, sí, pero en ese silencio se formarán innumerables conceptos, palabras, cuentos, moralejas, dictámenes, analogías, silogismos, aforismos, conclusiones, que vertirá a lo largo de su vida... por escrito. (*)

No que Castellani se pusiera a leer para escapar a la horrible realidad de un padre asesinado, de una madre viuda, de una situación comprometida. Porque ya era lector, desde mucho antes:

Supe leer desde los 4 años y... yo leía ávidamente –mezclados a las nove las de Maucci, Rocambole, Maupassant y Zola que había en la librería de casa–, la *Imitación de Cristo*, junto a *La Prostitución en la Biblia* del Conde de Mirabeau. (*)

¿Un niño de cuatro años leyendo al Kempis? No todavía, pero el hecho incontestable es que leía... y mucho.

Seguramente no sería ajena a esta afición su abuela, portadora de una riquísima tradición cultural.

Mi abuela doña Magdalena sabía cuentos infantiles en dialecto *furlán*, que recitaba siempre igual, como sin duda pasó durante generaciones; si el cuento tenía tres partes, no podía empezar por la segunda. (*)

Cuesta creer que este gringuito perdido en el medio del chaco santafe sino pudiera comenzar a beber de la pensativa conversación que constituye la trama secreta de Occidente y sin embargo...

Yo soy romano...

... la conquista

romana me absorbió y en Reconquista nací,

provincia Santa Fe, sector...

[...]

argentino del Reino del Señor... ()*

¿Y quién podría contestar su afirmación de que «*la conquista romana*» lo absorbió? Lo chupó, lo envolvió, lo secuestró, lo cautivó... nones. No hay mejor descripción del extraño proceso. Castellani está absorto en sus lecturas y no sabe todavía que Roma lo está absorbiendo, formando un romanísimo exponente de la cultura occidental.

¿Qué es tradición?

Tradición es ese mundo ideal de cosas humanas positivas que heredamos al nacer sin merecerlo –y sin agradecerlo. Para mí, al nacer, la tradición estaba representada por una familia bien constituida, unos abuelos italianos con la cabeza llena de leyendas europeas –mi abuela me contaba el Concilio de Trento en una forma enteramente legendaria– llenos de costumbres tenaces y hasta de manías sanas (la tenacidad en no cambiar es una de las divisas de la tradición). El Quijote y los libros de Alejandro Manzoni –¡y de Montesquieu!– que estaban en la biblioteca de mi padre, el párroco Olessio y su iglesia; la leyenda del P. Metri conservada en la cabeza del tío Félix, y el gobierno de Rosas conservado en la misma cabeza («¡una gran puta caraco, hay que volver a los tiempo de Rosas!» decía el austríaco –austríaco cuando se enojaba, que era austríaco pero como ustedes ven bastante acriollado–, los vales de Viena de la orquesta de aficionados, el teatro de la *Società Italiana Unione e Benevolenza* donde vi representar «*El Místico*» de Rusiñol y «*Tierra baja*» de Guimerá –el Colegio Secundario que estaba más a mano, la geometría de Casariego, la historia de Grosso, y los «estilos y milongas» del payador Higinio H. Cazón.

No parece gran cosa como tradición, por todo eso no lo hubiese podi do inventar yo, ni todo el pueblo de Reconquista, ni todos los argentinos juntos: estaba allí ya inventado, «tradido», es decir, *reclbído* y manupasado sólidamente. (*)

Pero volvamos al niño lector. Frente a su casa había

un baldío con dos ombuses y un garabatal inextricable, zarzas y espinillos con «mburucuyás» y enredaderas de todas clases –un trozo de selva virgen chaqueña en suma– en el medio del pueblo.

Doña Catalina le tenía *proclbído dir*

pero para mí era el paraíso, y conmigo... hacía la vista gorda cuando me le escapaba...

Y bien, adivinen a qué va Castellani al baldío ese.

Yo iba a cazar pájaros, lagartijas y toda clase de alimañas...

No acertaron. Pero, bueno, seamos justos. Sí, en efecto, adivinaron:

Me iba al ombú grande con unos cuadernos de «Buffalo Bill» que había entonces, o con el «Intransigente».

Voy extrayendo estas perlitas de información con gran trabajo, expurgando con ojo de arqueólogo las novelas de Castellani. Pero, claro, no cuesta mucho entender que «*El Intransigente*» es «*El Independiente*», el diario que dirigía su padre. Y que a él le va pasar lo mismo.

Me había dado por leer mucho, que después fue mi perdición. (*)

Tanto para el intelectual en ciernes. Mas no debe perderse de vista que, contra todo lo que pudiera parecer, la suya fue una infancia feliz. No se trata solamente de un caso de traición de una memoria selectiva, éstos, sus recuerdos de cincuentón:

¡Me acuerdo cuando era niño que estaba subido a un árbol de cerezas comiendo cerezas hasta no poder más y cantando! ¡Oh Dios, cuántos caminos extraños y solitarios desde entonces! (*)

¿Y a quién no le gustaría volver a esos momentos inefables de cualquier infancia, aún la más desgraciada? Chesterton, el campeón de la Realidad, se mofaba de la morbosa complacencia de tanto autor moderno por evocar recuerdos trágicos, monovalentemente patéticos, tristes, irredimibles niñeces hechas de tragedia dickensoniana, nebulosas hessianas, pecados borgianos donde –por un curioso mecanismo de desplazamiento de culpas– se le atribuye al pasado el sino de una infelicidad esencial. Chesterton, riente, confesaba un pecado enorme –contra el calvinismo santulón de Borges–: de chico había sido inmensamente feliz.

Está bien, concedo que el Gordo inglés es un caso especialmente... feliz. Pero Castellani tuvo también, de chiquilín, momentos de gran gozo y alegría que lo acompañarían toda la vida. A mí me encantan, por ejemplo, sus recuerdos de una tarde en cama, restableciéndose de alguna enfermedad, en perfecta compañía consigo mismo:

Al calorcito de las mantas y de la salud que vuelve, lejos del colegio y del trantrán de la existencia, con el apetito de comer, beber y de vivir de un resucitado, pudiendo empalmar apaciblemente la larga meditación de ayer con la no interrumpida meditación de hoy, con la joven fantasía todavía no atiborrada de libros eruditos y pensamiento ajenos, en un polvoroso y somnoliento pueblo santafecino...

Me quedaba largas horas solo, porque mi madre trabajaba y mis hermanos iban a la escuela; pero no me aburría.

Sí: algunos quedan todavía que recuerdan esos momentos de la infancia que no se veían entorpecidos por la televisión o la radio. También yo, por ejemplo, voy por la vida acompañado de recuerdos parecidos: la luz de la tarde que entraba por la ventana abierta, el perfecto silencio de la casa (si mi madre no estaba trabajabando, dormía la siesta), el canto de algún pájaro puntuando mi soledad... quizá el motor de una avioneta... todos esos recuerdos, digo, me asaltan de vez en cuando y, curiosamente, me consuelan. Pero, a diferencia de Castellani, yo creo que sí me aburría o, por lo menos, *creía* que me aburría.

Castellani no, porque ya desarrollaba en su pequeña alma de niño la vocación de contemplativo, el don de los dones.

Miraba mi cuarto, la cama, la mesa, la cómoda, la ventana de enfrente y por ella los árboles y las flores, las nubes y el cielo. Miré tanto el mismo cuadro trivial y maravilloso que se impresionó en mi retina y adquirió cierta fijeza y cohesión íntima de sistema cósmico; de modo que una leve mutación en él me hacía reflexionar hondamente...

Si caía una hoja yo pensaba media hora y si un jilguero cantaba, empezaba a responder en mis adentros escondidas melodías. (*)

Este niño, sin dudas, y a pesar de todo, es feliz. Me parece que gracias a todo eso Castellani logrará sobrevivir a las tremendas tragedias que le ocurrirán a lo largo de su vida. Permítaseme establecer una comparación con, por ejemplo, Somerset Maugham, un escritor que también sabe evocar con eficiencia su propio pasado.

No hacía mucho que había comenzado a ir al Colegio cuando descubrí, mediante el ridículo que padecí, cuán terrible desgracia es haber nacido tartamudo; y había leído en la Biblia que si uno tenía fe podía mover montañas. Mi tío me aseguró que eso debía interpretarse al pie de la letra.

Una noche, sabiendo que al día siguiente debía volver al Colegio, le recé a Dios con todas mis fuerzas para que me quitara este impedimento.

Tanta fue mi fe que me fui a dormir completamente convencido de que cuando amaneciera al día siguiente sería capaz de hablar como todos los de más. Me representaba la sorpresa de los demás chicos cuando descubrieran que ya no tartamudeaba. Desperté exultante y fue un «shock» terrible cuando descubrí que tartamudeaba peor que nunca... (*)

Maugham siempre ha vuelto a esta experiencia para explicar sus andanadas contra la religión en cualquiera de sus formas, indignado, una y otra vez, ante la injusticia de hacerle creer a un niño que hay un Dios bueno y omnipotente cuando en realidad... no hay tal. El gran cuentista inglés pondrá todo su talento, todo su inmenso «*savoir faire*», su pluma, su insigne verba, su agudísima inteligencia al servicio de una sola causa: demostrar que lo de Dios es falsedad suma, engaño siniestro, pura mentira.

El caso es que a Castellani le sucedió algo parecido. En 1925 publicó un cuento que dedica a su madre, con el título de «*Nuchi*». Y comienza diciendo que *Nuchi* tenía seis años. (*) A la vuelta de Catecismo se encuentra con el Gringo a quien describe como «*siempre sucio y mocososo, se re vuelca en el polvo y dice malas palabras*». El Gringo tiene hambre y *Nuchi* le sugiere que le pida un pan a Dios.

—¿A Dios, ché? ¿Quién es Dios, ché?

Nuchi no había llegado en el Catecismo hasta «¿Quién es Dios?» porque estaba en la primera plana. Pero él sabía muy bien que Dios le había mandado

un pan cada día con un cuervo a uno que se llamaba Elías... Pero el Gringo era malo, y no quería creer.

—Son macana, ché. Son pura macana.

Castellani comienza su apostolado y —como no podía ser de otra manera— se enreda con su propia apologética.

—Ja. ¿Y si le pido yo, ché?

—Si le pides un pan, en el hueco del tronco del ombú que está en el montecito, al otro día te vas a la mañanita y ahí está el pan, con tal que reces sin mirar a todos lados y pensando en Dios cerrando los ojos.

—¿Y si le pido dos pan, ché?

—También.

—¿Y si le pido... una rosquilla con azúcar, ché? Yo nunca comí. Se ve que la fe del otro iba aumentando.

Nuchi no sabía seguro si la omnipotencia de Dios llegaba a tanto. El Padre nunca había hablado de rosquillas ni de naranjas, sino de panes y Dios no quiere a los chicos golosos. Pero su fe grande en la Divinidad le impulsó atrevidamente y su esperanza afirmó resuelta:

—Sí.

—¿Me queré enseñar el Padre Nuestro?

Y esto es lo que tiene ahora a Nuchi tan pensativo. Teme haberse extra limitado en sus atribuciones doctorales. Si hubiera dicho no más un pan...

¿Y si después mañana Dios no pone la rosquilla en el hueco del árbol? ¡Dios mío! El corazoncito de Nuchi se sobrecoge, de sólo pensarlo. ¿Qué va a decir el Gringo?... Va a decir que Dios es macana, y eso es pecado, y todo, todo por culpa de Nuchi y de sus promesas atrevidas.... Si hubiese dicho no más un pan... Pero Nuchi reza un Padre Nuestro, pidiendo a Dios que haga un esfuerzo por hoy y ponga rosquillas en lugar de pan. Eso no le puede costar mucho al buen Dios. Y después, una inmensa ola de confianza divina habiendo invadido su alma, Nuchi se duerme tranquilo sin decirle nada a su mamá.

La Gran Noche. La distancia en el espacio y en el tiempo no cambia nada. El niño William Somerset Maugham y el niño Leonardo Caste llani duermen tranquilos, llenos de confianza en el Buen Dios. Ambos nacieron a fines del siglo pasado. Ambos serán grandes escritores. El inglés y el argentino: uno será sacerdote de Cristo, el otro, apologeta del escepticismo.

A la mañana siguiente, *Nuchi* conversa con su madre y le pide ir, an tes de la escuela, a sentarse en el ombú del montecito. Doña Catalina consiente, con los consabidos recaudos maternos:

—¿No te vayas a subir arriba, eh? ¿Ni llegar tarde? ¿Ni romperte la ropa en las espinas?

La madre no ha acabado y Nuchi está en camino con el pelo despeinado y la gorra mal puesta. Nunca lo ha visto la mamá tan ansioso. Ni ha comido la rosquilla; la guardó en la pechera para comerla por el camino. La rosquilla de Dios es la que a él le preocupa, por la veredita que va al ombú, llena de yuyos y matas. El sol está tibio, cantan los gorriones, y su alma infantil está henchida de maravilla.

¿Cómo será la rosquilla de Dios? Más grande que la del panadero seguro, más esponjosa y suave, con canela, con piñones, con dulce de leche en vez de azúcar... ¡Cómo va a gozar él cuando la vea, y después con el susto del otro y viéndosela comer y maravillarse! Y después no se lo va a contar a nadie, a nadie. A su mamá, sí, pero después de mucho y si algún día se lo pregunta.

Nuchi llegó al ombú y no vio ángeles al lado ni en la copa ningún cuervo. El ombú era altísimo y muy hojoso y en el tronco había un agujero como una repisa. Ahí se acordaba él bien que habían rezado el Padre Nuestro los dos, sin distraerse y cerrando los ojos. Nuchi se paró y miró, moviendo los labios. Una sobrenatural emoción lo sobrecogió. Entonces metió empujándose la mano dentro del hueco y, querida Nelly, no encontró nada. Nada, nada, nada, por más que revolvió por dentro la mano con los ojos llenos de lágrimas. ¡Dios no lo había oído! No, no, ¡Dios se había olvidado!

Nuchi aunque viva setenta años no se va a olvidar jamás de aquel momento, tal fue la inmensa consternación que cayó sobre él en aquel momento como una montaña.

La fe mueve montañas, pero esta prueba es grande, grande como eso. Es que, además, ahí viene por el camino el Gringo. En su desesperación *Nuchi* recuerda la rosquilla que lleva consigo y, en un acto «heroico», la mete en el agujero y se chupa los dedos, pringados de azúcar, para que el Gringo no sospeche la treta. El Gringo agarra la rosquilla y

se puso a comerla sin contemplaciones. Nuchi tenía la boca llena de saliva y su estómago rezongaba. El otro comía como un tigre

y sin agradecimiento, y Nuchi casi se arrepintió.

—¿Es linda la rosquilla de Dios, eh? le dijo con rabia y con hambre.

—Ja. Pero no la puso Dios. La pusiste vos, no la puso Dios. Te vi que la sacabas de la blusa y la ponías, cuando venía, te vi...

La cara de Nuchi se puso como un tomate, desde el cuellito de marfil hasta la frente tersísima. Pero no se acobardó, y respondió con una decisión extraordinaria.

—¡Sí, la puse yo! ¿Pero sabés vos si Dios no me dijo que la pusiera? Nuchi después de esto aprendió más catecismo. Cuando aprendió que Dios no se puede olvidar ni descuidar nunca, no explicándose el suceso del ombú, de nuevo vagos temores y dudas nublaron un momento la pureza maravillosa de su fe. Pero luego aprendió más catecismo todavía y se lo explicó todo perfectamente.

Más catecismo. Con el tiempo aprendería cuán acertada era la sentencia de Bacon: «Poca ciencia nos aleja de Dios, mucha ciencia nos acerca». Esa fue —siempre— la respuesta de Castellani ante cualquier *imbroglio* en que se metiera. (*)

«El Gringo» Somerset Maugham resolvió combatir al Dios que no entendía. ¿Y Castellani?

Andando el tiempo y rodando los años, Nuchi se hizo cura. Y aquí acaba el cuento.

La Nelly no está conforme. Los cuentos de Nelly nunca acaban sino hasta la muerte del Hombre Malo o el casamiento del Príncipe Azul con Blancaflor. Y así me persigue, tenazmente inquisidora.

—¿Dónde está ahora Nuchi? ¿En el cielo?

—Pero no, mi hija. Está vivo. Ese es Nuchi.

—¿Cual?

—Ese retrato que está allá arriba.

—¡Mentira, dice mamá que ese es un retrato tuyo cuando eras chico!

—Bueno, entonces será así, porque mamá siempre dice la verdad. (*)

Ya puede entonces el lector contemplar con Nelly este retrato de *Nuchi*. (*) Y ya se ve por qué puede decirse que Castellani tuvo, a pesar de todo, una infancia feliz, cosa que no podría sostenerse respecto de la de Somerset Maugham.

Es que Castellani nunca se dejó acorralar por las dificultades. Encaraba. Miraba de frente. Se comprometía hasta los tuétanos en cada asunto, en cada problema. Nunca quiso eludir la realidad, tal y como se le planteaba, en todos sus términos, y fue —seguramente— su principal virtud, lauro... y cruz.

El llamaba a eso «*honestidad*» y la palabra en él tiene una densidad psicológica, una implicancia moral, una virtualidad teológica que no es manifiesta a primera vista. (*)

Es verdad que Dios existe. Es verdad que Dios es omnipotente y bueno. Es verdad que nos prometió darnos cuanto le pidamos. Es verdad que no hay rosquilla en el ombú y finalmente, es verdad «*subjetiva*», existencial e incontrovertible, que esta suma de verdades nos sume en una enorme tristeza —la contracara de la alegría que proporciona el descubrimiento de la verdad—. Sabe —intuitivamente y por experiencia— que

...toda verdad de altura

No es verdad si no hay contienda. (*)

Sí, claro, la verdad es —en nuestra condición caída— el fruto de un combate. Y porque él quería ser «*honesto*», nunca jamás suprimiría una sola de las verdades que veía, por triste que lo pusiera el comprobar que parecen contrarias.

De aquí también, su genio exegético.

Los Santos Padres discutieron si «pneuma» en la parábola [del Viento y del Espíritu en Jo. III, 1] significa primordialmente *viento* o primordialmente *Espíritu de Dios*. Significa los dos a la vez, caro mío. Maldonado intentó disipar la ambigüedad y la disputa introduciendo una interpretación nueva: el «pneuma» no sería ni el viento ni el espíritu de Dios: es el *alma* que nos es infundida en el nacimiento corporal sin que sepamos cómo; así también es el nuevo nacimiento que efectúa el bautismo. «Con esta interpretación, toda dificultad desaparece» —exclama el exégeta. Sí.

También desaparece la parábola. (*)

Aquí la falla de Maugham, quien trata de eliminar su tristeza ante las paradojas de la vida «conciliando» los contrarios por sencilla supresión de uno de ellos: el Gringo suprimió a Dios. Castellani, más bien, frente a una aporía, tiende al anonadamiento, a «suprimirse a sí mismo». Eso era lo que él llamaba «*honestidad*» y a lo largo de su vida cultivaría esta pasión por la verdad, intuyendo con precoz sabiduría que si él no entendía algo, era por su culpa.

Faltaba catecismo.

Bien. Esto no es tan fácil como pudiera suponer algún lector distraído (fuera así de fácil y todos seríamos «*Castellanis*» y no habría «*Maughams*»). En primer lugar, ante la pena de no poder comprender cómo son las cosas, él comenzaría por anotar muy cuidadosamente todo lo que piensa, todas las objeciones, todos los «*sed contra*», y aún, los movimientos de ánimo, las rebeliones, los «pataleos» y, aún, las blasfemias. (*)

Un poco al modo de Santo Tomás, hay que tomar cuidadosa nota de las objeciones que se contraponen a determinada tesis. Pero donde un medieval anotaría las objeciones objetivas, las conclusiones en contrario, Castellani va a ir más lejos: también toma en cuenta lo que espontánea mente surge ante la inteligencia, lo que uno siente impensadamente, lo que piensa sin demasiada elaboración, y aun los argumentos en contrario pro puestos por el humor, por las veleidosas ocurrencias del ánimo, más que por la inteligencia. Porque eso es también verdad, «*verdad subjetiva*» diría Kierkegaard, pero necesaria también para ir al fondo de las cuestiones.

Hay días en que uno *no puede pensar*. La mente anda en un estado tropezón y confuso —impotente incluso— atacada de una especie de ataxia. Una fila de pensamiento (o sea, el «discurso») termina en el vacío, y vuelve a repetirse en vano; no se llega a una conclusión clara, no se puede expresar la bendita fórmula de cierre; el intelecto vaguea, tropieza, cae —y sufre. Pues bien, esos días son los días en que uno realmente piensa. (*)

Esta «honestidad» se convertirá con el tiempo en un hábito. (*)

Pero —también— le costaría enormes sacrificios: «montañas» de tribulaciones caerían sobre él, pues, según corren los tiempos, ésta es virtud cara, esta virtud esencial de no negar las dificultades, de no sortear los obstáculos sin reconocerlos, de no hacer trampa falseando las realidades que no nos gustan.

Y de decir las cosas como uno, entonces, las ve.

Mejor que fuese error mío Pero el poeta no miente Cuando canta francamente Lo que vio y creyó mirar Digamén qué va a cantar

Si no canta lo que siente. (*)

El lo llamaba «*honestidad*» y a lo largo de su vida, encontró poca.

Cuando yo jugaba al rescate en Reconquista —lindos tiempos aquellos— y uno de los compañeros se dejaba agarrar muy fácilmente, nos indignábamos todos. (*)

Todos comprendían que sin eso, el juego sería la mar de aburrido: es más, sin honestidad de por medio, él se negaría, una y otra vez, a jugar.

Claro que para eso, hacía falta coraje.

Se necesita valor para mirar cara a cara nuestros errores y defectos, tendemos a ocultarlos, incluso a nosotros mismos, deformamos el espejo interior. (*)

En fin, *Nuchi* en Reconquista.

Tiene cuatro, cinco, seis años. Se la pasa hurgando en la biblioteca de su casa. Es alumno señalado del cura párroco del pueblo, un piamontés llamado Olesio u Olessio, vaya uno a saber (los párrocos entonces toda vía enseñaban catecismo). (*)

Juega al «rescate». Se sube a los árboles para comer cerezas y lo hace hasta decir basta. Cantando. *Nuchi* y los ombúes donde esconde rosquillas divinas, donde reza el Padre Nuestro, con los ojos bien cerrados y sin mirar a ninguna parte. *Nuchi* y los ombúes del chaco santafesino.

Cuando chico me trepé a un ombú muy peligroso de Reconquista, y cuando mi madre me trajo una escala para bajar –porque no podía bajar de miedo– y me preguntó con qué permiso me había trepado, le dije «*Dios me lo dijo: ¡Mi Padre que está en los cielos!*»; lo cual hubiese sido una idiotez... –pues Dios no me había dicho nada– sino hubiera sido inventada impromptu con el loable fin de evitar una paliza cruenta. (*)

Nuchi y Dios. Castellani, niño aún, habla con toda naturalidad de «*su Padre que está en los cielos*». Eso le sale como quien no quiere la cosa. Y parecería que Dios también así lo quiere, pues empieza a celarlo, a rodearlo, a cautivarlo.

Y claro, ya sabemos que Dios da vueltas y vueltas y que se vale de «socios» muy extraños: por ejemplo... por ejemplo, un «*idiotita*» protestante:

Cuando yo era chico, un «tuttaventi» protestante le vendió a mi madre un magnífico libro telarroja, titulares en oro, llamado “*El Rey que Viene*”. Yo lo pasé de cruz a tabla no sé cuántas veces al libro, porque tenía figuritas; y me quedó grabado en las entretelas ese título: “*El Rey que Viene*” hasta hoy día.

Nunca lo pude olvidar. (*)

Mucho Dios en la vida de este niño.

Yo aprendí el catecismo de mi abuela, en italiano. (*)

Dios en italiano, Dios en castellano con el bueno del Padre Olessio, pero también Dios en las discusiones con el Gringo, en los ombúes de Reconquista, en los libros, en la prédica de la abuela Doña Magdalena Diana y en las llamadas de atención de su madre.

En las horas más oscuras de su vida le escribiré una carta a un comunista tratando de contestar a esta pregunta, la pregunta por el millón:

¿Cómo habrá nacido en mí la fe, esa absurda actitud ante la vida que ahora tiene tan tiránica fuerza en mi corazón? (*)

Sabe Dios. Lo único que sabemos nosotros es que la fe es un don y que, de otra parte, se requiere fidelidad del hombre para hacerla crecer, como un grano de mostaza se transforma en un árbol frondoso donde vienen a asentarse las aves del cielo.

Dios se le manifiesta en un libro con magníficas figuritas. Él las mira, las absorbe, las vuelve a mirar. Se le grabó en el alma el libro aquel. Y la idea de que Cristo vuelve, (¿o no?).

Nuchi en Reconquista, a los cuatro, cinco, seis años. Lindos tiempos aquellos.

Todos repiten con candor que Castellani «era un niño»: Vergara del Carril, Irene Caminos, María Ester Borzami, Juanita Almeida, Benítez, Chávez, el P. Sáenz... todos lo dicen con un aire de confianza, como si es tuviesen revelando un secreto. Pero algunos lo «dicen» distinto. María Ester, por ejemplo, lo dice de verdad. Chávez repite. Esa es mi impresión por lo menos. Benítez me lo dijo con un aire –apenas– despreciativo, Irene lo dice a las cansadas. A mí, «el niño» que sale de este capítulo me encanta, no lo puedo negar. Pero entendámonos: un Castellani intuitivo cuando era «niño»... y hecho literatura. Con esta mira uno ve hacia dónde apuntaba Jesús cuando pedía que todos fuéramos como los chicos. Salinger –Castellani no lo leyó o le gustó tan poco que no lo menta en ninguna parte– dio la receta para saber cuando alguien es niño o no: fijáte cuando duerme. Los niños que duermen son encantadores; los grandes apolillando son bastante desagradables... Como quiera que sea, él se aparecía a los demás «como un niño» (creo que incluso sus enemigos lo reconocerían, aunque se apresurarían en aclarar que era un «enfant terrible»). Bien, y todo esto... ¿a cuento de qué? Pues, es simple: quien conoce al Castellani viejo por dentro, hallará las doce cosas que dijo Jesús que se encuentran en el corazón del hombre: fornicaciones, robos, adulterios, mentiras, etc... (Mc. VII, 21). Las doce porquerías que en el fondo somos todos. El hombre viejo, diría Pablo. Castellani dejó asentado mucho de eso en sus interminables «Diarios». También quedó constancia de sus luchas por vencer eso, y sus conmovedoras súplicas a la Santísima Virgen para que «eso» no lo aplastara. Y eso es humildad, al fin. Tengo la impresión de que su oración fue oída. Sobre todo porque todos los que lo trataron insisten en que era como un niño. Pero ¿santo? En Dulcinea dijo que «era un hombre como los demás, con defectos como todos los humanos, y que no era un santo». Además, si se canonizara a un tipo así, la Iglesia entera temblaría con la cantidad de «descanonizaciones» que eso implicaría (si Castellani es beatificado, hay que maldecir o maldejar a los que lo persiguieron ¿no? Y te quiero ver cómo queda parada la Compañía). ¿Un santo? No sé, no tengo la menor idea ni tengo cómo saber. Me encantaría que fuera reconocido como tal, ahora, durante el transcurso de mi vida, porque aquello de las «descanonizaciones» me divierte enormemente. Pero mucho me temo que, para eso, habrá que esperar hasta el Juicio Final, qué le vamo' a hacer.

*

Capítulo V

PERFUME DE MUJER

Reconquista

1809-1912

El oído prueba las palabras, como el paladar los manjares.

Job 34:3

Los desafío a que encuentren un pasaje del Evangelio más revolucionario que aquel en donde se cuenta cómo Jesús apartó a sus amigos para darle preferencia a los chicos...

Claro, ahora no parece gran cosa. En Occidente, veinte siglos después, el cariño a los niños se nos ha hecho casi connatural, sobre todo si uno ha tenido una buena infancia. Castellani los amó señaladamente y tuvo, sin dudas, una infancia feliz, como acabamos de referir.

Y si pese a las tragedias que le tocaron en suerte, pese a la pobreza, a la falta de padre, pese a todo, Castellani tuvo una infancia memorable y la vivió intensamente, de a ratos como el más feliz de los hombres, eso es cosa para agradecerle a doña Catalina, quien se sabía bien los matices del oficio

de criar chicos, que es lo más difícil que se conoce, según decía mi madre. (*)

Es tema difícil, pero entre el rigor necesario para sacarlo bueno al niño y el afecto imprescindible para... sacarlo bueno al niño, pareciera que la madre de Castellani ha optado, más bien, por lo segundo.

Fui «adivinado» siempre por mi madre, y eso creó en mí una mala costumbre. (*)

Ya cincuentón, Castellani aclara la cosa un poco más:

Hijo mayor, de salud menos que delicada, fui cuidado quizá demasiado por mi madre, y crecí poco endurecido; hoy mismo tengo lo que llamaría mos «complejo maternal» –aunque muy disminuído por los golpes– el cual me hizo mucho daño en la vida, «poblada de animales feroces» como Ud. bien dice; y lo peor, de animales taimados y ocultos. En una gran cantidad de asuntos no me acompañó el carácter por exceso de dulzura, confianza ciega o timidez. Tiendo a pasar del extremo de la dulzura al extremo de la violencia, sin medio. (*)

Claro que uno con esto a veces no sabe qué pensar. Pues una infancia rigurosa –pienso en la de Don Orione, por ejemplo– tiene la gran ventaja de prepararte para una vida dura. Y, por otra parte, una infancia feliz supone, quieras que no, algún grado de consentimiento. O así, por lo menos, debía pensar la joven viuda. (*)

Además, desafío a la mejor madre del mundo a preparar a un campesino reconquisteño para la vida que le va a tocar en suerte a Castellani: no vicio jesuita, maestrillo en Buenos Aires, estudiante en la Gregoriana de Roma, postgrado en la Sorbona... en poco más de dos décadas. Castellani va a ser autor reconocido, político, poeta, periodista, maestro, conferencista, polemista, director de almas, psicólogo... ¿en cuánto tiempo? Demasiada cosa, en ámbitos tan dispares, en demasiado poco tiempo. (*)

Por eso, porque fue de tal manera «alejado» de sus orígenes, Reconquista y su niñez tendrán siempre en su pluma una resonancia de «*long ago and far away*».

¡Oh tiempos rosados de la infancia, aún llega vuestro recuerdo hasta mí, como un perfume! (*)

A esta edad, más o menos, conocerá a la dama de sus sueños. Es por que traba amistad con un payador que le hará conocer un mundo hasta entonces desconocido, un puestero de estancia, viejo ya, al que Castellani retrata con cariño:

muy bueno y muy piadoso, cosa rara en un criollo, que suelen ser, por ignorancia religiosa, o supersticiosos o descuidados.

Este señor, al que los paisanos han apodado «*Tren de Carga*»⁷ será el celestino que le va a presentar a Castellani una dama a la que le será fiel hasta el fin de sus días. Es que el hombre era

poeta, porque algunos de los versos que le oí, son a mi parecer bastante buenos.

Yo no le conocía la habilidad y solamente sabía que era buen guitarrero. (*)

Se ha enamorado de esta caprichosa doncella así nomás, como quien no quiere la cosa, entre mate y mate, payadas y recitados. Ha conocido a la Señora Poesía la que le es presentada por don Babel Manito, al cual Castellani oye con admiración, en compañía de sus amigos de colegio, con sus primos y parientes. Ha conocido la poesía en el mejor de los contextos y, como corresponde, de oídas. Sin textos de por medio se hará acreedor a la mejor herencia viejocriolla, sentado en torno al fuego congregante, reviviendo atavismos y mitos, historias de gaucho y religión, bromas y cuentos de aparecidos, con los «suyos»,

con Arnaldo, Carchín y todos... (*)

La poesía, el brasero, la guitarra, el mate y... todos. Y claro, la poesía con sus resonancias de siempre que se repiten en la tradición oral y cuyas reglas estudiaría años después con tanto empeño, lo cautiva, definitiva mente:

Hay que saber manejarse y saber tomar las cosas...

al gato por el pescuezo

y a la iguana por la cola;

al conejo, las orejas,

la víbora por la boca,

la lechuza por las alas

y el mancarrón por la sogá...

Y a Dios se lo agarra,

amigo por el rezo y por las obras

y por el Santo Rosario

que es un lazo que Él no corta. ()*

Así es como su temperamento artístico comienza a despegar, acompañando el asunto con esa portentosa inteligencia que todo lo recibe con la compañía de una desarrollada imaginación, con enorme capacidad de saborear las cosas porque son lo que son:

Todo lo que pensaba lo pensaba contando. (*)

Si no le habría encantado a Tolkien eso (y pensar que Castellani nunca lo leyó, caramba); y a Platón, y al Dante y a Homero, Shakespeare, Chesterton, Dolina, Cervantes y... la lista sería de nunca acabar. (*) Castellani comienza a desarrollar su estética en este marco, gaucho y argentino –tan local y tan

universal a la vez—. (*)¹³

Recuerdo haber visto cuando niño en el acopio de cereales de mi abuelo materno a coros de colonos escuchar en silencio religioso o bien altas exclamaciones leer alto a uno de ellos el «*Martín Fierro*» en esos fascículos de estraza en que llegaba entonces a la campaña, con las bolsas de yerba y la ferretería de Buenos Aires. Fue mi primera iniciación al poema patrio –y a la patria. (*)

Curiosa, la iniciación a la Patria de Castellani, sobre todo si se tiene en cuenta el medio gringo en que se desenvolvía.

En la escuela de mi pueblo había un maestro de música italiano que había compuesto un «Himno a la Escuela n° 4», bastante buena la música, cuya letra sonaba así, por lo menos en la boca del maestro:

Cloria, cloria a la Scola arquentiNA cloria,

cloria al Maestro tambiéNE cloria,

cloria a la caza diviNA

qué' è la caza del Vero e del BieNE. (*)

Y así nos enteramos de que Castellani ha comenzado su educación formal.

A mí en la clase de historia me enseñaron cuando chico que en este feliz país en que nací hubo una cadeneta de períodos de tiranía y de anarquía, cortados por relámpagos de Libertad...

«El 25 de mayo

día del trueno y del rayo,

último del Despotismo...

y primero de lo mismo»

como decía el maestro Parodi, un catalán que me enseñó a leer. (*)

¡Un docente con sentido del humor! ¿Y quién es éste buen maestro?

Yo estuve en un colegio de hermanas, las cuales hicieron la trampita de hacerme pasar por un niño de siete años. Porque tenían prohíbido tener varones de más de siete años. Y ellas hicieron esa trampita cuando yo tenía nueve. Entonces fui a la escuela Parodi que era originalísima porque el propio Parodi y su señora la dirigían. La señora tenía el grado inferior y él, el superior, el secundario. Tenía una manera de enseñar aparentemente rutinaria pero muy eficaz. Es decir, él hacía un dictado. Después lo dictaba a toda la clase. Sean adelantados o no adelantados él los trataba de igual manera. Claro, al principio uno no daba pie con bola. Podía poco. Pero él tenía paciencia. Corregía las faltas de ortografía. Y al final los últimos dominaban. Yo salí de ahí con una ortografía perfecta [...] No había quinto año, ni primer año sino que era una sola clase [...] Salí bien preparado con esa manera ordinaria y medio brutal de enseñar de Parodi. Así, en el primer año en el nuevo colegio yo era el primero. (*)

Una cosa que se hará costumbre en él: Castellani va a hacer «capote»

en el Inmaculada gracias a

esa escuelita privada de un viejo español, donde se enseñaba a leer, escribir y contar –bien– un poco de historia argentina –genuina–, lectura expresiva, declamación y pelota a paleta; y una cantidad de poesías religiosas o masónicas de memoria...

Y como quedará agradecido por tan buen comienzo en su formación, dedicará a don Parodi uno de sus más brillantes ensayos,

Se ignoraba enteramente «*lo científicopedagógico*»... pero se aprendía algo. (*)

Por supuesto, no es mucho lo que Reconquista puede ofrecer en materia de educación –ni entonces, ni ahora–, pero se ve que Castellani absorberá como una esponja todo cuanto se le pone al alcance. Así, recordará el estreno en Reconquista, en 1907, de «*Electra*», de Pérez Galdós. (*)

Luego se lo pasaría a cruz y tabla, como demuestra en páginas memorables donde compara su «talento» con el «genio» de Pereda.²⁰ Como crítico literario a este niño tampoco le faltará futuro,

pero no por incapacidad creativa:

Me dijeron cuando chico

Que sirvo de novelista. ()*

Para completar su formación, hay que señalar que él absorbe las clases de catequesis como ninguno:

Las cosas sobrenaturales me preocupaban intensamente y el Catecismo ocupaba todos mis capitales pensamientos. (*)

Sí claro, pero no será el único que se deja impresionar por las cosas de Dios en clase de catequesis. Claro que Castellani será siempre Castellani.

Recuerdo que cuando tomé la Primera Comunión, me habían dicho que tendría un gran gozo y que sería el día más grande de mi vida; y por la tarde yo le dije a mi madre resueltamente: «No ha sido el día más grande de mi vida». (*)

Conjeturo que el día ése ocurrió algún tiempo después. En efecto, después le sucedió algo fuera de lo común, uno de esos episodios que hacen las delicias de un hagiógrafo pero que un biógrafo como yo querría omitir. No es que esté a la defensiva ante los vetustos embates del racionalismo; es más sencillo que eso. Simplemente no sé cómo enmarcar lo que refiere, con toda sencillez, el mismo Castellani (de modo que allí va y que el lector se arregle con esto como pueda):

Creo recordar que hacia los siete años, tuve un acto intensamente religioso, una especie de arrebató en que prometí a Dios «la virginidad», sin saber bien lo que era. (*)

(Yo no sé cómo, pero el lector va a tener que recordar esto cuando vengamos finalmente a ver todo lo que Castellani pensó y escribió acerca del celibato sacerdotal).

Ya vemos que este chico no es común. Yo no diría que es «extraordinario» por lo que connota el vocablo de «supranormal» o de «raro». Pero común, no señor, común no es. Por de pronto, conserva en su memoria cada cosa, cada episodio que presencié.

Como cuando un orador «peludista» comenzó un discurso en el pueblo.

Se subió a unos cajones vacíos y empezó una arenga diciendo: «Señores, voy a hablarles de una cosa que está flotando en el ambiente...». Y un moreno del auditorio, que era del otro partido, le grita: «¡El que siempre ha andao flotando en el ambiente, sos vos!».

Dicho y hecho. El tipo se derrumbó de golpe porque le habían sacado el cajón de abajo los maulas de los contrarios. El orador se llamaba Armando Durán, todavía me parece que lo estoy viendo. (*)

Además, le pasa de todo. En unas vacaciones en Las Toscas, un puebluco al norte de Reconquista, traba conocimiento directo con lo sobrenatural, pero ya no se trata de «arrebatos».

Esto sí que debía meter miedo:

Cuando yo tenía 9 años, había en Las Toscas, a dos leguas de la chacra de Daggaro, una muchacha italiana que veía cosas ocultas, encontraba cosas perdidas, bramaba ante el agua bendita y hablaba idiomas desconocidos cuando estaba en trance; caía en un estado cataléptico y entonces hablaban por su boca dos voces en español purísimo y ceceando siendo así que ella no sabía más que friulano y cocoliche.

Yo la vi; estaba en trance, con los ojos cerrados, y cuando nos acercamos yo y mi hermana Muñeca, dijo: «Éstos son los hijos del finado Castellani» —siendo así que no nos conocía ni podía conocernos. (*)

Toda una experiencia para un niño de esa edad. Es que a éste le pasó de todo: será operado de urgencia por una apendicitis (creo que en Resistencia), de un ojo en Santa Fe que se perderá para gran disgusto de su madre.

Y todavía más: su madre se vuelve a casar y Castellani tiene ahora padrastro.

Y da la impresión de que Castellani también puso la cosa entre paréntesis. (*)

Mientras tanto, este chico vive en un ambiente de aventura y diversión, como cuando la inundación

que hubo, teniendo yo unos siete u ocho años, que abrió dos zanjas en el terraplén por donde el agua se precipitaba mugiendo en cascadas hervorosas. Allí pesqué un día dos docenas de doraditos...

Los primeros días de la inundación fue un espanto la cantidad de víboras... las esperábamos cuadrillas de muchachos –porque casi toda la escuela Fiscal, la mitad de la Parodi y parte de la de las hermanas habían hecho rabona para ver la inundación... (*)

Este chico quizá se hiciera «la rabona» para ver el gran espectáculo. Pero su amor a la verdad será grande y no miente, ni ha de mentir, jamás:

Una sola vez en mi vida mentí, y fui corregido. (*)

Buen hijo, Castellani, seguro que sí, pero también buena madre, doña Catalina, si la corrección fue así de eficaz. Castellani va a clases de Catecismo con el P. Olessio, se porta bien, hace los deberes y no disgusta a ninguno. Y sin embargo... en una oportunidad se perdió. (*)-Castellani no le asigna mayor importancia al episodio si no es porque fue ocasión de

uno de los dos grandes disgustos que le he dado a mi madre en mi vida...

Bueno, Padre, no es gran cosa eso, no es para tanto (esto de «confesar» a Castellani niño es la mar de divertido). ¿Y el otro?

el otro fue cuando me metí a cura. (*)³¹

*

Y bien, tanto para la infancia del cura. Hay quienes se aburren con eso («all that David Copperfield stuff» que decía Salinger): son los que evitan cuidadosamente las biografías y lo bien que hacen. Porque conocer la infancia de alguien resulta decisivo para entenderlo ¿no? Fíjense en los psicólogos si no. Buena, muy buena, la niñez del cura. A miles y miles de leguas de la mía, de la de mis amigos, de la gente que conozco, excepto, quizá, la de mi suegro, criado en el campo, en el oeste de la Pcia. de Buenos Aires. Me contó cosas como las que dice el cura: tardes de lluvia en la matera, langostas y sequías; terribles tardes de verano y los vericuetos de la escuela rural. Sí, en todas partes hay gente que se crió como Dios manda, en contacto con la naturaleza, con las estaciones del año, con la flora y la fauna... con los hombres y mujeres que andan desparramando retazos del saber tradicional. Recuerdo que una vieja sanjuanina nos hacía el huevo pasado por agua, siempre justo (a mi vieja, con el auxilio de un reloj de arena le salía pato o gallareta, pero nunca igual). Le preguntamos: «Nelly ¿cómo hace para que salga siempre igualito?». Nos confesó orgullosa que rezaba un «Credo despacio». Eso se lo había enseñado la abuela. Yo me crié con unas señoras así (y aquí un homenaje para Arsenia), dibujando en el vidrio empañado de la cocina, juntando mandarinas en las tardes de otoño, jugando con las velas que se usaban a la noche (por entonces los cortes de luz eran frecuentes), leyendo historietas gauchas en un refugio que mi padre nos había construido arriba de un viejo paraíso. Me crié también oyendo tangos y folklore... por la radio. Tardé años de años en apreciar todo eso, claro. Y ahora... ahora también, de cuando en cuando, me asaltan los «perfumes de la infancia». A uno le parece que eso no volverá nunca, nunca más. Que se acabó para siempre, y por eso acompaña la nostalgia con innecesaria melancolía. Bien: hay que revisar el concepto de Cielo, porque si ahí entran los que son como niños... allí también volveremos a serlo. Y como decía el bueno de Lewis: «It's all in Plato».

*

Capítulo VI

MARZAL

Santa Fe

1913-1916

Si Él toma una presa ¿quién hará que la devuelva?

¿Quién podrá decirle: «qué es lo que haces»?

Él es Dios.

Job 9:12

1913 es vísperas del fin del mundo. O, para no ser tan dramáticos, vísperas del fin de *un* mundo. Para darse una idea: en Madrid tiene lugar un enorme mitín para protestar contra el proyecto del gobierno de declarar *no obligatoria* la enseñanza de religión en las escuelas, en tanto que en Londres la Cámara de los *Comunes* rechaza otro proyecto parlamentario por el que se le otorgaba derecho de sufragio a las mujeres. Los franceses e ingleses conversan sobre un proyecto faraónico: quieren construir un túnel debajo del Canal de la Mancha. Le han dado el premio Nobel a Rabindranath Tagore y se ha recuperado la *Gioconda*, cuadro robado dos años antes. Diesel, un ingeniero alemán, ha fallecido. Nace Camus y Belloc publica la primera edición de *El Estado Servil*. Se consolida la Triple Alianza y hay en el aire rumores de guerra: ya los franceses han extendido a tres años el término de la conscripción y los alemanes hacen demostraciones de fuerza botando dos transatlánticos más grandes que el desaparecido *Titanic*.

Alguien tiene una idea estupenda...

¿A quién se le habrá ocurrido? ¿Al cura Olessio, a don Parodi, o a algún pariente? No tengo cómo saberlo, pero fue, sin dudas, una idea genial: van a mandar al joven Castellani al mejor colegio del país. (*)

A menos que fuera idea suya. Es que... bien, no le voy a dar más vueltas: en realidad yo creo que Castellani *se quería ir* de Reconquista.

Dividamos los motivos en cuatro: una razón tiene relación con un episodio desagradable que le tocó en suerte (sobre el que volveremos en su oportunidad); por otra parte recordemos que no se lleva enteramente bien con su padrastro; inclúyase en parte lo que él da en llamar las «sordideces» de su pueblo, (*)y, en fin, a lo mejor Castellani ya intuía que Reconquista no tenía «futuro» porque no tenía «pasado»:

Cuando yo nací, [Reconquista] era un pueblo rústico pero enteramente homogéneo, donde no había Escuela Normal, pero donde leí en mi infancia «*Promessi Sposi*», el «*Quijote*», el «*Martín Fierro*»... y un libro que me produjo una impresión indeleble, «*La Etapa*», de Paul Bourget -junto con literatura pornográfica importada de Barcelona por el judío Maucci.

Allí crecí durante 17 años y después falté durante 17 años; y al volver en 1936 encontré que el pueblo era otro. La mitad de los apellidos antiguos habían desaparecido, apellidos nuevos habían sobrevenido, Maucci no era ya el único judío, había una escuela Normal donde se enseñaba francés, pero no había ninguna librería; y por supuesto ningún libro en francés. Alberdi leyó libros franceses; en la escuela Normal encontré dos obras de Alberdi; pero la gente no leía ni siquiera a Alberdi. Por estas y otra cantidad de notas conocí que el pueblo era OTRO: no tenía historia. Reconquista había sido reconquistada indefinidamente.

Recuerdo que le dije de broma a mi hermana: «En esta casa se pondrá algún día una lápida (no que me importe mucho) donde dirá:

"En esta casa nació el Reverendo Castellani"». Ahora estoy seguro que la lápida no se pondrá: la casa no existe. y el Reverendo ya no es Reverendo, que es lo peor; aunque siempre es Castellani. (*)

Nos vamos, pues. Pero a un alto precio: doña Catalina se queda sin su hijo mayor; Castellani se queda sin mamá.

Y no es para todos la bota de potro. He aquí un internado lejos, muy lejos de su Reconquista natal, de su madre, de su casa. El único conocido para él va a ser un primo que es anotado en el Colegio ese mismo año.

Pero, en fin, dicen que no hay peor cuña que la del propio palo.

Cuando entré en el Colegio a los 13 años («*Salve, Salve, bendito Colegio*» nos hacían cantar), era yo extremadamente religiosón. Esa condición justa mente me hizo soportable y aún amable el Colegio, en el cual sufrí mucho, sobre todo el primer año. No muy fuerte de salud, y mimado por mi madre (hijo mayor de madre viuda), me encontré solo... (*)

Solo; y menos mal que Castellani era «extremadamente religiosón», atrapado como estaba por un régimen necesariamente institucional y algo despersonalizado, todo en un ambiente de estricta disciplina y compañía exclusivamente masculina. (*) Es que, además, hay que tener en cuenta que era un colegio grande, en más de un sentido: 500 alumnos regidos por 35 religiosos, si sumamos los sacerdotes y hermanos legos.

Aquí aterriza entonces este gringuito venido de Reconquista, a compartir los próximos cinco años con gente de otra clase social: muchos venían de familias cosmopolitas y refinadas aunque, bueno es decirlo, los jesuitas mezclaban bastante bien la hacienda, con ese proverbial sentido católico que sabía trascender las barreras sociales con toda naturalidad. (*)

¿Sapo de otro pozo?

Sin duda. Pero lo cierto es que eventualmente Castellani se va a acomodar a todo: se hará amigo (para toda la vida) del hijo de un importante bodeguero sanjuanino, Alberto Graffigna, de los hermanos Clemente y Manuel Villada-Achával, del hijo de un Juez, Eugenio Wade, de Horacio Caillet-Bois. Castellani adopta los tics, la estética, el lenguaje, y los modos de la clase más acomodada del país, sin afectación alguna, sin conciencia refleja, con naturalidad.

Después de producir diez generaciones de anticlericales rabiosos, y no dar a luz ni la sombra de la clase dirigente que este país tanto necesitaba, sin embargo cabe, me parece, reconocerle alguna que otra cosa al esfuerzo de educación que llevaron a cabo los curas españoles en este país. Y, en tren de agradecimientos, habría que comenzar por esto: han sabido integrar al colono con el criollo viejo, al hijo de inmigrantes italianos con el gallego empedernido, aquí, en América del Sur, donde se acaba el mundo; eso se ha hecho silenciosa, calladamente, sin estridencias ni conflicto. Aquí no hubo nunca problemas raciales, ni de clase, como en otros lugares: este es el único continente mestizo del mundo. (*)

En esto el Inmaculada no es excepción; pero es un colegio excepcional: cuando Castellani cursa el 4to. año de su bachillerato, un ex-alumno visitó el colegio y publicó una suerte de «informe» periodístico sobre lo que vio.

Yo estoy en 1996, y ochenta años después, no puedo sino admirarme:

Las aulas son espaciosas, higiénicas y ventiladas, los alumnos tienen sitio para desenvolverse libremente. Y no entran a cada aula

más que en número reducido: aquel que puede atender sin recargo un profesor.

Hay hermosos salones destinados para el repaso de lecciones de los internos. Estos salones están provistos de cómodos pupitres en que el alumno puede leer, escribir, dibujar, hacer cálculos. Están provistos de iluminación a gas acetileno. Cada uno de estos salones es lugar que convida a la meditación serena y reposada...

El aspecto de los dormitorios hacen la impresión de hallarse a bordo de un gran buque. El salón es de dimensiones extraordinarias: alto, y, por con siguiente ventilado y sano. Las camarillas ocupan el centro, todas separadas unas de otras por tabiques de madera y con su puerta correspondiente. La parte de arriba está cubierta con una fina tela metálica. En el interior de cada camarilla hay una cama, un armario y un lavabo...

y esto no es nada. Cuando el visitante llega al laboratorio del «Mono» Barone -el profesor de Historia Natural-, éste exhibe orgulloso

las colecciones diversas, los aparatos, instrumentos e instalaciones. En colecciones regionales hay de todos los tipos y son muy numerosas. De los animales que son propios de los alrededores de Santa Fe pocos serán los que faltan en el Museo. Son notables las de aves y peces del Salado y del Riacho; lo mismo la de entomología. Las de botánica, conchiliología, mineralogía, rocas y fósiles, son riquísimas, pero no son puramente regionales...

El detalle continúa como si fuera una lista de almacén:

microscopio con platina móvil, cámara clara, cámara caliente, binocular Abbe, micronómetro ocular, micronómetro para cobre objetos... lámpara Nerst...

¡Ahhh! ¿Lámpara Nerst? ¡Ajá! Claro, ya decía yo...

Sí, desde luego; en estas «visitas guiadas» inevitable y progresivamente comienza uno -casi inadvertidamente y con bastante vergüenza a aburrirse. Pero no hay peligro de que el guía lo advierta. Al contrario, a medida que avanza se entusiasma más y más («*warming to his subject*») y sus explicaciones ganan en fervor:

El profesor del gabinete de física tuvo oportunidad de estrenar el proyector universal en momentos en que visitaba el colegio el Dr. Nelson, de vas-tos conocimientos en la materia, quien al ver aparecer en la pantalla las franjas de Fresnel, exclamó sin poderlo evitar: -Este experimento nunca nos salió a nosotros...

Sí, bueno, a nosotros tampoco. Forzosamente, y contra nuestra mejor voluntad, la atención comienza a decaer: no hay cómo concentrarse continuamente en tanta cosa. y los bríos del amable cicerone comienzan a ponernos de mal talante (recién ahora advertimos ese molesto seseo que originalmente no habíamos detectado):

No queremos omitir el destilador Victoria, tres aparatos para producción de oxígeno, tres hermosos gasómetros, un voltámetro industrial, un surtido completo de electrólisis...

Preguntamos entonces si acaso no... si no hay un baño por ahí. Nuestro guía dice que sí; pero no dice dónde, y continúa impertérrito:

La enfermería es grandiosa. Ocupa una sala extensísima. La descripción de las obras que contiene nos ocuparía un diario entero...

No, está muy bien, ya vemos de dónde la reputación de este colegio. Sí, en efecto, hemos visto todo... esteee...

tiene salas espaciosas y bien amuebladas; los cuartos para los enfermos son un modelo que consulta todas las reglas de la comodidad y la higiene. Los muros son enlizados. Tiene su sala de odontología asistida dos veces por semana por el dentista Sr. Berra...

Berra... sí, yo conocía un zingero que se llamaba así; la cabeza comienza a dar vueltas y las ideas se suceden erráticamente: Berra, el baño, y el seseo se mezclan en rara combinación ideológica a la que ahora viene a sumarse el súbito deseo de sentarnos. Casi desesperados preguntamos cuántos son los alumnos, cosa de ir terminando.

En la actualidad el número de alumnos es el siguiente: 80 medio pupilos, 200 externos y 220 internos. En total, 500 alumnos. (*)

Estamos en 1916: uno de esos internos es Castellani y, años después tuvo oportunidad de poner igual énfasis en la excelencia del colegio, pero claro, refiriéndose a las humanidades:

Es que entonces entre los jesuitas que había acá, algunos eran eminentes. En el Inmaculada en donde hice el bachillerato solamente, había muy buenos profesores. (*)

Los jesuitas... en este libro vamos a tener que hablar bastante sobre ellos de modo que no está del todo mal que empecemos con referencias halagüeñas.

Algunos eran eminentes.

A mí me educaron jesuitas españoles que me hicieron algo de mal y mucho bien; y uno de los bienes fue que me hicieron vivir cinco años en el Colegio Inmaculada de Santa Fe rodeado de esos libros... (*)¹¹

Esos libros... y por supuesto, Castellani leyendo a los catorce, quince o dieciséis años, no es como nosotros: lee como le enseñaron los jesuitas, absorbiendo lo esencial, recordando las tramas, los dichos originales, los refranes, citas y aforismos. Castellani va a abismarse en los libros toda la vida, pero además, leerá con una enorme capacidad retentiva, y crítica. (En algún momento pensé en «armar» su biblioteca: pondría por orden cronológico qué volúmenes leyó e intentaría así reconstruir su itinerario intelectual... pero no. Le dejo el trabajo a otro).

Como fuere, él nos contó que en el Inmaculada comenzó a leer a los españoles, tal y como se lo recomendaban los jesuitas de entonces. Así conoce a Jovellanos, Donoso Cortés, Balmes, Nocedal, Tamayo y Baus, Adolfo Claravana, Pedro de Alarcón, Aparisi Guijarro, Menéndez y Pe layo, Pereda y... Santa Teresa de Jesús. (*)

Lo de los tres puntos antes de mencionar a la gran santa, es cosa de Castellani, porque, claro, ella es Grande con grandeza muy señalada al lado de los cófrades que se incluyen en la enumeración. y conocer a Teresa fue, para él, uno de esos «locis» que lo marcarán para siempre. Pero en realidad, tres son las mujeres que lo acompañarán durante buena par te de su vida: La Santísima Virgen, Teresa de Jesús y María Magdalena.

Quizá les cante algún día

Désa santa pecadora-

Tres mujeres mi alma adora y la primera fue ésa

y después Santa Teresa

y arriba Nuestra Señora. ()*

Habrá lugar también para Santa Taís y Juana de Arco pero estas tres que digo son como el esqueleto de todas sus devociones (más adelante prometo contarles también acerca de otras tres mujeres que serán el esqueleto de todas sus complicaciones). Como fuere, a la Virgen Santísima le dedicará poesías, florilegios, rosarios e incontables jaculatorias, (*) además de confiarle su principal tentación (y por eso la llamará «Mamá Reinafé»), y su principal cruz (un flagelo que lo azotó desde los 22 años y del que tendremos oportunidad de hablar más adelante). (*)

La Magdalena será para él el recuerdo de su abuela, el espejo de la humanidad de Cristo, la primacía de la Caridad por encima de la preceptiva farisaica, la religión en términos estéticos y sensibles, su loco amor por «los malditos», Baudelaire o Kierkegaard, Rimbaud o Carranza, lo mismo da. María Magdalena sería el lugar del Evangelio donde él descansaba, ya con malabarismos exegéticos, ya con su romántica visión del Cristo Caballero que conoció en el de Loyola: los perfumes caros, los

equívocos, el escándalo para los fariseos (*Simón, tengo que preguntarte una cosa...*), la mujer que se arroja llorando a los pies de su Amado, todo eso, digo, sería para él cifra de su secreta comprensión del Amor de Dios. (*)

Teresa la Grande, por su parte, será la ejemplaridad de su *parrehesía*, de su audacia, de su entrega total a la Providencia, de su increíble coraje para desafiar a las autoridades establecidas... se verá inspirado por su originalidad, su humor, su entronque con la tradición hispánica -en términos de impaciencia ante la muerte y encomio de la dama pobreza-. Pero además, suscribirá su ambivalencia respecto de la contrarreforma, participará de su profunda percepción de la belleza de Cristo -como hombre-, compartirá, claro, su desenfado y salero. Y, desde luego, se verá completamente cautivado por su irresistible femeneidad. (*)

Por no hablar de su castellano con el que ahora, en el Inmaculada, comienza a pensar.

A los catorce años se supone que el pichón de hombre comenzó a discurrir solo. Y es bien tiempo, carambola, la pubertad ha venido como una revolución y un apremio, y el hombrecito tiene que tomar las riendas. (*)

En su libro dedicado a Caillet-Bois, su compañero de Bachillerato, recuerda qué cosas hicieron que comenzara a «hacerse hombre»:

El año 1913 fue mi período negro, o si se quiere pardo.

¿Qué ha pasado? Castellani lo cuenta con lujo de detalles:

Mi primer año fue duro, sobre todo por la persecución y enemistad de un compañero de la 2da. Brigada, que para mejor era mi pariente y conterraneo. Me ayudó al comienzo, porque era más avisado que yo, pero en pago quería convertirme en lo que los escolares ingleses llaman «fag» -o sea esclavito in digno; y ante mi rehúse comenzó a motejarme e insultarme en secreto de la manera más acre.

Pretendía, por ejemplo, que yo le «soplara» los concursos (pruebas escritas), pues se sentaba a mi lado... y como yo respondiera con el silencio, comenzaba a injuriarme en voz baja del modo más desatado. De modo que el tipejo pretendía que yo lo obsequiase con una falta castigadísima (el «soplar»), para que acaso pudiese derribarme de mi honorífico puesto y subirse él.

Muchas gracias.

Sí; es un caso más o menos común: recién llegás, no conocés a nadie y te consolás pensando que, por lo menos, contás con tu pariente de Reconquista; es tu único conocido en un colegio inmenso, desconocido, completamente extraño a todo lo que conociste hasta entonces... se han venido juntos al Inmaculada, por lo menos tenés alguien en quien apoyarte.

¿Ah sí? ¿Pariente, eh? Bueno, tu abuela. Con él no podrá contar, por decir lo menos. Pero no termina aquí la «iniciación» del pobre Castellani.

Otro gran disgusto que tuve, entre muchos, fue un puñetazo que me propinó, sin el menor motivo, un rosarino llamado López del Cerro -que ha muerto boxeador profesional...

Pavada de piña. Pero el golpe caló hondo porque

Entonces se me reveló de golpe la maldad humana -de la cual dice el gran psicólogo Ludwig Klages, que no tenemos idea hasta que somos sus víctimas. (*)

¡Ay, la maldad de los jóvenes! Las envidias, los celos, las bandas y las injusticias... Son incontables las memorias de quienes de grandes fue-ron escritores, cuando recuerdan el brusco cambio de un refugio doméstico entre amigos y familiares para, de repente, ser puestos en medio de la jungla que es un gran internado. El contraste no deja de ser terrible para los inocentes escolares que se ven, de buenas a primeras, en un ambiente donde reina la prepotencia, la arbitrariedad y esa crueldad tan

particular de los adolescentes (y si no, pregunten por ahí por los *Khmers Rouges*: los maoístas preferían reclutas de trece, catorce o quince años porque habían descubierto que a esa edad el hombre puede ser más despiadado). No que un recreo del Inmaculada fuera Camboya, pero lo que le ocurre a Castellani con su pariente y con el boxeador López del Cerro, le va a pasar muchas -demasiadas veces a lo largo de su vida; y hay en esto un cierto misterio. En particular, interesa que nos detengamos en lo del pariente que lo quería de «*fag*»: toda la vida Castellani despertó entre sus «amigos» esta rara concupiscencia por la cual tendían a querer dominarlo, tenerlo bajo su control, tutelarlo, someterlo. (*)

Le pasó con su pariente al comienzo de su Bachillerato, a los 13 años de edad. Pero le ocurrirá una y otra vez con sus superiores en la Compañía, con algunos de sus colegas, con algunos de sus «amigos» (ya hablaremos de ellos). Le pasó algo así con algunas mujeres, y luego, con un obispo que lo «acogió» (del que hablaremos en otro lugar) y, en particular, con algunos nacionalistas que lo querían para su partido, grupo o facción (y de los que... bien, sí: también hablaremos). El fenómeno se repitió una y otra vez: se le acercaría un clérigo o un laico, un superior o una mujer, lo mismo da: a la larga él caía en la cuenta de que lo querían... dominar. (*)

Por eso Castellani pasó como incomprendido para muchos que protestarán diciendo que «lo querían». Él, en un *red repente* se ponía hecho una furia y cortaba todo lazo, todo trato, todo vínculo con quien había amestado largos años: había descubierto lo que digo. y bien, siempre ocurría lo mismo: quien es lento para caer en la cuenta de estas cosas, también, aunque tardíamente, reacciona con señalada (¿y excesiva?) vehemencia. Castellani aceptó por amigos a muchos que luego se revelaron como «aprovechadores» de su genio y talento; pero cuando caía en la cuenta...

En fin, tanto para el episodio de su «*pariente y conterraneo*». Lo cierto es que

Caillet-Bois amó ferviente al Colegio y yo no. Aunque tampoco lo aborrecí, como algunos compañeros. El mal recuerdo y aun rencor contra el Colegio era mucho más frecuente entre los pupilos que los externos... Eso debe ser la causa de que los externos cantaban el *Himno al Colegio* como la gente,

Salve, salve, Colegio bendito...

cuando muchos de mis compañeros pupilos berreaban impunemente:

Sangre, sangre, Colegio maldito...

Para Caillet-Bois fue siempre «bendito». Para mí, lo confieso, ni uno ni otro, como dijo el correntino. Lo sabrán ya ustedes. Le preguntó un porteño transeúnte en el camino del Puerto a un peatón correntino:

-Dígame, mi amigo: ¿éste es el camino de Reconquista?

-Ni huno, ni hotro: ni éste es el camino é Reconquista, ni yo soy tu amigo. (*)

Enhorabuena que hable un poco el propio Castellani (ni huno, ni hotro: ni soy yo Castellani, ni él está escribiendo este libro). En fin, bendito o no, gracias al colegio va a conocer dos o tres personas cuya influencia será decisiva por el resto de sus días.

Entre otros el P. Carmelo Barone:

Era muy buen profesor de Historia Natural, al cual llamábamos (llamaban) irreverentemente «el mono Barone», por cierto caminar y gestos; con esa impertinencia conocida de los muchachos en colección. Cuando nos hablaba, desaparecían sus gestos y sus palabras sencillas reflejaban la más sincera y ferviente piedad. Nos lanzó a enseñar el Catecismo y visitar el Hospital y la Cárcel. Lo de la Cárcel no dio resultados sino contraproducentes, pero no así las otras dos salidas, grandes escuelas de vida. (*)

Sí, es justicia reconocer que el Inmaculada le resultó hartamente beneficioso en más de un sentido. Sin ese colegio, sencillamente, Castellani no habría sido lo que fue. Y, desde luego, «*bonum diffusivum sui*»:

Castellani visitaría muchas veces hospitales y cárceles y nunca dejó de enseñar Catecismo, hasta el fin de sus días. (*) Claro que no todo era oro puro:

Yo tuve un profesor de Historia de la Literatura que nos enseñaba que Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547, y después nos decía: «¿Ven? Estas cosas es necesario saberlas para después poder conversar con las personas cultas». El santo varón creía que El Quijote había sido escrito para que la gente culta supiera que Cervantes había nacido en 1547 y tuviera de qué conversar en consecuencia. No diré su nombre porque al fin el tipo no es el único y además ya ha muerto, después de haber ocupado un alto cargo en la Iglesia de Dios. (*)

De todas maneras -dejando de lado la impronta con que el colegio lo selló en el orden religioso y de la educación formal (disciplina, caligrafía, *studiositas*, *pietas* y *docilitas*, entre otras cosas) varios libros y dos personas fueron quizá las influencias que más se han de destacar.

De entre los libros, resulta especialmente destacable «*El Señor del Mundo*», la novela de Robert Hugh Benson, que él leyó

a los 15 ó 16 años en la traducción de Mateos y me hizo una impresión indeleble. (*)

Pavada de impresión, si miramos al «*tout Castellani*»: toda su vida se vería dominado por esta percepción de que

El escándalo ante el Apocalipsis y la segunda Venida de Cristo (que son dogmas de la Fe) es común en el catolicismo actual; y creo que se ha acentuado desde Benson acá. Viene quizá de que se adhiere a la Iglesia como a un partido político; y además, los que están muy enfermos no aman oír hablar de la muerte; y así el mundo actual... Las palabras que Cristo habló acerca del misterio de la agonía del mundo que habitamos y su definitiva transformación, son extremosas, tanto en la amenaza como en el consuelo; y van más allá de donde el arte humano puede seguir las...

No importa; Castellani ya intuye, en plena adolescencia, que

el Predicador y el Profeta humano... ante un suceso que es mayor que el Diluvio y comparable a la Creación misma, debe contentarse con balbuceos. Pero esos balbuceos son también necesarios a la propagación de la Palabra. (*)

Sí; él se pasaría el resto de su vida tratando de dar forma literaria a su Fe incommovible en la promesa segura de que Cristo Vuelve. y como San Juan de la Cruz, siempre estaría como tartamudo, debatiéndose

con un no sé qué

que quedan balbuciendo...

Con todo, ese tartamudeo tiene arraigo en la profundidad con que percibe este joven las cuestiones ventiladas en la novela:

En mí el primer problema filosófico no fue la existencia de Dios, como en San Agustín, Sto. Tomás, Kirkegord y Descartes, sino el problema del criterio de la verdad, que me apareció en la clase de 5° año bachi, estudiando lógica bajo la férula del gaucho manco Sallaberry; y poco después el problema de la Religión, la Fe y la Iglesia, leyendo el libro de Hugo Benson, *El Amo del Mundo* traducción (mala) del Pbro. Mateos, que me prestó el cura Olessio en vacaciones. (*)⁸

iSome problem! El criterio de la verdad... el problema de la Religión, la Fe y la Iglesia... en clase de lógica o en una novela, lo mismo da. Es que Castellani ha intuído precozmente que hay un *ascenso del alma por la belleza* (que tan bien explicó Leopoldo Marechal) y que por ese sendero se puede llegar más lejos en el conocimiento de la verdad y comenzar el baile con las verdades más grandes.

Paso a paso. Pues es de saber que comenzó con autores como Hugo Wast, leyendo de chico *Flor de Durazno* (que estaba en casa de su madre) y luego, en el Inmaculada, *Fuente Sellada* y *La Casa de los Cuervos*, novelas que le suscitan grandes entusiasmos y toda clase de distinciones que hacen trabajar su cabeza. ¡y cómo!

Cuando éramos muchachos, había un compañero de estudios muy listo, con el cual corría una discusión interminable. «*Que no me digan que la Biblia es el libro más hermoso -decía él más arte hay en Rubén Darío. Será el más útil o más necesario, por contener la Revelación, pero no tiene por qué ser el más hermoso ¿por qué? El tema no tiene nada que ver con la obra de arte...*» yo decía: «*El fondo o contenido es esencial en la obra de arte; ella es como la en carnación de una idea; y cuanto más alta sea la idea, mayor es la obra de arte*».

Los dos errábamos. (*)

Excelente tema de discusión para dos adolescentes que recién comienzan a hacer sus primeras armas en las justas intelectuales, provistos de cierta precisión en su lenguaje, referencias comunes y el gusto por razonar silogísticamente.

Y claro, he ahí la esencia de una buena educación: enseñar a los jóvenes a debatir ideas, a cambiar pareceres, a distinguir donde se debe distinguir, a saber fundar una opinión.

Ahí está la sustancia de la Academia de Platón, de la escolástica medieval, de toda la larga y pensativa conversación de que está hecho Occidente (y aún en nuestro tiempo, grandes **Conversaciones** hubieron: Chesterton discute con Shaw, Claudel con Gide -y va a terciar Oscar Wilde-, Lewis con Tolkien, Ortega y Gasset con Ramírez, Massis con Maurras... y Mussolini, Evelyn Waugh con Graham Greene, Salinger consigo mismo, Brasillach con Bardeche... la lista sería interminable e incluso aquí, entre nosotros, discuten Ernesto Palacio con Lugones, la escuela de Boedo contra los de Florida, Almafuerte con todo el mundo, Alfredo Palacios con Mons. Franceschi, Castellani con..., pero no nos adelantemos).

Por otra parte, con el advenimiento de la Primera Guerra, un mundo se hunde, el futuro es incierto y los espíritus comienzan a exaltarse:

En tiempo de la Gran Guerra supe tener un amigo argentino... y francófilo -murió ya el pobre que tenía en el «hall» un busto del Kaiser, al cual preguntando yo cierto día «¿Cómo con ser aliado tenía un busto del Kaiser?» me respondió el honesto muchacho: «*Lo tengo aquí paradito y cada vez que viene una victoria alemana ilo derribo a trompis!*». (*)

Debates, discusiones, argumentos y gestos: este jovencito comienza a mover el magín y se pone en marcha una maquinaria que... que no iba a poder detener: desde ahora, Castellani no va a poder parar de pensar. Aunque, claro, en su formación -como en la de cualquier chico juegan importantísimo papel los afectos.

Yo más bien que enamorado del Colegio... salí con apego admirativo a algunas personas de él: los Padres Luis Parola y Juan Marzal. (*)

«Apego admirativo» es lo bastante gráfico, para que nos demos una idea; en particular, le cobró afición al P. Parola

apodado *Parolín*.

¿Por qué me aficioné a este joven «maestrillo», con quien había de tratar sólo un año? No lo sé a punto fijo.

Supongo que fue, entre otros motivos, porque topé por primera vez y en edad tierna con nada menos que todo un hombre. Los adultos que había conocido en Reconquista eran todos brutos, algunos incluso obscenos; y de repente hallo un hombre íntegro, jovial, sabio, puro y benigno.

Sea como quiera, yo pasaba todo el tiempo que podía en recreo conversando con él, a pesar del precepto que teníamos de «jugar»; y él por su parte, me distinguía y favorecía. (*)

Se comprende también por qué «Parolín» tenía preferencia por este adolescente completamente fuera de lo común, inteligente, perceptivo, y seguramente original en sus comentarios, en el humor, en los conocimientos que desplegaría ya entonces de las cosas de campo, de su pueblo y cuya sabiduría comenzaría a cruzar con lecturas sesudas y perfectamente memorizadas.

Además, este alumno singular -bastante alto, de buen porte, tuerto, callado y tímido se va a destacar por lo que dio en llamar sus «*triumfos escolares*».

Y en realidad, fueron logros impresionantes, como se verá por lo que sigue. En efecto, el P. Furlong quiso dejar constancia del nivel de exigencia en el colegio consignando que,

de los 272 alumnos que fueron aplazados a fines de 1917 [...] 95 fueron nuevamente reprobados. (*)

No importa: Castellani aprobó como alumno regular *todas* las materias de *todos* los cursos, sin excepción, con la mejor nota posible, como atestigua su certificado de estudios que, ahora, mientras esto escribo, tengo ante la vista. (*)

Estudiante aplicado, por decir lo menos. Y ganó en idiomas y en formación, bien que el currículum del colegio no incluía lenguas clásicas como él lo habría deseado, y a pesar de que el largo brazo del enciclopedismo había llegado hasta aquí también.

Había estudiado de memoria: mi entendimiento no estaba interesado ni ocupado. Había estudiado de memoria, en Mineralogía y Geología, por ejemplo, la densidad, el peso atómico, el peso molecular, el índice de refracción, el color, la textura y la friabilidad del cuarzo y de otros 40 ó 50 minerales; había retenido penosamente eso, había dado examen, había sacado diez y había olvidado todo; y si lo hubiera recordado todo era peor: en la perra vida me hubiese servido más que de estorbo. y así pasó con todo lo demás, 20 ó 40 «materias» que le dicen; menos en Literatura, donde un buen profesor, el P. Marzal, me enseñó a hacer versos. (*)

En fin, tanta ejercitación de la memoria no le vino mal, sobre todo porque eso lo habilitó luego para el estudio de idiomas.

yo me he desdicho hoy de las maldiciones que le eché a la Gramática de F.x. Simó S.J., cuando amarrado al duro banco declinaba

I am you are He is

y la gramática de J. Zambaldi cuando volvíme profesor de lenguas vivas, galeote peor todavía. Gracias a la iniciación somera del Bachi, y un poco de trabajo personal después, pude alcanzar leer esas lenguas en Argentina y ahora hablarlas... (*)

Sí, el mejor alumno para el mejor colegio. y por eso, sin duda, el Padre Parola le cobró tan señalado afecto. Lo que, claro, ayudó a que Castellani hiciera su elección de estado.

A él le debo mi vocación de religioso. (*)

Sí; aunque algo se venía cocinando lentamente en su alma desde hacía muchos años. En una de sus fábulas, Castellani recordaba una enfermedad que había tenido de chico, tal vez a los siete u ocho años. Entonces, influenciado por la lectura de la vida de Los Tres Patronos de la Juventud, y porque temía morir, hizo

el infantil propósito de hacerme cura si sanaba, cura *jesuita* como San Luis Gonzaga, aunque yo no sabía lo que eran *jesuitas*. (*)

Y aquí se impone una pequeña pausa, pues conviene que el lector vaya sabiendo que en esto hay un gran misterio: el mejor alumno del mejor colegio de la Compañía, será luego excelente novicio, destacado alumno en el seminario -tanto que lo mandarán a la mejor universidad-, distinguido alumno en la Gregoriana de Roma, y de los mejores profesores que hayan pasado por las aulas del colegio del Salvador, del Colegio Máximo y del Seminario de Villa Devoto.

Será lo mejor que produjo la Compañía en este siglo, sin duda ninguna. Será el mejor escritor, el más sesudo predicador de Ejercicios, el más ilustrado polemista... se destacará como el más gracioso, el más original e inteligente de entre todos cuantos produjo la Compañía en este país.

¿Y bien? Un día lo van a expulsar,

cosa desta pobre vida y de los incomprensibles siempre benignos caminos del Señor. (*)

Pero, en fin, faltan unos treinta años para que lleguemos a esa historia. En el mientras, hablemos de Marzal.

El P. Marzal llegó en 1913 desde Chile, el mismo año en que yo ingresé al histórico Colegio, del que fue una columna durante más de 20 años. Creo fue el jesuita más insigne que pasó por el Colegio, sin despreciar a otros, como el Padre Feliú y el Padre Canudas... (*)

El P. Alfredo Sáenz S.J. lo conoció ya viejo en el Inmaculada, pues había ganado -me dice un concurso de «no sé qué» y lo mandaron allá. Tiene de él el mejor de los recuerdos y me cuenta que «era como un niño», muy bromista. Cómico, sí, pero con característica nobleza: cuando le cortaron una pierna decía que «ya tenía una pierna en la tumba».

También así lo recuerda Castellani. A propósito de una nota que es cribió sobre Julio Camba dice que tenía una sonrisa

entre burlona y triste... que fue la sonrisa permanente del P. Juan Marzal; quitando lo de triste y sustituyéndolo por «amable» en aqueste caso. (*)

Sonrisa permanente y amable... No es poco para un jesuita carlista de principios de siglo, para más datos, profesor del Inmaculada. Ya vamos viendo que no eran todos aprendices de Jansenio, ni mucho menos (aunque haberlos, los había, qué duda cabe).

El P. Marzal era mi profesor de Literatura, discreto poeta y valenciano afable y chistoso, al cual yo admiraba mucho. (*)

No era el único. Horacio Caillet-Bois le dedicó varios versos, de en-tre los cuales se puede excogitar una semblanza:

Tiene el P. Marzal el rostro fino

Blanco el cabello, grave la mirada

Y en los acentos de su musa alada

Tiene el sol y la sal del mar latino. ☞

Este cura iba a tener enorme influencia sobre Castellani, sobre todo a través de lo que se llamaba «la Academia de Literatura», tradicional institución del Inmaculada que había caído en virtual desuetudo. Lo cuenta el mismo Caillet-Bois:

Cuando llegó a Santa Fe, en 1912, esta era una erial. La vida del espíritu, en las superiores instancias de la inteligencia y el arte yacía muerta bajo un montón de hojarasca. (*)

Pero para esa hojarasca, Marzal era un soplo de aire fresco y con grande ánimo, iba a resucitar todo eso.

Cuando los sábados tarde (u otro día que se le antojara al P. Marzal) so naba a la puerta del estudio el grito del Hermano Molina: «¡Salgan los académicos de la Academia!», media docena de changos nos levantábamos ufanos, mientras el resto de la muchachada nos miraba salir envidiosos.

A la Academia de Literatura se ingresaba en Cuarto año, previa aprobación por los otros académicos (la mitad ya había salido bachiller) de un «trabajo» en verso. En realidad el que nos elegía era el Padre Marzal, y el «sufragio universal» era una filfa, como ha sido siempre en todas partes.

¿Filfa? ¡Pero, pero...! Bien. Sigamos con Castellani.

En sus primeras clases (Cuarto Año, Literatura), el Padre Marzal nos enseñaba con eficacia a hacer versos, y salíamos todos o casi todos con «oído»... El método milagroso de Marzal que nos formaba «el oído» en 15 días y 4 clases era «empedrar» como lo llamábamos. El maestro nos daba un poema cualquiera (soneto, romance, etc.) descoyuntado en prosa, y nosotros debíamos restaurar los versos... Algunos acertábamos a la primera vuelta: eran los candidatos seguros a la Academia; otros no acertaban ni

en las otras dos opciones más fáciles. (*)

Castellani, claro, acertaba siempre. Pero, además, recibe estímulos que lo convertirán en escritor de raza:

Tenía [Marzal] un don que mencionó con acierto Horacio [Caillet-Bois] en su loanza: el de concitarse inmediatamente y sin esfuerzo el apego de los jóvenes. Parte dese don era el entusiasmarse sinceramente por las composiciones, magüer imperfectas e inmaduras de sus discípulos; en los cuales sus citaba un entusiasmo infinito. Por eso de sus manos salieron varios poetas y escritores notables. ☺

Además, hay que saber que Marzal es uno de los pocos jesuitas que lo querrá, de veras, a Castellani, hasta el fin de sus días (Marzal murió en 1953, cuando el «caso Castellani» ya había dividido las aguas). Así lo atestigua Caillet-Bois:

te seguía en tus peripecias con ese cariño y esa admiración entrañables con que te siguió y te miró siempre. Eras una de sus debilidades. (*)

Muy pronto, el trabajo (y entusiasmo) de Marzal había de dar frutos. Por lo pronto, con fina psicología comienza a embromarlo a Castellani, pues lo advierte demasiado serrote y escrupuloso, (*) aunque -al mismo tiempo no lo deja caer en la típica mediocridad argentina.

Medio siglo después, Castellani no olvidaba sus consejos:

«No lea más que obras maestras: no hay tiempo para más» -me dijo Juan Marzal S.J. cuando yo tenía 16 años. (*)

Además lo estimula a producir. Y tiene éxito: cuenta el P. Furlong que en las «Fiestas Julias» de 1916 Castellani fue elegido para leer unas estrofas de su autoría, intituladas «*Héroes sin nombre*» y que le valieron que el Gobernador de la Provincia lo invitara -junto con otros alumnos (entre los que se cuenta, claro, Caillet-Bois), a declamar la poesía en Tucumán, acompañando a la comitiva oficial. (*)

«*Héroes sin nombre*» es quizá la ópera prima de Castellani, por lo me nos, la primera que publicita. y lleva en cifra su vida:

*En la historia de mi patria y en el cielo de sus noches
hay brillantes soles fúlgidos, de perfecta claridad;
pero mil veces más bellas, en fantásticos derroches
lucen claras las estrellas, sus plateados, suaves bronce
del solemne azul cubriendo, la grandiosa inmensidad.
¡Héroes tristes, ignorados! Astros de oro que se miran
en el cielo azul grandioso de la gloria nacional;
campeones que ni nombran las historias ni la lira;
¡escuchadme!, que al unísono de la patria que os admira
mi laúd de bardo errante, tembloroso va a vibrar.*

No está mal para un pebete de 16 años, aunque se ve claramente la influencia de Marzal, afecto como era a utilizar

palabrería excéntrica... empedrando [las poesías] de palabras raras... y con la manía de la pedantería lingüística. (*)

Con el tiempo Castellani pasaría eso a su prosa y comenzarían con Benítez un verdadero torneo por ver quién manejaba más vocabulario, ambos a la zaga de Cervantes y Gracián.

Pero querría que el lector se detenga un instante en el tema de la poesía que Castellani eligió para las «fiestas Julias», pues no es tan común que un chico de 16 esté pensando en los grandes ignorados de la historia, los héroes anónimos («tristes», los llama él) que nadie puede cantar... porque no sabemos,

justamente, quiénes son. El desafío es literario, des-de luego, pero algo más: se desprende del poema un fuerte acento romántico que canta a la Argentina, ingenuamente y con gran candor.

En efecto, es de la Patria que habla cuando asegura que

*Ella os ama tiernamente, aunque esté desconocida
la ilación de vuestros nombres. ¡Como es madre, ella no olvida
y así os ama sin nombraros, con ternura maternal! (*)*

Con el correr de los años, cosas bien distintas diría Castellani sobre este país, bien que nunca renunciaría a él (si acaso tal cosa fuera posible). En el homenaje que le hicieron cuando cumplió 70 años, Castellani recordó a vuelo de pájaro su propia vida y entre otras cosas decía lo siguiente:

Ustedes tendrán sus propias experiencias, pero mi propia experiencia es que la Patria me ha puesto al margen de sus movimientos, me ha hecho ciudadano de segundo orden, me ha cargado como escritor con la conspiración del silencio, me ha exonerado de mi trabajo cinco veces, y en algunos lapsos no me ha dejado ejercitar ninguno de los tres oficios que sé, o sea: sacerdote, profesor y escritor. Son oficios que estudié bien; y ha habido trancos en mi vida en que no podía ejercitar ninguno. Podría haberme agregado a la «emigración de los técnicos»; pero no lo hice. Me quedé aquí. Incluso lo juré.

Ahí tienen ustedes al «héroe sin nombre» que el país no quiere reconocer. Pero Castellani sabe más que eso, pues a continuación exclama

¡Cómo va a ser la Patria esta inmensa laguna en que andamos braceando con desesperación, nadando contra corriente y empantanándonos sin poder ir ni atrás ni adelante; esa casona derruida donde respiramos aire gastado, comemos pan duro, estamos inundados de mentiras y pamplinas, leemos o vemos cada día cosas que nos dan en rostro, estamos vejados por el cretinismo ambiente y creciente, soportamos vergüenzas nacionales!

y termina aclarándole a sus amigos que lo homenajean, pese a todo:

La Patria son ustedes. ¿Entonces la Patria real es muy chica? No lo sé, puede que sí, puede que no. Pero la Patria son ustedes. (*)

Ya vamos viendo cuánta agua ha corrido bajo el puente entre sus 16 años y sus 70, cuando ya se encuentra viejo, cansado, y desgastado...

Continúa, sin embargo, confiando en el país (o, peor, en nosotros). Así es la vida, amigos. Así se cierra el círculo, misteriosa, enigmática mente, cuando al fin de nuestros días terminamos con un balance que cierra la larga parábola que ha sido lo que comenzamos diciendo y lo que terminamos siendo.

Por lo menos quienes se han esforzado por llevar una vida coherente, consistente y guiada firmemente por principios inmutables, no negocia bles, no sujetos a transacción alguna, cueste lo que cueste, caiga quien caiga.

Esa parábola es la vida de Castellani. Comenzó sus primeras letras cantándole a los héroes desconocidos, no oficiales. Quizá intuía que eso es propio de la impiedad contemporánea, tal vez adivinaba que esa es nota distintiva de nuestra Historia. Mas al fin de sus días, lo sabrá por experiencia, lo cual no quita que tratará, hasta el fin, de celebrar a los que tiene por merecedores de honra y encomio: seis años después de este discurso que he citado, Castellani publicaría su tributo a Horacio Caillet-Bois en forma de libro (que tantas veces hemos citado aquí). Lo hizo a su costa, pagando la edición con el dinero que obtuvo por un premio.

Mientras tanto, este joven está creciendo en edad, gracia y sabiduría. Se ha encariñado terriblemente con su media hermana, Nelly, a quién le dedicará su primer libro. Prueba de ese enorme afecto (y

también del poeta en ciernes) es esta poesía que encontré entre sus papeles y que quiso intitular como: «*Carta de un Académico de la de Literatura de Santa Fé a su hermana en su cumpleaños*» y cuya transcripción no resisto:

*Tal vez en esto compita con el mismo Estagirita;
pero a mí nadie me quita que es la nariz más bonita la ñatita...
...porque te da, mi Nelita, un perfil de muñequita insustancial
un perfil de gracia pura de ternura
de delicadez ideal...
Mira: todos los más gratos animalejos simpáticos,
los corderitos pacatos
y los cabritos selváticos los conejos turulatos
y los perros y los gatos son ñatos
mientras que son los lechones y los feos mascarones
y los pícaros ratones narigones...
y hay otra cosa en mi caso y es que no es otra cosa
esa tu nariz graciosa que un porotito de raso y de pétalos de rosa..
Es de ver
cuando te miro comer
en tu silla sentadita con tanta formalidad
hundiendo hasta la mitad
en el tazón la carita,
que no sé si por razón
de que una mano tan pequeña
no facilita a su dueña
el manejo del tazón
o por apurar golosa
la alba bebida sabrosa
hasta que nada deseche...
o por un descuido, en fin,
se te moja el naricín en la leche...
Es de ver, digo, la gracia
y exquisita aristocracia
conque en un breve mohín
de esa mano lista y chica
limpias como una gatica
o como suelen las liebres
esa naricita rica
de porcelana de Sevres...
Que dan ganas de tomar
entre el índice y pulgar
y de sacudirla un poco
por más que medio ahogada
grites toda enfurruñada:*

¡Padrino: no seas loco!
y después de mil andanzas
que ahora Dios solo ve
de tormentas y bonanzas
de dolores y esperanzas
de desencantos y fe
después de duelos y danzas
ilusiones, remembranzas,
y después de yo que sé
cuántos demonios de cosas
de sueños, luchas, fatigas,
de hierbas, flores, espigas,
que las Horas caprichosas
hilan con sus locas rucas
hilan sin fin y afanosas
hoy flores y mariposas
pero mañana hojas secas...
después... tal vez... algún día..
(cosa que nadie diría)
la veremos encorvada
granujosa, despeinada,
de líneas impertinentes
saliente, mordiente, muda
sobre una boca sin dientes
y una barbilla huesuda
lleno de arrugas sus lados
color opaca y marchita
soportando unos pesados
anteojos de abuelita...
¡Qué horror!
¿Por qué crecemos, Señor
y envejecemos también?
¿No hubiera sido mejor
que a la que quisieran bien
y a los que gustara más
se quedaran pequeñuelos
ya que predicando estás
que de los tales nomás
es el reino de los cielos...?
¡Ah, Nelly! Tan sólo allá
donde todo se remoza
tu naricín volverá
a ser capullo de rosa

y botón de resedá...

El cielo el dolor me quita

pues detrás de esta exacción

si eres buena y modosita

¡vendrá la resurrección

a eternizar tu ñatita!

Casi, casi, como que Castellani ya estuvo estudiando Teología... casi, casi, uno se atrevería a decir que, a sus dieciséis años, ya sabe cómo juega esa ciencia en las cosas más menudas (por aquello de un Dios temblando de frío en un pesebre). y no podemos compartir el juicio de Castellani cuando dice que en el verano de 1916

producía cositas pueriles o prosaicas, que por suerte he perdido... [como por ejemplo] una cantinela a mi hermanita Nelly, de cinco años. (*)

No, no nos parece «pueril» (y no, no todo se perdió, encontré entre sus papeles este encantador retrato de Nelly, de su nariz y de este mozo componiendo versos para ella).

Lástima que tengamos que dejar eso ahora. Es que estamos en 1917 y el mundo ha cambiado decisivamente. Por mencionar alguna que otra cosa, la Virgen se ha aparecido a tres pastorcitos en un pequeño pueblo de Portugal llamado Fátima; Lenin se ha hecho con el poder en Rusia. Los submarinos alemanes han hundido tantos barcos aliados que suman algo así como 600.000 toneladas. Estados Unidos ha entrado en la guerra a favor de los aliados. Aparece una nueva arma de guerra: el 13 de junio se produjo el primer bombardeo de la historia: los alemanes han aterrorizado a los londinenses haciendo caer fuego del cielo (y las más inverosímiles imágenes del Apocalipsis comienzan a mezclarse con la historia). Han muerto León Bloy y Almafuerte. Se asoman al mundo John F. Kennedy e Indira Gandhi. Los franceses han fusilado a la pobre Mata Hari y Chesterton ha publicado su «*Breve Historia de Inglaterra*» conquistando a la mitad del país... y enfureciendo a la otra mitad. Por otra parte, aquí, en esta mediana aldea de los Buenos Aires, aparece la primera editorial argentina: se han juntado unos muchachos para la empresa por iniciativa de Gálvez; Ángel de Estrada será el presidente y por imposición del socialista Mario Bravo será cooperativa y de allí su horrible nombre: «Cooperativa Editorial Buenos Aires». En pocos años aparecerán numerosos libros de au-tores locales: Quiroga, Gerchunoff, Ibarguren... Buenos Aires comienza a ser algo más que una aldea.

¿Qué más? Nada, que un gringuito, hijo de unos campesinos italianos transmigrados a este país, estudia con grandísimo empeño, aplicándose como el que más. (*)

Pero además, aquí Castellani ha sido cautivado por un sacerdote con sagrado a sus alumnos: está encantado con este jesuita que lo intoxica con el gran mundo de la poesía, el universo de la literatura, el calor de la dialéctica, la estética profunda del teatro y la apasionada búsqueda de la verdad. Castellani «venderá» el campo por esta perla y ya es lo que hoy llamarían un «joven idealista». La culpa la tiene Marzal, pues

para ser semejante a él, se me ocurrió entrar jesuita. (*)

*

Novalis ha dicho que el destino está en el carácter; pavada de aserto (que a Tolkien le habría encantado). Fate lo llaman los ingleses al destino, por aquello del fatum, de los hados. Y en verdad,

por mucho que me empeño, me cuesta imaginar a Castellani laico. No sé: proyectando una vida profesional, cómo ganarse el pan, cuál ha de ser la mujer de su vida, cuántos hijos, dónde vivir... Son los sueños de un adolescente más o menos normal ¿no? Bueno, Castellani es (más o menos) normal, pero no tiene dudas: son otros sus sueños; y quiere ser como Marzal. Para salvarse, desde luego, pero como hombre de letras, como intelectual, artista, gran contemplador y gran comunicador, poniendo al servicio de Dios su enorme talento. Tiene razón, digo yo. ¿Por qué no? El es un producto genuino del enorme esfuerzo educativo de los jesuitas ¿y no lo van a querer para sumarse al trabajo? A la larga... no. No, no lo van a querer, y él llegará a preguntarse si no se equivocó al entrar a la Compañía. Estoy seguro de que no, pese a los que repiten por ahí de que «no tenía temperamento para la vida religiosa» y otras análogas pavadas. Ya viejo, en uno de los últimos números de su revista, Jauja, Castellani se enoja con éstos: «Mis amigos dan explicaciones halagüeñas para el amor propio. Halagüeñas y desesperantes "Se lo castiga por tener talento". Se lo castiga por amar a la patria. Cayó porque amó demasiado a la Compañía. Es un idealista incapaz de intrigar. Es un artista y los artistas no pueden vivir entre los jesuitas, la historia lo prueba. Se equivocó de vocación. Lo castigan por enfermo, superponen un yugo a otro yugo. "Tiene demasiada sensibilidad"... pamplinas.» En verdad que sí, Padre, (iy cuántos no me dijeron que usted era «muy jesuita»!). ¿Castellani no tenía vocación religiosa? Si fuera así, tardaron sus Superiores unos treinta años en darse cuenta... No. Estuvo bien. Hizo lo único posible, lo que Dios quería, lo mejor, lo más generoso, lo más conveniente, con «gananas de acertar» como pide Santa Teresa, A.M.D.G. , como quería San Ignacio. De modo que si algún jesuita quiere «impugnar» a Castellani, deberá esperar un poco: como joven bachiller no hay qué reprocharle, y menos que menos, su vocación. Supuesto, claro, que alguno crea que la elección fue enteramente de Castellani... y que el destino no está en el carácter.

*

Capítulo VII

DON QUIJOTE DE LA PAMPA

Santa Fe

1917

Cíñete ahora los lomos, como varón.

Job 38:3

Si Napoleón hubiese vuelto a la vida a comienzos de 1917, no hubiera encontrado nada que lo sorprendiera demasiado: básicamente las mismas potencias europeas de su tiempo librando básicamente el mismo tipo de guerra en una escala algo mayor. Habría reconocido a las zares y emperadores y aun a los políticos liberales.

Pero supongamos que difiriera su regreso unos pocos meses y volviera hacia fines de aquel año; entonces sí que estaría desconcertado. En una punta de Europa estaba el Bolcheviquismo, un sistema de gobierno y una filosofía enteramente nuevas. En la otra punta de Europa, los Estados Unidos, un poder desconectado de Europa que había comenzado a intervenir en una escala que eclipsaría a todas las potencias europeas juntas.

En 1917 la historia europea, en el viejo sentido, terminó. Comenzó la historia mundial. Fue el año de Lenin y Woodrow Wilson, ambos dos repudiaban las reglas y conductas políticas tradicionales. Los dos predicaban la Utopía, el Cielo en la Tierra. Fue el momento en que nació nuestro mundo contemporáneo; el momento dramático en que comienza la existencia del hombre moderno.

(*)

Sí, también 1917 es el año en que nuestro héroe se recibe de bachiller y comienza su existencia como hombre hecho y derecho. Le va a tocar, como vemos, un mundo difícil.

¡Y cómo querría entregarle al lector un Castellani de verdad! No sé, de carne y hueso, vivo, caminando con cierto paso, que tiene determinado tono de voz, gestos característicos, tics, poses, lo que fuera (¡Leonardo, levántate y anda!).

Pero como no puedo, tengo que adivinar: un joven de porte más bien alto, de voz articulada, algo aguda (si supiera cantar en un coro, lo pondríamos de tenor), que nunca se ríe a voz en cuello, que apenas si se sonríe para sí, muy tímido, el ceño habitualmente fruncido, pero el resto de la cara despejada, el andar firme, como con propósito... son todas conjeturas de este atribulado biógrafo. La única fotografía de Castellani joven que he visto, fue tomada cuando él ya tenía 26 años: cabello canoso cortado al rape, mentón definido, labios finos apretados, mirada firme (¡como ojo de vidrio!), aspecto entre sonriente y enojado.

Ha vencido en parte su timidez, sabe más cosas porque ya ha sufrido mucho.

¿Tiene buen humor? No parece, no. Da la impresión de que este tipo está demasiado enfrascado en sus libros y sus ideales, debatiéndose in terminablemente con las ideas y las palabras... No parece que haya lugar para mucha chanza o diversión durante su juventud. El humor castellaniano, que aparecerá luego, no es tanto el fruto de un talante solar cuanto relámpagos producidos por el choque entre ideas contrarias, *rejucilos* de brillante luz paridos al son de grandes tormentas, espléndidas «salidas» de asfixiantes laberintos, y, claro, el arma principal para imponer la verdad por sobre cualquier

intentona homicida del padre de la mentira.

¿Un adolescente alegre? No exactamente, bien que, tal vez, pueda decirse que este joven anda contento. Se lo han enseñado los jesuitas con su espiritualidad un tanto estoica:

Para estar contento hay que estar *contenido*. En latín *contento* significa *contenido*. Hay que contenerse con gran fuerza dentro de los límites del charco en que Dios nos puso. La mitad de mis paisanos pasan una vida perra por andar buscando el mar cuando Dios los puso en la laguna. Hay que saber caber en su molde y apretarse dentro de la propia horma, y hacer el gusto a lo poco...
(*)

Hacer el gusto a lo poco, ¿eh? Bien, por mi parte, he de confesar que ando estos días un poco apesadumbrado por aquello de los elefantes...

Conocerán la adivinanza: cuál es la mejor manera de esconder un elefante en la Avda. 9 de Julio. Respuesta: llenándola de elefantes. Y bien, mi vida está llena de esos mastodontes que, teóricamente, deberían constituir el paraíso de todo biógrafo, y sin embargo... no. Confieso que de a ratos me vuelvo loco, sepultado como estoy entre papeles, cartas, documentos, manuscritos, folletos, separatas, libros y palimpsestos: no encuentro a mi paquidermo por la enorme cantidad de elefantes que me rodean en este minúsculo escritorio en donde me paso las horas rastreando las huellas que encuentro de la vida de Castellani. Las ordenadas estanterías rebalsan con sus manuscritos y el prolijo andamiaje que con gran paciencia he ido confeccionando (índices, papeles de colores, flechas, y general parafernalia que debería guiarme en este laberinto documental) de poco me ayuda una vez que me instalo frente a la página en blanco (¿o debería decir «el monitor despejado»?).

Y bien, lo cierto es que encuentro bien poco sobre su famoso cinturón. El caso es el siguiente: le dio por ceñirse la sotana con un cinto de aspecto militar, dejando de lado la reglamentaria faja de la Compañía. Todo el mundo así lo recuerda y decenas de fotografías dan fe de este cura con aires de miliciano. ¿De dónde semejante extravagancia y cuándo empezó a usarlo? (*Extravagancia* es vocablo correcto, con sus correspondientes connotaciones de raro, singular, llamativo, estrafalario y cómico).

Ante la caricaturesca figura de un cura con cinto de policía, difícilmente pueda uno, quítame allá esas pajas, dejar de evocar al «*caballero de la triste figura*», el ingenioso hidalgo de la Mancha, con su «*lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*».

¿Don Quijote de la Mancha? A ver cómo me sale: la tipología de Cervantes representa una verdad tan grande que uno no puede dejar de admirarse ante tan lograda síntesis; si el genio griego clasificó en cuatro los caracteres, el manco de Lepanto logró algo más pulido, una caracterología más completa, que resume mejor los rasgos morales de un sujeto, en sólo dos grandes trazos de brocha gruesa; básicamente Quijote o fundamentalmente Sancho Panza, nuestra personalidad gira en torno a uno de estos ejes centrales: o la aventura o la seguridad, el romance o las cuentas, el ideal o la comodidad. ¿Qué somos, qué queremos ser? Ora revolucionarios o más bien burgueses, nos domina la poesía o el cálculo, nos seducen las grandes batallas o, en cambio, preferimos la paz de unos ahorros bien guardados o tal vez, un buen seguro de retiro. Sembrar, desparramar, gastar, o por el contrario... ¿no será mejor acaparar, ahorrar, invertir?, ¿de quién somos hijos?, ¿del Quijote o más bien de Sancho? Ésa es la cuestión.

Y así con las diferentes naciones de la Cristiandad; cada una sintonizará especialmente con algún episodio del Evangelio, o palabra o gesto o acción de Cristo y eso irá conformando un tono

particular dentro de una única catolicidad (y no el «concierto de las naciones» que dicen feamente ahora). Cada región de la Cristiandad tendrá sus santos con sus peculiares características; sus fastos y sus celebraciones tendrán marcado acento local, configurando temperamentos, estilos y costumbres que se reflejarán en el arte, en la música, en la literatura y en los términos con que se formule la Religión: Chesterton recuerda con nostalgia a la *merry old England* que destacaba un cristianismo inmensamente alegre; en Irlanda se cultivará con especial énfasis lo sacramental, lo misterico; en Francia se hallará una enorme pasión por la verdad y la búsqueda del santo Grial tomará forma predominantemente intelectual; en Italia reinará un especial interés por la belleza aliada con la cordialidad, se evocarán una y otra vez las mujeres de gran corazón como la Magdalena, la Verónica o la Santísima Virgen... En Castilla, en cambio, ha prendido el aspecto caballeresco: la épica cristiana echó raíces profundas en estas tierras y de allí el Quijote, arquetipo de cristiano viejo. Por eso, conviene recordar que los herederos de España estamos bajo esta influencia cuando contemplamos el Evangelio. Castellani, claro, también es heredero de todo esto. Hablando de la mujer sorprendida en adulterio (que él cree es la misma Magdalena), señala que

Cristo se dio el lujo de salvar a una mujer, que es la hazaña por antonomasia del caballero; no sólo salvarle la vida, como San Jorge o Sir Galahad, sino restablecerla en su honor y restituirla perdonada y honrada a su casa, con un nuevo honor que solamente El pudiera dar. En la caballería occidental, los dos hechos esenciales del caballero son combatir hasta la muerte por la justicia y salvar a una mujer:

Defender a las mujeres

Y no pelear sin motivo.

que dice Calderón. Cristo ejerció la más alta caballería... (*)

Digámoslo de nuevo con Nietzsche: el niño es el padre del hombre. Y este hombre, más o menos a sus 40 años, adoptaría un logotipo que representa a un guerrero arrodillado, apoyado sobre una espada y rodeado de la frase «*Que a todos quieran ayudar*» (cita de los «Ejercicios Espirituales» de San Ignacio de Loyola): es el *copyright* que ha querido para firma de sus libros. (*)

Caballero cristiano, ¿qué más? No que la vocación caballeresca sea cosa de soplar y hacer botellas: le ha costado resolverse, ha sido muy duro ser fiel a sus implícitas promesas y ha hecho el ridículo más de una vez con su celosísimo afán por conservar esos títulos tan arduamente obtenidos.

Me gustaría entonces que el lector me acompañe a presenciar la ceremonia de iniciación, o, si lo prefieren, cómo fue su ordenación de caballero.

Ha sucedido el día que egresó del Inmaculada. Salen los flamantes bachilleres de paseo: son *los sesenta del '17* y quieren celebrar la cosa sin tutela. Pero en medio del paseo, andando por los arrabales de Santa Fe, oyen gritos y se detienen. Castellani es de la partida, de modo que nos puede contar el lance:

oí un griterío en el rancho de un criollo. Me arrimé, pues, a la puerta del rancho vociferante...

De afuera se oye la trifulca y da la impresión de que dentro de la tapera un hombre le pega a una mujer...

Pero confieso aquí que me encuentro en apuros. Castellani refiere el episodio escondiendo la verdad con recursos literarios. Y yo, por mi parte, no puedo dar de lado con otra versión, la de Irene Caminos, confidente de Castellani durante tantos años y que me refirió una historia análoga... pero distinta.

Ella me contó que lo que se oía desde dentro del rancho era el castigo que un hombre le propinaba a una mujer. Castellani desdramatiza, por lo menos al comienzo de su relato. Pero, claro, él lo cuenta en una revista para chicos y no es cuestión de escandalizarlos con una escabrosa riña conyugal. (*)

Sigamos entonces con la versión de doña Irene.

Castellani propuso intervenir pero sus compañeros no querían saber nada, y al ver que éste se acercaba a la puerta del rancho, huyeron despavoridos.

La diferencia con sus compañeros bien puede haber seguido los andariveles que Castellani pone como términos de un monólogo interior:

¡Plaff! (un rebencazo).

Yo, que oigo ese rebencazo cruel, me dije:

—Éste es un borracho que está apaleando a su mujer; y lo que es peor a su hijita. Aquí lo que corresponde es que yo, que soy hombre culto y bachiller de La Inmaculada, ataje esa brutalidad como Don Quijote, cuando atajó a Juan Haldudo, que no desollara a palos al pobre muchacho Andrés... (*)

Bien pronto se alza la voz de la cautela (por boca de sus compañeros, o como reflejo de auto-conservación, lo mismo da):

Pero el Sancho Panza que todos llevamos dentro de nosotros se levantó y dijo:

—Lo que ganó Don Quijote por meterse donde no lo llamaban fueron palizas. Y el muchacho Andrés se recibió otra mayor cuando Don Quijote se fue. Y bien puede suceder aquí otro tanto, que si este animal es capaz de apalear a su hija, más capaz será de darme a mí un palo, o si viene a mano, una puñalada...

Argumentación incontestable... en el plano de la argumentación.

Me estaba por ir. ¿Quién me mete a mí...? Pero en ese momento oí un rebencazo más fuerte y el ruido de un cuerpo que cae. Me enfurecí, me volví y golpeé la puerta.

Se hizo un gran silencio en el rancho. Golpeé otra vez.

—*Aquí está el ánima de tu finada madre* —dijo la mujer. Golpeé otra vez.

En el relato que se encuentra en *Camperas* el lector verá que la cosa tiene ribetes humorísticos. El hombre, creído en la aparición de su madre, cesa el castigo y el Quijote santafesino reanudó entonces su camino, muerto de risa y feliz de haber logrado salvar a una dama en apuros.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando...

En la versión de doña Irene, la cosa es más complicada. Según me lo contó, parece ser que al golpear tan fuertemente la puerta del rancho, ésta se abrió y Castellani se encontró con la escena en todo su dramatismo: una mujer arrodillada en postura de súplica y un policía que tiene alzado el brazo para continuar el castigo. Pero no es un rebenque lo que agita con la mano: es el cinturón del uniforme de policía de la Provincia de Santa Fe.

Al ver al joven alto y fornido en el umbral de la casa y tal vez ante la clase y porte que tiene, cesa en lo suyo y, de alguna manera, lo invita a Castellani a pasar. Ésta es la versión de doña Caminos y no sé que hacerme con ella...

Me pregunto si acaso no es verdad, sobre todo por lo de su timidez. Después de todo, él mismo ha dicho muchas veces que

no hay cosa más extrema que la audacia de un tímido. (*)

El lector que tenga a bien acompañarme verá que Castellani va a comportarse quijotesca en distintas oportunidades, con rectísima intención, sin dudas, pero en muchas, muchísimas ocasiones, suscitando equívocos, incomprensiones, recriminaciones más o menos justificadas, generando situaciones ridículas, o cómicas, irritando innecesariamente a sus Superiores o dando lugar a situaciones dramáticas, enredos de sainete y, si se quiere, explosivas epifanías de lo que cada cual llevaba en su corazón.

Lo cierto es que –siempre siguiendo con la versión de doña Irene Caminos– Castellani se amigó con el matrimonio aquel y visitó cuantas veces pudo a los congraciados cónyuges (parece ser que la riña se desencadenó por culpa de algún maledicente que había acusado a la mujer de tratos con «un pata de lana» mientras el policía estaba en comisión).

Pasaron algunos años y allá por el '24, el policía (¿Evaristo?), en trance de muerte, lo mandó a llamar. Castellani acudió y el buen hombre le dijo que le quería agradecer la amistad y el servicio que le había prestado «desfaciendo el entuerto», pero que era tan pobre que lo único que tenía para darle era su cinturón.

No tengo oro ni plata

pero de lo que tengo, te doy.

Castellani habría prometido usarlo en memoria del hombre... pero, ¿cuándo? Seguro que no cuando novicio, ni tampoco me imagino que le dejaran hacerlo antes de su ordenación sacerdotal...

Adivino que comenzó eso a su vuelta de Europa, allá por el '35, (*)-que es cuando comenzó sus primeras grandes andanadas contra... pero a no adelantarse.

Lo que sí sé es que ese cinto le traerá innumerables dolores de cabeza, por razones obvias: Castellani pertenece a una Orden Religiosa que tiene, desde luego, costumbres uniformes.

En cuanto a la forma del vestido, sea éste generalmente uniforme, y según la tradición de la Compañía, con la faja de lana [...] debiendo los Superiores [...] no permitir, antes cortar con mano fuerte, todo que en esto [...] sepa a singularidad, superfluidad y espíritu mundano...

Así consta en el art. 131 del «Costumbrero» de la Provincia Argentina, publicado allá por el año '39. Yo creo que éste párrafo fue incluido por el Provincial Travi con Castellani en la mira (e imagino la defensa de éste: «singularidad», quizá; «superfluidad», vamos a ver; pero «espíritu mundano», ¡tu abuela!).

Imagine el lector lo que significa que un jesuita se atreva a destacarse de este modo: ¡y encima de manera tan patente, tan visible! Mas bien parece milagro que Castellani haya permanecido en la Compañía con semejante aditamento al uniforme durante tantos años (diez, por lo menos, según mis cálculos).

¡Y cuántas veces no le habrán sugerido sus pares, sus superiores, sus amigos y enemigos que se lo saque! Nada. El se aferró a eso como con locura,

Con hechos, que son varones no palabras que son hembras

que decía Baltasar Gracián. (*)-(Y es que frente a las argumentaciones incontestables... ¿qué hacer, si no dejarse llevar por el quijotismo?).

Esta fábula nos enseña que cuando se trata de hacer una acción buena que es peligrosa, hay que tirarse al agua nomás sin miedo, que casi siempre saldrá mejor de lo que uno se lo imaginaba...

Duc in altum... pero, claro, hay más. Castellani comprendió tan profundamente al Quijote que lo vio redivivo en nuestro gaucho Martín Fierro, superponiendo las trazas esenciales del gaucho matrero a las del hidalgo castellano como si jugara con un papel de calcar. Considérese por ejemplo cómo advierte las analogías en el episodio de la redención de Fierro con los insospechados senderos de la vida caballeresca:

Entonces hay una llamada violenta al honor varonil –al honor español– en los quejidos de la cautiva, una mujer, una *Mujer* que por serlo tanto ni nombre tiene; y las energías recónditas de la raza explotan en heroísmo.

¡Qué casualidad!

Casualidad de que saliera a su defensa el sargento Cruz; casualidad de que sacudiera su apatía y desesperanza total el tope con la Cautiva; casualidad de que al volver al pago la justicia hubiese olvidado su proceso; casualidad de encontrar sus hijos, casualidades que fundan la otra gran Casualidad a la cual se confían insensatamente al cambiarse el nombre y largarse a los cuatro vientos...

¡Y cómo y cuánto entiende Castellani de tan sesudo asunto!

Hay que poder percibir el *Canto* del Martín Fierro. Es un canto lejano que viene de las profundidades de los siglos, un viento a veces sutil y a veces tempestuoso que llega a la pampa pasando por España y allí se apampa y a veces se vuelve tormenta de tierra y polvareda. Aquí perdió el rumor de las cítaras eolias y el olor a oliva de Atenas, el olor salobre a sal latina y el aroma de claveles y yerbabuena de la morisca Andalucía; se volvió solamente un viento, es decir, un espíritu.

«*Ruej*», pneuma, soplo... («Ven, Padre de los pobres»). No, no cabe duda: este Castellani *pneumático* sabe que la Fe procede del oído y está atento al viento que sopla uno no sabe de dónde, ni, menos que menos, adónde...

Yo lo oí soplar fuertemente una noche que no podía dormir, y me levanté a ver quién era.

No había nadie. Solamente las estrellas. (*)

Claro, ésta es la fórmula del cristianismo verdadero: «*Vende todo lo que tienes y sígueme*», «*El que pierde por Mí su vida, la hallará*», «*Bienaventurados los pobres, los que lloran, los mansos, los perseguidos...*». Y aún, cosas peores como esa invitación a caminar sobre las aguas... por no mencionar la finísima ironía con que Jesús se mofa de las mejores excusas: «*Me he casado, y no puedo ir*» o «*tengo que enterrar a mi padre*». Ja. Es que, verán: el largo y turbulento noviazgo del cristianismo y la burguesía lleva unos cuatro o cinco siglos y casi, casi... están por consumir la cosa, si no fuera porque siempre, a último momento (la novia entrando en la iglesia y los padrinos frotándose las manos), aparece como por arte de magia un profeta furibundo, con los lomos ceñidos, la mira-da relampagueante, que escupe el asado. (Y lo de siempre: la novia que huye llorando, trastabillando con su vestido y sus penas, el novio que se queda como boleado y los padrinos, furiosos, que comienzan a planear la venganza.)

Pero esta acción quijotesca de Castellani que hemos visto con algún detalle y que termina tan felizmente, mana de otra aventura, la fuente de todas las demás:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros...

... y asentósele de tal modo en la imaginación que...

... le pareció conveniente y necesario... hacerse caballero andante...

... deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos...

Ya hemos visto que en lo de su vocación hubo influencias varias: Marzal y Parola, desde luego, pero también Teresa y el Quijote.

No que fuera fácil, ¡qué va!, resolverse.

Estaba en una encrucijada vital: se me había ocurrido hacerme jesuita y no sabía cuál era la verdad: si lo que decían los jesuitas de sí mismos, o lo que decía mi padre de los jesuitas. Mi padre ya era muerto, pero mi madre repetía sus dictámenes, con esa memoria conservativa de las viudas, por la cual el padre muerto sigue gobernando a veces el hogar por largos años a través de la memoria de la madre viva [...]

Nadie aprende filosofía si un problema vital no se le pone en forma abstracta; podrá aprenderla de memoria, por eso no es filosofar. A algunos, que tienen una cabeza especial, todos los problemas vitales se le ponen desde niños en forma abstracta: Leibnitz cuenta en una de sus cartas que a los quince años pasó una tarde muy agitada paseando en el bosque de Viena deliberando con toda el alma si retendría o no la materia prima y las formas sustanciales de la Escolástica.

Pero no yo fui de esos niños abstractos. El Chaco no es Viena. (*)

Total que vuelto a casa, el flamante caballero-bachiller-aprendiz de filósofo le comunica a sus padres la decisión de entrar en la Compañía, y, como repetición de una vieja, viejísima, historia católica, se encuentra con la férrea oposición de los suyos.

Mi madre –¡que Dios bendiga su memoria!– quería que yo estudiara de ingeniero; yo me encapriché de estudiar de poeta malo, y de cura, quizá también malo. (*)

Sí, lo de siempre, te determinás a servir a Dios (o «te encaprichás» como simpáticamente disimula el viejo Castellani) y comienzan dificultades sin cuento, como si la admonición de Cristo en el sentido de que quien no lo ama a Él más que a sus padres tuviera que pasar siempre por esta clase de entuerto. Un parto, en verdad.

Nueve largos meses esperé que mi madre me diera el permiso, sin el cual no había caso. Yo suponía que a mi madre le iba a desagradar, pero no que la iba a enfermar.

Ni que se iba a enfermar el propio Castellani. Es por esta época en que comienza a sufrir períodos de marcada depresión (el utilizará la expresión inglesa «*low spirits*») con los primeros episodios de insomnio. Y no es culpa suya, desde luego. Está medio año en Reconquista sin trabajar, sin hacer nada útil, viendo sufrir a su madre y sintiéndose culpable de eso... es lo que las madres, en circunstancias como éstas suelen –más o menos inconscientemente– teatralizar. Ya imagina uno los líos que se armarían, las discusiones y tole-toles que habría y la retórica pregunta (venida desde el fondo de los siglos) que repetiría una y otra vez la abuela Diana:

–Eh, se è il suo destino, chè cosa c'è à fare? (*)

(Aquí dejamos a doña Catalina con un ataque de nervios y los hermanos todos de Castellani contemplándolo con muda recriminación. Cae el telón.)

Acto II. Entra en escena otro personaje que no va a salir muy bien parado:

El causante creo fue el Padre Lucio Lapalma S. J., mal poeta y no sé si buen hombre, “socio” o secretario del P. Provincial Llusá, que me mandó una carta imprudentísima a principios del '18 que cayó en manos de mi madre; provocándole un ataque de nervios, o “arrechucho”. Éstos se repitieron hasta mediados del año siguiente (1918), cada vez que le hablaban del asunto; que hablar conmigo le era imposible.

¿El P. Lucio Lapalma S.J.? Pues, ¡voilà!, he hallado en el Archivo de la Compañía –entre centenares de elefantes– una carta suya: ciertamente, no es la que le mandó a doña Catalina, ni creo que cause un ataque de nervios a nadie. Pero no resisto la tentación de transcribirla parcialmente para que nos hagamos idea del caletre que tenía el hombre.

La carta que tengo ante la vista fue enviada por Lapalma en su carácter de «consultor» del Provincial (pasarán unos quince años para que llegue a «Socio»). Estamos en 1903, y las razones que lo mueven a escribir adquieren el tono de un asunto de máxima gravedad.

Adelanto la Consultoría de fin de curso, porque juzgo que no debo dilatar ni un día más el enterar a V.R. por menudo de lo que está pasando: a tal extremo han llegado ya las cosas.

(Imaginen cómo me he abalanzado sobre esta epístola que arranca con semejante urgencia).

Prometí a V.R. en la última entrevista que tuvimos no hablarle ya más del negocio de la comida y el cocinero, porque me repugna sobremedida el hacerlo; pero no me sufre la conciencia cumplir esa promesa y creería faltar a mi oficio de Consultor si la cumpliera en las actuales circunstancias.

¿El cocinero, eh? Pues bien, y, diganmelo una cosa, ¿en qué anda este hombre que suscita tan graves palabras en el P. Consultor?

Ya sabe V.R. cómo opino yo respecto a esta materia: quisiera modificar mi opinión pero no puedo, porque es imposible negar la existencia de lo que nos entra por los oídos y los ojos. Desde que V.R. se marchó no se ha visto mejora ninguna en este punto: las cosas siguen como antes, si no peor. Las quejas y el descontento de los N.N. [los nuestros] y de los Seminaristas son ya generales y manifiestas a todo el mundo, trascendiendo hasta la Curia y los Prelados; y lo peor es que dichas quejas y descontento van a herir de rechazo a V.R., comenzando la gente a persuadirse de que puede y no quiere remediar el mal.

El mal... hmmm. Sí, claro, estos líos de cocinero parecen verdaderamente tremendos (inevitablemente nos evoca las orgías de Umberto Eco en su bazofia de la Rosa; o mejor, el cuento algo procaz del cocinero chino en alta mar), y uno no puede sino imaginar escándalos sin par. Y bien, ¿qué asunto se cocina que suscita tanta indignación en el P. Lapalma? Sobre el particular el buen padre se extiende en una carilla tras otra, sin cansarse de tanto escabroso detalle...

he oído, no una, sino varias, y aún muchas veces quejas amarguísimas de la mala calidad de la comida... «Que la comida es detestable», «que muchos días no hay materialmente dónde hincar el diente»... «que es indispensable cambiar al cocinero», «que si no se halla otro de la Compañía, debe buscarse uno de fuera»... y muchas otras frases tan duras que no me atrevo a consignarlas por escrito...

¿Le parece a V.R. que, cuando tales cosas se dicen ya en público, es pura exageración lo de que la comida es mala, es detestable?

Y así, página tras página, en letra escolar, puntillosa, firme y prolija. Además, este buen cura recurre a todo el genio de su dialéctica para argumentar con convicción y elocuencia.

Puedo también asegurar a V.R. que he visto frecuentemente quedarse casi sin comer ya a unos ya a otros de los N.N. y a mí mismo me ha pasado esto varias veces...

¡Acabáramos con el cocinero! Pero no, este hombre no se detiene ante nada; y como la necesidad es madre del ingenio y el ayuno bueno para el magín, el P. Lucio diagnosticará con sutileza el asunto, argumentando con brío y renovadas razones.

Pero preguntará V.R. ¿en qué está el defecto? Digo que en la manera de cocer y condimentar los manjares: la carne durísima de ordinario, sin sustancia, sin nada que la haga apetecible a la vista o al paladar. La sopa llena de grasa o sin sal y generalmente uniforme de fideos solos o de solo arroz, cuando no de sola agua...

Bueno, bueno, Padre, ¿no estará exagerando un poco?

El cocido no puede pasar: se compone indefectiblemente de varios pedazos de carne sancochados, una tajadita de tocino, muchas veces ya pasado, y un poquito de picadillo de nervios o carne mal cortada...

Ay, pobre P. Lucio. Llegar a Consultor de la Compañía para tener que detenerse con tanto esmero en esta cuestión... Pero, diría algún imbécil moderno, su crítica es «constructiva».

¿Y cuál es el remedio? Creo delante de Dios que no hay otro que quitar al cocinero, y si es posible, proceder más adelante: V.R. ya me entiende...

Sí, claro, padre: *prius vivere, deinde philosophare*. (¿No lo dijo Sancho Panza?).

Este P. Lapalma ha continuado su carrera en la Compañía y cuando en 1918 le escribe al joven

egresado del Inmaculada que ha manifestado deseos de hacerse jesuita, ha metido la pata en forma (ya imagina uno con facilidad las referencias tenebrosas que haría, las invectivas contra las potestades del infierno y los peligros de «perder» la vocación con que advertiría al postulante).

¿Y cómo ha caído esta carta en manos de doña Catalina? ¿No será culpa de Castellani? Es que hay que ver que el joven postulante

andaba desconcertado y aturdido, sin saber qué hacer. Supe lo que era una gran tribulación. Me sostuvieron en ella mi “nonna” doña Magdalena y el Padre Antonio Biagioni, entonces cura por breve tiempo de Reconquista....

Don Quijote en apuros, verdaderamente. Pero en fin, ya se sabe con las madres: se resisten, patalean, inventan historias, pero terminan, a la corta o a la larga, pero siempre, por ceder.

Luego de seis meses yo era novicio de la S.J., después de una dolorosa lucha con mi madre, que no quería darme permiso ni los jesuitas querían admitirme sin él. (*)

Aunque parece que también intervino en la cosa otro jesuita...

Mi madre me dio permiso para entrar en la Compañía al fin de una novena a San [Francisco] Javier. (*)

Doña Catalina ha sido vencida. El joven con vocación sacerdotal, loco de contento, se lanza a la más grande aventura de su vida porque...

Lo que es bravo es ser Quijote

Siendo a la vez sacerdote.

Los sacerdotes más anchos

Se reclutan entre Sanchos.

Pero hay algunos que han visto

un Quijote en Jesucristo.

Bien: esos no son ejemplos.

¡Aquellos son otros tiempos! ()*

Ya se ve la elección de Castellani, contra las modas conservadoras y burguesas. Es que, además, entiende su vocación como una «misión».

Hay algunos que tienen la misión o el deber profesional de luchar por la justicia. Sea que ella nos alcance personalmente o no, la injusticia es un mal terrible, perceptible a los que poseen el sentido moral –sexto sentido que diferencia al noble del plebeyo– y luchar contra ella es obra de procomún, aunque en ocasiones parezca una locura. Don Quijote tuvo esa locura, que es el *ideal caballeresco*, creado por la Iglesia en Europa, no era locura. (*)

No, qué va a ser. Ahora, ¿cómo era la moraleja de su *Campera* quijotesca?

cuando se trata de hacer una acción buena que es peligrosa, hay que tirarse al agua nomás sin miedo, que casi siempre saldrá mejor de lo que uno se imaginaba.

Bien, pero hay que tener en cuenta que el Castellani que así opina tiene unos 27 años, aproximadamente diez después del lance.

Si dejamos pasar medio siglo, cambiará de tono:

¡Me hubieran contado a mí que después de costarme tan gran trabajo entrar, me iban a «salir» con más trabajo todavía! (*)

*

Hace algunos años me tocó en suerte trabajar en una oficina de «Marketing»: se me había duplicado

el sueldo, trabajaba con amigos, la cosa era harto prometedora. Pero ocurrió que al segundo día me pidieron que dejara el mate. Las «razones» respondían al aire de la empresa: quedaba mal, en ese ambiente era sinónimo de pereza, de dejadez... claro que no había razón para ello... no, desde luego que el café y la Coca-Cola no deberían tener mejor «imagen»... pero, bueno, por favor... es así, ¿qué le vamo' a hacer?.. queda mal... No ceder en eso y darme cuenta de que debía dejar ese trabajo fue una sola cosa. Poderoso Señor es don Dinero. Nadie me prohibió formalmente matear (no había cómo), pero... mis días estaban contados. Poco tiempo después, eso (y otras cosas análogas) hicieron que renunciara, a un altísimo costo (vuelva a buscar trabajo, gane menos, ¡abajo!). Retrospectivamente, contemplo el episodio y comprendo, con una claridad que entonces no tenía, que me asistía razón, que hice bien, que así (y por eso) me salvé de un mundo en donde todo es negociable, todo puede reducirse a números, a plata, a intereses crematísticos. Hasta hoy puedo (a durísimas penas) alimentar a los míos sin tener que vivir en un mundo semejante (y me resulta posible, además, dedicarme a escribir este libro). Tenía razón el Quijote, estoy seguro. Tenía razón Castellani, no tengo dudas. Y estoy casi, casi, seguro, de que yo también la tengo. Aunque, parafraseando la conocida sentencia, una vez muertos, el Sancho que somos todos nos sobrevive por unos cinco minutos.

*

Capítulo VIII

ASCESIS DEL '900

Córdoba

1918-1921

*El no se fía ni de sus santos:
los mismos cielos no están limpios a su vista.
Job 15:15*

Castellani se mete a jesuita y no sabe lo que se pesca.

Por lo pronto, un noviciado rigurosísimo al gusto del tiempo. Funcionaba en un edificio que se había levantado (unos cinco años antes de que entrara Castellani) en la parte alta de la ciudad de Córdoba que daba en llamarse Barrio Inglés (hoy se lo conoce como Barrio Pueyrredón). El predio ocupaba unas cuatro manzanas, se llamaba «Colegio Noviciado de la Sagrada Familia» y el edificio fue construido en base a un plano dibujado por un jesuita en España: un proyecto ambicioso, ya que constaba de cuatro grandes compartimentos, dos patios inmensos, galerías, sala de visitas, comedor, portería con dependencias, aulas, baños, capilla y biblioteca. Todo, por supuesto, sin agua caliente (no olvidemos que estamos en 1918).

Cuando ingresó Castellani, la casa debía impresionar por su tamaño y comodidad; constaba de tres cuerpos, la Escuela Apostólica (seminario menor), la Iglesia y el Noviciado propiamente dicho. Claro que muy poco después comenzó a decaer: los jesuitas habían utilizado para la argamasa arena del mismo campo que traían a la obra sobre rieles con el consiguiente ahorro. Y bien, lo barato sale caro: la arena en cuestión tenía un alto porcentaje de salitre y pocos años después el revoque comenzó a desprenderse aquí y acullá. A los pocos años de su inauguración la casa daba la impresión de caerse a pedazos.

Digamos entonces que el edificio significaba bastante bien el alma de la cosa: una construcción que impresiona a primera vista, que tiene aspecto sólido, que parece testimonio de una tradición multiseccular, que cuenta con algunos atributos realmente buenos, pero que, en conjunto, no durará mucho: con los años aparecerán resquebrajaduras, grietas y manchas de humedad.

Eso en cuanto al cuerpo, o, como diríamos hoy, al «*hardware*». En cuanto al «*soft*»...

Porque hay que saber que le han dado toda la responsabilidad de Superior, de Maestro de Novicios, de Director de la Escuela Apostólica y de Prefecto de Estudios, al P. Moisés Dávila...

Ya, ya va: ya se los presento. Es que no podemos columbrar cómo era un noviciado jesuita a principios de siglo sin dar antes una vuelta por la Historia y dedicarle aquí unas líneas a la famosa Compañía de Jesús y su insigne fundador, San Ignacio de Loyola. (*)

Estando en Roma, a mediados del s. XVI, este soldado vascuence funda una suerte de falange al servicio del Papa, para contrarrestar el poderoso ataque protestante que ha incendiado a Europa: el

gran Capitán ha comprendido la situación en términos militares y aplicará su saber a «la guerra santa grande». Echo mano aquí a la distinción que hacen los musulmanes (y que tanto le gustaba al P. Ezcurra): la «guerra santa chica» es la que se emprende con armas y ejércitos, librando batallas y conquistando territorios. Es más fácil. La «guerra santa grande» es la difícil: es la que se libra contra los vicios, por mejorar, por ser buenos, por alcanzar la santidad.

Para esta guerra cuentan los jesuitas con un arma secreta que resultará formidable allí donde se utiliza: son los «Ejercicios Espirituales», un librejo redactado por su Fundador que no parece más que una seca y descarnada metodología para retiros. Nada más.

Y nada menos.

Decían que los Ejercicios Espirituales eran magia. Magia negra o bien magia blanca... Y yo, que los conocía desde mi infancia, encontraba que eran mucho más simples y a la vez más difíciles.

Eran simple reflexión. Reflexión de la buena. (*)

Simple reflexión... nitroglicerina, ¿qué más?

Pues bien, los triunfos de esta novedosa y revolucionaria milicia católica, las notables conversiones obtenidas mediante la prédica de los «Ejercicios», los éxitos tan resonantes de la nueva Orden, van a desencadenar muy pronto pareceres hartos diversos. A mí me encanta, por ejemplo, cómo reacciona ante su aparición en el escenario contrarreformista español, doña Teresa de Ahumada y Cepeda:

Traté mi alma muchos años, [con los padres de la Compañía] y por el gran bien que la hicieron, siempre les tengo particular devoción. (*)

Más, todavía:

Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas; esto vi dos veces.

Cuando otras personas comulgaban no lo vía. (*)

Claro, Teresa ha conocido, personalmente, a los de la primera hora, se ha confesado con tipos formidables como Francisco de Borja, que eran, sí señor, vencedores en la guerra santa grande.

Y sin embargo, con el tiempo, Santa Teresa cambiaría de parecer. Ya más vieja y experimentada (y, atención, más santa), en una de sus cartas se pregunta por

algo de lo que pasa en la Compañía, que verdaderamente parece comienzan enemistad formada.

De nuevo ha metido la cola

el demonio con echarme culpas por lo que [los jesuitas] habían de agradecer, con testimonios bien grandes, que de ellos mismos podrían dar testigos algunos.

Todo va a parar en estos negros intereses que dice que quise y que procuré —y harto es no decir que pensé—, y como yo creo que ellos no dirán mentira, veo claro que el demonio deve andar en este enriedo. (*)

Harto es no decir que pensé...

Y conviene saber que esta es historia que se repetirá una y otra vez:

1) Aparecen los jesuitas como salvadores. 2) Lo son: misionan hasta los confines de la tierra, predicán con grande fervor, confiesan con sabiduría, enseñan magníficamente las verdades de la Religión, cuentan entre sus filas con tipos increíbles como Francisco Javier, triunfan, y... 3) Muy

pronto, se arma la de San Quintín.

Pero lo de Teresa la Grande es significativo porque no es ella la que ha cambiado, sino que han sido los jesuitas cuyo cuarto General, Everardo Mercuriano, resolvió

cambiar el rumbo de la espiritualidad profesada en la Compañía, hasta entonces plenamente compartida con el Maestro Avila y Granada. Prohibió la lectura de Taulero, Ruysbroeck, Herp, etc., e impuso sin excepción una interpretación puramente ascética de los Ejercicios de San Ignacio, lo que obligó al P. Baltasar Alvarez (1560-1620) a sacrificar sus enseñanzas acerca de la oración, por juzgarlas no encuadradas en ese marco...

La decisión del P. Mercuriano se debió quizá al deseo de poner a la Compañía a cubierto de toda sospecha de misticismo heterodoxo. (*)

Son esas mismas suspicacias las que atormentaron a Teresa y Juan de la Cruz y Fray Luis de León y Juan de Avila, y Pedro de Alcántara y Bartolomé Carranza... la lista de acusados de «alumbrados» es larga y el mismo San Ignacio estuvo preso en no menos de tres oportunidades.

Pero ¡atención!, no lo decimos con el tono lacrimógeno de una organización protectora de animales, antitabáquica, constituida en defensa de los derechos humanos, las ballenas y... el aborto. San Ignacio, por caso, cuando interrogado por un inquisidor, es aprobado en su ortodoxia con la advertencia de que si hubiera fallado en sus respuestas, habría sido quemado en la hoguera. El vasco no se queda callado y le hace saber al obispo en cuestión que si por ventura Monseñor se apartara de la ortodoxia, él también haría otro tanto. No hay lugar para melindres en la España del siglo de Oro.

Además, no viene mal recordar que la Santa Inquisición evitó una de esas horribles guerras religiosas que se armaron allí donde no velaba por la pureza de la Fe y las costumbres. En Inglaterra, en Alemania, en el norte de Francia, donde no existía semejante policía, decapitaron (literal o metafóricamente, lo mismo da) a los reyes fieles, confiscaron monasterios, ultrajaron santuarios, prohibieron la Misa, quemaron libros, encarcelaron a cuantos manifestaban alguna clase de adhesión a Roma y luego, muy tranquilamente, inventaron la leyenda negra. (*)

Pero, volviendo a lo nuestro, hay que saber que el cambio de espiritualidad que señala Castellani, viene con cola: al P. Mercuriano lo sucede Aquaviva, comúnmente conocido como «el segundo fundador» de la Compañía (en su tiempo la tropa aumenta de 5.000 a 13.000 hombres); se modifica la espiritualidad, hay un nuevo acento, ha cambiado el «tono» de la orden, más o menos subrepticamente.

De última, quizá por razones de mala filosofía.

En el fondo, el voluntarismo de Escoto empezó a vencer al intelectualismo de Santo Tomás de Aquino, por obra quizá del escotista Suárez. (*)

Lo que, claro, trae toda clase de consecuencias.

Menéndez y Pelayo y Dámaso Alonso han observado que los jesuitas no han tenido grandes poetas porque han preferido el reino de la acción al de la contemplación.

Hay también un fenómeno llamativo: a partir de Gracián, en el s. XVII, muchos grandes escritores jesuitas, una suma de casos concordes sin apenas excepción, han sido desdichados en la Compañía.

Si es así, como atestigua el gran crítico Menéndez, entonces la Compañía de Jesús actual (de Aquaviva en más) es escotista o (lo que es lo mismo) suareciana. (*)

Esto para los españoles. Pero a no preocuparse: para los franceses también hay, para que tengan.

En el s. XVII los jesuitas franceses tenían un matemático tan grande como Pascal, el P. Lallouère; pero no tenían un escritor como

Pascal. Lástima grande. Nadie supo hacer una refutación maestra, ni siquiera elegante de la *Cartas Provinciales*... que fueron para los jesuitas un golpe atroz. Me atrevo a decir que si ese libro no existiera, los jesuitas no hubiesen podido ser expulsados de Francia, y más tarde suprimidos. Les faltaban teólogos, filósofos y buenos escritores. Tenían buenos profesores, “apologistas” baratos y escritores “piadosos” de mal gusto, en profusión; junto con el favor de la Corte y parte de la Nobleza; y un poder político enorme. (*)^[1]

Mal gusto + pocas entendederas + «un poder político enorme» es fórmula tan explosiva como la que decíamos hoy de la buena reflexión. Pero esta nitroglicerina es traicionera y bien puede explotarte en la cara: los jesuitas

no tenían teólogos, ni siquiera buenos escritores, para responder a la furia destructora de Voltaire, al materialismo brutal y salvaje de un Diderot y de un Barón D’Holbach...

El terrible ataque que Rousseau llevó en nombre de la religión natural a la religión católica y a toda religión revelada.... debió haber sido contestado con estudios teológicos y no con persecuciones... Con política, y con mala política querían suplir su falta de saber. (*)

Mala política, en verdad, a punto tal que los enemigos de la Compañía logran su supresión por mano del Papa Clemente XIV: las cortes borbónicas celebraban su triunfo imponiendo ahora sus ideas a una burguesía desarmada, estableciéndose así las bases ideológicas que funcionarán a modo de plataforma de lanzamiento de la modernidad.

La supresión duró sólo cuarenta años, pero

la nueva Compañía, restaurada por Pío VII en 1814, ya no es la antigua: se ha sentado, se ha conventualizado, se ha cuartelizado, ha perdido sus filos.

Fue fundada para la Contrarreforma, y ya no hay Contrarreforma. Ya no tiene nada que hacer. Ya no tiene el espíritu de San Ignacio, ha cambiado muchas cosas de San Ignacio. (*)

«No tiene el espíritu de San Ignacio»... La acusación suena un tanto excesiva y además, ¿de qué Orden religiosa no se ha dicho lo mismo: que ha perdido el espíritu del Fundador?

Uno de los hipos de la nueva Orden es probar que es la misma, que es continuación legítima idéntica de la antigua; y puede que sí lo sea, y puede que no. (*)

Bueno, no sé, lo que sí se puede afirmar es que Ignacio nunca fue «maquinador», ni intrigante, ni una especie de Maquiavelo, o cosa parecida. Pero

Ahora –y hablamos de un largo período– la Compañía de Loyola no está gobernada por místicos, sino por juristas. (*)

Ese proceso tiene su historia.

Sospecho que la actual decadencia de la Compañía de Jesús... comenzó cuando se puso en práctica la idea de Suárez en la elección de superiores, prefiriendo para ello a los «prácticos», o sea, a los «briosos y sin letras» que dice airadamente el P. Mariana.

Ese axioma de los jesuitas actuales: «*los sabios no sirven para gobernar*» yo he oído cien veces; con revulsión al principio, pues Aristóteles y Santo Tomás enseñaron exactamente lo contrario: «*intelligentis est ordinare*». (*)

Ese axioma... yo he oído cien veces... Posiblemente comenzara a oírlo en el noviciado. O, por mejor decir, a verlo.

A principios de siglo, los jesuitas de esta Provincia, originaria de Tarragona, están bajo la influencia de los españoles, con sus más y sus (señaladísimos) menos: en Teología predomina la moral sobre la dogmática; en Moral son casuistas; en Filosofía suarecianos; con una espiritualidad semi-estoica y voluntarista, tienen aires jansenistas y una horripilante estética churrigueresca que significa bastante bien su concepción barroca de la Religión, incluyendo las incesantes rúbricas y rituales, su enorme acento en las formalidades... en fin, los jesuitas de aquí eran un excelente ejemplo de la Iglesia «*fin de*

siècle»: poderosa en instituciones, dineros e influencias, conservadora –que no tradicionalista–, y a la defensiva frente a la Reforma Protestante y su larga progenie.

Una gran parte del catolicismo moderno –sobre todo en España y aledaños– se ha edificado sobre el Concilio de Trento más que sobre el Evangelio; es decir, se ha configurado *en contra* del Protestantismo; lo cual comporta una especie de imitación subconsciente.

No se mueve libremente el que esgrime contra otro: depende del otro en sus movimientos. (*)

«Sobre todo en España y aledaños»: Aquí, en estos reynos americanos, Rosas los había recibido alborozado el 9 de agosto de 1836, recordando lo que habían hecho en siglos pasados con sus beneméritas misiones guaranícas. Pero, claro, las cosas habían cambiado.

Fíjense cómo describen a los curas españoles, tomándolos de la realidad, los grandes novelistas españoles, Clarín, la Pardo Bazán, Pereda, Pérez Galdós... Cuando describen curas ineptos es un desastre, naturalmente: vean la gran galería de curas ridículos y repelentes que trae Pérez Galdós, vean el Obispo y el Vicario de Rusinyol, los religiosos de Gabriel Miró...

Pero aún cuando describen curas buenos, los curas mejores... son sacerdotes sin prestancia ni prestigio cultural, buenitos, bondadosos, mortificados, a la manera de “San Francisco”, según la falsa idea que tiene el mundo de San Francisco: un sentimental; el cual en la realidad, siendo un gran místico, era un doctor nato, de por el Espíritu Santo y no un poetoide sentimenataloide, como lo pintan...

¿Quién? ¿Zefirelli?

La única excepción es Alarcón, con el jesuita que describe en *El Escándalo*, gran novela. Pero aun a ése lo hace un hombre de mundo, de mucha viveza y mano izquierda; no un sabio y un letrado...

El mismo Pereda, que tiene un afán apologista, que incluso le daña a su arte, y es clerical rotundo, ¿qué curas retrató cuando quiso hacerles propaganda? El Pae Polinar, misericordioso y ridículo; el rústico cura de Lumbreras; el bestial seminarista de La Puchera. Nada más. Ni un solo letrado, ni un solo Tirso, ¿qué digo?, ni un solo Mariana, ni un solo Cisneros: ningún cura eminente intelectualmente, ni un solo gran obispo apostólico... (*)

Como fuere, en sólo siete años, el Restaurador de las Leyes se cansó y los expulsó de la Confederación: a jesuita no le iban a ganar.

Es todo, claro, historia vieja.

Aunque no sé. Cien años después, en 1938, Hugo de Achával S. J. le escribió una memorable carta al P. Provincial de la Provincia Argentina sobre sus recuerdos del seminario de Villa Devoto (que entonces era regido por los jesuitas) y después de pasar revista a diversos defectos que quería señalar (relaciones entre autoridades y seminaristas, régimen de vigilancia, falta de confesores, de buenos profesores de filosofía, de biblioteca, de cultura general), el bueno de Achával descende a otras carencias menos importantes, pero hartó significativas:

Los más elementales principios de higiene muchas veces son olvidados o desconocidos [...] para disculpar la falta de educación, se tacha de afeminamiento el llevar las uñas limpias...

De aquí aquellas generaciones de (viejos) párrocos que todos hemos tenidos oportunidad de conocer: descorteses, o sucios, filisteos, o reos, excéntricos o malhumorados, o lo que fuere. No que le vayamos a echar la culpa de todo eso a los pobres jesuitas encargados de regentar el Seminario de Buenos Aires, pero, bueno...

Los recreos en días de lluvia se tienen en lugar sucio. Los W.C. que se hallan en el patio son imposibles y abiertos casi al público, lo que tiene grandes inconvenientes...

¿W.C.? Viene a cuento, la historia de «*While Cloffel*», ¿o no la recuerdan? Un matrimonio había visto en Escocia una casita que querían alquilar para pasar las vacaciones, pero al volver a Londres no recordaban dónde quedaba el baño. Escribieron al dueño de la casa preguntándole dónde estaba el

W.C. El buen hombre, creyendo que el matrimonio se refería a una Capilla que se llamaba «While Cloffel» contestó explicando que *«el servicio por el cual me preguntan, queda a 10 millas de aquí... algunos van en ómnibus, otros lo hacen a pie... a la entrada se les entregará un papel que después del acto deberán devolver para que lo usen otras personas... para mayor comodidad los asistentes disponen de asientos tapizados de púrpura... durante el acto los niños cantan a coro...»* etc. etc... Pero volvamos a la carta de Achával:

Comparado con el seminarista chileno o colombiano, comparación que en nuestro colegio es fácil de hacer, el seminarista argentino, y especialmente el de V. Devoto, está en inferioridad de condiciones, cuanto a cultura y nivel general... (*)

Con lo citado basta. Además insisto en que seríamos injustos si extrapoláramos sus términos para, así como así, echarle la culpa a los jesuitas por no regentar mejor el seminario metropolitano que les había sido confiado... Es que, se diga lo que se diga, (y hablando «grosso modo») no cabe duda de que aquí los jesuitas tenían un poco más de cultura y de refinamiento que los del clero. Así las cosas, está claro que la exposición que ha tenido Achával en el «Pio Latino» de Roma le sirve de término de comparación y referencia para la crítica que hemos visto. Algo parecido le pasó a Castellani en 1933 cuando visitó un noviciado jesuita en Inglaterra y así se lo contó, años después, al P. Gaynor. En ella, al evocar su propio noviciado, dice que no puede evitar

el sentimiento de un tiempo muy penoso, y agotador, incluso físicamente. Es de notar que el noviciado de Córdoba era mucho más cerrado y fanático que el de Hammersmith –que vi en 1933. (*)

Más cerrado y fanático, ¿eh? No cuesta creerlo. El P. Benítez también parece haber sido confidente de algo parecido:

Desde 1918 a 1923 corrieron para él años difíciles, tan difíciles que sólo los vence el exceso de energía vital de la muchachez y la superenergía de la Gracia de Dios. Fueron los años del noviciado y de los estudios de lenguas clásicas, de humanidades y de filosofía. (*)

¡Epa, epa! ¿Tan difícil, tan traumático el noviciado jesuita por aquel tiempo? (Al propio Benítez igual tratamiento no parece haberle hecho nada.)

Aquí me apresuro a confesar que las muy contadas personas (más o menos grandes, ya) que han pasado por ahí y con las que he conversado, no tienen buen recuerdo de sus respectivos noviciados y suelen hablar de los excesos con sabor a Jansenio que todo lo regía. Un ambiente formalista, rígido, agobiante, opresivo... Para dar un ejemplo, Rodríguez Leonardi me ha referido que tenían prohibido jugar al fútbol «para evitar tocamientos». Eso, casi treinta años después del que hizo Castellani, ¿se imaginan? Sí, y los paseos de a tres con obligación formal de llevar enlazadas las manos sobre el vientre... No sé, uno recuerda la oración que les enseñan a los niños ingleses: *«Señor, que los malos sean buenos, y que los buenos sean simpáticos»*.

No muy simpáticos los curas tarragonenses de esta Provincia que se inclinaban a interpretar la vida religiosa en términos de particular estrechez y falta de fineza. Otro ejemplo. El P. Laje me contó que en algún lado San Ignacio indica, disyuntivamente, que se debe hablar de «lo necesario» o lo «mínimo indispensable»: aquí, en esta Provincia, se entendía que había que hablar de lo necesario... lo mínimo indispensable. Resultado, de lo necesario se hablaba poco (¡cuando a veces resulta *tan* necesario!) y a las menudencias se referían con complicadas elaboraciones miméticas o ridículas volteretas verbales con miras a la máxima economía de palabras. El recordaba un ejemplo: tenían hilo de coser de sólo dos colores, blanco y negro. Pues bien, si uno pedía hilo de coser, debía formular la pregunta del siguiente modo: ¿me prestás hilo de coser (por caso) *blanco*? para evitar el diálogo que comienza con el otro preguntando ¿blanco o negro?, etc... Por su parte, el P. Fortini me

contó que en las noches de verano sufría por aquella disposición que obligaba a dormir con la sotana estirada sobre el cuerpo..., *e vía diciendo*.

Claro que esta clase de estupideces no eran patrimonio exclusivo de los jesuitas. Hay que ver, por ejemplo, lo que se lee entre líneas en Santa Teresita o lo que cuenta más explícitamente el P. María Eugenio del Niño Jesús, un carmelita que hizo su noviciado en Avon, Francia, entre los años 1922 y 1924. En una de sus conferencias relata lo que da en llamar, bastante exactamente a mi modo de ver, «ascesis del '900»:

Durante mi noviciado llevábamos instrumentos de penitencia casi a diario, y eso era normal porque se creía que no podía formarse a los novicios sin instrumentos extraordinarios. Los cilicios de crin no hacían mucho daño, pero al fin de la jornada quedábamos muy nerviosos. (*)

Los jesuitas, por regla general, no usan cilicios ni penitencias por el estilo, pero es cierto que Castellani también, según hemos de ver, va a terminar su noviciado bastante... nervioso. Seguramente vendría con alguna predisposición: ha sufrido enormemente con el horrible asesinato de su padre, la traumática extirpación de un ojo que lo ha dejado tuerto de por vida, tiene un temperamento hartamente sensible y delicado... al revés, puede uno preguntarse cómo, siendo como era, aguantó tales rigores.

Quizá la clave esté en su increíble tenacidad: él se llama a sí mismo «insistente», pero ya se le ve esa especie de malla de acero que constituye la trama secreta de su alma, por grandes que fueran los vaivenes de su temperamento y sensibilidad.

Yo soy un hombre solingo, de no significancia, hijo de una nación desacreditada (no sin razón) un hombre más que insignificante, invisible o digamos inexistente casi, aunque insistente (como dice el P. Quiles). (*)

No, no hay mejor manera de decirlo: Castellani es un hombre tenaz como pocos. Esa fibra que tiene es también, me parece, el sustrato oculto de su inexorable inteligencia que le hace recordar con pesar algunas cosas que le tocaron en suerte.

Como, por ejemplo, su Maestro de Novicios, el P. Moisés Dávila, que yo había prometido presentarles.

Afortunadamente cuento con un buen retrato suyo que le ha tomado el propio Castellani: en 1937 recibió una «circular» de otro jesuita quien se proponía una hagiografía del buen P. Dávila. Castellani se ofuscó considerablemente y le escribió directamente al P. Provincial:

Redondamente opino no hay por qué escribir la vida de mi ex-maestro de novicios, al cual traté íntimamente unos cuatro años; no fue un hombre superior en ningún sentido de la palabra...

Como para empezar un juicio... Es que Castellani había empezado a ver que la Compañía publicaba cosas sobre sus propios sacerdotes con una manía que se parecía sospechosamente a esas típicas sociedades de bombos mutuos.

Fue un hombre de cortos alcances, que no parece haber sacado enormes provechos de sus estudios. En el escolasticado francés donde cursó los Superiores era «titeado» por sus compañeros por su simplicidad excesiva; y los que viven conservan aún de él una impresión regocijante, como el ilustre y conocido P. Joseph de Tonquedec (París). Recuerdo aún su asombro cuando supo que «*l'enfant de la Pampa*» como le llamaban había desempeñado el cargo de maestro de novicios.

Esta cortedad de luces le hacía incurrir a mi parecer en el grave defecto (reprendido por S. Ignacio) de «*querer llevar a todos por un camino*» y de carecer de la penetración de almas capaz de comprender las diferencias y variedad de ellas. Parecía no comprender sino a los tipos parecidos a él mismo.

Creo que la formación espiritual que impartió no fue excelente ni sólida; y que muchas ruinas de vocaciones se explican por ella.

A la pucha, ya se le ven las uñas a este Castellani de 1937, vuelto de Europa con títulos y, como se ve,

experimentado escritor. Ya tenemos aquí una muestra de su estilo nervioso y concentrado.

Muchos de sus novicios se han sentido con él perfectamente incomprendidos, y alguno de ellos le atribuye incluso un grave desastre de su vida espiritual.

¿Desastre? ¿Quién le atribuye semejante cosa al P. Dávila? ¿Y cómo lo sabe Castellani? ¿No se referirá por ventura a él mismo?

Tengo entendido que fue retirado de su cargo a causa del inquietante número de novicios cuya salud naufragaba bajo su dirección, y en este punto puedo dar formal testimonio de que no era capaz de cuidar de ella eficazmente, no a causa de mala voluntad, sino más bien de carencia de luces; cosa que en un gobernante es peor muchas veces que la misma voluntad torcida.

Ya lo hemos visto, este es uno de los «locis» centrales en el pensamiento de Castellani: lo repitió (en vano) hasta el cansancio; no hay cosa más subversiva que poner arriba a un tonto. Pero no hemos, ni por pienso, acabado.

Quitado de maestro de novicios, su existencia aparece lamentablemente infecunda; se entrega a la dirección de conventos de monjas, y acaba de Padre Espiritual del Seminario, donde murió sin gloria. Aquí fue de nuevo mi Director, y es cuando acabé de desengañarme de su santidad de hechiza fama.

Excelente castellano para un juicio ponderado... y temible. *Santidad de hechiza fama* es expresión que merece ahondarse. Y a eso Castellani no se va a negar.

No que niegue yo en él cierta austeridad estoica (digamos dureza y limitación de carácter) a que lo inclinaba su temperamento, unida a cierta ternura imaginativa, de orden puramente sensible, por las cosas religiosas.

Pero es en el cumplimiento de su cargo en el cual gravemente tropezaba: piedra de toque para conocer el valor de un hombre. Fue convicción mía en aquel entonces (y no sólo mía, sino de todos mis mejores compañeros, ver Ramírez, Luis, Suárez, Emiliano, Carabajal, Rodrigo, Bermúdez, Germán) que su dirección era nula, que no penetraba las psicologías, que no entendía las almas, que *no se podía* abrirle la conciencia, que era impermeable a las realidades espirituales y aún psicológicas, excepto las que flotaban en la superficie de su propia psiquis medrosuca y chiquitina...

Bueno, Padre, no se me ponga así...

Donde el desengaño era atroz era en sus famosas «pláticas de comunidad», enormes bodrios hinchados y pedantescos, erizados de textos traídos por los cabellos y declamados con voz cavernosa y altisonante: las cuales mostraban claramente no un hombre verdaderamente interior, sino una formal tontería soplada por una inconsciente vanidad.

No, padre. Se ve que no ha tenido usted suerte con su «padre espiritual» durante sus primeros años en la Compañía. Pero no acaba aquí la cosa: ahora Castellani dedicará algunos tiros al «*would be*» hagiógrafo.

No puedo persuadirme que esta idea de escribirla haya salido de V.R. y conjeturo que ella brotó de la inquietud del movedizo P. Sauras, hastiado de preparar sus clases de Escritura, a las que realmente podía dedicar un poco más de *vida*...

Pues roguemos que la idea de que Sauras escriba la biografía del P. Dávila no haya sido, efectivamente, del P. Provincial. Y, además, ay, ya que estamos con Sauras...

La enseñanza de la Escritura en el Seminario de Devoto me parece deplorable. Estimo al buen P. Sauras absolutamente incapacitado para hacer buena hagiografía, por falta de preparación histórica y crítica de un lado, y por absoluta carencia del estilo y oficio de escritor, por otra.

El resultado tiene que ser necesariamente un bodrio impar a lo que exige el Epítome de nuestras obras literarias, el cual libro, como nadie querrá leer ni comprar, será costado con dinero de la Provincia y regalado a troche y moche...

Ya se comprende con qué facilidad Castellani se ganaba amigos...

como las obras completas del P. Isern y del P. Planella, sólo con fines de propaganda publicitaria y comercial de la Orden...

Vamos contando los que caen en la volteada: Dávila, Sauras, Isern, Planella y ahora, el mismo Provincial que no sólo autoriza sino fomenta estas ediciones.

No importa; Castellani impertérrito, como que no se da cuenta.

Dispéñseme que me meta a dar consejos; pero yo me debo a la verdad. Y en este caso es consejo pedido y en materia en que no me siento del todo desautorizado. (*)

Sed magis amica veritas... He aquí un cachito del más auténtico Castellani, un producto de la Compañía de Jesús de principios de siglo que uno no sabe cómo diablos salió así, con tanta libertad interior, con tanta tenaz ingenuidad, con tanto decir verdades de a puño, espléndidamente y sin retaceo alguno (a tal punto que, con el tiempo, no le pedirán ya consejo ni parecer en materia alguna y, por fin, intentarán silenciarlo definitivamente). Me pregunto si todo eso no salió de su gran maestro del Inmaculada, nuestro bienamado P. Marzal:

Cuando yo era novicio, el Maestro de Novicios leía la regla de San Ignacio «Hay que morir al mundo y a todas las cosas», me atemorizaba en mi corazón, y me resistía. Pero después decía: «¡Bah, el Padre Marzal no ha muerto al mundo y a todas las cosas! ¡Yo voy a hacer como el P. Marzal! (*)

El problema está en que no siempre se ve de afuera lo que es «morir al mundo y a todas las cosas» (porque la vida interior, al fin, es interior).

¿Vas a hacer como el P. Marzal? No sabes lo que te pescas.

He aquí entonces un pequeño retrato de Castellani en su noviciado, advirtiendo, padeciendo las torpezas ajenas, comprendiendo poco a poco que sus superiores no son todo lo buenos que él podía esperar. ¿Adónde se ha metido? ¿A quién le regala su vida, su alma, su futuro? Seguramente, a Cristo Nuestro Señor, quien no dejaría tan desamparado al joven de enorme sensibilidad e inteligencia...

Bien: ni tan peludo ni tan pelado; algunos de sus compañeros comparten, que más que menos, su juicio crítico, y además, no todos sus profesores y maestros son tan malos como el P. Dávila.

Por ejemplo, se ha vuelto a encontrar con el P. Luis Parola, aquel maestro de su más tierna juventud que mantiene con él **Conversaciones** verdaderamente exquisitas.

En 1919 siendo estudiante (o mejor dicho «novicio») en Córdoba, le dije a uno de mis profesores, el P. Luis Parola: “Las profecías no me convencen mucho. Los Santos Padres eran hombres inteligentes y hábiles y las Profecías hebreas constituyen una masa enorme de literatura. ¿No sería posible que los Santos Padres primero hayan acomodado rasgos sueltos y versículos separados desla literatura a la imagen de Cristo que ellos ya conocían? ¡No deliberadamente, por supuesto!”.

Pregunta de un novicio de 19 años, inmerso en sus estudios como el que más. Parola, en su respuesta revela que no es un cualquiera.

El me miró un momento y luego me dijo:

–Hágalo.

–¿Cómo?, le pregunté.

–Haga eso –me contestó; pruebe a hacer eso: tome las Escrituras y trate de hacer un retrato con ellas de Alejandro el Magno, Carlomagno, San Francisco de Asís, Napoleón o cualquier personaje de la historia que conozca.

Efectivamente, es imposible. (*)

Un diálogo así, uno solo, entre un profesor y un novicio, quizá justifique el noviciado entero. Pero además, cuando Castellani termina su bienio de novicio, pasa al juniorado (que funciona en la misma casa) a rehacer su bachillerato en letras: allí conoció al P. Julián Hurley S.J., un criollo-irlandés que domina a la perfección la lengua y literatura inglesas y que iniciará a Castellani por esos rumbos. Pero en lo que concierne al latín, es otra historia.

Yo hice el Curso Clásico en dos años y medio en vez de cinco, lo cual me perjudicó; y no teniendo buenos profesores (uno solo tuve por tres meses) aprendí la Sintaxis, Prosodia y Poética latina yo solo; me enseñaron solamente la Analogía; pero me dieron el método, me abrieron «El Idioma». (*)

De todos modos, Castellani se llevará excelente impresión del P. Matías Codina –un hombre culto e inteligente– a quien le cobrará gran afecto: lo conocerá durante un mes de Ejercicios, y otro tanto dirá del P. Antonio Ennis, filósofo de cierto vuelo. Se encariñará también con los P. Gros y Tarrats y hará buenas migas con el P. Mariano Castellano, entre otros.

De manera que no puede afirmarse a la ligera que en ese noviciado (y en el bachillerato clásico que le siguió) todo era malo: planeaba, sí, un aire opresivo por virtud de lo ya dicho, pero, seamos justos, también se encontrará allí buena gente. Por lo demás, no entenderíamos a Castellani si olvidáramos que se está convirtiendo en hombre, con cosas de joven que son más normales:

En 1918 mi maestro de novicios (el P. Moisés Dávila) me dio un grave reto por haber hablado mal “en recreo” de Yrigoyen; a la manera de los adolescentes. (*)

De «peludista» a «conserveta», los jesuitas me lo han cambiado.

Pero, dejémonos de pavadas y vayamos a lo serio. Porque este joven comienza a exhibir talentos inusitados. Fíjense, si no, cómo lo recuerda Benítez que lo había conocido allá por 1921:

En un día de octubre –me parece ver todavía los álamos con sus hojas nuevas de intenso verdor impregnadas de sol matinal– llegamos a las sierras cordobesas, a aquel acogedor rincón lleno de los rumores del San Roque, donde está la quinta del Niño Dios, entre Carlos Paz y Villa del Lago. ¡Un día de campo en las sierras...! y para más lindo, decían los seminaristas mis condiscípulos, ¡un día de campo con el Padre Castellani!

En efecto, también esa vez, como creo lo hacía siempre, había de presidir nuestro asueto. Y bien: todo fue llegar a las sierras y apagarse de súbito ante nuestros ojos golosos la belleza del lago y la montaña. Una llovizna tenaz se pulverizaba en grumos, y la niebla espesa se engolfaba en el valle no dejándonos ver los senderos bajo los pies. No tuvimos más remedio que ampararnos en un porche los veinte o treinta chicuelos a temblar de frío bajo los delantalillos grises y a jugar a quién arrojaba más lejos el aliento congelado. ¡Qué broma no poder trepar por las sierras y arrancarles la cola a las lagartijas!

Recurrimos a él de inmediato. Admitirle en nuestro campo nos daba derechos a un relato policial, con el que por lo común aventaba las tristezas del fin de vacación a la hora del regreso. Aquella vez tenía todo el día. Lo recuerdo al vivo. Podría detallar el cuadro en todos sus matices. «Yo no les cuento cuentos, solía decir al empezar, les cuento libros, los libros que leí en Santa Fe y en la librería de casa en Reconquista. ¡A ver... qué libro les contaré ahora! Porque cuentos se cuentan a los nenes. A ustedes...»

Aquella vez contó *Ben-Hur*. De las novelas solía sacar tres o cuatro personajes y relataba dos episodios turbulentos, a los que de su cosecha iba añadiendo infinitas peripecias fraguadas allí nomás sobre nuestras preguntas. Relató, el día entero, la carrera de Ben-Hur. Al anochecer estábamos con los nervios como si aquella carrera la hubiéramos corrido nosotros mismos. Allí se inventó el cine continuado. Y en sueños nos parecía ver todavía el pataleo de la blanca cuadriga de troncos arábigos redoblando sobre las arenas del circinado.

Años más tarde leí la novela de Lewis Wallace y vi la película. ¡Qué soberana desilusión ambas cosas! No eran ni con mucho el Ben-Hur, aquel inolvidable Ben-Hur de un día de niebla en las sierras... (*)

Benítez pone de relieve así, negro sobre blanco, a otro Castellani: es el que ha desarrollado este hábito de «cuentista» que tanta importancia tiene en la conformación de su inteligencia. Lo hemos recordado antes: todo lo que pensaba lo pensaba contando.

Éste es uno de sus secretos: comprendió como pocos la importancia del estilo oral, que no es un atavismo cualquiera que se pueda sepultar sin precio. Años después estudió a fondo la cuestión con el P. Marcel Jousse S.J., pero algo de eso ya sabía, aunque más no fuera por su «oficio» como cuentista nato. El gran comunicador que es Castellani se debe en buena parte a su recurso al gesto como medio eminente de expresión. (*)

Los argentinos son un pueblo triste porque son un pueblo mudo; no sabe hablar. ¿Cómo que no sabe hablar? No sabe hablar;

sabr  balbucir, sabr  charlar, sabr  parlotear: no sabe hablar.

Yo escuchaba en Livorno las **Conversaciones** de las viejas campesinas toscanas, escondido detrás de una pared, para sorprender el gesto proposicional toscano, que es el verbo endecasílabo –así como del español es el octosílabo, y del francés es el heptasílabo; y les aseguro a ustedes que aquellas **Conversaciones** eran un poema, eran una ópera, eran un centelleo de ideas y de imágenes como nunca he escuchado en la Argentina; –anoser al poeta salteño Juan Carlos Dávalos cuando estaba alegre...

Algunos amigos dicen que yo tengo una memoria fenomenal; lo que pasa en realidad es que yo s  aprender, s  la psicología del gesto. En vez de escribir un sermón en estilo escrito y tratar de aprenderlo línea por línea y tardar siete días en aprenderlo y al final abandonar la predicación por cansancio, yo les voy a decir lo que hay que hacer: hay que hablar el sermón primeramente y después ponerlo por escrito; y después no aprenderlo como la gallina que toma un sorbo y levanta la cabeza, sino repetirlo todo entero de memoria con grandes gestos salga como salga y después leerlo; y repetirlo de nuevo, ya más ajustado –y así sucesivamente. En medio día se puede aprender fácilmente un sermón.

Eso sí, el sermón tiene que estar escrito en estilo oral; es decir, tiene que ser danzado; es decir, vivido y no solamente pensado...
(*)

Todo lo que pensaba, lo pensaba contando... Por eso sabía contar, como nos lo refiere Benítez. Pero también por eso sabía *pensar* con esa facundia que lo caracteriza. Esto explica que recuerde tanta cosa, por eso se expresa con esa aparente facilidad que singulariza sus escritos y su prédica, «engancha» al lector más desprevenido, divierte y entretiene mientras abre perspectivas, pone fundamentos, demuestra sus proposiciones. Es gracias a esto también, seguramente, que podrá aprender con tanta facilidad una decena de idiomas, y, bien mirada la cosa, se verá que con eso –con ese estilo– se ganar  tantos simpatizantes cuanto enemigos, como los de la «teología racionalista y formulera» o aquellos otros que exhiben obscenamente el herramental conque, si acaso, piensan.

Castellani hacía vivir la lengua, bailaba las ideas, imitaba los acentos, actuaba los barbarismos y sacudía los espíritus con poesías y canciones en medio de eruditas disquisiciones y homilías sin par. Sabía oír como pocos. Por eso traducía los apellidos extranjeros (Kirkegord, Telar Chardon, Bodeler), modificaba la sintaxis usual, abreviaba las frases, yuxtapon a preposiciones, adjetivaba con tanta versatilidad, inventaba esa, su puntuación tan particular. Por todo esto, Castellani resulta intraducible e inimitable, argentino hasta la médula y universal: *verbo caro factum est*.

Y mucho más: abrió caminos en el abrumador mundo de la exégesis bíblica, explicó en centenares de trabajos de crítica literaria el fondo y la forma de cada autor (sea Dante, Claudel o... Lucio Gera); supo imitar perfectamente a Cervantes en *El Nuevo Gobierno de Sancho* y a José Hernández en *La Muerte de Martín Fierro*; podía traducir a Baudelaire y a Chesterton en poesía o, si venía a cuento, trasladar el difícil inglés de Benson en *El Señor del Mundo*. Como que no le temía a nada, sea la poesía de Heine, las complicadas elaboraciones de Kierkegaard o las horribles construcciones teológicas de un Robinson o un Evelyn. Desarmaba el andamiaje erudito de un Bonsirven, demostraba que la interpretación del Apokalipsis del P. All  O. P. era perfectamente inconsistente, rescataba las ideas valederas de Freud (traduciéndolas a términos comprensibles para quien cuente con un mínimo de sentido común... y de castellano–«*lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno*»).

Castellani sabía *decir* a Kant en lenguaje llano y explicar a Santa Teresa en lenguaje de hoy. Podía *contar* a la perfección el argumento de cualquier obra de Shakespeare, de Tácito o de Balzac y si a mano venía, en dos trazos de brocha gorda, una cinta de cine; podía verter en lunfardo a Horacio y poner en lenguaje criollo a Santo Tomás. Era capaz de «recuperar» para la antigüedad clásica la letra de un tango de Discépolo o, por caso, entrevistar a San Jerónimo según el sonso ritmo periodístico en boga; podía anotar la *Suma Teológica* con versos de Bécquer o explicar la psicología del Marqués de Sade conjugando a Von Monakof con Alfred de Musset y San Agustín y hacerlos discutir con Klagues...

¿Qué más? Gracias a esto, no olvidaba un solo proverbio o refrán que siempre citaba con una justeza que despierta envidia, y que, quieras que no, te arranca una sonrisa –además de facilitar la comprensión de lo que se quiere explicar. (*)

De aquí también, su particularísimo sentido del humor, refinado en algún sentido (por aquello del «*esprit de finesse*»), y, mirado desde otra parte, bárbaro, barbarísimo. No hay manera de sintetizar la apabullante versatilidad de su colorida imaginación, de su poderosa memoria, de su inteligencia sin igual. Quizá habría que saber tanto como Roque Raúl Aragón para poder intentar una semblanza de su genio:

Fue maestro en literatura, conocía muchas literaturas, hablaba varios idiomas. Conocía el latín, estudió el griego. Después volvió a estudiarlo para hacer las traducciones escriturísticas. Conocía el alemán, conocía muy a fondo la literatura inglesa, la literatura norteamericana, que no es común aquí. Conocía la literatura francesa, la italiana. Todas en las lenguas originales. Y tenía opinión formada sobre todo.

Una vez me dijo Juan Oscar Ponferrada: «*A mí me admira en el P. Castellani que un libro leído por él hace diez o quince años, lo puede exponer como si lo hubiera leído la noche antes, con todo rigor, con una precisión acabada en su juicios, con el dominio completo de la materia*».

Porque leía bien. Tenía una buena formación, una formación jesuítica, una formación de fraile, de celda: hombre que había aprendido en la dura disciplina de una orden religiosa a controlarse, a estudiar, a ordenarse. Sabía de un libro que leía por eso. Leía, anotaba. Yo he tenido libros de él e invariablemente en la última página estaba el juicio que le había merecido la lectura, una vez terminada. Esto le servía mucho en su obra de crítica literaria, pero además le fijaba las ideas.

Tenía una memoria asombrosa. La memoria seguramente es signo de talento en los escritores, pero la de él parecía no fallar nunca: siempre tenía fresco el dato, la referencia necesaria, en todos los planos en que se desenvolvía, el novelístico, el humorístico, el teológico, el polémico, el poético, el profético. Porque había en él una vocación de profeta.

Sabía muy bien su filosofía y sabía muy bien su teología. Había traducido varios tomos de Santo Tomás, los primeros cinco tomos de la *Suma*. Pero eso lo metía adentro de la vida, no lo exponía profesoralmente. No era un académico. Tal vez podría decirse con exactitud que era anti-académico.

Era un cristiano vital, un hombre encajado en los grandes problemas del hombre, con la palabra de Dios en la mano, resuelto a asistir en cualquier lugar donde la presencia del sacerdote fuera necesaria. En la escuela, en la cátedra, en la discusión callejera, en el periodismo, allí donde se encontrara. (*)

Pues bien, a pensar amigos: ese Castellani total que nos presenta don Roque Raúl comienza a formarse en el noviciado de Córdoba, allá por los años '20. Y en ese noviciado había cosas buenísimas, como las que indica Aragón. Aunque las docenas de tiquismiquis con que atormentaban a los aprendices de jesuita, constituían también –sin dudas– un medio singularmente adverso para un talento como el suyo.

¿Recuerdas el «ejercicio de culpas» que teníamos en el Noviciado? Es una institución óptima. Uno tiene defectos que son chicos pero sumamente molestos a los demás: y en el Noviciado se pueden quitar...

Pero lo malo del Noviciado de Córdoba es que nos decían todos los defectos que NO teníamos. Sin embargo, yo practicaba el «ejercicio» con una devoción sin límites.

Continúo practicándolo; y eso que tengo 60 años y ya no soy corregible.

Bueno, ¿que constancia no? Digo, tantos años con el «*vince te ipsum*» y el «*agere contra*»...

Quiero decir, continuán ellos «echándome culpas» como la frase era. (*)

Ja. Y aquí el intrínquilis: los jesuitas le echan culpas a Castellani que no son. Y no le echan las que serían. Castellani le echa culpas a la Compañía que son o, por lo menos, que no fueron contestadas ni asumidas. Mejor expulsarlo. Con los años, la Compañía se acusa de cosas de las que no tiene por qué avergonzarse y ni se acuerda de sus torpezas, como por ejemplo las cometidas con su mejor hijo.

El, por su parte, hace –durante años de años– un forzado «ejercicio de culpas» (desobediente, caprichoso, «*enfant terrible*», loco, anarquista o lo que fuere). Pero no sé si tenía tantas culpas (y

seguro que, como él mismo dice, en todo caso no eran «esas»).

Y ahora querría yo declarar lo que creo, sin vueltas, por si alguna vez la Orden se resuelve a un «ejercicio de culpas» pendiente (y que la inocencia me valga). Vaya aquí entonces como ayuda memoria que: a) la Compañía de Jesús en la modernidad acarrea más dolores de cabeza que soluciones, porque tiene vicios «*foncièrement*» modernos (lo cual, brevemente dicho, es un desesperar de la Verdad); b) la Provincia Tarraconense-Argentina es de las peores, con curas notablemente cortos de luces, qué le vamo' a hacer; c) el noviciado de Córdoba era, sencillamente, una calamidad, y, d) *last but not least*, los jesuitas (los de ahora y los de entonces) no reconocieron al P. Castellani en su real valer, pese a que él había salido de sus propias entrañas y que era, genuinamente, jesuita.

Y ver las cosas en perspectiva, porque escribo esto pasados ya casi cincuenta años desde que comenzaron a perseguirlo *dentro* de la Compañía: un verdadero galimatías en el que el propio Castellani no era sino una pieza más que jugaba, un poco concientemente y otro poco sin saberlo, al servicio de la mano izquierda de Dios.

Ahora, les propongo que dejemos por un momento al joven veinteañero, esforzándose en compañía de una treintena de juniors en completar su bachillerato en letras, durmiendo la reglamentaria media hora de siesta sentado en una austera silla de madera, observando cuidadosamente las normas de disciplina que rigen la casa, bebiendo de la espiritualidad reinante en la Casa de la Sagrada Familia y aprendiendo sus humanidades y su retórica, su latín, griego, inglés y francés.

Dejemos todo ese mundo por un instante: es necesario contar ahora con la retrospectiva de un sacerdote de 55 años, prematuramente envejecido, que ha sido despojado de su ministerio, que no tiene casi qué comer. Está solo, en un departamento de la calle Caseros, de a ratos lo atormentan fantasmas del pasado y tiene ataques de neurastenia que amenazan con liquidar su cordura. En estas circunstancias y terrible condición, se pregunta una y otra vez en qué la chingó. Ensaya respuestas, apuntando en un diario lo que se le ocurre al voleo, en noches de insomnio, durante largos días grises, sin horizonte, entre preocupaciones domésticas banales y grandes cuestiones que le propone Kierkegaard o San Juan el Apokaleta. No puede dejar de pensar en el galimatías que decimos y cuya dilucidación explicaría cómo terminó en la solitaria playa de esa isla ruinosa que se llama desamparo, noche oscura y tribulación.

¡Pobre Castellani! Prueba una y otra vez y no da en el clavo. No le falta inteligencia, caray; recuerda, paso a paso, lo que ha ocurrido, trata de juzgar (alternativamente con ecuanimidad o bien dejándose guiar por sus caprichos) cada persona, cada situación, cada lance.

¿Dónde estuvo la falla, cuándo equivocó el rumbo, de quién la culpa?

Yo era jansenista y me entré en los jesuitas; ahí estuvo el enorme error. Pero yo cuando me entré ¿qué sabía lo que era? (*)

*

¿Cómo se resuelve esta paradoja? No es la única con todo, si se piensa por ejemplo, que publicó en un libro de los años '40 una poesía de Benítez («A las gallinas de la Compañía / les ha nacido un pato por ventura / ellas lo picotean a porfía / y él no puede cambiarse la natura»). ¿Cómo pudieron los jesuitas soportarlo a Castellani durante treinta años? Pues bien, si lo aguantaron durante tantos años ¿cómo se atrevieron luego a echarlo sin juicio, sin cargos, sin acusación ni defensa? Es tema para ver

largo y constituye la médula deste libro (se me pegó la contractura castellaniense). Pero hay más: explíquenme cómo un novicio formado en la escuela del rigorismo moral más acentuado, termina con tanta libertad interior (un caso análogo al de Santa Teresita). ¿Creen ustedes que es el único misterio? Entonces que alguien venga a desentrañarme este otro: ¿cómo puede ser que los «progresistas» (no menos que los «conservadores») de la década de los sesenta, de los setenta, de los ochenta y de los noventa, que tantos cargos hicieron al pasado, a la tradición, a su propia historia, se olvidaron, todos, sistemáticamente, de Castellani? Miren la foto de izquierda a derecha: ni Luzzi, ni Ustarroz, ni Moyano, ni Constable, ni Fabbri, ni nadie: ningún jesuita de ningún signo se atrevió a estudiar el caso Castellani... ni Asiain, ni Adúriz... ni Bergoglio, ni Benítez... ni Furlong, ni por asomo. Sus libros ni siquiera se encuentran en sus bibliotecas (mi edición de Cristo ¿vuelve o no vuelve? fue comprada en librería de viejo.... y lleva el sello de la Biblioteca del Salvador). Castellani y la Compañía son dos misterios grandes como una casa: los juntás y ¡arripoa! Esto sí que es nitroglicerina para el cerebro: te ponés a considerar la cosa en serio y te volvés un poco loco. ¿Que yo cómo lo sé? Pues verán, amigos...

*

COSA DE LOCOS

Santa Fe - Villa Devoto

1922-1924

Cuando digo: «mi lecho me consolará, mi cama aliviará mi pesar», entonces me aterras con sueños, y me espantas con visiones.

Job 7:13

¿Y después?

Después de dos años de Noviciado (prolongados por seis meses de *maturescat* –o sea, «que madure») y otros dos de estudios, fuimos con ocho compañeros a hacer la «Filosofía» a Santa Fe...

De nuevo en el viejo colegio, reencontrando viejos amigos.

Hablé mucho, aunque con una extraña timidez, con el Padre Marzal, que vivía en el tercer piso, cerca mío.

Pero, pensándolo bien, lo de la «extraña timidez» no es tan raro; Castellani ya no es el precoz adolescente hambriento de saber y lleno de entusiasmos que tuvimos oportunidad de conocer en sus tiempos del «Bachi»; ahora es «junior» jesuita que ha pasado por un exigente noviciado y no menos severo *maturescat* que lo han transformado en un joven-casi-hombre con sus propias convicciones... y tormentas.

un año solo, el '22, duró la estadía (que fracasó) del “Filosofado S.J.” en el Colegio de Santa Fe. (*)

Claro, difícilmente podían los jesuitas «cubrir» en Santa Fe las cátedras de un filosofado completo. Como desgraciadamente sucede en casi todos los órdenes siempre nos vemos obligados a tener que lamentar la pobreza esencial de este país aún por civilizar. Finalmente no hay más remedio que acudir a la Capital. Así es que a principios de 1923 Castellani llegó al Seminario de Villa Devoto, un edificio enorme que administraban los jesuitas por cuenta y orden del Arzobispado de Buenos Aires desde hacía unos sesenta años.

Se había considerado que la Compañía contaba con el potencial intelectual necesario para llevar adelante la empresa de formar seminaristas en Filosofía, Teología y todo lo demás, cosa que el clero secular no estaba en condiciones de hacer con la solvencia necesaria. Hará falta que lo «agranden» a Mons. Copello con un capelo cardenalicio –allá por los años '40–, para que alguien se atreva a disputarle Villa Devoto a los jesuitas (como tendremos oportunidad de ver, Copello no pudo con ellos y recién en el '61 se concretará el «ansiado» traspaso del Seminario a la Arquidiócesis de Buenos Aires).

No sé qué ganamos con eso, tampoco. Porque los del clero secular que se hicieron cargo de Devoto también se habían formado con los jesuitas –como la inmensa mayoría del clero argentino durante casi un siglo– y son casi todos del mismo cuño: suarecianos en filosofía, casuistas en moral, con poca afición litúrgica –los jesuitas no tienen coro–, bastante voluntaristas y muy inclinados a considerar la misión del clero en términos de obras y devociones exteriores, colegios parroquiales, peregrinaciones multitudinarias y «propaganda católica», qué le vamos a hacer. Esto explica el sello preponderantemente jesuítico de la Iglesia Argentina (con la excepción, tal vez, de los de la Orden de

Santo Domingo): casi todos los clérigos se formarán en Villa Devoto, bajo su férula, con su concepción acentuadamente, ¿cómo diríamos?, contrarreformista de la Religión.

Pues bien, a partir de 1923, aquí residirá Castellani durante los próximos seis años, estudiando a todo trapo y empezando a destacarse entre sus pares por sus quilates intelectuales. No sabemos si había estado antes en la gran aldea, pero en sus escritos de la época que tengo ante la vista no se detecta embeleco provinciano ante la gran Capital, ni cosa que se le parezca. Mas bien al contrario, diría uno, como aquel paisano que llegado a Buenos Aires es conducido por sus parientes que le muestran la Ciudad y le dicen con orgullo moderno: –*Grande, ¿eh?* El hombre no se andaba con chiquitas y contestó con otro orgullo, el tradicional: –*Sí, bueno, más grande es el campo.* (*)

No, seguro que a Castellani la agitación y el general estrépito de la ciudad son cosas que no le caen del todo.

Hoy han enterrado solemnísimamente al Sr. Arzobispo. Casi todos han ido; yo me quedé porque necesitaba estudiar y no quería apretones y bochinche. Porque vieras la gente que hay en este Buenos Aires, los autos, coches, etc... (*)

Castellani en Buenos Aires... Es, claro, otro mundo donde los coches de tracción a sangre se disputan la calle con autos y tranvías.

Aquí ya se había instalado su hermano, Carcho, que comenzaba sus largos estudios en la Facultad de Medicina. El interno de Villa Devoto vigila celosamente a su hermano y de todo le da cuenta a la madre.

No sé cómo le ha ido en exámenes, ni siquiera si los ha dado, pues ayer no vino. Y yo, muy preocupado –porque me preocupan más que los míos, me fui al teléfono, y ya verás lo que supe:

–*Hola! Mayo, cero, cinco, tres, dos.....*

–*Holá.*

–*Grrrrrrrrrrrr... Toc, toc, toc.*

–*Holá! Con quién?*

–*Crrrrrrrrrrrrrr. Tará, tará, tará, tará, tac.*

Y así una serie de todo los ruidos imaginables y después, una voz fina y lejana.

–*¿Habló, señor?*

–*No, señorita. Estoy esperando. Mayo, 0, 5, 3, 2.*

–*Brrrrrrrrrrrrrr...*

¿Ves esta escena? Bueno. Ahora repétila todas las veces que quieras, hasta que te canses, y sacarás lo que saqué yo en limpio con esa «máquina de hablar, sin entenderse» ¡Viva la telefónica sin hilos, caramba! (*)

Sí, tanto para un retrato de Buenos Aires, *circa* 1923.

El filósofo de segundo año se encuentra cómodo en esta enorme casa que domina la Ciudad –Villa Devoto es la parte más alta de Buenos Aires–, sobre todo porque a veces lo visita su hermano Carcho, lo que constituye para él un gran consuelo. Que es lo que anda necesitando, pobre Castellani.

¿Consuelo, dije? Sí, y algo más.

No sé como amortiguar el golpe para quien se haya encariñado con nuestro joven jesuita y me pregunto cómo decírselo suave, política, diplomáticamente. ¿No será mejor dejar de dar vueltas y declarar aquí germanamente que no puede dormir y que, de a ratos, tiene la impresión de que se está volviendo loco?

Porque es de saber que en Santa Fe, año 1922 del Señor, comenzaron sus insomnios: originalmente diagnosticado como una especie de *surmenage* por exceso de estudio, es el primer síntoma de una aflicción que llevará consigo prácticamente hasta la tumba: Castellani, mis amigos, no puede dormir bien.

Y se está volviendo loco (o, por lo menos, él así lo cree, no sé cuál pueda ser la diferencia).

Los psiquiatras coinciden en pocas cosas pero en ésta reina universal acuerdo: todos insisten en que el insomnio nunca es la causa primera de los desórdenes mentales sino, más bien, epifanía de alteraciones psíquicas profundas... que a su vez retroalimentan el insomnio y los desórdenes consiguientes; un poco al modo del huevo y la gallina: lo que dicen los especialistas es que las perturbaciones del sueño nunca son la gallina primera.

Pero, entiéndase bien lo que le pasa a Castellani: no es que no pueda conciliar el sueño, sino que al poco tiempo de quedarse dormido despierta sobresaltado, con una angustia aguda, profundamente perturbado. Este «síntoma» se repetirá –y, durante ciertas épocas de su vida se agudizará– casi casi hasta el fin de sus días. (*)

Las consecuencias de todo esto son fáciles de ver pero casi imposibles de imaginar: Castellani no podrá volver a dormir hasta bien entrada la noche o llegada ya la madrugada. Menudo problema para un religioso obligado a despertar a primera hora de la mañana; menudo problema si esto se va prolongar durante prácticamente toda la vida, como, de hecho, ocurrió.

El P. Francisco Avellá fue seminarista de Devoto a fines de los años '30 y lo recordaba bien:

sufrió de una cosa que no sé si se sabe, sufría de insomnio.

No sé si toda la vida, pero cuando yo lo conocí era un hombre insomne. Los jesuitas se levantaban a las cinco de la mañana, y decían la Misa a las seis y media, que les ayudábamos nosotros, cinco seminaristas... ¡El se levantaba a las ocho! No podía, no dormía... (*)

Es importante que recordemos esto, porque al entusiasrnos con alguno de sus escritos o al apreciar un incidente con un Superior o una determinación en particular, uno tiende a olvidar que todo eso sucede en la persona de quien está mal dormido.

El, en cambio, vivía con eso.

se dio vuelta en la cama, dió un gruñido y metió el pie derecho entre el borde del colchón y la pesada cobija. De cualquier manera que pusiese el pie derecho le molestaba. No era dolor, sino nerviosidad, una especie de hormigueo muy molesto, como si el pie tirase hacia sí de todo el cuerpo por un complicado aparato de cuerdas y poleas nerviosas. Hoy no había hecho nada, y sin embargo estaba agotado...

Comprendió que su vida tenía que seguir como siempre, bajo el signo del Destino incomprensible: que no tendría ningún sueño aquella noche, ni se curaría, ni moriría; que al otro día se despertaría de humor de perros, con deseos de quedarse eternamente en la cama; que se levantaría fatigosamente sin embargo, e iría al trabajo. Que si avisaba al trabajo que estaba enfermo, no iba a saber qué hacer en todo el día, ni podría leer siquiera. Imaginó vivamente los comentarios irónicos o groseros de sus compañeros, y le dio grandísima rabia y tristeza.

Pero en seguida pensó que eso era imaginario, irreal, que quizá no comentaran nada. Pero ¿por qué no habían de comentar? ¿Era él por ventura una cosa, una nulidad, un Inexistente? Le dio rabia y tristeza de nuevo que no comentaran nada. Pero sabía que iría al trabajo, y lo haría mal, descuidadamente, con la mente en otra parte. Y que aunque nadie comentara nada, él pensaría que todos lo miraban y tendría un sentimiento continuo de culpabilidad, de enojo y de impaciencia...

Era un gran secreto, una enfermedad secreta: no podía decirla a nadie, desde que notó que lo tomaban en seguida por «enfermo imaginario» o hipocondríaco. (*)

Pero al principio, cuando la «enfermedad» comenzó a manifestarse, él no sabía nada de todo eso y

así se lo cuenta al P. Llusá S. J., a quien le abre su corazón de hijo, en términos completamente llanos, patéticos e indefensos.

Permítaseme citar un borrador de carta a su Provincial:

Después de haberme reagrado, el Dr. Murguía me tiene en un régimen de comida y sueño, sin estudiar y 10 gotas de yoduro al día. El dice que con eso «me va a poner bueno».

Yo digo que si lo hace sería como resucitarme o como *crearme de nuevo* a lo cual no alcanzan los medios humanos, ni esos ni otros. Porque realmente, Padre, soy un hombre muerto, muerto para la vida exterior, para el trabajo, para la acción, para el Apostolado, para toda esperanza, alegría, consuelo, paz, tranquilidad y bienestar; muerto y sepultado en un mundo de tormentas invisibles y atroces, muerto y en el Purgatorio.

Un mundo de tormentas invisibles y atroces... ¿Pero, pero, qué diablos le pasa a este joven que está en la plenitud de su vida, en el camino que él eligió (Castellani jamás tuvo dudas acerca de su vocación), excelente estudiante y buen compañero del filosofado?

¡Cómo sufre mi alma y de cuántas maneras, Padre! La vida religiosa, que es la más dulce y suave de todas las vidas, me es intolerable; no por ser *religiosa*, sino por ser *vida*, porque vivir es caminar, y otros caminan calzados y yo camino descalzo y los pies hechos llagas vivas y todo desollado; y así una piedrita que otros ni sienten, me causa dolores tempestuosos. Una pa labrita, una obediencia, preguntar una cosa en clase, decir la Dominical, ser Bibliotecario...

¿Le malade imaginaire? No señor, sus penas eran bien reales, sin duda ninguna, como que

No se puede ni sospechar lo que sufre una persona si no se conoce su sensibilidad. (*)

Efectivamente, Castellani tiene una constitución psíquica muy particular. El registraba todo con una psiquis muy delicada, y la asimilación de todo eso no le resultaba fácil.

A veces es más saludable enojarse y no dejar pasar adentro lo que a uno lo hiere.

Yo tengo una sensibilidad profunda, que no reacciona con ira fuertemente

en el momento (lo cual tal vez sería mejor), sino que sufre espantosamente cuando la herida se enfría. (*)

Sufre espantosamente cuando la herida se enfría... ¡Ahhh! Entonces... ¿una neurosis de angustia? (*)^o

¿Qué nos haremos con este joven? ¿qué terapia le recomendamos? ¿Lo «endurecemos» o lo «protegemos»? Ya imagino que el «caso» Castellani se le aparece al P. Llusá como cosa hartó difícil. El era muy buen superior, de corazón paternal y gran comprensión y no por nada le hacía estas confidencias su atribulado hijo en religión, pero, ¿qué hacer?

Pues qué, cuando oigo burlarse de los neurasténicos o contar que alguno, enfermo de la cabeza se volvió loco o ha salido de la Compañía. Entonces vienen esas temerosas luchas cuerpo a cuerpo con el terror, y abrazarnos los dos estrechamente y rodar por el suelo, tan apretados que no se sabe quién soy yo y quién es el terror o si todo mi ser se ha convertido en terror... (*)

A la pucha con la neurastenia. A la pucha con el terror. A la pucha con el pasado y ¡a la pucha con los sesenta años que faltan!

Hace ya tres años... ¡y los que me quedan por delante!

Aquí la factura para el P. Moisés Dávila. En un típico libro de crónica oficial sobre *Los Jesuitas en Córdoba*, al cura Dávila se lo recordaba así:

En los trece años que estuvo al frente de la casa [se refiere al noviciado jesuítico], además del gran provecho que se refundió en sus novicios... (*)

Etcétera, etcétera. Puede ser; pero pareciera que además del «gran provecho» que dice el cronista, por lo menos *refundió* a uno de ellos. Habíamos visto que Castellani lo responsabilizaba de haber

producido un «grave desastre», no sé si se acuerdan.

Muchos de sus novicios se han sentido con él perfectamente incomprendidos, y alguno de ellos le atribuye incluso un grave desastre de su vida espiritual.

Es que, claro, un maestro de novicios torpe es como un elefante en un bazar y el daño que le puede hacer a un joven de la sensibilidad de Castellani es grande, sin duda.

Ya lo había advertido, muy enojado, San Juan de la Cruz:

Estos por ventura yerran con buen celo, porque no llega a más su saber. Pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma, y, no entendiéndola, en entremeter su tosca mano en cosa que no entienden [...]

Y así, el que temerariamente yerra, estando obligado a acertar, como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo, según fue el daño que hizo.

Porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy a ojos abiertos se han de tratar, mayormente en cosas de tanta importancia y en negocio tan subido como es el de estas almas, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar. (*)

Casi infinita ganancia y casi infinita pérdida... (aquí tomen nota, mecachis, quienes tienen responsabilidad en la dirección de almas). Es cierto que Castellani habla de un daño en la vida espiritual, no psíquica, pero deberá tener en cuenta el lector que para él, todo era una sola cosa, y, como bien lo dice, él tiene una sola *vida*. Por eso, malhaya a los que entienden la vida espiritual en términos puramente psicológicos –como

tanto cura modernista de hoy en día– pero malhaya también a los que ignoran la psicología, como los casuistas, voluntaristas y brutales regenteadores al estilo Moisés Dávila –que aún pululan, no vayan a creer. Se los puede identificar fácilmente por su malsana repulsión a hablar de los problemas de castidad, de mujeres, de lo que sea.

En carta a su profesor de Moral y Director Espiritual por esos tiempos, Castellani recordaba

lo que me dijo el P. Ferragud (q.e.p.d.) al llegar yo, filósofo de 2º año, al Seminario; en la primera cuenta conciencia:

«Los que hablan de esas cosas, se les conoce la basura que llevan adentro». Lo cual bastó para que en todo el año no le hablara de mis reales problemas. (*)

¡Problemas sexuales también! Sí, ya veremos que él llevó con esforzada fidelidad su voto de castidad, pero, también, que... no le salió gratis. Por otra parte, es de notar que el propio Castellani veladamente intuye que éstas sus tormentas son como el revés de una secreta trama y que él tiene que cumplir con una misión que Newman había formulado para sí en forma de jaculatoria:

«Señor, que mis tinieblas sean la luz de los demás».

¿Seguimos, entonces?

Yo creía, Padre, que de tanto sufrir, al fin mi alma se entorpecería y embrutecería y volvería insensible; pero al revés, está cada vez más ardiente, más viva, más inquieta y más ansiosa del bien, de la gloria, del amor, del poder, de la felicidad.... ¡Ah, las ansias de felicidad! Ese es mi verdadero verdugo y tiene la culpa de todas mis tristezas. Eso que dicen los Psicólogos que tienen todos los hombres, lo siento actu siempre, lo siento tan vivísimamente que me roe las entrañas; y hace dar a mi alma cabezadas enormes contra los muros de acero de su calabozo, y después de quebrantarse así, volver de nuevo contra ellas con más fuerza, sin cesar, para atormentarse por gusto.

Resuenan a lo largo y ancho de Occidente gemidos parecidos, una y otra vez: Aristóteles lo formula flemáticamente: el hombre no puede no querer ser feliz; pero otros lo gritan, lo formulan en términos más patéticos, más dramáticos, más sensibles: Platón, y la cárcel del alma, Agustín y «la

hermosura infinita», Pemán y su «*todo yo, soy un inmenso afán de infinito*», San Juan de la Cruz y Teresa de Jesús con sus «*muero, porque no muero*»...

Se diría que el arte cristiano no ha hecho otra cosa que significar el destierro, el ostracismo esencial del hombre en este valle de lágrimas. Es tema veladamente figurado en el Ulises de Homero, y que estalla en un caleidoscopio de manifestaciones, literarias, artísticas, dramáticas: es el tema de San Ignacio de Antioquía con su famosa carta séptima donde suplica lo dejen ir al martirio («*¡Dejadme ver la luz!*»), está en la esencia de lo que quería San Bernardo que concibe el Císter como nave para pasar por esta región de la «disimilitud», es el tópico central que se evoca en los viajes del Dante, los dramas de Shakespeare, en el largo cautiverio de Martín Fierro, el gaucho matrero...

He dividido esta carta de Castellani al P. Llusá para facilitar su comprensión. Pero veamos como está compuesta: punto uno, detalles de los sufrimientos que le produce su exquisita sensibilidad; punto dos, él pone la causa de esto en sus ansias de felicidad. ¿Y punto tres? Ahí nomás arranca con otro tema.

Yo nunca podré escribir como Pereda, yo nunca podré saber como Menéndez Pelayo, yo no puedo ser como San Ignacio, yo no podré trabajar como el P. Tarín. Yo no podré hacer clase así, yo no puedo ser como el P. Sauras, yo no puedo ser como el P. Codina, yo no puedo ser como el Hno. Suárez Bermúdez, yo no podré hacer ninguna *cosa grande*, yo no podré aliviar y ayudar a los pobres neurasténicos, a los enfermos y afligidos, a los desgraciados pecadores, a quienes tengo una compasión inmensa. Hay mensual... yo no puedo... Hay vacación... ¡yo no puedo aprovecharla! ¿Hay campo? Para mí no hay alegría en él. (*)

¿Acedia? No; más bien uno recuerda la célebre frase de León Bloy: «La única verdadera tristeza consiste en no haber sido santos».

Sensibilidad, sufrimiento, arte; así se encadenará la vida de Castellani, recordándonos las formidables cartas de Oscar Wilde, escritas desde la cárcel de Reading:

Los clérigos y la gente que usa frases sin sabiduría hablan a veces del sufrimiento como de un misterio. En realidad, es una revelación. (*)

Desde luego, lo que cuesta vale. Castellani sufrirá hasta volverse casi loco por su finísima sensibilidad, o por su inestabilidad afectiva, o por sus ansias de felicidad, o por todo eso junto, a los que hay que sumar los traumas que padeció de chico: el asesinato de su padre, la extirpación de un ojo, la madre que se vuelve a casar, un episodio desagradable con su padrastro cuando tenía 13 años...

¡El mal ambiente familiar! —esas desgracias incomprensibles y funestas para el niño, esas desavenencias o discordias o escándalos o vicios sucios de los padres que se filtran no se sabe cómo hasta su conciencia aunque se trate de ocultarlas, que impregnan las paredes y el aire de una casa; y después, cuando adolescente reflexivo ya sensibilizado, esas injusticias contra las cuales no hay nada que hacer, situaciones dolorosas o humillantes impuestas por la fuerza sin una palabra de explicación —impuestas por las personas más allegadas: la madre, el padrastro omnipotente... (*)

El era un niño con muy delicada sensibilidad y fue expuesto a realidades harto crudas, como la que refirió —ya de grande— al comentar una vista de cine:

Yo vi un suicidio cuando chico, y no era así: el único que vi en mi vida. Plácido Ledesma se pegó dos tiros, uno en el cráneo que resbaló, y otro en el vientre; después de haber disparado no sé cuantas balas contra su mujer y un hombre que estaba allí, sin acertar una.

Yo estaba jugando en el «montecito», y salí corriendo hacia el tiroteo, que me podían haber agujereado; y estuve como una hora mirando en el suelo al pobre Plácido, que no murió en seguida; hasta que mi primo Fráncil me sacó de allí a los empujones.

Entre el montón de gente que no hacía sino estorbar, el suicida se revolcaba con bramidos sordos entremezclados de «malas palabras»: unos bramidos de dolor como para no olvidarlos en la vida. (*)

Y no se olvidó, no hay cuidado.

Mi amigo el médico Hugo Esteva me ha explicado que lo que hace verdaderamente difícil un diagnóstico en materia de enfermedades mentales es que no puede establecerse con seguridad una «historia» clínica. ¿Dónde empieza la cosa? ¿Qué asunto en el pasado trae los desórdenes de hoy? Y Chesterton lo formuló inmejorablemente: si no sabemos cuáles son las causas de la «normalidad», ¿cómo vamos a detectar las causas de la locura?

Mi niñez está tajeada por desgracias serias y dolores serios; en un pueblo sórdido y poco virtuoso.

Todavía conservo mataduras. (*)

«Todavía» es en 1967, créase o no.

Pero ya en 1923 Castellani barrunta una poesía con el título de «Psicología»:

Señor –le dije al grave psicólogo, de calva

y de espejuelos de cristal

–¿Qué es el alma? Y él dijo, seguro y satisfecho

–Es un principio inmaterial...

¿En dónde está el tesoro del recuerdo y en dónde

y en qué orden y por qué razón

el infinito acopio de imágenes se esconde

y surge, dada la oración? ()*

Menuda pregunta para un «*shrink*».

No podrá dormir, sufrirá indeciblemente, con insomnios continuados, toda su vida. Tendrá tres períodos definidos de *surmenage* que lo inhabilitarán para toda tarea intelectual, y recurrentemente padecerá insomnios, pesadillas sin cuento, delirios afectivos, neurastenias, pequeños episodios de paranoia, fiebres depresivas, una angustia que lo ahogaba.

Y aún, cosas peores.

¿Peores? Sí señor, el diablo meterá la cola: los demonólogos lo llaman

«sucubat», los psiquiatras delirios mórbidos y los sabios que he consultado se callan la boca y no aciertan a decir cosa alguna sobre tanta intensidad de cosa fea, inicua, tremebunda... pero el hecho es que Castellani recaerá una y otra vez en tremendas pesadillas que le harán despertar a poco de dormirse y que lo perturbarán de tal modo que no podrá volver a conciliar el sueño hasta el amanecer.

Noches, pues; noches oscuras, largas, infernales.

Son cosas que uno se siente tentado de atribuir al viejo Satán, aunque no sé si Castellani lo creía del todo. (*)

Tema endiablado, verdaderamente. Pero también hay que señalar que si Castellani creyó alguna vez que perdía la chaveta, no es fácil de sostener semejante tesis, seriamente... Siempre será «el cura loco», pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Ustedes me entienden.

Provisoriamente, me parece más honesto decir aquí que creo que –al fin– triunfó su sensatez; en buena parte porque peleó contra sus propias alteraciones psíquicas con todo su talento, todo su saber, y una notabilísima constancia. Y en parte, porque supo sublimar en forma artística cuanto le pasaba por el caletre.

Hay vacación... ¡yo no puedo aprovecharla! ¿Hay campo? Para mí no hay alegría en él.

¿Y si hay mar? En una carta, refiere a su hermano Carcho sus vacaciones en febrero de 1924:

¡Mar del Plata! Lo mejor que tiene Mar del Plata es eso: el Mar de plata. A pesar de todo lo que ha leído u oído, uno no se imagina el mar hasta verlo, che. Yo no grité cuando lo vi por primera vez como los griegos de Jenofonte al ver al Egeo: Psálata, Psálata; ni siquiera dije:

¡Calma un momento tus soberbias ondas, Océano inmortal...!

Cuando uno ve aquella infinita lámina color acero desde el pescante del coche, lo único que se le ocurre es cualquier exclamación estúpida.

–¡Cuánta agua!, dije yo.

Porque aquello impone, y sobrecoge y la admiración nunca supo de sutiles reflexiones. Aquellas llanuras de agua no están muertas; viven, se mueven, braman en la orilla con un rugido sordo y sereno que de lejos parece un trueno continuado. Y la faz está toda surcada de arruguitas movedizas, arrugas que corren, se tumban, se levantan, se persiguen y al llegar a la playa «rompen». Es decir, revientan, se estrellan contra el fondo, se deshacen en espuma.

Primero aparece un festón blanco todo lo largo de la cresta y el festón se agranda, se extiende y se convierte en un maravilloso velo de encaje, blanco y efímero.

Acerca de estas arruguitas, yo me llevé un desengaño atroz el primer día que me bañé. El mar de lejos es azul; pero de cerca es negro. Y las arruguitas... ¡Madre mía! Las arruguitas son olas, son montañas, son fieras. Dan un hondo y delicioso terror. Cuando estaba metido hasta el pecho, agarrado desconfiadamente a la sogá, vino la primera «ola grande».

–Allá viene una buena.

Volví la cabeza y vi... Tuve la impresión terrible y neta de que si *aquello* que se abalanzaba furioso sobre nosotros, aquello oscuro, morado, hinchado, rugiente, espumoso, magnífico, pasaba encima de mí... se acabó todo. Tuve un impulso loco de soltar la cuerda y salir disparando. Pero era tarde.

–¡Cuando llegue, dar un salto!, me gritaron de atrás.

Yo di un salto inverosímil. Pero demasiado temprano, de modo que cuando caí, entonces supe cuando llegó la loma parda y monstruosa. Sentí un empujón furibundo, como el topetazo de un toro; mis piernas saltaron a la altura del rostro del vecino; las manos obstinadamente aferradas a la cuerda sintieron un tirón cruel; y sobre la cabeza se desplomó envolviéndola una cascada inmensa de agua, espumas, sal, ruidos, fragor, turbulencia, aturdimiento y miedo. Y cuando sentí pie y levanté la cabeza, limpiándome con una mano los ojos, chiflando los oídos y escupiendo agua salada...

–¡Otra!, gritaron.

Como se ve, Castellani tiene una inmensa apreciación estética de la realidad (lo cual no quita que su percepción de las olas se viera quizá teñida por la analogía con aquellas otras que azotaban su alma). Pero, bueno, Castellani tiene *humour* ahora, (*) que lo hará conservar la cordura hasta el fin.

En fin, que «es linda la mar» como dijo Anastasio el Pollo. Te aseguro que yo me baño por puro placer estético. No porque es sano, tonifica los miembros y abre el apetito, y lo deja a uno como nuevo, y la piel tostada y dorada por el sol, la sal y el yodo; sino por el gozo jubiloso de entregarme a las caricias brutales del monstruo, de azotarlo con las dos manos, de romperlo con los hombros, de abrazarlo con los brazos y los ojos, de dejarme mecer por sus manazas y zafarme de sus tentáculos verdes y turbulentos...

Homme libre, toujours tu chériras la mer...

Y todo esto mascullando filosofías y rumiando nombres alemanes: Kant, Fichte, Hegel

Schopenhauer, Hartmann, Schlegel

Que parecen blasfemias, que ni puestos en versos los aprendo. Porque estoy estudiando de firme, que quiero deshacerme en marzo de la Historia de la Filosofía. (*)

Mientras tanto... mientras Castellani está enfrascado en un mundo de ideas, de combates espirituales y otros, en tanto que egresa del noviciado, rehace sus estudios de letras, comienza sus estudios de

filosofía, y empieza a pelear con una incipiente neurastenia, mientras tanto, digo, el mundo también se ha vuelto majareta y en el futuro se bautizará a esta década como la de «los locos años veinte». Pero, ¿qué es lo que ha pasa do? Lo ha retratado bien un pintor, Fernand Léger:

En 1918, llegó la paz; el hombre exasperado, tenso, inmovilizado durante cuatro años, levanta por fin la cabeza, abre los ojos, se distiende, recobra el gusto por la vida. Es un frenesí de baile, de derroches, porque al fin uno puede caminar erguido, gritar, aullar, despilfarrar. El desencadenamiento de las fuerzas vivas llena el mundo. El gendarme y la flor roja de la muerte siguen presentes, pero nadie las ve. El color retoma su posición y quiere dominar el mundo.

Las mujeres también: llevan el pelo cortado a la lapone –flequillo y rapada la nuca–, fuman y exhiben desenfadadas sus piernas. París vive una fiesta continua y Henry Miller bautiza a las tres esquinas de Vavin-Raspail-Montparnasse como el «ombligo del mundo». Allí se los podrá encontrar a Picasso, a Chagall o al joven Graham Greene que se aficionó por entonces a la ruleta rusa. En este París que digo, uno se podía topar con Trotski jugando al ajedrez o con Josephine Baker paseando una pantera.

¿Los años locos? Es traducción algo impropia de «*the roaring twenties*», fórmula que se aplicaba especialmente a los norteamericanos, dominados por la revolución del automóvil. Pero hagamos un brevísimo inventario: en los EE.UU. entra en vigencia la llamada «ley seca» por la que se prohíben las «bebidas embriagadoras» en todo el país: un disparate puritano que dará impulso a la Mafia... y a la Coca-Cola. En 1920, Hitler da a conocer un programa de 25 puntos que serán la base del Partido Nacional Socialista. Es en este mismo año, créase o no, que se la canoniza a Juana de Arco (50 años después nadie se animaría, ¿eh?). En arte se ha puesto de moda el dadaísmo, un engendro de escarnio, irracionalidad y azar. En noviembre 42 países constituyen la Sociedad de Naciones, antecesora de la O.N.U. Año '21: Eamon de Valera se lanza resueltamente en pos de la independencia de Irlanda; costará sangre. Mao Tsé-Tung ha fundado el partido comunista chino y Mussolini es elegido «Duce» de los *Fascio de Combattimento*; al año siguiente será la marcha sobre Roma. 1922 es el año de la noticia gigantesca: Chesterton se ha convertido al catolicismo. También en el '22 muere Benedicto XV y pocos días después, *habemus Papam*: se llamará Pío XI. Además, es en ese año que Carter encontró la tumba de Tutankhamón, Einstein el premio Nobel y Proust la muerte. También se inventan varios disparates: el primer helicóptero, la U.R.S.S., el *Ulises* de James Joyce y el Tribunal Permanente de Justicia de La Haya.

¿Qué más? En el '23 Ortega y Gasset lanza su *Revista de Occidente* y –cosa menos conocida– Ramiro de Maeztu, en el mismo edificio, *Ac ción Española*. Entre tanto, en Nueva York Firpo le lanzó tal trompis a Dempsey que lo sacó del ring, el General Primo de Rivera lanzó un «Directorio» militar, Hitler un fracasado «pustch», y el Etna ríos de lava. Ha muerto Lenin y estamos en el '24: España estrena los primeros concursos de belleza, Gershwin su «Rapsodia en Blue» y Hitler la cárcel, con cinco años de condena.

A Ortega le da por publicar en el *ABC* su luego famosa «Carta a un joven argentino que estudia filosofía», pero no pensaba en Castellani, claro. (*)

En el '25 Hitler recupera la libertad por orden del Ministerio de Justicia y publica un libro que será un verdadero *best-seller*: *Mein Kampf*. Gran Bretaña recupera Chipre, Oxford a Tolkien, que vuelve a su Universidad como titular de la cátedra de Lengua Anglo-Sajona, y España sus posiciones en África: dirige el Tercio de Marruecos un coronel gallego, discípulo de Millán de Astray. Se llama Francisco Franco, y va de victoria en victoria.

La ciencia también continúa triunfando, porque, parece cosa de manicomio, en 1926 un científico

escocés, John Baird, ha presentado a la «Royal Institution» una radio provista de imágenes y bautiza su improbable aparato con el nombre algo pretencioso de «televisión». En los salones bailables se presenta un nuevo paso, el «charleston» y en un acto en Bolonia, un joven de quince años, Autco Zambori, le ha disparado al «Duce»: la multitud enfurecida lo linchó ahí nomás. En este año del Señor de 1926, el Papa Pío XI condenó a la «Acción Francesa» y una brillante generación de intelectuales católicos franceses se vio enredada en infinitas distinciones de las que saldrán, casi sin excepciones, malheridos: importa especialmente una de las víctimas de esta confusión, por la influencia que tiene entonces y por la que tendrá en los años siguientes. Sí, claro, me refiero a Jacques Maritain.

Años de demencia: en el '27 se inauguró en Dessau la nueva escuela de arquitectura que dan en llamar «Bauhaus», en México comienza la guerra cristera que cobra sus primeras víctimas y para junio ya hay 18 sacerdotes quemados, fusilados o enterrados vivos. Por su parte, el jefe de la Iglesia Ortodoxa rusa amenaza con excomunión a quienes no apoyen al gobierno soviético.

Claro que no todo es malo: Al Jolson estrena el cine sonoro con «El cantor de jazz», Charles Lindbergh atraviesa el Atlántico al mando de un pájaro mecánico y a Jules Rimet se le ha ocurrido organizar campeonatos mundiales de fútbol...

Algunas curiosidades ocurren en 1928: Evelyn Waugh conoce un gran éxito con su primera novela, *Decadencia y Caída*; Hipólito Yrigoyen es reelegido presidente de la Argentina y en Madrid se ha fundado la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei».

Pongamos fin a los años locos: el «Duce» se ha reconciliado con el Papa, y se firma el pacto de Letrán. El cine comienza a ocupar más y más lugar: aparece «Popeye», se estrena la «Venus de Ébano», Dios nos ayude, y, por otra parte, una oscura secretaria de la Academia de Hollywood, Margaret Herwick, contempla una estatuilla antropomórfica, hecha de oro, que le han de dar como premio a los mejores actores: «¡Se parece a mi tío Oscar!». ¿Ah sí? Con el gusto pragmático de los yankis, listo, el premio ya tiene nombre.

Es fácil adivinar el fin de todo esto: el 24 de octubre de 1929 se hunde la bolsa de Wall Street y millones de personas en el mundo entero comienzan a buscar trabajo.

En este contexto, Castellani empieza su vida intelectual en serio: lo han destinado al seminario metropolitano de Villa Devoto para que continúe sus estudios de filosofía. Al año siguiente, será «maestrillo» –comenzará a enseñar– en el Colegio del Salvador. Para él, serán años de intenso trabajo intelectual: empezará a escribir sus *Camperas*, y algunos cuentos notables, además de unas cuantas poesías que se destacarán por su fuerza expresiva: esta etapa en la vida de Castellani culminará con importantes trabajos de crítica literaria que llamarán la atención de superiores, colegas y amigos.

¿Amigos? Sí, ya que Castellani hará por estos años migas con toda una generación que irrumpió en los ambientes intelectuales de Buenos Aires con una fuerza enorme, en parte por su originalidad, su frescura, su excentricidad incluso, y en parte, por su «heterodoxia»....

Pero, claro, estos porteños también pertenecen a la década loca: el país está cambiando radicalmente –mal que le pese a los tres gobiernos radicales que dominaron la escena política– y su fisonomía cultural se ha transformado súbitamente: sacudida por la «semana trágica» (que ocurrió en enero del

'19) Buenos Aires parece despertar a nuevos estímulos y horizontes.

No es para menos: en cinco años –desde el '24 al '29– el país recibe la friolera de dos millones de inmigrantes; es que la Argentina, por primera (y presumiblemente por última) vez hacía honor a su nombre: por lo menos en Buenos Aires, había plata.

El bienestar material impulsó el lujo en la alta sociedad, que invertía sus cuantiosas rentas y ganancias en viajes a Europa, donde adquiriría magníficas obras de arte que los empobrecidos por la guerra y por la crisis vendían en París, Londres, Roma, Berlín y las grandes metrópolis...

Buenos Aires, durante el período que trato, era uno de los principales centros de atracción del mundo occidental. Aquí vinieron a visitarnos herederos de ilustres monarquías, como el príncipe de Gales y Humberto de Saboya; soberanos destronados como el zar Fernando de Bulgaria; príncipes de sangre real, como el nieto del ex-Kaiser Guillermo II, Luis Fernando de Hohenzollern...

Aquí tuvimos de huéspedes a eminencias de las ciencias, como Einstein; de la política como Orlando, lord Curzon, Cambó, Albert Thomas; de las letras, como Pirandello, Keyserling y muchísimos otros, así como profesores de la Sorbona y del Instituto de Francia que venían a dar breves cursos y conferencias; altas dignidades eclesiásticas como el cardenal Benlloch. (*)

Tanta bulla, tanta cosa, quizá explique la aparición de una enérgica generación de plumíferos que publicaron aquí y acullá, que se reunían en sociedades literarias, salones o confiterías, lo mismo da, cada uno «moviendo sus cuestiones» como quería don Francisco de Vitoria. Son personajes que darán que hablar durante los próximos cincuenta años: Lugones, Borges, Mallea, Marechal, Irazusta, Anzoátegui, Arlt, Barletta, Quiroga, por nombrar sólo algunos. Y claro, Castellani.

Mas en este tiempo hubo de todo, como la revista del socialista Giusti, «*Nosotros*», la sociedad anarquista «*Amigos del Arte*» donde reinaba Lugones, o, si prefieren, la revista «*Dínamo*» de los escritores «realistas», que eran bastante zurdos, digamos la verdad. Pero bueno, hay zurdos y zurdos. Éstos –los de «*Dínamo*»– me caen en gracia: han ofrecido a cambio de la libertad de Unamuno, la prisión perpetua de Calixto Oyuela, Martínez Zuviría y la bellísima Raquel Adler.

Unos años después, a partir de 1924, aparece una importante revista que dirigiría Evar Méndez, «*Martín Fierro*». Gálvez recuerda en sus memorias, la sección «Cementerio» cuyos desenfadados epitafios tanto hicieron reír a Buenos Aires:

Fue don Leopoldo Lugones
un escritor de cartel,
que transformaba el papel
en enormes papelones.
Murió no se sabe cómo.
Esta hipótesis propuse:
«Fue aplastado bajo el lomo
de un diccionario Larousse».

No dejaban títere con cabeza. Alfonsina Storni –tan susceptible a la crítica– había publicado un libro que dio en llamar «*Ocre*». Los muchachos martinfierristas no iban a dejar pasar la cosa así nomás:

No es Ocre por completo allí tu arte
Alfonsina: es medio ocre, solamente.

Estos jóvenes sabían divertirse de veras, aunque su humor no siempre caería en gracia a las sucesivas víctimas, que sentirían, acaso, como los enterraban vivos:

Aquí yace Jorge Max

Rohde.

Dejadlo dormir en pax,
que de ese modo no xode

Max.

Cuatro autores firmaban conjuntamente con un pseudónimo («Mar-Bor-Vall-Men», o sea Marechal, Borges, Vallejo y Méndez) y solían dar rienda a sus dogmáticos pareceres y hacían bien pocas concesiones. El famoso «*Manifiesto*» del número 4 comenzaba declarando la guerra «a la impermeabilidad hipopotámica del “honorable público”». (*)

Y para despertar al monstruo, nada mejor que estos epitafios:

Soiza Reilly su diarrea

literaria terminó.

Ésta su lápida sea:

L.P.Q.T.P. (*)

Los locos de los porteños años '20 van a pagar su cuota también a la moderna desesperación... Gálvez hizo la cuenta por nosotros y anotó una veintena de suicidios de literatos y escritores de aquella generación: Lugones, Quiroga y Alfonsina Storni, entre los más sonados; pero también Belisario Roldán, Francisco López Merino, Enrique Méndez Calzada, Eduardo Jorge Bosco, uno de los Ortíz Echagüe, Enrique Loncán, Martín V. Lazcano... En fin, veinte suicidios en un período de veinticinco años, contados a partir de la década del '20. (*)-A Gálvez le da por utilizar el látigo de Unamuno y bautiza estos lares como «tierra maldita» y sin embargo...

Escondidamente, casi como una trivialidad, la Argentina va a adquirir una fisonomía propia a partir de la aparición de un fenómeno que se haría notable con el paso del tiempo: los católicos argentinos se van a poner a estudiar, a la pucha, y se congregan en lo que dan en llamar los «Cursos de Cultura Católica».

Según Samuel Medrano, la cosa había empezado con una reunión de amigos:

Recuerdo que una noche de la primavera de 1921, Casares me invitó a visitarle en su casa, cosa que hice, y durante mi visita conversamos largamente sobre nuestras cosas católicas. Al final de la tenida, Casares me mostró un escrito en el que preconizaba la necesidad de crear una obra en la que se dictasen, a los jóvenes estudiantes de nuestra generación, clases de Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagradas Escrituras...

El 21 de agosto de 1922 se iniciaron las actividades, consistentes en el dictado de tres materias, a razón de dos clases semanales para cada una, las que fueron Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagrada Escritura, tal como pensaba Casares... (*)

Los «Cursos» así comenzados van a influir enormemente en la sociedad argentina en los años que siguen (recién con Perón comenzará a menguar su influencia); sí, este puñado de aristócratas porteños va a cambiar el rumbo del país, imprimiendo un sesgo católico a la cosa pública que no tenía precedentes: este núcleo será el motor de cien iniciativas periodísticas, editoriales católicas, grupos políticos, literarios, de intensa actividad social, cultural y apostólica.

Estos jóvenes que allá por los años '20 tienen treinta o algo más, son los abuelos del nacionalismo católico, responsables de muchísimas cosas muy de notar, buenísimas algunas (y otras, no tanto). No que tuvieran poder político, ni mucho dinero, ni organizaciones sindicales ni empresas de publicidad: son sólo un grupo de intelectuales que se reúnen con la consigna de estudiar y aprender, escribir y proclamar lo que piensan desde los tejados. Tanta fue su influencia que algunos creen que contaban con el respaldo y apoyo de la Iglesia.

No es así: siempre hubo obispos y clérigos más o menos manipuladores que embromaron las cosas lo más que pudieron.

Y esta generación es la clave de bóveda para explicar medio siglo de historia argentina: desde el éxito del Congreso Eucarístico de 1934, hasta la Revolución Libertadora en el '55, pasando por la historia entera del peronismo: si no se computan los «Cursos», cualquier intentona de explicación de la Argentina en esta primera mitad del siglo XX se queda renga... como de hecho ocurre.

He leído demasiados libros de historia argentina que sistemáticamente eluden referencias al nacionalismo católico, como si escribiéramos la historia de Alemania en este siglo sin mencionar al nazismo (porque no nos gusta). La prueba de que tales versiones falsifican la historia está en las memorias y biografías de los contemporáneos (como, por ejemplo, *Promediando los cuarenta*, de José Luis Imaz, *Diario de un joven católico*, de Albino Gómez, *Los Dientes del Perro* de Elbio Botana, etc...). Allí se ve cuán grande es el espacio que ocupa el nacionalismo en el horizonte político y cultural de entonces, fuera uno simpatizante o no. Es lo que han intentado destacar los extranjeros como Potash, Rouquié, Rock o Zanatta.

La actitud militante que los «Cursos» asumieron contribuyó a renovar el panorama ideológico argentino...

Fue en esos años y en ese lugar que comenzó a difundirse la noción de «patria católica» y a revalorizarse la hispanidad como fundamento de la identidad nacional argentina. (*)

Porque, claro, el empuje les venía también de la originalidad y desempaque de esa generación. Así, por lo menos, lo recuerda Benítez:

Fueron años revueltos aquellos. Se tundió a Sarmiento, se desagravió a Rosas, se contempló a Picasso, se escuchó a Debussy, se leyó a Lubick Milosz, se exaltó a Mallarmé, se admiró a Cézanne, se anatematizó a Wagner, se repudió a Chateaubriand. El teatro se pirandelizó, la música se stravinskyzó, la lírica se bodelerizó, y se macaneó a más y mejor... Se aprendió inglés en Kipling, mística en Garrigou, estética en Proust, iconoclasia en Boca Juniors. A los padres se les llamó piadosamente *viejos*. Belgrano fue el barrio del amor. San Nicolás, el templo de la misa de doce. La Cripta del Santo Cristo, el arsenal de la Liturgia. Y la salvación económica un puesto de auxiliar cuarto en la Biblioteca Nacional. Se hicieron por ende algunas cosas buenas, algunas malas y muchísimas bobaliconadas... (*)

Ruidosos años '20 donde los católicos comienzan un trabajo periodístico, literario y académico en el mundo entero: Chesterton y Belloc en Inglaterra, Bloy y Maritain en Francia, Gálvez y Martínez Zuviría en la Argentina (y es importante recordar que los más notables eran laicos, no clérigos).

Pero el clérigo que nos importa, de esto aún sabe poco, precisamente porque vive «en la silenciosa ciudad de los libros». Es el subtítulo de una de las primeras poesías que publicó allá por el '24.

*En la silenciosa ciudad de los muertos
vivos; de los muertos ilustres que en libros
dejaros sus mentes selectas, sus almas,
dejaron la parte mejor de sí mismos.
¡Es una manía; pero hay tantas! Luego
yo, sacando a queste, no tengo otro vicio.*

Castellani bautizó sus versos con el título de «Bibliofilia», aclarando abajo que se trata de «Rima prosaica» (no sé cuándo hará otra cosa).

*Pero como todos hablan de política,
del crimen de ahora, de Zanni o de Firpo,
de (como ellos dicen): «las cosas que pasan»*

*y está muy bien dicho;
yo, después de oírlos y enterarme un poco
pues no soy misántropo ni esquivo,
me vuelvo con mi hondo bagaje de ensueños
a la silenciosa ciudad de los libros,
a mirar «las cosas que no pasan»; esas
graves, dulces santas ideas, que dijo
Platón de Megara; y a buscar si encuentro
la Verdad, un trozo de Verdad, un nimbo,
una chispa, un lampo de esa no creada
lumbre, que es Dios mismo. (*)*

Ya lo sabíamos, Castellani tiene vocación libresca, pero bien hace en aclarar que no se desconecta enteramente de la realidad cotidiana: su vida entera se esforzará en explicar «lo que pasa» a la luz de lo que «lo que no pasa», oficio antiguo, genial, de ver cómo se entrevera entre las contingencias del mundo un Dios escondido que hace de las suyas. (*)

Años después, tal manera de verlo todo a una, le acarrearía la necesidad de explicarse:

Preguntará alguno por qué leo libros políticos y escribo en un diario político, si por ventura eso es necesario para bautizar o confesar. A mí en Roma me han dado un título de maestro. Yo no soy divulgador de fórmulas remanidas, yo soy un doctor en Teología, o sea un hombre que debe ver la Teología en la realidad y no sólo en los libros –si quiere salvar su alma–.

Si así es el juego, si tiene razón Castellani, entonces, ¡sí que se salvó!

Y hay algo peor. A causa de la obsesiva imagen de un hombre maniatado y vestido de blanco, de pie frente a un Procurador de Judea, me enternece todo hombre que por decir la verdad marche preso. ()*

No, Castellani leyó como pocos, se sumergió en «la silenciosa ciudad de los libros» pero sólo para, desde allí, desde la torre del saber acumulado por nuestros mayores, contemplar el cosmos y lo que allí sucede y dar su parecer, arrojar un poco de luz, guiando y sosteniendo a los buenos, repeliendo a los malos, mostrando errores y extravíos y destacando las verdades ocultas entre tanto bullicio.

Sí, él era taciturno, siempre lo fue; vivía, lo repito, en una ciudadela de silencio y saber. Pero su saber jamás fue abstracto o descarnado, y su estilo literario lo refleja a cada paso.

La prueba de esto, entre miles, está en advertir hasta qué punto vinculó sus tormentas, sus noches de insomnio, sus sufrimientos morales con su devoción a la Santísima Virgen.

En 1923 escribió un boceto de poesía que comienza con estos versos:

*Y aunque fuese peor; aunque mis culpas
fuesen tan escarlatas como sangre
o como negras noches; y aunque hubieras...
No obstante y a pesar de todo
y sobre todo; tu inclinarás tu cielo sobre el lodo
si yo te grito, Madre, Madre, Madre;
tu tenderás solícita tus brazos...
–Virgen, María Inmaculada, Reina
¿es posible nomás que tú me ames*

que me puedas amar?
Mi alma tan doliente como esos
niños enfermos de los hospitales
de grandes ojos tristes, (resignados) de pupilas
húmedas como flor; de manos grandes,
transparentes... que sufren inocentes
y casi nunca (¡pobres!) tienen madre
¿Y yo te tengo a ti?
¿Mi alma la tiene en ti?

Se podría decir, tal vez, que a la derecha, los pedantes librescos eran sus más naturales enemigos. Claro que eso no quitaba de lado a los de su izquierda, pues siempre lo acecharon los torpes y romos activistas, «píos y briosos realizadores».

¿Recuerdan sus quejas al P. Llusá?

Yo nunca podré escribir como Pereda, yo nunca podré saber como Menéndez Pelayo, yo no puedo ser como San Ignacio, yo no podré trabajar como el P. Tarín. Yo no podré hacer clase así, yo no puedo ser como el P. Sauras, yo no puedo ser como el P. Codina, yo no puedo ser como el Hno. Suárez Bermúdez...

Sí, bueno, pero siempre podrá ser Castellani.

*

A mi modo de ver, el signo sensible más elocuente de que Castellani nunca se volvió loco y que –más allá de las apariencias– conservó una inmensa sensatez hasta el fin, surge de la compulsión de sus escritos, divididos en dos: los que destinó a ser publicados y los que no. Esa «ratio» castellaniana que distinguía cuidadosamente entre lo «publicable» y lo que no, parece mostrar a las claras una cordura, un tino y un realismo que aleja el fantasma de la locura al último rincón. Sobre todo si se tiene en cuenta que quiso publicar más o menos la mitad de sus escritos. Cuando uno lee sus papeles privados, se siente inmerso en un mundo de tinieblas, de pesadillas, de tormentas y conoce entonces a Castellani el maldito. Pero cuando vuelve a sus libros y artículos, redescubre la luz, el humor, el sentido común y la inmensa alegría de pelear por la Verdad. A mí me pasa que cuando leo sus diarios, termino preguntándome para qué diablos quiero escribir una biografía de un tipo tan atormentado... Cuando releo alguno de sus libros, me vuelve el entusiasmo, las ganas de divulgarlos a los cuatro vientos. Lo cual no quiere

decir que no me haya metido en camisa de once varas. Me queda grande. Esta biografía me sobra por todas partes. Castellani me queda grande. Su enfermedad, su cruz, el misterio de su largo calvario me achica, me anonada, me ahoga... tengo ganas de dejar este libro y de huir chillando... «Éste se cree otro Castellani». Ja. Eso sí que no. Nunca. Pero ahora, después de bucear un poco entre psiquiatras y filósofos, moralistas y demonólogos, después de consultar a psicólogos, amigos y eruditos... me siento más enano que nunca. Quería explicarle al lector lo que le pasa a Castellani y ni siquiera puedo explicar lo que me pasa a mí, metido en este bailongo. Sólo saben de esto los que han sufrido dende veras, Wilde en la cárcel de Reading, Lewis ante la muerte de Joy Davidman, Castellani tras sesenta años de insomnio. ¿Qué sé yo? El libro de la Sabiduría se pregunta qué sabe el que no ha sufrido. ¿Qué, en efecto? Y casi querría poder decir de mí otra cosa, insensato de mí. No. Prefiero lo de San Luis María Grignon de Montfort: no busques cruces de intento. Ahora, esto de ponerse a escribir la vida de Castellani, ¿no será, válgame Dios y justamente, un caso de eso?

Capítulo X

MORO

Villa Devoto - El Salvador

1924-1928

*Lleno estoy de palabras,
me aprieta el espíritu en mi interior.*

Job 34:3

Después de algún esfuerzo obtuve una foto de la época: en efecto, hay una, típica, del plantel de profesores del Colegio del Salvador que fue publicada en el n° 1 de su revista, allá por 1926. Allí se lo ve a Castellani de pie, en la segunda fila, y, para quien lo conoce, su estampa resulta inconfundible. Con todo... éste, el de la foto que digo, es un Castellani algo diferente al que estamos acostumbrados; se lo ve pintón, con buena salud y muy buen porte. Y se lo adivina, mirá vos, contento: se nos antoja por el minúsculo pliegue que asoma en las comisuras de sus labios.

A la foto que digo, le hice de todo. Le saqué fotocopias, la amplié, la reduje, la levanté con un «scanner», la retoqué..., en vano. No se puede mejorar mucho más allá de la reproducción que publicó la revista. En fin, a una ampliación que me salió un poco más nítida que las demás, la colgué aquí, en mi escritorio, para que me acompañe mientras esto escribo (por lo menos así no lo pierdo de vista).

Pues, verán: ocurre que a Lucas -un hijo mío que ahora tiene catorce años- se le ha dado por preguntarme de quién es esa foto y qué hace allí. Le expliqué y tuve una ocurrencia; él (por supuesto, como todos los de mi casa) tiembla ante el solo nombre del cura, pero de todos modos le pedí que adivinara algo sobre este joven seminarista con pelo cortado al rape que mira hacia su izquierda (mientras el resto de los retratados tienen la vista hacia la derecha). Fui anotando lo que dijo.

En primer lugar me observó que es un tipo «serio». A mis preguntas, me dijo que lo deducía porque le parecía alguien «muy callado».

Correcto. Supongo que saca lo de «serio» por las grandes cejas que separan claramente su frente del resto de la cara. Lo de «muy callado» ha de ser por los labios que dibujan una línea recta.

Pero luego salió con que daba la impresión de ser «muy macho». ¿Qué querría decir con eso? Como todos sabemos, un joven de catorce no tiene demasiada paciencia con las palabras, con los conceptos, ni las ideas. Y menos, ahora, a fines del s. XX (a esta generación no le gusta hacer «zapping» con los sinónimos). Pero, bueno, yo no se lo iba a dejar pasar así nomás.

-¿Muy «macho»? ¿Qué querés decir con eso? ¿Patotero?

-No, no, no es eso.

-¿Fuerte, resistente, aguantador, paciente?

-Sí, algo así, pero no sé...

-¿Entonces, qué? Ponéme un ejemplo de algo que hace... o una situación en la que se pone de manifiesto esto de ser «muy

macho».

-Y bueno... esteee... supongamos que a una señora se le muere un hijo y nadie se anima a decírselo. Un tipo «muy macho» se lo diría... no tiene miedo de decírselo...

No está mal.

Es cierto que, mirando bien la foto, Castellani aparece como con un aire realista (¿o real?), tiene una manera de sostener la cabeza, un cierto porte, una especie de simetría entre los ojos y la frente que sugiere una machaza rectitud... Pero Lucas no había terminado. Yo, callado, lo dejaba hacer. Agregó luego que le parecía «bastante» inteligente. Al fin, después de pensar un poco más, me dijo que le parecía que Castellani no tenía muchos amigos.

-¿Por qué?

-Porque tiene una forma de pensar distinta a los demás...

En verdad que sí, Lucas. Aunque algunos (pocos) amigos tiene. Es en esta época que conoce e intima con el P. Emiliano Suárez, un cordobés, profesor en el Colegio, como él. Serán amigos y mantendrán sostenida correspondencia durante varias décadas.

Pero volvamos al año '23 donde lo dejamos, instalado en el Seminario de Villa Devoto. Con el asunto de que el Dr. Murguía le ha suspendido los estudios, uno se pregunta qué hace entonces de su vida. Y bien, en sus cartas menciona frecuentes paseos a pie a la Iglesia de Lourdes, entre otras cosas porque le ha hecho una promesa a la Virgen a cambio de la salud del P. Codina que anda con erisipela. Además, ha escrito -en un francés exquisito- al Carmelo de Lisieux solicitando le envíen una reliquia de Santa Teresita. La reliquia llega tarde, pues el P. Codina, contra todos los pronósticos, se ha restablecido. De todas maneras, agradece el envío con una carta de fina cortesía.

Je suis très obligé a vous, R. Mére et je souhaite vous le montrer tôt avec des oeuvres plutôt que des mots... ⁽⁶⁾

Res, non verba, ¿eh? ¿Y qué obras? Por de pronto, las de misericordia. En efecto, como se ve por la poesía a la Virgen y por muchísimas referencias en los siguientes veinte años, quedará muy impresionado por las visitas que hace a los enfermos de un hospital. En particular, le calarán muy hondo los inocentes y sufrientes ojos de tanto chico que aparecerán como tema de fondo en muchas de sus reflexiones. (A mí me encantaría escribir un pequeño ensayo sobre Castellani y los chicos, pero no cabe aquí. Siempre le gustaron mucho, y si muchas veces se dijo de él que era como un niño, no siempre se le enrostró eso como una acusación de ser un «enfant terrible»). ⁽⁷⁾

También aprenderá un poco de apicultura pues los jesuitas querían formarlo en algún oficio manual; de allí que en este período de su vida, Castellani hará frecuentes referencias a las abejas y sus muy particulares modos.

Por lo demás, sigue de cerca a sus hermanos. Carcho que busca afanosamente un puesto en algún hospital para poder financiar su estadía en Buenos Aires y sus estudios. Castellani le escribirá a medio mundo pidiendo por él. Después de penosas y largas gestiones, lo obtendrá.

También, y por razones que no puedo dilucidar, en este tiempo a su hermano menor, Arnaldo, que también era alumno del Inmaculada de Santa Fe, lo han echado del colegio en medio de un gran escándalo. Arnaldo convenció a su familia de que era inocente de los cargos que se le hacían y Castellani tiene que mediar entre sus dos familias (la Compañía y los suyos). A Marzal le cuenta que su madre quedó muy afligida por el asunto y que su hermana, Muñeca, atacó duramente a las autoridades del colegio.

Castellani los disculpa con palabras que hoy nos hacen sonreír:

Los pobres no tienen una fe heroica en los jesuitas, como yo.

(Una de las grandes diferencias entre Castellani y Benítez, según este último, es que Castellani siempre tuvo enorme devoción por la Compañía. Con un alzarse los hombros, Benítez me dijo, con una sonrisa algo irónica: «En cambio, yo...»).

Hay, con todo, en la misma carta a Marzal, algo de la más pura cepa castellaniana, una afirmación que constituye una de las claves de su personalidad:

Quiero decir estas cosas, aunque me avergüence, porque es peor que se me pudran dentro. ^(x)

Como fuere, llegada la primavera del '23, Castellani se siente mejor y da cuenta de su real vida y vocación:

Mi largo ayuno de Filosofía no me desconsuela con todo, tanto porque no he perdido del todo el tiempo: escribo a máquina con los diez dedos y «al tacto», he leído muchas cosas de literatura que algún día había de leer, anotándolas diligentemente (porque he arreglado también mi sistema de notas y hecho el propósito de leer menos y anotar más que es más fructuoso), he preleído el Dante y leído a Milton y he escrito muchos sonetos, muchas poesías, tres cuentos y hasta una comedia me da tentación de escribir en vacaciones, ver «quid in eo genere possim», puesto que según Menéndez y Pelayo el crítico literario debe probar todos los géneros, para palpar las dificultades de la técnica.

Estoy convencido que para saber escribir hay que escribir toda la vida...

Tanto para la cuestión del método de trabajo: lecturas de grandes clásicos en su lengua original, un sistema de notas que le permitirá asentar su inteligencia de cada cosa, escribir mucho, probando todos los géneros.

¡Viera los ensueños que tengo! Porque mis ilusiones que parecían agostadas para siempre empiezan a reverdecer tímidamente, como el anuncio de la Primavera.

Primero santo y después formarme; o mejor dicho, las dos cosas a la vez, como quiere la Compañía. Veo unos campos tan grandes, tanto me falta por saber, aprender, leer... que a veces me dan ímpetus de lanzarme a todo galope hacia los horizontes infinitos.

Pero... sin embargo, no teniendo ni mucho tiempo, ni demasiado talento, ni fuerzas sobrantes, me queda una cosa: la constancia.

¿Constancia?

Yo perseguiré esos ideales A.M.D.G. con una tenacidad sorda, paciente e implacable, como venganza de criollo, con una obstinación empedernida, con el «nulla dies sine linea» en una mano y la confianza en Dios en la otra. Y así sacaremos algo, queriendo Dios. ^(x)

Lo va a necesitar. ¿Qué cosa? Nada, todo eso: tenacidad sorda, obstinación empedernida y confianza en Dios...

Porque, parece broma, pero quince años después de muerto, a Castellani lo siguen censurando.

Esta vez, porque a un epíscopo no le gustó una de las lecciones incluidas en su San Agustín y Nosotros. Allí Castellani compara los obispos que tiene ante la vista con los requisitos que pone el gran santo para que un obispo sea buen obispo. Adivinen quién sale perdiendo... (¡no, señor! El que sale perdiendo es Castellani).

En efecto, Monseñor Quarracino alentó durante su breve episcopado la difusión de la obra de Castellani, pero cuando vio este capítulo... lo censuró: que salga el libro, pero sin eso. En fin, un libro que, por ahora, no ha de ver la luz. Con todo, hay que tener un poco de paciencia, porque poco a poco, gracias a la «tenacidad sorda, paciente e implacable, como venganza de criollo» de algunos

amigos, van saliendo, no crean.

Cada muerte de obispo.

Cuando lo fui a ver a Benítez, tuve que pasar por una suerte de examen previo: él quería estar seguro de qué tipo de persona era yo y cuánto sabía. Me pidió entonces que demostrara que yo entendía el «caso Castellani» y yo, obligado a probarlo para sonsacar al viejo carcamán, no tuve más remedio que largar ahí nomás algunas de las razones que concurrieron a que se armara el gran embrollo.

No necesariamente en orden de importancia, ni cronológicas, ni nada, me salieron éstas:

- Castellani irritó sobremanera a sus superiores con sus cartas provinciales en donde denuncia los males de la Compañía y observa las deficiencias en cuanto a la inteligencia y observancia de los votos de pobreza, obediencia y castidad (de paso pulverizó a unos cuantos de sus colegas).
- Nunca dejó de señalar que debían fomentarse los estudios más que las obras exteriores.
- Se malquistó con muchos debido a sus ásperas recriminaciones a quienes daban ejemplo de fariseísmo a su alrededor.
- Se granjeó la enemistad de los aliadófilos y liberales con sus incursiones en política (particularmente por haberse candidateado a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista).
- En general caía mal por sus curiosos hábitos, excéntrica personalidad y (así somos los hombres) raro talento.
- Tuvo sus trifulcas con algunos de sus pares debido a su adhesión a cierto «milenarismo».
- Ciertamente que no le ayudó a mejorar su situación en la Compañía (ni entre las beatas y beatones que pululaban por doquier) las libertades que se tomaba al hablar de sexo, o tratar con mujeres o encarar la cuestión del celibato.

Pero hay más. También se creó especial encono de parte de sus superiores inmediatos al denunciar esas falencias ante la comunidad («dic ecclesiae») y -sobre todo- al ocurrir ante sus superiores mediatos para que remedien la cosa. Agréguese que no todos entendían ni apreciaban su sentido del humor, en particular el prosopopéyico Monseñor Copello, el majestuoso P. Isern (Castellani lo apodó «la Iglesia Católica»), el filisteo Travi, el crematístico Moglia, el cauteloso Rinsche. No, seguramente que muchas de sus pullas no le caían del todo al ingenuo P. Furlong, al tenso P. Castillejo.

Y no sé si el mismo Parola entendería del todo su humor...

Y, *par dessus le marché*, la irritante cuestión de la censura. [\(x\)](#)

Pero aquí conviene anotar que Castellani comenzó a tener problemas con sus censores *ab initio*. Ya en 1923, en ocasión de haber remitido unos sonetos a *Nuestra Revista*, el P. Lérida S.J. se los devolvió para que los corrigiera. Ignoramos en qué consistía esa particular censura, pero po-demos dar por descontado que no sería por cuestiones de fe o de moral.

Puesto pluma en mano frente de los famosos sonetos... no sé corregirlos, ni se me ocurre cómo; al revés, me causa muchísima gracia

pensar en corregirlos, si no es haciéndolos de nuevo. Yo no tengo eso que algunos tienen, poder hacer poesías a voluntad [...]. Es una lástima, porque podría aprovecharlos [los versos] para la gloria de Dios, si pudiera hacer poesías a receta y para cualquier gusto. Pero no tengo eso. ^(x)

Nadie tiene «eso» y Castellani desde ya que lo sabe. Muy delicadamente le está señalando al P. Lérída que la poesía no es cuestión de soplar y hacer botellas, cosa que el buen clérigo (¡típico!) no parece creer del todo. ^(x)

Es así que estamos viendo el primer ejemplo de una larga historia en que las cosas se repiten más o menos de la misma manera: el censor censura a Castellani -y Castellani censura a su censor.

Esto, y un poco de «*esprit de l'escalier*» y la cosa se va a poner cada vez más brava. En una de sus famosas «cartas provinciales» -de la década del '40- Castellani hizo una síntesis de una larga guerra (que continuaría por algunos años más).

Conservo en un álbum preciosamente coleccionadas las «censuras» que merecí a mis hermanos en mis tiempos de escritor, actividad a la que acabo de renunciar al menos temporariamente por dificultades de salud y de toda clase; pero que ha constituido durante diez años para mí una preciosa experiencia.

En esas ciento y pico de censuras de mi Madre la Compañía es donde leo yo como en un aviso luminoso la tesis que senté arriba de que desfallece entre nosotros la caridad, que se llama concordia, y la justicia que se llama derecho, por falta de trabajo común; y que en consecuencia se disuelve la convivencia.

En efecto, en esas 153 censuras hay un 45% que son negativas, es decir, que rechazan rotundamente y sin dar razones mi trabajo como inútil; y hay 10% de censuras que lo hacen en forma hiriente u ofensiva, a veces con una guaranguería absoluta. ¿Será posible (pregunto yo) que un hombre que es escritor desde que nació, que fue elegido luego por la Compañía para eso, que fue preparado con larguísimos y costosísimos estudios en los cuales tuvo éxito, que fue doctorado por las Facultades más acreditadas del mundo, se equivoque cincuenta veces de cada cien -una vez de cada dos veces que escribe- y se equivoque de tal forma que su escrito no se pueda arreglar ni corregir, sino que deba ser simplemente destruido?

Si este hombre desacierta en tal forma, es un caso de absoluto fracaso. Y si la Compañía con tanto trabajo produce casos tan monstruosos, es un fra-caso ella misma -digamos *per reductionem ad absurdum*- y debería disolverse como un estorbo y una ruina, porque está hediendo en el mundo. ^(x)

Lenguaje fuerte, ¿no? Bueno, sirva este fragmento como muestra de una larga guerra entre Castellani y sus Superiores y que desembocará, como casi todas las guerras, en una tragedia. Pero entiéndase bien: la tragedia consiste en que la Compañía perderá a Castellani-escritor-jesuita... para siempre.

Sí, esta desgraciada historia -repetida una y otra vez- ilustra, me parece, el caso de una Iglesia a la defensiva que desde la invención de la im-prenta intenta acotar la divulgación de errores, herejías y doctrinas que afectan a la fe y las costumbres con un sistema de censuras más y más ajustado... y más y más ridículo (finalmente el sistema todo cayó en literal desuetudo como se verá por este libro que yo, por lo menos, no pien-so ni por un momento dejar a merced de censores ignorantes, heterodoxos, o, más sencillamente, bobalicones). ^(x)

De modo que ahí tienen ustedes: Castellani no fue, ni con mucho, la única víctima de este sistema (la diferencia está en que en otros países hay opinión pública que sirve de moderadora de los abusos eclesiásticos. Aquí no.)

Pero volvamos a lo nuestro. Porque es de saber que ha pasado las vacaciones del '23-'24 en Mar del Plata y que, a su regreso, aprobó su examen de Tercer Año de Filosofía. Sus compañeros lo han aventajado ya que el Dr. Murguía le suspendió los estudios durante el año, y, por tanto, deberá rendir su examen «de Universa» con el que termina esta etapa de sus estudios, a fines de 1924. ^(x)

Eso le costó, no vayan a creer. Años después, durante su estadía en París, habiendo conocido a Marechal, Maritain, Bréhier y otros grandes maestros, confiesa que

Me quiero casar con la Filosofía.

Cuando yo estudiaba Filosofía creía que no me gustaba Ella, porque cándidamente creía que eso que nos enseñaba Buil y Ferragud era Filosofía. Mucha ciencia acerca a Dios, poca ciencia aleja a la Diosa. En Santa Fe y en Villa Devoto me enseñaron una especie de wolfismo triste (Wilmerz) disfrazado de tomismo escolástico.

En realidad ahora me parece ver que nunca la amé y [que] mis marchas forzadas por la Literatura no buscaban otra cosa que la sombra della. Ay-de-mí. ^(x)

Y bien, comenzado el año escolar, Castellani es designado profesor en el Colegio del Salvador donde se desempeñó sucesivamente como profesor de Castellano, Italiano, Historia Contemporánea e Historia Uni-versal, materias que dictó entre los años '24 y '27 para los últimos años de Bachillerato. En efecto, los jesuitas tienen la costumbre de incluir en la formación de sus seminaristas, un período de dos o tres años en el cual se dedican a enseñar en un Bachillerato.

Se los conoce como «maestrillos».

Es una especie de interrupción de los estudios tan pesados como son la filosofía y la teología. Y, además, como una especie de prueba. ^(x)

Para saber como salió de la prueba, hoy mismo he conversado con Marcelo Sánchez Sorondo, uno de sus alumnos de aquel entonces:

Fue profesor mío de Historia Antigua y Castellano. Era muy notable; se singularizaba como ninguno. No recuerdo haber tenido otro como él: era un verdadero maestro y su enseñanza era muy viva... no se ceñía al programa ni a los textos, sino que nos ampliaba los horizontes.

Lo recuerdo muy flaco, pelo cortado al rape, canoso, totalmente blanco. No se le notaba el ojo de vidrio, aunque nosotros lo sabíamos, claro. Se paseaba por el aula muy nervioso, y se enojaba con facilidad. Su voz subía de tono y luego bajaba, con ese modo que siempre tuvo...

No cuesta demasiado trabajo imaginar a este maestro tan singular. Mi padre también aportó un buen testimonio de eso:

Me acuerdo bien que hablando con mi novia de entonces... [¡salute, mi vieja!] le previne de que el Padre era un poco excéntrico y que tal vez le chocara. Para mis adentros yo tenía un poco de respeto humano porque me parecía que no podía presentarlo como un gran profesor por tener esa modalidad.

Ella acababa de llegar de Cambridge en cuya universidad se graduara y después de la primera conferencia me respondió: «El P. Castellani me recuerda mucho más a los buenos profesores que tuve allá que esos profesores pomposos que son tan comunes aquí». Y es cierto, la falta de convencionalidad es una buena cualidad de los docentes universitarios ingleses -como lo pude comprobar después teniéndolos como maestros y como colegas en Londres- que se caracterizan por tener una soltura de espíritu no muy fácil de hallar entre nosotros. ^(x)

Mi padre conoció eso en Europa, pero Castellani tenía esa espontaneidad, esa falta de acartonamiento, desde el vamos: él era sencillamente así, tenía una libertad interior que lo libertaba de cualquier atadura solemne o convencional, como que su saber y su entusiasmo por la verdad lo desbordaban por los cuatro costados.

Por esta razón, se hizo de muchos enemigos, como cuando dijo que en la Argentina para ser personaje no basta con ser imbécil, además hay que ser solemne. Esa frescura, esa inspiración desatada le brotaba a él como torrente encajonado.

Cuando fui profesor «secundario» de italiano (si me es lícito un recuerdo personal), tenía obligación de enseñar precisamente la

Gramática de Zambaldi. La tal Gramática era muy inconveniente y yo la aborrecía; no recuerdo cómo era la cosa, pero el caso es que debía enseñarla (intentar enseñarla) lo mismo. Yo salía a la calle con mis alumnos, sofocados todos de la tortura inútil, y comprábamos un diario completamente libre, que no tenía obligación de enseñar la Gramática de Zambaldi, ni de saber gramática, el cual nos enseñaba que Sacco y Vanzetti eran dos héroes, y que Mussolini había asesinado a Matteotti y que San Ignacio de Loyola había fundado la Inquisición... aquel plumífero tenía potestad jurídica para enseñar todo eso ¡y otras cosas! junto con un agente de policía detrás de la puerta para impedir que algún damnificado lo atropellase cualquier día... ^(x)

No. Castellani no es un docente convencional, pero también comienza durante este período una larguísima reflexión, que durará hasta su muerte, acerca de la educación en la Argentina. ^(x) Además, cumplía con gran esfuerzo y escrúpulo con su tarea docente. De esto dan testimonio algunas de las notas que hacía al preparar sus clases, 16 y su agudísima crítica del bachillerato argentino:

Para que el muchacho argentino llegue a dominar su Cervantes, su Martín Fierro y su Fray Luis de León, como el bachiller inglés su Platón y su Shakespeare o el ítalo-bachiller su Virgilio y su Dante, sería forzoso otro bachillerato. Para que no lo llegue a dominar ni a roturarlo siquiera, no vale la pena desflorarlos; porque no hay cosa más inútil en pedagogía, como decía mi tío el cura, que una cosa a medio-hacer. Ni en pedagogía ni en nada.

Yo lo he probado por gusto de hacer la prueba en los tiempos que enseñaba literatura y era literato. Di a laborar a una de mis dos secciones el Lazarillo de Tormes y La Estrella de Sevilla y me maté durante un año por hacer desentrañar a mi simpática grey (porque hay que ver que el muchacho argentino tiene beca y se podría sacar de él grandes cosas) los tesoros de cultura y humanismo allí dentro celados. Di a otra de mis secciones, más floja, simplemente una sinopsis de Preceptiva y un resumen «tout fait» de los argumentos de los capolavoro que pedía el programa. Más o menos así:

«El Lazarillo de Tormes es una de las primeras novelas picarescas y una de las maestras del género. Picaresca no significa novelas desas “científicas” y “freudíficas” que os venden en los kioscos de Buenos Aires, sino simplemente una novela cuyo protagonista es pícaro. Pícaro no significa capo de comité o alguno que sepa vivir sin trabajar, sino simplemente un aventurero. Son una especie de novelas autobiográficas, satíricas, y de aventuras a la vez, una de las fórmulas más lindas que ha dado la poesía. El argumento desta es el siguiente: Lazarillo de Tormes es lazarillo de un ciego, etc...»

Estas 50 líneas bien machacadas durante el año y algunas páginas del autor leídas a última hora, era el bagaje literario de la 2a. sección, junto con la famosa e inútil «Preceptiva». Resultados de los exámenes:

2a. sección: éxito brillante.

1a. sección: éxito mediocre.

¿Los examinadores eran injustos o torpes? ¡Por Dios!.. Lo que sucedió es que la sección n. 2 se presentó a examen con un trabajo hecho y la sección

n. 1 con un trabajo a medio hacer. ^(x)

Y todo a media luz.

Contra esa mediocridad Castellani luchó toda su vida, además de empeñar todas sus facultades críticas en tratar de diagnosticar los males y remediarlos en la medida de lo posible.

¿Conciben ustedes que pueda educar a sus alumnos un profesor de Castellano, Mineralogía o Geometría que en 40 minutos de tiempo irrumpe en una clase de 49 alumnos, pregunta presuradamente la lección del día, increpa a los que hablan o están distraídos, da la lección siguiente y se marcha apresuradamente a otra “aula” seguido en rápida sucesión por otros 5 profesores que hacen lo mismo?

Esa es mi experiencia de profesor de Castellano, Historia, Italiano y Preceptiva Literaria en el Colegio del Salvador 1924-1928; que, sin embargo, dicen que es uno de los mejores. ^(x)

Años después, Roque Raúl Aragón fue alumno suyo y podía dar testimonio de sus clases.

Nosotros, en la época en que iba yo al colegio secundario, teníamos un catecismo un poco timorato, un poco lateral, un poco relegado a las cuestiones religiosas o morales. Las lecturas sobre la conducta o sobre temas estrictamente religiosos, sobre la verdad, sobre la castidad, eran lo que distinguían nuestra actividad religiosa. Y apareció en nuestras vidas este hombre.

Irrumpió incorporándonos con nuestro catolicismo a cuestras, a toda la vida de la Nación. Esa fue la impresión deslumbrante que sentimos. Hablaba con un lenguaje corriente de las cosas que generalmente obligan a engolar el lenguaje, a bajar los ojos, a adoptar actitudes piadosas.

El llevó la Religión a la vida, la metió en la vida, la metió en la política, en la vida diaria, en las discusiones de todos los días, en los personajes que todos conocíamos y veíamos y no sabíamos cómo tratar. Nos enseñó a ver la vida desde la Religión, no dejarla a la Religión aparte para sostenernos en ella en ciertas circunstancias, sino para transformar las cosas, la experiencia, la vida de todos, la política... y hasta sentíamos una sensación de la superioridad que da el catolicismo por pertenecer a los dueños del mundo, a los herederos de Cristo, a los que llevan la verdad y la luz por su misma naturaleza de cristianos. ^(x)

Claro, Aragón no lo tuvo de profesor en el período que estamos viendo (sino años después), pero podemos dar por descontado que algo de eso ya asomaba por entonces: Castellani es un «maestrillo» fuera de lo común por la inteligencia y persistencia con que reflexiona sobre los asuntos que le plantea su menester docente. Por no hablar de su precoz erudición. ^(x)

Pero es necesario aquí un excursus. Sucede que en 1924 le ha ocurrido una de esas cosas de apariencia insignificante que cambia la vida de las personas para siempre: en clase de Historia un alumno le hizo una pregunta tremenda y Castellani no pudo dejar de pensar en la respuesta.

En realidad, la respuesta a esta pregunta fue la médula de su reflexión hasta el fin de sus días. Años después recordó el asunto en su imaginaria biografía de Benjamín Benavides:

Tenía 24 años y enseñaba historia contemporánea...

Explicaba un día la guerra de los Chuanes, la sublevación de la Vendée contra la Revolución Francesa. Me exaltaba y hacía elocuencia con la sublimidad de esa revuelta de honrados campesinos que defendían su hogar, su fe y su rey, con la imagen del Corazón de Cristo sobre el pecho y en sus banderas: la santidad del buen Cathelineau, el hidalgo honor del señor de Bonchamps, la gallardía caballeresca de La Roche-Jacquelin y los otros jefes. Fue una guerra católica más pura que las Cruzadas, más necesaria que la empresa de Simón de Montfort, contra la sedición parisina regicida y atea. Y fueron derrotados y aplastados como chinches por el genio militar de un teniente de artillería inmensamente ambicioso, un corso petizo y regordete llamado Buonaparte; el cual les aplicó tranquilamente la guerra de exterminio y los engañó como a chinos con un tratado maquiavélico...

En la clase reinaba un silencio profundo, el corazón de los jóvenes sangraba, yo me sentía elocuente... por primera vez en la vida.

Ahora... ahora le va a pasar esa cosa tremenda que le pasa a los grandes maestros: un estudiante perspicaz, montado sobre el saber de quien le enseña, le preguntará más allá, mucho más allá de su saber.

De repente un cadete levantó la mano (el más inteligente de la clase, hoy día hombre ilustre: si lo nombrara se asombraría usted) y preguntó con esa terrible y directa ingenuidad de los niños:

«¿Por qué fueron tan desdichados, si defendían la causa de Dios?».

Yo balbuceé que Dios no ha prometido a los suyos el triunfo en esta vida; que recordasen la Armada Invencible. Pero el muchacho respondió con ira: «Tampoco les ha prometido la derrota. Y actualmente la causa católica es “siempre” derrotada...»

Negué resueltamente ese adverbio siempre; pero salí preocupado y meditabundo. ^(x)

¿Siempre? ¿Siempre perdidosa la causa de la Cristiandad? ¿Qué diablos está pasando? Uno no puede dejar de pensar en el viejo dicho español:

«Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos;

que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos».

O también en aquello que decía Federico Mihura: las historias, aun las más horripilantes de la Edad Media, suelen terminar bien; en cambio las de la modernidad, aun las mejores, invariablemente terminan mal.

¿Siempre?

Hasta la Reforma venció siempre la Monarquía Cristiana; civilizó la Europa, sofrenó y convirtió a los bárbaros, aplastó las

herejías, contuvo al Islam, con su corona que se veía de todas partes y su arco que alcanzaba lejos; es decir el poder de sus armas expedicionarias, que a su misma América de usted llegaron y hasta los rincones del Asia y el Africa.

Después del empate de la Reforma comienza la Monarquía Cristiana a ser vencida en todas partes y el Imperio Español de los Austrias y el Sacro Imperio Romano Germánico se dividen y comienzan a disgregarse...

Triunfo militar de la Revolución Francesa, aplastamiento de la Vendée y del carlismo, la brecha de Porta Pía, la «paz» masónica de Versalles, el triunfo de la Revolución Rusa, predominio de las naciones protestantes y avance del socialismo y la apostasía en las naciones católicas... [\(x\)](#)

¡Diablos, con el «siempre»! Pero siempre se puede agregarle leña a este fuego. Pensemos que dentro de dos años sucedería el desgraciado episodio de la condena de «Acción Francesa». Por no hablar de lo ocurrido en estos últimos cincuenta años dentro de la Iglesia Católica: la restauración de los estudios tomistas aplastada por la maraña de ideas evolucionistas, hegelianas, telardianas o lo que fuere; la profundización de los estudios litúrgicos y el cuidadoso empeño que se puso en mejorar el culto, aplanado luego por la marea postconciliar con su horripilante estética desacralizadora. Y luego, lo ocurrido con el Concilio Vaticano II: más allá de la letra de sus documentos, no fue más que un enorme triunfo de la estupidez, la ramplonería, y la modernidad, ahora sí, instalada en el lugar donde no debe estar. Y la derrota consiguiente de los estudios serios, el culto en espíritu y verdad (sobre todo esto último que no se ve ni por las tapas. Ni se veía antes del todo tampoco, digamos la verdad).

Es largo el inventario de «derrotas»: el racionalismo bíblico prácticamente canonizado en las facultades e institutos dedicados a estos trascendentales estudios; la desacralización sistemática que abarca la arquitectura, el arte, el culto, la homilética, la espiritualidad y todo lo que rodea a la Santa Misa; la canonización del «dernier cri» en materia moral (ayer Kuhn, hoy Häring), en materia dogmática (Congar o Rahner, es igual) y la definitiva sepultura de la patrística, de Santo Tomás y San Agustín (de Aristóteles ni hablar, por supuesto), bajo infinidad de volúmenes, teorías y doctrinas heréticas, ramplonas o sencillamente imbéciles.

¿Derrotas? En el plano político, o morales, o religiosas, o bélicas, culturales, artísticas. Y se podría seguir con sus consecuencias en las costumbres, la masificación del pueblo, el olvido de las tradiciones locales, la tecnología estupidizante, la propaganda, el ruido, el tremendo ruido que todo lo invade, que nada respeta, que arrasa con toda reflexión, contemplación, poesía u oración...

Sí, cualquier cristiano del s. XX -si lo es dendeveras- no puede ser sino un perito, un especialista, un maestro en derrotas. Ese es su sino fatal, su cruz, su derrotero: incluso las poquísimas victorias de la Cristiandad terminan en este siglo con un gusto amargo, amarguísimo, como es el caso de la Guerra Civil Española, la revolución cristera en México, el gobierno de Salazar en Portugal o la intentona de García Moreno en Ecuador.

¿Siempre serán vencidos los cristianos?

Este raro mundo progresivamente descristianizado por el que pasa el cristiano de nuestro tiempo, este soportar como puede los fracasos y frustraciones de cuanta aventura intenta, de toda empresa más o menos bien inspirada, termina por metérsele en el alma, en el corazón, en el centro de sus devociones (y atención a los «triumfalistas» -que aún los hay-: no perseverarán sino los que acompañen las realidades de tanta derrota con un movimiento del alma parecido al de Castellani):

Yo elegí el ideal cristiano.

Hoy día comporta riesgos de muerte. Siempre los comportó. «Y decidí ponerme de parte de los astros», es decir, de los Santos.

Pobres santos de hoy que ya no son astros; son estrellas perdidas en medio de la tempestad de las tinieblas, que vertió la Quinta Fiala; que van como pueden, dando mugidos y topetazos de toros ciegos, aletazos al sesgo de águilas en la tormenta.

Los santos antiguos, fueron lucientes y luminosos; algunas veces milagrosamente fuertes: Bernardo de Claraval, que escribe como un igual a todos los señores feudales de Europa, y los levanta en mesnadas que arroja contra el Turco; Ignacio de Loyola, que organiza batallones espirituales para luchar contra la Reforma; Teresa de Jesús, que recorre España fundando «palomar citos de la Virgen», refugios de la penitencia y la contemplación, cenáculos de gozo doliente de la fe; Isidro Labrador, a quien un ángel le ara el campo cuando concurre a las manifestaciones peronistas; Vicente Ferrer, que hace temblar a los pecadores y corrige a media Europa con el anuncio del próximo Fin del Mundo, que después no se verificó; Francisco de Paula, que hace tiritar a Luis Onceno; Juana de Arco, que manda batallones, gana batallas y desafía llorando a la hoguera; Domingo de Guzmán, que inventó la que debajo de él solamente fue Santa Inquisición; el pobrecito de Asís, poeta llagado; Luis Gonzaga, tronchado lirio de caridad; Antonio de Padua, dotador de doncellas y milagrero jefe... La lista sería interminable. Esos santos de antes ya no hacen fe en el mundo. Es que ya no hay más tampoco, visiblemente al menos. Son historias, son imágenes de yeso, y son biografías untuosas en latín. O son vistas de cine, entre una «de cowboys» y otra «de amores». Delante de ellos, yo me quedo boquiabierto, pero no puedo hablar; no puedo hablar con ellos como hermanos. Pasan sobre mí envueltos en sus armaduras, hopalandas o aureolas. Si estoy triste no me consuelan, porque ellos no fueron tristes. Si estoy alegre no se congratulan, porque mi alegría de perro cansado no es el éxtasis de ellos. Ellos eran vigiles y madrugadores, y yo lo que quiero es dormir...

Así todos esos santos fuertes, no entenderían nada de mis impotencias; todos esos luminosos de mis oscuridades. ¡Cantad al Señor, hermano -me dirían. ¡Exultad en el Señor Dios fuerte, tañed la lira y la cítara y dad saltos de alegría como el recental al ver la ubre; porque grande es el Señor y abundosa su misericordia. Alegraos en el Señor siempre! ¡De nuevo os digo: alegraos! Un cuerno. [\(x\)](#)

Pero claro, eso que Castellani le escribe a Barletta en 1953, fue destilándose lentamente a lo largo de treinta años de estudios, de sufrimientos y precisamente, de derrotas.

No sé si el lector se acuerda de Nuchi a los seis años, perplejo ante una mala pasada que le jugó la Providencia con un pan dulce. Su respuesta entonces había sido más catecismo. También ahora, en 1924, ante el desolador panorama de cuatro o cinco siglos de batallas perdidas, su respuesta será más y más estudio.

En 1924 siendo profesor de historia contemporánea... empecé a estudiar formalmente las profecías parusíacas. Despertaron este sentido las insinuaciones del filósofo Jacques Maritain en sus primeros libros, acerca de la probable inminencia de los eventos parusíacos.

Este aserto concordaba con una idea insistente y amarga que surgía en mí de la consideración de la historia moderna; a saber que si la Iglesia Católica era verdadera, el mundo moderno andaba muy mal.

Me desazonaba en particular el ver que la Antiglesia organizada triunfaba aparentemente en la vida política universal, como si ya fuese el tiempo en que le será dado poder «para hacer guerra a los santos y vencerlos». [\(x\)](#)

De modo que estamos ante un hito en la vida de Castellani. Un alumno le pregunta en clase de Historia por qué diablos el cristianismo es vencido permanentemente en todos los frentes:

La percepción de este hecho inició mis meditaciones sobre las profecías parusíacas. [\(x\)](#)

Para dar respuesta a semejante cuestión se tiene que poner a estudiar más y más. No tiene más remedio que buscar la respuesta en los libros proféticos y comienza entonces un largo itinerario que culminará con sus estudios exegéticos sobre el Apocalipsis y los demás lugares en la Escritura donde se vaticinan los desastres que preceden el fin del tiempo.

Para eso, va a tener que estudiar mucho y, en primer lugar, separar la paja del trigo.

Me pareció que lo más serio que me llegó es el tomo dedicado al tema de Cornelio Alálide, último tomo del libro que escribí sobre la Escritura. Cuando yo era maestrillo en El Salvador sufrí una operación, y esa vez no pude ir a Mar del Plata donde habían ido todos los compañeros.

Me quedé en el cuarto y de la biblioteca de los maestrillos tomé esa obra de Cornelio Alálide y leí el Apocalipsis solamente. Entonces me quedó grabada la interpretación que daba sobre las visiones del apóstol San Juan y dicha interpretación la escribí en un libro que tenía, un Manual del cristiano. Anoté en el margen las interpretaciones y, después, seguí estudiándolo siempre. Leyendo el Apocalipsis,

rechazando algunas cosas y autores y aceptando otras hasta que me hice una idea más o menos clara de lo que es el Apocalipsis. ^(x)

En eso se le irá la vida, figurada y literalmente.

Hace ya mucho tiempo, cuando yo era muchacho, un gran escritor francés, Georges Goyan escribió un libro: «Las luchas actuales de la Iglesia».

Las luchas actuales de la Iglesia yo las conozco más que él sin jactancia, yo sé sobre la Iglesia actual cosas que no sabe hoy ningún nacido; sin jactancia y sin alegría... ^(x)

Eso, dicho al final de sus días, en 1975 (y para comprender qué quiere decir hay que leer a Castellani y discutirlo y reflexionar insistentemente durante muchos, muchos años; bien que con el paso del tiempo y el curso de los acontecimientos todo se va aclarando más y más).

Pero volvamos al Castellani veinteañero, maestrillo joven y entusiasta que recién comienza a escribir.

Porque no sólo intenta con poesías y profecías. Por estos años, se instaló «una buena mañana» en el «Patio de los Padres» del Colegio del Salvador, a escribir otra cosa, en un género enteramente distinto.

Se puso a escribir fábulas,

que son, según Aristóteles, lo más fácil de la literatura.

Agarro, pues, y me bajo con Iriarte, Samaniego, La Fontaine, Esopo, Fedro, Melgar y Joaquín González debajo del brazo, a ver si de ese modo hacía cosa buena, al minúsculo jardín que tengo, compuesto de cuatro palmeras, una parra, una hiedra, un magnolio y algunas rosas. ^(x)

Estamos a fines del año 1925 y Castellani ya había publicado una docena de cosas en Nuestra Revista que era el órgano de expresión de los cuatro colegios jesuitas de la Provincia. Pero en 1926 apareció la revista *El Salvador*.

Resulta que me nombraron escritor de la revista del Colegio... Entonces yo dije un día: ¿a ver si escribo fábulas con animales conocidos por mí? Fábulas argentinas, como en seguida dijeron. Y las empecé a escribir para dicha revista... ^(x)

Por esos años difícilmente hubiera escritor católico más reconocido que Hugo Wast -incluso por quienes tenían tirria anticlerical. Gustavo Martínez Zuviría se había consagrado con una veintena de novelas que se editaban y reeditaban en Buenos Aires y fuera del país. ^(x)

Era, por lo demás, ex-alumno del Colegio de la Inmaculada. Pero lo que a nosotros nos importa es que, ¡bingo!, se ha fijado en Castellani:

Mi hijo mayor, que es un colegial de once años, recibe una revista de su colegio, la cual se llama El Salvador...

De tiempo atrás venía observando la colaboración frecuente de un tal Jerónimo del Rey (Leonardo Castellani), bajo el título de Fábulas camperas, y con un subtítulo poco atrayente para mí que soy muy poco aficionado a la literatura docente...

Con esta aprensión he pasado tiempo viendo la firma y sin leer una coma. Hasta que un día, incitado por la brevedad de una fabulita que no llegaba a media página y que se llamaba Flaco y Barrigón, la leí; y enseguida otra, El zorzalito; y luego otra más, La tala, y fue para mí un deleite desde ese instante rebuscar en la colección de El Salvador todas las cosas firmadas por aquel ignoto Jerónimo del Rey.

Sus fábulas no se parecen a las de nadie; son cosa propia de él, mejor dicho, son cosa nuestra... Al escribir a vuelapluma esos cuadritos camperos, Jerónimo del Rey no se ha imaginado seguramente que acababa de crear un estilo en la prosa argentina... ³¹

Quizá tampoco se imaginaba entonces don Hugo Wast hasta qué punto daba en el clavo: «un estilo en

la prosa argentina» sintetiza a la perfección toda la producción literaria de Castellani.

Y es reflejo de una cosa muy profunda que sólo Roque Raúl Aragón sabría decir:

Era un argentino de primera generación, su madre también era argentina, su padre, no. Era italiano. Pero un italiano metido en el país. Se había comprado con su sangre la nacionalidad argentina, porque fue asesinado a causa de las discrepancias políticas en las que estaba metido. Además de eso, de ser hijo de un hombre que compra así su nacionalidad, Castellani nació en Reconquista, en Santa Fe.

La gente sabe que en un país de grandes afluencias inmigratorias, lo que nacionaliza es sobre todo el campo. No digo que el campo sea más que la ciudad, seguramente el campo no tiene la hondura política que tiene la ciudad. Los campesinos suelen ser muy patriotas pero muy ingenuos e incapaces de defender su patriotismo. Pero es cierto que el campo penetra, da formas nacionales.

Yo lo he visto en mi vida. Me acuerdo de haber ido un año a Puerto Madryn: ya habían dejado de ser galeses pero todavía no habían empezado a ser argentinos. Estaban en la mitad del camino. Ese mismo año, en otro viaje, estuve en Santiago del Estero. Y ahí, junto a un rancho sobre un patio de tierra vi bailar a un japonés una chacarera llevando un cuchillo en la cintura. El país se lo había tragado.

Castellani venía como un criollo de tierra adentro a Buenos Aires.³²

Y cuando escribe, eso se le nota. Es cierto que sus experiencias de tierra adentro pasan por el filtro de una pulida educación y de una cultura más bien cosmopolita, pero, aun así, el eco telúrico resuena por todas partes.

Ahora bien: Hugo Wast «descubre» a Castellani en 1927, pero Castellani lo conocía a él desde mucho antes. En efecto, cuatro años antes, el P. Sauras había llevado a Castellani a los «Cursos» donde Martínez Zuviría dictó una conferencia acerca de «La vocación artística». Castellani se lo contó en carta a su viejo maestro.

No habrá dicho cosas muy extraordinarias... pero tan bien dichas que su emoción y sinceridad, las cosas tan hermosas, nobles y altas, la aureola mágica con que los lectores (yo, al menos) rodeamos a nuestros autores favoritos, el estilo, el público y todo, me causaron verdaderamente emoción estética, y me entusiasmaron tanto que poco faltó al llegar a casa para que le escribiera yo una carta felicitándole y agradeciéndosela.³³

¿Carta a don Hugo Wast? ¡Acá está!

Estimado Dr.: Voy a cometer una ingenuidad. Porque voy a escribir a Vd. para felicitarlo y agradecerle la conferencia sobre la vocación artística que le oí ayer, sin conocerle. Pero al fin Vds. los que escriben y hablan se comunican al público, tienen correspondencia con nosotros, nos escriben y así nosotros, los lectores anónimos tenemos derecho a contestarles.

Y tenemos derecho a entusiasmarlos y a emocionarnos y a sentir en la mente como una luz nueva que nos revela nuevamente las cosas conocidas, y en el corazón un gozo nuevo y en la imaginación fuego y viveza y en todo el espíritu como una vibración armoniosa y elevadora.

¡Si nos habrá pasado a los lectores de Castellani! Sólo que, en una de esas por falta de coraje, no sabríamos decirlo como él...

Una íntima satisfacción, una especie de tesoro que lleva uno ufano consigo y quisiera partir con todo el mundo y que le insta a comunicarlo y a desahogarse ¡aunque sea cometiendo ingenuidades!

¿Ingenuidades? ¡Huijaaa!

¡Qué cosa más alta, pura y saneadora es eso que llaman emoción estética y que Vds. los artistas tienen la vocación de dar a las almas, que parece un vino suave y fuerte! ¡Y qué lástima no haber podido escribir esta carta cuando estaba yo en el hervor de su elocuencia fácil!

Aro, aro, aro... Pero, ahora sí; la carta toma otro giro.

Dije anoche que no lo conocía. Quiero decir, que no me conocerá Vd. Porque yo, declaro que desde que leí muchacho «Flor de

Durazno» que mi madre tenía, le conozco... Y después, en la Inmaculada de Santa Fe, la espiritual fiesta de leer «Fuente Sellada», el ver a Vd. en los actos, el oír al P. Marzal, hasta el hablarle una vez todo asustado... el...

El, el... ¿qué? Bien, la respuesta es simple: el fin del borrador. 34

De modo que Hugo Wast no tenía cómo recordar al muchacho que una vez se le acercó «todo asustado» después de un acto en el Colegio de Santa Fe. Y si Castellani no le mandó la carta cuyo borrador quedó inconcluso, se comprende la sorpresa del consagrado novelista cuando en 1927 se topa con las fábulas camperas en la revista *El Salvador*.

¿De dónde salió tanto saber de tierra adentro?

Las saqué de unas vacaciones que tuve en el Chaco santafesino. Las costumbres de los animales y todo eso que pongo ahí fueron tomados de unas vacaciones que yo tuve en el Chaco.³⁵

Se refiere, probablemente, a las que tuvo de chico, en Las Toscas, cuando no tenía más de nueve o diez años.

Aquello lo impactó sobremanera

según es la fuerza con que las recuerdo. Aquella naturaleza bravía y poderosa ha quedado impresa en mi memoria con un resabio de solemne pavor.³⁶

Nunca lo podría olvidar.

Me acuerdo perfectamente del día que fuimos al picanillar por un matorral tupidísimo de juncos o pajas bravas. Puede ser que fuesen juncos porque era costearlo el río.

¿Cuántos años hace de eso, alma mía? No se pueden contar ya con los dedos de mis manos, aunque tuviese yo tantos como los antepasados de Darwin. [\(x\)](#)

La pulla contra los evolucionistas en medio de un recuerdo juvenil trae, quieras que no, el tema de la enorme disparidad en estas fábulas –y en la obra toda de nuestro autor. Si es verdad lo que escribió Benítez, que Castellani es «género único», habrá que incluir necesariamente entre las notas distintivas de este «género» este ingrediente de lo desperejo que lo caracteriza.

Por caso, sus fábulas camperas están plagadas de referencias políticas más o menos humorísticas (como el colono que se llamaba Benedicto Mulosini) y de distinciones escolásticas que ningún chico (ni, para decirlo todo de una vez, la mayoría de sus lectores) podría entender. Originalmente concebidas para los alumnos secundarios del Colegio del Salvador, las fábulas contienen referencias a la obra de Schopenhauer, Aristóteles, Lessing, Voltaire y otros autores que ellos nunca podrían conocer. Eso a Castellani lo tiene sin cuidado; que el chico (y el grande) vaya tomando conciencia de su ignorancia porque eso puede funcionar como acicate propedéutico.

Pero no se trata solamente de referencias eruditas. Castellani siempre escribió con estilo nervioso, desperejo, con referencias cruzadas que desconciertan -y aun, escandalizan-; en cualquiera de sus escritos se despacha con súbitos golpes de timón, citas en lenguas extrañas, anécdotas y bromas que como relámpagos interceptan el tranquilo hilar de las ideas; en todas partes habla de todo: en una fábula para chicos es capaz de referirse al Derecho Canónico, en una novela policial se manda un excursus sobre la Parusía, en una homilía cuenta una broma y en un artículo político menta cosas que decía su abuela. Castellani no respetó, nunca, ni géneros, ni estilos, ni nada...

Es, sí señor, género único. Y resulta inigualable si tiene que defender eso también, como cuando le

criticaron su Evangelio.

Un críticón ha dicho que hay en este libro algunas cosas muy buenas y otras «muy bajas»; y él, por ser quien es, tomaba las bajas dejando las buenas. Jesucristo se abajó tanto que quiso yo escribiese acerca de él; que si otro hubiera aquí que lo hiciese, no lo hiciera yo en mi bajeza. Mas acerca de Cristo Jesús aun lo mejor que se diga es bajo. ^(x)

Benítez también habló -con más cordialidad- de su estilo.

Orquesta como le viene en gana. Unas veces igual que El Bolero de Ravel haciendo sonar la flauta, dale que le darás, sobre un persistente tamborileo; otras con densidad tan compacta, tan multidimensional, que resuena toda la orquesta rayana en la monumentalidad del Preludio de Tristán.

-¡Pero saca de casillas el idioma, presume moldear el castellano como el alemán, le invade la manía de que el español se acartona, se espesa, apelmaza, espeluzna y viene viejo!

-En primer lugar no las va, es cierto, con las tecnerías de los escribidores profesionales. No las va (y perdonen si les ofende lo de no irlas) con la prosa pulimentada, torculada, y legrada hasta el tuétano, con esa prosa que por demasiado lijada pierde estilo y pasa a ser prosa de nadie, asexuada, remilgada hasta dar asco, prosa específica de paranoides...

Doblega el idioma como hoja toledana, y en crudo y claro, pulcro y velado, lo lleva a decir lo que quiere, con la libertad del hombre de una pieza que no precisa caer genuflexo para poder vivir frente a los taitas del literatismo profesional...

Sistemáticamente combate las frases hechas y le divierte servir sus filosofías con lenguaje poético. A la vez, cuando menos se espera, entromete un prosaísmo en medio de sus filigranas poéticas y de sus imágenes a ratos tan fúlgidas que no puede uno menos de bizquear.

Sí, sí. Hace escarnios a veces del idioma, lo argotiza y lo agarrota...

De esto tengo experiencia. Obligado a compilar su bibliografía, me topé con el problema del medio centenar de pseudónimos que utilizó a lo largo de su vida y sus muchos artículos sin firma; ¿cómo determinar la autoría de Castellani? No tuve, en verdad, mayor problema: con leer las primeras cinco líneas uno detecta en seguida si el escrito le pertenece o no. Claro que sus particularidades le acarrearón la enemiga de muchos:

Me decía furibundo un puritano del habla ante las incorrecciones lingüísticas llenas de travesura de Militis: «Vea usted esto -y me alargó una página enrojecida de tachaduras-, hay aquí docenas de herejías gramaticales». Por mi parte le respondí: «Pruebe poner usted sintaxis, concordias y tisquis-miquis y verá que el artículo se estira al doble volviéndose soberanamente aburrido». Como todo escritor de raza, Leonardo Castellani ha hecho su idioma propio.

De ese idioma habló alguna vez Roque Raúl Aragón:

La prosa del P. Castellani es extraordinaria, es una prosa magistral, una cosa que tiene melodía, que tiene musicalidad y por supuesto, vuelo poético. Además, una admirable precisión en el lenguaje que la ha conquistado él en el estudio de la lengua y en el estudio de las otras lenguas que ayudan al conocimiento del castellano, como el latín y el griego. ^(x)

Y de su conocimiento de otras lenguas, Benítez.

El dominio de lenguas clásicas y de lenguas vivas y una especie de instinto polígloto le permiten al Padre Castellani escudriñar los autores extranjeros cada uno en su intimidad idiomática. Domina las lenguas tan a lo hondo que puede pescar filigranas y emociones a través de un giro o una palabra, como el joyero advierte la pureza de aguas del brillante en los reflejos de la luz.

Quiero decir que sabe estimar las voces y las cláusulas de cada una de las lenguas de Europa en su valor estético, en su contenido poético, en la exquisitez lograda por la yuxtaposición de vocablos, al parecer manidos, y, hasta en el secreto emocional de cada palabra, es decir, en ese atalaje poético fraudulento que cada una lleva en su interior y que tan sólo logran pescar los poetas de genio en misión de detectives. Piénsese la perspicacia estimativa y el supremo dominio del castellano que precisaría el Sir inglés, quién sabe quién, capaz de escuchar la musicalidad de Antonio Machado o de alcanzar la diablura que se rezuma por los versos del Martín Fierro, y se comprenderá el sobredominio de lenguas que reclama la intelección de Claudel, de Chesterton, de Dante, de Goethe. ^(x)

Y hay más. Porque además están sus famosas «salidas» que irritaban a propios y extraños:

«Claro está que sin ellas no sería el Padre Castellani -me decía el doctor Juan P. Ramos, perogrullescamente-, pero es el caso que hasta a mí mismo me ha hecho rabiarse». La anécdota, la chunga, la quisicosa, la salida exorbitante que a otros les nacería de un fondo de resentimiento y de malicia, le salen a él de los hondos del candor...^(x)

Buena defensa, aunque, cómo hemos visto, Castellani también podía defenderse solo:

¡Ah! crên que yo soy un artista

¡Ah! crên que soy un literato

Me dan consejos; que me vista,

Que me presente hecho un retrato...

¡Ah! No es un cisne nacarado

Con tornasoles en el ala

Es un carancho aprisionado

Mi alma que Dios acorrala. ^(x)

¿Carancho aprisionado? Bien, algo de eso hemos visto en el capítulo anterior, lo que no quita que por fuera también hay guerra y rumores de guerra:

Sólo Dios sabe la presión que precisa uno hacerse al alma para no dejar estallar la indignación a veces. Que si he de decir lo que siento, para terminar de una vez con el asunto de las imprudencias, en medio de este mundo, según va de zurdo, no sé cómo Militis no se ha imprudentado más. ^(x)

En parte, entonces, podemos atribuir el estilo literario de Castellani a las broncas que le dan las cosas... que le dan bronca. ¿Alcanza eso para justificar tanto desorden? Habría que ver un poco...

Pero él insiste además en señalar que no lo acompañan las circunstancias exteriores: un cierto silencio, un ambiente académico, un mínimo de confort.

Yo nací para ser escritor empingorotado, entonado, solemne, conceptuoso, serio. Yo nací para traducir la Vulgata en veinte años de trabajo al castellano criollo. Tuviera yo un sueldo de tres mil pesos y pico como Culaciatti. Tuviera al lado gente que en vez de picotearme me defendiera. Tuviera una patria tranquila y no en inminente peligro;... y entonces veríamos. ^(x)

Hmmm..., he aquí, por una vez, un Castellani poco convincente; tengo la impresión de que aun cuando las cosas se dieran como quería él, no tendríamos nada tan esencialmente diferente a lo que de hecho produjo. Su traducción de la Vulgata al castellano criollo habría sido una obra genial, sin dudas, y podemos lamentarnos que tal proyecto no pudiera concretarse; pero de ahí a creer que saldría un pulido trabajo académico, lleno de convenciones y de estilo parejo... nones. (Straubinger lo pudo hacer, porque su castellano le salía «alemanizado» y no criollo.)

Me tengo que cocinar solo, me tengo que curar solo, me tengo que limpiar la alcoba, me tengo que llevar las aguas sucias en un gran balde a una cuadra de distancia por un corredor lleno de seminaristas, que son la gente más maleva que existe. ¡Y después pretenden que haga cosas nobles, remilgadas, atildadas, superferolíticas, con olor a loción Cotí, y a eso a razón de 53 por año además de cuatro o cinco más oficios! ^(x)

Téngase en cuenta que la queja no es pose ni cosa afectada (en Castellani nunca se hallará semejante cosa). No, es un lamento genuino, la palinodia es auténtica y resonará en sus escritos hasta el final de sus días. A modo de ejemplo: muchos años después de la primera serie, Castellani amplió sus Camperas con un capítulo que bautizó «fábulas en defensiva» y allí levanta (entre otras) la acusación que aquí tratamos:

Treinta años se han aprovechado de la delicadeza de mis nervios para venir ahora a incriminarme la delicadeza de mis nervios. Si comen la fruta no maldigan del tronco.

Cada uno tiene los nervios que Dios le ha dado; eso no se compra en el almacén de la esquina... ^(x)

Touché. Pero será por suspicaz, o no sé qué... Castellani en esto no me convence enteramente y -por ser 100% franco con el paciente lector que hasta aquí nos acompañó- tengo una primera acusación que hacerle: era, me parece, un poco malcriado. Se puede fundar el cargo de varias maneras (todas más o menos arbitrarias), pero prefiero resumirlo así: él, por una parte, atribuye a sus deberes de simple fraile toda clase de malas repercusiones en su obra y estilo. Bien; pero por otra, defiende a capa y espada su obra y estilo, por desaparejos que resulten.

La chancha y los veinte. ¿Soy desaparejo porque mi vida es desapareja pero mi obra no es desapareja? Difícil de creer eso que dice:

Yo nací para ser escritor empingorotado, entonado, solemne, conceptuoso, serio.

Tu abuela. Por lo demás, ¿desde cuándo los genios tuvieron una vida apacible, ordenada, protegida y confortable? (¿y desde cuándo fueron «empingorotados, entonados, solemnes, conceptuosos y serios»?). Agustín escribía mientras los bárbaros llegaban a las puertas de Cartago; Tomás enseñó entre sublevaciones estudiantiles y graves cargos de parte de los franciscanos y bajo presiones políticas de todo tipo; Juan de la Cruz escribía de rodillas en una purulenta celdilla a oscuras en su prisión de Toledo; Teresa entre viaje y viaje, lío y lío; a Isabel de la Trinidad se le congelaban los dedos en los crudos inviernos de Dijon... ¿para qué seguir? Las mejores cartas del mundo fueron escritas por Saulo de Tarso que, ya sabemos, tuvo una de las vidas más incómodas que se puedan concebir. Por no mencionar la atribulada y movida existencia de Cervantes, las permanentes mudanzas de Shakespeare con su teatro ambulante, las espantosas circunstancias de Baudelaire, de Rimbaud, de Balzac y de Flaubert, de Dickens, de Dostoievsky, del Dante, de Solzhenitzyn...

No; estoy bastante seguro de que Castellani era un malcriado en este sentido: creía que un escritor de talento debía contar con un mínimo de «apoyo logístico» para llevar a cabo su obra buenamente. Un portero, una cocinera, quien le pague las cuentas, le encienda la estufa, le planche la ropa. O, aun, que se reconozca el valor intrínseco de su trabajo, se le den ánimos, se lo felicite. Así, en una de sus primeras fábulas la moraleja pide que

Los que entienden, que alaben a los que valen, no sea que vengan los que no valen y se hagan dueños del mundo. ^(x)

¿Y quién no creerá que está pensando en sí mismo? No que carezca enteramente de razón. Pieper, por ejemplo, lo ha explicado maravillosamente, al precisar el sostén último de la vida intelectual en Occidente. La tranquila y pensativa conversación que conforma el depósito de las verdades más importantes, más elaboradas, más fundadas, y que se transmitían de generación en generación como un tesoro... todo el almacén e arte, de cultura y de inteligencia, la fina flor de Occidente, fue posible gracias a

la preservación, en el seno de la sociedad, de una «zona de verdad», un asilo de trato íntimo con la realidad, donde resulte posible preguntar, discutir y expresarse sin trabas acerca del verdadero estado de las cosas; un espacio al abrigo de toda servidumbre respecto a otros fines, en el que queden silenciados cualesquiera intereses ajenos a las cosas mismas: colectivos o privados, políticos, ideológicos o económicos. ^(x)

Ya vemos entonces que Castellani lleva razón. Pero lo difícil de digerir, y es esto lo que quiero señalar, es su permanente alegato «*pro vita sua*».

Ya está: he allí claramente formulados los cargos contra el pobre Castellani. Ahora... hay que ver también que en el fondo del innegable desorden de su obra, se esconde algo mucho más grande: él mismo lo explicó en cifra, que quizá, en este contexto, el lector pueda entender.

Aquí tocamos una de las claves más difíciles de entender en el hombre y su obra; él dio en llamarlo «la subjetividad» o el problema del «sin-gular» y voy a tratar de explicarlo aquí: Castellani creía que lo que a él le sucedía era signo y figura de lo por venir y, por eso, al defenderse, que-jarse y patalear, estaba cumpliendo con la sagrada misión de defender a decenas de hombres que vendrían luego y que sufrirían las mismas acusaciones, cruces y finísima persecución.

Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede volverse una señal de que una sociedad va a la ruina, pensó. ¿Cómo? Sufriendo primero la ruina que amenaza a todos. Que él era una ruina era evidente; pero ¿quién lo sabía? El solo. Empezó a mirar como en un panorama la serie sucesiva de enormes destrucciones que había sido su vida; y que eran su secreto, pues nadie fuera de él podía saber «lo que hubiera podido ser», lo que él hubiera podido y querido hacer. Miraba y derramaba interiormente amargas lágrimas, se escandalizaba ante las destrucciones, se horripilaba, tenía frío y los pelos de punta ante los escombros. Ut quid perditio haec? Yo soy el Dios de la vida y no de la destrucción, dice la Escritura. Pero esta destrucción secreta y para el solo gusto de los ojos del Gran Destructor, parecía contradecir eso. Vio las destrucciones externas y las más grandes internas que había recibido pasivamente y contra su voluntad y consentimiento; y después lo más grave, la acción destructiva interiorizada en él y vuelta esa extraña voluntad de aniquilamiento que esta noche se le había develado claramente por primera vez, había irrumpido en él, y se había asentado tranquilamente en toda su alma inmortal.

¿Para qué desperdicio tal? Las ruinas de un castillo antiguo a la luz de la luna pueden producir poesía romántica; pero por ejemplo tomar la Gioconda y la cena de Leonardo da Vinci, y a cuchilladas convertirlas en un montón de jirones, y después esconder los jirones, éso no dejaba saldo alguno, ni siquiera el de espantarse de la bestialidad del destructor.

Así, y no de otro modo, ve Castellani su propia vida, así entiende la kénosis. Así ve también la de otros antecesores con los que siente vínculos de parentesco, afinidades profundas (señaladamente Kierkegaard y Jacinto Verdaguer); desde afuera hacia adentro: una serie ininterrumpida de «destrucciones». En términos de doctrina latente, se puede analogarlo a San Juan de la Cruz (o a cualquier otro autor más o menos apofático, pienso en Taulero o Ruysbroeck), pero claro, a Fray Juan la prosa y la poesía le salía como «música callada», y en cambio, a nuestro Castellani... (sí, tiene razón Benítez, como Ravel, cuando no como Wagner o, mejor aún, como Stravinsky).

Siempre hay grandes diferencias entre la causa ejemplar entrevista por el artista y lo que finalmente produce, pero, como vemos en el caso de Castellani, esa distancia a veces les resulta abismal. Y a él, eso lo reducía, lo aniquilaba, como corresponde a todo hombre que ha de ser genial... y humilde.

Señor, yo te ofrezco mis días perdidos hasta hoy Los libros que hubiera podido escribir Mi bien por hacer, la inmensa carencia que soy Y mi única actual posibilidad, sufrir...

Por tanto él había confesado hace mucho que eran «libros que hubiera podido» en subjuntivo hipotético. Hay una cosa que puede volver loco al más pintado, y es pensar «lo que hubiera podido ser»; eso no hay que pensarlo nunca. ^(x)

Y sin embargo...

Por otra parte, esos «que no valen» -aunque tengan temperamento estético- están muy bien caracterizados en La Golondrina, otras de sus fábulas, escritas en este tiempo.

-Yo -dijo el Ruiseñor- intento comunicar a todos mis hermanos de la creación el sentimiento del fulgor del rostro divino que percibo en las cosas. Eso me causa a veces dolores como de parto, pero también gozos muy su-bidos...

-Me tiene muy sin cuidado -contestó la Golondrina a quien ya quemaba las patas el alero en que se había asentado por cinco minutos-. ¡A volar! Adiós, genio. ^(x)

El acento filisteo ha sido capturado con fino humor. Y la amargura de la envidia asoma claramente

detrás del saludo impaciente de la golondrina. «¡Genio!» Con eso lo van a atormentar toda su vida. Y él se desquitaba de manera genial.

Cuando en 1932 se juntaron las fábulas en un volumen, Castellani dudaba entre ponerle Bichos y Personas o Camperas como finalmente se llamó. Además, por aquel tiempo comenzó también a escribir cuentos que luego aparecieron en Historias del Norte Bravo, el segundo de sus libros. Allí sí se habla de personas más que de animales, de donde podemos decir que las fábulas exhiben sus conocimientos de los bichos mientras que en las Historias del Norte Bravo se ocupa más bien de las personas.

Ahora, si es bien conocido el recurso antropomórfico por el que se les da a los bichos rasgos y caracteres humanos, quizá no lo sea tanto el proceso inverso por el que a los hombres se los retrata como... bichos. Algo de eso hay, para quien sepa bien mirar, en las fábulas camperas. En efecto, una de las claves para leerlas está en los dardos envenenados que dispara hacia sus prójimos -jesuitas o no- y una lectura atenta muestra que las fábulas también fueron concebidas con toda clase de tiros por elevación, indirectas e ironías dedicadas a quienes correspondía. ^(x)

A modo de ilustración, hacia fines de 1927 publica «*El Perro Bonachón*», uno de los ejemplos más claros de esto que digo. Castellani mismo es el protagonista del cuento, disfrazado de un mastín algo quejoso que se asoma al mundo mal dormido y con poca fortuna. En esta fábula Castellani habla bastante mal de su Superior (en la figura del Tigre), se queja de estar obligado a una mansedumbre que le cuesta sangre, sudor y lágrimas, y padece las «risas satisfechas» de los que de él se mofan y que «parecen venganza de su inferioridad». Esto desencadena en su interior un desasosiego que él detecta y que combate con todas sus fuerzas

El bestia soy yo de hacerme malasangre por ellos, y que me duela tanto, velay, que me aflija de esa suerte; pero me duele, sí señor, me duele, y me revienta y no lo puedo evitar.

Moro, el perro bonachón, sufre de cierto resentimiento.

A mí siempre me dirán Rengo. Mire usted; yo me llamo Moro. Yo soy rengo. Yo creo que tengo algunas otras cualidades en mí además de la renquera; y hasta puede ser alguna cualidad buena. Pero no señor, a mí no me han de llamar Moro, ni Barcino, ni Diligente, ni Bravo, ni Leal, ni Abnegado. Me han de llamar Rengo.

¡Rengo!

¿O tuerto? ^(x) Este perro bonachón está luchando a brazo partido con una interioridad rebelde y algo resentida contra muchos de sus congéneres. Y sangra por la herida.

Para sacarse de encima todo eso, Castellani lo escribe escondiéndose detrás de Moro; y Moro, a su vez, se refugia en la figura de un Miguel Angel enojado con el Papa porque éste le reprocha sus faltas de urbanidad y protocolo:

¿Por qué demonios tengo que aprender yo esas ceremonias si estoy ocupado en otras cosas? Sacarse el sombrero y hacerle fiestas, el Papa tiene muchos que lo saben hacer mejor que yo: pero pintar mejor que yo, tiene muy pocos. Entonces que me deje pintar cómo y cuando a mí me acomoda, hombre.

Pero, pero, ¡momento! ¡Se trata del Papa! ¡No sea maleducado, hombre...!

No hay más educación que tener buen corazón, y ser brusco y descuidado al hacer buenas obras a todos, y todo lo demás no diré que sean pamplinas, pero no valen una chaucha -no señor, esas etiquetas mujeriles, ni una chaucha-, en comparación con esto otro, y si le falta esto otro...

Así gruñó el Moro.

Y así, de a ratos, tenía el alma Castellani, como la de un perro gruñón. Para no darle libre curso a sus rabietas, las puso en fábulas, y así

estas mismas amargas reflexiones, en vez de exacerbarlo, lo calmaron poco a poco, y al rato se encontró sereno y dueño de sí como antes. ^(x)

No sé por cuanto tiempo. Félix Luna, alumno del Salvador por estos años, lo recuerda de otro modo:

muchas veces pasaba por allí un jesuita que yo no conocía, cara de pocos amigos, que cruzaba el salón y salía por una puerita sin saludar. Después me enteré de que era Leonardo Castellani.. ^(x)

Mientras tanto, nuestro héroe escribía y escribía y trataba, con toda su alma, de conformarse a su estado de vida, su vocación, su Dios.

Y ciertamente que no de balde. A modo de ejemplo: mientras esto escribo, dos sacerdotes argentinos, los PP. Juan Carlos Sack y Eugenio Mazzeo están en un puebluco a unos mil kilómetros al sudoeste de Moscú. ¿Qué diablos hacen allí? Bien, lo de siempre: misionan; claro que para hacerlo bien se han instalado con Parroquia y todo. Sabemos de ellos por sus detalladas cartas que comenzaron a enviar desde que comenzó el azaroso viaje, allá por 1993. Están solos, a miles de kilómetros de donde se habla castellano, en un lugar extrañísimo a la Argentina, donde no se ha oído hablar de un sacerdote en treinta o cuarenta años. Permítaseme citar unas de las famosa cartas, escrita en Raskátova, el 10 de septiembre de 1993:

Como verán, se nos viene el invierno encima. En pocos días empezarán las nevadas, pero recién a finales de octubre la nieve «se instala» hasta después de marzo. Durante estos meses veinte grados bajo cero es una «temperatura normal». «Hace frío» cuando llega a los cuarenta bajo cero. Nosotros ya andamos con camperas y gorras, mientras que a nuestro lado pasan los rusos en mangas de camisa...

¿Y de qué se ocupan estos misioneros, tan lejos de todos, de todo?

Nuestro horario es el siguiente: nos levantamos a las 07:00 hs. Rezamos el Oficio y Laudes, luego desayunamos. Luego «hacemos los deberes» y estudiamos hasta las once.

Ruso. Están estudiando ruso a toda máquina. Son misioneros de Cristo y necesitan aprender bien la lengua del lugar para predicar con eficacia, para desempeñar su ministerio sacerdotal.

A las once rezamos Hora Intermedia y empieza el «gran recreo»: salimos a caminar con el mate en la mano, que los rusos miran sin entender qué cosa sea (la preciosa yerba desciende vertiginosamente y los refuerzos no llegan).

Mate amargo en Raskátova. Parece broma y no lo es. Como esta «comunidad» de dos.

A las 12:00 hs. almorzamos. Luego del almuerzo, una parte de la comunidad duerme la siesta, mientras que la otra parte escribe o lee, o viceversa, o bien las dos partes de la comunidad duermen.

Pero antes de dormir, tanto al mediodía como a la noche, hay lectura comunitaria.

Ja. Ya me imagino a estos dos. Nada de lectura en el refectorio -como la que hacía Félix Luna-, con atril, el consabido vaso de agua y todo: uno estará tirado en la cama mientras el otro lee en voz alta. Sí, sí, los estamos viendo a estos dos criollazos en Raskátova que también deben «raskarse» un poco. Bien, ¿y qué leen, si se puede saber?

Ya leímos «Camperas», parte del «Martín Fierro» y ahora estamos con «Las Fundaciones» de Santa Teresa. ^(x)

Camperas. Libro de fábulas argentínísimas escritas por un sacerdote jesuita, allá por los años '30.

Nada demasiado importante; una colección de moralejas nomás, situadas en un cuadro costumbrista. Seguro que Borges y Bioy Casares y Mujica Láinez y Cortázar escribieron cosas infinitamente más conocidas, quizá más significativas, en una de esas hasta más im-por-tan-tes pero, bueno... seguro que en Raskátova jamás los han de leer. Cosas de Dios que gusta confundir a los fuertes con sus debilidades.

Y Castellani fue una de ellas.

En 1928 escribió un epílogo a sus fábulas (que en sucesivas reediciones aparece con el título de El Ómnibus), seguramente uno de sus escritos más conmovedores, a propósito de un viaje tremebundo a bordo de un destartalado colectivo (parecido al que tienen que tomar los PP. Sack y Mazzeo en Rusia). A él no le importa porque iba

de Villa Devoto a Belgrano a ver de nuevo a mi madre después de diez años de ausencia.

Allí nuestro autor delinea con singular maestría su aguda percepción de la causa final en materia moral, que traduce a prosa y verso:

tú sabes que la vida es un viaje, tú sabes que será en todo caso parecido a este auto, a este viaje febril y destartalado por en medio de paisajes de ciudad adocenados, de calles empedradas, árboles enfilados,
de casas que no se asemejan sino en la chatura de su inexpresividad,
de gentes desconocidas que no se saludan ni se conocen ni se saben amar, viaje con música de latas y olor a nafta,
viaje que se hace una vez y basta.

No importa. Porque la esperanza, contra toda apariencia, es virtud que ilumina el aquí y el ahora:

Y el resplandor de aquellos dos brazos abiertos
no solamente te hace llevadera la fealdad del auto, no solamente hace desaparecer el auto
-con tal que me lleve, a mí qué me importa,
el primero, el más rápido, el más directo, es el más lindo-,
sino que lo transfigura de una extraña belleza, de una luz suprenatural llena de amor

que dora al auto cascarria con el oro vivo de la esperanza... [\(x\)](#)

De modo que si la Compañía toda, con su bajo nivel de estudios, con las pequeñeces y miserias de sus cada cual, la frialdad del Seminario Metropolitano, las estupideces de tanto cura solemne con su corte de chichiribales... todo eso, ¿qué importancia tenía? ¿qué importancia podía tener?

El tenía que llegar, como fuera, a ordenarse de cura. A doctorarse seriamente para defender la verdad. A predicar con sabiduría, elocuencia y gracia. A escribir libros buenos, en donde resplandeciera la belleza del Evangelio. Tenía que llegar a los más necesitados de la caridad más alta, esa que San Pablo llama «la caridad de la verdad» y que tanto brilla por su ausencia en nuestro atribulado tiempo. De cualquier manera, como diablos pudiera, con esa tenacidad que siempre lo caracterizó, tenía que llegar al cielo: en «auto cascarria», en viaje incómodo, repleto de inconveniencias de todo tipo, Castellani sabía bien, como los PP. Sack y Mazzeo, como José Hernández, como Santa Teresa, que esta vida «no es sino una mala noche de posada» y que «en la güella del querer no hay animal que se pierda».

Y que todo lo demás es literatura.

Pocas veces tuve un despertar más dulce que el de la siesta del otro día. Me había acostado con una hija mía que acaba de cumplir tres años y me desperté oyéndola cantar a mi lado: «Dos elefantes / se balanceaban / sobre la tela de una araña / como veían / que resistía / fueron a llamar a otro elefante». Eso, cantado suavemente por una niña de tres años (que además es tu hija) pertenece a la clase de cosas que Castellani nunca tuvo. Por eso sólo, uno siente cierta compasión por ellos: renunciaron a casarse, renunciaron a los afectos de sus parientes, de los más allegados. Renunciaron a una casa propia, a una mujer, a los hijos... Yo no sé cómo Dios compensa esas renunciadas aquí abajo (Castellani se devanaba los sesos con el asunto del ciento por uno de retribución en esta vida: era una de esas promesas de Jesús que le hacían preguntar de vez en cuando si acaso no se había olvidado de él...). Dura la vida del sacerdote de Cristo. Dura, muy dura la vida del sacerdote de Cristo si tiene sensibilidad, si es inteligente, si tiene sentido estético y blando el corazón. Muy, muy dura. Y solitaria, caray. Creo que eso se refleja a las claras en «El Perro Bonachón». Inevitablemente, al escribir estas líneas, tengo que hacerlo: hacer un juicio de Castellani; se lo debo al lector, me debo a él, que con tanta paciencia me acompaña. ¿Para qué escribir una biografía si no entrego junto con la relación de su vida, mi interpretación, lo que he pensado sobre esto y aquello? ¿Y bien? Pues, verán... tengo la impresión de que las carencias afectivas le han taladrado la malla trenzada que es una personalidad consistente: Castellani tiene «agujeros» en su psicología y en su alma por la falta de afectos humanos. Es, en esa medida, inconsistente. Por malcriado. Ahora, ¿si vieran ustedes cómo protesto yo por la falta de tiempo, de estímulo, de plata, de aliento, de soporte, de simpatía por mi biografía del P. Castellani! También yo soy bastante malcriado e inconsistente (le ruego a Dios frecuentemente que no me deje pedirle cosas contrarias). Y eso que tengo una hija que me despierta de la siesta con canciones celestiales...

Capítulo XI

ZAPATETAS

Villa Devoto

1929

¡Oh si hubiese quien me escuchase!

He aquí mi firma.

Job 31:35

Me apresuro a pedirle al lector menos interesado en el mundo de las ideas y que tal vez prefiere seguir los acontecimientos exteriores en la vida de nuestro autor, que se saltee el capítulo que sigue. Inevitablemente la biografía de un intelectual tiene que parecer un poco aburrida (aparte de las limitaciones del que la escribe).

Aunque, conviene aclararlo, a Castellani le pasan cosas y su vida está plagada de lances y aventuras, las más de las veces suceden en el secreto de su alma, y eso no siempre se puede ver si no es a través de la envoltura de los debates dialécticos, entreverado en su estilo epistolar o adivinando en las entrelíneas de su prosa y su poesía. No; difícilmente podríamos hacer una película de acción con esta parte de su vida: al fin, Castellani no es más que un estudiante de Teología en un aburrido seminario de Villa Devoto. De eso da testimonio el comienzo de una de sus cartas:

¿Y qué diré de mí? Villa Devoto y soledad.

Claro que Castellani siempre es Castellani. Y más ahora, que anda mejor. En carta escrita a su hermano Carcho durante la primavera del año '28, admite que

Mi estado de ánimo habitual en este año es de sana alegría poblada de ilusiones y de esperanzas...

Un desconocido, éste que escribe así. Mas por lo que sigue, vemos que es él nomás.

Y sin embargo las cosas no me salen como yo quisiera y no tengo suerte maldita. ^(x)

En parte su desazón es porque Héctor Vizcay, su primo, se ha pescado la lepra (antes de que se descubrieran las sulfamidas). Castellani lo ayudará mucho, le presentará al famoso leprólogo de entonces, el Dr. Guillermo Basombrío, y tratará de consolarlo por carta y con frecuentes visitas. A todo esto, Carcho se ha puesto de novio con Isabel, la hermana de Héctor. (¿Quiénes son éstos? Les diré por si alguno se ubica: Isabel Vizcay es la íntima amiga de la abuela de Fray Patricio Battaglia O.P., criadas juntas en Reconquista. Carcho e Isabel son los padres de Jorge Castellani, el librero, editor de Dictio.)

Con todo suceden cosas, no vayan a creer: ha publicado su primer trabajo en *Criterio* y ha sido en defensa de la Compañía. Parece ser que Abel Chaneton publicó un trabajo «En torno a un “Papel Anónimo del s. XVII”» del que infiere que el lema «el fin justifica los medios» es invención de los jesuitas (¡simpático el Chaneton este!). El «Papel Anónimo» no lo es tanto: Chaneton afirma (y Castellani no lo desmiente) que es de Manuel Lacunza. En fin, Castellani contestó bastante virulentamente y se le fue un poco la mano. Con los años haría migas con ambos, Chaneton y Lacunza (y enemigas con los jesuitas a quienes, con ambivalente chunga, les atribuye la autoría de un

novelón escrito contra la Compañía «*por algún subterráneo y retorcido fin de propaganda de la Orden. El Fin justifica los Medios*» ¡Ja! Quién te ha visto y quién te ve). ^(x)

Por otra parte, Torti, un compañero de estudios, ha vuelto de Nova Friburgo, Brasil, donde conoció a los hermanos Roberto y Fernando Saboia de Medeiros. Castellani entablará una intensa correspondencia con ambos jesuitas y de los borradores surge que se ha recuperado.

Sé lo que son dolencias de nervios, porque he hecho casi todos mis estudios (1920-1925) en pugna con un cruel «surmenage» del que me siento ahora casi libre, aunque no seguro. Es un purgatorio muy grande e invisible. Por eso ahora mi delicadísimo problema es el siguiente: «estudiar mucho» por una parte, como lo piden nuestra vocación y la gran piedad de la Argentina, de la Iglesia y de las almas y «no caer de nuevo en el negro abismo» que ya conozco y temo. ^(x)

Pero a Torti no sólo le debe la nueva amistad con los hermanos Medeiros.

Un condiscípulo mío, más viejo que yo, el Padre Torti, había estado en Brasil y había estudiado a Santo Tomás. Y me dijo que a Suárez había que dejarlo y había que estudiar a Santo Tomás. Entonces, yo tenía que estudiar Suárez para la clase y Santo Tomás en forma particular. No hice más que leer la Suma Teológica exhaustivamente, en los dos años que estuve aquí, en Argentina, haciendo Teología.

En cambio la Filosofía no la tomé de Santo Tomás, sino de un autor francés que se llamaba Farges, un autor que tiene grandes tomos de filosofía bien hecha. Y como a mí me hicieron hacer en dos años la Filosofía -los tres años en dos- yo tomé la obra de Farges y me puse a estudiar primero las materias que no iban a dar en clase nunca. Y después las materias que estaban dando.

De manera que la Filosofía la estudié en un autor tomista. Y después la Teología. ^(x)

Sí, ya sabemos, Castellani es un jesuita fuera de lo común, ¿pero tomista también? Cuesta creerlo.

A través de la Orden de los Predicadores, de las otras órdenes religiosas, de la Jerarquía católica, del clero secular y de los conquistadores, la Suma Teológica del Aquinense se instiló en el Nuevo Continente inspirando costumbres, leyes, actos de gobierno, hábitos mentales y maneras de hablar. ^(x)

Puede ser, menos donde le tocó estudiar a Castellani, allá por el segundo lustro de la década de los '20.

Los dos primeros años de teología los hice en el Seminario de Villa Devoto.

Los llaman «teólogos» y no lo son... la están estudiando, aunque no mucho. Y a Santo Tomás, ni por pienso. Medio siglo después, Castellani tuvo ocasión de recordar sus esfuerzos de entonces, frente a la general chatura del Seminario. Podemos, desde luego, contar con su total franqueza:

Y tenía muy malos profesores.

Yo leía todo lo que podía a Santo Tomás pero no se podía compaginar con los malos profesores que había. Los dos muy malos profesores que tuve se llamaban Ponce de León y Rinsche. Ambos fueron profesores los dos años que yo estuve allí. Rossana también. Muy malo, muy corto el padre Rossana. Le hacían enseñar de todo y él enseñaba de todo: agarraba el libro y leía. Peor que Ponce de León, que tenía talento pero era muy haragán. No cumplía. Y Rinsche también era bastante corto. Había estudiado teología en norteamérica y tampoco sabía dar las clases en latín... ^(x)

(¿Rinsche? Ya volveremos sobre él). Para Castellani, estos años fueron de intensísimos estudios, pues se ve que su salud se lo permite y ha retomado el trabajo a un ritmo furibundo. Mucho, mucho estudio.

Entre sus cuadernos del año 1927 encontré una pequeña muestra de eso, en donde Castellani exhibe su conformación mental al modo escolástico: formula tres objeciones contra la concepción del pecado, como si fuera una «quodlibetal».

Yo digo: cuando un hombre peca no se rebela contra Dios, ni dice «Non Serviam», ni pisotea la sangre de Jesucristo.

Ticio comete hoy Domingo un pecado mortal dejando de ir a misa. Ticio se acostó anoche con la idea vaga de ir hoy a misa, porque de costumbre suele cumplir; descansó mal, molestado por pesadillas; despertó con sueño, y... se quedó en la cama. Dijo: «Al diantre la misa, tengo sueño» y se dio vuelta. Al rato le vino una inquietud junto con la idea del precepto grave de oír misa, y la aventó diciendo de nuevo: «Al diantre la misa, tengo sueño» y dándose vuelta.

Ahora bien, según los católicos, este hombre acaba de dar muerte a su alma, perder la filiación divina y merecer el infierno eterno. Luego...

Pero Ticio cuenta además con un terrorífico sentido del humor, una libertad interior poco común y una inteligencia verdaderamente excepcional.

1º. Los católicos conciben el pecado como una cosa permanente y sustancial, siendo así que es un acto fugitivo. La voluntad de Ticio se ha apartado por un momento del mandato de Dios y ha abrazado una criatura, sí. Pero está muy lejos de permanecer inmóvil en esa posición, antes bien, solicitada por otros objetos se pone inmediatamente en movimiento, quiere, odia, desea, trájina todo el día y todo el mes, va a misa el Domingo siguiente -y ciertamente, venciendo el sueño, o sea, prefiriendo de hecho el Creador a la criatura... Sin embargo la teología católica parece suponer que la voluntad se ha inmovilizado en su actitud de desobediencia (la cual está prácticamente retractada) y que permanece enemiga de Dios. Lo que se contiene dentro de algo que pasa no permanece; pero el pecado subsiste en un acto de la voluntad que pasa; luego no permanece.

Los «sed contra» se suceden en términos literarios (Ticio tiene un apolillo tremendo y manda al cuerno el precepto dominical), y en términos filosóficos: el pecado viaja a bordo de un tren. Si el tren pasa, ¿el pecado no?

Y con recurso a la analogía, en conceptos más psicológicos:

2º. Perdió la filiación divina. Es extraño. Yo concibo que a un hijo que repita abundantemente estos actos de desobediencia, un padre lo desherede y arroje de su casa. Pero que al primer acto de desobediencia un ser racional se convierta repentinamente de padre amantísimo, en enemigo airado, no me parece inteligible.

Los buenos padres no son así con sus hijos, ¿y el Padre Bueno por antonomasia, sí?

3º. Merece el infierno eterno. Lo mismo. Parece demasiado enorme y desproporcionado el tránsito del cielo eterno al eterno infierno (con todo lo que estas palabras comportan) efectuado a lomo de un fugacísimo y momentáneo acto de voluntad poco después retractado. No se puede ir de aquí a la luna montado en una bicicleta y ¿se puede ir y se va para siempre del Empíreo al Báratro sobre un flaquísimo movimiento del flaquísimo albedrío del hombre? ([x](#))

Ahí tienen a Ticio a punto de comenzar sus estudios de Teología: no cuesta demasiado imaginárselo dando vueltas en la cama mientras oye la campana que llama a Misa; ha dormido como los mil demonios y ahora los mil demonios le agitan objeciones formidables contra el precepto dominical; para refutarlas tiene que estudiar en serio, que es lo que hará a todo trapo, mal dormido o no. (¿El lector quiere que le dé la solución a los «sed contra» de Ticio? ¡Al diantre con el lector!).

Pero volvamos por un minuto al estudiante de Teología. Como hemos visto en el capítulo anterior, Castellani nunca fue de convivencia fácil y pareciera que en Villa Devoto tiene razones para ello: está fastidiado con sus profesores, ignorantes, filisteos y de nula vocación intelectual. A ellos les atribuye carácter de «obstáculo» y en uno de sus diarios, asienta 9 razones que entorpecen su formación:

1º. Poco ejercicio y pasividad en clase por ser tantos: llamo ejercicio al exponer, defender o argüir, no al responder la lección tal como hacemos, que más deforma que forma.

2º. Preguntar pueril.

3º. Explicar pueril. La dogmática se nos explica puerilmente por el que no puede más y por el que puede más, a causa quizá de la...

4º. Reunión del curso mayor con el curso menor.

5º. Falta ambiente de estudio intenso.

6º. Falta afición y entusiasmo por la Teología.

7º. Faltan deportes con que descansar.

8°. Mala distribución de clases y estudios, ratitos cortos que bastan para leer la lección y picotear en muchas cuestiones sin ahondar ninguna.

9°. Poco estudio.

Resultado presente: Desconsuelo, desánimo, poco rendimiento de mi tiempo, contra los cuales peleo cada día.

Resultado futuro: Acabaré la Teología sin práctica de hablar latín, sin haber leído la *Summa*, sin conocer la Biblia, ni algún Santo Padre a fondo, ni la historia eclesiástica, ni los autores ascéticos y místicos, y mediocre teólogo escolástico. Nada de esto se ve en clase y fuera no hay tiempo: «*Videte Sasse, Hotten, Tournely -Videte Palmieri, Tepe*» ¡Siquiera dijese «*Videte Suárez*»! (La *Summa* brilla por su ausencia. Prácticamente Pesch viene a ser la *Summa* y Hotten y los apuntes sirven para ordenar las cuestiones de Pesch.)

Los llamo «obstáculos» y no imposibilidades porque no se puede negar que la actividad y coraje del alumno puede hacer bastante contra ellos.

¿Qué quieres entonces Leonardo? Querría profesores que me ayudaran mucho como Viladeval y... si esto no se puede, un Colegio que me permitiera ayudarme más yo mismo a mí mismo; si esto tampoco existe, un año o dos de estudios después de la carrera para llenar como pueda las lagunas.

Mi tribulación es ésta: tengo vocación de hombre de estudios y me encuentro solo en Villa Devoto. Quiera Dios N. S. que estos obstáculos sean míos solos; pero temo que afectan proporcionadamente a todos los que no viven de apariencias y no han puesto toda su ambición en ser curas de misa y olla. [\(x\)](#)

Ya se le ve la pata a la sota: a Castellani se le ha ocurrido una salida, literalmente. Sobre el particular, en la fiesta de Santo Tomás de Aquino, le ha escrito a su Padre Provincial, Ramón Lloberola S.J.:

Después de hacer la novena a San Francisco Javier pidiéndole que me ilumine, he decidido pedir por primera vez formalmente a V.R. que me envíe a estudiar a Europa. Lo he pensado un año entero, cada día tengo más deseos de ello, sé determinadamente qué es lo que voy a buscar allá, y tengo moral convicción de encontrarlo.

Lo que voy a buscar allá es formarme buen escritor, buen publicista y competente y autorizado doctor en Filosofía y Letras.

En la larga carta que tengo ante la vista, Castellani detalla lo que considera sus falencias en materias de formación y agrega con característica «subjetividad»:

¡Que tristísimo es para mí pensar que después de tantos años de perseguir con tanto trabajo y poca salud, mi vocación intelectual, el edificio de mis anhelos quede inconcluso!

Claro que él tiene un modo de plantear las cosas que no sé si le caerían del todo bien al P. Lloberola:

Yo he estudiado en Colegios austeramente y en todas mis vacaciones mientras otros maestrillos gozaban de un lícito bienestar, he estudiado tenazmente, con plan y con buenos resultados. Y al hacer esto, no sólo me privaba de lícitos recreos, sino que me jugaba la salud, ponía en riesgo (o mejor, en manos de Dios, que no me ha fallado) mi curación -y me exponía a permanecer neurasténico por toda la vida, cosa mucho peor que la muerte, peor que cien muertes.

Ya ven ustedes que encara el pedido con argumentos un tanto plañideros y, tal vez, con la sombra tenue de algo que el P. Lloberola podría interpretar como una suerte de chantaje: casi me vuelvo loco por tanto estudiar... ¿y ahora no me van a permitir completar el proceso?

Afortunadamente Castellani se apresura a corregir el tono:

Digo esto solamente para que vea V.R. que tengo afición a estudiar y sólida voluntad de formarme para servir a Dios y a nuestra provincia como el último de sus hijos. Dios N.S. por otra parte ha querido en su bondad devolverme la salud: los dos últimos efectos de la neurastenia han desaparecido estas vacaciones...

Menos mal. Como sea, lo mejor de la carta es el final donde redacta un catálogo de cosas que promete traer a la vuelta.

Lo que prometo traer de Europa es (Dios ayudando) por lo menos:

- 1) una sólida formación teológica y un mayor rendimiento de mi tiempo.
- 2) conocimiento serio de una lengua y una literatura extranjera, indispensable al crítico.

3) repaso de la Filosofía (Aristóteles y Santo Tomás) e Historia Contemporánea.

4) ver el funcionamiento de *Études* o Razón y Fe. Enterarme de cosas de Prensa Católica, editoriales católicas, organización y métodos, etc...

5) ver países y gente, ver la Compañía, ver cómo se enseña la Literatura y Filosofía a los N.N. y en los Seminarios de otras partes. ^(x)

No sabemos cómo le cayó esto a Lloberola: administra una Provincia grande y todos pretenden ir a Europa. Eso cuesta plata y ciertamente que no se los puede mandar a todos. Castellani tiene sobradas condiciones intelectuales, sí claro, pero... ¿está bien de la cabeza? Porque durante el verano no ha tenido recaídas ¿podemos estar seguros de que se ha curado del todo? Lloberola le dará largas al asunto y Castellani creerá que lo que pide no le será otorgado: compiten para ir los chantas, los diplomáticos, los arribistas de siempre. Y él de esas lides no sabe nada.

Sobre todo porque es «religioso». Unos veinte años después, intentó un autorretrato que comienza por esta descripción:

Religioso y estudiante-

Religioso por delante. ^(x)

La categoría de «*lo religioso*» tiene en Castellani honduras insospechadas: no se trata de cosas externas, tangibles, rúbricas o ceremonias, agua bendita, roquetes e incienso, templos, procesiones o cualquier otra manifestación exterior de eso que solemos entender por religiosidad. No, no se trata de eso, no señor (cuando éramos chicos pensábamos que la Iglesia era el templo al que íbamos. Ticio, de grande, desconfía de los templos).

No, en todo caso, aquello debería ser epifanía de cosas considerablemente más profundas, como las que le explicara a un comunista, muchos años después:

Me he levantado del escritorio para ir a la cocina para hacerme la cenacha. Quise ir a oscuras, por no gastar electricidad (plan quinquenal), y me perdí. Andaba a tientas, con la mano extendida delante: así dice San Pablo que es la fe. ¡Qué tanta luz, qué tantos faros, qué tantas antorchas que han inventado los Bernárdez! Bernárdez cree que la fe es un faro. Me perdí, me metí en un cuarto vacío creyéndolo la cocina; y después estaba en la cocina, y me parecía el comedor. Pero yo sabía que andando con la mano delante, primero no me degollaría con el alambre de la ropa de secar, y segundo, algún día encontraría la llave de la electricidad o la caja de fósforos, tan siquiera. Así dicen los teólogos que es la Fe. En cuanto a la llave de la luz, a esa la llaman la Muerte; o mejor dicho, la «Visión Beatífica», acerca de la cual hacen muchos metafisiqueos bastante ininteligibles, como podría hacerlos acerca del sol un topo en su topera, y acerca de la vida de las mariposas una isoca. Pero Paco Bernárdez ya conoce la visión beatífica.

Pero la isoca será mariposa; y nosotros, sabemos que la llave de luz existe. Claro que antes de encontrarla en la cocina, metí dos veces la mano en la olla de la leche, y una vez el pie en el tarro de basura, helás.

Así también, me tiene que pasar en este mundo, antes de encontrar la Visión Beatífica -si es que ya no me ha pasado. Meteré la pata en alguna basura, paciencia...

No vaya a creer Ud. que esos creyentes que viven todos zahumados y zambullidos en su fe, la cual es como su complacencia perpetua, y que la destilan por todos los poros, como los pulgonos el azúcar, tienen mucha fe. Tienen una fe a lo más incipiente, una «devoción sensible» que debe pasar por la «noche oscura» -si no en esta vida, en la otra-. Hablo de esos de que dice T. Kempis «algunos tienen su devoción en las imágenes», es decir, cuya fe mora todavía en las facultades sensibles («me gusta más Balvanera porque tiene mejor música; el cura habla mejor; o es más buen mozo»), sin haber tocado el intelecto.

Cuando la fe toca el intelecto, se produce la lucha y la oscuridad, ya lo dije; por lo menos, la oscuridad aburrida de nuestros estudios teológicos, con sus interminables «objeciones», que nos parecían más fuertes que los «argumentos». ¡Benditos argumentos! «*Arguo primo, arguo secundo, arguo tertio... Ex Scriptura, ex traditione, ex ratione congrua... ¡Arguo et redarguo!*».

Entiéndase bien lo que dice Castellani: «cuando la fe toca el intelecto, se produce la lucha y la oscuridad». Y no vale suprimir uno de sus términos. Quienes suprimen la razón porque están a oscuras jamás conocerán las honduras donde se forja el hombre verdaderamente religioso. Castellani

pasó por allí:

El fiel tiene que mantener todas las paradojas de la fe, que crean en él una tensión que a veces lo crucifica. Sin «a veces». Siempre lo crucifica, cuando la fe ha ingresado de veras en la vida. «Crux intellectus», decían los antiguos... interminable crucifixión interna, *Crux intellectus*. ^(x)

Castellani comenzó eso cuando tenía 6 años, recuerden a Nuchi y sus debates internos por la rosquilla que no aparece. Ahora que es estudiante de Teología, se lanza de lleno al apostolado de las letras que, como todos sabemos, es Catequesis mayúscula.

Pero, uno por uno. (Castellani siempre se dirigió preferentemente de persona a persona). Esta «Carta a un Escéptico» que tengo ante los ojos no tiene destinatario nominado. Supongo yo que va dirigida a Roberto J. Giusti, el Director de *Nosotros*, aunque no lo sé de cierto (lo infiero porque eran muy amigos, como surge de otras cartas). Como sea, es alguien como él, muy interesado por las letras y los libros que son los protagonistas de la epístola. Algo de todo eso hay que tener para poder seguir el tremebundo drama-argumento que Castellani pergeña en la biblioteca del Seminario de Devoto. El tono de la misiva es sumamente cordial, como corresponde:

debo escribir a Ud. una carta sobre religión, no sea que «*qui tacet consentire videatur*» o bien que Dios me tome en cuenta algún día el que no haya procurado por cobardía hacer a un hombre que me hizo bien, el único Bien que puede hacer un pobre fraile agradecido que tiene voto de pobreza.

Hay, para quien quiera verlo, un tono a lo Bloy, a lo Pascal, en esto... algo así como una morosidad en la argumentación que nos evoca tiempos pasados, donde la gente tenía el tiempo y el gusto por debatir ideas (y si el atribulado lector está cansado, o se siente agobiado por la impaciencia de los tiempos modernos, o, simplemente, no tiene ganas de seguir las volteretas de una apologética un poco demodé, puede saltarse la larga cita que sigue. Nosotros la asentamos en la persuasión de que allí donde aún queden vestigios de vigor intelectual siempre habrá quién la aprecie).

Entré pues en la Biblioteca del Seminario a buscar las «Cartas a un Escéptico» de Balmes para munirme de argumentos, procurando en el camino ponerme en el estado ideológico de un ateo, a fin de que mi argumentación fuere eficaz. Y sucedió que cuando llegué a la Biblioteca, me estaba sonriendo solo, de pensar que yo (yo ateo) estaba en esta casa tan grande para estudiar cuatro años una cosa que no existe, para estudiar a Dios, Theología. Pero cuando volví la llave y entré en la Biblioteca me sentía reír a carcajadas (la risa nace de la percepción brusca de un contraste chocante) viendo que, no cuatro años, sino toda la vida, habían estado trabajosísimamente estudiando los miles de hombres que habían escrito los miles de volúmenes que están aquí y que versan sobre la nada.

Claro que Castellani siempre será Castellani, y sabe que la fuerza de la argumentación reside en lo que él llamará «la subjetividad»: esto es, que no hablará sino de la verdad que pasa por él. Por eso, comienza refiriendo su experiencia en la Biblioteca del Seminario: -Cuando entré, dice, me puse a reír al ver todos esos libros...

Nadie me podrá negar que hay contraste y que es una cosa preciosísima. Aquí están la *Didaché* que es del siglo primero y allí está San Agustín (quince folios en pergamino) que es del s. IV, y aquí está Franzelin que es del XIX, y allá el Viejo Testamento que es de la Prehistoria y se pierde en la noche del pasado; y están Claudel, un poeta, Vázquez de Mella, un filósofo, Pasteur, un científico, Billot, un teólogo, Menéndez y Pelayo y literato; aquí están quince mil volúmenes de todas trazas, valores y especies imaginables, a los cuales me dirigí con gran carcajada triunfadora:

«¡Todos vosotros os habéis equivocado, oh muertos!».

Cerré los ojos para reír mejor y para ver mejor imaginativamente la visión de ese universo de hombres ilusos, y vi la biblioteca toda llena de almas de muertos (¡Ojo! Yo no creo en la supervivencia; estábamos en que soy ateo). Todos estos ya se han vuelto nada, su alma no está en ninguna parte, salvo en los libros en que ellos expresaron lo mejor de ella; porque eso sí, yo creo en los libros y amo los libros.

Así pues toda la Biblioteca llena de almas de muertos. Infinitas. Incontables. Inimaginables almas ilusas que creyeron en Dios. De todas edades de todos colores de todos vestidos de todas las historias y de todas las geografías. Al lado del Santo Job que

arroja al cielo sobre el estercolero sus acres maldiciones, una dulce niña como una flor que murió bautizada y es hermanita mía. Negros, chinos, pieles rojas, asirios, egipcios y romanos. Nympha, gentilísima ateniense que convirtió el judío Pablo de Tarso y la jeta feroz de una pobre vieja guaraní que convirtió el P. Cardiel S.J., fundador de mi pueblo. El padre Abrahám y en su regazo un canillita bonaerense que murió aplastado por un auto (yo lo vi) sin estar bautizado, pero no por culpa suya sino de sus padres y el Gobierno laico, y tenía bautismo de deseo. La purísima santa mía Teresa de Cepeda y una mala mujer criolla que se confesó antes de morir. Monstruos que nacieron con tres brazos o dos cabezas de los hijos de borrachos, y Cervantes y Santo Tomás de Aquino. Amentes y semiamantes, un neurasténico, un leproso, Carlomagno y Dante. ¿Qué sé yo? Podría seguir por 20 páginas, era un mar, un océano inabarcable de almas apiñadas en torno mío, que era el centro de aquel enjambre esférico de radio infinito.

A todos estos, pues, decidido a mantener hasta el fin mi posición de ateo, con coraje, les dije:

-Todos vosotros os habéis equivocado. ¡¿Qué gracioso no? ¿Habéis visto cómo me he reído al principio?! Son las paradojas grotescas de la vida. ¡Pensar que habéis dado el gran salto en el vacío! ¡Es una risa enorme, una carcajada homérica! ¡Que os hayáis tomado tan en serio! Aunque al fin y al cabo fuisteis felices! La ilusión trascendente o la enfermedad nerviosa o lo que sea (la religión, digo, el misticismo que decía Justo) que os fingía mares de certidumbres luminosas y os hacía más fuertes que la muerte (¡qué misterio es el hombre!), la alucinación a la cual consagrasteis vuestras fuerzas, vuestros estudios, vuestros cuerpos en castidad, vuestra sangre en martirio, vuestros corazones en incontenible amor, al conocer yo que fue una alucinación me siento más fuerte y sano que todos vosotros.

¡Pensar que todos estos libros (¡oh almas de los libros!) en que consagrasteis a vuestro Dios, o bien vuestro sencillo amor como «Las meditaciones sobre el Niño Jesús» de Sor María Termenegabís o bien vuestra alta especulación como la Summa Teológica de Santo Tomás de Aquino, son una pura pamplina! ¿No os reís conmigo de los contrastes grotescos de la existencia?

Una voz -una voz de mi alma, opaca y contenida, una voz blanca que lo mismo podía serlo de indiferencia que de una carga de violenta pasión a punto de explotar- se levantó en medio del silencio (triste como el que precede en medio del silencio a las tormentas) en que cayó mi voluble carcajada.

-¿Todo eso que has dicho es verdad?

-En nombre de la ciencia moderna, dije yo, oh almas, escuchad. Nuestro siglo sabe mucho. Todo el esfuerzo civilizador evolutivo de los siglos ha venido a concentrarse en el nuestro, como todo el empuje de una bayoneta está en la punta, que rompe, que se hunde, que desgarrar. Y soy un hijo de mi siglo, y no puedo creer como vosotros naturalmente (orgánicamente) creísteis. Yo estoy con Anatole France, un hombre que escribe tan bien, esa ironía preciosa llena de piedad. No creáis que ataco vuestra fe en nombre de la razón. Yo miro, y me sonrío, disputar a la fe y a la razón y me siento ante ellos lleno de elegante indulgencia. El mundo es un espectáculo divino, aun después de negado el principio de contradicción, aun diría que entonces es mucho más divino. Conste empero que yo no lo afirmo ni lo niego. Yo afirmo mi yo y que las pulgas me molestan y los frailes me son naturalmente antipáticos. En cuanto a Dios, es para mí un ser demasiado respetable (aunque no sea más que por tanta gente ilustre como vosotros que lo ha querido) para que vaya a inferirle la injuria de creer que Existe, habiendo en el mundo tantos males crueles que no tendría más remedio que achacarle a él si existiera. Ésta es la verdad, ¡oíd, esta es la ver...!

Aquí entra a tallar el talento dramático de nuestro autor, porque la descripción que sigue muestra la facundia de su imaginación, la fuerza de su inventiva, su invencible capacidad de desplegar en imágenes el curso de las ideas.

Jamás hubiera creído que mis ingenuas palabras hubieran podido causar algo tan espantoso. Al principio creí que era un trueno, un terremoto, o que el gran edificio secular del Seminario se me derrumbaba encima. Era un inmenso grito de dolor arrancado a una de todos aquellos infinitos pechos como con un golpe de batuta.

«-¡Ay de nosotros! gritaban. -¡Oh miseria inmensa de nuestras vidas tres veces miserables! ¡Oh dolor insoportable! ¡Oh pérdida tan grande como es la esperanza del pecho del hombre! ¡Oh sol que nos extraviabas! ¡Oh luz que mentías! ¡Oh crueldad monstruosa y sangrienta! ¡Oh aire que nos asfixiabas, oh pan que nos envenenabas, oh naturaleza, oh vida, oh creador, oh Todo que perversamente nos engañaste! ¡Oh entendimiento mil veces maldito que nos decías invenciblemente que poseías la verdad, oh voluntad, oh corazón, oh criaturas que mentáis, todos, todos, continuamente, inexpugnablemente!».

Una vez vi operar un pibe de 4 ó 5 años sin cloroformo (no sé por qué) y daba unos gritos tan desgarradores que me partían el corazón (¡mamáááááá!) fuertemente sujetado y despedazado... eran risa pura al lado de la suma de dolor inexpresable de todas estas existencias a las que parecía talmente que mis palabras, como ese instrumento de cirugía que llaman «ecrasseur» (que sólo verlo hiela) les había agarrado los corazones y se los habían aplastado con un solo golpe brutal y simultáneo.

«-Nuestra vida fue un infierno, peor que el aniquilamiento. ¡Criados para ser engañados, con una naturaleza complejísima sabiamente aptada para engañarse y adherirse fieramente al error! ¡Oh dolor inmenso, oh infierno, oh felicidad del no ser! ¡Ay de nosotros!».

Y como el dolor muy grande carece de palabras, aquí el coro espantoso se fundió en un inmenso quejido más triste que la muerte.

Yo tengo buen corazón y estaba con los pelos de punta y con un sudor de agonizante por todo el cuerpo. Nunca jamás había querido yo causar tanta catástrofe a estos seres entre los cuales están mi padre y mis abuelos, sino solamente hacerlos reír diciendo que no hay Dios ingeniosamente. Así que empecé a gritar con todas las fuerzas de mis pulmones:

-¡Oíd! Yo no digo que esto sea verdad objetiva, sino verdad subjetiva. Yo no digo que esto sea así, sino que yo lo creo así.

Mis palabras tuvieron otra vez un efecto contrario al esperado. Un silencio más glacial y pavoroso que antes, un silencio tangible me encerró como una losa, y de nuevo se alzó iracunda, al rojo blanco, la voz primera que esta vez reconocí; Balmes, el lógico inflexible:

«-¡Suicídate! -gritóme. (¡Cáspita!). ¡Suicídate, desgraciado! Si tú crees eso, crees que Dios es el mal, y que la vida es dolor y miseria sin esperanza. Lógicamente debes creerlo. Si no lo crees eres un estúpido y si lo crees, ¿por qué no te suicidas?».

Y el coro infinito, como el trueno y el fragor de las cataratas repitió indignado y tremendo:

«-¡Suicídate, cobarde!»

-¿Ah, sí? ¡Vayan a contárselo a sus abuelas! -les grité yo, despertando bruscamente y voluntariamente de mi ensueño, tirando las «Cartas a un Escéptico» y tomando la pluma.

Es cosa sumamente conveniente poder despertar cuando uno quiere de sus ensueños, sean ilusiones, sean pesadillas. A causa de esta verdad (que nadie me negará) ha dicho Chesterton en un libro precioso («*Orthodoxy*») que no hay entendimiento más libre que el entendimiento que está atado con la cadena de la Fe. Esto es una paradoja, Ud. sabe, querido amigo, que Chesterton es un paradojista; pero él explica su idea, diciendo que atado con la cadena diamantina de verdades inquebrantables, que ninguna fuerza humana (salvo el libre albedrío) puede trozar, el entendimiento católico se siente seguro de volar sin perderse. Pone el ejemplo de un hombre que estuviera en una región llena de abismos invisibles, atado con una cadena fortísima que no llega a ninguno de los abismos, dice que este hombre podría correr, saltar y brincar sin ningún cuidado. Mientras tanto que otro hombre, sin cadenas (libre, libre y pensador) no podría dar diez pasos sin estar temblando. Desde el momento mismo en que ha insistido firmemente que hay algunas cosas con las cuales no se puede jugar, el católico queda libre de jugar con todas las otras cosas, como lo hizo el juglar San Francisco y la juguetona Santa Teresa de Jesús. Y esta es la causa (dice él) de que la novela sea como usted sabe un producto cristiano, un género literario del cristianismo, así como la vida de San Francisco es una novela de acción...

Bueno, Chesterton no es ningún Santo Padre, sino un grande y querido y gordo inglés. Quería decir solamente que es cosa muy útil poder despertar cuando se quiera de sus ensueños (Chesterton dice que los católicos atados por la fe pueden soñar cuanto se les antoje; seguros de poder despertar ad libitum), cosa que nadie, como dije, me podrá negar, aunque no todos estén conformes con las consecuencias de Chesterton.

Desperté pues (para volver a mi novela) y dije: - Vayan ustedes a contárselo a sus señoras abuelas. Tomé la pluma y me puse a escribir renunciando definitivamente a ponerme en el estado de ánimo de un ateo. La razón es que, educado en la lógica férrea de la escolástica católica (Nihil potest esse simul et non esse), me siento llevado en mis discursos a sacar todas las consecuencias de un principio dado, por ejemplo el ateísmo; cosa que afortunadamente no hacen todos los ateos, porque si no la vida sería imposible. ¡Mire Ud. si todos los hombres irreligiosos del mundo sacaran las consecuencias prácticas que del ateísmo sacaron Schopenhauer, Nietzsche, Oscar Wilde, Anatole France, el formidable Kiriloff de Dostoiewsky, y Nerón y Calles, por ejemplo! Sería atroz para los pobres bichos indefensos y naturalmente buenos como yo y Ud.

Así que dejándonos de historias, lo que quería es, como decía al principio de mi carta, para que no se me aplique lo de «quien calla, otorga», protestar por escrito de que ni mi antiguo silencio significó nunca consentimiento, ni mi actual afirmación de que «Dios existe» tiene el mismo valor que las áticas ironías de algún escéptico contemporáneo, por nacer de una raíz muy distinta del diletantismo, por nacer de una tremenda y dulcísima certidumbre.

En esto sí que puedo testimoniar a Ud. con toda verdad, del fondo de un corazón honrado que no querría nunca mentir y menos en cosa tan grave, que me sorprende a mí mismo no pocas veces en clase de Teología, mientras un compañero macanea en mal latín, repitiendo gozosamente las palabras que un gran poeta, mi favorito, dijo a otro propósito:

«*Certes, je bois, certes je suis plongé dans le vin*».

Porque son como un río luminoso las aguas inundantes del vino embriagador de la evidencia: «*Calix tuus inebriam Domine*» decía David, «*quam praeclarus est*». Usted dirá que este fenómeno de sentirse el católico seguro y cierto es simplemente una alucinación; pero amigo, qué quiere que le diga, el vino es vino y tiene un sabor propio distinto del agua. Quiero decir que el que ha probado una vez vino de Málaga, no lo confundirá jamás con un buche de agua chirle, por más que el que no haya tomado en su vida más que agua chirle pueda negar la existencia del vino de Málaga; pero yo, gracias al amor de mis cristianos padres, que Dios bendiga, he bebido desde mi niñez el vino de la verdad a tazas plenas, y no me parece ni siquiera posible confundir la luz del sol con la eléctrica, ni con la probabilidad o la opinión, la evidencia. Y he aquí como llegamos (¡por fin!) al grano y a lo que yo le quería en definitiva decir en esta vagabunda carta:

-¿Es para Ud. evidente que no hay Dios? ¿Está Ud. plenamente seguro, excluyendo toda duda prudente, que no hay un ser más grande que el hombre, que si lo hay, ese ser no ha hablado al hombre, y que, en todo caso, si le ha hablado, es imposible averiguarlo? Porque si no puede decir «Estoy seguro de eso» con la misma firmeza con que dice «2+2 son 4» o «yo existo», si Ud. tiene alguna duda prudente de que tienen razón los otros (el mundo aquel que vimos en la Biblioteca) entonces -y esto es lo que quería decirle- tiene Ud. obligación gravísima de averiguar, estudiar, cerciorarse y adquirir la evidencia, sin la cual no podemos obrar en conciencia, ni dar un paso solamente en esta vida.

Tiene obligación. Ud. es un hombre cumplidor de sus obligaciones, un hombre honesto, un hombre de su deber. Yo lo he visto con mis propios ojos, no preciso que nadie me lo cuente, cumplir una obligación de su oficio un poco espinosa y que no todos satisfacen, con una rectitud digna de todo aprecio y que no declinaba ni a la derecha ni a la siniestra. Por lo tanto yo presumo que

si a Ud. le constara de alguna manera otra obligación más apretada y urgente, no dejaría de llenarla, por el mismo principio, sea cual fuere, en virtud del cual cumple sus deberes profesionales; a menos que tengamos que decir que un hombre honrado es el que satisface sus deberes pequeños y descuida los gravísimos.

¿Y de dónde me incumbe a mí, dirá Ud., ese otro deber gravísimo? -Aunque no fuera de otra parte, de parte de esa linda criatura, su mayorcita, a quien va dedicado mi primer tomo de «Cuentos y Fábulas».

Aún me parece la veo con su gran bandeja en las manos y su gracia de sílfide (una delicada atención de Ud., hacernos servir el té por su hijita), la veo digo, volviendo la cabecita hacia su papá para contestarle mientras sostiene gentilmente las tazas: «Sí, papá, así dijo la maestra».

-No puede ser, hijita, vos has entendido mal (dijo usted), yo no puedo creer que una maestra argentina prepare su clase para ir luego a decir aun montón de pebetas de Primero Superior que no hay Dios. -Pero sí, papá, dijo que no hay Dios, así dijo.

No hay Dios.

Las palabras de la Sagrada Escritura: «Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus» se me vinieron a la memoria tristemente. La pequeña tomaba, no en su corazón todavía, pero en su boca llena de celeste inocencia, las palabras que el Libro Inspirado e Infalible llama necedad, insipiencia. ¡Pobre niña, indefensa en la escuela de la necedad trascendental, que sabrá mañana tocar el piano y no sabrá para qué estamos en el mundo! El pecado de los padres ciertamente no pasa a los hijos; pero la miseria del padre, tanto la natural como la sobrenatural, sí que pasa al hijo de cuya crianza Dios le ha responsabilizado en su providencia ordinaria; y si un padre se juega a la ruleta su caudal de verdad y certidumbre sus hijos comerán pan duro y peligrarán sucumbir de hambre. Claro está que yo no pensé esto entonces, porque seguimos hablando de Literatura, sino que quedé solamente con el corazón un poco anudado; pero luego que estuve en el vagón (adonde Ud. me acompañó atentamente) y me puse a rezar mi Rosario, el nudo del corazón se destejó en un ovillo de explícitas consideraciones pías. Muy seguros, muy sin ninguna duda deben vivir los ateos -me decía yo en mi inocencia- para no sentirse obligados a estudiar, inquirir y asegurarse de Su verdad -para exponerse a darle por bebida a sus hijos vitriolo en lugar de vino, ese Non est Deus que todo este mundo de la Biblioteca tiene con toda certeza por vitriolo. Porque una cosa es que un hombre sin hijos y de corazón podrido como Anatole France se pase toda su vida piqueteando con su entendimiento privilegiado y odiando a la iglesia de Cristo con el rencor misterioso e indisimulable que es la señal de los réprobos; y otra cosa muy distinta es que un padre (paternidad siendo por esencia cosa contraria al egoísmo y la frivolidad) juzgue las lindas ideas de este monstruoso egoísta con todas sus consecuencias, buen alimento para sus hijos. Aquella es una cosa para hace temblar, y esta es una cosa para hacer llorar. Yo no digo que haya llorado allí en el coche de 2da. del F.C.O. rezando el Rosario; sólo digo que soy hombre naturalmente algo melancólico y propenso a las veces a lagrimear sobre males ajenos, como si no tuviera bastante con los propios.

Mas esta razón de la responsabilidad del padre acerca del alimento de sus hijos, no debe ser solamente sensiblería mía, cuando ha servido para convertir a Giovanni Papini. El cual escritor italiano dicen que teniendo dos hijas que amaba mucho y que se le estaban torciendo, y habiéndolas mandado en bien de su educación a un Colegio de monjas, experimentó en ellas tan felicísimo cambio que temió no fuera que aquellas monjitas iliteratas poseyeran la verdad -la verdad que él, el «uomo finito» había dado definitivamente por perdido; y siendo erudito ya en el Historia de las Religiones, se propuso enterarse de la Católica a la cual había atacado muchas veces sin tomarse la molestia de conocerla.

Ésta es la ingenua carta-confidencia, querido amigo, que yo debía a Ud. y a mis escrúpulos. La cual si Ud. tira a la papelera a la primera hoja por lo menos yo habré cumplido con mi conciencia en escribirla. Pero para que no la tire (porque lo que deseo es que la lea) me voy ahora mismo a la Capilla (faltan 20 minutos para la Clase) a rezar el segundo Rosario a la Sma. Virgen y rogarle que estas líneas «*non provienant ei in majorem judicium et condemnationem, sed pro tua pietate prosint ei ad medelam percipiendam*», como dice la Iglesia.

Bueno, ahí está él, con sus esperanzas de hacer un libro con la recopilación de sus Fábulas, utilizando el tiempo del recreo en la Biblioteca del Seminario, afilando el lápiz para aprender el duro oficio de escribir convincentemente. Ya vamos viendo cómo se formó el Castellani que se viene.

Desde luego, cartas kilométricas llenas de razones y argumentos como ésta, escribirá bien pocas. Ya tendían a desaparecer los sosegados tiempos en que uno podía detenerse a leer tanto, tan hilvanado. Ahora, con la «aceleración de la Historia» que comenzó después de la Primera Guerra, el combate intelectual entre la Modernidad y la Cristiandad se desplazó definitivamente a otro terreno y allí él también ocupará su puesto: será periodista.

La estadística no me deja exagerar: firmó -recurriendo a no menos de treinta y pico de pseudónimos- cerca de 500 artículos, ensayos, poesías, glosas y comentarios bibliográficos. Tuvo además responsabilidad por secciones enteras de varios semanarios, fue columnista en algunos periódicos, y dirigió dos revistas (*Estudios*, por mandato de la Compañía y, sobre el final de su vida, *Jauja*, por cuenta propia). ^(x)

Hay varias razones para este creciente compromiso con el género, pero lo decisivo es que durante los treinta últimos años de su vida se vería obligado a mantenerse con su propia industria: pararía la olla con artículos periodísticos y el periodismo, más allá de su vocación, se convirtió en su único medio de vida, la única forma que tenía de ganarse el pan.

Era lo que realmente sabía hacer. Castellani fue un periodista profesional (aportaba a la Caja de Jubilaciones en tal carácter) y a lo largo de su vida publicó centenares de artículos donde fue desarrollando esa nerviosa y aguda apologética que terminó conformando su estilo tan característico. Allá por la mitad de su vida, tuvo que explicárselo a San Jerónimo que lo interrogaba en un sueño («lo vi con semblante severo y una vara en la mano»):

-Empecé a defenderme a mí mismo y a la Patria al mismo tiempo. El resultado han sido quince libros de periodismo.

-Qué es eso -me dijo.

-Una cosa que de existir en tu tiempo, vos la hubieses hecho por pasatiempo y pasión. Creo que aun antes que existiera, vos hiciste un poco, viejo. Es un oficio nuevo, parecido al de «spazzacamini» o sea deshollinador: que es necesario que exista y alguno lo ha de tomar, pero es amargo y prosaico y no se puede hacerlo sin ensuciarse un poco.

-¿Epístolas contra los herejes, en estilo subido, que corran por todos los rincones y que las lea la plebe fiel?

-Eso -le dije-. Es mi destino. Mi padre hizo eso y lo asesinaron herejemente cuando yo tenía siete años. Lo tengo en la sangre por desgracia, y puede que me cueste la sangre. [\(x\)](#)

Al fin de sus días, se resignaría a la cosa, sin más; y en su propia revista lo confesaría lisa y llanamente:

Yo soy periodista hijo de periodista, por mal antojo del destino; y espero salvar mi alma de la damnación eterna solamente porque me echaron de *La Nación* diario, de *La Prensa* diario, del *Clarín*, de *Criterio*, de *Estudios* y al fin de *Tribuna* del gordo Durañona (junto con todos los demás). [\(x\)](#)

«*A combates de amor / campos de pluma*». Antes de la revolución de la imagen -que prácticamente acabó con cualquier debate de ideas o convicciones- el periodismo fue uno de los últimos «campos» donde el Cristianismo libró batalla contra la Modernidad. Claro que todo eso es historia vieja: en la década del '70 Frank Zappa definió al periodismo «rockero» como «gente que no sabe escribir, entrevistando gente que no sabe hablar, para gente que no sabe leer». Ahora, en la década del '90 se puede extender el concepto considerablemente (no se puede pelear por la Verdad en el mundo de la realidad virtual).

Pero, volviendo a nuestra historia -y comenzando quizá con Luis Veuillot, en el siglo pasado- a principios del s. XX aparecieron verdaderos gigantes de la pluma que, en unas pocas líneas y a propósito de cualquier cosa, defendían las verdades más sagradas de la Cristiandad. Papini en Italia, Bloy en Francia, Belloc en Inglaterra, Maeztu en España... la lista sería larga, en verdad, y lo cierto es que ningún católico medianamente culto del s. XX podría prescindir de la lectura de estos autores.

En carta a Tomás de Lara, Castellani responde al cargo que éste le hacía de que la literatura tenía sin cuidado a los clérigos.

Siento en carne propia ese problema y he aburrido ya a todos mis compañeros predicando la literatura y el periodismo, no sin riesgos y topetazos leves... ¿Cómo quiere Ud. que sea indiferente, yo, argentino, hijo de periodista, nacido al lado de una sala de redacción, al apostolado ideológico urgentísimo en nuestra pobre patria, que *Criterio* encabeza?! ¿Cómo quiere que me resigne, yo jesuita, con *Estudios*, *El Pueblo*, *Aladino*, *el Mensajero del Sdo. Corazón* y *El Salvador* actuales? Pero disculpemos a los sacerdotes y a los jesuitas: hay muy pocos. [\(x\)](#)

No era para menos. La tarea del periodista católico, para ser exitosa, debía reunir una serie de

condiciones nada fáciles. Estaban sujetos a las exigencias del periodista común: los artículos debían ser cortos, escritos con referencia directa a una «noticia» reciente, con una inflexible hora de cierre (deadline) en el horizonte, presionados por editores y público que imponían leyes no escritas de lo que era y no era «políticamente correcto». En esos muy circunspectos límites, si acaso podía, un católico militante trataba de deslizarse además alguna que otra defensa de las Verdades en jaque ante el asedio progresista y liberal.

Y que te lo publiquen. El campeón, el que demostró que aquello era posible, el más grande de todos ellos, fue, sin duda, Chesterton. Sí, el gordo inglés supo conjugar una enorme popularidad con una aguda apologética católica. La fórmula, desde luego, era el humor.

Chesterton escribía sus artículos en un café de Fleet Street, probando y combinando una terrible mezcla de brebajes mientras varios mozos revoloteaban a su alrededor, en parte por franca admiración y en parte por si dejaba el restaurante sin pagar por lo que había tomado. Un día un mozo se acercó a Masterman: -Su amigo -le susurró por lo bajo- es muy capaz. Se sienta y comienza a reírse. Luego escribe. Y luego se ríe de lo que escribió. ^(x)

Claro que el propio Chesterton tiene una explicación para tanta fama.

Creo que debo mi éxito (como dicen los millonarios) a haber escuchado, respetuosamente y con un poco de timidez, los mejores consejos dados por los mejores periodistas que habían alcanzado el éxito mejor en el periodismo; haberme marchado entonces, y haber hecho todo lo contrario. ^(x)

Pero desde luego, hay que ver que detrás de esta tremenda labor subyace en Chesterton una enorme confianza en la importancia que tenía la palabra veraz.

La radical diferencia entre Chesterton y la mayoría de sus contemporáneos residía en que mientras estos ponían todo el énfasis en que se hiciera algo para remediar las cosas, él tenía la profunda convicción de que la filosofía correcta produciría por sí sola acciones fructíferas. ^(x)

La primera de las cuales es una legión de escritores que descienden al ruedo a pelear por la Cristiandad. Muy influenciados por el ejemplo de Chesterton (y quizá también de Belloc), aparecieron en Occidente decenas de artículos, revistas y diarios católicos, escritos con clara intención apologética y de enorme difusión entre las clases más o menos ilustradas. En todo el mundo se podía encontrar ejemplos de periodismo católico más o menos exitoso, más o menos feliz.

Y en la Argentina también. Aquí, un grupo de laicos muy jóvenes comenzó la cosa con *Criterio*, una revista literaria fundada en el año 1928 y que debe su nombre a esta idea de verlo todo con «criterio» católico (la influencia de Chesterton en la concepción misma es evidente).

El hecho de que fueran «jóvenes» es cosa de señalar, como lo ha hecho Gálvez:

Aunque sólo tenía cuarenta y seis años, era un viejo entre ellos, uno de los cuales, y de los más importantes, Anzoátegui, tenía apenas veintitrés.

Sí, Tomás de Lara, Ernesto Palacio, Osvaldo Dondo, César Pico y el mismo Dell'Oro Maini eran bien jóvenes para llevar adelante semejante empresa. Lo hicieron con bastante habilidad, escudándose detrás de

señores respetables, buenos creyentes, abogados o médicos, sin notorio trato con la belleza literaria y que sólo tomaban la péñola a las cansadas. La presencia de estos señores en la revista debía tener por objeto satisfacer a las instituciones religiosas, inclusive de monjas, poseedoras de acciones y a las cuales, según creo, asustaba no poco el segundo grupo, hartamente desenfadado y juvenil. ^(x)

En su desenfado sumaron la colaboración de dos notables judíos como Jacobo Fijman y Julio Fingerit y varios «Martinierristas» como Paco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, el mismo Borges y otros representantes de lo que por entonces se conocía como «la nueva sensibilidad». Además, en la revista colaboraban varios clérigos -también por entonces jóvenes y bastante revolucionarios en sus concepciones- que estaban destinados a una distinguida trayectoria intelectual: Antonio Vallejo por los franciscanos, Julio Meinvielle, Gustavo Franceschi y el P. Sepich por el clero secular, Fray Mario Pinto y Alberto García Vieyra por los dominicos... y Castellani por la Compañía de Jesús (entre los años 1928 y 1946, publicó en *Criterio* no menos de medio centenar de trabajos).

En carta a uno de los jesuitas brasileños, Castellani confiesa que tiene

grandísima pasión por esa revista y rezo a N. Señor bastante por ella. Me apena cuando oigo hablar mal de ella y me alegran todos sus triunfos. Creo que hace muchísimo bien aquí. Más, creo que es absolutamente necesaria.

Los enemigos de la Iglesia empiezan a temerla, así como desde que nació la odiaron. [\(x\)](#)

Claro que por entonces recién comenzaba a caer en la cuenta de que «los enemigos de la Iglesia» eran menos nocivos que los imbéciles dentro (que de lides literarias entendían bien poco). Claro que el propio Ignacio Anzoátegui -aunque por entonces sólo contaba con veintipico de años- ya lo sabía desde el vamos.

Alguien dijo que *Criterio* sirvió para demostrar que se podía ser católico sin ser tonto. Efectivamente: la gente creía hasta ese momento que para ser católico era menester poner «cara de católico», que la fe era una especie de estado -de estado y expresión- de somnolencia intelectual y que la virtud no era sino una forma de la untuosidad.

En torno de Atilio Dell'Oro Maini -con Tomás D. Casares y Emiliano Mac Donagh- nos reunimos un grupo de escritores católicos de variadas edades para decir, en paz con Dios y en guerra -si fuera preciso- con los hombres, nuestra verdad universal. La alegría y la libertad con que lo hacíamos nos valió el éxito inmediato. No había allí jerarquías figurónicas, ni grandes columnas, ni santones olímpicos.

Gálvez -ya famoso- se codeaba con el menor de nosotros. Con él -y sin él-nos reíamos de su sordera, porque era uno de los nuestros, como nos reíamos de nuestro censor eclesiástico -el padre Zacarías de Vizcarra-, quien en una ocasión se quejó amarga y airadamente de no poder enviar a su con-discípulo Monseñor Segura un número de la revista en que se publicó un artículo suyo porque en la tapa aparecía «la figura de un jayán mostrando las alcantarillas»: el jayán era un Sansón desnudo, vuelto de espaldas despedazando a un león. [\(x\)](#)

Análogamente, en carta al Vice-Provincial, Castellani tiene que defenderlo a César Pico que publicó en *Criterio* unos versos satíricos dedicados al P. Guerra porque éste, desde *Estudios*, la revista de los jesuitas, atacó a Borges.

La décima del Dr. Pico estuvo un poco cruel; si él hubiera conocido la sensibilidad del P. Guerra y cómo la iba a sentir, quizá no la hubiese publicado. Porque Pico es un buen porteño. Pero lo cierto también es que Guerra medio se la buscó... Si Guerra se las hubiese agarrado con Molinari o su trabajo fuera más gracioso, o más científico, sería otra cosa.

Pero si yo fuese Borges (5 libros publicados, escritor de los diarios y revistas argentinas más importantes, apreciado con o sin razón por muchas personas inteligentes) fácilmente me sacudiría esa mosca de este modo:

«Este Sr. Guerra no entiende una poesía mía y concluye que es un jeroglífico. Un hombre puede no entender una poesía o por ser ella oscura o por ser él obscuro o por muchas otras razones. Pero suponiendo que la conclusión que no fluye fluyera, ¿está todo perdido en un poeta si tiene una poesía oscura?

Menéndez Pelayo hablando de Cabanyes ha constatado la existencia, al lado de la poesía popular (en nuestra época casi desaparecida; condenada fatalmente a la desaparición según Muckerman S.J.) la existencia de una poesía culta que no entienden todos y de una poesía sabia que entienden pocos.

Pero supongamos más; supongamos que yo Borges, en virtud de mi oscuridad, soy efectivamente mal poeta ¿cómo lo prueba el Sr. Guerra? Con un análisis poco serio y una sátira poco graciosa de una poesía mía. Abro la *Vita Nuova* que esta aquí a mi lado:

Voi che intendendo il terzo ciel movete udite el ragionar ch'è nel mio core ch'io nol so dire altrui sì mi par nuovo il ciel, che segue lo vostro valore.

El hombre más listo de Buenos Aires puede desojarse un mes entero sobre esta *canzone* del Dante y no la va a entender si no lee primero todo el *Canzonieri* y luego la prosa del *convito* en que ella está engastada.

Y aún después de esto, todavía será verdadero lo que dice al final el altísimo poeta:

Canzone, io credo che saranno radi

quelli color che tua ragione intendan bene.

¿Es digna de una revista llamada *Estudios* una mera impresión subjetiva, acerca de una poesía de un poeta apreciado, firmado por un tal que no tiene aún autoridad crítica indiscutible?

Esto diría si fuera Borges y hasta lo publicaría.

He leído dos libros de Borges y ciertamente se puede rechazar en redondo su manera poética (conceptismo gracianesco), se puede achacarle un vacío fundamental o notarle inmadurez juvenil; pero creo que no se puede despreciarla ni mofarla. ^(x)

Contrariamente a la opinión más o menos extendida, no es ésta la única vez que Castellani defendió a Borges, pese al destrato de éste. ^(x)

Benítez, en cambio, recuerda aquel tiempo con cariño.

¡Lindos días aquellos días! Anzoátegui escribía los versos tan celebrados por Alfonso Reyes el mejicano

Cimbre en la urdimbre de sombras la escolta de mimbres...

Y aquellos otros que casi provocan un conflicto diplomático, pues el P. Zacarías de Vizcarra creyendo leer interlineado un denuesto contra Monseñor Cortesi, Nuncio del Santo Padre, se dio a la tarea de registrar lexicones para dar con su sentido misterioso. Cito de memoria:

Copla belisa pulula, pule Belisa la copla, frínife labio bajula, para Califa xilopa...

Los cuales terminaban de esta manera (y en la cola creía el P. Zacarías que estaba el veneno):

flauta regúndula eluncio y alza la pluma del nuncio.

Según se supo después de mucho indagar, el poeta se había referido al dios Mercurio, nuncio del olimpo, el de las calzas alígeras. ^(x)

Gálvez, con su poderosa memoria, nos aporta más detalles.

Criterio, con ser excelente, estaba condenada a transformarse o morir. Los colaboradores, por lo general, escribían «en difícil». El ultraísmo de algunos poetas jóvenes no cuajaba. Las monjas y los reverendos que recibían el semanario no entendían de ningún ultra, como no fuese lo ultraterrenal. Y en prosa, esos muchachos, hartos agresivos, trataban mal a medio mundo...

No obstante las «extravagancias» y los vituperios, la revista hubiera continuado viviendo -entiendo que prosperaba económicamente-, si el asesor religioso del periódico, el padre Zacarías de Vizcarra, no se hubiese hecho eco de las protestas de ciertos lectores y determinado concluir con lo que él consideraba como literatura y arte incomprensibles. Y harto de dibujos, para su mollera extraños, y de preciosismos poéticos y prosas peleadoras, comenzó a hostilizar a la obra del excelente director.

Al padre Vizcarra le desagradaban los versos de Anzoátegui, de Molinari, de Borges, de Etcheverrigaray, de Dondo. Le reventaban los sintéticos, expresivos y bellos dibujos de Juan Antonio. No podía tragar los artículos de César Pico. Vizcarra, en realidad, no debía meterse sino en lo religioso, pero él hacía una cuestión tremenda a cada número que iba a salir...

Un día Vizcarra se opone a que se publique un artículo de Chesterton, escritor -dijo él- bueno para países protestantes... Otro día hace un escándalo con motivo de un poema de Dimas Antuña. Le irritaron unos versos de Borges, titulados *Muertes de Buenos Aires* y que trataba de los cementerios, porque el autor hablaba por ahí de «decrépitás cruces», queriendo decir viejas, ruinosas cruces: las que se ponen sobre las tumbas y no las de los crucifijos, como entendía Vizcarra. Y por fin, hasta las inocentes jitanjáforas de Anzoátegui le sublevaron, porque en aquello de «Y alza la pluma del nuncio» él veía una intención maligna...

La historia es significativa: los jóvenes laicos salen a la palestra con «preciosismos poéticos» y «prosas peleadoras»; una parte del clero oficial se escandaliza; se libra la batalla; triunfan el acartonamiento y los convencionalismos; se impone, una vez más, el clericalismo argentino, esa caricatura helada de la religiosidad verdadera. En fin, Castellani tuvo oportunidad de opinar sobre el asunto en carta a su Provincial:

Ayer me dieron una noticia que me apenó: dicen que el Sr. Nuncio está descontento de *Criterio* y que peligra esa revista por la independencia de los redactores y su desacuerdo con el P. Vizcarra (sic). No creo que sea tanto ni el descontento ni el desacuerdo

ni el peligro como dicen. He ofrecido con especial fervor la Comunión que todos los jueves ofrezco por la prensa católica.

Algunos me reprochan demasiada afición a *Criterio*. Es necesario ser argentino, haberse envenenado cuando chico con revistas impías y llorar cada día la inmensa ruina intelectual que ha producido en esta tierra la escuela laica, la universidad positivista, la prensa liberal, para comprender el irresistible consuelo que representa para mí un papel que se lea mucho y defiende la Iglesia de Cristo. Si es demasiada afición valga por la poquísima que le tienen algunos de los N.N.

Francamente yo atribuyo a ignorancia, estrechez de espíritu, pedantería o despecho la actitud hostil o chismográfica de algunos jesuitas de quienes no lo creería. Lara me comentó en confianza casos concretos, y de algunos me consta la verdad. ^(x)

Y aquí ya tenemos una muestra del Castellani que se viene: se apasiona por la cosa de tal modo que, primero, escribe mal el apellido de Vizcarra; en segundo lugar, le pega unos cuantos palos a sus colegas que piensan distinto (los «N.N.» es sigla de «los nuestros», como gustan referirse los jesuitas a los de su Orden) y, por fin, si el Sr. Nuncio está descontento con «la independencia de los redactores» él no va a dejar de decir, con total independencia, lo que cree. A su Provincial, ay. (Afortunadamente el P. Lloberola S.J. lo quería a Castellani y no hizo cuestión).

Como fuere, Gálvez nos contó el final de la historia.

Prodújose la tormenta. Con Dell'Oro se fueron casi todos los colaboradores, los considerados como indeseables por el padre Vizcarra... Entre los trece nombres figuraban algunos dibujantes y siete u ocho escritores, todos jóvenes...

Entonces fundamos *Número*. ^(x)

Adivinen de qué bando es Castellani. Pues, verán, la han chingado: cuando finalmente se desató esta tormenta él estaba fuera del país, pero nunca mandó colaboraciones al nuevo parnaso y, en cambio continuó escribiendo para *Criterio*.

En carta a Ernesto Palacio, da cuenta de todo eso.

Estoy seguro que haberse ustedes retirado de *Criterio* no ha sido «capricho y egoísmo» como me escriben de allá, aunque siento verdaderamente el hecho como una desgracia y no puedo excusarlos, por más amigos que sean, de alguna culpa en este negocio. ^(x)

La excepción confirma la regla: Castellani del bando «oficial» y no en el «rebelde». Pero no es el único: el Padre de Vizcarra ha designado como director de la revista a Enrique Osés, un tipo nada convencional, como ya veremos.

Sin embargo estos dos años de *Criterio* fueron muy importantes en su vida porque la revista le sirvió para conocer nuevos amigos -los primeros que hace fuera de la Compañía-. Hay que computar aquí a Tomás de Lara, César Pico y Braulio Anzoátegui, pero sobre todo a Ernesto Palacio, que será amigo íntimo de Castellani hasta el fin de sus días. ^(x)

La amistad con Palacio es muy importante para Castellani porque este hombre viene con mucha experiencia política y es amigo de otra clase de jóvenes que han de tener su influencia también, menos comprometidos con las cuestiones religiosas y, en cambio, con grandes pasiones políticas: unos meses antes de *Criterio*, había aparecido *La Nueva República*, un semanario político dirigido por los hermanos Irazusta y que se designa a sí mismo como «órgano nacionalista», lo cual, en 1928, es una curiosidad.

Una gran obra realizó *La Nueva República*. Con talento y gracia atacó al liberalismo, del cual por entonces dijo Lugones que se había vuelto perjudicial a la nación. Obra de higiene moral en los establos de Augías del «pensamiento», la literatura y la política liberales, fue la de esos patriotas. Rodolfo Irazusta, en muchos y extensos artículos que debieran ser siempre recordados, demostró que la democracia no está en nuestra Constitución, en la que sólo aparecía la palabra «República». La obra

moralizadora abarcaba también actividades no políticas ni literarias: así, condenaba los inmorales concursos de belleza y se burlaron de ellos. Era todo el periódico una especie de sottisier -palabra intraducible- o sea, una colección de las más gruesas tonterías, y aún estupideces, que se soltaban en el campo del demoliberalismo. ^(x)

En aquellos ambientes de juventud, gráfica, política y poesía se respiraba un festivo ambiente de camaradería y trinchera que difería considerablemente de los pesados ambientes clericales que había conocido hasta entonces; en este nuevo entorno, seguramente estimulado por tan interesante compañía -a diferencia de la otra Compañía-, Castellani comienza sus primeras armas y muy pronto se destacará por su fina puntería, su originalidad y tino para elegir temas, su humor y sólida formación que asomaba detrás de los sesudos trabajos que presentaba al público.

Muy pronto se ganó el respeto de todos.

Su aparición centelleante, la que echó de espaldas a los profesionales de las letras, fue en 1928, cuando inició los cursos de teología. Escribió entonces la Introducción a Paul Claudel... la cual cronológicamente fue precedida por el estudio sobre el Dante. ^(x)

Sí; aunque el trabajo sobre el Dante fue escrito en 1925 como disertación para la inauguración del curso del Colegio del Salvador. La Unidad en la Divina Comedia es un artículo recargado de erudición y donde se ve al joven e inseguro Castellani desplegar todas sus intensísimas lecturas (y su sistema de notas) con afanes un tanto desmedidos. (No cuesta adivinar que alumnos y profesores del Salvador se deben de haber quedado dormidos en aquella fatídica mañana de 1925.)

Pero sólo tres años después, otro gallo nos cantara. Porque a Castellani le ha agarrado una cosa con la obra de Paul Claudel que es cosa seria. A uno de sus corresponsales de Nova Friburgo le da parte del asunto.

¿Conoce a Claudel?

A mí me lo revelaron los artículos del P. Joseph de Tonquedéc (*Études*, 1917) y habiendo podido adquirir muchas de sus obras, estoy verdaderamente entusiasmado con él... ^(x)

Ya; en el trabajo que menta Benítez subyace pasión que emerge con grandísima fuerza en sus ardientes comentarios y glosas y ese mismo entusiasmo seguramente será la base de su despegue como crítico literario. Claro que a los de nuestra generación les resulta harto difícil compartir el gusto de Castellani por el dramaturgo francés. Tal vez porque Claudel tiene esa cosa de los franceses que se nos antoja indefiniblemente pomposa y prosopopéyica, esa suerte de pose esteticista y ese catolicismo moralista de tenues sombras jansenistas que nos deja perfectamente fríos. Su correspondencia con Gide muestra al catolicón de principios de siglo que exhibe una religión bastante repulsiva y su falta de humor es la seña y santo de su esencial falsificación.

(Leyendo el epistolario cruzado de ambos franceses, me sorprendí más de una vez simpatizando con... ¡Gide!).

Pero, bueno es decirlo, en su tiempo, Claudel dio mucho que hablar y el inteligentísimo Louis Bouyer reconoce que inquietó mucho a sus contemporáneos... con lo que, dice, se ve en qué andaba el catolicismo de entonces. ^(x)

Eso, sin contar con aquellas cositas que, con el pasar de los años, le harían cambiar de parecer al mismo Castellani:

-Yo soy simplemente un estudioso, un aplicado «fort-en-thème», un humanista. Delante de los veros genios, me achanto.

-¿Y por eso has estado adorando a Claudel 40 años?

-Solamente de los 24 a los 30 -pongamos 35. Después comencé a verle flacos... ^(x)

Claudel representó mucha cosa para el Castellani veinteañero, sobre todo porque había logrado poner en poesía todos los temas que por entonces le interesaban: su conversión fulgurante al catolicismo, la crítica a la modernidad, la belleza de toda la creación, toda la gama de amores (desde el místico hasta el adúltero), el culto a la tradición de Occidente, y, sobre todo, Dios.

Dios está en la obra de todos los grandes poetas, aunque sea odiado como en Vigny, negado como en Swinburne, calumniado en Leopardi, escarnecido en Heine, blasfemado en Shelley, insultado en Carducci; está con su Amor en Juan de la Cruz, con su Conocimiento en León, su Iglesia en Prudencio, su Presentimiento en Verlaine; y en los poetas malditos, Rimbaud, Baudelaire y Byron con su justicia; y con todo junto en Dante.

Si nos obligaran a definirlo en la obra de Claudel, diríamos que está en ella como último Fin del Hombre. ^(x)

Mientras tanto, Castellani ha comenzado a hacerse conocer: entre 1928 y 1929 publicó treinta y un trabajos si sumamos las fábulas, poesías y ensayos de crítica literaria. Para un joven de esa edad, la producción es notable por la cantidad y calidad.

Pero además recibirá un espaldarazo del mismo Claudel quien le dirigió una cordial epístola en agradecimiento por

el largo himno de admiración que me ha consagrado en cinco números consecutivos de *Estudios* en Buenos Aires...

No muchos porteños en aquellos años podían presumir de recibir una misiva de Claudel, por entonces en la cima de la gloria (aunque el franchute, característicamente, en su carta-agradecimiento habla de sí y nada del trabajo de Castellani. No importa, es de Claudel, y los jesuitas lo vocean a los cuatro vientos). ^(x)

Castellani está sacando, por lo menos ante la Compañía y el grupo de *Criterio*, chapa de escritor. Entre otras cosas, publicó una larga reseña (en tres entregas sucesivas) del libro del P. Grandmaison S.J. sobre Jesucristo.

Aún no había sido traducido y Castellani lo introdujo al público argentino.

Es alto el libro de Leonce de Grandmaison S.J. cuyas 1.000 páginas han comido mis vacaciones. ^(x)

En esta larga y sesuda reseña de un libro «grande como una vida» (así lo llamó Benítez), Castellani comienza a mostrar las uñas: por de pronto su capacidad de asimilación y síntesis; pero también, va metiendo en el ruedo sus propias lecturas y conocimientos de lenguas y literaturas que son la base de la exégesis. Bien puede aplicársele lo que dice del francés:

Los materiales del P. Grandmaison no están amontonados en fichas, sino animados en ciencia.

(Entre paréntesis, le ha echado sombra a la pobre reseña del P. Nicolás Buil S.J., mayor que Castellani, especialista en Escrituras, autor él mismo de una «Vida de Jesús» y que venía comentando los Evangelios en *Estudios*. Sí: la reseña del libro de Grandmaison hecha por Buil parece trabajo poco serio al lado de lo hecho por nuestro autor.) Castellani está haciéndole caso al P. Réboli S.J.:

Un profesor mío de Literatura muy querido me suele repetir de palabra y por escrito, entre otros muy buenos, este consejo: «Cultive la poesía como entretenimiento. La vida de la Compañía no es poesía sino prosa pura, aunque dé gran gloria a Dios. La poesía es una deidad peligrosa. Nosotros necesitamos estudios serios y macizos».

Sí, los trabajos sobre el Dante, sobre Claudel y el libro de Grandmaison ciertamente fueron «estudios

serios y macizos» de «prosa pura». Pero Castellani nunca fue tan prosaico como Réboli (y otros) querrían.

Siempre me he rebelado contra esta concepción, instintivamente al principio y ahora razonadamente...

Vate... el poeta no es un sacerdote, pero es como el sacristán que recibe las ofrendas para las misas. Su trato no es de las cosas sagradas, sino de las temporales; pero es para volverlas sagradas por la vía de la inteligencia. La Belleza de las cosas que es propiedad intelectual (ea quae facta sunt intellecta) sirve para elevarnos a la Belleza Divina (Invisibilia Ipsius). Y el poeta es el nacido para arrancar a las criaturas esa gabela de alabanza de que son deudoras. Misión que no deja de ser verdadera por más que muchos le sean infiel y la prostituyen... ^(x)

Durante el verano de 1928/1929 ha estado de vacaciones en la hermosa quinta que poseían los jesuitas en Martínez. Allí medita durante la mañana sobre el Evangelio. De *Candelaria*, una poesía que hizo época, podemos deducir cómo se las ingeniaba su alma para contemplar y contemplar.

*¡Vacaciones en la barranca! Cursillo de Teología experimental
Dictado por el río, cien árboles, el cielo y un cardenal.
¿Cómo voy a arreglarme en 15 días solamente para tragar
Tanto azul y tanto verdor y toda la plata del mar?
Y anoche una noche negra arropada en terciopelo con mil diamantes para mí
La brisa de leche, los grillos y ranas, y no poder dormir
A causa de una nostalgia ignorada y nuevo fervor juvenil
Y el manso silencio, y la luz color de marfil.
Y ahora el alba niña, pero es el tiempo de la meditación.
¿Qué le importan al mundo mis metáforas y una nueva descripción?
¡Aquí estamos los dos solos, soy pobre, hay que trabajar, Dios y yo!
Hay que discutir al momento los terribles negocios que tenemos entre los dos.*

Es éste un momento interesante: Castellani escribe rezando y reza escribiendo. Ahí tienen ustedes un ejemplo de su «interminable crucifixión interna», esa que le trataba de explicar a Barletta.

*Dios mío, dignaos hablarme bajo el relámpago del naciente sol
Acerca del Evangelio de la Purificación
Los 40 días legales, la Virgen y el Niño y el viejo Simeón.
Oh Dios, qué cosas lejanas, y qué difíciles son.
¿En estas cosas antiguas está la vida y el don?
¿Es posible que sean el remedio de todos los males de hoy
Esos cromos de sacristía y toda esta historia idílica que pasó
En el tiempo de los romanos, en Judea, un tal Cyrino gobernador?
Pero no, si es de ahora todo, si la Virgen viene ahora
Alma mía, la Virgen vive, y no ha dejado de ser Nuestra Señora.
El es como el sol gigante, ella es limpia como esta aurora
Por el camino de tennis, se oye el arrullo del par de tórtolas.
Teofilacto pondera la humildad y la pureza San Jerónimo,
Pero mi exégesis es más sencilla, yo soy un indocto:
La Virgen pura y el Niño presentado purifican y presentan todo
Y si no fuera por ellos dos, no tendrías esta hora de oro.*

Es larga esta poesía de Castellani, y no querría recargar excesivamente este libro con su

transcripción completa. Con todo, para darnos una idea del alma de este joven, es necesario ver un poco más:

*¡Candelaria! Misa doble mayor con la bendición de la cera
(Este Niño que levanta ahora el cura es la Hostia que ofreció la Madre aquella
Es el mismo Cuerpo que levanté yo en dos palos cruzados sobre la tierra).
Misa de los cirios en la dulce mañana, en la mañana símbolo y no tregua
En la catedral de la mañana surcada de cantos de pájaros y a la vera
Del Mar Dulce que toca el armonium y del jasmín del país que incienso...
Pero entonces ¿qué quieren esta lágrimas, y qué es esta súbita pena?
¡Oh Belleza! si remueves mi alma, siempre en el fondo hay un montón de sal.
¿De qué me sirven todas estas cosas si no las puedo comunicar?
¡Como a Simeón y todos tus santos, como a Ana y el cielo y el mar
Dáme, oh Dios, la palabra inteligible que te traduzca bien o mal,
Dame la gracia de hablar en lenguas y enséñame a profetizar!* ^(x)

Como siempre, la poesía de Castellani divide las aguas y no puedo sino simpatizar con quienes objetan cosas como «*el camino de tennis*» o (en otra parte) «*la pobre ciudad enferma y llena de socialistas*», por más ritmo que tenga. De todos modos he querido transcribir buena parte de esta poesía para mostrar que él siempre entendió (y pienso en el vocablo francés: «*entendre*» significa en primer lugar «oír») que los versos así debían constar. Ninguna crítica -y las tuvo a rolete- lo iba a hacer cambiar de parecer. Lo cual no quita que, como dice don Roque Raúl Aragón,

La prosa del P. Castellani es extraordinaria, es una prosa magistral, una cosa que tiene melodía, que tiene musicalidad y por supuesto, vuelo poético. Además, una admirable precisión en el lenguaje que la ha conquistado él en el estudio de la lengua y en el estudio de las otras lenguas que ayudan al conocimiento del castellano, como el latín y el griego. En cambio, en la poesía, se ve un envaramiento constante -en los versos quiero decir...

La obra de Castellani es primordialmente poética, aun cuando escriba como filósofo o sobre temas de filosofía: siempre está el poeta rebasándolo; pero en los versos aparece encorsetado, como si la musicalidad propia del verso lo obligara a ceñirse a formas contrahechas que no permiten hacer un gran poema y no dejan que la gente recuerde sus poemas, aunque los admire - porque son poemas inteligentes..., él es un hombre de un talento superior. ^(x)

Comenzamos este capítulo quejándonos un poco de que no pase nada. ¿No pasa nada? Bueno, algo sí está pasando.

En mayo tuvimos cambio de Provincial. Al R.P. Ramón Lloberola sustituyó el P. Luis Parola, que era maestro de novicios, después de hacer la profesión de 4 votos, pues era coadjutor espiritual. El P. Parola es joven (40 años), nacido en Italia, pero argentino de educación y ciudadanía. Fue profesor mío siendo maestrillo en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y a él le debo mi vocación. ^(x)

¡Parola Provincial!

Al finalizar el noviciado, el P. Mariano Castellano le había profetizado a Castellani lo que se cumplió con toda exactitud: «Te asfixiarás en Devoto». Claro que Castellani no sabía qué afecto inspiraba la profecía del Padre Castellano. O por lo menos, jugaba con la ambivalencia de sus sentidos: te asfixiarás por culpa de Devoto, te asfixiarás por culpa tuya, te asfixiarás porque vos y la vida religiosa no son términos compatibles, te asfixiarás...

Muy pocos años después, Castellani comenzaría a tomar noticia de lo que, por ahora, no parece registrar: algunos de los jesuitas más convencionales ya han comenzado a molestarse con él: el P.

Blanco, por ejemplo, director de la revista de la Compañía, «*Estudios*», también profetizó en términos lúgubres que Castellani «se ca...erá en Europa». (x)

Blanco y Castellano son sólo dos de una generación de jesuitas que desconfiaban de nuestro héroe: su estilo desenfadado, su falta de aplicación en rúbricas y formalismos, su percepción estética de la realidad y su inteligente crítica del régimen de estudios los molestaba (¿y cómo iba a ser de otra manera?).

Razón de más para elogiar al P. Parola por su decisión: por descontado que su decisión de enviar a Europa a este joven contó con la oposición del P. Socio y de algunos más.

Castellani, como que ni se entera de todo esto y el entusiasmo que ahora lo desborda hará que olvide las pequeñeces y miserias de la vida en comunidad: ¡es tan fácil perdonar cuando uno está en la buena! Tal vez por eso, le escribe al P. Castellano con tan grande intimidad.

Por mí no sabe V.R. que Dios queriendo voy a Roma en Octubre; aunque por P. Provincial lo sabrá. Con la borrachera del primer día que lo supe lo hubiese dicho a todo el mundo y no sé cómo no lo dije; pero ahora es otra cosa.

El hervor del afecto alegre, que me sentía un peso enorme sacado de encima, más livianado que un pájaro, un convaleciente o un hombre a caballo; que me parecían las paredes del Seminario rosadas, el Hno. Vallejo hermosísimo y las clases del P. Rosanas estupendamente interesantes -se ha complicado pronto de ideas y afectos que lo convierten en esa cosa compleja y grave que según los psicólogos es la felicidad posible en esta vida.

Amor le llaman, y según el Kempis es «*stabilis circumspetus quietus*». Porque al fin y al cabo el beneficio recibido de Dios y la Compañía es una nueva cadena: y las cadenas aunque sean de oro estorban para bailar y no dejan dar zapatetas.

Desde que amor aprendí (desde que la Compañía hizo esta gran confianza en mí) me he tornado grave y serio un soplo de misterio háse aposentado en mí. (x)

¡Qué loco este hombre! Y se ve que cuando está muy contento le gusta bailar a solas. Años después uno de sus personajes más señaladamente autobiográficos, el cura Duca D'Elía,

hizo una cosa como suya: se puso a bailar un malambo. (x)

¿Tiene un «malambo» Castellani? Bueno, en realidad, muy pocas veces salta así de alegría, razón por la que habría que detenerse un poco aquí, en este cuadro de la vida de Castellani, a contemplar por un minuto a este joven que salta de alegría porque se le cumplen todos sus sueños: difícilmente lo volveremos a ver tan contento como hoy.

Castellani no lo sabe, pero en octubre se derrumbará la economía del mundo. Castellani lo sabe, ¡en octubre se va a Roma!

Yo querría entonces quedarme un ratito con este tipo, loco de contento, tentado de «dar zapatetas», entusiasta como el que más, alegre... feliz. Pero volvamos unos meses atrás. ¿Cómo era el ruego aquel con el que terminaba su poesía en la quinta de Martínez?

Dáme, oh Dios, la palabra inteligible que te traduzca bien o mal,

Dáme la gracia de hablar en lenguas y enséñame a profetizar.

Ahí lo tienen, ahí está él: es un joven estudiante de Teología, tiene pensado ocupar sus vacaciones en comentar un libracó de Grandmaison y estudiar, solo, el alemán. Está frente al barranco de la quinta de los jesuitas en Martínez; es la fiesta de la Candelaria de 1929 y se ha conmovido a punto de lágrimas: le pide a Dios le conceda la palabra inteligible para mejor darlo a conocer, el hablar en lenguas y profetizar...

Ya ven ustedes cómo le fue concedido.

*

Castellani supo reflexionar alguna vez sobre la increíble ignorancia de quien no tiene una Tradición detrás suyo. Sí, claro, y resulta increíble lo que tienen que sufrir quienes sí cuentan con una Tradición de respaldo frente a los devaneos de la Modernidad. A ver si me explico: La Modernidad, quieras que no, (elijan si quieren la teoría conspirativa o la del natural fluir de las cosas -da igual-) desea terminar, barrer, acabar con la Tradición. Y bien, vean un poco: porque se trata de que una generación le pase a la siguiente el mensaje, los tesoros, los ejemplos, la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos, la Modernidad tratará de interferir en este proceso de comunicación. En la «Era de las Comunicaciones» se tratará de interrumpir esta Comunicación suprema que llamamos Tradición. Antaño, un monje medieval se tomaba una vida para copiar a Virgilio, otro invertía décadas enteras en pintar un mural, este de aquí glosaba la Escritura, el de más allá ensamblaba en amorosa orfebrería los comentarios de los Santos Padres. La Tradición aparecía entonces como una larga cadena viviente en la que, humildemente, los mejores tratan de absorber cuanto puedan y, luego, transmitirlo a los que vienen detrás: arte, docencia, periodismo, instituciones, ceremonias, rituales, vestidos, edificios y recitados intentaban conservar viva esta cadena, eslabón tras eslabón. Y si alguno podía enriquecer lo que recibía con algún aporte... mejor. (Es la diferencia entre conservadores y tradicionalistas: los primeros saben que nadie da lo que no tiene; pero los segundos saben además que es mejor dar que recibir). La Modernidad no quiere saber nada con todo esto: odia este legado, desprecia el pasado y por eso, instintivamente abjura del ayuno, de la música sacra, y de las devociones antiguas; la Modernidad quiere destruir el mundo antiguo e inventar otro, mejor. Por eso, como Jano, la Revolución Moderna tiene dos caras: una, negativa, se empeñó en destruir la Tradición y la otra, positiva, se volcó por entero al Progreso Tecnológico -en lugar de conservar, inventar-. Recostándose sobre el costado inquieto del hombre, sobre la parte inestable y de desasosiego que todo hombre lleva a cuestas, han logrado que esto último parezca infinitamente más atractivo. Ahora, cuando el progreso tecnológico se alzó con los medios masivos de comunicación... ¡listo! La Cristiandad estaba lista. Todos los antiguos medios de comunicación fueron barridos del mapa: la campana que llamaba al Angelus, el luto de las viudas y la bendición de la mesa... ¡suprimidos! Otros medios de comunicación fueron bastardeados: los días de fiesta transformados en orgías consumistas, la música sacra profanada hasta el ridículo y la exégesis de la Escritura disecada en las escuelas racionalistas. La Modernidad se alzó con casi todos los medios de comunicación y pudo entonces interrumpir el silencioso mensaje que se pasaba de generación en generación. El diario, la radio, el cine, la T.V., últimamente Internet, impusieron su estilo plebeyo, su esencial superficialidad, el picoteo fuera de contexto. La sesuda palabra oral y escrita, con el debate de ideas, que contaba con la formalidad necesaria para transmitir los tesoros acumulados durante veinte siglos de silenciosa y pensativa conversación, ha sido arrasada. Empezó el «zapping». Y todo eso no es nada: porque la Modernidad entró también en el seno mismo de la Iglesia distorsionando el Medio de Comunicación Social por excelencia que siempre había sido la liturgia. Abolieron el latín, el gregoriano, el rosario y el incienso. Se terminaron los solemnes rituales, desde el bautismo hasta el último exorcismo de la extremaunción (que ahora ni siquiera se llama así). Las oraciones antiguas, el lenguaje preciso de la escolástica y la retórica sagrada con firme pie en el Evangelio fueron reemplazados por el lenguaje plebeyo y chabacano de los psicólogos y periodistas (sus analogías

abrean del analogado mayor: el mundo del fútbol), la música «de onda» y el pastor electrónico. La exterioridad de la Misa pasó de Sacrificio a Show. Por eso, Ticio, ahora, se siente peor que nunca. Tiene que ir a Misa los Domingos, y no es que tenga sueño: tiene miedo. Se le ocurre que el día menos pensado, por cumplir con el precepto dominical va a perder la paciencia, el tino y, en una de esas, ¡Dios nos ampare! la fe. Ticio, además, no tiene mayor estímulo para la tarea de siempre: «contemplata aliis tradere». No hay más «traditio». Una letanía acompaña su tarea de escribir un libro sobre Castellani: nadie te va a leer, a nadie le importa, lo pasado pisado. El grito de Chesterton (¡déjense de comprar y de vender y pónganse a mirar!) ha sido sepultado por los gritos de los «traders» de hoy... Ticio está deprimido. Menos mal que Castellani, Chesterton, Lewis y algunos más vieron venir todo esto. Chesterton nos recuerda que no hay mal del mundo moderno que no se remedie con una buena carcajada. Lewis nos enseña a leer viejos libros. Castellani nos repite a cada paso que nadie nos pide vencer. Sólo que no seamos vencidos. Los tres toman cerveza, fuman en pipa, nos consuelan con remotísima sabiduría, ríen y festejan cada lance, cada batalla, cada victoria. Y mientras tanto, aguardan pacientemente, del otro lado del barranco.

*

Capítulo XII

PARA SIEMPRE

Roma

1930

*El que me escuchaba me llamaba dichoso
y el ojo que me veía, daba señas en favor mío.*

Job 29:11

Ya sabe que el vapor parte para Génova el 24 de octubre y los acontecimientos se precipitan: entre el anuncio del Provincial y esa fecha no le han quedado más que unos meses para dar dos materias más. Pensó en ir a Reconquista a saludar a su madre y a su abuela, pero no ha podido ser; en cambio, doña Catalina vendrá a Buenos Aires para la gran despedida.

Los Castellani están de fiesta.

Así como el recién titulado que ha obtenido con las solemnidades de rúbrica la mano de la novia cuyo recuerdo le acompañó en los seis horribles años de Medicina inmediatamente después del sofocón, siente que tiene que poner casa, y para eso sacar 900 \$ limpios mensuales y para eso fundar un *Sanatorio Castellani* y para eso crear fama y para eso trabajar hasta el surmenage y no largar los libros de modo que las buenas gentes de Reconquista digan: «Pero qué muchacho más serio ese Carchín Castellani. ¡Qué suerte que ha tenido Tinuta con sus hijos!», y las muchachas miren a Isabel Vizcay con cierta envidia...

Así también cada vez que el Leonardo Castellani verde que cada uno lleva dentro de sí se pone a hacer castillos de aire, a bailar en un pie y gritar «¡Roma!» como un diletante, Don Amor Meus le pone la mano pesada (*pondus meum*) sobre el hombro, y le hace una reflexión que lo deja helado:

«Mi querido amigo, supongo que se ha enterado que va a Roma a estudiar, estudiar, a estudiar Theologia, Theologia escolástica, Escritura, Filosofía, Alemán e Italiano. Alégrese, mi amigo, de haber sido elegido entre todos sus hermanos para trabajar más que todos, trabajarmásquetodos, y después servir a todos».

Pregúnteles si no han notado una mudanza en mí a los comensales del conciliábulo que se sienta por la noche. Así como los viudos que asisten a una despedida de soltero al oír el brindis del novio dicen en voz baja «No es tan malo. No es tan calavera como pensábamos. Tiene también sus principios, ¿y quién sabe si el Matrimonio no le asienta la cabeza y se hace un hombre útil? así también los viudos Bermúdez Vignoli y González Rafael, empiezan a pensar entre sí como noto en sus actitudes: «¿Acaso el Orden no es un Sacramento conferidor de gracia como el Matrimonio? ¿Quién sabe si la gracia de estado no convierte al H. Castellani?». [\(x\)](#)

En medio de tanto júbilo, con todo, realizará un gesto raro. Allí en el Salvador, hay un desván que antiguamente funcionaba como dormitorio de los pupilos. Castellani asienta sus iniciales con saliva sobre una de las polvorientas mesas.

Polvo eres y al polvo volverás. No sé por qué lo hizo, y sé que lo hizo porque está asentado en sus diarios. Da la impresión de que quiere dejar constancia del general desaliño del Colegio y, en particular, del poco uso que se hace de las mesas de estudio.

De cualquier manera y como quiera que sea la cosa, él ahora se va a un lugar donde todavía se estudia, se goza con los libros, las investigaciones, los debates y el enorme gusto de buscar la verdad.

Y está loco de contento. Con esta clase de alegría y entusiasmo, este Castellani «verde» que dice él, se embarca en el «Duilio» rumbo a Génova. Doña Catalina ha venido a despedirlo (no hay plata para

que vengan los demás). Pero Nelly, su ahijada, ha salido por un día del internado de monjas donde cursa sus estudios y también formará parte del pequeño comité que lo acompaña al puerto. Por supuesto, Carcho, el flamante médico, también estará allí para revolear un pañuelo blanco mientras muy lentamente, el transatlántico se aleja del muelle y busca el canal que lo lleve hacia alta mar.

Viajes eran los de antes. Tres veces Castellani cruzaría el Atlántico, aunque nunca tan contento como esta primera vez.

Me ha traído a la memoria, no sé por qué, las excursiones de montaña: la euforia de la media mañana, después de unas tres o cuatro horas de marcha, la luz suave de las diez, el aire templado, el rocío que deja perfumados a los bosques, las primeras mariposas, el sendero todavía bastante llevadero, con sus simpáticos meandros y sugerentes vistas... ¿seguimos? La esperanza intacta de llegar a la cima, no han aparecido aún los tábanos, la sed ronda pero no aprieta y no tomamos agua, el paso es ágil y elástico, la mochila como que no se siente... lo que no quita que, cada tanto, nos detengamos a descansar, cuestión de método.

Entonces uno enciende un cigarrillo y mira hacia atrás, para darse ánimo, para distraerse, para calcular distancias y reconfortarse con la visión de lo ya hecho.

Veamos un poco: Castellani fue al mejor colegio argentino -que pasaba por su mejor momento- donde se destacó en sus estudios por su aplicación y escrupulosos esfuerzos de memorización; pasó por un severísimo noviciado donde vivió en carne propia los efectos de una espiritualidad malsana que comprometió su salud.

Después pasó por un intenso período de estudios clásicos donde rehizo con cuidado el tramo humanístico de su bachillerato (no será mago, ni será Merlín, pero aprenderá bien su Latín); estudió doblemente la filosofía en el Seminario de Devoto (Suárez en clase, Santo Tomás solo); fue destacado como docente a uno de los colegios más señalados de la clase dirigente argentina: vio la clase de clase que era... ^(x) y vio que esa clase no podía dirigir nada por el sistema enciclopedista de los estudios, por la pobreza de los profesores, por las deficiencias del sistema escolar que lo regía. Abocado a completar sus estudios con la Teología, vio confirmadas en Devoto sus peores sospechas, el nivel de enseñanza era deplorable y la formación que allí se impartía a los clérigos hacía agua por todas partes.

Antes de cumplir 30 años, había visto y oído cuanto había en el país en materia de humanidades y formación humanística. Su diagnóstico era pesimista y tenía, en primerísimo lugar, terror de caer en esa cosa tilinga que es la mediocridad argentina, la dominante afición por el macaneo, con su consiguiente carga de arrastre que es la pomposidad, la solemnidad, el acartonamiento y el culto de formas exteriores: en fin, todo el andamiaje exterior que se monta en este pobre país para disimular la esencial ignorancia de los doctores, la constitutiva indigencia de la inmensa mayoría de educadores y educandos. (Por eso, a Castellani le gustaba citar lo de Montesquieu: la solemnidad es la inteligencia de los imbéciles). En ese contexto, sólo en ese contexto, se comprende que Dios no quiso mandarlo a Europa hasta que pasara por lo mejor que había en la Argentina. Una vez que tenía bien en claro que eso no era suficiente, luego, recién entonces, podrá calibrar el privilegio que es ir a una de las mejores universidades del mundo.

El primer día que llegué a Roma en 1929, tuve que ir a clase; las tres clases que oí ese día (Hoenen, Boyer y Lennerz) me hicieron escribir de inmediato al que me mandó a la Gregoriana, el Provincial Luis Parola:

«Con este solo día está pagado el viaje y valía la pena venir: hoy sé lo que es un profesor de Teología y lo que es Teología».
(x)

En el viaje Castellani descubrió que no era buen marinero y los primeros días tuvo que soportar esos molestos mareos que tan mal lo dejan a uno; pero después de unos días se acomodó y disfrutó de la travesía como cualquier buen contemplativo. Hemos dicho antes que siempre le gustó el mar. ¿Vemos otro ejemplo de eso? En carta a su hermana «Muñeca» le describe una tormenta.

La deflagración y degradación de la espuma a los dos costados del buque sobre el mar de tinta, o mejor aún, de Nada, hacía la impresión de que el buque anduviese por la arista de dos planos inclinados en intersección.

A los dos costados del buque sobre el agua negrísima, más que la noche, la espuma rabiosa brotando a escopetazos y distendiéndose en chales de seda vegetal, flecos y copos fosforescentes; unos cuantos metros más de hulla líquida, de alquitrán fundido en monstruosas ampollas tumefactas, visible por los chispazos de la espuma; y más allá la nada, el vacío, el abismo, la carencia absoluta, como si este enorme zoquete tembloroso de madera y fierro con unos metros de agua enloquecida adheridos a sus flancos cruzase silbando y crujendo los espacios interplanetarios, satélite oscuro, asteroide perdido en una catástrofe cósmica, aerolito sin brújula... Yo hablaba con el mar, expresándole mi admiración, y me decía: «¡Ta madre! ¡Si este quisiera comernos!» (x)

Con el tiempo Castellani depuraría considerablemente su estilo, cargado -como en este ejemplo- de imágenes, analogías, adjetivos y adverbios en ringle, un poco ceñidos, con una «compresión» que pide la lectura en voz alta... medio sonriendo. El se la pasaba buscando modos y maneras de decir lo que veía y sus diarios están llenos de frases sueltas donde ensaya una u otra manera de expresarse. Su diario de viaje está lleno de párrafos sueltos donde se lo ve tanteando, esforzándose en hallar las palabras que digan lo que es:

El disco azul macizo vermiculado, erizado de crestitas incansables. Como la piel de un monstruo pelado y blando que se estremeciese en carne de gallina.

De estos y otros ejercicios va a salir el prosista argentino que nos conocemos, considerablemente más económico, sí, pero imbatible a la hora de decir las cosas como son, en pocas líneas.

Comprimidas.

Una larga experiencia de lecturas castellanianas revela que hay que leer sus escritos unas cuantas veces para sacarles todo el jugo. En particular, sus obras extensas (pienso en Los Papeles de Benjamín Benavides) tienen tanta cosa trenzada que se puede leer con renovado provecho una y otra vez.

Pero nos alejamos un poco de nuestra historia mientras el «Duilio», ese antiguo vapor de bandera italiana, se acerca al puerto de Génova al que llegará el 8 de noviembre. En la antigua ciudad Castellani no estará más que dos días, parando en la residencia de la Compañía (Chiesa di Sant’Ambrogio-Piazza Ferrari); no lo recibirán con bombos y platillos, ni mucho menos. Claro que él sabe interpretar ese aparente desdén.

Figúrese la tarde que pasaría un jesuita portugués o francés joven o quien llegase a la residencia de Regina un día de muchísimo trabajo, medio enfermo y cansado, y se encontrase la casa sin portero y el primer padre que topase, el P. Noguera. (x)

Aquí querría detenerme un instante en el trayecto del viaje que va de Génova a Roma. Interesa porque la segunda vez que haga ese recorrido, dentro de 18 años, también le pasarán cosas graciosísimas. En este primero, mantiene una interesante conversación que le referirá a su amigo Suárez:

-Dunque lei è americano?

-Sissignore.

-Io ho un cugino a New York, a Fifth Avenue, 85...

-Sono americano del Sud; della Argentina.

-Ah, capisco, Reverendo, da quelle parti di Buenos Aires e Matto Grosso?

-Ecco, proprio di là.

-Veda, anche ho un zio a Temuco nel Chile que é molto religioso, sei forse lo conoscerà... ^(x)

Roma. Cuatro letras, siete colinas, 25 siglos, cientos de papas, miles de nombres ilustres, gestas sin par, edificios fabulosos, tierra de mártires, de héroes, de arquitectos e ingenieros, de escultores y oradores, de estadistas, de santos, de poetas y soldados como nunca se había visto antes, como nunca se volverá a ver...

Roma fue al mundo tribunal y foro campo de Marte, templo de las leyes en el tiempo que el cónsul a sus bueyes volvía, libre del pretil sonoro.

Después fue catedral, mármol y oro cuando de Europa congregó los reyes los nuevos pueblos y las vastas greyes con la bélica cruz y el santo coro. ^(x)

¡A la pucha! ¡Roma!

El H. Dantoi me llevó a S. Ignacio a ver las tumbas de Luis y de San Juan Bermarchs y los preciosos altares de Le Gros. Después al Giesú barroco, el mejor altar de Roma, joya de riqueza severísima, y la sepultura de N. S. Padre y después como un relámpago el Tíber, la casa de Dante, el Palatino, el Ganículo, el Foro Itálico, el Foro Romano, la columna trajana, la estatua de Adriano, el monumento de Víctor Manuel, dos fuentes, la Domus Aurea de Augusto, el Palacio Venezia de Mussolini, la gran Sinagoga, el templo de la Fortuna, excavaciones recientes, el Colegio Romano, las cámaras de San Luis y Juan Bermarchs...

Cada una de estas cosas pide una hora entera delante de ella, rezando, pensando o poetando y algunas un día entero sin comer y llorando delante, como la tumba de San Ignacio; pero yo con dos minutos, una emoción vivísima que se levanta y es muerta por otra más viva enseguida como olas que rompen sucesivas, volví a casa con la cabeza como avispero.

Pero me alegro de este atracón de Roma, de esta disparada a través de 25 siglos, que me ha dejado junto con el cansancio una impresión indefinible y honda... ^(x)

A la semana de estar en la gran Ciudad, su diario registra el impacto que le hace.

Enorme consolación de ver que al menos en una parte del mundo se ha rendido a Dios un homenaje en que el hombre ha dado todo lo que pudo: arte, riqueza, inteligencia, recuerdos históricos, belleza, devoción, lo mejor que tiene. Parece demasiado colosal para ser obra de hombres sino de la humanidad, o mejor aún de la Iglesia que compuesta de hombres es algo sobre los hombres.

No hay monumento en el mundo como este ni lo ha habido. Mejor que monumento es una cordillera de monumentos. No es necesario hacer esfuerzos de inteligencia o imaginación, trabajar, remover recuerdos literarios o datos eruditos para que San Pedro se le venga a uno encima: basta entrar y estar. Yo entré cansado de caminar, pies dolidos y mojados, no con humor de estetismos. Y empecé a dar vuelta de mala gana, respondiendo admiraciones por cumplimiento... Y antes de llegar al centro ya estaba «agarrado»; estaba mi alma penetrada y mecida por las ondas invisibles de inteligencia, armonía y amor que impregnan los inmensos muros y efluvian, ocupan, distienden el enorme espacio robado al aire frío de la tierra y abarrotado de maravillas para contener una tumba, un altar y una cátedra celestes, el palacio de Jesucristo Rey y la Iglesia de sus inextinguibles Virreyes. ^(x)

Muchísimos años (y cosas) después, Castellani escribiría con análoga unción.

No olvidaré fácilmente a Roma, donde conocí los dos extremos de la vida humana. Tampoco la humanidad la olvidará. Para hablar mal de ella como Ronsard o Lutero, tengo la boca atada.

Desde que nació Roma, fabulosamente de dos mellizos un águila y una loba, la Humanidad ha sentido hablar de ella: la tesis de San Agustín (obvia para todo providencialista) de que la Providencia preparó el Imperio Romano como plataforma de la predicación y encarnación del Verbo, es así sumamente creíble. ^(x)

Aunque, bueno, con el tiempo cambiaría de parecer, a fuerza de trabajos de exégesis sobre la Ciudad que tanto simboliza en la Escritura. ^(x)

Para Castellani Roma será la cifra y el signo de todas las paradojas, de todos los contrastes, de todas las ambivalencias que sufrió su agitada existencia. Ya ven ustedes como allí conoció «los dos extremos de la vida humana». Roma, para él, será, siempre, la Cruz, el emblema flameante de todas las paradojas.

Grande y chica mala y buena

Al correr de las edades,

Ciudad de horrendas maldades

Y de verdades divinas-

Sobre las Siete Colinas

Hay allí Siete Ciudades. [\(x\)](#)

Si no siete, al menos dos. En efecto, hay que tener en cuenta que Roma será en la exégesis de Castellani la clave de bóveda para interpretar pasajes difícilísimos de la Escritura y nunca dejará de tener en cuenta que

la destrucción de Jerusalén, y luego... el derrumbe del Imperio Romano étnico, [son] los *typos* del fin del siglo. [\(x\)](#)

Castellani, como digo, verá claro en esto:

En la Escritura jamás Roma es llamada «Ciudad Santa» o «Ciudad del Rey»; más al contrario, tanto en San Pedro como en San Juan (y en los Santos Padres que los continúan), Roma es apodada «Babilonia». «Os saluda la Iglesia que está en Babilonia» dice San Pedro en su Carta Primera [...] que fue la primera Encíclica Papal y la más importante de todas. [\(x\)](#)

En el soneto que citamos parcialmente más arriba, Castellani pintó cuatro grandes etapas de la Ciudad que sucesivamente representó al mundo clásico, la Cristiandad, el Fariseísmo y la sede de la corrupción más profunda. Y algo así le sucedió en su vida. Roma sería para él, en este primer tiempo, la civilización, la belleza, la Iglesia, la salvación, la verdad, la luz. En un segundo tiempo veremos que Roma será para él la corrupción del mundo, sede de toda doblez, Babilonia, su perdición, el fariseísmo, la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar.

Pero no nos pongamos dramáticos «avant la lettre». Ya habrá oportunidad de descender a tales abismos.

Llegado a la gran Ciudad se aloja en el

hórrido, feísimo, arrugado, maloliente, grotesco, Palazzo Borromeo. [\(x\)](#)

No se figura lo que es la Gregoriana, a pesar de las vivas descripciones del P. Añón. Enorme caserón lleno de vericuetos, viejo y entreverado como un tacurú, que dice el P. Restrepo, criollo de Colombia. Mucha y alegre santa pobreza. ¡Y nos quejamos de Devoto, bárbaros! [\(x\)](#)

Años después, recordaría ese edificio y los tiempos que vivió allí.

Vía de Seminario 14, Palazzo Borromeo. No se espante. Es una ruina, pero allí pasé mi juventud de estudiante, dos años y medio, los más angustiosos y gozosos de mi vida. Si ser hombre es ser sufrido y mañero, allí me hicieron hombre.

Fundada en el s. XVI, para cuando llegó Castellani de la Universidad Gregoriana habían egresado catorce papas, ocho santos canonizados y más de 30 beatos. Un «Libro de Oro» editado por entonces contaba como egresados de la Universidad en los cien años que van de 1824 a 1924-nada menos que

30 Cardenales, 307 Obispos y 42 Superiores Generales de Ordenes y Congregaciones Religiosas.

El porte, el tamaño, la envergadura del esfuerzo llevado a cabo en la universidad de los jesuitas era verdaderamente impresionante: Castellani será uno de los dos mil alumnos que se repartían en cinco facultades (Teología, Derecho Canónico, Filosofía, Historia Eclesiástica y Misionología) a cargo de un centenar de profesores.

Pío XI le había donado recientemente a la Compañía un edificio nuevo en el que funcionaba la gran Universidad, y los jesuitas habían retenido el viejo «Palazzo Borromeo» para residencia internacional, donde paraba Castellani. Este antiguo Palazzo daba sobre una callejuela de 5 metros de ancho (la Vía del Seminario) y tenía

poco de palazzo fuera del tamaño, como ocurre con otros «palazzi» viejos de Roma.

Era simplemente un caserón del s. XVII que se había ido derruyendo con la incuria; y a causa de tres siglos de refacciones y remiendos baratos, se había transformado por dentro en una especie de laberinto. La amplia portalada, que antes daba a un patio desnudo, daba ahora a un tabique que cortaba el pasillo, y tenía una puerta a un lado. La portalada no se podía ya cerrar, así que habían cerrado la entrada del tabique con una puertita de fierro... ^(x)

Castellani se registró en la Facultad de Teología con otros 108 teólogos de 11 nacionalidades que se entendían en italiano, el idioma internacional. Allí hará migas con varios de sus compañeros, entre otros, el futuro Padre Burns.

un inglés simpatiquísimo (viera que cara típica de británico dueño del mundo) que enseguida me preguntó por Feûrlong y por Hugo Wast, porque es literato. Anoche estuve en terna con él y un Hno. alemán (Sniffler, creo) que me habla del P. Pita.

Interesante cómo se reconocieron los dos, Burns y Castellani:

-Ud. estar en la guerra (esto en italiano chapurreado).

-Tres meses; en Colonia.

-Mí también frente de Colonia. ¿Al principio o al fin?

-Al fin.

-Mí también. ¡Entonces somos enemigos! (*Riendo*). ^(x)

Ha conocido también aquí a un tipo que le va a cambiar la vida: se trata del P. Tomás Travi S.J. que le recomienda retome el griego. Además, se confiesa con el P. Mostaza y se ha puesto a repasar su alemán.

A esta altura, Castellani domina mal que bien no menos de siete lenguas (las cinco lenguas vivas, castellano, italiano, inglés, francés y alemán y las dos clásicas, latín y griego). Eso, a sus treinta años, es una de las cosas que conviene tener en cuenta si queremos conocer a Castellani por dentro. No sólo por la proeza que representa para quien, quince años antes no era sino un campesino salido de una colonia de inmigrantes en el norte de Santa Fe...

Me refiero a otra cosa. Dicen que el tener otra lengua es como adquirir otra alma: si es cierto eso, entonces Castellani tiene siete almas. Y no cuesta creerlo.

¿Las contamos? El castellano le prestó a su alma la herencia más hispana, con su sed de infinito en forma de quijotadas corridas en las llanuras de la Mancha tras los molinos de viento o en las pampas criollas tras un horizonte siempre esquivo, la hidalguía pobre y el catolicismo impregnando las pasiones y los afectos, el humor directo y apologetico, hecho de siglos de cristianas costumbres; el

francés le dio a su alma una muy particular distinción, «esprit de finesse», razonamientos bellamente trabados, magníficamente formulados, el gusto por la dialéctica y la literatura en todas sus formas; el alemán lo confirmó en su original gusto por el acopio de datos, la afición por armar argumentos «barrederos», de esos que sólo se pueden formular (sin macanear) después de mucho, mucho estudio y memorización, el gusto de apuntalar con la autoridad del erudito cada una de sus afirmaciones; el italiano, que era su lengua materna, le dio flexibilidad de expresión y cordialidad suma, además de esa especie paradójica tan italiana de ir a las cosas de manera directa, sí, pero, por cortesía, con formas dialogadas, parabólicas, elípticas; el griego le dio la afición por las etimologías y la sabiduría de las palabras: el saber profundo que confieren los vocablos si se reflexiona sobre y desde sus raíces; el latín le dio la lógica incontestable, férrea y consistente de los romanos que pone orden sin suprimir toda la riqueza que se pueda juntar.

¿Y el inglés?

El inglés es Chesterton. En efecto, la lengua inglesa le franqueó el conocimiento en profundidad de la obra de Chesterton y no había ningún argentino por entonces que lo conociera tan a fondo. Creo que pocos han tomado nota del hecho: la difusión entre nosotros de la obra de Chesterton se le debe en muy buena parte, sobre todo por su excelente trabajo publicado allá por el año '30. ^(x)

Tengo la impresión de que esta lengua, su preferida, según confiesa muchas veces, fue de las que más influyó en el alma de nuestro autor... por influjo y virtud de Chesterton. Por lo pronto le dio «humour» y esa rara virtud sintética que los bárbaros anglos acuñaron entre brumas y verdes tan particulares; pero, más importante que eso, le hizo bucear en la literatura inglesa que terminó conociendo perfectamente. Después fue a Inglaterra, congenió con los jesuitas de allá (Martindale, Macadam y Burns) y terminó admirando el modo inglés del catolicismo.

Sobre todo, por su amabilidad. En esto, él anotó un poco impacientemente su propia explicación de la cosa

No ignoramos que [la] razón próxima de la amabilidad de G.K. Chesterton se inserta en otra razón general, que es la posición de minoría sin gravitación política, que es la de los católicos en Inglaterra. ^(x)

Desde luego, ninguno de los grandes católicos ingleses llegó a la perfección de cortesía, cordialidad y fina caridad que caracterizó a Chesterton (en esto como en tantas cosas, era imbatible), pero tiene razón Castellani desde Newman hasta nuestros días en Inglaterra se sucedieron apologistas que combinaron un apasionado amor a la verdad con un trato muy amable para con sus adversarios, lo que contrasta con la contraparte latina. «Matar el error y amar al que yerra», como pedía Agustín, es mandato especialmente bien cumplido por Lewis y Tolkien, Dawson y Hollis, Knox y el mismo Belloc (que era, como se sabe, menos inglés, y en esa medida... un poco menos amable. En cuanto a Lewis, ya sé que no era católico, no obstante lo cual... sí, ya sé que Evelyn Waugh destruye mi tesis, pero, bueno, ¿no será la excepción que confirma la regla?).

Ahora Chesterton... ¡Dios mío, cómo se hacía querer! Un tal Johnnie Mangan, chofer de la Universidad de Notre Dame, en los Estados Unidos lo recordaba años después cuando fue entrevistado por Maisie Ward:

Siempre sonreía. Siempre llamando a los chicos para que vinieran a conversar con él. Tocaría a alguno con su bastón para que se diera vuelta y jugara con él y se reía hasta sentirse mal jugando con ellos. Los chicos lo rodeaban siempre. Los de cuatro o cinco años, esos eran los que más le llamaban la atención. Le gustaba preguntarles cosas y si le contestaban bien, soltaba grandes

carcajadas...

Vino aquí a Notre Dame. Pesaba como 130 kilos pero nunca lo confesaba. Supongo que rompería una balanza común. Lo traje al edificio principal y se quedó atascado en la puerta del automóvil. El P. O'Donnell trató de ayudar. El

Sr. Chesterton dijo que el lance le hacía acordar al cuento de la vieja irlandesa: «¿Por qué no probaba de costado?» «No tengo costado». ^(x)

Wells, Shaw y todos sus adversarios en cuestiones de grande importancia y que suscitaban las pasiones más extremas siempre reconocieron en él esta afabilidad, esta amabilidad que lo distinguía de modo tan patente.

Tengo la impresión de que este espíritu jovial, ese talante solar, es lo único que Castellani no le pudo sacar a Chesterton. Lo demás es una deuda enorme: la convicción de que el mundo moderno está loco y que puede (y debe) combatirse con la locura cristiana; la importancia de la poesía, y el realismo más acendrado; el gusto por la paradoja, los niños y la creación toda; el deseo de revelar a Cristo en una novela policial o en un cuento de fantasmas; el enorme sentido del humor para encarar las cosas más graves y la enorme gravedad para tratar las cosas más nimias; la celebración de la amistad, el amor a la Edad Media, a la Tradición, al tabaco, al vino y la buena conversación...

Podríamos seguir, pero el lector ya verá: busque en Castellani una virtud y ya verá que en Chesterton está de manera ejemplar.

La gran diferencia entre los dos está en que Chesterton ingresó formalmente a la Iglesia los últimos años de su vida y no conoció, hasta donde tenemos noticia, ese signo tremebundo del fin de los tiempos:

Primero debe venir la apostasía...

que anunció San Pablo. Chesterton no vivió las amarguras que nos tocan en suerte a nosotros al comprobar que nuestros principales enemigos, detractores, perseguidores... son católicos. Y ésa es la explicación que doy de que Castellani no podía tener esa bonhomía que caracterizaba al Gordo (además de la «ola» modernista que nos sepultó después del '45). ¿Y bien? También gracias a esto que digo, hay temas en Castellani que no se hallarán en Chesterton y que para nosotros tienen urgentísima importancia: la recta inteligencia de las Escrituras, el fin de los tiempos y la gran apostasía que lo precederá.

Por otra parte,

Nadie es como quiere sino como puede. ^(x)

En fin, hay otra razón para el entusiasmo, el gozo, la alegría de Chesterton y que dio lugar a uno de sus mejores libros: Roma parecía resucitar.

Recién llegado, y para la fiesta de la Inmaculada, a Castellani se le ocurre ir a la lectura del decreto de beatificación de 136 mártires ingleses, entre los cuales se cuentan 21 jesuitas.

Uno se quiere salir por los ojos.

Estuve antiprotocolarmente parado todo el tiempo y con las manos haciendo pabellón de oídos. Menos mal que estaba en el último banco. Llegué tarde, llegué junto con... ¿a que no adivina?

Cómo iba a imaginarme yo que aquel viejo grande, de melena blanco-rubia nobilitando la cabezota, de jaqué y lentes de oro y facciones vagamente recordadas que subía la escalera a mi lado, era un viejo conocido. Pero no lo recordé hasta que un

Monseñor dijo a mi lado a un capuchino: «*Guardi quel signore bianco grande que siede nei primi posti... e un grande scrittore inglese. Non ricordo il nome*».

Solamente en aquel momento me vino súbito a la memoria el dibujo de Churchill que me regaló el P. Furlong y que he tenido tantos meses sobre mi mesa de Gilbert Keith Chesterton. ^(x)

Curioso este encuentro al que le asigno mucho más que el valor de una coincidencia espacio-temporal. Yo sé que no han conversado los dos, ni se han escrito, ni nada. Pero algo está ocurriendo en la Roma de 1930...

Es que hay un aire de alegría y entusiasmo por doquier y la muy británica Maisie Ward tampoco se pudo sustraer a eso, y no puede sino confirmar el juicio de Chesterton:

Aquellos de nosotros que estuvimos por entonces en Italia recordaremos siempre la verdad de la descripción que hizo de la vitalidad y felicidad que parecía desbordar en la gente. Giovinezza, belleza, oído en todas partes, no tenía el menor resabio de cosa oficial o hueca.

Italia estaba radiante de esperanza. ^(x)

También Castellani, también Chesterton... y no eran los únicos. Son los años en que Cole Porter escribe su famosa canción «*Eres lo mejor*». En la ingenua y humorística letra se hace un inventario de las mejores cosas del mundo, las que, según reza la letra, son poca cosa al lado de la amada a quien se la dedica: *you're the best*, tú eres lo mejor. Entonces, en el inventario de cosas excelentes, incluye al «Duce».

Mama, you're the top: You're Mussolini

Ese fue un «hit» indiscutido de los años '30. Sesenta años de propaganda han sepultado el entusiasmo de aquellos años (por ejemplo Victoria Ocampo se había entrevistado con don Benito y había vuelto encantada con el líder fascista), pero quiero dejar constancia de eso porque de otro modo, no entenderemos al Castellani que vuelve unos años después al país.

Yo residí en Italia en la época del auge del fascismo, cuando estaba en la cumbre, cuando estaba triunfando. Yo lo miraba con gran simpatía aunque aún no sabía mucho. Los jesuitas compañeros míos de estudios sí eran todos fascistas.

A Mussolini lo vi una vez en un discurso grandioso, colosal. Porque era un gran orador Mussolini... Aunque no quisiera [...] veía [los actos fascistas] porque tenía que venir desde la Universidad Gregoriana hasta la casa en donde vivía que le llamaban la «Vieja Gregoriana» o también el Palacio Borromeo. Y tenía que atravesar por muchedumbres de gente que estaban al pie de la Plaza Venecia, esperando que viniera Mussolini. Hacían una especie de liturgia preparando a la gente. Hacían anuncios desde el balcón, de repente tocaban una corneta, una especie de preparación del ánimo. Y después salía Mussolini al balcón y decía pocas frases. Unas cuantas frases. Tenía una fuerza enorme... como un león parecía cuando se movía. Decía una frase y dejaba pasar un rato, un momento. Y decía otra frase. De manera que los discursos de allí no eran discursos, eran comunicaciones muy impresionantes. Eso lo vi dos o tres veces pasando por la plaza de Venecia. ^(x)

Roma, 1930. El tratado de Letrán ha dejado chochos a los católicos. En Italia se vive un clima festivo que nada podrá empañar. Hitler no existe. La Guerra es un imposible. Lo de Wall Street no será para tanto...

y esta Roma modernísima y alegre que renace. Por algo dijo Chesterton hace poco: Resurrection of Rome. Roma, en todos sentidos, Ciudad Fénix. ^(x)

Sí, gracias al Duce.

Como dijo Mussolini una vez: «Todos se preguntan qué le pasará a Italia cuando muera Mussolini. A mí no me preocupa tanto qué le pasará a Italia cuando muera Mussolini, sino qué le pasará a Mussolini cuando muera Mussolini». Era bastante católico el tano. ^(x)

Lo cual no quiere decir que Castellani fuera fascista.

Hemos visto funcionar el fascismo en Italia, y hemos sentido simpatía por él, y sobre todo por su jefe; pero él fue una cosa italiana, que aquí no se puede copiar; y aunque se copiara, todas las imitaciones son malas en política: lo he dicho siempre, y lo ha dicho Aristóteles... a quien yo imito en política; y me va mal, justamente porque no hay que imitar en política... ^(x)

Es que por entonces, justamente, en la Argentina soplaban aires nuevos (¿o aires de imitación?) y se hablaba de una «Nueva República» de la que le dan cuenta a Castellani los muy entusiastas César Pico, Tomás de Lara, y aun el mismo Ernesto Palacio (tan desilusionado que escribió luego sobre ese asunto).

Castellani ha pasado una tarde inolvidable oyendo una conferencia de Chesterton en el Venerable Colegio Inglés donde se formaron muchos de esos mártires que acaban de beatificar. ^(x) Y además, más allá de que estamos en 1930, estamos en Roma...

Roma tiene estos saltos, va uno por una frenética calle moderna, cruza un vóculo y cae en una embalsamada aldea medieval. Pues bien, en la iglesia linda y oscura y solita que guarda el sepulcro de pórvido de Clemente VIII y donde un dístico hecho por Nicolás I rememora las cadenas de Pedro, está el coloso de la escultura de la rodilla herida, el gigantesco caudillo que acaba de volver la cabeza imperiosa (y todo el cuerpo sigue el movimiento sereno y magnífico que el escultor petrificó a golpes) el cuerpo grande y el alma grande del rudo bicornes figurados en una prodigio de técnica y de fuerza. ^(x)

Sí, es el Moisés de Miguel Angel. Castellani vive de encanto en encanto. Por lo demás, le ha caído un regalo del cielo en forma de visita de su querido maestro:

Sesión gloriosa con el P. Marzal. Por la mañana Museo Vaticano -por la tarde hora y media de charla. ^(x)

Ahora, el viejo jesuita será siempre igual de exigente: Marzal le ha dicho que si vuelve a Buenos Aires después de dos años de Roma sin más que haber hecho un poco mejor la Teología, le ha robado el dinero a la Provincia.

Difícilmente. Sólo estar en Roma e ir a una conferencia de Luis Massignon, tener largas charlas con el P. Boyer, oír la predicación del P. Vieyra («el más grande de la Compañía y el más moderno de todos»), o del P. Golía.

En la Pascua de 1930 oí en Roma un sermón sobre el cielo, del gran predicador italiano, Golía, jesuita. (Dijeron que Mussolini estaba de incógnito oyendo el sermón ése, pero yo no lo ví) [...] Aquel día, oyendo a Golía, lloré como una Magdalena. ^(x)

Castellani recibe bienes a manos llenas.

Fueron años importantes, felices. Tuve varios amigos, uno de ellos famoso, el P. Marandini, friulano... Yacon, también muy inteligente, veneciano... ^(x)

Además ha tenido una idea feliz: se ha comprado una edición en griego del Evangelio (el famoso Nestlé) que viene interfoliado con hojas en blanco (mit Schreibpapier durchschossen) que ha ido llenando de notas exegéticas. Esas notas serán la base de su comentario al Evangelio publicado veinticinco años después. ^(x)

Y por supuesto, conoció esa alegría universitaria tan particular (que como por arte de magia ha desaparecido después de la Guerra).

-Si osté ha estado en Roma, dígame ¿qué decía el P. De Groot en clase que hacía reír en los alumnos?

-Decía «reapsa» en vez de «reapse» -rió el Cura. ^(x)

Además, ha conocido al Cardenal Billot, el valiente defensor de Maurras.

Billot estaba retirado. Había tenido que renunciar al cardenalato por petición de Pío XI. Pío XI lo embromó. Es decir, Pío XI se asustó de Maurras y como éste le había escrito una carta muy elogiosa al Cardenal Billot, Pío XI le exigió que presentara la renuncia. Entonces renunció y se fue a vivir al noviciado de Galloro. Y se puso a corregir sus obras.

Yo lo vi dos veces. Hablé con él un rato. Pero lo oía hablar, en recreo, con los otros padres. Pero yo estudié toda la teología con Billot; es decir, con sus obras. ^(x)

El maurrasiano Cardenal tuvo gran influencia sobre Castellani como él mismo anotó en varios lugares.

En la Gregoriana tuve algunos buenos profesores, tres: Lennerz y Boyer, y en Sagrada Escritura, Rosadini. No eran geniales ni eminentes: los tiempos de Billot y Fránzelin habían pasado: eran buenos. A Billot lo visité en el Noviciado de Galloro, y seguí toda la teología por sus magistrales libros: su docencia estaba fijada para siempre en elegantísimo latín. Mis compañeros me llamaban «billotista exagerado»; y cuando se lo conté al ex-Cardenal, se rió y exclamó: «No hay que exagerar nada, ni siquiera el “billotismo”». Era un ex-Cardenal alto, delgado, de noble y hermoso aspecto; y terriblemente amargado por el choque con Pío XI. ^(x)

¿Castellani feliz? Bueno, algo así. Porque, de todos modos, siempre es Castellani y de a ratos tiene ataques de melancolía o depresión que no sabe cómo justificar. Algunos de los pasajes de su diario registran esos momentos. Por ejemplo, el 20 de diciembre de 1929 observa que

Llegó hoy de repente el invierno en Roma con su luz triste, su piso que quema y la estufa que no tira.

El primer día de 1930 anota que está triste sin saber por qué y malhumorado.

Buena lección para mi exagerado deseo de salir de Devoto y mi exagerada alegría de venir a Roma.

También busca salida.

Remedio: estrechar conocimiento y amistad y tomar parte decididamente en la vida de comunidad y sobre todo paciencia, tiempo y oración.

Pero, por ejemplo, el 14 de enero estampa en su diario:

¡Qué subjetivo soy y cómo tiño mis tristezas y alegrías con las cosas de

afuera! Esta vieja cascarria de palacio que parecía ayer risueño y pintoresco y hoy insoportable, por una simple mala digestión entremedio...

Entonces sale a caminar, a ver si mejora un poco.

Crepúsculo rosa quebrado de cúpulas y pintado de bruma ciudadana. El ruido incoherente y desordenado de la gran ciudad y yo ambulando en ella con mi tristeza adentro.

Vuelve a su celda y anota diligentemente:

Responde Sentido Común: acuérdate que estás en destierro. Soporta un año de destierro y acuérdate que estás en Roma principalmente para hacerte santo.

Ya ven que Castellani tiene, padece, siempre, no importan las circunstancias exteriores, vivos movimientos del alma, de euforia, de depresión, de melancolía, de contento. El registra eso, minuciosamente, y se aplica con toda su voluntad de joven jesuita a tratar de ordenar su vida «sin afecto alguno, que desordenado sea». Igual, se va a poner cada vez peor, por enormes que sean sus esfuerzos por contenerse. Es, lo hemos visto, un caso difícil: sensibilidad exquisita, intensísima actividad nerviosa, fuertes vaivenes en su humor... ¿cómo se gobierna un tipo así? Para darles un

ejemplo: el 18 de enero ha resuelto

No escribir demasiado entusiasta por si hay que tocar retirada... Dar tiempo al Tiempo, durar solamente, dormir y rezar. Voluntariamente ocupar un tercer o cuarto puesto. Teología sola y tranquila.

Es lo que sabiamente hizo. Aprobó regularmente sus exámenes de Dogma y Escritura, pero lo aplazaron en «Rúbricas». [\(x\)](#)

En rigor, este aplazo no puede extrañar a nadie. Toda su vida Castellani tendrá en poca estima las rúbricas, las formalidades, los ceremoniales y aún, no le asignará demasiada importancia ni siquiera a la liturgia. [\(x\)](#)

Es más, Castellani se va a meter en toda clase de líos por esto mismo, por su desprecio de las exterioridades... y si a él las rúbricas lo tenían sin cuidado en el orden práctico ¿por qué iba a importarle la teoría? No. Castellani será «bochado» en Rúbricas porque él es de una sola pieza y porque a sus treinta años no tiene los escrúpulos que tenía cuando el bachillerato en el Inmaculada o los primeros años de estudio en Córdoba. Ahora es un hombre, y va tirando como puede. Pero ya aparecen constantes en su vida: por ejemplo, estudia sin cesar las profecías parusíacas y las cuestiones apocalípticas que habían comenzado a plantearse allá por el '24.

De los 29 a los 35 años, estudiante de teología y luego psicología y literatura en Europa, leí todos los comentadores que pude haber a la mano, principalmente Billot, Alló, Swete, Renán, Wouters, y estudié los breves y enjundiosos apuntes de Rosadini, a cuyas clases concurrí dos años. [\(x\)](#)

En este tiempo se le ocurre una copla:

Allá p'ande el sol se esconde

siempre al frente hay que tirar y un día himos de llegar y después sabremos dónde. [\(x\)](#)

Entonces salió a relucir la cuestión de su ordenación. El tiene sus dudas. Ha consultado a varios y todos opinan igual: está en condiciones, debe ordenarse. Adelante, pues. Está todo dispuesto.

¿Listos? ¡Vamos!

El 27 de julio de 1930 el Cardenal Marchetti-Selvaggiani lo ordenó sacerdote de Cristo.

Cinco horas duró la ceremonia (ordenación) en la armoniosa vastedad de San Ignacio, iglesia de oro y madreperla: 90 ordenados y 43 sacerdotes y yo creía cuando acabó que serían eso de las nueve... Marchetti-Selvaggiani es distinguidísimo, tiene una presencia soberana, las ceremonias de la ordenación hechas por él son devotísimas... Un cardenal, aunque haya sido hijo de un librero es más noble que un lord. Pensar que esta especie de arcángel me ha dado un beso y pensar que yo tenía la cara sucia, me había puesto a llorar como una novia y como temía: un poco mi madre y un poco mis pecados y un poco el cansancio y un poco las sublimes ceremonias y las manos atadas y no me podía sonar, estaba más mocosito que un canillita. [\(x\)](#)

Pablo José Hernández, en la larga entrevista que le hiciera a Castellani setentón, le hace la pregunta del millón: ¿y qué sintió ese día?

Me emocioné mucho. Estuve llorando todo el tiempo. Y después de eso me encontré muy cansado. [\(x\)](#)

Y unos meses después de la ordenación recuerda un episodio del cual sólo él podía darnos noticia.

Yo no he bailado nunca (con mujeres, digo, pues solo, sí, he bailado: el día de mi ordenación). [\(x\)](#)

Zapatetas. Y todavía lo que le ocurrió a la noche. Se ha topado en la Gregoriana con

el santo viejito P. Corsi del que yo cada vez que lo veo, digo: he aquí un hombre que está cerca de la visión beatífica (y me inclino de envidia y reverencia). Me llamó aparte y me dijo:

-Se ve que está contento.

-¿Y cómo no, Padre?

-Pues sepa que es una consolación que durará para siempre, y antes bien, aumentará cada día. Ud. lo verá.

Y se puso de rodillas en el suelo para que yo lo bendijera. ^(x)

Unos 25 años después, otro gallo nos canta: Castellani, promediando la década de los '50 vivía un permanente calvario, como si dijéramos, moraba en el fondo del abismo. Ya habrá oportunidad ver cómo cayó en semejantes tinieblas donde su alma se debatía con Dios y con todas las cosas; pero no sería impropio espiar un poquito en el futuro cuando se cuestiona también su condición de sacerdote.

¿Habrá sido válida mi ordenación sacerdotal? ¿Hubo en mí voluntad plena de ser sacerdote o una voluntad basada en el engaño?

¡Oh Dios mío, no lo sé! Yo era y soy un hombre religioso; pero... si hubiese visto la cosa como era en realidad, jamás hubiese prestado consentimiento...

Me engañé acerca de mis fuerzas; pero a ese engaño fui conducido por todos mis Superiores y Confesores, los cuales sin excepción me dijeron que mis disturbios y descomposturas no eran cosa grave, que iban a pasar y que no tenían importancia. Y esto sin consultar un médico, sin capacidad ni ciencia ninguna, y con verdadera temeridad.

Ellos fueron sucesivamente el P. Masferrer, Artemio Colon, Viladevall, Blanco, Lloberola, Mostaza y el famoso Versmeersch, antes de mi ordenación sacerdotal. Este último por el gran prestigio y autoridad de que gozaba fue el que me engañó decisivamente.

¡Cuán desdichado he sido en este asunto!

¡No encontrar un solo hombre que tomase a pecho y con verdadera conciencia y luz mi pobre alma! ¡Haber sido manejado siempre por individuos impasibles, ignorantes y poco humanos y haberme dejado manejar! ^(x)

Se comprende la tenebrosa retrospectiva de Castellani si tenemos en cuenta qué le pasaba en 1955: por entonces parecía que el mundo entero, la Iglesia Católica como bloque sin fisuras, la Compañía de Jesús toda, todos los obispos, y párrocos y «católicos» con alguna influencia, todos, absolutamente todos, no querían que Castellani ejerciera su ministerio sacerdotal. Se lo impedían literal, espiritual, físicamente. Estaba suspendido indefinidamente en su ministerio, que es como decir, en su vida misma.

De qué sirve la sal a la que no se la deja salar.

Y por dentro su falta de salud, sus nervios, su pobreza, sus insomnios, su soledad, su esencial precariedad, su dependencia absoluta de la buena voluntad de gente desconocida, la serie grande de incomprensiones, de humillaciones, de tremendas vejaciones que sufría cada día... con todo eso, digo, libraba todos los días la batalla amarga, persistente, aguda, inteligente y persuasiva para que lo dejaran ejercer su sacerdocio. En vano. No queremos que éste ministre sobre nosotros.

Que no tuve vocación

Me dijo un gran corifeo-

Me dijo que la erré feo

Uno que se cré ladino-

Me dijo que erré camino-

No lo sé -mas no lo creo. ^(x)

Estaba anulado. El mundo, la Iglesia, todos, absolutamente todos, parecían gritarle al oído que no querían que él fuese sacerdote de Cristo. No se lo iban a permitir, y, de hecho, se lo impedían.

No podía celebrar Misa, ni bautizar, ni predicar, ni publicar en revistas católicas. Era calumniado de modo casi sistemático: loco, malcriado, heterodoxo, amancebado. Sus libros circulaban casi clandestinamente. No podía enseñar, no podía dar testimonio, no podía hablarle a los hombres de Dios. Había sido esterilizado: el Padre Castellani no podía ser «Padre»; era sistemáticamente censurado, fajado, enmudecido... Sus amigos, los que podían y debían comprenderlo, consolarlo, darle ánimo e interceder por él, en aquella hora se habían quedado dormidos. Y Dios callaba.

Por eso, 25 años después de su ordenación, se «arrepentía» al modo de Job: su pesadilla fue más larga y más profunda que lo que estas líneas alcanzan a revelar, la prohibición duró (en la subjetividad de él) siglos.

Y descendió a los infiernos.

Por eso, viéndolo ahora llorar como un mocoso mientras Marchetti-Selvaggiani le impone las manos, contemplando también retrospectivamente cuántos años y cuántas cosas pasó hasta llegar a esta hora... desde que doña Catalina, una bellísima joven friulana lo trajo al mundo en un rincón perdido del chaco santafesino, hasta llegar aquí, donde una muchedumbre admirada asiste en la iglesia de San Ignacio de Loyola, ¡en Roma!, a la solemne ordenación de más de cuarenta sacerdotes... contemplando ahora el tremendo ritual, y la música, y el incienso, y todo... sigámoslo.

Ahora, después, está solo en su celda, bailando de alegría. Antes de entrar se había topado en un pasillo con el P. Corsi quien pronuncia fantásticos augurios para él, para su ministerio sacerdotal... Y luego, ahí está de nuevo, anotándolo todo en su diario -¡cuándo no!-, con su letra redonda y parejita, dibujando con los conocidos caracteres simbólicos que lo acompañarían toda la vida, uno tras uno, todos los detalles de su primera misa. Pero no hacía falta. Medio siglo después, un diario salteño quiso hacerle un «entrevistado». Castellani ya tenía un pie en la sepultura, estaba a meses de su muerte. Le preguntaron cuál era el mejor recuerdo de su vida. Sin dudar contestó

Los de la primera misa y profesión religiosa. ^(x)

Ahí lo tienen, recién ordenado: hagámonos cargo de la dirección de cámaras; pongamos una toma de lejos, desde el aire. Se divisan las torres de las basílicas romanas, las siete colinas, el Coliseo, la Plaza de San Pedro... Ahí está: es un curita argentino recién ordenado; uno más, ¿qué importancia puede tener este muchacho prolijamente atildado con su atuendo de clérigo, inclinado sobre un escritorio a la luz de una pálida lámpara, escribiendo en la soledad de su celda?

Ecco qui, ello qui... que hemos hecho la tortilla, como dicen los italianos. Y tan bien hecha que nadie la puede deshacer, ¡mi Dios!, y lo mejor es que, habiendo hecho deliberadamente estas cosas irrevocables y entrando en el lugar terrible (*«terribilis est locus iste»*), me siento tan alegre como si supiera por ciencia experimental que es también domus Dei, porta coeli. ^(x)

Así es. Lo hecho hecho está. Has entrado a un lugar terrible, que es, sí señor, casa de Dios y puerta del cielo.

¿Terrible? Sí señor, terrible.

Tú eres sacerdote para siempre.

*

Tengo unos cuantos hijos varones y no quiero ninguno sacerdote. A ver si me entienden: que no vengan un día a decirme que se van al Seminario, como si fuera todo fantástico, que la gracia de Dios todo lo puede y... ¡a confiar! Rara vez Dios se saltea las causas segundas: cuando lo hace es un milagro y de eso no hay que abusar, dándolos por descontado. No se puede aspirar a lo más sin pasar por lo menos: esos «saltos» meten miedo al verdaderamente prudente por lo que se traen bajo el poncho. Creo que ese miedo me lo metió Castellani y, lo que es peor, creo que tiene razón. No es para todos la bota de potro y los que «empujan» vocaciones no saben lo que se pescan... por no hablar de los «empujados». Eso, por un lado; está el otro lado también. Hoy, Domingo del Buen Pastor («Jornada Mundial de las Vocaciones»), asistí a una misa en la que se pedían «operarios para la mies», pero la liturgia, la predicación, la arquitectura del templo, el tono de todo desmentía a cada paso lo que pedían: sacerdotes para qué, me pregunto, si todas las religiones son igualmente válidas; sacerdotes para qué si se empuja con enorme énfasis todo lo que desacraliza; sacerdotes para qué si ministran los «superlaicos» las «supermonjas» y los «supernumerarios». Sacerdotes para qué si todo es cuestión de «pastorales» y «acción misionera». Y toda esa larga preparación que antecede: estudiar durante años Rúbricas que no se observan, Escrituras en las que no se cree, Dogmas que se olvidan, Espiritualidad que se agúa, Moral que se relativiza. ¿Contraer la tremenda carga del celibato, de la pobreza, de la obediencia para terminar cantando que ha de llevarse al último rincón del mundo «mis ganas de vivir»? Váyanse a la mierda, digo yo (me acompaña Bernanos en la puteada). Sacerdote de Cristo no es eso. Es un martirio, es la soledad, es el desamparo más tremendo. Es lo más grande a que puede aspirar un hombre en esta tierra. Es querer instalarse en la primera línea de fuego. Es para machos y no es para muchos. De modo que si uno de mis hijos llega a aparecer con la idea de que quiere entrar al Seminario, antes que eso, tendrá que vérselas conmigo. Entre otras cosas, le contaría entonces la historia de Santa Teresita. A lo mejor recuerdan el episodio: siendo Maestra de Novicias se encontró con su hermana Celina que tenía cara de pasarla mal. -¿Qué le sucede hermana? -preguntó. -Tengo frío, tengo hambre y tengo sueño -fue la respuesta de la atribulada novicia. -Bueno -le dijo Teresita- ¿pero no quería ud. ser carmelita?

*

Capítulo XIII

De amicitia

Roma

1930-1931

*¡Compadecemos de mí, compadecemos de mí,
-a lo menos vosotros, amigos míos-
pues la mano de Dios me ha herido!*
Job 19:21

Debe ser parte de mi curiosidad impenitente, pero confieso que tengo cierta inclinación a detenerme frente al «lema» que cada cual eligió para su ordenación sacerdotal. Ya saben ustedes a qué me refiero: esa cita, generalmente tomada de las Escrituras o del Ritual Romano o del Kempis, que el ordenando elige para poner en su estampa como guía, como advocación, como paraguas bajo el cual resguardarse. A veces se adivina mucho detrás de esa elección.

Pero respecto de Castellani no tengo idea qué texto ha elegido para la ocasión. Imagino una cita del Evangelio y si me apuran, «ipsissima verba Iesu», ¿pero cuál? ¿qué nota tendría?... un tono de esperanza o uno de reproche, de consuelo o de mandato, enigmático o claro. Desde luego que para descifrar el sino, necesitamos por lo menos contar con la frase, y no la tenemos. E intuición bastante, que no sé...

Y una extremada sensibilidad. Encuentro que mucha gente no se da cuenta: el que es inteligente de veras, el que sabe «leer dentro» de la realidad, es porque tiene, también, una gran sensibilidad (nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos). Claro, así como el que tiene mucho olfato para los perfumes detecta en seguida los malos olores, así como el que tiene oído para la buena música aborrece especialmente un acorde desafinado... así le pasa a Castellani: tiene una sensibilidad delicadísima que le regaló Dios para sondear más profundamente la realidad que es.

Por eso merecía que lo trataran con más consideración.

En cualquier caso, Castellani -un poco impudicamente- la reclamaba para sí.

Ahora me vienen a decir que soy demasiado sensible. Si quieren de la seda la delicadeza, aguanten la delicadeza de mi vida...

Si comen la fruta no maldigan del tronco. Cada uno tiene los nervios que Dios le ha dado; eso no se compra en el almacén de la esquina.
(x)

De manera que no se sorprenderán ustedes si les digo que después de su ordenación quedó medio turulato. Afortunadamente para él, el P. Huarte se ha mostrado comprensivo.

Me emocioné mucho. Estuve llorando todo el tiempo. Y después de eso me encontré muy cansado. Entonces le pedí al rector del Colegio Pío Latinoamericano -en donde estaban los argentinos, chilenos, etc...- que me mandara al mar. Porque los mayores de ese colegio iban al Mar Tirreno, a Montenegro, cerca de Livorno. Entonces él hizo más que mandarme: me nombró prefecto de los muchachos grandes que iban allí. La única misión que tenía era llevarlos a bañarse al mar. Y ahí, en el Mar Tirreno, aprendí a nadar. Se portó muy bien conmigo el Rector del Colegio, P. Huarte. (x)

Sí. Lástima que no puede compartir la cosa con amigos, que, como todo el mundo sabe, es de las mejores terapias del mundo: un poco de chacota, de risa, de humor compartido, remedia toda clase de males. Pero lo cierto es que Castellani en Europa no tiene amigos. Es más, una atenta lectura de sus diarios en estos años revela que Castellani vive en gran soledad: no hay referencia amical a los otros argentinos que están con él en Roma, (con excepción quizá de Pita). Sus diarios reflejan decenas de tópicos, asuntos, aventuras, pero no hay ninguna referencia a los «amigos» (hay, con todo, una alusión a Mario Amadeo que parece haber estado unos días en Nápoles con él y parece que la han pasado bien en recíproca compañía).

Por otro lado... creo que es hora de decir que la cosa no empezó en Europa; le quedan, sí, recuerdos cariñosos de algunos de sus compañeros del Inmaculada (Graffigna y, sobre todo Caillet-Bois a quien en gran acto de amistad le dedicó un formidable libro. Pero, claro, eran amigos lejanos, siempre a distancia.). Trabajó, sí, cierta amistad con Emiliano Suárez -siendo ambos maestrillos en el Colegio del Salvador-, pero hay que ver que Suárez no tiene inclinación ni gusto por las humanidades, con lo que...

Porque, a ver si nos entendemos. Amigo es aquel que, en un redemente, nos hace descubrir que no estamos tan absolutamente solos en el mundo: Lewis ha dicho que la frase que revela esa secreta correspondencia que da lugar al descubrimiento de un amigo, es algo así como: «¡Qué!, ¿vos también ves lo que yo veo?». En esto se mezclan muchas cosas. Ni bien Castellani comenzó a tratar de amistad con el grupo de Criterio (donde había quienes veían las mismas cosas que él), se fue a Roma. Con el correr de los años, algunos de ese grupo se convertirán en verdaderos amigos (pienso sobre todo en Braulio Anzóategui y Ernesto Palacio). Reanudará esos lazos cuando vuelva a Buenos Aires siete años después, pero ya entonces Castellani será un hombre hecho y derecho, casi cuarentón... y con achaques y manías, desconfiado, parco, y muy acostumbrado a la soledad.

El dato es significativo: Castellani no conoció esa parte de la vida tan importante que consiste en compartir intimidades, sueños, aventuras, ilusiones, combates y desengaños. Todo eso va a parar a su diario, o a una epístola, a una de sus fábulas o a una poesía, pero no es compartido, en vivo, en caliente, con el enriquecimiento que se genera casi siempre cuando dos o más amigos se juntan a cambiar figuritas. Claro que está su hermano, Carcho, que es, sí señor, muy íntimo de nuestro héroe, pero... ¿vale incluirlo como amigo?

De todos modos, desde que Castellani dejó su casa para ir al Colegio a los 13 años, cada vez verá menos a Carcho y el trato entre hermanos será reducido a una copiosa correspondencia: ya nunca será con la intimidad y frecuencia de la infancia. Y además, otra vez, Carcho nunca lo seguirá en el orden intelectual, ni de lejos.

El tema se las trae, porque una atenta mirada sobre la reacción católica de la primera mitad de este siglo muestra que las grandes amistades fueron el sustrato de la cosa: llámeselo camaradería (como la que conocieron José Antonio o Codreanu), bohemia (como la de Brasillach o la de Malcolm Muggeridge), por haber sido combatientes en alguna de las guerras (como se da en los casos de Degrelle o Saint Exupéry), por simple vecindad (como en Lewis o Chesterton), por pasiones intelectuales comunes, o simpatía de caracteres, o lo que fuere... la amistad es, efectivamente, la trama secreta que sostuvo a innumerables intelectuales (más o menos) católicos en su lucha contra la Modernidad, el hilo secreto que mantuvo fieles a muchos en la adversidad. [\(x\)](#)

En este orden de ideas, tengo la impresión de que uno de los campeones, un ejemplo sin par de lo que

aquí sostengo, ha sido el insigne Hilaire Belloc, el mejor amigo del mundo.

A primera vista, entonces, Belloc era un hombre feliz. Parecía obvio que disfrutaba de la vida. Pero en el panegírico que le dedicó en la Catedral de Westminster, Monseñor Knox no dejó de llamar la atención sobre algo que sin duda también es cierto. «Las corrientes subterráneas de su mente eran tristes, y su cara, cuando en reposo, nunca exhibía una tranquila alegría». Cuando no se hallaba en medio del bullicio de sus amigos, con risas y animada charla, la expresión de su cara no sólo denotaba reflexión, sino además melancolía, y sus ojos, que podían arder con indignación o iluminarse con regocijo, eran los ojos de un hombre que ha sufrido.

Su aversión a la soledad puede explicarse parcialmente por su tristeza, pero más, me parece, por esa capacidad que tenía de gozarse con la discusión entre amigos y la camaradería. Tenía un círculo de amigos muy grande, en cuyas casas frecuentemente trabajaba. A comienzos de los años '20 su casa en King's Land, que había estado llena de chicos con sus amigos, y los amigos de sus amigos, ya no podía ser el centro de su vida familiar que tanto había querido. Tuvo que rehacer su vida y como era un hombre de hábito y dado que sufría los cambios y las separaciones, para él todo eso resultó muy difícil. No le parecía normal que un hombre estuviese solo mucho tiempo.

En una ocasión, años más tarde, cuando mi mujer estaba de viaje y yo no pude acompañarla me sorprendí repentinamente con una sensación de aburrimiento (una experiencia nueva para mí), me sentía desorientado y desgano. Se lo dije a Belloc y él me contestó: «Lo sé todo. Resulta sorprendente cuán solo se siente un hombre sin su mujer, qué notable el sinsentido con que se nos aparecen todas las cosas. Yo me sentía exactamente así como vos te sentís ahora». El hecho de que este hombre, esencialmente desdichado, comparecía delante del mundo como uno que disfrutaba de todas las cosas y que en vida se transformó en una legendaria figura de júbilo, alegría, risas, de talante entusiasta y solar, no debe ser atribuido a un perpetuo ejercicio de la voluntad. Necesitaba de su voluntad día tras día para mantener el ritmo de trabajo y para enfrentar sus problemas. Pero era verdad que disfrutaba de la vida y cuando se encontraba en compañía de sus amigos le resultaba connatural su característico ánimo festivo.

Su gozo entonces no era fruto de ningún esfuerzo. ^(x)

Claro que en todo hay excepciones: Thibon, por ejemplo, aislado en el campo, o el mismo Knox, cuyos amigos murieron todos en la Primera Guerra. (Pero, con ser tan grandes, Thibon y Knox revelan algunas deficiencias que no tengo ni el lugar ni el tiempo de desarrollar aquí: en mi tesis, sostengo que las carencias afectivas de estos dos solitarios explican también algunas de sus inconsistencias. Algún día quizá se pueda ver esto con el ocio necesario, que ahora no tengo.) Por supuesto que, en teoría, a Castellani no se le pasaba la importancia de todo esto. Ya viejo tuvo oportunidad de reflexionar sobre el asunto en una charla para amigos.

Yo estoy actualmente con tres cosas en la cabeza que son: primeramente andamos mal; segundo, no hay remedio; y tercero, el nacionalismo está vencido... Entonces, ¿qué hacemos? ¿qué remedio hay para esta situación? Yo les quería decir cuando vine el otro día que me dio la impresión de un grupo muy apreciable de gente que puede influir mucho y por lo menos salvarse, es decir personalmente abrirse camino.

Me hizo acordar a los grupos que fundó el P. Palau, hace mucho tiempo, cuando yo era joven y que llamó «amicales»... Al P. Palau -un sociólogo español que tuvo que salir de Cataluña por sus iniciativas un poco atrevidas- lo mandaron acá a la Argentina. El fundó unos grupos que llamó «amicales», fundados en la amistad. No tenían grandes leyes ni grandes reglamentos, ni gran orden, sino que confiaban en la amistad y se reclutaban a base de amistad. Se los llamó «amicales» y tuvo gran éxito. Eso tomó un vuelo inmenso en poco tiempo. De manera que yo era jovencito, tenía 23 años y era profesor de castellano en el Salvador y lo único que supe era eso, lo que acabo de decirles...

Se vio que era una cosa imponente lo que se había conseguido en poco tiempo. Después se los prohibieron por una intriga eclesiástica que no sé en qué consistió ni quién la hizo. La Curia Eclesiástica prohibió a «los amicales» y se disolvieron. Se acabó...

Recordé lo que dijo Aristóteles acerca de la amistad. Aristóteles contaba la amistad como uno de los grandes elementos políticos. Para actuar políticamente tiene muchísima importancia la amistad...

Aristóteles dice que las amistades contraidas voluntariamente forman una especie de nudos de la red de amistad que debe unir a todos los hombres de una nación, o sea de la convivencia, y sirve para mantener esa convivencia.

De modo que hoy día, que no se puede hacer una política acá en la Argentina -casi nada, no se ve qué es lo que se puede hacer- lo que se puede hacer es formar esos nudos, formar grupos de amistad.

De manera que la amistad dentro de ese amor general que Cristo encomendó a los cristianos -amar a los demás como a sí mismo- la amistad es una especie de caridad particular, especial, eximia, que está por encima de la caridad general que hay que tener con todos. ^(x)

Sí, por supuesto. Pero conviene detenerse a ver que Castellani mira lo de Palau con interés... y desde

afuera. ¿Por qué no tuvomayor participación si tan buena le parecía la iniciativa? Al fin, tenía 23 años, estaba en la plenitud de sus fuerzas, de sus sueños, de sus ilusiones.

Pues, no señor, todo eso se lo guardó celosamente para sí: el precioso material con el que construiría novelas, poesías, cuentos y largos discursos a cual más apasionante, pero cocinados en la intimidad consigo mismo, y, por tanto, con cierto gusto de entrecasa que a veces puede fatigar un poco.

Entre otros al mismo solitario ensimismado que vive en un permanente soliloquio que de a ratos lo satura... y angustia.

Sí, claro, ya sé: todo el asunto de la «vida interior», el «castillo» de Santa Teresa, etc. etc... Pero eso hay que entenderlo bien: Teresa estaba llena de amigos, era la mar de gregaria y nunca entendió carnalmente la vida interior. Quizá, tal vez, Juan de la Cruz (de quien hay que recordar su especial intimidad con Teresa, Ana de Jesús y su hermano Francisco de Yepes). Y, aún así, no a todos les es dada esa interioridad. (No recuerdo si fue Oscar Wilde quien decía con irónica humildad que prefería la compañía de cualquiera que no fuera él mismo -el peor compañero que se le podía ocurrir).

Es que de la amistad se saca alegría, perseverancia, humor y una como esencial lealtad a principios y banderas. Eso no es ninguna abstracción; es, al contrario el firme tejido sobre el que se puede edificar una empresa cualquiera.

Lo dice el propio Castellani:

Esos dos grandes escritores ingleses, Chesterton y Belloc se pasaron la vida alardeando de su afición a la cerveza y su afición al vino respectivamente; y sus adversarios los tachaban de bohemios, viciosos y borrachos; y en realidad era el gusto de reírsele en la cara al Puritanismo inglés; y creo que hicieron más apología cristiana con sus vidas alegres que con todos sus libros de apologética. ^(x)

Por otra parte, resulta interesante ver cómo la soledad afecta el estilo de Castellani.

En efecto, fíjense cómo mezcla en todas sus piezas fragmentos de diálogos imaginarios, con Benjamín Benavides ^(x) o su Tío el Cura, ^(x) con autores de libros, con Jesucristo o San Jerónimo o Kierkegaard (al que trata como una suerte de hermano gemelo), con supuestos o reales abogados del diablo, o con algunos de sus otros «alter ego» ya sea Jerónimo del Rey o Juan Palmetta. ^(x) Eso le da ritmo a sus ensayos, las ideas se delínean más nítidamente, el lector se «engancha» más en el tema, pero no deja de reflejar la psicología del autor, acostumbrado a pensar solo. (Fuéramos malos y recordaríamos la psicología del niño con amigo imaginario).

Por los años en que estamos a Castellani se le dio por fumar en pipa, un hábito que lo acompañará toda la vida y que será como su firma, su santo y seña.

¿Pipa, dije?

La pipa es buen amigo: no promete

más de lo que dar puede, que no es mucho... ^(x)

Sí, como la de tantos ingleses, como la de Tolkien, la de Sherlock Holmes y «Jack», el insigne C.S. Lewis. Ahora todos ellos fumaban en grupo y compartían ideas y entusiasmos, **Conversaciones** y tragos de oporto o de cerveza. La pipa les acompañaba en los momentos de soledad y estudio, pero

también cuando ponían en común sus tesoros. Lewis ha hablado espléndidamente del asunto que nos ocupa.

Uno no conoce a nadie mejor que a su camarada. Cada paso en el viaje común pone de manifiesto de qué está hecho él; y las pruebas son pruebas que entendemos a la perfección puesto que nosotros mismos también estamos siendo probados.

De aquí que al oír el eco veraz de su palabra una y otra vez, nuestra confianza, respeto y admiración se transforma en un alto grado de apreciación, sólidamente ilustrada y singularmente robusta. Si de buenas a primeras le hubiéramos prestado más atención él mismo, al tipo en sí, y menos a «eso» sobre lo que la amistad «trata» no habríamos llegado a conocer tanto a nuestro amigo ni llegar a quererlo así. No encontrará usted al guerrero, al poeta, al filósofo o al cristiano a fuerza de mirarlo a los ojos como si fuera su amante: mejor pelear a su lado, leer, discutir y rezar con él.

Me parece que en una amistad perfecta esta apreciación recíproca hace que cada uno de los miembros del círculo de amigos se siente humilde, en lo secreto de su corazón, ante los demás. A veces se pregunta qué diablos hace allí entre sus mayores. Se siente por demás afortunado de pertenecer a semejante compañía. Especialmente cuando todo el grupo se encuentra reunido, cada uno haciendo resplandecer aquello que es mejor, más sabio o más gracioso en todos los demás.

Aquellas son las sesiones de oro; cuando cuatro o cinco de nosotros después de una ardua jornada de caminata, llegamos a la hospedería; cuando nos ponemos las pantuflas, los pies tendidos hacia la chimenea y el vaso al alcance de la mano; cuando el mundo entero, y algo que está mas allá del mundo se nos abre a la inteligencia y habla; y nadie siente responsabilidad por el otro ni tiene reclamo alguno para formularle, sino que todos se saben pares y hombres libres, como si nos hubiésemos conocido hace una hora, mientras, al mismo tiempo, un afecto muy particular, moldeado por los años, nos envuelve.

La vida -la vida natural- no tiene don mayor que ofrecer. ¿Quién podría merecerlo? [\(x\)](#)

El acento tal vez excesivamente británico para nuestro gusto no empece a que el inglés haya acertado y que a poco de pensar, los analogados criollos nos vengán a la cabeza. Quizá haya que experimentar lo que dice Lewis para entenderlo perfectamente (pero, bueno, si mi lector no lo entiende, puede sentirse consolado: en eso, por lo menos, cuenta con la compañía de Castellani).

Hay más.

Me parece importante destacar el asunto éste por las concomitancias que a veces pasan desapercibidas. Los amigos son los únicos que pueden poner de manifiesto un error, un desvío en el camino, una apreciación equivocada, un juicio apresurado: porque, entiéndase bien, me refiero a los amigos amigos, esos que son capaces de jugarse enteros por uno -tanto... que incluso apuestan sobre la misma amistad, por aquello del «*sed magis amica veritas*». Además, esos vínculos contraídos en la juventud ayudan a la adquisición del formidable hábito de decirse las cosas, de sacar a la luz no importa qué resentimiento, principio de envidia, o bajeza cualquiera que todo hombre tiene escondido, a veces sin saberlo, en el fondo de su corazón (el lúgubre diagnóstico no es mío).

En las grandes amistades está ese agente catalizador que revela, que pone de manifiesto, que ventila lo que cada uno tiene de malo, de despreciable, de bajo. Y es como las bacterias: basta un poco de luz y aire y ¡fuppa!.. como por arte de magia desaparecen. Las bacterias viven del refunfuño interior, secreto; eso se cría en la tibia y malsana atmósfera de un ambiente no ventilado. Por eso, sacar todo eso a la luz puede tener un efecto exorcista: se limpia el alma, aparece un aire fresco que ayuda a renovar la interioridad. Además, no hay como la amistad para aprender el difícil arte de un prudente gobierno de sí mismo. Lo digo porque lamentablemente se suele poner a la prudencia debajo de la continencia, y es un error ya que la continencia también necesita ser gobernada. Me refiero, ya saben ustedes, a los esfuerzos ascéticos que hacemos por no molestar, no caer mal, no irritar innecesariamente.

En esto hay que andar con pies de plomo, como lo ha explicado magníficamente un dominico inglés que se las sabe todas:

Debemos saber cómo usar el freno de la «continencia», pero no confundirlo con la verdadera virtud. Idealmente debería utilizarse sólo cuando fuera necesario, aunque de hecho a veces nos asustamos y usamos el freno sin pensar. Pero dentro de lo que sea posible, lo debemos usar sólo cuando es verdaderamente práctico, y cuando, por lo menos, no bloquee el camino que conduce a la adquisición de la verdadera templanza.

La continencia siempre suena un poco al nervioso auto-control propio de lo que aprendimos de la serpiente.

En algunas situaciones, por ejemplo, la experiencia de nosotros mismos nos enseña que si conseguimos no dar salida a algún comentario desagradable, en cinco minutos lo habremos olvidado completamente, todo el mundo se beneficiará con nuestro silencio, y será el fin de nuestra ira. Ese es un uso razonable de la continencia. Pero supongamos que continuamos irritándonos, supongamos que seguimos rumiando; casi seguro que la otra persona se va a dar cuenta que algo se ha agriado en la relación y tendrá que conjeturar de qué se trata, probablemente se equivocará y entonces se enfadará también...

Quizá un estallido sincero hubiera aclarado la atmósfera. [\(x\)](#)

No hay mejor modo de exorcizar los malos espíritus que tener amigos con los cuales uno puede «descargarse» a voluntad. No que la amistad tenga por principal objetivo el de una suerte de «terapia grupal»: se trata de algo considerablemente más importante que eso. Pero no deja de tener, también, este efecto medicinal. No, no es bueno que el hombre esté solo.

Por eso insisto en que la soledad de Castellani constituye una de las claves que nos permiten comprenderlo mejor. No es la única, pero si la desecháramos nos quedaríamos en ayunas respecto de muchas de sus actitudes, decisiones y reacciones.

Tesis *risqué*: hubiera tenido amigos como los que decimos y habría sido más parecido a Chesterton - más, ¿cómo decirlo?, distendido- y por tanto, mucho, muchísimo más fecundo.

¿No les gusta mi hipótesis? Bien, está en Santo Tomás:

Si se trata de la felicidad en la vida presente, según dice Aristóteles, el hombre feliz necesita de los amigos, no para su utilidad, pues se basta a sí mismo; ni por el deleite, toda vez que lo tiene perfecto en la vida virtuosa; pero sí por la buena operación, esto es, para hacerles bien, y para gozarse en verlos disfrutar de sus beneficios, y para que cooperen con él en la práctica del bien. Porque el hombre para obrar bien ha menester de la cooperación de los amigos, lo mismo en el ejercicio de la vida activa que en los actos de la contemplativa. [\(x\)](#)

Hace un rato hablé por teléfono con el P. Sáenz para preguntarle sobre la amistad entre curas. Le pregunté si el hecho de que fueran «consagrados» de algún modo los separaba del común de los mortales en este respecto. Respuesta simple: «no, de ningún modo». Sáenz me recordó que la gracia es, fundamentalmente, amistad con Dios; y que de ese analogado principal derivan todas las amistades legítimas, necesarias, excelentes, que el cristiano hubiere de cultivar. Además, a mis preguntas me dijo que la de Cristo con sus apóstoles («vosotros sois mis amigos») debe entenderse, también, en un sentido inmediato, llano, sencillo; que por eso a Cristo le duele tanto la traición de Judas, la cobardía de Pedro, la incomprensión de Felipe y Santiago. Por eso valora tanto a San Juan (bien mirado se ve también que Jesús fue buen amigo de sus amigos).

Claro que hay amistades y amistades. Pero, las buenas, las que aquí recomendamos, las que van fundadas sobre los ideales, las inquietudes, los sueños comunes, hablan mucho del corazón, del equilibrio de los afectos, de la fuente secreta de muchas de las ideas, fidelidad y perseverancia de los buenos en medio de una generación perversa. Tanto es así que la destrucción de la amistad es puesta por el mismo Castellani como señal del fin de los tiempos

La amistad es muy grande cosa

Fuerzas consuelos y abrigos-

Hoy más que los enemigos

Nos daña un amigo tonto-

Perdonen si los afronto-

Oh amigos, ya no hay amigos. ^(x)

Es más, la exégesis que hace Castellani de aquella profecía de Jesucristo, «la caridad de muchos se enfriará» es referida por él al hecho de que por entonces habrá menos y menos amigos. Es una de las palabras de Jesús que suele entenderse mal.

Pero si uno lee el texto griego lo que dijo Jesucristo en realidad es esto:

«porque abundó la iniquidad falló la convivencia»,

empezó a ser imposible la convivencia. Porque la palabra que hay allí es «amistad» o «convivencia», la palabra «agapee» que hay allí «the agapee», en el evangelio griego significa el pequeño grado de amistad que es necesario para poder convivir o conllevarse como dicen los españoles. ^(x)

Visto todo en esta perspectiva, cabe entonces preguntarse por qué Castellani -mientras estuvo en la Compañía- no fue más amigo de sus amigos, o, dicho de otro modo, no tuvo más y mejores amigos que los que señalamos.

Como tendremos oportunidad de ver, cuando las papas quemen los va a necesitar. Curiosamente, en las horas más negras de su vida -a pocos días de perder su mejor amigo, Carchín- escribió lo siguiente:

He lastimado sin saberlo algún ídolo implacable, que no es cierto el ídolo de la amistad humana: el único que yo adoraría si no adorase al Dios verdadero. ^(x)

Aquí hay que hacer un alto: nuestras andanadas quizá pequen por voluntaristas y olvidan el elemento gratuito, el don del Padre de las Luces que es la amistad; no siempre está en nuestra mano conseguir, conquistar, conservar a los amigos: eso, por otra parte -además de regalo de Dios- es fruto de otras cosas.

(Aquí tal vez fuera oportuno volver a reflexionar sobre aquella palabra de Cristo cuando dijo que al que tiene mucho se le dará mucho más mientras que al que tiene poco, aún lo poco que tiene le será quitado, que en el contexto parece dedicado a los malos amigos, por oposición a los enemigos -Lc. XIX, 26-.)

Por otra parte, Castellani no es buen juez de las personas: es uno de aquellos que no tiene el «jaris», ese carisma, esa intuición graciosa por la cual uno intuye en quién puede confiar y hasta qué punto. Al haberse equivocado en esto en repetidas oportunidades -ahora recuerdo los casos de Benítez, de Mejía y Mandrioni, pero son muchos más- las desilusiones consiguientes lo volvían más y más refractario a la vida social.

El tenía muchas cosas para decir y, cuando estaba en el tú a tú erraba muchas veces el vizcachazo: hacía confidencias a quienes no lo entendían o, peor aún, lo malentendían. Quería compartir ideas subidas con tipos

que de ningún modo lo podían seguir (Colom, Torti, Alonso, Mahon y Furlong), ilusiones y esperanzas con quienes ya empezaban sus carreras de honores (uno por derecha, Mejía, el otro por izquierda, Benítez), temores y debilidades con algunos que se aprovecharían luego de esa información para traicionarlo (Travi, Rinsche).

De aquí el Castellani desconfiado, suspicaz, arisco y parco que todos hemos conocido.

Mi amigo Jorge Ferro me ha indicado un lugar donde lo dice con todas las letras. Castellani recuerda sus achaques corporales, verdaderas dolencias que nadie parecía comprender y que todos querían atribuir a una psiquis alterada o, peor aún, asimilaban al caso del «*malade imaginaire*».

Castellani se indigna y pone en boca de su otro yo (Ducadelia) lo siguiente:

¡Qué psíquico! No me venga con «místicas». Eran verdaderos dolores físicos. Mis amigos no lo creían (¿tuve en realidad amigos?) y eso me ponía furioso. ^(x)

La pregunta tiene sabor retórico pero es, claro, una herida abierta: ¿tuvo en realidad amigos?

Quizá la clave está en lo que dijo Evelyn Waugh -un tipo sumamente difícil con sus amigos- que en un reportaje divide las amistades según las edades, una idea que puede echar luz sobre el asunto:

Uno hace amigos hasta que cumple los 30 y pico de años, se pelea con ellos cuando tiene entre 45 y 55, y hace nuevos amigos después de cumplidos los

60. Entre los 45 y 55 uno se vuelve irritable; es una edad en la que piensa en los jóvenes con disgusto y como una pobre imitación de uno mismo. Recién cuando uno tiene más años se da cuenta de que en realidad son gente completamente diferente y se vuelven interesantes. ^(x)

Es cierto que ya más viejo -y a partir de su expulsión de la Compañía- Castellani comenzó a tratar con más frecuencia e intimidad a algunos: Von Grolman, Gamallo, Ibarguren, Palacio, Fermín Chávez, Vergara del Carril, Anzóategui, los PP. Gaynor, Améndola de Tebaldi y Amancio González Paz.

Pero eso comenzó después de que lo expulsaran de la Compañía, cuando ya rondaba los cincuenta años de edad; mientras estuvo en la Compañía se puede afirmar que prácticamente no tuvo intimidad con ninguno de sus compañeros. (Un caso aparte fue el de Víctor Anzoátegui -al que veía poco por estar físicamente distantes- y, claro, su primigenia relación con Benítez: poco a poco Castellani fue aprendiendo a recelar más y más de él). ^(x)

Arriesgaría inclusive que en cierto modo Castellani «descubrió» la amistad después de que fue expulsado, como parece deducirse de una de sus mejores fábulas, «Amistad», escrita por entonces. Es curioso el caso, pues eso fue justamente cuando había resuelto adoptar el estado de «ermitaño urbano», inspirado por Santo Tomás y, sobre todo, por Kierkegaard:

Fue puesto fuera del matrimonio, fuera de un oficio, fuera del público, y de la publicidad (nadie alababa ni compraba sus obras), fuera del pastorazgo, fuera de la celebridad merecida, fuera de su patria, fuera de Europa -al final fuera de la Iglesia y fuera de la vida.

Aceptó la situación de Solitario; vocación religiosa, la más alta de todas, según Santo Tomás, pero muy difícil: «la soledad está hecha solamente para las bestias o los dioses» -dijo Aristóteles. No; pese a todo lo que digan dieciséis mil críticos. ^(x)

¿Ni bestia ni dios, pero Solitario, así nomás, con mayúscula? El había descubierto cosas tremendas; pero lo más tremendo, a mi modo de ver, es que no tenía amigos con quien conversarlas.

Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede volverse una señal de que una sociedad va a la ruina, pensó. ¿Cómo? Sufriendo primero la ruina que amenaza a todos. Que él era una ruina era evidente; pero ¿quién lo sabía? El solo.

Empezó a mirar como en un panorama la serie sucesiva de enormes destrucciones que había sido su vida; y que eran su secreto, pues

nadie fuera de él podía saber «lo que hubiera podido ser», lo que él hubiera podido y querido hacer. ^(x)

No sé si detectan la nota -entre presumida y desesperada- que con cierta sordina se desprende del texto: yo estoy solo y lo que me duele me duele a mí nomás. Ustedes no saben nada y yo en cambio sí sé que lo que me pasa es tremendo. Y es mi secreto porque no tengo a quién contárselo y lo confío entonces a la letra escrita, puesto en enigmas, más o menos difíciles de desentrañar. Pero, claro, uno no puede sino protestar un poco: ¿cómo viniste a quedarte así... tan solo? ¿No poder contarse-lo a nadie es por lo arcano del mensaje o porque no hay, simplemente, confidentes? ¿O es que no puedes tener confidentes por culpa de aquel secreto mensaje?

Cada encuentro con un amigo (?) me trae un regusto amargo: no puedo comunicar mi «interior» con ellos; lo que yo siento como más real en mí es secreto, mi corazón es incomunicable. ¿Será que está Dios en él? Ojalá. El hecho es que debo vivir disfrazado («larvatus prodeo») aceptar el disfraz de lo común y todos los disfraces que le endosan a uno una etiqueta y dicen: «Es un hombre así o asá; un santo, un genio, un hombre difícil, un miserable, un rebelde, un desgraciado, un hombre feliz...» y uno tiene que decirles «*Amén*» porque ¿qué ganaría con discutir? El interior sólo Dios lo conoce, y yo mismo del todo no lo conozco sino cuando lo expreso; y sólo puedo expresarlo en la obra de arte. ^(x)

Por ahí, me parece, va la respuesta: como si dijéramos que es la cruz propia de todo profeta, portador de noticias que nadie puede soportar y muy pocos comprender.

Cuando un hombre entra en contacto con Dios, se produce una cosa que él no puede confidenciar a los demás; se produce en él un Secreto, es portador de una cosa inefable; porque Dios es inefable...

De aquí su famosa (y tan incomprensible) teoría sobre «el Singular».

Singular es el que tiene vocación religiosa a la Soledad. De ese modo son singulares tanto San Benito como Bodelaire, tanto el «solitario de Marne» (León Bloy) como el «solitario de Engadina» (Nietzsche). Y así se puede pensar que hay una especie de orden religiosa invisible de todos los solitarios del mundo. ^(x)

Castellani ha hecho largas disquisiciones sobre la distinción de Kierkegaard entre «lo Singular y lo General». Yo le pediría al lector que preste atención, pues si no entiende lo que sigue difícilmente podrá entender a Castellani. Para explicarlo, querría citar a Eduardo Allegri, que, cuando quiere, resulta singularmente claro:

A nadie se le escapa, leyendo a Kierkegaard, que hay dos cuestiones -una, dividida en dos- que Castellani considera con especial atención: lo General y lo Singular.

En términos secos, lo General es lo establecido, es lo propio de la grey, aquello en lo que caemos al nacer: el conjunto de leyes, de normas, de usos, de autoridades, de establecimientos, de ideas, de opiniones, incluso de convencionalismos, prejuicios y errores que están establecidos. Eso es lo General.

¿Y el Singular? Es alguien a quien le pasa una cosa muy particular.

Para el Singular, lo que «ya está», no le sirve; lo que han pasado los otros, no es lo mismo para él: todas sus situaciones son nuevas, no se parece a nadie.

Está suelto... pero por otro lado está solo porque ha sido sacado de los caminos hechos y de las normas generales. ¿Sacado, por quién?, pregunta Castellani. Y contesta con una cita de San Juan de la Cruz:

Al llegar aquí, ya no hay camino.

Y agrega Castellani: Está solo, pero por otro lado, está... con Dios. Está solo, pero por otra lado está con Dios, porque el verdadero Singular se estira, se lanza, es sacado -como dice él- de lo General. Al llegar aquí no hay camino, y ni siquiera lo hace él. El camino lo hace Dios. Y él se deja llevar. Sin-gular es, para el P. Castellani, el que tiene vocación religiosa a la soledad... ^(x)

¿Porque desprecia a los demás? No, nada de eso. Más bien al revés: es por amor a los demás que uno se deja llevar por tan extraño camino. Claro que el Singular es un tipo que vive a contrapelo de la

mayoría de sus congéneres, ya que es

lo contrario de la masa, de lo visible, de lo externo hipertrofiado...

[Pero] Castellani no dice que lo externo no sirve; tampoco lo dice Kierkegaard. Al contrario, cuando define al Singular, con una imagen muy nórdica que a nosotros no nos dice nada, dice que en las barricas de arenques, los de arriba se machucan y se desperdician, pero están en los bordes para desperdiciarse y machucarse, para proteger los que están adentro... Los de arriba son, obviamente, los Singulares y los de adentro somos... nosotros. ^(x)

Chesterton dijo alguna vez que distinguir es propio de gente distinguida. Y bien, tengamos la distinción de reconocer que porque Castellani era, él mismo, tan distinto, es que podía escribir cosas tan particulares y salirse con la suya.

Aquí en estos comentarios míos hay muchas «primicias» (que Dios sea loado, pues de El son) es decir, cosas que no están en ningún otro escritor, y son verdad.

Claro que su pudor le impedía atribuir la cosa a su singular genio. La humildad (quizá obtenida a fuerza de los palos que había recibido) le obligaba a justificarse:

Eso no quiere decir que yo tenga más talento que los antiguos, sino que los tiempos cambian... ^(x)

¿Ah sí? Pero, el buen entendedor no se engaña y sabe lo que se sabe porque lo vio con ojo atento: Castellani tiene tanto o más talento que los antiguos, es un tipo «fuera de serie», «extraordinario», «excepcional». Y porque nunca se dejó anular, porque desplegó a los vientos su personalidad, porque nunca dejó de ser íntegramente él mismo, por eso, digo, pudo escribir lo que pudo escribir.

Estoy encombrado de gente en torno, apiñado o enjambrado, y viajando por todo el continente; y sin embargo, estoy solo: así como afuera, como en otra parte, fuera del mundo más de medio cuerpo, como muerto o medio muerto, viendo las cosas de otra manera que los demás, sintiendo enormemente cosas que los demás no sienten... ^(x)

Y a mí, ¿qué quieren que diga?, a mí se me antoja que ése es, precisamente, su talento. Le costó sangre, pero jamás quiso enterrarlo sino que lo hizo fructificar y se me hace que un día eso se podrá ver claro.

Aunque de a ratos él andaba como en tinieblas.

Esa vocación de ermitaño me hace pensar mucho a mí: es muy rara y Dios me llama a ella... Hay un misterio psicológico en la vida del eremita, del «mónaco» -es decir, del solitario. ^(x)

El «misterio psicológico» al que se refiere y que tanto lo hizo pensar, fue parcialmente develado, años después cuando quiso explicar la caracterología del genio, o sea de los que exceden intelectualmente. Después de anotar que no son prácticos y que tienen demasiada sensibilidad, Castellani agrega que

3º. No pueden tener amigos: Nada priva tanto de la amistad verdadera, como una cualidad sobresaliente [...] Si una extraordinaria providencia no les regala gratis un verdadero amigo [...] su sino fatal es la soledad espantosa de Nietzsche o la confusión espantosa de [Jacinto] Verdaguer, llevado al retortero por la influencia incoherente y contradictoria de toda clase de «semi-amigos» vulgares, aunque bien intencionados... a veces. Las dos situaciones son inhumanas: ningún enemigo nos puede hacer tanto daño como un amigo tonto; y vivir sin amigos es imposible. ^(x)

Tan imposible como querer ganarle una discusión a Castellani; en cuanto a uno le parece que lo está arrinconando, él sube a otro plano donde se desenvuelve con soltura y lo deja a uno como sin aire... Después de un tiempo, recién después de algún tiempo, venimos a caer en la cuenta de que nos metimos en camisa de once varas.

Peor que eso. Discutiendo con Castellani sobre este asunto de su soledad, nos vemos súbitamente fulminados como por un relámpago caído del cielo; y a su luz, nos vemos en el poco reconfortante papel de Elifaz, Bildad y Sofar. Lo habrá notado el lector: a Castellani se lo ve mejor a la luz de Job, aunque en ese proceso queden sus amigos muy mal parados.

No iba a ser yo la excepción. Ahora, se podría quizá caracterizar a los amigos de Job, quiero decir, de Castellani. Pero bueno, sería un poco antipático: conformémonos con decir que difícilmente puedan entenderlo, seguirlo en sus tribulaciones y comprenderlo en sus protestas, rebeliones y general disconformidad con el orden de las cosas...

Los amigos de Job no ven lo que ve Job, y es en ese punto, precisamente, en el punto clave de cada historia de un Singular, donde los amigos

revelan que realmente no entendían nada. Se quedan dormidos, o se «borran», lo mismo da: Jesús en el huerto de los Olivos, Job echándose ceniza encima, Castellani...

Castellani, ya veremos. Pero es igual. Y aquí va mi tesis más sentida, formulada como trabalenguas por lo difícil del asunto: si Castellani es un tipo del tipo de Job, sus amigos no pueden sino ser tipos del tipo de los amigos de Job (tuviera Job amigos de otro tipo y Job no sería el tipo que es. Y viceversa).

¿No entiende el lector? ¿No le gusta el enigma? Tenga un poco de paciencia y siga leyendo, que el libro que tiene en sus manos no es otra cosa que la vida de un solitario y su biografía no puede ser más que una parábola de lo que decimos. Claro que no es lectura para cualquiera, y bien se le puede aplicar lo que él decía de otro:

No es una lectura para chicas que se alimentan de bocadillos y de novelas yanquis, ni para chicas en general, ni para beatos, ni para burgueses, ni para burros, ni para sacerdotes no advertidos, ni para hombres sin percepción artística, ni para la inmensa parroquia de la moralina y de la ortodoxia infantil.

Asomarse al abismo no es para todos. [\(x\)](#)

«Beatos, burgueses y burros», redondea lindamente a los que no lo entienden ni pueden, acaso, entenderlo a Castellani, ni a sus cosas.

Tal vez recuerden una anotación de su **Diario** que registramos más arriba:

Me parece que Dios explicará algunas cosas con mi vida -no yo con mis libros. [\(x\)](#)

Dios explicará algunas cosas con mi vida... ¿Algunas cosas? ¿Qué cosas? ¡Diablos, si será presuntuoso este hombre!

Sí; no menos que su biógrafo que querría ser amigo del biografiado quince años después de que lo enterraran en la Recoleta. ¿Y bien? No, de ningún modo; Castellani no es un tipo fácil. Ni de entender, ni de tratar, ni de seguir. De todos modos... como que uno tiene la vaga impresión de que vale la pena el intento.

Y, después de todo, no es tan difícil adivinar

en sus ojos la muda imploración de su enorme soledad. [\(x\)](#)

*

Una de las cosas que más me sorprenden del Dios que me sé, es comprobar una y otra vez cómo le gusta jugar a las escondidas, en todas sus variantes. Teresa la Grande, la Gran Teresa, lo había intuído con su característico genio: «Si yo me pudiera asconder de Tí como Tú te escondes de mí, que no lo soportarías, con lo que me quieres». ¡Piedra libre! ¿Y bien, a cuento de qué? Bueno, no sé si recuerdan que allá por agosto del '95 le pedí que me ascendiera en el trabajo a cambio de yo escribir este libro. El no dijo nada, de modo que no está comprometido a conseguirme nada... pero, bueno, yo sigo con mi parte. Y el con la suya. En estos días un «amigo» me ha regalado un montón de dinero con el que he salido de toda clase de deudas. Ahora sólo me quedan tres: con Dios, con mi «amigo»... y con Castellani. ¿Ustedes creen que no tiene nada que ver? Yo creo que se esconde como el Creador, detrás de otros amigos. Pero que él es, efectivamente, un buen amigo... ahora ya no puedo dudarlo más. Éstas son «las escondidas» de Dios: cada vez que uno le da las gracias a un amigo, los ángeles cantan a coro «¡Sangre!» Porque nos hemos equivocado al creer que el «escondido» era sólo nuestro bienhechor. Y porque todo bien nos fue ganado, hace cosa de dos mil años, en un solitario madero, allá en Jerusalén.

*

Capítulo XIV

ANTISEMITA

Roma

1931

*¡Ojalá volviera a ser como en los días en que Dios me protegía,
cuando su luz brillaba sobre mi cabeza!*

Job 33:15-16

Volvamos entonces a Italia, año del Señor de 1931, donde está la mar de contento. O, deberíamos decir, contento con la mar. ^(x)

Pero allí, en el Golfo de Nápoles, Castellani escribe un simpático «Elogio de la Natación» que encanta por su sencillez:

El baño de mar tiene esto de hermoso, que el hombre tiene que desnudarse y entregarse al elemento agua.

Tiene que despojarse de todo lo pesado, complicado y gris que pertenece al elemento tierra. Los anteojos, el reloj, la cartera, el triple estrato de vestes blancas y negras.

Tiene que reducirse a lo que su madre lo hizo, no más militar, civil o eclesiástico, sino simplemente hombre.

Tiene que «hacer por la vida» en el más puro sentido literal. Tiene que dejar en una roca al lado su cartera.

-Y que me la roben, qué me importa, esta plata líquida es lo que vale.

Esta masa argéntea, verdosa, rítmica, amenazadora, acariciante, es lo que importa.

Así como en la vida lo único que importa es la Mística. ^(x)

«*Duc in altum*»: desde los tiempos de San Pedro se compara la vida del cristiano al andar sobre las aguas. Aunque para Castellani, su vida, mística o no, ha sido siempre escribir; y seguramente aprovechó estas vacaciones en la Toscana para ponerse al día.

Es en este tiempo que le dio por un tema romanísimo: San Pedro y la sucesión apostólica. Alguno encontrará un poco básico mi apunte, pero, en fin, lo anoto aquí por si entre mis lectores hay quien duda de lo que era Castellani cuando se ordenó: era católico (y de una ortodoxia a prueba de balas).

Por eso, recién ordenado, escribió su encomio de la infalibilidad papal en dos clásicos ensayos que sacudirían a más de un clérigo «a la page» de nuestro tiempo (por entonces esas ideas revolucionarias eran más bien patrimonio de los diputados socialistas que no de los teólogos vencidos después de Vaticano Primero).

Nosotros sabemos hace mucho tiempo que no todo es trigo limpio en la Iglesia Católica, y que no sólo pueden pecar, sino que de hecho algunos Papas pecaron. ¡Miren a qué hora se despierta el buen diputado socialista! Lo sabía yo al hacer la primera comunión, que en el campo del padre de familia, el hombre enemigo sembró en medio del trigo limpio, cizaña...

En el capítulo último de *Orthodoxy* Chesterton ha ilustrado las relaciones de la autoridad y el aventurero, con la comparación de su padre llevándolo de la mano a él, pequeño, al descubrimiento del jardín de su casa: «Yo sabía que mi padre no era un montón de verdades sino una cosa que dice la verdad». ^(x)

Sí, Castellani siempre pensó básicamente igual (su ortodoxia no tiene fisuras) y por eso, porque años

después hay quien lo pone en duda, se ocupa de recordarlo:

Mis tres primeras publicaciones (y van ya de esto 35 años), fueron en loor y defensa del Papado: tres sonetos y un cuento en la revista del Salvador y dos artículos en la revista *Criterio* sobre la infalibilidad del Sumo Pontífice. De esa posición no me he movido un milímetro en medio siglo, ni como escritor ni como persona. ^(x)

Tanto para los que consideran a Castellani rebelde, subversivo, o lo que fuere (la cosa es más peluda que eso).

Bien; a otra cosa mariposa.

Ya en 1930, Castellani hace una síntesis de su primer año en Europa.

Desde la cuaresma de 1930 me sané del hígado, escribí las tesis, me enfermé de cansancio y malaria, pasé 10 días en el Colegio de Mondragone y en la deliciosa colina del Túsculo donde Catón escribió «De re rustica», Gregorio XIII el calendario gregoriano, Baronio sus anales, Belarmino sus controversias y D'Annunzio una de sus odas...

Me ordené (aquí vienen todas las cosas espirituales y sentimentales de que dije arriba: «*Secretum meum miqui*»)...

Pasé una semana rezando infaliblemente el Oficio cambiado, convertí un seminarista ateo (un ex-seminarista de Reconquista) me vine a Livorno en 3ra. clase, comí con los pobres pan con 70 centavos de tallarines, catequicé en mal italiano, me instalé confortablemente en esta hermosa villa, visité Pisa, aprendí a nadar y estoy repasando despacito mi alemán. ^(x)

Casi nada. Pero, ¿cómo ha sido lo del Colegio Mondragone? Está en la Toscana en un puebluco encantador al que Castellani volverá de vacaciones al año siguiente.

Montenero es un pueblecito de campesinos y pescadores, desparramado en la falda de un monte que fue negro de pinos, a poca distancia de la capital de la Toscana, Liorna...

Allí paran

los doscientos seminaristas latinoamericanos, estudiantes de la Universidad Gregoriana, que pasan en Montenero los dos meses de tregua al estudio y a la canícula romana.

Y por si alguno duda que seamos notables en la Toscana... un día que fuimos de paseo al pueblo de Cécina, tuvimos el calor de ver venir todo el pueblo a vernos, la maestra con sus chicos, como a un museo de etnografía.

«¿Vedete? Sono americani. Sedono come noi, mangiano come noi, vestono come noi... Sone come noi; soltanto un po' moretti». ^(x)

Luego conocerá Nápoles que también le encantará. Es otoño, pero al llegar a estas tierras Castellani revivirá con aires de primavera delante de estas gentes y este paisaje que lo emborrachan con su historia, su geografía, sus paradojas y el silencioso diálogo entre los campesinos y su tierra, eso que él llama

el enigma de Nápoles y de su pueblo vehemente y pachorriento, apasionado y fatalista, medio griego y semi-medieval. El golfo maravilloso, que le dice: Eres feliz -y ahora una barca blanca rueda sin una estela, como un ave sobre el cobalto cabrilleante- y el Vesubio humeante, que le dice: Eres mortal. El golfo canta en la brisa: La vida es bella, y el monte guiña en el humo: La vida es corta. El golfo suspira como un pecho enamorado, y yo siento en torno mío las flores de las acacias cayendo en el ambiente caliente y balsámico, y el volcán de azufre, como un blandón, chisporrotea; el golfo, espejo moruno del cielo purísimo, y el volcán, señor de la tierra que se mueve...

Quanto é bello a ghi'a vedé.

Scétete, scétete, Nápule, oé. ^(x)

Son todas buenas. Incluso en casa: de Buenos Aires le llegan noticias de Marzal quien le refiere que, ¡por fin!, el P. José María Blanco S.J. anda con ganas de «largarse» con una editorial y parece que quiere comenzar con la publicación de las «Camperas», qué tal. Lo único malo es que, según

Castellani, algunas son «fábulas» y otras «camperas» y, por eso, no le gusta el título propuesto por Blanco: «Camperas Fábulas». Pero, pónganse en su lugar: está contento con la idea de que se publique el libro, y cómo no.

Castellani con viento a favor... da gusto verlo así. Vuelto a Roma escribe un magnífico ensayo sobre la estética de Santo Tomás, por oposición a la de Duns Scotto. Le ha sido sugerido por un trabajo de un inglés escotista, Arthur Little, a propósito del famoso libro de Jacques Maritain, “*Arte y Escolástica*”. ^(x)

Allí Castellani muestra las uñas que viene afilando desde los tiempos de Villa Devoto: se trata de un trabajo en el que exhibe su solvencia para comprender las implicancias de los «metafisiqueos y abstracciones y cosas puramente especulativas» y su estrecha conexión con la realidad:

Todas las afirmaciones más triviales que hacemos, están impregnadas, si usted quiere, de una cantidad de metafísica; y por eso Sócrates, que la sabía extraer de ellas, se llamaba a sí mismo «*maieuta*». Un mucamo que dice «*Aquí ha entrado alguien*» porque ve las cosas removidas, implica el valor del principio de causalidad, por no nombrar el de contradicción; y sin embargo no puede refutar a Hegel. ^(x)

Por aquí puede uno ver -si quiere- que Castellani es bastante más tomista que la gran legión de filósofos profesionales que han estado juntando tecnicismo sobre tecnicismo, incapaces de formular en la lengua común de los mortales su tan «subido» saber. Castellani, muy joven, ya los había detectado: así como citaba frecuentemente a Montesquieu («*la solemnidad es la inteligencia de los imbéciles*»), en alguno de sus diarios anota que tiene bien calado a los tipos que

exhiben obscenamente el herramental con que trabajan.

escondiendo detrás de una jerga más o menos esotérica su radical ignorancia. Esos tipos nos recuerdan el *diktat* de Nietzsche: hay quienes remueven las aguas para que parezcan más profundas.

Nada de eso en nuestro autor. Al contrario, quien conozca algo de la obra de Castellani puede ver cómo se esfuerza, por lo general, en esconder su erudición. No es por humildad, sino por algo anterior: que nada se interponga entre las cosas y nosotros, que podamos ver la realidad con absoluta transparencia ya que el verdadero amor a la verdad mueve a comunicarla con la mayor sencillez posible. Claro que Castellani treintañero todavía no sabe lo bastante como para disimular del todo su «herramental»; eso se ve por este artículo que comentamos. Pero, bueno, su menester periodístico lo irá formando lentamente en ese sentido, obligándolo, quieras que no, a aprender a decir lo que ve en un lenguaje transparente.

A todo esto, y puesto que Castellani no lo va a decir nunca, digámoslo nosotros: el «herramental» adquirido por él en este tiempo es verdaderamente impresionante, comenzando por sus críticas de arte que se explaya sobre las esculturas, pinturas y arquitectura sacras y terminando con las sesudas cuestiones de teología que le ocupan durante semanas, obligado como está a rendir su examen «*ad gradum*».

Pero hay que anotar aquí que su creciente afición por las profecías parusíacas, su interés por las cuestiones del Apocalipsis lo hacen llenar páginas y más páginas de apuntes, notas, fichas técnicas, referencias bibliográficas, ideas sueltas, autores, bibliotecas, manuscritos... No sé si recuerdan los estudios de «Don Benya».

De los 29 a los 35 años, estudiando teología y luego psicología y literatura en Europa, leí todos los comentadores que pude haber a la

mano, principalmente Billot, Alló, Swete, Renán, Wouters, y estudié los breves y enjundiosos apuntes de Rosadini, a cuyas clases concurrí dos años... En 1931, leí todo lo que pude recoger sobre mi asunto en San Agustín, San Jerónimo y Santo Tomás. ^(x)

Tomá mate. Hizo los deberes de tal modo que cuando lo recriminaron (¡también por eso!) su defensa era cosa fácil.

De hecho me han dicho que he sido temerario al ponerme a interpretar el Apokalypsis: un salesiano, director de una revista de Rosario, escribió que era temerario y que estaba equivocado en todo.

Se ve que el salesiano no sabía lo que es temeridad. ¡Meterse con Castellani!

Tengo la disculpa de que primero leí toda mi vida ese libro, comenzado a los 7 ó 9 años: había un libro en mi casa, con figuras del Apokalypsis, y lo leí porque me parecía un cuento de hadas, una cosa curiosísima.

Después leí todos los comentarios que haber pude, incluso me fui a Montserrat, a la biblioteca de los Benedictinos, a leer los comentarios del Apokalipsis que allí había y que son muchísimos. Y comentarios protestantes del Apokalipsis tengo unos ocho. Segundo, que todo lo que puse allí está sólidamente afianzado en lo que han dicho los mejores escritores, los Santos Padres, los mártires, los santos, pues desde San Jerónimo acá se ha trabajado enormemente en eso, y se ha conseguido mucho, naturalmente. ^(x)

Me gusta eso de «sólidamente afianzado» (que no el salesiano, pobre). Pero además, Castellani había levantado el cargo «*avant la lettre*».

Interpretar el Apokalipsis (¡y en la República Argentina!) parecerá a algunos empresa temeraria. Muchos sabiazos (incluso autores de «introducciones», como Wikenhauser, por ejemplo) parecen temer que el Apokalypsis es un libro dado por Jesucristo a su Iglesia para que no sea entendido nunca; y produzca confusión y demencia.

Eso es imposible. ^(x)

Y a continuación propone al lector un paseíto por lo que se ha hecho en materia de exégesis en estos veinte siglos. El guía conoce el camino por haberlo hecho una y otra vez, ese sendero arresado de escuelas, modas, disputas y en donde uno se topa con gigantes de la Historia como San Jerónimo y San Agustín, monstruos de erudición como Alló, Bonsirven y Holzhauzer, grandes conocedores de toda la Escritura como Newman o Feuillet, pensadores originales como Lacunza, además de toda la literatura imaginativa que incluye a Benson, Ramuz, Lewis o Solovieff, para no mencionar a los heterodoxos, judaizantes, protestantes, racionalistas, modernistas o lo que fuere. Porque es de saber que también repasó a Loisy, a Renán, a Tyrrell, a Von Hüegel, después de haber leído buena parte de la patrística de los primeros siglos de la Iglesia. La lista de los libros que Castellani leyó para intentar una explicación de las profecías sería, en verdad, interminable. Y lo diría más sencillamente: leyó todo lo que estaba a su alcance. Por eso, pienso y digo sencillamente, con la veneración y afecto que le he tenido, que al Cardenal Quarracino se le escapó este dato: si no, ¿cómo se explica su aserto?

Pienso y digo sencillamente, con la veneración y el afecto que le he tenido, que al Padre Castellani se le escapó la buena literatura teológica de la época contemporánea; pero es claro que tampoco uno puede estar en todo. ^(x)

Como el Cardenal no señala autor alguno, ignoramos a quién o quiénes se refiere y no se nos ocurre qué «*se le escapó*» que realmente valiera la pena: miren que pesan acusaciones sobre Castellani, pero ésta de ¡no haber leído bastante! es el colmo... A mayor abundamiento, una rápida consulta de las reseñas bibliográficas en su revista *Jauja*, por ejemplo, revelan que Castellani no le hizo asco a nada, que leyó atentamente al último Maritain y *para dessus le marché* a unos cuantos autores contemporáneos, más o menos de moda, más o menos importantes, sean los zascandiles al modo de Evelyn o los macaneadores más increíbles como Robinson y Teilhard. ^(x)

Mi compulsión no es exhaustiva y no hallaría ahora las referencias, pero sé de cierto que Castellani

leyó además en profundidad a Ratzinger, a De Lubac y a Daniélou, además de toda la obra de los grandes de nuestro tiempo como Albert Frank-Duquesne (del cual seguramente el Cardenal ni oyó hablar). Entonces, ¿en quién pensaba Quarracino? Me parece que en Von Balthasar.

Pero, el caso es que Castellani también lo leyó.

Hace años, cuando estudiaba el último curso de alemán, leí un enorme libraco de Von Balthasar (486 págs.) titulado «*Prometheus, oder, Studien zur Geschichte des deutschen Idealismus*» -o sea «Estudios para la Historia del Idealismo Alemán» y escribí en la última página «oscuro». Pues éste es más oscuro aún. Todas las palabras son claras y tiene el aspecto de un juguete; pero el fondo... ¡Sacramento! ^(x)

¿Buena literatura teológica contemporánea? Te la debo. ^(x)

Pero volviendo a lo nuestro, conviene anotar que Castellani jamás se dejó enredar por tanto saber, tanto libro, argumento, silogismo, arduo et redarguo, sed contra, o lo que sea.

No señor. En su aproximación a los temas apocalípticos, lo domina un espíritu de perfecta humildad, de reverente amor a la verdad, que esconde en la figura de don Benya:

Lo que me interesa no es relatar, sino interpretar.

No soy un profesor de Escritura sino una fe que busca inteligencia.

La erudición es provinciana. Todos estos libros no son sino instrumentos mentales que deben enfundarse cuando se toma en las manos el Libro Santo y se pide a Dios que, conforme a su voluntad, nos dé gracia para entender lo que quiso decir en él, que sea de edificación a la Iglesia y de ilustración, consolación, exhortación, alegría y esperanza del ánima propia... ^(x)

El puso todo su potencial intelectual, su fenomenal memoria, su capacidad de comprensión de las cuestiones más dispares, su sentido del humor, su sentido de patria, su sentido común, su imaginación, su talento sintético, al servicio de una mayor inteligencia de las escrituras, en especial de las profecías parusíacas y en eso, en cierto modo, se le fue la vida.

A la que tenemos medio abandonada. El 20 de octubre de 1931 rindió con éxito su examen «ad gradum» en la Gregoriana, con lo que obtuvo un Doctorado en Filosofía. ^(x)

Ya ordenado, Castellani hará uso de una prerrogativa que sus superiores sólo permitían a los presbíteros y que venía demorando uno de sus grandes deseos: podrá, por fin, leer a un poeta fuertemente censurado.

Baudelaire.

Esperé que me ordenaran sacerdote, y esas mismas vacaciones (1931) leí todas «Las Flores del Mal»...

La lectura de Baudelaire le hará honda impresión, razón por la cual agrega que

desde entonces no he cesado de leerlas; y tengo por lo tanto, siendo sacerdote advertido, una visión exacta del alma del pecador con algunos reflejos del alma del santo.

Porque Baudelaire tiene el sentimiento cristiano del pecado y ese es el fondo de su obra; es decir, tiene una buena teología y tiene una fe tremenda, hasta cuando blasfema... ^(x)

Sí, está muy bien: por estos años, una importante cantidad de autores católicos (Bernanos en el «**Diario de un cura de campaña**», Graham Greene en «*El Poder y la Gloria*», Evelyn Waugh en «*Un puñado de polvo*» y, unos años más tarde, en su formidable «*Regreso a Brideshead*») querían rescatar esa verdad un tanto olvidada en los laberintos de la espiritualidad sulpiciano: el catolicismo se

«especializa» en pecadores.

Charles Péguy y Santa Teresita (ambos nacieron el mismo año) reflataron esta vieja verdad con diferente pluma y concepción pero igual intuición, despejando con gran esfuerzo las plúmbeas sombras de un fariseísmo más o menos extendido, más o menos desembozado.

Castellani toma buena nota del concepto, bien que nunca cayó en los relativismos de una moral de situación engendrada sobre bases psicologistas y que ignora los fundamentos de la moral.

No. El anota el dato porque es el reverso de la cuestión del fariseísmo que lo habría de preocupar en años venideros y porque comienza a desarrollar su campaña contra la moralina asfixiante de la burguesía.

Ya en 1936 puede escribir cosas tan «revolucionarias» como ésta:

Pensemos en «*Les Fleurs du Mal*», condenado como «inmoral» por un tribunal burgués, que no condenó ni a Hugo ni a Zola; libro tenido hoy día por católico en el fondo, aunque naturalmente «católico pecador». Libro de fuerte y densa poesía, peligroso por cierto, pero peligroso como lo es el bisturí y como lo es «la vida», según la profunda frase de Menéndez Pelayo de *La Celestina*.

La moral católica no es meramente negativa, ni menos consiste en una continuada y desatentada fuga de todo peligro. Ella es humilde y osada, sencilla y cauta, amante de la Vida y de todo lo que sea Valor y Ser. Ella no impide ninguna obra de veras grande. [\(x\)](#)

Ahora bien, por lo que sigue, por las ideas que su lectura le sugieren, el lector atento podrá adivinar que Castellani recién ordenado, comienza a incoar ideas que conformarán decisivamente su concepción de la religiosidad y que serán clave de bóveda de su inteligencia en materia moral.

Baudelaire blasfema: tenía que blasfemar a causa de las almas piadosas deseosas de la perfección del sexo femenino. Quizá tenía que ser heterodoxo viril a causa de la ortodoxia infantil, que hace blasfemar de la religión a las almas grandes y rectas. [\(x\)](#)

La «ortodoxia infantil» es, claro está, cosa harto peligrosa para la verdadera religión -sin ventilar esa tesis, no se puede escribir una biografía de Castellani- y voy consignando entonces que, como se ve, él, en Roma, recién ordenado, comienza a intuir lo que años después constituiría la médula de su espiritualidad, de sus denuncias, de su vida...

Sí, es por entonces que empieza a verle la pata a la sota, aunque todavía ha de correr mucha agua bajo el puente hasta que caiga en la cuenta de lo que se aquí se juega.

Pero, a decir verdad, a Castellani le interesa todo: la cuestión de la educación muy en particular, pues ha concebido ideas para la Argentina, donde soplan aires de Revolución.

Entonces Uriburu todavía parecía la encarnación de una auténtica esperanza; quizá ya nadie se acuerde, pero por aquellos años muchos abrigaban grandes ilusiones con la «Nueva República».

Cuando fue el golpe de Uriburu yo estaba en Europa pero me enteré por el diario italiano que yo leía, «*L'Osservatore Romano*» [...]

Después vino un argentino, el P. Escobar. Pasó por donde yo estaba [...] me enteró de todo, de los últimos tiempos de Irigoyen y de la sublevación de Uriburu. Estaba contento, estaba satisfecho. No sé después, pero cuando pasó por Roma estaba muy ufano. [\(x\)](#)

Aun así, Castellani sabe que la Fundación de la Argentina pasa por la cuestión de la educación y por

eso -por amor a la Argentina- pondrá tanto énfasis en la cosa.

Es así que aprovechará su estadía en Europa para ver, para comparar, para sacar ideas, comenzando por el magnífico Bachillerato de los tiempos de Giovanni Gentile.

Estábamos estudiando en Roma cuando los «Tratados Lateranenses» extendieron la Reforma Gentile, que desde 1922 vigía en la Escuela Primaria, a los colegios secundarios (1929), y los ecos de la discusión un poco mezquina que siguió, penetrando a través de los severos muros de la Gregoriana, me movieron a escribir tres artículos para la revista Criterio...

Gentile introdujo en Italia la enseñanza de la religión en las escuelas, el estudio intenso de las humanidades clásicas y la equiparación de las escuelas privadas con las oficiales. ^(x)

Eso mismo, Castellani lo vio encarnado:

Tuve ocasión de presenciar los exámenes de *Maturità Classica* de un gran Liceo Romano. ^(x)

Claro, por comparación, nuestra educación daba (y da) ganas de llorar... Europa de entre-guerra, década del '30: Mussolini, en Italia, Hitler en Alemania, Mosley en Inglaterra, Maurras en Francia, Codreanu en Rumania, Salazar en Portugal... ¿cómo iba a ser de otro modo?

Castellani se ha vuelto antisemita:

De mis andanzas por el mundo una cosa al menos, como un clavo en la cabeza, he sacado fija: que no hay nada más inútil y aún dañino que el saber a medias. No digo el saber que se está formando y tiene de ello consciencia; digo el saber-a-medias.

Las medias verdades, las semi-ideas, las vistas confusas, el «conocer conceptual», el masomenismo, el tartajeo mental ni la santa pedantería...

El que sabe alemán a medias deletrea el periódico, entiende a tuertas y pierde el tiempo; el que sabe a medias filosofía quiere reformar el mundo, se da al macaneo libre y a «epatar» a los abribocas. El semiliterato navega imbrujulado sin hallar en el mar de tinta impresa ni por azar el islote de la obra maestra. El semicrítico zambulle y zambulle sin esperanza de tocar donde están las perlas. Del mediopoeta no digamos nada...

La pianista a medias ordeña a tirones balumbas de sonos de su paciente vaca, incapaz del gozar estético y capaz de «ensuicidar» al vecindario. El semipintorzuelo ultrafuturiza. El semiperiodista nos vuelve la vida chata, cuando no la ensucia y repudre.

¡Abajo todos los semi!

¿Y eso qué tiene que ver con la marea fascista?

En este sentido soy antisemita. ^(x)

¿Y en el otro sentido? Sí, bueno, ya vamos. Esa es harina de otro costal.

*

Muchos me preguntan cómo me «picó» Castellani. En mi memoria queda registrado el fenómeno como sentado en el último banco del aula donde cursaba 5to. año de Bachillerato. Allí, sobre mis faldas -medio escondido debajo del escritorio- me afanaba con Cristo, ¿vuelve o no vuelve? Matemáticas, Química, Instrucción Cívica... no me importaba. Yo estaba con el «katejón» y la «Meretriz Magna»... ¿qué cosa podía ser más importante? Y terminado ese libro, a la biblioteca de mi padre a ver qué otro Castellani había... De a poco fui cayendo en la cuenta de que nada que tenga que ver con la cultura le era ajeno, y que de cada cosa que lo ocupaba, sacaría a la larga un libro. O un librazo. Los consistentes bachilleratos italiano e inglés inspiraron su Reforma de la Enseñanza; su afición por la literatura en boga, dio lugar a Crítica Literaria e incontables trabajos sobre los temas más diversos,

publicados aquí y acullá. Su nostalgia por la Argentina es la clave de un libro que producirá a poco de volver al país: Lugones, una de las perlas de su crítica literaria, que habla mucho más allá de lo que los filisteos entienden por «literatura». Ésta, su agudísima comprensión de los fenómenos que suceden a la luz de incontables lecturas, engendrará con el tiempo dos libros donde en lenguaje político y humorístico dirá mucho sobre el estado de las cosas en el país y el mundo: Las Canciones de Militis y El Nuevo Gobierno de Sancho. Y no es eso todo, no vayan a creer. De todo lo que le ocupaba el magín, Castellani sacaba un librazo. Sus sesudos estudios técnicos dieron lugar a sus controvertidos trabajos filosóficos, un difícil ensayo sobre Kant en la crítica de Marechal, una más llevadera Conversación y Crítica Filosófica, un ejercicio de propedéutica que es Elementos de Metafísica, y, sobre el final de su vida, como gran remate de tanto estudio y meditación, la cumbre de su pensamiento reflejada en De Kirkegord a Santo Tomás. Hay más: en París comenzará a preocuparse por la Psicología y de allí tenemos su tesis sobre La Catarsis en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, su entretenido Freud en cifra, sus espléndidas conferencias sobre Psicología Humana. Libros divertidos, variados, originales, escritos con ése su estilo nervioso, reconcentrado, ocurrente, escondiendo lo más posible la tremenda erudición que funda cada una de las tesis, cada aserto, cada uno de sus rasgos... ¿lo decimos? Libros geniales. Las comparaciones son antipáticas pero desafío a quien quiera que me traiga un ejemplo de autor contemporáneo que haya tratado con tanta solvencia, tantos temas, tan bien encarados. ¿Quién escribió tantos y tan buenos libros como los que decimos? Sobre asuntos tan variados, en formas tan disímiles, actuales cuando fueron publicados, actualísimos hoy, cuarenta o cincuenta años después... Y aún, queda por hablar acerca de su exégesis de la Escritura. Mi afán de elogiar a Castellani por su obra se detiene aquí para resollar: me quedo mudo ante tanto saber, tan bien digerido, formulado, conectado con la realidad de nuestro tiempo, tan sólidamente trabados los argumentos, tan bellamente explicado El Evangelio de Jesucristo, Las Parábolas de Cristo, El Apokalypsis... ¿Quién, en el s. XX lo explicó mejor que él? Por no decir que repuso en el tapete la pregunta por el millón: Cristo, ¿vuelve o no vuelve? La respuesta es, claro, otro libro sin par.

*

Capítulo XV

TERCERÓN

Amiens

1932

*Yo libraba al pobre que pedía auxilio,
y al huérfano que no tenía sostén.*

Job 29:12

Todavía en Roma, le llegan noticias de los suyos: su hermano Carcho acaba de tener su primer hijo a quien le han puesto Jorge. El joven sacerdote, además de flamante doctor, es ahora también tío y ha recibido con sumo interés una fotografía de su primer sobrino.

Se puede resumir la impresión que hace la fotografía en que es un pibe imponente. Una carita segura de sí misma que se ha plantado en la vida con una formidable resolución de vivir resplandeciente en los ojos, que son los tuyos cuando eras chico...

Claro: un sobrino para un sacerdote -y sobre todo el primero- no es poca cosa.

Es un pibe adorable. Estoy impacientísimo pensando que mientras yo rumio filosofías que no sé muy bien para qué me sirven este señor está creciendo y por lo tanto desapareciendo; y cuando lo vea será otro, más hombre, y esperemos que más lindo, pero no éste, que por ahora posee todo mi corazón o por lo menos toda mi curiosidad. ^(x)

¿Más lindo? Esteee... Lo cierto es que ahora Castellani es, para alguien, «mi tío, el cura», ese personaje que utilizará de comodín para decir las cosas más directamente y que conversa y discute con un sobrino que hace las veces de abogado del diablo.

Pero Castellani no está destinado a quedarse en Roma pues allí no quiere hacer lo que en la Compañía se conoce como «tercera probación».

Viene a ser en los jesuitas una especie de segundo noviciado, en que los hacen otra vez rezar mucho y hacer penitencia un poco, ir al hospital y servir a la cocina, estudiar las Constituciones y leer libros píos durante diez meses, después de los cuales lo dan por jesuita entero y verdadero, y lo sueltan por el mundo a ver si pueden hacer algo por Jesucristo: desburrar muchachos, escribir libros o hacerse fusilar.

Iba a ir a España; pero andan allá las cosas medio mal, y yo opino que por ahora me conviene limitarme a las dos primeras, por lo menos hasta que haya pagado en Reconquista las visitas que le debo a la susodicha doña Catalina. ^(x)

Sí; originalmente creyó que obtendría una plaza en Salamanca, pero ocurre que por esos años republicanos, anarquistas y comunistas andaban haciendo de las suyas y habían comenzado con esa curiosa manía piromaníaca, empezado por conventos y monasterios. Mejor ir a un lugar más tranquilo.

En fin, con el aval de Parola, ha comenzado a escribir a varias casas de la Compañía, hasta que

recibí carta del Socio de [la Provincia de] Champagne concediendo la última cámara disponible, pero avisándome que está sobre la estufa y tendré demasiada calefacción.

Contesté aceptando, porque he nacido en el Chaco y he pasado un verano en Nápoles; y lo que es demasiado calor para un bretón

quizá no lo sea para un reconquistaño, amén de que me servirá para suplir la que no tuve en Roma, donde habité la única habitación sin calefacción de toda la casa. ^(x)

Hay que decir que Castellani ha conseguido un lugar en Amiens por su excelente manejo del francés escrito -sus estudiadas epístolas solicitando lugar son una maravilla de fineza y buena sintaxis- sin lo cual jamás lo habrían admitido.

Por fin partió de Roma el 21 de agosto de 1931. ^(x)

Pero antes, ocurrió una cosita a la que le asigno enorme importancia: lo recibió el General de la Compañía, el hombre que desde Roma gobernaba 30.000 jesuitas. Con Ledochowski -un polaco de modos sombríos y de gran eficacia administrativa- conversaron en julio del '31. En la oportunidad, hablaron, claro, de la Provincia Argentina y Ledochowski le dijo que la misma pasaba por una «crisis»...

Imaginen ustedes, si pueden, el diálogo del novel jesuita con el General que le da parte de sus inquietudes: crisis de sujetos, le dice a Castellani, no de otra cosa; como si los argentinos no tuvieran buena pasta para afrontar sus obligaciones. ^(x)

Castellani se va de esa reunión con esta conversación dándole vueltas en la cabeza: a) crisis; b) ¿de los sujetos?; c) el General está al tanto de todo y supervisa con eficiencia el estado de cada Provincia. De este entrevista, me parece, sacó Castellani la peregrina idea de que el Superior General sería una instancia a la cual recurrir si algo fallaba más abajo.

Una malísima idea, no vayan a creer otra cosa (lo sabemos, en buena parte, gracias a la experiencia de Castellani).

En fin, luego de una brevísima escala en Livorno, se detuvo en el noviciado de Laval, a cuatro horas de París. Ha sido idea de Pita (el jesuita argentino que había ido a Roma con él) y la cosa salió bien.

El haber venido a este hermoso noviciado ha sido un gran acierto, que debo al P. Pita: el P. Rector, que es un encanto, y los juniores, me ayudan muchísimo a aprender francés de modo que estoy casi cierto que iré a Amiens hablándolo con soltura...

Y bien, antes de Laval, hubo de pasar por París, donde tiene pendientes dos trámites vidriosos. El primero consiste en una visita a un

oculista Charpentier [quien] me hará un ojo sobre medida, que será bueno y más barato que los malos de Buenos Aires; y conservando el facsímil numerado, si se me rompiere no tendrá más que ponerle dos letras, de modo que es una preocupación liquidada.

El segundo asunto es que Castellani quiere obtener una cosa casi imposible. Sabiendo que luego del terceronado en Amiens irá a París para obtener algún otro diploma -por entonces pensaba en uno de Filosofía-

y enterado de que los jesuitas tienen en París varias residencias, quiere asegurarse un lugar entre los escritores de la revista *Études*, por entonces, de las mejores del mundo.

Es menester absolutamente que yo fuera a vivir a la casa de los escritores de *Études*, por cinco grandes cómodos: 1º porque está retirada del ruido infernal del tráfico parisino y se puede dormir y por ende estudiar; 2º porque está en el Centro, cerca de la Sorbona; 3º por la soberbia biblioteca; 4º por el ambiente intelectual que reina en ella; y 5º por los padres que la habitan y cuya amistad sería una mina de oro, los mejores escritores de la Asistencia de Francia y quizá de toda la Compañía. ^(x)

Cierto. Por eso le pide a Parola que interceda ante el Provincial de París para obtener un cuarto en la deseada residencia. Ahora, hay que decir que en esto Castellani se emperrió: escribió una docena de cartas a toda clase de gente para conseguir la cosa... incluso al mismísimo P. Travi que parece tener cierta influencia en algunos ambientes. Travi había sido designado rector del flamante Colegio Máximo en San Miguel pero ahora andaba haciendo algunas gestiones en Roma. Castellani parecía saber de su conocimiento e influencia en ciertos círculos romanos y por eso le escribía, aunque no dejaba de darse cuenta de las dificultades que aparejaba el asunto.

Un Padre parisién me dijo que no seré feliz en *Études* porque la casa es muy regular y los Padres tan eminentes y ocupados no harán mucho caso de un pobre escolástico extranjero ¡y de la América del Sud! ^(x)

¿Un argentino entre los jesuitas de *Études*? Sí, bueno, esperate un poco. En fin, después de su estancia de un mes en Laval, llega a a su destino el 21 de septiembre de 1931.

Aquí me tienes en las orillas del Somme (o de la Somme, como dicen aquí) en la región en que dio la gran batalla, en la ciudad que ocuparon los alemanes en 1916, en la parte de Francia que llaman la Picardía, convertido en «Musiú Castellani».

Ahí lo tienen ustedes, a «Musiú Castellaní», viviendo en la Picardía, allá en la zona donde combatió - saliendo milagrosamente con vida- nuestro amigo Tolkien. Otros, muchísimos otros, murieron en esos campos como Cecil Chesterton, los mejores amigos de Ronald Knox e incluso un tío abuelo mío.

Pero claro, eso es historia, la batalla del Somme había sido unos quince años antes de que llegara nuestro Castellani al lugar. Está tordillo el hombre, con el pelo

como el suelo de Amiens en verano, gris sucio. ^(x)

Claro que las canas no le vinieron porque sí nomás.

Dejo la filosofía y la teología para darme a la ascética en el año de tercera probación que viene a ser un segundo noviciado.

Le tenía un poco de miedo, porque no tengo mucha salud y este año es como el servicio militar; y de mi primer noviciado conservo un recuerdo un poco desagradable. ^(x)

Por cierto; lo vimos, ¿no?: el P. Dávila, el calor de las noches cordobesas, los temores, los primeros insomnios. Tiempos difíciles, los de la primera probación.

¿Y bien? ¿Cómo le ha ido en Francia? Por lo pronto, la ascética va curiosamente enderezada.

En Amiens proponía yo vencer la timidez: no lo conseguí. ^(x)

Sí, tal vez porque lo de la timidez le es constitutiva y no tiene remedio. Por otra parte, por más que me pongo a imaginarlo, no se me ocurre qué clase de ejercicios ascéticos pueden ser conducentes para tal cometido. Y hablando de esto ¿de dónde ha sacado Castellani que es tímido y que debe dejar de serlo? Yo supongo que se ha dado cuenta del asunto por su precio: Castellani «explota» de vez en cuando porque reprime un poco imprudentemente los movimientos naturales de su ánimo... hasta que no puede más. Hay, sí, en los tímidos, un peligroso «desplazamiento» o «aplazamiento» de las broncas y tristezas que tienden a buscar salida en formas más difíciles de controlar y cuyos efectos traen cola: pesadillas o malhumores, severas melancolías o «rabietas» irracionales, lo mismo da. La timidez puede ser, en efecto, causa de grandes inconvenientes.

Y Castellani los tiene. Pero, (¡atender aquí!), los tendrá mucho más en el futuro. Simplemente quiero destacarlo porque nos vamos acercando al período de su vida en que comienza a incoarse una tormenta que se desencadenará con toda su furia quince años después.

Ahora, volviendo a lo nuestro, hay que decir que este segundo noviciado tiene notables diferencias con el primero, por lo menos para él, que es ahora un adulto de espíritu maduro, con inteligencia crítica y que con característica libertad interior, comenzará a poner en cuestión los «ejercicios espirituales» a los que se lo quiere someter.

Los jesuitas tienen un año entero de «probación» o ejercicios devotos al fin de sus estudios, destinado a provocar lo que llaman la «segunda conversión».

Yo hice grandes esfuerzos («todo lo posible») en espera de una especie de metamorfosis y de revelación; y salí muy cansado y enteramente incambiado.

En cierto sentido. Precisamente porque ha hecho experiencia práctica de una ascética voluntarista de acento algo pelagiano y porque ha sufrido en carne propia los devastadores efectos de la espiritualidad filojansenista que entonces dominaba los ambientes, por todo esto, digo, Castellani, muy pronto, va a reaccionar.

Creo que la «conversión» consiste en la aceptación del sufrimiento; cosa que en cierta manera ha de renovarse continuamente porque siempre permanece el rechazo del sufrimiento por parte de la naturaleza; de manera que la «conversión» es una cosa dialéctica, compuesta de dos cosas contradictorias, que se mantienen unidas por la presión de la fe.

Todo lo que pertenece a la fe es dialéctico; es decir compuesto de dos piezas contradictorias -es decir, pugnantes-entre-sí, repugnantes. De modo que la fe es un continuo dinamismo, y no una cosa «puesta» de una vez por todas.

Claro es que también se puede marcar (en cierto modo) el «momento» de la conversión, que es el momento en que uno cae del burro y se da cuenta que la vida es sufrimiento -y que la fe es esfuerzo- no esfuerzo muscular.

Ese momento es «infinito»; es decir no es un momento histórico (exterior) sino espiritual (interior) o sea que en cierto modo contiene eternidad.

Mas no vaya a creer que es esfuerzo muscular o nervioso o sentimental o psicológico: es esfuerzo espiritual, que puede producirse y se produce en medio de la más perfecta calma de las facultades; las cuales ponía yo en tensión estúpida -o me las hacían poner- en el «año de tercera probación», *«le troisième an de noviciat»* que decíamos en Amiens. [\(x\)](#)

No es éste el lugar para desarrollar lo que podríamos llamar, acaso sin demasiada presunción, la «espiritualidad» de Castellani. Pero dejemos aquí constancia de que hay materia bastante como para ir pensando en ella: una espiritualidad vigorosa, fresca, original y especialmente apta para cristianos en plena posmodernidad; uno de los legados secretos de Castellani para sus sucesores más perspicaces, que más en serio se lo toman.

O, tal vez, no tanto. Quizá Castellani no haya ido tan lejos, pero por lo menos, digamos que dejó apuntadas algunas notas críticas a la espiritualidad «tradicional» de su tiempo, que rectifica muy en particular a la devotio moderna y que una de las notas dominantes en su concepción de la vida espiritual es la aversión que le tiene a esa suerte de puritanismo que se ha colado dentro de las filas católicas. Sería bueno que alguien estudiara el asunto a fondo y lo sistematizara para uso de los cristianos de mañana: los tiempos exigen una interpretación nueva (y eterna) del Evangelio y de la doctrina cristiana, una moral transparente y una espiritualidad realista, idónea para combatir los enemigos que cada tiempo suscita.

Para convocar a ese estudioso de mañana y para explicarle al lector lo que quiero decir no tengo, entonces, más remedio que dar una vuelta, realizar un pequeño «excursus» para ilustración de quienes quieren entender el sustrato profundo de las batallas que Castellani libra en su alma y en perfecta soledad.

En uno de sus libros C.S. Lewis quiso identificar dos grandes tendencias que situó en regiones antagónicas y que ilustran la situación del verdadero cristiano, peregrino en un camino en el que se topa una y otra vez con estos adversarios. ^(x)

Lewis colocó en una mítica región del Norte a los «Hombres de Cara Pálida», fariseos, angelistas, rigoristas, estoicos, voluntaristas y -más bien- conservadores. En el Sur, por el contrario, colocó a los «Hombres Morenos», de moral laxa, carnales, relajados, lujuriosos, sensuales, resentidos y, predominantemente, revolucionarios. Lewis nos ha explicado cómo nos atacan ambos enemigos: cualquiera sea la disputa de ideas en curso, las doctrinas en conflicto, las tendencias o modas de que se trate, ambos enemigos nos acechan de una y otra parte.

Si la disputa es acerca del alcohol, nos ataca el abstemio y el borracho. Si es sobre la cuestión sexual, el angelista y el lascivo. Si se trata de la naturaleza y la gracia, tendremos al que desprecia la naturaleza de lo creado para ensalzar indebidamente el orden de lo sobrenatural y, de otra parte, al que glorifica la naturaleza olvidando y aun despreciando el orden sobrenatural. Habrá quien entienda que la Caridad no tiene nada que ver con los afectos y quien sostenga que los afectos naturales son la Caridad misma.

Lewis sostiene que la pelea entre los del Norte y los del Sur complica las cosas, pues estos dos enemigos no se anulan mutuamente sino que potencian los defectos de sus contrarios, esto es, que se refuerzan mutuamente y sus razones se vuelven plausibles ante los embates del contrario.

Todo esto nos recuerda lo acertado que estaba otro inglés al considerar la ortodoxia como una aventura sin par y no la estática y (aparentemente) inmóvil «posición» con referencias lineales que proponen los racionalistas católicos:

Se habla ligeramente de la ortodoxia como si fuera una cosa pesada, monótona, quieta, cuando nunca ha habido otra más emocionante y peligrosa: como que es la salud, cosa que siempre ha sido mucho más dramática que los desvaríos de la locura...

La ortodoxia católica nunca adoptó un galope pausado ni quiso plegarse a las convenciones del tiempo.

Nunca, nunca fue «respetable». ^(x)

Quizá el lector todavía no entienda esto que trato de decir: que el verdadero cristiano en todo tiempo se ve asediado por dos bandos enemigos que parecen contrarios y que sin embargo coinciden en una cosa: distorsionan el verdadero cristianismo y nos apartan de la más auténtica ortodoxia.

Tomemos la oración, por ejemplo. Dicho un poco groseramente, los hombres del Norte entenderán que consiste en un ejercicio de esfuerzo sostenido durante un tiempo determinado, mientras que los del Sur dirán que se trata de pasarla bien. Los hombres del Norte dirán que la verdadera oración es pasarla mal y embromarse y que pasarla bien es más bien síntoma sospechoso. Los del Sur dirán entonces que si la estamos pasando bien, eso es oración y que si no, somos masoquistas. Y a medida que una proposición falsa se sucede a la otra, nos alejamos más y más de la verdad, con fragmentos de verdad escondidos aquí y allá, entre los muchos sofismas, exabruptos, falsedades, y, ay,

catoliquísimo desorden.

Entonces aparecen triunfantes los de la «línea media», sujetos que presumen de equilibrados, de moderados, de razonables, que se autocolocan «por encima» de toda bandería, y que juzgan las cosas desde la lontananza que quieren hacer pasar por ecuanimidad cuando no es más que la de su radical indiferencia: esa frialdad, esa falta de amor a la Verdad (que por aquello del entusiasmo siempre tiene un cierto ingrediente de locura), los hace adoptar posturas y doctrinas, formas de ser y de pensar que les han sido sugeridos alternativamente por los hombres del Norte y los del Sur. Por las peores razones abonan ésta o aquella otra tesis y en general tratan de mediatizar las proposiciones contrarias en un ejercicio de equilibristismo tan lejos de la verdad cuanto más «moderado» parece. En rigor, estos equilibristas viven esclavizados por proposiciones de uno u otro bando, a veces bajo la tiranía de los sentidos y otras bajo la tiranía de la razón (bien que los «moderados» que he tenido oportunidad de conocer, son afiliados, más bien, al bando Norteño).

Toda esta cuestión nos trae a la memoria un caso reciente. Quienes recuerdan los avatares desencadenados a propósito (¿o por causa?) del Concilio Vaticano II, no olvidarán fácilmente el bombardeo permanente de los dos bandos en pugna; de una parte atacaban progresistas insensatos queriendo cambiar todo, sureños desatados y en su hora más gloriosa.

Pero en el otro bando se topaba uno frecuentemente con otra casta: temibles conservadores, tradicionalistas esclerotizados, tristes sujetos cuyo único propósito era conservar el status quo, dejar las cosas como estaban, con sus alambicadas rúbricas, horripilantes beaterías y casuismos morales donde el sexto y noveno mandamiento ocupaban prácticamente todo el horizonte. Los testimonios del daño que han hecho estos tipos, estos norteños, son incontables.

Pero algunos lo han contado, como, por ejemplo, Rafael Alberti, criado en el Puerto de Santa María, en Cádiz, allá por los principios de siglo. Era un chico, desde luego, perfectamente feliz. Pero se le ocurrió a su madre anotar lo en el externado del Colegio San Luis Gonzaga, un colegio jesuita, Puerto de Santa María, Cádiz, 1914, imagínense ustedes...

Como todo escritor, tengo mis preferencias y mis odios. Desde muy joven, arranca en mí una especial antipatía y rigurosa aversión hacia el sustantivo voluptuosidad y, sobre todo, hacia su forma adjetiva: voluptuoso. ¡Horror! Se me llena la boca de saliva, se me encogen las uñas del pie izquierdo cada vez que lo escucho o lo veo escrito. ¡Voluptuoso! Incluso en francés es reventante [...] y me juro nunca manchar con [estas dos palabras] ninguna página futura.

[...] De lo que sí manché mucho mi alma en el colegio de San Luis Gonzaga fue, como ya dije, con ejemplos, del pecado contra la castidad, mezclado necesariamente con la mentira. Mi segundo guía espiritual era el padre Lambertini, italiano. ¡Cuántas veces, al sonsacarme, en la confesión, los pecados, me reprendió dura y retóricamente!

-Si te pudieras ver el alma, morirías de horror. La tienes sucia, lo mismo que un cendal manchado de barro. Porque, si al alma la ennegrece la lujuria, es el mentir quien la pone más negra todavía. Pecas, y niegas la falta, es decir que pecas doblemente... [...]

¡La castidad! ¡La castidad! En aquella atmósfera de catolicismo loco y exageraciones beatas ¿cómo no conservar en los ojos, llenos de espanto y a la vez de dulzura, la imagen fugaz de la hermana o la madre desnudándose, o de la prima y la hermana sorprendidas, de pronto, en la jira campestre, orinando juntas, larga la boca de sonrisa, tras de las jaras del pinar del Obispo o las retamas playeras?

¡Oh, Dios, qué gran pecado! ¿De qué modo decirlo al día siguiente y sin temblor al padre Lambertini? ¿Qué responderle a la insistente y temida pregunta: «¿Has pecado contra la castidad, y cuántas veces?». ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!

-No, padre, no. Hace mucho tiempo que no. Créame.

La mentira era entonces la única defensa, el único medio de calmarle las iras al confesor y poder dirigirse, aterrado y sacrílego,

hacia el comulgatorio. ^(x)

Y el pobre Alberti ha reemplazado voluptuosidad por horror. Sólo un hombre con gran formación, ecuánime, y sabio (y con suerte), podía sustraerse a esta marea puritana que todo lo envolvía. Digamos que sólo un tipo de los quilates de Pieper podría haber asumido la defensa de Alberti.

Habría que ser ciego para no ver que este concepto denigrante y maniqueo de la realidad sensible sigue coloreando, disimulada pero realmente, la idea cristiana de templanza, y sobre todo la de castidad, aunque no aparezca como tesis abiertamente defendida.

Y no sólo piensa y habla así el pueblo cristiano, sino también los mismos moralistas; los cuales cargan las tintas y dirigen especialmente la atención sobre particularidades que delatan esa desviación. ^(x)

Sureños vs. norteños. Conviene calibrar bien la cosa ya que la división entonces planteada (¿división, dije? ¡la guerra!), no se restringía a cuestiones litúrgicas o doctrinarias, concepciones de moral o de dogma, cuestiones políticas o de espiritualidad. Todo, absolutamente todo el cristianismo estaba en cuestión.

Ahora viene el dato. Mientras los sureños progresistas arrasaban con latines y rituales, bastardeaban la liturgia, formulaban sus morales de situación, sus dogmas evolucionistas y sus mundanas interpretaciones psicologistas de la espiritualidad, Castellani permaneció en una actitud de aparente indiferencia, absteniéndose de entrar en la liza. Y no por falta de un medio de difusión: por aquellos (más tormentosos) años, cuando el vendaval progresista arrasaba con cualquier institución, tradición o costumbre cristiana, Castellani era director de una revista que mantuvo desde 1966 hasta 1969. A la sazón casi no se ocupó del fenómeno progresista, más allá de algunos divertidísimos dardos contra Teilhard de Chardin, el Catecismo Holandés o la formidable lápida humorística con que sepultó para siempre al bobo de Lucio Gera. ^(x)

Más notable todavía, Castellani prácticamente ignoró al marxismo que estaba entonces en la cresta de la ola. La única explicación posible es que tenía otros pescados que freír, uno del bando norteño y otro del sureño:

La Iglesia gime impotente y las miasmas de la corrupción contemporánea se insinúan incluso dentro de ella; y no en la forma en que siempre se han insinuado, «cizaña en medio del trigo», reconocible y condenado, sino en la forma más terrible de la sal que pierde salazón, el fariseísmo, y la corrupción especiosa del dogma, que llamamos modernismo. ^(x)

Ahora bien, téngase en cuenta que el modernismo, con ser caballito de batalla del bando más bien sureño, no podría actuar si no contara con cierto consentimiento de las autoridades que, por lo general, son por inclinación, conveniencia o necesidad mayoritariamente norteños (me refiero, por ejemplo, a esos obispos de voces melifluas y gruesos anteojos). Por eso, me parece que tiene razón Lewis cuando afirma que los hombres del Norte son los que predominan en nuestro tiempo, pese a las apariencias en contrario. Es cierto que el nuestro es un tiempo especialmente relajado, que los hombres se han vuelto más y más sensuales, materialistas, débiles, sentimentales y -en general- sureños. Pero claro, eso es mirar las cosas con medio ojo. Porque, como dice el P. Sáenz, el problema no es que los malos sean malos, ni aun, que se vuelvan peores.

Lo decisivo, lo realmente trágico ocurre cuando los buenos se vuelven malos: diques que se derrumban, fortalezas que se entregan, inteligencias que se corrompen.

El misterioso «Obstáculo» de que habla San Pablo parece haber sido retirado o poco menos; y las fuerzas del mal, poder de la

herejía y medios de destrucción de que dispone la humanidad parecen no tener ya límites. ^(x)

¿Y qué será de nosotros? Si nos asureñamos corremos el riesgo de perder consistencia y claridad mental, caeríamos fácilmente en cien trampas de la sensualidad, del mundo o, directamente, del demonio. Por eso buena parte del afán de cualquier buen cristiano gira en torno al sostenido esfuerzo por dejar de ser sureño y dedicarse así a cosas más elevadas. Ahora bien, el asunto está en que recién entonces comienzan las verdaderas batallas. Recuértese el aviso de Nuestro Señor que ve al demonio salir en busca de refuerzos, una vez expulsado: «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus aún más malos que él mismo».

Para volver al ataque.

Cuando uno comienza a caminar un poquitín en la vida espiritual empiezan las embestidas de los Norteños que son considerablemente más peligrosas que las andanadas de los del Sur. Es que entre la tiranía de los sentidos y la tiranía de la razón, es menos mala la primera (aunque no lo parezca: hora es ya de convencerse de que hay pocas cosas peores que el racionalismo). Entre los pecados de la carne y los del espíritu, los de la carne tienen redención mientras que los otros... Castellani insistió toda su vida en esta asunto: el fariseísmo es cosa peligrosísima, porque

si lo religioso es el remedio de las corrupciones ¿con qué remedio se remediará la corrupción del remedio? ^(x)

Y en tren de darle pistas a quien quiera estudiar el asunto más a fondo, diría que una de las ideas dominantes en su concepción de la vida espiritual, está en esto de evitar cuidadosamente la «tensión estúpida» que dice aquí: Castellani le tiene particular enemiga a las almas falsamente tensadas por el esfuerzo ascético y, por lo mismo, impenetrables a la gracia... y a los demás. ^(x)

¿Cuál entonces el fundamento de su espiritualidad? Porque hay que ver que cierta ascesis es necesaria, pero ¿cómo acertar con su medida, su tono, su lugar justo? Castellani fue descubriendo lentamente una manera de formularlo y ya a los 37 años supo decirlo con bastante precisión, aunque, en parte, se vio obligado a dar vueltas literarias para explicarse.

El texto que sigue no es enteramente fácil, y conviene leerlo un par de veces para entender exactamente lo que Castellani nos quiere decir. Seguramente por pudor, la bautizó Nota Inútil y la escondió en un postfacio a una poesía suya publicada en Criterio, allá por 1937. En ese rincón secreto nos cuenta que está en cama, con gripe, y que anda debatiéndose con un libro de poesía mística.

Itinerario es lo mejor que ha escrito Angélica Fuselli, quien ha escrito cosas muy hermosas. Es un magno poema con la teoría de este camino espiritual de que hablaba, rimada ella en liras juandelacruz de perfecto corte, en que se destellan como gemas innumerables versos como estos, magníficamente logrados:

¡Qué elocuente es el habla sin sonido!

Mi casa es de grandeza y mansedumbre...

En lo imposible posibilitar

el milagroso injerto

divino...

En esa hora secreta

transforma Dios en mística la asceta...

Por la ausente tenencia del Amado...

Éste es pues el desastre mío: que viendo yo con claridad todo eso, mi alma engripada permanezca fría. Veo con certeza que muchas almas no permanecerán como la mía, mas recibirán impresiones fuertes, sanas y santas, lo cual hace la importancia de este poema.

Pero no puedo decir lo que no siento. Mi respuesta sentimental al poema no puede ser sino la misma que diera la mentada Mademoiselle Lavallière a un pretendiente suyo: “Señor, vuestra declaración de amor es perfecta, y por ella me siento honrada. ¡Cuánta envidia tengo a la feliz mujer que un día será vuestra esposa!”. No se puede dar un NO más exquisito.

Y todo a causa, probablemente, de la gripe». ^(x)

Oscuramente y como a tientas, Castellani comienza a ver que no hay camino hacia la santidad que no se apoye sobre esta fundante honestidad de uno con uno mismo:

Éste es pues, el desastre mío: que viendo yo con claridad todo eso, mi alma permanezca fría... pero no puedo decir lo que no siento.

Dos años después, en 1939, Castellani publicó en la misma revista una poesía que revela a las claras las dificultades con que anda enredado, pues su propia honestidad le impide aceptar el estereotipo dominante del santo de libro:

*Yo quiero ser santo, pero
no santo como los otros
santos que en el mundo han sido,
sino santo verdadero
santo de aquí entre nosotros,
no importado de otro nido.
Santo como Dios soñó
según el plano evidente
que en mí Dios garabatió
el día que me hizo gente.*

Castellani, reconoce claramente esta tristeza de todo cristiano, la de no ser santos, que decía Bloy.

*Yo no puedo ser correcto,
Vos lo sabéis bien, mi Dios,
y debo hacer el trayecto
que hay desde mi nada a Vos.
Soy débil que es un encanto,
soy flojo, triste indolente,
y tengo que hacerme santo necesarísimamente.*

Ya ven ustedes: he aquí, justamente, la seña y santo, de nuestro autor, su fundamental honestidad. ^(x)

Por eso, más adelante protesta contra las exterioridades que se le imponen:

Orden, método y ahinco, eso es lo que Vos queréis Yo me levanto a las cinco si puedo, y si no, a las seis.

Las «Reglas de la Modestia» son santas; pero yo estoy hecho una molida bestia cada dos por tres ¿y voy a dar a mi rostro enjuto «una alegría modesta» y a poner cara de fiesta teniendo el alma de luto?

Y un poco más adelante, lo dirá a las claras:

*Por más que yo aparezca cura
en el fondo no soy burgués.
Tengo un granito de locura
que me salva de la herrumbrez.* ^(x)

Castellani ve en esa horrible herrumbrez la falsificación de todo lo religioso y pone como una de sus causas esa artificial «tensión» de un alma que no es transparente a sí misma: allí ve una de las raíces del fariseísmo, que es la corrupción del hombre religioso y que engendra un tipo humano que tantas veces retrató.

Cautelosos como gatos, fríos como culebras, reservados como crustáceos, incapaces de efusión cordial y de verdadera amistad, acomodaticios, hinchados

de una ciencia egoísta, duros, incomprensivos, preocupados de su salud y de sus ventajas, calculadores, insensibles, poco humanos, gazmoños, enemigos de la grandeza, amargos, antipáticos, temerosos del hombre y de lo humano, racionalistas, ingenerosos, replegados sobre sí mismos, infecundos, desmadrados, estériles, gélidos, autómatas, censuradores del prójimo, entristecidos, retrancados, negativistas, prudentes al exceso, susceptibles, retores, maestros helados que muestran al mundo una imagen repelente del Divino Maestro. ^(x)

No me digan que no conocen tipos así (por no hablar de algunas monjas). En todos los colegios, institutos educativos y organizaciones católicos, uno se topaba una y otra vez con este tipo religioso, y de allí buena parte del fracaso de la enseñanza católica. Pero la pregunta por el millón está en cómo se corrompe así un hombre que abraza la vida religiosa, que se consagra enteramente a Dios. ¿Cómo llega un joven generoso, que entrega su vida a Cristo, que abraza el celibato eclesiástico, que da de mano a las promesas del mundo, a un estado semejante? Como se comprende fácilmente, la respuesta a este interrogante tiene la mayor importancia, pues conociendo el mal se lo evitará cuidadosamente. Mientras esto escribo pienso en seminarios, monasterios y casas de religiosos donde por falta de inteligencia, pietismo automático, «tradición» mal digerida, o quizá por beatería o simple estolidez, se engendran nuevas camadas de fariseos... allí se forjan los más terribles enemigos del cristianismo, porque, claro, no hay peor cuña que la del propio palo.

Todo fariseo es fanático pero no todo fanático es fariseo. ¿Qué es el fanatismo? El fanatismo consiste en poner arriba de todo los valores religiosos -lo cual está bien- y después suprimir o despreciar todos los otros valores, lo cual está mal. Los valores religiosos son ciertamente los más altos de todos, son la cúspide la pirámide de los valores, pero la pirámide no es pura cúspide; la cúspide tiene que estar sustentada por la falda. Si Ud. se sube a la cúspide y después retira la falda, se cae Ud. y la cúspide; y ésta deja de ser cúspide. El fanático es muy religioso o cree serlo; pero da en despreciar todo el resto, la ciencia, el arte, la nobleza e incluso las virtudes naturales, el talento, el genio, el espíritu de empresa. Su religión se desboca, como si dijéramos. Hay religiosos que son buenos religiosos (o lo creen) y desprecian a medio mundo; desprecian por ejemplo, a las otras Órdenes religiosas o a los casados, desprecian el Matrimonio. Son fanáticos. ^(x)

Con eso basta y sobra para nuestro «excursus». Volvamos entonces a nuestro Castellani quien ha comenzado a extrañar su país: a poco de llegar a Amiens ha hecho ejercicios espirituales de un mes y, terminada «la grande retraite» se ha enterado por los diarios que Justo ha desplazado a Uriburu. Comenzaba un nuevo baile.

Cuando estaba estudiando en Amiens, los diarios franceses de provincia describían los sucesos más o menos así: «*et alors, le général Ouribourou sortit son revolver et chassa le général Irigoyén; mais alors, quoi, un autre général, Agustin Justo, sortit son revolver et chassa le général Ouribourou; lequel, étant un grand ami de la France, vint a Paris.. et y mourut.*» ^(x)

Excelente francés el de Castellani, cómo «oye» bien lo que lee, y cómo comprende la mirada europea sobre nuestra pobre nación perdida allá abajo, como un apéndice del continente americano; y cómo sabe reírse de los franceses, de nosotros, de todo.

Tal vez porque está contento. Por estos días anda leyendo San Juan de la Cruz (y para leerlo hay que estar de buen ánimo), los jesuitas de Amiens lo tratan bien, duerme bastante mejor, juega al volley ball, y finalmente, ¡por fin!, el P. Blanco ha publicado en Buenos Aires las «Camperas», cuyo autor aparece firmando como Jerónimo del Rey. ^(x)

Algún tiempo después, recibió carta de su hermano Carcho.

Te agradezco el elogio de «Camperas» que no por ser exagerado deja de ser el mejor que he visto hasta ahora. Vos te extrañas que yo sepa la pinta de los bichos reconquisteños a pesar de la ausencia: y no te acordás de las cacerías a lo de Pisech y Bidut, de las vacaciones, de las **Conversaciones** de Clemente y sobre todo de esa misma ausencia que atiza el recuerdo y lo poetiza. ^(x)

Por lo demás, Parola le ha extendido su estadía en Francia, autorizándolo a realizar un bienio de Filosofía en la Sorbona de París en cuanto termine su tercera probación. Ya se ha puesto en campaña, gestionando sus futuros estudios en la augusta universidad (aparte de embromar a medio mundo con el tema de que quiere residir en la casa de los escritores de *Études*).

Las cosas van saliendo y ha pasado fiestas navideñas especialmente felices.

Estaba muy nervioso porque tenía que hacer cuatro cosas que nunca había hecho: cantar misa, presidir Vísperas, confesar mujeres y alojarme en lo de un marqués. Pero todo salió bien pasé un día delicioso con esa familia que fue un ensayo de las Navidades que pasaré en Reconquista... en 1947. ^(x)

Como se comprende fácilmente, el chiste no le cayó del todo a la pobre madre que no veía a su hijo desde hacía dos años (y no sé si cayó bien en lado alguno, si se tiene en cuenta que la Navidad de 1947 fue una de las peores de su vida... en el exilio nuevamente, preso en Manresa).

De Buenos Aires le siguen llegando buenas nuevas: ahora el PEN Club -dirigido entonces por Manuel Gálvez- ha recomendado las «Camperas» en su lista de mejores libros del mes de noviembre. Quizá interesa registrar aquí los nombres de quienes integraban el board que efectuó semejante recomendación: Alfonsina Storni, Arturo Capdevila, Alvaro Melián Lafinur y Pedro Miguel Obligado...

Como los vientos parecen favorables, Castellani insiste con que quiere ir a la casa de *Études*. Su nueva técnica consiste en despreciar la otra residencia de los jesuitas en París:

La rue de Grenelle es un hotelito para gente que pasa, lleno de ruido e incomodidad, con 4 PP. viejos y 25 extranjeros. El P. Montoya, un compañero colombiano que debe licenciarse en Matemática no quiere ir a París sino a Friburgo o Lyon, solamente de miedo a la rue de Grenelle.

En los colegios no estaré bien. «Un extranjero que viene solamente a comer (me dijo un Parisián de aquí) mientras todo el Colegio trajina, no pega en un colegio. ¿De qué va a hablar Ud. en recreo si todos hablan de los alumnos de las clases? Ud. será un clavo y ellos serán un “opio”».

Tiene razón. En cambio en *Études*... ^(x)

También anda pensando en el mes de «ministerios» que tiene que cumplir para la cuaresma y con que prácticamente culminaría su «probación». Porque no habla enteramente bien el francés, se le ha

ocurrido hacer una misión en alguna región de Francia donde hubiere españoles. Finalmente, por mediación del P. Provincial de Toulouse fue invitado por un párroco de las afueras de esa ciudad, donde viven unos 15.000 emigrados españoles. Allí estuvo misionando nuestro Castellani, un poco agobiado ante el cuadro que encontró. Al finalizarla, hubo de presentarle un informe a Parola.

Acabo de llegar de Tolosa y de mi mes de ministerios que ha sido curioso, instructivo y penoso. Una misioncita a los emigrados españoles de uno de los barrios extramuros, gente muy pobre y muy apretada y en su mayoría ignorante, abandonada y en parte maleada. Hay 14.000 españoles diseminados en esta villa (50.000 en el departamento), y un solo sacerdote español para atenderlos.

Los franceses los desprecian. Los curas franceses los ignoran, mi cura no sabía ni cuántos tiene en la parroquia, ni adónde están, ni cómo viven, y para hacer las visitas indispensables para llamarlos a misión no podía yo entrar en todas las casas indistintamente, pues viven en las dos calles donde están las casas de prostitución, el barrio de la malavida tolosana.

He sufrido moralmente viendo tanto dolor y miseria y mi impotencia para remediarlo, ci vuol altro que un pobre argentino desconcertado e inexperimentado, sin dinero y sin recursos...

En fin, para mí fue bueno, me he tenido que espabilar un poco, creo, no hallando las cosas hechas, sino por hacer y muchas veces inagibles. ^(x)

El 30 de noviembre de 1995 pasé una larga tarde con el P. Benítez, el famoso confesor de Evita, que fuera amigo de Castellani durante muchos años. Ciertamente, fue una entrevista apasionante y le saqué mucha cosa al viejo sacerdote peronista, pontificando desde su silla de ruedas a pocos meses de su muerte. Pero no todo era oro puro.

Allí me dijo él que lo que los separaba era la cuestión de la justicia social. Entre los papeles que conservo de esa entrevista anoté que, según Benítez, la cuestión social en Castellani era «una dimensión amputada de su personalidad; que así como no tenía buen oído para la música... tampoco para esto».

En cuanto a que no tenía oído, he comprobado que es falso pues existen innumerables testimonios de que tenía, al contrario, muy buen oído y que le encantaba la buena música, particularmente Mozart. ^(x)

Ahora, en cuanto a lo de la justicia social, habría que ver cómo Castellani informa, a calzón quitado, lo de Toulouse y su

multitud de obreros miserables desparramados por la ciudad en tugurios infectos, muy despreciados y abandonados por los franceses que por encontrar trabajo han dejado España pero han perdido todo lo demás.

«Aquí Padre, vivimos como animales» les oí decir muchas veces, y no era falso del todo. Pero los animales no saben que viven como animales, y así yo me eternecía viendo en esta ruda afirmación que conservaban un algo de humano. Algo de cristiano también, y aún mucho se conserva en muchos, los restos magníficos de una educación y tradición católica secular, en la profundidad de la honradez, la reciedumbre de la humilde paciencia, la finura del corazón y hasta en los inflamados golpes de indignación de los comunistas...

He oído cosas fantásticas contra los ricos, el gobierno, los curas, el Papa, el rey Alfonso, España, esa madre que no los nutre... He visto cosas más fantásticas que me hacían perdonar y casi compartir lo que oía.

No le puedo contar todas mis peripecias (que fueron instructivas aunque caras) porque sería cosa de unas ocho cartas: hasta una especie de conferencia contradictoria con un jefe comunista tuve...

Resultado, que salí vivo y bastante contento, hice algunas obras de misericordia espirituales y corporales, me cansé como un burro y vuelto -con gripe- al Terceronado, me zambullí con furor en la lectura de «Rerum Novarum», «Quadragesimo Anno», «Vida de León Harmel» y todas esas cosas otrora aburridas que han cobrado un interés inflamado para mí ahora, esos lugares

comunes que ahora me parecen escritos con letras de fuego. ^(x)

Díganme si les parece que la cuestión social es «una dimensión amputada» de la personalidad de Castellani.

Nones. Lo que ocurre es que domina la ridícula idea de que sólo tienen sensibilidad social los que se ocupan de remediar las injusticias pragmáticamente -como bien puede decirse del P. Benítez-. Pero Castellani no le va en zaga: siempre se ocupó de la injusticia -la social y la otra- en términos harto enfáticos, escribiendo, denunciando, confrontando poderes, sentando principios, distinguiendo en cada caso lo que le corresponde a cada cual, y acaso fue más eficaz en ese combate que el propio Benítez. Me pregunto si acaso no es una enorme injusticia social este reduccionismo en boga que consiste en limitar el concepto de lucha por la justicia a quienes intentan mejorar las condiciones materiales de vida de nuestros congéneres ignorando a los que se ocuparon de establecer las bases teóricas, los fundamentos, y las desviaciones de la doctrina que la justifica.

A mi juicio, en esto Benítez tenía una percepción auténticamente peronista... y prejuiciosa. Una vez más, Marta reprochándole a María que no se ocupa de un pobre Cristo.

Al final de la entrevista Benítez me dijo que le había escrito a Leonard Boff alentándolo a que se secularizara a fin de poder dedicarse «con más libertad» a los pobres. «Yo debí hacerlo» me confesó el hombre, sacerdote aún, a pesar de todo, a sus 87 años de edad, con un pie en la tumba (antes de recibirme había celebrado misa en la intimidad de su casa). Es una de las tantas diferencias entre Benítez y Castellani.

Este «tercerón» se interesó vivísimamente en la cuestión social y en otras, pero nunca pensó que tendría «más libertad» dejando de ser lo que él era, constitutivamente: sacerdote de Cristo hasta el fin.

Sus enemigos, más de una vez, quisieron reducirlo, de prepo, al estado laical y con todo, no pudieron. Castellani, porque «debió hacerlo», fue sacerdote hasta el fin y murió, por así decirlo, con las botas puestas. Nadie ni nada lo podía hacer cambiar de parecer.

Tanto como querer hacerlo desistir de otra idea que en estos meses le anda rondando la cabeza: en carta a Pita, se congratula de que éste también irá a París pero también le dice que

sería una desgracia no conseguir puesto en *Études*. Espero mucho de ese alojamiento... ^(x)

*

Seguidor como perro de sulqui... para tantas cosas. En Juan XXIII-XXIV Castellani se autorretrata como un gran «insistente» y así es, diablos si no. La tenacidad, la insistencia, la repetición de ideas es el reverso psicológico de la fidelidad y no es posible una sin la otra. Claro que alguno podría llamarlo «obtusos» o aun «necios». Pero no le cuadra la acusación, en modo alguno: sobre todo porque él insistió toda la vida en dos o tres temas que no podía, simplemente no podía, dejar de lado: la vuelta de Cristo, el estado calamitoso de la Iglesia actual, la esencial subversión que reina cuando manda el activo sobre el contemplativo, el corto sobre el inteligente, el que maquina sobre el que predica... Consagró su vida a esos temas, volvió sobre ellos una y otra vez y de cada episodio de su pasado sacó materia para argumentar, para demostrar, para poner en evidencia lo que quería decir. Claro que muy pocos lo escucharon. Ni siquiera todos los que se reputan por discípulos o seguidores de su persona,

de su mensaje, de su doctrina. Es que para eso, para ser fiel «castellaniano» hay que tener ideas claras, un coraje a prueba de balas y, sobre todo, una tenacidad, una «insistencia» que no cesa nunca, venga lo que viniere, caiga quien caiga, suceda lo que suceda. Son pocos, cierto, los verdaderos discípulos del P. Castellani, pero hay que ver -no sé si me entienden- que esos pocos, ¡mi Dios!, si bien nunca vencen, son también, en la medida de su fidelidad, invencibles.

*

Capítulo XVI

EL COLOR DEL TIEMPO

París

1933

Lo que vosotros sabéis, lo sé yo también;

no soy inferior a vosotros.

Job 13:2

Allí en el país de la nostalgia, se pueden gestar grandes obras de arte. O pequeñas, qué tanto.

*Yo tengo un retrato
de pequeño; yo...
yo, yo mismo, era
como un bibelot: cachetes rosados,
boquita de flor,
rizosos los bucles,
y un encantador
mirar de inocencia.
¡Yo, yo mismo, yo!
¡Oh vida! ¿qué has hecho
de lo mío, vos?
¡Oh treintidós años!
¿Qué se han hecho los
cachetes, los ojos
la boca y la voz?*

Y lo de siempre: ¡qué mal se compara el presente con el pasado!

*Este mundo amargo
y esta lucha atroz,
la vida con su
dolor y furor,
y las penas negras
en el corazón,
ajaron todo ese
brillo de candor. ^(x)*

¿Penas negras? Lo habrán adivinado ustedes: en efecto, llegado a París a mediados de septiembre de 1932, no ha tenido más remedio que alojarse en 42 Rue Grenelle. Allí se instala con armas y bagajes para descubrir muy pronto que no es el único «intelectual» del hotel, ni mucho menos (por ejemplo, allí conocerá nada menos que a los PP. Yves de la Brière, Doncoeur, Pryzwara, por nombrar a unos pocos).

Y Teilhard de Chardin.

Curioso, en 1932 vivimos los dos «côté a côté» en dos cuartitos próximos del 4to. piso de Rue de Grenelle 42. Nunca nos hablamos, y creo que ni me saludaba, altivo y taciturno.

El era un «sabio» (un científico en realidad, y no de los mayores) que las trompetas de la fama comenzaban a hacer conocer en el mundo tumultuoso y vano; y yo un pobre estudiante de una nacioncilla menospreciada por el «parisien», terriblemente estudioso, terriblemente apenado, terriblemente inmerso en la vida; sin la «Alegría de París» en París. ^(x)

Bien, ahí tienen ustedes un autorretrato del joven sacerdote argentino con sus tres «terribles» calificaciones: estudioso, apenado, inmerso en la vida.

Es buena síntesis de sus años en París, aunque anotaría que lo de «apenado» sería sólo de a ratos, ya que su vida intelectual se vio inmensamente favorecida en el ambiente que comenzó a frecuentar y los entusiasmos de cada encuentro, de cada descubrimiento, lo llenaban, naturalmente, de gozo.

Ya sabemos lo del lío de títulos. Castellani ha querido obtener un diploma superior en la Sorbona, y no ha podido ser el de filosofía, ignoramos por qué. En cambio, consiguió plaza en otra especialidad: psicología.

Esto, amigos míos, es, sospechoso. A partir de este momento y durante la mayor parte de su vida Castellani estudiará concienzudamente psicología y, por más que no quiera, no puedo dejar de ver que algo tiene que ver un paciente que le preocupa sobremanera y que es, por supuesto, él mismo.

Sin embargo no es eso todo, ni con mucho.

Por una parte, leyendo la abundante literatura jesuítica de entonces se comprueba que casi todos los intelectuales de la Compañía se especializan en alguna «Ciencia» con el objeto de refutar -en su propio plano, con sus propios métodos, jergas y sistematizaciones- los postulados modernistas que tienden a debilitar o directamente desmentir las verdades en que creen los cristianos. Así, las revistas de los jesuitas tienen innumerables artículos de biología para contrarrestar al evolucionismo, de física, química y matemática para contestar los ataques de los seculares enemigos de toda realidad que se resiste a ser «sistemáticamente observada y metodológicamente controlada». Y esto no sólo con las ciencias «duras». En Historia, Arqueología, Filosofía y aún Estética los jesuitas se abrazan a lo que Ortega llamaba la «barbarie de la especialización», con este sesgo contrarreformista que ha frenado, en algún grado, la ola modernista.

No habría quizá que generalizar, pero repasando tantos títulos y trabajos no puede uno dejar de ver que subyace en todo eso una suerte de «macartismo» cientificista que reacciona sistemáticamente ante las academias y escuelas laicistas, ateas y francamente comtianas.

Claro que esto trajo como consecuencia inevitable un cierto rebajamiento del catolicismo, puesto así a la defensiva desde que la Reforma le dio el primer golpe.

Una gran parte del Catolicismo moderno -sobre todo en España y aledaños- se ha edificado sobre el Concilio de Trento más que sobre el Evangelio; es decir, se ha configurado en contra del Protestantismo; lo cual comporta una especie de imitación subconsciente. No se mueve libremente el que esgrime contra otro: depende del otro en sus movimientos. ^(x)

Algo análogo ocurrió con las ciencias modernas, y la Psicología no fue excepción, pues en los años '30 el freudismo hacía furor.

La marcha difusiva del freudismo fue así: se propagó como un relámpago por los países teutones y sajones -impertérito a las críticas severas de las más grandes autoridades (Karl Buehler llamó a Freud el «Stoffdenker», el piensamateria; Max Scheler refutó la «ontogenia freudiana del amor», Klages todo el sistema, Köhler y Kaffka lo ignoraron, lo mismo que las universidades). Después llamó largo tiempo a las puertas de los países latinos, que se le cerraron primero a cal y canto y se le abrieron de repente de par en par... ^(x)

Quizá también por eso Castellani se enroló en el estudio de esta ciencia. Pero no es todo tan sencillo, ya que -además de estudiar a fondo la Psicología Experimental- dedicará buena parte de su investigación a los niños con deficiencias mentales, a la psicología del gesto como explicación de la Escritura y, a la psicología religiosa en general. Esto último, porque

La psicología religiosa está muy cultivada en Europa, cultivadísima. Es la psicología del sentimiento religioso; es decir, considera como un todo al sentimiento dejando a un lado el contenido de los dogmas, que eso pertenece a la Teología. Uno de los que más lo cultivó fue William James. El mejor maestro que conozco fue mi maestro Joseph Maréchal. ^(x)

Sí y aunque no consta, seguramente algo habrá tenido que ver en la decisión de Castellani de meterse en estas honduras. Por una parte,

Maréchal se preparó después con la obtención de un doctorado en ciencias biológicas en la Universidad de Bonn, con una tesis sobre el metabolismo celular, método que me recomendó a mí mismo (y recomendó al General de los jesuitas, Ledochowskyi) para formación de filósofos: mejor que un bienio de Filosofía en la Gregoriana, un doctorado de «otra cosa» en una gran Universidad secular, para adquirir la experiencia del método científico y fecundar el espíritu en el choque de la contradicción ideológica. ^(x)

Por otra, Castellani quedó muy impresionado por la obra del francés en donde estudia la psicología de los místicos y ha comenzado a ver que eso que Ortega llamaba «la barbarie de la especialización» es principal responsable de la ignorancia moderna en tantos asuntos...

En fin, ni bien llegado, Castellani comienza a concurrir al «Institut Catholique», suerte de universidad paralela que los católicos franceses han erigido en París y que, por la fuerza de las leyes laicistas en vigor, no puede expedir títulos válidos: una especie de Cursos de Cultura Católica... en el Primer Mundo.

Allí, por ejemplo, da clases el más famoso filósofo católico del siglo.

Conocí a Jacques Maritain el 17 de noviembre de 1932, en su cátedra de tercero de filosofía en el Instituto Católico de París.

Dulces y hermosos cuando Dios quería, aquellos tiempos. ^(x)

Ya ven lo que digo: Castellani no la pasa tan mal, y su memoria le juega malas pasadas. En 1958 recordaba su estadía como dominada por «terribles» penas. Pero en 1940 recuerda esos mismo tiempos como «dulces y hermosos». (A mí no me pasa: recuerdo un tiempo así o asá, mal o bien, pero no creo tener semejantes vaivenes impresos en la memoria.)

¿Años buenos o malos, penosos o jubilosos? Por ejemplo, nunca se le borraría de la memoria

aquella inolvidable primera lección introductoria sobre «La Noción del Ser», y la viva impresión de haber oído por vez primera un filósofo en lugar de un profesor de filosofía; quiero decir, uno que no sólo sabía filosofía, sino también filosofar. ^(x)

Es que, por decir lo menos, ha quedado muy impresionado por el filósofo de quién hizo una breve semblanza:

Jacques Maritain es un hombre de 52 años, grande, bien hecho, melena rubio-agrisada, ojos claros, ademanes de gentilhomme,

sencillez y afabilidad de cristiano. Nada más y nada menos que todo un hombre. Un hombre fiel a la vocación que según Aristóteles es la más alta entre las humanas, la especulativa.

Es gran dicha y fuente de dichas haber acertado en esta vida con el propio llamado (y sin eso tampoco se es, propiamente, hombre), pero mucho más es serle fiel, sobre todo si es tan alto. Y es difícil ser fiel en nuestros tiempos a la vocación de doctor y maestro. Sin embargo, no es imposible...

Maritain es un verdadero modelo de trabajador intelectual, de vida organizada en orden al estudio, la contemplación y la enseñanza. ^(x)

Está encandilado.

Se comprende si tenemos en cuenta que el joven sacerdote ha sido admitido a la pequeña «*coterie*» que se juntaba por entonces en la casa de los Maritain, en las afueras de París.

La casita de Meudon está al borde mismo del vasto bosque de Fontainebleau, del cual habló en su libro Julio César... En ella se celebra cada mes una reunión de estudios presidida por Maritain e integrada por amigos y discípulos suyos, diversamente curiosos de la filosofía escolástica.

Allí me dirigía un domingo gris del invierno de 1932, provisto de una recomendación del joven editor inglés T.F. Burns, actual director del Tablet, y un artículo mío sobre «Art et Scholastique» publicado otrora en la revista Criterio que el maestro ha tenido la dignación de citar en la última edición.

Este T.F. Burns es primo de George Burns S.J., el compañero de Castellani en la Gregoriana del que se ha hecho amigo, según hemos visto.

La pequeña tertulia, a la que fui desde entonces asiduo, era simplemente deliciosa...

Agasajado y halagado por el «maestro», Castellani queda impresionado por la variedad y calibre de los otros invitados:

Olivier Lacombe, un joven orientalista de extraordinario mérito, nos hablaba de la filosofía del Vedanta, sus contactos y divergencias con el tomismo, citando latín y sánscrito, la Suma Teológica y la filosofía alemana con «aisance» maravillosa...

De Reconquista a París... es un pequeño salto, sobre todo si se tiene en cuenta que estamos en 1932.

Me encontré con viejos conocidos de nombre Joseph de Tonquedec S.J., el Príncipe Glinka, Marcel Schwob, Jean Cocteau, Jacques de Monleón, profesor en el Instituto Católico, Charles Journet, colaborador de La Vie Intellectuelle y autor de Le génie de Paul Claudel, Laloy, músico y sinólogo; Stanislas Fumet, eminente crítico y ensayista, Le Masson, matemático, Joseph Vialatout, Gustave Thibon y tantas otras figuras de primer interés en la vida intelectual de Francia. ^(x)

¿Dijo Thibon? Pues el gran francés también recordaba esas tertulias.

Durante los años '30 frecuenté lo de Maritain. Aunque finalmente conocí bastante poco de ese mundo de la *intelligentsia* católica que se reunía en Meudon [...]

Si le debo mucho a Maritain, sufrí por un cierto irrealismo que reinaba en ese medio de recién convertidos. En materia política, por ejemplo, lo que más me llamó la atención fue a propósito de la Guerra Civil: el franquismo me parecía el mal menor. Comenzamos a tener diferencias.

También me distancié de Maritain a propósito de «Acción Francesa». El aprobaba su condena; yo era menos severo que él. La pontificia condenación incluía una negativa a darle los sacramentos a los lectores de «*Acción Francesa*» pero no se les negaba a los católicos alemanes que pertenecían al partido Nacional-Socialista, esencialmente anticristiano. ^(x)

Ahora, de haber conversado sobre esto, Thibon y Castellani no habrían estado de acuerdo y uno no puede menos que pensar que, por una vez... lo de Castellani nos suena mal.

Rompió con Maurras y su grupo ante quienes profesaba lecciones de filosofía política, al incurrir aquél en la condenación de Roma: actitud de fidelidad religiosa que le valió la enemistad sañuda de la Action Française y que él justificó noblemente en tres obras que preludian sus actuales trabajos sobre ética social y acción política. ^(x)

¿Noblemente? ¿Cómo defenderlo a nuestro héroe? ¿No será que Castellani por entonces ignoraba completamente las cuestiones políticas en danza, jesuita como era, recluido en un mundo más bien libresco y sin contacto con la realidad cotidiana? Tal vez. (Es un poco floja, pero es la única defensa que se me ocurre para este Castellani «maritainiano».) ^(x) En fin, agreguemos que la publicación de *Los Grados del Saber* ha tenido enorme influencia sobre el joven estudiante, que lo ha anotado con pasión, admirando la solidez de la exposición a la par de la frescura con que ha sido escrito y que da lugar a su celebración en un artículo escrito para *Estudios*. ^(x)

Ese entusiasmo juvenil por el maestro francés, seguramente está en la raíz de algunas de las (muy pocas) burradas que salieron de su pluma.

Tampoco respondo que la solución concreta que propone a la actividad política del cristiano de hoy (elevación sobre derecha e izquierda, formación de un grupo homogéneo con objetivos «a largo alcance») sea la mejor en Francia o sea aplicable tal cual fuera de Francia.

Una cosa sé: que la visión del mundo actual que la comanda me parece profunda, fundada y justa; y notablemente oportuna en la Argentina. La visión de la disolución del ideal histórico de la cristiandad medioeval y la formación latente de un nuevo ideal de ciudad evangélica que recoja los aportes de la historia y los asimile en una nueva forma temporal de civilización cristiana, me aparece henchida de claridades. ^(x)

¿Tales como que la democracia, es el «eco temporal del evangelio»? Pero, con todo, seamos justos. Las volteretas que pegó Maritain siguieron un camino sinuoso que sólo se puede seguir críticamente después de varios años. Comencemos por señalar que en el '32, a seis años de su ruptura con Maurras, Maritain todavía no había hilvanado enteramente su mito de la «Nueva Cristiandad». Es cierto que a Castellani le costó mucho admitir que el gran maestro francés se había descarrilado y aún a fines de los años '30 continuaba defendiéndolo como podía. Sin embargo, con el tiempo adquirió -a gran precio- la libertad de señalar algunos de los defectos del Maritain democretino que todos hubimos de conocer.

Después de su ruptura con «Acción Francesa»... Maritain comenzó a escribir sobre política (*Principios de una política humanista, El humanismo integral, El hombre y el Estado, El régimen temporal y la libertad, Cartas sobre la independencia, Cristianismo y democracia* y otra media docenas de volúmenes) donde tomó una posición democrática emparentada un tanto (o del todo, según el P. Meinvielle) con las ideas de Lammenais y Marc Sagnier. Allí dejé de seguirlo: sus ideas me parecían discutibles, y aun netamente equívocas ^(x)

Como fuere, Castellani asistió al curso 1932-1933 en el que Maritain desarrolló sus sustanciosas «Siete lecciones sobre el ser» lo que daría luego lugar a un libro con ese título, y al año siguiente concurriría al curso sobre Cosmología (1933-1934) interrumpida en Pascua del '34 por la preparación de su tesis.

Es que -más allá de los vaivenes de la memoria de Castellani- no hay cómo negar que los años de París fueron los mejores de su vida.

En la Reseña Biográfica que publicó su sobrino, se detalló su intensa actividad académica de esos años.

Asiste a la Facultad de Filosofía de la Sorbona como alumno regular. Emile Bréhier fue su profesor de Historia de la Filosofía. Concorre a cursos libres de verdaderos sabios: al de Georges Dumas sobre examen clínico de enfermos mentales en «*L'Asyle Sainte Anne*» (años 1932/1933); al de Georges Wallon sobre la escuela nueva (1932/1933); y a los del R. P. Marcel Jousse S. J. -de cuyas ideas fue introductor en la Argentina- en «*L'Ecole d'Antropologie*». ^(x)

Castellani no se perdía una.

A modo de ejemplo: en estos años concurrió a los cursos de Enrique Delacroix, decano entonces de la facultad de Psicología en la Sorbona, curso éste sobre la «Psicología de los grandes místicos cristianos» ^(x); también asistió al que dictó Louis Marin sobre la monogamia en la Escuela de Antropología ^(x); visitó a Paul Claudel ^(x); asistió a un dramático juicio penal en los tribunales ^(x) y, claro, para la fiesta de la Inmaculada estuvo en Chartres, donde se le ha ocurrido una curiosa poesía-oración.

¡Oh Dios Padre, líbranos de Mammón y Plutón.

Kirieleisón.

Oh Dios Hijo, líbranos de Venus y de la corrupción. Kirieleisón.

Oh Dios Espíritu Santo, líbranos de Kant, de Descartes y la Diosa Razón. Kirieleisón.

¡Santa María, que se nos va la lozanía, Ora pro nobis.

Sancta Dei Génitrix, se nos muere la poesía. Ora pro nobis.

Sancta Virgo Virginum, hay crisis de Fe, Esperanza y Alegría, Ora pro nobis.

(Por la República Argentina: Un Ave María). ^(x)

Castellani al 100% diganmén si no. Vuelto a París, también asistió a una conferencia

de un monje benedictino profesor de psicología, «contra» Teresa Neumann, cuyo resumen tengo todavía entre mis papeles: estaba animado de un verdadero «*furor theologicus*» contra la vidente. ^(x)

Lo de Teresa Neumann es un caso que da-que-hablar a toda Europa y Castellani quiso ir a verla, pero no pudo.

Había una orden severa del General de los Jesuitas que ningún jesuita pudiese ver a la Vidente; yo me deshice para ser exceptuado, por ser doctor en Teología y en Psicología y no hubo caso. Obedecí con obediencia ciega; y ahora me arrepiento de no haberla visto a escondidas: ya que soy tan rebelde, una rebeldía más o menos... ^(x)

Lo divertido es que, años después, fue Mons. Franceschi,

y me dijo que a su parecer [el fenómeno de Teresa Neumann] es sobrenatural; es decir, que eran visiones de Dios. Se basa en que esa vidente tiene «*hierognosia*», o sea que ella conoció que él y Monseñor Panico, que fueron a verla vestidos de civil, eran sacerdotes. Lo cual no prueba la «*hierognosia*», pues ambos tienen una fachada tan sacerdotal (es decir, frailuna) que cualquiera conoce que son sacerdotes aunque vayan vestidos de bailarinas del Colón. ^(x)

París de los años '30: años de posguerra, de romanticismo, de cine, sindicalismo, teatro, música, amistad, juventud, literatura (los Pitöeff, los hermanos Lumière, el 6 de febrero, los cuentos de Supervielle...).

Es que la inteligencia francesa se había vuelto esteticista y con eso teñía todo de literatura, de ideas, de inteligencia. Había por entonces cursos, profesores, temas y ambientes como nunca más se vieron -ni en París, ni en ningún otro lado-. Los jesuitas europeos se destacaban también conquistando puesto académicos, haciéndose oír, quieras que no, por el mundo entero. A modo de ejemplo, hay que recordar que los cursos de psicología patológica dictados por Dumas en el hospital *Sainte Anne* -del cual era director- tenían renombre mundial. ^(x)

Castellani aprovechó bien.

Estuve dos años muy cómodos en La Sorbona porque no obligan a escolaridad sino que uno va a las clases que quiere. Y a los profesores que quiere.

De manera que yo fui a los mejores profesores que había: Georges Dumas, que era el decano de la Facultad de Filosofía. Y también Georges Wallon, que era un jesuita belga.

También importantísimo fue Jousse. El padre Marcel Jousse, un jesuita que había descubierto la «psicología del gesto», que fue un verdadero descubrimiento. [\(x\)](#)

El P. Marcel Jousse S.J., como Castellani, era, en efecto, un tipo fuera de serie. A mí me hace cierta gracia el modo «castellaniano» que nuestro héroe tiene de contar la vida del francés:

El P. Jousse fue un hombre de un medio oral, un pastorcito de cabras en un valle perdido de la cordillera del Jura que los jesuitas trasladaron de golpe a un medio de estilo escrito superrefinado y mistificado, un noviciado jesuítico y después la Universidad de París.

Se encontró diferente de los demás, chocó con su medio: no se daba, no concordaba, no pensaba como los otros y era porque no hablaba como los otros; y sin embargo hablaba francés; pero hablaba el francés de la «Chanson de Roland». Andaba triste y mortificado, sin entendimiento ni amistad con sus compañeros, como el corso Bonaparte en la escuela militar de Saint-Cyr, era un hombre gestual en un medio palabrero. Hasta que de repente, estudiando teología, hubo como una explosión de luz en su cabeza: descubrió el estilo oral.

Tuve el privilegio de escuchar las clases y conversar con el P. Jousse dos años. En la guerra del '14 fue teniente de artilleros y tropezando con las tropas malgaches, aprendió el malgache y coleccionó recitados malgaches. Invitado a dar conferencias en EE.UU., vivió con una tribu de pieles rojas, aprendió el sioux y coleccionó recitados en sioux.

Vuelto a Francia, oyó a Dumas y a Paul Janet en la Sorbona y juntó cuanto libro de fisiólogo, psicólogo, etnólogo, explorador, esteta y crítica literario pudo hallar... ¡en París! [\(x\)](#)

Sí, París. Allí Castellani anotó en una suerte de ficha las librerías que había recorrido con sus respectivas direcciones; son 32, nada menos, ninguna de las cuales deja de ser importante: Paillard, Vrin, Flammarion, Hachette, Pichon, Payot, Colin, Les Belles Lettres...

Libros, conferencias, maestros, ¿qué más puede pedir este Castellani de 32?

En París tuve dos profesores eminentes, el P. Marcel Jousse y Jacques Maritain, los dos fuera de la Sorbona; y en la Sorbona dos buenos, Emile Bréhier y Georges Dumas, más otros solamente pasables como Delacroix y Wallon.

Pero París era «como una gran mesa llena de manjares buenos y malos, donde uno podía elegir»...

Reinaba la seriedad y el método científico en general. Bréhier nos explicó un año la *Ética* de Aristóteles (unas pocas páginas en todo el año) y debíamos llevar allí el texto griego; y él decía a un alumno cualquiera (alumnos recién salidos del «Bachot») «Traduzca usted».

Allí pasé grandes apuros con mi poco griego. [\(x\)](#)

Con los años lo mejoraría y terminaría traduciendo el *Apokalypsis*, nada menos (yo he visto la carpeta donde en dos columnas, con letra muy prolija, está la transcripción del texto en griego y su correspondiente versión al castellano).

Castellani en París, también va al cine, qué se creen ustedes. Claro que va por razones pedagógicas y a su propósito reflexiona largamente sobre sus posibilidades como medio de educación. Tengo ante mí los pequeños «informes» que se hacía de cada película con las ideas que le suscitaban.

Y no todas son enteramente pesimistas, no vayan a creer. En el «*Ecran Bonne Presse*» ha visto “La tragedia de la Mina” que le hace pensar acerca del

enorme provecho de una cinta como ésta [que] es ponerlo a uno en contacto íntimo con una forma de vida que [el joven escolar] no conocía y provocar ende reacciones vitales e intelectuales de primagua, cuando el libro, por imparcial que sea, la da de segunda.

Pero Castellani también tiembla ante las probabilidades de que se use para degradar al indefenso

señor Pérez que acude a divertirse: son tantas las distinciones que se imponen.

¿Quieren verlo? El 25 de julio de 1933 ha ido a ver una película alemana, *Moral und liebe*:

Es un vero capolavoro. Foto simplemente alemana, artistas cada uno firme en su carácter, ningún astro que oscurezca los otros con su prepotencia, expresión estudiada y lograda a maravilla, sobriedad y honestidad austera del trabajo, todos los medios lumínicos y técnicos sometidos a la expresión por obtener grandes sentimientos y pensamientos y al dibujo exterior de un casus conscienciae.

¿Podemos en algún caso pasar por encima de la moral? ¿No será esa vieja Moral la enemiga de la felicidad? Doloroso conflicto. Esa vieja es la madre. La madre de la felicidad. ¿Cuál vieja? ¿Cuál moral? Ojo aquí, ¿de quién hablamos? ¿de la vieja moral católica sobrenatural o de la joven moral laica y burguesa? Porque ésta, ésta sí que no es madre de nada, es machona. ¿Y cuál es la que sale en conflicto en la cinta, te atreverías a decírmelo tú?

Ahí está todo lo malo y lo bueno de esta obra de arte, el equívoco que la hace mentirosa en potencia (ninguna obra maestra es mentirosa en sí) mentirosa y peligrosa para muchos.

Lo malo es que proponiendo un caso ¡ay! demasiado posible humanamente, el operador que ignora la fe (por lo menos en la película) la encamina inexorablemente a una solución falsa por falso *status questionis*...

El público al cine no va a pensar, y muchos de ellos son negados al pensar... Lo que piensan los incapaces de pensar, eso es lo malo de este film, es irse desanimados contra la providencia de Dios, desconcertados, disculpando el primer adulterio y el segundo, medio admirando a los canallas vivos, no sé si obscuramente disponiendo que si el caso atroz para ellos cayera (que Dios no quiera) quién sabe no sería mejor hacer como todos los otros. Lástima de film, como las novelas de Dostoievsky... ¡católico en el meollo y errado en la superficie!

En el mejor de los casos. Años después, Castellani juraría no volver más al cine porque, decía, se negaba a ir a clases de moral sin saber quién diablos era su profesor. ^(x) Y claro, década tras década de cine y televisión, el profesor sería cada vez peor, esclavizado como está por el viejo Mamón.

Cursos, paseos, ejercicios espirituales, tertulias, cine, teatro, bibliotecas... Castellani anda por estos años muy ocupado. Y además tiene que doctorarse en la Sorbona.

Afortunadamente la prueba no es tan exigente como parece:

Este doctorado pequeño lo hacen a propósito para extranjeros. Y son sumamente benignos porque a ellos no les importa. El alumno se va al extranjero y se va aprobado.

Ellos dan un diploma que se llama «*Petit Doctorat*» y es a propósito para que vayan a estudiar a la Sorbona. ^(x)

Fue entonces que presentó su tesina sobre psicología religiosa, escrita, hay que decirlo, en un francés excelente (lástima la traducción de Irene Caminos que deja mucho que desear).

Es una especie de pequeña tesis. No la pude terminar en el primer año, de modo que me quedé uno más y la hice con holgura. Versaba sobre «La Catarsis Religiosa en los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola». Psicología religiosa, le puse yo. Y no la pude acabar.

Empecé a estudiar los Ejercicios Espirituales y tomé los puntos que estaban muy vigentes en la psicología de ese momento en Alemania. Pero, había que leer mucho para terminar la tesis y yo no alcancé. Entonces la corté, la mandé a imprimir, la presenté al examen y me aprobaron. ^(x)

Menos mal. El aparato crítico que despliega Castellani en este trabajo es verdaderamente apabullante y con eso demuestra que conocía al dedillo a la pléyade de autores que habían comenzado a publicar trabajos de Psicología: nada de eso le resultaba ajeno. Afortunadamente el texto le brota naturalmente -el escritor que no usa la lengua propia se ve constreñido por un lenguaje más sencillo, las proposiciones subordinadas se le tornan dificultosas, las ideas aparecen más planas- y el argumento central es formidable: los Ejercicios son, antes que nada, un trabajo contemplativo, y, por tanto, tienen carácter eminentemente intelectual.

A pesar de ser su primer libro en serio y que lo escribió tan joven, la Catarsis es -en verdad lo digo- una pequeña obra maestra y merecía, ciertamente, mejor suerte (recién se editó en 1991 y son muy pocos los predicadores de Ejercicios que han meditado este libro como se merece. Aquí un recuerdo para el P. Alberto Ezcurra que lo releía a menudo antes de predicar un retiro).

En realidad, éste es el libro de Castellani que menos suerte tuvo, no sé por qué: quizá porque requiere cierta aplicación en la lectura, quizá porque resulta difícil de conseguir, tal vez porque es tan excelente... No voy a empezar con las andanadas contra los voluntaristas porque demasiado se ha meneado ese tema en este libro. Baste con decir que el sacerdote argentino que quiere predicar realmente bien los Ejercicios debería leer y reflexionar atentamente sobre lo que allí apunta Castellani (y aunque la Catarsis versa sobre la «primera semana», de su recta inteligencia pende la posibilidad de interpretar debidamente el resto de los Ejercicios).

No será fácil encontrar autores religiosos que empleen con tanta competencia los descubrimientos psicológicos contemporáneos para ayudarnos a una cabal inteligencia de lo que se proponía San Ignacio y qué se implica en cada una de sus proposiciones:

Una visión militar del universo, como de una gran campaña y de una gran aventura. Una idea optimista del hombre, de su voluntad, de sus recursos, de un germen imperecedero en él de resurrección moral. Una inclinación a poner el amor ante todo en las obras; el temor, en segundo plano, como en reserva, y a determinarse ordinariamente por móviles de lealtad y coraje (pundonor). ^(x)

Y con eso basta. Me da por dispensar al amable lector de los largos comentarios que me suscita éste, uno de los más sólidos, trabajos de Castellani (y además, en otro lugar, ya lo hicimos). ^(x)

Detenernos entonces, en un punto. Tiene 32 ó 33 años, ha conocido Roma y París en uno de los períodos más fecundos de Europa, está en la plenitud de sus facultades, sólo tiene que estudiar, que es lo que a él le gusta, ha tenido y tendrá vacaciones memorables, como hemos de ver. Está contento, va a obtener un diploma en Psicología en la Sorbonne, está lleno de ideas, de iniciativas, este joven jesuita sudamericano que sus pares europeos comienzan a reconocer.

El se enriquece porque no sólo aprende la ciencia psicológica de su tiempo. Eso lo digiere con su otra personalidad, con mirada sapiencial, armado con ese tesoro de conocimientos que la tradición ha ido acumulando, siglo tras siglo de tranquila y pensativa reflexión sobre el hombre y sus cosas...

Castellani científico y Castellani humanista, el hombre seriamente enraizado en la Tradición y el modernista en permanente monólogo. Pocos como él pudieron realizar esa formidable síntesis de vertir los descubrimientos psicológicos de la hora al lenguaje escolástico, preciso, de la tradición de occidente... y, en verdaderos «tours de force» volcar eso a la lengua llana de todos los días. El podía decir lo de Platón y Santo Tomás con la jerga psicoanalítica en boga, o lo de Freud en latín escolástico y estrictos silogismos de lógica occidental.

Pero más que nada, podía decirlo todo en castellano común, al alcance de nuestras pobres entendederas.

Sí; se podría decir que Castellani dominaba siete idiomas; pero -mucho más importante que eso- dominaba a la perfección las dos lenguas en pugna que han hecho del saber contemporáneo una

perfectísima torre de Babel: por una parte el latín exacto, de conceptos insustituibles y lógica férrea que se fue forjando a lo largo de los siglos y por otra, el confuso, bárbaro y estúpido lenguaje de la modernidad, plagado de neologismos «*a la page*», modismos frívolos que enervan una lengua tarada plagada de imprecisiones, idiotismos y confusiones, llena como está de «*non sequitur*», de imbéciles peticiones de principios, hecha de lógica filistea y antiestética gramática para consumo de la gilada.

Y todo eso, en el fondo, no merece más que una buena carcajada. Algunos años después, Castellani se dio el gusto firmando una sátira que se publicó en *Criterio*. Allí aparece como el Dr. Noel Cohen Chifladet, especialista en «gastroanálisis» una ciencia que se encontraba todavía en pañales. Como el trabajo nunca fue reproducido, no resisto la tentación de transcribir aquí algunos de sus medulares conceptos:

El fin de este ensayo es imponer al lector de otro paso trascendental en la sacra vía abierta por Freud, retomada por Adler y concluida por un modesto servidor de ustedes: he nombrado el descubrimiento más grande de nuestro siglo, la teoría de la «Gastro-análisis»...

Todos saben que Alfred Adler, también de la raza hebrea, inventor de la «*Individual-Psichologie*», encontró después de Freud en el «Imperium» (*Will zur Macht*) una unidad más profunda que abraza la Libidine y el Thanatos, a saber el instinto de Dominación del que el mismo soberano instinto sexual no es más que un componente. Pues bien, yo, discípulo de Adler, he llegado al desentierre de una raíz aun más profunda, la Angurria o Instinto Manducatorio, sin cual ninguno de los otros existiría. Para las pruebas de mi teoría me remito a mi inmensa experiencia clínica y un libro que estoy preparando, «Interpretación Gastro-Onírica», con centenares de interpretaciones de sueños, síntomas neuróticos y distracciones de hombres célebres.

Ya no hay duda posible para mí; de la Angurria nacen paralelamente la Libidine y la Imprancia. La antigua sabiduría no andaba descaminada cuando enseñaba «Semen, ex superfluo alimenti». El pueblo daba en el clavo cuando profundamente proclamaba: «Tripas llevan corazón, que no corazón tripas». Y el bárbaro monaquismo medieval presentía la ciencia moderna cuando para atemperar a la vez la carnalidad y el orgullo, recurría al ayuno. Y para citar un índice tomado de la vida vulgar (y abrir horizontes a la futura Lingüística-gastroanalítica) ¿por qué si no el pueblo dio en llamar al comer «morfar», derivado evidente de «morfina», que es la imagen popular de un placer síntesis de todos los placeres?

Entonces, Castellani-Chifladet va a probar su tesis con un caso clínico que clasifica como «Gastroanálisis nº 47». La pobre víctima resulta ser un policía.

N.N., vigilante, 40 años, soltero, nacido a término, reflejo rotular normal, no hay signo de Babinsky, pequeña asimetría facial, familia sin antecedentes.

Neurosis obsesional con síndrome hipocondríaco. En el curso del tratamiento manifiesta el sueño siguiente:

«Iba con tres amigos a caballo hacia la orilla de un río turbulento. Entonces desfundó el revólver y mató a su cuñado de un tiro (¡inexplicable!: no tiene hermana) mientras el otro se arrojaba huyendo al agua y el tercero trataba de sujetarlo. El gritó: “Salí del agua, piel roja, que te voy a hacer rajas” y en ese momento el río se llena de góndolas chinas y el aire de flechas. (Al decir esto el enfermo mete el dedo en el bolsillo del chaleco: ¡gesto sintomático!). Una flecha se le clavó en el ojo y despertó».

Este ensueño, extraño como puede parecer al profano, al iniciado en la «gastroanálisis» es agua y sol de mediodía. La clave está en el revólver que es uno de los símbolos más claros, como lo prueba mi experiencia clínica, del aparato digestivo (caño=esófago-gatillo=gatillos-cartuchos=diente-detonación, etcétera). Luego la obsesión proviene de tendencias manducatorias violentamente repetidas por la «Cenzur», que se abren un camino a través del síntoma neurótico de la angustia hipocondríaca. El número 3 («los tres amigos») símbolo de un menú modesto («sota, caballo y rey» como dice el pueblo) y la «flecha en el ojo», símbolo del tenedor vacío que se clava en el paladar, descubren con evidencia que la tendencia mal refrenada es la glotonería cuantitativa. Pero ¿y el «río»? ¡Ah!, aquí aparece la tendencia a beber de lo fino. El misterio se devela de golpe a cualquier ojo, anoser que esté velado de prejuicios de escuela o religión.

Este hombre de baja familia, que en su infancia conoció el hambre, posee un apetito insaciable, obsesivo, vulgar, voraz, pantagruélico; y por otra parte -contraste común en el heredo-anormal- un beber refinado, exigente y goloso. Cuando chico se atracaba con duraznos robados, con cáscara y todo, me dice, en el muelle de San Fernando, hasta que su padre le pegó una tunda. He aquí la «Cenzur» y el «*Refoulement*» o «*Verdrangung*» (Repulsa). Su baja posición social, sus pocos medios de subsistir, las exigencias del servicio forman una barrera atroz a sus instintos bucólicos, que se estancan en un clima psicósico típico, un copioso refondo mórbido... hasta que un día un «segundo Trauma» ocasional (siete días de dieta que le imponen a causa de una dispepsia) hace irrumpir la neurosis en síntomas actuales.

La prueba de esta mi prognosis y diagnosis está a mano. Apenas oí lo del «piel roja que se hace rajas» le dije “-¿A Ud. le gusta enormemente el salame o el embutido en general, a excepción de la morcilla?” -No gracias, Dotor, me dijo enérgicamente con una emoción que me mostraba haber tecleado un punto sensible. Pero el «gesto sintomático» de embutir el dedo en el bolsillo me

daba a qué atenerme. Confesó al fin que le gustaba no más, pero que no quería comer a causa del hígado. Otro complejo cargado de «*Affekt*», violentamente apretado y convertido en foco patógeno.

En cuanto a la bebida fina, no tiene vuelta hoja. Río-agitado-con chinos... ¿qué es sino un líquidoque-corre-amarillo-espumoso; es decir, qué puede ser sino un símbolo inequívoco del licor precioso y caro, inaccesible al pobretón, el sueño del borracho humilde, es decir el Champagne?

Pero todo este primer «contenido latente» del ensueño (realización simbólica de mal reducidos deseos gástricos) es superficial respecto a una segunda estratificación profundísima, revelada por dos índices convergentes que nos llevan derecho al «Complejo de Thiestes»: el cuñado muerto, el chapuzón en el río.

El «Complejo de Thiestes» descubierto por mí, raíz del «Complejo de Edipo» de Freud, consiste en el deseo insonsciente de todo bebé normal de comer a su madre y quemar vivo a su hermano mayor. Es sabido que Thiestes, rey mitológico de Cólcida en el Peloponeso, quemó a su hermano por celos del cariño que padre le tenía; y cuando arrebató el Artica al rey Atreo, éste por acción de venganza le hizo comer en un festín inconscientemente las carnes de sus dos hijos Tántalo y Flístenes, tema gastroanalítico que retomó Dante en su historia del Conde Hugolino. Admirable concretización de nuestras más profundas tendencias, el mito descubre hasta las dos ramas divergentes que surgen de la angurria y forman más tarde la tendencia al Amor y al Poder. Freud ha probado que todo bebé al mamar realiza un acto estrechamente «sexual»; me estaba reservada a mí la gloria de probar que además realiza «un acto de nutrición», es decir, se alimenta, «par dessus le marché». El placer intenso que experimenta comiendo y creciendo acapara toda su pequeña psiquis; querría comer más y más y siempre, de ahí los empachos, los lloros sin razón, el chupetear todo, dedos, vestidos, chupete... El pequeño «perverso polimorfo» que no distingue aún la «auto-morfancia» de la «hete-romorfancia» ¡querría comerse a su madre! He aquí, cómo he probado yo en mi libro «Fetiches y curundúes», el origen del canibalismo el cual no es sino una «fijación regresiva» a los informes deseos infantiles.

Traspassaría los lindes de este artículo si quisiera amontonar las pruebas que me llueven de la etnología, el folklore, la mitología, los poetas, la historia, la fisiología y la psicopatología, sobre todo. Las expresiones «¡qué ricura!, ¡me lo comería vivo! ¡da ganas de comerlo!», por ejemplo; -la metáfora de Coloma que llama a los besos de una madre «mordiscos del alma»; -y mil otros índices de la psicopatología de la vida cotidiana, que me espanto hayan pasado por alto a los sabios hasta hoy...

Todo niño es pues un caníbal sin saberlo, un antropófago de su madre. Llegado a los cinco años, comienza un período de «latencia», en el cual el instinto se desinfla y en virtud de la «ambivalencia» se «transfiere» en deseo de quemar vivo a su hermano mayor, el cual le quita los bombones, le impide llegar a la despensa, y lo zurra si a mano viene. Quemar, imagen evidente de la cocina, el niño ha sido ya destetado y come cocido. El destete, primer «*refoulement*» de la vida, suceso en sumo grado dramático para la historia funcional del instinto, constituye la emoción traumática en la cual por regresión se fijan todas las neurosis del tipo «narcísico». He aquí el por qué del cuñado misterioso, disfraz onírico del hermano mayor. ¿Es un cuñado imposible puesto que es soltero y no tiene hermanas? Traducción gastronómica: «matar a mi hermano es imposible» a causa de las prescripciones malditas de la moral y la religión. ^(x)

Díganme si no les gustaría oír esto leído por Alejandro Dolina.

Pero hay que decir que en esta materia, Castellani nunca dejó de lado su perfecta ecuanimidad y con fino ojo siempre trató de rescatar en medio de tanta escoria cuanto de verdad hubiere. Sobre todo porque creía firmemente que

liberado el núcleo de verdad que hay en todo error poderoso, el error se cae solo como una cáscara vacía. ^(x)

Para eso, para tratar de rescatar lo rescatable, Castellani ha tenido que discutir consigo mismo intensamente, durante muchos años. Algunas veces reproducía sus monólogos interiores «inventando» a su tío el cura, con el que cambia figuritas. Pero, por lo menos en una oportunidad, se puso a discutir con su otro «yo», don Jerónimo del Rey, cada uno impersonando a dos gigantes: uno representa el pensar de Freud, el otro, Jerónimo del Rey, a San Agustín.

Estudiábamos los dos en París «sexología», que es una especie de pornografía científica, yo para dar examen y él por gusto, yo en Freud y Havellock Ellis y él en San Agustín; y yendo a la Sorbona, nos comunicábamos nuestras lecturas y disputábamos acerca de nuestros maestros.

Los dos escrutan los abismos del compuesto humano, dotados para ello por la Providencia de una introspección penetrante y una movilidad anímica portentosa. Pero el cartaginés lo escruta desde arriba en los santos, y el vienés la escruta desde abajo en los neuróticos.

Jerónimo del Rey se ponía simplemente furioso de que yo intentase aproximar solamente la «*Sexual-theorie*», la «Introducción a la psicanálisis» y los «Ensayos sobre la histeria» a los libros «*De bono conjugale*», «*De Virginitate*», «*De Ilbádinis malo*» y la

gran discusión acerca de la natura filosófica del pudor instintivo que hay en el «*De Civitate Dei*», capítulo XIV, y en el «Comentario literal del Génesis».

Yo le objetaba que San Agustín ve la libidine demasiado desde lejos... El se me plantó un día y dijo:

-«Voilà». Para escrutar el fondo de una charca ¿cuál te parece mejor, una rana o un águila?

-La rana.

-¿Por qué?

-Porque puede zambullirse y tocarlo.

-Muy bien. Pero el águila puede elevarse y dominarlo. Desde arriba el agua verde y turbia trasluida de sol se vuelve clara. Se ve perfectamente el fondo, las lamas, el fango, los bagres que se mueven, la cerrada panocha rubia del fruto del «irupé». Uno ve el fango sin enfangarse y ve adentro el trozo de vidrio roto vuelto por la luz diamante, «Dichosos los puros de corazón, porque ellos verán en Dios» como (dice el P. Jousse) dice el texto arameo...

En vez la rana no cree sino lo que puede tocar con sus cortas zampas, prodigiosamente vibrátiles. Se hunde adentro para conocer mejor y más seguro; y ciertamente la ciencia que eligió no le será negada. Tocaré el barro, pero enturbiará el agua y hará el hedor y el veneno en torno suyo. Y se reirá del águila allá arriba: ¿qué puede saber aquélla desde tan lejos? ¡Metafísica!

-Pero lo que se toca con las manos ¿no es verdad también, por ventura?

-dije yo-. ¿Y una verdad más cierta y más humana que los ojos?

Jerónimo suspiró y dijo:

-¡Helás! Es la verdad del ciego. Yo insté espoleándolo:

-¿Y qué culpa tiene el ciego de nacer ciego?

Ahora, si el lector presta un poco de atención, es posible imaginar al verdadero Castellani de este tiempo, este joven jesuita que pasea por París, la testa prematuramente canosa y llena de ideas antiguas, discusiones nuevas, sempiternas inquietudes.

Jerónimo no contestó, y pasamos por la vieja iglesita abandonada de Saint Germain-des-Prés en silencio; a la izquierda el Puente Nuevo, el Palais de Justice, Notre Dame, la Cité y el alquitranado Sena; a la derecha, el Odeon y la rue Racine. ¡Barrio Latino! Por aquí anduvo Santo Tomás de Aquino. Yo interrumpí con rabia la desatención de mi amigo.

-¡El fango! ¡Todo lo arreglas con palabras! Has hecho una fábula sobre el fango. Pero el mundo no se arregla con fábulas, sino con ciencia. ¡Contéstame, teólogo de pega, hombre amigo de símbolos! ¿Qué culpa tiene el ciego de nacer ciego? ¿Quién pecó, él o sus padres? ¿Y qué remedio existe para el insoportable, el fatal, el hereditario, el indestructible fango?

Mi amigo me miró con desdén, cruzó muy sí señor el «square» de la Sorbona con gravísimo peligro de atropellarse un taxi, saludó a la estatua de Augusto Comte, franqueó los altos umbrales, hizo una mueca a la estatua de Richelieu, emprendió el Patio Cuadrado, se volvió, por fin, y dijo gravemente:

-Un ciego se ha de presumir culpable desde el momento que pretenda sustituirse a los que tienen ojos...

Se detuvo de golpe, meditabundo, delante de la antigua capilla sorbónica, sin Santísimo, y añadió sin mirarme:

-El único remedio real contra el fango es la carne divinizada.

-¿La carne divinizada? -dije yo con asombro-. ¿Lawrence?

-¡Jesucristo Nuestro Señor! -pronunció solemnemente mi amigo, haciendo al mismo tiempo con la diestra una gran santiguada, que casi se le caen todos los cuadernos. ^(x)

Sí, ¿por qué no?: ¿por qué no confrontar *El amante de Lady Chatterly* con el Evangelio? El único problema es que hay que haber leído, muy bien, a los dos. Y no sé si ven lo que yo, pero a mí me parece entonces que Castellani le mintió a Caillet-Bois y que, en realidad, conoció «la alegría de París en París».

Pero no es tan fácil encontrar mentiras en nuestro autor. Mejor, mucho mejor, la magnífica disculpa que encontré en una de sus epístolas:

Mis cartas tienen el color del tiempo.

Lo que sí es mentira, es eso de que veinte años no es nada. Cuando Castellani recordaba lo de París,

estaba a fines de los años '50, y había corrido mucha agua bajo el puente. «El color del tiempo» para él, después de dos décadas, era más bien oscuro.

Y la Europa que había conocido allá por los años '30 había sido barrida por el viento (quedaron Freud y Lawrence, nomás).

También Brasillach lo había advertido con su pluma juvenil, sonriente, entusiasta, antes de que, a él también, lo barrieran del mapa:

Vivíamos en la eminente dignidad de lo provisorio... [\(x\)](#)

*

Castellani, como se ve, le debe mucho a Parola, si no a la Compañía de Jesús. Le pagan los estudios, el transporte, el alojamiento, máquina de escribir, remedios, todo... Como una madre a un hijo, la Compañía provee a todas sus necesidades. El, agradecido, va a querer devolver tantos bienes en forma de libros, clases, artículos y conferencias. ¿Es natural, no? Bonum diffusivum sui... Bueno, no. Cuando vuelva al país no lo van a querer oír por aquel vicio argentino de creer que se cree una cosa que no se cree. Se cree que Europa es cultura, refinamiento y tradición, pero los que vienen cargados con esas riquezas son relegados al último puesto. Primará la envidia, la desconfianza, el convencionalismo más rastrero. Le pasó a Castellani, le pasó a mi padre, me pasó... Bueno, en realidad, no. Es cierto que hice una parte de la primaria en Inglaterra y parte del secundario en París y que luego no me sirvió de nada. Pero, claro, hay que decir que yo no aproveché como sí lo hicieron mis mayores. Mi viejo me dedicó un libro en los siguiente términos: «A Sebastián, que se aproxima a una Universidad que no tiene el derecho de defraudarlo». Algunos amigos comentaron luego que, en realidad, fue Sebastián el que defraudó a la Universidad. Y eso mismo, amigos míos, es lo que me salvó ya que nunca tuve que reprocharle nada a nadie sino a mí mismo. En cambio, Castellani, ¡ay mi Dios! ¡Cómo lo desperdició la Iglesia de este país!

*

Capítulo XVII

SEMBRADURA DE VIENTOS

Inglaterra, Francia, Bélgica, Austria, Alemania

1933-1934

*¿Hasta cuándo hablarás de este modo
y serán las palabras de tu boca cual viento tempestuoso?*
Job 8:2

Raro, ¿no?, este paisano del interior, hombre de tierra adentro, tan conocedor de las cosas nuestras, con temperamento y filiación latinas, que se formó en el gusto de Marzal por la literatura española, con su noble sangre italiana -y ahora que la conoció, enamorado de Roma-, con excelente dominio de la lengua francesa y luego cultor de Claudel, en fin... ¿digo, no?, el discípulo de Golía, de Poucel, Valensin, Billot, Maritain, Maréchal, de los jesuitas de Etudes, éste que bebió siempre del «*mare nostrum*»... y ahora padece de una severa anglofilia.

Y no hay cómo negarlo. Un ojo atento no dejará de ver en sus escritos una permanente referencia a proverbios y dichos ingleses, anglicismos recurrentes, muy frecuentes alusiones a la lengua inglesa cuyas virtudes pone por las nubes.

-¿Qué significa «*el que es, el que era y el que ha de venir*»? -preguntó la dama, que tenía en la mano el librejo subrayado de rojo... Es Dios, desde luego...

-Es frase en griego, es un barbarismo mayúsculo... es un participio de presente, un tiempo de verbo y un participio de futuro sustantivados. Imposible de traducir literalmente al castellano. Solamente en inglés...

-La lengua más bárbara... -dije yo.

-Y más hermosa... -dijo él.

-Que existe... -sonrió la dama. [\(x\)](#)

Curioso cómo Castellani se nos ha vuelto medio inglés. Bastaron unas cortas vacaciones en Gran Bretaña para que volviera totalmente cautivado. En buena parte por la lengua, cuyo encomio realizó en decenas de oportunidades.

¿Y quién no va a ser poeta con esa lengua, la más bárbara y breve del universo, formada por monosílabos de tres dimensiones, con la gramática más flexible y más exigente del mundo, y pulida hasta el refinamiento más exquisito por varias generaciones de escritores que han recibido unos de otros con religiosidad el sacro depósito, en un trabajo paciente, ininterrumpido? [\(x\)](#)

Pero, claro, otros factores venían tallando que explican, me parece, su anglofilia. Por lo pronto, así como se vio de chico influenciado por la lectura de Benson y, unos años después por Chesterton, también es de notar que tanto en Roma como en París amistó muy especialmente con sujetos de Su Majestad. En Roma, como hemos visto, con el P. Burns, y en París le ocurrió lo mismo con el P. Murray, un jesuita con el que permanentemente disputaban sobre cuanto hay en el cielo y la tierra (andando el tiempo, se servirá de su recuerdo para dar vida a «Mungué Murray» un personaje que

aparece en *Los Papeles de Benjamín Benavides*). Jorge Ferro sospecha que se trata de Fr. Robert Murray S. J., el amigo de Tolkien. Como sea, los ingleses le han hecho impresión. Ni bien llegado a Inglaterra quedó sorprendido por la calidad de su radio.

La B.B.C. de Londres tiene asesores: son los escritores más autorizados del país. Cuando estuve en 1933 allá, que la oía todos los días para aprender inglés, entre los asesores y locutores estaban Chesterton, Dawson y otro católico cuyo nombre se me escapa ahora; y los siete asesores eran de autoridad indiscutida. ^(x)

No consta, pero conjeturo que también aquí, en tierra inglesa, comenzó a fumar en pipa.

Las mujeres podrán fumar todos los cigarrillos rubios que quieran, con ese instinto simiesco que Dios le ha dado de imitar a los hombres, pero jamás nos arrebatarán la pipa. ¡Oh pipa! ¡Consuelo del varón cansado y gran compañera del periodista pobre! ^(x)

Traduzcan eso al inglés y verán lo que digo. Como fuere, en sus paseos por Londres, Castellani descubrió otra Europa, menos confesionalmente católica -concedido- pero de algún modo misterioso, más medieval... y más excelente. Por eso, en él son típicas las referencias como ésta:

En las vacaciones del año 33 (o quizá 34) que pasé enteras en Londres y fueron las mejores de mi vida... ^(x)

En este viaje, y a propósito de Londres, Castellani escribe una oda a la Catedral de San Pablo (versos desparejos, acentos descolocados, ritmo cada vez menos aparente).

Porque en esto están conformes, que estos hombres son divinos calvinistas rebaptistas metodistas y anglicanos anglocátholiks lowchurchuos, christianciences y adventinos y hasta aquellos más antiguos, los católicos romanos.

No que deje de separar la paja del trigo. Al pie de esta misma poesía, Jerónimo del Rey agregó una nota donde anota la paradoja:

El autor de estos yambos, pobre Dago perdido en este Londres, admira al bizarro pueblo inglés sobre todos los otros del mundo (menos los suyos), se espanta de la grandeza, poderío y cultura de esta gran metrópoli, Cartago de hoy, y se postra delante de las glorias limpias y las virtudes reales de Britania, virtudes guerreras, la sobriedad, la actividad incisiva, la disciplina, el sentido práctico, la jerarquía, la independencia, la audacia tranquila, el aguante, el duro tesón, que la han hecho regidora del mundo.

Ya lo ven ustedes, está fascinado con la rubia Albión. Pero al autor de semejante encomio

se le debe permitir que traduzca la impresión desolada de “Godlessness”, de helada y huraña ausencia de Dios y culto del hombre, pretenciosa rivalidad y visible “protesta”: que trasluce ostensiblemente el descomunal templo de Wren y su suntuoso vacío. Londres, 1933. ^(x)

Aún así,

Inglaterra, donde ha estado dos veces, está conectada en su memoria con provecho intelectual, compleción de su personalidad, plenitud humana, comodidad, cultura, admiración. ^(x)

Castellani obtuvo del P. Burns que le dieran alojamiento en «Manresa-house», una de las residencias de la Compañía en Londres. También conoció los noviciados de Jersey (donde se cruzó con un jesuita destinado a famoso y por entonces joven, Jean Daniélou) y Hammersmith, que le pareció tanto más distendido que el que había conocido en Córdoba. ^(x) Y además, tuvo suerte.

En el verano del '33 un gran metteur-en-scène, Charles Sysley, se propuso representar dos piezas de Shakespeare, *The Tempest* y *A Midsummer Night's Dream* en los vastos ámbitos del Jardín Botánico en espectáculos populares de gran altura artística con precios comodísimos [...]

Asistió embobado a la representación de una de las obras,

En el Open Air Theatre del Regent Park, que viene a ser como el Trocadero de Londres. Magníficamente presentado por Ch. Sysley, con música de Mendelsohn y con el concurso de los autores más hábiles de Inglaterra. Vestimenta soberbia, orquestación finísima y juego perfecto de gracia y vigor [...] Aquí vi la inmensa grandeza de Shakespeare, que realmente es el rey de los poetas dramáticos «master of the pageants of the world». [\(x\)](#)

Pocas veces se verá a un Castellani tan admirado por una representación teatral. Y eso también le pasó en Inglaterra. Pero a él le quedaría por siempre grabado en la mente «Stonyhurst», el principal colegio católico de Inglaterra, donde se quedó un par de semanas.

Allí me topé con un fenómeno: el Padre Mac Adam, que no recuerdo si era «maestrillo» o ya sacerdote. Amistamos mucho [...] El porteño anglicado me dijo: «No creo en los internados como buen instrumento de educación. Yo me eduqué en este Internado, hice aquí de «maestrillo» y ahora soy profesor: vasta experiencia tengo; y a pesar della o por ella misma le digo lo que le dije. Dicen que este es el mejor Colegio jesuita del mundo entero, y puede lo sea; sin embargo no me convence... Nuestros internados se mantienen en la vieja fórmula de los “Colegios de Nobles” del s. XVI; y... ya no hay nobles». Mantuve en el pesquis esta conversación; y cuando volví al país la repetí a algunos magnates míos. El Padre Castillejo, rector del Inmaculada, le dijo al Hermano Gavarró que el Padre Castellani había vuelto de Europa loco. Hoy día no existe más el «Inmaculada». Y continúa existiendo el «loco». [\(x\)](#)

En ese entorno, seguramente inspirado por lo que ve alrededor suyo, escribe uno de sus mejores artículos de aquel tiempo acerca de la enseñanza de lenguas vivas en el secundario, con una tesis más o menos explícita: los ingleses son más grandes que los argentinos porque tienen mejor educación (o tienen mejor educación porque son más grandes), y, como ya sabemos, la nuestra es un dolorazo de cabeza, aún en la década del '30 -que es cuando mejor anduvo-. [\(x\)](#)

Visitando hace un año el magnífico Internado de Stonyhurst en el Lancashire (Inglaterra), uno de los mejores de Europa, crecido como un árbol inmenso y secular en la tierra sana de la magnífica tradición educativa inglesa, me daban ganas de llorar (y no me ruborizo de confesarlo) viendo lo que somos nosotros al lado, no diré de Stonyhurst, porque sería demasiada robada la comparanza, sino de las High-Schools de Calcuta, High-Schools de Bombay, Trichinópolis y Mangalore. [\(x\)](#)

Cuando convivían en la residencia de Rue la Grenelle, Castellani discutía a menudo con Pita, porque éste decía que en nuestro país no se podía hacer nada... ya que no había nada. [\(x\)](#) Por entonces Castellani era mucho más optimista y creía que, precisamente por eso, todo estaba por hacerse y, desde luego, pensaba entrar en la liza (Pita, en cambio, pobre, se dejó dominar por los convencionalismos y acabó en profesor manualero de Suárez).

Por eso -en algún lugar tengo que resaltarlo- convengamos en que Castellani no se pasea como un vulgar turista; en todas partes toma notas, interroga, siempre pensando en nuestro país, en las cosas que quizá se podrían hacer en la Argentina.

Tuve ocasión de ver funcionando en Inglaterra en 1933 el llamado Catholic Board of Education, presidido por el Cardenal Arzobispo de Westminster, integrado por lo mejor de los políticos, juristas, intelectuales, pedagogos y rectores católicos del Reino Unido... [todos con] esa cordura y «savoir faire» político de que los ingleses todavía hoy pueden dar ejemplo al mundo. [\(x\)](#)

En fin, volvió encantado de sus vacaciones inglesas y con un mejor dominio de la lengua. Años después le confesaría a un profesor americano:

Admiro la lengua inglesa, tan rica y concisa; y como escritor la envidio un poco. Aquí hablamos un español pobre, que tiende a la obesidad. Sé varias lenguas, y ninguna leo con más gusto que la inglesa. [\(x\)](#)

Ahora, eso no quiere decir, muy señores míos, que Castellani se volviera cipayo ni cosa que se le

parezca. Al contrario, en el exilio se le potenció su patriotismo y nunca dejó de seguir atentamente los sucesos de su país. Para eso, además de mantener intensa correspondencia con los suyos, leía los diarios argentinos.

Cuando yo estaba en París en la agencia de *La Nación* (diario) que está en la Plaza de la Estrella, yo me encontraba con muchos argentinos que venían a leer *La Nación*. Me encontré con un gran jurista argentino, magistrado, que dijo que él se había convertido a la fe leyendo «*La Vida de Jesucristo*» de Renán. Yo le dije, inspirado por el Ángel de la Guarda: «Entonces, ahora es mucho más ateo que antes». ^(x)

Pero allí mismo se topó con un tipo mucho más interesante que aquel jurista.

Un día hace siete años (¡cómo pasa el tiempo!) nos fuimos a leer *La Nación* en su agencia de los Campos Elíseos, allí sobre la plaza de la Estrella en París; y hallamos un joven cetrino, delgado, distinguido, de palabra lenta y gesto señorial que se presentó: «Soy Méndez Calzada, Enrique».

-¡Ud. es el autor de «Ha muerto un periodista»!

Y empezamos a recitarle de memoria poemas suyos, aquel tan bonito llamado «Cansancio»... Y el otro de la maestra que enseña castellano que yo plagué en unos versos míos, porque aquel muchacho tímido, apenas mayor que yo, era por entonces mi nueva admiración y mi maestro:

Oh, ella amara, ella amaría o amase.

Méndez Calzada me oía parlotear con una sonrisa enigmática, hasta que de golpe, sin ninguna previa introducción confidencial, me dijo una frase de tan profunda amargura, de tan atroz pesimismo y cinismo, que no sólo me cortó el fluir de la charla, sino que la imposibilitó por aquel día. No recuerdo lo que dijo. Yo no recuerdo ahora las palabras, pero fue como un brote de lava, no ofensivo para mí sino ofensivo para él, y lo que es peor, para todo el género humano en él.

Claro, Castellani se acordó de todo eso al enterarse de la horrible muerte de Méndez que le hizo profunda impresión.

¡Pobre Méndez Calzada! Se ha suicidado en un hotel de Barcelona en el mismo decorado que él soñó hace más de veinte años en «Devociones a Nuestra Señora la Poesía» en aquella tan amarga descripción del entierro del periodista pobre.

Sea por culpa de los alemanes, como sostiene Gerchunoff en *La Nación* (27-VII-1940), sea por culpa suya y de todos nosotros (empezando por Gerchunoff), una de las más exquisitas mentes de bondad y ensueño que prometiera nuestra patria, ha vuelto contra sí la mano violenta, injusta. Hablamos interminablemente durante ese año 1933, pero jamás volvió a abrir su alma para nada. Me pedía prestado el diarito *Crisol*. Me enviaba los boletines cablegráficos de *La Nación*. Hablábamos de la mala vida literaria argentina, y también de la buena, de Giusti, de Banchs, de Lugones, uno de sus grandes amores. Cuando saqué mi título envié la noticia a *La Nación* y me dió recomendaciones cuando salí para Alemania. ^(x)

Castellani nunca lo olvidaría y por una poesía de Méndez, se ve que tenían más de una cosa en común:

*Déjame, Señor, pasar
toda la vida dormido;
yo sólo anhele el olvido,
y dormir es olvidar.
Déjame, Señor, dormir.
Me tortura estar despierto.
Mientras duermo, soy un muerto
que no cesa de vivir.*

Aunque la salida suicida de Méndez muestra que algo trascendental los separaba, radicalmente: la poesía que vengo citando se llama «Jaculatoria» y tiene un final casi tan terrible como el del poeta.

*Y si eres justo con quien
no te ha pedido vivir,
debes dejarme dormir
por siempre jamás.* ^(x)

No, Castellani veía su insomnio con otros ojos.

Méndez Calzada fue una especie de prodigio en nuestro medio. Cuesta trabajo creer que fue un argentino de aquí. Su cultura fina, equilibrada y precoz; su sentido moral; su delicadeza intelectual; su valentía y la armonía de su carácter lo hacen un portento entre nosotros. ^(x)

En efecto, el distinguido humor de este gran crítico merecería ser rescatado. Por ejemplo, durante algún tiempo trabajó en el «Banco Español del Río de la Plata» y él lo explicaba así:

Trabajo en el Banco Español y me río de la plata. ^(x)

¡Pobre Méndez Calzada!

*Murió un periodista,
murió en un infecto cuarto de pensión.
El mucamo le dijo al patrón,
la cara de cera por la palidez
-¡Hay en una cama muerto un pensionista!
-¿Cuál «délloz»? -el diez.
-¡Qué contrariedad! -dijo el buen señor.
-Pero de un bohemio ¿qué se va a esperar?
¡Morírseme en casa o aun algo peor:
que se vaya vivo, pero sin pagar!
¡Peste de atorrante! ¡Morir de repente!
También... ¿Quién le había mandado
recibir en casa semejante gente?
Tan acongojado
daba compasión el pobre fondista.
¡Y todo por causa de aquel pensionista,
de aquel chupatinta que, osado,
se atrevió a morir, siendo periodista...!*

Su muerte siguió a la de Lugones con dos años de diferencia y ambos suicidios impresionaron

profundamente a nuestro autor, no sólo por el modo en que eligieron desaparecer -suicidio de sirvienta, dice él- ^(x) sino porque a su modo de ver, en el fondo, la culpa era del país que no los había reconocido como correspondía.

El suicidio de Lugones fue una gran desgracia; para él, para mí, para ustedes y para todo el país; y es hasta hoy un enigma. ^(x)

Claro que Castellani siente que, por grandes que sean las desgracias de su país, aún tiene un refugio en el mundo.

Patria cruel que matas tus poetas. El mundo actual es inclemente e inclimático al espíritu. «*Maintenant je suis maudit, j'ai horreur de la patrie...*» escribió Rimbaud antes de exilarse suicidamente en Etiopía. La única patria leal del espíritu en estos tiempos es la Iglesia, las patrias terrenales se van haciendo de más en más invivibles a lo que hay de divino en el espíritu humano: poesía, religión, metafísica. ^(x)

La única patria leal del espíritu... Sí, bueno, esperáte un poco. Como decíamos, Castellani sigue atentamente el curso de los acontecimientos en su patria, donde todo gira en torno a la preparación del Congreso Eucarístico en ciernes, que, como se sabe, por entonces tuvo enorme repercusión. Por otra parte, allá por el mes de mayo cumple una vieja aspiración: se reúne con Joseph Maréchal S.J., el entonces bastante afamado autor de los estudios sobre la Psicología de los Místicos (un libro que Castellani había leído con enorme entusiasmo casi diez años antes) y que ahora trabajaba intensamente en su obra fundamental: *El Punto de Partida de la Metafísica*. ^(x)

El caso fue así: en la primavera del '34, el P. Alberto Hurtado, un jesuita chileno, lo invitó a Eegenhoven, al lado de Lovaina, en Bélgica, a predicar Ejercicios Espirituales a 22 estudiantes de origen o habla hispana.

Los primeros Ejercicios Espirituales que he dado en mi vida, me he convencido que son el primer ministerio de la Compañía...

Este viaje a Bélgica me ha sido providencial. Venido a dar E.E., Hurtado me persuadió a quedarme a preparar el examen y me resultó muy bien a causa de las tres bibliotecas colosales, de la lujosa soledad del parque, el contacto con los profesores, sobre todo el P. Maréchal; abetí trabajo lo menos el doble que en París. ^(x)

Durante aquellas semanas Castellani aprovechó para conversar largamente con Maréchal quien le delineó un plan de estudios.

El plan era éste: «Lea durante quince años todos los grandes filósofos en su lengua original, para lo cual tendría que perfeccionar su griego y su alemán. Enseñe Filosofía al mismo tiempo. Lea después durante tres años los grandes etnólogos modernos, Frazer, el Padre Schmidt, Levy-Bruhl... y después escriba “El Punto de Partida de la Moral” sobre el mismo plano en que yo hice “El Punto de Partida de la Metafísica”». ^(x)

Castellani nunca quiso otra cosa y acarició ese proyecto larguísimos años; en vano, desde luego, como se lo explica chusco a San Jerónimo, su santo patrón, transformando su frustración en humor:

Yo nací para ser escritor empingorotado, entonado, solemne, conceptuoso, serio... ^(x)

De Lovaina, en Bélgica, Castellani pasó a Valkenburg, la gran universidad de los jesuitas en el sur de Holanda que le quedaba a un paso.

Allí sucede un gran encuentro previamente concertado con los otros jesuitas argentinos que estudiaban allí y en otras universidades cercanas: Delpiano, Alonso, Bridarolli, José Gómez, Pita y Víctor Anzoátegui, el hermano de Braulio.

La reunión de estos criollos en pagos tan lejanos les produce a todos un sarampión de nostalgia patrioterica y Castellani no menos que los demás, que ya venía «cargado» desde Lovaina con una glosa magnífica que por inédita hay que reproducir aquí:

De nuestra patria improvisada

por Garay y Roque González

hay que afirmar la palizada

y dir quitando los puntales.

Arquitectaron lindamente

San Martín y los otros grandes

cuando del Plata hasta los Andes

hicieron una sola gente.

Mas, cosa viva, es evidente,

que no va a quedar estancada.

Nosotros no hemos hecho nada

y hora nos toca entrar en liza

y es tiempo que pide hacha y tiza

en nuestra patria improvisada.

Correntinos de pelo en pecho

santafecinos y entrerrianos

todos los otros provincianos

aquí nos llaman al repecho.

Los porteños bastante han hecho

edificando capitales

Mas se han mestizado de males

y se han agringado de más

Venga la reserva de atrás

por Garay y Roque González.

De esta construcción cienañera

medio tapera y rascacielo

pusimos en la arena el suelo

y la faz a la primavera.

Los gringos de la tierra entera

vinieron a ayudar por nada

Pero el repunte de gringada

se trajo abichaos algunos

y por eso contra reyunos

hay que afirmar la palizada.

Copiamos en la inmensa brega

a l'Uropa como era justo

mas hay que abrirse al propio gusto

a medida que el tiempo llega.

¡Es el tiempo de la trasiega!

Yo doy gracias las más cabales

a los santos más celestiales

de haber nacido en este -¡pucha!-

tiempo macho de honor y lucha

y dir quitando los puntales.

Envío

Como el hombre que arranca el yuyo

y canta y el maizal verdea

Argentina, mi patria fea,

¡qué hermoso es este tiempo tuyo! [\(x\)](#)

Con ese ánimo los jóvenes jesuitas comenzaron a conversar sobre lo que se podía hacer en el país. De la charla -además de ir pensando en una Universidad Católica-, surge la ocurrencia de algo

concreto que ya se podía comenzar: levantar el nivel de Estudios, la revista de la Compañía en la Argentina. De aquellas mateadas holandesas va a salir una carta de Castellani donde informa sobre el parecer de todos, aunque el tono del informe es, claro está, propiedad intelectual intransferible.

A mí personalmente (y a otros muchos) [la revista Estudios] me parece una vergüenza... está por debajo del nivel que la más elemental decencia (intelectual) permite. Léalo Ud., o hágalo ver por cualquier persona competente. Es una revista mal llevada, es una revista impresentable, no digo en Europa, pero en Centro América: «Una revista escrita a priori» como decía con gracia la Sra. de Manuel Gálvez.

Por supuesto que tiene razón. Revisando Estudios para compilar la bibliografía de nuestro autor nos asaltó grande tedio ante esa literatura catolicon, ¿cómo diría?... engolada, oficial (apta, diría Castellani, para beatos, burros y burgueses). A su lado, Criterio es un soplo de aire fresco; pero bueno, ya saben ustedes, en una escriben laicos de buena pluma y gran libertad de espíritu (Anzoátegui, Palacio, Leopoldo Marechal, César Pico, Borges...) mientras que en la otra, uno se topa con indigeribles artículos «científicos» escritos por pesados clérigos de la Compañía, o

dos o tres novelitas o folletos de la editorial FAX (Madrid) recensados por señoritas...

Fíjese hasta donde llega la abyección de *Estudios*, que los libreros católicos de París (como Desclée Brower) cuando desean hacer conocer libros en Argentina los mandan para «*compte-rendu*» a la revista atea y socialista *Nosotros*. No son tontos ellos tampoco y viendo *Estudios* es fácil comprender que no tiene (no puede tener) influencia ninguna. Herrar o quitar el banco.

Ahora, hay que ver que Castellani le está escribiendo al P. Provincial y por más que sea Parola... pero, bueno, ya saben ustedes: Castellani es Castellani.

Perdone que me produzca de este modo a donde nadie me llama. Pero lo hago movido por el amor a la Provincia, según creo.

Y ya que estamos, ¿por qué no dedicarle algunas líneas al P. Blanco? Pues, señores, ahí va; para que tenga.

He recibido un prospecto del Club para solaz de muchachos ricos que han hecho en Buenos Aires con el nombre de «*Ateneo de la Juventud*». Muchas gracias.

Hay aquí, como se comprende fácilmente, gran ironía respecto del emprendimiento del P. Blanco S.J., pero, por elevación, la andanada incluye un disparo contra la política de la Provincia Argentina de la Compañía y su empeño en cortejar un sector social en particular (en uno de sus diarios se preguntará el año siguiente, siendo ya profesor en el Colegio del Salvador: «¿*No somos aquí repetidores retribuidos y ayes de los vástagos de la oligarquía argentina?*»). En fin, tampoco son todas críticas, pues en esta carta Castellani también propone cosas inteligentes.

Ya que comencé a hacer lo que aquí llaman «*le gros Jean remontrant a son curé*», voy a atreverme a hacer una insinuación, por lo que valga. ¿Por qué no formar buen escritor dándole todos los medios precisos, a ese muchacho Benítez ya que muestra don para eso?

Dicen por aquí que no es edificante. Yo no me meto, mas lo que yo sé también es que así como no se hacen de las mujeres los obispos, así tampoco los escritores de los imbéciles. De donde sigue que si queremos escritores (y el Epítome los pide) y ese tiene pasta, la solución no es tomar un imbécil edificante y mandarlo a Europa a estudiar, sino hacerlo a ése primero edificante y después escritor, lo cual es doble trabajo y yo veo que es difícil: pero para esos trabajos se fundó la Compañía.

Ahora, hay que saber que Castellani sabe bien de lo que está hablando; tan cierto es que ahora comenzará -sin saberlo- a profetizar.

Tengo experiencia (cruenta) en carne propia que existen en nuestra provincia sujetos especializados en romper la caña cascada y apagar la mecha que aún humea; quiero decir, si hay un escolar o seminarista que empieza a valer algo, con el fin de engendrar en

él la humildad, la castidad y todas las demás virtudes, lo empiezan a asfixiar para hacer dél un «desedificante»; y si ya lo es, un «agriado»; y si lo es, un «desequilibrado»; y cuando llega allí, un «salido»; de modo que la Compañía quede compuesta de gentes edificantes, que sin aficiones desordenadas por la Ciencia, el Arte, la Filosofía, la Acción, se ocupe de la limpieza interna de la orden por medio de la denuncia a los Superiores. Le digo esto así, tan amargamente, porque conservo entre mis papeles las dos censuras de mi primer artículo periodístico, en que los censores me llaman ocho veces «necio». ^(x)

Veán ustedes la serie de adjetivos y su sucesión: «desedificante», «agriado», «desequilibrado» y, por fin... «salido».

Es, con sus más y sus menos, la historia -contada *avant la lettre*- de Francisco Delpiano, que nunca llegó a ordenarse, de Víctor Anzoátegui que terminó apostatando, del propio P. Hernán Benítez cuya escasa formación acabó por degradar su natural inteligencia y talento.

Es, con sus más y sus menos, la historia -contada *avant la lettre*- del propio Castellani, el gran «salido» de la Compañía.

Los otros entusiastas de Valkenburg sobrevivieron a duras penas: Alonso terminó en frivolidades cada vez más llamativas, Bridarolli se agrió a más no poder (en el Máximo lo recordaban como un profesor amargado) y acabó su vida prematuramente al morir en un horrible accidente automovilístico; Bussolini... Bussolini -que ciertamente no era inteligente- protagonizó inefables aventuras sacándole plata a Perón con el cuento chino de que había necesidad de crear un Observatorio Astronómico en San Miguel y dedicándose luego con grande afán a la manipulación de sismógrafos para medir no sé qué corrientes electromagnéticas que se registran en el suelo...

Castellani profeta... no caben dudas de que acertó. En la Compañía se alzaron con los mandos gente de pocas luces, sumamente convencionales, extremadamente moralistas e imbuídos de una... de una «espiritualidad errónea». Y en el reverso de todo esto, una trama secreta de múltiples y dolorosos episodios donde gente de señalado talento fue, de una u otra manera, raleada (pienso en Anzoátegui y Castellani como los casos más notables, pero hay, sin duda, muchos más), mientras que se promovió, protegió y ensalzó a cada babieca... (pienso en Quiles y Luzzi, como los casos más notables, pero hay, sin duda, muchos más). De allí la rápida decadencia de esta Provincia en el curso de las últimas tres o cuatro décadas. ^(x)

Desde luego, el cuadro es mundial, y no sólo le caben las críticas a los jesuitas. Ahora, cuando uno se pone con la lupa...

No sé, el P. Grandinetti haciendo ridiculeces con la T.V. y finalmente abandonado por sus Superiores -después de homologar su sistemática estulticia-, estafado por los «superlaicos» de su entorno y ayudando a colocar la piedra fundacional de la horrorosa televisión argentina... ¿Seguimos? El P. Moglia comprometiendo seriamente las finanzas de la Orden y finalmente malvendiendo la quinta del Niño Dios en Córdoba; la destructiva «carrera» de los jesuitas metidos a «guerrillear» a los jóvenes de acción católica, o aquellos otros que corrompieron tantas generaciones de argentinos con su veleidoso socialismo (Ustarros), sus paquetas teologías de la liberación (Luzzi), sus morales de circunstancia (Constable), sus novísimas experiencias litúrgicas (Moyano) o de moral sexual (Fabbri). ¿A qué seguir? Todos, tan, tan «à la page», «modernos», «revolucionarios» o «maduros»... Me faltan palabras para enjuiciar como acaso se lo merecerían estos jesuitas de guitarra y campera, con sus infaltables llaveros y permanentes maquinaciones (plenas, claro está, del famoso «espíritu del Concilio»). La lista sería larga en verdad: la universidad del Salvador regalada a vaya uno saber quiénes, el Colegio Máximo convertido en un «centro de experiencias pastorales» (cuando no de

cosas peores), la larga serie de escándalos protagonizados por tantos y tantos «directores espirituales», «agentes pastorales» y no sé qué diablos más, la edición de centenares de libros teilhardianos, heréticos o -las más de las veces- sencillamente estúpidos y, junto con eso, una cuidadosa «depuración» de la Biblioteca de San Miguel (allá por los '70 los libros de Castellani se vendían en la Plaza Lavalle)... ¿a qué seguir? A vuelapluma, sin cotejar los casos ni consultar a nadie (yo también me puedo, de vez en cuando, producir) me salen algunos de los cargos que se podrían formular contra la Compañía de Jesús en estos últimos años.

Se podrá tal vez alegar que uno no es quién para andar tirando piedras, pero bueno, precisamente porque estos lodos vienen de aquellos polvos...

Volvamos a Castellani.

Hasta donde tenemos noticia, sus conflictos con la Compañía comienzan en este mes de agosto del año del Señor de 1934. Dos años después, en 1936 comenzará a redactar nuevas fábulas cuyo contenido nos interesa desde ahora porque de sus títulos se infieren algunas de las acusaciones que pesaban sobre él: «*Es un poco raro*», «*Es orgulloso y triste*» y «*Usa expresiones bajas*», entre otras. «*Fábulas en defensiva*», las bautizó él, ^(x) a la retranca ante las reiteradas ofensivas de parte de los sucesivos «Socios» o Viceprovinciales de entonces, los PP. Castellano, Domenech y -sobre todo- Ramognino, que con creciente consentimiento de los dos provinciales de turno (Parola primero y Travi después) se dedicaban a tratar de «edificarlo».

Desde luego, estos llamados de atención se hacían con la aprobación de estos dos, pero así como no firmaban las sucesivas admoniciones, hay que indicar que durante el provincialato de Parola, Castellani disponía de una instancia superior a donde recurrir, pues Parola siempre lo protegió y nunca dejó de apadrinarlo. Castellani quizá no se daba cuenta, pero mientras duró la gestión de su amigo, disponía de cierto respiro por el gran afecto que se profesaban ambos... y porque estaba en Europa, lejos de los enemigos que con sus artículos iba incubando en Buenos Aires.

Pero, poquito a poquito, se va armando el tormentón.

Claro que al principio, eso no resultaba tan evidente. Y así empieza la historia: el 15 de agosto de 1934 hizo renovación de sus votos simples lo que sucedió a su debido tiempo. En la oportunidad agregó un «cuarto voto» a los tradicionales de pobreza, obediencia y castidad: es curioso, porque esta decisión interior no responde a sus aspiraciones *secundum carnem*, sino al hálito que lo acompaña en estos días.

*La ausencia mata el amor
O bien lo engrandece asaz-
Me dirá alguno quizás
Si saqué mucha experiencia-
Viajando saqué la ciencia*

De amar a mi patria más. ^(x)

¿Un ataque de mística? No señor. Un ataque de patriotismo. -¿Y eso no es mística? Puede ser, porque ya intuye que la cosa no le va a salir gratis.

Hice también el 4to. voto de volver a mi país, a morir de mala muerte si es necesario, por más que presumo que ahora mi tierra me

será más vivible...

Pero [lo hice con] un gran esfuerzo (parece mentira) y contención de mi psicología tímida llena de cicatrices. [\(x\)](#)

Uno estaría tentado de creer que son pavadas de joven, esto de que se promete volver al país «a morir de mala muerte» si fuera necesario. Pero lo cierto es que -nosotros lo sabemos bien- así fue... para nuestro bien, y su mal. Fíjense que ni bien hecho este voto comienzan las admoniciones, reprimendas, moniciones canónicas, suspensiones y toda la larga retahíla de sanciones con que intentarán «edificarlo» a lo largo de una quincena de años... hasta «salirlo».

De modo que ya sabemos: el 15 de agosto de 1934 Castellani se juramentó volver al país y quedarse definitivamente a cumplir aquí con una misión que no sabría decir, pero que intuye a las claras.

Tres días después, empiezan los palos.

El 18 recibo del Socio una carta oscura y dura, con chistes y sarcasmos fuera de lugar anunciándome un tardío *Maturescat*.

1º sin anunciarme ningún motivo

2º sin preceder ninguna monición

3º no habiendo recibido de los Superiores de Europa donde he vivido ningún aviso después de las órdenes (ni antes), antes bien alabanzas.

¿Cómo se pueden hacer así las cosas? [\(x\)](#)

El famoso *maturescat* es una suerte de admonición que usan los jesuitas como intimación a que madure (lo de «tardío» que anota Castellani es porque no tenía antecedentes, no venía precedido de aviso o amonestación alguna y él se muestra sorprendido ante la mojadura sin agua va).

Imagínense ustedes que esto a Castellani no le cae del todo. Y le da por hacer sus descargos, qué tanto.

El P. Socio sostiene que yo soy un imprudente: y tiene razón. Y que por tanto no sirvo para gobernar hombres: no se sigue. Pues como dijo el jefe Mussolini: «El hombre de Gobierno precisa sobre todo dos cualidades. La primera es la prudencia. La segunda es la imprudencia».

El P. Socio tiene sus máximas, yo tengo las mías. Las suyas son de santos, las mías son de fascistas. Las suyas sirven para hacer santos (o para vestir santos)... puede ser que las mías sirvan para hacer fascistas. [\(x\)](#)

Vaya, hombre. Total que vamos adivinando los términos de la carta del P. Mariano Castellano (el «Socio») y por dónde rumbeaba: Castellani aparece a sus ojos como un «imprudente» y a fe mía, por cómo le escribe al Provincial...

Recibí también la lista de los defectos por que se han diferido los votos. Permítame que le diga con todo respeto que me parece un poco tarde. Puedo afirmar formalmente que de ninguno de esos defectos se me ha advertido después de la ordenación, ni antes tampoco, ni al venir a Europa, ni al salir de Colegios. La razón que da no me parece valer, ahorrarme por cariño o lo que sea pequeños disgustos para salir después dándome uno grande.

En todo caso no se ha absolutamente cumplido lo que manda el Epítome (nº 762) a los Superiores.

De ese modo no se ha dado ni tiempo de corregirme ni medio de excusarme. He sido juzgado y condenado, pues, desde afuera, sin defensor, y (si me pasa la palabra) despótica e infaliblemente. Y sin embargo, así como yo soy pecador, Uds. mis jueces son también falibles...

Ay, ay, ay. Castellani y la diplomacia. Ahora, veamos un poco, ¿cuáles son los famosos defectos? Pues justamente, le piden mayor prudencia al hablar y escribir.

«*Major prudentia in rebus loquendis et scribendis*». Dejando lo de «*loquendis*» (he hablado estos cinco años lenguas extranjeras),

1) Todo lo mío que ha sido publicado hasta ahora lo he mandado a la censura (como advertía en mi carta al P. Socio) con adimentados de «vea si conviene», «por si le parece publicar», etc.

2) Tengo conciencia de haber recibido con la mayor sumisión las advertencias de quienes tenían derecho a hacerlas; estas se reducen a dos censuras de mi segundo artículo para Criterio que se permiten el lujo de insultarme groseramente, llamándome nada menos que ocho veces «necio». Ni la menor reparación hasta ahora de aquella injusta agresión y contumelia. (Ferrerres -Tomo II- dice que la contumelia es pecado mortal y que el contumelioso está obligado a reparación). Apesar de todo corregí el artículo en lo que se pedía y podía.

3) He puesto en el escribir el cuidado posible para ser prudente, presuponiendo que nadie nace gran escritor. He consultado con los hombres competentes de la Compañía y fuera. He procurado guiarme por los N.N. más eminentes. He recibido aprobaciones y elogios por ejemplo del P. Marzal, del P. Lhande, del P. Ennis, de Manuel Gálvez, de Martínez Zuviría, de Atilio dell'Oro y después he sometido la publicación de mis cosas al arbitrio de Ud., el P. Socio o el Rector del Colegio donde estaba, sin quejarme jamás de la suerte que corrían. ¿Qué más puedo hacer yo como prudencia? ¿Y entonces?

4) Ni Ud. ni nadie se ha comedido hasta hoy en avisarme era imprudente en el escribir, ni en qué consistían mis imprudencias. En cambio han metido la mano en mis escritos, cortando, suprimiendo, modificando, perdiendo originales, etc., cosa dolorosa para un escritor, y he callado por amor a mi vocación.

Me es duro decirlo, pero Ud. como Provincial debe saberlo: excepto el P. Marzal y algunos jóvenes, como escritor, los N.N. no me han ayudado nunca en nada y me han *pisoteado, escupido e ignorado*. Se puede tomar como una nueva prueba de «irascibilidad» pero Dios que ha de juzgar, lo sabe. Divertido tener un ideal de estudio en la Provincia Argentina, por lo que estoy viendo, no en mí solo [...].

Esto lo escribo por amor a la verdad, como si se tratase de otro. En cuanto a mi persona, me parece muy bien lo que Ud. me dice sobre la humildad, y haré todo lo posible por quitar aun las apariencias de los defectos avisados, eso sí presuponiendo no sacrificar a las apariencias las realidades. No se me ofrece más por hoy... ^(x)

Si, bueno, menos mal. Ahora bien, es menester andar despacio con este asunto de los palos -merecidos o no- que recibe Castellani. Sobre todo porque esta historia se va a repetir una y otra vez.

En primer lugar, hay que señalar que cada vez que fue objeto de alguna reprensión Castellani no dudó en apelar a Roma... «puenteando» al P. Provincial (y, muy pronto, más arriba aún, «puenteando» al General). Esto merece consideración: todos sabemos que en cualquier sociedad ése es un juego peligroso -nunca «políticamente correcto»- y que si tiene éxito en lo inmediato, a la larga suele pagarse con creces. Mucho más, si hablamos de una estructura jerárquica como la Compañía, concebida por San Ignacio como una organización militar.

Pero él creía otra cosa.

Los jesuitas que han hecho algo duradero, me decía la historia, lo han hecho en contacto con el General, el cual en cierto modo los ha «defendido» (por decirlo así) de los Superiores locales. El Superior local, como es natural, está encerrado en el ámbito de su Colegio y de su período; él tiene que defender eso. Es preciso que sea un hombre muy superior para que comprenda y fomente una obra de proyecciones más vastas. Para ella se necesita el impulso, o al menos la aquiescencia del Primer Motor. ^(x)

Raro esto, ¿no les parece? Si bien se mira parece mostrar una cierta ingenuidad de parte de Castellani (y no sé yo qué «historias» anduvo leyendo): difícilmente la instancia más alta iba a revocar lo resuelto por la más baja. En efecto, ¿quién podía imaginar al P. General amonestando al Provincial porque uno de sus sujetos ha sido destrutado?). Creer eso posible -sobre todo en la Compañía-

pondría en evidencia una cierta ceguera de Castellani para comprender cómo se manejan las cosas.

Y sin embargo... no es así. El sabe perfectamente cómo se «manejan» estos asuntos. Años después, comentando la parábola del Mayordomo Infiel, dice que

Cristo concluyó con una observación irónica: «los hijos de este mundo son más videntes en sus negocios que los hijos de la luz». Esta frase de Cristo también ha sido tueradamente entendida por los católicos mistongos, los cuales están íntimamente persuadidos que cualquier cosa que emprendan los católicos les tiene que salir mal, en virtud de esta palabra de Cristo; consecuencia de lo cual sería que debemos dejar el campo libre a la canallería porque «los católicos tenemos que fracasar siempre», como me decía ayer nomás Doña Herminia Bas de Cuadrero.

Los católicos como ella, sí. Cristo no afirmó que todo les tiene que salir mal a «los hijos de la luz»; entonces apaga y vámonos ¿para qué viniste al mundo, oh Luz del mundo? Cristo exhortó irónicamente a los que se llaman «buenos» a tener por lo menos tanta prudencia en sus negocios como los llamados por ellos «malos»; y si la tienen, no hay ninguna razón porque no les sucedan a ellos también sus negocios, tanto los del cielo como los de la tierra. Lo que pasa es que había en los tiempos de Cristo -y no faltan en los nuestros- unos tipos que eran unos incapaces y creían que podían ocultar, justificar y reparar su incapacidad con la capa de ser religiosos.

Si ven por ahí una «Tienda de objetos de goma Sagrado Corazón de Jesús» o «Cervecería Santa Teresita» o «Cabaré Católico», les aconsejo no se hagan socios, ni les compren acciones. Ésos son, son éstos. Fracaso... seguro. ^(x)

Y a uno se le ocurre que Castellani podría haberse curado en salud. Médico, cúrate a tí mismo. Lo digo porque con esta metodología de continuas apelaciones Castellani se asegura el fracaso: fracaso seguro, como dice él. Pero en fin, hay que saber que la Compañía cuenta con un sistema de «consultores» de la Orden que informan al Provincial en secreto y que muchas de las decisiones de los Superiores se fundan, precisamente, sobre las tales consultas. Castellani sabe que así funciona la cosa y quizá con la intención de rectificar eventuales maledicencias, equívocos o lo que fuere, inicia su larga ronda de recursos y apelaciones al P. Asistente para Latinoamérica, al P. General, al Cardenal encargado de los Religiosos, y últimamente al mismo Papa, para que «corrija» a quienes lo quieren «corregir».

En esto seguirá el camino hasta el fin. Y todo terminará -claro, ya lo sabíamos- en un estepitoso «fracaso». ^(x)

Castellani será algo ingenuo, si se quiere, pero nunca pecó de ceguera.

He pecado seriamente en mi Orden. Y lo que es peor, estúpidamente. El pecado de «*stupiditá*» el cual es irremediable. ^(x)

Me parece que en esto que dice hay lo que él llama «ironía»; Castellani intuía -en una luz crepuscular- que su «fracaso» personal seguía al de Cristo y que ése era el precio que había que pagar para saber dónde estamos parados y con qué clase de bueyes aramos. Ay, ay, ay, pobre Castellani...

Por otra parte, hay que decir que el Superior General de la Orden, se prestó al juego: tengo a la vista mientras esto escribo no menos de cuatro cartas firmadas por el P. General que le fueron dirigidas directamente a nuestro autor. Interpreto entonces que éste homologaba la «puenteada».

Recibí la carta que me mandó el 22/9, en la que me expone su ánimo sumamente afligido por la inesperada dilación de los Votos y las más duras cartas recibidas del P. Socio.

Lamento sinceramente aquella áspera relación que le escribió el P. Mariano Castellano. Escribiré sobre esto al P. Provincial y le diré también que le explique cuanto antes los defectos por los cuales no le fueron concedidos los últimos Votos.

Fue para mí una consolación haber leído en vuestras cartas que Ud. recibió esta dilación de los votos «como dirigida para su bien

por la mano de Dios»; persuádase íntimamente que este sacrificio le es infligido por el bien de su alma.

Encabezado: Roma, primero de octubre de 1934. Firmado: Ledochowski. Ya ven ustedes: por una parte el inútil recurso a la autoridad suprema de la Compañía (aunque Castellani obtenga alguna clase de reprensión para el P. Socio, a la larga lleva todas las de perder. La venganza será terrible).

Pero además, al apelar se ve obligado a utilizar un lenguaje (además del latín de cocina) que no le resulta connatural y tiene inevitablemente cierta connotación beata que confunde las cosas: si Castellani creía que la dilación de votos estaba «dirigida para su bien por la mano de Dios» eso no quiere decir, ciertamente, que él creía que fuera cosa buena, en sí misma. Santo Tomás supo distinguir con toda precisión:

Si el origen de un gozo es bueno, hay que alegrarse del efecto y de la causa... Mas si la causa es mala, hay que alegrarse del efecto, no de la causa...

y ejemplifica la cosa con una historia que nos resulta algo familiar:

así como nos alegramos de la redención de Cristo, no obstante que su causa fue el deicidio de Judas y de los Judíos. ^(x)

Sólo muchos casos y cosas después Castellani pudo deshacerse de la santa confusión en la que suelen ampararse con cómoda superficialidad los superiores religiosos y catolicones en general que él terminará llamando «prepotentes».

Pongo ejemplo. En la década del '50 recibió una de esas cartas «consoladoras»:

«Padre Castellani: Dios lo ha elegido a usted para pasar una ruda prueba: a los que eligió, también predestinó para hacerse imagen de su Hijo, dice San Pablo.

Rezaré un mes entero un Rosario para que el Señor le alivie la situación o le dé tanta resignación que pueda llegar a la santidad por la pena y humillación extremas que sufre en la situación actual...» (Y así siguen otras «consideraciones pías» todas basadas en la Escritura, que yo no puedo negar ni rechazar, por cierto, sin hacerme hereje... pero que me dan mucha rabia). ^(x)

Pero, claro, nosotros hacemos trampa: enjuiciamos al Castellani joven e inexperto con la luz que proporciona el Castellani vuelto sabio y conocedor de cosas a fuerza de palos que le tocaron a él (uno es el que siembra, y otro el que recoge).

Ahora, quizá resulte de interés saber que a Boecio le pasó lo mismo. Como todos sabemos escribió su Consolación de la Filosofía en la antecámara de la muerte. ¿Por qué lo traigo a cuento? Porque Boecio, con ser cristianísimo, se niega a formular la «consolación» en términos beatos. Tanto, que se llegó a creer que no fue cristiano.

La cuestión fue magníficamente tratada por Josef Pieper:

Es verdad que el cristiano tiene a mano una respuesta más profunda y verdadera, pero esto no quiere decir que, de hecho, haga propia esa respuesta, que él sea capaz de realizarla. Aquí se esconde un problema que hace difícil la interpretación del libro De la Consolación de la Filosofía: Boecio calla acerca de la respuesta cristiana [...].

En este libro se encuentra también esta gradiosa formulación: nada se puede adornar con un adorno ajeno. Con eso se quiere decir lo siguiente: lo que «tenemos» se hace propiedad nuestra en la medida en que lo transformamos en nosotros mismos en la cámara más recóndita de nuestra existencia; en última instancia sólo cuenta lo que uno «es» y no lo que uno «tiene».

Digan si este Pieper no se parece mucho a nuestro Castellani.

No todo pensamiento que podamos pensar ni todo lo que, como pensado, es parte de nuestro patrimonio de conocimiento, nos pertenece realmente como propiedad, aun cuando tal vez ilumine en gran manera a la razón reflexiva y aun cuando tal vez pueda ser afirmado con un asentimiento consciente [...]

Se puede muy bien -como lo hizo Boecio- escribir un libro altamente espiritual sobre la Trinidad y suceder luego que, cuando se trata de la vida y de la muerte, no se sea capaz de sacar verdaderamente de tal «sabiduría» fruto ni consuelo. Nadie puede prever la última prueba. Sólo en ella se manifiesta lo que verdaderamente nos pertenece y lo que no [...]

En ningún tiempo, aun siendo éste «cristiano» están la fe y la esperanza simplemente a disposición del hombre [...]

Por eso el libro no puede terminar con una conclusión formularia. Dos de sus características hacen esto totalmente imposible: primeramente el de-seo de aclarar la cuestión hasta el límite de lo pensable por la razón; y, en segundo lugar, la negativa a comprar cualquier «solución» al precio de silenciar una sola dificultad. ^(x)

Mi amigo Arturo Gutiérrez dice que éste es el sentido original de la locución latina: «*prius vivere, deinde philosophare*» (saca la idea de un cuento de Marechal), o como lo quieren los Padres del Desierto: que nada esté en tus labios que no haya estado antes en tu corazón. Esta concepción -dominante en el pensamiento de Castellani-, que Newman llamaría tal vez «consistencia», trata de que el cristiano nunca formule cosas que no haya «realizado» en su interior. Lo contrario, diría Castellani, sería «deshonestidad» y parte de una devoción «esenciaria», falsaria y, básicamente, levadura de fariseísmo.

Un gran dolor moral no consiste en un conjunto de imágenes lúgubres que se pueden espantar o apartar con reflexiones, distracciones o palabrería devota, como creen los santulones...

Un gran dolor no pasa nunca como un nublado tras del cual nace el sol, según la manida metáfora. Penetra en el alma, la cambia, se incorpora a ella, y permanece ya para siempre. ¿En qué forma permanece, como veneno o como espuela? Ese es el problema. ^(x)

Por eso, habría que descifrarlo: con cada uno de los golpes que recibió, Castellani fue obligado a replantearlo todo, considerando nuevamente los modelos, las máximas, los reglamentos, los usos y costumbres de la Compañía, de la Iglesia Romana, de la Cristiandad. Se podría decir que los retos, llamadas de atención y reprensiones que recibe van como cincelandos su concepción de todas las cosas. Y, desde luego, muy en particular, su concepción acerca de sus superiores.

Le mando un nuevo artículo en las condiciones convenidas: que se haga censurar por hombres prudentes, y si pareciera imprudente no se publique.

Nada más justo, ¿no les parece? Ahora,

Eso sí; creo que hay que comunicar el juicio censoril al autor, al menos en caso de rechazo (Epítome 888) cosa que hace mucho tiempo no se hace conmigo. ^(x)

¿Castellani envenenado o espueleado? De eso trata este libro. Como fuere, y a modo de ilustración, hay que anotar que él comenzó en este tiempo a borrar una idea, ensayándola en versos, algo inseguro de lo que quiere decir. El 14 de septiembre del '34 sus diarios registran estos primeros lances:

Yo quiero ser santo pero

no santo como los otros lo han sido

sino santo verdadero

santo como yo he nacido

santo donde yo he nacido

y para lo que

he nacido.

Está dándole vueltas al asunto y sólo cinco años después podría formularlo con claridad bastante.

Yo quiero ser santo, pero

no santo como los otros

santos que en el mundo han sido,

sino santo verdadero

santo de aquí entre nosotros,

no importado de otro nido.

Santo como Dios soñó

según el plano evidente

que en mí Dios garabatió

el día que me hizo gente. ^(x)

Así es: nuestro autor comienza a poner todo en cuestión, y -golpe a golpe- va reexaminando las convenciones, los usos, las costumbres, los lugares comunes y el fundamento de cada uno de ellos. Es, me parece, el modo en que se le fueron manifestando distintas verdades que muy pocos -o tal vez nadie- había visto. O dicho. ¿Será por eso que a los Profetas siempre los muelen a palos? En todo caso, por aquí Castellani abrió la brecha que nos reenlazó con la verdadera Tradición, tal y como lo explicó Newman cuando habló del Oficio Profético en la Iglesia: hay una tradición profética y hay una tradición episcopal y si una se desprende de la otra... agarrate Catalina.

O agarrate Castellani, porque todo esto que digo, irá «*in crescendo*»: las sanciones se irán agravando, su situación en la Compañía se volverá cada vez más comprometida, se sucederán equívocos, apelaciones a Roma, respuestas beatas, situaciones enojosas, y en suma, todo se hará más espeso, más complicado, más enojoso. Pero las ideas de Castellani comenzarán a decantar, se le irán aclarando distintas cuestiones; con su gran cabeza, con ese genial talento que tenía para la síntesis de muchas cosas complejas, pondrá orden en las ideas y dejará una estela de sugerencias luminosas para las generaciones siguientes.

Rahner cree que quien posee un carisma (cualquiera de los enumerados por San Pablo o bien otros), tiene que sufrir de parte de la Jerarquía. Eso podrá ser ley en nuestros tiempos, pero no siempre ha sido así. Me hace recordar lo que nos dijo una vez uno de estos bonzos: «*Usted ha nacido para sufrir*». Muchas gracias. Es muy cómodo destinar al sufrimiento al prójimo, exentándose uno mismo. ^{todos} hemos nacido para sufrir; y no para hacer sufrir. La palabra que cumple en el caso del carismático oprimido por el funcionario eclesiástico es la de Cristo: «*Forzoso es que ocurran escándalos; pero ¡ay de aquel por quien el escándalo ocurre!*». ^(x)

Así, con estos primeros encontronazos comienza una sesuda reflexión sobre el papel de la censura, el rol de los contemplativos respecto de los «practicones», y los cánones convencionales de la santidad. Luego, con el tiempo, iría a poner en cuestión cosas de mayor porte: el uso de «medios ricos», esa callada y diplomática relación de la Iglesia con el mundo. ^(x)

Todo el increíble trabajo crítico de Castellani acerca de, por ejemplo, la influencia de la filosofía

suareziana en la historia de la Iglesia, las cuestiones históricas intrincadas como la Inquisición española, el celibato, el modo de elegir obispos, las exterioridades vacías y la liturgia huera; su revisión de los casos «difíciles» de Carranza, Savonarola, Verdaguer y Juana de Arco, su interesantísima indagación sobre la moral, su original y exhaustivo estudio sobre el fariseísmo, la sesuda interpretación sobre las grandes cuestiones apocalípticas, como lo del milenarismo, la correcta interpretación de Mateo XXIV y, muy en particular, el papel de la Iglesia en el fin de los tiempos..., todo esos enormes trabajos, digo, en los que volcó todo su talento y erudición, se fueron forjando a fuerza de golpes, casi casi al ritmo de los golpes que le propinaban.

Al él no le gustaría que se lo dijésemos, pero se podría tal vez sostener que los golpes que le daban eran el cincel con que se fue formando su alma.

Tan cierto esto que el asunto se podría formular al revés: no hay cuestión que trate Castellani que no haya tenido inspiración en algún mamporro que recibió su propio lumbo.

Siempre arrancó desde allí, desde una pena, un dolor, una queja personal, intransferible, única.

Desde luego, todos esos pareceres que fue volcando en sus escritos a lo largo de medio siglo, por novedosos u originales que parecieran, fueron fundados sobre la sólida roca de la tradición, doctrinas seguras y de inequívoca ortodoxia, como la que se puso de manifiesto unos cuantos años después:

A mí no me cabe la menor duda que siempre fue ortodoxo, cien por cien... ^(x)

Y bueno, por lo menos algo de la tradición episcopal juntándose con la profética.

Lo cierto es que Castellani piensa con cada herida, con cada golpe que él, personalmente, recibe (¿veneno o espuela?). De allí su característica reivindicación de la «subjetividad»:

lo mejor para él, y quizá su deber, era guardar absoluto silencio acerca de sí mismo -que es al fin y al cabo la primera regla de la virtud de la modestia porque hablando de sí indefectiblemente tenía que mentir. Y sin embargo hablaba continuamente de sí mismo, y era inevitable, puesto que no sabía otra cosa: no creía en nada que no hubiese pasado por él. ^(x)

El reivindicó esta manera de conocer hasta el final de sus días y cuando lo homenajearon a sus setenta años tuvo oportunidad de explicarse con claridad:

La experiencia es un modo de conocer que se refiere a uno mismo por un lado, y por otro, a las cosas; pero a las cosas que han pasado por uno; de modo que es un conocimiento enteramente cierto, indubitable; porque no es conocimiento de oídas; y eso es lo que significa esa frase aparentemente disparatada del filósofo Kirkegor: «La subjetividad es la verdad», lo cual quiere decir que la única verdad verdadera, segura y vital que poseemos es aquella que está enzarzada con nuestra propia existencia. Todo lo demás, aunque no sea despreciable, son saberes «de oídas». ^(x)

También es cierto que los propios sufrimientos de Castellani, a partir del asesinato de su padre y durante casi todo el resto de su vida lo han vuelto introspectivo, con ese característico repliegue del alma sobre sí que produce todo sufrimiento y que tan bien ha retratado Federico Mihura:

Todo dolor es, como tal y originariamente, una experiencia autista. Centra al sujeto en sí mismo, lo «llama a la subjetividad» como efecto de la percepción de que «algo anda mal» en la existencia vital, le ensimisma, lo aísla de los demás y del cosmos. ^(x)

De esto, el sumo analogado es la neurosis depresiva. Quizá por eso que, terminados sus estudios de

psicología, Castellani ha querido recorrer buena parte de Alemania y Viena para ver cómo funciona su *Heilpaedagogie*, la pedagogía psiquiátrica.

La cosa no le fue fácil, pues para eso necesitaba autorización de sus Superiores para extender su estadía en Europa y... plata. Pero Castellani estaba emperrado en ver con sus propios ojos cómo se trataba a los niños deficientes mentales, retardados y/o criminales, pues estaba convencido de que la experiencia ajena sería invalorable para tratar de implementar esas terapias en el país.

Sin contar con que quiere aprender el alemán, en serio. Total que en unas pocas semanas obtuvo una suerte de pasaporte diplomático que certificaba que Castellani viajaba en «Misión Oficial de Estudios», atención del embajador argentino en París, don Tomás Le Breton. Más todavía, Castellani le escribió al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Manuel Iriondo, interesándolo en el proyecto:

Deseo vivamente ver aquí en Europa lo que hacen por los niños atrasados, anormales, perversos constitutivos, criminales precoces, «la psicoterapia infantil». He estudiado Psycología dos años con el Dr. Dumas en París, he visto las escuelas de Necchi en Milán y del famoso Dr. Henyer en París y he visto que es el capítulo más provechoso: la neurosis en el niño es casi siempre prevenible, en el adulto, incurable. [...] Conociendo el francés, alemán, inglés e italiano y buena parte de la literatura de la materia, creo que podría hacer una encuesta y elevar un informe útil. [...]

Se atribuye a un Ministro de Suecia esta respuesta profunda:

-¿Por qué gasta Usía tanto en el reparo de niños anormales?

-Porque no quiero gastar más en el castigo de hombres criminales. ^(x)

En fin, no sé cómo finalmente financió la cosa, pero lo cierto es que Castellani se salió con la suya, visitando a fines del '34 y principios del '35 una gran cantidad de reformatorios tal y como se lo proponía.

¿Alemania 1934? Imagínense ustedes, se habrá interesado vivamente en el revoltijo político que andan armando los nazis...

Pues, no señor.

Yo estuve en Alemania y no encontré más que entusiasmo en todos lados por Hitler. Aunque algunos encontré que lo criticaban, incluso algunas personas importantes.

Escuché una vez un discurso de unas tres horas. Una alocución enteramente elocuente; una cosa increíble, elocuente y casi bárbara, casi brutal. Yo lo oí por radio en el estudiantado de Munich... escuché la alocución junto con todos los estudiantes jesuitas. Era otra oratoria, diferente a la de Mussolini: el italiano era mucho más calmo y cuerdo, digamos. Y sosegado, aunque fuerte. En cambio Hitler se ponía como un energúmeno cuando hablaba. En esa ocasión estaba hecho un energúmeno. Pero no se puede negar que tenía mucha fuerza de palabra, muchísima. Cuando yo estuve allí no había comenzado aún la enemistad con la Iglesia y le pregunté al rector del Colegio por la persecución religiosa: «¿Qué persecución religiosa?», me dijo. No admitían que hubiese persecución. Pero había cortes, podas, bastantes podas; medidas un poco severas para con los sacerdotes. Pero el jesuita ése no admitió que hubiese. [...] Después [el asunto de las persecuciones] se puso más serio. ^(x)

El conocedor de Castellani habrá visto que son poquísimas las referencias a Hitler y el nazismo, aun durante los años de la guerra, y eso no es casualidad. Así como tres años antes el fenómeno fascista le había parecido hartamente interesante y los libros de Castellani se hallan salpicados de referencias a Mussolini, el nazismo siempre le pareció cosa de poca monta y en ningún sentido se le puede legítimamente atribuir simpatías para con el régimen del Tercer Reich. Hemos visto como ya en 1932 (¡1932!) Castellani denunciaba los progromos como «solución» injusta e imposible de la cuestión

judía. ^(x)

Cuando llegué a Munich, era domingo, me recibió en la estación Víctor Anzoátegui, que no me dejará mentir: el Cardenal Faulhaber tenía una oración en la catedral, era doctor en Teología y valiente orador, habló de la cuestión judía y se mostró regamente combativo y dialéctico; no en contra de los judíos sino más bien a favor, aunque un poquito en contra al final.

Dijo que a los judíos no había que hacerles ninguna injusticia de ningún modo, a no ser tratar enérgicamente de hacerles dejar sus falsos errores, y sus verdaderos vicios, si los tienen; y que cuando los judíos hacen injusticias con los cristianos es porque los cristianos son zonzos.

Más o menos éste fue el resumen del sermón. Si lo llegara a oír Gerchunoff, y después tuviera que escribir la necrología del arzobispo Faulhaber, seguramente escribe: «Su apostolado no tenía la mansedumbre sufrida que los nazis deseaban; antes bien, magníficamente dialéctico y combativo, se opuso a las injusticias que éstos pensaban perpetrar, en desmedro de los principios de nuestra Santa Religión». ^(x)

A pesar de que algunos le pondrán el mote de nazi durante los años de la guerra (y después), hay que anotar aquí que Castellani incluyó a Hitler entre los pseudoprofetas.

Hitler profetizaba la paz por mil años -yo lo oí con estos oídos que se ha de comer la tierra... como se lo comió a él. ^(x)

Entre septiembre y enero, el itinerario incluyó Munich, Innsbruck -donde asistió a una conferencia de Klagues-, ^(x) Nüremberg y Viena, finalizando la gira en Hamburgo de donde tomaría el vapor de regreso al país.

Durante esta gira escribió dos criollísimos cuentos que revelan la fuerza con que se ve reclamado por el país. El primero de ellos, *Los Muertos*, dedicado a Manuel Gálvez, es un verdadero «*tour de force*» en el que se adentra en la psicología de una vieja india, medio loca en su soledad y pobreza, doña Chacha, que muere en su choza, en lo alto del cerro «*Las Animas*», sin que nadie se haya enterado de su rara santidad. ^(x)

Aquí Castellani revela la fuerza de su intuición pues a pesar de que aún no conocía Catamarca, es obvio que su cuento sucede en un lugar muy parecido. Y sin embargo, tiene razón de escribir aquí cosas que aparentemente pertenecen a un mundo tan disímil.

Años después confirmaría su corazonada:

La muy noble ciudad de Catamarca se parece a la muy noble ciudad de Innsbruck, en que la calle principal termina en montaña por sus dos puntas. Innsbruck es mayor, por supuesto, y más poblada, refinada y rica; pero son hermanas en el tipo, y estos serranos morochos que santiguándose toscamente se postran de un golpe ante la Virgen del Valle, me recuerdan los sarmentosos tirolese que sabían orar con el cuerpo y con el alma en la vieja iglesia de la Universidad de San Pedro Canisio... ^(x)

El segundo cuento, *Nuestro Señor y San Pedro*, no es menos argentino y retrata un Pedro gauchísimo, ya en el cielo, con trazas del Evangelio y de nuestros paisanos, a una:

San Pedro es desos que si no toco no creo, como consta por la Resurrección, y no acababa de convencerse.

Ahora mismo estaba en el Paraíso, pensaba San Pedro riendo, y todavía se le hacía mentira. ^(x)

Después de casi cinco años fuera de la Argentina, sorprende que Castellani pudiera escribir cosas tan, tan, nuestras, con el lenguaje, los rasgos de carácter y los gestos de nuestros paisanos. Nada más alejado de Innsbruck, de su cometido en Alemania, donde, como hemos visto, dedica sus principales esfuerzos al estudio de la lengua germana, además de visitar tanto reformatorio e instituto

correccional.

Quizá alguno se pregunte qué había de tanto interés para Castellani en estos lugares. Bien, para ellos transcribo algunos de sus apuntes. A fines de diciembre ha estado

en Hellabrunn, a 58 k. de Viena (10 hs. tren) pueblito donde está el Seminario Menor (el mayor en la Univers. de Viena) que va a clase al Gimnasio y están muy contentos (y sostienen el Gimnasio) y respetadísimos y queridísimos de todos. Me dieron de comer.

Allí visita el «*Landes Erziehunghein*», una fundación austríaca de hermanas que se ocupan de

100 niñas hasta 17-18 años y unos 60 niños hasta 14 años (luego van a Korneuburg) no enfermos graves ni criminales: retardados, desviados o en riesgo. Las niñas divididas en grupos de 20. Sexuales algún desliz, desfloradas o locuelas, o vicio solit (había una chiquilla de 9 años como un angelito).

„*Vagabundas o díscolas. Retardadas -o simplemente Abandonadas.*

Todos trabajos caseros, ambiente de hogar, clases hasta 4° o 5° (hay sólo 5 clases en Austria), dan examen si quieren.

Todo lo hacen ellas en la casa, y remiendan para Korneuburg. Se hacen sus vestidos. Psicología de tenerlas bien puestitas a las grandes, a la moda, y a gusto d'ellas: pero que se cosan ellas. Salen de allí para casarse o servir.

Por supuesto todo limpio y arreglado como un chiche (monjas). Teatrito, Radio, Parque, jardín, música (3 pibes de unos 10 y 8 años tocaban admirable la cordión).

Las clases preciosas de sencillas y prácticas, aereadas, todo chic. El material de enseñanza ingenioso, sencillo y práctico, cositas populares de física y química, cosas manuales y caseras (monjas, maestras diplomadas). 23 hermanas. Dibujo muy bien pensado para niños. Semidecorativo. Motivos sencillos y grupos casi geométricos y coloreados a lápiz fuerte y recortados. Los pibes tienen un Baskeltube con herramientas para hacer títeres y juguetes de cartón madera o pasa. Monjitas estudian especialmente enfermería y *heilpaedagogik*.

Terapéutica: «*arbeittherapie*», la escuela y cuidado singular: puesto juntos los más débiles. El médico viene solamente cuando lo llaman. Dirección espiritual del Seminario.

Suma: sanan los niños débiles (no mucho) o los mejoran con el cariño, trabajo, juego y oración. La que ellos y la que ellas hacen. [\(x\)](#)

Austria, 1934. Monjas cariñosas, maestras diplomadas, a 50 kms. de Viena... paisajes y música, todo pulcro, bello, amable. No cuesta imaginarlo si vieron «*La Novicia Rebelde*». Pero Castellani se interesa especialmente en el programa de Seiss-Inquart, afamado pedagogo por entonces del Kaisereberdorf de Viena, el gran reformatorio de menores instalado en el antiguo castillo de Francisco José. [\(x\)](#)

La impresión más fuerte de esta visita, en la que Seiss-Inquart nos invitó para el 2 [de enero de 1935] y nos dió un *Einleitung* o pregusto, fue ésta: «Le da más libertad a sus pupilos psicópatas y criminales (mucho más) que nosotros a nuestros alumnos de Santa Fe normales» (libertad graduada y controlada)». Resultado: 65% de redimidos, aun algunos psicópatas serios - reincorporados a la sociedad como hombres sanos y útiles

En fin, tengo ante mí páginas y páginas donde nuestro autor efectúa detalladísimas descripciones de este reformatorio con 480 pupilos donde se respira sensatez, cordialidad y general contento. Castellani ha quedado tremendamente impresionado y sus notas despiden un aire fresco de trabajos serios, bien llevados, con enorme entusiasmo... Comprenderá el lector que si lo transcribo todo, este libraco se convertirá en un mamotreto, pero confieso que por un momento lo pensé seriamente, con la nostalgia de que en la Argentina, alguna vez... de todos modos, unos años después Castellani parece haber visto algo parecido en el país. [\(x\)](#)

Y bien, nuestro autor aprovecha estos, sus últimos meses de Europa, para verlo todo: además de los que ya indicamos, ha estado en una escuela para adolescentes con problemas (Korneuburg), inspeccionado una escuela para niños retardados (Hirtenberg), visitado un manicomio modelo (Gugging) y varios institutos más. ^(x)

Por último, en estos meses en Alemania y Austria Castellani se aboca con toda seriedad al estudio de la lengua que finalmente -y a costa de enormes esfuerzos- conseguirá dominar bastante bien (mejor, me parece, que su vanidad).

El idioma alemán es un tesoro inmenso para mis materias y vale la pena estudiarlo bien. Aquí nadie quiere creer que no hace aún dos meses estoy en Alemania; pero con las ganas que le tenía, he ido ligero. Falló pues la profecía del P. Viladevall que me dijo en 1929 al darme un peso para comprar una gramática Ahn: «*Ud. no sacará el alemán*». ^(x)

Claro que nunca falta tampoco el que ante los hechos consumados esconde su envidia alabándolo porque, ya se ve, es un dotado para los idiomas. Así cualquiera.

A él, eso no le hace gracia.

No es porque yo tenga más «facilidad» (yo no tengo facilidad para nada difícil) sino un método maravilloso (Ahn-Berlitz-Castellani) que patentaré en la Argentina. Cuya base consiste: «para lograr una cosa difícil hay que desearla de alma, no desanimarse por nada, y no pensar en darse buena vida» («*Noi siamo contro la vita cómoda*», como dice Mussolini). ^(x)

Se acaba... se acaban los cinco largos años europeos de nuestro héroe y considerados retrospectivamente, ¡cuántas cosas ha visto y oído!

¿Intentamos una síntesis? Teología en Roma, Espiritualidad en Amiens, Acción Social en Toulouse, Psicología en París, Educación en Inglaterra, asilos, orfanatos y reformatorios en Alemania. Ha visto además a Mussolini discursando y el fascismo en su hora más gloriosa, ha discutido con los comunistas españoles y los grandes educadores ingleses. Castellani ha mejorado su francés, dominado totalmente el inglés (escrito), «sacado» el alemán. Ha visto catedrales y basílicas, escrito centenares de poesías, docenas de artículos sobre los temas más dispares. Ha conocido a los personajes de más relevancia en nuestro tiempo (Chesterton, Claudel, Maritain, Jousse, Bréhier, Thibon, Maréchal... por no mencionar a Teilhard), ha cursado en la mejores universidades europeas, ha tenido los mejores profesores, ha estudiado como loco... Y por si esto fuera poco, además ha estado horas y horas en las mejores librerías del mundo, en las bibliotecas más afamadas, con los escritores más conocidos de su tiempo. Ha ido a ver el mejor cine, el mejor teatro, museos, mítines políticos, librerías, tribunales, no sé yo qué se quedó sin ver.

Y bien, saquemos las cuentas... apenas si tiene 34 años. Ha conocido a Europa en su último gran esfuerzo cultural antes de que la guerra acabara con todo y la filistea ola del «american way of life» definitivamente sepulte al viejo mundo en el recuerdo de lo que fue, de lo que pudo haber sido. Castellani en Europa entre los años '29 y '35, vuelve ahora a la Argentina...

Y está cambiado. Sabe -por cuentos de los hermanos Benítez, de Emiliano Suárez, de Marzal que en el país tiene ganados unos cuantos enemigos. Y aun sin los cuentos, ya sabe, pero no porque los cargos contra él respondan a una animosidad fácilmente definible, verán ustedes...

Aquí entran en danza sutiles cuestiones de espíritus y ánimos y afectos y humores y no sé qués que tienen más entidad, más densidad ontológica, más concreción que lo que las palabras pueden reflejar.

O mejor: es en esos lugares -enraizados en estados de ánimo, afectos y humores- donde campean los espíritus, donde se manifiestan, donde se dejan ver.

Hasta cierto punto.

Ahora, la otra manera en que estos espíritus se pueden entrever es a través de los escritos. Al comenzar a publicar los suyos, Castellani se volvió un hombre público, esto es, se reveló en cierto modo lo que él era, produciendo así la reacción de los que no eran como él. Se produjo

Castellani, se produjeron sus colegas, y se produjo el drama.

Pues bien, me gustaría que el lector aquí se detuviera a leer más despacio, porque no es fácil de ver lo que quiero decir. En efecto, una lectura superficial de estas líneas podrían inducir a creer que estoy hablando de diferencias de personalidades, de rasgos de carácter, de talentos distintos para explicar lo que aparece como diferencias de doctrina, de ortodoxias y heterodoxias... No señor, estoy hablando de ambas cosas porque no se pueden separar: la ortodoxia no es un cuerpo de doctrina muerta al que uno adhiere, sin más. Esa es idea maligna, una tara que Louis Bouyer supo denunciar con lucidez:

Para ellos, la verdad, toda la verdad, no se podía conocer sino por una revelación exterior a la conciencia individual...

¿Ellos? Sí, los conservadores y tradicionalistas que no supieron darle vida a la Tradición:

[Para los tales] la verdad se transmite [...] como un puro objeto que va pasando de mano en mano. En el instante mismo que esta verdad, toda verdad, sea la que fuere, se hacía objeto de un esfuerzo de crítica racional, o sencillamente de asimilación personal, entraba en un proceso irreversible de desintegración. En su sistema, la autoridad, la autoridad de tipo patriarcal, venía, pues, a ser, no sólo la pieza esencial, sino el único elemento motor. [\(x\)](#)

Newman había visto lo mismo: la verdad no sufre tales manipulaciones, por altas que sean las razones de quienes pretenden subordinarla a un fin ajeno a sí misma.

Un conocimiento así no es una simple ventaja extrínseca o casual, que hoy es nuestra y mañana de otro, que puede adquirirse por medio de un libro y volver a olvidarse fácilmente, que podemos dominar o transmitir a voluntad, que podemos prestar en alguna ocasión, retener en nuestra mente, y poner a la venta; es una inspiración adquirida, una costumbre, una posesión personal y una cualidad interior. [\(x\)](#)

Ya ven por qué Castellani va camino de ser sistemáticamente tildado de «desobediente»: porque entiende la ortodoxia en los únicos términos que puede ser entendida. La cosa tiene tanta importancia que no dudo en reproducir nuevamente esta cita:

Se habla ligeramente de la ortodoxia como si fuera una cosa pesada, monótona, quieta, cuando nunca ha habido otra más emocionante y peligrosa: como que es la salud, cosa que siempre ha sido mucho más dramática que los desvaríos de la locura...

La ortodoxia católica nunca adoptó un galope pausado ni quiso plegarse a las convenciones del tiempo.

Nunca, nunca fue «respetable». [\(x\)](#)

Por eso puede decirse que Castellani y sus enemigos son como son por las ideas que tienen, y tienen las ideas que tienen por ser como son. El ya sabe que muchos de los suyos le tienen inquina por ser él como es; y ellos saben que él sabe eso, y por eso también le guardan rencor. Y él está con bronca porque se la agarran con él por poner -más o menos in-directamente- de manifiesto que ellos son como son. Y ellos, por ser como son, y Castellani por ser como es... bueno, no van a poder

reconciliarse, por mucho que (de ambas partes) protesten caridades y lealtades e intenten conciliar posiciones y guardar unidad fraterna.

Es que lo que los divide no es cosa de poca monta: porque las diferentes concepciones sobre la ortodoxia hacen que -aunque no lo parezcatengan una Fe distinta, y que sus concepciones sobre la Religión y la Moral difieran sustancialmente. Y por eso también no pueden entenderse y ven con ojo muy distinto las Escrituras, (y por tanto, la literatura), la liturgia (y por lo mismo, el arte), la historia de la Iglesia (y en esa medida, la política) y, por decirlo brevemente, todo. ^(x)

Si el atribulado lector no entiende esto, tenga paciencia y ya verá como dos ortodoxos, tradicionalistas, conservadores y todo lo que usted quiera en materia de consenso doctrinario, pueden terminar a las patadas.

Sobre todo porque se acerca el día en que la cosa se jugará por el lado del poder. Siempre pasa ¿no?

Desde luego, sus enemigos van a poder más y van a intentar «corregirlo» (o -lo que es lo mismo, en lo que a ellos les importa- impedir que los molesten). Y, casi, casi, lo van a quebrar. Pero no lo van a lograr, y entonces lo van a tener que perseguir y finalmente echar de la Compañía (y, si fuera posible, de la Iglesia). Y Castellani va a seguir embromándolos hasta el fin de sus días, por más que no tenga ni un gramo de poder. ¿Poder, digo? Ni siquiera podía celebrar Misa.

Pero podía oírla, como cualquier feligrés.

Así pues, como digo, fui a una Iglesia y allí escuché una homilía que decía: «¿Qué es el amor de Dios? ¿Un hombre que cumple todos los manda mientos ya tiene el amor de Dios? Todavía no.» Yo le susurré a una vecina: «¡Pero eso no es poco!» y ella me miró con desaprobación. Y entretanto el predicador seguía: «¿Y si un hombre cumple además todos los preceptos evangélicos, tiene el amor de Dios? Todavía no. ¿Cuándo pues tiene el amor de Dios? Cuando ama a Dios como San Agustín, con toda su alma, con todo su corazón, con todo su intelecto, con todas sus fuerzas, con todos sus sentidos, con todas sus palabras, movimientos y pensamientos...» Volví a mi casa muy descorazonado y le escribí al Superior dese Convento esta carta: «Reverendo Padre Superior: el Padre que predicó ayer en la Misa de 11 no sabe predicar, no sabe teología y no sabe dónde tiene la mano derecha: hay que retirarlo de la predicación». Firmé con mi apellido materno, Conte Pomi, y puse debajo: «Visitador clandestino de Parroquias». ¿Y qué pasó el domingo siguiente? Voy a Misa de 11 y veo aparecer muy orondo, con gran sorpresa mía, el mismo predicador de marras y comienza a vociferar. Entonces le pregunté muy bajito a mi vecina: «Pero ¿quién es ese Padre?» y me contestó «Es el Padre Superior». ^(x)

¿Dije que Castellani los embromó hasta el fin de sus días? Pero, a osadas, ¿no seguirá haciéndolo por medio de sus discípulos... a los discípulos de ellos? Algo de eso se colige de *La Ultima Parábola*, un escrito de él que el lector con ganas buscará en *Decíamos Ayer*, o su colección de *Jauja* (y si no se lo pedirá a un amigo, y lo fotocopiará y hará circular y luego un editor caritativo hará con ella una Separata -para publicar todos los Viernes Santos). ^(x)

Sí; esta es historia vieja, muy vieja.

Y los que saben a qué me refiero tampoco ignoran que no estoy macaneando y que este conflicto continuará hasta el fin de los tiempos, con distintos disfraces, circunstancias, bandos, argumentos y polémicas.

Ésta es una guerra que comenzó antes de Jesucristo (aunque, claro, en su vida, pasión y muerte se la ve revelada en plenitud) y que puede verse jalonada a través de la historia por batallas que todos conocemos. Por ejemplo, la muy violenta librada por los sofistas contra Sócrates. ^(x)

También en 1935, cuando Castellani se va a quedar sin paraguas: muy pronto Parola será reemplazado por otro Provincial... y el «Socio», en compañía de unos cuantos más, lo tienen entre ojo y ojo (¿así que recurriste a Ledochowski? ¡Ya te voy a dar a vos!).

Claro que ahora Castellani es un reaccionario, qué se creen ustedes. En sus diarios encontré los propósitos que se hace antes del regreso, al final de uno de los cuadernos del año '34:

«Yo no agredo, pero si me agreden, yo contra agredo» como decía uno. Procuraré en lo posible no atacar, ofender ni molestar a nadie: pero agredido acaso, y en defensa de la tranquilidad que exige mi trabajo, contraatacaré a fondo, con todas mis fuerzas, sin piedad, y lo que es más gracioso, por piedad, y A.M.D.G.: eso sí, sin salirme de la ley de Dios y los términos legales, fair play como dicen los sportsmen, juego nítido. Quiera Dios no haya caso.

¿Y la humildad? A mí me cuesta más humildad pelear que retirarme a mi torre ebúrnea.

Sí, Padre, claro: quiera Dios que no haya caso. Pero lo hubo, y cómo no. Y merced a eso, como decimos, la Argentina cuenta con uno de los grandes Profetas de este siglo. Tal vez, digo yo, el más grande de este siglo: ¿no me cree usted?

No se pierda el próximo capítulo.

*

A veces pienso que el Castellani joven es más interesante que cuando viejo, vean ustedes. Sus intuiciones oscuras, sin desarrollarse plenamente, últimaparábolaosefiepermezcladas con su alegría de vivir y la esperanza más o menos embozada de ir poniendo orden aquí y acullá lo hacen más simpático y cercano a nosotros. Ese joven jesuita paseándose por Europa durante los años de entreguerra (en la «mañana profunda» que decía Brasillach) resulta mucho más digerible que el irritable ermitaño de la calle Caseros, solitario, pobre y estudioso que busca razones y más razones para las intuiciones que la vida le confirmó golpe a golpe, frustración tras frustración, injusticia tras injusticia. ¡Pobre Castellani! No se suicidó como Méndez Calzada ni Lugones, me parece, porque su formación, su estética y su tesón se lo impidieron. Llámenlo si quieren, la gracia de Dios. Pero, claro, no le pidan a ese Castellani viejo y cansado que esté contento, alegre, y entusiasta: un cuerno, como diría él. No es propio de profetas, diría Santo Tomás, para el cual la profecía es un acontecimiento que sucede «en» el espíritu, mediante una hendidura, un quiebre, una «passio», que los analoga a los enfermos. Ahora, el Jeremías adolescente o el joven Isaías que no quieren hablar, que se resisten al oficio profético, son, digan si no, simpatiquísimos. Lástima que Yahvé Dios les manda un serafín para quemarles la boca con una brasa, símbolo de la verdad: fuego que quema y consume a jóvenes profetas para su purificación y a los destinatarios de su mensaje para su castigo. Fuego, sí; fuego que de manera incoada anticipa aquel otro, definitivo, con el que se quemará para siempre toda cizaña, parodia y doblez.

*

Capítulo XVIII

EL OCIO Y LA VIDA INTELECTUAL

Buenos Aires

1935

*¿Dónde está Dios, mi Creador,
el que inspira canciones de alegría
en medio de la noche?
Job 35:10*

El flamante año de 1935 encuentra a Castellani en Berlín. De allí parte con destino al puerto de Hamburgo, donde finalmente se embarca el 25 de enero en el «Capitán Arcona», un buque de la Compañía «Hamburg-Sud» a bordo del cual ofició como capellán. A cambio no le han cobrado el pasaje y el cura ha tenido un buen viaje (además de salvarle la vida a una pequeñita de cinco años que casi se va por la borda en el puerto de Santos. Se llamaba «Rita» pero no alcanzo a descifrar su apellido).

Estoy admirado de la corrección y dignidad de la marcha de todo en este barco colosal, verdadero pedazo de la tierra alemana que surca los mares mostrando al mundo los prodigios técnicos de la inteligencia y la disciplina y virtudes de la raza germánica. [\(x\)](#)

Castellani tiene 35 años, y seguramente se le puede aplicar uno de sus aforismos: «no es lo mismo ser viejo que dejar de ser joven». Lo cierto es que ahora parece más viejo que antes y que no se le ven trazas de los beneficios que presumiblemente habría obtenido al «abusar de las comodidades de la vida» que es uno de los reproches que han acompañado su diferimiento de votos: el cabello cortado al rape prematuramente encanecido, los severos anteojos de armazón redondo que le dan aires de intelectual, finos labios cuyas comisuras continúan la línea perfectamente horizontal de la boca... ni contento ni amargao. Por ahora, empate.

Pero nuestro jesuita comienza a mostrar que ha sido bastante probado y que sabe lo que es sufrir, cómo no. Por lo pronto, está de mal humor. No, ya no es más el eufórico estudiante que cinco años antes había partido hacia Roma en un barco italiano, lleno de ilusiones -que en parte se cumplieron; ahora que vuelve en este buque alemán, es un hombre hecho y derecho, y no quedan ya rastros de aquella juvenil alegría cuando su viaje de ida. Además, anda preocupado con la suerte que le espera en su país; y sabe que vuelve para quedarse. Se lo ha prometido a sí mismo y a Dios, y ya sabemos: él es hombre que una vez puesta la mano en el arado ya no mira atrás.

Total que un tórrido miércoles 13 de febrero de 1935, Castellani vuelve a pisar tierra argentina. Tiene resuelto partir sobre el pucho para su Reconquista natal a visitar a los suyos, a quienes no ve desde hace más de seis años.

Pensar que en 20 días (desde el 25 de enero al 15 de febrero) voy a pasar de la punta del invierno europeo (-20 grados) a la punta del verano chaqueño. Yo creo que voy a estallar. [\(x\)](#)

Lo que va a estallar en unos pocos años más es Europa, porque en 1935 estamos en plena entreguerra. Se afirma el gobierno de Hitler que ha promulgado una suerte de Constitución conocida como «leyes de Nüremberg» y el régimen se dedica a un cuidadoso y sistemático rearme sin más costo que una «condena» de la Sociedad de las Naciones, tanto da. Mientras tanto, Mussolini se ha enredado en Abisinia y Mao Tsé-Tung concluyó su epopéyica marcha con 80.000 soldados a lo largo de 12.000 kilómetros: por más que lo elijan presidente de la república a Chang Kaichek, no va a poder con los comunistas, así como al año siguiente los del Frente Popular no van a poder con Franco. En Francia Acción Francesa hace una demostración de fuerza en el entierro de Jacques Bainville; de paso lo han cascado al diputado socialista León Blum que pasaba casualmente por donde el cortejo. Hay quienes nacen estrellas y quienes estrellados.

España está muy convulsionada: la desocupación ha llegado a límites intolerables, con 600.000 obreros en paro forzoso; Lerroux forma su quinto gobierno y ha designado a Francisco Franco jefe del estado mayor central, en tanto que José Antonio se ha afirmado al expulsar a Ramiro Ledesma de la Falange. Quién iba a decir que al año siguiente nomás, lo afirmarían a él contra una pared... a balazo limpio.

En 1935 fallecieron varios famosos de su tiempo: entre otros, Valle Inclán, Lawrence de Arabia y Kipling. Con el paso del tiempo la escena pública será ocupada por otros «ídolos» que nacen en este mismo año, como por ejemplo, Elvis Presley, Alain Delon y, ay, Woody Allen.

En este mismo año Fred Perry gana el campeonato de Wimbledon, y Jesse Owens se ha hecho famoso con un record mundial de salto en longitud: 8,13 metros.

¿Qué más? Gershwin estrenó su «Porgy & Bess» y Eliot su «Asesinato en la Catedral», ambos con singular éxito. El mundo del cine está convulsionado porque han elegido para el papel de «Tarzán» a un campeón olímpico de natación; se llama Johnny Weissmüller y se hará muy conocido por el sofisticado guión: «*Me Tarzan, you Jane*».

En igual orden de importancia, se puede recordar que en 1935 Maritain se enredó en una bizantina distinción con referencia a la actuación de los católicos en el mundo político: en la revista *Sept* ha publicado dos largos ensayos en donde trata de definir diferencias entre actuar «en tanto que» católico y actuar «en» católico.

Más relevante, más interesante: Evelyn Waugh acaba de publicar *Un puñado de polvo*, la primera de sus novelas serias que pone en evidencia la parte más fea de un adulterio, cualquier adulterio. Sí, en este año suceden cosas bastante más importantes que los enredos catolicones de Maritain. A modo de ejemplo, Brasillach ha ido a conversar con Paul Valéry. Estos dos sí que no hablan «en» ni «en tanto que» católicos. Pero hablan de lo que importa.

¡Nunca estaremos faltos de artistas! Pero ahora andamos necesitando gente a quienes le hagan falta los artistas. ^(x)

En el país promedia eso que José Luis Torres dio en llamar «la década infame», los conservadores dominando la escena política a base de fraude y doblez. Agustín P. Justo es el Presidente de la República -uno de los presidentes menos populares que jamás haya tenido este país- y anda maquinando cosas, algunas de las cuales le salen bastante bien, como el batir el parche con las repercusiones internacionales de la muerte de Gardel. Aquí, a dos meses de su muerte no ha sucedido nada demasiado notable; pero en Lisboa, y luego en París, y luego en Nueva York comienza un mito

que no morirá fácilmente: el de Gardel que cantada día mejor. El Presidente Justo aprovecha la volada e «importa» la leyenda: con eso pueden tapar el tremendo asesinato en plena Cámara de Diputados de Enzo Bordabehere, pobre tipo (la Honorable Cámara está manchada de sangre, también). Ahora en tren de «justos» digamos que durante la gestión de este Presidente se hacen algunas obras que quizá merecen encomio; por caso el Colegio Militar de la Nación en los terrenos del Palomar o el ensanchamiento de la Avenida Nueve de Julio (aunque en esto último, los lauros se los llevó de Vedia y Mitre). Helvio Botana nos ha contado algo acerca del carácter del futuro Presidente.

Don Agustín [Justo] se había comprometido formalmente con Natalio [Botana] a disolver la Legión Cívica, organismo fascista creado en 1930. Cuando éste se enteró de que la Presidencia de la República los había autorizado a desfilar, se dirigió indignado a la residencia del General para enrostrarle su proceder. Éste, sin decir palabra alguna, abrió un cajón de su escritorio repleto de cuentagados, y tomando uno para regalárselo, le dio la explicación.

«Les permito desfilar para poder contarlos: si no llegan a mil, los borro del mapa; si llegan a cinco mil los toleraremos y si pasan de quince mil es el momento de pensar que estamos equivocados y hacernos fascistas».

Desfilaron de a cuatro en fondo, fueron seiscientos setenta y cuatro y los liquidó. ^(x)

Bueno, sí. Pero no hay que olvidarse que la Legión Cívica engendró a la UNES, y de allí en pocos años más saldrán Queraltó y Bernaudo fundando la Alianza Libertadora Nacionalista... a la que liquidó Perón. Ahora, sí, es cierto, la Legión Cívica desapareció rápidamente.

Claro que no todas le salen al buen Agustín P., como aquel viejo sueño (¿se nos permitirá llamarlo «sueño gorila»?) de llamar a elecciones siempre y cuando no gane la plebe: lo quiere poner de Presidente a Lisandro de la Torre, pero éste se resiste a componendas con un gobierno nacido de un golpe militar. Mientras tanto, en la vereda de enfrente Alvear pasea su rara figura de oligarca-radical negociando votos con conservadores, socialistas y militares y paralelamente arreglando las finanzas de su partido con el infame negociado de la CHADE. Los conservadores no andan mucho mejor: Manuel Fresco ha impuesto en la provincia de Buenos Aires el voto cantado. Han pasado veintipico de años desde la sanción de la ley Sáenz Peña, pero nadie se quiere acordar, salvo los «forjistas», un grupo de jóvenes a quienes les importa el país dende veras y que creen que con cumplir esa ley las cosas pueden comenzar a arreglarse. También creen en el país: de allí saldrán grandes conocidos como Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche y grandes desconocidos como Roque Raúl Aragón.

De todas maneras a la altura del año '35 no quedan dudas de que los conservadores han fracasado. Ramón Doll -desde su equidistante socialismo, a igual distancia del partido radical y del conservador- lo vio antes que nadie, pues ya en 1932 escribía que

El plan reaccionario bosquejado por el Gobierno Provisional [de Uriburu] en algunos discursos de circunstancias, vino a desembocar en un inesperado programa de reformas constitucionales, del más puro corte liberal novecentista ya que exacerba aún más el individualismo jurídico y político de nuestra carta. Algunos artículos inofensivos de La Fronda y La Nueva República, bosquejos improvisados de Lugones, eso es todo lo que ha quedado de lo que debió ser el movimiento del 6 de septiembre, contrarrevolución abortada porque inmediatamente dio media vuelta para marchar en pos de la revolución saenzpeñista y sus conquistas democráticas.

Se cometió primero la imbecilidad de creer que un viejo partido electoral como el conservador era capaz de tolerar un programa racional, aun cuando programara sus propios intereses, sus propios apetitos. Y luego, no se tuvo el carácter y el patriotismo de mantener con dignidad el verdadero estandarte de la contrarrevolución, las verdaderas finalidades del movimiento, que eran suprimir los beneficios de la revolución democrática realizada desde arriba por Sáenz Peña.

La contrarrevolución tuvo miedo de quedarse sola al pie de su bandera, rodeada por dos o tres franco tiradores y acribillada por

la democracia; y se emboscó como el partido conservador haciéndose saenzpeñista, en apariencia. ^(x)

Como vemos, después de Onganía y Videla, no hay nada nuevo en el país. Los militares argentinos toman el poder con fines más o menos «revolucionarios» -siempre con el apoyo de la oligarquía local- y luego, al cabo de una gestión bastante burguesa, terminan en una «salida electoral»... que es la única que se les ocurre. Eso sí, siempre apoyando confusamente al partido más convencional y reprimiendo confusamente al partido más revolucionario... o populista. En la década del '30 la cosa era con los conservadores y contra los radicales, en los '50 y '60 con quien sea contra los peronistas, en los '70 contra los peronistas y los comunistas...

¿Y en la década del '40? Bueno, hete ahí una excepción: el 4 de junio de 1943 fue el único «pronunciamiento» militar con signo (confusamente) nacionalista -ni conservador ni radical- y terminó más o menos exitosamente, si tenemos en cuenta que su consecuencia fue el 17 de octubre de 1945, y el triunfo electoral peronista del año siguiente.

Claro que Perón se sacó rápidamente de encima a los «plantavotos» y se amigó con el «establishment». Pero, bueno, ésa es otra historia. ^(x)

Volvamos entonces a 1935: se está cocinando -en el país y en el mundo- un estofado de aquellos.

Y es el año en que Castellani volvió al país.

Del puerto se ha ido directamente al Colegio del Salvador donde lo espera el flamante rector, P. Andrés Doglia, un jesuita algo convencional, pero muy dedicado a los temas de educación y por el que Castellani profesaba especial aprecio. ^(x)

Según el P. Furlong, el Colegio del Salvador estaba por entonces en el pináculo de su prestigio en la sociedad porteña, no menos porque el año anterior, cuando el Congreso Eucarístico, el nuncio papal, Cardenal Pacelli -quien luego sería más conocido como Pío XII-, había visitado el Colegio en dos oportunidades. Al P. Furlong le gusta destacar además que

Al hacer su entrada triunfal en la ciudad, [el delegado papal] pasó por delante del Colegio, mientras todo el alumnado, uniformado, se hallaba en la vereda y ovacionaba al representante del Papa. Éste saludó repetidas veces y bendijo ampliamente, en manera especial al enfrentar la puerta del Colegio donde estaban las autoridades de la Casa.

Otro tanto sucedió el día 16 de octubre al ir Su Eminencia al puerto para regresar a Roma. ^(x)

Esto lo escribe Furlong en un capítulo que intitula «Vida exterior del Colegio». Pero Castellani escribió muy otra cosa. En sus diarios hay largas reflexiones sobre el Colegio que anotó el mismísimo día que llegó a Buenos Aires, 13 de febrero de 1935.

Buenos Aires en seis años aparece cambiado. Sobre los techos del Colegio se alzan dos rascacielos frescos. Sólo el Colegio no ha variado una línea.

Bueno, mejor ¿no? ¡Viva la tradición y todo eso ¿eh?! No. Castellani está de mal humor.

Las letras L.C. que escribí con saliva al salir hace siete años en el polvo del antiguo dormitorio de pupilos -hoy desván- están intactas. Los dueños del Salvador creen en la inmutabilidad mineralógica de la Vida.

Cuando lo hicieron, Callao era un barrizal tranquilo donde pasaba lerdón un tranvía de caballos. Ahora Callao es una usina y un tropel. Los habitantes del Salvador no se han enterado. Viven al margen de la vida argentina.

Raro, no les parece, el aire crítico con que nuestro jesuita, el día mismo que llega al país, contempla las paredes del viejo Colegio y reflexiona sobre su papel (el papel del colegio, y el papel de su diario).

Yo no sé si es meditación para el mismísimo día que uno vuelve a su país después de tan larga ausencia, pero, bueno, así es.

Desde el vamos, Castellani se encierra en su habitación y comienza a pensar el país, su educación, su cultura y el papel de la Compañía en todo eso... y piensa lo que piensa porque está de mal humor y viceversa: lo que piensa lo pone de mal humor (un caso de retroalimentación frecuente en nuestro autor).

Bien mirado, el tema no carece de interés si se tiene en cuenta que durante muchas décadas se formó aquí, en el Colegio del Salvador, buena parte de la clase dirigente argentina (sin contar con que los jesuitas dispusieron prácticamente del monopolio de la educación secundaria durante los siglos XVIII y XIX -con excepción del Nacional de Buenos Aires).

Furlong lo señala con entusiasmo:

Ningún Colegio de la Capital argentina puede ostentar una foja de servicios más nutrida y gloriosa.

Aun más: en todos los vastos ámbitos de la República no hay colegio alguno, fuera del de la Inmaculada Concepción existente en la ciudad de Santa Fe, que puede ufanarse de tan antigua prosapia...

Ahora bien, para «*ufanarse de tan antigua prosapia*» habría que ver los frutos de tan «*nutrida y gloriosa foja de servicios*». Furlong cumple en señalarlos y está tan contento con la obra realizada que va a publicar grandes tomos dedicados a la historia de ambos colegios. Castellani, en cambio - y diez años antes- tiene una percepción diferente de la cosa y en sus diarios desgrana inquietudes nacidas de esa intuición.

Ya ven ustedes: no están de acuerdo. Y es tema para estudiar a fondo, me parece. Tiene que ver con la historia del país, desde luego; pero -más que eso- una reflexión en serio ayudaría tal vez a concluir alguna cosa sobre lo que fue la educación católica en estos últimos siglos.

¿Fue formidable, fantástica y fenomenal como quiere Furlong o fue caótica, catastrófica y calamitosa, como quiere Castellani? *That's the question.*

Un simple cotejo de lo que han escrito, uno y otro, alcanza para mostrar sus diferencias.

Así, por ejemplo, Furlong llega a decir que

No han sido esos Colegios dos simples centros de enseñanza. Han sido y son dos ingentes talleres que han plasmado el carácter de innumerables ciudadanos, disponiéndolos para triunfar en todos los embates de la vida y en todas las vicisitudes de la existencia. Han capacitado a generaciones enteras para superar la mediocridad y aun para primar y descollar en todos los campos de las actividades políticas, profesionales, culturales.

Como irá viendo el lector, al través de las páginas que hoy le ofrecemos, el Colegio del Salvador ha influido indirectamente en la sociedad porteña, mediante sus alumnos y ex-alumnos, pero también directamente por medio de sus profesores y de sus directores.

La totalidad de estos últimos y la gran mayoría de aquellos, como sacerdotes y Jesuitas que eran, no olvidaron jamás que su misión primordial no era hacer sabios sino santos, no era infundir el saber humano cuanto el espíritu cristiano, así en cuantos se albergaban en sus aulas escolares como en cuantos, aunque ajenos a las mismas, podían venir en contacto suyo...

Compárese semejante texto con el parecer de Castellani:

El Salvador es una casa de negocios. Negocios honestos, tal vez. Los moradores no son perezosos [...] se ganan el pan honestamente memorizando las materias del Bachillerato, más un poquito, muy poquito, de Catecismo a los muchachos de familias pudientes. Muchos dellos por sus cualidades personales de hombres de carácter -o de personas sinceramente religiosas- influyen para bien en el ánimo de muchos alumnos. Pero es acción individual y no del Colegio como Colegio.

¿No somos aquí repetidores retribuidos y ayos de los vástagos de la oligarquía argentina? ¿Realizamos de veras una obra de evidente utilidad para la Iglesia (lo niega Franceschi) y para la Nación (lo niegan Iriondo y Mantovani)? ¿No se está efectuando aquí un sacrificar de la persona humana a la casa rutinaria; y del trabajo del espíritu a la preocupación financiera?

¿San Pablo hubiese podido vivir y actuar en esta casa? ¿San Francisco? ¿Y San Ignacio? Crysippo, Zenón, Savonarola estoy seguro que sí, que se hubiesen encontrado a tono en esta fortaleza cerrada, intransigente en medio de la gran urbe frívola. Es una casa estoica, más que una casa católica. Cree en la racionalización total de la vida: ignora la existencia del cuerpo del hombre. Cristo no ignoró el cuerpo del hombre.

Ahora, si tengo que decirlo todo, apuraría este trago de una vez: Castellani piensa mientras que Furlong sólo acopia datos, sistematiza su información, organiza su saber, pero, en rigor de verdad, no reflexiona con profundidad. Ni sabe -me parece- contemplar la realidad con una inteligencia que penetra las cosas, con el hábito del pensar simbólico. Así, por lo menos, lo creía el propio Castellani.

Me es odioso y desabrido hacer esta crítica -que parece un ataque salvaje a un estudioso y cófrade-, pero es mi deber limpiar el camino por donde vamos, que es el de la sencilla y modesta verdad, como dice el señor presidente. Furlong tiene sus méritos, fundados en obras anteriores; y es un incansable buscador de documentos historiográficos; aunque a decir verdad es un hombre parcial y sumamente inclinado a la apologética y la propaganda. ^(x)

Tal vez por eso, porque Castellani nunca estuvo inclinado hacia la propaganda, tal vez por eso, digo, ve cosas que Furlong no.

Dicen que en educación los hechos cuentan más que las palabras. Una casa es un hecho. La casa que un hombre se hace para vivir representa el concepto que tiene de la vida. Es una proyección de la vida interior, como la cáscara del caracol, es un dibujo de su ser biológico. El molde de ladrillos en el cual nuestra alma respira y piensa, necesario moldeará nuestra alma.

Y bien, ¿qué juntará en el alma dúctil de nuestros niños este gran cubo blanco frío y estruendoso, dividido en compartimentos simétricos, en partes sucia y en parte decoradas con lujo charro de nuevo rico? Los cuadros de las paredes son elocuentes a este respecto, elegidos sin saber para qué, puestos sin saber por qué. Esto no es una casa de educación. Para ser una casa de educación, debía empezar por ser una casa.

Es una caja.

Mal de piedra. Una sola personalidad humana fuerte -un solo hombre de Dios, o un solo hombre muy hombre- vale más que 7 edificios de una cuadra cuadrada. Los comunistas no tienen razón cuando queman colegios; pero Dios algunas veces tiene razón por medio dellos.

Y así sucesivamente. Ya lo dije ¿no?... Castellani está de mal humor. Y en efecto, por lo que sigue, colegimos por dónde.

Puede ser que esta impresión no sea más que «*afición a las comodidades de la vida*» y «*temperamento difícil e índole peligrosa*» mío. La gran flauta, qué difícil de corregir son entonces estos defectos que me avisaron mis maturescores. ^(x)

Ya han pasado casi seis meses desde que le mandaron el «maturescat» y nuestro hombre sigue mascando rabia. Y algo más que seis meses. Después de tanto pataleo, finalmente le han concretado los cargos que pesan contra él, señalándole sus defectos.

Para qué. El 17 de marzo de este mismo año, le escribe nuevamente a Ledochowski:

Acepto con respeto su reprensión. Acepto también la lista de mis principales faltas, que me han sido comunicados, y consiento en que los tengo: iracundia, imprudencia y ser un carácter desde cierto punto de vista difícil.

Pero me veo en la obligación de repetir resueltamente lo que le escribí en mis dos primeras cartas: 1) Estas faltas nunca me fueron advertidas ni antes ni después de mi ordenación. Le envío la lista de mis faltas que me fueron comunicadas en el tercer año. Verá Ud. que no están allí. Es todo. No he recibido otra admonición ni reprensión. Afirmo eso delante de Dios, «in verbo sacerdotis». 2) Mi R.P. Provincial L. Parola no puede precisar concretamente las cosas externas donde esas faltas se manifestaron. Admite que todas mis escritos publicados fueron sometidos a, y aprobados por, la censura. Agregó que he debido hacer, en una oportunidad, esfuerzos casi heroicos para soportar una censura donde se me insultaba.

Dicho esto, puede Vd. ver claramente, mi Reverendo Padre, que se me podría igualmente acusar de los siguientes defectos:

soberbia

avaricia

lujuria

gula

envidia

pereza

y que yo me vería obligado a convenir en que los tengo. Pero no hay hombre en el mundo al que no se le pudiese acusar de lo mismo. Dirá usted que tiene usted una prueba palpable y escrita de mis faltas, y es mi carta dirigida a Ud. desde Innsbruck el 23-XI-34. En ese caso, Muy Reverendo Padre, no me animaría a contradecirlo. Sólo le pediría que tenga a bien releerla y ver si no se podía interpretarla en otro sentido. Su respuesta del 15 de diciembre de 1934 me ha hecho sufrir. He pensado que si de una parte mis superiores inmediatos me niegan la posibilidad de hacer descargos y me remiten a Roma (que está tan lejos) -y que de otra parte en Roma se vuelven mis cartas contra mí tomándolas como pruebas de culpabilidad y como nuevas faltas, se volvería imposible la libre y franca comunicación con mis Superiores, lo que sería para mí un muy grave inconveniente.

Personalmente estoy dispuesto a sufrir la dilación de mis votos y cualquier otro castigo hasta el fin de mis días, si Dios así lo quiere. Pero pienso que si eso no se hace de conformidad con nuestras Reglas y las leyes de la Iglesia, sería nuestra madre la Compañía la que sufrirá. Será nuestra querida Provincia Argentina la que sufrirá el perjuicio. (x)

Sí, amigos, Castellani está de mal humor, y como se ve, el defecto principal que se le achaca es el de tener carácter irascible y aun, el pecado de «ira»... además de «la imprudencia» que siempre se le endilgó.

Ahora bien, se puede dar por descontado que sus censores ignoraban completamente la doctrina más profunda acerca de estos pecados. Tomemos, por caso, el de ira. Por lo pronto, no siempre es pecado. Bastaría para ello recordar la escena de Cristo en el templo, arrojando a los mercaderes a puro látigo. Ciertamente que un cristianismo que olvida la virtud de la fortaleza y el preciso papel de la ira en su estructura, prepara la religión del anticristo que se instalará, precisamente, en el templo. Así, tal vez un poco de ira no vendría mal para castigar a los nuevos mercaderes del templo que Castellani figuró en la persona del Cardenal Panchampla:

«Ovejas de Cristo y hermanos míos en el pastoreo vital-católico: ¡salud, paz y fraternidad bajo el signo de la patria y de la democracia!» (x)

En efecto, todas estas sandeces no llegan de golpe. Antes, un meloso pacifismo, una concepción ghandiana de la moral nos ha hecho olvidar la verdadera doctrina sobre la fortaleza y su relación con la ira. No estará de más recordarla aquí.

La relación positiva, en cambio, que según [Santo] Tomás, guarda la ira (cuando es justa) con la virtud de la fortaleza ha venido a

resultar en amplia medida incomprensible para el cristianismo actual y sus censores no cristianos.

Esta falta de comprensión se debe en parte a la influencia de una suerte de estoicismo espiritualista que ha excluido prácticamente de la ética cristiana el momento de lo pasional (del cual es siempre el cuerpo condición concomitante), como si fuese algo extraño e inconciliable con ella; pero también se explica, en cierto modo, por la circunstancia de que la actividad explosiva que se manifiesta a través de la ira es la antítesis natural de una valentía sofrenada «a la burguesa». Tomás, por el contrario, encontrándose libre tanto del uno como del otro extremo, afirma *«fortis assumit ad actum suum»*, que el valiente hace uso de la ira en el ejercicio de su propio acto, sobre todo al atacar; *«porque el abalanzarse contra el mal es propio de la ira, y de ahí que pueda ésta entrar en inmediata cooperación con la fortaleza»*. ^(x)

Cristo no ignoró el cuerpo del hombre. Ya ven ustedes: cuando la causa es justa, una dosis de enojo es necesaria, sobre todo para atacar el mal. Ahora, esto de «atacar el mal» se las trae, porque como bien señala Pieper con característica distinción

lo más propio de la fortaleza no es el ataque, ni la confianza en sí mismo, ni la ira, sino la resistencia y la paciencia. Mas no -y nunca se repetirá lo bastante- porque la paciencia y la resistencia sean en absoluto algo mejor y más perfecto que el ataque y la confianza en sí, sino porque el mundo real está constituido de tal forma, [...] el sistema de poder de «este mundo» está de tal manera estructurado, que no es en el encolerizado ataque, sino en la resistencia, donde se esconde la última y decisiva prueba de la verdadera fortaleza [...]

Uno de los datos o realidades fácticas fundamentales de este mundo, caído en el desorden por el pecado original, es que la más extrema fuerza del bien se revela en la impotencia. ^(x)

Me gustaría que esta última frase del maestro Pieper quedara campaneando sobre esta biografía, en la que tantas veces veremos a Castellani, con todo su genio, con toda la fuerza de una personalidad enorme, con ése su talento sin par... derrotado, aniquilado, con el corazón triturado y sin poder hacer (como decía Santa Teresa) nada en nada; sí, así es, «la más extrema fuerza del bien se revela en la impotencia».

De esto, Castellani fue aprendiendo más y más, a lo largo de su vida. Ya en 1943 distinguía en este asunto con toda precisión.

El filósofo como el médico no tiene remedio para todas las enfermedades [...]

A veces todo lo que puede dar como solución es oponerse a las falsas soluciones, obstaculizar la acción de los hombres de acción que no pueden con el genio y tiran de los cabos del otro ovillo, tan enredado que por donde Ud. tire se enreda más. Puede con el pensamiento poner obstáculos para retardar una catástrofe, puede apercibir puntales para los reconstructores (que él no verá) después de la catástrofe; pero en muchos casos no puede sino prever la catástrofe y callarse la boca, porque ve que no le van a hacer caso. ^(x)

Sobre todo cuando la injusticia redundaba directamente en perjuicio de uno mismo: a Castellani lo atacaron injustamente; luego, a él le daba por reaccionar airadamente; después lo acusaron del pecado de ira y eso constituía una nueva injusticia, porque en todo caso lo que cabía era acusarlo de falta de prudencia o de paciencia... lo que va contra la fortaleza.

San Agustín definió esa virtud como la que da ánimo para «resistir y no dejarse vencer por la tristeza». Claro que es difícil manejar el enojo, la indignación, la bronca, cuando la justicia de un asunto compromete la propia causa. Entonces, casi siempre, hay que embromarse, porque como sabiamente observa Pieper, así están las cosas después del pecado original.

Y si no, te dominará el mal humor. Fíjense como nuestro autor se repite a sí mismo y a quien lo quiera oír que todo el asunto de su dilación de votos no tiene importancia ninguna; que no, que seguramente es un episodio sin demasiada trascendencia. El problema es que Castellani no lo puede

digerir del todo -o, por lo menos, tiene digestión lenta-, como se ve en tantas anotaciones en sus diarios a lo largo de estos meses.

Y se ve que de Europa venía con el entripao auestas.

¿Para qué discutir? Si viera con qué gusto haría una reverencia hasta el suelo al Provincial y los Rdos. Consultores y seguiría leyendo la *Kritik der reinven Vernunft*. «*Sed non curat de aliis*» dirían entonces Uds. Sobre todo que si un submarino francés hunde en Enero al Cap. Arcona, sería triste que mi última carta fuese una disputa inútil por cuatro defectos de más o de menos... Lo que estas cosas me hacen sufrir o no, es asunto entre Dios y yo; aquí trato este pícolo accidente desde el punto de vista legal, epitomal y curial. ^(x)

El querría esconder lo que el asunto le hace sufrir; y no puede. Y combate como por otro, pero sangra por la herida, mal que le pese... y si se guarda todo el asunto para sí, a la larga o a la corta explota. Es que, no hay tutía: Castellani nunca pudo con su genio.

Este pícolo incidente dilación de votos, no tiene la menor importancia, en cuanto mío es; y no habría que hablar más, siendo los defectos que me mandan más fáciles de corregir que de refutar -y teniendo yo helás otros defectos que si los supieran los Consultores se iban de espaldas. ^(x)

Pero bueno, nosotros en cambio podemos dejar eso de lado; por lo menos por ahora.

Total que ha viajado a Reconquista tal y como se lo había prometido a su madre y la ha encontrado más vieja y algo amargada, especialmente con sus otros dos hijos, Arnaldo y Carcho.

Tengo la impresión de que la desaveniencias han surgido en torno a -cuándo no- cuestiones sucesorias. En efecto -no estoy seguro, porque de las anotaciones de sus diarios no se colige con seguridad- pero pareciera que estos dos no quieren resignar sus derechos hereditarios en favor de Hákansón, el padrastro, o algo parecido.

La cosa parece haberse puesto peor porque hay un lío con los títulos de la casa y, como siempre, no hay plata. ^(x)

Para peor, Carcho, que también está en Reconquista ejerciendo como médico... ya se ha enterado de que tiene cáncer. Lo combatirá con toda su ciencia y saber durante los próximos doce años, pero ahora toca digerir la noticia. Por su parte, Arnaldo se ha recibido de odontólogo y quiere ejercer en Buenos Aires para lo cual le pide mediación a su hermano el cura. Su hermano el cura, nuestro Castellani, vuelto de Europa después de tanto tiempo, trata de poner concordia en medio de las tensiones domésticas y lo hará -con algún éxito- a lo largo de los años que siguen. ^(x)

Una buena, también ha estado con su abuela, doña María Magdalena, que tanto añoraba ver a su nieto sacerdote antes de morir. Morirá al año siguiente, sus ilusiones cumplidas.

En fin, vuelto a Buenos Aires, comienzan para él nuevas tribulaciones -que él ya veía venir. El asunto empezó así: ya en Europa había comenzado a negociar con el P. Tomás Mahon acerca de su «status» en Buenos Aires. Quieren que dicte mucha clase, en el Salvador, en Villa Devoto y en el Colegio Máximo. Castellani, concedor de sus limitaciones físicas y ánimicas intentó poner algún coto a tanto requerimiento, sobre todo porque traía auestas proyectos intelectuales de otro porte, como se lo trataba de explicar en sueños a... San Jerónimo.

Anoche lo vi con semblante severo y una vara en la mano. No me arrimé mucho. Me preguntó: «Ya que hemos pagado tus

trimestres en el Colegio para que estudies filosofía ¿por qué no escribes un libro de filosofía?»

-Oh glorioso Santo -le respondí- yo venía de Europa hace diez años haciendo un libro de filosofía. Me lo había encargado y planeado mi mejor profesor, Joseph Maréchal. El plan era éste: «Lea durante quince años todos los grandes filósofos en su lengua original, para lo cual tendrá que perfeccionar su griego y su alemán. Enseñe filosofía al mismo tiempo. Lea después durante tres años los grandes etnólogos modernos, Frazer, el Padre Schmidt, Lévy-Bruhl...

-¿Imbelloni, Jacovella, Canal Feijóo?

-Todos -me dijo-. Y después escriba «El Punto de Partida de la Moral» sobre el mismo plano en que yo hice «El Punto de Partida de la Metafísica» [...]

-¡Bien! -dijo el Santo-. ¿Y después?

-Cuando llegué a Buenos Aires, me hicieron tomar 35 horas semanales de clase en un Colegio Nacional...

-¿Quién, te hicieron?

-La Vida... La Argentina... La patria... Los tiempos malos que vivimos... -le contesté vagamente.

-Es decir, tus pecados, en el fondo.

-Esto es. Mis pecados y «los pecados del Rey». Me hicieron tomar 35 horas...

-¿35 horas de filosofía?

-No. Literatura, Historia, Apologética, Italiano, Metodología y Castellano. ^(x)

Castellani de mal humor... y muy cansado. Ahora, más o menos pasado el vendaval del «maturescat» (más menos que más) se viene otro, que podríamos llamar el de su «status». El asunto que lo tiene a mal traer es el siguiente: como intelectual formado en Europa espera que se lo considere seriamente y que el afán de «productividad» de los jesuitas de aquí ceda un poco ante los requerimientos de una vida -aunque sólo sea en parte- contemplativa.

¿Ah sí? Tu abuela. Parola lo quiere profesor en el Salvador, en Villa Devoto y en el Colegio Máximo. Clases y más clases, más producción... menos «*contemplata*» y más «*aliis tradere*». ^(x)

Las maniobras de Castellani para conservar algunos espacios de ocio fracasan totalmente y podemos presumir que los que le tienen enemiga (en particular Castellano) están encantados. En fin, dos meses nomás de empezar las clases y ya está medio fundido.

Siento mucho tener que comunicarle que mi salud parece querer sacarme verdadero en mis previsiones acerca della. ¡Mucho más de lo que yo quisiera!

Hoy es la segunda semana que no voy a San Miguel. Y no voy porque no puedo. No digo mi cabeza no está para hacer clase o estudiar, pero ni para vivir.

Le escribo esta porque el P. Espiritual me lo impone; que si no, ni para eso hubiese tenido voluntad, en el estado de depresión de ánimo en que he pasado este día y en que deja el insomnio continuado.

Es muy triste y preocupante para mí esta derrota y humillación sumada a tantas otras de mi vida. Quiera Dios que no sea total, y sacarme vivo de este año, que si así lo hace, yo le prometo defenderme mejor en adelante

A.M.D.G. ^(x)

Como vemos, ha vuelto el insomnio, su vieja pesadilla. El 5 de junio anota en su diario con lacónica precisión:

- 1) Arreciando los insomnios y el cansancio, me veo obligado a dejar de trabajar hasta recobrar el dormir.
- 2) No hay mejor manera de imposiblar a un hombre hacer nada que querer forzarlo a hacer lo imposible.

¡Pobre Castellani! Como verdadero filósofo e incansable amante de la sabiduría, su alma reclama un ocio que la productiva cultura moderna que todo lo empapa a su alrededor, no comprende, no quiere, no tolera. Pero, claro, hablar de ocio en nuestro tiempo exige toda clase de distinciones, pues la cultura de hoy lo asimila a la pereza, y nada le es más contraria.

Distinguir para entender: la «pereza» como uno de los siete pecados capitales es una tristeza ante el bien que los Padres llamaban «*akedia*». No; no es «fiaca», indolencia o como quieran llamarlo.

Ahora bien, esta confusión lingüística y conceptual acerca de uno de los pecados capitales, no es casualidad, y menos que menos cuando comunistas y capitalistas se lanzan de lleno al gran proyecto universal de... producir más cosas. En este mismo año de gracia, Stalin ha condecorado y catapultado a una sistemática celebridad a un minero soviético por una hazaña de «productividad»: extrajo 102 toneladas de carbón en 345 minutos. El pobre tipo se llamaba Alexei Grigorievich Stajanov y vaya uno a saber cómo terminó (esa parte de la historia siempre queda oculta. Ahora, Aníbal D'Angelo - para quien no hay casi partes ocultas de la historia- me dice que murió jubilado, en 1977, sin pena ni gloria).

En un mundo que se va conformando así, imagínense dónde irá a parar el ocio y la vida intelectual. Y el proyecto globalizador de transformar al mundo en una enorme fábrica, comienza, claro, por el lenguaje.

¿Por qué no han de existir, en un mundo descristianizado, unas leyes lingüísticas demoníacas, merced a las cuales lo bueno le parezca al hombre, en el lenguaje, como algo ridículo? [\(x\)](#)

Así es. No sólo nuestro tiempo ignora lo que significa e importa «el ocio», sino que «par dessus le marché», en esta época donde la «productividad» es el valor máximo, se considera al ocioso, como un vago y mal entretenido.

Chesterton pensaba de otro modo.

Ha surgido en nuestro tiempo una fantasía harto singular: la fantasía de que cuando las cosas andan muy mal, necesitamos al hombre práctico.

Sería mucho más exacto decir que cuando las cosas andan muy mal, necesitamos al hombre impráctico. Y por cierto que al fin vamos a necesitar al teorizador. Un hombre práctico significa un hombre habituado a la mera práctica diaria de las cosas que generalmente funcionan bien. Cuando las cosas no quieren funcionar, hay que llamar al pensador...

Está mal tocar el violín cuando arde Roma. Pero está muy bien, cuando Roma arde, estudiar teoría hidráulica. [\(x\)](#)

Por supuesto, existe la posibilidad de que alguno invoque sus obligaciones contemplativas para no hacer nada... los que hacen vida «vegetativa» en lugar de vida contemplativa. Lo formularía así: todo contemplativo tiene una actitud exterior de indolencia ante las realidades y exigencias de la vida cotidiana; pero, claro, no todos los indolentes son contemplativos (todos los Tales suelen caerse al pozo, pero no todos los que se caen a un pozo son Tales). Habrá que distinguir aquí también entre el

trigo y la cizaña. Pero, seamos realistas, esa distinción no es tan difícil y hay que tener especial cuidado en no incurrir en la fácil infamia de suponer que el «ocioso» no es más que un «perezoso».

Y ojo al Cristo, porque esta calumnia puede tener origen farisaico:

Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: «Es un glotón y un borracho». ^(x)

Nuestro Señor -el contemplativo por excelencia-, que defendió a muerte a María de Betania porque no trabajaba, muchas veces llama al descanso: «¡*Vacate!*» es un imperativo que resuena a lo largo del evangelio (que también por eso es buena nueva).

Por otro lado, señalemos que la «pereza» no es pecado capital ni cosa que se le parezca (Jesús ni habló del asunto y la «*akedia*» es cosa bien distinta). Hay, en cambio, en el Evangelio, pecados infinitamente peores, como supo señalar Péguy:

Me dicen que hay hombres que trabajan bien y que duermen mal. Es casi más grave que si trabajaran mal y durmieran bien... como que la pereza no es un pecado más grande que el de la inquietud. ^(x)

Ahora, prestar atención, porque, aunque parezca otra cosa, no vamos a cambiar de tema: Castellani, como ya hemos visto de sobra, no puede dormir, precisamente. ¿Entonces? Nosotros ya vimos algo de todo esto y, junto al insomne Castellani, consultamos a sacerdotes, psiquiatras, médicos y psicólogos para que nos den alguna clave sobre esta cruz que tanto le pesa. ¿Y? Ya habrán visto que no pudimos decir gran cosa sobre el particular.

Pero, ahí tienen ustedes, el maestro Pieper nos puede ayudar a entenderlo.

El ocio no es la actitud del que interviene, sino la del que se relaja; no la del que ase, sino la del que suelta, se suelta y abandona, casi como la actitud abandonada del que duerme (sólo el que se abandona está en disposición de dormir).

Ahí está: impidan a un hombre descansar en el objeto de su contemplación y lo arruinarán, puesto que para eso fue creado. Cualquier jesuita que reflexionara seriamente sobre el «Principio y Fundamento» debería saberlo, ¿no les parece? 27

En realidad, del mismo modo en que la falta de ocio y la falta de sueño parecen estar en cierto sentido relacionados entre sí, así también el hombre dedicado al ocio es afín a los que duermen, de los cuales dijo Heráclito el Oscuro que «actúan y cooperan en el acontecer del cosmos». El reconfortante recreo que nos procura la visión absorta de una rosa que se abre, de un niño que se duerme, de un misterio divino... ¿no se asemeja al que conseguimos con un sueño profundo y tranquilo?

Pieper al 100%, lanzado a defender con capa y espada al académico de veras, al amante apasionado de la verdad, al sabio embriagado por la contemplación de lo que es. Pieper, sin saberlo, defendiendo a Castellani como el mejor abogado del mundo.

Las grandes y felices intuiciones y ocurrencias, las que no se pueden captar, se le conceden al hombre en el ocio sobre todo. Como dice el libro de Job (35:10): Dios envía por la noche cantares de júbilo y el pueblo sencillo sabe que el Señor concede a los suyos en el sueño la felicidad y lo que más le conviene... ^(x)

Además... además, ¿cómo se puede concebir la oración sin esta clase de ocio?

¡Ah, si la conocieses un poco! La oración no te aburriría. Es un descanso, un reposo. Es acercarse con toda sencillez a Aquel a quien se ama. Es permanecer junto a Él como un niño en los brazos de su madre, dejando que el corazón se expanda. ^(x)

Castellani intuyó todo esto desde el vamos, pero, poco a poco, llegó a saberlo de verdad.

Ud. le dice a cualquiera: «El hombre ha sido creado para la contemplación» y el tipo hace una mueca y dice: «No me gusta nada. Eso debe ser muy aburrido. El cielo debe ser un aburrimiento». Y enseguida se levanta de su silla y se va al cine.

Y el cine ¿qué es? Es una contemplación. En el cine nos ponen delante una cantidad de imágenes que tienen un sentido y se pueden entender sin esfuerzo; y eso divierte a la gente, aunque a mí, por ser viejo, ya no me divierte. Porque lo más grande que tiene el hombre es el entender: las entendederas.

Lo que no le gusta al hombre es estudiar; pero entender, eso le gusta a todos. ^(x)

Todo lo contrario... exactamente lo opuesto de todo esto... la contracara de lo que decimos está representado en la figura de nuestro jesuita, abrumado por las obligaciones, por los requerimientos y solicitudes de un colegio secundario. Hay que imaginarlo a Castellani vencido por el esfuerzo que se le ha impuesto, borroneando a su superior una protesta que no sabe ya cómo formular:

No sé más que tres oficios, y para el tercero tengo apenas fuerzas, que sería profesor liceal. Profesura liceal en gran escala pide una salud pareja, una cierta constancia y seguridad de fuerzas físicas, que no tengo. Más de diez horas no puedo. Otra cosa que Filosofía o Literatura tampoco. Soy muy viejo y gastado para aprender oficios nuevos. ^(x)

Pieper ha explicado por qué:

El ocio no responde solamente a hechos externos como pausas en el trabajo, tiempo libre, fines de semana, permisos o vacaciones: el ocio es un estado del alma. ^(x)

Ese «estado del alma» no es cosa que se preste a cualquier manipulación y -como advierte en términos gravísimos San Juan de la Cruz- interferir con eso puede traer muy malas consecuencias para la vida espiritual.

Pero Castellani no va tan lejos: sabe por experiencia que no puede dar más de diez horas semanales de clase... si las va a dar realmente bien. Y, claro, no sabe darlas mal. ^(x)

Y hasta el que habla porque enseña

Y su misión es de hablar

¡Cuánto tiene que rumiar

De idea, de rima y ciencia

Y de Dios en la presencia

Noches enteras callar! ^(x)

Ahora... ¿Parola, Travi, Mahon, se imaginan algo de todo esto? ¿Creen ustedes que alguna vez, alguna vez, han reflexionado seriamente sobre la primacía de la contemplación sobre la acción? Seguro, segurísimo, que no. Y por eso, porque no piensan bastante, piensan mal.

Once años después, Castellani tuvo oportunidad de echar una mirada retrospectiva.

Al volver de Europa me hallé de golpe en esta trabajosa situación: «Debo cuidar mi salud precaria y hacer mi obra “enteramente solo”». Debo ser mi médico, mi enfermero, mi editor, mi director, mi censor, mi amanuense. Sin culpa de nadie o con culpa (me dije yo en 1935), a mí no me cuida nadie y mi obra no la entienden. ^(x)

Claro que sí. Claro que se pueden dar más horas de clase si no se dan tan, tan, bien... economizando energías, preparándolas menos intensamente, dictándolas con menos compromiso y más

superficialidad. Y así pensarían ellos: tenían muchos alumnos en diversos institutos -un colegio secundario, un seminario, un noviciado- que requerían muchos profesores para muchas horas de cátedra para muchas materias. Puede uno adivinar fácilmente que ellos pensaban suplir las carencias con pedirle a los profesores que se esfuercen más, que se desdoblaran enseñando una y otra materia supliendo con su empeño el escaso número de docentes.

Dicen que la necesidad tiene cara de hereje, y en este caso, el refrán se aplica a la perfección: henos aquí con el rostro visible de la herejía activista. Una herejía torpe, roma, filistea y estúpida y con virtud para arruinar a las mejores inteligencias.

Con todo... confieso que esta conclusión no me conformaba del todo, razón por la cual fui a pedirle opinión a dos excelentes y lúcidos amigos con acabada experiencia docente y cabal conocimiento de Castellani y sus cosas.

Uno, Eduardo Allegri, me señala con su habitual perspicacia que Castellani tiene un natural quejumbroso y protestón y frente a sus palinodias uno tiende naturalmente a reaccionar en sentido contrario. Ahora, eso no quita -dice don Eduardo- que Castellani elige casi siempre una buena bandera para patalear y que casi siempre tiene razón.

Como en este caso. (Castellani retrucaría que Allegri suele tener razón pero que también fue «dotado» desde arriba con un temperamento... difícil.)

El otro, Jorge Ferro, me hace ver con característica ecuanimidad, que Parola tiene razón en que la única manera de solucionar el problema de un plantel docente reducido está en exigirle a sus profesores un denuedo mayor. Ahora, eso no quita -dice don Jorge- que Castellani tiene razón, porque todo ese enorme despliegue educativo, cuantitativamente notable, prácticamente no dejó frutos, o los dejó muy pobres y que más habría valido concentrarse en la calidad que no en la cantidad.

Ya en 1940, Castellani pensaba igual.

Inglaterra tiene sólo dos grandes Estudios Generales para 50 millones de habitantes sin contar el Imperio, mientras nosotros tenemos 24 facultades, sin que nuestra ciencia y alta cultura esté muy por encima de la inglesa... [\(x\)](#)

No, no muy por encima de la inglesa... (ahora tenemos más de medio centenar de universidades y estamos peor).

Por otra parte, aquí hay que entender que, tratándose de la vida intelectual, por «calidad» se entiende una actitud completamente indiferente frente a las exigencias prácticas, un desapego teórico que Pieper reclama para la vida académica, subrayando la paradoja.

«Quien quiera salvar su alma, la perderá; quien la pierda, la ganará» (Lc. 17, 33) son palabras del Señor que están lejos de ser una antítesis retórica: por el contrario, expresan un contenido no exclusivamente confinado al dominio de lo religioso donde, precisamente, no puede entenderse más que en este sentido contradictorio.

Relacionemos esto con nuestro tema: naturalmente, la habilidad profesional del médico, del naturalista o del jurista, es un magnífico y deseado fruto de los estudios académicos... pero ¿no será que justamente para superar la mediocridad y transmitir pedagógicamente una habilidad, se deba suponer un desinteresado hundimiento en el ser, un completo descuido del éxito, una visión puramente teórica, asombrada y aprehensiva?

¿No es factible que el resultado útil y de aplicación práctica de los saberes dependiera justamente de que antes hubiera sido

Buena pregunta. Y con esta tenemos dos paradojas.

La primera, la de Pieper, radica en que la eficacia de la educación depende de que -precisamente- no está dirigida a ser eficaz, porque los espíritus verdaderamente universitarios están dominados por aquello que Newman formuló alguna vez en intraducible inglés: «*love of truth for its own sake*».

La segunda paradoja, qué le vamos a hacer, es que Castellani -quejumbroso y excesivamente centrado sobre sí mismo («*self-centered*» dicen los ingleses)- tiene más razón que el bueno de Parola, concienzudo y desinteresado administrador que se ha destacado por su generoso empeño y sacrificados trabajos en aras del bien común.

¡Hmmmm! Castellani quejoso y con rabietas vs. Parola, apacible y sensato.

Pero porque lo importante es la verdad y no quien la diga, todos los defectos que le quieran achacar a Castellani no alcanzan a desmerecer la verdad en su juicio; y porque la calidad siempre fue, es y será, más importante que la cantidad... por todo esto entonces convendrá no olvidar nunca que los mejores docentes no pueden enseñar economizando empeño, energías, tiempo y esfuerzos. Dan lo mejor de sí en cada clase... y, por lo mismo, no pueden dar muchas. Con ellos -los mejores docentes del mundo- hay que andar despacio y tenerles enorme paciencia confiando en que vale la pena.

En esto -todavía hoy, a fines del s. XX, aunque no sé cuánto irá a durar la cosa- los anglosajones son maestros sin par (supongo yo que en parte, por lo menos, gracias a la incisiva prédica de Newman) como puede cotejar cualquiera que vea el «status» que tienen los grandes profesores de cualquier instituto de enseñanza, a quienes se les otorga entera libertad para diseñar el año académico según su mejor parecer, eligiendo los temas de investigación y docencia a su antojo, sin que se les impongan «programas» de ningún tipo y reduciendo su carga horaria a un mínimo de horas de clase (y no me refiero sólo al área de las humanidades: estoy pensando, por ejemplo, en el M.I.T.).

Y muchos de aquellos universitarios conservan las «*liberal arts*», los saberes liberales.

Es que ellos son «liberales» en el mejor sentido de la palabra: entienden la libertad del académico en términos de completa independencia de todo fin práctico, utilitario o productivo (Michael Crichton denuncia en términos ominosos lo que significará el fin de todo eso en su valiente prólogo a «*Jurassic Park*»).

Todo esto se entenderá mejor si no se olvida lo que es un saber liberal y nadie mejor que Newman para explicárnoslo:

¿Qué es lo que quiere significarse realmente con esta palabra? En primer lugar, en lo que respecta a su sentido gramatical, significa lo contrario a servil [...]

Sólo es conocimiento liberal aquel que se funda en sus propias aspiraciones, que es independiente de toda secuela, que no es para complemento alguno, que rehusa ser informado (como se dice) por cualquier fin, o absorbido por cualquier arte, a efectos de exponerse debidamente a nuestra contemplación. (x)

Ahora, claro: peras al olmo. Pedirle a los jesuitas de esta Provincia, en el año '35 -y a fortiori ahora mismo- que reconozcan todo esto, habría sido excesivo... casi tanto como pedirle a Castellani que no sea tan pañidero, quejumbroso y protestón.

De todas maneras, aquí también Castellani perdió otra batalla, se enfermó y se vio obligado a rechazar otras iniciativas que habrían contribuido de manera señalada a la educación de los argentinos.

Por ejemplo, una invitación de Tomás Casares.

No me va a ser posible este año dar conferencias ni nada en los Cursos de Cultura Católica. Preveo claramente que mi salud no va a mejorar ni tampoco el trabajo que tengo lleva trazas de amainar.

Por lo demás 5 ó 10 conferencias sobre el Gesto o el Justo no van a dar a los CCC ni calor ni frío. ^(x)

Ahora, en tren de justos (o de gestos) digamos que sus superiores no han sido completamente insensibles a sus protestas: Travi -por sí y ante sí- le ha quitado la obligación de dictar clases en el Máximo, y Parola le redujo las horas de clase a las 10 semanales que sugirió el Dr. Cardini, el médico de Castellani quien ha dictaminado que

El *sûrmenage* que tiene no es grave, pero puede llegar a serlo si no se ataja. Lo ideal sería que [...] descansase del todo durante seis meses. ^(x)

No, digamos la verdad, Parola y Travi se han mostrado bastante comprensivos, porque es de saber que además le han concedido un mes de vacaciones en la quinta de Martínez, sin perjuicio de que -reanudadas las clases- pueda ir allí dos veces a la semana: Castellani es tratado con bastante consideración y accede ahora a ciertos privilegios que le son graciosamente otorgadas en mérito a su salud.

Y a sus protestas. Por otra parte, debe destacarse aquí que Travi -Tomás José Travi S.J., Rector del Colegio Máximo y futuro Provincial de la Compañía, personaje destinado a tener gran importancia en la vida de

Castellani- se interesó muy especialmente en el caso y se deduce a las claras de sus diarios que se mostró más interesado que Parola en «proteger» a nuestro profesor: ya en Roma, allá por el '32, lo alentaba a estudiar y ahora, en Buenos Aires, parece comprender el caso del joven profesor abrumado por sus obligaciones docentes.

De modo que ahora lo tenemos otra vez en la quinta de Martínez, reponiéndose de un incipiente surmenage. Allí se le ocurrió un cuento, *La cara sin cuerpo*, y en el relato Castellani incluyó pedazos claramente autobiográficos.

En el tiempo que fui profesor del Escolasticado [...] me dio un surmenage quién sabe por qué. El médico recetó descanso un mes en el campo. El colegio tenía entonces una quinta sobre la barranca [...] y allí me instalé en una casa que había, solo. Un quintero con su familia vivía a 100 metros, que era el que me daba de comer. Yo decía misa en unas monjas del vecindario y leía todo el día -lluviosos, feos, invernales- a Platón, mientras revolvía en el mate la idea de escribir un libro, dudando entre una novela y un libro de metafísica. ^(x)

Pero no se vaya a creer que leía sólo Platón. Algo de esos días incluyó en una carta escrita a Hugo Wast, a propósito de su novela «Oro»:

Su gran cuento (porque cuento es, más vale que novela) lo he leído hace cuatro inviernos convaleciendo de una seria dolencia en una solita casa de la barranca de Martínez (F.C.C.A.). Eremíticamente solo, devoraba en aquellas húmedas y breves tardes frente al Río, no solamente su libro ORO, sino también Platón, el Conde Lucanor, Balzac, Santo Tomás, Belloc, Maritain y cuanto

condenado libro cayera en mis manos melancólicas. ^(x)

Sí, hay alguna diferencia entre este Castellani y el eufórico autor de «Candelaria» que cantaba loas allá por el '29. Pero en lo que no cambia, ni cambiará jamás, es que siempre será un impenitente lector.

¿Mencionó a Santo Tomás? Sí, bueno, Aristóteles también. Se ha metido en una cuestión intrincadísima que exige sesuda reflexión: en efecto, es en esta oportunidad que Castellani comienza a estudiar la cuestión de las relaciones entre la inteligencia y el gobierno, seguramente disparado en esa dirección por lo que considera un desorden esencial en la Compañía... y un texto de la Política.

Porque todo lo que hemos dicho acerca de la excesiva cantidad de clases con que han sobrecargado a nuestro autor, también se aplica, claro, al escribir. Precisamente por estos días, el P. Castellano le pidió a Castellani un artículo para *El Mensajero del Corazón de Jesús*, una suerte de boletín-revistucha casi tan feo como su título. Castellani anotó en su diario, indignado:

Consideran el escribir una especie de «gratia gratis data» que diera al hombre poder para producir sin trabajo, tensión, ni tiempo toda clase de cosas bellas, almismo tiempo que traban en otras cosas como cualquier otro.

Curar a los que tienen cargo de dirigir de ese imbécil error es una obra de misericordia. La primera. ^(x)

Esta obra de misericordia, «curar a los que tienen cargo de dirigir de ese imbécil error»... y de otros, le va insumir grandísimos trabajos. Pero ahí nomás, a fines de mayo de 1935 ya encontramos los primeros apuntes.

Puede darse y se da hartas veces que el inteligente carezca de otras cualidades de mando no por secundarias menos indispensables: energía continuada, constancia, dinamismo, actividad física, y aun buena salud.

En este caso entra en acción el habilidoso en estas tres posiciones:

1º. el inteligente se sirve del habilidoso, honrándolo, mientras éste se conserva en su puesto. Orden y marcha.

2º. el habilidoso gobierna sirviéndose del consejo del inteligente, honrándolo. Orden, pero no marcha. Conservación, administración.

3º. el habilidoso es torpe y egoísta: pretende explotar al inteligente en medro propio. Quiere que el capaz haga las cosas bien para él, mientras él manda sin dirigir, se agita sin trabajar, y disfruta de las ventajas del poder sin sus cargas reales. Desorden. Desvío. Estancamiento. Lucha sorda o ruidosa. Ruina o revolución.

Así lo opinaba Aristóteles en el 8º de la Política. ^(x)

Esa lectura le suscitará una larga reflexión con la que poco a poco Castellani iría armando la estructura de uno de los puntales de toda su obra.

La primera horneada de esa cocina que es su gran cabeza se reflejaría en un trabajo publicado seis años después: *La Inteligencia y el Gobierno*. En ese artículo Castellani pone en negro sobre blanco toda su doctrina sobre dos asuntos estrechamente vinculados que le conciernen directamente: si le corresponde al inteligente gobernar... y si le corresponde al inteligente obedecer.

Tomándola en esa forma simple, que está en una comedia de Tirso de Molina, a saber «¿Es mejor un rey tonto que un rey malo?», hay que empezar por preguntarse qué se entiende por tonto, puesto que ésta de la tontera es yerba de muchas variedades [...].

Si damos a tonto el significado de cortedad de ingenio «*tout-court*», es decir, pocos alcances naturales, mente poco amueblada,

de reducido campo lumínico, salen inmediatamente las siguientes notas caracterológicas:

Tonto= ignorante.

Simple= tonto que se sabe tonto.

Necio= tonto que no se sabe tonto.

Fatuo= tonto que no se sabe tonto y encima quiere hacerse el listo.

Insensato = tonto que no se sabe tonto, y quiere gobernar encima -o hacer que gobierna- a otros.

Esta última variedad es la tremenda...

Ya se ve que Castellani ha pensado alguna que otra cosa sobre los diversos tipos de bobos y su papel como gobernantes.

Desde luego, no hace falta demasiado esfuerzo para notar que eso nace de su experiencia en la Compañía donde ve que gobiernan los menos inteligentes y -por lo mismo- los inteligentes quedan sujetos a sus veleidades.

Y bien, ya vimos lo que les pasa, por ejemplo, a los profesores con vocación contemplativa... y por lo tanto, cómo fracasa toda una enorme empresa educativa.

Lo hemos dicho ya, pero digámoslo de nuevo: durante siglos la Iglesia tuvo una importantísima ingerencia en la educación de las clases dirigentes y de allí ¿qué salió? ¿Qué dio todo eso? Generaciones de anticlericales, de escépticos, de frívolos, o, peor aún, de santulones, católicos «de letrerito» como los llamaba Castellani... cualquier cosa menos lo que el país necesitaba.

Ésta es historia vieja: se sacaron de encima a los más inteligentes, los hombres del logos, los contemplativos... y el verbo no se hizo carne, simplemente porque no había verbo.

Esa esterilidad es manifiesta a cualquiera con mirada retrospectiva y se debe, cree Castellani (y creo yo) al esencial desorden que se produce allí donde los plebeyos se alzan con los mandos (un poco de historia lo muestra a las claras... lo que no impide que hoy mismo se reproduzca el error activista, una y otra vez).

Diez años después, él seguía reflexionando sobre el asunto:

Los hombres llamados prácticos (y hoy día dinámicos) dependen del contemplativo; y si se cortan de él, no hacen nada, a no ser daño, estorbo y desorden.

Vino la opinión escotista a separar los dos entendimientos.

Vino luego la opinión suarista de anteponer el práctico al teórico.

Vino después una especie de herejía práctica que hizo en la Iglesia, en las religiones y después en el gobierno civil que los prácticos se alzarán con los comandos, enviarán a los sabios a «enseñar», quisieran explotarlos incautándose de sus conclusiones sin conocer sus principios, o pidiéndoles recetas o sea soluciones *toutes faites*; y hasta se permitieron despreciarlos o perseguirlos.

El Obispo administrador sustituyó al Obispo teólogo; el militar o el demagogo sustituyó al Estadista [...]

Los resultados son funestos y están a la vista de quien ve. ^(x)

En una estructura rígidamente jerárquica como la orden jesuita, este estado de cosas podía volverse insoportable para alguno con libertad interior, sentido crítico y coraje para denunciarlo.

Algunos han dicho que Castellani -por eso mismo- nunca debió ser jesuita.

Pero él creía que lo que estaba mal no era propio de la Compañía y que su parecer tenía el aval de la más genuina tradición... jesuítica.

O, bueno, por lo menos, el aval de la tradición.

Así por ejemplo, el Doctor Común:

Tomás urge con energía sorprendente, calificando de «monstruosidad», de «desorden», de «aberración» que se dé el caso -helás, tan frecuente- de «uno que preside no por preeminencia intelectual», sino por brío de voluntad, dinero, violencia, color de falsa piedad, artimañas, vivezas o fraude. ^(x)

A Castellani lo dejaron patalear bastante por este asunto -escribió un sinnúmero de artículos en que alude al desorden que significa un gobierno de tontos- pero con eso no modificó el estado de cosas, precisamente porque un insensato en serio puede emplear un arma tremenda para mantenerse en el poder: el voto de obediencia. Con eso, sin demasiadas «contemplaciones» el superior «inferior» puede barrer al inferior «superior», lo que constituye, entre otras cosas, una permanente subversión. De allí que Castellani, en la segunda parte de este trabajo, se ve obligado a precisar el alcance de la obediencia, con recurso al mismo Doctor Angélico.

Santo Tomás precisa incisivamente estas fronteras de la ley cuando habla de la obediencia religiosa, la más rigurosa que existe. Es cierto que el religioso debe acatar el mandato jerárquico a ciegas *«perinde ac cadaver»*, como dicen que dijo Loyola; pero ningún hombre está dispensado de guiar su vida con sus propias luces ni puede obrar jamás si su intelecto no le pinta su acción en línea con la razón. Ningún voto del mundo puede dispensar a un hombre de tener conciencia propia, porque en eso justamente consiste ser hombre.

Y, seguidamente cita un texto capital que haríamos bien en no olvidar:

El súbdito no tiene por qué discurrir acerca del precepto del prelado, pero acerca del cumplimiento del precepto, eso sí, porque le concierne.

Es que cada cual está obligado a examinar sus actos propios a la luz de la ciencia que Dios le dio, sea natural, sea adquirida, sea infusa. Porque todo hombre está obligado a obrar según razón. ^(x)

Tomá mate.

Así, este asunto de la obediencia y sus límites será la contracara de la larga reflexión castellaniana acerca del gobierno de los necios y explica, en buena parte, todo lo que le ha de suceder de aquí en más. En efecto, huir al galope de un necio con poder será una de las lecciones que aprenderá a precio de sangre. Pero, claro, no siempre se puede; y menos que menos si te vincula a él un voto de obediencia.

Es lo que le pasa a Castellani: ve claramente que el que manda es un necio, y también que le debe obediencia religiosa, la más estrecha posible, tal como se interpretaba entonces en la Compañía.

Ahí está, entonces, el intrínquilis, una de las claves de su vida y obra. En efecto, ya en 1928 había puesto de manifiesto el problema en toda su dimensión:

Póngase usted en el caso de la abeja. ¿No tengo yo un instinto de volar hacia la luz? ¿Puedo desobedecerlo? No puedo. ¿No está ahí la luz? Ahí está evidentemente. Y sin embargo, cada vez que voy hacia ella, ella me da un golpe en la cabeza. ¿Cómo puede entenderse esto? ^(x)

En desfacer el entuerto se le fue buena parte de la vida. Y decir eso, «se le fue la vida», no es mera figuración. No sólo investigó el tema exhaustivamente, no sólo intentó conciliar los extremos de la conciencia libre por un lado y la obediencia religiosa por el otro: también llevó a la vida, a su vida, sus conclusiones, a riesgo de que se lo malinterpretara, a riesgo de quedar en perfecta soledad y que, últimamente, se lo expulsara de la sociedad que lo había criado. Sí, la «caridad de la verdad» (la expresión es de San Pablo) resulta a veces muy cara. Pero Castellani, por ella... por alcanzar la verdad, por entreverla, por decirla y propagarla, pagaría el precio que fuera. Siempre supo que ése era su camino, que no había otro y que cualquier otra vía era tentación, fraude y, últimamente, su perdición. Y como anticipara Nuestro Señor, el camino verdadero le resultó estrecho y angosto. ^(x)

El itinerario es conocido y Castellani lo recorrió paso a paso, una y otra vez: las verdades originalmente intuitas en un fugaz destello enceguedor; luego -tras la revelación-, advertía contradicciones entre lo que le fue dado ver y lo que hasta entonces sabía; ahí venían los primeros trabajos: en un segundo paso se lanzaba a estudiar los asuntos a fondo, confrontando sus intuiciones con todo el saber a su alcance. Por fin, y a veces después de muchos años de estudio y reflexión, lograba conciliar todo eso en una síntesis luminosa y reveladora.

Me dicen que en hebreo, verdad es «*emeth*», cuya significación primera sugiere lo definitivo, la estabilidad. Y es cierto ¿no? Pero no es menos cierto que en griego «*aletheia*» sugiere el correr de un telón, con énfasis en la progresiva revelación. Cristo habló de ambas cosas, a una: la verdad como camino y como meta y conviene recordar que cuando explica que El es la Verdad, el Camino y la Vida, no pretende que se separen esos términos.

Ahora, eso no quiere decir que el itinerario sea fácil.

Me he levantado del escritorio para ir a la cocina para hacerme la cenacha. Quise ir a oscuras, por no gastar electricidad (plan quinquenal), y me perdí. Andaba a tientas, con la mano extendida delante: así dice San Pablo que es la fe. ¡Qué tanta luz, qué tantos faros, qué tantas antorchas que han inventado los Bernárdez! Bernárdez cree que la fe es un faro. Me perdí, me metí en un cuarto vacío creyéndolo la cocina; y después estaba en la cocina, y me parecía el comedor. Pero yo sabía que andando con la mano delante, primero no me degollaría con el alambre de la ropa a secar y segundo, algún día encontraría la llave de la electricidad o la caja de fósforos, tan siquiera. Así dicen los teólogos que es la Fe [...].

Nosotros sabemos que la llave de la luz existe. Claro que antes de encontrarla en la cocina, metí dos veces la mano en la olla de la leche, y una vez el pie en el tarro de la basura, helás. Así también, me tiene que pasar en este mundo, antes de encontrar la Visión Beatífica -si es que ya no me ha pasado.

Meteré la pata en alguna basura, paciencia. ^(x)

A Newman le gustaba repetir como jaculatoria «Señor, que mis tinieblas sean la luz de los demás» y Castellani la habría repetido de buen grado. Porque la mayor parte de su vida anduvo en tinieblas, o, peor todavía, golpeándose una y otra vez contra la luz, como la abeja pesimista.

No: Castellani -en la augusta compañía de Sócrates, de Santo Tomás y de todos los demás- no «la tenía clara» como feamente se dice hoy en día; no estaba «henchido de claridades» y cada una de las

verdades que alcanzó le costó, bueno, esteee... le costó un ojo de la cara. Sin contar con que al formularlas se fue ganando dolores de cabeza, enemigos y toda clase de tribulaciones.

Como San Agustín:

Que se enfurezcan contra vosotros quienes no saben con cuánto esfuerzo se encuentra la verdad...; que se enfurezcan contra vosotros quienes no saben con cuánta dificultad se sana la mirada del hombre interior; que se enfurezcan con vosotros quienes no saben con cuántos gemidos y suspiros tiene lugar el que se pueda conseguir sólo un poquito de visión divina. ^(x)

Así debió santificarse Agustín, Tomás y todos los otros. ¿Por qué Castellani iba a ser excepción?

El fiel tiene que mantener todas las paradojas de la fe, que crean en él una tensión que a veces lo crucifica. Sin «a veces». Siempre lo crucifica, cuando la fe ha ingresado de veras en la vida. «*Crux intellectus*» decían los antiguos [...]

Interminable crucifixión interna, *Crux intellectus*. ^(x)

¿Dije «santificarse»? Ahí tenemos un ejemplo. No debe haber cosa más difícil de entender que esto de la santidad, y muchas de las definiciones que circulan con toda superficialidad («*levitas*», dirían los romanos) en los manuales de piedad, producen cierta repulsión, por su tono azucarado y meloso, falsificando los combates, las derrotas y la virilidad que en ello va.

En cambio, acerca de la santidad me gusta mucho lo que dijo Castellani, verdad en sí misma, pero, sobre todo, verdad vivida por él en plenitud.

Tanto que parece un retrato suyo.

Santo es el que habitualmente y en todas sus acciones consulta y sigue la voz del Espíritu de Dios que habita su conciencia. ^(x)

Ahí tenemos una semblanza del verdadero Castellani, de chico, de joven, ahora que es un hombre, más tarde cuando tenga la «topada» con sus superiores, al final de su vida cuando pasa los años como un ermitaño urbano. Ese es el «*tout*»-*Castellani* resumido en cuatro proposiciones para saborear con... con ocio.

¿Santo? ¿San Castellani? No, bueno, momento, no me apuren. Pero quizá mártir.

Como que esa definición de santidad la estampó en un libro que dio en llamar «*El Ruiseñor Fusilado*», adivinen ustedes por qué.

*

El primer pecado de un hombre suele ser una mentira, una de esas inocentes mentirillas para «zafar» de una situación, evitar una sanción, acomodar los tantos para no ser castigados. Y luego, mentira tras mentira, resulta muy duro, muy difícil, aferrarse a la verdad, cueste lo que cueste, caiga quien caiga... porque eso es como una locura, como una fe. Así entiendo yo mi Fe, ahora, qué le voy a hacer: creo en la verdad, antes que nada (por caso, se me ha sugerido «maquillar» un poco a nuestro autor. ¡Minga! Para eso, ni empiezo a escribir). Creer en la verdad, antes que nada, es como entiendo mi religión, no puedo concebirla de otro modo y así fui enseñado por estos grandes: Pieper, Castellani, Chesterton y algunos más. Eso supone, ciertamente, un salto al vacío; y no se ven sus beneficios a primera vista. Pero cuando uno renuncia a todo por alcanzarla, cuando uno no se deja influenciar por

conveniencias, razones de estado, prudencias y no sé qués, poco a poco se le van iluminando las entendederas... y calentando el corazón. Es que la Verdad no es una fórmula matemática, ni un mito literario, ni una fría conjunción de razones. No se parece a eso y no es eso. Mejor recordarlo una vez más: es Cristo mismo, con su presencia soberana, rigiéndolo todo, paseándose entre los hombre «con las capa verde de un prado o la capa gris de una montaña» (Chesterton). Ahora, si no pensara como Castellani, si no hubiese leído y releído a Pieper desde joven, si no me hubiese enamorado de este saber que uno se sabe... no escribiría este libro, compréndalo el lector. Y si el lector no creyese en eso, tampoco lo leería. ¡Vacate! Ahora, para llegar a creer que el ocio vale la pena, hay que regalarse con algo de ocio: no es tan fácil caer en la cuenta de que por alcanzar la verdad todo esfuerzo es poco... incluso el enorme esfuerzo de relajarse, de sustraerse prudentemente a las obligaciones cotidianas, de no dejarse vencer por el espíritu de cálculo burgués, combatiendo toda ansiedad, inquietud y solicitud terrena, dejándonos encandilar por esa luz que nos muestra el fin de todas las cosas. Y si por eso se nos acusa de vagos y mal entretenidos, paciencia, que si no entendemos esto nos perderemos en el camino y moriremos todos sin remedio. Lo dijo el que es la Verdad, la Vida y el Camino. Y es, créanme, una excelente noticia.

*

Capítulo XIX

PENSAR LA PATRIA

Buenos Aires

1936-1945

El país ha sido entregado a los malvados;

Él mismo tapa el rostro de sus jueces.

Job 9:24

Hoy muchos se mantienen adheridos a las ideas nacionalistas. Cuando yo vine de Europa era lo mejor que había aquí, las mejores ideas. Por eso empecé a trabajar en un diario nacionalista que era Cabildo, que luego se transformó en Tribuna.

Las ideas era lo mejor que había acá, pero... (x)

Sí, Padre, ¿pero qué? Bueno, ya vamos.

Lo cierto es que Castellani se integra a las filas nacionalistas con toda naturalidad y de allí que cuando se refiere a los nacionalistas frecuentemente recurre a la primera persona del plural. Sí, los «nacionalistas» eran una cantidad de tipos fuera de serie que nadie sabe de dónde ni cómo aparecieron en el horizonte cultural porteño, dotados de fuertes personalidades, con señaladas inteligencias -y la mayoría sabía escribir bastante bien.

Benítez supo contarlo con característico estilo.

¡A ver cómo lo digo con mansedumbre! En aquellos años, que corren de 1920 a 1935, sin insistir demasiado en la precisión de las fechas, no sé si por reflejo francés, o por contagio universal, o por aborrecimiento al pasado, o «por esa voluptuosidad de agredir las normas prestigiosas que sintomaban el arte antiguo» -como solía decir coturnado Ortega y Gasset-, o por obra y gracia de la euforia económica porteña, si no fue por majadería, por purísima y quintaesenciada majadería, salieron a campar aquí con cara de aparecidos y en nutrido grupo unos muchachos, que decían sus cuitas literarias en el Suplemento de La Nación, en el de La Prensa, en Sur, en Criterio de la primera época, en Número y en otros parnasos y antologías «*eiusdem furfuris*».

De esos muchachos, los unos (recuerdo a Anzoátegui, Zía, Ponferrada, Güiraldes, Bernárdez, Borges, sin agotar la cuenta), daban pruebas de talento que confirmaron después en obras de madurez. (x)

Hay más. Esa generación que describe Benítez estaba tremendamente politizada, muy influenciada por las ideas del último Lugones, el entusiasmo maurrasiano o fascista y la reacción intelectual católica de principios de siglo: Péguy, Maritain o Belloc, lo mismo da. De modo que los jóvenes porteños que recuerda Benítez abrigaban, sí, una fuerte vocación estética (aquí dominaba la literatura y la pintura) pero, claro, eso se alimentaba de una enorme inquietud por las cosas del país.

Nosotros, menos inteligentes que Lugones, hemos visto más cosas que Lugones; y sobre todo, lo hemos tenido a él de maestro; mejor dicho, de arriscado explorador y avanzada. (x)

Allá por el '35, cuando vuelve Castellani a la Argentina, son muchos y se destacan, cada uno de ellos, por su singular concepción de la Argentina, «*el país que se busca a sí mismo*», como felizmente intituló su obra Rubén Franklin Mayer (otro de los grandes de aquel tiempo). Sí, la lista de Benítez es muy pobre y, al voleo, pienso que habría que agregar a Ramón Doll, Leopoldo Marechal, Ernesto

Palacio, los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Bruno Jacovella, Enrique P. Osés, Tomás D. Casares, Arturo Jauretche, César Pico, Raúl Scalabrini Ortiz, los Ibarguren...

En 1938 todo eso estaba a la vista y Castellani lo podía celebrar con todo entusiasmo:

Hay un fenómeno en la actual inteligencia argentina que augura bien para nosotros, y es el enfoque del problema patrio como materia de especulación, con una seriedad y una emoción a que no nos tenía habituados nuestra literatura. ^(x)

Jóvenes, inquietos, como siempre han sido los jóvenes. Intelectuales, comprometidos con las cosas de su tiempo y de su patria, a los que Castellani espoleaba con genio de conductor.

No hay estilo de pensar argentino, somos copistas; y a esta hora debería haber un modo de pensar argentino. ^(x)

Muchos años después, Castellani evocaba con cariño la tarea entonces emprendida con tanto entusiasmo.

Si la Argentina ha de ser una Nación (almenos en la medida restringida en que eso hoy es posible), es necesario un esfuerzo largo y continuado, pues dos grandes desastres en nuestra historia han hecho de la Argentina un pueblo desdichado; -un esfuerzo cuyo comienzo y largada no puede ser otro que el «esclarecimiento» [...]

Esta tarea comenzó hace 40 años con la voz afiebrada de Lugones, y fue continuada por los elegidos de la generación siguiente, que han hecho su tarea; de los cuales unos cayeron, otros callaron y algunos se mantienen en la brecha. ^(x)

Sí, Castellani pertenece a esa «generación siguiente» a la de Lugones y, ahora que se acercaba a los cuarenta y ya era un hombre hecho y derecho, estaba en plena tarea: ésta de «esclarecer» que dice él (en la brecha estuvo hasta la muerte).

Véanlo, si quieren, a este jesuita que impone por su estatura, su pelo prematuramente encanecido, sus aires de tremendas certidumbres y escondidas sus dudas detrás de anteojos de fina armadura y aires de intelectual. En Buenos Aires, año de gracia de 1935, un cura así no podía menos que llamar la atención, como efectivamente concitó la curiosidad de Antonio Rego -años después pondría la librería “*Huemul*”- quien supo contarme cómo una vez lo vio parado en la esquina de Callao y Santa Fe.

Pregunta obligada del biógrafo a la pesca de algún detalle, de alguna cosa que no pasó a los libros: -¿Qué cosa, qué fue lo que le llamó la atención? Está bien que sí, que Castellani era un tipo fuera de lo común, extraordinario, pero... ¿qué vio Rego? Conversábamos en una tarde de invierno, don Antonio y yo, sesenta años después, a metros del lugar donde había ocurrido ese primer encuentro. Rego es hombre introvertido, que se toma su tiempo para contestar; revuelve el café, mira por la ventana, contempla mi cigarrillo con aire reprobador. Piensa, rememora, busca una respuesta. Al fin me contesta que los curas en el Buenos Aires de entonces tenían pinta de españoles o italianos o irlandeses o polacos:

-Nunca antes había visto a un cura criollo. No gringo. Argentino.

Un cura gaucho. Casi seguro que ya por entonces Castellani había comenzado a usar botas, capa, pipa y el cinto sobre la sotana, cosas todas que destacaban su altura, su porte y su singularidad. Sin dudas, Castellani ya era todo un personaje, un cura fuera de lo común.

Por algo le llamó la atención a Lugones.

Yo a Lugones lo vi muchas veces. Cuando yo vine acá lo felicité por una cosa que él publicó en *La Nación*, una especie de arenga o lápida sobre el 25 de mayo. El me contestó unas palabras y, entonces fui a verlo. Hablamos mucho.

Yo iba a la Biblioteca del Maestro, que él dirigía. Y no me dejaba hacer. Lo que yo quería eran apuntes para un libro de lectura para escolares, para escuela primaria. Iba allí para ver los libros que había, que eran los preferidos de los maestros, y tomando trozos de los mejores, realizar ese libro para los alumnos.

Y él no me dejaba hacer nada. Cuando yo llegaba me llamaba, me hacía sentar y empezaba a discurrir a todo lo que daba. ^(x)

No cuesta creerlo. Lugones tenía 61 años, Castellani, 35. El viejo poeta se había cansado de la política después de su última aventura -una fracasada gestión a cargo de la «dirección estratégica y doctrinaria» de un conglomerado de pequeñas cofradías nacionalistas entonces llamada Guardia Argentina-^(x) y en los últimos años se había refugiado en su trabajo en el Consejo Nacional de la Educación y allí, en la Biblioteca del Maestro, recibía a sus amigos.

Recluido en su despacho transcurre gran parte de la jornada. Suele allí trabajar, preferentemente en artículos periodísticos. La investigación y la tarea intelectual -de la que nunca habla- está reservada para la mañana, siempre en su casa. El recinto burocrático en cambio, servíale para recibir amigos y admiradores, pues sólo los íntimos acceden al privado. Trabajando en el Consejo, Martínez Estrada lo sorprendió una vez «en los malos tiempos de siempre, frotándose las manos ante la módica estufa, con la cabeza totalmente encanecida, su traje pulcramente aseado y raído de las tareas sedentarias». Fotográficamente captada, la escena describe la tríada final de Lugones: vejez, pobreza, frío. ^(x)

A veces pienso que de encuentros como éste salen las cosas que uno ni se imagina: algunas conversaciones entre dos o tres apasionados por las mismas cosas generan resultados enormes, aunque los frutos se destilen con cuentagotas, lentamente, escondida su fecundidad en vidas o generaciones extendidas a lo largo de varias décadas. Lo esencial es invisible a los ojos. Fíjense bien, después de todo, el cristianismo empieza con un hombre conversando tranquilamente con sus amigos en una apacible (y aparentemente inútil) caminata, al borde de un lago.

Y los ejemplos se podrían multiplicar, de tal modo que toda la historia de Occidente puede considerarse como el resultado de un tranquilo y reflexivo intercambio de ideas de hombres con hombres a la búsqueda de la verdad. Por supuesto, enfrascados en su conversación, los protagonistas de tales charlas rara vez caen en la cuenta de su importancia, que sino, capaz que prestaban más atención al interlocutor. Así, Lugones no sabía de los quilates que tenía Castellani.

En el Padre Meinvielle y en mí, Lugones no podía ver a la Iglesia; de mí no sabía ni siquiera que era cófrade, es decir escritor; y un escritor que había de continuarlo, según dicen hoy algunos -bastante dudosamente. ^(x)

Pero Castellani tampoco sabía lo que le pasaba al maestro.

En el último año de su vida Leopoldo Lugones me honró gratuitamente con su amistad y su confianza. Yo no me di cuenta del intenso -y aun tormentoso- trabajo intenso que entonces lo devoraba; y aún ahora me culpo deso. Cuando estando fuera de la Capital llegóme la noticia de su muerte voluntaria, no lo quise creer. ^(x)

Aun así, aun con esta recíproca ignorancia que se profesan, me gusta detenerme a contemplar este retrato que les propongo: Lugones, el viejo

profesor y Castellani el joven discípulo, conversando en la Biblioteca del Maestro. Está claro que a Castellani le gustaba oírlo y que disfrutaba de las peroratas del maestro con quien compartía una misma pasión por la poesía y una misma locura: la Argentina.

Es que lo de Lugones era contagioso.

Contesto ahora a la objeción o reparo de Vintila Horia, a saber: «La poesía de Lugones no nos sirve a nosotros porque no trae mensaje. Sirve para las aulas, para hacerla analizar a los colegiales, que aprendan allí la lengua, la métrica y el arte poético. No sirve para adultos del siglo XX». Vintila Horia no tuvo la experiencia que tuve yo desde mi juventud. La poesía de Lugones trae el mensaje de la Patria: explícitamente en sus tres últimas obras, implícita o tácitamente en todas.

Y a continuación, Castellani ventila uno de sus argumentos que dio en llamar «barrederos», esos que arrasan con un prolijo inventario de razones puestas en ringle para mostrar que sabe qué es lo que dice, que no es un macaneador, que ha pensado las cosas, que no da puntada sin hilo.

Trae el modo de hablar y de sentir del argentino, el paisaje argentino, las gentes de tierra adentro, las reacciones sentimentales argentinas, las bases subconscientes de nuestro pensar, las voces de la tradición histórica, los ecos de nuestra leyenda; y al final, la afirmación de nuestro cristianismo católico, apagado y bastardeado si se quiere; e incluso de aquella devoción a María Santísima que es timbre de cristianismo hispánico. ^(x)

Nunca se verá bastante la enorme influencia que tuvo Lugones sobre Castellani. Sólo el lector de toda su obra, a fuerza de reflexionar lo entreverá, especialmente por aquella extrañamente verosímil «aparición» de su fantasma que Castellani contó en La Muerte de Martín Fierro. En efecto, en oportunidad de viajar a Europa en el año '46, una noche de tormenta, a bordo del «N»,

Un fantasma me sacó

Désa especie de ebriedá

Ustedes duden quizá

Y piensen que fue soñao-

Pero aunque fuera inventao

Creamén que es la verdá.

Y fue que una noche oscura

Estando el mar peligroso

Sentao en mi castre astroso

Hallé al entrar las faciones

De don Leopoldo Lugones

El grande y el tormentoso.

Este fantasma se le queja amargamente de su suerte y destino y le advierte ceñudo al atribulado Castellani que se deje de embromar.

La patria que hemos amao

Ya no existe, no lo dude-

Nunca a sus hijos acude

Por servicios que hayan hecho-

No imagine algún maltrecho

Pasar donde yo no pude. [\(x\)](#)

¿Y bien? Castellani, como veremos, nunca le hizo caso. Recordarán el «cuarto voto» que había hecho en Europa, ése de quedarse, morir en el país, definitivamente. Algo de eso evocaría al decir que la Argentina le era propia no sólo por cuna, sino también por adopción.

Hemos elegido conscientemente la gloria y el dolor de seguir perteneciendo a este país enfermo. [\(x\)](#)

Gloria y dolor. El dolor será fácil de ver, pero... ¿la gloria? Puestos a revisar su obra, hemos compendiado -sólo entre 1935 y 1946- cerca de doscientos artículos, ensayos, prólogos y poesías, un enorme y continuo esfuerzo intelectual dirigido casi exclusivamente a las cosas del país y de la Iglesia, temas generalmente planteados en términos de teología, filosofía, educación, moral y política. De todos modos, cuando tenía setenta años y miraba lo hecho restrospectivamente, su balance no era muy optimista.

Mi propia experiencia es que la Patria me ha puesto al margen de sus movimientos, me ha hecho ciudadano de segundo orden, me ha cargado como escritor con la conspiración del silencio, me ha exonerado de mi trabajo cinco veces, y en algunos lapsos no me ha dejado ejercitar ninguno de los tres oficios que sé, o sea: sacerdote, profesor y escritor. Son oficios que estudié bien; y ha habido trechos en mi vida en que no podía ejercitar ninguno. Podía haberme agregado a la «emigración de los técnicos» pero no lo hice. Me quedé aquí. Incluso lo juré. [\(x\)](#)

Ahora bien, hay que ver que en Castellani la Argentina y la Iglesia, su patriotismo y su religión, no son sino una sola y única cosa, dos caras de una misma moneda.

Tengo la idea de que existe hoy día una vocación cuasi religiosa en el amor verdadero de la Patria; tesis que Santo Tomás no rechazaría y la Iglesia canonizó en Juana de Arco [...] La razón sería que amar a la Argentina de hoy, si se habla de amor verdadero, no puede rendir más que sacrificios, porque es amar a una enferma, cosa que no se puede hacer más que por amor a Dios.

Amar a una enferma... el analogado vale. Pongamos por caso que a alguno se le enferma la madre, o peor, supongamos que se vuelve loca; debe amarla igual o, si cabe, aun más. ¿Entonces? (No deje el lector que la ansiosa pregunta por el «qué hacer» le vele la vista, le tape la cuestión y lo deje sin reflexionar: primero, y antes que nada, hay que amarla. ¡Es tu madre!) Ahora, ¡qué país, mi Dios!

Un país sin jefe, un país sin poeta,

un país que se divierte, un país que no se respeta

un país corajudo y bravo para jugar a la ruleta.

«¡Qué Argentina al Sur, ni Argentina al Norte,

a mí lo que me agrada es bailar con corte!»

Un país que no sabe bien adonde tira,

un país que mira bizco cuando mira,

un país que ha consentido que lo nutran con mentira. [\(x\)](#)

Allí, en esa finísima hendidura que existe entre el deber de amar al país y el incontrovertible hecho de

que resulta muy poco amable -porque a veces incluso te destrata-, allí entra la Religión. 17 Tanto es así que a él se le ocurrió alguna vez hacer migas con gente sin religión para un proyecto... esteee, religioso. Eso se lo sugirió la lectura de Historia de una Pasión Argentina, advirtiéndolo algo superior, algo que trascendía el innegable bagaje liberal de Mallea.

Por encima o por debajo de la religión (de la expresión dogmática de nuestro sentimiento religioso) es posible una unidad entre todos los espíritus que sufren la Argentina actual; y lo que es más gracioso, esa unidad patriótica más que patriótica es de índole religiosa pura. [\(x\)](#)

Y aquí conviene detenerse porque Castellani va a aumentar la apuesta. Así como sostiene que no puede amarse al país tal y como es, sino religiosamente, ahora le agrega más al argumento, invirtiéndolo: tampoco se puede hablar de verdadera religión sin amor a la patria, fíjense.

Tengo la impresión vivida (y corrijanme si me equivoco) de que para muchos argentinos varones el único camino que nos queda a la vida eterna (hablando existencialmente como dicen) no es sino la pasión vigorosa y actuante del procomún argentino, conscientemente abrazada en fe y esperanza. [\(x\)](#)

Algunos años después lo formularía más enfáticamente por boca del «Cura Loco», ese personaje de *Su Majestad Dulcinea* que siempre habla a calzón quitado:

Yo estoy hecho de tal manera que no puedo amar a Dios sino a través de las criaturas, es decir, de los prójimos [...] Bien sé yo que los estados son cosas creadas -y creadas por el hombre por cierto- y que un día serán instrumento del Hombre de Pecado, Hijo de la Perdición. Pero mientras no me conste que ya todo está viciado y no hay ya resquicio a la esperanza, tengo derecho -tengo derecho porque tengo deber- de propugnar todos los valores humanos y culturales creados por la Iglesia del Occidente, y que llevan para mí el nombre de República Argentina. [\(x\)](#)

En otra parte lo formula en cifra:

Hay algunos que creen que no se puede rezar sino cerrando los ojos; pero otros rezan mejor con los ojos abiertos. [\(x\)](#)

El asunto merece destacarse porque ese amor a las cosas del país fue uno de los nervios centrales de su obra, de su empeño, de su concepción de la santidad. No es casualidad que haya traducido una y otra vez los famosos versos de Verlaine:

*Amar la patria es el amor primero
y es el postrero amor después de Dios;
y si es crucificado y verdadero
ya son un solo amor, ya no son dos.* [\(x\)](#)

Por esto, sólo por esto, algunos lo tenían a Castellani por «nazi». Y él se enojó, claro.

Así que díganle a Monseñor N.N., que dice que yo soy un nazi y un energúmeno, con todo respeto y amor, que si yo soy nazi por entrar en esta casa, en esta casa somos nazis blancos, no somos nazis negros. Somos nazis azulyblancos, los cuales nunca adorarán a la Nación como si fuese Dios, sino que amarán a Dios a través de su propia Nación; porque si no amas a tu madre a la cual ves, ¿cómo podrás amar a Dios al cual no ves? Para muchos de nosotros hacer Patria es sinónimo dese hacer Dios de que hablé al principio. [\(x\)](#)

¿Muchos de nosotros? Sí, bueno, como Jesucristo.

Siempre se puede amar a la patria, por fea, sucia y enferma que ande; y así amó Cristo a su nación, que era «una cosa de Dios» literalmente, y por propia culpa estaba por dejar de serlo; de modo que su amor era compasión; y así la obra de ese amor fue conminación y consejo, antes que fuera demasiado tarde; no le dijo requiebros sino amenazas, desde el borde abrupto que domina por el Norte la ciudad de Jerusalén.

Y lloró sobre ella. ^(x)

Conminación y consejo... digan si no. De ahí que Castellani entendía su religión en términos patrióticos y su patriotismo en términos religiosos.

La Argentina total como una unidad concreta no se ve sino a la luz del espíritu; y no se puede hacer nada por ella si no se la ve. El verla tal como es no resulta espectáculo halagüeño. Jesucristo lloró sobre Jerusalén. El verdadero patriotismo a veces consiste en llorar o apostrofar. ^(x)

Aunque claro, eso se las trae: quieras que no, con el talento que tiene (sobre todo cuando «apostrofa») los escritos de Castellani no pasaban desapercibidos y naturalmente muy pronto se vio involucrado en pareceres sobre cuestiones de estado, de la ciudad, de la «polis».

Así fue como lo acusaron de «meterse en política».

A la Argentina no la puede salvar la política, sino acaso la religión. Jesucristo ¿hizo política? Ud. ¿no es ministro de Jesucristo? Ud. debe olvidarse de la política. Todos los desastres de su vida se deben al haberse metido en política; y sobre todo con esos badulaques nacionalistas. Los nacionalistas no van a ninguna parte. Si a Sánchez Sorondo lo hicieran Presidente gobernaría peor que el peor de los peores. Ud. dedíquese a salvar almas y chao, etc.

Si este sermón no lo he oído una docena de veces, no lo oí ninguna. ^(x)

El ambiente liberal que domina los espíritus de nuestro tiempo ha hecho que se acuñe este fea locución de «meterse en política» como si fuera una tina, cuando, bien mirada la cosa, no se trata de «meterse» en nada. Un hombre de bien quiere a su país y piensa y siente que le incumben sus cosas, aquí y ahora: no se «mete» en nada; si le importa en serio su país puede, por el contrario, ser arrastrado a decir lo que le parece y si juzga que su palabra puede servir para algo, la dice, lo más alto que pueda. Desde luego, a veces para decir bien «alto» alguna cosa (que te oigan muchos) uno puede verse obligado a subirse a una tribuna o aceptar un cargo público o escribir en una publicación política, o lo que fuere; allí entra a jugar la prudencia, y si vamos a formular juicio en ese terreno, los timoratos, los burgueses, los que nunca se jugaron nada por la Argentina («yo argentino»), han sido, la pucha si no, la mar de imprudentes.

Acaso más que Castellani.

«Los curas no deben meterse en política». ¿Cómo dice? Según.

Si la política está amasando cosas temporales, como dice San Pablo, los curas no deben meterse -mas si la política toca cosas no-temporales (como la enseñanza religiosa o el divorcio) entonces deben meterse. Y siempre se han metido, gracias a Dios.

Los que no deberían meterse nunca en política son los socialistas. ^(x)

Ja. Pero hay que saber que él, Castellani, llevó estas ideas hasta la tumba.

En un último reportaje, a escasos meses de su muerte, le contó a Braceli un cruce que había tenido con su confesor.

Una vez su confesor le dijo: «Castellani, usted no piense más en el petróleo. Usted es religioso y debe pensar en Dios. Dios no come petróleo». Y él le contestó: «Dios no come petróleo, pero el diablo sí». ^(x)

No hay que olvidarse que, además, allá por el '36, cuando Castellani comenzó su «vida pública» se

desencadenó la guerra civil española, que repercutió virulentamente aquí entre nosotros. Los espíritus en el país se encontraban fuertemente divididos en este asunto, aunque el clero, naturalmente, estaba con Franco; sobre todo porque los republicanos habían tocado cosas no-temporales (además de los curas y monjas que liquidaron en masa).

Y todo el mundo entendió -comenzando por el Papa- que opinar sobre ese asunto no era «meterse en política». Castellani, no menos que los demás.

Habría que poder ver desde aquí (y es imposible) por qué una parte del admirable pueblo español (que se confunde con la esencia del catolicismo, según un escritor español) por qué una parte grande del pueblo pobre de España se puso de golpe a odiar a Dios, sañudamente a querer destruir a Dios, es decir los sacerdotes, monjas, templos, cálices, crucifijos, imágenes; las imágenes terrenas de Dios.

Dicen: -Los rusos que se lo enseñaron. Digo: -¿Y a los rusos quién les enseñó? Dicen: -Satán.

Digo: -¿Y a Satán quién lo soltó? [\(x\)](#)

Ahora, volviendo a lo nuestro, así como distingue cuándo un cura debe meterse en política o no, luego Castellani va a protestar una y cien veces que él no lo hizo.

¡Jamás me he metido en política, hacia la cual siento una repulsión casi fisiológica! Pero si todo el mundo, empezando por mi Provincial y acabando por mi sobrino, sostienen que yo me meto en política, soy capaz de acabar por llegar a creerlo ¡y meterme! [\(x\)](#)

En efecto, toda su vida, Castellani se la pasó tratando de hacer comprender que no era un cura politiquero, y que nunca se había metido en política. Y era verdad, y no era verdad, qué le vamos a hacer. Ya sesentón, al final de su carrera, ante el comentario de un feligrés a propósito de una de sus homilías («El P. Castellani ha muerto hoy, como político») Castellani recogió el guante.

Acertó, pero no en la fecha. Yo he muerto como político cuando nací. [\(x\)](#)

Bueno, pero acabáramos, Padre: ¿o acaso no fue Ud. candidato a diputado por la Alianza Libertadora? ¿Y no escribía en diarios y revistas políticas? ¿Y no introducía referencias a la situación política en todas sus homilías, libros y hasta comentarios al Evangelio?

Si eso no es «meterse en política» yo ya ni sé de qué hablamos.

La respuesta de Castellani -como en otros temas de envergadura- es paradójica y por fuerza parece contradictoria puesto que contiene un sí y un no sobre un mismo tema, como cualquier paradoja. Pero claro, espíritu distinguido como era, requería que se lo comprendiese con la difícil distinción de «modo», una especial atención a los adverbios, al «cómo» se hacen las cosas -algo que a los impacientes (ahí tienen el adverbio que les cabe) nacionalistas de su tiempo (y del nuestro) les costaba mucho, atados como se hallaban a las urgencias que, precisamente, se planteaban en el día a día... político.

Castellani dijo que había que meterse en política, se metió en política y luego dijo que no había que «meterse» y que él nunca se había metido; siempre se juntó con los nacionalistas y luego dijo que no era nacionalista, y así sucesivamente... Esto lo imponía, por una parte, la necesidad de hacer toda clase de distinciones; pero por otra, su espíritu sintético que lo hacía pronunciarse en forma un tanto enigmática, o, si lo prefieren, críptica.

Nada mejor para resultar perfectamente incomprendido por los impacientes de siempre. Es que, ahí tienen ustedes: un lector u oyente impaciente no tiene la «docilitas» ni el hábito intelectual necesario para distinguir en materia tan difícil. Además, Castellani se pronunciaba con su estilo sintético, humorístico y nervioso en aforismos que condensaban todo su pensar. Y los nacionalistas seguían sin comprenderlo. Y eso, hasta el final de sus días -y aun cuando escribo estas líneas... [\(x\)](#)

De todos modos él seguía formulando aforismos enigmáticos o, si consideraba que la oportunidad era buena, con distinciones del género analítico.

Justamente hace unos momentos estuvimos discutiendo con un amigo, el periodista Nielsen, acerca del Nacionalismo. Convinimos en que la teoría y la práctica del nacionalismo es buena y la mejor que hay en la Argentina, o sea la única que merece consideración.

Pero debo aclarar que en la práctica, yo no soy nacionalista en un sentido partidista. Para mí, el Nacionalismo no es un partido político. En la práctica hay personas dignísimas y de mérito y son nacionalistas; y hay otros nacionalistas que no son apreciables o porque lo son sólo «de palabra» o tienen fallas morales muy grandes. [\(x\)](#)

Hasta aquí los hechos, difíciles de conciliar de manera consistente. Por eso, también yo me siento inclinado a intentar esclarecer la paradoja introduciendo aquí otra distinción, esta vez entre «política», con «p» minúscula, y «Política», con «P» mayúscula, la cual sería una suerte de descenso a la arena sin perder de vista los fines más elevados que inspiran a bajar al lodazal.

Pero querría ser honesto y no voy a engañar al lector con logomaquias: mejor, tratar de desentrañar por qué nuestro autor dice una y otra cosa.

Para la mayoría de los nacionalistas de mi generación, «nacionalismo» era simplemente «catolicismo».

Claro que había también sonsos y sinvergüencitos; y, sobre todo, muchísimos defectos. [\(x\)](#)

Veamos si podemos ceñir el asunto y ponerlo en negro sobre blanco. En primerísimo lugar hay que asentar aquí que en buena doctrina católica la política depende de la moral y que de ella nunca puede emanciparse, jamás de los jamases. Es más: la política tiene que estar al servicio de la moral y si no lo está... no sirve de nada.

Sería como dar puntada sin hilo.

La aguja pasa y queda el hilo. Lo político pasa y queda lo moral. Pero si la aguja no tiene hilo, la aguja pasa y no queda nada. Claro que no se puede coser sin aguja; pero muchos menos se puede coser sin hilo. [\(x\)](#)

Castellani nunca dejó de ver el orden de prelación entre la moral y la política. Lo que no quita que siempre subrayó la enorme importancia de la política como el terreno donde se ponen en juego todas las cosas.

En medio de este batifondo, tenemos que hacer nuestra salvación cuidadosamente, al modo que el artista con los materiales a su alrededor hace su obra, adentro de sí mismo, primeramente. No hay nada que no pueda servir, si uno es capaz de pisarlo, para hacer escala a Dios. [\(x\)](#)

Por eso, en cierto modo, nadie puede impunemente desatender la política

de lo cual todo depende, aun lo religioso en cierto sentido, «*materialiter*». [\(x\)](#)

Bien comprendido esto, se entiende por qué Castellani habló alguna vez de la necesidad de una política religiosa para el país:

Es algo mucho más amplio y profundo que una política eclesiástica, no digamos nada de una política clerical, que es su falsificación y contrahecho [...]

La política clerical es más fácil y más cómoda. La política religiosa, como no es otra cosa que religión en el fondo, tiene implicada toda clase de penitencias, humillaciones, riesgos y amenazas de martirio, así como tiene la promesa divina del júbilo y del fruto. ^(x)

Y así se entiende en qué términos él abomina de la política que llamaríamos «institucional» como si fuera una técnica para hacerse con el poder y no una suerte de ministerio sacerdotal en el que uno se sacrifica en la mediación entre el país y el bien común.

Su arquetipo de patriota ha sido figurado en uno de los personajes de Su Majestad Dulcinea, cuya conversión comienza justamente con la percepción de que el país estaba siendo aniquilado por sus enemigos, y que no había nada que hacer; Dulcinea, la Patria, era una causa perdida...

como una mosca parada en la platina de una inmensa maquinaria que rodaba imperturbablemente llevándola con precisión fatal a ser aplastada. Entonces sintió como un choque en toda el alma que lo hizo como tambalear: se rebeló contra la maquinaria, y se puso de parte de Dulcinea.

Era el choque del criollo que ve que se está peleando con ventaja, el impulso irresistible de ponerse de parte del débil, sea quien sea: «... *Cruz no consiente - Que se mate así un cristiano*». Las brumas de su mente se disiparon y del tembladeral de su voluntad brotó una especie de impulso inmenso total y definitivo de consagración e inmolación, de ser en adelante una sola cosa, clara y límpida como una espada: el servidor incondicional de Dulcinea, su guardia de corps, su perro fiel, sin pedir nada en retorno. Adondequiera que fuera y cualquier cosa que hiciese.

Sabía que ella tenía que ser derrotada, pero él sería muerto primero. ^(x)

Ahí ven ustedes: para Castellani la política no puede hacerse de modo programático o, si lo prefieren, «institucional». En primer lugar, porque las circunstancias no lo permiten, qué le vamo' a hacer. Después de Chapultepec, Castellani escribía que

Es muy posible que bajo la presión de las plagas que están cayendo sobre el mundo, y de esa nueva falsificación del catolicismo que aludí arriba, la contextura de la cristiandad occidental se siga deshaciendo en tal forma que dentro de poco no haya nada que hacer, para un verdadero cristiano en el orden de la cosa pública. ^(x)

En ese mismo orden de ideas, Castellani responde con infinidad de matices al monótono, ansioso, acédico, y muchas veces demoníaco «¿Qué tenemos que hacer?». Aún cuarenta años después, los nacionalistas no harían mal en releerlo.

En concreto, hacer todo el bien que uno pueda alrededor suyo, a corta distancia, lo que está a mano, sin embarazarse de grandes planes, de grandes empresas, de grandes proyectos, de grandes revoluciones [...] Eso llamo yo acción nacionalista a corta distancia, acción de raíz y no de hojas. ^(x)

Es que él creía que en ningún caso se puede desvincular con provecho la política de la moral, mal que le pese a los liberales -y a los nacionalistas «piolas».

Es certísimo que la política es dependiente de la moral; pero no de la moral formalista y agarrotada de los teorizadores [...] sino de la gran moral viva, capaz de ver no sólo la forma, sino también la materia de las cosas humanas. Ni tampoco el mero conocimiento teórico de la moral imparte de suyo al hombre el «habitus» de la técnica política; y mucho menos la «inspiración» concreta, infalible e instintiva que es la madre de las grandes realizaciones políticas. ^(x)

Por eso, aunque suene un poco ingenuo -y aquí la médula de su pensamiento- Castellani nunca dejó de ver las implicancias personales que tienen la política y la moral.

¿Y cómo se hace la restauración moral?

-Mucho preguntas, Sancho: ése es el tema de otro artículo. Pero por de pronto, moralízate tú, el que estás leyendo esto, antes de querer moralizar a los demás a la fuerza. Tú... aunque seas Comisario Investigador y émulo del mismísimo Mahatma Ghandi... [\(x\)](#)

Ahí tiene uno como para pensar durante el resto de sus días. Que es exactamente lo que él hizo.

La política es la política, una cosa que tiene mucho de juego de azar, y a veces, con tahures. La política no ha hecho este país; empezó aquí cuando el país estaba hecho: el político profesional aparece alrededor de 1810 [...]

A quien lo considere un momento, es manifiesto que la política fue bautizada por el cristianismo en la antigua Cristiandad. De suyo, ella es una criatura salvaje. Así como la Iglesia desinfectó la concupiscencia [...] encinchándola en un sacramento; así se aplicó a dar inyecciones de moral y aun de teología a esa tarea bárbara y peligrosa que es el mando. Mas hoy día con el neo-paganismo, la política retrocede a su origen beduino; como si dijéramos, al mono. [\(x\)](#)

No, Castellani nunca se metió en esa «política» que sólo busca el mando, esa carrera de ratas donde reina la ambición, la concupiscencia del poder, las pequeñas «cotteries» de café y reparto de virtuales cargos y pese a que bajó al ruedo más de una vez, siempre se mantuvo cuidadosamente al margen de las miserables disputas en torno a circunstanciales lides por este partido o aquel otro.

Y nadie lo entendió.

Los liberales creían que se metía en política y que no debía. Los socialistas que Castellani se metía de teocrático y fascista que era nomás. Los nacionalistas que se metía pero no lo bastante, y que «jugaba solo». No lo entendían, y él, como ya hemos dicho sólo recordaba una y otra vez que la «política» no debe desvincularse de la moral, la cual a su vez pende de la Teología.

Con el tiempo -y con la experiencia- iría distinguiendo cuidadosamente entre una cosa y otra.

«El hombre religioso no se inmiscuye en asuntos temporales»... -este efato de San Pablo se ha vuelto de contenciosa actualidad.

Hay una confusión sobre esto hoy día en nuestro país, a la cual hay que resistir; y no puede uno andar por ahí arreglando las cabezas una a una -en el supuesto caso de que «ellas» deseen arreglárselas; porque de hecho «ellas» (muchas de ellas) no lo desean. Esta confusión versa sobre el dominio político y el religioso; no se ven claras sus diferencias, porque no se ve tampoco su unión; es decir, la intersección, coyuntura o lugar de junción [...]

Esta confusión no es nueva, personalmente nosotros la conocemos desde los 13 años. El liberalismo demagógico o «democratismo» la creó. [\(x\)](#)

Sí. El liberalismo cree que lo temporal y lo eterno no se «tocan» en ningún punto, y ese veneno generó dos «tipos» religiosos igualmente abominables: de una parte, el «tipo» de cura desencarnado y completamente al margen de las cuestiones del país; y de otro, el otro «tipo», es el «movimientista para un mundo mejor» o el «tercermundista» o lo que fuere, que se volcó a esos asuntos temporales olvidando su sacra misión y desoyendo lisa y llanamente la advertencia paulina de no dejarse enredar en los negocios del mundo (II Tim. 2, 4).

Todo este barullo de tercer mundo, curas progresistas y democracia cristiana es pura política, mezclar religión y política o querer usar la religión para arramblar votos. [\(x\)](#)

«Enredar» es verbo apropiado: no siempre el evitar enredarse significa lisa y llanamente tomar distancia, alejarse, dejarlo de lado, como proponen los liberales que engendraron al católico burgués... y, por reacción, al católico socialista.

Hoy día dicen que “la Iglesia debe ir a los obreros”. La otra semana recibí una carta que dice eso; y añade “separarse de la oligarquía”. Es un buen cálculo político, aprendido de los que saben política: los obreros son muchos y son votos. Pero Cristo no veo que haya hecho eso. ¿A quién fue Cristo? A todos. Al que quisiera oírlo. Al que no se escandalizaba de él. «Y dichoso aquel que no se escandalizare». Cristo no hizo agitación social. Que la mayoría de los que lo seguían eran pobres, ése es otro asunto: eso pertenece a la primera bienaventuranza. ^(x)

Pero mucho más que el «tipo» tercermundista, le irritaba el otro «tipo», el burgués-beatón-burro que se sitúa «por encima» de esas «nimiedades» o «banderías» y al que Castellani le dedicó innumerables dardos, críticas, ironías, anatemas y maldiciones.

Y bromas.

Como individuo particular, yo podría salir a la puerta de calle y con el sombrero en la mano, dar a todo el que pase las gracias porque me deja vivir; pero como depositario de un quehacer, para el cual me hizo el Hacedor, el sentimiento de abominación se apodera de mi alma y sube a mis labios la palabra «*Anathema*» [...]

Pero Jesucristo nunca maldijo. ¿No? ¿Está usted seguro? Pero la verdad es que si yo maldijera, no sería como Jesucristo, sino como José Mármol. Por lo cual me guardo de maldecir; salgo a la puerta con el sombrero en la mano (ahora que no se usa más que para pedir limosna) y doy las gracias a todo el que pase, etcétera. ^(x)

El genial «etcétera» del final exhibe el esfuerzo didáctico con que trata de alejarse de uno y otro error. Mas, como decimos, es el católico liberal, el desencarnado, el que lo saca de quicio. En primer lugar, detestaba eso que llamó en algún lugar «devoción esenciaria» y que consiste en quedarse en las cuestiones trascendentales olvidando las terrenales, donde se juegan.

Castellani siempre supo esto, así como se lo escribió al P. Meinvielle, allá por la década del '40 (y es de notar que para decir lo que sigue firma como el cura Brochero):

Hay que empezar a predicar derecho viejo que la usura es pecado mortal, y que el usurero pierde su alma, si la tiene, y todos los que al usurero ayudan [...]

Claro que para eso hay que ser santo. Pero no crea a los que dicen que hay ser santo «primero»; ese primero es un engaño del mandinga. Hay que ser santo al mismo tiempo, haciéndose santo en el mientras, porque en el camino usted sabe se acomodan las cargas; y el que quiere volverse santo primero de ponerse a servir a Cristo con la pobre y perra alma llena de pasiones que uno tiene, ese no llegó a santo nunca.

No haga mucho caso a los libros franceses de espiritualidad fina. Siga a San Ignacio, a nuestro padre Francisco Solano. ^(x)

Aquí, como hemos dicho, los sacerdotes, en su enorme mayoría, eran gringos, o gallegos o irlandeses o lo que fuera, pero no entendían al país ni, acaso, les importaba. Y los argentinos que se había formado en total dependencia de ese modo espiritual y anímico que hemos dado en llamar «ascesis del '900», se encontraban inhibidos por eso que Castellani identifica como «libros franceses de espiritualidad fina».

Es que hay que saber que no hay lo uno sin lo otro: una espiritualidad errónea ahoga las virtudes más sencillas, más simples, más naturales. Una espiritualidad errónea siempre termina en antinatural menosprecio de las cosas naturales y su nota distintiva es que crea tipos humanos temibles.

Aquí entra en juego el humor: la nota distintiva del hombre bien colocado es precisamente que tenga, buen humor. Claro, una espiritualidad esenciaria, sobrenaturalista y desencarnada, termina con toda alegría.

Y también termina con el patriotismo. Insisto en esto, porque me parece que pasa desapercibido: por algo los curas nacionalistas que hemos conocido se han caracterizado siempre por su humor. Me refiero, claro, a esos criollos que aparecieron parmi nous diciendo lo suyo al precio que fuera (pienso en Castellani y el primer Benítez por los jesuitas, los frailes Mario Pinto y Amancio González Paz por los dominicos, Vallejo por los franciscanos, y por el clero secular, Meinvielle, Ezcurra y tantos más). Desde luego, no todos pensaban igual en todos los temas -nadie más gorila que Pinto, nadie más peronista que Filippo, por ejemplo-, pero sí tenían en común ese fervor argentino y, a diferencia de los otros, jamás renunciaron a una perspectiva sub specie aeternitatis de todas las cosas.

De esta común raíz, sale que estos curas gauchos tenían otras características análogas: todos ellos (y algunos más que injustamente olvido) fueron sistemáticamente cercenados por los obispos y superiores que no querían lola, todos estaban acostumbrados a pelear hasta el fin por causas perdidas, todos le tendían la mano al vencido, y ninguno se dejaba vencer por la tristeza.

Ahora, a medida que se consolidaba el más completo triunfo del liberalismo en el mundo, se hacía cada vez más y más «políticamente incorrecto» que un sacerdote católico dijera su parecer en las cosas del país, allí donde el verbo se hace carne (y Mons. Franceschi se fue acomodando a los aires que soplaban). Y claro, en la Argentina, los católicos liberales eran amigos del Gobierno. Pero, a ver si se entiende bien: de todos los gobiernos.

El vulgo resume la situación de este modo: para salvar las almas se necesitan muchos sacerdotes; para muchos sacerdotes se necesitan muchos seminarios; para muchos seminarios se necesita mucha plata; para mucha plata se necesita la liberalidad del Gobierno; para eso hay que andar bien con el Gobierno, con todos los Gobiernos, hagan lo que hagan y vengán de donde vengán [...].

Que la Iglesia necesita bienes temporales, es cierto, pero los bienes de la Iglesia no son el Bien de la Iglesia.

Que la Iglesia debe respetar los gobiernos legítimos es indudable; pero mucho más debe respetar, naturalmente, la palabra de Dios y su misión propia, que no es sino repartirla. Que la Iglesia «no debe meterse en política» o, como dijo recientemente un prelado, «que lo espiritual no debe entrometerse en lo temporal» podrá ser cierto; pero uno de los peores modos de meterse en política la Iglesia es no tener más política que la del Gobierno y bendecir todo lo que los poderes de este mundo, para tenerlos contentos, nos meten por delante. «Fornicar con los reyes de la tierra» llama esto la Escritura. ^(x)

Ya por el año 1953 Castellani, que había quedado marginado de toda actividad oficialmente católica, podía denunciar este estado de cosas con toda franqueza -y todo su talento. Aunque hubiera que decírselo al Nuncio, qué tanto.

Los unitarios liberales se enojan con el arzobispo Escalada porque «cedió a Rosas», dicen. Los pastores que lo sucedieron no cedieron menos sino mucho más a los gobernantes unitarios liberales.

La continua agachada y achicamiento de las autoridades eclesiásticas ante las autoridades políticas es la causa de la decadencia de la Iglesia Argentina. ^(x)

(Dos años después, cuando el mismo nuncio le informaba a Pío XII sobre la quema de Iglesias en el Buenos Aires de 1955, el Papa hizo una sola pregunta: -Y bien, ¿cuántos mártires? El Nuncio, como ante la carta de Castellani, se quedó mudo).

Por eso, la historia muestra que cuando Castellani juró volver al país, no fue cosa de poca monta: lo hizo para pelear por él, no para refugiarse en los cómodos nichos que le ofrecía la Compañía en el Colegio del Salvador o en una revista beata como por entonces era Estudios. Muy pocos años después, Castellani describía su propia misión y los términos en que la entendía.

Dios lleva al hombre por muchas vías, no muy llanas a veces, y no siempre las más llanas son posibles o seguras a todos [...] Preguntará alguno por qué leo libros políticos y escribo en un diario político, si por ventura eso es necesario para bautizar o confesar. A mí en Roma me han dado un título de maestro. Yo no soy divulgador de fórmulas remanidas, yo soy un doctor en Teología, o sea un hombre que debe ver la Teología en la realidad y no sólo en los libros -si quiere salvar su alma-. ^(x)

Es que no se puede pensar en esa realidad del país si nos marginamos de la política y la historia; allí está, «in fieri», «in the making» como dicen los ingleses. Claro que la tentación de dejarlo todo, de desesperar, de dejar caer a la Argentina en su propio macaneo, era grande y él conoció bien el largo y tedioso combate que hay que librar a diario contra la permanente letanía que le soplabá al oído «es inútil, es todo inútil».

Como cuando los yanquis se decidieron a liquidar Hiroshima y Nagasaki con su arsenal nuclear.

¿Para qué seguimos? ¿Para qué seguimos? ¿Para qué obstinarse frente a lo imposible? ¿No dice la Escritura que hay un tiempo de hablar y de callar? ¿Y no es tiempo de callar cuando una histeria colectiva hace inútil toda argumentación o consejo, cuando las fuerzas ciegas de la materia tienen su hora y están decididas a aprovecharla? ¿Qué podemos hacer nosotros contra la bomba atómica?

Seguimos hablando para que siga respirando la patria. Mientras habla una nación, no está muerta; aunque esté con el alma en un hilo [...]

Chesterton dijo que es necesario existan sacerdotes para recordarnos que hemos de morir; pero que deben existir otros sacerdotes para recordarnos que todavía no estamos muertos. ^(x)

Para peor, él sabía lo fácil que es vivir en este país a sus expensas -y nada más.

¿Qué gran tierra es para vivir la Argentina para los que no aman a la argentinidad! ^(x)

Claro, ¿quién no conoce a esa legión de hombres y mujeres que se han instalado al margen de la realidad, del país real, de la miseria o el sufrimiento o las carencias de sus compatriotas? Refugiados en los «countries», en los clubes, en sus trabajos para extranjeros, en un circuito social donde los entretenimientos y la conversación, las lecturas y las inquietudes no rozan siquiera al país verdadero; sus vidas artificiales, construidas sobre el molde de un diplomático extranjero o un banquero de alguna institución financiera internacional, está entretejida de snobismos y valores, lenguaje y estética, ¿cómo decirlo?, anargentina.

Por el contrario,

La pobreza nos pone más cerca de la Realidad; de la realidad mística y religiosa, que es la realidad última y más duradera; la realidad más real. ^(x)

Pero comprender y querer a este país, poniéndole a su servicio toda la inteligencia -teniendo la posibilidad de usar sus recursos para olvidarlo todo, desatendiendo su suerte-, es vocación casi de mártir, que es lo que Castellani, con toda lucidez, eligió.

Yo estoy viviendo cansado del liberalismo, y la mayoría de mis compatriotas no está cansada, mas se espera que lo estará algún día; estoy pues viviendo adelantado. ^(x)

Adelantado, con la nobleza de los Adelantados, pero solo. Una locura, seguro que sí.

Y lo peor de todo es que yo (nosotros) no quiero dejar de estar medio loco, mientras el mundo esté como está. Tendría vergüenza de ser feliz [...] me repugnaría tener un jardín con flores, una guitarra y un caballo -o un auto-móvil con muchos bonos-, viendo al mismo tiempo la imagen que hace hoy la tierra y la figura que hace nuestra tierra.

Y ahora sí que estamos hablando... de mística. Por aquello que Castellani dio en bautizar como «la colusión metafísica entra la pobreza y la realidad mística».

Mientras el Universo esté como está, prefiero estar sin Dios en el corazón, porque es evidente que Dios no ha sido hecho para mí solo.

Aunque, bueno, claro, no deja también de ser una bienaventuranza.

Mientras yo sufra penurias, al menos estoy seguro de consonar con el conjunto y de no ser una nota falsa. ^(x)

Nos recuerda lo de Confucio, indignado con un chino porque éste decía que la pasaba bien, siendo que el país era un desastre. No, Castellani prefería la muerte antes de desentonar con lo que es y años después supo ponerlo en un largo analogado musical:

El que una nota falsa pueda herir de muerte a un pobre músico... Eso es loco. ¿A quién podré escribiendo persuadir que un hombre cuerdo muera por tan poco? ^(x)

Sí, Castellani se vuelve loco por vivir a fondo, en sintonía con las víctimas de un país que se corrompe, que falsifica su tradición, que da de mano alegremente todos los bienes que recibió.

Y abomina de la «cordura» que profesan los que viven falsamente. Los argentinos que debieran ser clase dirigente están completamente desconectados de su país desde hace mucho y, quizá por eso, vuelta a vuelta se sorprenden cuando éste asoma la cabeza, en forma de rebelión de las masas o de explosión social, lo mismo da. Desde luego, después de ciento cincuenta años de esto, casi no quedan rastros del país y con el auxilio de poderosas armas tecnológicas y la revolución de las comunicaciones los dueños del mundo han prácticamente consumado su proyecto de destruir las tradiciones nacionales: están muy adelantados en esto incluso en Europa donde el peso y la riqueza de sus tradiciones aun mantiene una semblanza de civilización... (Jorge Ferro dice que es mejor contemplar la decadencia de Occidente desde Zürich que desde Ramos Mejía). Imagínense qué fácil les resulta este paisucho dominado desde 1853 por el cipayismo unitario.

Castellani lo dijo de todas las maneras, y también en verso.

Una cosa me aflige, me enerva y descabala

que de los liberales la causa es muy remala

y la defienden bien. Y por ruindad fatal

la nuestra, que es la buena, la defendemos mal. ^(x)

Promediando la década del '30 Castellani formaba parte de un interesante grupo de inteligencias argentinas que se aplicaban a ver si de entre su historia y sus luchas, sus vestigios y raza, su sino y su carácter, se podía inferir cuál era el destino providencial para esta tierra -si acaso lo tenía. Cuestión difícil, seguramente, pero para eso se hicieron las grandes inteligencias: para sufrir y pelear y volver

a levantarse y volver a caer en la búsqueda de lo que fue; para entender lo que es y de allí, con suerte, acertar a decir qué debiera ser, o sino, amenazar con lo que será.

Claro que en ese tipo de empresas -de un modo u otro- se te va la vida. Castellani no perdió la esperanza, pero lo sufrió en forma de lento martirio; Lugones desesperó y prefirió terminar de repente, en 1938.

Cuando Ricardo Rojas se enteró del tremendo suicidio intuyó algo así:

Estamos viviendo el drama del alma criolla, y Lugones había llegado a sentirlo de un modo patético. ^(x)

Todos los que querían a este país no podían dejar de quererlo a Lugones también. Y todos, cuando su muerte, pensaron que Rodríguez Larreta había acertado -misterios del vate- a decir lo que había ocurrido:

Tú, destructora tierra, tú misma lo has matado.

Pero Castellani lo vio mejor que nadie.

El suicidio de Lugones fue una gran desgracia; para él, para mí, para ustedes y para todo el país; y es hasta hoy un enigma...

Si yo dijera que sé por qué se mató Lugones, miento [...]

Puede ser que el secreto de la muerte de Lugones esté contenido en esta frase un poco sibilina: «*Es menester una humildad grandísima para no desesperarse en un hombre capaz de ver a la Argentina actual por dentro*»; y Lugones era capaz de ver a la Argentina actual por dentro. ^(x)

¿La Argentina por dentro? Para eso, claro, es menester que el país se le haga carne a uno de modo que al mirarse en su propio interior vea al país que es. Ésa es la única manera de amar a la Patria, «porque nos duele» como decía José Antonio. Así Lugones, así Castellani.

Así fue siempre el destino de los patriotas: enfermos, candidatos al pelotón de fusilamiento, al suicidio... o a la locura.

Su enfermedad era ridícula, eran pequeños achaques sin importancia; pero sin embargo para él era una enfermedad grave aunque no fuera más que por el efecto devastador en su espíritu. Era como un signo permanente del abandono interminable de Dios: la espuela que despertaba sin cesar la desesperación de su amor. Era un gran secreto, una enfermedad secreta: no podía decirla a nadie, desde que notó que lo tomaban en seguida por «enfermo imaginario» o hipocondríaco [...]

Por eso, lo mejor para él, y quizá su deber, era guardar absoluto silencio acerca de sí mismo -que es al fin y al cabo la primera regla de la virtud de la modestia- porque hablando de sí indefectiblemente tenía que mentir; y sin embargo hablaba continuamente de sí mismo, y era inevitable, puesto que no sabía otra cosa: no creía en nada que no hubiese pasado por él. ^(x)

No creía en nada que no hubiese pasado por él... Bien, habrá que saber que pasó por él, sobre todo, el país y la Iglesia. Este conocimiento connatural de la Argentina y de la Iglesia se le volvió llaga doliente, larga crucifixión y experiencia casi incommunicable. De aquí la «enfermedad» y el genio de Castellani. Ya mucho más viejo, podía formular la idea más precisamente:

Para percibir la miseria de nuestro estado, ya no político sino humano, yo no necesito sonda. Cómo me fue en la Compañía de Jesús me informa sobre la Compañía de Jesús; cómo me fue en la Iglesia me informa sobre la Iglesia; cómo me va en el país, me certifica del estado del país, mejor que cualquier información externa. ^(x)

El lector avisado irá viendo por dónde Castellani se ganó el mote de «cura loco» ¡y cuán difícil resulta comprenderlo! Claro que no todo sucede tan repentinamente, y fue poco a poco que los enigmas del país y de la Iglesia se le irían metiendo en lo más hondo del alma, a fuer y medida que iba librando (y perdiendo) sucesivas batallas: el derrotero de su vida religiosa.

Comenzando por la de la educación. Ya hemos visto que eso a Castellani lo tenía preocupado y no era el único.

Lugones era perfectamente consciente de esto y no cesó de repetirlo durante toda su vida. Por ejemplo, poco antes de morir me dijo a mí personalmente: «La educación argentina va continuamente decayendo; vea Ud. por ejemplo, antes yo les indicaba tranquilamente a los maestros que vienen aquí a pedirme bibliografía, libros en francés o en inglés; ahora no aceptan ningún idioma e incluso de un libro italiano le preguntan a uno “¿No hay traducción?”». Doy fe de que son palabras textuales del Director de la Biblioteca del Maestro. ^(x)

Medio siglo después la palinodia se nos antoja ingenua, por decir lo menos. ¡Si Lugones hubiese sabido en qué terminaría la educación argentina (inglés -comercial- y computación -para la destrucción de la lengua castellana-)! Castellani, en cambio, lo sobrevivió muchas décadas y vio cómo no se arreglaba nada, empeoraba todo, y como este país tendía a desaparecer del mapa.

Pero, claro, eso no lo sorprendió, como que sabía que la suerte de una y otra corrían parejas. Por eso, hay que comprender que para Castellani las cuestiones de educación, de política y las referentes al país son tres ventanas que miraban a un solo problema de dimensión religiosa.

Por eso se vio envuelto en lides políticas, y porque no concebía una reforma educativa si no hubiera antes una reforma política -la que a su vez dependía de una reforma religiosa... toda su juglaría intelectual giraba en torno a estos tres tópicos y no podía sino volver una y otra vez sobre lo mismo, formulado con gracia, incisivamente, con insistencia y con lucidez.

La República Argentina no es una nación sino un problema. ^(x)

Para Castellani el problema fue, el siglo pasado, el liberalismo. Y en éste, la desintegración del liberalismo: en una sola palabra, el liberalismo es, en su concepción de las cosas, la raíz de todos los enigmas que enfrenta quien quiera comprender con alguna clarividencia por qué el país no se arregla. Lo ha dicho de múltiples maneras y a lo largo de medio siglo, pero el lector tendrá que detenerse un segundo a considerarlo en profundidad: para Castellani no había solución posible de nada sin la erradicación del liberalismo. Y a veces Castellani se mostraba extrañamente optimista, porque ahora que estamos en 1998...

El eje permanente de la historia argentina es la pugna entre la tradición hispánica y el liberalismo foráneo, bajo cuyo signo nacimos a la «vida libre»: y esa pugna continuará hasta el año 2.000 por lo menos. ^(x)

No. Ya ni pugna hay, tan completo ha sido el triunfo del liberalismo, aunque se ha dicho hasta el hartazgo que no sirve.

Bueno, después de dos siglos de prédica liberal -y de ausencia de prédica ortodoxa- no es fácil de ver, qué le vamos a hacer.

El sistema liberal o neo-liberal o democacarático no nos sirve a nosotros. Éste es un hecho bruto, basado en una experiencia de 100 años, y no una abstracción o una teoría. Para anular o esquivar este hecho hay que convertir a la democracia en un dogma, en una religión, en una cosa obligatoria para todas las naciones [...] La tal religión es filosóficamente un disparate y teológicamente

una herejía. ^(x)

Pero es una religión y por eso, no se la puede confrontar sin otra -verdadera. Sin eso, no hay salida a nada y esto es, en síntesis, lo que Castellani predicó toda su vida. Eso, como venimos diciendo, lo fue descubriendo de a poco y tengo para mí que Lugones, de alguna manera, lo ayudó a verlo. Así, en algunos muy sintéticos pasajes de su libro sobre el gran maestro, Castellani cita un artículo de Lugones que el poeta había escrito en 1936:

«Querer ser como Rusia, o como Italia, o como Alemania, Francia o Estados Unidos es no llegar a ser nunca. Equivale a declararse colono perpetuo; lo cual significa la adopción de la servidumbre. No hay más que un modo de ser, y es ser lo que uno. Así lo dejó asentado nuestro Gran Capitán, bien dijérase que a espada; aquel que como un numen infundió a la patria la animación inmortal en el soplo de gloria. un militar, señores míos, un militar devoto de la Virgen por añadidura. Lo contrario del ideólogo liberal; objeto expreso de su inclemencia.» ^(x)

Y Castellani comenta a continuación:

Yo diría que el país más que subdesarrollado está arrollado [...]

Cierto que en ningún punto es más lamentable nuestro «arrollamiento» que en la Universidad, y en la educación en general; sobre el cual Lugones, experto y ducho en la materia, filosofó egregiamente en el ensayo publicado cinco días antes de su muerte. ^(x)

Vuelto al país en 1935 y posiblemente influenciado por estas conversaciones con don Leopoldo, Castellani comienza a verle la pata a la sota como se ve por uno de sus trabajos más logrados sobre el asunto.

La Argentina es un país independiente en parte. No será del todo independiente mientras no sepa pensar sola. ^(x)

A pesar de la ristra de augustos nombres que puse al principio de este capítulo, lo cierto es que eran pocos los argentinos que se abocaron críticamente a reflexionar como el país lo pedía, en buena parte porque se conformaron con las endebles y paródicas bases sobre las que se alzó la cultura, ay, nacional; pero también, porque se apresuraron a lanzarse a la política menuda sin calibrar adecuadamente con qué se enfrentaban.

Y a Castellani esa falta de reflexión lo pone fulo. Aunque tenga sólo 37 años.

una esperanza puesta de primo intento (y no como un último extremo, indeseable, aunque quizá previsible) en revoluciones de derecha, es utópica. Opino personalmente que la revolución de Franco fue en efecto ese último extremo -por ende justa y legítima, aunque no sacralmente santa. ¡Pero no se buscan, vive el cielo, se soportan solamente los últimos extremos! Esto podía ir para ciertos nacionalistas impacientes o irritables en demasía, que parecen (por lo menos por las palabras) no vislumbrar más útiles de acción política para tratar los (graves) problemas de nuestro país que el palo, la escoba, el rebenque, la espada y otros parecidos medios de persuasión y cura. Este modo de hablar no es bueno, aunque pudiesen hacerlo, que tampoco pueden. Y mucho más si recubre el mismo modo de pensar, o mejor dicho de no pensar. ^(x)

No pensar... he ahí la principal acusación de Castellani formulada contra una gran cantidad de personajes y empresas nacionalistas (y «a fortiori», contra los que no lo eran).

Al año siguiente, en profunda meditación ante el horrible crimen de Martita Ofelia, él, Castellani, no dejaba de pensar.

¡Y muchos creen que las cosas de la Argentina se pueden arreglar con un Primo de Rivera criollo, con unos cuantos decretos incisivos de militares bienintencionados! [...]

Créanme, nuestra lucha aquí no es contra la carne y la sangre, sino contra las tinieblas éstas, las potestades invisibles que pueblan

la región del aire y que nos envenenan desde que nacemos, como una fábrica de azufre, y de peste, el aire, el agua y el pensamiento. [...]

¿Cómo explicar al pueblo que lo que él llama porquerías (con razón) tiene una profunda raíz intelectual herética que se llama liberalismo, raíz desenvuelta aquí en enorme tronco de ombú, en follaje que cubre el país, en flores hediondas y frutos inútiles, algunos de los cuales el mismo pueblo tiene por grandes conquistas del progreso y la civilización?

Bien está poner el cauterio a cada uno de esos cráteres de pus que explotan vuelta a vuelta; pero la desintoxicación del virus productor no se producirá sino por la inteligencia iluminada, superadora de la herejía liberallaicista. Luchamos contra un espíritu, contra un virus espiritual. ^(x)

Es por eso que de a ratos se consideraba nacionalista, él también (sobre todo antes de su expulsión de la Compañía). Así, «el cura loco» que él inventó en 1946 pronuncia una larga homilía sobre la patria -en términos nacionalistas, si se sabe leer.

Estaba hablando de mi fatal conexión con los revolucionarios peludistas o peralistas o cristeros -clarineó el cura-. No puede menos de creer que fué determinada por la Providencia.

Empecé a asistir espiritualmente a los católicos más necesitados, conforme a la parábola del buen Pastor, muchos de los cuales, por lo demás, me eran íntimamente cercanos; y esa asistencia espiritual me llevó muy lejos, porque se dobló de una ayuda temporal, lo cual en el caso era inevitable: injustamente oprimidos por la herejía, eran los elementos más sanos del país, y en parte los más distinguidos ¡en todos los órdenes! [...]

Se refiere a los nacionalistas, sin duda. A Durañona y Vedia y a Ernesto Palacio, sobre todo, pero también a Tomás de Lara, César Pico, Juan Carlos Goyeneche, Ramón Doll, Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo y tantos más. Aunque Castellani tenía una visión más trascendente de las cosas.

Supongamos que todos nos hemos equivocado y nos hemos lanzado a una empresa sin éxito posible. Pero nosotros no hemos defendido en el fondo una cosa puramente temporal, sino una causa eterna, no desencarnada sino encarnada en un cuerpo carnal y en una patria terrenal.

Por eso decimos que Dulcinea es símbolo de la patria y de la hermosura y la hermosura es figura de Dios. La novela de Cervantes es la más grande novela del mundo, porque ha expresado el núcleo de la filosofía del Cristianismo: la empresa quijotesca por la búsqueda de la hermosura ideal, Dulcinea... ^(x)

Y con el curso de los años -irritado porque jamás le hicieron caso en esto- comenzó a tomar distancia de todos ellos:

Los nacionalistas aquí han fracasado [...] Algunos quedan en sus puestos actualmente, adoctrinando con eficacia y abnegación. Único camino restante. Lo positivo son los actos buenos («enseñar al que no sabe») que habemos hecho, y es lo que más importa...

Tienen buenas ideas... Sí, más o menos son las mías, poniendo lo que falta y sacando lo que sobra. ^(x)

Por eso dijo que no era nacionalista, porque para él había una parte que «sobraba» (jugar en las lides circunstanciales de la política y querer arreglarlo todo a patadas -generalmente con el auxilio de los militares) y otra que «faltaba» (eso que da en llamar «hacer verdad»). Por eso (para escándalo de todos aquellos que se negaron a oírlo) le dijo a Hernández en la famosa entrevista de 1976:

Yo no soy nacionalista porque no he querido meterme en política nunca. Ni la he entendido tampoco. De manera que no se puede decir que sea nacionalista porque «nacionalista» o es un partido, o es un movimiento político. Ahora me dicen «camarada». Los que forman agrupaciones me llaman «camarada». Pero yo no fui «camarada» nunca. ^(x)

Julio Irazusta habría estado de acuerdo. Todavía en 1976 le reprochaba a Castellani su «principismo»:

al poder temporal no le conviene mezclar lo religioso; que cuando se mezclan, llevan al fracaso como le ocurrió luego a España

[...] Porque es una cosa que casi no pueden evitar los sacerdotes, cuya misión es espiritual -que es lo universal-, y cuando se meten en política están en lo particular [...]

[Castellani] en sus ideas, es de los nacionalistas teóricos, que han disentido con nosotros en que ellos han dado más importancia a los principios que a la empiria que para nosotros es, no lo más importante, pero sí lo primero en el orden de la ejecución... y que hemos tratado siempre de no mezclar las dos cosas para sacar adelante los objetivos temporales que habíamos perseguido desde que empezamos a escribir.

Yo creo que la misión de los curas es rezar... rezar por la Patria, pero no ocuparse de lo temporal porque no tienen la mente en lo contingente que es la política.

Politique d'abord. No importa que Irazusta y sus amigos no lograron ninguno de sus «objetivos temporales», porque en un clásico «non sequitur», de eso le echa la culpa a los «doctrinarios» y lo que da en llamar «despilfarro de inteligencia».

Los nacionalistas han sido una constelación de grandes inteligencias, pero no han hecho casi nada. Mi hermano [Rodolfo], por ejemplo, tenía un talento inmenso, y no hizo más que de periodista... ^(x)

Don Julio ha sido quizá el más inteligente de los nacionalistas irritados por la «intromisión» de la religión en el terreno político, y eso porque se sabía bien su Maurras.

Pero Castellani no sabía menos. En una poesía lo decía cortito.

-Os ha pringado el virus morrasiano que viene de Maurrás.

-Ponga no más que yo soy paisano que ya no puede más... ^(x)

Y en un ensayo, un poquito más explicao.

Eso de «*Politique d'abord*» que dijo ese francés Charles Maurras (y le valió pilas de reproches y hasta creo una excomunión) en la Argentina se ha vuelto verdad y no solamente verdad sino urgencia [...]

La política primero no quiere decir que la Política esté por encima de todo, Religión incluso, sino que en ciertos adjuntos llega a ser lo primero, no en la dignidad como si dijéramos, sino en el tiempo. Y así en la Argentina, si no se resuelve el problema político, no se puede resolver ninguno de los otros, aunque sean en sí superiores y principales; o sea, económicos, financieros, religiosos, artísticos, científicos; ni siquiera el sempiterno «problema de la Educación» [...]

La vocación de político, que hoy tiene algo de cazador furtivo y de mártir (y que yo no tengo, por suerte) cuando falla en una nación, la nación se va al desbande. Y el que tiene vocación política, y por pereza o lo que sea no la llena, se condena. ¡Recordemos a San Juan de Capistrán! ¡Recordemos a San Fernando de Castilla! ¡Recordemos a García Moreno! Y no digo recordemos a Rosas, porque mi interlocutor sermonero dice que Rosas se condenó -cosa que ni él sabe ni parece probable. ^(x)

Y por otra parte (con o sin la famosa «vocación política») él sabía mejor con qué se enfrentaba. Sabía -como Irazusta no- que el enemigo es la Modernidad, un movimiento de raigambre religiosa cuyas variantes políticas -el liberalismo o el marxismo, o lo que fuere- no pueden combatirse con partidos políticos o pujas por el poder. Aquí no puedo sino remitirme a Jorge Ferro quien ha hecho las distinciones que caben con característica precisión:

Parecería que la derrota es imposible de discernir de la buena causa desde un tiempo a esta parte. Este planteo descorazona a muchos.

Yo recuerdo ahora dos ejemplos de esto que digo: uno es el de Enrique Zuleta Alvarez en su *libro El Nacionalismo Argentino* donde precisamente le enrostra a Castellani su «Apocalipticismo». No lo dice literalmente, pero diríamos que sería algo así: Este apocalipticismo sería un equivalente de lo que Marx decía de la religión como el opio de los pueblos, ya que haciendo mirar en perspectivas puramente mesiánicas, hace olvidar a la gente de sus deberes concretos aquí abajo y los lleva al fracaso político.

Pero mucho más lúcida y elegantemente está planteado el tema por Roberto Raffaelli en un prólogo a *Esencia del Liberalismo* [...]:

«Creemos pues que la apelación contenida en la conferencia que la prevención contra el anhelo del Poder son propias del hombre religioso, y están dirigidas no a los hombres éticos que se supone seríamos los nacionalistas, sino -para volver a las categorías de Kierkegaard- a los hipotéticos “caballeros de la resignación infinita” que desde luego no somos».

¿No somos caballeros de la resignación infinita? Eso es lo que nos tendríamos que plantear.

Castellani más bien va por este lado: debemos ser de algún modo estos caballeros de la resignación infinita. A lo mejor Dios no nos da victorias temporales (de hecho no nos ha dado muchas últimamente). El asunto se dirime en el estadio religioso. Ahí está el núcleo de la crisis y allí está su solución. Y la solución para esto es el martirio.

Entonces, incomprensión por parte de los hombres éticos, por esta crítica de la modernidad que hace Castellani; es una incomprensión por impaciencia. ^(x)

«Mi hermano no hizo más que de periodista...» Ahí tienen una muestra de la impaciencia que dice Ferro. La queja de don Julio es injusta -sobre todo con su propia obra de historiador, infinitamente más valiosa que su media docena de (fallidos) intentos de tomar el poder por éste o aquel otro camino.

Pero es que don Julio no se sabía bien su catolicismo y ni siquiera comprendía hasta qué punto -y en qué términos- Castellani lo defendía.

Dios nos exige un cambio juntamente político y religioso. El cambio religioso es el más importante pero el cambio político es el más urgente; y ninguno de los dos se puede dar solo.

Y aunque para algunos conocidos míos estas dos cosas, religión y política, son distintas, y aun opuestas, y «hay que dejar la política y hacer sólo religión» dicen; es fácil de ver dónde estas dos cosas se tocan y conectan, que es en el Reino de la Verdad.

Como digo, seguramente estaba pensando en Irazusta cuando agregaba que

Rendir culto, cultivar y resguardar la verdad, aunque sea acerca de Rosas, es hacer a la vez religión y política. Porque la Verdad es Dios, dijo crudamente Quevedo; o sea el hombre ve las cosas porque existen y las cosas existen porque Dios las ve; y eso es la Verdad, una trascendencia que está colocada entre los hombres y Dios y tiene relación con ambos intelectos. ^(x)

Tengo la impresión entonces, de que tipos como don Julio Irazusta no sabían bien con quién se las habían y, como consecuencia, no sabían qué hacerse con el país que les dolía (de ahí el ataque a los «religiosos»).

Y bueno, esa «tipología» nacionalista era muy común.

Ya indiqué al comienzo el error del Nacionalismo: es poner los ojos en el Poder a corto plazo en vez de ponerlos en la Verdad a largo alcance. Creer que el fin último de la Política es alcanzar o arrebatar el Poder es un error y una estupidez: es el error de Maquiavelo y la estupidez de los políticos baratos y pueriles que nos están moliendo y perdiendo.

No se le puede pedir a un político, pongamos Marcelo Sánchez Sorondo, que aspire al Sufrimiento y a la Derrota (es decir al Martirio); eso es propio del hombre religioso, no del ético; no se les debe pedir a los nacionalistas que no aspiren a la Victoria; pero es menester pedirles que no pongan su Victoria en la consecución del Poder -por ejemplo, una embajada- sino en la difusión triunfante de sus ideas, suponiendo que las tengan. O sea, que pueden [decir] como dijo el héroe nacionalista que antes nombré [Ramiro de Maeztu]: «Yo sé por qué muero; y ustedes no saben por qué me matan» y pudiera haber añadido: «¡Pero muero para que lo sepan!». ^(x)

No. Si algo había aprendido Castellani del suicidio de Lugones es que había que pensar el país y no ponerse a arreglarlo como si fuera una simple cuestión de quita y pon.

Nosotros somos los buenos, nosotros ni más ni menos,
los otros son unos potros, comparados con nosotros. ^(x)

Ya, a sus 36 años escribía con profundidad sobre el asunto y ponía todo su empeño en cumplir con el mandato lugoniano. ^(x)

La solución concreta del problema político argentino yo no la sé, ni la voy a ver, si es que al fin viene; que podría no. Sin sombra de interés personal ni nada esencial que ganar o que perder para Leonardo Castellani, el problema ha sido puesto en las manos de mi meditación, como un niño enfermo en manos de un lego en medicina. Todas las cosas deste mundo mundillo, hasta las enfermedades, han sido hechas en orden a que ingresen algún día en un libro -o en una mente mortal. ^(x)

Así es. Entre 1935 y 1943 -cuando publicó sus conclusiones en el famoso *Epílogo* a un libro de Marcelo Sánchez Sorondo- Castellani terminó de redondear todo lo que pensaba sobre este país: su historia, su destino, los nacionalistas, los militares, los políticos, la Iglesia. Medio siglo después sus ideas siguen iluminando, provocando, estimulando la inteligencia (mientras que la Revolución que anunciaba don Marcelo quedó para las «*calendas graecas*»).

Tenemos pues que defender los bienes de la cultura, la nacionalidad y la tradición cristiana; pero como quien ve que son perecederos, y no ve si Dios los ha condenado acaso desde ya a perecer: sin apoyar demasiado en ellos, sabiendo que Dios nos pide que luchemos, pero no nos pide que venzamos sino que no seamos vencidos. El que tiene mujer como si no tuviera mujer, el que tiene bienes como si no tuviera bienes, el que tiene patria como si no tuviera patria.

Y un poco más adelante un ambicioso programa de vida.

Hay que desarrollar y radiar la propia actividad beneficiosa de tal modo que el mal que nos infieren, en vez de sofocarnos, quede como sofocado o al menos amortiguado en la correntada segura y pacífica de nuestro propio raudal de vida. ^(x)

Leído con atención, se ve por este pasaje cuánto y cuán bien entendía el amor a la Patria en términos evangélicos -y el Evangelio en términos de verdadero patriotismo.

El ombú debiera ser el árbol nacional de la Argentina, porque nos simboliza bastante, con perdón del mal parecer: es un árbol megalómano, un árbol que se cree árbol y es un yuyo, aunque grandote: es una herbácea como la mostaza, sin leña, sin flor, y sin fruto útil: sombra solamente [...] Pero hay una cosa consoladora para los que ven y lloran el actual estado malo de la Argentina, el cual parece sin remedio: y es que lo que ellos pueden hacer es tan poquito como un grano de mostaza; y por tanto, si Dios lo bendice, bien puede ir creciendo hasta cedro. El remedio tiene que venir de Dios y del espíritu; tiene que venir del sacrificio y del llanto; y de una cosa viviente, como es la Verdad. ^(x)

Eso lo aprendió a fuerza de reflexionar sobre un famoso suicidio. No sé si recuerdan lo que había escrito sobre la muerte de Lugones...

Si yo dijera que sé por qué se mató Lugones, miento... Pero algo sabía, no vayan a creer.

Al terrible verso de Larreta acerca de Lugones,

Tú, destructora tierra, tú sola lo has matado,

se puede responder: Sola, no; él se mató también porque se puso a idolatrar a esta tierra, en vez simplemente de servirla en humildad, paciencia y fortaleza, después de haber hecho «el movimiento de la resignación infinita», que le dicen. ^(x)

¿Y los que no se resignaron y pelearon aquí abajo, a capa y espada por «objetivos temporales» como dice Irazusta? Castellani les contestó, con un «mensaje» que le dejó Lugones («aparecido» en una especie de pesadilla a Castellani diez años después):

No imagine algún maltrecho

Pasar donde yo no pude. [\(X\)](#)

Todos los que no hicieron caso del ejemplo y advertencia de Lugones y que pelearon en el terreno político por las «patéticas miserabilidades» de cada día... todos los que se enredaron en los negocios de la vida... todos los que gastaron su vida en un combate por un puesto, por ganarse a un General o inventar otra conspiración... todos los que se perdieron en decenas de discusiones inútiles, en empresas quiméricas, en utopías a cual más estrafalaria... todos esos nacionalistas, después de todo y en el fondo, también querían al país, y no se suicidaron...

Sí, bueno, pero yo sé lo que me sé, y aunque parezca un poco críptico, tengo de decirlo.

Hay varias formas de «suicidarse».

*

Leyendo un poco de historia, reflexionando un poco y contemplando lo que pasó hasta hoy uno se cuestiona si acaso alguna vez existió la Argentina como país de verdad. Yo encontré la respuesta en la frase de un amigo que me dice que después de los cuarenta, si te despertás y no te duele nada... es porque estás muerto. En efecto, difícilmente se concibe que esa pena sea completamente imaginaria o alguna clase de transpolación, sublimación o transferencia de otras frustraciones, de otras dolencias. Mientras este país le duela a alguien no hay más remedio que aceptar su existencia, fíjense; o como lo decía Marechal, «La Patria es un dolor que aún no tiene bautismo». Ahora si lo querés en serio, este país te enferma, si lo querés ayudar te mata, y si lo querés pensar, te vuelve loco. Entre otros favores, creo que me arruinó esta biografía. Veníamos contando la vida del cura sin problemas, entreverando ideas aquí y acullá, pero sin perder el hilo de la relación. Creo. Pero con este maldito capítulo sobre Castellani y la Argentina... Tengo la horrible idea de que perdí el ritmo que venía trayendo; que aplasto al atribulado lector con tanta distinción y malas nuevas; que me salió demasiado confuso, demasiado erudito y demasiado demasiado. Pero, me parece, la cosa no tiene remedio. No se podía escamotear el asunto: Castellani quiso mucho a la Argentina hasta el fin de sus días, hasta el extremo de sus fuerzas; se metió en política; se peleó con los liberales y nunca jamás pudo hacerle caso a ese confesor: comió petróleo porque ¿qué podía hacerse él con su aficción patriótica? (Y el confesor se podría confesar: se nota a la legua que la Argentina le importaba un belín). Este país es, casi, una maldición. Mi consuelo, el de él, y el del lector es un consuelo de tontos: porque este mal es mal de muchos. Aunque, claro, eso mismo no deja de ser consuelo. Y en una de esas quién te dice si no... (ingenuo de mí).

*

Capítulo XX

SOBRE TRES MODOS DE VER LA GUERRA

Villa Devoto - El Salvador

1936-1938

*Es cruel con sus hijos, como si no fuesen suyos;
no le preocupa la inutilidad de sus fatigas.*

Job 39:16

Pido un minuto de silencio; han muerto -con escasos meses de diferencia- dos importantes personajes: doña Magdalena Diana de Castellani y... G.K. Chesterton, el 14 de junio de 1936. A ella, la abuela de nuestro Castellani, le debemos mucho por traer aquí, junto a su alcurnia y su fe, sus italianismos y nobleza, una parte de la vieja Europa del imperio austro-húngaro. Y un nieto que no te digo nada.

Pero si vamos a ver, aquel nieto fue engendrado también, en cierto modo, por Chesterton...

-¡Cuánto sabe usted, don Gilberto!

-Nada más que el Catecismo, hijo.

-Pero lo mete en todo, como el tomate.

-Para eso se nos dio. ^(x)

Castellani fue uno de los primeros (junto con Benjamín Bourse) en hacerlo conocer en nuestro país y quizá por razón de sus artículos sobre él en Criterio fue elegido en los Cursos de Cultura Católica para officiar una misa por su alma. ^(x)

Se mueren los mayores de Castellani y él anda preocupado por los suyos, no vayan a creer.

Días pasados encontré esta carta de mamá que te envió, que es también de los tiempos felices. Haberla visto a mamá ahora último no me ha traído tampoco mucha alegría. Está desmejorada y debilitada [...]

En el fondo de mamá hay una especie de inquietud, hija del temor, que es muy comprensible; se ve ya de edad, con un marido pobre y sin ánimos y tres hijas, una de las cuales (si no las dos) no son muy sanas. ^(x)

En efecto, dos de las hermanastras de Castellani (Nelly y Belkis) tienen mala salud. Para peor, don Hakanson se ha quedado sin trabajo y está seriamente endeudado con unos señores Olessio de Reconquista (seguramente parientes del párroco de allá). Han concebido la idea de mudarse a Buenos Aires, y con cierto provincialismo le piden a Castellani que le consiga empleo al tipógrafo en alguna imprenta y un lugar para vivir de alquiler barato... el es un jesuita «conectado» con la sociedad porteña... podría ver un poco...

Carcho y Arnaldo, los hermanos de Castellani, se han casado con las reconquisteñas hermanas Vizcay. Carcho con Isabel y Arnaldo con Ester. El primero ha instalado un consultorio médico en el

pueblo, pero anda también en dificultades económicas. Arnaldo, en cambio, se desempeña como diputado provincial en Villa Guillermina, Provincia de Santa Fe. Con todo, quiere dejar eso y montar un consultorio odontológico en Buenos Aires. Finalmente lo consigue gracias a su hermano el cura que gestó la cosa con jesuitas amigos, Castillejo y Añón, y doña Adela Harilaos de Olmos que preside una sociedad de beneficencia de la que dependen varios hospitales (sí, tal y como presumían sus parientes de provincia, Castellani está «conectado» con la sociedad porteña y consigue cosas). Ya tendrá Arnaldo oportunidad de recompensar los favores de su empeñoso hermano.

Por su parte, su hermana Magdalena anda en noviazgo de pueblo, ha conocido a un tal «Mundo» -Edmundo Pagano- y ya piensan en casarse.

Claro que todo eso sucede en Reconquista, lejos de nuestro héroe que casi no se mueve de Buenos Aires. Lo que no quiere decir que no se mueva en Buenos Aires. Aquí hizo migas con toda clase de gente y anduvo hartó ocupado con diversos menesteres.

Entre otros, el que le encargó Manuel Gálvez.

En Buenos Aires, hacia 1935 nos vimos algunas veces. Ocurrió entonces aquello de Cautiverio, de que ya hablé. ^(x)

Cautiverio era la última novela de Gálvez. A él se le antojaba un tanto risqué y

conociendo la pseudopudibundez de nuestro ambiente -cuando se trata de un novelista argentino, se entiende, pues nadie le hace asco a la pornografía elegante que viene de París o de Londres- se la di a leer a mi amigo monseñor Dionisio Napal.

Napal era hombre de espíritu amplio, mas pensando sin duda en nuestro ambiente, se asustó y me indicó la conveniencia de hacerla leer por otro sacerdote.

Adivinen ustedes quién...

Primero se la entregué a un colega y amigo católico. Mi amigo no era hombre de asustarse por poca cosa; sin embargo, tan conocedor, como yo, de la hipocresía de la sociedad porteña, aconsejó no publicarla.

El segundo sacerdote fue el padre Castellani [...] El caso fue que creí publicable la novela, según la opinión de Castellani. Y en la confianza de quien se siente autorizado por un sacerdote de muchísimo talento y saber, no vacilé en dársela a la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense. Semanas después de estar en las librerías, parece que cierta persona, perteneciente a las altas esferas eclesiásticas, le reprochó a Castellani el haber aprobado esa novela.

Y así es. Franceschi se le vino al humo en un artículo de Criterio por haber utilizado expresiones «feas». Claro que a Gálvez eso lo tenía muy sin cuidado y confieso que su «riposta» me llena de gozo:

Monseñor me replicó mencionando cierto canon que parecía obligarme a pedir la censura oficial. Pero ningún escritor católico serio, que yo sepa, lo ha hecho: ni Bloy, ni Mauriac, ni Papini, ni Graham Greene, ni tantísimos otros, y eso que algunos de ellos como Graham Greene, elogiado en la revista de monseñor Franceschi, tiene páginas verdaderamente pornográficas. ^(x)

Por otra parte imaginamos que a Castellani tampoco le habría importado demasiado esa «pseudopudibundez» que dice don Manuel: sus diarios no registran el hecho, ni la consulta sobre Cautiverio, ni las reprimendas por haberlo aprobado.

Aparte de que por entonces andaba muy ocupado. Después de muchas idas y venidas finalmente convenció a Travi, su Provincial, que se lo trasladase al seminario de Devoto. En esto influyó el rector del Seminario, Germán Rinsche, un jesuita de madre chilena que había estudiado en los EE.UU.

De considerable carácter (me contó Mandrioni que en el Seminario se les decía a los novatos que las famosas siglas de la Compañía «A.M.D.G.» representaban «Aquí Manda Don Germán»), Rinsche era un hombre alto, de aspecto teutón, con grandes ojos azules. Había sido profesor de Castellani allá por el '28 y le tenía aprecio, como que le ofreció un rincón tranquilo para que pudiera trabajar en paz mediando ante Travi para la autorización del caso. Cuando la cosa se puso brava, quiso defenderlo ante Copello y Travi -inútilmente. ^(x)

Al fin se concretó el asunto a principios del '36 y se limitaron sus cátedras a Historia de la Filosofía -allí mismo-, aparte de que conservó las de Lógica y Psicología en el Salvador.

Pero después de tanto pelear por que le redujeran el número y horas de cátedra, sólo unos meses después de obtener esas reducciones... quiere una más. En efecto, promediando el '36 lo han interesado en una cátedra de Psicología en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Para eso necesitaba en primer término la venia de su flamante provincial. Uno imagina fácilmente que Travi estaría algo perplejo ante este pedido después de tan larga y vehemente palinodia por el exceso de tareas que lo abrumaban.

Pero, bueno, parece que Castellani sabía lo que hacía.

Ha sido puesta a concurso la cátedra de Psicología del Instituto Superior del Profesorado Secundario, por expulsión del comunista Dr. Aníbal Ponce. Este Instituto oficial forma y diploma Profesores para la Enseñanza Media y puede compararse a “L'Ecole Normale Supérieure” de París. Esta cátedra de Psicología es muy codiciada, más aún que una cátedra en la Facultad misma, por su enorme influencia [...]

El Sr. Ministro de Instrucción Pública me la ofrece por medio de su Secretario, Sr. Manuel Villada Achával. No sólo la ofrecen, mas desean intensamente que yo la ocupe. Dice que eso representaría quizá «catolizar

los Colegios Nacionales de media República» frase que, aunque exagerada, indica bien la trascendencia de esa cátedra, en la cual no insisto, porque no escapará a la prudencia y experiencia de V.R.

Aseguran el éxito del concurso a mi favor, si yo presento mi título de París, y un libro al menos de Psicología. ^(x)

A renglón seguido Castellani sugiere editar a cuenta de la Compañía su tesis doctoral sobre La Catarsis en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. Desde luego, Travi no dio pelota y el libro se editó como libro... medio siglo después. ^(x)

A todo esto, el «concurso» por la cátedra del Instituto venía revuelto. En primer término porque la vacante, como advertía Castellani, se había producido por la expulsión de Aníbal Ponce, «el pobre hombre». ^(x)

Pero ¿y eso qué? Ponce era vagamente socialista y su expulsión suscitó la solidaridad e iras de las izquierdas en general que trinaron al tomar estado público la candidatura de un sacerdote (que el cura supiera Psicología en serio y que Aníbal Ponce ni siquiera tuviera título universitario importaba bien poco).

En el Instituto Nacional del Profesorado Secundario entré por concurso y en el fondo por una casualidad: la casualidad que fuese Ministro el Dr. De la Torre y Subsecretario de Instrucción Pública Manuel Villada Achával.

Hubo resistencias de todas clases, o solapadas o violentas, a mi nombramiento, que firmó el presidente Ramón S. Castillo; pero Villada las apartó. «No voy a hacer trampa para que ganes el concurso, pero voy a apartar las trampas de los otros», me había dicho. ^(x)

Trampas o no, al final, en enero del '37, salió el decreto que lo designó como profesor de «Psicología, II Curso, y Lectura de Autores» con cinco horas semanales. Castellani sabía a quién se lo debía y así le escribe a Manuel Villada Achával, exalumno como él del Inmaculada de Santa Fe.

Estoy avergonzado de contestar casi en último lugar (the last, not the least) a sus amistosos telegramas y tarjeta, y de expresarle mi reconocimiento por el nombramiento Oficial a la Cátedra de Psicología del Instituto que recibí oportunamente. He estado atareadísimo los últimos días, liquidando compromisos y obligaciones acumuladas que no sufrían demora y quería por otra parte escribirle más de asiento.

Tiene Ud. palabra de rey y tiene, sino me equivoco, también pulso de gobernante. La gente se ha conmovido más de lo que parece regular con este concurso y nombramiento, señal que tiene importancia, si no tanta por la cosa en sí, por las circunstancias. Para mí personalmente creo es algo providencial, porque me pone en el camino y trabajo que más me gusta. Estoy por lo mismo agradecidísimo a Ud. y al Sr. Ministro, con verdadero entusiasmo por profesar filosofía y con sincero deseo [de] cooperar con todas mis fuerzas al bien de la enseñanza pública argentina; y a la buena formación de mis alumnos; y haré cualquier esfuerzo necesario para ponerme a la altura de mi nueva responsabilidad y dejar bien a los que la coparticipan. [\(x\)](#)

Muchos años después recordaba el lance con humor.

el diario La Vanguardia, cuya desaparición no ha enlutado a la cultura argentina, puso el grito en el cielo clamando que habían nombrado en lugar del Dr. Aníbal Ponce a un cura que se iba a pasar las clases probando ¡la inmortalidad del alma!

Pues bien, en 15 años no lo he hecho nunca ni ahora tampoco lo haré... ¿Por miedo a La Vanguardia? No -porque es muy difícil. [\(x\)](#)

Pero, claro, con el paso de los años, su opinión sobre la importancia de aquella cátedra quedaría morigerada con el diagnóstico sobre la institución.

Este Instituto está entre nosotros no solamente abandonado, sino como si dijéramos a medio hacer. Da la impresión de una morada que se soñó señorial, para la cual se cavaron vastos cimientos y luego se edificaron mal que bien medias paredes y se techó apresuradamente como venga. Por no tener, ni sede propia, ni autoridades propias (pues las comparte con el Nacional Mitre) ni estatuto peculiar, ni coordinación didáctica, ni emolumentos dignos, ni fondos suficientes, ni suficiente aprecio de sus diplomas, como decíamos, ni siquiera alumnos bastantes en algunas secciones. [\(x\)](#)

Aunque, claro, con la perspectiva de los años, Castellani se fue dando cuenta de las reales posibilidades que habría tenido dadas las circunstancias.

Cuando enseñaba Filosofía en el Instituto del Profesorado, tenía graves escrúpulos, porque era claro que ^{de hecho} yo Filosofía no enseñaba (a causa, creo, de la nula disposición del alumnado) y cobraba tranquilamente \$ 258 mensuales.

Yo seguía en el puesto con «conciencia perpleja», una, porque algo enseñaba, aunque no fuese Filosofía, y dos, porque si renunciaba, ocupaba mi lugar un profesor que no sólo no enseñaría Filosofía sino a lo mejor enseñaba objeciones contra la Religión cristiana con el nombre de Filosofía, como hacían entonces Sansón Raskowsky y José Luis Kriegman. [\(x\)](#)

Y en 1976, en el marco de una conferencia sobre la educación, Castellani concluye sin tapujos.

No deseo hablar mal de ese Instituto donde no recibí más que atenciones o casi. Pero el amor a la verdad me obliga a decir que podría suprimirse, o quizás debería suprimirse. [\(x\)](#)

Sí, bueno, aquí no se suprime nada. Pero volvamos a nuestra historia. De a poco, como siempre, con ese ritmo que siempre se nos antoja un tanto cansino con que suele andar la Providencia, ahí tienen ustedes: las cosas le van saliendo.

Por ejemplo, su profesión religiosa definitiva, ese cuarto voto que le vienen difiriendo sus superiores por «h» o por «b» desde hace demasiado tiempo y que lo haría miembro pleno de la Compañía. Pero -y nos estamos acostumbrando a esto- Castellani la va a pelear hasta el fin. Ya en enero del '36

borroneaba descargos por los nuevos «defectos» que se le achacan: principalmente usar lenguaje atrevido (en clase o en sus escritos) y no participar de la «vida común» de la Compañía, sobre todo en la recreación del seminario. (Roberto Brie y Lorenzo Esteva -ambos seminaristas en la década del '40- recuerdan que Castellani escandalizaba a los viejos jesuitas yendo al patio de recreación del «Menor» donde se le veía siempre rodeado de chicos. Tenía ese don tan particular de cautivarlos contando historias, como nos lo describió Benítez. Repito: Brie y Esteva recordaban que eso no estaba bien visto, créase o no: era un atentado a «la vida en común».)

En carta a Travi, Castellani trata de poner en negro sobre blanco qué es lo que piensa.

Mucho me ha serenado el ánimo ver que al menos de los defectos antiguos, contra los cuales hice un gran esfuerzo, no se me acusa más: y si han aparecido otros nuevos, me parecen con la gracia de Dios no difíciles de evitar «usque ad speciem ipsam» como Ud. me recomendó.

El usar palabras más o menos francas o atrevidas, por ejemplo, depende simplemente de mi voluntad. Lo que no depende absolutamente de ella es la vida común cuando estoy enfermo.

Y aquí le voy a hablar con toda franqueza. Yo entiendo que sería deber de los Superiores, en estos casos defenderme de los juicios temerarios, por lo menos ante el Supremo Tribunal de Roma adonde mi voz no llega.

Me detengo un segundo para que el lector aprecie este último párrafo: ya lo hemos dicho, pero una de las claves de la vida de Castellani se encuentra escondida aquí. No sé si lo recuerdan, esto de que los Provinciales gobiernan con recurso a los informes y parecer de los famosos «consultores», cuya designación para esa función es pública, bien que no así sus informes. Al amparo de tal secreto, los consultores pueden errar en el juicio o deslizar alguna susurración, calumnia, detracción, murmurio o delación. Nadie corrige su parecer, salvo, quizá, cuando el Provincial tiene por otra vía mejor noticia. Con esto en mente Castellani concibe la (peregrina) idea de intentar a todo costa entablar comunicación directa con los Superiores en Roma en quienes confía, un poco ingenuamente (todos se formaron con análogo sistema y todos, quieras que no, homologan el proceder de las «consultas»).

¿Castellani ingenuo? Bueno, ahí vamos. Pero antes es necesario saber que su profesión ha sido nuevamente demorada: ese cuarto solemne voto que lo haría plenamente jesuita con voz y voto en la Provincia, le ha sido diferido. El retraso se fundaba sobre el informe de los «consultores». Pues bien, podemos columbrar qué clase de noticias se producían a su respecto de la carta al Provincial que venimos citando.

Para que aprecie V.R. este modo de informar tomaré también esa frase tan arriesgadísima: «Es algo (la cuestión sexo) que Castellani no pierde de vista». Por sus ocupaciones es evidente que no puede V.R. leer todo lo que yo escribo. Si así lo hiciera, encontraría que de 12 artículos escritos este año, por lo menos

10 no tienen ni sombra de «eso». Y las crudezas que me cita («noviazgo», ni «casarse»), permíteme, no son crudezas. Leyéndolas en el contexto, también podrían hallarse justificadas al menos probabíliter. ^(x)

¡Ahí está la madre del borrego! El pecado «feo» ¿eh? (Sí, bueno, ya vamos).

En febrero del '36 Castellani le rinde cuentas a su amigo Tomás Mahon S. J. de varios asuntos que lo tienen a mal traer.

Una nueva dilación de votos, un nuevo insulto recibido a modo de «censura» de un artículo, un agravio calumnioso recibido en una carta a título de «consejo fraterno» y otros disgustos que todos van a dar en el dedo malo, me están haciendo mucho daño. ^(x)

Lo del insulto a través de la censura es por su artículo a propósito de *Catilina*, el famoso ensayo de Ernesto Palacio. ^(x)

Este trabajo de Castellani revisa de paso las convenciones morales y pone como ejemplo la difícil (y nunca bien resuelta) cuestión de la elección del segundo General de la Compañía, oportunidad en la que Ignacio de Loyola se negó a ser reelecto y, por otra parte, no quiso señalar a su sucesor. Y claro, los más convencionales no querrían que se ahonde demasiado en esta clase de asuntos (en donde la moral se toca con el misterio), ni, menos que menos, se ande debatiendo la rara conducta de su Fundador.

Se tienen, naturalmente (o sobrenaturalmente), horror: los censores le tienen horror a ciertas revisiones, debates, profundizaciones; y a Castellani le produce horror, «claustrofobia» -diríamoslo así- esa especie de sistemática inclinación de los censores a que no se ventilen ciertos asuntos en público, esa suerte de enrarecido ambiente de sacristía que planea allí donde desaparece la santa libertad de espíritu y el «unum necessarium» que es el solo amor a la Verdad.

Muy pocos entendían su Religión así. Pero Castellani no estaba enteramente solo, aunque no lo sabía. Digan si el texto que sigue no parece escrito por nuestro autor.

Si los católicos [...] no aman la verdad, es que nunca les han enseñado a amarla, nunca los han alentado a amarla.

Y cuando alguno de ellos se atreve a decirla, ¡qué de exclamaciones ahogadas se comienzan a oír!: «¡Chsst! ¡Chsst! ¡Cállese! Sabemos todo eso pero ¡son cosas sobre las que más vale no decir nada! ¡Eso haría mal a la religión! ¡Tenemos bastantes problemas como éstos!».

Toda mi vida he oído tales cuchicheos en las sacristías [...]

No sólo los católicos no aman la verdad sino que llegan a profesar un odio asesino contra quien la ama lo bastante como para decirla muy alta, sin importarle las consecuencias de nada. ^(x)

Claro, eso lo decía el dominico francés allá por los finales de la década del '60. Pero Castellani comienza a vivirlo cuarenta años antes y se enfrenta a una cofradía más o menos encubierta que le produce, naturalmente, (o sobrenaturalmente), horror.

Y los horroriza a ellos, acaso más que lo que al principio podía suponer.

Debo recordar a V.R. que acerca de este escrito mío el Censor designado de oficio por V.R. se expidió de esta forma: «Raro, estrafalario, confuso en el lenguaje y sin orden en el fondo, aunque parece que se puede sostener.»

No por mí, que tengo cosas más graves que pensar, sino por el abuso que supone aprovechar una función tan delicada en la Compañía como es la Censura para esos desahogos, hago constar por segunda o tercera vez mi protesta. El formulario hecho imprimir por el P. Provincial para la Censura pide simplemente que se juzgue si se puede o no publicar, por qué razones y con qué correcciones.

Le ruego haga presente esta carta mía al R.P. Censor, para ver si aprende almenos en sus años, un poco de modestia en el juicio y moderación en el hablar. ^(x)

La vehemencia con que Castellani contesta a sus censores -e indirectamente, a los que les daban aires- es ciertamente típica de su talante tal y como lo hemos venido estudiando: Castellani tiene temperamento colérico-nervioso y no le gusta que lo manoseen. Tampoco que se escriban o digan estupideces. Y, menos que menos, que se cometan injusticias -ni con él, ni con nadie.

Por caso, que le dilaten la profesión religiosa con argumentos de que no amaba la vida en común, que era «raro» y cosas parecidas.

Ahora, claro, de ahí a... ¿qué era lo que le decía a Travi?

Por sus ocupaciones es evidente que no puede V.R. leer todo lo que yo escribo...

Un año después -habiendo obtenido los votos en las circunstancias que contaremos- Castellani hizo una de esas cosas que con el tiempo pagaría muy caro: se tomó la libertad de «vengarse» por las sandeces que le decían y en mayo del '37 publicaba en las barbas de sus superiores dos fábulas, ¿cómo llamarlas?, reivindicativas.

Desde luego, seguramente calcularía que casi nadie advertiría su segunda intención; serían muy pocos los que conocían las admoniciones recibidas por él, que supieran leer entrelíneas en estas fábulas lo que había de mordaz respuesta a los «defectos» que se le atribuían. Pero en cualquier caso podemos dar por descontado que algunos pocos se darían cuenta de la cosa -a lo menos porque Castellani los enteraría- y, como sabe cualquiera que sabe de estas cosas, a la larga o a la corta, de un modo u otro, subterráneamente, el chiste llegaría a los oídos de los censores, consultores... y de los mismos Superiores. No importa, con el título de «Raro...» Castellani contestó al censor y se tomó en solfa a Travi, no caben dudas.

La oveja y el carnero miraban al perro pastor. Dijo la oveja:

-Qué lindo tipo.

-¿Lindo? Es un tipo raro -dijo el carnero.

-¿Qué cosa es ser raro? -preguntó ella.

-Ser raro es no ser como yo -dijo el carnero. ^(x)

Ahí tienen ustedes: el censor, o Travi, o ambos dos, son «carneros». La «mayoría silenciosa» hace de oveja. Y Castellani de perro pastor. (Hay en esto último una leve resonancia vanidosa que... bueno ya habrá oportunidad de ver eso también). Por otra parte, es interesante notar como Castellani ha hecho toda su vida una reivindicación del «derecho al pataleo», como si con sus quejas pudiera compensar en algún grado una afectividad herida. Creía que si no sublimaba sus broncas podía terminar con los cascos a la jineta. ^(x)

Como fuere, la otra fábula «revanchista» es sobre «la vida en común» y tiene un componente asaz extraño en Castellani porque incluye un elemento generacional que le duraría muy pocos años. La cosa había empezado en Europa, no sé si recuerdan esas mateadas en Valkenburg. Pero es cierto que por los años '30 los jesuitas jóvenes que habían estudiado en Europa se habían contagiado del entusiasmo (entusiasmo «fascista», lo llamaría yo) que había en el aire, por las ideas, por las artes y la política, por las cosas del país y de la Iglesia.

Y ciertamente que Castellani tuvo poderosa influencia sobre muchos de ellos: Benítez, Alonso, Bridarolli, Pita, Mahon -y sobre todo Víctor Anzoátegui- habían formado como una nueva camada en franca disidencia con los jesuitas más viejos.

Digo lo de «entusiasmo fascista» por el componente juvenil, triunfalista y acaso un poco «patotero»

de la fábula.

Entonces las viejas las maldicen y anatematizan. Pero la nubecita de oro va aumentando, y un día el contagio cunde, la Reina es arrastrada, y todo el enjambre sale volando a fundar una nueva colmena sobre bases limpias.

Y las viejas tienen que plegarse o morirse. [\(x\)](#)

Igual que con los fascismos, ocurrió lo contrario, según hemos tenido oportunidad de ver:

Los jóvenes sacerdotes de Valkenburg de 1934 fracasaron en todos sus sueños, y el Hado los dispersó en forma cruel. [\(x\)](#)

Con todo, en esta oportunidad sucedió algo desgraciado: Castellani se salió con la suya, con lo que se fue confirmando que la suya era la senda correcta. En efecto, ocurrió que apareció en visita oficial a la Argentina el P. Camilo Crivelli S.J., Asistente del General para América Latina. Castellani lo había conocido en Europa donde habían tratado bastante: él era mexicano y había publicado un libro contra las sectas protestantes. Lo cierto es que ni bien llegó a Buenos Aires, intervino en el asunto de la profesión de Castellani y de un plumazo arregló el asunto. El 15 de agosto de 1936 Castellani profesó su cuarto voto... probablemente contra el parecer de sus superiores locales.

Cuatro años después, Castellani lo recordaba con gratitud:

De su paso por Buenos Aires conservo un recuerdo grato e indeleble: mi profesión religiosa, que sin Ud. es casi seguro se hubiera prorrogado años y años. Este episodio substancial de mi carrera, me demuestra inconcusamente una idea que va creciendo en mí a medida crecen los años y la experiencia: nuestra absoluta necesidad de Roma. [\(x\)](#)

Claro que la percepción del asunto por parte de Crivelli era levemente distinta, entendiendo su intervención como graciosa dispensa, más que un caso de estricta justicia. Eso se ve claro por la respuesta de Crivelli a la carta que acabamos de citar.

Con entera franqueza le hago una insinuación: tiene V.R. de tanto en tanto algunos rasgos de carácter que le dañan a V.R. y producen en los que lo ven o saben, una impresión penosa, sobretudo dada su personalidad. Ojalá pudiera borrar esa mala impresión y enmendarse del todo: Dios le ayudará. [\(x\)](#)

Claramente, Crivelli entendió como acto de prudencia otorgar los votos pese a los defectos de Castellani. Éste, en cambio, entendió originalmente que Crivelli intervino en el asunto de su profesión por un deber de justicia, antes bien creyendo que se la demoraban sin razón ninguna. Castellani estaba convencido de que no tenía esos defectos que los censores -y quizá Travi-, le achacaban. (Tampoco se ve cuáles son los que tiene en mente Crivelli. Uno querría ver en su misiva un poco más de esa «entera franqueza» que anuncia: no se ve a qué se refiere con los «rasgos de carácter» que producen «impresión penosa». ¿Cólera? ¿desplantes? ¿descortesías? No lo dice).

El equívoco es simbólico, por lo menos en tanto y en cuanto cosas análogas le ocurrieron una y otra vez: sus superiores locales le achacan defectos que creen que son; y Castellani cree que el Superior de Roma puede ver que no son... para tanto.

Este episodio substancial de mi carrera, me demuestra inconcusamente una idea que va creciendo en mí a medida crecen los años y la experiencia: nuestra absoluta necesidad de Roma.

(Ya te voy a dar a vos con tu «necesidad de Roma»).

¿Ingenuidad?, ¿Castellani ingenuo? (Mandrioni me lo repitió varias veces cuando me habló de

nuestro autor). Bueno, sí, no puede negarse que de a ratos lo parece, aunque habría que ver qué alcances tiene este adjetivo... y cuánto hay de presunción en quien lo utiliza.

Éste es uno de los modos de ver la guerra de Castellani con sus Superiores y por eso me parece que vale la pena detenerse un segundo a analizarlo.

El uso que le damos vulgarmente al adjetivo «ingenuo» supone en el así calificado un cierto desconocimiento de la realidad, de cómo son las personas, los acontecimientos, las cosas... y predicar algo así de Castellani, con su inteligencia, ese talento que él tenía para leer dentro de la realidad, parece afirmación temeraria, digan si no. Si acaso hubo un hombre que veía, ése es nuestro hombre.

Veía mucho, en profundidad... ¿pero a su alrededor? ¿No tenía ciertas anteojeras? ¿No es que por concentrarse en el fondo de las cuestiones desatendía lo que sucedía en derredor, las implicancias, las manifestaciones exteriores, las consecuencias...?

Quizás.

Puede ser difícil de entender lo que digo, pero también es cierto que aún cuando de él mismo trataba, veía bien. Había aprendido a «objetivar» su subjetividad como pocos. «Castellani-ingenuo» es, como digo, proposición difícil de sostener. Y sin embargo... miren cómo malcomprendió a Crivelli. Yo creo que si hay en él una semblanza de algo así es por lo siguiente: en él la ingenuidad estribaba, como un puente en difícil equilibrio que enlaza por encima de la grieta que tantas veces hay entre lo que es y lo que, a sus ojos, debía ser. Esa diferencia, ese abismo abierto como una herida entre una y otra cosa constituyó la materia de todas sus articuladas y fundadísimas denuncias: a) esto está mal; y b), yo lo sé porque sé cómo, en verdad, debieran ser. O, de otra manera: a) yo estudié cómo deben ser las cosas y, por eso, les digo que b), esto anda mal.

Y claro, tenía razón. En eso no había ingenuidad alguna. Pero ¿tenía presente que el mal que denunciaba se encarnaba en éste y en aquel otro sujeto, que le cobrarían sus denuncias, que ese mal que ponía de manifiesto rebotaría sobre su propia testa?

No del todo, me parece. Porque también se puede entrever en sus ideas, como si dijéramos entre líneas, una cierta resistencia a creer lo que veía con sus ojos (y un poco más allá, lo que intuía con característico instinto). Digámoslo así: veía y luego se frotaba los ojos, sacudía la cabeza y volvía a mirar. Y luego volvía a sacudir la cabeza. Aquí ponía un pie, de un lado del abismo, con cierto asombro al comprobar que las cosas anduvieran tan, pero tan fuera de quicio; y con eso, su resistencia, su desgano para admitir tantas malas nuevas tomaba asa del hecho de que su voz sonaba bastante solitariamente, además de que no siempre disponía de toda la información necesaria para un diagnóstico cierto. Conocía perfectamente la doctrina, los principios, y sabía cómo, con qué bemoles y distinguos se aplican a la realidad. Pero no le constaba que ésta última fuera como la veía. A lo mejor, en una de esas, las cosas no andaban tan, tan mal.

¿Vamos despacio? Digo que

a) Castellani veía cosas que estaban horriblemente mal.

b) Siempre dejaba espacio a la posibilidad de que él estuviera mal informado... o algo así. Sabía que sus diagnósticos habían sido formulados en la soledad más absoluta -y que sus destinatarios, en la

medida en que vieran las cosas como él, también compartirían, en esa medida, esa (su) soledad.

c) De todos modos denunciaba el mal que veía porque era «pesimista» como el que más... y sabía que esas cosas estaban profetizadas. ^(x)

d) Le resultaba posible tanto «pesimismo» merced a su Esperanza; porque nunca dejó de tener delante suyo las profecías -en su totalidad.

En algún lugar entre **a)**, **b)** y **c)** estriba esa ingenuidad que se le achaca.

Por una parte, **a)**, las tremendas cosas que veía lo obligaban a denunciarlas -por impedirles o retrasarlas, o, mejor aún, para que se reconozcan como lo que son. Por otra parte, **b)**, abrigaba un mínimo de «esperanza» humana de que fueran noticias falsas, o que hubiese un modo de digerirlas menos amargamente. En tercer lugar, **c)**, no podía dejar de considerar que a lo mejor, en una de esas, comenzaban a cumplirse algunas de las profecías pendientes (que como todos saben, son las más tremendas). Y él, por las dudas, en este sentido, era «pesimista». Pero, por fin, **d)**, como tenía grande Esperanza, finalmente sabía que en sus denuncias podía haber cualquier cosa menos falsedades manifiestas y que si no se aplicaban entonces estrictamente a la realidad bajo sus ojos, un día, un día, un día... sí.

Sé que parece un juego de espejos, pero voy a tratar de formularlo más sintéticamente: en Castellani si acaso había ingenuidad, era artificial (o, tal vez, necesaria), un espacio de respiro que le dejaba a sus (legítimamente) asustados lectores para que asimilara las malas nuevas de a poco y las «colgaran», por decirlo así, de la virtud de la Esperanza. ^(x)

Lo mismo se diga de la mayor parte de su humor, de sus chistes: era un ejercicio de «captatio benevolentia», con el sólo fin de «hacer Verdad». Pero era también la jalea para disimular el amargo trago del jaleo que fue, que es, que vendrá. ¿Vemos un ejemplo? ¿Qué cosa más ingenua que sostener que el gobernante debe ser bueno, y que lo peor que puede pasar es que gobierne un tipo inferior? Acerca de esto podríamos recordar, por ejemplo, su primer intento homilético en Villa Devoto.

Le había tocado predicar sobre el Buen Pastor.

Hice un sermón romancón, retórico y sentimental, que ahora lo leo y me da vergüenza; pero la idea fundamental era buena: comparé el Buen Pastor a los pastores del Viejo Mundo y el Mal Pastor a los pastores de la Patagonia.

En Europa he visto a los pastores de Italia y de Cataluña con su cayado, su silbato y su perro, que conocen a su rebaño pequeño, cabeza por cabeza; y llevan sobre sus hombros al cordero recién nacido o a la oveja quebrada. A ellos les cabe la pintura del pastor que hacen los profetas hebreos [...]

En cambio los pastores de la Patagonia llevan manadas de cien a mil ovejas a caballo con un látigo, no las conocen sino como un montón, no van a estar esperando un parto, y si se manca un corderito les conviene más acabarlo de un garrotazo que alzarlo en ancas.

¿Pastores malos, malos pastores? Ahora, la cosa se pone de veras interesante si el lector cae en la cuenta que Castellani está pensando, sobre todo, en los obispos. Y que les aplica un tremendo texto de la Escritura:

A ellos se les parece más el retrato del Mal Pastor que hace Ezequiel en XXXIV, 1:

Recibí la palabra de Jahué diciendo: «Hijo del Hombre, profetiza contra los pastores de Israel. Así habla el Señor Jahué [Dios]:

“¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿Los pastores no son para apacentar ovejas? Pero vosotros coméis la grosura, esquiláis la lana, matáis a las mejores, no apacentáis realmente. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las extraviadas, no cuidasteis a las paridas; sino que con violencia las dominasteis. Y así andan desorientadas, mis ovejas por falta de pastor, errantes por montes y por cañadas, desperdigadas por la haz del mundo”».

«Por tanto, oíd pastores, la palabra de Jahué: “Estoy contra los pastores, para reclamarles mis ovejas. No les dejaré ovejas a apacentar, a esos que se apacientan a sí mismos. Les arrancaré hasta de la boca las ovejas, que no sean más pasto suyo!”

Por esto dice el Señor Jahué mismo: “Yo mismo las iré a buscar, yo reuniré mis ovejas.”». ^(x)

Sí, así es: Castellani va en cierto modo a «exigir» (con aparente ingenuidad) que los pastores sean inteligentes y buenos. Desde luego, para eso cuenta con la compañía de Santo Tomás (citémoslo de nuevo a ver si alguien se aviva todavía) quien

urge con energía sorprendente, calificando de «monstruosidad», de «desorden», de «aberración», que se dé el caso (helás, tan frecuente) de «uno que preside no por preeminencia intelectual». ^(x)

¿Y bien? Está claro que al escribir cosas como éstas no sólo daba en el clavo; también hacía que los superiores comenzaran a «medirse» no sea que les cupiera el sayo. Éste, como se comprende, no es ejercicio agradable, y, finalmente lo mejor era tirar el sayo al diablo y acallar la molesta voz del que recuerda verdades tan grandotas, como ésta de que un Superior tiene que ser... superior.

En un escrito del '44 Castellani evocó espléndidamente la voz, los argumentos, y la inquina de sus enemigos. Para eso inventó un sujeto «moderado y prudente» que le avisa a Jesús que tenga cuidado porque de seguir así... lo van a crucificar:

«Hay que partir de este principio: es forzoso contemplar a los poderosos. Y no es difícil hacerlo si uno se pone a ello. Es algo indispensable. Hay que tomar a los hombres como ellos son y no como queremos que sean. Con el que tiene el poder es inútil querer hacerse el tremendo. Hay que ponerse en razón.»

Ya vamos viendo por donde no es fácil sostener que Castellani era ingenuo; por el contrario, ve clarísimamente que «hay que tomar a los hombres como ellos son y no como queremos que sean». Y sin embargo... como vamos a ver una y otra vez, luego actúa como si no viera la lógica del poder, como si no entendiera las bajas razones de los otros, como si el que tiene poder ajustara su conducta a una razón superior... El adivina con facilidad cuáles son los argumentos de sus colegas y entiende perfectísimamente que con el cuento de la «obediencia religiosa» (como ellos la entendían) le querían dar puente de plata (que él, por honesto, rehusaría siempre).

«Se trata solamente de encauzar tu predicación de acuerdo a las normas. Al fin y al cabo son superiores tuyos y todo lo que hay en ti les debe estar ciegamente sometido; si se equivocan, ellos darán cuenta a Dios, es una gran tranquilidad de conciencia eso de poder resignar en otro la propia conciencia».

Sí, puede ser. Pero lamentablemente Castellani también sabía que no es lícito ni posible resignar enteramente la propia conciencia. ^(x)

Y en todo caso, como vemos en Santo Tomás, él puede formular las «objeciones» mejor que nadie, poniéndolas en boca de un amigo de Jesús que lo llama a la moderación.

«Hay que agarrarse con fuerza a esta idea: la Verdad debe ser administrada.

La Verdad pura no es potable al hombre. La verdad necesita filtro, necesita paliativos y necesita administración. ¿Y quién debe administrarla sino el que oficialmente ha sido nombrado para eso? [...] La administración es lo más necesario que hay en la sociedad humana».

«Ellos están en el medio de la política; yo y vos, nazarenos humildes, poetas de pueblo, escritores de tres al cuarto, ¿qué necesidad tenemos de tocar temas candentes, habiendo tantos temas sobre qué escribir con gusto y satisfacción de todos? Me dices que el predicador tiene ante todo que hacerse oír, porque un predicador que no le atienden, y nada, es la misma cosa. Y para hacerse oír hay que hablar del Reino, pues todo el mundo hoy día está embalado con el famoso Reino. Muy bien. Una cosa es hablar del Reino en general, como se debe hablar; otra cosa es descender al pormenor, hasta llegar a aludir a los herodianos, a los hilleitas, a los saduceos, y lo que es más grave, a los romanos.»

Conocerán ustedes quizá la mejor la regla de una buena predicación: confortar al atribulado... y atribular al confortable. Pero Castellani sabía que muchos habían aprendido a predicar sin molestar a los poderes de este mundo.

«¡Ay, ay, ay! La religión no tiene nada que ver con esas cosas, y a nosotros lo que nos interesa solamente es la religión. El religioso debe respirar religión, debe comer religión, debe hablar religión y debe vivir religión en todos sus momentos; como hicieron aquellos grandes padres nuestros los profetas, que eran pura religión ambulante. Nada más que religión pura.

Eso no ofende a nadie.» ^(x)

¿Castellani ingenuo? No sé... a veces pareciera que no.

A algunos los alaban diciendo: «Ese siempre piensa bien de todos». Ese no sirve para gobernante, ni policía, ni siquiera bancario. No sirve para ermitaño urbano.

Hay que pensar lo que hay, lo que es, bueno o malo; lo cual no es muy fácil. ^(x)

Eso lo escribió él después que lo cascaran y uno podría suponer entonces que perdió la ingenuidad a fuerza de palos. Veinte días antes de su expulsión de la Compañía, tuvo una tremenda discusión con un amigo jesuita que quería impedir lo que se venía.

En nuestra discusión de ayer proferías frases breves y cortantes que sonaban en mi interior como crepitantes falsedades; a las cuales yo respondía con la débil y enorme verdad. Las grandes verdades hay que decirlas con timidez, porque son más grandes que nosotros.

A dos columnas, Castellani pone en su carta al P. Torti lo dicho por ambas partes; pero aquí me interesa rescatar uno de esos cruces:

-A vos nunca te han entendido.

-Es posible que me hayan entendido demasiado... ^(x)

¿Qué quiere decir con esto? Es relativamente fácil de ver: está el que no entiende por cortedad de luces; pero también está el que no entiende porque no quiere entender, y eso porque no le gusta lo que entiende.

¿Castellani ingenuo? Quizá, si se entiende en la única acepción del Diccionario de la Real Academia: «Real, sincero, candoroso, sin doblez». ¿Castellani candoroso, entonces? Puede ser, si seguimos al mismo diccionario: «Candor: suma blancura. Sinceridad, sencillez y pureza del ánimo». Como ven, en el diccionario no hay una acepción peyorativa del adjetivo.

De aquí que sí y no. Castellani ajusta su conducta a la lógica de la verdad e ignora, más o menos deliberadamente, la lógica del poder. Por eso está dispuesto a pagar el precio que sea.

Y en esto, me parece que quien vio muy claro fue el P. Sánchez Abelenda, cuando al pasar afirma que

don Leonardo fue un gran niño, y por eso era candoroso. ^(x)

Me parece que hay un gran acierto en la expresión: Castellani es ingenuo por niño. Pero es también ejemplo perfecto del mandato de Cristo en su más pura exégesis: ser como el niño del Evangelio no significa ser infantil, sino, sobre todo, recto y puro en la intención. Y siempre fiel a la verdad.

Esto no impide que se sorprenda una y otra vez por el modo con que se comportan sus superiores, cotejándolo con los principios que dicen sostener. ¿Ingenuidad deliberada, programática, como «pose», como estrategia? No señor. Más bien, como contracara de su fidelidad: sencillo como una paloma, candoroso como... bueno, nada menos que como un niño.

Por eso propongo aquí un segundo modo de ver su guerra con sus Superiores. En efecto, su implacable lucidez le hacía ver las cosas tal y como eran; y por más que denunciar esos males significaría últimamente su propia crucifixión, creía su deber decir lo que cabía. Aunque tuviera miedo, como lo confesaría, lisa y llanamente... a un comunista.

Yo he sido débil muchas veces, por poquedad de fe en mi trato con los poderes de este mundo: el Vaticano, el General de los Jesuitas, el P. Travi, el

P. Moglia... ^(x)

Y claro, después de la confrontación con «los poderes de este mundo», Castellani perdió todo. Incluso el miedo.

Por ejemplo, al Cardenal Arzobispo de Buenos Aires.

Todo el mundo sabe que tengo razón, incluso su eminencia; todo el mundo sabe que no me la darán, incluso yo.

No le van a dar la razón... no va a convencer a nadie de nada. La consecuencia lógica parece ser que, dadas esas circunstancias -¡y tantas otras!-, no sirve para nada decir la verdad. Pero las cosas no son exactamente así -ni exactamente nada. Esos son cálculos de hombres y Dios suele tener otros planes, como lo explica magníficamente San Juan Crisóstomo:

El sabio cuando arroja las redes de su palabra sobre el pueblo, no sabe los que habrán de acercarse a Dios: pero se adherirán a su predicación todos aquellos a quienes Dios llame. ^(x)

Sabiendo eso hay algunos que hablan igual, pese a todo, como Castellani se lo explica al Cardenal al comienzo de la misma epístola donde da parte de sus dudas sobre el particular.

Dejar de contestar y guardar silencio era más fácil para mí. Mas parece es mi deber contestar. Consulté con Dios Nuestro Señor lo mejor que supe. Si me equivoco, peor para mí. Y si no me equivoco, quizá más peor. Pero si me callo pensando es mi deber hablar, hago lo de San Pedro en el Pretorio. ^(x)

Dijimos que Castellani había perdido todo, incluso el miedo. Pero la observación no es justa: conservó la Fe (para sí y para nosotros) y por eso siguió con sus denuncias, pese a todo.

Como Cristo. Es que, bien miradas las cosas, a Cristo lo mataron por lo que dijo y, sobre todo, por lo que dijo de los fariseos.

Todas las biografías de Cristo que recuerdo (Luis Veuillot, Grandmaison, Ricciotti, Lebreton, Papini) construyen su vida sobre otra fórmula: Fue el Hijo de Dios, predicó el Reino de Dios, y confirmó su prédica con milagros y profecías. Sí, pero ¿y su muerte?

Esta fórmula amputa su muerte, que fue el acto más importante de su vida. (x)

En este segundo modo de ver su guerra quiero hacer notar que con sus escasos 37 años Castellani recibió un don de lo alto, esta sorprendente inspiración de reflotar un antiquísimo tema que había quedado prácticamente en el olvido y que constituye clave de bóveda para entender lo ocurrido en la primera venida de Cristo... y lo que ocurrirá antes de la Segunda.

[Jesucristo] vino a luchar contra todos los vicios, maldades y pecados; pero él personalmente luchó contra el fariseísmo. Lo tomó por su cuenta. Ver los santos evangelios.

Empezó a quebrantar el farisaico Sábado, a olvidarse de las cuartas o quintas abluciones, a tratar con los publicanos, perdonar a las prostitutas arrepentidas; a curar en día de fiesta, a decir que escuchasen a los maestros legales pero no los imitasen, a distinguir entre preceptos de Dios y preceptos de hombres de Dios, a poner la misericordia y la justicia por encima de las ceremonias, aun de las ceremonias de culto, y no del culto samaritano, sino del verdadero; empezó a describir en parábolas más hermosas que la aurora el hondo corazón vivo de la religiosidad, del reino de Dios que está dentro de nosotros, y es espíritu, verdad y vida. Lo contradijeron, por supuesto; lo denigraron, calumniaron, acusaron, tergiversaron, persiguieron, espionaron, reprendieron. Y entonces el sereno recitador y magnífico poeta se irguió, y vieron que era todo un hombre. Recusó las acusaciones, respondió a los reproches, confundió a los sofisticantes con cinglantes réplicas. Y haciéndose la polémica más viva cada vez, con unos enemigos que contra él lo podían todo, se agigantó el joven Rabbí magníficamente hasta el cuerpo-a-cuerpo, la imprecación y la fusta.

Ya ven ustedes: Castellani puede ser tachado de muchas cosas, pero no de bobo. Es cristiano, seguidor de Cristo, conoce muy bien su Evangelio, lo ha meditado largamente con poderosa inteligencia, fina penetración intelectual, agudeza y apego a su letra y espíritu. Y tiene coraje. Sabe que el combate con quienes falsifican la religión despierta iras inconmensurables, agita los peores demonios, convulsiona las cavernas más profundas del infierno. Sí; esta falsificación aleja de la vera religión a toda clase de sujetos, las más de las veces para siempre; y a veces son tipos enormes como aquel que retrató con maestría el insigne Hilaire Belloc:

Cuando el ropaje, las galas de algo que cae y el hábito social de su expresión quedan destruídos, no dejan ningún resentimiento; los hombres no les pueden acusar ni les acusan de opresión ni de falsos títulos. Más se inclinan a la compasión y a la averiguación. Pero el conservar la fachada cuando de dentro parece habérsele escapado la vida, eso provoca una violenta reacción. No se encuentra justificación para eso, porque se crea la impresión de una perpetua coacción, y el cariño que aún despierta aquello cuyas formas son secundarias queda borrado por el aborrecimiento que inspiran las cosas que carecen de realidad.

Pero, pero, ¿de quién habla Belloc?

Ahora bien; en la escuela Real y absolutamente oficial de Brienne, que estaba en manos de frailes, seguía invariable todo el mecanismo de la religión en que los hombres ilustrados no creían. Se celebraba misa todos los días; había una fecha regular, frecuente y obligada para la confesión; la rutina religiosa era mantenida mecánicamente en función. El contraste con el ambiente de la época no podía ser mayor [...].

De Napoleón, nada menos.

Al contemplar retrospectivamente su infancia en aquel lugar, Napoléon no recordaba nada de santo, y apenas recordaba algo que se pareciera a una creencia sólida e inteligente. (x)

Ya se ve: el fariseísmo, la pura exterioridad sin real vitalidad produce muchas veces un rechazo radical a la religión toda -la vera, la huera y la «neura»-. Pero hay tipos más grandes que Napoléon. Son lo que aprenden a distinguir entre la exterioridad y la interioridad, entre la fachada y la realidad y con eso se lanzan a denunciar las hipocresías que fueren, al precio que sea.

Castellani es uno de esos tipos admirables. Sabe que la denuncia del fariseísmo se paga caro, que no se lleva gratis (no fuera tan costoso denunciar a los fariseos y más gente lo haría y menos santulones,

beatones y católicos de letrerito dominarían la escena permitiendo así que los fariseos gobiernen a su antojo). Y también -¿cómo olvidarlo?- sabe que un cristiano tiene que ser como Cristo si quiere retener legítimamente su título de tal.

Dos veces por lo menos, al principio y al fin de su heroica campaña, hizo manifestación de violencia, no se detuvo ante las vías de hecho. Hijos de víbora, sepulcros blanqueados, raza adúltera, y el fulgurante recitado de las siete Maldiciones (Mt. 23); «¡Ay a vos, escriba y fariseo hipócrita!» repetidas con fuerza incommensurable. «Vae vobis, hypocritae!». ¿Está eso en el Evangelio canónico? ¡Está incluso en el Sermón de la Montaña, en el «dulce», en el «místico», en el «poético» Sermón de la Montaña (como dicen los que no lo han leído) aunque Tolstoi lo ignore y no acaben jamás de encontrarlo mucho católicos «bien»! Son los siete arbotantes de piedra de las Ocho Bienaventuranzas, el esqueleto férreo sin el cual el cristianismo se vuelve gelatinoso, y el león de Judá deviene una especie de molusco, de esos que como las ostras y los pulpos puede tomar todas las formas que quieran. Si Cristo hubiese sido ostra, no lo hubieran matado. Lo mataron por eso y nada más: lo mató el fariseísmo. ^(x)

Digan si no. Pero, conviene repetirlo, con esta perspectiva a la vista, resulta sorprendente la enorme cantidad de teólogos, escrituristas, moralistas, filósofos e historiadores católicos que, de hecho, reducen el fariseísmo a una cuestión meramente histórica o, cuanto más, a un retrato psicológico, a una semblanza desdibujada que se reproduce de vez en cuando en este o aquel otro personaje (el texto de Belloc es una «trouvaille» de Jorge Ferro y ciertamente, singularísima excepción). Es como si la advertencia de Cristo, «guardaos de la levadura del fariseísmo» no tuviese aplicación aquí y ahora, como corrupción religiosa actualísima -en todo tiempo y lugar-. No, de esto ni una palabra y menos que menos como advertencia sobre una peste a la que está particularmente expuesto cualquiera, y en especial todos los que tienen poder dentro de la Iglesia. Por eso, lo repito: Castellani se topa aquí con dos cosas: el olvido en que cayó el tema del fariseísmo... y el fariseísmo (¿irán ambos fenómenos siempre de la mano?). ^(x)

Un poco más arriba hablé de inspiración, de revelación, de hecho único. Lo reafirmo. (Encontré, sí, algunas referencias de los Padres -en particular de San Juan Crisóstomo- al fariseísmo como entraña de los malos pastores y peste superviviente en todos los tiempos. Pero es poco). Claro, Castellani era perfectamente consciente de eso.

Los comentadores vulgares (a veces demasiado vulgares) dicen que el Trigo son los católicos y el luello, las otras religiones; o bien los herejes. Es santulonería y tontuna [...]

Y ninguna falsa modestia le iba a impedir reconocer lisa y llanamente su «originalidad».

No hay que admitir la exégesis santulona (buena quizá para otros tiempos), ni de la mano del autor de más autoridad. Aquí en estos comentarios míos hay muchas «primicias» (que Dios sea loado pues de El son) es decir, cosas que no están en ningún otro escritor, y son verdad.

Eso no quiere decir que yo tenga más talento que los antiguos, sino que los tiempos cambian; y los que vivimos han cambiado con un paso y una decisión que espanta. ^(x)

Entonces la pregunta se impone ¿de dónde sacó el tema? ¿No lo habrá leído en Lacunza? ^(x)

Hasta donde sé, no. Si bien Castellani había oído hablar (mal) del gran exégeta navarro (ya en 1928, como hemos visto), no existe la menor referencia a su obra a esta altura de su vida. Por otra parte Castellani leyó por primera vez La Venida del Mesías en 1944. No antes, por más que en Buenos Aires, Martínez Zuviría, Furlong, José Ignacio Olmedo, Mons. Straubinger y algunos más lo tenían presente y lo mentaban a menudo. ^(x)

Insisto en que en 1937 Castellani no conocía las obras de Lacunza -aún. Pero, si quieren, incluso concediendo que Castellani se inspiró en el gran exégeta jesuita para tratar con detalle la cuestión del

fariseísmo en la Iglesia, resulta asombroso ver como lo remarca, pone sobre el tapete y ventila, elocuentemente, de modo tan original y, a la vez, con tan notable apego a la letra del Evangelio.

Todo eso, siendo tan joven. Mi explicación de semejante hallazgo, ya lo dije, es que Castellani recibió una suerte de «revelación» (entiéndase bien: a fuerza de reflexionar sobre su propio «caso»).

El también lo dice. En efecto, a propósito de su explicación de la décima dominica después de Pentecostés, dividió al fariseísmo en siete grados prolijamente enumerados, cosa también absolutamente original -y pasmosa.

¿De dónde sacó tanta materia?

Esto me fue dicho, ahora recuerdo, en San Juan, la noche de Navidad de 1940, tres o cuatro años antes del Terremoto, cuando yo sabía teóricamente que existía el fariseísmo, pero todavía no me había topado con él en cuerpo y alma. ^(x)

Es para registrar. Castellani precisa la fecha y las circunstancias del hecho: San Juan, una noche, de Navidad, tres o cuatro años antes del terremoto, 1940.

Y Benjamín Benavides, pues es de saber que ése es el personaje que se lo «revela». Aquí no puedo conjeturar más. No sé quién era Benjamín Benavides en 1940 («Los Papeles» fue escrito casi diez años después). No sé si era un personaje enteramente ficticio o medio real. No sé qué hacía Castellani en San Juan. Pero sí sé una cosa: Castellani descubrió un tema olvidado. Y por recordarlo, se topará con el fariseísmo «en cuerpo y alma» poco después. Esto es importante, porque en el contexto de general olvido en que ha caído el fenómeno farisaico suceden dos cosas: se licúa la violencia misma que surge de la lectura del Evangelio, la tremenda confrontación entre Cristo y los fariseos. Así los fariseos parecen menos peligrosos y la figura de Cristo aparece desdibujada, transmutada en un sujeto sentimental y pacifista: el dulce Nazareno intercambiando ideas con las autoridades de su tiempo.

Chesterton en su libro Ortodoxia notó que a Cristo nos lo pintan como un hombre dulce y bueno, derretido en benignidad y blandura; y después uno va al Evangelio y se encuentra con una personalidad recia y completa, e incluso imperiosa; y en vez del estilo almibarado que era de esperar del «pálido Galileo» de nuestras iglesias, con el pelito rubio partido al medio, la doble chivita y el rostro de galán de cine, «con su vestidura rosa y apuntando al corazón» -como dijo el poeta Gustavo Riccio-, se encuentra con un estilo extraordinario, lleno de montañas que se levantan y se echan al mar, de camellos que pasan o no pasan por el ojo de una aguja o la boca de un beatón, de sultanes que mandan a pasar a degüello una ciudad entera, de vigas clavadas en un ojo como clavos, de sal que es echada al estercolero, de reyes que guerrear, de casas que se derrumban, de sepulcros blanqueados, de ricachones maldecidos; y al lado de los gestos benignos, como abrazar un niño, gestos de imperio y aun de iracundia. Cierto; porque el Cristo de nuestras iglesias (el de las estatuas y helás el de la predicación) no es mucho veces el Cristo del Evangelio, sino el cristo de León Tolstoy o el «dulce Nazareno» de Constancio C. Vigil... ^(x)

Sí, el que predicán los clérigos que Castellani veía venir. Y que vinieron. Me refiero, claro, a esos que desparraman

la verdadera doctrina de Jesús de Nazaret, compendiada en estas tres palabras: Dulzura, Democracia y Prosperidad. ^(x)

Ahora, como consecuencia de este «rebajamiento» de la entidad del conflicto, de la tremenda personalidad de Cristo que se alza contra la perversidad farisaica, de la inquina de los fariseos y del coraje de Cristo al enfrentarlos, insensiblemente también se altera nuestra mirada sobre la Historia de la Iglesia y comenzamos a considerarla con otros ojos en donde el carácter «institucional» suele ser lo único importante y lo «carismático» valioso sólo y en cuanto sea asimilado -después (por ejemplo, comienza a importarnos más quién era el Papa y menos quién era el santo de aquel tiempo). Esto que

en sí no parece demasiado grave, nunca viene solo. En el proceso de asegurar lo «institucional» se comienza quieras que no a perseguir al «carismático».

La religión adulterada hace gala de la fama de los antiguos santos muertos; y persigue a los santos vivos. ^(x)

Y rápidamente comienza a crecer el afán de asegurar el funcionamiento de la Institución mediante la protección de su Jerarquía. Pero, claro, no es obviando esta cuestión -ni ninguna otra- como se «protege» a la Iglesia. El texto de Bruckberger que hemos citado lo pone en evidencia: si escondemos la verdad embromamos a la Iglesia más que nunca al paso que olvidamos la paradoja que constituye la médula misma de su Fundación, olvidándonos de lo que pasó al principio:

Un obispo estaba almorzando en el Jockey y predicando que el Cristianismo era la sumisión a las autoridades constituídas; y un chico que estaba al frente le preguntó: «¿Qué es eso que tiene Su Excelencia colgado al pecho?» Tenía un crucifijo de oro. «Es el fundador de nuestra Religión» «¿Y quién lo clavó en la cruz?» «Las autoridades constituídas». ^(x)

Éste es el tema de fondo que resplandece en las denuncias de Castellani quien a sus 37 años demuestra que ha dado en el clavo con un temazo. Aunque «dar en el clavo» sea expresión, cómo él mismo aprendería luego, algo truculenta.

-¡Pamplinas! El fariseísmo se acabó.

-Nunca -asestó don Benya-. Ni se acabará [...] Yo tiemblo de decir lo que oso apenas pensar... Mi corazón tiembla delante de Dios como una hoja de árbol al pensar en el misterio del fariseísmo. Yo no puedo indignarme como el Divino Maestro; yo miserable gusano, le tengo miedo... ^(x)

Ya tendremos oportunidad de ver todo este asunto con mayor holgura; pero consten por ahora dos cosas: una, que él comenzó sus andanadas contra todo eso allá por el '37; y dos, que nunca pensó que semejantes ataques quedarían sin respuesta.

Yo le envidio a Jesucristo el coraje que tuvo para luchar contra los fariseos. Yo, excepto en un solo caso, cada vez que me topé con un fariseo grande, me he quedado alelado y yerto, como un estúpido; es decir, estupefacto. ^(x)

Ya ven que Castellani puede tener miedo, y cómo no. Y en esto no era ingenuo. El sabía con quién se las había y que sus denuncias, su estilo, su modo de vivir el sacerdocio, suscitaba enconos que algún día tomarían forma de venganza. Es posible que no calculara con precisión cuán grande era la inquina que despertaba, cuán poderosas las fuerzas que se desencadenarían en su contra -y aun, cuán solo quedaría. Pero no por ingenuidad, sino porque cálculos de ese tipo no se pueden efectuar sin inhibir al hombre, quitarle toda «parrehesía» antes de la batalla, neutralizarlo antes del testimonio. Y después de decirlo todo, nadie sabe cuánto le va a doler lo que le va a doler.

Hemos visto entonces, dos modos de guerra entre Castellani y sus superiores. En la primera, donde parece que Castellani peca de ingenuo; en la segunda, donde parece que con enorme coraje sigue las huellas (y suerte) de Cristo. Pero hay un tercer modo de verlo todo, que quizá ponga las cosas en una perspectiva más realista (ni Castellani tan puramente héroe, ni sus enemigos tan puramente farisaicos). A ver si nos podemos explicar. En primer lugar hay que decir que Castellani nunca fue un «fanático». Me refiero, claro está, a la concepción del término que se encuentra magníficamente expuesta por Chesterton cuando define el fanatismo como la incapacidad de concebir seriamente la alternativa de una proposición. 53

Muy al contrario, Castellani quiso poner por caso -y lo fundamentó lo mejor que pudo- la hipótesis

de que sus Superiores tenían razón y para hacerlo con la máxima objetividad, entre otros ejercicios, analizó cuidadosamente el caso de Jacinto Verdaguer, un clérigo catalán que padeció análoga suerte a la suya.

Supongamos, pues, que «los otros tenían razón». Supongamos que Verdaguer realmente quería hacer lo que se le antojara; que se substraía por capricho al gobierno eclesiástico; que era impresionable e influenciable, y que cedió más a las malas que a las buenas influencias; que fascinado por el ideal de «su obra», no vio que había otras cosas además en este mundo; que comprometía con su conducta a sus cófrades en el sacerdocio; que embebido en la estética, no estudió bastante las otras disciplinas racionales de la carrera sacerdotal, que hubiesen puesto más peso en su vida y más volumen en su obra; que fue terco e impulsivo; que fue arrebatado y demasiado celoso; que fue, en fin... un loco del diablo, como le achacaron sus buenos padres y hermanos [...]

Retratado por Castellani, Verdaguer parece un hermano gemelo, digan si no. Pero no puede negarse que

aun suponiendo verdaderos contra toda prueba los defectos que le achacaron, serían defectos; y lo que se hizo contra él, fueron crímenes. ^(x)

Sí. En el caso de Castellani no admitiremos suposición ninguna. Sus defectos eran reales. No fue caprichoso, ni mucho menos, según espero tener oportunidad de demostrar. No fue un frívolo «enfant terrible», como creo haber mostrado a las claras, ni desobediente, ni obcecado, ni terco, ni, menos que menos, ambicioso o cosa parecida. Por otra parte concedemos que sí fue «raro», pero eso entendido como virtud, como tipo singular y extraordinario. Era cierto, también, que «no amaba la vida en común»; pero tenía sus razones -y San Ignacio las habría aprobado.

Fíjense entonces en este tercer modo de ver la guerra: Castellani tenía defectos, como Ud. y como yo. No sé si recuerdan una carta al Provincial que citamos antes. Sobre el final, Castellani admitía tener

helás otros defectos que si los supieran los Consultores se iban de espaldas. ^(x)

Y, aunque no sean para tanto, los vamos a ver. Porque es de saber que si Castellani acaso fue santo, no fue santo de libro (o por lo menos, no de este libro). Por otra parte, ¿eran sus superiores tan, tan, tan inicuos, perpetradores de crímenes sin nombre? Vistos como «correctores» de los supuestos defectos de Castellani, no lo parecen. Pero aquí lo importante es ver si a Castellani le dieron palos por eso o por otra cosa. Incluso, quizá... por sus virtudes. ¿No lo creen ustedes? Sin embargo, hay un modo muy fácil de saberlo: los colegas de Castellani con iguales o peores defectos no sufrieron ni una décima parte de lo que objetivamente sufrió él. En esos casos las sanciones fueron considerablemente menos severas por delitos considerablemente más serios. Y no se expulsó a nadie (ya hablaremos de Teilhard de Chardin, por ejemplo). Pero el caso es que a Castellani quisieron literalmente aniquilarlo, borrarlo del mapa, como a osadas aún hoy... (el biógrafo debiera saber).

De modo que ahí tienen ustedes: siguiendo este tercer modo de ver la guerra hemos querido ser más ecuanímes y menos severos con las partes; y también, más justos en la apreciación de las cosas en su real contexto. Pero nos salió el tiro por la culata, porque desde esta perspectiva la cosa parece peor aún, que lo que se hizo con Castellani fue criminal. Y por más que lo había profetizado, por más que tenía cabal conciencia de que se venía «la abominación y el gran despelote», ^(x) cuando le tocó en suerte el fusilamiento, le dolió, qué le vamos a hacer, la pucha digo.

Éstos son, pues, los tres modos de ver la guerra de Castellani con la Compañía de Jesús. En el primero queríamos excusar a nuestro héroe con el argumento de que era ingenuo. Vimos que por ahí

no íbamos a ninguna parte. Luego, que no, que el segundo modo de ver la guerra es advertir que él se topó con el fariseísmo, no aflojó ante semejante adversario... y le fue como la mona. El inconveniente de este modo de ver la guerra es que radicaliza demasiado (para nuestro gusto) los bandos: Castellani santo y sus superiores fariseos. Nos parece que algo de eso hay, pero ni tan pelado ni tan peludo.

Por fin, en el tercer modo de ver la guerra quisimos excusar a los enemigos de Castellani y terminamos enterrándolos más aún, pobres tipos. Y pobre Castellani, porque en cualquier caso (Castellani ingenuo, o una nueva versión del combate de Cristo con los fariseos o sus enemigos un poco tontos) el que resultó enterrado en vida fue él.

Digan que él era un hueso duro de roer, como que desde chico había sido enseñado por don Angel Cisera.

Éste era un italiano muy bueno, y filósofo; albañil era, y me enseñó varias cosas cuando yo era chiquillo. Me contó que la primera oración que hacía al despertarse era sentarse en la cama y decir: «Dios mío: ¿quién me querrá coder hoy? ¿E como hago chó para que no me coda?» ^(x)

*

Curioso este fenómeno de «olvido» en que cayó la cuestión fariseísmo, como asunto de urgente actualidad. Si Castellani no lo hubiera estudiado, meditado, sufrido y denunciado me da la impresión de que yo, por lo menos, ni me habría enterado. Estos «olvidos», estos tópicos que desaparecen durante siglos de la literatura cristiana, que duermen entre libros llenos de polvo suelen tener sorprendente actualidad (ahí tienen el formidable alegato de Ronald Knox que demostró a las claras en su «Enthusiasm», libro en que muestra cómo aparecen y desaparecen las mismas herejías, los mismos errores, una y otra vez, a lo largo de los siglos). Sin ir más lejos, mientras escribía este capítulo un jesuita con la «suma del poder eclesiástico» en Buenos Aires, acaba de destratar cruelmente a un pobre clérigo amigo mío con menos miramiento, con más descortesía, con menos calidad humana y con más injusticia que lo que uno conoce en la vida civil, en los ámbitos secularizados donde siempre se da alguna clase de explicación, donde se agradecen (si cabe) los servicios prestados, donde se indemniza si el despido es sin causa. Nada de eso en el ámbito eclesiástico donde rige -debajo de irónicas beaterías y mordaces sonrisas- la ley del Poder desnudo, sin contemplaciones, frío, desmadrado e inicuo. ¿Han muerto los fariseos? Fuera cierto y Castellani merecería el olvido. Fuera cierto y la Iglesia resplandecería atractivamente para los hombres. Fuera cierto y no perdería yo el tiempo con estas reflexiones. Pero, sépanlo amigos, no es verdad: el fariseísmo vive, su levadura fermenta la masa. Y como la cizaña, sobrevive disfrazado de buen trigo hasta el tiempo de la siega. Y ahí se verá, por última vez, quién «code» a quién.

*

Capítulo XXI

EL CURA LOCO

Villa Devoto

1939 - 1944

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra.

Job 7:1

Ya lo dijimos, pero se puede repetir: al haber nacido en noviembre del '99, Castellani cumple años con el siglo. No sé si me siguen: hasta noviembre del 1900 no había cumplido todavía un año, hasta noviembre del año 22, él tiene 22, y así sucesivamente. Por eso, ahora que recorremos los años de la segunda guerra, hay que tener en mente que Castellani anda por los cuarenta (y que mientras esto escribo se va cumpliendo el centenario de su nacimiento).

Cuarenta años, no es tanto, pero de todo modos, él está seguro de una cosa:

Estoy cierto que yo estoy cerca de dejar pronto este siglo veinte. ^(x)

Eso suena más bien a cansancio, y se comprende. Porque hay que saber que este cuarentón trabaja como una mula, por más que disfrace su enorme producción con varios pseudónimos, reservando «Jerónimo del Rey» para las cosas más literarias, «Mi tío el cura» para sus cosas más religiosas (y audaces) y «Cide Hamete (h.)» o «Cide Hamete Benengelí (h.)» para esas invectivas humorísticas de su Sancho que Ponferrada dio en llamar «psicovivisección social». ^(x)

Pero para las cuestiones candentes del día nuestro autor ha elegido llamarse «Militis Militorum», pseudónimo que sonaba particularmente apropiado para esos años en que los ejércitos se desplazaban de un lado a otro, de un continente a otro, conquistando posiciones, ocupando naciones enteras, aparte de la primera plana de los diarios, cuando no tomaban, directamente, los mandos de gobierno.

Cuando Farrel fue presidente, dio un mandato que todos los artículos de diarios apareciesen con firma del autor; y si acaso alguno tenía que usar pseudónimo debía descubrirlo por escrito en Presidencia. El dueño de La Nación diario (Jorge Mitre, según creo) empezó a poner en los editoriales el pseudónimo «Militis» creyendo en su ignorancia significaba en latín «Militar» (miles) siendo que es un genitivo que solo no significa nada. Yo por burla comencé a firmar «Militis Militorum» donde hay tres errores de gramática en lugar de uno; pero el chiste no se entendió. Mons. Franceschi quiso reprenderme, porque hay en francés un libro inmoral (creo) de Pierre Louis, llamado «*Les chansons de Bilitis*». Pamplinas. ^(x)

Casi todo el mundo recuerda a este Castellani, el «Militis Militorum» de la década del '40, el jesuita cuarentón de aspecto tan llamativo, alto, canoso, tuerto, con pipa, boina y cinto, talentoso polemista, humorista vigoroso y batallador, dominador de varias lenguas extranjeras y gran expositor en la suya, como escritor u orador, lo mismo da.

Aunque algunos lo recuerdan por otras cosas. Félix Luna me contó cómo, siendo alumno del Salvador le tocaba leer en el Refectorio durante el almuerzo, razón por la que comía antes con los profesores. Fue entonces que pasó un cura por uno de los pasillos con una tremenda «cara de culo».

Al joven Luna le llamó tanto la atención que inquirió por su identidad y... bueno, adivinen ustedes quién...

Sí, habitualmente Castellani andaba con el ceño fruncido, de mal humor. Por entonces irrumpió en la escena pública dejando una definida impronta en la memoria de quienes lo conocieron a fuerza de frecuentar sus artículos y sus conferencias, misas, retiros, presentaciones públicas e intensa vida social.

Por eso voy a tratar de ceñir este capítulo para que reluzca el «tout-Castellani» de esta época, cuando en Europa rugían los cañones de la segunda guerra mundial. Fueron años que marcaron a fuego al siglo XX -por entonces se libraron muchas batallas del más variado tinte- y aquí en el país repercutía todo eso no menos que en el resto del mundo. Y, como decimos, fue entonces que apareció Castellani en la escena pública y se hizo conocido por sus notables argumentos, andanadas y andadas en medio del intenso debate ideológico, político y cultural que precedió al 17 de octubre de 1945 y a results del cual el país tendría una conformación diferente.

«Militis Militorum» refleja en sus escritos los ánimos belicistas que por entonces caldeaban sus ideas, porque si bien la guerra estaba muy lejos y aquí las batallas no se reflejaban más que en pases dialécticos, charlas de café o juegos de arena, de todos modos en la Argentina de los años '40 no era posible neutralidad ninguna.

Los argentinos se dividían en aliadófilos y pro nazis; en aquellos que se embelesaban con la «V» de la Victoria y los que todavía hacían el saludo fascista. Salvo unos pocos aliadófilos fanáticos, nadie había querido que la Argentina se mezclara en la guerra. Ese había sido el gran acierto del presidente Castillo; el gobierno de facto, al continuar con esa política, no había hecho otra cosa que interpretar un sentimiento generalizado.

Mas la neutralidad de la Argentina, mantenida con tanto esfuerzo desde 1939, era puramente jurídica; no regía en los espíritus. Todos los argentinos tenían su corazoncito haciendo fuerza por uno u otro bando. ^(x)

Sí, y Castellani también aunque quizá sería más justo decir que su «corazoncito» hacía fuerza en otra, en una tercera dirección. Sobre todo porque estaba en plena guerra con sus superiores.

De todos modos, la guerra no podía desinteresar a nadie y Castellani aprovechaba para contemplarla con su ojo crítico.

Nos interesa a nosotros quien ganará la guerra, por que según quien sea, la Humanidad saldrá con salud, o quedará enferma, o pillará una enfermedad mayor. Y encima, si no hacemos penitencia a tiempo, nosotros podemos ser eliminados como células displásicas. ^(x)

Ambiente belicista... sí, todo parece indicar que Castellani se ha contagiado de eso. Así, en 1939 salió publicada la primera edición de La Reforma de la Enseñanza en la entonces nueva «Editorial Difusión», un ambicioso proyecto surgido de la asociación de Fontenla con Castellani. ^(x) Allí, en las últimas páginas del libro, se hace una suerte de propaganda de esta editorial -seguramente escrita por nuestro autor- y que da, me parece, una idea de la atmósfera que por entonces se respiraba.

EL MUNDO MODERNO SE DEBATE EN CRISIS.

ESTRUCTURAS SECULARES SE AGRIETAN Y DESMORONAN.

RUGEN LOS DESTRUCTORES.

CHILLAN LOS CHARLATANES.

GIME EL PUEBLO ENTRE LA POLVAREDA Y EL HUMO.

NUESTRA PATRIA ESTÁ EN EL MUNDO.

NUESTRA PATRIA NO ESTÁ EXENTA. ¿QUÉ PODEMOS HACER?

POR DE PRONTO, VER.

VER CLARO, VER ALTO, VER DESDE ARRIBA. Y DESPUÉS HABLAR.

HABLAR FUERTE, HABLAR PRUDENTE, HABLAR VALIENTE.

¿USTED ESTÁ TRANQUILO

CON EL ESTADO ACTUAL DE NUESTRA PATRIA?

SI NO LO ESTÁ AYÚDENOS EN LA

URGENTE Y GRAVE TAREA DE ACLARAR LA ATMÓSFERA. [\(x\)](#)

Ya ven ustedes, campaneaba un tono, un ánimo, ¿cómo diríamos?, marcial. Otro ejemplo. No sabemos cómo, pero a fines de 1939, Castellani fue designado por Travi para ocupar el cargo de la dirección de *Estudios*, la revista de los jesuitas. Fue de parte del Provincial una rara jugada que duró poco. Pero por lo menos durante el año en que la dirección editorial estuvo a su cargo, la revista levantó (algo de) vuelo (aunque confieso que *Estudios* siempre se me antojó irremediablemente soporífera con su mezcla de «ciencia» y beatería. A *Sol y Luna*, por ejemplo, que comenzó a salir por esos años, no le llega ni a los talones). Pero aquí nos interesa el ambiente, el clima de guerra que dominaba los espíritus por entonces. Ni bien asumido el cargo de Director de la revista, Castellani se dirige al «Amigo Lector» en términos que muestran lo que venimos diciendo:

Los tiempos son malos. El papel anda caro. La imprenta habla amenazadoramente del aumento de la mano de obra. No tenemos subvención de los ingleses ni de los alemanes. Los avisadores preguntan donde están los 10.000 suscriptores. Los redactores tienen que comer también de algún modo. Los libros extranjeros son carísimos. Los libros argentinos [...] la mitad son basura. Las Universidades no dan ya la Sabiduría, algunas apenas la Ciencia, ahogadas por la técnica y el diploma. El Bachillerato es un desastre. La Radio Nacional... Y el Cine Nacional y el Teatro Nacional... Mejor no hablemos. La cultura del país está pidiendo una cátedra intelectual incorruptible.

Y se viene una tormenta sobre este país alegre. Los publicistas más responsables (Franceschi, Ibarguren, Gálvez, Erro, Palacio, Guglielmi, Llambías, Yacobella, Doll, Scalabrini) la están oteando. Esta punta de «*South America*» está rompiendo las telas de su crisálida, como dijo Rubén Darío, o mejor todavía, Mallea. Este país está buscando su «forma», es decir, su verdad. Y lo que tiene de terrible el buscar la verdad es esto: que uno la encuentra. [...]

En la pobre redacción de *Estudios* están los elementos solutorios del difícil problema de la revista de ideas independiente de las grandes fuerzas plutocráticas, por encima de la «política» corrompida, negada a servir causas no puras, devotas a una aspiración de intelectual apostolado.

Entonces *Estudios* mira arriba un momento -el cielo otoñal está lleno de nubes opalinas- y da un paso adelante. Aumenta su personal, renueva sus secciones, crea rubros nuevos, proyecta mejoras sustanciales para el año 1940. «*Sint ut debent, aut non sint*».

Y espera la respuesta de sus amigos. [\(x\)](#)

Ya ven ustedes... Ahora, aquí querría detenerme brevemente en una poesía de él que me llena de

asombro. Escrita a sus cuarenta años y dedicada a Lizardo Zía, Castellani publica unos versos extrañamente proféticos.

Hasta' hora todo fue sudar...

Comienzo a ver las grandes líneas.

Para la estrofa de empezar

puse no más la media vida.

Sí, en efecto, Castellani se encuentra exactamente en la mitad de sus días pues morirá cuarenta años después. Pero hay más. Lo que sigue parece una pesadilla puesta en versos corridos.

La media noche va a sonar

¡Lo peor de todo son las rimas!

¡Qué gusto este de imaginar

palabras sin razón en fila!

Lo que está hecho «capo ha»

dice la Italia, y no es mentira.

Sólo cuando se acabará

se entenderá mi poesía.

Cuando comience a boquear

en el lecho de mi agonía

cuando tendido en ese altar

con un mareo como el mar

espere el pinchazo homicida.

Sólo cuando el sendero real

se vea todo desde arriba,

cuando lo escrito bien o mal

ante la inminencia fatal

lo ponga todo entre comillas.

En el último verso allá

estará la clave escondida

clave de sol, clave de lá...

Ahora bien ¿quién la entenderá?

Sólo yo con Dios... y algún loco de la familia. [\(x\)](#)

No nos podemos adelantar (como el profeta), pero el lector tiene que saber que sí, que en 1948 Castellani estaba «condenado» a escribir sólo sonetos, y que en ese año, en un largo período de perfecta pesadilla le pinchaban el brazo con inyecciones que lo llevaban al borde de la muerte... o, peor, de la locura.

Ya lo veremos. Pero, en fin, volvamos a la década del cuarenta. Cada cual con su memoria, pero aquellos que mejor lo conocieron prefieren volver a estos años, en que el cura deslumbraba con sus clases o sus artículos periodísticos, algunos de los cuales se comenzaban a compilar para antologías, como los humorísticos en clave sanchesca que rememora D'Angelo, sesenta años después.

Todavía recuerdo la tarde de aquel día del año 1940 cuando mi madre me regaló *El Nuevo Gobierno de Sancho*. Yo estaba en cama, engripado. De modo que me abalancé sobre las páginas vírgenes del libro como un hambriento sobre un plato de sopa [...].

El libro me fascinó y lo leí tantas veces que hay párrafos enteros que hoy podría citar de memoria. [\(x\)](#)

Por su parte, Calderón Bouchet supo evocar cómo lo conoció siendo un joven «pagano feliz».

Leí a Castellani cuando apenas había pasado los veinte años y no tenía ninguna formación religiosa. Me llamó la atención, y lo digo con vergüenza, la calidad intelectual de su trabajo. En el mundo de «semi letrados» al que pertenecía, un sacerdote inteligente era inconcebible y en el mejor de los casos se tenía derecho a sospechar que no creería en todas las «pavadas» con que la Iglesia mantenía la ilusión del rebaño de beatas [...]. Sin embargo, fue precisamente su vena humorística la que me conquistó enseguida y como me hacía reír, me aficioné a leerlo. No podía confesar mi debilidad y el amigo que me sirvió de puente, quizá con el santo propósito de enredarme en alguna intriga clerical, obtuvo de mí un pedido desdeñoso que apenas ocultaba el vicio adquirido: «¿No tenés alguna otra cosa del cura ése?». [\(x\)](#)

El «cura ése» se había hecho famoso porque sus escritos se publicaban en todas partes, su palabra corría de voz en voz, sus bromas eran alternativamente censuradas o festejadas, su estrafalaria apariencia era motivo de toda suerte de comentarios, sus desplantes eran agigantados por enemigos que lo querían silenciar o amigos que lo querían promover. Y si uno conversa con los testigos de aquel tiempo advierte que Castellani produjo un efecto enorme en la escena pública argentina, cuyos débiles ecos llegan todavía hasta nuestros días.

Aún hoy, medio siglo después, hay mucha gente que todavía lo recuerda, por diversas razones (acabo de volver de El Volcán, Pcia. de San Luis, donde se realizó un Congreso celebrando a Castellani con la concurrencia de unas 200 personas).

En parte, me parece, esto se debe no sólo a la calidad de sus trabajos, a sus actitudes insólitas o su curiosísima apariencia, sino también a la envergadura de su producción literaria. Paralelamente a este libro (y un poco a las cansadas) voy compilando su bibliografía -que aún no he completado- y los resultados son sorprendentes. Fíjense, si quieren. Castellani publicó poco menos de un millar de artículos periodísticos desde el año '24 hasta el '74, más o menos. Esto es, entonces, un millar de trabajos publicados en medio siglo de vida. Ahora bien, casi una cuarta parte de esos trabajos fueron

publicados en estos seis años que van del '39 al '45 (1.000 artículos en 50 años; 200 en 6), unos dos centenares de sesudos, articulados, inteligentes y originales escritos publicados a lo largo de seis años, lo cual arroja un promedio aproximado de un trabajo cada diez días. Y no hay que olvidar que algunos de ellos salían en publicaciones masivas como la revista *El Hogar* o el diario *L N*, por no mencionar *Cabildo* y *Criterio*, ésta última en una época en que tenía alguna incidencia en la «intelligentsia» católica, a diferencia de la pálida revistucha progresista que conocimos en la década del '60 y después.

Pero hay más. En este período que contemplamos, además de traducir con Jorge Mejía *La Gloria de Tomás de Aquino*,^(x) de prologar *La Historia Falsificada* de Ernesto Palacio,^(x) y de escribir un sonado epílogo a *La Revolución que Anunciamos* de Marcelo Sánchez Sorondo,^(x) Castellani escribió en estos años un espléndido ensayo periodístico sobre el estado del país a propósito del crimen de Martita Ofelia^(x), una convencional y especialmente aburrida hagiografía sobre la bienaventurada María Bartolomé Capitanio,^(x) dos docenas de cuentos (policiales y de misterio),^(x) además de prologar y anotar prolijamente -casi un millar de notas- cinco tomos de la *Suma Teológica*.^(x)

Su obra por estos años es gigantesca, porque hay que computar además una decena de sesudos «manifiestos» a sus hermanos jesuitas (que él dio en llamar «*Cartas Provinciales*», por su estilo y sus destinatarios)^(x) y no hay que olvidarse que durante un año entero -1940- se ocupó de dirigir *Estudios* (redactando buena parte de la revista). Hay más: en el '42 fundó la Academia «*Canisius*» en el Seminario para estudiar Filosofía (algunos anotados allí: Mandrioni y ¡Gera!) a la par que redactó arduos trabajos filosóficos, como los recopilados en *Conversación y Crítica Filosófica*^(x) y la empeñosa traducción de uno de los «cuadernos» de Joseph Maréchal que formaba parte de su monumental *Le Point de Départ de la Métaphysique*.^(x)

Y a no olvidar sus cursillos de filosofía y diversas conferencias que son incontables y cuyo rastreo resulta harto difícil. Yo sólo he registrado aquella pronunciada el 26 de agosto de 1940 en los Cursos de Cultura Católica sobre «*Los regímenes políticos en Santo Tomás de Aquino*»^(x) y la célebre ponencia sobre «*La Unidad de los Nacionalistas*» en la sede de «*Unione e Benevolenza*», allá por el '45...

Castellani hizo todo eso en medio de muchas horas de clase, todo acompañado por un permanente insomnio que lo atormentaba, sus ayunos, su nutrida correspondencia, sus visitas a enfermos en hospitales, sus frecuentes y violentas peleas con sus superiores, su intercesión y trámites ante las autoridades en favor de sus parientes y amigos, sus incursiones en política...

Yo fui alumno del P. Castellani desde el año '38 y a mí me explicaba nada menos que Descartes y Kant, y por supuesto era la lumbrera del Seminario. Aun en las clases de él nos hacía morir de risa con la inventiva que tenía. [...]

Al mismo tiempo era profesor del Liceo de Señoritas “Tal”; llegaba de la calle con las botas embarradas y con bombachas, y esa sotana rara que tenía él, para darnos clase a nosotros de filosofía a las dos [...].

Yo fui toda mi vida en el Seminario bedel de clase. El bedel de clase tenía que ir cinco minutos antes de la clase a golpearle la puerta al profesor, entraba o no a la habitación y le traía un libro o se lo llevaba a la clase. Yo, a las dos menos cinco, le golpeaba a la puerta y me metía en la habitación de él. El tenía una habitación al estilo antiguo, muy larga, y una camilla... porque él sufrió de una cosa que no sé si se sabe, sufría de insomnio. No sé si toda la vida, pero cuando yo lo conocí era un hombre insomne.

Los jesuitas se levantaban a las cinco de la mañana, y decían la Misa a las seis y media, que les ayudábamos nosotros, cinco seminaristas... ¡El se levantaba a las ocho! No podía, no dormía... entonces, ¿qué hacía de noche? ¡Escribía versos en la pared! Estos ojos lo han visto. Lástima que no los anoté porque venía él y yo me tenía que ir enseguida, pero eso es verdad: él vivía la

poesía, la sentía..., estaba dentro de él, la poesía. Yo creo que si hubiera tenido más tiempo, hubiese pulido más sus versos y hubiese escrito versos estupendos.

Los días jueves, en el Seminario -y por supuesto, los domingos- teníamos la tarde libre, y entonces nos juntábamos en el patio a tomar mate. Cuando venía él, le hacíamos rueda y allí decía cosas muy graciosas... [\(x\)](#)

Son numerosísimos los testimonios de alumnos y seminaristas que le profesaban parecido afecto. Pero al mismo Castellani, éste del que me quiero ocupar ahora, muchos lo veían con ojos muy, muy distintos.

A Eduardo Allegrí le gusta contar lo que le oyó a su padre quien había sido alumno de Castellani en Devoto. Refiere que había una regla por la cual la puerta del aula donde se dictaba clase debía permanecer siempre abierta. Castellani invariablemente la entornaba y se balanceaba apoyado sobre ella. Los alumnos lo seguían con los ojos, no sea que se fuera a caer. Y no. No se cayó nunca -así como su filosofía se mantenía perfectamente sólida.

¿No lo querían a Castellani porque jugueteaba con la regla de que la puerta del aula debía permanecer abierta? Bueno, había un poco más que eso. Rinsche -con quien Castellani sólo se llevó bien los primeros meses en el Seminario- también tenía sus objeciones.

Quando fui profesor del Seminario quise dar 5 conferencias sobre la educación de los sentimientos (por lo mismo que yo me sentía un ineducado en ellos) y el Rector oyó la primera y no me dejó seguir; todavía conservo los papeles. [\(x\)](#)

Es que las diferencias de percepción e inteligencia de las cosas entre nuestro autor y el resto de los jesuitas se iban haciendo cada vez más patentes, sobre todo para él.

El régimen del seminario iba en mi tiempo -y estimo que no ha cambiado mucho- a contrapelo del sentido común y la honradez natural: no se cumplían los mandatos y avisos de la Santa Sede, mientras se hacían grandes «homenajes» al «Día del Pontífice». No se aprendía con seriedad ni se enseñaba con competencia; y el rector de entonces profesaba públicamente porque así le convenía a él -[en] contra de lo declarado por S.S. Pío en la encíclica *Studiorum Duce* que el sacerdote «no necesitaba ciencia sino piedad» -y había que ver lo que entendía él por «piedad»-. de modo que en su juicio los estudios eran como una manera de pasar el tiempo, hasta que llegara la ansiada hora de meter barba en cáliz.. y ejercer el «ministerio»: el ministerio de la impartición de la Verdad, reducido así por él a la venta intensiva de ceremonias mágicas a cargo de una manga de empleados servilmente sometidos a la llamada «Jerarquía», es decir, a la Gerencia. [\(x\)](#)

Por eso, además de muy ocupado con su vida intelectual, en estos años comienza su indagación sobre «las cosas de la Compañía» (ya por entonces había leído a Juan de Mariana).

Y bien, inspirado por éste y unos consoladores Ejercicios («...verdadero premio, porque no recuerdo haber hecho nunca Ejercicios con tanto consuelo y descanso») tiene un clásico arranque de franqueza-ingenuidad para darle cuenta al Asistente para la América Latina de lo que le parece.

Creo que el R.P. Provincial actual, Tomás J. Travi, ha gobernado desastrosamente, y que al terminar su período está acumulando equivocaciones y arbitrariedades en forma impresionante. La general aversión que existe hacia él es un índice de ello. Me inspira compasión, porque me parece ha entrado por un camino que no puede acabar bien [...].

La Provincia es un hervidero de chismes, que a veces tocan la calumnia, y otras asumen los caracteres grotescos del absurdo. La delación practicada a todo pasto, sin caridad consideración ni tacto, parece volverse un medio normal y predominante de gobierno [...].

Hay una grave crisis de unión social, y consiguientemente de amor y caridad fraterna en nuestra Provincia, con la consecuente esterilidad y anemia que trae siempre esta moral necrosis.

Esta crisis tiene en su raíz una crónica falta de justicia DISTRIBUTIVA, que establece terrible desarmonía jerárquica, poniendo lo

superior debajo de lo inferior y destruyéndolo en consecuencia.

Esta injusticia a su vez no podría existir si no hubiera entre nosotros, aun entre los Superiores, focos infecciosos del terrible vicio de la ambición, «libido dominandi», contra el cual hemos hecho voto los Profesos.

«Usted cálese y dé buen ejemplo!»... Eso es lo que me ha respondido una vez hace tres años a estas mismas quejas. Creo firmemente que el 2º término es la evidente voluntad de Dios, pero no estoy tan seguro del primero, que sería empero tan fácil para mí, callarme. Hablar es un terrible deber muchas veces: «*testimonium perhibere veritatis*» fue toda la misión magnífica asumida por el verbo de Dios al hacerse hombre. ^(x)

Ahí tienen un botón de muestra de lo que venimos viendo. Poco a poco se va cocinando el «caso Castellani», hecho con todos estos componentes: desplantes y arranques de mal humor tanto como clarividentes perspectivas y agudas reflexiones abonadas por grandes autoridades. Pero el asunto se va a poner cada vez más espeso porque las denuncias de este tenor -siempre «puenteando» a sus superiores inmediatos- no eran confinadas exclusivamente a sus secretas cartas a Roma. Promediando la guerra -la segunda guerra mundial y la que él libraba contra sus Superiores- Castellani comenzó a utilizar un estilo más y más... brutal. En 1942 le escribía a Travi, ay mi Dios:

Se oyen en muchísimas bocas, incluso de jóvenes, estas alarmantes frases: «Aquí no hay cabeza» - «Estamos sin gobierno» - «Nos encaminamos hacia una completa anarquía» - «Los audaces lo pueden todo y son atropellados los hombres honestos y sencillos», etc. etc... [...] Si estos superiores no son capaces de este consejo y lo dejan campar por sus respetos deberán atenerse a las consecuencias las cuales estoy viendo venir [...] Si Ud. por sus grandes ocupaciones y extensión inmensa de su mandato no puede proveer, deje en Bs. Aires un hombre capaz y con pantalones que lo sustituya durante sus viajes a Bolivia, porque sinó llegará a merecer el sobrenombre de Virrey Sobremonte que ya le dan algunos en esta Provincia. ^(x)

La guerra... la guerra mundial. Castellani denunciaba la mala gestión de Travi a Crivelli; claro que eso no le impide, como vemos, hablarle a Travi directamente sobre lo que le parece su gestión. Travi, por su parte, decía males de Castellani al mundo entero. Ramoneda se lo contaba a Moglia. Moglia (le decían Juan «M» Moglia, la «M» porque, adivinen ustedes) le agregaba cosas de su propia industria. Pita... Pita trataba de achicar el pánico y pedía medida. Todo llegaba a oídos de Copello que aprovechaba para hablar pestes de los jesuitas. Parola llevaba la voz cantante en la estrategia contra Copello (por un asunto que ahora vamos a ver) y a la vez defendía a Castellani. Pero en el mientras, Castellani también recibe directísimas amonestaciones y reprensiones de Rinsche, de Travi, del propio Crivelli y del Superior General Ledochowski. Estas conminaciones producen reacciones y desaires terribles en un Castellani que se negaba a callar. A él sus superiores lo sacaban de quicio con sus reflexiones reglamentaristas y beatas, generalmente expresadas sobre la base de mala información, mala formación, y, a veces, incluso, digamos la verdad, mala leche.

De todos modos, una cosa está clara: en las «consultas» de estos años arrecian las denuncias contra él por publicar sin someterse a la censura, por fumar, por tener un aparato de radio en su cuarto, por no rendir cuenta a la administración de sus gastos, por emprender viajes largos por el interior del país sin los permisos correspondientes, por «hacer política», por «vestir como seglar», por atender a mujeres en la portería del seminario, et ainsi de suite...

Claro que, para ser enteramente justos, hay que conceder que en casi todas las reprimendas hay algo (y a veces bastante) de verdad: Castellani no siempre sometía sus escritos a la censura -a veces por el apuro en publicar sus notas en C horas antes del «cierre»-, y otras veces sí lo hacía, pero luego se daba el caso de que la ignorara tranquilamente.

Respecto de la pipa, en el año 1940 el Superior General de la Orden, P. Ledochowski emitió una suerte de circular con las «*Normas para el uso del tabaco para los que tienen permiso de fumar*» en

donde, entre otras cosas, se establece que los jesuitas sólo podrán fumar en sus aposentos (y estando solos) y que sólo los Superiores podrán dar el tabaco y sólo lo necesario para la salud (¿?). Desde luego, toda esa casuística lo tenía a Castellani perfectamente sin cuidado, contentándose con objetar a su vez a los otros curas que cultivaban el «rapé», una moda entre los clérigos que él encontraba particularmente irritante y que se consideraba por entonces adecuada para un sacerdote.

Sí, tenía radio, pero ése no parece delito tan grave, y si vamos a ver, tampoco era el único en tenerla.

Era, desde luego, bastante desordenado en la rendición de cuentas (he visto una intimación fechada el 18 de noviembre de 1941 para que justifique un gasto de \$ 180. Para eso debía presentar la «libreta de gastos». ¡Ahora los «gastos» en cuestión habían sido efectuados en 1938! y las repetidas intimaciones caían en saco roto). Pero, bueno, nunca fue un hombre «práctico» (y aunque gastaba algo de dinero en tabaco casi todo se le iba en libros que de otro modo no podía conseguir). En cuanto a los viajes que emprendía sin permiso... bueno, ¡qué sé yo! Algunos eran urgentes e impostergables como cuando su hermano Luis -que se había establecido en Cosquín y se moría de cáncer- lo reclamaba a su lado.

Por otra parte, el cinto, las botas, y la pipa no alcanzan, me parece, para acusarlo de «vestir de seglar» y escribir lo que escribió en C, ciertamente no era «hacer política», aunque, esteee, candidatearse para diputado... (no se pierda el próximo capítulo).

En cuanto a que conversaba largamente en la portería del seminario con mujeres... es cierto, como ya vamos a ver. Pero no era el único, ni es en sí, si vamos a ver, pecado o imprudencia alguna y en cualquier caso, parece menos grave que la delación a la que nos estamos, ay, empezando a acostumbrar.

Lo hemos dicho y lo refrendamos: el régimen de «consultas» nos parece sistema seguro para cosas como las que estamos viendo. Así por ejemplo, en lúgubre y estulta percepción de la vida en comunidad, Juan Armelín S.J. se queja de

la poca edificación que dan a veces algunos Padres, pues bien: se nota una propensión especial en algunos de ellos en estar con ellos. [¿?]

Si estos Padres están en recreo, entonces ellos, o él, porque me refiero más bien a uno, puede venir, si no, no viene o viene menos. No es que no pueda, pues lo he visto alguna vez en este tiempo leyendo el diario en tiempo de recreo de comunidad. ^(x)

¿De qué habla este hombre? ¿Se refiere a Castellani? Vaya uno a saber. De todos modos, ahí tienen un ejemplo más del sistema de consultas: no se sabe qué diablos Armelín le reprocha a no sabemos quiénes por causas nada claras. Esta sistemática estupidez se vuelve contagiosa y así uno de los «consultores» del Colegio Máximo denuncia que «algunos Padres y estudiantes cruzan las piernas, se hacen la raya». ^(x) *Et ainsi de suite.*

Se podrían multiplicar los ejemplos de análogas boberías, como la denuncia del P. Ricci cuando le escribe -con espantosa gramática- a Travi sobre Castellani:

He oído hablar muy mal de él a varios sacerdotes seculares.

Lleva un cinturón de vigilante en lugar de faja. Y según él, debajo de la sotana lleva el traje que un vigilante de Santa Fé se lo dió.

En su pieza tiene una pistola. ^(x)

Él, por su parte, invariablemente se manda extensos descargos en donde vuelven a caer más colegas suyos bajo el peso de su inflexible crítica. Pero no hay diálogo posible, que requiere, por lo menos, que ambas partes estén en el plano de la verdad. Y lo cierto es que una de las partes se mueve en el plano del poder.

Lo quieren suprimir. Primero con la censura, luego con el confinamiento en Manresa, finalmente con la expulsión.

Otro ejemplo. Travi autoriza la publicación de El Nuevo Gobierno de Sancho, con la expresa advertencia de que se quiten la referencias a

- 1) la Acción Católica.
- 2) a los Obispos de facies vistosas y molleras hueras.
- 3) los cóndones, que a veces se exponen a bendecir ciertos sacerdotes cuando se arrojan a bendecirlo todo, incluso las fábricas de efectos de goma. ^(x)

Castellani agregó bajo este tercer ítem de su puño y letra que *«jamás ha estado en el Sancho ni en ningún libro mío. Éste no es estilo ni costumbre mía»*.

Sí, bueno, más o menos. ^(x)

¿Y bien? A Travi no se le ocurre mejor cosa que prohibirle escribir. Nada. No debe publicar nada hasta nuevo aviso (y ya sabemos cuánto duraría eso...) y gracias a esta secuela de frivolidades y estupideces -que continuó largos años, incluso después de expulsado Castellani-, al final de esta recta llegamos a los años '90 en los que encontramos muchos, muchísimos sacerdotes jesuitas que escriben cualquier sandez, censuran inadecuadamente... además de bendecir condones.

O condones, yo qué sé.

Tanto chisme, dimes y diretes, tonterías, exabruptos y malentendidos, aclaraciones y más aclaraciones, desmentidos y contradichos, tanto ambiente de conventillo quizá justifique los versos de Benítez:

A las gallinas de la compañía

les ha nacido un pato por ventura

ellas lo picotean a porfía

y él no puede cambiarse la natura. ^(x)

Imaginen ustedes el cacareo que Castellani despertó al publicarlos. Y en medio de todo eso él comenzó otra aventura, en otro frente.

El P. Salmerón, en el siglo XVI, escribió sobre el ayuno de Cristo una sarta de errores: que es algo imposible al hombre, que fue un milagro estupendo, que solamente Dios puede hacer eso...

Si eso fuera verdad, yo sería Dios.

Sí, un ayuno de cuarenta días... Castellani se había entusiasmado con un libro de un ruso llamado Alexi Suvorin (o Suvórin, o Suvorín), *El Ayuno Terapéutico* (libro en francés que alguna vez vi en una librería de viejo y que, como un bobo, no compré. O a lo mejor no tenía la plata). Además, ha comenzado correspondencia con un Padre Di Jorio que era conocedor del asunto y le aconseja con saber de iniciado.

Los que han hecho un ayuno, aunque sea de cinco días, saben perfectamente que el hambre desaparece a los tres días -porque se inicia la autofagia, o sea, inversión metabólica del proceso digestivo- y que retorna con gran fuerza alrededor del [día] 40 (*gastrokenosis*) pues es de saber que 40 días es más o menos la vida del glóbulo rojo. Esto se ha sabido siempre en el Oriente y ahora es sabido en todas partes: excepto de los curas famosos que escriben vidas de Cristo [...].

La ciencia esotérica sacerdotal sabía antaño todas estas cosas; ahora parece ignorarlas; y ni los médicos ni los sacerdotes parecen conocerlas hoy día. Porque el ayuno no es indiferente hacerlo de cualquier manera ni en cualquier tiempo: incluso hay que concordarlo con las fases de la luna. Por eso la Iglesia regula la fecha de la Pascua -y por ende toda la Cuaresma- de acuerdo al calendario lunar; y por eso la Pascua es una fiesta movable. ^(x)

En agosto del '41 Castellani comenzó con una prueba de cinco días, anotando prolijamente en un cuaderno los efectos que se iban sucediendo, el color de la lengua, la regularidad de las deposiciones, la fiebre, el sueño, el gusto en la boca. Resultó un éxito: comprobó que dormía mejor, que tenía el ánimo más alegre, que podía trabajar intelectualmente -y parecía comprobarse lo que prometía Suvorín, que a partir del cuarto día de ayuno se realizaba la «purificación de la esfera nerviosa».

El primer experimento prueba que el ayuno me es soportable y no me hace mal que sea notable. Que durante él es posible viva actividad psíquica. Por tanto, que puedo con la ayuda de Dios afrontar la gran prueba con probabilidad de éxito. ^(x)

Ahora, hay que entender que si bien Castellani quería pasar por esta «prueba», sus razones no son inmediatamente religiosas. Porque lo que Castellani quiere, pobre, es dormir... y curarse. Desanimado por las fallas de otros médicos en curarlo ha resuelto diagnosticarse y medicarse a sí mismo, poniendo en esto todo su talento y voluntad.

La NEURASTENIA de Beard es una enfermedad producida por intoxicación de una cantidad cuota de células nerviosas. La intoxicación es o se vuelve permanente, la neurastenia se convierte en una enfermedad parecida al cáncer: la célula deficiente se propaga en forma símil, impotente para dar una hija-célula fresca.

Entonces el único remedio es el ayuno absoluto cuarental, suponiendo siempre que las causas psíquicas o físicas productoras de intoxicación generatriz han sido ya removidas. ^(x)

En fin, animado por la primera prueba, unas semanas después encara no menos de catorce días de ayuno riguroso (apenas interrumpido por una taza de té diaria, y alguna manzana algunos días). El ejercicio lo ha entusiasmado.

Este ensayo ha dado resultados espléndidos, aunque más no fuese la pancita que tenía eliminada y la vista mejorada. La cara un poco magra, pero buen color. Siento no haberme pesado. ¿Habré rebajado unos 7 kilos? ^(x)

Habiendo leído sobre los efectos saludables que tiene sobre el organismo esta antiquísima práctica oriental, se resolvió entonces a encarar los cuarenta días de ayuno con el consejo y cuidado de su hermano -recordarán que era médico-. Aprovechando entonces que Luis estaba en Buenos Aires, Castellani comenzó la cosa a la vuelta de un viaje (¿autorizado?) y con la seguridad de que Luis lo visitaría asiduamente durante esos días controlando el severo ejercicio. ^(x)

Para el lector de sus diarios de estos días, la cosa resulta apasionante.

Empecé esta tarde, después de la comida del mediodía mi ayuno cuadragésimo, estando de viaje San Juan-Buenos Aires, F.C.P. Cuarto menguante, último día (el cuarto menguante termina mañana 16, a las 18:00 horas).

Comí al mediodía por estar en viaje, de San Juan a Buenos Aires. De manera que realmente mi ayuno comienza el 16, que es luna nueva a las 18:30 hs. Espero que este retardo forzado (yo quería empezar el 15) no dañará al resultado.

Empiezo con la luna. [\(x\)](#)

Ay, nuestro lunático Castellani. Cada día es puesto bajo un patrocinio y una «reparación» por sus faltas (la enumeración es larga y son todas pavadadas, como «lecturas», «gallardear» «falta de mansedumbre» etc...). Y, desde luego, un minucioso registro de los síntomas que anota nerviosamente en su cuaderno. Por ejemplo, a tres días de ayuno escribe lo siguiente.

Sueño excelente, 7-8 hs. sin interrupción. Al levantarme gran laxitud y fatiga, apenas podía levantar los brazos en la misa; la cual desapareció después.

Día excelente, buen humor, poco cansancio, resfrío desapareció, repercusión dolorosa en cabeza al toser casi quitada. Sin duda la fatiga extraord. de ayer se debía o al tiempo -o a la intoxicación por contenido intestino -o al comienzo de la autofagia -más probablemente.

Pasé una horita en huerta. Siesta breve. [\(x\)](#)

El empeño que pone en esto es notable. El 19 de enero anota sus medidas de cuello (39 cms.), tórax (100), cintura (88) y abdomen (93), además de la temperatura (36,5) y el color de la lengua (blanca), además del pulso (80).

Castellani trata de animarse en medio de esta prueba y parece estar dándose aliento con anotaciones como ésta:

¿Quién dudará de someterse a una enfermedad temporal, no peligrosa y no muy dolorosa de 40 días para librarse de una enfermedad de 20 años, peligrosa, paralizante y atroz? Sólo un abúlico o binario. Esperaré irreductible la vuelta del apetito hasta los 43 días. Entonces comeré en cualquier caso. [\(x\)](#)

¿Hay alguno que no elija provocarse una enfermedad leve para librarse de una enfermedad grave? [\(x\)](#)

Esto, porque el ayuno a veces culmina con la formación de una especie de «medallón» en la lengua donde irían a parar todas las toxinas del organismo. Más o menos a los cuarenta días eso se expulsa y el cuerpo queda completamente limpio. Pero si uno come antes de esa expulsión -que es cuando vuelve el hambre con enorme virulencia- las toxinas vuelven al organismo.

Carta Di Jorio. Dice que él no tuvo mancha parda y me recomienda no pase los 40 días. [\(x\)](#)

De todos modos, Castellani oculta su ayuno a su alrededor con prudencia y cierta humildad. Luego se acusa de eso.

Facilité ayuno tomando un helado de chocolate por compromiso y disimulo; poquísima cosa, pero no repetir. [\(x\)](#)

Claro que su diario no se limita exclusivamente a la cuestión del ayuno. El asunto del sueño lo tiene a mal traer.

Si es verdad lo de Villaseñor, que el sueño es el remedio de la neurastenia, estoy bien servido. [\(x\)](#)

Verano del '42 (¿se acuerdan?). Hace calor, el seminario está despoblado, casi todos los seminaristas y curas andan por ahí, en misiones, en Mar del Plata, en sus casas. Allí, nuestro Castellani, peleando, peleando siempre. Y en toda ocasión, hasta incluso, al celebrar misa.

Insomnio hasta la madrugada. Levante muy difícil, penoso. Misa postradísimo, senil. Una violenta arkada para vomitar el Sanguis, dominada por suerte y desaparecida al instante, causada por choque del alcohol 26° con el estómago vacío. Siesta nula. [\(x\)](#)

El vino no es asunto de poca monta.

El vino de la misa me hace efecto explosivo. El mismo efecto del vino en ayunas, pero multiplicado por 10. Como un fogonazo de pólvora que pasa en seguida. [\(x\)](#)

Lo que no pasa en seguida, ni muchos menos, son cuarenta días. Hay que verlo por estos días a Castellani, solo en el seminario, sin poder dormir, ayunando de todo y de todos. Solo, luchando por vencerse una y otra vez. Y pensando.

No se puede hacer esto por deporte; es una medicina o una penitencia o las dos cosas a la vez. Como es una medicina muy difícil, al menos en la vana aprensión de la gente, fue necesario que la Religión la impusiese por motivos religiosos. Además es una medicina que sólo obra en compañía de un estado psíquico favorable que la religión proporciona.

¿Cuál fue el motivo propio del ayuno de N. S. Jesucristo? «*Ut tentaretur a diabolo*». Para prepararse a la más alta empresa, desafía al Príncipe de este mundo en lo más difícil e íntimo, privándose de la cosa más necesaria. Por otra parte, el ayuno total favorece la oración; uno se siente como separado de todo interés terreno, amortiguado, liviano, al mismo tiempo que su mente está perfectamente clara. [\(x\)](#)

Lento el verano éste, muy lento. Pasan las horas morosamente y Castellani continúa con sus trabajos y sus días mientras intenta desoír cualquier voz que lo aleje de su intento.

Pasado el primer día no se siente hambre anoser que se haga un exceso de trabajo. Pero siente, naturalmente, «ganas de comer», lo cual no es lo mismo. El refrán que dice «se casaron el hambre y las ganas de comer» hace muy bien en distinguir ambas cosas. Aquella es física, estotra psíquica. Se siente una atracción «imaginativa» hacia los manjares, aún oyéndolos nombrar solamente, puede decirse uno anda «enamorado» de la comida. «*Si licet parvis*», es una atracción como la de la mujer (supongo) en un hombre normal, una deflagración agradable de la fantasía, un sobreaprecio admirativo. Uno dice «Qué lindo debe ser eso cuando pueda comerlo». [\(x\)](#)

Supongamos. Y nosotros suponemos y tratamos de imaginar por dónde anduvo, por lo que debe haber pasado Castellani para llegar a estos extremos. Ya lleva más de diez días y continúa el ejercicio, caiga quien caiga.

Vaso de té con limón y algo de azúcar. Me entonó enteramente. Animo tranquilo y posado, gusto en el trabajo manual. Dos días trabajé en la cocina fundiendo cera, y el churrasco y platos apetitosos que delante mí veía, me dejaban indiferente nó, pero sí tranquilo, con una serena mirada platónica. [\(x\)](#)

De todos modos, el verano porteño es el verano porteño.

Desvelo largo. Postración y fatiga al levantarme. Tiempo cargado, amenaza lluvia. Aplastamiento, dolorcito de cabeza, fatiga nerviosa, caída de ánimo y temor de no poder acabar disipados con misa y oración.

Siesta una hora. Tarde tranquila. Tomé vaso de té con poquita azúcar y limón. Por la noche, estado excelente de buen humor y tranquilidad. [\(x\)](#)

Y es lento el trámite éste del ayuno, en un verano porteño, en ese horrible edificio donde asienta sus reales el seminario de Devoto.

Dormí mucho y después una pesada siesta. Lluvia. Aplastado, agobiado y por momentos tristeza y desconfianza. Especie de molestia nerviosa en la cabeza, como opresión o tensión, que parecería la combustión hubiera iniciado allí dentro. Agobio, imposibilidad de trabajar. Leí cosas ligeras.

Decisión de ir hasta el fin. Día largo. ^(x)

Pero nos vamos acercando al final y la autofagia avanza a todo trapo.

He pasado la mitad del plazo máximo; y he entrado en la tercera década. Mi hermano me habla por teléfono y me dice que no me fie de los 40 días; que bien podría ser menos [...].

Veremos si es verdad que la tercera década es la más liviana (Suvorin).

Tengo repugnancia incluso al agua. Con razón la Iglesia prohíbe la carne de hombre, es asquerosa. ^(x)

Pasan los días despacio. Pero no necesariamente el que sigue es peor al anterior. Algunos no son tan malos.

Vinieron mi hermano y el doctor José A. López, tomaron orina, sangre y presión. Pulso 82. Presión baja, pero normal «Pulso espléndido» dijo el Dr. López. Se fueron entusiasmados. ^(x)

Se arrastra el tiempo, continúa el verano. Castellani ofrece sus días por su padrastro, por el bien de la Provincia, por sus hermanos, por el país. Pero todo va muy despacio.

Se me hacen largos los días, miro mucho el almanaque. ^(x)

Nos acercamos a los treinta primeros días; comienza el desenlace y ya suceden cosas nuevas. Por lo pronto Castellani ha bajado de peso (ahora, sólo 66 kilos).

En la misa, unos desfallecimientos o vahidos como si el corazón fallara: sensación como de que amenazara un desmayo. Después, bascas y amenaza de vomitar el sanguis [...].

Debilidad, decaimiento como un enfermo de fiebre que se levantara. A las 9:30 me dormí hasta las 11, siesta de carnero forzada. Dolor de cabeza al despertar, que desapareció enseguida. El cuerpo me dice: «Estoy débil, débil, débil». Es muy probable se cumpla la previsión de Di Jorio de que el proceso se abreviará en mí.

Gruesa flema escupida con dificultad. Malestar general «como si me limpiaran el sistema nervioso con un cepillo de alambre». No dormí siesta... naturalmente [...].

Parecería que la autofagia ha penetrado en los recesos profundos, corazón, pulmones, cerebro. El cuerpo como un laboratorio en labor pleno [...].

La neurastenia: enfermedad funcional es decir total, por tanto remedio total. ^(x)

Y se van cumpliendo los pronósticos de Suvorín.

A la tarde, coincidencia notable, que es cuando en rigor comienza el día 31, la lengua se puso como la describe Suvorín para ese día: amarilla con bordes blancos. Ayer estaba blanquecina. Sería una gran suerte que se verificara exactamente la coloración-lengual Suvorín, pues eso quitaría toda duda. ^(x)

Y, con todo, Castellani lleva una semblanza de vida normal. Esto es, normal para él.

Lluvia, bastante lectura, otra discusión con Armelín, carta brava al Provincial. ^(x)

Y al día siguiente,

Paseo en auto con un mi hermano, sin mareo, animado y locuaz. Vagas sensaciones molestas o bien un poquito de dolor de cabeza. [\(x\)](#)

De todos modos, necesita darse ánimo, y recurre a cualquier expediente. En este caso se pone en el lugar de su sobrina.

Hay momentos de molestia, y fuertes, pero, son momentos. Martita aguanta ya el torno del dentista, ¿no voy a aguantar yo este torno natural? [\(x\)](#)

Pero el 21 de febrero, día 34 del ayuno, reaparece el viejo enemigo.

Dormí bien. Despertar muy feo. Violentas arcadas que a la tercera tentativa arrojan un poco de bilis, dolor feo en el estómago (hambre). Moscas negras serpentinan [en los ojos]. Volví a dormir y a soñar cosas indiferentes hasta las 9.

Segundo ataque de hambre. No lo reconocía como tal, me parecía un dolor sordo de estómago repercutiendo en la cabeza; pero fijándose bien me parece que es la sensación de hambre elevada al cubo. No es apetito voraz, ni gusto por comer, sino un dolor, un dolor muy molesto y sordo. No siendo afán por alimento sólido, pero sí por jugo de frutas o frutas.

No dormí siesta, me recosté un momento. A las 16 vino mi herm. L. el cual me proporcionó naranjas: a las 5 más o menos empecé a tomar el jugo de 10 naranjas que fue bien recibido por el estómago, pero dijo «Basta» al fin. Desaparecen las sensaciones de malestar más fuertes. Sensación de repleción en el vientre y ligeros tironcitos, como desentumirse. A la noche mascaré una o dos peras maduras. [\(x\)](#)

Porque esto llega a su fin y se ve que Castellani y su hermano coinciden en que debe volver a comer, pese a que faltan dos días para completar los cuarenta de ayuno. El 22 de febrero, ya su estómago acepta lo que le ofrece.

Comí dos peras anoche, jugos de uvas esta mañana (el estómago no quiso mucho, basta de azúcar) dos manzanas y una pera a las 11 y un platón de acelgas hervidas con salsa de tomate a medio día. Probé algunas nueces y el cuerpo no quiso; dos o tres ciruelas, pasas, trocito de queso, tres galletitas Graham.

Con tal de comer poquito y muchas veces yo creo que el estómago recibe todo -excepto salsas o comidas excesivamente fuertes.

Sueño espléndido. Sensación de «hambre negra» al despertar pero muy leve. Comunión, no misa. Lecturas cartas, etc., ánimo alegre y equilibrado.

Por las noches los intestinos empiezan a funcionar a la perfección. [\(x\)](#)

El 24 de febrero ya tiene la lengua completamente limpia y... Castellani se da por vencido.

El hombre propone y Dios dispone: ayuno acabado a los 38 días cumplidos a causa de 2 fuertes ataques de hambre negra. [\(x\)](#)

Anticlímax. Castellani no pudo terminar el ayuno como pretendía, no apareció el famoso «medallón» en la lengua con la que estaría seguro de la limpieza total del organismo de toda clase de toxinas. Está cansado, débil, y -se comprende- algo deprimido.

Porque además, unos días después, reaparece el «síndrome» que lo tiene a mal traer. Nuevas tormentas, noches en que se despierta y queda completamente insomne hasta la madrugada... ¡Pobre Castellani! Y sin embargo anota en su diario, con restos de heroico humor:

Me desanimo, pero veo que es un error [...] Quiere decir que hay que luchar (cuándo no) y confiar todo de Dios nada de uno. Los humildes y resabidos consejos de Kempis (celda, paz, trabajo), son también medicinales. [\(x\)](#)

Telón. Castellani continúa su vida activa, más activa que nunca pese a esta «derrota». Sobre todo a partir de su incipiente amistad con Lautaro Durañona y Vedia.

Yo trabajé en un órgano nacionalista. No se puede decir que yo haya sido nacionalista propiamente porque no me interesaba la política, ni sabía. Pero tenía necesidad de un órgano periodístico para exponer, para formarme escritor. Porque me dijeron que hay que pasar por el periodismo para formarse escritor. Y yo empecé a escribir en *El Pueblo*; pronto me licenciaron.

Después en *Cabildo* y *Tribuna*, los dos diarios nacionalistas que fundó don Lautaro Durañona y Vedia. ^(x)

Sí, claro, pero su fastidiosa distinción «*escribí-para-diarios-y-revistas-nacionalistas-pero-en-verdad-no-soy-uno-de-ellos*» constituye una de sus más repetidas aclaraciones que nadie tomó en serio jamás (y que a nosotros nos costó un capítulo entero). ^(x)

Como sea, resulta digno de notar que ha hecho migas con Lautaro Durañona y Vedia, un personaje chesteroniano, no sólo por el porte -pesaba 150 kilos- sino también por su chispeante humor, hospitalidad, inteligencia y general bonomía. De la misma edad que Castellani y con inquietudes compartidas, se puede conjeturar que se han conocido a través de amigos comunes, tal vez Lizardo Zía, o quizá mediante los Padres Benítez y Amancio González Paz, frecuentes contertulios de los Durañona. Pero la cosa pasó a mayores cuando don Lautaro «invirtió» su fortuna en una empresa quijotesca sin paralelo en este país: fundó *Cabildo*, un diario hecho a pulmón -y con muy pocos avisadores, aunque sus tiradas no eran despreciables. Allí comenzó a colaborar nuestro autor con los artículos que le darían mayor renombre (y casi todos iban firmados L. Castellani S.J.).

Quando yo era periodista escribía en un diario nacionalista y conocía a varios de ellos eminentes. Los compañeros míos eran los nacionalistas viejos que no se han vuelto a repetir, según parece.. Dicen que no ha habido otra vez gente como Lautaro Durañona, Martínez Zuviría, Carlos Obligado. Parece que de aquellos ya no hay, claro [...]. De los conocidos, uno de los principales era Suárez Pinto, que era un buen escritor y un buen periodista. Había sido jefe de Policía de [la Provincia de] Buenos Aires y tenía mucho criterio político y una gran experiencia. Después estaba Fernández Unsain, el yerno de Durañona [...] También estaba por allí Rojas Silveyra. Y después, aunque no escribían allí, había otros jóvenes como Bruno Jacovella, Oscar Ponferrada, Carulla... ^(x)

Sí, *Cabildo* era un verdadero foro de encuentro para toda clase de gente y allí se conectaron los tipos más diversos (un empleado del diario, José María Cascallares, fue corriendo a contarle a su tío del talento que había descubierto en la persona del Padre Castellani. El tío se aficionó a los libros del cura y años después sería su ángel de la guarda y quizá único verdadero amigo y confidente hasta el fin: Don Florencio Gamallo).

Pero, sí, los artículos de Castellani lo habían hecho sorprendentemente popular, pese a la densidad de su contenido. Benítez supo explicar por qué.

Sus escritos, aún los periodísticos, a mi entender, no son populares. ¿Cómo entonces ha logrado una enorme masa de lectores? Porque esa masa, pasando a salto de mata por sobre las hendeduras llenas de doctrina, corre en busca de la anécdota o de la chunga, que la picardía del periodista, conocedor hasta lo hondo del oficio, ha vertido acá y allá, como un soborno. Y cierto, no es defraudada la masa si por lo menos se queda con el pensamiento confitado, o acuñado a lo mejor en un chiste o en una anécdota lúcida. ^(x)

Estos dos, Castellani y Durañona, estuvieron asociados durante unos pocos años (Durañona murió en el '48 después de haber sido clausurados *Cabildo* y su continuación, *Tribuna*, después de haber sido acusado de «nazi», de haber sido metido en prisión con el pretexto de no haber efectuado los aportes previsionales de su colaboradores. Un argumento peronista, digan si no). Pero durante estos cinco o seis años de la segunda guerra ambos se llegaron a querer entrañablemente y Castellani nunca quiso tener otra foto en su departamento que aquella donde aparece con el «Gordo», ambos de pie,

Castellani con capa y Durañona de traje. ^(x)

... don Lautaro, germen y consuelo
De lo patrio, y espejo de hidalguía,
Nos vuelve la esperanza de la porfía
Como un niño que fuese nuestro abuelo. ^(x)

Sí, los dos -Castellani y Durañona- tenían algo de «abuelos», por su saber, por su experiencia, por su bondad. Pero también es cierto que los dos tenían algo de «niños». Fíjense por ejemplo lo de la comida que organizó Durañona en su casa de Figueroa Alcorta. Resulta que, a propósito del estreno de una de sus obras de teatro cayó por Buenos Aires Enrique Jardiel Poncela, libretista de teatro, autor de gracejo madrileño y escritor bastante popular por entonces. Jardiel Poncela le daba a sus obras un cariz bastante anticlerical (una de sus obras se llamaba «*¿Pero es que hubo alguna vez 11.000 vírgenes?*») y solía mofarse ligeramente de la Iglesia y los curas (un poco al estilo de Vizcaíno Casas en nuestros días).

Total que al gordo Durañona no se le ocurre mejor cosa que pedirle prestado a Monseñor Tomás Solari -el Director de los Cursos- varias sotanas y ropajes eclesiásticos con lo que se disfrazaron los comensales -casi todos del plantel de *Cabildo*. A medida que transcurría la cena, los pseudo-curas comenzaron a embromar con comentarios subidos de tono y entonces Jardiel Poncela -notando la chunga en el ambiente-, dijo: «*Me parece que aquí hay uno que no es cura*». Durañona fingió sorpresa y le preguntó «*¿Cuál?*». El gallego no titubeó, señalando con el dedo al único cura de verdad en la reunión: -*Ese, ése no es cura*.

Era, claro, Castellani.

¿No es cura, Castellani? Bueno, don Jardiel Poncela, es que no es un cura común.

Por ejemplo, es el autor de *Martita Ofelia*. Con ese talento sacerdotal y periodístico que lo caracterizaba había sacudido a muchos con su denuncia a propósito del secuestro y posterior asesinato de una niña llamada Martita Ofelia Stutz, uno de esos horribles episodios policiales que se inscriben en la ristra de célebres y macabros asesinatos como el de Abel Ayerza o, más cerca nuestro, de María Soledad Morales.

El domingo 20 de noviembre de 1938, los diarios de Córdoba, negligiendo la guerra civil de España y las andanzas de Daladier, vociferaban encabezamientos: «*El rapto de una niña de 9 años moviliza toda la policía. Una niña ha desaparecido misteriosamente*». Debajo, está el retrato a media página de Martita Ofelia, esa carita redonda con una sonrisa breve que durante un mes obsesionaría al país, esa sonrisa grave que muestra dos incisivos grandes; carita de conejo blanco, de durazno maduro, llena de candor, sobre un tórax y un cuello macizos y desarrollados. ¡Nueve años! Esa imagen debía fluctuar tiernamente durante un mes delante de nuestros ojos, para disolverse después en la nada, dejándonos abierta una congoja sorda... ^(x)

Con su característico cariño por los más pequeños y su tremenda imaginación, Castellani se ha dejado embargar por la conmoción que produjo el «caso» en todo el país...

Martita, yo por mi parte, yo estoy de parte de vos. Si han de pasar estas cosas en la tierra en que nací, yo vivo para vengarte, o si no, morir con vos, y ya sabemos la suerte que nos toca a vos y a mí. ^(x)

...y de esa cantera fue sacando los materiales para construir una lúgubre radiografía de la Argentina, tanto o más que la de Martínez Estrada, aunque en él la indignación y tristeza que le produce ver tanto descalabro es asumida por una inteligencia superior.

El régimen jurídico liberal no es capaz de sacar de un crimen justicia y una alta lección teológica, que es lo único que se puede sacar de un crimen; para eso los permite Dios. ^(x)

Por supuesto que Travi también objetó partes de este ensayo. Específicamente censuró dos alusiones: una, a «la vivencia emotiva del mono» que está incluida en el siguiente párrafo.

A la manera que toda vivencia emotiva de un mono desemboca en conductas sexuales, así toda vivencia emotiva de la masa argentina va a desaguar al cauce genérico y profundo de la politiquería, a quien proporciona sangre y fuerza motriz. ^(x)

El otro pasaje censurado reza así:

El domingo 11 de diciembre, Martita desaparece del diario y aparecen las parejas vencedoras double and single del torneo Tennis Córdoba Athletic Club. La Conferencia «para la democracia» se congrega en Lima. Italia reclama Córcega y Túnez. En París, la exposición del «Libro» premia a *La Nación* junto con la *Crítica*. «*El Cardenal Copello sería el sucesor del Papa Pío XI*», estampan descocadamente los diarios; conjetura local inventada no se sabe por quién. ^(x)

Estas censuras de Travi son bastante notables. Lo de la «vivencia emotiva del mono» sería, seguramente, por la aversión de Travi -como buen puritano- a toda referencia sexual (ya hemos visto cosas parecidas). Pero la alusión a Copello, arzobispo de Buenos Aires, tiene más miga. A primera vista, Travi parece objetar el adjetivo «descocadamente» con que Castellani se mofa de los diarios... e indirectamente, de Copello.

Ahora, todo eso sucede en un contexto que merece considerarse. Ocurre que por entonces, Copello quería quitarles a los jesuitas el gobierno de los seminarios (Menor y Mayor) de Devoto y esa aspiración había desencadenado furias secretas de la Compañía, de esas que casi nunca emergen a la luz. Ahora, aprovechando que no somos jesuitas ni clericales nos gustaría mucho contarle al lector en qué términos se planteaba el asunto.

Originalmente la relación del Arzobispo de Buenos Aires con la Compañía era bastante buena, sobre todo porque Rinsche, el rector de Devoto, había trabado buena relación con él en La Plata, cuando Copello había sido Obispo Auxiliar, allá por los años '20. Esa amistad se fue consolidando. Mons. Lorenzo Esteva me contó que todos los jueves caía al Seminario de Devoto un automóvil del Arzobispado enviado por Copello para buscarlo a Rinsche. Conversaban prácticamente todas las semanas en la Curia y por eso los informes del jesuita acerca del Cardenal resultaban extremadamente valiosos.

Cuando me nombraron Rector a mí (Germán Rinsche S.J.) se mostró muy complacido, pero siempre que le hablé de gastos, de subir el número de pensiones por el aumento de los seminaristas, nunca procedió con lealtad; siempre trató de disminuir en mucho lo que se pedía. Nunca ayudó para la biblioteca, gabinetes, etc.; las obras de conservación, si ayuda el Gobierno, se hacen; si dependen de él, apenas se consigue nada. Todo esto se debe a que está preparando fondos para el día en que pueda independizarse de los Religiosos.

Conozco muy bien al Sr. Cardenal y sé que ese es un punto muy sensible en su espíritu. [...]

Así parece...

El Sr. Cardenal es hombre al que hay que alabar siempre; si sabe de alguno que le ha criticado en algo, ese, ese ha terminado su trato con él, le hará sentir una y mil veces el resentimiento. Soy testigo de su vanidad. A mí mismo me pidió un homenaje de los Párrocos a su persona. Se hizo regalar un pectoral; él entregó la[s] joyas para ese obsequio del Clero parroquial. Ciertamente el homenaje resultó frío y poco o nada espontáneo. Me consta así de otros homenajes que se ha hecho hacer [...]

Ya lo creo. Lo cual no quita que los jesuitas lo «homenajearon» también con grandes encomios en

sus revistas... como las que tengo ante la vista (en una de la época una portentosa fotografía de «Su Eminencia Reverendísima» vestido con pompa de medallas, mitra y demás parafernalia ocupa la tapa entera).

Algunos escritos del P. Castellani en *Cabildo* le hirieron también mucho y aunque el P. Castellani dijo que no se refería a él, no lo creyó. [...]

Nosotros tampoco. Famosa como era la vanidad del Cardenal, llamarlo «*Cuquetto*» y ponerlo en compañía de «*Andea*» (Mons. de Andrea) y «*Fidel*» (posiblemente el Nuncio, Mons. Fietta) apenas si alcanzaba a disimular las andanadas. ^(x) Sin perjuicio de que el Cardenal era perfectamente capaz de ponerse el sayo, si le cabía.

De todos modos, si nos atenemos al informe de Rinsche, parece que lo de Copello era bastante serio.

Tiene fobia a nuestros Santos: en la casa de campo no quiso se pusiesen estatuas de nuestros Santos, escogiendo él personalmente las que debían ponerse. [...]

Pero eso no es todo, porque lo más divertido es el asunto de las «vocaciones». En la designación misma del fenómeno (Dios «llama» al sacerdocio) parecería que los hombres muy poco tienen que decir. Pero no. Hoy como ayer sigue actualísima esta cuestión de «seculares» contra «religiosos» y viceversa siendo pocos, demasiados pocos, los que recuerdan que se está tironeando y empujando y «meloneando» a jóvenes en una u otra dirección, violentando conciencias, forzando situaciones con la desaprensión de los que todo lo calculan, conscientemente o no, en términos de... poder.

Éste es asunto más viejo que la escarapela.

Pero el punto que más le ofende es el asunto de las vocaciones que se suscitan entre los seminaristas, a la vida religiosa. No comprende, ni quiere comprender ese asunto. Su modo de tratar a los alumnos que han ido a hablarle de su vocación, es sencillamente absurdo; al P. Pangrazzi lo atacó en forma, puede decirse, brutal. Varios sacerdotes fidedignos me han contado cómo habla contra los PP. [de la Compañía]; dice «que van a sanatorios costosos para curarse», «tienen casas de campo, etc» «a pesar de su voto de pobreza». Realmente parece raro que un Prelado arguya así. [...] Habla a los candidatos y a otros sobre las fallas de los Religiosos [...] A eso añade las salidas de otros y entonces arguye que no hay tal mayor perfección religiosa. Los argumentos parecen de un niño.

Pero de lo que no habla Rinsche es del precio que se paga por todo eso.

Fíjense: si Uds. agarran a un muchachito carente de condiciones para sacerdote (sobre todo, intelectuales) y lo ORDENAN sacerdote, casi seguro después se deformará como hombre, porque lo han puesto en un molde que no es el suyo: lo han DESORDENADO en realidad. ^(x)

Sí, el que no está con la verdad, está con el poder (y viceversa). Estos son dos bandos completamente antitéticos. Por ejemplo, en esta peleíta entre Copello y los jesuitas por el seminario de Devoto, ¿a quién le podía importar el nivel de los estudios del seminario, la mala formación de los seminaristas, las camadas de semisalvajes que se ordenaban todos los años? ^(x)

De todo este complejo nace la decisión que tiene de que los Jesuitas no permanezcan en el Seminario. Por un lado no quiere aparecer abiertamente, pero trabaja sistemáticamente a la sombra.

Y no tanto. Por esta puja de poder se explican algunos otros casos famosos.

Respecto a los Jesuitas en general, manifiesta un empeño firme en alejarlos en todo lo que puede. Al P. Gómez Avelino le negó las licencias por más de un año [...]; ítem al P. Pita [...]; sin previo aviso sacó al P. Furlong de la A.C. y al P. Pérez A. de la asesoría de los cursos de A.C. [...]

Por no mencionar la prohibición de enseñar en el Seminario al propio Castellani (que, bueno, Rinsche prefiere olvidar).

Sería muy largo y fastidioso enumerar toda la serie no interrumpida de actos contra los PP. Jesuitas. Nótese que siempre se manifiesta como si nada sucediese; pero sus colaboradores hablan con bastante claridad: «No traga a los Jesuitas».

Así parece chamigo. ¿Pero no habíamos dichos que Rinsche y Copello eran amigos?

El trato que me dispensaba antes era muy cordial; hace un tiempo es de fórmula y frialdad.

Digan si no hay miga en este informe. Pero mucha más la encontramos en la nota bene con que lo remata.

Debe vigilarse muchísimo que el Cardenal [no] se entere de nuestra queja porque es terriblemente vengativo y usa todo su poder para aplastar a los que se quejan de él.

El Clero se cuida enormemente por ese motivo. No lo quieren, pero, le temen por su poder y despiadado modo de obrar. [\(x\)](#)

No nos cabe la menor duda (y los religiosos metidos a disputarle «vocaciones» a los del clero nos meten más miedo todavía). Pero claro, este informe es del año '46 y como allí mismo se dice, las relaciones entre Copello y los jesuitas se fueron deteriorando progresivamente. Cuando Castellani publicó Martita Ofelia, las diferencias recién comenzaban a asomar (y los jesuitas y Copello las fueron manejando con característica diplomacia).

Lo cierto es que, como se ve, en 1943 el horno no estaba para bollos y a Travi le parecía que la inclusión de la referencia a Copello en Martita Ofelia sólo agravaría las cosas.

Castellani, por su parte, publicó el texto de la censura de Travi... y los pasajes censurados. Insubordinación y valor -para molestar al Superior. Ya ven ustedes cómo él mismo tensa la cuerda con la que lo van a querer ahorcar y cómo la tormenta que se desencadenará sobre él tres años después se fue alimentando de estos vientos.

Es que Castellani tenía humor. Por ejemplo, las estúpidas censuras lo ponían de mal humor y de eso él trataba de hacer una buena broma; lo que no quiere decir que siempre le salía bien. Como hemos dicho, durante el curso de estos años Castellani produjo variopintos revuelos en diferentes ocasiones y circunstancias y son numerosísimas las anécdotas análogas a las que se recordaron en las «Jornadas» de homenaje a que ya aludí. Así, Luis Alberto Barnada contaba la siguiente:

A él le molestó siempre la solemnidad, le parecía que la solemnidad en las personas formaba como una corteza que impedía entrar a la pulpa viva de la inteligencia del interlocutor. El quería romper esa solemnidad. Y en una conferencia que dio en Concordia, y en donde apareció con su habitual vestimenta, esa especie de sotana con una cincha negra... y le molestó ver que había una serie de monjitas adelante y dijo: «Mi conferencia va a ser un plomo si le doy un carácter solemne.»

Y quiso romper eso y dijo:

«Señores: Maldito sea mi padre porque se llamaba Hércules y a mí me pusieron “Herculito”».

Algo por el estilo contó Roque Raúl Aragón.

Yo voy a contar otra. En una conferencia estaba hablando de España y contó una anécdota de Santa Teresa, que tuvo una visión del Señor. Le dijo:

-Teresa, has obrado bien, puedes pedirme tres gracias.

-La primera, dijo ella. Que España se convierta íntegramente a la Fe y que tenga una Fe viva y ardiente.

-Concedido, Teresa.

-La segunda: que España sea portadora de la Fe y la lleve a otros mundos, por todos los rumbos.

-Concedido, Teresa.

-La tercera: Que los españoles sean comprensivos entre sí, que se amen como hermanos y que vivan en paz.

-Teresa, vete a la mierda, le dijo. [\(x\)](#)

Todos muertos de risa, menos uno. Efraín Martínez Zuviría me contó que en esta conferencia estaba el P. Andrés Doglia S.J. al que habían mandado para «vigilarlo» a Castellani y que Efraín lo observó ceñudo y muy incómodo.

Con este sentido del humor -escandalizando a los convencionales y atrayendo a los espíritus más libres- Castellani se conquistaba una mezclada fama que, en cierto modo, aún conserva. Por lo demás, el suyo -para el que sabe ver- es humor inteligente. En Criterio, por ejemplo, con el pseudónimo de Juan Palmetta publicaba un pequeña sección que dio en llamar «*Fe de Erratas*», una colección de hilarantes aforismos cosidos sobre las noticias de los diarios (antecedente de los que agrupaba en la sección «*Periscopio*» de su revista *Jauja*) y que muestran que él, a pesar de todo, jamás perdió el sentido crítico de las cosas. Habría que rescatar algunos de ellos del olvido, aunque tratan de asuntos tan variados como los periódicos de donde sacaba materia. Por lo pronto hay bastante de sátira política, como por ejemplo éste.

«*El Carnaval puso un paréntesis a la intensa actividad política*» dice una titular de *La Nación*, 5-II-40.

¡Bien por *La Nación*! Son dos actividades que están en la misma línea. [\(x\)](#)

Pero también puede uno encontrar alguna cosa sobre la guerra,

Hitler ha dado una orden que todos los alemanes lean el tratado de Versalles.

Los aliados no fueron tan crueles. [\(x\)](#)

o, quizá observaciones tipo Dolina, como que

Un psicólogo ha observado que las niñas hablan antes que los niños. Y después también. [\(x\)](#)

Otra.

El ladrón que robó la joyería Álvarez dejó como toda pista un pucho de cigarrillo y la ceniza por el suelo.

La policía dedujo inmediatamente que se trata de un soltero. [\(x\)](#)

Aro, aro; aunque también hay alguno que quizá a Dolina no le cayera del todo bien.

Francisco Canaro declaró a *Crítica* que compuso su último tango en menos de una hora y media.

No es disculpa suficiente. [\(x\)](#)

Ya ven ustedes que a pesar de sus guerras y amarguras, su desaliento e insomnio, no perdía el sentido del humor que era, como alguna vez lo explicó, una de las claves para entender a Jesucristo.

El humor de Cristo traduce la inserción de lo eterno en lo finito, y despatarra lo finito. Podría destruirlo y aniquilarlo; y por eso es humor: es expresión indirecta. La expresión directa de lo eterno es imposible en esta vida, no es humana. ^(x)

Claro, para los que no tienen sentido del humor Castellani resulta insoportable. Pero mirando a través de sus bromas y graciosas referencias se descubre el niño que siempre fue Castellani y que lo vuelve, a pesar de todo, tan, tan, amable.

De todos modos, muy distinto es el efecto que este «niño» produce sobre las mujeres en quienes despertaba infaliblemente su instinto maternal. Recordarán ustedes que hemos mencionado al pasar que uno de los cargos que se le hacían era el de conversar extensamente en la portería del seminario con mujeres. En realidad, según parece, no más que con una o dos. Pero sí. Extensamente.

En la vida de Castellani hubo tres o cuatro mujeres que podríamos llamar, quizá -y aparte de las que mencionamos al comenzar el libro- «las mujeres de su vida» y me parece apropiado hablar de las dos primeras aquí, cuando nuestro autor anda promediando los cuarenta (la expresión es de Imaz).

Y antes que nada, de Irene Caminos. Tal vez le divierta al lector recorrer conmigo el camino que tuve que hacer para reconstruir, como pude, la historia. La fui a ver en dos o tres oportunidades y, según mi costumbre, a la vuelta escribía lo que recordaba. He aquí algunas de las cosas que anoté después de mi primera entrevista:

1/3/96

Casi tres horas con Irene. Está viejita, tiene 85 años (nació en el '10), se queja de un terrible reuma. Con todo, se expresa muy claramente, habló muchísimo de todo, de manera desordenada y algo confusa. En sus dichos hay mucho disparate, fábula y arranques «místicos» que, se me ocurre, siempre tuvo. Ya lo dije, está vieja, se olvidó la plancha sobre el quemador encendido, en la cocina (me di cuenta por el humo, por el olor, por el calor. Irene no se dio cuenta de nada). Modificó toda la casa, que está casi sin libros, y decorada de un modo bastante poco masculino. La casa está impregnada de un cierto perfume femenino, algo opresivo. Magníficas fotos: 1) De Castellani y sus tres hermanos, de luto. 2) De Castellani con Malisa y su hermano frente a la puerta de Manresa. Lleva en la mano el paquete de yerba que le llevaron los Gamallo. 3) De Blanca Amione. 4) Con el «gordo» Lautaro Durañona. 5) Recibiendo el premio «consagración nacional». 6) Cuelga aún el enorme dibujo que le hiciera Murillo en el '66. Irene dice que la semblanza es buena aunque excesivamente severa. 7) En la habitación hay una fotografía de Irene, de cuando recién salía del convento (el pelo cortito, aún) que revela que era muy, esteee... muy, bonita. Irene se sentó frente a un escritorio tan desordenado como su cabeza. A la vez me cayó fantásticamente bien. Creí entender, en oscura intuición, por qué Castellani supo quererla y en qué sentido puede afirmarse que es mujer de cierto genio (en ambos sentidos de la palabra). Puedo aplicar a este entrevista lo que escribió Castellani (refiriéndose a ella, según dice Irene) en *Un Cuento de Duendes*: «Uno de los placeres más baratos, modestos y exquisitos es hablar con una mujer inteligente» ^(x). La pasé bárbaro, divertidísimo con tanta información que me supo proporcionar. Entre otras cosas, de su vida me contó lo siguiente:

1) Nace en 1910 en Bs. As. Su padre era de Lobos, su madre también. El padre fue Gerente del Banco Hipotecario, con sucesivos destinos.

2) Según dice Irene (¿pero es verdad?) su madre una vez le dijo que su padre había dejado a su primera mujer y cinco hijos por casarse con la madre de Irene (¿pero es verdad?).

3) Dice que en el año '37 (ella tenía 27) Castellani enseñaba en cuatro colegios, uno de los cuales era el Colegio de la Virgen Niña, en Villa del Parque. Que leyó entonces *La Mosca de Oro* (**Metri**, p. 145) que había sido publicado en *La Nación*. Le encantó porque le evocaba la escena de los fuegos artificiales en Resistencia que ella había presenciado cuando tenía 12 años y que la descripción de Castellani era perfecta. Estaba firmado por «Jerónimo del Rey» y comenzó a preguntar si alguien lo conocía. Una monja de la Virgen Niña le dijo, «¡Pero, si es el Padre Tuerto que viene a darnos conferencias de Filosofía!». Eran unas conferencias que daba Castellani en el Colegio para las monjas y el cuerpo docente. Refiere Irene que las monjas se dormían, se quejaban de que no entendían nada. (¿Irene sí?). Dice que le pidió a la Superiora que concertara una entrevista, la que

tuvo lugar en Devoto. Refiere que se le presentó diciéndole a Castellani «*que era un genio*». Que Castellani le contestó «*Muy pocos lo reconocen*». Que después de hablar dos horas y media, Castellani le comentó preocupado «*¿Y ahora qué le digo a mi Superior?*» y que ella le contestó: «*¡Diga la verdad!*».

4) Más o menos en el año '38 ingresó al Instituto de la Caridad (conocido como de la Virgen Niña) en Villa del Parque, donde había enseñado. Profesa como novicia en el '39. Dice que la echaron el 2 de febrero de 1942 «*porque la veían muy flaca*». Que la real razón era que lloraba todo el día. Cuando le pregunto por qué, no dice nada. Después, como al azar dice que se le aplica lo escrito en *Un cuento de duendes*, pero no me hace la referencia específica. ^(x)

Irene Caminos recordando todo aquello medio siglo después, todavía conservaba en la memoria una poesía que Castellani le dedicó cuando profesó como novicia (después la encontré publicada y no era exactamente como me la recitó la pobre vieja).

A LA MANERA DE LOPE

Irene, pues es Dios omnipresente
y está en el hombre como fuente y pozo
y el hombre en él, no es mucho que aposente
tu corazón al Invisible Esposo.
En ti quiere vivir y estar presente
en ti quiere a su sed hallar reposo,
que nadie elige amar y estar ausente
siendo un amante todopoderoso.
Si al mismo Dios pregunta alguno adónde
vive, fuera de l'hostia, en este suelo;
en tu pequeño corazón, responde.
Custodia es, copón, sagrario y velo,
y pues que El Infinito en él se esconde
tienes más grande el corazón que el cielo. ^(x)

Horripilantes versos, pero ahí tienen ustedes: Castellani ha entablado especial amistad con esta joven, bastante despierta, inteligente, bonita y... que ejerce cierto poder de seducción sobre nuestro héroe (lo sabemos por una lectura «à clef» de U , el epistolario entre estos dos y, sobre todo, la historia de su larga y extraña asociación). Hay más: en 1944 desliza (*¿lapsus linguae?*), en medio de un artículo político publicado en *Cabildo* un versito que resulta sorprendente en el contexto del trabajo:

Irene, petite Irene

l'amour c'est la grande peine. ^(x)

En fin, seguramente Castellani ha conversado largamente con esta mujer y por cierto que nuestro autor tiene por qué haberse mostrado preocupado por la cantidad de tiempo que estuvo con ella. Ella, Irene, se muestra excesivamente ingenua al aconsejarle que le diga a Rinsche «la verdad», porque habría que recordar aquí las «NORMAS QUE DEBEN OBSERVARSE EN EL TRATO CON PERSONAS DE OTRO SEXO» que regían por entonces. Por estos años se agregó al «*Epítome*» todo un fantástico capítulo con este título en el que con prolija casuística se establecía, entre otras cosas que la dirección espiritual de mujeres «*en general más bien se ha de restringir*» (Ep. 603), aconsejándose no caer en el «*tuteo*» (Ep. 462), que el lugar donde se recibe a las féminas debe estar «*de tal manera dispuesto que tanto el portero como los que pasan puedan fácilmente ver lo que en tal lugar pasa*» (Ep. 457), que las conversaciones sean «*con la brevedad posible*» (Ep. 463). Por no hablar de las visitas a mujeres. Así, por ejemplo se establece la prohibición «*...a los nuestros de hacer visitas a mujeres sin necesidad o gran esperanza de fruto; y aún esto no se conceda sino a varones probados y prudentes; guardando además diligentemente la prescripción de llevar compañero*» (Ep. 463). 91 Claro que Castellani tenía esa casuística por basura reglamentarista, pero Rinsche -o alguno otro delator- le podía crear un nuevo problema, otro incidente para engrosar el voluminoso expediente en que se había transformado su legajo personal. Por otra parte, no es que crea a pie juntillas todo lo que me contó doña Caminos casi sesenta años después, pero este primer diálogo entre ellos dos (-*Ud. es un genio*; -*Nadie lo reconoce*) me da pie para hablar de otra cosa. Porque aunque a sus cuarenta años él ya sabía perfectamente que

Mujeres quiere decir lío

Quiere decir lío no leve

Y enredos y cuentos del tío,

Lo menos de diez veces, nueve. ^(x)

También -digamos toda la verdad- es necesario reconocer que los «líos», «enredos» y «cuentos del tío» comienzan cuando el hombre les da asa de donde tomarse. Como lo dice la vieja cuartilla española.

El hombre es fuego

y la mujer estopa viene el diablo... y sopla.

¿El diablo? Bueno, no sé si tanto, pero para que comprendamos a Castellani me veo obligado a dar una vuelta y contarle al lector varias historias que me parece hay que relacionar. Si fuéramos medievales, le pondríamos uno de esos largos títulos a que sus cronistas eran tan afectos: «*De cómo la vanidad hizo que nuestro héroe cayera en algunas trampas*».

Castellani vanidoso... ¡Hmmmm! (Y bueno, no hay más remedio que admitirlo sencillamente: sí que lo era y se puede probar). Por otra parte, es cierto, ¿no?, es feo hablar mal de los muertos. Sí, pero, como aclara el propio Castellani

El proverbio inglés «*De mortuis nihil nisi bonum*» no puede tener sentido absoluto, pues en ese caso no existiría la Historia. ^(x)

... y no se puede hacer, creo yo, barriendo bajo la alfombra, escondiendo cosas importantes que

explican una cantidad de situaciones, entuertos, malentendidos y problemas que de otro modo no se pueden ni comenzar a comprender. Nada se podría entender del «caso Castellani» si no tenemos en mente la particular conformación psicológica y moral de nuestro autor que no fue ingenuo como creemos haber demostrado.

Pero sí que fue (un poco) vanidoso como creemos se puede demostrar. La primera en admitirlo es la propia Caminos quien ilustra el dicho aquel de que nadie es un héroe para su valet, aunque lo que ella veía eran pavadas como que Castellani, a pesar de su aspecto estafalario, de su overol gris y su corbata roja, de su cinto de policía y su ojo tuerto, era vanidoso en cuanto a su apariencia, sobre todo respecto de su altura, de su porte, de los pies que siempre cuidaba estuvieran paralelos (*¡touché!*), de sus zapatos que siempre tenía inmaculadamente lustrados (Irene me contó que la peluquera del barrio le confesó que cuando pasaba Castellani caminando por la vereda, ella -la peluquera- y varias clientas se asomaban a verlo por la distinción con que caminaba. Y estamos hablando de un Castellani vencido ya por el tiempo, a sus sesenta o setenta años de edad).

¿Y quién no tiene pequeñeces de esas? ¿Y a cuento de qué poner el microscopio de manera tan inmisericorde sobre nuestro autor?

Bueno, es que hay más, y un poco más grave. Comenzando con lo de su prosapia. Si bien puede ser cierto que su abuela era de familia condal, nos parece que lo recordó muchas, quizá demasiadas, veces. ^(x)

Y hay más. Si bien era cierto que su abuelo había construido un par de iglesias en Reconquista, no construyó *once*, como estampó en decenas de oportunidades. ^(x)

Para completar el cuadro: Castellani estaba muy orgulloso de su caligrafía, ^(x) y también de haber superado «*con loa*» las pruebas de su segundo noviciado en Amiens. ^(x)

Además dejó circular especies falsas como que había traducido la “*Vida*” de San Luis Gonzaga de Crispolti y la *Suma Teológica*, siendo, en el primer caso, manifiestamente inexacto. En el caso de la obra de Santo Tomás hay lugar a mayor ambivalencia: la revisión que hizo del texto de Abad de Aparicio fue tan minuciosa que él a veces la considera «traducción» -y a veces no. ^(x)

O aún, cosas casi verdaderas, como deslizar que él hizo el ayuno de cuarenta días, tal como venimos de ver. ^(x)

Pero innecesariamente repitió muchas veces que sabía una docena de lenguas. ^(x)

Y continuando con los cargos: no sabemos de cierto si Castellani se doctoró formalmente en Teología, pero el alarde continuo que hizo, toda su vida, de tal título, a los que agregaba rimbombantes y sonoras recomendaciones que no constan, se inscriben en el orden de cosas que aquí le imputamos, más allá de que a él le parecería importante «respaldar» sus afirmaciones en cierta «autoridad» aparte de la específica fuerza argumental de sus razones. ^(x)

Otra muestra de su vanidad, me parece, es la frecuencia con la que le gusta invocar sonados nombres como sus maestros. «Mi maestro» es locución preferida que repite una y otra vez de grandes celebridades, siendo en algunos casos más o menos cierto, como en el caso de Maritain, y más o menos inexacto como en los casos de Billot, Boyer o Maréchal.

Y, en algún caso, una retrospectiva sobre su actuación un poco impúdica, como por ejemplo su año a cargo de la dirección de *Estudios*

cuyo contenido puse a la altura de los tiempos y las necesidades del país. ^(x)

Pero, lo que es peor, plagió dos cuentos (sino más).

En efecto, en 1944 se reeditó *Martita Ofelia* con el agregado de varios relatos, ^(x) entre los que se incluye uno que no le pertenece, *El Misántropo*, pero que Castellani se atribuye. Años después, Rodolfo Walsh hizo una antología de cuentos donde incluyó el original con un copete que nos da noticias del autor -y de Castellani.

John Days Beresford nació en 1873, en Peterborough, Inglaterra [...] El más célebre de sus relatos -*El Misántropo*- ha recibido entre nosotros los honores del plagio.

Recibe ahora el más modesto de la traducción. ^(x)

¿Qué explicación para esto»? Todavía en la reedición del libro hecha en 1977 continúa figurando Castellani como autor del cuento (por otra parte, es cierto que hay algunas diferencias de detalle entre la versión original y la del traductor, pero... bueno, las semejanzas le dan toda la razón a Walsh).

¿Cómo salimos de ésta? No puedo sino remitirme a lo que dije al principio: Castellani se creía -un poco en broma, un poco en serio- un genio, efectivamente, como se lo dijo a Irene Caminos, allá por el año '39. ¿Y bien? ¿No es que «la humildad es la verdad»? Sí. Castellani es un genio y así lo cree, y eso en sí mismo no está mal.

Lo malo es que piense que es un hecho poco sabido y que se esfuerce para que el mundo lo reconozca. Y es que este libro, *Martita Ofelia*, tiene demasiados fantasmas. No sé si técnicamente es plagio también, pero en su reedición de 1977 Castellani no sólo no aclara lo de *El Misántropo*, sino que agrega un nuevo cuento, *El caballo con alas* que se atribuye y que resulta demasiado parecido a uno de Belloc. ^(x)

Y con esto, por ahora, basta (jamás pensé que me sentiría obligado de «acusar» a Castellani así. Y no pierdo de vista que el día que se me «acuse» a mí... agarráte Catalina. Pero era necesario y se aplica bien al caso el dicho francés de que «*tout connaître c'est tout comprendre, et tout comprendre c'est tout pardonner*»).

Sí: la vanidad de Castellani se enraiza en su esencial soledad, en la básica inseguridad que lo acosaba desde el asesinato de su padre, lo cual, sumado a la superioridad intelectual que en él era cosa inmediatamente perceptible, junto a su condición de hijo de inmigrantes de cierta clase comparados con el criollaje del lugar donde fue criado... Mezcla difícil, si las hay.

Me acuerdo de los tres hermanos Rojas, los hijos de un sastre criollo de mi pueblo, don Manuel Rojas, que se enorgullecían de ser criollos en medio de un montón de gringos. Un día fui a la sastrería a buscar no sé qué cosa, y el mayor de los Rojas me dijo que me sentara allí y esperara. Yo le dije «no me siento» porque cuando el viejo Rojas estaba en el boliche, no se sabía cuando volvía, pero se sabía cómo volvía. Entonces el ñato Rojas me gritó «¡Soberbio!!!», que tembló la sastrería y creo que todas las casas de la cuadra.

Mucho he meditado en mi vida sobre aquel grito del ñato Rojas: yo era soberbio (todos somos soberbios) pero él era más soberbio -y no tenía de qué ensoberbecerse. Eran cuatro desgraciados. Pero criollos. ^(x)

Sí, pero ahí está: la meditación de Castellani ronda más bien en torno a la soberbia de los Rojas (como cuando uno oye una homilía y piensa «esto le vendría bien a...»). Pero no hay caso: es cierto que los gringos aquí tenían frecuentemente un modo algo arrogante que podía sacar de quicio a los criollos que tal vez eran menos, pero por lo menos eran de acá. Y acá, por estos pagos, está muy mal visto rechazar un mate, una comida o un asiento. Sí, bien puede ser que el ñato Rojas fuera un poco resentido, quizá... pero por descontado que el gringo Castellani no dejaba de irritar con su modo un poco displicente.

He dicho que esto de la vanidad de nuestro autor sirve para comprender mejor su «caso», y lo reitero. El siempre estuvo un poco excesivamente centrado (*«self-centred»*) en su propio asunto y le costaba mucho despegarse dél (uso su grafía, por una vez)... No sé, tomar distancia para ver las cosas en su real contexto, con la ecuanimidad necesaria (esto se relaciona, desde luego con lo que dijimos en el capítulo correspondiente sobre sus escasísimos «amigos»). Pero además, porque las debilidades humanas no vienen solas, con sus pequeñas vanidades les daba asa a ciertas mujeres que sabían cómo aprovecharse de ellas.

Por no hablar de sus enemigos, prontos a tomarse de cualquier excusa para delatarlo, difamarlo y, eventualmente, liquidarlo. Estoy pensando, claro, en Irene Caminos que, sin duda, en los años que estamos hablando -y al final de su vida- le proporcionó munición al enemigo, como decimos.

Pero muchas más dificultades de todo tipo le trajo Alicia Eguren.

No cuento con todos los datos del asunto ni mucho menos, pero se puede reconstruir, más o menos (y ocultarlo significaría lisa y llanamente perdernos una de las claves más importantes del «caso» Castellani que hemos de tratar con algún detalle).

Una semblanza de Alicia... comencemos por decir que era bonita. A quienes la conocieron así lo parecía, con unas pocas excepciones (mi viejo, por ejemplo, dice que era «feucha», Fermín Chávez me la describió como «fría, sin ángel» y Dolores Durañona como «desaliñada, “toscona”»). Pero otros discrepan: el P. Benítez, Raúl Puigbó, Aníbal D'Angelo, Elías Terza, Agustín Santa Cruz, la misma Irene Caminos, entre otros, me aseguran que «fea», por lo menos, no era. No sé si vale porque le comprenden las generales de la ley, pero el «Bebe» Cooke decía *«Nosotros tenemos Alicia, la linda; los gorilas, la fea»* (por Alicia Moreau de Justo). Yo tengo mi parecer también, porque mientras esto escribo tengo delante mío una fotografía suya de los años '50 (con Perón -dicen que no la quería- y Evita) y me parece una petisa atractiva (y algo más que eso, si le creemos a Pancho Bosch y ustedes no le cuentan a mi mujer).

De modo que cuando la conoció Castellani, allá por el '42, esta joven veinteañera debía llamar la atención, aunque no sólo por su aspecto. Castellani fue a dar una conferencia organizada por la Alianza Libertadora Nacionalista en la Facultad de Filosofía y Letras, una Facultad donde, a diferencia de las demás, la F.U.A. reinaba cómodamente. Por entonces el brazo universitario de la Alianza era «el Sindicato» y en otras facultades si no era el centro universitario más fuerte, por ahí nomás andaba. Pero en la Facultad de Filosofía... en Filosofía el «Sindicato» sólo contaba como símbolo, no mucho más que un sello de goma y se contaban sus asociados con los dedos de la mano. Alicia Eguren era la voz cantante de ese minúsculo grupo que reportaba a la Alianza y que desafiaba a los demás, por ejemplo, organizando una conferencia de Castellani en ese lugar.

Polvorita. El cura quedó encantado con la mocosa que tenía modos increíbles para la época. Por lo

pronto, una mujer siguiendo una carrera universitaria era cosa muy de notar (mi madre llegó desde Inglaterra con una, diez años después, y causó -según cuenta- gran revuelo). Pero Alicia, además de todo, metida en política, era por entonces completamente fuera de lo común y cuando uno dice «metida», eso quiere decir. No recuerdo quién me contó que se la topaba en todas partes, en *Cabildo*, en la Alianza, en casa de Jauretche, o en cualquier lugar donde hubiera más de tres nacionalistas «fragoteando»... (creo que fue Benítez).

Castellani se encontraba con ella a menudo, casi siempre en la redacción de *Cabildo*, adonde concurría para entregar su artículo semanal. Bueno, ¿y qué?

¿Y qué? Yo les voy a decir «qué». El cura jamás escondió su apego a esta joven llevando las cosas lejos, muy lejos (sobre todo si se tienen en cuenta las costumbres de la época). La Caminos me contó que en una oportunidad se armó una «gorda» porque la llevó a tomar un aperitivo a la Confitería «*Del Gas*», imagínense ustedes, el cura con su estrafalaria pinta pero inconfundiblemente cura- con esta llamativa petisa -pero inconfundiblemente mujer-.

Cuando hablamos de esto con el cura Benítez, reía a carcajadas, aunque después me dijo que en algún momento le suplicó a Castellani que no se mostrara en público con Alicia, que el escándalo era demasiado... Castellani como si nada, las balas no le entraban. Benítez empezó a pensar que a lo mejor se había enamorado.

¿Se habrá enamorado? ¿Y en qué términos? ¿Y cómo saberlo?

De todos modos, no deja de ser divertido lo que refirió alguna vez Enrique Díaz Araujo. En efecto, parece que en una oportunidad alguien (¿de la Riestra?) amonestó a Castellani por mostrarse tan a menudo en público con la damisela en cuestión y él contestó sobre el pucho que si bien la Iglesia prohibía a los curas casarse, ¡no les prohibía que se pusieran de novios!

Típico. Pancho Bosch, con singular agudeza, me contó que cuando lo visitaba a Castellani -él tenía escasos 18 años- allá por los años cincuenta, el cura se mostraba tremendamente viril, masculino, y que daba a entender que le pesaba el celibato, que se sentía un «solterón» (¡Y qué divertido ver a Pancho -¡Pancho Bosch!- algo sonrosado (*embarrassed*) al decirme esto por lo bajo!).

Lo peor del asunto es que en el ambiente de Buenos Aires de los años '40 a una mujer así no se le iba a perdonar todo esto, como que muy pronto comenzaron a circular historias... y, a decir verdad, ella no hizo nada por desmentir todo eso, dedicándose en cambio a desafiar las convenciones porteñas de entonces, la «pseudopudibundez» que decía Gálvez. Por ejemplo, Dolores Durañona y Vedia me contó cómo una vez Castellani cayó a casa de su padre, don Lautaro, en compañía de esta señorita (que no estaba invitada)...y ¡que no usaba medias! Cuando le pregunté a Ricardo Curutchet por ella, exclamó característicamente «¡Era una pájara!». Por su parte Raúl Puigbó me dijo que... pero, ¡alto el fuego!

Seguimos hablando mal de los muertos y, en este caso, me da especial pena, porque esta mujer, se diga lo que se diga, tenía coraje y murió de forma tal que, me parece, merece respeto. Fernando Torres, el abogado de Lorenzo Miguel (y en algún tiempo, de los Montoneros) me contó que un cliente suyo -de cierto relieve político- estuvo detenido en la Escuela de Mecánica de la Armada, allá por el '77. Pues parece ser que los marinos quisieron asustar a este «detenido a disposición del P.E.N.» (por una vez Torres no me quiso decir su nombre) con la idea de que allí nadie era

importante, que podían liquidar a quien les viniera en gana y que para ilustrar ese punto le exhibieron dos cadáveres: el de Rodolfo Walsh y el de Alicia, fíjense ustedes cómo son las cosas. Fermín Chávez me contó que estuvo tomando una copa con ella en el Bar «Casablanca» frente al Congreso horas antes de que la «chuparan» y le advirtió lo que se le venía. Ella respondió algo así como que «ya estaba jugada» (lo que no entiendo es lo que agregó: que era muy «religiosa»). ^(x)

¡Qué desastre! Castellani con «enredos», «líos» y «cuentos del tío», peleado con sus Superiores, repasando a todo trapo la cuestión del celibato, metido en política hasta los tuétanos, ayunando cuarenta días, publicando cosas talentosas, geniales (sí, lo reconocemos), y por excepción, plagiando un par de cuentos (sí, lo reconocemos). Pero hay cosas casi, casi, peores que plagiar un cuento. Me refiero a *Una Santa Maestrita*, libro indigno de su talento crítico, verdadero rejunte de beaterías para consumo de monjas ingenuas y catolicones de letrerito (como él mismo diría). ^(x)

A lo mejor quiso poner en práctica el raro consejo que le dio a Gerard Manley Hopkins, post-mortem.

Lástima que no tuvo la sabiduría [...] ni el coraje de infringir por esta vez su ferrado sistema poético, dándole gusto al censor con un poco de retórica barata. Lo que hizo fue desanimarse. ^(x)

Alguna vez él diría que

No hay crítica para los libros devotos. ^(x)

Bien, hagámosla. «La Maestrita» es un libro escrito por un Castellani que nos resulta perfectamente desconocido (de no figurar su autoría, nadie la sabría adivinar), sin una sola broma, con un lenguaje convencional, a imitación de tantas y tantas hagiografías de las que él mismo siempre abominó. A menos que el libro todo fuera una gran broma privada, para mostrar que él podía, también, si quería, adaptarse a los cánones de escritor que le reclamaban sus censores. En cualquier caso, una broma pesada (sobre todo para nosotros, acostumbrados a encontrar en cualquier escrito de Castellani cosas brillantes, geniales, a cada paso).

Después de varios tanteos, la experiencia la va perfeccionando como Directora y Organizadora, su pasión de moralista se afianza y crece, su piedad llamea y su osadía en atacar el vicio y propagar la virtud, nutrida de triunfos, se hace imperiosa. ^(x)

Parece broma, digan si no, que Castellani escribiera esto contemporáneamente a las andanzas que vengo refiriendo (me inclino a creer que Castellani estampaba estas frases al son de sus propias, privadas, carcajadas). Raúl Puigbó me contó cómo una vez Castellani se presentó en el local de la Alianza con una suerte de pequeño attaché con el que siempre andaba. Basilio Serrano -un aliancista tentado por el mundo de las finanzas- le preguntó qué llevaba ahí. Castellani contestó secamente: «*Vergüenza de repuesto*». Pues, como vemos, la iba a necesitar, tanto como Basilio Serrano y bien se le puede aplicar su propia sátira a los libros de piedad falsificada.

¡Ay, el libro devoto aborrecible,

el libro santulón y devotazo

vidas de santos por algún payaso

místico, que hace al místico risible! ^(x)

No, claro, la única explicación es que «la Maestrita» es un ejercicio de risa a costa de los «payasos» de la devoción.

Pero también a costa de más de un lector. Así, tal vez se podría objetar su sentido del humor vuelto práctico («*practical jokes*» dicen los ingleses).

O, por lo menos comprobar que eso armaba unos líos de la madonna. Con Irene quería conversar, le divertía. Con Alicia quería escandalizar, le divertía. Y con la «*Santa Maestrita*» quiso jugarle una gran broma a los convencionales de entonces. Le divertía.

Y por lo mismo, en las circunstancias que vamos a ver, aceptó la candidatura a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, allá por el '46. Claro que todo esa «diversión» le saldría cara, muy cara («...*viene el diablo y sopla*»).

De modo que ahí tiene, estimado lector, al «*tout Castellani*», el de la segunda guerra mundial. Es el mismo que escribe brillantemente, que pelea con sus superiores, que hace ayunos terroríficos, que se manda macanitas, macanas y quizá macanazos.

Es el mismo hombre; es, créase o no, de una pieza. Y, pese a su juventud, es un poco carcamán.

Me tengo que cocinar solo, me tengo que curar solo, me tengo que limpiar la alcoba, me tengo que llevar las aguas sucias en un gran balde a una cuadra de distancia por un corredor lleno de seminaristas, que son la gente más maleva que existe. ^(x)

Militis argumentando, Jerónimo del Rey novelando, poetando... y profetizando su propio martirio; el cura Castellani ayunando, Leonardo ocupándose de sus familiares y ofreciendo por ellos enormes sacrificios, Don Claudio del Rey ironizando, Castellani (a secas) divirtiéndose a lo loco con el Gordo Durañona, dejándose envolver un poco por un par de jóvenes, escribiendo poesías en la pared de su celda de Villa Devoto, dictando clases magistrales, trabajando en el avispero del seminario. Y revolviendo el avispero político, religioso, cultural. ^(x)

Por estos años Bioy Casares y Borges también lo recordaban como

el padre Gallegani [quien] firmaría en persona, desde un tranvía sin acoplado, especialmente fletado por la Curia Eclesiástica, un retrato postal del Negro Falucho. ^(x)

Es un solo hombre. Y es, insisto, de una sola pieza. Juan Queraltó le puso en estos años el mote de «cura loco» que era la única manera en que podía conciliar tantas facetas en una sola, singular, personalidad.

Claro que en el mote había un elemento despreciativo (no todos los locos son «locos lindos» y a veces la distinción se hace esperar)...

me han llamado continuamente «loco» contra lo que manda el Evangelio; me han llamado «loco» cariñosamente, por supuesto, o bien con semblante de pía compasión. ^(x)

Pero, bueno, finalmente acepta eso también.

El «Cura Loco», no te asombre, hombre

que así te llame alguno en son de chirlo

déjale su intención y asume el nombre...

Un pobre loco, por qué no decirlo

ya que el destino me ingirió en plumaje

color carancho corazón de mirlo;

y no me avitualló para mi viaje

y no me acorazó para mi hado

de tener que ser santo a lo salvaje. ^(x)

¿Santo a lo salvaje? Eso es una locura.

Y lo peor es que yo [...] no quiero dejar de estar medio loco, mientras el mundo esté como está. ^(x)

Hmmmm... pero, digan si no, más que locura parece que estamos frente a una suerte de desesperación, esta especie de arranque en Castellani de apostolados, sacrificios, empeños más o menos desordenados que parecen «patada de loco», aunque todo resulte suavizado, engalanado, por su permanente sentido del humor.

¿Desesperado también?

La desesperación es la enfermedad, pero -y aquí hay una cosa importante que quiero recuerdes porque te servirá algún día: la desesperación es la enfermedad; pero la desesperación es también el remedio.

Y uno se siente como Edmundo, el amigo del cura loco que pregunta con toda naturalidad:

-¿Cómo diablos es éso?

La respuesta exige, como todas las cosas sapienciales, bastante paciencia.

-Algún día lo entenderás. ^(x)

*

Bueno, ya está. Lo dije, qué tanto. Lo cual no quita que me sienta un poco como Voltaire en el lecho de muerte: dicen que el confesor le preguntó si renunciaba a Satanás y que él contestó que no era momento de hacerse de nuevos enemigos... Yo tampoco. En efecto, se puede hacer la cuenta de los enemigos que seguramente me ganaré con este libro: obispos, laicos, jesuitas, militares, historiadores de todo color y lomo: progresistas, liberales, nacionalistas, tradicionalistas, lo mismo da. Y ahora, quizá con lo escrito en este capítulo, habrá que añadir la inquina de los «castellanistas», encendidos devotos del cura que lo han encumbrado de modo tan entusiasta como desordenado, qué le vamo' a

hacer. Con esa especie de obtusa inclinación argentina por que sus héroes sean de mármol se ha pedido públicamente su canonización, se han enterrado deliberadamente papeles comprometedores, historias difíciles de explicar, situaciones delicadas y se ha intentado «congelar» a Castellani en un molde que convenga a lo que ellos creen, tratando de «usar» al pobre cura para llevar agua a su molino. Toda esa gente no querría ver publicado este libro y sostienen que con divulgar estas cosas, de hecho, le damos letra a los enemigos de la Verdad. Pero no lo creo, fíjense. Con la verdad no ofendo ni temo. Y además, todos -Castellani no menos que los demás- podría llevar escrito como epitafio aquella leyenda que estampó una yanqui: «Les dije que estaba enferma». No fuera así y ninguno podría rezar el Avemaría.

*

Capítulo XXI bis

A LA SALINGER

Villa Devoto

1944

Jamás el forastero se quedó de noche al descubierto,

porque yo abría mis puertas al pasajero.

Job 31:32

Querida Mamá:

¿Qué te puedo contar? Ya empecé a cursar mi tercero y último (espero) año de Filosofía. Tengo los mismos profesores que el año pasado, salvo el P. Castellani. Bueno, como sabrás aquí entre los N.N. la máxima aspiración es que te manden al Japón. Eso, en primer término. En segundo lugar, que no te toque nunca de bedel. Yo gozaba de este privilegio y venía tranquilamente eludiendo las miradas del Hno. Paravano que es quien te designa cada año. Yo no sé si él se da cuenta, pero el cargo no le gusta a nadie. Me parece que no. Me parece que Paravano cree que es un *honor*. No sé cómo no piensa que si sos bedel te tenés que levantar *antes* que los demás y acostarte *después*. A lo mejor eso a Paravano no le importa. Y ahora que lo pienso... ¿a vos tampoco, vieja? Me acuerdo ahora que siempre te quisiste acostar última y levantarte primera en casa y que a eso no te ganaba nadie. Siempre con esas pantuflas... -eran horribles, permitíme decirte, verdaderamente feas-. La luz del porche la apagabas vos; la cortina de la cocina la descorrías vos. El primer amargo lo cebabas vos, siempre. A lo mejor harías muy bien de bedel. Como Testelli, por ejemplo. A mí me parece que Paravano debería haberlo elegido a Sandro, el pelirrojo ése que vive en Longchamps, no sé si te acordás de Sandro, Sandro Testelli. La mamá lo viene a visitar toda vestida de negro y ahora que me acuerdo, vos me preguntaste si era viuda. Le pregunté a Sandro el otro día y me dijo que no. Pero que como tiene un hijo en el «semi» le parece mejor venir a visitarlo de negro. Bueno, pero ésa es la madre. No sabés lo que es el hijo. Mirá lo que me pasó el otro día, creo que fue el Martes. Estaba en el baño luchando con una uña encarnada y un alicate desafilado (¿no me comprás uno nuevo?) cuando entró Sandro. Por supuesto que mis fulgurantes miradas para indicarle que debía dejarnos a solas, a mí con mi uña, cayeron en saco roto y, al contrario, se sentó sobre un canasto de lavandería y con gran sonrisa me dijo que yo había hecho 156 estaciones del vía crucis desde que entré al seminario contra sólo 132 que él había completado en igual término. Ahí tenés a todo Sandro en un pantallazo. Pero, bueno, después te explica que *no pudo* terminar las dos últimas estaciones de un vía crucis porque tenía mucha tos. No sé qué pensás vos, pero yo soy de la clase de personas que prefieren luchar con una uña encarnada y un alicate desafilado a solas. Lo malo es que Sandro no se da cuenta de que uno y su uña prefieren cierta privacidad y que sus cuentas y cuentos no te interesan, o, por lo menos, no en ese momento. Observó mi uña con atención y me sugirió trabajarla con un par de tijeritas, cosa que yo ya había pensado antes. No sé los demás, pero no hay nada que me irrite más que venga alguien y te diga algo que vos pensaste antes; es como si te robaran una primicia. A mí me pasa cuando se me está acabando el carbón para el fuego del asado y lo pensaste una y otra vez y la cosa no tiene remedio porque no hay dónde conseguir carbón a esa hora y llegan los tíos de Mataderos y nunca falta uno -

casi siempre el Tío Toto- que se acerca y te dice que se te está acabando el fuego para el asado. En eso Sandro y el tío Toto son como parientes. Si el tío Toto aparece por aquí de visita, seguro que viene vestido todo de negro. Pero el otro día, como mis centelleantes miradas no surtían efecto, directamente le pedí que nos dejara solos -a mí con mi uña-, pero no se dio por aludido, porque Sandro siempre necesita *explicar* las cosas, no sé si sabés cómo son esa clase de tipos. Se paró frente a uno de los lavatorios y comenzó a arreglarse el pelo con la mano mientras me relojeaba por el espejo. -*Con la tos que tenía, no podía seguir embromando a los demás, ¿me entendés?*-. No sé si lo entendía del todo, porque Sandro no es del tipo que habitualmente se fija si está embromando a los demás o no. Por ejemplo nunca se dio cuenta de que molestaba con su sola presencia en el baño cuando yo estaba luchando con el alicate y todo. Ojo, no digo que no le *importe*. Digo que no se *fija*. A mí siempre me embromó con su costumbre de no cerrar bien las canillas. Si uno de estos días vienen al «Semi» con Papá y encuentran una canilla goteando, pueden estar seguros de que Testelli anduvo por allí. Pero lo que a él le gusta es sacar cuentas. Como les digo es una especie de bedel *espiritual*, no sé si me explico. Total que cuando apareció Paravano y comenzó a inspeccionarnos a través de sus enormes gafas me puse a rezarle a Santa Teresita. Para mí que la santa estaba en otra cosa porque Paravano me designó igual. O, bueno, en una de esas Paravano entendió mal a la santa, a lo mejor entendió que la santa *le pedía* que me designara bedel. No sé cómo vino a pasar esto y no hay apelación posible... La próxima vez que le tenga que pedir algo a Santa Teresita se lo voy a explicar bien.

O sea que este año, quiera o no, todos los días tengo que levantarme *antes* y acostarme *más tarde* como él y como vos. Me pasó por estúpido, lo reconozco, porque si en lugar de rezarle a Santa Teresita me hubiera ido al baño, seguro que zafaba de ésta. Acá en Devoto uno aprende rápidamente que si no llegás a mimetizarte perfectamente con el resto de tus compañeros lo mejor que podés hacer es desaparecer o que te manden al Japón (donde ni siquiera un jesuita puede mimetizarse). Así que esta mañana me puse a recorrer los pasillos del «semi» de noche. La verdad es que tenía un poco de miedo y un frío de los mil demonios. Para peor, mientras caminaba golpeando las puertas de los padres para despertarlos a puro «Ave María Purísima», me puse a pensar sobre mi vocación. ¿Lógico, no? Digo, si ser bedel es un «honor», significa que uno es bueno en lo que hace. Y si soy «bueno en lo que hago» y «merezco» ser bedel... seguramente algo andaba mal y yo tenía vocación de médico, como decías vos. O de ciclista como había sido el Tata Osvaldo. Lo que yo pienso es que si vas a *arreglar* algo, hacélo bien. Yo creo que podría, quizá *arreglar* bien una bici; y vos siempre decías que podría *arreglar* bien un hígado o un pie. A mí me parecía que no era tan fácil -que ni siquiera podía *arreglármelas* con una uña encarnada. Y, bueno, pensé en hacerme cura, pero nunca pensé seriamente que tendría que *arreglar* almas, para lo cual... por lo pronto no sabía como *arreglármelas* para no odiar a Paravano y a Testelli por no cerrar bien las canillas. Quiero decir, ¿no?, toda esa agua desperdiciada, y los pozos negros que se llenan, y toda esa gente en el África o no sé dónde que se mueren de sed. Y Testelli contando las devociones de los otros, pero nunca una simple operación aritmética para sumar los litros de agua que podrían tal vez tener mejor destino. Seguro que después de tanto cálculo y cuentas y aritmética lo mandan al Japón donde seguro que seguiría dejando las canillas mal cerradas para desgracia de todos esos japonecitos *muriéndose* de sed. Total que yo estaba acá lo más contento hasta que lo conocí a Testelli y al Hno. Paravano. Esos dos me resucitaron la vocación de ciclista en menos de lo que canta un gallo. Dejé para el final la puerta del P. Castellani, porque no me podía olvidar de lo que le pasó a Luraschi el año pasado. Luraschi resolvió su cuestión vocacional en menos de lo que canta un gallo. Fue un excelente bedel y a lo largo de los largos años del '42 y '43 Paravano nos dijo que Luraschi era un *modelo* de bedel. Lo bueno de que Luraschi finalmente se fuera a trabajar con su tío en la Secretaría de Trabajo con el

Cnel. Perón, fue que Paravano no pudo exhibirnos el ideal de bedel por algún tiempo. Eso fue porque el P. Castellani le tiró un balde de agua fría en la cara. No, no a Paravano, a Luraschi. Después de eso, Luraschi no lo despertó más a las cinco de la madrugada, que es la hora en que tienen que levantarse los curas para celebrar la misa. Después de eso Luraschi cayó en desgracia. Pero, claro, todos teníamos la impresión de que ese balde de agua fría lo hizo recapacitar sobre su verdadera vocación y que allí mismo Luraschi comenzó a pensar seriamente en el puesto que le había ofrecido su tío. Ahora, eso de ir a despertarlo al P. Castellani me tenía preocupado qué querés que te diga. No sé si no prefiero cien canillas goteando que un balde de agua fría en una tenebrosa madrugada de agosto (ahora, claro, si le llegan a tirar a Testelli baldes con el agua que viene desperdiciando desde que nació, seguro que lo ahogan pobre tipo). Sin embargo, esta mañana la cosa no iba mal. Yo le golpeaba la puerta a los curas y los tipos contestaban el sin pecado consabido. Pero cuando llegué a la pieza del P. Castellani me acerqué cautelosamente a la zona de peligro cuando fui sorpresivamente recibido por la voz de un eufórico locutor propalando a voz en cuello la noticia de que el VII Regimiento Alemán había sido derrotado en La Faléss o algo así. No sé si te conté que el P. Castellani tiene radio. En el «semi» es una rareza y no sé cómo se lo permiten. El asunto es que como tiene insomnio la deja prendida toda la noche mientras escribe, o reza o lo que fuere que hacen los curas que tienen insomnio y que no pueden dormir. Pensé que si Testelli contara las horas de radio que escucha el P. Castellani podría quizá descontarlas de las siete horas que el P. Castellani tiene para dormir y podría entonces calcular cuántas horas duerme... pero, bueno, lamentablemente -ya te lo dije, me pare-ce- Testelli no fue elegido para bedel y tendremos que prescindir de este valioso dato. Pero esta mañana en particular que te estoy tratando de contar (y si no llego pronto al asunto es que quiero hacerte *entender* lo que pasó, porque sino después te lo tengo que *explicar* de nuevo, para que *entiendas* lo que me pasó, no sé si me entendés), la puerta de la celda del P. Castellani estaba abierta. Ahora, aparte de que eso explica por qué pude oír con tanta nitidez lo que le pasó al VII Regimiento Alemán, me encontré con un problema. No se puede golpear una puerta abierta de par en par sin entrar a la pieza. Pero Paravano nos explicó una y mil veces que teníamos prohibido ingresar a las piezas de los curas, pero, bueno, algunos dicen por ahí que Castellani a veces te hace pasar y te convida con *ginebra* (a lo mejor Luraschi fue por un vasito de ginebra y recibió a cambio un balde de agua fría). Pero, bueno, mi problema en esta madrugada de verano consistía en arreglarme para: a) cumplir con mi función de bedel; b) golpeando la puerta de la pieza de Castellani que estaba abierta; y c), sin entrar al cuarto.

Afortunadamente nuestro entrenamiento en quodlibetales, arguo et redarguo y todo eso nos vuelve especialmente hábiles para conciliar extremos dispares y pronto se me hizo luz en el cerebro (a lo mejor no lo designaron a Testelli porque nunca le salen las quodlibetales). En lugar de golpear la puerta, podía *llamarlo* en alta voz, para asegurarme de que estaba despierto y de paso *notificarlo* de que ya era hora de levantarse. Curioso comprobar cuántas cosas se suplen con sólo golpear una puerta y cuántos problemas se pueden suscitar si te encontrás con que la puerta está abierta y no la podés golpear sin entrar a la pieza. Porque además estaba el problema de la competencia en materia de decibeles que tenía con el locutor de radio que estaba ahora explicando que La Faléss es en Francia y que Francia expulsaba así definitivamente a los enemigos de la democracia. No sé vos, vieja, que siempre prendés Radio Colonia a la mañana, pero ¿cómo diablos pueden los locutores gritar así a la madrugada? Aparte de que a esas horas no tengo ganas de hablar, cuando lo tengo que hacer me suele salir de la garganta un sonido algo sucio y que sólo me atrevería a describir como una transacción entre el croar de una rana enferma y un eructo.

Afortunadamente no tuve que abrir la boca, porque en cuanto me acerqué a la puerta, Castellani me

vio y nos quedamos mirándonos. Estaba vestido con su sotana -cinturón, botas y todo- con una pipa apagada entre los dientes y una carbonilla en la mano derecha. Con sólo mirar la pared encima de su cama vi que había estado *escribiendo sobre la pared*. Me leyó lo que había escrito y no te imaginás, vieja, era una *poesía* sobre la Fe. Te digo la verdad, no entendí ni jota pero le sonreí con entusiasmo mientras buscaba de reojo el balde de agua que seguro tenía al lado de la cama. Castellani se sentó en la cama y me indicó su silla. Me senté un poco más confiado (nadie tira baldes de agua cuando está sentado en una cama). No te voy a contar todo lo que me dijo durante la media hora que estuve allí, pero era algo sobre la Fe. Para mí que él está enojado con Dios o algo así. No sé cómo un cura puede enojarse con Dios, pero así parece en este caso. Bueno, yo estoy *un poco* enojado con Santa Teresita. Después me preguntó por qué quería ser cura y yo le conté lo del Tata Osvaldo que quería que fuera bicicletero. Entonces se puso a reír como loco. Me dijo que en el Chaco no tenían bicicletero porque no había bicicletas, ¿podés creerlo? Y después agarró para el lado de los neumáticos y me dijo que en Devoto no hay *neumáticos*... Para mí que este hombre está medio loco -que es lo que le oí a Paravano cuando estaban charlando en el refectorio con el P. Rector. Y después me dijo que un buen cura debería ser *neumático* o bicicletero. Te lo juro por Dios. No entendía nada y salí más mareado que un marinero en alta mar. Me agarró Paravano en el pasillo y me retó por atrasarme con el trabajo en la sacristía. Éste fue mi primer día de bedel y ya no quiero más sopa. Pero, bueno, vieja, no sé cómo decirte... estuve pensando ¿no? Me parece que el Tata Osvaldo se está poniendo viejo y que alguien tendría que ocuparse del negocio, digo no, todos esos chicos del barrio que se quedarían sin poder andar en bici porque el Tata se enfermó... a lo mejor, en una de esas, esteee...

Te dejo, vieja; tengo que ponerme a estudiar la filosofía de Fichte. Cuando vaya en las vacaciones de invierno lo charlamos más y mejor. A lo mejor Fichte me ayuda con el intrínquilis, qué sé yo (a veces cuando lo leo me parece que debió ser bicicletero en lugar de atormentarnos con sus ideas). Un beso, chau.

*

Capítulo XXII

DIC ECCLESIAE

Villa Devoto

1944

*Vosotros fraguáis mentiras;
sois médicos inútiles todos.*

Job 13:4

Keitel llevaba un diario en el que registraba minuciosamente hasta los cambios de humor de su jefe, Adolfo Hitler. Una de sus entradas más famosas (¡y cómo nos hacía reír don Roberto S. Preller con esto!) rezaba así: «*Marzo del '45. Estuve con el Führer. Se muestra optimista y confiado*».

Ja. Pero por esa misma fecha, el cura Benítez nos avisa de grandes tormentas que se le están armando a Castellani (y no puede decirse que se muestre ni optimista ni confiado).

Desde hace medio año viene creándosele un ambiente adverso, con una dirigida destilación de tóxicos. Yo bien me sé que en estos mismos instantes trabaja acá al lado, en el cuarto vecino, el día entero sirviendo con todas sus fuerzas a la Iglesia de Dios en la tarea engorrosa de anotar la *Suma Teológica* de Santo Tomás, y respirando así, de tiempo en tiempo, cuando la labor premiosa envenena los nervios y la vista se ahila: «¡Dios mío! si pierdo la vista traduciendo a Santo Tomás no estará del todo mal perdida».

En tanto, allá afuera, hombres pequeños siguen su cotorreo. ¡Qué ganas de apresarle, de mancarle la mano, de quebrarle la pluma, y de desagaviar al Altísimo haciéndole purgar sus pecados! ^(x)

Epa, epa, viene revuelto el '45. Podría tal vez decirse que ese año constituyó una especie de pivote sobre el que giró el siglo, donde se jugó la última partida entre dos mundos antitéticos. Eso pasó también aquí entre nosotros, aunque hay que hacer toda clase de distinguos porque así como parecía que en el '45 se había afirmado la identidad nacional, no podemos olvidar que ese año es también el año que prepara Chapultepec. Castellani ya entonces podía ver lo que se venía:

Nos han atado al carro de los que hoy edifican una babélica y falaz Paz Universal, basada no en Dios y su Iglesia, sino en las solas fuerzas del hombre descristianizado. ^(x)

Pero, bueno, no todas fueron derrotas. Por lo pronto, a partir de la revolución del 4 de junio del '43, se acabó eso que José Luis Torres dio en bautizar «la década infame». Habría que tener el talento de Félix Luna para hacer una síntesis de la desastrosa época de Justo, esos años que exhibieron

una alucinante descomposición de las instituciones más respetadas. Porque esa década fue testigo de inusitados escándalos. El affaire del millonario García, por ejemplo, enlodaba a varios magistrados judiciales; de un distinguido sacerdote se supo, cuando murió, que había hecho vida marital durante años con su ama de llaves; en el Concejo Deliberante metropolitano la suciedad había alcanzado a buen número de sus miembros en ocasión de la prórroga de la concesión de la *Chade* y con el asunto de los colectivos; el Congreso de la Nación no salió mejor parado cuando la investigación del negociado del Palomar reveló que el propio presidente de la Cámara de Diputados, entre otros legisladores, había recibido coimas. Y la votación de la Corporación de Transportes había dejado anteriormente la sensación de que la presteza de algunos diputados [...] respondía a motivos inconfesables. Era digámoslo de paso- el mismo Congreso que hacía la apología del «fraude patriótico» y en cuyo recinto un legislador se jactó de ser «el diputado más fraudulento del país». El debate promovido por Lisandro de la Torre sobre el problema de las carnes evidenciaba la complicidad interesada de ministros y altos funcionarios con los grandes frigoríficos ingleses en la explotación de los productores nacionales. Y así podría seguir una triste enumeración de episodios que van desde el

crimen de Martita Stutz hasta el caso de los «Niños Cantores», en un catálogo vergonzoso que abarcó por entonces todo el perfil nacional. A veces estos hechos daban la sensación de que todo estaba podrido en la Argentina. Donde se apretaba el absceso, allí saltaba el pus. En realidad no era así. Era la crisis de una clase dirigente que no había encontrado fórmulas políticas decorosas para mantenerse en el poder y carecía de imaginación para controlar las clases económicas sin entregar a sus socios británicos partes importantes del comando.

Y no -tiene razón Luna- no todo estaba podrido en el país, ni mucho menos;

debajo de ese escenario, cuya pompa era impotente para ocultar las miserias que lo sostenían, un país pujante quería abrirse camino sin encontrar todavía la manera de hacerse presente. [\(x\)](#)

Así es, en el mismo marco de la infame década, se había ido gestando, casi dolorosamente, imperceptiblemente, un país que quería ser país.

Se formó en el Ejército, y también en el país, un clima. Una logia de oficiales creyó pillar la ocasión de hacer algo. Castillo estaba muy viejo. Se produjo la revolución, golpe de Estado o pronunciamiento del 4 de junio.

Finó el régimen. Comenzó el baile. [\(x\)](#)

Ese «clima» fue producto de un grupo de argentinos bien caracterizados por Luna.

La labor de esclarecimiento doctrinario de FORJA, algunos núcleos nacionalistas y escritores independientes, había demostrado con crudeza la situación dependiente en que se encontraba nuestro país; historiadores revisionistas empezaban a realizar una tarea desordenada pero eficaz, tendiente a evidenciar hasta qué punto había sido falsificado nuestro pasado y de qué modo había pesado la influencia política y económica de Gran Bretaña en nuestros avatares históricos; algunos diarios como El Pampero y Cabildo golpeaban incesantemente los flancos débiles de las relaciones angloargentinas y acuñaban palabras como «vendepatria», «cipayos» y otras que tendrían próspera carrera en el lenguaje político. [\(x\)](#)

En medio de este esfuerzo de afirmación de la identidad criolla, se destacaba nuestro autor.

Perteneció a una generación que puede decirse que es la más grande que ha dado nuestro país. Contemporáneos de él fueron Borges, Ernesto Palacio, Scalabrini Ortiz, Nalé Roxlo, Bernárdez, Marechal y muchos otros... [\(x\)](#)

Pero, claro, el país no dejaba de ser una enorme paradoja que él intentaba formular:

Esta-nación-nunca-ha-sido-y-hoy-debería-ser nación; o bien: Esta-nación-nació-enferma-y-ahora-se-resiente-cuerpo-y-alma. [\(x\)](#)

Así es; por una serie muy compleja de factores, 1935-1945 es el período en que la Argentina, este país reflejo de Europa, se puso a discutirlo todo de nuevo y a propósito de la neutralidad durante el conflicto mundial, se comenzó a creer que, a lo mejor, en una de esas, esta región de la tierra podía albergar una nación independiente, que pensara por sí y ante sí (bien intituló Rubén Franklin Mayer su obra aparecida por entonces: «El país que se busca a sí mismo»). Así, el revisionismo histórico comienza a hacer mella en la imponente fachada de la Historia Oficial. Molina Campos impuso su estética en los boliches, en los ranchos y las casitas suburbanas con los calendarios de Alpargatas, Gardel y una legión de cantautores la suya en el tango (que Borges llevó a la literatura), los hermanos Abalos y Jaime Dávalos (curiosa coincidencia fonética la de estos ilustres apellidos) rescataron las cosas nuestras para el entonces incipiente folklore y Juan Alfonso Carrizo registraba cuidadosamente la poesía y los cantares que nos dieron cuño... poco a poco, y como quien no quiere la cosa, en el país se fue perfilando un modo propio de ver todas las cosas, diferente al modo europeo y distinto, ciertamente, del yanqui. Perón intuyó todo eso y por eso eligió la confrontación con Braden, el estólido embajador americano que simbolizaba lo peor de ese país y que se convirtió de la noche a la mañana en el ícono de la oligarquía extranjerizante. Claro que los esfuerzos de

afirmación criolla no tenían la consistencia necesaria como para refundar al país -y ciertamente eso no se hace a fuerza de fanfarronadas. Por algo nuestra cacareada neutralidad durante la segunda guerra acabó pareciéndose a una típica compadrada criolla (la expresión es de Félix Luna).

¿Típica? ¡Típica! Después de casi seis años de resistencias a las presiones del Departamento de Estado, la Argentina se mandó el papelón del siglo. ^(x)

La verdad de las cosas comenzó a asomar la nariz en una agitada sesión del G.O.U. ocurrida en el Consejo Deliberante el 24 de enero de 1944.

Juan Perón sostuvo aquella noche, serenamente, la conveniencia política de la ruptura [...]. El mismo lo explicaría tiempo después. ^(x)

Sí, bueno, Perón era un genio para explicar las cosas después. Y Castellani... pobre Castellani, para explicarlas antes. Así, Perón no tiene mayor problema en cambiar de bando en cuanto la balanza de la guerra se inclina en favor de los aliados (él había sido ferviente neutralista) e impone su parecer al G.O.U., al gobierno y al país con un par de pases mágicos.

De la ruptura con Alemania (febrero del '44), pasando por la infame declaración de guerra a los países del Eje (marzo del '45), llegamos por fin a Chapultepec (mediados del '46).

Cuando escribo este *Prólogo* [...] se están aprobando «sin reservas» por unanimidad cuasi virtual de ambas Cámaras, las llamadas Actas de Chapultepec, o sea, el tratado con Panamérica, que pretende fundar en el continente una especie de Superestado intitulado Panamérica o Unión Americana [...]

La firma de este tratado es una desgracia nacional, equivalente a una guerra perdida, y quizá peor. Es la ruptura con nuestra tradición hispánica. Es la consumación de la apostasía nacional de 1889. Es el emprendimiento del albedrío nacional a una nación lejana, protestante y atea.

Es una claudicación.

Y en cuanto al argumento peronista de que había que ser realista, también tenía algo que decir.

No somos tampoco tan zonzos como para ignorar que cada nación tiene la diplomacia de su fuerza, y que en las relaciones internacionales no sólo debe considerar su derecho, sino también la realidad brutal de la fuerza injusta o prepotente de los demás. Cristo mismo reconoció esto en su Evangelio.

Pero el putiferio que se nos ha infligido después de haber dado a esperar todo lo contrario, es demasiado desdichado para que no lloremos. ^(x)

De todos modos, la formal adhesión del país a las Actas de Chapultepec no fue sino la consecuencia de la declaración de guerra -cuyo protagonista, no caben dudas, fue... adivinen quién.

Probablemente lo que más molestó a la opinión pública [argentina] fue la ancha sonrisa de Perón en la fotografía del acuerdo de gabinete, [que se] destaca de entre los rostros serios, preocupados, del presidente y los ministros. *La Vanguardia*, ducha en el arte del sarcasmo político, preguntaba ingenuamente: «“Soberanía o muerte”. ¿Cuántos muertos?». ^(x)

Pero ahí tienen ustedes: a la opinión pública tal cosa le parecía una vergüenza y la declaración de guerra a pocos días de su finalización ha pasado a nuestra historia como una mancha más, como un episodio de los tantos que revelan esa especie de vicio esencial argentino, esa cínica frivolidad por la cual en un momento decimos que daremos la vida por el país y poco después nos bajamos del caballo con un escéptico «aquí no ha pasado nada» (cuando no se oye por ahí un oportunísimo y descarado «siempre dije que...»). De todos modos quizá igualmente se puede sostener que todo esto fue

vergonzoso, pero que al menos hubo vergüenza... nacional. Pero la crónica del año '45 es harto difícil y muestra un país plagado de contradicciones difíciles de sintetizar. En el '43 la Argentina parece que se sacude el yugo cipayo. En marzo del '45 nos sometemos a las potencias Aliadas (el mes anterior el gobierno había cerrado *Cabildo*). En octubre del '45 parecería que el país despierta enfervorizado por Perón. En febrero del '46 Braden, la Unión Democrática y todo lo que representan reciben una paliza electoral. Triunfa la causa nacional. Ganamos.

¿Sí? Bueno, esperate un poco.

Mientras tanto a Castellani las cosas le van de mal en peor. Después del torbellino de hiperactividad que tuvo durante los años de la segunda guerra, progresivamente le van a ir cortando las alas, cercenando su apostolado, limitando sus clases, cursos, conferencias y publicaciones.

Aunque quizá eso también sea providencial (y si me oye Castellani me zampa un mamporro).

Estoy en una especie de nerviosidad continua que me alarma, aunque ciertamente me proporciona una actividad increíble, usted no se imagina lo que hago cada día, pero... no puede durar. Duermo cuatro horas seguidas cada noche, y aparentemente no necesito más...

-¿Cuántos años tiene?

-Cuarenta y cinco, cumplo. ^(x)

No, no puede durar, porque de a poco, las circunstancias se le volverán más y más adversas. Por lo pronto, su hermano Luis estando en Cosquín- ha caído gravemente enfermo y el diagnóstico es inapelable: cáncer. Se ve que todo esto ha hecho honda impresión en su hermano el cura. Por entonces escribe acerca de esta enfermedad a la que ve como símbolo de otra, social, que Ortega bautizó como rebelión de las masas.

El cáncer no es otra cosa que una colonia de células epiteliales que se empeñan en que todas las otras células se vuelven iguales a ellas -y lo consiguen. Lo consiguen en parte naturalmente, porque antes de conseguirlo del todo, acaece que el organismo se muere. ^(x)

Pero, claro, lo de su hermano lo tiene a mal traer y en este año viajará varias veces a Córdoba para asistir y consolar a Luis. Aunque no siempre con los debidos permisos. Es que Castellani está cada vez más... sí, bueno, más loco.

Sumemos. Por lo pronto se ha muerto su madre. No tengo constancia ni de la fecha, ni de las circunstancias de su fallecimiento, pero allá por el '43 o '44 Castellani se ha quedado sin madre. No es poca cosa para él, como para nadie, porque además de todo, Castellani es sacerdote (no tiene mujer) y el cáncer de doña Catalina la fue consumiendo de a poco en larga agonía.

Desde la muerte de mi madre todo empezó a atravesárseme (enfermedad de mi hermano, oposición de los N.N., empeoramiento de mi salud) y el trabajo intelectual se hizo muy cuesta arriba. ^(x)

Agreguemos que, como hemos visto, Travi le ha prohibido publicar «*quoique ce soit*». Y en este mismo año, Copello lo ha echado del Seminario. Fue el primero de una larga lista de celosos funcionarios eclesiásticos y civiles que se empeñaron en impedir que dicte clase, y aunque Castellani ignoraba todo lo que hemos contado acerca del lastimoso papel del obispo en la cuestión del seminario, ya se sabía él qué clase de sujeto era éste.

El primero que me «exoneró» fue el ex-Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Santiago Copello. ¿Por política? No, ni siquiera por política, por capricho. Un hombre así no puede ser Rector, ni Canciller, ni nada de ninguna Universidad, porque es inepto, simplemente, por simple humana honradez y veracidad, aunque tenga siete sotanas, una encima de la otra, y la última colorada [...]. El Ingeniero Santiago Copello me había eliminado del Seminario por ser *anticopelita* (cosa que no era y que él se imaginó). ^(x)

Ahí tienen ustedes el cuadro que pintó Benítez: no tiene cátedra -se lo prohíbe Copello-, la censura de sus escritos resulta literalmente «avant la lettre» -se lo prohíbe Travi-, no puede dar conferencias -se lo prohíbe Rinsche-. Y aunque seas reciente «profeso» de esta Compañía, otro día te oiremos. Y dejado aparte el cáncer de Luis y la muerte de su madre (y el hecho de que eso repercute directamente sobre su propia salud), una de las cosas que por entonces lo dejó muy impresionado fue la muerte del P. Abel Montes, un jesuita chileno, profesor del Salvador, a quien Castellani tenía en alta estima tanto por su sencillez como por su talante benévolo y paciente.

El Padre Abel Montes Larraín comenzó el curso escolar de este año de 1944, enseñando geografía y ciencias naturales y matemáticas, en una sección de 5to. año, mientras ocupaba las horas que no le absorbían las clases en traducir del hebreo el Antiguo Testamento. Con gran empeño y no menor entusiasmo se ocupaba en esas tareas, cuando el sábado 29 de abril, estando en clase, un ataque de hemiplejía lo dejó sin habla y con medio cuerpo sin movimiento. El 4 de mayo entregó su alma al Creador. ^(x)

Encontré entre mis papeles una copia de la carta de condolencias que le mandó Travi a la hermana del difunto, una carmelita descalza:

De mi vuelta de mi visita a Bolivia, me encuentro con la dolorosa nueva del fallecimiento de su querido hermano el P. Montes [...].

Claro que Travi tiene un modo tan particular de interpretar las cosas, ¿no? Y de escribir también.

Este año ya podía tener clase, y la llevaba a satisfacción, pero su enfermedad de la cabeza le ha hecho sufrir mucho, y no dudo que para su provecho, pues era religioso muy espiritual y que todo lo miraba con espíritu sobrenatural, hasta la exageración para su salud corporal [...].

En la madrugada del día 4 de mayo descansó plácidamente, sin sufrimiento alguno, después de habersele hecho la recomendación del alma. ^(x)

Pero Castellani tiene otra percepción de la cosa. En una de las «cartas provinciales» (título que le tomó muy prestado a Pascal y que ahurita nomás vamos a ver) dice que

el terrible destino del Padre Abel Montes, el lento naufragio de esa fina y delicada personalidad -de la salud en la neurosis, de la neurosis en la demencia, de la demencia en la muerte trágica y desolada pudo muy bien tener como causa las fallas de la caridad en la Provincia y el uso inconsiderado del mandato ciego. ^(x)

Ahí tienen ustedes. No caben dudas de que más allá de las pías consideraciones de Furlong y Travi, la muerte del pobre Montes ha sido verdaderamente impresionante -y eso tiene que haber sido público ya que Castellani evoca el caso como ilustración de una de sus tesis más resistidas (el «uso inconsiderado del mandato ciego»). Pero seguimos ignorando qué vio Castellani en esta muerte. Muchos años después, aún la recordaba con horror. Posiblemente su percepción de la cosa constituye un caso de hipersensibilidad y, en cualquier caso, de a ratos pareciera que Castellani se está volviendo cada vez más loco.

Aunque todo esto es, también, historia vieja. Como no creo que el lector se acuerde, transcribiré aquí mismo lo que él le había escrito a su Provincial Llusá, cuando joven estudiante de filosofía.

Pues qué, cuando oigo burlarse de los neurasténicos o contar que alguno, enfermo de la cabeza se volvió loco o ha salido de la Compañía. Entonces vienen esas temerosas luchas cuerpo a cuerpo con el terror, y abrazarnos los dos estrechamente y rodar por

el suelo, tan apretados que no se sabe quién soy yo y quién es el terror o si todo mi ser se ha convertido en terror... ^(x)

Semejante descripción de sus temores no es artificio literario o cosa que se parezca; es, por el contrario, parte de su textura nerviosa, está muy cerca del centro de su alma.

Por otra parte hay que agregar que contemporáneamente a todo esto, Castellani contempla como se le va armando un «caso» a su dilecto amigo, el P. Víctor Anzoátegui S.J., el hermano de Braulio, con el que habían hecho migas en Europa allá por el '33.

Ya a principios de la década del '40 Anzoátegui había sido objeto de «denuncias» por parte del Rector del Seminario de Montevideo donde Anzoátegui enseñaba Sagrada Escritura con cierta afición por Lacunza.

Había caído como un rayo la «*Respuesta de la Suprema Congregación del Santo Oficio a la carta del Arzobispo de Santiago*» del 22 de abril de 1940 «*Acerca del milenarismo aun mitigado*». ^(x)

El consultor charrúa le escribe a Travi, indignado por el milenarismo de Anzoátegui.

No hay duda de que esas normas deben servir de modelo a otros, de tal suerte que, a ningún Obispo le sea lícito apartarse de ellas. Ahora bien: el P. Anzoátegui, lejos de ajustarse a ellas simple y llanamente, lo primero que anda averiguando es si fueron presentadas al Santo Padre; y con eso ya le parece que no le obligan mayormente, aunque sea cosa seria, por ser la Congregación del Santo Oficio Vicaría del Soberano Pontífice.

Respecto a que no se puede enseñar sin peligro, dijo según me cuentan que eso es verdad, porque no se puede enseñar sin que le den a uno de palos. Ese, a mi juicio, es un chiste de mal género, porque el peligro a que se refiere la Congregación no es el peligro físico del Profesor, sino el peligro en la fe de los alumnos.

Para humorista este consultor no sirve. Pero Travi tampoco. Fíjense en la carta que le manda al P. Anzoátegui:

[...] para ponerlo a cubierto de todo peligro en la lectura del P. Lacunza, que el Santo Oficio en el citado documento ratifica como prohibido, por las presentes declaro retractado todo permiso para leer libros prohibidos [...] Escrito lo anterior, me llegan noticias de que V.R. ha interpretado en forma equívoca la frase del documento del S. Oficio «*tuto doceri non posse*», y como toda precaución en materia tan delicada es poca, por la obligación de mi cargo y en virtud de santa obediencia por las presentes le mando que bajo ningún pretexto enseñe, propague, defienda o recomiende de palabra o por escrito alguno la doctrina susodicha. ^(x)

Al pobre Anzoátegui, poco a poco, lo van a ir arrinconando. ^(x) Treinta años después Castellani aún recordaba esa historia.

¡Lo persiguieron sin descanso, hasta hacerlo perder la salud, y después la fe, y después el juicio! [...] Yo lo asistí en su última agonía. Daba horror. ^(x)

Castellani siempre fue inteligentemente compasivo y como ya hemos explicado, cultivaba la «subjetividad» como modo de ver las cosas y los acontecimientos, metiéndoselas en el alma y haciéndose (misteriosamente) responsable de ellas -y solidario de los pobres, de las víctimas, de los derrotados, como Montes, como Anzoátegui. Quizá Leónidas Barletta fuera de los pocos que podía entender esa forma de compasión.

Ud. es poeta y por lo tanto su mente «está abierta a las imágenes del mundo», como me dijo una vez el grande y tormentoso Lugones. El poeta tiene sueños cosmirreveladores, ve fantasmas, hadas y elfos, un trueno lejano lo hace estremecer y la luz de una estrella se le hunde en los huesos. Eso es un privilegio por cierto; pero comporta riesgos graves.

En eso coincidimos. Yo siento lo mismo que Ud. el horror de esta época y la necesidad de oponerse a ese horror, si quiero salvar mi alma. Ese horror carga sobre mí incluso físicamente, en forma que me volvería loco si no tuviera fe en Dios. Ya ahora no la conozco solamente por las encíclicas, por los sermones, por los libros, o por la compasión lírica hacia los otros, como antes; sino por la efectividad del estado de alma del lumpenproletarier. [...] La miseria de los que se pierden y el dolor de los «humillados y ofendidos» me quema los huesos. ^(x)

Recuerdo esto porque como vamos a ver en este capítulo, asoma la nariz un Castellani mucho más agresivo en sus planteos, en sus ideas y en sus conductas. Ya no es el joven que piensa con audacia pero que disfraza con humor lo que se piensa. Este Castellani, hombre hecho y derecho, piensa por sí y ante sí -y tiene mucho que decir.

Ahora, como Travi le ha prohibido publicar nuevos libros y han cerrado *Cabildo* y él se sabe lo que se sabe, va a virar su artillería «*ad intra*». ¿No le dejan escribir para el gran público? Bueno, paciencia, escribiré para los propios jesuitas.

Ya en la segunda de sus famosas «cartas provinciales» aclara que

Ahora que Dios N. Señor me concede algún vagar, y tengo que abandonar el periodismo «*ad extra*» me dedicaré un poco al periodismo epistolar «*ad intra*» porque no es justo que sólo para los de fuera haya yo aprendido este arte.

No dispongo de la fecha exacta, pero en este año, Castellani adquirió el grado de «profeso» en la Compañía, voto público de por medio. En una síntesis de su vida, redactada por su sobrino Jorge, se explica el asunto en su contexto.

Desde su llegada a la Argentina comenzaron a preocuparle las deficiencias de la enseñanza y de la formación que se impartían en el Seminario Metropolitano y el discrecional gobierno que se ejercía en la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús. Como era su obligación, expuso sus críticas a través de los medios que cualquier profesor del Seminario y miembro eminente de la Orden tenía a su disposición. Dichos juicios y advertencias no fueron atendidos por sus superiores y chocaron grandemente al R.P. Tomás Travi S. J. y Provincial de los Jesuitas. Por esta época el P. Castellani acababa de recibir con votos públicos el grado de «profeso», primero del «*cursus honorum*» de la Compañía de Jesús. ^(x)

Claro, Castellani se lo tomó en serio y ahí nomás soltó

10 cartas con mi informe pericial acerca de las dichas deficiencias y destinadas a los dichos «Profesos». Las cartas fueron interceptadas desde la primera y fueron objeto de una interdicción por el Provincial. ^(x)

Diez cartas a sus colegas, profesores de la Orden como él. Diez verdaderos «misiles» que nunca publicó, cinco de los cuales tengo ante la vista.

Cuando en 1946 comenzaron contra mí a hacer tropelías que culminaron en una expulsión ilegal, yo pensé que algo andaba muy mal adentro [de la Compañía de Jesús]...

Escribí 7 cartas sobre los «*detrimenta*» de la S.J. destinadas a los 40 profesores de la Congregación Provincial o Capítulo del que yo hacía parte por derecho; pero fui eliminado mediante una calumnia, por el Provincial Trabes. Las cartas también fueron eliminadas, no llegaron; pero yo conservo copia de cinco. Trabes se las llevó al Gral. Janssen, el cual las calificó (asnalmente) de «*lo más horriblemente subversivo que se ha escrito contra la Compañía desde los tiempos del apóstata Puig Barreix*». Las cartas eran justamente todo lo contrario. Algún día las desenterraré, quizás... ^(x)

Tres son formidables andanadas contra la falsificación de la pobreza, de la castidad y de la obediencia en la Provincia Argentina de la Compañía. Las restantes dos que conservo hablan sobre la pésima política de «censuras» y acerca del deficiente gobierno de la Provincia.

Son cartas ásperas, inflexibles, vigorosas, pero quizá, también, destempladas. La doctrina es

impecable, el análisis riguroso, los remedios propuestos, acertados. Pero están escritas con irritación, con bronca (claro que sin algo de eso tampoco se podían escribir).

El Superior General de la Compañía le dio a entender en su momento que las consideraba «sediciosas» y dos años después se lo confinó a Manresa por tres «delitos», el primero de los cuales fue haber hecho circular estas epístolas. Con el tiempo -muchos años después- Castellani finalmente se vio obligado a admitir que fueron la principal razón de su eventual expulsión de la Orden.

Lo cual no quiere decir que él las considerara un error ni cosa parecida. En (¿ficticia?) carta al Superior General, Castellani efectuó su descargo.

Las diez cartas que escribí [...] no son ni de lejos «*cartas sediciosas*». No seamos ridículos. Por esas cartas es muy posible que sea yo premiado en el Cielo. Así lo espero.

Están escritas con la mejor intención y dicen la verdad. Si en ellas no hay verdad ¿por qué no se ha reído usted de ellas? ¿A qué esta ira? ¿Por qué me dice que “nunca jamás se ha visto en la Orden cosa semejante, desde el tiempo del infame apóstata Llenas Ordeix y los disturbios de Andalucía”? Eso es ridículo. Yo no tengo poder para producir tamaño efecto. Ojalá lo tuviera: lo usaría para el bien y no para el mal. Reformaría los abusos que denuncio, en vez de hacer mala literatura. Pero algo debía hacer... ¿Qué he de hacer si los veo, y me hacen sufrir y chocan a mi sentido moral? Lo que prueban es que tengo amor a la Orden y no lo contrario [...] Esos defectos están bien descritos en mis 10 cartas y no puedo ni retractarlos ni repetirlos. ^(x)

Scripta manent. La audacia de Castellani al dar su parecer a los demás profesos sobre asuntos tan graves -y por escrito- dividen las aguas en tres: o ha cometido una imprudencia manifiesta, o está loco, o su coraje (*¿parrehesía?*) es la de los santos. Pero, aun cuando así fuera, claro, los santos nunca saben de sus propias virtudes.

Yo he sido débil muchas veces, por poquedad de fe en mi trato con los poderes de este mundo: el Vaticano, el General de los Jesuitas, el P. Travi, el P. Moglia... Con los otros poderes civiles, nunca he tratado. Pero si llego a tratar, ¡lo mismo! Es que tener mucha fe es ser santo; y los santos son pocos. ¡No hay más santos ya como en otros tiempos hubo! Dice el hijo de Martín Fierro que no hay hoy día santos varones. Roma no hace ahora más que canonizar mujercitas, «fundadoras» de órdenes de monjas. ¿Qué pasa? ^(x)

Sí -después de todo lo que dijimos en el capítulo anterior, pongamos las cosas en su lugar- Castellani tiene una fe viril, varonil, machaza. Y no miente cuando dice respecto de las famosas cartas que

Procedí en ellas con prudencia y respeto, según creo, y por el más puro amor al bien espiritual y social de mi Orden, estimándome obligado ante Dios a ellos por mi grado de «Profeso». ^(x)

Aquí no vendría mal recordar a algún buen Padre de la Iglesia.

Es aceptable en la presencia del Señor todo lo que se ofrece con buen fin, porque Él acepta el corazón más que la ofrenda. ^(x)

Y preguntarnos cuántos jesuitas se habrán tomado su «profesión» con semejante seriedad. Porque aquí se impone una distinción: se diga lo que se diga de estas letras, no caben dudas de que fueron escritas con recta intención, como él, acaloradamente, tuvo que repetir una y otra vez.

No he escrito cartas sediciosas. No he condenado el modo de proceder de la Compañía; no me he condenado a mí mismo, y mi modo de proceder durante 20 años, atestiguado con juramento por los que informaron para mi profesión solemne [...]

Podríase conceder que las cartas son imprudentes; y desde luego muy mal escritas; que son criminales o mal intencionadas, jamás de los jamases. Ningún daño se produjo de ellas, de hecho. ^(x)

Salvo para él. Y basta de rodeos. Supongo que el lector ya habrá picado con mi presentación y querrá

saber qué dicen esas famosas epístolas, esta «ofrenda» que tanto revuelo produjo.

Ninguna tiene fecha -aunque sabemos que fueron escritas en los años '45 y '46 -, llevan en su encabezamiento la leyenda «*Estrictamente Confidencial*», están firmadas como, Leonardo Castellani, «*minimus inter pares*» (así, con minúsculas) y todas están intituladas con la leyenda «*Dic Ecclesiae*» remitiendo al lugar del Evangelio en donde Cristo aconseja la corrección fraterna:

Si tu hermano peca, repréndelo entre tú y el solo; si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha toma todavía contigo un hombre o dos, para que por boca de dos testigos o tres conste toda palabra.

Si a ellos no escucha, dilo a la Iglesia. (Mt. XVIII, 17).

O, por lo menos, a los jesuitas profesos. La primera (que tengo) comienza con toda sencillez. Y brutalidad.

Mis hermanos en Xto.: Nuestra Provincia no anda bien: es voz general. Yo diría más bien que no anda.

¿Vamos despacio? Castellani si bien intitula sus cartas con la leyenda «*estrictamente confidencial*» se dirige lo más públicamente posible a todos los profesos de la Provincia y ciertamente que no podía ignorar la repercusión que tendrían.

Que nuestra Provincia no anda, se puede ver rápidamente del hecho que no estamos en nuestro lugar en la Argentina, ni hacemos en ella ninguna obra que corresponda a nuestra vocación. Si desapareciéramos mañana la República continuaría imperturbable.

El que no permanecería imperturbable al leer estas andanadas sería Travi.

Cuando una sociedad anda mal o no anda, hay que examinar su «política», es decir su conducción. La política actual de la Provincia no es «ignaciana»: está en manos de una «camarilla» de políticos pequeños no ignacianos, que tiende a perpetuarse, reforzada por una calesita de rectores que se van turnando, y que en su mayoría son de mediocres luces intelectuales. La causa última de este fenómeno social, es que se ha abandonado desde hace tiempo [...] el principio de que la inteligencia es la que debe gobernar; y no otras cualidades de jerarquía inferior.

Éste es el tema de mi carta.

Y es el tema de este libro. **1)** Castellani ve claramente muchas cosas. **2)** No tiene amigos en quien confiar, que seguramente le habrían hecho ver el disparate que era hacer circular esas cartas, sin más ni más. **3)** Él escribió lo de *La Inteligencia y el Gobierno* en 1941 y eso bastaba, ¿no?: el que quería ponerse el sayo se lo ponía. Pero, **4)**, ¿esto?

¿Qué imaginaba Castellani? ¿Que con sus limitaciones Travi le iba a admitir sus limitaciones? ¿Que con su angurria de poder le iba a reconocer que la tenía? Quizá un «golpe de estado». Pero, claro, eso también ha sido visto en este libro, y, **5)**, me temo que Castellani calcula que tiene ascendiente bastante como para encabezar el «pronunciamiento».

Si no fuera que, en último término, era incapaz de cálculo alguno.

Ponéos ante la vista una visita provincialia, repasad las cartas, públicas y privadas del P. Provincial. El Provincial pasa velozmente por las casas, sin re-solver los problemas espirituales o morales (ni tampoco los otros) sino reco-giendo plata y repartiendo avisos, reprensiones y castigos a los que han peca-do con la Curia [Provincial] las Costumbres y el Instituto, tal como él lo concibe [...].

Lo que hace hoy nuestra Curia se encierra en este ámbito: afirmar el principio de autoridad y cuidar las finanzas.

¿Qué me dicen? ¿Se imaginan la reacción de los «profesos»? Y, Travi, tratado de «politicón pequeño» que

cuando se encuentra con el espléndido instrumento de la curia en las manos, tiende a tomarlo demasiado en serio, a desconectarlo, a darle un valor absoluto.

Este error lo lleva a tergiversar todo el gobierno, el cual decae primero en ingobierno y después en desgobierno; es decir tiranía. Cuando no juzga toda la actividad de la Provincia con el único criterio de su medro personal (ambición) o de la vanidad personal o colectiva (vanagloria), al menos tiende a juzgarla con un criterio «curialesco» condenando por ejemplo a priori y sin más averiguaciones toda actividad de los súbditos que pueda traer «líos»; y aprobando sin más trámites toda aquella que se experimenta trae de inmediato «plata» o bien alabanzas del mundo, más vanas y vacías que viento.

Sí, ya saben ustedes quién pertenece a la categoría de «súbditos-que-pueden-traer-líos».

Para el gobernante pequeño el gobernar es una comodidad; y en ocasiones una voluptuosidad; y en ocasiones una necesidad: a saber, cuando no está acostumbrado a tirar del carro y no sabe hacer nada, ni predicar, ni enseñar, ni escribir; porque desde bedel se aficionó a mandar y se preparó solamente a mandar. Si no manda muere. Lo malo es que a veces, si manda, mata.

Y después de las cosas que dice nuestro héroe, se comprende fácilmente que lo quieran matar.

Fíjense que en escasos cien renglones de su primera carta «provincial» (como la llama él), Castellani ha dicho o sugerido de su Superior

- que forma parte de una «camarilla»,
- que tiene mediocres luces intelectuales,
- que es un tirano,
- que es ambicioso,
- que está inficionado de vanagloria, y
- que no sabe hacer nada, ni predicar, ni enseñar, ni escribir.
- Y que encarna a la perfección el dicho de que el que sabe, sabe; y que el que no sabe, es jefe.

¡Vaya con esta primera carta! Y cuando uno recuerda que la ha circulado por toda la Provincia, ¡ay, mi Dios! ¿Cómo se ha imprudentado así nuestro buen Castellani? Porque su aclaración final de nada sirve, visto que lo que dijo, lo dijo.

No, ¡peor!, lo escribió.

No mueve mi pluma, Dios me ve, el propósito de denigrar a personas particulares, sino el de examinar un problema general de una manera también general; y de aplicarlo después a nuestra desdichada Provincia para bien de todos.

Temo grandemente que en nuestra Provincia (y quizá es nuestra Compañía toda) se haya insinuado, de entre las miasmas del mundo actual, el fatal pecado de la sodomía espiritual...

Es para agarrarse la cabeza, porque lo peor de todo es que Castellani tiene razón, por ejemplo cuando se refiere a

la inversión de los valores jerárquicos y el desprecio del «*nous*» a favor de la «*praxis*», pecado que es de suyo peligrosísimo,

como un pecado contra el Espíritu Santo, por ser pecado contra la natura y contra la inteligencia, que es el fondo del espíritu del hombre, como del Espíritu de Dios. ^(x)

Pero está equivocado. No le puede salir bien. No puede hacer el bien publicando cosas como ésta. No tiene la menor «chance» de que sea ni siquiera refutado (¡cuánto menos de ser acogido, comprendido u objeto de alguna clase de reconocimiento!).

Peras al olmo. Si fuera cierto lo que dice de sus superiores, ellos no lo podrían aceptar, jamás. ¿Por qué entonces estas invectivas que casi nadie podía entender, casi nadie podía aguantar, casi nadie querría escuchar?

Nos trae a la memoria un caso análogo, que Castellani había considerado larguísimo.

En efecto, el 25 de octubre del '44 había publicado *La Última Parábola*, un artículo que ya hemos citado profusamente pero sobre el que hay que volver para enfatizar algo que no debe escapársele al lector: Castellani comprende, y comprende bien, el punto de vista «prudente», seguro, seguro que sí. Pero no le gusta, no le parece, vean ustedes.

¡Pobre Jesús! Yo veía que por ese camino no podía acabar bien; pero nunca jamás soñé ¡Dios mío!, que debía acabar ¡crucificado! ¡Gran Dios! ¡Crucificado! ^(x)

Estas previsibles derrotas constituyen para Castellani la nota distintiva del cristiano verdadero -que por eso, de a ratos, parece tan imprudente. Castellani, a imagen de Jesús, pobre, se sentía obligado a devolver bien por mal. ^(x)

¿Qué bien? Bueno, un cacho de verdad. Pero recién empezamos con las cartas y ya se va la segunda.

No quiero creer lo que me dicen que algún Rector ha parado estas cartas mías escritas con el corazón en la mano en homenaje y amor a la verdad; si así fuera, algún día dará cuenta de su conocimiento del Epítome, canon 849, n° 6. Yo digo: si a mí no me contestan de Roma, si a mí el Provincial no me oye, y si no puedo tampoco hablar con mis Hermanos acerca de nuestra Provincia tal como la tengo en el corazón ¿qué clase de sociedad es ésta?

Y, claro, Castellani está enojado.

El que destruye estas cartas tendrá que destruir también si puede el canon 849 y muchos otros del Epítome, incluso el 3°. Y es un hombre que tiende destruirme a mí. Veremos si puede.

Ay, Padre. No, no van a poder. Pero, pero... casi ¿no? Y van a comenzar acusándolo de desobediente. Pero él también habló largo del asunto ése.

La obediencia religiosa es ciega, pero no es idiota. Es ciega y es iluminada a la vez, como la fe, que es su raíz y fuente. Sus dos límites son la recta razón y la Ley Moral.

Ambos límites están también fijados por San Ignacio al afirmar a una mano que físicamente es imposible asentir a algo absurdo y a otra que no hay que obedecer cosa en que se viese pecado, no ya moral solamente, sino de cualquier clase [...]. Esto significa simplemente que ningún hombre puede abdicar su propia conciencia moral, como nota el Angélico en *De Ver.* 15, 5,4.

¡No podemos salvarnos al tenor de la conciencia de otro! ¡No podemos eximirnos de discriminar exactamente con nuestra razón el bien y el mal moral, uno para tomarlo y otro para lanzarlo! ¡No puede ser nuestro guía interior la razón ajena: los actos morales son inmanentes y su «forma» es la racionalidad! Si bastara para salvarse hacer literal y automáticamente lo que otro nos dice ¿cuál sería entonces la función de la fe, de la oración, de la meditación, de la dirección espiritual, del examen y del estudio?

¿Y quién podría objetar esta doctrina tan conocidamente ortodoxa? Bueno, es que Castellani no da

puntada sin hilo (y en estas cartas, menos que nunca).

Con esto queda dicho que la obediencia no se inventó para que en la vida religiosa se hagan cosas raras, feas o disparatadas; para que el orden natural se vuelva del revés y los necios presuman guiar a los entendidos y «llevarlos al hoyo», como previno N. Señor en la Parábola de los Ciegos. No se inventó la obediencia para substituir en el gobierno de los hombres la inteligencia por el antojo de los ambiciosos o agitados; ni para pretender que el que no sabe un oficio se entrometa a corregir al que sabe; ni para destruir en los hombre la conciencia profesional ni la honradez intelectual; ni para permitir que ocupen los comandos los mediocres engreídos, esos «superiores briosos y sin letras» a los cuales la cordura de Mariana atribuía la causa de los desórdenes sociales en la Provincia Española bajo Acquaviva. Si para tales cosas dijera Cristo: «Qui vos audit me audit» y para eso reglamentara la Iglesia la vida religiosa; pensarlo es blasfemia, porque entonces más valiera que Cristo no hubiera venido.

Y uno va viendo como Castellani siempre juzgó las cosas a la luz de la más estricta ortodoxia. Pero «las cosas» que juzgaba era lo que se sabía por experiencia propia.

Para percibir la miseria de nuestro estado, ya no político sino humano, yo no necesito sonda. Cómo me fue en la Compañía de Jesús me informa sobre la Compañía de Jesús; cómo me fue en la Iglesia me informa sobre la Iglesia; cómo me va en el país, me certifica del estado del país, mejor que cualquier información externa. ^(x)

Por eso, a continuación Castellani explica con estricto apego a la doctrina de Santo Tomás que

La verdadera obediencia pertenece a la virtud de la religión, la primera de las morales; y por tanto sólo puede producirse en el clima teologal de la caridad.

¿Y si no? ¿Si no existe tal «clima»?

En ese caso hipotético, el mecanismo de la obediencia se convertiría en un esqueleto sin carne, en una máquina monstruosa que parece humana pero puede ser ocupada de hecho por el demonio: máquina que no puedo considerar sin horror.

En efecto, en tal caso, aquel inmenso poder que presta a un mortal la atadura omnímoda y total con que otro se le ha sujetado como si fuese el mismo Dios, moviéndose desordenadamente y sin el control del amor divino y el lubricante del afecto humano, puede producir estragos, puede torturar de una manera increíble; y yo no dudo que puede, permitiéndolo Dios, llegar al homicidio indirecto o poco menos. La historia parece confirmarlo.

¿La historia? ¿Qué historia es ésta? Bueno, ustedes ya saben, Castellani es una parábola viviente y la historia es ésta, la que están leyendo.

¿Puede darse este caso? ¿Es posible esta desaparición de la caridad y la consiguiente aberración del poder en lo religioso? Helás, todo es posible al hombre corruptible y el mortal puede abusar de todo, incluso de la Eucaristía, como vemos en la Primera a los Corintios, XI. Esto, hablando en tesis. Hablando en concreto, me parece difícil que acaezca en nuestra Compañía, que parece conservar de San Ignacio una herencia persistente de nobleza y dignidad independiente de la eventual baja cuna o plebeyismo de tales o cuales superiores, y aun de las contingencias más temibles de la ambición y el nimio apego al mando [...].

Si Travi no se iba a poner ese sayo también...

Usar del mandato bajo santa obediencia de cualquiera manera, para cosas absurdas, irrazonables, fútiles, inútiles, inconsideradas o simplemente menores en volumen o ridículas en importancia, es pecado grave según todos los teólogos. Es pecado de irreverencia y desecración. ^(x)

Tomá mate. Toda la vida (y aún después de muerto) se lo acusará a Castellani de desobediente y, como hemos visto y hemos de ver, el cargo tiene sustento. Pero jamás se puede formular el caso si se esconde su contexto, sin considerar que muchos de los mandatos que él desobedeció, por lo menos materialiter, eran, justamente, «absurdos, irrazonables, fútiles, inútiles, inconsiderados, etc...» que dice él.

En lo que nos toca tratemos (hermanos, ¡os lo ruego!) de no considerar una cosa sin la otra. Porque en todo caso lo de la necesidad de sus superiores es cosa infinitamente más grave.

La tercera carta que tengo versa sobre la pobreza y seguramente ha sido escrita en octubre puesto que se dirige a sus «Amados Hermanos en el Rey Cristo». ^(x)

Estoy seguro que estas cartas llegarán de algún modo a vosotros, aunque sea en forma de herencia póstuma.

Después de explicar la doctrina más ortodoxa sobre la pobreza (como «desapego y renunciamiento permanente y gozoso de los bienes de este mundo») Castellani pasa (¡cuándo no!) a mostrar las distorsiones más comunes que se hacen de esta doctrina. Sobre todo, desde luego, entre religiosos.

El hecho de haber pronunciado el voto y renunciado a sus bienes no pone ipso facto al religioso en posesión de ese desapego activo y gozoso. El desprendimiento es una disposición positiva del alma y no una mera negación; es un continuo preferir a Dios tan real y tangible como el batir de alas en un pájaro, un sentimiento a veces levemente doloroso y vertiginoso de soledad y de vacío. Hay religiosos que tienen un gran miedo a las mujeres y ningún miedo a los cargos y dignidades; que se atufarían de estar a solas con una mujer, pero no temen manejar en el mayor secreto, escondiéndolos a todos, los recursos de la casa; que se confesarían de haber tocado con los dedos un cuerpo femenino pero que zambullen los brazos con gozo en negocios y traficaciones, que por lo demás, por justo juicio de Dios, casi siempre les salen mal. Conciben la pobreza como una virtud negativa; o quizá como una virtud para los súbditos, de la cual ellos están dispensados. Parecerían creer que los bienes terrenales son peligrosos en el mundo, pero pierden toda su peligrosidad adentro de la clausura. Adentro de la clausura es justamente donde son más peligrosos. Aquí es donde el diablo hace sus mejores carambolas.

Digan si no. Digan si no tiene razón nuestro corajudo autor al denunciar una cosa que casi todos saben, pero que se ignora, se oculta, desde... desde... bueno, por lo menos desde antes de la Reforma (para esto leer a Belloc).

Si en tiempos de la Reforma llegaron a escandalizar los Papas que hacían hacer estatuas hermosas, ¿qué será hoy día los superiores religiosos que convierten el pan de los hambrientos en capillitas de Colegio, en cuadros atroces o en libros idiotas?

Es que para Castellani el mal empleo del dinero conspira directamente contra el voto de la pobreza. Y de esto sabe lungo.

El dinero empleado en la tan abundosa en nuestra Provincia «literatura de Propaganda», debería según la voluntad de Dios Nuestro Señor darse a los pobres, en el caso de que por falta de visión o consejo intelectual no pudiera emplearse en la suscitación de libros gloriosos a la Iglesia y a Dios, útiles a la Patria: obra esta máximamente propia de la Compañía, y mínimamente floreciente en nuestra desdichada Provincia.

Y como para que no queden dudas (¡ay Castellani, Castellani!), un buen ejemplo.

Esa «literatura de propaganda» es indecorosa y contraproducente: recordemos la cómica aventura de la «Historia del Seminario» del P. Isern: de la cual un centenar o más de ejemplares regalados pomposamente a un «Congreso de Historia» que se reuniera en 1936 (si no me engaño) fueron vendidos pocos días después a \$0,20 el ejemplar por el portero del Congreso a una librería de viejo, y encontrados por mí en lo de Palumbo.

Como ven, el P. Isern («la Iglesia Católica») no queda del todo bien parado. Pero hay para todos.

El P. Moglia, por ejemplo, artífice de

la venta apresurada y secreta del Parque de Martínez que fue a enriquecer a un dueño de burdeles, la compra de nuevas y nuevas casas de campo para Colegios que a veces están ya en el campo, el error inicial de esa «Universidad» campirriña y pampeana, productora de flores de estufa; en suma el panorama entero de las finanzas de la Provincia manejadas en el más alto secreto y con la más evidente crasitud y puerilidad, son para mí actualmente objeto de contemplación magüer amargo: veo en él la mano de la Providencia escarmentando no sin ironía a los falsos pobres que somos.

Van cayendo en la volteada, Travi, Moglia, Isern. Aunque con éste último Castellani parece ensañarse (y no es más que un caso de ilustración elocuentísima de sus ideas).

Quando llegué de Europa el P. Isern había hecho una «Exposición del Libro Jesuítico» que era una verdadera exposición de vergüenzas. Las obras de arte que de vez en cuando encarga algún colegio nuestro son bodrios abominables. Del libro ya he hablado: basta que un libro sea vulgar tonto alabancioso o inútil, producto del ocio de la vanidad o de la necesidad y no del trabajo, para que la Provincia lo prohija. La Censura en ella parece funcionar perversamente al revés, contra natura, dando que reír al diablo. ¿Qué más quiere el diablo sino que se desperdicie el dinero de los pobres de Cristo y sea empleado en hacer aparecer a la Iglesia ridícula, fea o despreciable? Ni Judas hizo un trabajo tan fino: sus treinta dineros se emplearon en algo útil.

(La falta de comas muestra el enojo del autor.) El caso es que esta carta es singularmente extensa y los ejemplos de «los falsos pobres que somos» se multiplican a lo largo de seis carillas y media. No es el caso citarla in toto, pero ya se dan ustedes una idea. Por otra parte, Castellani reedita la querella de las riquezas al contemplar a una orden que necesita grandes recursos y cuyos miembros, sin embargo, tienen que ser pobres.

San Ignacio fundó la Compañía para «bautizar lo sociológico», es decir, para hacer en defensa de la Iglesia obras de gran empuje, de largo alcance, y de efecto trascendente, no sólo individual sino colectivo y aun universal si posible fuere. Para esas obras se necesitan a veces instrumentos materiales poderosos y caros. ¿Cómo conciliar la magnanimidad en pro de la Iglesia con la desnudez total de los pobres de Cristo?

San Ignacio concibió hombres tan bien formados que su trabajo fuese innegablemente reconocido como útil a la colectividad donde viviesen, y tan desprendidos que estuviesen prestos a vivir mendigando; en casas tan desinteresadas que no tuviesen ningún bien estable o renta para su manutención, y donde todo fuese como de prestado; pero que fuesen baluartes mantenidos si fuera posible de día en día por esa misma colectividad o «eklesía» con todo lo necesario a un baluarte: armas y pertrechos de un Colegio, una Universidad o una casa de Escritores, colaboración hermosa de la liberalidad del laico con el heroísmo del monje.

Te la debo. Pero tiene razón Castellani cuando finaliza su epístola diciendo

que ese ideal no debe ser abandonado, que ese esquema de gran estratega espiritual no debe ser renegado, y que su posible restauración y aun su germinal conservación dependen de la pobreza virtud, del muro del desapego espiritual, del maternal regazo de esta disposición de ánimo que en los Santos Ejercicios se llama «indiferencia».

¿Indiferencia? Sí, por lo que sigue sabemos que Castellani sabía perfectamente -con inusual certeza profética- lo que le iban a costar estas cartas. Y para soportar ese castigo iba a necesitar -y cómo no- enormes dosis de eso mismo.

La cual ruego a Cristo Nuestro señor me quiera donar a mí completamente antes de que llegue el día oscuro y turbinoso, el día de temporal y de tormenta, en que me fallen todas las casas nuestras en que no tenga donde reclinar la cabeza, y en que llenando los deseos de mi R.P. Provincial me vaya de Buenos Aires sin salir de Buenos Aires y tome por última vez el tranvía Lacroze.

Por ahí nos enteramos entonces que Travi ya le ha dicho a Castellani que prefiere que éste se vaya de la Compañía, que salga, que desaparezca. Y el otro que no. Que se planta. Que se queda y dice lo que es en sí. Por ejemplo, transforma en «carta provincial» una, particular, que le había mandado a Travi a propósito de la censura de su prólogo a *La Crítica de Kant*. ^(x) Como decimos, a propósito de eso, Castellani se va a despachar a gusto sobre todo el régimen de censuras vigente en su Provincia. A mí me encanta el principio.

Tengo el desagrado de remitirle de nuevo las pruebas de mi libro «*La Crítica de Kant*», a fin de obtener de esa Curia una verdadera «censura», conforme a la letra de nuestras Constituciones al espíritu de N. S. Padre Ignacio -si eso es posible.

Las cinco carillas que siguen son un largo comentario a la censura firmada por Travi que, en síntesis de Castellani, reza así:

La obra «*Crítica de Kant*» no puede publicarse porque el autor cree que ha monopolizado todo el saber del universo y que los

demás no saben nada.

Castellani, como siempre, va a llamar las cosas por su nombre, sobre todo ahora, porque está ofuscado.

Esto es pura y simplemente una INJURIA.

Es una injuria calificada.

En efecto, esta injuria llega a mí cubierta con el velo del ANÓNIMO; para llegar a mí pasa por las manos de V.R. que al transmitírmelo lo hacen suyo; y este anónimo injurioso y desmesurado cae por un chistoso azar sobre dos trabajos ya censurados y aprobados (tanta ha sido la ceguera del censor): el uno en Bélgica, a saber, el libro eximio del P. Maréchal, cubierto no sólo de aprobaciones eclesiásticas, sino también del «beso de la gloria», para hablar en estilo periodístico; y el prólogo mío, publicado en 1935 en nuestra revista *Estudios* y aprobado por los censores della, uno de los cuales fue el R.P. José Ma. Blanco, la mejor cabeza que tenemos en la Provincia, según V.R.

Sí, tal vez, pero ocurre que no es del todo así: la reproducción del artículo de *Estudios* apenas si constituye un quinto de su Prólogo ahora tan injuriosamente censurado. ^(x) Pero hay que ver además que los censores no tenían razón, ni por asomo. Considérese por ejemplo el testimonio de Haroldo Conti:

Leí sin entender demasiado «*La Crítica de Kant*» en colaboración con Joseph Maréchal S.J. de quien se decía que era su continuador. Creo que lo que más me llegó fue su estilo, sobre todo en el rebate a Gar-Mar, porque por primera vez observé que se podía expresar cualquier cosa con un lenguaje argentino. Imagínense ustedes ver citar a Culacciatti y al vigilante de la esquina en un trabajo sobre Kant e incluso encontrar en ese mismo trabajo frases como ésta: «¡*Hua tigre viejo grandote potí!*».⁴¹

Característicamente, Castellani erige este caso de censura, respecto de una obra propia, como «testigo» de otros análogos, y por eso dice que

[...] deseo considerar este caso fría y menudamente, en su «contexto», como si no fuese mío sino de otro.

1º - NO ES ÚNICO: viene a coronar una serie de casos análogos, que se extiende a lo largo de 10 años: casos de censuras injuriosas, inútiles o torpes que he guardado y constituyen una colección de lo más curioso que existe, colección en cierto modo más valiosa que la de documentos jesuíticos antiguos que posee Teodoro Becú.

2º - NO ES BUSCADO, al contrario: he protestado de todos los modos posibles (oral escrito; violento manso; con estilo de curia con estilo literario; en fraseología corriente en fraseología devota en fraseología patética) sin obtener más resultado que hablar a un poste contra este fenómeno que al principio, no crea Vd., me consternó terriblemente, como si me desplomara la bóveda celeste; y siempre me ha hecho sufrir, primero en mi amor propio de hombre, después en mi amor a la Compañía, y siempre en mi repugnancia esencial y nativa a todo lo feo y sórdido.

3º - ES YA INTOLERABLE: al mismo tiempo que este inútil duelo de injurias y protestas se verificaba, iban apareciendo impresos en nuestra Provincia libros de jesuitas manifiestamente «inferiores a la mediocridad», y a veces, inferiores tout court; indecorosos para nuestro buen nombre; inútiles o dañinos a la nación argentina y al pueblo fiel; editados encima dispendiosamente con dinero de la Santa Pobreza, con patente violación de nuestras Constituciones y la misma ley natural.

Sí, bueno, ya vimos eso en su carta sobre la pobreza. Y en esta también habrá ejemplos, y nombres, ay.

Voy a citar tres ejemplos recientes y uno antiguo:

«*Control Cerebral*» del R. P. Narciso Irala.

«*Escalando las más altas cumbres*» del R. P. Beguiristain.

«*Historia del Colegio del Salvador*» del P. Furlong.

Ahí tienen ustedes. El de «las altas cumbres» no leí, aunque uno puede imaginar fácilmente cómo sería. Pero ¿los otros dos?

El libro del P. Irala no tiene nada de pretencioso ni malsano. Ahora que estamos sumergidos por una verdadera marea de textos de «auto-ayuda» el libro sobre «*Control Cerebral*» parece un poco ingenuo, pero, *par contre*, gana en frescura y humildad: no pretende resolverle la vida a nadie y sólo quiere sacar de apuro a quien pueda verse enredado por faltas de concentración, de aplicación de la inteligencia, de memoria. ^(x)

No, «inferior a la mediocridad» es menosprecio excesivo.

En cuanto a la *Historia del Colegio del Salvador*, como todos los libros de Furlong, es tarea más de cronista que historiador, fruto de la paciente tarea de acopio de datos que se hilvanan más o menos cronológicamente, sin crítica demasiado inteligente, llenos de lugares comunes, pero, finalmente, útiles para algunos (nosotros hemos recurrido a él en varias oportunidades, como algún lector recordará).

¡Pobre Furlong! Tal vez su obra merecía un benevolente rescate como el que aquí intentamos. ^(x)

Pero, en fin, reconozco que uno se cansa cuando pone por junto las andanadas de Castellani contra la Compañía. Acabemos, pues, con este asunto.

El 28 de junio de 1946 le escribe a uno de sus profesores, el P. Antonio Viladevall S.J., un moralista un poco convencional, un poco chapado a la antigua, pero que Castellani igualmente quería bien.

[...] he pensado dedicar a quien fue el mejor de mis padres espirituales esta carta que tengo que escribir acerca de la virtud de la castidad.

Por otra parte, se ve que al dirigir la misiva en un tono personal, su intención es evitar que ésta sea también interceptada.

Ud. sabe que he escrito otras dos cartas acerca de los dos votos religiosos. Espero que habrán llegado a sus manos. ¿Qué rector se atreverá a destruir una carta dirigida al venerable religioso que ha sido -y puede ser aún- maestro de todos ellos?

Pero, sí, es otra «carta provincial», posiblemente la mejor de todas. Como siempre, Castellani comienza por prevenir contra las falsificaciones de la verdadera castidad y, sobre todo, el puritanismo que se caldea en «un clima protestante». Su santo y seña es -lo sabemos demasiado bien- el desprecio que destila hacia uno de los sacramentos, nada menos.

¿El Orden Sagrado? No, señor, mío, no, el matrimonio. Castellani siempre desconfió enormemente de la «moral de los sacerdotes»

[...] adversa a las grandezas y delicadezas de la vida matrimonial, ignara del amor conyugal, calumniadora del connubio, groseramente resentida y envidiosa, guaranga y obscena en el hablar de re conyugali.

No cabe duda que hay algunos sacerdotes así.

¿Algunos? Demasiados. Aun cincuenta años después de que Castellani escribiera esto, computando que en el medio hemos padecido la gran revolución sexual y el gran «destape», después del Concilio Vaticano II, y la teología de la liberación, y después de tanto cura pansexualista, freudiano o liberal y

tanta, tanta cháchara frívola, estúpida e incluso diabólica sobre la «cuestión sexual» (*bruta parola*), aún después de la ola progresista que en nombre de la edad adulta, la madurez o la evolución dejó de lado o sencillamente olvidó aquello que Chesterton llamaba «el mal automático»... aún después de tanta monja liberada, curas homosexuales y obispos desenfrenados... aún después de todo eso, rasquen aquí o allá en el bando tradicionalista (y en el progresista también) y se encontrarán una y otra vez con casos de sacerdotes que han falsificado su celibato, de moralistas que desconocen la recta concepción de la castidad y que se transforman en una verdadera calamidad para sí y para los otros a fuerza de escrúpulos, casuismos mal resueltos y peligrosísimas «compensaciones» más o menos ocultas, más o menos diáfanas.

pese a repetir diariamente lo contrario, sopla en esta cuestión un maniqueísmo solapado que mancha de suspicacia todo lo que tiene algo que ver con la procreación humana, considerándolo como una mancha, como algo sucio en sí y que está por debajo de la verdadera dignidad humana. [\(x\)](#)

Ahora, no debe olvidarse que esto mismo está profetizado para los últimos tiempos por San Pablo cuando anuncia que vendrán impostores que

marcados a fuego en su propia conciencia, prohíben el casarse. [\(x\)](#)

Castellani siempre tuvo muy en cuenta este texto apocalíptico y su acusación contra la prefiguración de éstos resulta severa, severísima.

De mis recuerdos de juventud, no puedo decir que esta Provincia S.J., me haya ayudado mucho a la solución total de mi problema sexual, sacando el encierro y las exageradas precauciones exteriores. Mis padres espirituales, excepto V.R., eran ignorantísimos en esta materia que no conocían ni por experiencia ni por estudios de psicología. Recuerdo lo que me dijo el P. Ferragud (q.e.p.d.) al llegar yo, filósofo de 2do. año, al Seminario: en la primera cuenta de conciencia: «*Los que hablan de esas cosas, se les conoce la basura que llevan adentro*». Lo cual bastó para que en todo el año no le hablara de mis más reales problemas.

¿Y bien? Castellani se abocó al asunto solo, sin ayuda de otros curas, y en el camino aprendió varias cosas que quiere comunicar a la Provincia. Pero, como decimos, más que nada, pone la voz de alerta sobre las falsificaciones a que se prestan los votos de pobreza, obediencia y, claro, castidad. Para eso se apoya en la palabra de Cristo que distinguió tres clases de «eunucos»:

No todos pueden entender esta palabra, sino solamente a aquellos a quienes les fue dado. Porque hay algunos eunucos, que así nacieron del seno de su madre; y otros eunucos que fueron hechos por los hombres; mas también hay quienes se hicieron eunucos por el reino de los cielos. El que pueda entender que entienda. [\(x\)](#)

La distinción de Cristo ayuda a discriminar entre unos y otros, comenzando por los que se destacan por su falta de virilidad.

«*Algunos son eunucos, porque así los hizo la naturaleza*». Esos los llama la ciencia: impotentes, frígidos, asexuados, insensibles o misóginos.

Si lo son físicamente, la Iglesia no los admite a las órdenes sacras; Vermeersch enseña que el espíritu de esta prohibición se extiende a los que sonlo psíquicamente: en efecto, el sacerdote de Cristo debe ser varón cabal; y más en estos tiempos.

Y a continuación explica que

la castidad meramente negativa, o es sólo un paso del camino, o es un vicio positivo, como concede Sto. Tomás en el artículo citado. Es decir, la castidad debe subir por los tres grados de toda virtud, «*bene*», «*facíliter*», «*delectabíliter*» -o como explicaba graciosamente nuestro Instructor Poulier: «*En el primer grado, las mujeres parecen una porquería; en el segundo, parecen unos ángeles; en el tercero, nos parecen simplemente hermanas*». Y eso es lo que son.

¡Qué cantidad de jesuitas conozco imposibilitados para tratar a las mujeres con amoroso trato de hermano, sin el cual no se les puede hacer verdadero bien: dado que sólo el amor enseña y sólo el amor convierte! Algunos disparan de ellas hasta el punto de haberse negado durante toda la vida a confesar, como un grave Padre que todos conocen.

Acaso lo podemos nombrar siendo como fue su caso una suerte de leyenda porteña que llegó a mis oídos hace cosa de treinta años atrás: aquí Castellani alude a Furlong (aunque no era el único, Achával también).

Otros las tratan [a las mujeres] como si fuesen porquería, es decir, con un trato correcto y seco, repelente o infecundo. Otros las tratan como si fuesen ángeles, lo que les agrada a ellas, pero deja muy poco en sus almas. Este tratar a las mujeres con lengua de novio o de amante explica algunos grandes éxitos pecuniarios y de popularidad, y el correteo fuera de casa de algunos que deberían estar enseñando teología: o estudiándola si no la saben.

Casi, casi, como si Castellani hubiese leído como yo los informes que por estos años recibía Travi, plagados de asuntos como éstos. Pero afortunadamente, aquí Castellani no desciende más en tan resbaloso terreno.

Ahora, conocía bien el asunto, un «asunto» que tiene aún gran vigencia, pese al despelote del post-concilio, pese al generalizado «destape» sexual de nuestro tiempo. Es que esto parece viejo como el mundo.

¡Ah, la sospecha de la mujer, el recelo a la mujer, el rencor a la mujer de los sacerdotes «supercastos» (poco castos), de los gazmoños! ^(x)

A continuación y luego de la etopeya de esta primera clase de «eunucos» (por defecto de naturaleza), Castellani se va a ocupar de una segunda clase, mucho peor.

Pero hay el caso más serio todavía de que la deficiencia en la castidad, no solamente pueriliza y esteriliza al Apóstol, sino que positivamente lo deforma. «*Algunos son eunucos por la brutalidad de los hombres*» -dijo Nuestro Salvador.

[...] Sólo la paternidad saca al hombre de sí mismo y lo hace grande, social y abnegado. El solterón es antisocial, egoísta y sórdido, habitualmente. Por lo menos no sirve para apóstol.

Y a continuación hace el tenebroso retrato de aquellos que han transformado su celibato en su orgullo y blasón, centro de su ascética, distorsionando de este modo la vida moral.

¿Quién negará que existen de hecho esos tipos que el P. Lloberola llamaba con gracia «los solterones de la gloria de Dios»? V.R. los conoce:

Cautelosos como gatos, fríos como culebras, reservados como crustáceos, incapaces de efusión cordial y de verdadera amistad, acomodaticios, hinchados de una ciencia egoísta, duros, incomprensivos, preocupados de su salud y de sus ventajas, calculadores, insensibles, poco humanos, gazmoños, enemigos de la grandeza, amargos, antipáticos, temerosos del hombre y de lo humano, racionalistas, ingenerosos, replegados sobre sí mismos, infecundos, desmadrados, estériles, gélidos, autómatas, censuradores del prójimo, entristecidos, retrancados, negativistas, prudentes al exceso, susceptibles, reptores, maestros helados que muestran al mundo una imagen repelente del Divino Maestro...

Semejante caricatura aterroriza y parece exagerada, pero... pero todos sabemos cuánto hay de verdad en esto y todos conocemos

[...] aproximaciones más o menos cercas a ese «tipo» al cual tiende el sacerdote «de continencia sin caridad».

Y, por fin, Castellani hace una síntesis perfecta del caso que viene a denunciar.

¡La lujuria! Tened cuidado con esa perra. Echada por la puerta, a veces vuelve disfrazada por la ventana. ¡Y con qué gentileza, a los que le han negado la carne, les pide un pedacito del espíritu!

Esta letra que estamos desgranando se diferencia de las otras por más de un motivo. Pero lo más importante, a mi modo de ver, está en la manera en que Castellani intercala en esta amarga carta un pedazo de su alma, tratando quizá de compensar la denuncia con una mirada recta y verdadera sobre tan difícil cuestión. Lo cual sale casi en forma de poesía y nos muestra al hombre que nos interesa.

Oh Dios, ¿diré yo que soy casto? En verdad soy continente; pero yo no diré de mí mismo que soy casto.

Y aunque jamás he conocido la mujer, por voluntad de Dios más bien que mía; yo no diré jamás que soy virgen.

Yo diré que soy un niño, llena la cabeza de juegos y de imágenes volanderas. Imágenes risueñas o terribles, todas pasajeras imágenes divinas. Y diré que soy un viejo, viendo detrás de esa forma de guitarra de las mujeres («las hinchaditas delante -y redonditas por todo», como dijo el poeta) un alma que está escondida, que sufre o va a sufrir. Y que se pierde. Un alma como la mía.

Oh Dios, yo te pido la castidad esencial, la castidad de los que se ríen de la castidad y dicen: «¿Qué es la castidad?»

Yo te pido la castidad de los corazones llenos, que aman de tal modo que no tienen tiempo para nada y se ríen y dicen: «¿A quién se le ocurre que yo engendre hijos?».

¿Y qué tengo que hacer yo con esa carne de hospital? ¿Por ventura para éso sólo creó Dios la hermosura?

¿Y qué derecho tengo yo a la delicia mayor y al tesoro mayor que existe, en este gran sanatorio lleno de pobres y doloridos? Yo soy pobre. Yo no quiero tener una cosa que no tuvo Jesucristo ni la Niña de la Maternidad Parthenogénica, que fueron pobres.

¿Diré yo que soy casto? Yo diré solamente que soy pobre.

Pero ¿renunciaré yo a la maternidad? ¡Ah! Yo no puedo renunciar a la maternidad, a la preñez pesada y deforme.

No puedo renunciar al imperativo de maternidad que he concebido leyendo las vidas de los que murieron por otros.

De los que en este mundo se hacen matar, que son siempre los mismos. La maternidad del padrazo Santa Teresa, del madrecito San Juan de la Cruz, del Paí-guazú Roque González.

Yo no puedo renunciar a la maternidad que hay en mí, violenta y perentoria, semejante a los dolores de la mujer que espera.

(El resto de la carta versa sobre la advertencia de Cristo: *«pero de esta palabra no todos son capaces»* y Castellani pone alternativas y remedios que no es el caso repetir aquí).

Ahí tienen ustedes. Diez cartas a los profesos de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, escritas a lo largo de dos años, poniendo en negro sobre blanco lo que Castellani piensa sobre el estado de la dicha Compañía. Con característica franqueza. Con coraje sin par. Con todo su talento para desentrañar las cuestiones que mueve. Con incisivo acento inquisidor en su denuncia contra las falsificaciones.

Diez cartas notables, increíbles, geniales. Diez cartas tremendas, difíciles de digerir, acaso imprudentes. ¡Pobre Castellani! Se veía obligado a pensar en lo que nadie quería pensar. Se creía obligado a denunciar lo que todos querían olvidar, suprimir, barrer bajo la alfombra.

La corrección fraterna Cristo la reguló con esta ley «Si pecare contra ti tu hermano, ve y repróchale a solas; si no te hace caso, delante de dos testigos; si no recapacita dilo en la asamblea o comunidad (iglesia) y si aun así no entra en sí mismo, tenlo como un pagano o publicano» [...].

Hoy en día, ¿a qué Asamblea voy a ir a quejarme? ¿Voy a ir a misa, y durante el Ofertorio voy a empezar a clamar: «ése que está allí oyendo me debe seis mil pesos y no me los paga»? ¿O voy a ir al Obispo y le voy a decir que doña Domitila Beata el otro día en el pasillo me dijo unas barbaridades, y no pude pegarle porque era mujer? Hoy día no nos queda más remedio que ir derecho a lo del «gentil y publicano»; cuando no hay medio de arreglarlo por amigos comunes, o... escribiendo; que puede ser

incluso un medio de «decirlo a la iglesia», aunque bastante peligroso. ^(x)

«*Tu parles*». Y claro, no dio alternativa a sus superiores. Había que «corregir» a Castellani, pero sin ventilar las cuestiones que él movía. Había que olvidar todo esto, suprimirlo definitivamente, eliminar semejantes asuntos del horizonte, barrer con todo de una vez y para siempre.

Cuando algunos años después comenzaron el proceso de expulsión, centraron los cargos sobre estas letras.

Y era el cuerpo del delito

Doce «Cartas Sediciosas»

En que avisé cuatro cosas

Tan sólo para uso interno-

Y sólo mostré al gobierno

Como en los tiempos de Rosas.

No salvaban mi intención

Ni que era un deber también

Ni la verdá de lo que en

Estas cartas hallarán-

Algún día lo verán

Que en ellas les hice bien. ^(x)

Y no parece imposible conjeturar que después de estas cartas alguno haya comenzado a pensar como los fariseos:

«Si le dejamos continuar, todo el mundo va a creer en El» ^(x)

*

Y ahora tenemos la misma edad; Castellani y yo cumplimos 45. Ahí terminan las coincidencias, pero no es poco, me parece. A esta edad uno ya ha encaminado su vida en una u otra dirección y difícilmente se puede modificar la personalidad que los psicólogos dicen se «cristaliza» por estos años. Los defectos permanecen y las virtudes, si las hay, también. Castellani, básicamente, no va a cambiar: continuará con sus palinodias e insomnios, sus poesías y sus quejas, será hasta el fin de sus días igualmente brillante en sus intuiciones, industrioso para fundarlas, divertido en su formulación, ecuánime en las objeciones y original en su modo de exponer las conclusiones. Castellani, de ahora en más, no va a cambiar de parecer ni de carácter. Pero le falta pasar por el laboratorio. Falta que padezca lo que sabe. Todo lo que sabe sobre el fariseísmo, le falta sufrirlo. Todas las macanas

argentinas caerán sobre su cabeza. La superficialidad de algunos amigos, la necedad de sus superiores, la soledad de su inteligencia, la estulticia de los católicos convencionales... todo, todo eso, se ha de concentrar ahora en forma de tribulación con punta de aguja, de pena llevada al extremo, de punzante e inflexible enemistad que provoca su sola presencia: lo han de clavar en una cruz, pobre Castellani. El sabía que iba a pasar eso, claro y no se amilanó. Pero ahora... ahora ha llegado su hora, las largas horas, los morosos días, semanas y años de una pasión que lo hará sufrir mucho más allá de sus peores cálculos. De ese laboratorio van a salir gemas y perlas que no tienen precio, como acaso, sus comentarios al Evangelio, sus homilías tan misericordiosas, sus geniales conferencias sobre psicología, su formidable carta a Barletta. ¡Y cuánto costó todo eso! A veces me da por conjeturar acerca de si Castellani hubiese sabido cuán caro le iba a salir el pensar, decir y escribir lo que se sabía, si hubiese sabido el costo de eso, si acaso no habría reculado. Pero la vida no es así. La pasión no es así. Y la resurrección menos. Hasta el final de nuestros días, por mucho que sepamos, a cada vuelta de la esquina nos encontramos con una nueva sorpresa (pensé que me conocía bien, pero ¿y esto?). Y luego, después de pasar por allí te das cuenta de que no podía ser de otra manera y que todo contribuye al bien de los que aman a Dios. (Y yo, a mis 45, que no sé lo que me espera, ¿regularía, ahora? ¿Y cómo saberlo?).

Capítulo XXIII

BAILE DE NEGROS

Villa Devoto

1945

No siempre son sabios los grandes hombres.

Job 32:9

Me siento un poco raro, porque hoy, 18 de octubre de 1999, se cumplen cincuenta años desde que a Castellani lo notificaron formalmente de que no era más jesuita, de que estaba suspendido «*a divinis*» y que hasta nuevo aviso no podía ejercer ningún ministerio sacerdotal.

¡Ah! y que se vaya con la música a otra parte.

Pero cincuenta años después, todavía no sabemos exactamente cuáles fueron los cargos que contra él se formularon ya que nunca hubo un proceso instruido en legal forma y cuya documentación nos daría noticia de todo esto, así como de la defensa de Castellani, sus descargos, sus apelaciones, etc. etc... Uno se siente tentado de decir que no hay derecho; pero seguramente seríamos más precisos si dijéramos simplemente que *no hubo* derecho. Si no hay acusación, no hay defensa. Si no hay acusación ni defensa no hay sentencia. Si no hay sentencia no hay apelación posible.

Y de justicia, mejor ni hablar. De modo que, medio siglo después, hay que seguir adivinando. Claro que no es imposible reconstruir el «juicio virtual» que contra él se llevó adelante y conversando con el cura Benítez acordamos en por lo menos seis cargos que fundaron su expulsión. Nosotros hemos visto algunos: la cuestión de que hizo caso omiso de la censura, su modo poco arreglado con las exterioridades en materia de vestimenta, reglas, horarios, etc., la publicidad que dio a sus «cartas provinciales», su trato con mujeres en público, y, claro, la candidatura a diputado por la Alianza, que deberíamos ver ahora (para más adelante dejamos la sexta razón de su expulsión).

Pero -por necesidad de contexto- volvamos al '45, ese año en que se precipitaron tantas cosas. Por ejemplo, el 17 de octubre. Al día siguiente apareció un artículo de Delfina Bunge de Gálvez que armó gran revuelo entre los católicos porteños.

El 17 de octubre Delfina fue una de las pocas personas de la clase elevada que vio claro: el movimiento era una revolución social. Entonces publicó en *El Pueblo* el artículo «*Una Emoción nueva en Buenos Aires*». Muchos suscriptores se borraron del diario y ni Delfina ni yo pudimos seguir colaborando. Ella recibió cartas hirientes firmadas y cartas anónimas infames. Por teléfono le decían insolencias. Amigas y amigos se nos alejaron. Y, lo que fue el colmo, el director de *El Pueblo* tuvo que renunciar y jubilarse... (*)

Y sin embargo -ah, la lógica del poder- a partir del 17 de octubre quieras que no, la Iglesia comenzó a hacerle guiños a Perón, tal como se desprende de un minucioso análisis de estos años.

En realidad, lo que llevó a los católicos «democráticos» a reaccionar violentamente contra las posiciones expresadas por Delfina Bunge de Gálvez no fue tanto la «traición» a su clase social con la que ella simbólicamente se había manchado, como el hecho de que sus conceptos parecieron preludiar la temida reconciliación entre la Iglesia y la revolución [del 4 de junio], y por lo tanto, entre la Iglesia y Perón luego del breve paréntesis de su distanciamiento. (*)

Como fuere, Castellani está al margen de todo esto (el 17 de octubre estaba predicando Ejercicios en

Villa San Ignacio) y, como hemos visto, ya no escribe artículos ni publica cosa alguna bajo terminante interdicción de Travi.

Fue entonces que a alguien se le ocurrió la peregrina idea de sugerir su inclusión en la lista de candidatos a diputado por la *Alianza Libertadora Nacionalista* que se presentaba a las elecciones con el peronismo, aunque con lista propia. ¿Quién habrá sido el de la fantasiosa idea? Bueno, sí, en realidad creemos que fue el propio Castellani que ya en 1941 le escribió a Enrique Osés sobre el asunto.

Yo estoy perfectamente conforme con que en la Argentina haya Cámara de Diputados, tanto que cuando joven tuve ciertas vagas esperanzas de llegar a ser diputado. (*)

Un disparate, sin dudas, aunque, desde luego, Castellani no estaba tan loco como para «autoproclamarse».

Sí, salí candidato a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista. Lo hice por amistad hacia algunos que eran candidatos y me rogaron que yo también lo fuese. Entre ellos Carlos Ibarguren. Allí había varios conocidos míos y uno de ellos, que era amigo mío, me dijo que diese mi nombre porque iba suscitar votos. Y yo dí mi nombre... y no gané, por supuesto. Aunque saqué 20.000 votos más que los demás candidatos de ese partido.

Me costó muchos disgustos esa candidatura. Todavía ahora se acuerdan algunos. (*)

Y cómo no. Hasta Zanatta lo incluyó en su recentísimo libro.

Perón logró conservar el apoyo de un sector tal vez poco representativo de la sociedad argentina en su conjunto, pero muy influyente en las filas católicas, como la confirmaba la presencia, en las listas electorales nacionalistas, de innumerables candidatos que exhibían en tal sentido un extraordinario *pedigree*: de Leonardo Castellani, un brillante jesuita que en los ambientes católicos gozaba de estima mucho más allá de los estrechos límites de los círculos nacionalistas... (*)

Eso sigue siendo cierto, como que a Castellani le fue singularmente bien con el resultado, si se computaran los votos como adhesiones reales a su persona y sus escritos (pero no, sólo fueron 20.000 votos; y no 20.000 *más* que los restantes candidatos. El cura exagera, una vez más, aunque es cierto que tuvo más votos que el resto de los candidatos aliancistas. Y ojalá haya tenido alguna vez 20.000 lectores). (*)

Ahora, claro, ¿imaginan ustedes que Travi le iba a dar permiso para semejante aventura? Bueno, lo que quieran, pero Castellani trató de convencernos de eso.

Estando fuera de la Capital, fui puesto en la lista de candidatos a Diputados Nacionales por la Alianza Libertadora Nacionalista, a lo cual dí asentimiento pasivo con el consentimiento tácito de mis Superiores Eclesiásticos; -es decir, sin su oposición expresa- (*)

Este parece sutil argumento de abogado, porque eso es, exactamente, tela cortada por Benítez que salió en defensa de Castellani.

Me lo contó Benítez en persona, en una larguísima entrevista que mantuve con él, el primero de diciembre de 1995. Conservo las notas de esa charla. Por entonces tenía 87 años y murió a los pocos meses. Estaba en silla de ruedas y se lo veía animoso, articulado, perceptivo y exhibía general buen humor. Vivía en Florida, en una casa sobre la Panamericana y me atendió en un living dominado por un gran busto de Evita (y el escultor no le había ahorrado busto). Conversamos, muy desordenadamente, durante tres horas. El desorden, desde luego, venía de que cualquier comentario mío, lo «*disparaba*» en otra dirección, perdiéndose el hilo de la charla. Su inteligencia también se mostraba desordenada, errática y muy dominada por la afectividad. Conservaba excelente memoria con algunas pocas, y muy notables, lagunas. Aportó algunos datos interesantes para cotejar. Por ejemplo, que Castellani le había pedido que escribiera una carta a Travi en defensa de su amigo.

Benítez lo hizo.

Ahora, adivinen qué hizo Castellani con la copia...

Sí, señor, la publicó. Y no en cualquier lado. La reprodujo, enterita, en un boletín de circulación interna para los profesos de la orden y que se llamaba *Noticias de la Compañía de Jesús*. Benítez se quería morir y aún medio siglo después se mostraba indignado por la tropelía de Castellani (bien que después de contármelo con los ojos chispeantes de renovada furia, se contagió de mis carcajadas y festejamos juntos el lance).

Años después, encontré una copia y comprendí la desazón de Benítez. Fechada el 11 de abril de 1945 (típica errata de Castellani que siempre confundía los años; fue escrita en abril del '46), está dirigida al R.P. Tomás J. Travi S.J. y comienza como una carta personal.

Que es lo que es.

Las clases de teología, las conferencias cuaresmales y las publicaciones en que me empeño apenas me dejan consagrar a esta carta la consideración que desearía. Deberé ceñirme pues a lo imprescindible.

Le ruego que ante Dios medite lo que con toda la claridad y el respeto que me fuere posible paso a exponerle. Ante Dios, quiero decir, *sub specie aeternitatis*, desde el ángulo de sus responsabilidades ante su salvación eterna y no de sus responsabilidades ante la Curia Romana S.J. o el foro de la Provincia.

Otra vez con peras al olmo: no se le puede pedir a Travi distinciones como esa, pero, en fin...

Vuestra Reverencia tiene ya en sus manos la suficiente documentación como para probar ante el R.P. General, la S. Congregación de Religiosos, y ante quienes cumpla, que el P. Castellani debe ser expulsado de la Compañía [...].

Ya ven ustedes: la percepción de Benítez y Castellani es que el caso está prácticamente cocinado, por lo menos en la Provincia Argentina. La carta de Benítez es, sin embargo, una apelación a la conciencia de Travi. Aunque, el sólo hecho de publicarla parece mostrar que Castellani juzga que éste no tiene conciencia.

Visto retrospectivamente, resulta difícil decir cuál de los dos es más ingenuo, Benítez con la idea de que con su epístola a lo mejor podía conmover a Travi y hacerlo arrepentir o Castellani con la idea de que publicándola se ganaría adeptos, aliados o simpatías que le sirvieran para sus batallas con él.

V.R. tiene en sus manos pruebas documentales para definir el proceso, pues ya han precedido: los delitos graves, las moniciones, el insometimiento y todos los recaudos prescriptos en los números 99 y 100 del Epítome. Más aún, fallos anteriores emanados de la Curia Romana y de la S. Congregación aseguran el resultado del proceso ciertamente desfavorable al Padre.

¿Cómo obtuvo las causales de dimisión? -Muy sencillamente. Le ha impuesto al Padre una docena de preceptos de obediencia, convenientemente documentados, cuya inobediencia, fácil de prever, simplificaría el proceso, lo reduciría a términos legales y casi a una ecuación. De esta suerte se logrará evitar la interferencia de otras consideraciones sobre la índole de los superiores y del súbdito.

Pero quien más allá del proceso de papeles estudia el proceso de las personas, e indaga cómo se trató de evitar las desobediencias *sub praecepto* y las faltas del Padre, tendrá que analizar la conducta observada para con él por parte de algunos P.P. de la Provincia y sobre todo por parte de Vuestra Reverencia y del P. Rector. Esa conducta está caracterizada por los siguientes hechos:

1.- ¿El Padre es difícil de gobernar? ¿Precisa constante atención de sus superiores, pues abunda en excentricidades, insometimientos, etc.? Se le hubiera gobernado realmente, sacado partido de sus excepcionales dotes, y no malogrado, con sólo tenerlo los superiores muy unido a sí por una honrada amistad, amistad, que para ser conservada exigía atención y amor.

V.R. y el P. Rector, desde diez años hasta ahora, prácticamente lo han abandonado. No tienen trato alguno con él. Lo que ha equivalido a dejarlo a merced de sus rebeldías y desobediencias. No se ha tratado de prevenir absolutamente nada. Y cada año suma al anterior un saldo de imprudencias por parte de él y de distanciamiento por parte de ustedes. En suma, «*in societate amoris*» ha faltado dolorosamente el amor y la sociedad.

2.- Desde que llegó de Europa -van doce años- se le han aplicado sanciones de continuo, pero apenas nunca se la ha dado orientación. Basta recorrer todas las cartas de V.R. que el Padre conserva, para advertir la ausencia en ellas de una palabra de aliento, de un consejo paternal y de una sincera muestra de afecto. Abundan las inculpaciones, los cargos, los preceptos y las sanciones. El gobierno se ha vuelto para él puramente judicial (fundamentación y aplicación de castigos) desapareciendo lo legislativo y ejecutivo (orientación y normas a seguir), no diré ya el espíritu paternal que inspira mutua inteligencia entre superiores y súbditos; lo cual constituye el cimiento de todo buen gobierno.

Y todavía más...

3.- El P. Castellani, acaso como ningún otro en la Provincia, necesita afecto y amistad de sus superiores; por su índole emotiva, por su genio literario, por su trabajo demoledor documentado por 42 volúmenes en doce años. (Ruego a V.R. hojee *Crítica Literaria*, pág. 29). V.R. no es escritor y por tanto dudo pueda imaginar cabalmente el sufrimiento del escritor, su extenuación nerviosa, sus tristezas; sobre todo cuando no se trata de un peón coleccionador de documentos, cual sueles ser nuestros historiadores, sino de un pensador que crea. ¡Crear es morir! Y no abundo en esto.

Habría sido inútil; Travi no tiene la menor posibilidad de entender siquiera lo que el otro le quiere decir. Pero continuemos.

4.- He leído las censuras que han llegado en estos diez años referentes a sus libros. No sólo no entrañan palabras de aliento sino que parecen redactadas con animosidad digna de enemigos [...]

La letra que nos ocupa es extensísima y sólo extracto lo esencial, como para que el lector se dé una idea...

5.- Sabe V.R. que en un hombre enfermo, a quien el insomnio obliga de continuo a una vida irregular en particularidades de horario y de comida, no puede exigirse lo que debe exigírsenos a los que poseemos un estado normal de salud y de fuerzas. El es distraído, es raro excesivamente y hasta lo extravagante. Es el doloroso tributo que de ordinario para el pensador. Lo que en mí constituiría una falta merecedora de castigo; por ejemplo, emprender viajes largos sin permiso, disponer de dinero, vestir exóticamente botas y fajas de cuero, desatender perennemente ciertas minúsculas obligaciones de regla, en él aminora culpabilidad. Un poco de afecto, de amistad, de trato mutuo habrían logrado la enmienda de estos y similares defectos [...].

Aquí se argumenta un poco mejor.

6.- Van seis años sin una conversación del Padre con su Rector, sin visitarse jamás, sin cambiar mutuamente nada más que saludos protocolares. Y en diez años, no ha recibido de V.R. una dirección para sus trabajos, no le ha mostrado Usted interés ninguno por su labor de escritor, de conferencista, de profesor. V.R. ignora qué ha hecho el Padre Castellani a lo largo de diez años de profesorado en el Instituto. Apenas conoce su actuación en pro de la enseñanza argentina. Y me atrevo a asegurar que desconoce casi del todo su gravitación en la vida cívica del país y su influjo entre gobernadores y legisladores [...]

Y luego, un poco más adelante, entramos en materia.

Un caso típico de la política dilatoria, indecisa y angulosa seguida por los superiores que cómodamente se instalan en sus sinecuras y que constituye[n] la desesperación de los hombres eficaces, es la que se ha seguido en lo referente a la candidatura a diputado del Padre. Voy a sintetizar el caso.

Hacia el 22 de enero llega el Padre de Cosquín. Se entera que la A.L.N. incluye su nombre en la lista de candidatos a diputado y de inmediato se presenta al Sr. Cardenal solicitando el debido permiso. La entrevista no concluye nada, ni mucho menos se logra conseguir del Prelado que por escrito manifieste su *placet* para aceptar la candidatura, *tuta conscientia*; o su *non placet* para justificar la renuncia ante la A.L.N.

El 25 de enero de 1946 escribe la siguiente carta al Eminentísimo Purpurado. (*)

Pero, alto ahí, un segundo. ¿Voy a transcribir la carta de Castellani a Copello? ¿Enterita? Me parece que no hay remedio. Aquí la tiene el lector, esta carta escrita por Castellani, transcripta por Benítez, publicada por el cura en *Noticias de la Compañía* y reproducida ahora, aquí mismo.

Buenos Aires, 25 de enero de 1946.

Sr. Cardenal Arzobispo de Buenos Aires.

Eminencia Reverendísima:

En nuestra entrevista de ayer, su Eminencia no oyó las razones que tengo para pedir licencia de aceptar la candidatura política que me ofrece la A.L.N. de Bs. As.

Estas razones son tres: una de amistad, otra de patriotismo y otra de celo religioso:

Amistad: La Alianza es una agrupación política de programa católico, a muchos de cuyos miembros juveniles católicos me atan las relaciones amistosas que la Iglesia, en su divina audacia, llama «paternidad espiritual», como en el caso del padrino del bautismo. Esta agrupación está siendo ahora calumniada, perseguida y hasta baleada por los enemigos de Dios de nuestra Madre la Iglesia. Es justo que la Iglesia no los desampare en este momento, y ya que su Eminencia, por razón de su alto cargo no lo puede, al menos yo puedo (sin responsabilizar a nadie) cumplir con este acto de caridad y decencia.

Patriotismo: Si estuviésemos en tiempos tranquilos y la vida pública siguiese una marcha normal y serena, nada ni nadie en el mundo me habría abandonar mi vocación de Doctor sacro. Pero nuestra nación está en convulsión y amenazada en sus esencias más íntimas, que son las morales y religiosas, como lo sabe S.E. Están amenazadas la Soberanía, la Jerarquía y la Verdad.

Si este país cae bajo la regencia real de una nación protestante, nada podrá impedir un inmenso contagio (que ya ha comenzado) y de una gran defección en lo religioso.

Siendo esto así, como S.E. sabe que lo es, creo es el caso de aplicar la comparación del clásico asceta Alonso Rodríguez S.J. de que cuando hay un incendio en un buque, no sólo la tripulación sino todos los pasajeros, aun las doncellas más tiernas se apresuran a tomar un balde, y hacen lo que pueden para extinguir el incendio.

Religión: San Ignacio nos recomienda en sus Constituciones que procuremos hacer el bien más universal, que es el bien más divino. Los jesuitas han sido bautizados, según la expresión de Papini, para «*bautizar lo sociológico*». La experiencia me muestra que no soy incapaz de hacer discursos y no carezco de alguna versación en los asuntos que pertenecen a mi oficio cotidiano, como ser los problemas de la enseñanza.

Puesto esto, me parecería ir contra el precepto Divino «*negotiamini donec Ego veniam*» e incurrir por ende en la maldición del siervo perezoso que escondió su talento, si no haga en este caso todo lo posible por buscar y hallar la vías de la Divina Providencia y mantenerme en ellas contra viento y marea.

Puesto lo cual, vengo a su presencia a solicitar respetuosamente la licencia que prescribe el canon 139 del C.I.C., rogándole se sirva darme su respuesta por escrito para mayor satisfacción de todos y a la brevedad posible, porque el día 14 del próximo mes de febrero se oficializan las listas.

Esto que le digo ahora «in foro iurídico» no invalida nada lo que «in foro paterno» confié ayer a la reconocida discreción de su Eminencia Reverendísima de la cual soy, en Xto. Jesús, hijo y siervo obedientísimo. Leonardo Castellani S.J.

A la luz de todo esto se ve claramente que lo que Castellani pone en boca de Benjamín Benavídes algunos años después no refleja exactamente la realidad:

Don Benya no ama la política, a la cual sin embargo conoce y juzga desde un punto religioso, desde *su* punto de vista. Me convenció que la candidatura a diputado de Castellani en 1945 fue un error. Yo tenía la idea de que era «*una buena broma*» - como creo dijo él mismo- dado que era imposible que ganase; y que si por un milagro ganara, se hubiese limitado a callarse, cobrar y votar. Pero en realidad hubiese sido arrastrado a discusiones inverosímiles y estafalarias y hubiese estado como en un baile de negros. Puede ser. (*)

Ni broma, ni nada. Y en cuanto al baile, ya te va a tocar, de todos modos. Miren como continúa Benítez con su alegato defensivo.

El mismo día 25 escribió el P. Castellani a V.R. enterándole de la seriedad de la elección sobre la cual le hablara en carta anterior de 23 de enero, y que parecía entonces nada más que una broma. En ese mismo día, juzgando más conveniente tratar el asunto de candidatura personalmente con V.R. a las 19 logró verlo en el Colegio de El Salvador. V.R. le manifestó entonces carecer de tiempo para oírlo, pues le esperaba una señorita en Regina; le dijo que podía volver otro día. Lo cual no fue posible ciertamente al Padre.

En efecto, retornó de inmediato a Cosquín, con su hermano enfermo, no sin dejar antes su renuncia a la diputación en la redacción de «*Tribuna*», rogando allí fuera entregada a la A.L.N. no bien se supiera el *non placet* de Su Eminencia. Ese *non placet* no llegó jamás. El Eminentísimo Señor Cardenal no contestó a la carta que le fuera enviada con aviso de recepción.

V.R., el 29 de enero, le escribió dos cartas: en una de ellas le *niega absolutamente* la facultad requerida por el canon 139, p. 4. En la otra le ordena sub precepto que, «siguiendo instrucciones recibidas», debe determinarle se traslade a Santa y que con anticipación «deberá agenciar su exoneración» (sic) de la cátedra del Profesorado Secundario.

Ambas cartas que llegaron a Cosquín en que el Padre había regresado a Buenos Aires con su hermano enfermo, fueron enviadas por el párroco de Cosquín a este Seminario, y no llegaron al conocimiento del Padre hasta el 22 de febrero; cuando, por una parte, estaban ya oficializadas las listas de candidatos; y, por otra, la renuncia a la cátedra del Instituto hubiera equivalido a hacer reo de las acusaciones calumniosas e injuriantes que durante los meses preelectorales le levantara el izquierdismo, en diversos diarios de esta ciudad.

En los días 10 y 13 de febrero recibió el Padre dos cartas del R.P. Parola. Dichas cartas llegaron cuando el Padre ignoraba la decisión de V.R. y del Eminentísimo Señor Cardenal, cuando no podía volver atrás sin perjudicar a la A.L.N., pues las listas ya

estaban oficializadas.

Entretanto la candidatura había adquirido resonancia: 1, por haber sido impugnada; 2, porque el tribunal en mayoría se reconoció impotente para vetarla, de suerte que el juez Pocard no pudo fallar en contra a pesar de haber asegurado que la vetaría. «Me consta que el Sr. Juez fallará contra su candidatura», le escribía el P. Parola al P. Castellani a 9 de febrero.

En suma: Se ha producido un hecho oscuro, lleno de informalidades y carente de claridad, de decisión y de sinceridad. He aquí un fruto perfecto de la política de distanciamiento seguida con el Padre. En todo este ajeteo los superiores y súbdito aparecen inferiores a las circunstancias que les tocaron vivir y llevados por ellas como naves sin timón.

¿Y bien? Quieras que no, Benítez se erige en juez, aunque claro, no hay otro modo de efectuar una buena defensa.

Yo ciertamente de hallarme en el caso del P. Castellani jamás hubiera obrado como él. De inmediato, al primer asomo de la voluntad de su Eminencia o de V.R. habría renunciado indeclinablemente. Pero de hallarme en el caso de V.R. jamás hubiera obrado como Usted. No desoigo al Padre en la tarde del 25 de enero por atender a ninguna señorita. Ni confío a cartas, que pueden extraviarse, un asunto de trascendental importancia. Si es preciso, atraso el viaje a Colombia. Voy de inmediato a Cosquín, oigo al Padre, me preocupo por él, le hablo al alma, le hago blanda y dulce la obediencia, y si es preciso redacto con él la renuncia y su motivación, etc.

El amor habría evitado en este caso susurraciones, malignidades, imputaciones falsas. Al presente sólo queda lugar a un proceso engorroso, a nuevos comentarios, a un sufrimiento inevitable del súbdito y de la Orden, frutos sangrientos de una ley exterior vacía de la interior ley de la caridad.

Benítez, al final, se larga con una síntesis del caso en donde pareciera que la crítica a la conducta de Castellani es de su propia industria. Pero la crítica a Travi es hechura de Castellani.

En suma, el Padre ha faltado. Se lo he dicho y desapruero terminantemente su conducta. Pero reconozco que también V.R. ha faltado. V.R. ha cortado desde varios años todo trato con el Padre. Para evitar incomodidades inherentes a todo buen gobierno, para eludir responsabilidades echó mano del recurso expeditivo de constreñir al Padre con una serie de preceptos que tienden (no dudo que inconscientemente de su parte) a esterilizar un hombre, a atrofiar su potencial productivo, a sumirlo en la inacción.

Y ahí tienen ustedes el baile de negros. Ahora, la «*Noticia*» a la Compañía de Jesús, tiene más, créase o no. Resulta que por esos días había fallecido el General Ledochowski y provisoriamente estaba a cargo de la Compañía el P. Norbert de Boynes S.J. Pues, ¿no va Castellani a publicar una epístola que le había mandado al Superior General en la que acompañó la que acabamos de transcribir?

Acompaño a ésta una carta del P. Hernán Benítez (Prov. Arg. Seminar. de Bs. As.) dirigida al R.P. Provincial Tomás I. Travi. Es una defensa a favor mío contra las acusaciones de dicho Provincial, que sabemos han llegado ya a Roma. Es un buen alegato de abogado defensor y al mismo tiempo un gran acto de caridad fraterna y amor a la justicia [...].

También esta epístola es larga, y no la citaremos «in extenso» puesto que no aporta nada que no sepamos ya. Aunque algo sí hemos de mostrarle al lector.

En mí no hay conciencia de desobediencia alguna. Cada vez que he preterido un mandato del P. Provincial (rindiéndole empero acatamiento exterior) ello ha sido siempre forzado por un mandato de la Ley Natural o de la Ley Divina (según aquello «*Oportet magis obedire Deo quam hominibus*») y con aquiescencia de mi confesor.

Por ejemplo, ese mandato de la carta 21-XII-45, en que el P. Travi me prohíbe levantarme tarde. Ese mandato me condena a la locura, porque yo sufro de insomnios. El Provincial no lo sabrá, pero debería saberlo. Al no cumplirlo por imposible (después de haberlo probado algunos días) he salvado al Provincial de ser homicida. Si me hubiese imitado en esto el desdichado P. Abel Montes, quizá no hubiera enloquecido; el P. Angozátegui estaría aún en la Compañía, el P. Altamirano no hubiera apostatado; el P. Dreidemie sería un varón alegre, cargado de una obra literaria apreciable. Etcétera. Dios me dió fuerzas para resistir al mandato homicida. Al defender así mi vocación, creo haber defendido el espíritu de San Ignacio y el futuro de la Provincia [...].

Como vemos, esto se está poniendo espeso. Por de pronto, difícil encontrar en toda la obra de Castellani argumentos menos consistentes, mayor cantidad de «non séquitur», de analogados impropios, de exageraciones que las que hay en esta letra que publica junto a la de Benítez. Da la impresión de que nuestro héroe está perdiendo los estribos, como él mismo sugiere una y otra vez.

Claro que Travi aprieta las clavijas llegando a extremos que no tenían antecedente.

A mediados de ese año (1946) recibí de Tomás Travi S.J., Provincial de mi orden, una conminación a abandonar voluntariamente la Compañía (pidiendo lo que llaman la secularización) en condiciones imposibles para mí, con la amenaza de expulsión si no lo hacía -testigo, R.P. Juan Bussolini S.J.- [...].

El cargo en que se fundaba la amenaza era «*poca obediencia a la Censura*» con otros cargos menudos y triviales. Las acusaciones eran todas falsas y algunas ridículas. (*)

Sí, aunque también incluían este asunto de su candidatura por la Alianza que fue interpretado como acto de flagrante desobediencia (otro gallo nos cantarí, me parece, si hubiese salido electo).

Pero, como decimos, a Castellani se le van cerrando todas las puertas dentro de la Compañía, y el efecto de «asfixia» se le nota en el estilo. Así, después de que Travi lo conmina a irse por las buenas y él se queda igual, pasamos, por así decir, a otro plano, a otra etapa de esta guerra.

A partir de entonces se le niega voz activa y pasiva en las asambleas deliberativas de los profesos y se lo excluye de lo que habría de tratar las deficiencias de la vida religiosa en la Provincia y la designación de tres procuradores para elegir un nuevo General en Roma [...].

A su juicio son claras ya ahora dos cosas: el propósito del Provincial de separarlo de cualquier manera de la Compañía de Jesús y la falta de causales para hacerlo.

¿Entonces? Entonces tomó la decisión de más trascendencia en toda su vida. O, por decirlo mejor, la decisión que tuvo mayor consecuencia. Fue un error grande como una casa, según vamos a ver. Fue un disparate el modo, el «tempo», el designio en sí. Salió todo como la mona. Pero, claro, visto el contexto en que toma esta decisión, visto que no tiene mucha alternativa, visto que Travi ha conseguido hacerle la vida imposible, que Castellani no tiene cargo, ni función, que sus trabajos no sólo no son apreciados por sus superiores, sino que pesan ahora sobre ellos una completa interdicción, y que ahora han resuelto, directamente, eliminarlo... ¿qué otra cosa podía hacer?

Decide viajar a Roma y dar a conocer al General de la Compañía los hechos sucedidos, sus antecedentes y la situación insufrible que le ha sido creada. (*)

Iré a Roma... otra vez. En realidad, como hemos visto, Castellani insiste con su única arma, su única táctica, esta costumbre que hemos visto que fue desarrollando desde muy joven, de apelar a una instancia suprema «puenteando» a su superior inmediato. Aunque ahora, la jugada es más arriesgada que nunca, porque Juan Bautista Janssens S.J. recién ha sido elegido Superior General y en 1946 la Compañía ha elegido como General a un hombre de perfil «políticamente correcto»: ha estado en un país ocupado por los nazis y se cuenta de él que enfrentó a la Gestapo más de una vez (Benítez exageró la nota al decirme que había estado en campo de concentración). Pero Castellani no lo conoce. No sabe como es. Pero sabe que en Roma están los papeles que ha mandado Travi y sobre la base de los cuales será juzgado. Quiere defenderse personalmente. Quiere explicarse, aclarar los tantos, acusarlo a Travi.

Es, como decimos, una idea disparatada y difícilmente podemos concebir cómo podría haber salido bien.

Por otra parte, también es cierto que lo mueve a este viaje la necesidad de «salir», de escaparse del ambiente de Devoto, de la Provincia Argentina donde todo conspira para aumentarle los sufrimientos.

Dos años después, a pedido de su hermano Arnaldo y ya fuera de la Compañía, Castellani intentó una síntesis del caso.

...entretanto crecían aquí las dificultades de mi trabajo y el forcejeo con mi Superior. Recibí una carta de este en que solemne y oficialmente me intimaba que saliese de la Compañía; al mismo tiempo un jesuita español, huésped nuestro, empezó a propalar por

la República que yo había salido de la Orden y estaba viviendo con mi madre (muerta hacía dos años) en su casa de la Prov. de Córdoba -donde nunca tuvo casa. O que si no me habían echado todavía «me debían echar». Lo supe por fuente que tengo aún ahora por fidedigna.

Esto me hizo temblar el piso y tuvo el efecto de un rayo en un cielo sereno. La terrible conmoción emocional que me produjo es prueba para mí de que yo amaba mucho mi vocación. La carta intimatoria me pareció tan absurda que no la respondí. Esperaba que mis obras respondieran por mí y no tenía conciencia ni aviso de ningún «delito» canónico.

Entonces decidí ir a Roma a cualquier costo a defender mi vocación. (*)

Por supuesto que la mayoría de los jesuitas no veían razón alguna para los «sufrimientos» de Castellani y, más bien, lo tenían por una especie de «*malade imaginaire*», un malcriado, un hombre propenso a exagerar sus dolencias y achaques, un hipocondríaco.

Nosotros sabemos que algo hay de eso, pero que la cosa requería más indagación -como la que hemos intentado-, y que no debió juzgársele con superficialidad, en base a las apariencias. Algunos años después, Castellani supo explicar su alma mejor, con recurso a tres «cadenas».

No es por presumir de nada

Ya siempre vivía cautivo-

Un cepo figurativo

Lleva adentro mi alma en pena-

Todo hombre lleva cadena

Yo llevo tres, y estoy vivo.

Cadena hoy día es ser pobre

Y otra cadena es ser cura-

Cadena si usted me apura

Es serlo sin reticencia-

Por querer serlo a conciencia

Topé otra cadena oscura.

Curioso como Castellani, a diferencia de sus arranques en prosa, plagados de inexactitudes, puede ser tan preciso cuando se expresa en verso.

Pues leyendo y escribiendo

Años y años mal que mal

En andarivel igual

Bailé el rutinario son-

Coso es bastante flojón

el llamado inteletual.

Terriblemente estudioso

(Modo de ser haragán...)

Fuí tragando con afán

Cuanto libro ha escrito el hombre-

Y así vivía con nombre

De hombre que se gana el pan.

Pero había en mí en el fondo

Del aljibe una centella

Una lucecita o huella

De un llamao imprescindible

Hacia un no sé qué imposible

Entre un foso y una estrella

Y aquí estamos en el centro de la cuestión, ese «no sé qué» en el centro de su vocación, ese raro llamado «imprescindible» que explicaría su esencial inquietud, la desolación que lo embargaba, que no lo dejaba dormir, que lo estaba volviendo medio loco. Y que casi, casi, terminaría con él.

Y así se explican los golpes

De inesplicable tristeza

El frenesí y la pereza

Entre premios y loores

Y del mundo los dolores

En mi dolor de cabeza.

Y también quizá se explique

Siendo dócil en el fondo

Cayera en un batifondo

Donde bárbaros pusieron

Castigos que casi fueron

Para dejarme redondo...

¡Pobre Castellani! Nadie le creía, nadie se lo tomaba en serio. Todos lo criticaban. No tenía quién lo consolara con un algo de comprensión. Estaba solo con sus penas. Y eran penas tremendas, créanme.

Como para contemplarlas en silencio.

Sería una enfermedad

De ánimo más bien que nada

De ñervos y no de hijada-

Pero es cosa de matar

Debe moverse y bregar

Con la salud embromada.

Yo estaba enfermo por dentro

Y nada se me veía

Casi nada no dormía

Y andaba no más sonriente

Y siendo cómo es la gente

Nadie se compadecía.

Yo estoy hecho a vivir solo

Por quejarme no me da-

Mi madre era muerta ya-

Pero déso no se esimen

Que achacasen a crimen

Lo que era de enfermedad.

Me crió mi mala suerte

Artista, tímido, enfermo-

*Yo soy malo si no duermo
Y si duermo, soy buenito
Y cuando sufro no grito-
Así me hizo el Padre Eterno.
Mi yugo pesaba tanto
Que se me volvió veneno
Como una brasa en el seno
Que aguantarla no podía-
Sin un poco de alegría
No puede el hombre ser bueno. (*)*

Ya ven ustedes, que Castellani tenía que hacer *algo*. Y de allí, un poco al modo del Mariscal Foch rodeado por el enemigo («*Situación excelente. Ataco.*») la desesperación que se encuentra detrás de este peregrino viaje y el olvido -¿o imposibilidad?- de hacerle caso a San Ignacio cuando recomienda «*no mudar en tiempo de desolación*». Meses después intentaba explicárselo a Víctor Anzoátegui, que estaba entonces como cura del clero en El Zapallar.

Te parecerá quizá que esta idea mía ha sido cosa de loco -y quizá tengas razón. Pero no te puedes figurar cuán graves dolores he pasado y cuán pavoroso el peligro de perder lo más precioso del hombre, la razón, cuando se convierte en una amenaza tangible. He venido aquí huyendo de la locura parcial y la total invalidez psíquica y de dolores que parecen los del infierno; y cualquier cosa que me pueda pasar aquí, no me puedo arrepentir de haberlo hecho. (*)

Buenos Aires, fines de 1946. Perón se afirma en el gobierno. Además, quiere quedar bien con los curas y para eso se complace en afirmar sus vínculos con los más firmes sostenedores de su política social. Así, con Benítez, así con el P. José Clemente Silva, un salesiano que se distinguía por su «peronismo». (*)

Sabemos como se armó el asunto por varias fuentes. Una, por la carta que Castellani le escribió algunas semanas después a Jorge Mejía que entonces era simple cura, estudiante en Roma.

En Junio [de 1946] Sánchez Bella, cuñado de Artajo, me ofreció un viaje a España gratis. En Julio el P. Travi me dio permiso. En Septiembre, el pasaje del Gobierno Español había fracasado porque Sánchez Bella, vuelto a su tierra, no contestó a mis cartas. Empecé a buscar plata por mi cuenta, dando conferencias, etc. -y sólo reuní unos 900 \$. Consideré imposible el viaje. Hice una novena a Santa Teresa, y al final de ella, el P. Silva viene al Seminario a despedirse y se me ocurre la idea de pedirle que me trajera [a Italia]. A lo cual accedió generosamente.

Mi intención en el viaje a España era, 1º descansar; 2º ver y aprender cosas; 3º hacer una escapada a Roma y arreglar definitivamente mis cosas con el P. General. El forzoso cambio de itinerario y orden de los fines me pareció indiferente y jamás me figuré que mis jerarcas lo iban a hacer un crimen. Ni yo ni nadie: la prueba es que en la Curia Provincial me dieron papeles para el P. Travi.

Pero de Julio a Diciembre mi situación interna (salud) y externa (contradicciones) fue empeorando; y por eso, al embarcarme, el tercer fin se había vuelto primero: tenía necesidad de ir a la cabeza, para hallar solución a mi situación, que se ha vuelto francamente un atolladero. (*)

Pero, alto un momento, seguimos razonando mal. El «cambio de itinerario» no es inocente y lo de la «escapada a Roma» que tenía originalmente prevista, tampoco. Por otra parte, el hecho de que en la Curia le dieran papeles para Travi no cambia las cosas. Castellani tenía permiso para ir a España *no* a Roma.

Pero hay más detalles de la historia en su diario.

El día de San Javier, 3 de Diciembre, ví al P. Silva y le pedí me llevara consigo a Europa. Esta muy cansado y en peligro de no poder cortar el «surmenage». Pidió al Capitán Sela un pasaje que le habían ofrecido en el NABOLAND, Compañía de Naveg. del Atlántico Sud, Sueca. En tres días febriles, en que para mejor llovió a cántaros, preparé el viaje, lo cual incluía hasta el juntar

algunos pesos, que es lo más costoso.

Anunciado el viaje para el Jueves 5, se retrasó hasta el Viernes noche. Gran susto al perdernos en el Puerto por culpa de un chofer idiota junto con Martita Eguren y su padre. A última hora fijaron las 16 h. aunque después salieron a las 8.(*)

Claro, los jesuitas desconcertados.

Comuniqué mi viaje al R.P. Vice-Provincial estando el Provincial en Roma con el cargo de Asistente. Este envió un telegrama a la Curia: «El P. Castellani parte para Roma».(*)

Y es que todo este asunto viene de mal en peor. Porque la «puenteada» de Castellani se ha visto considerablemente comprometida por un hecho nuevo: como vemos, Travi ha sido ascendido y designado Asistente para la América Latina por el flamante General y ha viajado a Roma antes. ¿Cómo iba Castellani a sortearlo a Travi, ahora que era hombre de confianza del General?

Es que Castellani, una vez más, se muestra ingenuo. En el sentido que hemos visto. Siempre, y ante todo, muestra su falta de doblez, su rectísima intención.

Desde el año 1940, en que fui director de la revista ESTUDIOS, y no pude seguir más de un año, tenía el anhelo de una comunicación comprensiva con el Superior General. Los jesuitas que han hecho algo duradero, me decía la historia, lo han hecho en contacto con el General, el cual en cierto modo los ha «defendido» (por decirlo así) de los Superiores locales. El Superior local, como es natural, está encerrado en el ámbito de su Colegio y de su período; él tiene que defender eso. Es preciso que sea un hombre muy superior para que comprenda y fomente una obra de proyecciones más vastas. Para ella se necesita el impulso, o al menos la aquiescencia del Primer Motor.(*)

Por lo demás, los superiores de Castellani tenían delante una cuestión que les preocupaba mucho más que el caso de un jesuita rebelde y mañoso, con sueños de poner en marcha proyectos «duraderos», «obras de proyecciones más vastas». ¿Qué cuestión? Pues lo de siempre: la puja por el poder. En este caso, la disputa con Copello por el Seminario de Devoto que por entonces llegaba a su punto culminante. En carta a Roma, (fecha en Buenos Aires a 7 de diciembre de 1946) Rinsche lo tiene al tanto a Travi de los entretelones del asunto.

En cuanto al asunto debo decir que en todo el proceder falta sinceridad y lealtad; porque mientras [Copello] a mí me pregunta sobre si se debe reconsiderar el traspaso, sé que ya trató con las Hermanas de la Virgen Niña pidiéndoles que se hagan cargo de la cocina etc.... porque los Padres [jesuitas] van a dejar el Seminario [...].

Me cuesta mucho; me amarga terriblemente toda esa falsía, pero creo que Dios ha de premiar nuestra obediencia y nuestro respeto al Jerarca, que obra con tan poca nobleza, como la que está empleando el Sr. Cardenal. El ambiente formado respecto al Seminario es realmente penoso. La solución dada por el P. General es la única aceptable. No podemos seguir en el Seminario contra la voluntad del Sr. Cardenal y los deseos del Clero (parte del Clero). Lo malo es como hago notar que se aumentarán las dificultades con la proximidad de dos cleros -nosotros y los seculares- y que en el conflicto tendremos que aguantar nosotros sin que se nos ayude y proteja.

¿Ah sí? Resulta más fácil creerle a Castellani que anda sin ayuda ni protección que al Rector de Devoto, ¿no les parece? Pero a continuación, Rinsche le cuenta a Travi la última novedad.

Hace 3 días cayó como una bomba la noticia que el P. Castellani va a Roma. Así lo dijo él. Yo no pude hablar con él; aunque lo busqué empeñosamente una vez supe lo del viaje. Se lo advierto por si el P. Ramognino no lo ha hecho.

Dice el P. Benítez que va a tratar su caso y que lo quiere solucionar a fondo.

El P. Castellani me avisó de su viaje con una nota hecha al salir de aquí. (*)

Pero cuatro días después, Rinsche deja de lado el conflicto con Copello y le dedica una carta entera a Travi sobre el «affaire» Castellani.

Villa Devoto, 11 de diciembre de 1946.

Muy R. P. Asistente:

Con la premura del caso le comunico lo siguiente:

El P. Castellani que va a Roma, según me dicen, ha hecho otra de las suyas.

Para admitir un cargo de Profesor en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, se le dió permiso oficialmente. Eso se hizo por poner en la cátedra de filosofía un sacerdote contra el comunista Ponce que ya ha muerto, pero al que se había hecho renunciar [sic].

Bien; ahora el P. Castellani 1º) acepta sin permiso previo cátedra en la Universidad de La Plata, según la nota que copio: «Espera hacerse cargo» de ella a su regreso; y en la siguiente nota avisa que renunciará a la primera a su vuelta de Europa... a fin de dedicarse a esa honorable Universidad. El hombre ha perdido toda la noción de lo que como súbdito debe hacer [...]

El P. Ramognino me dice que no le informó ni pidió permiso; a mí tampoco me mentó el asunto. El buen Padre parece no se da cuenta que una cosa de esa naturaleza exige permisos previos de arriba; creo que nosotros no los podemos tampoco dar. Escribe en «Tribuna»; allí apareció un artículo sobre Fray Mamerto Esquiú, firmado el cura loco. Todo el mundo se lo atribuyó a él y él no lo negó. Pregunté al Sr. Cardenal si le había dado permiso para escribir y me dijo «creo no habérselo dado». El P. Castellani asegura que se lo dió. Eso queda entonces oscuro; pero siempre subsiste que debe sujetar [a la] censura de su Orden sus escritos, lo cual no ha hecho.

Germán J. Rinsche, S.J.

P.D. Me olvidaba decir que en el plan quinquenal de Perón hay un párrafo para los Profesores Universitarios y se dice en él que se pagarán los sueldos en \$ 2.500 mensuales.

¿No explicará eso algo la aceptación del P. Castellani y algunas otras realidades? ⁽²¹⁾

No, no muy simpática la carta del P. Rector. Ya vemos que no le tiene ninguna simpatía a nuestro autor y que redacta esta carta de muy mal humor (las imprecisiones sintácticas lo delatan). Y siempre lo mismo: más munición para Travi.

Ahora la cosa está clara. Castellani se va. Parte para Europa en el «Naboland» el 7 de diciembre de 1946. Llegará a Génova el 30. Deja un lío tremendo: la *Suma Teológica* anotada por él, recién hasta el tomo V (y muchos suscriptores ya han pagado la edición completa). En imprenta están dos libros: «*Militis se enoja*» en Amorrortu Hnos. y *¿Vuelve Cristo o no Vuelve?* en Colombo. (*)

Deja el negocio de la cátedra a la que renunciaba y la cátedra que tomaba, deja a Luis, su hermano, con un cáncer galopante...

Y Travi tiene tiempo para preparar sus jugadas. Dispone de un mes para informar a su Superior sobre la clase de tipo que es Castellani. Tiene un expediente repleto de material con el que puede demostrar que éste es un sujeto rebelde, molesto, tal vez filonazi, seguramente un poco loco.

Travi tiene todas las de ganar. Castellani lleva todas las de perder.

Se aproxima la «topada» y estamos llegando al tiempo de la pasión del padre Castellani. El, mientras tanto, escribe sonetos en alta mar, confiando exclusivamente en la Providencia y la especial protección de Santa Teresa a quién ha nombrado «Patrona» de lo que ahora da en llamar «Misión Especial».

Una «misión» que ni él mismo entiende demasiado bien.

-¿Por qué vino?

El otro suspiró y siguió un largo silencio en la callada y fría celda. Después:

-¿Querrá creer que yo mismo no lo sé del todo? Unos desos impulsos oscuros y fuertes que tantas veces me han desplazado en mi vida: el «destino» que decía mi «nonna» Magdalena. Creo que me ahogaba en Montevideo... (*)

Y eso, dicho años después. Pero ahora, en pleno viaje anota en su diario lo siguiente:

MISION ESPECIAL: Pero vos ¿qué diablos quieres? ¿Tiene la culpa la Compañía de Jesús de que hayas nacido neurasténico?

Yo quiero, 1º, si es posible, no morir como el P. Abel Montes; 2º, que en la Orden fundada por San Ignacio no haya injusticia ni crueldad, ni siquiera involuntaria, 3º, que en ella reine y dirija la inteligencia y no la rutina ni la ambición, 4º, tentar a la Iglesia de

Cristo a ver como anda, para poder entender las Escrituras. (*)

¿Misión Especial? Mejor, misión imposible, salvo esto último, a lo que hay que prestar, ahora sí, *especial* atención. El tenía que desentrañar un enigma que formula más o menos arcanamente en uno de sus libros:

En mi familia tienen la idea de que yo echo a perder todos los negocios, y de que les resulto más barato comiendo sin trabajar [...] Pero en mi familia nunca me han entendido -o quizá me entienden demasiado. (*)

«*Tentar a la Iglesia de Cristo para ver como anda, para poder entender la Escrituras*» no es cosa fácil de comprender (y suena un tanto heterodoxo). Y aún cuando uno comprende exactamente lo que Castellani quiere decir, falta todavía comprender cómo esa es la clave de toda su vida, la llave maestra que nos inicia en el misterio de su existencia toda.

Horacio Caillet-Bois me dijo un día: «La Iglesia te hizo todo eso y tú dices todavía que "es santa". ¿Cómo puede ser? ¿No es la santidad una de las notas distintivas de la Iglesia verdadera y "divina"?

Justamente lo que a mí me pasó prueba que la Iglesia es santa; porque lo que pasó fue causado por solos dos hombres; cosa respecto a mí almenos. Pero el que yo no haya sucumbido y haya salido del pantano, fue porque la Iglesia es santa. (*)

Porque no podemos olvidar que a Castellani le fue dado entender las Escrituras como nadie, no sólo por sus estudios, sino, ciertamente, por su experiencia.

El Evangelio hay que entenderlo más que con el griego, el hebreo, el caldaico, el sumero y el hitita (que no están mal tampoco para los lingüistas) con la REALIDAD [...]

Bueno fuera que para entender el Evangelio, que es nuestra salvación, hubiera uno de asistir al Instituto Bíblico de Roma -que no está mal tampoco; aunque cuando yo asistí andaba flojito. (*)

Imagínense ahora...

Pero hay que saber también que desde la propia experiencia puede uno ascender de exégeta a profeta.

...sin los desastres de su vida, el viejo no se hubiese vuelto apocalíptico; y sin su fe en el APOKALYPSIS y la segunda Venida de Cristo, posiblemente no podría soportar sus infortunios. (*)

Castellani hace migas con el capitán del «Naboland» que le cuenta acerca de su experiencia con los negros del África y a Castellani le interesa el asunto por lo de la psicología del gesto.

Negros de Mozambique estivando [sic], un «hortator» que canta rítmicamente y ellos corean el golpe nodal, trabajan hasta 24 horas seguidas arrojando bolsas muy pesadas (Cap. Farrell vió). Negros de Sud Africa alzan a pulso un rodillo de 0,50 mts. diámetro 4 mts. largo. El «hortator» corre sobre el poste cantando y gesticulando hasta [que] todos, uno tras otro, empiezan a moverse en cadencia. Entonces ponen las manos a la vez debajo y en cadencia levantan y transportan el peso que los blancos no pueden.

Efecto de la danza guerrera de los zulúes. El hechicero comienza de repente, uno tras otro, a medida que la «inspiración» los agarra. Salen al frente y hacen algunos pases: se expresan. Hasta que al final todos juntos. El «loqui linguís» de la primitiva Iglesia. (*)

Imagínense ahora... El «*loqui linguís*» de la Iglesia es diferente: igual que en el África hay hechicero, y hay cadencias acompasadas, hay arranques de «inspiración» y entre todos efectúan grandes trabajos al compás de los temas del «hortator» Travi, del hechicero Janssens... «*levantan y transportan el peso que los blancos no pueden...*».

En esta compañía, al ritmo de los tambores, se sacarán de encima al «pesado» de Castellani. Ya, ya lo estamos viendo, este baile de negros.

¿Negros? Bueno, como decía Ramón Doll, hay negros de todos los colores.

*

¡Y no llegué al Centenario! La semana que viene, el 16 de noviembre de 1999, se cumplen cien años del nacimiento de nuestro A. y yo habría querido terminar por entonces este libro que, poco a poco, se me está convirtiendo en un mamotreto. Pero, bueno, ya saben ustedes, el autor no es enteramente dueño de hacer de un libro lo que le venga en gana (y si no lo creen vean «Niebla» de Unamuno o «Seymour: an Introduction» de Salinger. Pero, bueno, el que más sabe de esto es J.R.R. Tolkien). Y, por otra parte, a Castellani los «Centenarios» lo tenían sin cuidado (por allí está su artículo «Basta de Centenarios»). Adelante, pues, con esto, que, si Dios quiere, este también entrará al famoso 2.000 (aunque a decir verdad -y pese a Juan Pablo II y al mundo entero-, a mí los milenios me importan un belín).

*

Capítulo XXIV

TRAJECITO AZUL

Génova

1947

*Esperando el bien, me vino el mal;
aguardando la luz, he quedado cubierto de tinieblas.*

Job 30:26

Tuvieron que pasar más de treinta años para que Castellani pudiera explicarse con (cierta) precisión, despejada ya la tormenta, perdonados sus enemigos, cicatrizadas las heridas, recompuesto su sacerdocio. Aunque nunca pudo olvidar lo que le pasó.

En 1946 caí en una galerna, o pantano, o laberinto, o como quieran [...]. La cosa, en breve, fue así.

Jesucristo fundó en su vida terrena una sociedad visible. Dejó su semilla, pero después la desarrollaron hombres, que no son hombres dioses, aunque algunos a veces se lo creen. Algunos son hombres humanos, demasiado humanos, «*menschliches, allzumenschliches*». Esa sociedad, como todas las sociedades, tiene sus polillas. Las tres polillas son: la burocracia, el automatismo, el fariseísmo, la peor de todas.

O sea, la Iglesia, como toda sociedad, tiene que tener su «máquina»; y ¡ay del que caiga entre dos engranajes de la universal (o sea católica) máquina!

Dicen es la máquina más perfecta que hay en el mundo. Pero la corrupción de lo más perfecto es lo más... Bueno, no me acuerdo cómo decían los latinos. ^(x)

Y bien, este asunto de «caer entre dos engranajes» de «la máquina» es lo que voy a tratar de contar aquí. Aunque la empresa en sí misma, lo que Castellani quería, intentaba, se proponía lograr, es cosa muy oscura (y uno no se quiere acordar del aforismo latino).

¿Atacar a la máquina? Sí, como cabe a todo Quijote que se precie... Pero aún para él, con su notable clarividencia y talento comunicador, cada vez que quiso explicar lo que pasó -y lo intentó muchas veces con recurso a diferentes géneros literarios- la cosa le salió como en difícil, como obligado a expresarse en enigmas, como que trataba de revelar un raro y difícil arcano.

Cuando me embarqué para Roma a disputar con el Preósito General de la Compañía de Jesús (verdadera temeridad, pero necesaria en aquel momento), atribuí internamente a esas acciones mías (que sabía me iban a infamar in aeternum delante de todos mis cófrades), un motivo noble o sublime que no he revelado ni revelaré jamás. ^(x)

Lo de motivo noble nos trae a la memoria al Quijote de las Pampas («*¡no se achique, Padre, recuerde que somos argentinos!*»). Aunque con el paso de los años el cura suena bastante menos iluso del que conocimos de joven.

Hoy día ya no es tiempo de caballerías, yo nunca he sido un Don Quijote, a no ser intelectualmente o imaginariamente. ^(x)

De donde, antes de tomar parte del Cristianismo Oficial con la milésima parte de mi dedo meñique, yo me voy a meter más bien en el siguiente despliegue de seriedad. Una bandera se compra en una tienda, se despliega, con gran reverencia yo me allego a ella, y levantando tres dedos le juro fidelidad. Después, tocado de un kepi con visera, una cartuchera de balas y una espada (todo de la misma tienda) me monto en un caballito de palo, proponiendo junto a otros, desencadenar un ataque al enemigo, despreciando el peligro de muerte al que me estoy arrojando, con la seriedad de uno que entiende qué cosa es haber jurado fidelidad a la

bandera.

Honestamente, yo no tengo correa para entregarme a esta clase de seriedad; pero si hemos de pensar lo peor, infinitamente preferiría esta farsa a tomar parte en el Cristianismo Oficial, en el Oficio del Domingo, en la seriedad de los maestros perjurios. Al fin y al cabo, con el caballito de palo, uno hace el tonto; pero con esto otro, uno deja como tonto a Dios. ^(x)

Hmmm..... bien. Ahora, ¿nos puede explicar para qué hizo este viaje a Roma? Ya que hizo de tonto, ¿cuál era el «motivo noble»?

La ocasión de esplotar yo

Fue un compañero y amigo

bueno y llano como el trigo

Que por pensar a sus modos

Agarrándolo entre todos

Le dieron por el ombligo. ^(x)

¿El cura Anzoátegui? No parece. No, esto parece simple recurso literario para mantener la lógica de la historia del «hijo» de Fierro, pero no responde a la realidad de lo hechos. Castellani dice que nunca reveló la real razón de su viaje con lo que no nos deja más alternativa que barajar hipótesis, conjeturas y especulaciones más o menos verosímiles. A fuer de honesto diré aquí que no lo sé, exactamente. Pero para mi consuelo, parecería que Castellani tampoco.

-¿Por qué vino?

El otro suspiró y siguió un largo silencio en la callada y fría celda. Después:

-¿Querrá creer que yo mismo no lo sé del todo? Unos desos impulsos oscuros y fuertes que tantas veces me han desplazado en mi vida: el «destino» que decía mi «nonna» Magdalena. ^(x)

Y bien, con el propósito que fuera, ya sea por escapar de Buenos Aires o por desafiar a Roma, finalmente el 7 de diciembre de 1946 Castellani se embarcó lo más contento.

No tenía idea de que por salir de «la galerna» caería en algo infinitamente peor.

Tuve un viaje feliz. El *Naboland* es un buque de carga de 10.000 toneladas. Eramos los pasajeros cinco hombres (entre ellos mi dilecto amigo Capitán Santiago Farrell y el Dr. Maciotta, personalidad romana) y una vieja judía con un hijo de 10 años, que subió en Río.

Decidí jugar mi vida

Toda de un saque y rebote

Ganar o perder de un bote

Y echar a una carta el resto-

Y me embarqué con lo puesto

Sin plata en un paquebote. ^(x)

Otra vez, rumbo a Roma, en un vapor. Pero, hay diferencias entre este viaje y el que hiciera 17 años antes. En el '29 había viajado en un vapor italiano, el «*Duilio*», ahora, en el '46 en uno sueco, el «*Naboland*». Ahora es un profesor, probado en muchas tribulaciones; entonces era un estudiante lleno de ilusiones.

Europa había cambiado también, definitivamente. En el invierno de 1946, era escenario de una enorme desolación, con su recuento de muertos y desaparecidos, la comprobación de cientos de miles de heridos y heridas, las familias rotas, pueblos enteros en el exilio, ruinas humeantes, una pobreza abismal, hambre, frío, miserias de todo tipo. Todas las esperanzas puestas en los yanquis o en los comunistas. Por primera vez en su historial de largos siglos Europa había perdido su independencia, su autonomía; su cultura estaba quebrada, rota en mil pedazos, el comunismo acechaba peligrosamente devorándose país tras país... ¡qué distinto a la Europa de juventudes y esperanzas que Castellani había conocido en los años '30!

Como cantaba aquel trovador unos años después:

Qué tristeza hay en ti,

No pareces igual...

Y allí va nuestro hombre, un poco desesperado, un poco loco, y un poco «*duc in altum*», cumpliendo con la preceptiva evangélica.

Oh mi Dios, yo te di mi vida

sería tiempo de dejarme en paz

dame tu vida y cúrame mi herida

o no me pidas nunca nada más.

Me lanzaste a la mar desconocida

y aunque pudiera, yo no vuelvo atrás

en mitad de la ruta indefinida

lancé por borda brújula y compás. [\(x\)](#)

Es que está medio convencido (o se quiere convencer) de que el viaje es voluntad de su Señor (ya saben ustedes cómo obtuvo el pasaje al final de una novena a Santa Teresa de Jesús). Y lo que es mejor, anda durmiendo «como un bebe». [\(x\)](#)

También habría que recordar aquí el curioso episodio de la «aparición» de Lugones que ya hemos referido en otro lugar. Está cargada de simbolismos.

Hay vistas en esta vida

Que turban al más sereno-

Yo me porté como bueno

Pero era algo sobrehumano-

Porque tenía en su mano

Una copa de veneno. [\(x\)](#)

Pero mientras él va más o menos feliz en su paquebote rumbo a Génova -pasará la Navidad en Las Palmas- nosotros tendríamos que aprovechar para leer el permiso que le había dado Travi.

Como se verá, el asunto no carece de importancia.

Con fecha 31 de julio de 1946 recibí una carta de R.P. Provincial Tomás I. Travi concediéndome permiso para ir a pasar mis vacaciones próximas en España [...]

La carta estaba redactada en los términos más cordiales y decía literalmente: «Gustoso le doy permiso, oído el parecer de la Consulta, en este día de Nuestro Santo Padre, para ir a pasar sus vacaciones a España, con el fin de mejorar su salud, deseando que el viaje le haga bien “in utroque hómīne”». [\(x\)](#)

Leerlo de nuevo. Digan ustedes si puede interpretarse tal permiso en el sentido de que se lo autoriza a Castellani a pasar sus vacaciones donde quiera; no sé, en Roma, por ejemplo.

Y sin embargo, así lo entendió Castellani, exactamente así. Es raro esto. En primer término porque si va a interpretar de manera tan extravagante semejante permiso, podría haberlo omitido enteramente.

Aunque no sé... ¿es tan extravagante su interpretación? En su primer descargo Castellani se explicó bastante bien.

Tengo aquí su amable carta del día de San Ignacio 1946, que no he cesado de agradecer, donde me da permiso para ir a España sin indicar itinerario ni medio para viajar... [\(x\)](#)

Veamos un poco. Primero pensó en ir a España y recabó el correspondiente permiso. Luego hubo cambio de planes y pensó en ir a Roma. Para eso no tenía permiso. Pensó entonces en «usar» el permiso para ir a España como permiso para ir a...esteee, Europa.

¿Y no habría sido mejor no pedir nada e irse directamente a Roma sin más ni más? Después de todo, las vacaciones le correspondían y el viaje no lo pagaba la Compañía...

Pero él pensó en eso también.

Ud. dirá; ¿por qué no fue sin permiso a Roma? Mucho peor. El Papa no me hubiese recibido y los demás me hubiesen tratado como a un perro; como de hecho me han tratado, aun sin haber hecho nada ilícito o ilegal, y sin haber faltado en nada absolutamente. [\(x\)](#)

Traducido: habría sido lo mismo, o peor. Pero como ven, Castellani se enreda en su propia dialéctica, con largos argumentos para justificar este o este otro «caso». Y todos terminan en aporías como ésta: de todos modos lo van a tratar como a un perro. Nosotros insistiríamos en que, por lo menos, sin permiso de ningún tipo, las cosas estarían más claras (y nos facilitaría la redacción de este libro). Pero eso también lo dijo Castellani, con la perspectiva que dan los años.

Obedecer a un enemigo sería locura; porque un enemigo tira a destruirme. Sería suicidio. De modo que cuando surgen en un claustro oposiciones, animosidades personales y rencores -que pueden llegar al odio profundo-, hablar de obediencia o desobediencia es el cuento del tío.

¿Entonces? Entonces, de pedir permisos al «enemigo», mejor ni hablar. Pero, claro, no vale. Porque eso lo entiende bien en retrospectiva. En medio de una tormenta las cosas son bastante más difíciles.

Lo peor para las víctimas de estas situaciones es que no surgen ellas de golpe, ni son claras al instante, sino que «devienen». Después de pasadas se ve claro, pero mientras devienen, la perplejidad de conciencia es una gran tortura, sobre todo para una conciencia delicada -porque la Iglesia tiene el poder de obligar «en conciencia», poder tanto más fuerte cuanto más fe y amor tiene el obligado. La tortura de la perplejidad de conciencia -the divided soul de los psicólogos-, es una de las peores que existen, dice San Juan de la Cruz. [\(x\)](#)

Y la gran tentación, claro está, es la de suprimir uno de los dos extremos que producen «perplejidad». Lo vimos cuando Castellani tenía seis o siete años a propósito de una rosquilla en un árbol. Lo vimos a cuento de su amor por su país. Pero ahora la estamos viendo en acción, esta «perplejidad de conciencia»: Castellani sabe que debe pedir permiso para ir a Roma, pero que si lo formula así, lisa y llanamente, Travi, lisa y llanamente, se lo va a denegar.

Entonces pide permiso para tomarse vacaciones, cuando en realidad otro es su propósito: muy jesuita esto, nos parece.

Y a él le parece jesuita lo de Travi, fíjense como son las cosas.

El permiso para ir a España a descansar se ha convertido en una orden estricta de ir a España aun a costa de la vida, ¿a qué?

¿Era sincero el deseo de hacerme descansar o había detrás otra intención? [\(x\)](#)

La solución no es simple: después de todo son dos jesuitas peleándose. O tres, o cuatro. Porque es de saber que Castellani, además de pelearse con Janssens y Travi se pelea consigo mismo.

Tomás I. me hizo una chanchada: me calumnió ante el General para conseguir que me parase en Génova. Por lo menos, mintió. Por lo menos no se atrevió a decir la verdad, cuando era su deber decirla, a saber: que él me había dado permiso para venir a Europa, y que era indiferente España o Italia, dado que el permiso era «para descansar». [\(x\)](#)

Pero, pero, pero... pero vos no tenías intención de ir a Europa «para descansar» y Travi podía decir lo mismo de vos, que mentiste, que no te atreviste a decir toda la verdad cuando era tu deber decirla...

Mientras tanto, hay que tener en cuenta que Travi está escalando lenta y seguramente la montaña del Poder, desplazándose con solvencia por los pasillos de la curia de los jesuitas.

Travi pertenece a la clase de hombres en los cuales el corazón y la inteligencia han sido absorbidos por la voluntad. Uno de estos hombres, el más grande de todos, se llamó Maquiavelo. Profesan que se puede engañar a los demás con fin de hacerlos felices: porque para ellos Dios no es la Verdad ni la Belleza, sino el Poder. Del Poder acaban por hacer un ídolo, que ponen en lugar de Dios. [\(x\)](#)

¡Asistente para América Latina! Difícilmente podía Travi aspirar a más. Castellani en cambio está en pésimas condiciones psicofísicas, está como desesperado y tiene miedo -miedo real- de volverse loco. Y ya está medio loco: insisto en que resulta un tanto desconocido este Castellani que resuelve por el peor lado: pide permiso y luego lo interpreta como le viene en gana, por más que proteste en contrario.

Y esta vez aun el verso resulta inexacto.

Yo había pedido permiso

para dir a verlo en Roma;

Y el buque ya rumbo toma

Siguiendo a Jerusalén

Yo me dije: Vamos bien...

Parece estamos de broma... [\(x\)](#)

Miren cómo se lo dice al P. Boyer.

Me embarqué de buena fe, he venido a buscar la voluntad de Dios, no he desobedecido un solo instante... [\(x\)](#)

Fíjense cómo se lo cuenta al P. Silva.

La verdad es ésta: he venido a Europa con todos los permisos y con el principal fin de tratar el asunto susodicho. En la Curia se ha formado un ma-lentendido, a causa de que hay allí alguno que imagina de mí otra cosa: que vengo a acusar a los Superiores Argentinos o armar embrollos inútiles. Nada más lejos de mi intención y aun de mi capacidad. No soy «*procurator officiosus*» de nadie. Vengo a llenar una obligación de conciencia, en uso del derecho que tienen los cristianos de libre comunicación con la Santa Sede. [\(x\)](#)

O al P. Mejía.

En la Curia simplemente se han imaginado (aunque no me lo han dicho) lo siguiente: el permiso para ir a España ha sido de mi parte una trampa para venir a Roma... y acusarlos a ellos. [\(x\)](#)

Y aún, a Benítez.

De cualquier modo, creo que lo tengo a [al Superior General Juan Bautista Janssens] de enemigo para toda la vida. Y todo esto por obra de Travi, el cual le sopló al oído (según puedo colegir por sus cartas) «que yo había venido sin permiso». [\(x\)](#)

Bueno, pero convengamos en que la imaginación de Travi se corresponde bastante bien con su experiencia: Castellani no tendrá intención de «armar embrollos» ni de acusar a nadie; pero si Travi lo deja llegar hasta Roma... intención o no intención, si Castellani le gana el corazón a Janssens (y Travi todavía no lo conoce del todo) se le podrían complicar las cosas, digan si no. Aunque sea por las dudas entonces, mejor interceptarlo y obligarlo a cumplir con lo que pidió, al pie de la letra: ¿pediste permiso para ir a España? ¡Irás a España! (Convencerlo a Janssens no sería difícil, si consideramos que Travi cuenta con un grueso expediente repleto de denuncias contra el rebelde sudamericano).

El 30 de diciembre de 1946, el «*Naboland*» tocó puerto en Génova y Castellani se disponía a bajar cuando...

Pero aquí hay que detener la cámara un segundo porque la escena que sigue es una de las que más profundamente quedó marcada en el alma de Castellani -para toda la vida. Siempre empleó la misma imagen para tratar de explicarse, y nunca lo logró del todo: cayó sobre él como «un rayo en cielo

sereno». ^(x)

¿Qué cosa? Bueno, él mismo lo contó muchas veces, pero como hemos sostenido que su relación más precisa está en verso, allí vamos:

Y así yo llegaba a Génova

Y el llanto estaba en el puerto-

Fue el único amigo tuerto

Que me esperó a mi llegada-

Porque encontré una jugada

Que casi me deja muerto.

Me trajo una carta abierta

Un cabo de policía-

No había bajao entuavía

Y ya me salió al encuentro

Un gran temor que allá adentro

Sin saber por qué tenía. ^(x)

Es curioso el relato, digan si no. Ahí tienen ustedes a Castellani preparándose para bajar cuando le sale al encuentro ¡un policía! ¿Cómo vino a suceder? Bueno, se puede reconstruir la cosa con bastante exactitud: Travi obtuvo de Janssens una interdicción a Castellani de ir a Roma. Janssens escribe una carta en la que dice precisamente eso. Se la remiten al superior de la casa de la Compañía en Génova (un tal Celebrini) para que instrumente el modo de que Castellani sea notificado antes de que pise tierra italiana. El atemorizado superior de la residencia genovesa se cerciora entonces de que ni bien toque puerto el «*Naboland*», un empleado de la policía del puerto le haga llegar la carta a manos del viajero, no sea que éste no se entere y siga a Roma sin notificarse de la orden de Janssens. Lo de Travi está más claro que el agua: si Castellani no hace caso a lo que se le indica en esa carta, ya no desobedece a su Provincial; esta vez, desobedecerá... ¡al Superior General de la Compañía de Jesús!

Roma, 18 de diciembre de 1946

Reverendo en Cto. Padre:

El R. P. Asistente me comunica que Ud., al fin de este mes, llegará al puerto de Génova en la nave «*Naboland*» y que tiene el propósito de ir a Roma. Toda vez que el P. Provincial le dio permiso para ir a España, deseo que S.R. se atenga a la licencia concedida, y por lo tanto, cuanto antes se ofrezca ocasión allí en Génova de proseguir viaje a España, lo haga y omita el viaje que pensaba hacer a Roma, cumpliendo así su anuncio al P. Asistente en las cartas que le dirigió. ^(x)

¿Está mal? Por más que le doy vueltas, parece una letra ajustada a derecho. Que se atenga a lo que pidió. Que no se extralimite. Nada de «itinerarios». Si pide permiso para una cosa, que haga eso mismo. A Castellani le parecía el fin del mundo, una iniquidad sin cuento, una orden canallesca,

miserable, de indescriptible crueldad.

Era un orden del Gran Jefe

Lo que aquella carta encierra

Que sin poner el pie en tierra

Siguiera viaje hacia España-

Mas la carta traiba saña

De declaración de guerra. [\(x\)](#)

En verso o en prosa, para Castellani la cosa no tiene vuelta: él pretendía verlo a Janssens y éste le hace saber que no, que no quiere verlo. Y, entrelíneas, que no lo puede ni ver.

El mandato y sus circunstancias insólitas me asustó y turbó; tanto que al bajar la plancha resbalé y casi di con mis talares en el mar. Porque tuve que bajar evidentemente; el buque no seguía a España sino a Jerusalén; yo estaba sin dinero y con una bronquitis encima. Mas al entrar en la Residencia de los Jesuitas, Petrarca 2, y querer sentarme a la mesa, se presentaron el Superior y el Ministro y me leyeron la misma orden generalicia de salir para España, que había sido cursada en circular a las diferentes casas nuestras en Génova. [\(x\)](#)

La carta casi mi mata

Y mi lengua no esagera

Refalé por la escalera

Y casi me bajo al mar-

¡Vean qué linda manera

Y paterna de esperar! [\(x\)](#)

Castellani en Génova, Residencia de Petrarca, 2, a 30 de diciembre de 1946. Sabemos bastante bien todo lo que le pasa (y le va a pasar) porque milagrosamente llegó a nuestras manos el original de unos de sus «**Diarios**», quizá el más importante de todos, que él describió perfectamente:

Estoy leyendo el cuaderno número 4 de don Benya, un cuaderno de tapas salmón con lomo de tela, grueso como un libro, 146 hojas, Reconquista, industria argentina. Está lleno de cosas heterogéneas, algunas ininteligibles. [\(x\)](#)

¿Y de qué nos enteramos allí? Bueno, por ejemplo, que hace un frío de los mil demonios y que en la residencia lo miran con recelo, con desconfianza.

Mentiría si dijese que en esta Residencia del Gesú de Génova he encontrado amor e interés. Alomás, cortesía. Ni eso: cierta leve hostilidad. Hoy el Ministro me ha cortado la luz eléctrica porque dice que la dejé encendida. [\(x\)](#)

Y sin embargo, se comprende. Imaginen ustedes lo que pensaron los residentes del *Gesú*: un sacerdote argentino al que Janssens no quiere ni ver. Y en el invierno de 1946 ¡deja prendida la luz de su cuarto!

Por otra parte, ¡qué frío, qué mal se siente Castellani, en casa del P. Celebrini!

un lígur alto, magro, nervioso de ojos saltones. ^(x)

¿Ahora qué hacemos? Pues, lo de siempre. Después de mandarle una urgente carta al P. Silva para que interceda por él ante Janssens:

Escribí inmediatamente al P. Travi y al P. General rogando me diesen permiso para pasar por Roma antes de ir a España y llegar allá pasando por Nápoles, región menos fría: el invierno de 1947 había caído sobre Génova con un rigor desconocido en esa ciudad en muchos años. ^(x)

Aquí tenemos que tener un poco de paciencia, porque del cruce de estas cartas pende lo que sigue. De modo que, si el lector no se opone, aplicaremos la lupa.

Por lo pronto en esta primera carta a Travi, la del 31 de diciembre de 1946, no pedía ir a Roma nada.

Llegué ayer a medio día a Génova, cansado como Vd. puede suponer, y antes de darme de comer, el Superior me espetó la orden del P. General de no ir a Roma y seguir viaje a España. ¡Qué recibimiento y qué aperitivo!

Espero que se tratará de lo que llaman aquí «*uno scherzo da prete*» ^(x) o una prueba para «mi gran virtud y fortaleza». El viaje a Roma no veo cómo se pueda evitar.

Tengo aquí su amable carta del día de San Ignacio 1946, que no he cesado de agradecer, donde me da permiso para ir a España sin indicar itinerario ni medios de viajar. Yo la entendí de acuerdo a mi carta petición, en la cual pedía ir a España con mis propios medios: cosa razonable, pues no voy a cargar a la Provincia, a la cual doy tan poco, con los gastos de un viaje largo. Es verdad que ese viaje era un verdadero remedio, quizá el único, para mí, en el estado de postración en que me hallo, porque el año que hoy acaba ha sido el más penoso de mi vida. Pero esa postración no es visible a mis hermanos; y para el orden de la vida exterior, debe considerarse como no existente, debiendo yo confiar para su remedio, solamente en Dios N. Señor y mis medios. Debo cuidarme a mí mismo. No hay más vueltas. Habiendo fallado mis pobres medios, di como imposible el viaje, y me resigné a pasar vacaciones en «La Montonera» y a morir si era necesario. Pero inesperadamente la Providencia, después de una novena a Santa Teresa de Jesús, me abrió la oportunidad de venir gratuitamente, aunque muy pobremente, en un buque de carga, por obra de la generosidad religiosa del P. José Silva S.S. a quien la Compañía debe agradecer el valor de mi «costoso remedio». Pero naturalmente, yo quedo obligado hacia el buen Embajador salesiano y el Gobierno argentino, y contraí ingenuamente y sin ninguna mala intención la obligación de ir a Roma, sin sospechar que allí puedo hacer daño y que al llegar a Génova me iban a tratar (perdone Vd.) casi como a un criminal o a un lunático peligroso.

Dudé mucho en transcribir esta horrible misiva de nuestro Castellani, habituado como lo tenía al lector a su prosa llana, elegante, repleta de argumentos consistentes, con una infaltable nota de humor. Pero aquí está lo que ven: un Castellani ilógico, de mal humor, caprichoso, difícil de consentir. La crítica de esta carta es fácil de hacer y espero que se me dispense de tan ingrata tarea, aunque me parece que tengo obligación de señalar que la ecuación «viajeremedio» es lo más flojo de todo, permiso o no permiso. Claro que en 1946 todavía estaban muy de moda los viajes terapéuticos, pero no a Roma, qué quieren que les diga... (y continuaremos, con el corazón pesado, la transcripción de esta epístola).

De repente y sorprendentemente Castellani cambia el tono y comienza a darle instrucciones al P. Asistente.

Ahora pues: Vd. se arreglará con el P. Silva a ver qué se ha de hacer con los documentos, objetos de valor, listas de inmigrantes e información oral que traigo para él, traigo en particular para el Sumo Pontífice un don que no daré a nadie sino al Sumo Pontífice.

Segundo: me dará dinero para mi viaje a España y dará orden para que se me proporcione el billete de vuelta a la Argentina, porque yo soy pobre, quizá el más pobre de los 25.000 jesuitas que existen; de lo cual doy gracias a Dios.

Tercero: me dará cartas para el Superior de Sevilla, para que no me reciba como el Superior de aquí. Le aseguro formalmente

delante de Dios, asentándolo si es preciso con juramento, que mi salud no está para recibir golpes como el que he recibido ayer. Ando sin ropa; y los médicos me han dicho que tenga mucho cuidado al ir a Madrid, tanto más cuanto que he sufrido este año durante 8 meses una bronquitis pertinaz.

Ya ven ustedes: al principio dice que va a Roma igual, que eso no se puede evitar; pero ahora, promediando la misma carta, anuncia que irá a Sevilla. El viaje a España tenía intención terapéutica, pero que los médicos le dijeron que no...

No, no está bien nuestro Castellani, por decir lo menos (y ningún viaje lo iba a curar). Para mejor, a continuación revela que la intención de su viaje era otra.

Tendré que pasar un amarguísimo y penoso año nuevo, yo que me imaginaba ya hoy tratando cordialmente con Vd. mis asuntos y enderezándolos definitivamente con la ayuda de Dios. No sé realmente qué daño se han imaginado que yo puedo hacer en Roma, ni tampoco veo cómo se puede impedir a un súbdito, según nuestro espíritu y Constituciones, poder comunicarse con sus Superiores Mayores, aún oralmente «*data óptima opportunitate*». En fin, allá Vd. con su conciencia. Si tengo que pasar estos tres meses de vacaciones en Génova escribiendo cartas, mendigar de puerta en puerta, o morir aquí al rigor de tantas tribulaciones, frente a las cuales mi alma no puede más, para mí es una solución, porque hace mucho tiempo que deseo la muerte.

El Señor de la Paz os dé la paz sempiterna en todo lugar. El mismo Señor permanezca en vosotros.

Castellani

P.D. Por favor, hágame mandar inmediatamente la correspondencia que ha llegado para mí a la curia, donde debe haber noticias de mi hermano gravemente enfermo. [\(x\)](#)

Ahí tienen ustedes: Travi tiene ahora munición de sobra para demostrar que Castellani es un lunático, que es un desobediente, inconsecuente, caprichoso embrollador, que es sujeto liero y peligroso que con sus gestos y actitudes compromete la disciplina de la Compañía.

Desde luego, hay párrafos patéticos en la carta que también podrían haberlo movido a compasión, a gran misericordia. Pero, bueno, hay que ver que Travi está cansado de Castellani.

Que además, ese mismo día, le escribe a Janssens, ay.

Recibí su carta del 18 del corriente y la intimación de viajar a España sin pasar por Roma que me dio el R. P. Celebrini antes de darme de comer.

Por supuesto que el deseo de vuestra Paternidad Reverendísima es para mí una orden, y que cumpliré toda orden de vuestra Paternidad como venida de Cristo, de acuerdo al Apóstol. Pero no veo cómo ésta deba cumplirse convenientemente por lo cual le suplico por amor de Jesucristo tenga paciencia conmigo y lea los renglones que siguen.

No entiendo la orden. En el permiso por escrito para hacer un viaje a España, que yo estimaba necesario para mi salud, no se expresa ni el itinerario ni los medios de hacerlo. En mi petición, yo significué al R. P. Provincial que lo haría por mis propios medios, lo cual era muy justo, para no gravar la Provincia con mis remedios, que son demasiado caros, en tanto que mis males corporales, por desgracia, son invisibles a mis hermanos y superiores.

Empecé a buscar medios para obtener un viaje gratis, los cuales fracasaron. A última hora, cuando creía el asunto desesperado, y mi alma muy afligida por las muchas tribulaciones que este año he pasado, confiaba solamente en Dios; se abrió la oportunidad de viajar muy pobremente en un buque de carga, cuyo rumbo no era Sevilla, ni Génova. Me alegré en el alma, por darse con ello oportunidad de poder ver a Vuestra Paternidad, a quien tengo en mi corazón en lugar de N.P. San Ignacio sobre la tierra, y ver si puedo hallar en el suyo ayuda para la solución de mis asuntos y alivio en mis tribulaciones, que son extremas y según van, parecería que quieren acabar conmigo. Lo cual sinceramente deseo delante de Dios N.S., porque, desde hace un año, la vida me es grave.

En carta aparte explico al R.P. Asistente los pormenores de este viaje. No veo cómo se puede omitir el viaje a Roma. En carta escrita ayer [se lo agradezco] al R.P. José Silva S.S., a cuya caridad y generosidad religiosa debo este remedio costoso para mi salud, y a quien la misma Compañía debería gratitud por haberme acudido en momentos en que ningún otro lo hacía. Pero

naturalmente, yo tenía que tener un «*título coloratus*» para eso, y el P. Silva me confió encargos, que no por ser pequeños, dejan de ser delicados. Como espero que él mismo irá a ver y explicarse con su P. Rvma. no insisto.

Rogaría a V.P. que, si desea más datos, lea la carta que junto a ésta dirijo al R.P. Asistente.

Soy su hijo affmo. en Xto. Jesús.

P.D. Lo que conozco de V.P.R. me hace esperar que su segunda carta será un acto de caridad y amistad hacia mí; pero cualquiera que ella sea, estoy como en el fiel de la balanza, preparado a tomar una cosa u otra y aceptar lo que Dios signifique querer de mí, por medio de sus legítimos representantes en la tierra.

La carta es una radiografía de este Castellani, medio arruinado, algo desbalanceado, que está un poco fuera de sí entre los tironeos de sus ingenuas ilusiones, su confianza en la Providencia, su conocimiento de los hombres con que trata. Pero además -y esta ha de ser la clave para entender su pasión- Castellani está perfectamente dividido.

O si lo prefieren, esquizofrénico. Fíjense como en esta carta, por una parte protesta total sumisión a toda autoridad constituida sobre su cabeza y está dispuesto a tratarlo a Janssens como su padre a cuyo corazón apela como hijo dispuesto a cumplir lo que éste resuelve, le guste o no. Como ven, Castellani se instala en el plano filial, apelando a la paternidad de su superior. Pero en la misma carta desliza referencias inequívocas que no pueden interpretarse así. Algunos de sus términos son los de un «embrollador», justamente, de un hombre difícil de manejar y parece sugerir que está dispuesto a armar lío si no lo tratan como él pretende. ¿Lo leemos de nuevo, con ojos «janssenicos»?

No veo cómo se puede omitir el viaje a Roma.

[...] la misma Compañía debería gratitud [al P. Silva] por haberme acudido en momentos en que ningún otro lo hacía.

Pero naturalmente, yo tenía que tener un «*título coloratus*» para eso...

Imaginen ustedes cómo lo traducirá Janssens. Ustedes los jesuitas me tratan mal mientras que un salesiano se compadeció. Lo que pasa con los jesuitas es que sólo tratan bien a los que tienen poder y no a un pobre gato como yo...

Y uno rogaría que Janssens no le haga caso a Castellani, y que no lea la carta que le había escrito a Travi.

Total que estamos en un «impasse». Castellani detenido contra su voluntad en Génova, sin plata, sin saber para dónde agarrar, preocupado por su destino y por su hermano Luis que dejó en la Argentina. Tiene frío, no conoce a nadie en esta ciudad. La cosa se ponía cada vez más difícil.

Fue ése el invierno más crudo

De diez años sin faltar-

Miren lo que fui a ensartar

Para mi llegada a Uropa:

Invierno doble y sin ropa

Al fin de su primera semana de residencia en el lugar anota que,

Hoy sopló la tramontana e hizo un frío extraordinario, aun para Génova.

7 grados bajo cero a la mañana. En la Residencia me faltó el agua y la luz eléctrica [...]. Mañana me consiguen una audiencia del Arzobispo. Hoy le escuché (con los pies y orejas hechas carámbanos) la homilía en el Duomo: espléndida. Me recordaba San Ambrosio y los grandes Obispos antiguos. (x)

Se trataba de Giuseppe Siri, que con los años sería famoso por su conservadorismo y por su persistente condición de «*papábile*».

Fui a pedir consejo y ayuda al sabio y pío Arzobispo de Génova, Monseñor Juan Siri. Me aconsejó que escribiese a la Sagrada Congregación de Religiosos pidiendo permiso para ir a Roma. Había atravesado 6.000 millas marinas con gran esfuerzo con ese objeto; y era bastante amargo volverse sin conseguir más que una serie de palos incomprensibles y un quebranto de la salud. En la primera audiencia con el Arzobispo, un acceso de llanto nervioso me impidió hablarle: eso muestra cómo andaba yo entonces. El bondadoso Prelado me dijo: «*Padre, Lei è ammalato, molto ammalato. Vada a riposarsi e mi ritorni un altro giorno*». Al otro día le llevé en consulta el borrador de una carta a la Sa. Congregación, que él desaprobó por demasiado literaria. Me dijo que escribiese una simple y seca petición de ir a Roma para exponer un caso a la Santa Sede; y que adjuntase a ella una exposición sucinta del caso. Así lo hice; pero al hacer la «exposición sucinta» hice en realidad una confesión. Otra vez me embromó la literatura. (x)

Y ya vamos a ver hasta qué punto.

Mientras tanto, Travi y Janssens contestan sus cartas. Entre la montaña de papeles que tengo en mi escritorio encontré la respuesta de Travi, no así la de Janssens (porque ambos contestaron), pero creo que con ésta, la carta de Travi, tenemos bastante.

Recordará el lector que unas líneas más arriba intenté una defensa de Travi, que estaba podrido de los embrollos, planteos, cambios de planes, tiradas y bromas de Castellani. Era una buena defensa, me parece: al fin y al cabo, después de más de diez años de tenerlo de súbdito en la Provincia Argentina... Travi está cansado, harto de Castellani (¡y cuánto mal se podría haber evitado si lo hubiese, simplemente, reconocido! Claro que así posiblemente no hubiera llegado a Asistente).

Pero ahora esa defensa se derrumba como castillo de arena ante una ola de dos metros de alto. Es que tengo aquí, ante mis ojos, la respuesta

de este hombre a la patética apelación de nuestro atribulado héroe. Travi escribe con la especial unción que le proporciona el hecho de que está en plenos Ejercicios Espirituales:

JHS

Roma, 3 de Enero de 1947 R.P. Leonardo Castellani S.I. Pax Xti.

Muy amado en Cto. P. Castellani:

Sea lo primero el enviarle con esta mi más cordial bienvenida al viejo mundo y desearle muy feliz y santo año nuevo.

En plenos Ejercicios recibí la atenta carta de V.R. en que me comunicaba sus deseos de venir a Roma. Transmití la carta al P. General, cuyo permiso se requiere para venir a Roma, y se escribió a Génova a V.R. y a los Superiores de allí sobre su viaje. Hoy me transmite el P. Silva su deseo y los motivos que tiene para una breve permanencia en ésta: comuniquélo luego a N. Padre, el cual ratifica la disposición manifestada en la carta a V.Ra. enviada a Génova. Basta que entregue al Superior de esa Casa de

Génova los encargos a fin de que los haga llegar a su destino por la primera vía segura.

Deseando que en Madrid pueda reponerse bien de su cansancio y aprovechar esa temporada que gustoso le concedí, a fin de que pueda trabajar mucho por la gloria del Señor, me encomiendo muy de veras,

Afmo. en Jesucristo.

Si hubiera un museo del fariseísmo creo que habría que darle a esta pieza un lugar relevante... los estudiosos del fariseísmo deberían memorizarla, y quizá se podría esculpir en letras de molde al pie del monumento al fariseísmo que deberíamos erigir... en Roma, curia de la Compañía de Jesús. Estas pocas líneas muestran lo que no queríamos admitir del todo y que Castellani denunció hasta el cansancio. Y que un Superior Jesuita pueda mandar a la miér... coles a un subordinado con tanta unción, con acento melifluido y aires de exquisita caridad... Es, reconozcámoslo, una pieza maestra de fariseísmo. Claro, han elegido a Travi de entre centenares de jesuitas de América Latina: es el mejor, el más destacado, el sujeto indicado para las delicadas tareas de Asistente, un trabajo que requiere tacto, diplomacia y un exterior impoluto.

Por otra parte,

Tiene razón Avelino Gómez: el «sistema» de Travi es, cuando ve un nudo, dar un palo de ciego encima y después mirar a ver qué ha resultado. Si el resultado es un inocente muerto, se asombra todo y dice: «¡Oh! ¿Qué ha pasado? Yo no quería esto. Bien, he hecho todo lo que he podido...».

Por desgracia para mí, esta vez el muerto soy yo. ^(x)

Y no exagera, pobre Castellani. Los días se suceden lentamente y él sigue varado en Génova, no muy seguro de para dónde disparar mientras espera la carta de Janssens.

Noche muy mala y hoy día de tristeza y angustia. Hice sin embargo mi humilde trabajo manual, costurera, valijero, sombrero.

Hoy cumple una semana que el P. General recibió mi carta; y no me contesta. Convengo en que tiene muchísimos asuntos, pero un sí o un no llevan muy poco tiempo. Esperaré otra semana. Temo que no conteste nada. Pero ¿qué manera de tratar a un hombre sería esa?

¿Y a un hijo? ^(x)

Hora tras hora las cosas se le ponen peor, su ánimo decae día a día, y lentamente desciende hacia un infierno de incertidumbres y angustias sin cuento.

Anoche pasé una noche atroz. Mis fuerzas ceden. Era natural, me ilusioné acerca de ellas.

Pasé el día en gran depresión, me acosté agitado y muy melancólico y después de un rato de sueño, desperté con palpitaciones y una especie de impulso delirante de odio y miedo, que me hacía exclamar sin poder detenerme: «Que Dios maldiga a Travi y le haga pagar el daño que me ha hecho». Esto duró largo rato, después de lo cual me dormí pesadamente. Esta mañana, la cabeza estaba tan floja que apenas tuve fuerza para decir misa. ^(x)

Ya se está dando por vencido.

O yo voy a ir al fin a Roma, y entonces todo esto es tiempo perdido y pena inútil; o tendré que volver a la Argentina sin haber cumplido lo que me trajo aquí, y en ese caso me ha hecho un daño grave e irreparable y ha interferido con la libertad que se debe a todo fiel de libre comunicación con la Sede Apostólica. ^(x)

Por las dudas, por si se tiene que volver, toma sus recaudos.

Entonces rogué a mi amigo el Capitán Farrel, que me llevase «aunque sea de cocinero» (como decía él por broma) a bordo del buque que pensaba capitanear, el *Buenos Aires*, que al final no salió tampoco. ^(x)

Y siempre lo mismo: frío, bronquitis, insomnio, horas de tedio alternadas con horas de incertidumbre y ansiedad. ¿Qué puede hacer nuestro hombre, a la espera de noticias de su Superior, de su hermano Luis, del Cardenal Lavitrano? No mucho, que no sea escribir y escribir.

¿Misión Especial? Realmente venir a Europa, chuparse este invierno genovés y volver a la Argentina (pagando quizá unos \$ 3.000 de pasaje) para comprar una pluma fuente, una ollita eléctrica y un Dante baratos, es un pésimo negocio. Pero yo no podía prever el golpe de Travi, que es una mera destrucción ciega. No tiene la menor idea de lo que me trae aquí y se gobierna por conjeturas.

El negocio lo dejo entablado y lo puedo continuar desde allá. ^(x)

Y es que la está pasando tan mal en su «viaje de descanso» que comienza a extrañar el pago. Mientras tanto, busca en qué ocuparse.

Y a escribir de nuevo.

Me hice amigo de un grupo de sacerdotes que trabajaban con los obreros de las fábricas y *el Onarmo*, fundación interesante del Cardenal Boetto; preparé el retorno haciendo malabares con mi poco dinero. Soñaba con verme al lado de mi hermano, quien fue también mi médico y mi mejor amigo. ^(x)

Y husmear en la biblioteca... para volver a escribir, aunque ahora, de pésimo humor.

La «Biblioteca» de la Residencia del *Gesú* es una stampa del estado de la Compañía en muchos lugares y aun quizá Provincias: escombros de un pasado glorioso y degeneración de una idea grande. Los Salesianos o los Orioneses liquidarían una Biblioteca así; los primeros jesuitas la purgarían y pondrían en uso.

Nosotros la conservamos estúpidamente amontonada, sin usarla y sin saber para qué: en realidad para dar testimonio de lo que fuimos y ya no somos; hombres de alta cultura, de información universal, de estudio en suma. ^(x)

Finalmente, el 21 de enero, tiene novedades.

Esta mañana antes de misa leí la carta del General. Se ha descompuesto de ira el flamenco y llega hasta a insultarme: me llama «tergiversador». ^(x)

Ahora bien, conviene que el lector sepa el efecto que tiene en él esta palabrita; sobre todo porque Castellani

tiene emociones verticales, una palabrita le origina una tormenta corrida, que le levanta hasta las últimas heces del fondo de su tristeza. ^(x)

Esta palabrita... esta descalificación marcó su alma prácticamente hasta el fin de sus días, recordaría una y otra vez que lo habían llamado «tergiversador» y no podría olvidarlo jamás teniéndola por suma injuria. ^(x)

Lástima que no disponemos de esa carta para ver por qué diablos Janssens lo trata de tergiversador. Aunque, sí, resulta fácil adivinar que está relacionada con la interpretación que hiciera del famoso permiso de viaje... a España. Pero es fuerza reconocer que nosotros también habíamos pensado algo así... aunque no utilizaríamos tal palabra por la connotación dolosa que tiene. Lo sabrán ustedes, los penalistas distinguen entre los delitos dolosos y culposos y la distinción no es sólo de grado: en un caso uno hace algo deliberadamente, en otro, el resultado es causado a pesar de lo que uno quería. Y

así en el caso que nos ocupa. Hemos subrayado con todos los colores que Castellani interpretó el permiso de Travi con bastante laxitud y que con eso armó un embrollo de aquellos. Pero que hiciera eso deliberadamente...

Quella parola «tergiversazioni» della sua lettera credo che non sia aderente alla realtà dei fatti. Lei non mi conosce, nè conosce bene i particolari di questo affare, ed è per questo che ha potuto proferirla. ^(x)

Como decimos, no tenemos la carta de Janssens. Pero algo se puede colegir de esto y de lo que Castellani escribió dos días después.

En una carta, preciosa por ser revelación de un espíritu -aunque el espíritu no sea precioso su revelación lo es- el General me previene altivamente que él debe ocuparse «del bien espiritual de la Compañía en general», implicando que no puede ocuparse de mí en particular. ^(x)

Y que por eso, porque está ocupado, que no puede recibirlo en Roma. ¿Y ahora qué? Pues nada, arreglar la vuelta al pago... y aguantar en el mientras.

Tres días que duermo mal y no puedo levantarme a decir misa.

Una cosa es la voluntad y otra cosa es la naturaleza. Mi voluntad dice: «Aguantar un mes más y volver a la Argentina. Vine con intención de ir a Roma y me impidieron ir a Roma. No podía prever la chanchada de Travi. Pasar vacaciones lo mejor posible... y Dios dirá».

Pero el temor del futuro y el rencor por la injusticia sufrida me trabajan subconcientemente y explotan en accesos de melancolía, angustias y pesadillas, que conturban y gastan el cuerpo. Dios lo quiere así. Que El me lo convierta en bien. ^(x)

Sí, aunque en este «impasse» se suceden nuevos intercambios de cartas. Que no tenemos, aunque sabemos por su **Diario**, que las de Travi y Janssens le caen cada vez peor, sobre todo porque ahora Janssens no sólo reafirma que no lo quiere en su compañía.

Ahora dice además que tampoco lo quiere en su Compañía.

Leí la carta recibida anteayer antes de misa. Gran conmoción que se calma durante el S. Sacrificio. El General dice que me va a hablar como amigo, y me habla como a un infeliz, me injuria, me trata de desobediente e (implícitamente) de tonto; critica con razón mi libro [*La Crítica de Kant*], cosa que nadie le había pedido y para lo cual no tiene autoridad. Me amenaza. Me invita a salir de la Compañía, prometiéndome su ayuda.

Es durísimo recibir injurias que no puedo contestar de ningún modo.

Debo aguantar, volver bien por mal y contestar con mucha prudencia y completa mansedumbre y virilidad. Debo obedecer según el Corazón de Cristo y no según los caprichos de los hombres. Debo temer más a Dios que a los hombres. Debo aprovechar todo esto para matar al viejo Castellani, que ha acabado su carrera, y ayudar a nacer al nuevo, el siervo de María Santísima. ^(x)

¿Y qué estarán cocinando allí en Roma estos dos, Janssens y Travi, mientras lo tienen a Castellani inmovilizado en Génova? Pronto lo sabremos. Pero mientras tanto, lo instan a que obedezca y vaya a España. Es una orden.

Castellani contesta, ay, contesta las cartas, qué va a hacer pobre hombre. Por más que lo llamen tergiversador.

Y ahora «tergiversa» en francés.

Recibí su carta del 6 de febrero.

Padre mío, me juzga usted sin conocerme bastante y sin oírme. Así corre el riesgo de equivocarse. Creo que me «construye» falsamente (como se dice) sobre bases incompletas. Corre el riesgo de golpear a un desdichado creyendo golpear a un criminal.

No es lo que se llama un amigo. De todos modos tomo nota de su intención de serlo y se lo agradezco. Y bien que me hace falta en estos momentos.

No sé todavía por qué quiere que me vaya a España. Si no me fui todavía, podrá suponer que ha sido por razones de fuerza y espero que no prejuzgue en eso un caso de desobediencia.

Estoy en muy malas condiciones de salud. Si lo duda siempre se lo puede preguntar al Arzobispo de Génova quien accidentalmente lo conoce mejor que aquellos que Dios me dio por padres y hermanos.

Si a pesar de todo insiste en su propósito, para mí muy duro, y amenazándome con mi vocación, iré a España. Pero no he creído y no creo todavía que esa sea su verdadera intención, haciéndome correr riesgos crueles y absurdos. No creo entonces que haya desobedecido. Que Dios me corrija si me equivoco y que me justifique si digo la verdad. Verse obligado a hacer absurdo, no llamo eso obediencia, sino paciencia.

Punto número uno: Castellani no cumple con la orden de ir a España alegando que está enfermo.

Punto número dos, insiste.

Querría verlo con la esperanza de explicarme bien, aun a riesgo de multiplicar los malentendidos. Pero no debo permanecer bajo el peso de las acusaciones que me hace Vuestra Paternidad sin intentar responder a los cargos con dignidad, aunque más no fuera por la reverencia que debo a su cargo y a la Compañía. Después de eso, Dios dirá.

Punto número tres: aclarar lo del permiso.

Tenía el permiso escrito del R.P. Travi para venir a Europa a descansar y juzgué que, con ese objetivo, resultaba indiferente ir a España o Italia. Por lo demás, Italia como destino me estaba impuesto por el barco que me trajo gratuitamente dado que debía solventar mi viaje con mis propios medios. Debido a mi extrema pobreza tuve que cambiar de destino.

Se ha visto en ese banal cambio alguna falta grave, se me ha impedido ir a Roma, no se ha querido verme. Bien. Fraculé en mis designios; por lo demás ya había previsto esta posibilidad, eran difíciles.

Recogí una buena cosecha de humillaciones y dolores del alma y del cuerpo para mis vacaciones. Se ha golpeado sin saberse sobre heridas. Dios querrá sacar bienes de todo aquello. Y para mí, habiendo hecho de mi parte todo lo posible, y que creía tenía el deber de hacer, no me queda sino consignar mi futuro al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, más poderoso y más misericordioso que el de los hombres.

Punto número cuatro, la vuelta al pago.

Le suplico respetuosamente ahora de tener a bien permitirme quedarme en Génova algunas semanas para finalmente volver a la Argentina en el «Buenos Aires» que se encuentra en reparación aquí y cuyo Comandante ha pedido para mí el cargo de capellán. Le hago este pedido en perfecta indiferencia.

Podría usted ver otra «tergiversación» si quiere, pero vive Dios, se equivocaría. ^(x)

¿Qué tal? Y lo peor de todo es el juicio que Castellani hace de su propia misiva.

He tenido turbación, miedo y pena esta mañana al leer la carta impaciente del General. Las respuestas resentidas, irónicas o humorísticas me venían en montón a la mente, y hubiese podido hacer una carta literariamente hermosa, pero moralmente equivocada.

Gracias a Dios y a Sta. Teresa, me calmé prestamente y he redactado esta carta, reverente, verdadera y varonil (me parece) como si fuera el asunto de otro y no mío.

La pasaré mañana, la haré copiar y la mandaré *in nómine Domini*. ^(x)

Afortunadamente dos días después anota en su diario que la recopió a mano «abreviándola mucho».

Y añadiendo lealmente que he acudido a Lavitrano. ^(x)

Imagínense ustedes cómo le caerá eso al belga.

Así están las cosas a 10 de febrero de 1947: Janssens y Travi lo instan que vaya a España. Castellani insiste con que quiere ir a Roma; pero que, si no lo dejan, quiere volver a la Argentina. Espera respuesta de Lavitrano, que no llega. El «*Buenos Aires*» parte recién a fin de marzo: sigue varado en Génova, no sabe qué más hacer. Es que está en lo que los ajedrecistas llaman «*situación suzwang*»: cualquier movida es mala y a la larga se pagará caro.

Dormí mal y no pude decir la misa esta mañana.

Ayer recibí una carta del P. Boyer, que fue el único obsequio de la Virgen de Lourdes. Amigable y compasiva, pero enteramente equivocada. Muestra la idea que se ha hecho el General de mí: un hombre envanecido con sus triunfos y encaprichado en no obedecerMe a Mí. ^(x)

Larga protesta en carta a Boyer. Aclarando, siempre aclarando. Y escribe cada vez menos claramente.

Temo que el fariseísmo ha entrado en la Compañía; y que, a causa de ese fariseísmo, deba morir. ^(x)

Aunque cuando le escribe a Benítez, se hace entender mejor, tal vez porque entonces usa su castellano.

A todo esto, el general está furioso conmigo y me trata de la manera más inamistosa imaginable. Me conmina a salir de la Compañía y me amenaza con echarme de ella. (Que salga él si quiere). Me parece que nos hemos echado un «General de postguerra». ^(x)

Mientras tanto, Benítez estaba a punto de viajar a Roma, preparando una gira por Europa a raíz de una invitación de Franco al presidente argentino, agradecido como estaba por el trigo que le habían regalado. Perón declinó viajar argumentando que era su primer año de gobierno, pero resolvió en cambio mandarla a su esposa y comisionó a Benítez para preparar todo lo concerniente al viaje. Y de paso, sacarle provecho. Por entonces se alzaban voces escandalizadas por la unión del presidente con una artista de segundo orden y aires de reprensión moral circulaban por las mejores casas de Buenos Aires.

Que la reciba el Papa.

En el Promemoria, estrictamente confidencial, se consignaba: «Preguntará si la Santa Sede tendría la benevolencia de invitarla [a Eva Perón] de suerte que la visita sea oficial o cuasioficial si lo permite el protocolo del Vaticano y la Santa Sede lo tiene a bien. Manifestará que la Ilustre Visitante desea se den al Padre Benítez directivas tendientes a subsidiar económicamente a los más necesitados que el Santo Padre desee socorrer». ^(x)

De modo que Benítez estaba próximo a entrevistarse con el Papa y, desde luego, vería a Janssens, cosa que, como hemos visto, Castellani no podía conseguir ni en un millón de años.

En fin, te deseo más suerte que yo en el viaje que piensas hacer aquí; pero yo no me arrepiento de haber venido. Por de pronto has elegido mejor el tiempo, la primavera.

Asegúrate bien todos los papeles, contra las tretas de Travi. ^(x)

Sí, de eso sabe lungo nuestro Castellani. Pero lo que no sabe es cómo proceder ahora, en este gélido invierno italiano, mientras espera... ¿qué?

GENERAL. No escribirle más. No leer más las cartas, anoser para ver la firma y de qué tratan.

Cuando uno es tratado de mistificador, no habla más. Cuando dos no se entienden, no deben hablarse. Mi médico me avisa que no estoy en disposición de recibir insultos. Que vaya a insultar a Su M^{ade}.

Cualquier cosa que ahora le diga lo hará enojar o burlarse de mí. San Ignacio no respondería. Cristo en su Pasión NO RESPONDIÓ. ^(x)

También, y durante largas horas, compone soneto tras soneto, tratando de encontrar expresión a sus penas, a su melancolía, a su desesperanza. Son todos, invariablemente, ejemplos de mala, muy mala poesía.

Típica, por ejemplo, su «*De Profundis*» que borrona el 14 de febrero.

Clamo hacia Tí desde lo más profundo

Perecí si no escuchas mi oración.

El peso enorme del dolor del mundo

gravita en mi culpable corazón. ^(x)

También oye por radio los famosos sermones del P. Lombardi que dispone de 20 minutos, dos veces por semana, para propalar su «nacionalismo-democrático-católico» que tan en boga estaba entonces.

Parece tocado como Maritain del error o ilusión «evolucionista». Predica un gran triunfo de la Iglesia, un renacimiento de la Cristiandad, en los cuales Italia tendría una «misión» principal, elegida por Dios (según él) para ser siempre cabeza en lo religioso. Eso es posible, pero no es cierto, y mucho menos dogma de fe. Predicar esta hipótesis en tono profético, sin ninguna duda y con inflamado lirismo da éxitos oratorios, porque acarician sentimientos a flor de piel y balsamiza recientes profundas heridas... Pero no es predicar la fe, sino una opinión humana. ⁶³

Además lee «*Sort de l'homme*» de Maritain que tampoco le deja una buena impresión.

Para mí, las esperanzas del mundo dependen exclusivamente de una resurrección puramente religiosa (la «conversión de Europa» de Belloc) efectuada por santos y no por estadistas -aunque nada impide que un estadista sea un santo. ^(x)

Curioso cómo nuestro hombre conserva perfecta ecuanimidad, juicio certero y crítica luminosa cuando habla de cualquier cosa que no sea su «caso».

Caso que se está poniendo cada vez más fulero.

Otra mala noche con insomnio y ataque nervioso. No fumar más que una pipa al día (no es el tabaco), por las dudas; no leer ni escribir cartas después de merienda; rezar el rosario de rodillas antes de acostarme. Dios mío ¿cuándo se cumplirán en mí tus promesas? ¿Cuándo me mostrarás el camino de la victoria contra el enemigo? ^(x)

Campaneán, digan si no, los «cuándo» como tantísimos salmos. Pero hay días y días. Al día siguiente estampa en su diario que

La próxima venida de Cristo en gloria y majestad es posible; y para mí, es probable. Vivir por tanto, preparado a ella; dispuesto a

aceptar la «gran tribulación»: en pobreza, paciencia, austeridad. ^(x)

Y al fin llega el miércoles de cenizas.

Muy mala noche, con agitación, tristeza, extrema intranquilidad, sueño poco e interrumpido, pesadillas. Quizá me hizo mal tomar mate ayer. Me resfrié de nuevo, esta vez más fuerte.

Decisión de renunciar a mis cátedras y al periodismo. En las actuales condiciones, no puedo. Después, ver si me dejan ir al campo. ^(x)

Se arrastran las horas, languidecen los minutos. Largo, muy largo este invierno genovés. Hasta que, por fin, Castellani capitula. ¿Se acuerdan del borrador de la última carta a Janssens? Pues diez días después todavía no la ha mandado.

Resolución de mandar la carta (rehecha 5 veces) al General, de ir a España si insisten (con tal que tenga fuerzas), de renunciar a mis cátedras. Aceptar cualquier sacrificio a que Dios me conduzca, incluso dejar para siempre la Argentina. ^(x)

Y el tiempo pasa lentamente, sobre todo cuando uno aguarda ansiosamente alguna cosa.

Pero las cosas de palacio van despacio.

Lavitrano no me contesta una palabra, y con eso me perjudica. Poco le costaba mandarme una palabra, o «negativa» o de cortesía: «espere, le responderemos». Nada absolutamente.

Qué altos están éstos respecto a los pobres y los afligidos. Posiblemente me hará el supremo desprecio y el supremo perjuicio de no contestarme nada, como a un perro. Conociendo como conozco a Copello y Caggiano ¿cómo puedo extrañarme de nada? ^(x)

Pero no, mi querido Castellani, no conoces nada. ¿O te figuras que Lavitrano no está en plena «interconsulta» con Janssens? ¿Y acaso crees que en aquella hora no se harán amigos? No te sabes nada, de nada, de nada.

Tampoco Escrivá de Balaguer que viajó a Roma con el propósito de obtener un mayor status canónico para su «Obra», que por entonces sólo era una Asociación Diocesana.

Pero algo aprendió, no vayan a creer. Escrivá salió entonces de Madrid el 23 de junio de 1945 en compañía de su traductor italiano, José Orlandis. En su itinerario pasaron por donde un año y medio después estaba varado nuestro Castellani.

De Barcelona tomó un barco a Génova, y luego viajó otra vez en auto a Roma. Raimundo Panniker recuerda el regreso de Escrivá de Roma. «*Mis hijos*», les dijo, «*he perdido mi inocencia*».

De acuerdo a Panniker, fue a Roma como un sacerdote sin doblez, honesto y simple -en otras palabras, ingenuo. Allí vio cómo se manejaba la Iglesia, cómo la intriga y los padrinazgos estaban a la orden del día en la corte papal. Si los cardenales y todos los monsignori podían comportarse así, razonó, debe ser perfectamente legítimo, y, por tanto él también podía proceder así -todo, desde luego, con miras a promover el Reino de Dios. ^(x)

Pero, bueno, no tan calvo que se le vean los sesos: Castellani tiene bastante candor pero tampoco ignora enteramente cómo se manejan en estas altas esferas de poder.

Puede ser que el actual gobierno de la Iglesia sea una porquería, que el fariseísmo domine en las Curias, que el Papa sea poco más que un figurón y una marioneta. Pero 1º) a mí no me consta. 2º) si es así yo no lo puedo arreglar. 3º) no puedo vengarme de ningún modo del daño que me han hecho sin causar yo más daño, incluso a mí mismo. Debo dejar esa venganza a Dios.

Ahora, negar que me han hecho tuerto y me han tratado perrunamente, no puedo. La consecuencia es que me conviene la lejanía de esa gente en todo lo posible, y no esperar nada de ellos. Ni alabarlos ni vituperarlos, allá ellos. Eclipsarme lo más posible, esconderme yo y mi actividad de sus miradas, dejarlos que sigan su camino. Al final nos encontraremos todos. ^(x)

Cada cual reacciona ante lo que se sabe como sabe, como puede, y fundamentalmente, como es (y Castellani nunca conseguirá «eclipsarse» del todo).

De vez en cuando, cuando el clima afloja un poco, sale a pasear. Advierte carteles «clericales» pegados en las paredes de la Ciudad: «*La Chiesa, madre tenerissima di tutti*».

La Iglesia es madre tiernísima de todos los fieles; pero algunos de sus representantes son más duros que el fierro; porque son de estopa, cosa que no la pasan ni las balas (Mi tío el cura). A lo cual yo añadido, considerando el estado actual de la Iglesia, que quizá Dios lo arregle justamente por medio de balas. ^(x)

También le escribe cartas todas las semanas a su hermano Luis, cuyo estado de salud se ve cada vez más comprometido. Andan en la mala, los hermanos Castellani.

Me consuelo pensando que estoy ahora en un campo de concentración, como tantísimos italianos y europeos inocentes estuvieron y están algunos todavía. No es de cristianos pedir a Dios Nuestro Señor excepciones milagrosas a las leyes generales de la época que El no hizo en favor de su Hijo. ^(x)

También recibe carta de Alicia Eguren que le anuncia su intención de ir a vivir a Inglaterra para «estudiar en Oxford, vivir sola, hacer gimnasia». Castellani contesta sin dudar.

Creo que el verdadero programa sería: aprender inglés, vivir en un convento o pensionado católico y hacer labores domésticas, incluso cocinar, que son la mejor gimnasia femenina. ^(x)

Pero nuestro hombre se deteriora por dentro de manera difícil de imaginar. Lo hemos dicho en algún otro lugar, pero convendría quizá mirarlo de nuevo, eso que dice Oscar Wilde, que el dolor es una revelación. Aquí, en el contexto en que insertamos el texto que sigue, el lector comprenderá perfectamente lo que Castellani escribió sobre don Benya.

Yo sé perfectamente que hago mal -según los cánones literarios y desde ese punto de vista, como dicen ahora- en estar escribiendo aquí el curioso caso de Benavides, junto con sus teorías «exegeticas» -ya voy aprendiendo los términos- que pedirían libro aparte. Pero mi gran disculpa es que las dos cosas son unidas y solidarias, causa la una de la otra; porque sin los desastres de su vida, el viejo no se hubiese vuelto apocalíptico; y sin su fe en el Apokalypsis y la Segunda Venida de Cristo, posiblemente no podría soportar sus infortunios. ^(x)

Tiene razón Oscar Wilde, el dolor es una revelación, pero, además, debe tenerse en cuenta que según cual sea la tribulación, cual sea su causa, su naturaleza, su ocasión, así, en el mismo orden de cosas, será la correspondiente revelación... siempre que el sujeto aproveche su pena (cosa que no siempre se da, lo sabemos bien, Mr. Somerset Maugham). Aquí viene bien lo de León Bloy: «Hay lugares en el corazón que no existen aún y en donde entra el dolor para que existan».

Pasé un día de tristeza horrible, que fue aumentando desde la mañana, y llegó al colmo en la siesta. Me acosté, porque no sabía qué hacer contra el frío, y allí en la cama me dio una especie de desesperación o «spiritus vertiginis», como una verdadera locura, que no sabía qué hacer. Veo terribles fantasmas por todas partes y no veo ninguna salida. Parezco un condenado al infierno. Rezo mucho pero rezar no me alivia. Volver a la Argentina cuanto antes, renunciar a todas las cátedras y pedir al Provincial me mande a un Sanatorio. No veo otra cosa. Pido a María Santísima que me haga un milagro, que me dé una prenda del amor que me tiene y de la gloria que en el cielo tendré. Creo que nadie en el mundo sufrió nunca lo que yo sufro, tanto tiempo, tantas desgracias juntas y un dolor tan íntimo, insoportable y vivo. El General Janssens ha hecho un crimen conmigo; primero, al detenerme aquí sin saber a qué venía y cómo estaba; segundo, al empeñarse en que fuese a España sin saber si podía hacerlo; tercero, al injuriarme y burlarse de mí en cartas que, in casu, son despiadadas. Sin embargo, él cree haber hecho una gran cosa, haber defendido no sé cuál principio y el «bien general» de la Compañía. Parece realmente lo que dijo Cristo que «*matándonos creerán hacer un*

obsequio a Dios». El no sabe que me mata. Bien, ¿Qué sociedad religiosa es esta en que reina falta de simpatía y comunicación amistosa tal que puedan ocurrir tales trágicos malentendidos? ¿Reina en ella el Espíritu de Dios? [\(x\)](#)

Y mucho más. A lo largo de estas semanas de sufrimiento Castellani ve -como entre brumas- cosas que apenas se atreve a formular. Por eso, a veces se ve compelido a buscarle formas literarias que hagan tragables verdades tan difíciles de digerir. Así su brillante ficción sobre dos Cardenales conversando sobre Juana de Arco, escrita de un tirón en este invierno genovés, en las condiciones que ya sabemos. [\(x\)](#)

Un cardenal debe resguardar el bien general de la Iglesia, principalmente el bien espiritual. Si un cardenal tuviera que preocuparse de una bruja que queman en Francia, en Alemania, o en el país que descubrió el otro genovés, que los llaman Brasile o Buonos Airess, lucida estaba la Iglesia. El principio de la jerarquía al suelo. No se puede imaginar, su eminencia, la masa enorme de intereses de todas clases que hoy día están pendientes de nuestra dirección. ¡Eh, eh! La Iglesia ya no consiste en doce pescadores, y un profeta que siendo Hijo de Dios puede hacer milagros... ¡Las obras, las obras! ¡El equilibrio de toda la Cristiandad, las relaciones diplomáticas! El bien más universal es el bien más divino; y el bien más universal se hace por medio del poder. [\(x\)](#)

También por estos días delinea su tremenda exégesis sobre Roma como la Gran Ramera Babilonia Magna. [\(x\)](#) Pero todo eso a partir de observaciones de sentido común, que, depuradas, más fundadas y con envoltura más elegante, irán a parar a sus libros apocalípticos. Aunque en bruto, no le salen mal tampoco.

Continuamente se oye decir (y parece verdad) que aumenta en el mundo moderno «el prestigio del Papado». El problema está en saber si aumenta junto con él la santificación de la Iglesia, el fervor de la fe y la finura de la caridad. El prestigio del Papado aumenta como poder temporal, es decir, el prestigio del Vaticano. Las potencias temporales van encontrando útil a ese poder «espiritual» con el cual ven que se puede tratar. Pero esas potencias son de más en más profanas y anticristianas de donde quizá sea mal agüero y no buena señal el que el Vaticano sea su más en más sentido «compañero». Para ese trato y esa acción político-diplomática se necesita mucho dinero y se necesitan hombres duchos en esas artes justamente, políticas y diplomáticas; como lo fue eximamente Alejandro VI Borgia, gran estadista y administrador; al cual probablemente se debe el derrumbe del protestantismo. Ese desorden del «mundanismo» vaticano lo sintió terriblemente Lacunza el siglo XVIII. Tiene períodos de auge y de caída. Sin duda en los últimos tiempos será sumo, y causará la gran apostasía y el triunfo del Anticristo. [\(x\)](#)

Pero en el ánimo de Castellani una idea va ganando sobre todas las demás: volver al pago, basta ya de esta imposible situación. Se entera que otro buque, el «*Argentino*», está a punto de partir y comienza las gestiones para embarcarse. Así se lo cuenta a Mejía.

Por desgracia mis fuerzas están cediendo terriblemente y me veo forzado a huir... [\(x\)](#)

¿Huir? ¡Y cuanto antes! Cualquier cosa sería mejor que esta rutina horripilante en la residencia del *Gesú*.

Mala noche de nuevo, sin misa esta mañana. Día lluvioso, imposible salir de casa sin peligro recaída gripe. [\(x\)](#)

Se va febrero, llega marzo. Comienza una novena a San Francisco Javier pidiendo la curación completa de Carchín. Mejora el tiempo, mejora su humor.

Génova el domingo se convierte en una inmensa plaza, y un paseo por las calles tranquilas es una maravilla. Subí al Corso Firenze, y al bajar me encontré con el monumental y bellissimo palacio seiscentesco del Asilo de Pobres y la espléndida calle De Ferrari, que allí lleva. Qué gran monumento de la beneficencia cristiana de un siglo todavía cristiano. [\(x\)](#)

Aunque De Gásperi y su partido democristiano lo ponen de pésimo humor.

En realidad es una alianza de la burguesía con el clericalismo, un apoyarse de los intereses nada sacros de los propietarios en la religión. En el fondo es el viejo «liberalismo católico» [...]. El temor al comunismo mueve a los sacerdotes, sobre todo del alto

clero, a apoyar la religión en cualquier movimiento político que parezca poderoso, pero apoyarse en forma cautelosa, de modo a poder dejarlo en cuanto sea vencido. Antes fue el fascismo, ahora el democristianismo. Esta «política» es fatal, es antiparusiaca y por tanto anti-cristiana. ^(x)

Pero continúan sus penas y cada tanto tiene «ataques».

Anoche durante la cena, ataque de melancolía, desos físicos, que vienen sin razón y creo llaman los médicos «tristeza precordial». ^(x)

Pero, como decimos, no sólo ataques de melancolía. También «ataques» de lucidez. Que en 1947 viera con tanta claridad lo por venir...

Prohibentes Nubere. Siempre me intrigó esa palabra de San Pablo respecto a los herejes de los últimos tiempos; que si son como los nuestros, parecería debía decir «*incitantes nubere*», es decir, instigadores de los placeres carnales y no al contrario.

Pero esa palabra puede significar una cosa peor que la simple incitación a lo mundanal; a saber: el fariseísmo en la Iglesia; el hacer de la repulsa del matrimonio un signo de santidad, tenerse por superiores y dignos de ser mantenidos gratis por el hecho de no estar casados y rastrillar innumerables niños hacia el camino del celibato cuando aun no tienen libertad y de un modo que prácticamente les merma a la mayoría la libertad para elegir “*in leticia*” [sic] el propio estado. ^(x)

Aún hoy, medio siglo después de que Castellani escribiera esto, aún hoy, digo, hay quienes todavía no lo ven...

Igual, y a pesar de todo, encuentra tiempo y energía para releer al P. Alló O.P. criticando severamente su exégesis anestésica del Apocalipsis que lo convierte en un simple libro de historia.

¡REVELACIÓN! ¡Qué revelación ni qué niño muerto! Es una glosa poética de lo que está mil veces revelado, incluso por la razón natural. Es una orgía de imágenes orientales que visten, en forma poco coherente con nuestro gusto moderno verdades que la razón natural puede percibir en forma más sobria y enjuta... Ésta es la concepción de Alló puesta en limpio. ^(x)

Notable como nuestro autor conserva intactas sus facultades críticas y aun proféticas en medio de tanta desolación -y a la vez, tan desprolijo y embarullado cuando se trata de su propio caso.

Total que los días siguen pasando y llegamos al 7 de marzo de 1947. Castellani anda mejor, casi, como que se había olvidado del recurso al Cardenal Lavitrano.

Volvía una tarde muy alegre de unas compras, la brumosa Buenos Aires como un sueño ante los ojos, y me encuentro dentro de mi aposento al Superior de la casa -un lígur alto, magro, nervioso, de ojos saltones- con dos papeles en la mano. ^(x)

Era la respuesta de Roma, Dios mío.

El Superior me tendió el rescripto, y me invitó a firmar el otro papel, que era un recibo. Me hizo el efecto de un garrotazo, de un rayo en cielo sereno. Temblaba como una hoja de árbol. El recibo decía: «*He recibido el rescripto pontificio 309/40 conforme a lo que yo había pedido*».

-Eso es mentira. No puedo firmar. Yo no he pedido esto -dije.

-¿Que no lo ha pedido?

-No. Yo he pedido solamente ir a Roma.

El Superior instó a que firmara y finalmente dijo:

-Entonces me veo obligado a llamar dos testigos, leerle este decreto en voz alta, y levantar acta.

-Haga lo que quiera -le dije-, pero yo no puedo firmar una mentira... Empezaron los días de horror que llamo hoy «*alma de apóstata*». ^(x)

Como comprende el lector, aquí hay mucha materia para reflexionar, comenzando por el insólito caso de un indulto no solicitado -y terminando con un Castellani sugiriendo que ahí mismo comenzaron «días de horror» porque ha adquirido algo así como un alma de «apóstata»...

Para comprender bien esto, quizá no esté del todo mal que nos tomemos un respiro y demos una vuelta por la vida entera de Castellani, a ver si al final tenemos «resto» bastante para encarar materia tan difícil.

Como hemos visto una y otra vez, Castellani exhibe una rara y explosiva mezcla de intensa vida intelectual, desórdenes afectivos, papelones y equívocos sin cuento, subidos afectos de cólera, compasión, resentimientos y ternuras, extrañas y horribles enfermedades morales, mentales y corporales, un incisivo «buen» humor que revela un talento sin par junto a un connatural «mal» humor que tiñe de desconfianza su personalidad esquiva y tímida.

Y una vida de locos. ¿Y bien? ¿Por qué estoy escribiendo su vida y el lector la está leyendo? ¿A qué tanto afán por desentrañar cada lance, cada encontronazo, cada derrota de nuestro autor?

La respuesta está en que él tejió sus geniales ideas, su aguda crítica literaria, su talento exegético y sus reveladoras profecías con todo eso, a través de eso (como diría Santo Tomás, es todo el hombre el que piensa, no sólo su inteligencia).

Lo hemos dicho ya varias veces, pero Castellani lo repitió hasta el cansancio.

El Papa Pío XII dijo repetidas veces que «la Verdad debe ser vivida, comunicada, obrada»; y para que la Verdad viva no hay tutía sino hacerla pasar por la propia existencia; cosa que el artista, el científico, el caudillo, el empresario y el «pechero» hacen de modo diferente, una misma cosa en el fondo.

El predicador que recita lugares comunes religiosos que él no practica ni siente, no predica en realidad; y sus «verdades» son escasamente «*la Verdad*». ^(x)

Aquí entonces la paradoja: cumpliendo con el anhelo de Newman, Castellani transformó sus tinieblas en luz para los demás. O dicho más directamente: sus tribulaciones nos dieron luz a nosotros.

Ahora bien esto está también conectado con las misteriosas razones de su viaje a Roma.

¿Cómo era lo que le había dicho a Barletta?

Cuando me embarqué para Roma a disputar con el Preósito General de la Compañía de Jesús (verdadera temeridad, pero necesaria en aquel momento), atribuí internamente a esas acciones mías (que sabía me iban a infamar in aeternum delante de todos mis cófrades), un motivo noble o sublime que no he revelado ni revelaré jamás.

Y sin embargo, ¿sé yo seguro que mis cófrades no tienen razón? Lo sabré solamente en el momento de pasar de esta vida, o un momento después.

Sí, bueno, pero a pesar de todo, tenía razón Castellani que llevó adelante su vida colgado de esas «ganas de acertar» que dice Santa Teresa.

Hay momentos en la vida en que uno se siente en una posición falsa y hay que ir avante y dar un manotón en la cortina a ver qué hay detrás, aunque haya lo peor; supuesto que nada hay peor que vivir en una situación de ficción, que es como habitar sobre arena

movediza.

El hastío es el indicador de esos momentos, el tedio, esa profunda inapetencia y parálisis del alma que se siente cansada de todo. [\(x\)](#)

Pero más sencillamente dicho, Castellani fue a Roma porque era... un filósofo. Lo que lo movía, lo que lo inducía a hacer lo que hacía era su incansable amor a la sabiduría, a la verdad, a lo que es.

En fin, tanto como para darnos ánimo para mirar de frente todo lo que sufrió.

¿Listos entonces? Bajemos entonces, a los días de horror cuando nuestro héroe asume un «alma de apóstata».

Estábamos en eso.

Por consejo del Arzobispo de Génova escribí mis dificultades a la Sacra Congregación de Religiosos en orden a obtener el permiso de ir a Roma.

La S. C. de R. contestó con un rescripto pontificio concediéndome la «gracia» de la «reductio ad status laicalem», que yo ni pedí, ni deseé, ni acepté, ni podía considerar una «*gratia*», porque me dejaba peor que antes. Es una cosa que todavía no comprendo bien cómo y de dónde vino. [\(x\)](#)

Tampoco nosotros, imagínense ustedes. Pero aquí caben tres conjeturas: a) Castellani, a pesar de sus protestas en contrario, efectivamente pidió el indulto; b) Esto se lo fraguaron entre Janssens y Lavitrano para embromarlo definitivamente y, c), de alguna manera se pudo interpretar su carta a Lavitrano como que solicitaba la «gracia» de la reducción al estado laical. Hay munición para las tres conjeturas, agua para todos los molinos, no vayan a creer.

A lo primero, pues: que Castellani quería reducirse al estado laical, que para eso viajó a Europa. ¿Cómo sostener semejante tesis?

Bueno, por ejemplo, me lo dijo Benítez.

De mis notas redactadas la misma tarde que me entrevisté con él, surge claramente lo que me recuerdo perfectamente: Benítez sostuvo entonces que Castellani había viajado a Roma para «salvar» a Alicia Eguren, que el fin de su viaje fue «salir de la Orden» y poder así «ocuparse con mayor libertad de Alicia». Su modo de expresar lo que quería decir y la sonrisa con que me dio a conocer su «noticia bomba» revelaba inocultablemente lo que Benítez me quería decir: a) Castellani se quería casar; y b), chupáte esta mandarina.

¿Castellani enamorado? Bueno, en cierto modo, se puede sostener (pero en los términos que él lo hizo respecto de Jacinto Verdaguer).

¿Lo hizo por un sublime amor a las almas -como sale en *[El Místico]* mi drama-, lo hizo por terco, lo hizo por enamoramiento, siquier fuese subconsciente, como dicen hoy? *Chi lo sa?* Nadie lo sabrá nunca. Quizá por las tres cosas juntas. No es tan simple el alma del hombre. [\(x\)](#)

Es que, ¿sí, no?

Mujeres quiere decir lío,

Quiere decir lío no leve,

Y enredos y cuentos del tío,

Lo menos de diez veces, nueve. ^(x)

En efecto, aquí y allá se encuentra algún que otro indicio de que Benítez no erraba del todo, fíjense.

Creo que me ahogaba en Montevideo. Creo que temía por los nervios de la chiquilla, temía una complicación y juzgué que un viaje...

Una complicación... Pero, claro, hay que seguir leyendo.

-¿Qué diablos tiene que ver usted con esa chiquilina, y su madre o abuela, o lo que sea? ¿Quién lo obliga a atarse a ellas?

-Son ellas las que me atan. Son como garrapatas. Creo que sin crueldad no podría sacudirlas. ^(x)

Pero, claro, cada vez que buscamos textos para apoyar la versión de Benítez, nos rebotan, invariablemente, como un «*boomerang*».

Cuando me embarqué para Roma [...] atribuí internamente a esas acciones mías [...] un motivo noble o sublime que no he revelado ni revelaré jamás. ^(x)

Y en cualquier caso, Castellani jamás habría designado como «noble o sublime» el solicitar su reducción al estado laical. No, no parece eso, por más que Benítez diga lo que diga. Cincuenta años después me mintió. Pero, bueno, yo soy un pobre gato. Ahora, eso que hizo en Roma...

Me parece de una indelicadeza suma, por no decir más, lo que hizo con mi «sobrina»; a saber, arrancarle con dolo sus pobres secretos, que ciertamente no son los míos; y eso con pretexto de ayudarme a mí, para después venir a hacerme aquí lo que hubiera hecho mi peor enemigo. ^(x)

En carta a su hermano, Castellani es más explícito todavía.

[Benítez] no ha vacilado en decir que yo estoy enamorado de una mujer, que vine a pedir dispensa del celibato (la cual nunca se concede) para casarme con ella y que quiero volver a la Argentina para verla, lo cual es una calumnia además de una estupidez. Espero que mis Superiores tendrán bastante juicio para no creerla. ^(x)

Más o menos; el «aporte» de Benítez al grueso expediente de denuncias contra Castellani le daba un tonito muy acorde, muy adecuado. No; claramente lo de Benítez fue muy bien designado por Castellani (en sus papeles privados) como «la gran marranada» (y ya lo veremos con un poco más de detalle).

Pero hay textos, pequeños indicios, que, leídos superficialmente, podrían apoyar nuestra primera conjetura. Así, en carta a Carchín escrita una semana después del famoso «indulto», Castellani escribe que

No he sido «echado» propiamente de la Compañía ni del sacerdocio. Fui yo quien pedí al Papa ser reducido al estado seglar. ^(x)

Este texto merece dos observaciones: 1), hay una llamada a continuación efectuada de puño y letra de Castellani, con la misma lapicera, que dice «*No. Aquí he sido inexacto.*»; 2), el texto no fue tachado, cosa que Castellani frecuentemente hace a lo largo de todos sus diarios -y que debería haber hecho en este caso si hubiera algo que ocultar.

De todos modos, en un borrador de memoria para publicarse en *Tribuna* (continuación del diario *Cabildo*), Castellani escribe que

El P. Castellani acudió al Vaticano con su vida y sus problemas y obtuvo del Sumo Pontífice lo que se llama en Derecho Canónico la «reducción al estado seglar». No es más religioso y no «ejerce» más el ministerio sacerdotal.

No es propiamente un cura que haya «colgado los hábitos» El que se los colgó ha sido el Papa, Vicario de Cristo. Y cuando el Papa cuelga algo, bien colgado está, por doloroso que el cuelgue sea.

Aunque un poco más adelante, aclara que

Esto no es propiamente un ascenso ni una promoción, por supuesto. Sería más bien una desgracia, o, por lo menos, un retroceso en la dignidad y perfección de los estados que la Iglesia bendice en este mundo. Pero la Santa Sede juzgó que era una solución «inevitable», y el interesado bajó la cabeza y recibí [sic] como de la mano de Cristo la nueva vida o la nueva cruz. ^(x)

Entonces... ¿en qué quedamos? ¿La pidió, la reducción al estado laical, o no?

Yo diría que no. Por de pronto, si así fuera, ¿cómo explicaríamos el tremendo disgusto de nuestro autor al ser notificado del rescripto?

Leamos lo que escribe ese mismo día (lo único que asienta en su **Diario** ese día).

Hoy inesperadamente recibí un «Indulto Apostólico» firmado por Lavitrano. Día terrible de disgusto, pero calma y paciencia en el fondo del alma. Pedí a Jesucristo que en cambio de lo que sufro, me conceda por San Fco. Javier la curación total de mi hermano.

Pero en Roma me han hecho tuerto. «Me conceden benigneamente» lo que yo no he pedido. De manera que: nuevos trabajos, dolores y disgustos cuando yo creía que todo había acabado. Y la incertidumbre todavía.

Pero mi trabajo está hecho. No he faltado contra Dios y he tenido recta intención. He aguantado con calma las ofensas y los dolores de cuerpo y alma. He esperado en Dios. ^(x)

No, pareciera que Castellani no pidió el indulto en cuestión. Es que no quiere eso, no quiere dejar de ser sacerdote, jamás.

Yo venía muy confiao

En mi presto viaje un día

Al convento en que vivía

Y me encuentro al Superior

En mi cuarto muy señor

Con una cara de harpía.

Me dijo: «Viene de Roma

Este decreto santismo-

Si usted recibió el bautismo

Obedézcame y no ladre-

Es orden del Santo Padre:

Quiera o no quiera, es lo mismo».

Me leyó un latín con sellos

Que me hizo trastabillar

Y ya se puso a alegar

Sobre aquella cosa enorme

Que firmara allí un conforme

Que yo no quise firmar.

¡Qué voy a firmar patrañas

Y a más la perdición mía!

Porque el «decreto» decía

Que quedaba desfrailao

Y a más desacerdotao-

¡Y que eso yo lo pedía!

Mal cuento es hablar de oídas

Y no escuchar a la gente:

-Les prevengo incontinente

Que aquel decreto era iguana,

Porque el Papa era encreyente

Que yo pedí esa macana. ¹⁰²

Esa cosa enorme... fíjense además que en cosa de semanas va a conseguir su anulación. Era una «macana», sin duda. Y en cuanto a lo que le endilgaba Benítez, miremos una carta a su «sobrina», escrita tres días después del indulto que nos ocupa.

Se ha producido algo nuevo y gordo. Anteayer recibí una carta de la Santa Sede por la cual se me «echa» de la Compañía y del sacerdocio, pero imponiéndoseme la continuación de la obligación del celibato. No eso es [sic] lo que pedí, ni es solución ninguna para mí, sino quizá empeoramiento.

Benítez se equivocaba de cabo a rabo... aunque lo que sigue...

Me avisan que para pedir la dispensa del voto de celibato debe [sic] iniciar otro trámite en la Sga. congregación de Sacramentos. Así lo haré mañana [...]. Esa es la novedad que quería supiese. Empieza para mí un nuevo camino, lleno de problemas y dificultades, pero con esperanza de salvación al menos. Esperanza fundada. Tengo gran confianza en Dios. [Hay un párrafo tachado y tapado con cola, y a continuación...] En esta vida hay que arriesgar algo; si no, no se gana nada. Esto tenía que decirle, y pongo la carta de inmediato. Que Dios la bendiga y le diga lo que ha de hacer. ^(x)

Hmmm. Castellani nos deja tan perplejos como lo estaba él, en aquella su noche más negra. Es que no sabe qué hacer, qué pensar, para dónde agarrar. Es un niño atrapado en una inmensa maquinaria que no compren-de bien, es un hombre enfermo que de a ratos cree que se va a volver loco (miren si no las gruesísimas erratas que he transcripto y los párrafos tachados que no tienen análogos en el resto de sus decenas de **Diarios**).

¿Tenía razón Benítez? ¿Castellani fue a Roma para eso, para obtener las dispensas necesarias para casarse con Alicia? Contra todas las apariencias, la respuesta es no, y bien podemos comprender la bronca de Castellani que nunca pudo perdonarlo del todo a Benítez por sembrar la especie.

Aquello que Vd. dijo en Roma a Gallardo y Gasa que yo «*estaba perdidamente enamorado de una mujer y por eso quería volver a la Argentina*» no es verdad, ni lo ha sido nunca, ni en cada uno de los incisos ni en la partícula causal [...]. No puedo creerlo, que Vd. sea tan bárbaro que haya propalado eso en serio, sobretodo haciendo uso indebido de confidencias, en este caso mal entendidas... ^(x)

No, lo de Benítez es manifiestamente falso. La carta de Castellani venía después de meses de reflexión.

Anoche recapacité con horror sobre la conducta del Delegado. ¿Qué afecto inconcebible lo puede haber llevado a la manifestación que hizo a Gas. y Gall. de «*perdidamente enamorado de una mujer quiere volver para verla*» -añadiendo (quizá explícitamente, cierto por deducción) el nombre del objeto culpable? Eso es un pecado grave, por ser primero mentira, calumnia y juicio temerario y después (aun en el caso de que fuese verdad) violación de confidencia casi sacramental, hecho en orden a la dirección. Secreto sacerdotal usado por un sacerdote en provecho propio...

¿Qué clase de conciencia hay detrás de este hecho? Es enorme. ^(x)

Y además, si fuera cierto lo de Benítez, ¿cómo es que Castellani le anuncia tan gozoso al padre de Alicia, la noticia de la anulación del rescripto?

Ahora las condiciones están mudadas.

Estoy bien alojado, estoy en primavera y estoy en vías de ganar mi causa, por lo menos en lo posible. Hoy es realmente para mí Pascua de Resurrección. ^(x)

Por lo demás, en cuanto se entera de lo de Benítez, le escribe directamente a Don Ramón.

Hay que ver el bien que representa un buen amigo en los momentos de tormenta. También se ven en esos momentos los «amigos fallutos», y cómo lo dejan a uno en la estacada, y aun ayudan a hundirlo cuando lo ven en el pantano. Uno de esos, por desgracia, ha resultado P. H. B. [el P. Hernán Benítez], el cual hoy, en entrevista con el P. G. me ha hecho obra de mal amigo y hombre falso en provecho propio. Alicia ha hecho mal en fiarse de él, se portó como una tonta. ^(x)

Por lo demás, tampoco iba a dejar de cantarle las cuarenta al felón.

Me parece de una indelicadeza suma. Me ha hecho Ud. ayer mala obra y felonía con el P. General; y eso habiéndole prevenido yo que era un mal.

Y algunos meses después en carta al P. Achával.

Uno de los N.N. de la Provincia no ha tenido empacho en decir en Roma que yo quiero volver a la Argentina para ver a una mujer de la cual estoy perdidamente enamorado. Eso lo ha dicho no a una sino a varias personas. Juro a Dios que es una calumnia. Le juro a Vd. por Cristo crucificado y por su Santísima Madre, cuya imagen tengo delante que esta carta regada con lágrimas no es una mistificación, que no tengo ninguna doble intención en ella, que todo cuanto digo es verdad, que no hay doblez ninguna en mí ahora, como no la ha habido en mi vida. ^(x)

No, y díganme ustedes, ¿por qué no íbamos a creerle?

Pero me parece que donde Castellani más revela su alma a este respecto es en un texto que podría leerse en la clave que aquí se propone. Basta con saber que aun cuando recurre en su ficción a citar una carta de «*Dulcinea*» -una mujer- y que el que la lee, es un varón... con un poco de tabaco se puede ver lo que él realmente pensaba en esta materia.

«Yo no me puedo casar con Ud., ni con nadie, porque no se casan los muertos, sino los vivos. Ese es el sacrificio de Abraham que Dios le pide a Ud. Me tiene que sacrificar a mí dentro de sí mismo, con la seguridad de que no habrá devolución, como en el caso de Abraham, en esta vida. Yo no me puedo casar con Ud. No vaya a creer que depende de mi voluntad: es imposible, es físicamente imposible. No vaya a creer que he hecho votos o esas cosas...»

«Ojalá que fuesen solamente votos»

[...] «Tenga lástima de mí. Mate sus sueños implacablemente. ¿Ud. se piensa que yo no he sido muchacha también, no he tenido sueños, mundos de sueños? ¡Ay de mí, los tengo todavía a veces, son mi tormento! Son una pura ilusión del demonio». ^(x)

No, no es sólo cuestión de votos -de los que podría obtener dispensa; es mucho más que eso.

Ahora he iniciado trámite para obtener también la dispensa del celibato. No sé si la obtendré o no; ni cuando. No sé si, obtenida, haré uso de ella. Dios lo sabe. En Él descanso. ^(x)

Además: veamos cómo continúa su vida, después del indulto en cuestión. Díganme si su reacción al rescripto es la de un hombre que quiere dejar el ministerio sacerdotal.

Empezaron los días de horror que llamo hoy «alma de apóstata».

Tenía accesos de llanto continuo, incluso en el comedor. Me sentía vencido, más impotente que un niño enfermo, incapaz de tomar un tranvía [...].

Caí enfermo con fiebre nerviosa, una noche, muy alta y con delirio, que creí me moría; y en realidad pasé la noche pidiendo a gritos internos la muerte a San Francisco Javier, cuya fiesta era (7 de marzo, canonización), que me mandase la muerte, que así como me había hecho entrar en la Compañía militante me pasase ahora mismo a la Compañía triunfante. ^(x)

Se quería morir.

Con su piel de sensitivo, su imaginación de novelista, su afectividad irritada, se le armó una tormenta interna y un cauterio de fuego que hay que oírlo a él contarlo, y eso después de tantos años: estuvo siete días en cama con fiebre nerviosa y delirio, pidiendo a Dios la muerte. Un carácter entero, una mentalidad de intelectual y el largo camino ya hecho, al cual se había echado de cabeza, hacían de la vocación de don Benya una cosa absoluta; esa clase de gente no vuelve camino a la mitad de la vida. El ser excluido tranquilamente de la orden que amaba sinceramente, y eso de golpe y porrazo con un simple papirotazo con una breve carta en latín de cocina- le fue un golpe de muerte. ^(x)

Y en versos lo estampó no menos elocuentemente.

Si un hombre en toda la historia

Pasó lo mismo, no sé-

Esa noche me enfermé

Y la pasé en un delirio-

Porque hay también un martirio

Para hacer perder la fe. [\(x\)](#)

No se puede -resulta clarísimo para el que sepa mínimamente de letras- mentir así. No, Castellani jamás pidió ese «indulto», no tengo la menor duda. [\(x\)](#)

¿Se lo fabricaron entonces, este indulto de los mil diablos, de prepo?

Podría ser, como concederá cualquiera que conoce los manejos de la curia romana.

El Derecho Canónico en manos de gente con poca caridad; y, peor aún, tocadas del vicio del resentimiento, puede convertirse en un instrumento de tortura, o una trampa sutil para la gente honrada. [\(x\)](#)

Y luego, en Roma, se enteró de otra cosa.

Hecho Feísimo. El Martes primero de Abril, después de haber oído al P. Alonso, el Procurador de la Compañía, P. Lo Grasso, se presentó a Mons. Passetto pidiendo la declaración de que mi «rescripto» era «decreto». Habiéndosele negado pidió mi expulsión inmediata de la Compañía, en virtud del canon 653. [\(x\)](#)

Gestión también fracasada, pero que evidentemente, hace el cura éste (Lo Grasso), por cuenta y orden de Janssens. Con todo, Castellani finalmente creyó que todo se debió a un error.

Es de saber que un «rescripto» pontificio es una resolución de las Congregaciones Romanas aprobada por el Papa, que puede contener muchas cosas, una sentencia, un indulto, una gracia, un privilegio. Naturalmente, no es lo mismo una gracia que una sentencia. Una sentencia tiene efecto inmediato y forzoso, quiérala o no la quiera el reo. Una gracia otorgada no tiene valor sin la aceptación del agraciado; en tal forma que no obtiene valor jurídico sino después de que éste la hubiese abrazado, aun en el caso de que él mismo la pidiera -que no era el mío.

Parece mentira que dos o tres doctores en Derecho haya[n] errado a pies juntos en cosa tal elemental, induciendo en error a muchos, ensuciando un buen nombre y produciendo dolores terribles. Pero así fue. [\(x\)](#)

Queda en pie nuestra tercera hipótesis, que es la que nos parece más fundada. Hubo error de parte de la Congregación para los Religiosos, pero hubo error, también, de parte de Castellani.

No sé si recuerdan que él mismo dijo que, cuando escribió a la Congregación pidiendo permiso para ir a Roma,

al hacer la «exposición sucinta» hice en realidad una confesión. Otra vez me embromó la literatura.

Ser demasiado sincero es malo, como ser demasiado cualquier cosa, incluso demasiado humilde. La confesión que escribí al ceto romano que se ocupa de las historias de los religiosos fue un error; por lo menos de redacción y de «mundología». No he conservado copia de ella; pero conservo el recuerdo que era cosa más para el confesor que para un grupo de hombres públicos.

En todo caso, no me di a entender bien, y el efecto fue desastroso... [\(x\)](#)

Pues ahí tienen ustedes, Castellani parece implícitamente admitir que de los términos de su «confesión» se podía colegir que pedía una reducción al estado laical.

Viendo que mi salud se derrumbaba el Papa por medio de un Indulto Apostólico obligatorio me ha dispensado de mis obligaciones sacerdotales y religiosas y me ha reducido al estado seglar. Sea hecha la V. de D. ^(x)

Se puede adivinar fácilmente: en estos tremendos meses en numerosas oportunidades Castellani asentó en sus diarios que propondría la solución «*aut-aut*»; con su viaje se jugaría a todo o nada. Seguramente pretendía que lo dejaran ejercer plenamente su ministerio sacerdotal y religioso sin cortapisas, censuras y absurdas reglamentaciones -o bien, que lo dejaran en libertad para hacer de su vida lo que quisiera. Y de ahí se habrían agarrado Janssens o Travi, o ambos, para intentar deshacerse de este molesto sujeto. Es necesario tener presente en todo tiempo que estos tipos -sobre todo los canonistas- lo único que quieren es que los que les traen problemas, se vayan. No les importan sus problemas, sus casos de conciencia, sus tribulaciones. Al modo de Pilatos tienen una sola idea: que se vayan, que se ocupe otro. *C'est tout*.

Me quitaron la sotana

Y el breviario me quitaron Y ahí no más me cominaron Que me volviera a mi tierra O que me fuera a la p...erra Porque ellos me desuciaron. ^(x)

Nos, lo sabemos demasiado bien, estos mismos tipos que reclutan frívolamente a niños y jóvenes, dictaminando dogmáticamente que «tienen vocación», cuando explotan los problemas de conciencia, las tribulaciones, las pruebas de fe o lo que fuere, los mandan igualmente a la perra, como dice Castellani. No les importan las almas, porque están en el juego del poder y el largo brazo (mecánico y desalmado) del poder nunca llega donde el alma. Sería como querer sumar peras y manzanas.

El sacerdote que no quiere ver las almas Dios le da este castigo: que no ve las almas.

El sacerdote que no ve las almas es muy difícil que vea a Dios: ¿cómo lo verá?

Dios sólo puede ser visto «*in aenigma [et] in speculo*» a través de las criaturas; ninguna criatura es mayor espejo de Dios que el alma del hombre: infinitamente más que el mar, la montaña y el cielo estrellado.

El sacerdote que no ve las almas (que maneja a sus hermanos a golpes de Derecho Canónico, que hace automáticamente bautismos y funerales) no ve a Dios. ^(x)

En fin, ya ven como Castellani nos ha enseñado un montón de cosas que él aprendió al modo de Nuestro Señor. Lo digo recordando que una vez San Bernardo predicó sobre el texto de San Pablo «*Cristo aprendió por sus propios sufrimientos lo que significa...*» e invitaba a sus oyentes a poner en lugar de «obedecer», cualquier pena, dolor, tribulación o prueba.

Bien, hagamos lo mismo: Castellani aprendió por sus propios sufrimientos lo que significa tener dudas de vocación, lo que significa tener el espíritu perplejo, lo que significa ser calumniado, tener enfermedades psíquicas y morales, tentaciones contra la Fe.

Pero también aprendió por sus propios sufrimientos lo que significa la apostasía (ya vamos para ahí; digo, al tema, al asunto, espero que no a la apostasía).

Pero volvamos a lo nuestro. A esta altura de la cuestión, creo que podemos fundadamente decir que a) Castellani no viajó a Europa con la idea de solicitar la reducción al estado laical; b) aunque acudió a Roma con ánimo «*aut-aut*», de una solución definitiva de sus problemas, Castellani nunca pidió formalmente el indulto en cuestión; c) los que trataron el asunto interpretaron, más o menos

malévolamente, que eso era lo que quería y, d) Castellani creyó que estaba definitivamente cocinado.

Además, el «decreto» venía con carta de Janssens y 1.000 dólares para el avión de vuelta (¿no les decía yo que para estos tipos lo más importante es que los sujetos que los molestan se vayan, de una vez?).

Y por finar los sucesos

Me mandaron unos pesos

Para pagar el avión. [\(x\)](#)

Aquí Janssens no sólo no permite que Castellani vaya a Roma, sino que le paga el avión de vuelta, (con tal de que se vaya de una buena vez).

Me dieron 1.000 dólares para el avión, me prohibieron decir misa porque según ellos el «decreto» tenía efecto inmediato, lo aceptase yo o no lo aceptase (y me mostraron una carta del P. Travi que decía esto, lo cual yo dudaba) y me impusieron que tirase la sotana y vistiese de civil, por lo menos al salir de Génova.

Cómo andaría yo de mal que rechacé los 1.000 dólares, escribí al General que los metiese donde no les diese el sol, que yo no podía recibir nada de él. Al otro día ví el disparate -solo, enfermo, desvalido y degradado en Europay le reescribí que mande no más los dólares, del lobo un pelo. Todo mi hipo entonces era huir, salir de la pesadilla, llegar a Bs. As., ponerme en manos de mi hermano Luis, descansar o morir en mi tierra. [\(x\)](#)

Y ahora, además de todo, verse obligado a aceptar el dinero de la «entrega»...

Quise decir que el paco

Se lo metiera en el... fundo

Pero el que es pobre en este mundo

¡Cuánto tiene que aguantar!

Agarré el dinero inmundo-

Lo tengo que confesar. [\(x\)](#)

¿Qué más? Bueno, además ahora lo van a «desfrailar».

Benítez me confesó que -a diferencia de Castellani- él nunca amó a la Compañía, que le dio igual cuando tuvo que salir de ella, pero que él, Castellani, amaba a la Compañía, en serio, de verdad. Por no hablar de su sacerdocio.

Tenía la sotana tan metida en el alma que al quitármela ha producido un descoyuntamiento. Pero tenía que ser hecho. Es el caso de cualquier operación quirúrgica. El cirujano ha sido el Papa.

He llorado durante 7 días, y uno dellos, el 11, tuve fiebre y delirio. Tenía la impresión de que podía morir, Y en realidad siempre podemos morir, estando en la mesa quirúrgica o no. [\(x\)](#)

Silencio, ¿qué puede uno hacer al contemplar a este Castellani descoyuntado?

Que además, está pasando por una noche oscura, oscurísima, del alma, eso que da en llamar «alma de apóstata».

Difícil comprenderlo del todo.

Cosa fiera es cuando a un hombre

Lo hacen infestar de bosta

Se va la sangre a la próstata

Se le infesta el alma toda-

Les juro que en esa boda

Se me hizo un alma de apóstata. [\(x\)](#)

Pero algunos sí lo entendieron; José Hernández por ejemplo.

El fondo del Martín Fierro es el antiquísimo tema poético del criminal que se regenera, el del criminal bueno, el criminal que se pone fuera de la ley menos por maldad que por las circunstancias adversas y aun por sus propias virtudes incomprensibles. Raskolnikoff y Robin Hood, la parábola del Hijo Malo y del Hijo Bueno, la relación de la moral personal con la moral social o legal.

En la primera parte Martín Fierro no es que cometa delitos adrede para protestar contra una ley que no acepta, sino que es empujado poco a poco por una ley inadaptada e inicua a malearse y ponerse al margen de la ley y aun de la sociedad, huye a los indios; en la segunda parte aprende en las tolдерías que la anarquía es peor que el despotismo, que es mejor un gobierno cualquiera que ningún gobierno, que la vida en la tolдерía es simplemente infierno; y aprende sobre todo que por la virtud se puede mejorar el estatuto social, o por lo menos soportarlo... [\(x\)](#)

Claro que mientras permanece en «las tolдерías» su alma sufre inconmesurablemente.

Inmenso trabajo interno, desolación, me parecía que estaba condenado y hablaba con furor con Dios y los Santos, pidiendo a San Fco. Javier me hiciese morir el día siguiente, fiesta de su canonización. [\(x\)](#)

Y en otro lugar lo expresó más claro todavía.

Pero yo tenía esos días un alma de apóstata: no digo toda el alma, pero una parte. Ahora sé por experiencia lo que es el alma de un apóstata (o el corazón por lo menos) que es una cosa dantesca: los sentimientos desgarrados y resentidos contra los cuales mi voluntad hubo de luchar cuerpo a cuerpo. Ver a un sacerdote o religiosa me estremecía de horror [...] ver una iglesia me horripilaba de indignación, oía misa y comulgaba con la muerte en el alma. [\(x\)](#)

La muerte en el alma. El máximo conocedor de estas cosas, San Juan de la Cruz, dice que son indecibles, y si él no lo puede decir... ¿qué nos quedará a nosotros?

Pero algo dice, no crean.

porque acaecerá que [...] estando así [el alma] llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre con quién le diga, como los consoladores de Job (2, 11), o que es melancolía o desconsuelo o condición, o que podrá ser alguna malicia oculta suya, y que por eso la ha dejado Dios, y así, luego suelen juzgar que aquella alma debe de haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella. [\(x\)](#)

Y así pensaría Celebrini, y Travi y quizá Janssens (aunque me figuro que éste último ni pensaría, ¿qué le importaba a él el «caso» de este jesuita sudamericano venido a Europa a armar historias?).

¡Pobre Castellani, con su alma de apóstata a cuestas!

Y para hacer un poco más llevadero todo esto, quizá no esté de más incluir aquí la única broma que le encontré a San Juan de la Cruz en toda su obra.

Y por cuanto esta doctrina es de la noche oscura por donde el alma ha de ir a Dios, no se maraville el lector si le pareciere algo oscura. [\(x\)](#)

Algunos años después, Castellani intentó figurar todo esto en versos.

¿Qué hará un ave en una selva

con un balazo en el ala-?

Cuando la suerte es baguala

Uno a cualquiera se fía-

Me alojó en su casa un día

Una mujer que era mala.

La mujer siempre consuela

Cuando nos ve en un aprieto-

No violó ningún secreto-

Quizá gozarla podía-

Pero yo me quedé quieto

Cual si fuese hermana mía.

Después la perdí de vista

No sé ni su dirección-

Que Dios tenga compasión

De una pobre compatriota,

Que puso en una derrota

Bálsamo de corazón. [\(x\)](#)

Confieso que la primera vez que leí estos versos los tomé al pie de la letra, como retazo de su autobiografía. Pero luego ví que en sus **Diarios** no había la menor referencia al asunto (y el cura pone allí todo... ¡y pone cada cosa!). No, Castellani se quedó en la residencia del *Gesú* hasta el día que partió para Roma -y no tuvo ninguna historia con una prostituta.

Pero sí la tuvo con «la prostitución» (que es el nombre bíblico de la apostasía).

Muy bien pueden entonces entenderse estos versos como descripción figurativa de un «*alma de apóstata*», tentado en su desgracia a «arreglarse» con «El Ídolo».

«*Fornicación*» llaman los profetas a la idolatría. «*Fornicar con los ídolos*» significa poner los ídolos en lugar de Dios, el legítimo esposo de nuestras mentes. «*Fornicar con los reyes de la tierra*» significa poner a los poderes de este mundo en el lugar de Dios. Primero se fornicia en el corazón desfalleciendo en la fe; después en los hechos, faltando a la caridad. ^(x)

Pero, claro, uno está tentado de creer que esto no tiene nada que ver con la religión, como si la idolatría supusiese ausencia de religiosidad, siendo que, no señor, es su caricatura.

la mujer ramera y blasfema es la religión adulterada, ya formulada en Pseudoiglesia en el fin del siglo, prostituida a los poderes deste mundo y asentada sobre el formidable poder político anticristiano... ^(x)

Bien puede interpretarse entonces que esa ramera que «lo alojó en su casa un día» no es más que alusión figurada a la Pseudoiglesia que dice. Y de ahí el intrínquilis, porque

lo paródico no se puede atacar directamente sin peligro de lastimar lo que está detrás de esa corteza o ese tejido adiposo. ^(x)

¿Y qué hacer cuando hablamos de dos mujeres -las del Apocalipsis- que conviven bajo un mismo techo? Es que si esas dos, la Esposa de Cristo y la Gran Ramera

son perfectamente distinguibles para Dios... no siempre [lo son] para nosotros. La cizaña se parece al trigo, y no será separada hasta la Siega [...]. Una prostituida no se distingue ni en la naturaleza ni en la forma de una mujer honesta. Sigue siendo mujer, no se vuelve bestia. *Está sentada* sobre la bestia. ^(x)

Castellani siempre creyó esto de que

la estructura temporal de la Iglesia existente será presa del Anticristo, fornicará con los reyes de la tierra -al menos una parte ostensible de ella, como pasó ya en su historia-, y la abominación de la desolación entrará en el lugar santo. ^(x)

De ahí lo que Castellani dio en llamar «la pesadilla», el espejo subjetivo de tales percepciones que atribuyó a Jacinto Verdaguer pero que él vivió primero, como bien sabemos.

«La Iglesia actual no está inspirada por el Espíritu de Dios. Muchas cosas que pasan en la Iglesia de hoy, sería impiedad nefasta atribuir las a Dios. Habría que renunciar al sentido moral y aun a la más tenue idea del Dios del Evangelio».

Conmigo la santa madre Iglesia no se ha portado como madre. Se ha portado de un modo inicuo, injusto, maligno, cruel e implacable. No se ha portado ni siquiera de un modo humano. He aquí una experiencia directa e irreducible que no puedo eliminar ni interpretar al revés con ningún conato ni esfuerzo posible.

Es una visión inmediata, como la de los ojos: más que la de los ojos. Visión mía propia, que no puedo comunicar a nadie. Pero yo lo sé.

Lo que me ha pasado no es algo que por accidente o excepción proceda de algún mandón eclesiástico desviado o malo. Procede directamente de la cabeza, es cosa de la «Jerarquía» y viene de lo más alto [...].

Mas si la Iglesia es un manantial de iniquidad desde su parte más alta; si es un simple organismo de ordenamiento humano y político, con esa condición de toda sociedad humana de odiar a la inteligencia; si no hay en ella el sentido de que no se puede promover el bien común condenando a un inocente; entonces, ¿qué queda de nuestra fe?..

[...]

Pero Cristo es Dios, y Cristo fundó la Iglesia: hay bastante testimonio cierto de lo que Cristo hizo y dijo; hay evidencia del efecto moral sobrehumano de su doctrina en la historia [...].

¿No estaremos sufriendo una corrupción nueva y misteriosa de la Iglesia? ¿No habrá dos iglesias, la de los ricos y la de los pobres? ¿No se habrá refugiado el Espíritu Santo en el pobrerío?

¿Pero esto no es el error mismo de los protestantes que niegan la Iglesia Visible, condenan su organización jerárquica, y encierran la Iglesia verdadera y las promesas de Fundador en el secreto de sus corazones, librando así la objetividad de la doctrina al capricho de la interpretación individual?

¡Oh mi cabeza, mi cabeza! ^(x)

La línea de puntos puesta por Castellani divide las voces que combaten en su interior en esa suerte de horrible esquizofrenia por la que pasó. Y, desde luego, de aquí la gran tentación de suprimir uno de los dos términos en tensión: lo de «alma de apóstata» significa también su gran tentación de «acomodarse» al poder, tal y como lo hiciera el gallego al que nos referimos un poco más arriba.

En parte porque pocos quieren reconocer que

El fiel tiene que mantener todas las paradojas de la fe, que crean en él una tensión que a veces lo crucifica. Sin «a veces». Siempre lo crucifica, cuando la fe ha ingresado de veras en la vida [...] Interminable crucifixión interna, *Crux intellectus* [...].

Cuando la fe toca el intelecto, se produce la lucha y la oscuridad. ^(x)

Agonía. Pero la tentación de apostatar en serio proviene de saber que cualquier otra alternativa sería análoga al martirio.

Y como nuestro Castellani es un tipo hecho y derecho, eso le metía miedo.

Es una prostitución adorar un ídolo así -pensé yo-. Pero no puedo negar que tenía un verdadero temor ante la gran estatua verdosa. ^(x)

Sí, esto de sentir en el fondo de su alma la apostasía significa un montón de cosas que trataremos de explicar. Pero no por sus causas -que ya hemos visto- sino por sus efectos.

Uno de los más notables es que puede excitar una suerte de solidaridad, tal vez podríamos llamarla solidaridad «existencial», con las víctimas de la apostasía de las masas.

Para eso no hace falta ser comunista.

Ud. conoce experimentalmente el gusto amargo de la injusticia social; ha sentido los retortijones de la «inseguridad»; ha saboreado la amargura seca de ser explotado y tenido por tonto encima; ha andado algún tiempo sin vivienda y algunos días ha pasado sin pan; ha querido editar libros y no ha podido; ha editado un libro, y el editor le ha robado [...] En una palabra: Ud. ha visto que lo que dijo Carlos Marx en su Manifiesto, es verdad.

Yo también.

El Papa León XIII también. Pero el Papa León XIII no lo vio experimentalmente (era un marqués, nunca le faltó nada); y a nosotros dos sí [...]. En eso coincidimos. Yo siento lo mismo que Ud. el horror de esta época y la necesidad de oponerse a ese horror, si quiero salvar mi alma. Ese horror carga sobre mí incluso físicamente, en forma que me volvería loco si no tuviera fe en Dios.

Ya ahora no lo conozco solamente por la encíclicas, por los sermones, por los libros, o por la compasión lírica hacia los otros, como antes; sino por la efectividad del estado de alma del *lumpenproletarier*. ^(x)

Me da por recordar ahora al bobo de Benítez diciéndome que Castellani no tenía «oído social». Él me lo decía con aires de natural superioridad, como que había dedicado su vida a eso, que está en el

centro del Evangelio, mientras que Castellani... bueno, como si dijéramos, había perdido el tiempo con cuestiones librescas.

Por eso, hay que entender bien lo de «Alma de apóstata». Es un fenómeno de participación del alma de tantos hombres lejos de la Iglesia (en las tolderías), haciéndose débil con los débiles, flaco con los flacos. Y doliente con los dolientes.

El decía a veces: «*Una vez he estado yo quince días fuera de la Iglesia Católica: es horrible*» y hacía un rictus que quería ser risa, pero era la risa del conejo. ^(x)

No nos parece, fíjense si quieren, no nos parece tan distinto a lo de Teresita de Lisieux, «sentada a la mesa de los pecadores»:

La gracia que [Santa Teresita] ha recibido de ver que hay hombres realmente sin fe -pues es la gracia, y no una pura visión del espíritu o un estudio científico quien se lo muestra-, esa gracia no es meramente una comprobación; llega hasta una cierta participación.

De esta manera, la gracia de pascua de 1896 es una gracia doble y única: Jesús le hace comprender que hay «hombres que no tienen fe», que niegan «la existencia del cielo», y, en un segundo tiempo, indiscutiblemente ligado al primero, Jesús permite que Teresa participe de la vida de esos incrédulos. ^(x)

Participación, solidaridad, vivencia... son palabras tan bastardeadas en nuestro tiempo que resulta difícil usarlas con precisión. Pero, digámoslo de alguna manera: Castellani, cuando habla de los que están fuera de la Iglesia -y de lo que sucede dentro de la Iglesia-, lo hace con indiscutible autoridad.

Yo soy el testigo pasivo, a quien para ver que lo dicho por los otros es verdad le basta la llaga de su alma; yo soy el corpus delicti. Yo padezco mi época. Yo he aceptado el vivir en mi época, el vivir adentro de mi época, es decir, el sufrirla. Yo he aceptado el riesgo.

Sobre mí el primero se han volcado las Siete Plagas. Mi alma es un espejo vivo del desorden de mi época.

He aceptado ser anatema de Dios por solidaridad con mis hermanos. En mí ha entrado el desorden de la época, que no perdona ni a la Iglesia.

Ay, yo no he huído la realidad. Mi manera de ir a Dios es no rechazar ninguna realidad. Dios es la Realidad.

La Iglesia está enferma, la Iglesia ha sido atacada por dentro.

La Iglesia está enferma de la misma enfermedad de que enfermó la Sinagoga.

El mundo va pareciéndose cada día más al mundo al cual bajó el Hijo de Dios doloroso: tanto en la Iglesia como fuera de ella. Paganismo y fariseísmo.

No digo que haya defectado en la Fe, que haya de fallar en la fe, pues puse contra eso la infalible promesa divina.

Pero Pedro pecó tres veces contra la caridad; y Caifás profetizó criminalmente a pesar suyo. Y así será en el fin.

Y cuando un enfermo dice que él está enfermo no hay que dudar, porque él siente su enfermedad. ^(x)

¿Qué enfermedad? Bueno, esta enfermedad del alma que consiste en sentir como en carne propia el paganismo del mundo y el fariseísmo en la Iglesia... eso, eso es, en Castellani, tener «alma de apóstata». Formularlo no era fácil, pero me parece que le salió bien con recurso a la historia de la prostituta.

Y si yo fui a hablar de Cristo

Debajo del techo aquel

Sepan que este tiempo infiel-

Lo digo con sentimiento-

Pueder haber algún convento

Que sea pior que un burdel. ^(x)

Porque, claro, no se trata de edificios, de arquitectura, de construcciones.

Eso que dicen los Jesuitas que el que muere en una casa de la Compañía de Jesús con seguridad se salva, no le haría mucha gracia a Kirkegord: o sea, «*la muerte en la Compañía, prenda segura de salvación*» como reza el libro del P. Terrien.

Una casa es algo exterior. La salvación del alma es interior. ^(x)

Y, ¿cómo era eso de que para ganar el alma hay que perderla primero...?

Alma de apóstata... a él se le están descoyuntando los huesos, tiene alma de apóstata y las aguas de las tribulaciones le caen encima como torrente encajonado.

Tal vez por eso hizo lo que hizo.

Hice algo desusao

Que he dudao de contar-

Sé que me ha de despreciar

Más de uno si lo confieso-

Que desprecien, si es por eso

Ya lo han hecho hasta rabiar.

No, Padre, no lo despreciaremos. Cuente nomás.

Desde Génova escribí

A un tal Cardenal Di Jorio

Que después de aquel mortuorio

E injusto condenamiento

Dispensara el juramento

De no contraer matrimonio.

Entiendan aquí el motivo:

Ese voto no lo mermo-

Treinta años viví de yermo

Pero hora en triste vigilia

Debo vivir en familia

Por ser desde niño enfermo.

Pedí que me dispensaran

Pero con razón no fútil-

Estaba en la calle y inútil

De familia religiosa-

Creí deber pedir la cosa

Aun previendo que era inútil.

Y muy pronto se arrepintió. Aunque las razones que alega para hacerlo son de fuste, si se piensa un poco.

Véan que es extraño el hombre

Cuando el dolor lo golpea

Se revuelve y fantasea...

Y es mejor soñar un poco-

Si un hombre un poco loquea

Evita parar en loco. [\(x\)](#)

Loqueando por no enloquecer, aunque llegó al borde mismo del precipicio...

Y bien, es en estos días que recibe un telegrama de su cuñado, Eduardo del Mármol.

Carchín muy grave. Te reclama. Eduardo. [\(x\)](#)

Lo reclama Carchín, agonizando en Buenos Aires, y Castellani no puede hacer nada, de nada, de nada (y uno lo imagina fácilmente rezando en una iglesia helada de Génova con el telegrama retorcido entre sus manos).

¡Cuán caro pagó Castellani, cuanto le costó, todo su saber!

Pues tendrás que pagarlo, eso se paga

no vivir en su tiempo y en su espacio

lujo es que cuesta caro, y la patente

de profeta ha subido enormemente... [\(x\)](#)

Todo eso que nos regaló en sus libros, en sus homilías, en sus cartas y en sus gestos... todos esos tesoros que la República Argentina sigue sin conocer... lo pagó a precio de sangre.

Habría que releer muchas veces su dedicatoria de Cristo ¿vuelve o no vuelve?

A los fieles de los países del Plata, previniéndolos de la próxima Gran Tribulación, desde mi destierro, ignominia y noche oscura.

Le dijeron que amaba a Alicia y era verdad, y era mentira. Le dijeron que odiaba a la Iglesia y era verdad, y era mentira.

Los sacristanes, los profesores de historia eclesiástica, los Monseñores politicones y los vendedores de «artículos para el culto católico» dicen que «nunca ha estado la Iglesia mejor que hoy día». Yo así lo creo, pero de la Mujer vestida del Sol, no de todo el campo del Paterfamilias, donde hay y habrá siempre mezclado al trigo cizaña, conforme al oráculo divino.

Ellos hablan de otra cosa: a veces hablan netamente de la otra mujer, confunden las dos mujeres. O se confunden a sí mismos con la Iglesia [...].

Así que hoy conviene probar todo espíritu, y quedarse solamente con el que es bueno; porque ¡ojo! las dos Mujeres son gemelas.

Las dos mujeres son hermanas, nacidas de una misma madre: la Religión, la religiosidad, el profundo instinto religioso, inerradicable en el ser humano.

Castellani estuvo siempre, toda la vida, perdidamente enamorado de una mujer. Y por lo mismo, siempre, toda la vida, odió con toda su alma aquella otra, la Gran Ramera.

La Mujer ramera y blasfema es la religión adulterada, ya formulada en Pseudoiglesia en el fin del siglo, prostituída a los poderes deste mundo, y asentada sobre el formidable poder político anticristiano. [\(x\)](#)

Esto es difícil, lo comprendo, y le pido al lector un poco de paciencia (no soy yo, ni Castellani, los culpables de tener que vaticinar cosas difíciles).

Pero si Castellani tuvo «alma de apóstata» fue porque se vio obligado a darle la razón a los enemigos de la Iglesia -y a las profecías. Eso lo aprendió «*the hard way*»: ¿para qué había ido a Roma? ¿Qué era eso de «tentar a la Iglesia» para comprender la escrituras?

Debo confesar que una vez el ídolo me derribó en uno de sus ciegos manotazos; pero ya hacía tiempo que yo le sentía tirria; justamente me derribó porque me arrimé para verlo de cerca; de cerca solamente se veía su fealdad. De lejos, al crepúsculo y entre el incienso, daba impresión de majestad y fuerza [...].

Sentí que empezaba a volverme estúpido, intimidado y perverso. No se puede vivir en contra del ambiente en que uno vive. Empezaba a prestar crédito, o al menos a dubitar, a las consejas increíbles que del ídolo contaban los enemigos. Que los gemidos que exhalaba el ídolo, como yacaré empachado, venían de infelices idoladores que el ídolo recogía al azar de sus manotazos y engullía por una gigantesca estoma que tenía en el tórax entre los tres pares de brazos; que el infeliz se iba muriendo lentamente adentro sin dejar de adorar al ídolo: esto decían los enemigos. Y curioso es que los idoladores lo admitían en lo esencial, rechazando solamente al pormenor de la víctima, que ellos sostenían no era sino el enemigo. Pero yo creo seguro que los gemidos venían de un fuelle, colocado allí por los sacerdotes, que sería también para el sí y el no de los oráculos. Sin embargo,

cuando empecé a odiar y temer al ídolo, empezó a vacilar mi racionalismo, y las fábulas empezaron a parecerme probables. Por eso digo que empecé a idiotizarme. ^(x)

Duro, muy duro esto.

Cuando me vi sin salida, me entró una especie de angustia muy penosa, que aunque enteramente absurda, me hacía mucho daño y arruinaba mis negocios. Me pasaba los días enteros discutiendo con el ídolo; y aun las noches, pues dormía muy mal. Cómo me habré puesto, que hasta me entró en la cabeza -o medio entró- la descomunal sandez de pasarme a los enemigos [...]. Esto fue en el tiempo de la angustia... ^(x)

Ya ven ustedes, se quiere morir, se está muriendo por dentro...

Y a pesar de todo, Castellani reacciona. A la semana de recibir el maldito Rescripto, pone en negro sobre blanco lo que es en sí:

Este hijuna de belga me ha hecho un daño enorme, me ha insultado y conmigo se portó como un botarate. ¿Porque me escriba una carta dulzona, enseguida me tengo que derretir? ^(x)

Sí, con todo, Castellani conserva un resto de dignidad, de energía, de solvencia para reaccionar.

Tal vez porque siempre supo que

Yo soy la Iglesia también, al fin y al cabo; y está en mí no volverme una porquería. ^(x)

O quizá también gracias a los ánimos que le daba... el cónsul argentino en Génova (¡y cómo le gustan a Dios los disfraces!).

Tuve sin embargo la lucidez de escribir al Cardenal Lavitrano protestando del pseudos «decreto» y diciéndole que con él, habiendo acudido yo por socorro a Roma, me dejaba en una situación peor que antes. Tengo aquí el borrador de la carta. El italiano es malo, pero la carta no es indigna de un cocoliche argentino. «*No se achique, padre* -me decía el cónsul en Génova- *no se achique: acuérdesse que somos argentinos*». ^(x)

Y eso que la cosa era para meter miedo. Quien recuerde que en la Escritura el mar significa el mundo y la tierra la Iglesia, comprenderá por qué supo decir alguna vez que

Bravo es andar sacudido

En la mar por la tormenta.

Mas las tormentas más bravas

Las he pasado en la tierra. ^(x)

Janssens le mandaba la plata y lo enviaba de vuelta a Buenos Aires (ni por tierra ni por mar) por avión, vía Roma. Había ganado de punta a punta: Castellani ya no era jesuita, ni cura, ni nada. No lo iba a recibir, lo despachaba a Buenos Aires de nuevo y asunto arreglado.

No te he visto y no me acuerdo.

Y a pesar de su «reacción», Castellani está más muerto que vivo. Y a pesar de que quería tanto ir a Roma, ahora que puede ir, ya no tiene sentido.

Nada parece tener sentido.

Me hice un trajecito azul. Reservé un billete de avión en Roma y un pasaje de ómnibus. Entregué mis maletas al Capitán Farrell para que me las trajese o expidiese a Buenos Aires.

En la fotografía del pasaporte, sobre el terno azul, hay una cabeza de cadáver. [\(x\)](#)

*

En una calurosa tarde de 1995 Irene Caminos me mostró el pasaporte de Castellani donde está esta foto que dice. No, no recuerdo lo de la cabeza de cadáver sobre el terno azul (la foto era en blanco y negro) porque por entonces no había leído este texto del cura y no sabía que debía fijarme con tanta atención. Aunque, sí, me suena que Irene algo de eso me dijo y no, no me cuesta creerlo. Ahora, a mí me parece que el lector que quiera conocer de veras a nuestro autor debe hacer un esfuerzo de imaginación: un poco a la inversa de la Sábana Santa cuya fotografía sólo puede apreciarse en el negativo. Al revés, aquí hemos contado lo que vendría a ser el negativo de una verdadera foto de Castellani: se ven las sombras más oscuras, la luz encandila y no deja apreciar más que vagos contornos, predomina lo negro sobre lo blanco, cuesta interpretarla. Pero el positivo de la foto -eso que ve Dios- muestra a un Castellani candoroso, de alma limpia, con rectitud de intención, enamorado de la verdad -de las verdades lisas y llanas, simples, que olvidamos a cada paso- y enamorado, perdidamente enamorado de la Iglesia. ¿No lo ven ustedes? ¿No ven esta foto en positivo, el reverso de las tribulaciones, perplejidades y dolores de nuestro Castellani en Génova? Y sin embargo, con un poco de imaginación... Él no habría podido denunciar lo que denunció, atacar lo que atacó y enfrentarse al Ídolo como lo hizo si no hubiese amado con toda su alma, con toda su inteligencia, con todas sus fuerzas, con todo su corazón a Cristo Nuestro Señor y a su mística esposa, la Iglesia de Dios. Cuando uno ve al Quijote atacar los molinos de viento puede reírse todo lo que quiera. Pero si viéramos lo que motivaba esa quijotada, si viéramos el alma... Son los que no ven las almas los enemigos más temibles de la Iglesia, como comprobó nuestro héroe, hecho trizas entre malentendidos, papelones y rídiculos entredichos. Lo habían convertido en un tonto, en un loco, en un mitómano, tergiversador, fabulador, caprichoso, desdeñable figura de payaso. Habían ganado los fariseos que lo tenían a su merced a este gusano de hombre. Es, ya sabemos, historia vieja; y se repite cada tanto en un pobre Cristo que es toda la gala, toda la hermosura, toda la fascinante seducción que ejerce la Iglesia; ese «kalós», esa belleza es el resplandor de Aquel cuya debilidad es más fuerte que la fortaleza de los hombres. Por eso, si la Iglesia de Cristo nos tiene aún -y a pesar de todo- sin apostatar, en buena parte eso se debe a Castellani, créanme, créanme.

*

Capítulo XXV

MUNGUÉ

Roma

1947

Escuchad bien mis palabras.

A lo menos dadme este consuelo.

Job 21:2

En la famosa carta a Arnaldo que venimos citando, Castellani escribe líneas que parecen sacadas de su Benjamín Benavides.

¿Para qué voy a contar las otras peripecias de mi viaje, la Aventura de Massa-Carrara, la entrevista con el Cardenal Di Jorio, los tristes días de la Villa *San Francesco*, al lado del P. Sabas Gallardo y Jorge Mejía, que se portaron conmigo como dos hermanos? Estoy escribiendo una confesión, no una crónica. ^(x)

Eso, a su hermano Arnaldo. Pero a nosotros nos interesa todo, la crónica y la confesión, en cartas, artículos, prosa y verso. Y en algunos casos, crónica y confesión se confunden, aunque el tema es siempre el mismo.

Castellani anda sin suerte.

Pero yo ya no era fraile,

Ni nada, según creía-

No sabía todavía que aquel «decreto» era nulo-

Mi taba andaba de c... anto

Negro porvenir veía. ^(x)

A no dudarlo. Pero, con todo, hay que ver que en estos días de horror, de tan grande desolación interior y tribulaciones exteriores, se nos aparece un Castellani, ¿cómo diríamos?... grande. Visto desde aquí, desde medio siglo después, su figura se agiganta. Por eso me parece muy digno de destacar aquello que asentó en su **Diario** cuando la fiesta de San José a escasos doce días de su «desfraile». Y de cada una de las palabras que siguen, creo que la que más vale es la primera...

Quizá el espectáculo que más agrada a Dios de toda la creación es el de un hombre de coraje a las presas con la mala fortuna. ^(x)

Quizá... porque Castellani nunca se creará del todo que él es el héroe de la película, jamás perderá esa humorística humildad que siempre nos ha hecho sonreír, que siempre lo caracterizará. Castellani siempre reconoce la realidad de lo que es y, muy en particular, su propia debilidad, pero nunca, nunca, renuncia a su ideal. ^(x)

Por eso también es nuestro héroe, porque aunque se vea obligado a descender a los infiernos, siempre conservará un coraje sin par, una capacidad de encarar los peligros, sus propios temores, su propia desolación infinita. Ambos, Job y Castellani se destacan, a mi modo de ver, por esa tan particular valentía.

Nace, claro está, de ese primer coraje que viene del hombre que no cesa de mirar cómo son las cosas, por feas que nos resulten.

Así que yo tengo Fe en la Iglesia, esa vieja carcamal que tiene ya veinte siglos. Pero por una paradoja de la fe, le tengo una tremenda rabia. «*La Iglesia es anticlerical*» -dijo Chesterton-.

Conmigo lo fue. ^(x)

Así es: primer ver lo que es en sí; luego ajustarse los cinturones y proceder conforme a eso que uno ve. Claro que su «*katábasis*» lo ha llevado muy bajo, y ahora es casi casi un «anti-héroe», vestido de seglar, un don nadie, que vuelve a su país hecho trizas. Ha perdido todo, no le queda nada.

Digan que afortunadamente todavía le quedan algunos amigos. Aunque sean como los de Job.

Como fuere, a ellos les confiesa que sin sotana se siente como desnudo, le da vergüenza, no sabe cómo hacer para que la noticia no produzca un escándalo allá en sus pagos. Así es que en la fiesta de San José resuelve hacérselo saber, en privado, a don Lautaro.

Vuelvo a la Argentina como un náufrago, solamente con lo puesto, y ya no con la misión de «salvar almas» sino con la obligación de ganarme la vida y salvar la mía. No pertenezco ya a la Compañía de Jesús. Viendo que mi salud se derrumbaba el Papa por medio de un Indulto Apostólico obligatorio me ha dispensado de mis obligaciones sacerdotales y religiosas y me ha reducido al estado seglar. Sea hecha la V. de D.

Se lo digo en reserva como a amigo; no lo comunique hasta que esté de vuelta y lo hagamos en la mejor forma posible. ^(x)

Con todo, es de notar como Castellani todavía intenta mantener algunas apariencias figurando un Papa que lo habría querido «salvar» viendo que su salud se derrumbaba... Es que en 1947, él todavía está aprendiendo a puro golpe. Llegarán, sí, los años serenos en los que podrá mirar atrás y con toda ecuanimidad decir lo que había sucedido, sin intentar «salvar» ninguna apariencia, sin cosmética, y, a la vez, sin resentimientos, ni broncas, ni nada.

Pero para eso, para poder formular las cosas con entera justicia y verdad, antes hubo de pasar por algo así como un cuarto de siglo de tremendos sufrimientos. Recién a sus 70 años pudo explicarse bien.

En medio del camino de mi vida, la Iglesia, a la cual había estado sirviendo bien o mal y amando -sí- tranquilamente, se me dio vuelta y me mostró una figura de hiena, altro que Madre; la cual figura se me aparece de nuevo cada día que hay viento norte. Fue la mayor tentación de mi vida, una tentación contra la Fe -la cual, como digo, vuelve a veces-, tentación que pisaba sobre hechos indubitables, o sea hechos de experiencia. Su formulación era ésta: Si la Iglesia me persigue gratuitamente, no es una sociedad fundada por Cristo, la sociedad santa que nos enseñaron.

La respuesta -sencilla, pero difícil de actuar- era: Esto no es la Iglesia. Pero es la Jerarquía de la Iglesia, la más alta Jerarquía. No toda la Jerarquía; y algunos cuantos miembros de la Jerarquía, por altos que estén, no son la Iglesia. La Iglesia son los santos, los humildes, los rectos, los que tienen fe actuosa, los jerarcas iluminados sean pocos o muchos, la inmensa masa de los que practican la doctrina de Cristo calladamente.

La Iglesia no se conoce por los vestidos colorados; es más difícil de conocer que eso. ^(x)

Ahora, como decimos, todo eso lo fue aprendiendo paso a paso, como en los días que estamos contando cuando deja Génova y sus tres meses de terror.

No que pueda dejar allí su «alma de apóstata», ni olvidar que atrás quedó su sotana.

Tomé el ónibús de Roma.

Era abril...y primavera-

En la brisa mañanera

Salí a cargar con mi cruz,

Y me acompañó hasta el Bus

La pobre mujer ramera.

Le regalé mi sotana

Y fue todo mi tributo-

Quizá me tachen de bruto

Pero yo así agradecía-

A una hijita que tenía

Le hizo un vestido de luto. ⁸

No vamos a volver sobre todo este asunto del simbolismo de la ramera, de la prostitución que Castellani siente en su alma -que está de luto, pero si el capítulo anterior les hizo temblar... prepárense. Porque ahora Castellani se va a Roma y su «alma de apóstata» le permite comprender que se mete en la cueva del lobo.

Su nombre es Misterio, Babilonia Magna, Madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra. Está sentada sobre la Bestia Bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tiene siete cabezas y diez cuernos. ^(x)

Hmmm... bueno, Padre, pero dejemos eso, por un rato, ¿quiere?

Ahí va entonces Castellani como un pobre tipo más, uno de tantos de esta Italia de posguerra que el cine de aquellos años (legado de Mussolini) nos retrató con tanta agudeza.

Yo iba entonces de civil

Pues me engañaron en esto-

Porque aquel papel infesto

Que dijeron «decretao»

El Papa lo había dao

Tan sólo como propuesto.

Por suerte el Angel Guardían

Me inspiró y no lo firmé

Y como a más protesté

Al Cardenal Lavitrano

Diciéndole era inhumano-

Nulo el papel quedó y fue. ^(x)

Ahí va nuestro hombre, véanlo si quieren, sentadito en el «ónibús» como cualquier tano del lugar,

Con un trajecito añil

Y un sombrero con corte- ^(x)

como un pasajero más. ¿Quién iba a pensar que era jesuita? Pero resulta que en el camino, el ómnibus se vio detenido por una masa de gente agitada por comunistas.

De la Toscana al llegar

A un lugar Masa Carrara

Había una huelga rara

Del partido comunista-

Gente armada y bandidista

Nos paró a vernos la cara.

Todo un pueblo alborotao

Juró no dejar pasar:

- «Que querían trabajar

Que se enterasen en Roma»...

-«No es culpa nuestra ¡qué broma!»

Pero era inútil porfiar.

Un incidente que no tiene mayor interés, si no fuera por la gracia con que lo cuenta nuestro poeta.

Habían cortao el telégrafo

El telefonio y el tren

Agitao el somatén-

Y el Comisario «Sindaco»

No pitaba... ni tabaco:

Decía: «No veo bien».

Yo estaba muerto de sueño

Y el condutor era un nápoli

Me dijo, pápoli, pápoli

Salga usted que es estranjélego

Y haga el cuento del murcielélego

Con el papel diplomátoli.

Nos recuerda, digan si no, cuando a José Hernández se le dio por cascar a los gringos. Claro que esto gringos eran peores que los que le tocó al Martín Fierro: estos eran como los que habían colgado el cadáver de Mussolini.

Aquello era cosa brava:

Ninguno remedio arbitra-

Bombas de mano trinitra

Tenían, a más de lata,

Ametralladora ñata

Désas que ellos llaman mitra.

Chillaban como gaviotas

Entre ellos muy divididos,

Solamente en esto unidos

En fastidiar al viajero-

Conté en aquel avispero

Lo menos siete partidos.

Vi esta vez lo que es el pueblo

Cuando anda alborotadiño-

*No esperen mucho cariño-
Pero lo engaña cualquiera-
Por un lao es como fiera...
Y por otro como un niño.*

*Pues los tuve que arengar
Parao en una carreta
En italiano sotreta
Les grité que era toscano-
Que mi abuelo fue italiano
Y yo embajada secreta.*

*No lo dije en realidá
Sino lo mostré en el porte-
Ellos tomaron por norte
A uno que leyó con gana
«Regia Ambasciata Italiana»
Escrito en mi pasaporte.*

La relación es larga y la mar de divertida, pero no cabe transcribirla toda aquí. Con todo, no resisto copiar algunas de las estrofas.

*Yo alegué con el Síndaco
Hablé a un viejo Pellegrini
A un comunista Panzini
A un democristo Beatere
A un socialista Verziere...
Pero todo era en Vanini.*

*Cuando lo creí todo al bledo,
No sé cómo se arregló-*

El que más me respondió

Fue el socialista Verziere

Negro cara berebere

Con barbita y paletó.

Qué bien hablaba aquel tano...

Tenía un hermano en Mercedes-

Les diré en reserva a ustedes

La mentira de aquel día-

Le dije que yo podía

«Ayutarlo se uno poede». [\(x\)](#)

Al final, Castellani resultó el héroe del viaje, porque con un argumento y otro, al final, los dejaron pasar. Digan si no parece un episodio sacado de *Su Majestad Dulcinea*.

Antes de ponerlo en verso, se lo había contado a su hermano.

Rompí una huelga comunista armada en Massa Carrara (Toscana) gracias a mi pasaporte diplomático argentino: yo andaba muerto por viajar a prisa y ese deseo me daba una actividad febril. Me tomaron por un diplomático argentino y hasta por el Secretario de la Embajada. Yo no lo dije, pero es de saber que las masas soliviantadas son a la vez como fieras y como niños. Fue mi primera experiencia política. Yo, acusado de politicón, ignoro como un bebé la política.

Pero, bueno, un jesuita siempre será jesuita y eso no es tan difícil de conocer, por más que Castellani se muestre sorprendido.

La Principessa Torlonia, que viajaba incógnito en ese ómnibus envió al día siguiente al Hotel Minerva una tarjeta de congratulación y felicitación al «R.P. jesuita L.C.». ¿Cómo supo que era jesuita? ¿Tendré yo lo jesuítez escrita en la cara? [\(x\)](#)

Así parece nomás. Y es que él no sabe que sigue siéndolo, a pesar de todo.

Habían pasado quince años desde la última vez que había estado en Roma y el Castellani que llega el 30 de marzo de 1947, después de los tres horrendos meses en Génova, es un hombre completamente diferente.

Pero sigue siendo jesuita.

Ni bien llegado a la Ciudad Eterna, se entrevistó en el Albergo Minerva con su ex-compañero de estudios el P. Vicente Alonso S. J. que se interesó vivamente por su caso, quizá conmovido al ver a Castellani hecho un estropajo, llorando a cada paso de su relación de los hechos. Lo cierto es que Alonso movió cielo y tierra para obtener la nulidad del maldito Rescripto y Castellani -a pesar de todas las diferencias que tenía con éste- siempre le estuvo agradecido por eso, como que le dedicó uno de sus sonetos 14, además de escribirle varias cartas en las que se explica lo mejor que podía.

A los que no quieren saber la verdad, yo no se la puedo ingerir por fuerza; pero a vos te debo la verdad; que no es la que pudiste haber imaginado, al verme en el *Albergo Minerva* hecho un *verme et non homo*. La verdad de mi «caso», según está en mi conciencia, es ésta:

1º Dios ha tenido que hacer un drama conmigo para que llegase a Roma mi problema, el cual no tenía solución en la Argentina.

2º Mi problema no es una imaginación, un capricho, una fantasía, una pasión ni una botaratada: si yo no hubiese reaccionado como podía contra él y me hubiese abandonado a la desesperación, hubiese pecado quizá gravemente.

3º Mi problema no consiste *solamente* en un montón de errores, tonterías y pecados *míos*. Pensar eso es muy cómodo y muy humano: Hacer leña del árbol caído e inmolar un chivo emisario al culto idolátrico del Cuerpo al cual pertenecemos. ^(x)

Y bien, en cuanto llegó a Roma, Castellani aceptó el ofrecimiento de hospedarse en la Villa *San Francesco* (64, via di Monti Parioli) que le había hecho el P. Jorge Mejía, a la sazón estudiando Biblia en la Gregoriana. ^(x)

La Villa era una construcción antigua... y no había calefacción. Allí Castellani conoció también a otro sacerdote argentino, Sabas Gallardo, al cual le cobró particular afecto. Siempre recordaría con cariño lo que estos dos hicieron por él en aquellos tenebrosos días.

En carta a Arnaldo los había tratado de hermanos, pero al P. Alonso le dice más todavía.

Mejía y Gallardo se han portado aquí como dos hijos. ^(x)

Claro que la casa ésta tiene otros residentes además de toda suerte de gente que va y viene. Es aquí donde Castellani traba amistad con un canonista, el P. Francisco Gaza C.M.F., un profesor de *Propaganda Fidei* que lo asesoró en el asunto del indulto.

En las «Jornadas de Homenaje a Castellani», «el Indio» Barnada recordó que después de visitarlo al cura en Manresa, en el año 1948, conocieron al famoso Gaza en Roma.

Él nos dijo, «Miren, les voy a contar una anécdota: Un día tocan el timbre acá y se me presenta un señor vestido de civil, canoso, y le pregunté quién era. Me dijo: “Yo soy el P. Leonardo Castellani, periodista argentino.” Y se me echa a llorar en los brazos. Entonces lo atajé y le pregunté “¿Qué le pasa?”. Entonces me contó sus problemas y le dije que como soy doctor en Derecho Canónico, le iba a estudiar la situación». ^(x)

Con su asesoramiento y las gestiones de Alonso, la cosa se resolvió rápidamente.

A la semana justa de haber llegado a Roma estaba archivado el rescripto 309/40 que Dios fulmine. ^(x)

Claro que el asunto no fue fácil. El P. Gaza le contó después a Castellani los entretelones.

El martes primero de Abril después de haber oído al P. Alonso, el Procurador de la Compañía P. Lo Grasso se presentó a Mons. Passetto pidiendo la declaración de que mi «rescripto» era decreto. Habiéndosele negado, pidió mi expulsión inmediata de la Compañía, en virtud del canon 653. Preguntado cual era el caso «*gravi scandali exterioris vel gravissimi nocumenti communitati imminentis...*» respondió que yo me había hecho jefe de un partido político y había sido nombrado diputado contra la voluntad de los Superiores... -dos cosas que yo puedo jurar sobre los Evangelios que son falsas. Mons. Passetto le dijo que trajera la prueba de eso. No la trajo. ^(x)

Y por una vez ganó Castellani: Roma declaró la nulidad del rescripto y no hicieron lugar a la expulsión solicitada, y el caso quedó cerrado (aunque, claro, quedaba el precedente que seguramente se incorporaría al nuevo expediente a iniciarse dos años después). El 6 de abril fiesta de Pascua del año del Señor de 1947 Castellani también resucitó y celebró su segunda «primera misa».

Me gustaría entonces que detuviésemos un rato lacámara para contemplar este cuadro. Castellani resucita, le vuelve el alma al cuerpo, ha renacido en cierto modo a su sacerdocio... ¡y es Pascua!

Ayudó Mejía. Paz. Esperanza. Nueva vida. ^(x)

Mejía fue testigo directo de todos estos asuntos y -además de ayudarlo a Castellani en todo lo que pudo- fue confidente y amigo de nuestro cura durante estos meses decisivos de 1947.

A mí, la cuestión de Mejía me interesa en diversos renglones -no menos que otros, porque fue el cura que me bautizó, cosa de siete años después de lo que aquí contamos. Por eso, le pedí a mi padre -viajaba a Europa por otros asuntos- que se entrevistara con él en Roma donde era entonces Bibliotecario, recientemente degradado de su condición de Prefecto de la Congregación para los Religiosos, un gran «magnate eclesiástico» que diría nuestro Castellani; incluso durante algunos años con chapa de «*papábile*» y todo. La entrevista se desarrolló en el Palacio San Calixto allá por el año 1997. Mi padre me trajo un apunte donde fue anotando las respuestas a mis dos docenas de preguntas. De allí saco que Mejía lo conoció a Castellani en el seminario de Villa Devoto donde fue su alumno de Historia de la Filosofía allá por el '40 o 41. Que él, Mejía, fue autor de la traducción de *La Gloria de Tomás de Aquino* de Gheón.

Que fue Castellani quién revisó la traducción. Recuerda bien al Castellani de entonces, el del seminario de Devoto, con cinto y pipa (y contó que en cierta ocasión casi inicia un incendio de puro distraído que era). También recuerda al otro Castellani, el que llegó a la Villa San Francesco hecho un verdadero desastre. Lo recuerda con los dientes muy apretados, en alguna ocasión babeando o quizá con una especie de espuma que le salía por la boca... Se han cruzado estos dos, Castellani y Mejía, en una verdadera «crisis»: nuestro autor, ya sabemos, está descendiendo por una larga «*katábasis*» que conducirá a su expulsión de la Compañía, estará durante casi dos décadas privado del ministerio sacerdotal y luego, años y años de marginación, pobreza y calumnias. Terminará sus días en soledad, pobreza, desamparo y un mar de incomprensiones. Mejía, en cambio, hará una carrera brillante. Los jalones de su «*anábasis*» son conocidos: alma mater del Seminario de Devoto, director de la revista *Criterio*, Prefecto de una de las congregaciones más importantes del Vaticano y finalmente recompensado con la púrpura de Príncipe de la Iglesia. No tendrá grandes obstáculos en su carrera eclesiástica, escribirá y enseñará cosas más o menos inteligentes, más o menos revolucionarias, pero siempre, invariablemente, políticamente correctas. Castellani perdió; Mejía ganó. Y, como veremos, se convirtieron en enemigos. Por lo pronto, Castellani, blanco como era de todo tipo de acusaciones, comenzó a sufrir una nueva. Que era milenarista.

Es posible que mi ex-alumno, el asesor del Vaticano II hubiese ya [en 1949] comenzado a acusarme de hereje en informes secretos, cosa que sigue haciendo después de muchos años, para acopiar méritos. Me refiero al Doctor (que no es Doctor) Pbro. Mejía. Yo no sé si sigue siendo profesor en el seminario; en las clases decía que yo era «*Milenista*» y que era hereje y que no había que leer mis libros ni editarlos. ^(x)

Le pedí a mi padre que le leyese este texto al Cardenal para que efectuara su descargo. Mi padre me dijo que el Cardenal se contentó con alzarse de hombros y desechar la acusación de Castellani como cosa de su imaginación de novelista. Pero le dijo a mi padre que Castellani era milenarista antes de que le leyese el texto que decimos, fíjense cómo son las cosas. Claro que a Castellani, como es fácil de comprender, y después de las cosas que le habían colgado, el nuevo cargo lo tenía perfectamente sin cuidado. Y no, sencillamente no era cierto.

Yo no enseño «*ni huno ni hotro, ch'amigo*»: ni a Kerinthos ni a San Irineo: tengo otras cosas que enseñar. Con pesar me veo

obligado a a hablar de mí, porque una persona que enseña, y por cierto con (cierta) autoridad, me ha difamado enseñando autoritativamente que yo soy milenista. [\(x\)](#)

Pero con su «imaginación de novelista» -pese a que lo quería bien a Mejía y le estaba agradecido por su hospitalidad y diversas muestras de afecto- Castellani intuyó cómo sería con el paso de los años, para dónde rumbeaba, en qué iba a acabar. Como si dijéramos, lo veía con caridad y compasión. Pero al través.

-Alguien nos debe haber denunciado. Deben haber dicho que somos milenaristas. Aquí basta mentar el milenarismo para conmovier al vicariato... Hacen una cuestión de Estado. [\(x\)](#)

Claro que Mejía, en *Los Papeles de Benjamín Benavides*, sería uno de los denunciados, no el denunciante. Porque es de saber que aquí aparece retratado en la persona de Miguel Mungué Murray,

un joven sacerdote argentino que estaba en Roma acabando o perfeccionando sus estudios para ser profesor de Sagrada Escritura. [\(x\)](#)

En Benavides, «Mungué Murray» juega un papel de teólogo estudioso pero muy aferrado a las convenciones.

-... la conversión de los judíos es cosa de fe; y algún día tiene que ser.

-¿Algún día antes del Advenimiento; o bien el mismo día del Advenimiento? -dijo Benya haciendo chiquititos los ojos como un gato. Mi amigo lanzó una exclamación de sorpresa:

-¡Es usted milenarista! -clamó con horror. [\(x\)](#)

La cuestión del milenarismo se las trae, pues

es la parte más dura, difícil y discutida de la Profecía de San Juan; pero es adonde toda ella confluye. [\(x\)](#)

Es que hay que tener en cuenta que detrás de esa ardua cuestión exegética se mueven dos concepciones de la Iglesia, del Fin de los Tiempos, de la Parusía... de todo. En su cruzada contra el milenarismo Mejía abriga (seguramente más en oscura percepción que por pensarlo claramente) sumo interés en mantener viva la exégesis «preterista» que supone un «gran triunfo temporal de la Iglesia antes de la Parusía» cosa que para Castellani resulta

un peligroso ensueño contemporáneo.

-Es un anzuelo del Anticristo! -clamó el chileno-. ¡Es él quien prometerá realizar ese ensueño, con las solas fuerzas del hombre ensoberbecido! ¡El prometerá la paz, la prosperidad, el nuevo Edén!, y se pondrá a edificar sacrílegamente la nueva Babel. [\(x\)](#)

Como digo, parecería que en las largas charlas de la Villa San Francisco en esta primavera romana del '47 Mejía y Castellani encontraron un tópico en el que se revelaban los caracteres, las personalidades, los idearios, la percepción que cada cual tenía del mundo, de la Iglesia, de todas las cosas. En su novela sobre Benavides, Castellani pone el tema-testigo en boca del «chileno», el Padre Osvaldo Lira, un sacerdote chileno que conoció después en Madrid, en viaje hacia Manresa. Lira era milenarista, y le venía bien para personificar a quien -a diferencia del propio Castellani- cree en el milenarismo, sin más ni más. Por eso en esta novela Castellani recrea sus conversaciones con Mejía colocando al P. Lira en el medio para darle ritmo a las discusiones, haciéndolas girar en torno a este asunto parusíaco.

las divertidas disputas de Murray con Lira Infante que era milenarista, aunque de los buenos -si es que los hay-. Era lacunziano, había escrito un libro sobre el hebreo jesuita Lacunza [...]. Recuerdo las dos principales disputas con Murray... ^(x)

Sí, los pases dialécticos que Castellani imagina entre Mungué y Lira le daban aire y ritmo a un libro sobre intrincadas cuestiones exegéticas sobre los textos apocalípticos que don Benya zanjaba con autoridad.

Por necesidad de la trama Castellani necesitaba a alguien que impugnara el milenarismo expuesto un poco desordenadamente en la figura del P. Lira. Le opone entonces a quien representa los pareceres más «ortodoxos», más convencionales, más aferrados al orden establecido, delinea un personaje lo suficientemente inteligente como para entender cuáles eran las cuestiones que se movían -y lo suficientemente ambicioso como para opinar invariablemente según conviene a un eclesiástico haciendo carrera. Mejía era «políticamente correcto». Mejía hizo esa carrera...

Pero, claro, entonces, cuando llegó

a gran prosperidad, había concebido un sañudo rencor contra mí, cuyo motivo ignoré e ignoro. ^(x)

En parte, seguramente porque Mejía sabía que Castellani sólo significaba problemas y más problemas. Pero, más cierto todavía, su animosidad tiene que haberse acentuado si leyó el retrato que Castellani nos dejó de él en la figura de Mungué Murray. La verdad sea dicha, el solo apodo de «Mungué» suena feo y revela lo que Castellani en el fino fondo de su alma creía sobre el joven y ambicioso clérigo que comenzaba a trepar, peldaño a peldaño, la escalera del poder («Murray» era el apellido del jesuita inglés, uno de sus mejores amigos en París, allá por el '32, no sé si se acuerdan).

Como fuere, si ponemos en ringle cuanto dice Castellani sobre Mungué, vemos que no queda muy bien parado.

El teólogo Mungué Murray era un joven muy estudioso, con la vivacidad y brillantez de los argentinos inteligentes... [Pero] acabó por fastidiarme... ^(x)

En materia de filosofía Mejía queda retratado como voluntarista.

Mungué saltó como una viborita, y comenzó a panegirizar a Suárez. ^(x)

Pero, por encima de cualquier cosa, se manifiesta como especial enemigo del milenarismo en cualquiera de sus versiones.

Milenaristas -dijo Mungué con malicia- son ciertos individuos que leen mucho el Apokalypsis, que creen que el fin del mundo está cerca, que arisqueen con las autoridades eclesiásticas y hasta las critican, y que creen que la Iglesia Católica, al fin del mundo será retirada. ^(x)

Y en el revés de la trama, lo que cree el propio Mungué.

El Apokalypsis ya se cumplió enteramente en la destrucción del Imperio Romano. ^(x)

«Mungué» Mejía sabe lo que hace falta saber para llegar adonde él quiere.

-Ustedes no dan asentimiento interno al decreto del Santo Oficio del 21 de julio de 1944 -dijo Mungué, que lo traía en un papel copiado... ^(x)

Benya levantó los brazos cómicamente. El chileno replicó vivamente.

-¡Es falso! Yo doy asentimiento interno, externo y eviterno; y no necesito darlo tampoco porque nunca he creído lo que allí se prohíbe enseñar... Son ustedes que lo enseñan, y les debía castigar la Iglesia. ¡Ustedes!

-¡Ustedes! ¿Yo? -hizo Mungué.

-Es claro. Se ponen a atacar el milenarismo con expresiones gruesas y unos argumentos tan revueltos e insulsos que de hecho lo enseñan: le dan a la gen-te curiosidad de conocerlo, y hasta de abrazarlo a priori -dijo Lira, riendo.

-Eso es lo que me pasó a mí -dije yo también riendo-. ¿Yo qué sabía del milenarismo? Y ahora leo sobre él todo lo que encuentro. ¿Y qué me importa a mí que haya dos resurrecciones o cinco? Lo que me importa es yo resucitar en cualquiera.

-No resucitará si no se pliega a lo que manda la Iglesia Jerárquica -hizo Mungué sombríamente. ^(x)

Cuando don Benya le explica cómo puede entrar a reinar el fariseísmo en la Iglesia, el joven sacerdote se ataja con un argumento típico.

-... eso es sumamente peligroso de predicar -dijo Mungué-, porque el pueblo perderá la confianza en la Jerarquía. ^(x)

El estaba en los primeros peldaños, y Castellani le quería mover la escalera. El pugilato entre don Benya-Castellani vs. Mungué-Mejía, era, claro, muy desparejo. Cuando Castellani expone su tesis de que la lucha de Cristo con los fariseos es central para entender los Evangelios y lo por venir dentro de la Iglesia, Mungué exclama indignado:

¡Pamplinas! El fariseísmo se acabó. ^(x)

De igual manera, cuando don Benya explica la Sexta Tuba que incluye el pecado de idolatría, Mungué interrumpe de nuevo:

-¿Quién adora hoy a los demonios y a las estatuas? -preguntó despectivo el teólogo.

-Todos... usted mismo -dijo el judío-. Yo mismo los he adorado. El pe-cado máximo del mundo de hoy es la idolatría, el pecado contra el segundo mandamiento: No adorarás la obra de tus manos que acarreará después el horrendo pecado contra el primer mandamiento, el odio formal a Dios: el pecado del Anticristo.

-Nadie adora estatuas -cabezudeó Mungué- ni siquiera en la China... No diga sandeces. Nadie adora fetiches.

-Pero adoran la obra de sus manos. ¿Qué importa que no adoren a Júpiter, a Apolo, a Moloc o a Mumbo-Jumbo? Adoran todos, lo mismo que antaño los paganos cultos, el Progreso, la Ciencia, el Arte, el Poder, el Estado, la Raza, la Democracia y la Torre de Babel... ^(x)

Finalmente, cuando don Benya explica la Séptima Tuba y la Parusía, Mungué pierde la paciencia:

-Pamplinas y fantasías -irrumpió el teólogo.

Hacía rato que se estaba saliendo de la vaina, que yo lo veía que estaba queriendo meter el pico... o la pata.

El judío lo miró con severidad:

-¿Dónde están las pamplinas?

-En sus interpretaciones, que son fantasías. En su sistema. Usted no sigue sistema alguno, toma de todos los sistemas lo que le parece. Su único sistema es aproximar el fin del mundo a nuestros tiempos. Eso han hecho todos los visionarios que se han metido temerariamente en el Apokalypsis; y todos han acabado mal, han acabado condenados por la Iglesia. Usted, como es pesimista,

como ha sufrido mucho, quiere hacer sufrir a los otros. Quiere irse del mundo a toda orquesta, acompañado de todos nosotros. Esa es la clave de su sistema. Hace poesía lírica. Interpreta como quiere ¡y no prueba nada! ^(x)

Como ven Mungué Murray representa a la perfección lo que creían -y creen- sobre Castellani la mayoría de sus colegas.

Esos son milenaristas al revés. Niegan acérrimamente el Milenio metahistórico después de la Parusía, que está en la Escritura; y ponen un Milenio que no está en la Escritura, por obra de las solas fuerzas históricas, o sea una solución intrahistórica de la Historia; lo mismo que los impíos «progresistas», como Condorcet, Augusto Comte y Kant; lo cual equivale a negar la intervención sobrenatural de Dios en la Historia; y en el fondo, la misma inspiración divina de la Sagrada Escritura. ^(x)

Pero, claro, sobre todo cuando se toca el tema del estado actual de la Iglesia, visto desde las profecías... ahí se enojan de veras.

-Esa es una opinión muy peligrosa, señor mío -saltó Mungué Murray-. La Iglesia nunca ha estado tan bien como hoy día. Todos los herejes comenzaron diciendo que la Iglesia estaba en decadencia -y eran ellos los que estaban tales. Usted injuria a la Iglesia actual, la cual ni siquiera conoce. ^(x)

Castellani se cansa.

Era demasiado discutidor. Como les enseñan la teología disputando, muchos teólogos parecen más abogados que hombres de ciencia; es decir, ergotizadores aptos para buscar y hacer argumentos, a veces sutilísimos, en pro de una tesis que les dan a defender -o la contraria-, más bien que pensadores sedientos de la Verdad. Pero quizá así tiene que ser. No de balde son los «defensores del dogma». Les dan un dogma a defender y el oficio de ellos es defenderlo de cualquier forma. ^(x)

Claro, eso antes del Gran Derrumbe que vino con el Concilio. Después, Mejía defendería lo que convenía, según soplaran los vientos... del pre y del post-concilio. Pero, ¿es cierto, no?, digan si en los tiempos que corren «un pensador sediento de verdad» puede llegar a Cardenal. Por eso Castellani prefiere charlar con Benjamín Benavides a solas.

El teólogo Mungué me enredaba. ^(x)

Pero, claro, cuando cincuenta años después Mejía lo recuerda a Castellani, nos viene a la memoria el viejo Mungué Murray, qué le vamos a hacer.

El cardenal le dedica pocas líneas en sus memorias.

Y no quiero dejar de mencionar al P. Castellani, con todo su desorden personal e intelectual, y una cierta carencia de formas que no ayudaba, me place afirmar que nos abría a algunos de nosotros por lo menos, una perspectiva literaria y filosófica, que no carecía de valor.

Lástima que su formación teológica no era del todo adecuada y que su formación bíblica era limitada. ^(x)

Pero Castellani había expresado -por boca de Mejía joven- el cargo mucho antes y más claramente.

-¡Usted es un poeta! -exclamó Mungué-. Usted no es un exégeta [...] ¡Usted sí que hace un cruce bastardo de teología y novela! ^(x)

Aquí hay un tema importante; porque pocas cosas dividen más las aguas entre los cristianos, especialmente entre los teólogos, que el rol que cada cual le asigna a la imaginación. Para unos, la imaginación, en cualquiera de sus variedades, mito, alegoría, fábula, épica, lírica, íconos, símbolos, sagas, lo que fuera, es enemiga de la ciencia, campo orégano para cualquier veleidad, refugio de los

improvisados, tierra de anarquía y de la subjetividad.

Así, Mejía:

-¡Vamos, hombre! -dijo Mungué con fastidio-. Estamos frescos. La imaginación es la loca de la casa: es la perdición de la teología... [\(x\)](#)

Así también, no hace mucho, el Pbro. Miguel Ángel Fuentes se ha permitido censurar la obra de J.R.R. Tolkien sobre la base de una suerte de impugnación de la imaginación, aunque admita a regañadientes que puede tener una «función introductoria».

La tradición cristiana ha planteado siempre el rechazo de todas las falsas místicas naturalistas y la afirmación de la única mística ortodoxa cuya enseñanza esencial es la necesidad de trascender la imágenes sensibles para llegar a Dios...

¡Pero, momento, momento! Por lo pronto no se debe olvidar que la tradición cristiana también ha rechazado a los iconoclastas de toda laya. Y que

no son filósofos los que no pueden trascender la imaginación (*«non transcendentem imaginationem»*), lo cual no significa «suprimir la imaginación» sin la cual no podemos pensar, sino dejarla abajo, subiendo más arriba. [\(x\)](#)

Como diría Lewis, no va lo más alto sin lo más bajo. Por más que es cierto, como señala el P. Fuentes, que hay una escuela apofática que propone una senda por la «*vía negationis*» (que no es la única, ni para todos, como advierte el propio San Juan de la Cruz en el *Prólogo* a su *Subida*) mal puede sostenerse lo que dice al denunciar a los que anclan

la inteligencia en un mundo de imagen sensible y fantasiosa.

En efecto, a propósito de la formidable creación de J.R.R. Tolkien, este censor nos advierte que

cuando este tipo de literatura focaliza toda la -o simplemente mucha- atención del lector católico (sobre todo si es religioso o sacerdote, y en menor escala en el laico) es un síntoma que denota profunda superficialidad intelectual, o al menos una inclinación hacia ella.

Porque se da un traspaso del gusto de lo «teológico», que es riguroso y científico, a lo alegórico, figurativo y fabuloso [...].

El gusto excesivo por la «teología fabulística» es signo no de madurez sino de «senilidad» intelectual. [\(x\)](#)

El párrafo, aparte de su deficiente redacción (*«profunda superficialidad intelectual o al menos una inclinación a ella»*), reclama toda clase de puntualizaciones. Por lo pronto, llama poderosamente la atención que las prevenciones del P. Fuentes vayan dirigidas «sobre todo» a los clérigos y religiosos y «en menor escala» a los laicos. ¿De dónde y a cuento de qué la distinción? (Sobre esto ni una palabra más).

En cuanto al contraste señalado por este clérigo entre el lenguaje «riguroso y científico» y este otro, «alegórico, figurativo y fabuloso» quedando implícito que el primero es «serio» y el otro no, constituye, en el mejor de los casos, una barbaridad.

Aquí deberíamos recurrir a un teólogo que conozca de Literatura, como Castellani. O de un lingüista que conozca de Teología.

El lenguaje con el que expresamos nuestras creencias y experiencias religiosas no es un lenguaje especial, sino que se trata de un lenguaje a medio camino entre el lenguaje común y el lenguaje poético. Pero aún cuando comienza por ser el mismo lenguaje

de todos los días, normalmente, bajo presión dialéctica, se transforma en lenguaje Teológico o Poético.

Las palabras «*Yo creo en Dios*» pertenecen al lenguaje común. Pero si nos presionan para que nos expliquemos mejor, probablemente tengamos que movernos en una de dos direcciones.

Podríamos decir «*Creo en una entidad incorpórea, personal en el sentido de que puede ser sujeto y objeto de amor, y del cual todas las demás entidades son unilateralmente dependientes*». Ese es un ejemplo de lenguaje Teológico, aunque está lejos de ser un buen ejemplo de él. Con este lenguaje estamos tratando, en cuanto nos es posible, de formular asuntos religiosos de una forma parecida a la que usamos para asuntos científicos. A menudo esto resulta necesario para enseñar, clarificar y enfrentar controversias. Pero no es el lenguaje con el que naturalmente se expresa la Religión. Estamos aplicando conceptos precisos -y por tanto abstractos- a lo que tenemos por el supremo ejemplo de lo concreto [...] Ese es uno de los rumbos por el que podemos marchar a partir de la afirmación «*Yo creo en Dios*»: el lenguaje Teológico. Pero en cierto sentido es un lenguaje ajeno a la religión, paralizante, que omite todo lo que realmente importa. Sin embargo, y a pesar de todo, algunas veces resulta necesario.

Pero, por otra parte, uno podría seguir la otra dirección, a la que espontáneamente se inclina la Religión, la expresión poética. Preguntados por qué cosa es Dios, uno podría decir «*Dios es amor*», o «*el Padre de las luces*» [...]

Los cristianos creen que Jesucristo es el Hijo de Dios porque Él lo dijo [...] Ahora bien, tal afirmación no puede significar que Él está respecto de Dios en una relación física y temporal equivalente a la que existe entre el progenitor y su progenie en el mundo animal. Se trata de una afirmación poética. Y tal afirmación se ha de expresar necesariamente con tal lenguaje porque la realidad a la que se refiere es ajena a nuestra experiencia [...] El teólogo se verá aquí obligado a explicar que se trata de un lenguaje «análogo», tratando de alejarnos cuanto antes de las sutiles y conmovedoras evocaciones de la imaginación hacia las claras pero torpes analogías que se utilizan en el aula o en la sala de conferencias. Tratará entonces de mostrar en qué respectos las relaciones padre-hijo no son análogas a la realidad, con la esperanza de que así llegará a las que sí lo son. Incluso intentará quizá agregar analogías propias -la lámpara y la luz que fluye de ella y cosas por el estilo.

Pero hay algo de muerte en ese proceso. ^(x)

Efectivamente quienes limitan la expresión religiosa al lenguaje «científico», racionalista, silogístico y lógico, «mortifican» la fe viva, la fe viviente de nuestro Padre Abraham, de Jacob, de Moisés, de San Juan Bautista, de Pedro y de Pablo. Porque esta curiosa noción de que «focalizar la imaginación» sobre las imágenes, alegorías, fábulas o lo que fuere denota superficialidad en quien así piensa, denota otra cosa en quien así lo denuncia. Quien se conoce bien a los racionalistas de la religión desconfía en seguida.

¿Superficialidad? Más bien al revés.

Es propio de la palabra poética expresar aquello que no puede ser dicho de otra manera, aquello que supera las posibilidades del lenguaje corriente, esas cosas entrevistas que, cuando se trata de volcarlas en palabras, parecen desvanecerse.

Es por eso que en todo texto que alcanza rango literario, hay siempre una fuerte carga de evocación. La poesía alude, sugiere, despierta ecos y resonancias; hace presente una totalidad, una experiencia unificante.

De allí que sea el vehículo más apropiado para referirse a las ultimidades, a lo definitivo, a lo que no llega la ratio. ^(x)

Y es, claro, el lenguaje que utilizó el Verbo hecho carne.

Cristo fue mucho más que un genio literario; pero fue también un genio literario. Lo lírico está contenido en el material de las parábolas -que son en conjunto 120 contando grandes y chicas- material tomado de la naturaleza, del campo, de las plantas y animales y de las costumbres del animal más sorprendente que existe. Lo patético está suministrado por la profundidad enorme del sentimiento, conectado con las cosas más graves de la vida humana. Lo dramático, en la viveza y originalidad de los cortos diálogos. Lo humorístico en la mirada aguda y maliciosa con que el autor capta las costumbres de los hombres. Lo filosófico en la súbita trasposición de planos, y una especie de descoyuntamiento, que apunta a un sentido escondido. Lo teológico en los emblemas y figuras de Dios. ^(x)

No, Cristo nunca expuso una teología «rigurosa» y «científica»; al contrario, siempre se expresó de

modo indirecto.

Las parábolas y los aforismos evangélicos están llenos de rasgos desmesurados, paradójales y a veces aparentemente contradictorios [...].

Un padre que premia al hijo atorrante y lastima al «bueno»; un mayordomo coimero y fraudulento puesto como parangón y ejemplo a los santos; un rey que, porque no concurren a una cena de bodas, y eso dando muy razonables excusas, hace pasar a sangre y fuego a los invitados; un condenado al infierno que conversa con Abrahán y le ruega que lo deje volver al mundo para avisar a sus hermanos que realmente hay infierno... Cualquier teólogo del Seminario les dirá que eso absolutamente no lo puede hacer un condenado; y que las conductas del Padre, del Mayordomo y del Rey son enteramente anéticas [...]

La expresión directa de lo eterno es imposible en esta vida, no es humana. La expresión directa de Dios es la invisibilidad y la inefabilidad de Dios. Si Dios se hubiese atenido a la expresión directa, no conoceríamos nada de Dios: hubiera sido el Gran Ironista, pero no el Padre de los hombres. ^(x)

Por eso rara vez Cristo se expresa de manera directa, «seria, rigurosa o científica».

A la pregunta de «¿Quién es mi prójimo» sin duda que se puede responder con una definición; pero con toda razón me parece también que puede ponerse en duda que tal definición sea una respuesta más objetiva ni más verdadera que la historia con que responde el Libro santo de la cristiandad y que empieza con las palabras: «*Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones*».

¿No podría ocurrir además que la realidad con verdadero alcance para el hombre no sea la estructura del «contenido objetivo» sino más bien la del suceso, y que en consecuencia no se pueda captar adecuadamente justo en una tesis, sino en una praxeos mimesis, en la «imitación de una acción», para decirlo con el lenguaje de Aristóteles, o lo que es lo mismo, en una «historia»? ^(x)

Claro, y por poeta hay quienes han llegado al absurdo de negarle a Cristo, implícitamente, su título de teólogo.

Sobre todo porque Jesucristo

no fulminaba con indignación a las pecadoras.

¡Hubiese sido tan fácil y era de tan buen tono! ¿Y por ventura era mentira? ¿No podía tronar una vez al menos, como todos los predicadores, contra la disolución de las costumbres, la corrupción que lo invade todo, las porquerías de la carne, y esas mallas de baño venidas de Grecia y cada vez más cortas? Pero ¡ni una sola palabra acerca de «las playas»!

¡Puras parábolas luminosas, comparaciones poéticas y preceptos generales, es decir, poesía, poesía y poesía! ^(x)

Así es. Del mismo modo que algunos le negarán a Cristo el título de teólogo, otros se lo otorgarán graciosamente, al precio de otro título que El tiene por cuanto todo fue hecho por El, y nada de cuanto ha sido hecho, lo ha sido sin El. Por eso, decimos, Cristo también es poeta, qué se han creído ustedes. ^(x)

Nadie lo vio mejor que Oscar Wilde quien conoció a Cristo en medio de sus enormes tribulaciones de la cárcel de Reading. Su percepción del Cristo verdadero, esa su tremenda personalidad que salta de los Evangelios, resulta incomparable.

He dicho de Cristo que tiene un puesto entre los poetas. Es cierto. Shelley y Sófocles le hacen compañía. Pero también es cierto que su vida toda constituye la más admirable de las poesías.

Si se trata de «compasión y terror» no se encontrará nada comparable en todo el ciclo de las tragedias griegas [...] Ni en Esquilo ni en el Dante, esos graves maestros de la ternura, ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas, ni en todos los mitos y leyendas celtas, donde la belleza del mundo se revela a través de una neblina de lágrimas, y en donde la vida de un hombre no es más que la vida de una flor, no hay nada que pueda compararse con la pura sencillez del «pathos» unido en nupcias a una sublimidad de trágico efecto, como lo es el último acto de la pasión de Cristo.

La pequeña cena con sus compañeros, uno de los cuales ya lo ha vendido por un precio; la angustia en el sereno jardín iluminado por la luna; el falso amigo que se acerca para traicionarlo con un beso; el amigo que aún creía en él, y sobre el cual, como sobre una roca, el había pensado edificar una casa para refugio del Hombre, que lo niega mientras un pájaro anuncia el amanecer; su extrema soledad, su sumisión, su aceptación de todo; y junto con esto esas otras escenas tales como la del alto sacerdote de la ortodoxia airadamente arrancándose las vestiduras, y el magistrado de la justicia civil pidiendo agua con la ilusa esperanza de lavarse de aquella mancha de sangre inocente que lo convirtió en la figura escarlata de la historia; la ceremonia de la coronación de sus penas, una de las cosas más admirables que hayan sucedido desde que el tiempo lleva registros; la crucifixión de Un Inocente ante los ojos de su madre y del discípulo a quien él amaba; los soldados tahúres echando a suertes su ropa; la terrible muerte por la que entregó al mundo su símbolo más eterno; y finalmente su entierro en la tumba de un hombre rico, su cuerpo envuelto en lino egipcio, perfumado con costosas especies y lujosos perfumes como si hubiera sido el hijo de un rey [...].

Y sin embargo toda la vida de Cristo -tanto pueden confundirse la belle-za y la piedad en sus sentidos y manifestaciones- es en realidad un idilio, aunque termina con la rasgadura del velo del templo y las tinieblas que se abaten sobre la cara de la tierra, y la piedra corrida a la puerta del sepulcro.

Uno siempre piensa en él como un joven novio con sus compañeros, como en efecto, él mismo se describe; como un pastor que pasea por un valle con sus ovejas a la búsqueda de un campo verde o un fresco arroyo; como un cantor tratando de construir con su música las paredes de la Ciudad de Dios; o como un amante para quien el amor del mundo entero era demasiado poco. Sus milagros me parecen tan exquisitos como el alborear de la primavera -y así de naturales. No hay ninguna dificultad en creer que tal era el encanto de su personalidad que su sola presencia podía traer paz a las almas angustiadas, y que aquellos que le tocaban la túnica o sus manos, olvidaban su dolor; o que mientras pasaba por el camino de la vida la gente que no había visto nada del misterio de la vida, de repente lo veían claramente, y otros que habían sido sordos a todas las voces, salvo a la del placer, oían por primera vez la voz del amor y la encontraban tan «*musical como el laúd de Apolo*»; o que las maléficas pasiones huían ante su proximidad, y que hombres como muertos en sus tediosas vidas sin imaginación como que resucitaban de sus tumbas cuando él los llamaba; o que cuando les enseñaba desde la altura de las sierras, las multitudes se olvidaban de su hambre, de su sed y de las preocupaciones de este mundo, y que cuando sus amigos lo escuchaban mientras comían, la ruda carne les parecía delicada, y el agua tenía el gusto del vino, y toda la casa se llenaba del perfume y la dulzura del nardo. ^(x)

A ver si algún teólogo alguna vez lo dijo mejor... a ver si los poetas no entienden a Cristo. Y en buena parte, por esto de la poesía, Caifás pedirá su muerte, como perfectamente imagina, Castellani.

Es un poeta, un hombre de imaginación y sensibilidad; hombres que como sabéis no sirven para el gobierno y son impermeables a la prudencia política. Con sus imaginaciones cambia las cosas. Usted le pone delante una cosa y le dice «blanco» y él le da una vueltita, le hace un giro, inventa una frase, la presenta de nuevo y es negro. Ud. le dice «¿*Es lícito, sí o no, dar tributo al César?*». Conste que Él ha enseñado que hay que responder siempre: Sí o No. ¿Qué responde? Responde con una paradoja, que le devuelve a Ud. la pregunta para que la responda Ud.; y eso, enturbiada de tal manera que ya no hay respuesta posible. ^(x)

Es que Castellani, contra lo que piensan los Mejía y los Fuentes de este mundo, siempre entendió clarísimamente que

la regla teológica más importante es que a Dios lo conocemos «*por medio de las cosas visibles, comprendiéndolas*», como dijo San Pablo. ^(x)

Por eso, si a Fuentes le repugna la «teología fabulística», Castellani abomina de esa «teología manualera» hechas de silogismos y fríos razonamientos que terminó engendrando el racionalismo bíblico que domina por doquier.

Yo creo que Castellani se refería a Mejía cuando en la dedicatoria de uno de sus libros estampó que

Un críticón ha dicho que hay en este libro algunas cosas muy buenas y otras «muy bajas»; y él, por ser quien es, tomaba las bajas dejando las buenas.

Jesucristo se abajó tanto que quiso yo escribiese acerca de él; que si otro hubiera aquí que lo hiciese, no lo hiciera yo en mi bajeza. Mas acerca de Cristo Jesús aun lo mejor que se diga es bajo. ^(x)

Pero el sayo le cabe a más de uno.

La teología formulara y racionalista de nuestros días está perdida por falta de imaginación; es estéril, es desencarnada, es enteca y sin jugo de interés humano para todos, hasta para ustedes que la enseñan y la monopolizan. ¡Hay más interés humano y más teología viva en un soñador como el conde De Maistre, y un orador como Donoso Cortés que en todos estos adobes! [...]. La imaginación es el centro de la vida psíquica y por su unión con el afecto es el sustento de la esperanza... ¿Creen hacer una gran hazaña matando la imaginación en teología? ¿Y Dante? [...]. Toda esperanza eficaz tiene las plantas en el poyo que la imaginación le presta. Si no podemos hacernos una idea concreta de lo que deseamos, propendemos a dejarlo caer de nuestra mente y se nos sale del foco de nuestro interés actual. ^(x)

No, muy señores míos, la verdad es cosa viva. Como que se puede matar por asfixia.

El intelecto sin imagen y la imagen sin intelecto se reparten hoy el mundo. El pensar figurativo, el pensar simbólico, el pensar a la vez lo abstracto y lo concreto, que es el pensar más alto del hombre, ha sido desplazado por el pensar abstracto desecado y desencarnado en filosofía y teología y en los indoctos por el excesivo cine, radio, televisión y circo. Pidamos a Dios el arte de ver visiones: de tener ilusiones iluminadas, sin las cuales no podemos vivir, o por lo menos, no podemos caminar. Las ilusiones iluminadas son los vestidos de la esperanza, son la estructuración concreta del Ideal. ^(x)

Tenía razón Lewis, hay algo de muerte en el lenguaje del racionalista. Y eso refleja la muerte de la fe, de la religiosidad verdadera... Por eso sostengo que mi latosa disgresión sobre el lenguaje no está lejos de lo que aquí nos concierne, pues así como Caifás lo quería matar a Jesús en buena parte por ser poeta... pues, algo así le va a pasar a Castellani.

Él le estaba agradecido a Mejía por todo lo que el joven sacerdote hizo por él en materia de hospitalidad. En cierto modo, en aquel fatídico abril de 1947, le salvó la vida. Castellani se lo quiso agradecer y lo metió en su novelón sobre Benjamín Benavides. Pero como la verdad es, insisto, cosa viva, puso a un Mejía más verdadero del que quería, acaso, poner. Fíjense que cuando don Benya explica los grados del fariseísmo y cómo se las arregla Dios para expurgarlo, Mungué lo escucha atentamente.

-Cuando en la Iglesia ha salido un ramo de fariseísmo, Dios lo ha curado, pero alguien lo ha pagado con su sangre, desde Cristo hasta Juana de Arco, y hasta nuestros días. ¡El proceso de Bartolomé Carranza! ¡Y el caso de Jacinto Verdaguer! No digo que estos últimos no tuviesen sus defectos y faltas, los tenían y aún grandes, como Savonarola; pero dieron la vida en el fondo por repugnar al fariseísmo. Se entabla una lucha trágica entre la moral viva y la moral desecada, entre la mística real y la «mística convertida en política», que el hebreo alemán Max Scheler ha estudiado bastante bien en una monografía bastante buena... cuyo título [he] olvidado...¡ah sí! El Conflicto trágico en la moral. Justamente Max Scheler lo estudia en Cristo. Vence la moral viva -hasta ahora- y siempre; pero sucumbe el que la lleva en sí como una vida y una pasión [...].

Y entonces Mungué profetiza.

-Estás perdido, Benavides, porque vos llevás adentro la moral viva -ex-clamó Mungué, quizá en guasa, quizá en serio... ^(x)

Eso, escrito en 1947. Porque, claro, también detrás de este asunto late la cuestión del poder. A Cristo lo mataron porque no exhibió el Poder -el santo y seña- que todos esperaban del Mesías. Eso no se podía decir tal cual, de hecho no se le formuló ese cargo. Pero en cambio, que era un poeta y que por tanto no era el Mesías, era la idea que informaba, que latía detrás de cada acusación. Como fuere, más de medio siglo después, sabemos que Mungué no andaba chingado. Benavides estaba perdido, y además erraba porque Mejía no hablaba en guasa, qué esperanza. Como decimos, Castellani no era enteramente conciente de eso cuando paraba en la Villa San Francesco, lo había sacado de su temperamento de novelista, de su afición poética. Pero acaso era aún más verdad que lo que él mismo se imaginaba.

Es que además, por estos días anda con mucha cosa en la cabeza. Por de pronto, el Cardenal Di Jorio le hace saber que no se ha hecho lugar a su formal solicitud de dispensa del celibato, cosa que, ante la

nulidad del Rescripto con el «indulto» del que tanto hemos hablado, se había tornado cuestión abstracta. Como hemos visto, él lo había pedido porque no quería quedar a medio camino y también, con ese modo un poco suicida de él, para poner en evidencia las arbitrariedades de Roma. En verdad jamás objetó el celibato sacerdotal *qua* celibato sacerdotal. (Aquí advierto que los que no lo leen con aplicación e inteligencia se pueden equivocar en esto).

Pero sí es cierto que Castellani pensó mucho sobre esta cuestión, adelantándose a las superficiales impugnaciones de los progresistas y constatando que las lacónicas respuestas de Roma no tienen fundamento bastante. Y aún hoy, por ejemplo, cuando del celibato se trata, en Roma no se explica nada, no se razona nada, y -sobre todo- no se desea que se menee la cuestión. Desde luego, nada más provocativo para la inteligencia de nuestro hombre, el Castellani que nos conocemos, aplicando todo su talento a fundar, razonar y distinguir en cuestión tan vital. Lástima que no se oye su voz, porque así como Rinsche no lo había dejado hablar de la «educación del seminarista en el arte», así como su carta «provincial» sobre la castidad había provocado gran escándalo en la Compañía de Janssens, así también, ¡hoy día!, en Roma -y en los sectores más conservadores del clero católico- no se quiere que se roce siquiera este tema. Así andamos. ^(x)

Pero una de las cosas que más lo hace reflexionar a Castellani por estos meses es el raro lance que vino a constituir para él como la coronación de espinas en su pasión, como la crema de la torta de tribulaciones que ha tenido que deglutir durante estos horribles meses en Europa.

Una chanchada que le hicieron.

Lo que nunca le pude sacar es la historia del que él llamaba Caín y el último y quizá más grande de los grandes disgustos que acompañaron a la «Marranada». ^(x)

Como se lee inmediatamente antes del texto aquí citado, con «la Marranada» Castellani alude a las circunstancias que produjeron el maldito indulto de secularización. ¿Aquí se refiere a la canallada de Benítez, calumniándolo ante el General y Travi?

Nos parece que no (sobre todo por aquello de que fue uno de los «últimos» disgustos de por entonces). Porque lo cierto es que una de las cosas que más le dolieron a Castellani por entonces, fue la publicación en Buenos Aires de la noticia de que había sido reducido al estado laical. Hasta donde pudo enterarse, la noticia fue telegrafiada desde Roma al P. Moglia, a cargo de la Provincia Argentina de la Compañía, aunque su texto decía simplemente que él había sido reducido al estado laical.

La Compañía de Jesús telegrafió a la Curia Eclesiástica de Buenos Aires que yo había sido reducido al estado laical; es decir degradado. Eso se publicó en el diario *El Pueblo* por medio de un telegrama fraguado, fechado en Génova; y dio origen a una campaña de difamación y calumnias en todo el país, cuyo vehículo fueron los pasquines, tan numerosos, desvergonzados y amorales en ese tiempo.

El fraguador del telegrama fue Julio Meinvielle. ^(x)

Como se ve, la relación de Castellani es confusa y requiere cuidadoso examen -no menos porque aquí cae Meinvielle en la volteada, acusado con nombre y apellido de haber «fraguado» un telegrama... que existió.

En efecto, el propio Castellani refiere que el telegrama salió de Roma -probablemente Travi haya

sido su autor- y se publicó en E P de Buenos Aires. Pero adviértase que Castellani dice que se presentó la noticia en aquel diario como si se hubiese recibido un telegrama de Génova y que ese telegrama fue «fraguado» por Meinvielle.

Difícil de saber qué ha pasado exactamente, pero Castellani -hasta el final de sus días- siempre pensó que, en la hipótesis más benévola, Meinvielle lo publicó con suma imprudencia. Pero de a ratos le atribuye su autoría.

Claro que al principio no lo quiso creer. Sobre todo porque se lo había contado Benítez.

Sospecho que Ud. es el responsable de la «derramación» de la noticia en Buenos Aires. No creo lo que me dijo contra el P. Meinvielle. ^(x)

Pero no, por una vez, parece ser que Benítez no inventó nada. Desde que me enteré de este asunto -y eso, hace cosa de veinte años- siempre quise saber qué había pasado exactamente, sobre todo porque lo traté mucho al P. Julio Meinvielle cuando chico, el cual conmigo fue buenísimo siempre (lástima que no se lo pregunté entonces, porque no sabía la historia). El único que supo decir algo sobre esto fue el finao Sánchez Abelenda que conocía muy bien a Castellani y que fue íntimo de Meinvielle durante muchos años. En las «Jornadas de Homenaje al P. Castellani» se habló también sobre sus relaciones con Meinvielle y el cura Sánchez no le hizo asco al asunto que aquí nos ocupa.

Quiero recordar también otra faceta... tal vez no grata, pero la quiero recordar.

Cuando Castellani andaba con esas grandes dificultades en Roma y lo pararon en Génova y no lo dejaron ir a Roma para hablar con el Papa -a él no le fue bien con el Papa Pío XII-, salió en el diario *El Pueblo* una notita que se atribuía al P. Meinvielle donde anunciaban que el P. Castellani había pedido la reducción al estado laical. Eso jamás fue cierto. ^(x)

Y en otra sesión volvió a relatar el incidente.

Aquí llegó la noticia de que el Padre había sido reducido al estado laical.

Y yo tengo que decirlo -porque ante todo la verdad- que el P. Meinvielle saca la noticia en el diario *El Pueblo*: «El Padre Castellani, reducido a estado laical».

¡Se adelantó! Fue un error, con la mejor buena voluntad, pero, bueno, un error lo cometemos todos, con la mejor voluntad, hoy mañana, siempre: los hombres somos así, ¡qué le vamos a hacer! ^(x)

Yo también, figúrense ustedes, yo también pienso como Sánchez Abelenda (y me parece estar oyéndolo con su timbre tan enfáticamente criollo). Pero al enterarse de este asunto Castellani casi se muere (no menos porque le atribuía malignas intenciones al pobre Meinvielle).

Es que, claro, con lo de Benítez, lo de Janssens, lo de Travi y todo lo que venía pasando, Castellani estaba -digamos la verdad- un poco paranoico. (Como dicen los espías, una vez es azar; dos, casualidad; tres es una conspiración.)

Con todo, y pese a que nunca pudo olvidar del todo este episodio -y recordándolo de a ratos se ponía fulo-, Castellani se esforzó en mantener buenas relaciones con Meinvielle aunque nunca, después de esto, lo volvió a considerar como amigo. ^(x)

Desde luego, aparte del desgraciado incidente que aquí relatamos, Meinvielle y Castellani eran muy distintos en sus temperamentos, en sus modos, en su estética. A mí me parece que Guillermo Romero

mostró esto muy bien con una historia que contó en las «Jornadas» que decimos. Ya fallecido Meinvielle,

un día lo fui a ver a Castellani. Y me dijo: -*¿Sabe lo que me pasa? Tengo que predicar sobre el P. Meinvielle. Ud. sabe lo que lo he querido. Pero no sé qué decir... porque no le gustaba la poesía.* ^(x)

Y así es, como puede confrontar cualquiera en los libros de don Julio. Ahora, aquí no me quiero hacer el pícaro, ni nada, pero Mejía y Fuentes son más del «tipo» de teólogo «à la Meinvielle». Ya sabemos que Mejía terminó entre progresista y oficialista y que Fuentes no es más que un mal repetidor de su padrino, pero es necesario decirlo una vez más: ninguno de los tres tenía temperamento poético.

Y aquí querría poner otro *excursus* puesto que siempre se los analogó a estos dos, a veces con buena intención, a veces por error, las más de las veces con superficialidad.

Como la de Monseñor Giaquinta.

Si bien en el nacionalismo católico militaban notables figuras (Castellani y Meinvielle, a quienes debo tanto) y pregonaban valores fundamentales, tenían una visión miope de la realidad y, sobre todo, de cómo evangelizarla.

¡Qué liberación cuando llegué a Roma! Y encontrarme con Pío XII. ¡Bendito sea Dios! ^(x)

Para «visiones miopes de la realidad» aquí hay bastante, pero la que nos interesa es esta repetida sinonimia Castellani-Meinvielle, Meinvielle-Castellani.

Es un error.

Es cierto que ambos tenían mucho en común: de casi la misma edad, ambos se formaron en ambientes donde los estudios tomistas revitalizaban el pensamiento católico. Ambos se hicieron hombres a la sombra de la explosión europea de los fascismos. Tenían maestros comunes (el primer Maritain, el Cardenal Billot), amigos comunes, inquietudes comunes: la filosofía, la teología, la moral, la política, la historia... y la Argentina.

Los dos hicieron los deberes. Estudiaron largos años, con pasión, con gusto y con verdadera «scholarship». Ambos destilaron el fruto de esos estudios a lo largo de medio siglo en innumerables charlas, exposiciones, conferencias, clases y homilías. Los dos escribieron centenares de artículos y decenas de libros, todos de enjundia, atravesados de lado a lado por una notable pasión de verdad.

Por otra parte, son proverbiales las historias que se cuentan sobre estos dos y su amor a los pobres: Castellani intimando con mozos en los bares, librerías de los kioscos de la Plaza Lavalle, el agente de la esquina o la enfermera del hospital; Meinvielle con su pila de monedas prolijamente colocadas en columnas sobre el escritorio, para ser distribuidas entre diareros y lustrabotas, desocupados o linyeras, lo mismo da. Castellani adoptó durante algún tiempo a un niño hiperkinético que la madre no podía controlar. Meinvielle adoptó durante muchos años al P. Sánchez Abelenda (¡otro niño hiperkinético!). Castellani fue amigo de Leónidas Barletta, Meinvielle del P. Mujica. Meinvielle vivió durante toda su vida una austera pobreza (tenía una capellanía en la Chacarita con la que aseguraba su subsistencia). Castellani, durante sus últimos treinta años, vivió casi en la miseria.

Además ambos eran tremendamente «ortodoxos» si se recuerda la acepción original del término:

rectificaban su inteligencia y saberes de conformidad con el Evangelio y la Tradición, los Padres y el magisterio de la Iglesia. Las veleidades intelectuales más o menos de moda los tenían, a los dos, perfectamente sin cuidado, y jamás cedieron al presunto encanto de las ideas «à la page». Para ambos, el «*dernier cri*» era Atanasio, Agustín, Tomás o Trento. Los dos se mofaban con gran gusto de los «teologazos» del postconcilio.

Ambos eran muy sacerdotales, si acaso eso se puede decir así, «*simpliciter*», aunque, por ahí, precisamente, comienzan las diferencias.

Si bien a la mayoría de los que los conocían a Castellani y Meinvielle estos dos se les aparecía como una creatura bifronte al modo del «ChesterBelloc» que pintó Bernard Shaw, muchos más discutieron en cientos de mateadas o charlas de bar, en pasillos de seminario o carpas de montaña sobre los méritos y deméritos de uno y otro; a partir de los '60 se podía identificar con relativa facilidad quién prefería a Castellani, quién tenía su corazón con Meinvielle.

Porque eran muy distintos. Uno, de apellido italiano; el otro francés. Uno, más bien bajo; el otro, de casi dos metros de altura. Meinvielle, porteño un poco afrancesado; Castellani de tierra adentro, pero anglófilo. Meinvielle del clero secular; Castellani, jesuita. Meinvielle de risa franca, abierta y jocosa. De Castellani nadie recuerda su risa, si alguna vez rió: su media-sonrisa, entre humorística y compasiva, resultaba apenas perceptible al observador perspicaz.

Meinvielle era inquieto, locuaz. No así el hierático Castellani: su timidez era proverbial, («reservado», dicen algunos; «hosco», los más). Castellani vivió buena parte de su vida como un «ermitaño urbano», en la calle Caseros, a escasas cuerdas de la Casa de Ejercicios donde residía Meinvielle. Castellani cultivó la amistad de unos pocos y, en general huía de la vida social. Meinvielle, en cambio, era gregario, de conversación chispeante, muy afectuoso con los que se le acercaban, y su casa -que tenía casi siempre la puerta literalmente abierta- constituía un lugar de encuentro, un foro de amigos, una referencia geográfica para reuniones, debates, «fragotes» o lo que fuera.

Diferían en el modo de hablar: Meinvielle era ceceoso, Castellani carraspeaba frecuentemente. Meinvielle exponía de manera más escolar, más ordenada, más didáctica; Castellani era humorístico, indirecto, muchas veces críptico. Meinvielle recurría al silogismo, Castellani a la parábola. Se notan esas diferencias en sus escritos: Meinvielle jamás anotó una broma, pero casi no hay escrito de Castellani que no tenga una; Meinvielle nunca publicó una novela o una poesía; Castellani, muchas. Los libros de Castellani se pueden leer de pie en un colectivo, o en un furgón de tren. Los de Meinvielle requieren un escritorio y un lápiz a mano (cuando no apretado entre los dientes).

Y en los tópicos. Si coincidieron en algunos allá por los años '30 y '40 (Acción Francesa, Maritain, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial), generalmente sus perspectivas y acentos diferían. Sólo volvieron a un asunto común en la década de los '60, cuando ambos dirigieron su artillería contra ese inverosímil embaucador que fue Pierre Teilhard de Chardin, el gurú de la estulticia evolucionista.

Pero, en rigor de verdad, cada uno freía pescados distintos: Meinvielle se ocupó con todas sus energías del comunismo y del progresismo cristiano; Castellani, en cambio, casi siempre se concentró en el liberalismo y en las lacras que la contrarreforma llevaba escondida entre los pliegues de sus preconciarios vestidos, negros o colorados, lo mismo da.

Los dos veían venir y temían la «globalización», ambos con el Apocalipsis en la mano; pero Castellani pensaba con auxilio de los escenarios hipotéticos que pintaban Benson, Solovieff, Huxley o Ramuz mientras que Meinvielle recurría con preferencia a los Protocolos de los Sabios de Sión o el Zohar. Como me apuntó un sacerdote amigo: Meinvielle soñaba con el triunfo temporal de la Iglesia; Castellani jamás.

En largos años de actividad periodística, Meinvielle fundó varias revistas; Castellani, una sola. Meinvielle publicó minuciosos artículos en Presencia y otros medios, preferentemente volcado a los asuntos políticos del día: Perón y la Iglesia, la Libertadora, Frondizi, la cuestión del petróleo, la laica y la libre, azules y colorados, y así sucesivamente. No así Castellani -sobre todo después de su expulsión de la Compañía- que se ocupó más que nada en comentar las Escrituras -sobre todo el Evangelio y el Apocalipsis-, de escribir artículos de crítica literaria, poesías o, cuando incursionaba en temas políticos, valiéndose de las cuestiones circunstanciales como plataforma didáctica para explicar cosas de más fuste.

Cincuenta años después, la mayor parte de los escritos de Castellani resultan de enorme actualidad, como que sus libros se reeditan, año tras año. Los de Meinvielle, muchísimo menos.

Hicieron migas a mediados del '35, Castellani recién vuelto de Europa después de seis largos años de estudios, y Meinvielle comenzando a hacerse famoso por sus eruditas clases en los Cursos de Cultura Católica. Esa amistad duró hasta el '47 cuando el desgraciado incidente del telegrama que aquí hemos contado.

Pero, a decir verdad, pese al respeto y admiración que se profesaban mutuamente, no tenían igual parecer respecto de muchísimos asuntos: en particular, diferían en cuanto a qué asuntos tenían más importancia.

Meinvielle siempre fue y se profesó nacionalista sin enmiendas ni raspaduras: lo escribió, lo dijo, lo vivió hasta el fin de sus días, pese a las protestas de algunos de sus discípulos (por caso, Aguer y Buela). No así Castellani, que comenzó a tomar distancia con muchos de ellos a lo largo de casi cuarenta años. Como hemos tenido oportunidad de ver, la relación de Castellani con el nacionalismo argentino es cuestión menos fácil de comprender que lo que han creído la mayoría de los nacionalistas y a primera vista resulta contradictoria. Sin embargo, Castellani se había explicado bien, por más que hayan sido muy pocos los que lo supieron entender.

Meinvielle era nacionalista «*tout-court*», sin vuelta de hoja: en la década de los '60 fundó «Tacuara»; en los '70 intentó reflotar a la Alianza Libertadora haciéndolo traer a Queraltó y promocionó el lanzamiento de la revista *Cabildo*.

Castellani decía que había que «hacer verdad»; Meinvielle que había que hacer de todo.

Castellani vivió en permanente conflicto con las autoridades eclesiásticas. Fue expulsado de la Compañía, puesto al margen de la Iglesia Oficial, su nombre arrastrado por el barro y «suspendido a divinis» durante más de diez años. Si acaso Meinvielle tuvo diferencias con sus superiores, su figura jamás se vio manchada por escándalos parecidos.

En la fecha más importante del s. XX para este país, el 17 de octubre de 1945, Meinvielle salió a la calle a ver qué pasaba. La muchedumbre de argentinos que concurría al centro de la Ciudad para

pedir por la libertad de Perón, cifra de sus argentinas ilusiones y esperanzas, al ver a un sacerdote católico, lo alzarón y llevaron en andas hasta la mismísima Plaza de Mayo.

Castellani, en ese momento, predicaba Ejercicios Espirituales.

Murieron a escasos años de distancia. Meinvielle en un sanatorio, acompañado por Monseñor Derisi, ofreciendo sus dolores por el triunfo de la Iglesia y de la Patria. Castellani falleció en su casa, acompañado por la mujer que lo cuidó durante muchos años y un par de amigos, musitando palabras misteriosas...

En el entierro de Meinvielle hubo varios obispos e innumerables sacerdotes. En el de Castellani se vieron dos o tres sotanas: las de los padres Sánchez Abelenda, Puyelli, acaso la de Ezcurra y quizá alguno más que se me olvida.

Eran, como se ve, bastante diferentes. Y hoy día, mientras esto escribo, se notan mucho más esas diferencias en sus discípulos, quienes reconocen filiación espiritual o intelectual en uno u otro («Meinviellistas» y «Castellanianos» son muy diferentes).

Como fuere, pocas cosas le dolieron más a Castellani que éste asunto de un telegrama por el que todo el país creyó que había sido reducido al estado laical.

Efraín Martínez Zuviría, el sobrino de Hugo Wast, me contó que cuando leyó la noticia (en un tranvía) se le cayó el diario al suelo... ¡Castellani colgando la sotana! ¡No lo podía creer! Eso me lo contó a mí en 1995, casi cincuenta años después que había ocurrido, y, recordando el impacto que le había producido semejante noticia, aún se mostraba tremendamente conmovido; y eso que no lo conocía personalmente.

Él, con su «maldita» imaginación, en su soledad y desamparo en Roma, podía figurarse tranquilamente cómo sería la comidilla de tantas reuniones, el objeto de escarnio y reprensiones, la hora más gloriosa de sus enemigos, la silenciosa humillación de quienes lo querían...

Aún Benítez, fíjense ustedes.

Tu postal de 23,IV me ha devuelto el alma al cuerpo. La anterior me había dejado entontecido, inánime, con ganas locas de morirme. He pedido a Dios que me envíe a mí la muerte con cáncer, lepra o demencia, antes que consintiera que dieras tú el espectáculo de refugiarte en el laicado para huir de no sé qué dificultades. ^(x)

Sí, después de todo lo que hemos dicho en «*De Amicitia*» sobre Castellani y sus amigos, hay que reconocer que este golpe ha sido duro, durísimo, de digerir.

Así que ya saben. Está parando con Mejía y Sabas Gallardo en la Villa *San Francesco*. Se le muere el hermano y su único intento es tratar de volver a Buenos Aires a consolarlo en su agonía. Pero se entera ahora que allí en su país le esperan interminables explicaciones, desmentidos, aclaraciones...

Está medio loco con tanta cosa, porque además, ve a través de cada sucedido el significado último de tantos papelones, malentendidos, diferencias de parecer. Y lo conjuga con lo que ve a su alrededor.

Oí en Roma una conferencia de Maritain, ante inmenso público con cardenales y mucho clero, que formalmente era inatacable, cuidadísima; pero cuya orientación me pareció traducía en el fondo enfocamiento doctrinal poco seguro en Teología. Puede que me equivoque. En Roma tiene muchos valedores. ^(x)

A lo mejor eso explica el chusco episodio que Mejía le contó a mi padre. Resulta que Maritain hacía una gran recepción en la embajada de Francia, siendo reciente su designación de embajador ante el Vaticano. Castellani le pidió a Mejía que lo acompañara y allá fueron los dos, una tarde de la primavera romana de 1947. Al llegar a la embajada, vieron que se formaba una larga fila de a dos que presentaban sus respetos a Raïssa y Jacques, ambos muy formalmente vestidos para la ocasión. Cuando les tocó el turno a Castellani y Mejía, Castellani le espetó a Maritain: «*C'est dommage que vous êtes devenu un hérétique...*» (es una lástima que se nos ha vuelto hereje). Mejía pedía que se lo tragara la tierra. Se hizo un largo silencio en el que nadie atinó a decir nada...

Como se ve, puro Castellani, más loco que nunca. ^(x)

En fin, estos tres «J.M.» (Jorge Mejía, Julio Meinvielle y Jacques Maritain) se le cruzaron en la vida a Castellani en momentos decisivos. Quiso a los tres para luego, por distintas razones, desengañarse de los tres. Los tres no tienen, en verdad, mucho en común. Mejía no fue especialmente maritainiano. Meinvielle no lo quería a Mejía -y viceversa. Meinvielle se pasó la mitad de su vida refutando a Maritain. Maritain era demasiado francés para ocuparse de lo que pensaran los teólogos sudamericanos. No, no tenían nada que ver entre sí.

Pero habrían coincidido en una cosa, digan si no: Castellani era un buen literato, quizá un buen filósofo, pero su teología... bueno, tenía ese estilo un poco desparejo, poco fiable, no enteramente seguro... un modo, ¿qué sé yo?, poético, ¿no?

Exactamente el mismo cargo se le hizo a Chesterton y Castellani fue su defensor.

¿Es esto Buen Sentido? ¿Es esto lógica?

Pues sí señor; pero es la lógica haciéndose la loca; esa filosofía que según Pascal se burla de la filosofía. Es el Sentido Común borracho.

-¿De qué, borracho?

-Borracho de Poesía y Teología. De bracete con su hija la Alegría de vivir. ^(x)

Claro que esto produce broncas grandes, como Castellani tendría que experimentar en carne propia.

El poeta y el santo tienen el poder de imaginizar las cosas invisibles (el uno en su obra, el otro en su vida) las cuales, aquellos que no las ven, dan como inexistentes. En consecuencia, los fariseos los tienen por locos, y por locos peligrosos. ^(x)

Locos peligrosos que *imaginizan* las cosas invisibles... ¿es esto lógica? ¿es esto buen sentido?

Y bien, quien pueda entender que entienda.

*

Incluso los relojes rotos tienen razón dos veces por día, y algo hay en los cargos contra Castellani. Sí, claro que era desordenado, por supuesto que no pueden tomarse al pie de la letra todas sus

afirmaciones. Desde ya que no respeta los cánones literarios más ortodoxos. Porque es original, no repetidor. Porque piensa por sí y ante sí y no se conforma con el saber convencional. Porque es un pensador sediento de verdad, no un académico de carrera o un «trepador» interesado en sacar partido personal de sus ideas. Más bien al revés: sabe que sus ideas son su perdición. ¿Pero si era verdad, qué podía hacer, pobre Castellani? De todos modos, digan ustedes si la suerte de Mejía es envidiable, aún en esta vida. Te la regalo. En lo que respecta a Meinvielle, digamos la verdad, aún sus largos años de polémica con Maritain no tienen la andadura, la actualidad, la frescura de los temas que encaró Castellani (por no mencionar el papelón que constituye su epílogo a «De Lammenais a Maritain») ¿Dije Maritain? Bueno, pobre Maritain, es el autor intelectual de un enorme despelote del que luego se lamentaba como si no hubiera tenido nada que ver... Lo estoy viendo, al pobre Jacques, a merced de los vientos de la historia -y de Raïssa. Sus escritos quizá conserven alguna actualidad, es cosa discutible. Y si alguna vez fue una de las grandes cabezas del renaciente catolicismo de comienzos de siglo, se me hace que con el correr del tiempo su obra va perdiendo vigencia comparada con la de los poetas que nos sabemos: Chesterton, Lewis, Bernanos, Tolkien, Péguy, Thibon... ¡Ah, me olvidaba! Y Castellani.

*

Capítulo XXVI

MAGNÓPOLIS

Roma

1947

*¡Ojalá sea Job probado hasta el fin,
por sus respuestas de hombre impío!
Porque a su pecado añade la rebelión...
y habla cada vez más contra Dios.*
Job 34:36-37

Antes de partir para Buenos Aires, Castellani se entrevistó con Travi y allí el Asistente se despachó a gusto.

En la conversación de ayer con el P. Travi, mi gran disparate, mi pecado más grande, el que impedirá quizá el perdón e impone que se me haga sufrir más, es haber tramitado directamente con la Santa Sede, sin la mediación de la Compañía...

Yo sé delante de Dios que ése no es mi mayor pecado; yo sé que no es ningún pecado. ^(x)

Pero en Génova ya había pensado sobre este asunto.

El Capitán Farrell [...] ha tenido una audiencia del Papa sin pedirla, llamado de Roma por un telegrama: no tiene nada absolutamente que decir al Papa, anoser una piadosa curiosidad. Yo, sacerdote y religioso, tremendamente preocupado, enterado de todos los problemas de la Argentina, estoy pidiéndola con súplicas y me tienen cruelmente inmovilizado en Génova. ^(x)

Claro, tiene razón Castellani, todos los moralistas le darían la razón... a menos que lo consideraran imprudencia. Es que Travi le está pasando la factura de lo que nosotros hemos venido viendo en los últimos quince años de la vida de nuestro hombre: «puentear» a las autoridades es juego peligroso, pocas veces ganancioso y, aún en el mejor de los casos, te ganás por lo menos un enemigo. ¿Pecado? Bueno...

Es cosa que Castellani jamás, nunca aceptaría. Impugnaría la acusación una y otra vez. No cedería en esto, insistirá toda la vida en que, por encima de cualquier otra consideración, fuero o reglamento, rige el fuero paterno, la compasión, la aplicación al pie de la letra de la ley de la caridad, que como todos sabemos, deroga, aplana y deja en la sombra a cualquier otra ley.

Una cosa peor que el pecado, fuente de grandes pecados, es la dureza de corazón, la mutilación de la conciencia, la desecación de lo sacro, que Cristo llamó «pecado contra el Espíritu Santo». Es el pecado vuelto ley, el pecado impregnando por dentro una ley vacía, el fenómeno a que sin duda se refiere

S. Pablo en el oscuro pasaje sobre la ley del pecado que hay en la Ad-Romanos.

Porque una sociedad o una institución humana se deseca cuando los grandes gestos vivientes y las grandes palabras espirituales que le dieron origen se han convertido en ritualismo hipócrita, en actitudes convencionales o en lugares comunes manejados con ignorancia o malicia. ^(x)

¿Pecado el querer tratar directamente con la máxima autoridad? Castellani se niega a apartarse de la

letra del Evangelio, institución o no institución, qué diablos.

No seremos juzgados acerca del «principio de la obediencia» o acerca del principio de autoridad, sino acerca de nuestra misericordia con el prójimo. [\(x\)](#)

Por esto es necesario señalar que Castellani se instala en el centro del evangelio cuando pide compasión de parte de sus superiores. Que no obtiene:

hubo una distancia entre la caridad que yo necesitaba y la caridad que existía: hubo un déficit. Y como la caridad es lo que da la comprensión, faltó comprensión en una forma tal que «quisieron darme muerte (o me la dieron) creyendo con eso hacer servicio a Dios». [\(x\)](#)

Por otra parte, hay que ver que Castellani comprende bien que si se convierte un organismo vivo, como debiera ser la Compañía o, la Iglesia misma, en una máquina, sus jerarcas nunca podrán ser bondadosos, inteligentes y humanos, hombres que conocen a sus ovejas una por una, a imagen del modelo de Buen Pastor que legó Cristo a su Iglesia. Si la máquina fuera un cuerpo vivo, sus jerarcas no serían funcionarios sino pastores.

Así fue San Agustín, y así dice San Pablo que deben ser los obispos, y de San Pablo lo tomó Santo Tomás. Me dicen «no es ningún teólogo pero es un buen administrador»...

Pues bien, no debería ser obispo, debería ser gerente de Harrod's, según Santo Tomás. [\(x\)](#)

No sé si se entiende bien: si la institución se «maquiniza», necesariamente sus dirigentes se convertirán en fríos ejecutores de automáticos reglamentos, su apostolado se convertirá en propaganda y, claro, allí no hay lugar a la caridad que siempre supone una relación de tú a tú, personal, intransferible, única. La organización institucional es instrumental, pero puede transformarse en un ídolo con lo que todo lo demás será «instrumentalizado».

Incluso un tudesco como el Cardenal Ratzinger, puede advertirlo.

La Iglesia -no me canso de repetirlo- tiene más necesidad de santos que de funcionarios. Me agrada también ese sentido humano de los latinos que deja siempre espacio para la persona concreta, aunque dentro de la necesaria urdimbre de leyes y códigos.

La ley está en función del hombre, y no el hombre en función de la ley; la estructura tiene sus exigencias, pero éstas no deben sofocar a la persona. [\(x\)](#)

Y el «maquinismo» es cosa harto peligrosa.

Filosóficamente, la cosa tiene su raíz en una «mecanización» sociológica de los grandes organismos espirituales, semejante a la arterioesclerosis: la máquina sustituye a la mente y los automatismos a las inteligencias; fenómeno general del mundo contemporáneo. [\(x\)](#)

Lo que anticipa cosas peores.

Defendiendo que la caridad está por encima de todo, el catolicismo se ha defendido contra el temible «endurecimiento» de lo ritual, contra la propensión invasora del automatismo. Cuando «se resfríe la caridad en muchos» sobrevendrá la espantosa corrupción de lo religioso que Cristo llamó la Grande (y Última) Tribulación. [\(x\)](#)

En semejante situación, ¿qué hacer? Puede ser que -como hemos visto una y otra vez- Castellani se equivoque, elija caminos erróneos, reaccione mal, caiga en malentendidos, papelones y situaciones trágicas. No, no diremos que no. Pero, claro

¿Qué ha de hacer un cristiano en un[a] Iglesia decaída, digamos corrompida; un hombre de verdad a quien le toca el sino de vivir en mala época? ¿Qué es lo que le exige y le permite la fe? ¿Puede callar? ¿Está obligado a hablar? El problema se complica terriblemente con otras preguntas. ¿Que misión pública tiene? ¿Hasta dónde está corrompida la Iglesia? ¿Qué efecto positivo se puede esperar si chilla? ¿Cómo ha de chillar? La obligación expresa de «dar testimonio de la Verdad», que fue la misión específica de Cristo, se vuelve espinosa en Sócrates, angustiosa en un pastor como Kierkegaard, perpleja hasta lo indecible en un simple fiel. ^(x)

Claro que la caridad no se le puede exigir a nadie; ¿o sí? ¿Un religioso puede exigirle caridad al Superior, que deje de lado cánones, reglamentos, usos y costumbres y lo trate al subordinado como a un hijo?

No se ha concedido nada de cuanto he pedido, [Janssens] me ha manejado a golpe de preceptos, no se ha interesado por conocer mis sufrimientos, no me ha visitado cuando estuve enfermo, no ha deseado mi presencia y conversación, como es propio de la amistad, me mandó el médico y el P. Travi a visitarme, casi por fuerza, mi problema no le interesa sino en función del problema de la Compañía, sus cartas no me han traído sino negativas y preceptos difícilísimos, no parece tener ninguna idea de los esfuerzos que me impone... ^(x)

Sí, claro que la caridad es exigible a todos (y más a un Superior), eso está en el Evangelio, y si no, ¿para qué todo lo demás? (sin esto habría, tal vez, «Compañía», pero, ciertamente, no sería «de Jesús»). Por otra parte Janssens y Travi tienen razones de su parte: he aquí uno de los 28.000 jesuitas de la Compañía que no se «amolda», que no se «ajusta» al orden necesariamente un poco mecánico en una organización tan grande. ¿No pretenderá Castellani que la Compañía se amolde a su sola personalidad?

Ahora bien, si el lector no queda perplejo con todo esto es que no ha entendido nada. Pero si lo está, si se encuentra algo confundido entre una y otra cosa, quizá lo que sigue le resulte especialmente interesante.

Lo espantoso de mi «caso» es que mirado desde mi subjetividad, los Jerarcas Eclesiásticos actuales han hecho conmigo el «pecado de muerte», el último delito, el que no tiene perdón de Dios: a saber, han atropellado la misericordia y la justicia en nombre de Jesucristo, es decir, en nombre de la misericordia y la justicia. Han hecho exactamente como si Jesucristo hubiese bajado de nuevo a la tierra, se hubiese manifestado a ellos, y ellos lo hubiesen condenado a muerte de Cruz. Las proporciones de mi caso pueden ser mínimas (le aplico la lupa para verlo mejor) pero el significado es exactamente el que digo (mi lupa no desfigura).

Esto por un lado.

Por el otro lado, mirado desde la objetividad, ellos tenían que hacer lo que hicieron. Interrogados por un fiscal (que no sea Dios) ellos pueden justificar su actitud con la luz de la razón, demostrar que no podían hacer otra cosa. Y eso es lo espantoso: que la Iglesia Jerárquica o el Vaticano haga hoy día cosas directa y paladinamente contra el Espíritu de Dios... *que no pueda hacer otra cosa*. Eso es abismal.

Éste es el problema que ha puesto de una vez por todas, Dios ante mí; o mejor dicho: dentro de mí y sobre mí, como la montaña sobre Atlas o la espuela de la carne en San Pablo.

Mi tarea en este mundo es resolver este problema. No lo resolveré ni con palabras ni con raciocinios ni con un sistema filosófico o teológico, sino con mi vida. Al morir yo quedará resuelto el problema objetivamente; si la gente después lo pondrá en limpio para sí mismos, subjetivamente (para lo cual tendrán que pensar bastante) o no lo podrán, eso no me atañe, no lo sé.

Pero pienso que algunos lo harán (por lo menos una persona que yo sé) porque Dios no hace las cosas de balde y hay «*de la suite dans les idées*». ^(x)

En fin, volviendo a nuestro relato (también hay «*de la suite dans les faits*»), la suerte ya estaba echada, Janssens no lo recibiría a Castellani y éste se ha dado por vencido.

Pero ahora un solo asunto domina su espíritu: volver a Buenos Aires, cuanto antes, a ver a su hermano.

Eran las 10 de la noche, a la madrugada siguiente tenía que salir por avión a Buenos Aires, el P. Francisco Gasa, mi gran bienhechor, me estaba dando y explicando los papeles jurídicos del caso junto con algunos consejos sabios, todo en buen latín. Debía viajar con el P. Alonso S.J., detenerme un día en Río para esquivar el «recibimiento» en Bs. Aires, llegar de incógnito y marcharme de inmediato al chaco santafesino a reponer con un descanso mis nervios maltratados y el cuerpo tundido; después retomar tranquilamente mis clases en el Instituto del Profesorado. Ese era el plan. El hombre propone y Dios dispone.

Cayó de golpe el P. Alonso al grupo (estaba allí también el P. Sabas Gallardo) y me dijo:

-Ché, de parte del P. General, que te quedes.

-¡Cómo!

-Que no puedes salir de Roma.

-¡Es imposible! ¡Yo estoy enfermo! ¡Yo no doy más! ¡No tengo yo nada que hacer aquí!

-Bajo pena de rebeldía.

Comenzaron a alegar y a aconsejarme que me quedara. ¿Qué iba a hacer? Era religioso y tenía que obedecer, costara lo que costara. ¡Mi pobre hermano! El P. Alonso me daba esta razón: ¿no has venido a Europa para hablar con el P. General? ¡Pues ahí lo tienes! Otra vez alumbró en mi corazón la esperanza de «entenderme» con mi Superior Mayor y volver después a mi patria en sosiego.

Al día siguiente vi a Nuestro Padre. ^(x)

Por fin; estamos a 8 de abril de 1947 y entrevistarse con «el Padre» le ha costado no menos de tres meses de increíbles sufrimientos, e incluso esta nueva demora en su partida que le cuesta sangre al pensar en la agonía de su hermano.

Pero ahora sí.

Al día siguiente vi a Nuestro Padre. Es un hombre menudito, rosado, pelo cano y una sonrisa un poco triste, como estereotipeada. La entrevista fue un fracaso, y todavía no he cesado yo de reprocharme mi falta de virilidad en ella.

Cometí el error de hablarle en francés por cortesía, sin reparar en que mi francés estaba muy «ensopido» [...] de italiano; y esto unido a la emoción y al cansancio nervioso, prácticamente me amordazó. Habló él casi todo el tiempo. Empezó diciendo:

-Subjetivamente Ud. habrá creído obrar bien; pero objetivamente ha cometido la mar de disparates.

Contesté:

-Pido perdón a la Compañía de lo que le he hecho sufrir...

La contestación mejor hubiera sido («no se achique, Padre. Acuértese que somos argentinos»):

-¿Cuáles disparates, por ejemplo?

Esto podría dar pie a entrar a una aclaración de hechos, conveniente a ambos. Pero perdí mi ocasión.

Mi jerarca dio también algunas excusas:

-«No sabía que usted estaba en situación tan desgraciada... De otro modo le habría otorgado licencia para venir.. Realmente, lo que escribió en su confesión no era materia para ser tratada por escrito...» etc...¹⁴

Después me dijo:

-Permítame que tome el bisturí... y acto seguido me dijo que saliese de la Compañía de Jesús porque mi temperamento me hacía absolutamente incompatible con la disciplina de la Orden.

Otra vez erré la respuesta; que pudiera haber sido:

-Es curioso que Ud. que no me conoce, me juzgue incompatible con la Orden en que he vivido con los 30 años y donde cinco Padres graves que me conocen bien han certificado poco ha con juramento que era apto para la Profesión Solemne de 4 votos.

O más brevemente:

-Si mi temperamento es incompatible con la Regla, eso lo debieron haber visto Uds. en el Noviciado.

Pero respondí en cambio con abatimiento:

-Ésa es una cosa que debo pensarla. En efecto, jamás la había pensado. ^(x)

Aquí hay dos asuntos por tratar. Uno, el asunto de su «temperamento incompatible»; el otro, que nunca antes había pensado en salirse de la Compañía (porque es cierto, sus diarios, tan reveladores de todas las inquietudes de Castellani muestran por la ausencia de este tópico que Castellani jamás pensó en eso antes de que se lo propusiera Janssens).

A primera vista, la cuestión de que Castellani tenía un temperamento inconciliable con la preceptiva de la Compañía parece argumento razonable. Así lo formuló, por ejemplo, Guillermo Romero:

Lo conocí a él personalmente y lo frecuenté mucho tiempo [...] Yo creo, más bien, que [Castellani fue expulsado de la Compañía por razón de] un conjunto de cosas... de pequeñas «desobediencias», entre comillas, trenzadas por una personalidad excepcional, es decir, difícil de juzgar con parámetros comunes -lo que decían sobre «el singular» ustedes ayer-, lo que lo hacía en realidad no apto para una vida cenobítica o para una vida de comunidad.

Eso le pasa a muchos grandes santos, le pasa a muchas personas que no son santos y que sin embargo son éticas... No pueden vivir en comunidad porque no tienen la virtud de la obediencia en grado sumo que tienen otros. La obediencia formal, me refiero, la formalidad exterior al menos. ^(x)

Pero no es «su temperamento» lo que lo traiciona, lo que lo «singulariza», lo que le «impide guardar una obediencia formal». Castellani, como hemos dicho antes, es de una sola pieza; y tiene clara percepción de lo que se le achaca.

El P. Castellani en 10 años no ha hecho más que un montón de bazofia, locuras, imprudencias, rebeliones y disgustos a sus Superiores. De lo cual parece concluir alguno que soy inconciliable «a natura» con el bien y la gloria de la sociedad de San Ignacio, y que ésta debe ponerme enérgicamente en «el plano inclinado», y dar el empujón decisivo... ^(x)

Pero los «*sed contra*» de Castellani deben ser tenidos en cuenta, no sólo éstos que acabamos de transcribir (las cosas que no le dijo a Janssens -y que creía su deber decir). Muchos años después, se mantenía en sus trece.

Mis amigos dan explicaciones halagüeñas para el amor propio. Halagüeñas y desesperantes: «Se le castiga por tener talento». Se le castiga por amar a la patria. Cayó porque amó demasiado a la Compañía. Es un idealista incapaz de intrigar. Es un artista y los artistas no pueden vivir entre los jesuitas, la historia lo prueba. Se equivocó de vocación. La castigan por enfermo, superponen un yugo a otro yugo. «Tiene demasiada sensibilidad»... pamplinas. Explicaciones superficiales o meramente negativas. Atrevámonos a decirlo todo, aunque sea temblando. El fariseísmo existe en la Iglesia: es la corrupción específica del sacerdocio. Una y otra vez el fermento del fariseísmo se hincha en la Iglesia y es vencido por las fuerzas de santidad de la Iglesia, guiadas e infundidas por el Espíritu de Dios. Pero para ser vencido requiere víctimas. Y llegará un día en que ya no será vencido. Ese día marcará el fin de este siglo, la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar. ^(x)

Sí, en verdad que la cuestión del «temperamento» de Castellani no alcanza a explicar, ni por pienso, lo sucedido. (Para el caso, el argumento funciona en ambos sentidos: ¿y si los que tienen mal «temperamento», «temperamento» incompatible con la Compañía, son los Janssens y los Travi? En verdad, es lícito preguntarse si «los otros» no tenían un «temperamento» que a Ignacio de Loyola no le hubiese gustado nada. Que sean más, no le pone ni le quita al argumento en sí. Muchos menos que tengan puestos de gobierno.).

Y en buen cristianismo, casi siempre la razón está del lado del débil, del impotente, del quebrantado.

Aquí hay un caso *aut-aut*, discúlpenme todos los que han recortado un Castellani a su guisa. O él es un sujeto de temperamento rebelde, quisquilloso, excitoide y poco confiable -y entonces los que lo expulsan de la Compañía tienen razón.

O tiene razón Castellani, qué tanto.

¿Cómo que tiene razón? ¿En qué habría que dársela? En que sus superiores eran fariseos, fíjense...

(De modo que terminemos de una buena vez con el «Castellani de figurita», ese que cada cual se pega en su álbum de conocidos, el que resulta divertido, ocurrente, simpático, gracioso y... loco). Cuando uno se topa con el fariseísmo se radicalizan las situaciones: o Cristo era Dios, o había que matarlo. El tercio está excluido.

Con lo que vamos al segundo punto. A Castellani ni se le había ocurrido que debía salirse de la Orden, máquina o no máquina. Esto da que pensar, digan si no. Si hubiese aceptado la propuesta de Janssens, podría haber arreglado su vida con un obispo amigo (los tenía), se dedicaría a estudiar, a enseñar, a escribir, sin las innumerables dificultades que se le planteaban dentro de la Compañía.

Pero eso, ni se le ocurrió, fíjense, hasta después de esta entrevista con Janssens...

anduvimos a carta va y carta viene los tres penosos meses que permanecí en Roma. Sus cartas insistían invariablemente sobre el tema «salga de la Orden» y las mías decían en diferentes maneras: «*Ni yo tengo motivos para salir de la Compañía ni Uds. tienen motivos para echarme*». ^(x)

¿Por qué? ¿Por qué Castellani se obstina en quedarse a merced de estos tipos a quienes conoce tan bien y que se han mostrado una y otra vez como enemigos? ¿Por amor a sus enemigos? ^(x)

La respuesta no es fácil.

Hemos de ser *Hombres de la Compañía* a fin de ser hombres de la Iglesia y hombres de Cristo. Estando en esa escala, no se puede amar demasiado a la Compañía. El que es hombre de Cristo es hombre de la Compañía por eminencia.

El que es hombre de la Compañía exclusivamente y no se mueve en la escala hacia Dios, tiene amor tuerto, que puede ser malo y dañino, como el amor exclusivo y apegado a cualquier cosa creada.

Yo no soy ninguno désos, porque no soy hombre, por ahora al menos. ^(x)

Pero, en cualquier caso, después de que Janssens instaló el asunto en su conciencia, Castellani ya no estaba ciento por ciento seguro de que debía quedarse a cualquier precio. Incluso se lo pregunta a un médico. Después de hacer una detallada relación de sus padecimientos psico-somáticos, Castellani inquiere si

1° io sia ammalato o sano; 2° se posso menare la vita ordinaria di una comunità religiosa; 3° se posse aver eperanza di migliorare o guarire. ^(x)

Claro, como se ve, la cuestión está planteada médicamente: quizá no le fuera posible permanecer en la Compañía por razones de salud. Pero con el paso de los días y a fuerza de «pensarlo» como le había prometido a Janssens, comienza a aceptar lo inevitable: si los superiores no quieren que se quede, con el poder que tienen, no hay tutía, se va tener que ir.

¿Quiere Ud. pues mi secularización? Ayúdeme a conseguirla, por amor de Dios, porque yo solo no puedo. Déme los medios de volver a la Argentina y encontrar un obispo benévolo, y la aceptaré como una cosa inevitable. ^(x)

Ciertamente, Castellani no está en condiciones de negociar (como sí lo estaba Benítez unos años después, que consiguió la reducción al clero secular sin ningún inconveniente). Pero si lo estuviera, no caben dudas de que trataría de mantenerse dentro de la Orden, al precio que fuera.

Fui a Roma y después de un tiempo fui recibido por el Padre Janssens, quien me conminó a dejar la Compañía. Y no acepté. Yo no quise. ^(x)

En parte, seguramente porque Janssens

me conminó a salir de la Compañía de Jesús; pero bajo las condiciones que él determinaría. ^(x)

¿Qué condiciones? Bien, que se mantenga alejado de Buenos Aires,

como de su carta recibida consta, [que Ud.] se inclina a la secularización, nuestra ayuda en este caso no faltará. Para esto será necesario que S.R. por escrito pida el indulto a la S. C. de Religiosos y además le presente cartas de un «Obispo Benévolo», que lo reciba; para conseguir un Obispo benévolo

-fuera sin embargo de la Ciudad y Provincia de Buenos Aires- escriba Ud. al Obispo candidato o encargue a alguno que lo quiera ayudar. ^(x)

Dos días después Castellani contestó señalando que

V.R. por un lado muestra deseo de que me «secularice» y muestra tener medios eficaces para que yo también lo desee; por otro lado me quita los medios de subsistencia futuros y a mí posibles, que son mis cátedras; las cuales no están en la luna, sino en la Provincia de Buenos Aires...

Notable como Castellani escribe, aun en estas pésimas condiciones, con vigor y algo de humor. De todos modos, escribe negro sobre blanco lo que decimos.

Yo no tengo actualmente la voluntad de salir a cualquier costo de la Compañía; como le manifesté claramente en mi carta anterior y le repito en ésta. Nunca la he tenido.

Y en una postdata nos revela su verdadero sentir.

Yo no pediré la *Exclaustración* mientras reste sombra de esperanza; es decir, mientras la «secularización» no me sea simplemente «impuesta» por la violencia, sea física, sea moral.

No quiero hacer a mi madre la Compañía la injuria de dejarla para dar gusto al capricho o al error de algunas personas. ^(x)

Ya se ve la punta de la cuestión: Castellani análoga la Compañía a la Iglesia misma: su madre la Compañía no se identifica necesariamente con los que circunstancialmente la gobiernan. En el caso de la Iglesia, esta distinción resulta tan difícil como necesaria; pero en el caso de la Compañía... no sé

qué pensar (afortunadamente no soy jesuita). ^(x)

De todos modos, como dice mi amigo Eduardo Allegri, son ellos los que están desubicados. Es verdad que en el marco oficial puede que calcen muy bien. Pero el marco es falso. Yo me ubico en el marco verdadero y entonces *son ellos* los desubicados (las cursivas me pertenecen).

Y no tengo por qué irme. ^(x)

Además, Castellani le está agradecido a la Compañía por todos los bienes que recibió de ella y por eso le ha parecido que debe quedarse, aunque más no sea por gratitud a todos esos jesuitas que lo formaron cuando joven; siempre recordaba con cariño a los PP. Marzal, Parola, Feliú, Llussá y tantos más.

De todos modos no puede elegir mucho. O acata la sugerencia de Janssens, se exclaustra y se vuelve al país a pedir obispo benévolo lejos de Buenos Aires, o ¿qué?

El P. Gasa, un joven profesor argentino muy buen amigo y el P. Travi S.J. estaban trabajando esta solución: que me mandasen a reponerme por 9 meses o un año al Chaco Santafesino (con Mundo [el marido de su hermana Magdalena], por ejemplo) dejando así que se calme también el batifondo de Buenos Aires.

Esa solución, para mí deseable -porque otra más justa, por ahora es imposible- estaba por producirse, cuando llegó aquí Benítez y echó a perder todo, informando contra mí, haciendo obra de mal amigo y aun de hombre felón, alarmando más al General y aun procurando se me expulse de la Orden con ignominia. No ha vacilado en decir que yo estoy enamorado de una mujer, que vine a pedir dispensa del celibato (la cual nunca se concede) para casarme con ella y que quiero volver a la Argentina para verla; lo cual es una calumnia y una estupidez [...].

Por algún motivo u otro, Benítez parece tener un interés sumo en que yo no vuelva a la Argentina. Así me lo dicen las personas que han hablado con él, y sus obras lo confirman. ^(x)

Medio siglo después, hablando conmigo, Benítez me dijo que sí, que le parecía que Castellani debía salirse de la orden, que no había otra solución, que si lo mandaban a reposarse en alguna casa de la Compañía era capaz de «incendiarla». Y que Castellani estaba enamorado de Alicia.

Es rara, muy rara la traición de este hombre, quien había sido discípulo, confidente y amigo íntimo de nuestro autor.

¿Celos, envidia, qué diablos?

Pirandello ha sentido y representado una gran verdad al exagerar el sentimiento de los místicos de que Dios sólo nos conoce y en Dios solamente nos conocemos: sin Dios, incluso la conciencia propia se disuelve en las opiniones que los demás tienen de nosotros. Somos personas innumerables en los ojos de los demás, que cortan de nosotros retratos a su guisa y después quieren que nos movamos de acuerdo al retrato, hasta llegar a irritarse, indisponerse y tenernos por locos si obramos diversamente. ^(x)

Algo así... No lo sé del todo pero siempre recordaré la rara sonrisa con que él me contaba todo esto, tantos años después de muerto Castellani, con total franqueza (¿o cinismo? De nuevo, no tengo cómo saberlo.). En fin, Castellani, con o sin Judas, está en un nuevo «impasse»: no se resuelve su situación, no se le formulan cargos en legal forma, no se le da oportunidad de explicarse, no se le permite volver al país.

Reconstruyamos la cronología de la cosa: el 30 de marzo llegó a Roma; el 8 de abril se entrevistó con Janssens; y ahora, el 16,

Noticia gravedad Carchín. Golpe terrible, desconcierto, tristeza, iracundia hacia los responsables de la demora en Génova. Tentación fuerte de difidencia y desesperanza. Mejía y Gallardo me llevaron como un autómatas a la Embajada y a hablar por teléfono con Buenos Aires [...]. Dormí profundamente y me levanté bien, aunque cabeza dolorida. Llanto. ^(x)

Al día siguiente, nuevo registro.

Empecé novena gracia por curación milagrosa de S. Fco. Javier, quiero decir, de mi hermano Luis desahuciado:

«Amabilísimo y amantísimo Santo, cura milagrosamente a mi hermano para que yo pueda creer en la Compañía triunfante...». ^(x)

Y si no se trata de creer en la Compañía triunfante, por lo menos creer en la militante. Le suplica a Janssens le permita volver a Buenos Aires para asistir a su hermano en su última agonía.

Ayer otro golpe del General. Me hizo comunicar por teléfono por medio del P. Travi, a quien tuve que llamar, que «no me puede conceder ir a la Argentina el 26 [de abril] rebus sic stantibus». Anoche sobresalto y una especie de ataque de nervios: desesperación y pensamientos de violencia.

No me pude levantar por la mañana, la cabeza pesadísima. Me levanté a las 5 de la tarde. No comí nada. ^(x)

Se comprende, ¿cómo explicar la dureza e inflexibilidad del belga éste?

¿Que querrá sacar de mí el P. General reteniéndome por fuerza en Roma después de haberme detenido inútilmente en Génova causándome la terrible tortura moral de ver morir lejos de mí a mi hermano, ver perderse mis cátedras y ver menguar mi salud? Navego en pleno absurdo. La Compañía es una sociedad desecada, que se maneja actualmente más por temor que por amor. La causa de haber llegado a este estado ha sido el desprecio de la inteligencia. Quisiera equivocarme. ^(x)

Pero, por las dudas, el mismo día, anota lo siguiente.

Lunes 21, a las 18.

Recibí carta del P. General con la prohibición absoluta de volver a la Argentina. Que Dios sea bendito, que se ha dignado imponerme dolores corporales, pérdidas temporales, soledad, tristezas inmensas y ahora destierro y futuro desconocido. Contra lo que era de esperar en mi actual estado, he recibido el golpe con paz y una especie de alivio. Veremos qué pasa mañana cuando se enfríe la herida; y pasado mañana cuando haya «scirocco» y melancolía. ^(x)

Pobre Castellani, ahora sí, a merced de los vientos. Pero dos días después insiste con lo de su «misión especial».

¿Qué es lo que has venido a hacer aquí, oh inocente? Por lo menos, la certidumbre de lo que yo sospechaba, acerca del estado actual de la Iglesia. Y sobre todo, la voluntad y la gracia de Dios. ^(x)

Por estos días le escribe a todos sus amigos en Buenos Aires para que informen favorablemente sobre él. Así le dirige cartas a los PP. Tato, Meinvielle, Parola, Moglia, Achával. E inclusive una a Mons. Copello, una letra donde le pide perdón.

No es ahora solamente, sino hace bastante tiempo que deseaba decirle que deploro mi retraimiento con S.E. y el disgusto que le di con mi candidatura a diputado. Si algún día lo vuelvo a ver, como espero y deseo, quizá pueda narrarle las circunstancias de este asunto y disculparme en parte; pero es cierto que externamente fue una desobediencia. ^(x)

Está desesperado. Va a verlo a Janssens y no es recibido. Castellani entiende bien:

En la Compañía no soy más que un número entre 28.000; pero delante de Dios soy una conciencia y un alma que El ha creado y redimido. ^(x)

Los días van pasando y sigue detenido en Roma, sin futuro, sin saber qué diablos hacer. Y luego, más noticias de Buenos Aires.

Telegrama de María mi hermana: «*Decide viaje. Carchín reclámate*». ^(x)

Ya no sabe qué hacer.

Mi vida era entonces casi intolerable. Un nuevo telegrama me avisó del desahucio de mi hermano Luis y hablé dos veces por teléfono con casa. Envié el telegrama al P. General con una carta en que le suplicaba por todos los santos del cielo me permitiese volar al lecho de muerte de mi pobre médico, y volver en todo caso después si me necesitaban: los gastos del viaje podía sufragarlos mi familia. La respuesta me fue dada por teléfono en estos términos: «*Dice el P. General que in his adjunctis no puede permitirle volver a Bs. Aires*». Caí enfermo en cama. A los pocos días recibí el telegrama fatídico que temía de hora en hora: *Carchín murió*. Murió al día siguiente de saber que yo no volvía a la Argentina. Parecía que su vida ya condenada se iba estirando con la esperanza de mi llegada. ^(x)

En su *Diario* dejó insertado la necrológica, aparecida en el diario el dos de mayo de 1947. ^(x)

Janssens expresó sus condolencias.

Con magno dolor recibí la noticia acerca de la muerte del queridísimo hermano de S.R., Luis, que me comunicó. Junto a S.R. soy partícipe de su mismo dolor y fervientemente ruego que el misericorde Dios le otorgue el descanso y el gozo sempiterno.

Por su alma ofrezco 100 misas de todo corazón. ^(x)

Pero (para los demás) la vida continúa y ya antes de esto, Janssens le había ofrecido diversas alternativas -fundadas todas sobre la presunción de que Castellani prefería salirse de la Compañía. ^(x)

Debo hacer constar, con perdón de Ud. que el inciso de la carta que trata de mi arreglo «*R.V., ut ex litteris acceptis constat, ad saecularizationem inclinat...*» es simplemente falso. ^(x)

Y no, no acepta semejante reducción al clero secular. Aunque Janssens no se la andaba con chiquitas.

Cuanto más pienso la cosa más manifiesto se me hace que el permanecer S.R. en la Compañía será vida durísima, por no decir intolerable. Pues aunque algunas cosas menores benignamente le perdone, no puedo dejar de exigir a S.R. que en las más graves obedezca. Y en esta materia hasta ahora se ha portado de tal manera que soy obligado (aunque sea molesto a mí y a S.R.) a producir una gravísima «monición» de lo pasado, con conminación de expulsión de la Compañía, si S.R. no se inclina enteramente a nuestra Obediencia.

Inhumana será su vida, carísimo padre, en medio de los conflictos que no podrá dejar de provocar: porque el deber de mi conciencia me obliga a defender la disciplina religiosa y eclesíástica.

En el estado en el cual S.R. se encuentra, considere si no le conviene elegir una vía más llana y una vida de mayor libertad y de menor constricción. ^(x)

Pero Castellani no se achica, se acuerda que es argentino.

Yo tengo actualmente, gracias a Dios, la [voluntad] de encontrar y cumplir Su Santísima Voluntad; aunque ella fuera, en sus insondables designios «una vida dura intolerable e inhumana», como la prevé V.R. Jamás será del todo «intolerable», si Dios me la pide. Eso es de fe.

No veo tampoco la necesidad de que sea «dura e inhumana». Ciertamente, los Superiores de la Compañía tienen el poder de hacérmela tal. Pero no puedo creer que tengan la voluntad.

Si, por imposible, tuvieran, injustamente, esa voluntad, que Dios los maldiga. Esto me es lícito decir; yo debo, como sacerdote preso, decirlo. Captivus Christi vinculis obedientiae. ^(x)

Aquí resulta necesario discurrir con alguna atención, porque, tiene razón Castellani, la frase de Janssens resulta ambivalente.

«*Su vida en la Compañía será desde ahora dura, inhumana y casi intolerable*». La verdad es que un General de la Orden de San Ignacio tiene poder de hecho para hacer tal la vida de un súbdito; pero era salvaje interpretarla de ese modo, pues sin duda había que interponer el inciso: «*A pesar mío, contra mi voluntad y por imperio de las circunstancias*». Era pues una simple profecía (no una amenaza) que se podía pedir a Dios resultase falsa. Pero en el estado en que yo estaba me hizo temblar. ^(x)

Y nos cuesta creer que la omisión del inciso no fue deliberada. Por eso también pensamos que no habría estado del todo mal si hubiese resuelto agregar los otros párrafos incluidos en su borrador de respuesta a este hombre.

Respecto a su amenaza de proceso canónico en orden a la expulsión, le ruego que inmediatamente me haga llegar la primera monición canónica, ya que cree tener materia para ella; porque la simple amenaza me es tan molesta como lo sería el hecho, el cual tiene la ventaja de que al fin sabríamos cuáles son los famosos «crímenes».

No es digno de un General de la Compañía usar procedimientos de «chantagista» [sic]. La compasión en este punto está fuera de lugar y en otros puntos no aparece por ningún lado. ^(x)

Pero Castellani no da más; aparte de sus achaques, enfermedades, insomnios y todo lo demás, sumemos un poco: a) La detención en Génova; b) el Rescripto; c) el desfraile; d) la detención en Roma; e) la traición de Benítez; f) la noticia del escándalo en Buenos Aires; g) la muerte de Carcho y ahora, h) la inminente «monición canónica» y posible expulsión de la Compañía en las peores circunstancias. Son mucha cosa para un hombre solo, todo sucedido en cosa de cuatro meses.

Aunque sea Castellani.

No voy a poder aguantar mucho tiempo más esta situación de inacción e incertidumbre. Es medicalmente absurda; y moralmente abominable. Estoy agotado. Necesito con urgencia y antes de todo reposo y cuidados médicos. No puedo proseguir esta lucha. Ya ha durado demasiado, aun para las fuerzas de un hombre sano.

Le ruego que redacte una súplica a la S.C. de Religiosos pidiendo que me permitan volver a la Argentina para negociar allí mi secularización, después de haberme repuesto un poco, si entonces me parece convenir. Ahora, tal como estoy, no es conveniente que yo decida nada, excepto obedecer a los médicos. Desde aquí y ahora, no podré hacer nada, porque mis fuerzas se han acabado y cada día me hundiré más. Tengo que salir cuanto antes de estas condiciones manifiestamente adversas a mi salud, aun a riesgo de incurrir en otras peores, porque aquí el peligro es ya inminente y grave. Estoy hecho una miseria. Esto es peor que la muerte. Padezco horrores y estoy seriamente atemorizado. Por amor de Dios, ayúdeme en lo que pueda. ^(x)

Tan mal se siente en estos días que incluso le escribe a su hermano Arnaldo para que le mande un giro telegráfico

para viajar a la Argentina, en caso de que me vea muy mal, como (sin un milagro de Dios) me verá cada día más. Debo «huir» como San Juan de la Cruz de su prisión de Beas. Lo siento con toda certeza delante de Dios. Es el consejo que me daría Sta. Teresa si viviera. Ningún pecado en eso; al contrario, pecado de suicidio virtual si me obstinara en esta «obediencia» que ya no es tal sino pura y simple violencia, ejercitada por medio de «temor grave».

Ud. recordará que el P. Alonso me retuvo en el momento de partir con una amenaza («el General lo tomará como una rebelión») y con la promesa de que sería «para arreglar todo». De otro modo yo no me hubiese quedado [...].

La promesa implícita no se ha cumplido. Mi asunto no ha avanzado un centímetro y hace un mes que el P. Janssens se divierte en «cumplir su deber» de torturarme. Mi cabeza ha hecho «crac», quiera Dios que no definitivamente. Si el «deber» de mis Superiores de aquí es hacer de mí una ruina, otro Abel Montes, entonces es mi deber hacia Jesús dispensarlos de ese penoso deber cuanto antes poniendo tierra de por medio. Después, Dios dirá. ^(x)

Quizá no esté mal recordar aquí lo que pensaba Baudelaire sobre la tortura.

Es una tontería bárbara; es la aplicación de un medio material para un fin espiritual. ^(x)

¿Pero Janssens sabía siquiera que torturaba a uno de sus súbditos? Peor si no sabía.

Por otra parte, las continuas referencias de Castellani a su «enfermedad», al terrible temor de volverse loco, al curioso «síndrome» que lo afecta cada tanto, a sus continuos insomnios, son como el marco subjetivo en el que lleva adelante todas sus batallas: en la vida de Castellani han pasado muchos años y cientos de cosas desde que tratamos de explicarle al lector cómo se habían ido incubando estos raros males psicosomáticos. ^(x)

Pero es de saber que una de las razones del famoso «viaje» de Castellani era conversar con Janssens sobre su salud, tratando de ver cómo podía continuar en la Compañía y en qué condiciones. Lo hemos visto, todo eso resultó perfectamente utópico ya que con Janssens apenas si tuvo cinco minutos de audiencia en los que ni se llegó a mencionar el asunto. Ahora, cuando Castellani llegó a Roma, oyó hablar de un famoso médico psiquiatra, un tal Dr. Aldo Cachioni (Viale XXI Aprile 61). Éste le pidió un informe por escrito, a manera de historia clínica para evaluar el caso de nuestro hombre.

Lo tengo ante mis ojos.

Roma, abril de '47.

Padezco desde hace 23 años de un agotamiento nervioso, aquél que llaman «neurastenia de Beard»; accesos de melancolía, depresión periódica, seguidos de exaltación eufórica molesta, irritabilidad general de los sentimientos, dolores de cabeza en «cerco de hierro», insomnio, escapes de iracundia o desesperación [...].

Bueno, como para comenzar con un «cuadro»... pero, lo que Castellani quiere enfatizar es que todo eso se ha agravado desde que llegó a Europa.

Duermo muy mal, con aumento de los sobresaltos, con breves períodos que parecen ataques de frenesí y que me dejan casi muerto, con melancolía y extenuación total; continua tristeza y preocupación por el porvenir, crisis histéricas de lágrimas, imposibilidad de trabajar en mi profesión, ni siquiera leer un libro de mi disciplina, angustias y dolores morales grandísimos, cansancio físico.

No puedo escribir (ni pensar) más que en mi constante preocupación; al escribir una carta de una página, me siendo cansado e irritado. No puedo descansar; las cosas distractivas no me interesan más; no puede concentrarme: ni el arte, ni la literatura, ni los paisajes, ni los paseos, ni las visitas. No puedo pasear solo, tengo temores, distracciones, temblores que [me] conmueven. No puedo dormir mucho, ni aún con fuertes narcóticos. Me levanto siempre con la cabeza muy cansada. No puedo levantarme a la hora debida.

Estoy fuera de la casa de mi Orden, alojado en una pensión donde no me es posible poner en práctica el tratamiento de los médicos argentinos.

Estoy detenido contra mi voluntad lejos de mi patria y de mi familia, mientras mi hermano muere, perdida mi cátedra, esquivo el porvenir, soy calumniado y mi familia y mis amigos están en continua preocupación. No tengo nada en qué ocuparme. No se me da ninguna indicación de qué será de mí, manteniéndome en la más angustiante incertidumbre. Hace cuatro meses que soporto todo esto, 3 meses en Génova, un mes en Roma.

Ciertamente no padezco todo esto junto; pero no hay ni un solo día que no tenga algún padecimiento físico. Ni tengo un solo momento en el día en que me sienta del todo bien. ^(x)

Eventualmente, Cachioni diagnosticó una «neurosis de situación» y prescribió su internación, no sabemos dónde, ni por qué no tuvo lugar. ^(x) Pero todo esto de sus penas y tribulaciones no ha de verse sino como reflejo de una cosa mucho más grande, más terrible, más... ¿cómo diríamos?,

insondable que le pasa a Castellani en Roma, 1947 (y que no se arreglaría con ninguna internación).

Y si quieren saber a qué me refiero, acompáñenme, por favor.

Diecisiete años antes, en noviembre de 1929, había asistido a parte de las ceremonias de beatificación de los 136 mártires ingleses ejecutados por Isabel I, entre los cuales había 21 jesuitas, Edmundo Campion incluido. El Papa Pío XI leyó el decreto.

Hermosa homilía tan llena de cosas, voz hermosa, bondadosa y viril y a ratos sonora, gestos someros. El martirio, el gesto más fastuoso que puede hacer el hombre, el hombre en su grandeza y su miseria. Vitalidad de la Iglesia después de aquel formidable duelo con el Estado, no el primero, no el último. Elogio a la gloriosa Compañía de Jesús. Esperanza de la Conversión de Inglaterra.

Pero el joven Castellani no sólo toma apuntes de la homilía papal.

Qué hermosa la vestimenta medieval de los suizos, jubón y zaragüelles acuchillados a fajas azules, faldas, púrpura; polainas, casco negro a lo lansquenete-partesana -cinturón de cuero con cuchilla, polainas. Y una gran loba negra con gorra tumbada para el ordinario [...].

Uno se quiere salir por los ojos.

Estuve antiprotocolarmente parado todo el tiempo y con las manos haciendo pabellón de oídos [...].

Si Ud. conoce una corte real imagínese la y excúseme la descripción del Vaticano; porque es un género literario que no me gusta y es una descripción que encontrará en cualquier Baedeker.

Es la primera Corte real que veo en mi vida y probablemente la última, pero qué corte y de qué rey. Andaba medio embobado por los corredores marmóreos, vuelto a la infancia, a la edad de las ingenuas admiraciones. Venía hacia mí un gran señor empurpurado con un sobrepelliz de tela de araña y quise ponerme de rodillas creyendo que era el Cardenal Gasparri cuando mi compañero me dijo que era el sacristán de la Sixtina. La medioeval indumentaria de los suizos me absorbía como un escaparate a un niño. Qué sentido del fausto de la elegancia y de la alegría tuvo esa época que nos quieren hacer pasar los Michelet y los Malet trasnochados por la edad de las tinieblas

y los terrores nocturnos. Solamente una época regocijada pudo inventar este jubón listado de azul jade y rojo, esta manga acuchillada, sostén de la ardiente partesana y este elegantísimo y señorial bombacho de cintas. (La Edad Media fue una época de fe y por tanto una época de alegría).

El S.P. habla muy bien; por lo menos para mi corazón de hijo. Hay momentos en que el Papa busca la palabra exacta y se oye en la sala el silencio ansioso lleno de palpitaciones... [\(x\)](#)

Curioso, digan si no, cómo me lo han cambiado al entusiasta Castellani de entonces (y sí, confieso que extraño su estilo literario de entonces; el de ahora se ha vuelto más astringente pero menos elegante).

Éste, el de 1947, está como en las antípodas.

Canonización del beato Nicolás de Flüe... No sé si es el malhumor y resentimiento crónico que tengo ahora, pero estas grandes ceremonias de la Iglesia ya no me convencen más.

Y como a mí creo que no convencen a multitudes. Yo soy multitud, es decir, soy pueblo y soy afligido; y como yo hay millones en el mundo.

Esta pompa me parecía hoy vacía y hasta viscosa; estos cantos afeminados; estas iluminaciones y ceremonias pueriles. Quizá ya hicieron su tiempo.

Las masas de hoy las miran con despego y resentimiento. Ciertamente, hay la clientela romana y extranjera que acudirá siempre a la beatificaciones, aunque no sea sino como a un pasatiempo.

Pero eso no representa nada vivo.

Quizá la realidad de la Iglesia actual esté mal representada por esas pompas regias, ostentosas mímicas, oros y sedas: por ese aparato de reino y de imperio. En tiempo de los Apóstoles, ese aparato perteneció al César y a la Urbe, que tenía nombre Babilonia.

Y ahora el mundo retorna al paganismo y la Iglesia, quizá, a las Catacumbas.

Si me equivoco, me alegro. ¡Ay! ¡Qué triste destino tener que alegrarse de sus errores y llorar de sus verdades! ^(x)

La cuidadosa comparación de ambos textos pone de manifiesto lo que decimos: Castellani ahora ve otras cosas, o las mismas cosas de otro modo.

El Vaticano de Benson es un modelo, tal como lo pudo ver la mente idealista de un joven sacerdote convertido que fue dos años a estudiar a Roma: como lo vimos (con la imaginación) nosotros mismos durante nuestros estudios. ^(x)

Y alguno creerá al pie de la letra eso que dice al comienzo de este texto que acabamos de citar, que su perspectiva de las cosas está teñida de un «malhumor y resentimiento» crónicos...

Y así vulgarmente tachamos de «eso es subjetivo» a una afirmación cualquiera expresando que eso será verdad para el que la afirma, pero no para mí o para todos; o sea, que no siendo universal, en el fondo no es propiamente «verdad» [...]

Se podría sostener de él lo que se dijo de Kierkegaard, de Nietzsche, sujetos enfermizos que ven las cosas con lente distorsionada por sus penas, por sus desgracias, por su locura...

Un enfermo se ve forzado a pensar en sí mismo, a «egocentrarse»; y también a excusarse de esa modalidad suya ante todos los demás, sean enfermos o sanos: «Usted es demasiado subjetivo» -le dicen- [...].

Responderíamos a esto diciendo: para sentir, comprender y expresar una época enferma ¿no es quizá condición y no impedimento ser enfermo?

Esa condición aumentaría y no disminuiría la percepción intelectual. ^(x)

Todo depende del color del cristal con que vemos... Hay algo cierto en eso, pero en sentido exactamente contrario al que nos propone el relativismo que domina a los espíritus modernos. Castellani derrotado, medio fusilado, al borde de una neurastenia, insomne, «maldito», ve más, mucho más que lo que percibía el joven y entusiasta jesuita a punto de ordenarse en 1930.

Se puede ser tormentoso con tal de no convertirse en atormentado; y eso es un milagro de la inteligencia. ^(x)

Y sí, es todo el hombre el que piensa -con su subjetividad a cuestas.

La subjetividad es la Verdad: esta repetida difícil palabra de K. quiere decir que solamente la verdad vitalmente incorporada a la Existencia merece de pleno ese nombre augusto -que es uno de los nombres de Dios.

K. no niega la verdad «objetiva» (como los escépticos) pero estima no sin razón que esa «verdad» -las matemáticas, la historia, la veterinaria- es secundaria respecto de la Verdad Vital.

La Religión incluso puede saberse en forma «objetiva», no entrañándola en sí, dejándola extrínseca. ^(x)

Así es. Y así es que en 1947 sólo un Castellani pudo columbrar lo que se venía al asistir a una ceremonia de canonización (ni él mismo, entonces, lo entendía del todo).

Pero ahora...

Ahora qué subjetividad ni qué nada. Ahora basta con cotejar sus previsiones con la catástrofe que tenemos ante nuestros ojos.

A propósito del tormentón postconciliar, Castellani tuvo oportunidad de recordar lo que le había pasado.

En mitad del camino de mi vida -un poco más allá- tuve una experiencia brutal con la Santa Madre Iglesia Jerárquica, o la Jerarquía de la Iglesia, o DesJerarquía, si se quiere. El choque fue como para no dejarte una ilusión en la vida. Encontré que en mi caso no se veía por ningún lado la bondad y la santidad, sino al contrario. Los Jerarcas (algunos) se portaban con un sacerdote afligido no como Santa Madre sino como Madrastra -por no decir Hiena [...].

«De aquellos polvos vinieron estos lodos», me dije: aquella experiencia que tuve es la clave de que había una enfermedad latente incubándose en la Iglesia. [\(x\)](#)

Y ahora, mientras esto escribo, llegamos al famoso tercer milenio y, ustedes saben... ha llegado la sustitución de todo, y está todo patas para arriba, como comprueba fácilmente cualquiera que vaya a misa un domingo, no importa dónde esté.

La Iglesia nuestra tiene la nota de «Romana» no por casualidad. Ya hace mucho que San Agustín explicó cómo la Providencia quiso que los cristianos eligieran a Roma como centro de su religión, lugar donde se asienta Pedro como roca inamovible, como referencia de una continuidad, no importa cuáles fueran los avatares de la historia. Y es que Roma fue el único lugar del mundo donde un escrupuloso apego a los rituales impidió el inevitable despelote más o menos carismático, más o menos inspirado de una religión subjetiva, desordenada, anárquica y esclavizante.

La naturaleza formal de las prácticas religiosas evitó en la religión romana las burdas manifestaciones del éxtasis oriental, si bien impidió el calor de los sentimientos personales. [\(x\)](#)

Eso en los tiempos del paganismo. Pero con los discípulos de Cristo, con el cristianismo, se vino a conjugar en perfecta armonía «el calor de los sentimientos personales» que dice Barrow con un ritual austero y algo seco, pero lleno de sentido, un marco perfecto para la adoración, la contrición, la acción de gracias y la petición. Sí, algo de eso que Castellani vio en 1930.

Pero aun entonces, y desde bastante tiempo atrás, aunque se conservaba escrupulosamente la visible exterioridad de la Fe, la Iglesia Católica se venía vaciando de su genuino carisma, del hálito invisible de adoradores en espíritu y verdad.

La religión se transformaba en una política y se confundía con un imperialismo; los medios de que se prevalía eran de más en más duros; sus prácticas de más en más complicadas y externas; su espíritu de más en más infraternal; su vida de más en más automática.

En suma, había una crisis de lo interior -de la fe- y una hipertrofia de lo humano -de las obras- que había destruido el equilibrio de esos dos elementos necesarios, creando una especie de nuevo fariseísmo. [\(x\)](#)

Por eso en 1947, al través de una ceremonia de canonización Castellani ve el revés de la trama; la cáscara sigue espléndida, pero por dentro...

Ese decorado exterior estaba destinado a derrumbarse más tarde o más temprano, pese a los enormes esfuerzos de los tradicionalistas por conservar la cosmética, la solemnidad, la estética de Trento.

Todo eso se había convertido en un gran maquillaje y con el Vaticano II se acabó. Si no vives como piensas terminarás pensando como vives. *Lex orandi, lex credendi*. Etc...

Entonces apareció una especie de maremoto, un vendaval de reformas bárbaras cocinadas por los cardenales del Rhin, por los belgas y flamencos y alemanes que padecen una vieja enfermedad, una suerte de virus, eso que Von Balthasar dio en llamar «el complejo anti-romano». Del hierático Pío XII pasamos sin solución de continuidad a la blanda sonrisa de Juan XXIII, y a la más blanda doctrina de Paulo VI. De las cuidadosas rúbricas amontonadas siglo sobre siglo en la liturgia romana pasamos, sin paréntesis, al gran «show» de la espontaneidad, al anárquico despliegue de sentimentalismos y experimentos. La misa se transformó y en cosa de años pasamos del ritual romano al happening.

Eso sucedió pese a los afanes de los tradicionalistas que se habían puesto a defender lo que ya no se podía sostener: el ritual por el ritual, el latín, la comunión de rodillas, los ritos tridentinos, la sotana del clérigo, el incienso y el canto gregoriano... todo eso se lo llevó el viento porque no tenía raíz; o mejor aún: porque la raíz se había secado.

Por eso Castellani -a diferencia de la inmensa mayoría de sus amigos-jamás se abroqueló en defensa de esas exterioridades. Y por eso algunos de ellos sostuvieron que Castellani «no entendía el progresismo».

Pero él lo entendía perfectamente. Era -el progresismo y la teología de la liberación y las reformas litúrgicas y la nueva terminología era todo, claro que sí, parte de una marea de basura que ensuciaba la fachada de la Iglesia. Cosas feas, desperdicios, como digo, basura. Pero la mala doctrina y la fea liturgia reflejaban lo que estaba adentro. El «complot contra la Iglesia» se generó dentro de la Iglesia por un enérgico grupo de clérigos y obispos que contaban con la complicidad o la mirada de vaca de la mayoría. ¡Cuán pocos entendían lo que estaba pasando! Un Bruckberger por aquí, un Bouyer por allá, pero la inmensa mayoría de los tradicionalistas sólo veían la mitad de la película, la destrucción de tradiciones venerables, el desmonte de una doctrina cuidadosamente elaborada a lo largo de los siglos. Así Madiran, Amerio, Von Hildebrand.

Pero no entendían por qué sucedía lo que sucedía, por qué se rompía el dique, ni de dónde venía la fuerza de estos vientos.

Sólo Castellani, que ya en 1947 había visto y dicho una y mil veces que nada es más peligroso que un sepulcro blanqueado.

Dondequiera hay un exceso de «reglamentismo», una proliferación de mandatos, reglas, costumbres, glosas, formalidades y trámites, no solamente hay peligro de olvidar el espíritu y el fin de la ley, sino señal clara de que ese espíritu ha claudicado. ^(x)

Y no hay mal que por bien no venga. Más vale ver una cosa como lo que es, que engañarse. Imponer la costrumbre de la comunión en la mano en un contexto donde todo tiende a desacralizarse es una verdadera desgracia. Pero al menos pone de manifiesto lo que piensan sobre la Eucaristía quienes así proceden.

Y gracias a todo esto resulta más difícil el fariseísmo para quienes creen de veras. (Ahora vamos a Misa con el corazón pesado; sabemos que nos espera una «paraliturgia» perfectamente abominable, con esas maestras de ceremonia que nos espetan no sé qué locuciones de un lenguaje a miles de kilómetros del Evangelio, con sus «caminos vocacionales», «comunidades pastorales»,

«peregrinaciones», y «signos de la historia». Pero vamos igual, fíjense. Porque, al revés de lo que sucede con el fariseísmo, donde una exterioridad rumbosa esconde gusanos y cuerpos descompuestos, ahora se invirtió la cosa: detrás de la fachada de una liturgia mundanizada, detrás de las palabras de predicadores imbecilizados e imbecilizantes, detrás de las rastreras cancioncitas con guitarra y pandereta y la bamboleante locutora que acompaña los vulgares compases de moda... detrás de todo eso está Cristo, escondido en la eucaristía, más callado que nunca, más difícil de reconocer que en ningún otro tiempo. Pero está y a Él vamos, porque creemos que está ahí, a pesar de todo. Así, en este contexto, donde la exterioridad resulta repugnante escondiendo realidades divinas, resulta más difícil ser fariseos. Aunque los hay, no vayan a creer, fariseos progresistas... vaya si no.)

En 1954, Castellani siguió avanzando, apoyado en sus visiones.

Tengo la impresión de que esto que llamamos comúnmente Iglesia, y que no nos parece responder a las descripciones deslumbrantes del rey David, o de San Pablo, es una «estructura temporal», ya cansada y gastada, nacida en la Contrarreforma, y llamada a finir con ella, y que la nueva época que se viene, si es que se viene, exige imperiosamente que se barra un poco, si no del todo. [\(x\)](#)

El profeta que tiene razón un día antes, durante 24 horas es tenido por loco.

En 1947 Cóppola no podría haber filmado «El Padrino III», ni Malachi Martin escrito Vaticano, ¿no? Pero ahora sí que se puede, porque Calvi terminó ritualmente colgado del puente de Londres y todos sabemos de las andanzas de Marcinkus. Pese a los enormes esfuerzos de «lavar los trapos sucios en casa» el mundo no pudo dejar de enterarse...

En tiempo de las bárbaras naciones

Colgaban de la cruz a los ladrones

Ahora que es el siglo de las luces

Del pecho del ladrón cuelgan las cruces. [\(x\)](#)

Ahora sí, medio siglo después, se ve más claro el lío que tenemos; por no hablar de lo que nos espera (quizá sacerdotes oficiando con el auspicio de empresas comerciales -ya estoy viendo el logo de «Chevrolet» en la casulla de mi párroco, ¿o es mi imaginación?-).

El concilio reemplazó una apariencia por otra. Y en cierto modo hemos «progresado», sí señor. Porque ahora la apariencia exterior de la Iglesia tiende a revelar más y más claramente la confusión, el desorden, las herejías y el compromiso con los poderes reinantes que constituye la trama secreta de un arreglo que se viene cocinando en Magnópolis, desde hacía mucho tiempo. Mejor nos parece, entonces, que las iglesias parezcan bancos, que la liturgia de la misa se parezca a un show de T.V., que los clérigos anden vestidos como funcionarios y que en lugar de canto gregoriano o incienso tengamos un poco de rock & roll y un poco de toma mi mano hermano.

En lo de Castellani aletea lo de Nietzsche: si se tambalea, tumbalo. Y aunque no nos guste la escoba, había que acabar con el reinado de las apariencias.

Pero la sustitución de una liturgia pomposa por una liturgia plebeya, una doctrina desecada por una doctrina herética, los gestos hieráticos por las «movidas» populares, no cambia lo que es en sí: si la

estética progresista es horripilante, no menos horripilante era aquella otra, más católica, más acorde con la tradición, más seria, la del pre-concilio digo, pero que escondía detrás de su bella fachada de latines y catedrales un cristianismo vacío, formalista, hueco. Y farisaico. Esa máscara de la Iglesia pre-conciliar hacía sufrir a unos pocos. Castellani, ciertamente. Pero también el gran «Bruck»:

veo una tropa innumerable, tu ejército, tus santos que son también tus profetas y que anuncian tu vuelta, los poetas, «todos los poetas, no falta ni uno» como decía Bloy, y algunos rostros que surgen de la bruma, Pascal, Mozart, Nietzsche (¡pero sí!), Rimbaud, Bernanos, Maritain, que han atravesado mi vida como mensajeros. Llamo tus mensajeros a aquellos que han sabido hablarme de Ti, hacerme pensar en Ti, y son más bien escasos.

No es suficiente tener patente de predicador para saber hablarme de Ti. Es necesario aun quebrantar mis más profundas fidelidades. Nietzsche las quebranta, aguantan el golpe pero las hace vibrar largo tiempo como a las cuerdas de un arpa.

La mayor parte de las encíclicas me dejan inerte. [\(x\)](#)

Sí, así es. Por eso, porque los verdaderos «mensajeros» de Cristo eran ignorados, sepultados, perseguidos por la Jerarquía eclesiástica, toda la pompa, todas las ceremonias oficiales, todas las liturgias, toda la exterioridad de la Iglesia Católica fue perdiendo vitalidad, desecándose lentamente y, con el paso del tiempo, adquiriendo la apariencia de un enorme andamiaje de utilería, un decorado de teatro que en un abrir y cerrar de las cortinas nos revelará de repente su verdadera, ay, su verdadera faz.

Eso también está profetizado.

Con todas las promesas divinas encima (hay que decirlo), Si la Iglesia atropella la honradez, está perdida; Si la Iglesia atropella la persona humana, está perdida;

Si la Iglesia suplanta con la Ley, la norma, la rutina, la «juridicidad» y la «política»... a la Justicia y la Caridad, está lista.

Porque entonces entrará en ella «la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar» que predijo Daniel profeta, es decir, el fariseísmo. [\(x\)](#)

Incluso Castellani se frotaba los ojos, aún en 1947, no quería creer lo que estaba viendo.

¿No es peligroso decir esto, por llevar agua al molino de Lutero, el cual afirmó Roma era claramente según el texto la Gran Ramera, y por ende el Papa era el Anticristo? Todo es peligroso, y sobre todo la verdad; para quienes no la aman; pero Lutero hablaba de la Roma Papal de su tiempo; y los intérpretes susodichos hablan de una futura Roma apóstata y depravada, que reduzca a las Catacumbas otra vez a la Iglesia, como en tiempos de Pedro y Pablo. [\(x\)](#)

Porque así como Cristo fue tentado en el desierto, ¿la Iglesia no lo puede ser, también?

El exceso de pompas, aunque sean religiosas; de ceremonias, de exterioridades, de propaganda, como dirían hoy; la excesiva obsecuencia a la ciencia y sus artilugios, el apego a los instrumentos temporales pesados, el aseglaramiento y amundanamiento de la actividad religiosa, la burocracia eclesiástica excesiva o inerte, los sacerdotes funcionales y no carismáticos, la agitación y el sacramentalismo, en lugar de la contemplación; en suma, lo que llamaba Péguy «el descenso de la mística a la política», constituye en la Iglesia el fermentum phariseorum que hincha y desvanece la masa y constituye la segunda tentación. [\(x\)](#)

Desde luego, el paso del tiempo no ha cambiado el hecho de que uno querría que él estuviera equivocado; y todavía la Iglesia Jerárquica podría resistir la tentación armada con la Palabra de Dios, esa espada de dos filos que vence a Satanás.

Pero no parece, fíjense: el estado actual de la Iglesia es calamitoso y aunque lo querramos negar, y repitamos una y otra vez que no hay nada nuevo bajo el sol, y que siempre hubo líos así, aunque

tengamos ganas de llorar... hay un signo sensible que constituye como la epifanía más notable de lo que decimos: el hecho de que la mayoría de los cristianos no lo ven.

¿Me preguntan qué es lo que no ven? Bueno, por ejemplo lo que sí ve Peter Kreeft:

El hombre moderno -lo admite él mismo- está en proceso de cambio. Constituye la esencia misma del hombre ser inestable y dinámico: debe subir más alto o descender más abajo. Si no sube hacia Dios, desciende hacia la bestialidad. ¿Pero qué bestia?

Yo creo que el hombre moderno se está convirtiendo en un reptil. Tres rasgos distintivos del reptil son: 1) que devoran a sus hijos; 2) que tienen sangre fría; y 3) que conforman su cuerpo a la temperatura del ambiente. Y tres rasgos de los modernos secularistas son: 1) que matan a sus hijos por nacer; 2) que juzgan a los de sangre caliente como «fanáticos» (porque a los de sangre fría 36 grados de temperatura se les antoja como una fiebre altísima); y 3) que sólo se conforman a la siempre cambiante sociedad; son relativistas sociales sin absolutos trascendentales [...].

Son cosas tan evidentes, y sin embargo el cristiano secularizado no lo ve; como si dijéramos, no lo puede ver.

Ayer la estrategia de Satán era con fuego. Ayer inflamaba las pasiones del temor y la crueldad; hoy nos empuja a la indolencia, al tráfico del confort y «paz, paz y no hay paz». Ayer se lo veía a la vuelta de cada esquina; hoy, nos ha persuadido de que es un mito. Ambas estrategias son efectivas: si cualquier ejército sobreestima inmensamente o subestima inmensamente a su enemigo, perderá las batallas.

Hoy día el peligro no es la restauración de la Inquisición [...] el peligro hoy es el de los blandos conduciendo a los blandos.

No estamos frente al fuego sino que enfrentamos la niebla. ^(x)

En efecto, niebla. Por una parte, con el Concilio Vaticano II se quiso poner al día a la Religión subordinándose a cuestiones puramente seculares.

No hay nada específicamente católico, cristiano, ni siquiera religioso en torno a las necesidades, reales como son, de una política de viviendas baratas; empleos estables; aire incontaminado; derechos civiles; libertades políticas; agremiación de trabajadores; producción, desarrollo y uso de armas ofensivas o defensivas; planes de desarrollo económico y políticas de comercio internacional; nacionalización de las industrias. Todas esas áreas del quehacer humano reclaman el ejercicio de un juicio práctico. Ciertamente que tal juicio se beneficiará con sensatos fundamentos religiosos y morales; pero por más que se estire la imaginación nunca se podrá analizar la condición religiosa de la humanidad en esos términos con la esperanza de producir una receta para el mejoramiento de los hombres y las mujeres que trabajan para implementar planes de viviendas baratas, empleo estable, aire incontaminado y todo lo demás.

Y luego, apenas veinte años después, se constatan los resultados de este magnífico pastiche pastoral. En realidad, nada: más de lo que venía antes, pero con agua bendita encima.

Cada vez más, cada vez con más intensidad y en regiones más extensas [...] se vive con la convicción de que la salvación de Cristo y las enseñanzas de la Cristiandad acerca de esa salvación no tienen relevancia alguna ni conexión cierta con la vida del hombre en ningún respecto. Política, social, educacional, cultural, sexual e intelectualmente, la vida de los hombres se ve esencial y prácticamente desprovista de influencia cristiana alguna. Como estilo de vida la Cristiandad ha sido abolida, aun en sus manifestaciones más entrañables o en sus inofensivas devociones.

No es cuestión de la protesta de un agnóstico, «No sé si Dios existe», ni tampoco de la afirmación del ateo, «No creo que Dios exista». Tanto la protesta como el aserto implican la noción de Dios, implican que hay ahora un vacío donde antes había una fe.

La nueva condición humana en la sociedad moderna es que la gente ni siquiera ve el vacío. ^(x)

Y si algún valiente como Kreeft o Martin da la voz de alerta, enseguida comienzan a intentar ablandarnos con monsergas.

¿Crisis de crecimiento?

Aquel que abusa de estas analogías biológicas se encuentra encerrado en un círculo vicioso, pues no tiene cómo probar que lo que sigue a la crisis será efectivamente crecimiento (si ello sucediera, sólo el futuro lo podría demostrar) y no la corrupción... [\(x\)](#)

No, se trata de una ciega fe en el necesario progreso del mundo y de la Iglesia, producto de

la vulgar actitud conciliadora y contemporizadora del «evolucionismo teológico», la herejía más difundida y menos conocida de nuestros días; que tiene como raíz el no pensar en la Parusía. [\(x\)](#)

Sí, son pocos, muy pocos, los que le darían la razón a Castellani, aun en los tiempos que corren. Y así andamos.

San Pedro dijo (II Pet. 3:4) que cuando no quieran creer los hombres en el fin del mundo entonces está cerca el fin del mundo. Mas cuando los que no quieren creer están dentro de la Iglesia de Cristo y predicán de oficio las palabras de Cristo sacrosantas, entonces la cosa es grave. [\(x\)](#)

Pero la explicación es sencilla: Castellani no es actual; es mucho más que eso, es profético. Y entiéndase bien, no porque un querubín le haya quemado los labios con una brasa.

Le quemó el alma.

¡Oh, quién nos dará el conocimientos de las profecías en esta época oscura, que no sabe adónde va y en esta vida cuya principal necesidad es saber adónde vamos! [\(x\)](#)

De ese incendio que es la interioridad lastimada de Castellani surge la luz que tanto suplicaba.

Cuando la estructura temporal de la Iglesia pierda la efusión del Espíritu y la religión adulterada se convierta en la Gran Ramera, entonces aparecerá el Hombre de Pecado y el Falso Profeta, un Rey del Universo que será a la vez como un Sumo Pontífice del Orbe... [\(x\)](#)

Por eso no se pueden desvincular sus visiones de sus enfermedades.

Algo pasa o ha pasado que yo no sé. Por de pronto [don Benya] ha estado fuertemente enfermo en estos últimos días [...]

Y hay que distinguir: no es lo mismo una enfermedad imaginaria a una enfermedad producida por sus visiones (o, tal vez, visiones que se revelan en la enfermedad).

Lo cierto es que Castellani ve cosas que lo enferman.

Nos contó el carcelero que en estos días que faltamos don Benya cayó en un estado terrible, tanto que llamaron al médico de la cárcel, el cual naturalmente dijo que no tenía nada. Se los pasó sin comer, tendido en una posición innatural, «contorto como una serpe», dando gemidos sordos, día y noche. Lloraba horas enteras, como un chico perdido de su madre y una noche tuvo fiebre nerviosa con delirio en el cual lanzaba gritos atroces reclamando un sacerdote para confesar, para hacer una confesión general. Los carceleros son gente dura, y sin embargo este carcelero que nos contó esto se había conmovido.

Cuando interpelemos a don Benya acerca de su enfermedad, se cerró, se ensombreció, y solamente dijo, sacudiendo la cabeza:

-Tengo el alma llena de horrores.

Ésta es la única frase que le oímos en todo el viaje y otra que pronunció de repente cuando pasamos delante de la columnata de San Pedro, que nos estupefizó a todos:

-Le tengo terror a la Iglesia Católica.

Yo relacioné esta frase insólita en un hombre tan pío con la carta del vicariato. ¿Qué demonios andaba negociando por su cuenta este hombre? La señora no quería saber nada, y decía que eran accesos de terror innatural, como los terrores del

deliriumtremens, provenientes de su enfermedad nerviosa, que le hacía ver fantasmas.

Pero yo me pregunto si la orden de los jeromianos, a la cual perteneció, no lo está persiguiendo, que dicen que es tan poderosa; o si no será don Benya un sacerdote degradado o secularizado -no sé cómo se llama-, ocultándolo él, y está todavía bajo su jurisdicción, y lo andan molestando con excomuniones, o cosas así. ^(x)

De modo que lo que le pasa a Castellani es que tiene visiones de lo por venir. Y eso, como decimos, lo enferma.

La experiencia es un modo de conocer que se refiere a uno mismo por un lado y por otro a las cosas; pero a las cosas que han pasado por uno; de modo que es un conocimiento enteramente cierto, indubitable; porque no es conocimiento de oídas; y eso es lo que significa esa frase aparentemente disparatada del filósofo Kirkegor: «La subjetividad es la verdad», lo cual quiere decir que la única verdad verdadera, segura y vital que poseemos es aquella que está enzarzada con nuestra propia existencia.

Todo lo demás, aunque no sea despreciable, son saberes «de oídas». ^(x)

De modo que, insisto, si se entiende lo que antecede, mal pueden interpretarse los malhumores, enfermedades y desgracias de Castellani como pruebas de que su mirada está teñida de resentimiento, de prejuicios, de pesimismo propios de un resentido.

Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede volverse una señal de que una sociedad va a la ruina, pensó.

¿Cómo?

Sufriendo primero la ruina que amenaza a todos. ^(x)

Castellani en Roma, 1947. Se quiere morir...

Hay para suicidarse. Pero el viejo del camp no se ha suicidado, no, no se ha...

«No dejarlo mal a Dios -dice don Benya-. Aguantar para no dejarlo mal a Dios. Que Dios, por los menos por nosotros, no haga un mal papel en el mundo».

¿Quién sabe si no estamos ya en los tiempos del Anticristo? ^(x)

Curioso también, pensar cómo todo esto lo ha visto en Roma, en la ciudad que él tanto amaba.

La ciudad de Roma, lavada y limpia con la lluvia, en la música sorda de su inmenso rumor, me enternecía. Los romanos son tan arquitectos que por todas partes saltan a los ojos mansiones, moradas y chalets espléndidos, pequeñas maravillas de dibujo, color y forma... ¿Es posible, Dios mío? ¿Es posible que esta ciudad, la más gentil y acogedora de la tierra, haya de ser...? ^(x)

¿Haya de ser... qué?

¿Roma será destruida? No lo sabemos. Puede ser, conforme a la letra de una descripción apokalyptica, y puede que no, si esa descripción se refiere solamente al typo y no al antitypo.

Pero el Orden Romano sí será destruido. ^(x)

Y con esto en mente, Castellani compone en versos las cuatro ciudades diferentes que Roma supo ser.

Roma fue al mundo tribunal y foro

campo de Marte, templo de las leyes,

*en el tiempo en que el Cónsul a sus bueyes volvía,
libre del pretil sonoro.*

*Después fue catedral, mármol y oro
cuando de Europa congregó los reyes
los nuevos pueblos y las vastas greyes
con la bélica Cruz y el santo coro.*

*Fue una pila después de agua bendita
santería y museo, pebetero
currutaco de dandys de levita.*

*Y hoy, manceba servil del extranjero
con sus victorias falsas, su honda cuita,
sus muertas ruinas, su doblez maldita,
es un lujoso y vasto cenicero.*⁸⁵

Donde fuego hubo, cenizas quedan.

El 3 de mayo Janssens le había ofrecido residencia alternativamente en las casas que la Compañía tenía en Bolonia o Muti. Pero ahora que Castellani ha rechazado de plano todo proyecto de exclaustación o reducción al clero secular, el belga reasume toda su autoridad.

Abrí la carta del P. General, donde me manda a España (dándome a elegir la casa) y me promete un «proceso a lo pasado». ^(x)

Y bien, allá vamos. Así como Janssens ahora reasume todo su poder y se muestra enteramente Superior, Castellani se muestra completamente subordinado...

Confío más que en mis fuerzas, que son pocas, en el poder de la obediencia. Pido a Dios N. Señor que esta medida sea un bien para la Compañía, como Ud. lo desea, y de mi parte haré cuanto pueda a esos efectos...

y enteramente Castellani...

salvos siempre los derechos de la Verdad. ^(x)

En carta al P. Parola, sintetizó el asunto con otros agregados.

Por el bien de la Compañía más que el mío deseaba volver a mi país, donde mis asuntos pendientes bruscamente tronchados por fuerza van a dar trabajo.

Pero la solución del P. Travi y del P. Alonso ha sido vencida por la solución del P. Benítez. ^(x)

El 25 de mayo, invitado por un sacerdote mercedino, el P. Zamora, Castellani celebra en la Iglesia Argentina en Roma.

La emoción me hizo derramar lágrimas todo el tiempo, por los encontrados sentimientos: afecto de gratitud y confianza en Dios, dolor de mi destierro, agradecimiento hacia el afecto que me demostraban todos. ^(x)

¡Y cómo llora Castellani por estos días! Nos recuerda a Don Benya.

Recibí su carta, que me ha sido preciosa y me ha hecho llorar. Estoy hecho un «marica llorón», como dice una de mis sobrinas. Ojalá que sea el llanto de la beatitud «*beati qui lugent...*». ^(x)

Apenas si pasó una semana desde que el Superior General le había dado a elegir casa en España cuando éste vuelve a comunicarse con nuestro hombre.

Ayer carta del P. General en que «elige» para mí la Residencia de Manresa (después de haberme ofrecido que eligiese yo), y me intima al viaje cuanto antes. Abundante en palabras afables, la carta es «in re» dura y desconfiada. Se aprovecha de que le he dicho que «estoy mejorado» como de arma contra mí. En suma, escribe «en Superior», como siempre. ^(x)

Le manda el pasaje en avión, Castellani se prepara para el viaje que ha de realizarse el 20 de junio. Es en estos días que conoce en la Embajada Argentina al P. Juan Santos Gaynor con el que trabará buena y duradera amistad.

Hombre bueno, tranquilo, optimista, bastante inteligente o «leído», formado en la cultura inglesa. ^(x)

Con este «gaucho» mantienen interesantes conversaciones.

Conservar la fe es el cuidado actual de la Iglesia, dice con razón el P. Gaynor.

Ahora bien, me parece que hoy día la Iglesia no tiene otro medio para eso que el dolor; y el dolor no es popular entre los hombres.

Ya la política, las artes y la ciencia no sirven a la Iglesia. La cultura está inficionada de arriba abajo por la «última herejía».

«Conservar lo que aún está de pie, lo que ha de perecer» (Apoc.) es la consigna. Hay que cumplirla por amor del Rey venidero, que sabe lo que manda. *Pero «quae peritura sunt»*. Amargo cómpito, sacrificarse por lo perecedero. Dentro de poco tiempo, la Iglesia tendrá que huir al desierto, para lo cual le serán dadas dos alas como de águila, que no son otras que la Escritura y la contemplación. ^(x)

También hablan sobre su «caso».

«No es que Ud. se haya levantado, es que Ud. ha caído; pero creen que Ud. se levanta contra ellos» -me dijo el P. Gaynor en Roma. ^(x)

Y luego, otra carta de Janssens. Siempre tan simpático el hombre...

Carta del P. General con un mandato imposible (que me vaya antes del 20 y el avión sale el 20). Dos prohibiciones más: no enseñar a los N.N. ni a seminaristas y no publicar nada sin que El mismo lo censure, lo cual «*in casu*» significa para mí no publicar nada simplemente, y por tanto no escribir. ^(x)

Estamos como en 1945, sólo que el cerco se ha ajustado más; no hablar, no escribir; lo de siempre: Castellani amordazado.

De aquí que dispone que se retiren sus dos libros en prensa. ^(x)

Pero, en fin, antes de partir, se ha entrevistado con Travi por última vez y no se ha despedido de Janssens puesto que el Superior no se lo mandó. Alivio de Castellani por esto último.

Despedirme personalmente del G. es demasiado difícil: o tendría que fingir o decir la verdad, y las dos cosas me son imposibles. ^(x)

Se va. Deja Roma, la ciudad que tanto amó de joven y que aún lo cautivaba por tantas razones...

No va a volver nunca más. Después de todo lo que le pasó, ni ganas, imagínense.

No. No es la Ciudad Santa, esa es Jerusalén. Ni tampoco es eterna, eso no le fue prometido en ningún lugar de las Escrituras.

Podemos imaginarlo en la mañana del 20 de junio de 1947 viéndola desde el avión..., contemplando por última vez la ciudad de las siete colinas, el «*septimontium*», pilar de Occidente, sede de la civilización, bastión del Derecho y la Justicia, asiento del Vicario de Cristo.

Pero Castellani ya no ve eso. Su inteligencia, su alma, sus afectos, su imaginación -es todo el hombre el que profetiza- todo le indica que sólo queda un cenicero.

Yo tengo la impresión de que esta ciudad se va venir abajo toda entera o casi, con ídolo y todo, un día; pero yo no lo veré. Tiemblo de miedo al escribir esto... ^(x)

Miedo... terror... Pero, bueno, no hay mal que dure cien años...

Y esto de ahora lo veo como una escena de circo o de cine: la gran Urbe Magnópolis que se hunde de golpe con ídolo y todo. ^(x)

*

Saint Exupéry decía que Ciudadela era «mansión en el espacio y rito en el tiempo», y tenía, claro, razón. Eso nos lo legó Jesucristo, esta «Casa para el Hombre», como dice Oscar Wilde. Pero también nos advirtió que no tenía dónde reposar su cabeza. Es cierto, desde luego que es cierto, que las puertas del infierno no prevalecerán contra el Cuerpo Místico de Cristo. Pero la Ciudadela se puede desmoronar. Es cierto que las promesas de indefectibilidad en la Fe de Pedro aguantarán contra viento y marea. Pero no sabemos cómo ni en qué circunstancias. Lo que sí sabemos es que habrá mucho viento y mucha marea y que que si esos días no se acortaran hasta los justos caerían. No sabemos casi nada y siempre campaneaba en nuestra alma la pregunta de Nuestro Señor: cuando vuelva, ¿encontrará Fe sobre la tierra? Son los tres lugares escriturísticos sobre los que uno ha de volver una y otra vez: a) El infierno no prevalecerá; b) Cristo ha rogado para que la Fe de Pedro no desfallezca; y, c), Cuando vuelva, ¿encontrará Fe el Hijo del Hombre? Cualquier exégesis, cualquier interpretación de la historia que niegue o esconda uno de estos tres lugares de la Escritura es necesariamente falsaria. Claro que conjugarlos puede dejarnos perplejos. Pero Cristo nunca prometió que los cristianos no quedarían perplejos, más bien se ve lo contrario, si uno lee un poquitín de los

Evangelios... Y sí, los fariseos estaban en lo cierto, no tenían perplejidad ninguna. Para ellos la perplejidad es escándalo de gentiles y locura de judíos. Pero, bueno, estoy tranquilo: si el lector llegó hasta aquí, a él también le duele la cabeza.

*

Capítulo XXVII

JOB

Manresa

1947-1949

*¿Soy yo el mar, o algún monstruo marino
para que me tengas encerrado con guardias?*
Job 7:12

En junio de 1947 recibí por escrito la orden de trasladarme en el término de 4 días a Manresa (España) con la promesa tácita de que si obedecía y me portaba bien sería perdonado (¿de qué? Lo ignoro). [\(x\)](#)

Se va nomás a Manresa, su nuevo destino. Y así como no sabe qué es lo que se le va a perdonar, tampoco sabe qué le espera... ni cuánto tiempo durará el castigo.

Tiempo después supo contarle con envidiable poder sintético.

*Los dos años en Manresa
Los pasé en un zozobrar-
El primero en esperar
Y el otro desesperao
En bichar por cualquier lao
Cómo me podré escapar. [\(x\)](#)*

Para cualquier jesuita, Manresa tiene una significación muy particular.

San Ignacio estuvo 10 meses en una cueva terrosa al frente del río Cardoner [...] pidiendo limosna y haciendo oración en la soledad y desamparo de todos los hombres [...].

El solitario huyó de la sociedad de los hombres a la montaña, la fronda, el río; nosotros hemos puesto allí, a su honra, el tren, la electricidad, el vapor, la sociedad y la «civilización», es decir, aquello mismo de que él huyó. [\(x\)](#)

Aquí, en este lugar del mapa, separados por algo así como cuatro siglos, San Ignacio y Castellani van a entrar en «crisis». Ignacio va a concebir la peregrina idea de una orden religiosa, a la que ingresará; y Castellani va a concebir la peregrina idea de salirse de ella. Posiblemente ambas acciones procedieron de la misma fuente...

Pero ya les cuento cómo vino a suceder. Para llegar, Castellani tomó un avión de Roma a Madrid. En la capital española fue recibido por varios argentinos, notablemente César Pico. Pero también Juan Carlos Montiel, y Hugo Marccone

que me acompaña al Escorial y a Avila y sacrifica por mí tiempo, diversiones y pesetas. Charlo con César Pico, le cuento mis cosas, me consuela maravillosamente prometiendo rogar por mí y hacer decir misas. [\(x\)](#)

No hay como encontrarse con connacionales y amigos de espíritu afín -sobre todo cuando uno anda en la mala y se halla en país extranjero. Estos argentinos estaban en Madrid gracias al gran empuje que Juan Carlos Goyeneche le había dado al «Instituto de Cultura Hispánica» que concedía interesantes becas para residir en España y estudiar lo que venga a mano. Así es que varios jóvenes nacionalistas pudieron conocer Europa, como éstos que encuentra Castellani en junio del '47.

Castellani se conmovió con las cosas que le dijo César Pico, hombre de su generación, espíritu fino, talentoso escritor, un tipo inteligente, crítico, y, «par dessus le marché», un poquito anticlerical... Pico insiste en el analogado entre el caso de Castellani con el de San Juan de la Cruz, preso por intrigas de los hermanos de su propia orden, y le propone a nuestro hombre que trate de tener «no sólo paciencia, sino la posible alegría».

Mi situación es peligrosa y apretada, aunque no tanto como la de San Juan de la Cruz en la cárcel de Toledo.

Estoy en desgracia total delante de un hombre que tiene sobre mí poder absoluto, que me ha castigado ya severísimamente y que me tiene por una especie de monstruo. Estoy condenado «*sine die*» a un destierro indefinido y lo que es peor a la «inacción» si no me espabilo y Dios me ayuda.

Mis sufrimientos internos y externos, que duran ya muchos años, y últimamente han recrudecido, no pesan nada en la balanza de los 28.000 jesuitas cuyo «bien común» abstracto él tiene que gobernar.

Mi resolución y propósito es: en honor de la prisión del gran carmelita abrazar un año de cárcel con toda voluntad y afecto, y si es posible, con alegría, guardando silencio y arreglándomelas como pueda. Después de un año, suplicar se me perdone, si no lo han hecho primero. Para que tenga fuerzas de hacer esto servirán sus oraciones y misas. También quizá sus cartas y las mías, que naturalmente pongo en su discreción. ^(x)

No, no parece enteramente malo el paralelo con Fray Juan de la Cruz. Ambos presos por orden de Superiores de sus respectivas órdenes (aunque el de Yepes ya profesaba como «descalzo»), ambos cautivos de sus hermanos de orden, por razones difíciles de entender y, por tanto, de justificar. Pero allí termina la comparanza, porque la cárcel de San Juan fue objetivamente tremenda en tanto que la de Castellani... sólo puede entenderse como prisión «lato sensu».

Pero nos estamos adelantando. De todos modos, lo que Castellani le escribe a Pico antes de llegar a Manresa será dicho y repetido en sus cartas y diarios de estos años una y mil veces. Prácticamente no podrá apartarse de esta fórmula: a) soy castigado sin razón alguna; b) condenado a la «inacción»; c) y a la «incertidumbre».

Ya lo veremos, una y otra vez.

Se queda en Madrid unos diez días durante los cuales tiene una típica discusión con César Pico, siempre afecto a las polémicas y a las afirmaciones tremebundas «pour épater les bourgeois».

César Pico sostuvo en una conferencia en Madrid que el español carecía del sentido del humor; cosa que medio amostazó a algunos madrileños. Otro argentino que andaba por allí los desagrávió en otra conferencia sosteniendo: no se puede decir eso así nomás de una gente que ha dado a Cervantes, Quevedo, Velázquez, Tirso, la novela picaresca, los autos sacramentales... y Unamuno... y Gómez de la Serna... Lo que pasa es que el humor español no es como el humor inglés. ¡Me olvidaba del gran Julio Camba!

El «otro argentino que andaba por allí», lo habrán adivinado, es el propio Castellani (que no sé de dónde tiene humor por estos días para encarar este asunto). Para eso consigue una «censura» del P. Olleros S.J. y con eso, puede dar una

Conferencia en Pinar 25 (C.C.I.A.) sobre el humorismo español, en presencia de Pico. Sencilla plática. Me salió bien. [\(x\)](#)

Afortunadamente con eso, años después, hizo un artículo.

El humor español (sorna, baya, cazurrería, socarronería, disimulo, retrechería, trastienda, carientismo, tonillo, sonsonete, retintín, parodia...) es algo así como si dijéramos medular, por no traer el vocablo pretencioso de trascendental: él está más en los caracteres que en los dichos, más en las situaciones que en los caracteres y más en los choques profundos de los principios que en las mismas situaciones. En las entrañas anda más bien que en la epidermis; y gusta de tocar las cosas más importantes y explosivas; como el amor, el hambre, la horca, la prostitución, el diablo y los curas; no menos que al mismo Dios, si a mano viene [...]. Esto se dijo en la contra conferencia antipicuda, entre otras cosas... [\(x\)](#)

O, dicho de otro modo.

César Pico sostiene que el español carece del sentido del humor, con argumentos ingeniosos y sutiles; y tiene razón si se refiere al sentido del humor «inglés» -que es el que creemos tener los argentinos, comprado y fabricado afuera como un casimir de lujo. Pero el español posee su propio malhumor (o lo poseyó en tiempos de Cervantes, Quevedo, Velázquez y Goya), que es como dijéramos «trascendental» o «metafísico»: el humor de Cervantes está en el fondo, no en la superficie -y lo mismo en los toros-, indiferentemente si la superficie es jocosa o sombría.

El humor español consiste en una referencia inmediata y oculta del humorista a una cosa «dell'altro mondo», a la muerte, al pecado original, al hambre, a la prostitución o a los curas.

Cosa de criaturas parece al lado del humor español el humor inglés. El humor español es de «cosas» y no de palabras, ni siquiera de sentimientos. [\(x\)](#)

Aparte de la conferencia «antipicuda», Castellani visita el Prado, pasea por Medina del Campo, hace migas con el P. Osvaldo Lira, el chileno del cual ya se ha hablado, traba amistad con otro argentino, Ramiro de la Fuente, y visita frecuentemente a Marcone que paraba en el Colegio César Carlos.

Había aterrizado en Madrid el 20 de junio y el 2 de julio ya tiene que partir hacia Barcelona, dejando atrás a sus amigos. Toma el tren.

A última hora me di cuenta y quise sacar cama: no había más. Viaje muy incómodo, sin dormir casi nada, se me indigestó la cena. [\(x\)](#)

En Barcelona conoce al P. Cándido Mazón, Provincial de la Compañía,

hombre cordial y bondadoso sin duda.

Claro que el P. Mazón anda cauteloso con este «rebelde», siendo que el Superior General ha indicado que además de la prohibición de volver a la Argentina, de enseñar y de publicar libros sin que los censure él mismo, agrega otra más. Mazón le cuenta que Janssens ordenó

que no salga mucho de casa. ¿Cuándo he salido yo mucho de casa? ¿Hay derecho a arruinarme el buen nombre ante un nuevo superior con lo que ese mandato presupone como sospecha? ¡Paciencia! [\(x\)](#)

El pobre Mazón cumple órdenes del General y no sabe bien qué decirle a Castellani. Mal puede evacuarle la duda central acerca del «fin», en ambos sentidos del término, de esta reclusión: cuál es el objetivo, cuando finaliza el ejercicio.

¿Paciencia? Sí, bueno, esperáte un poco; no es ladrándose órdenes -por pías que sean- que uno puede conformar el alma a una completa indeterminación. Al día siguiente registra en su Diario su estado de ánimo.

Ayer tristeza y abatimiento todo el día. Por la noche recrudece y se convierte en atroz angustia, que no me deja dormir. Me levanté a las 9 y perdí la misa. Posiblemente la causa es mi entrevista de anteayer con el P. Provincial, y el conocer las nuevas órdenes y prohibiciones inútiles del General Janssens, que sigue tratándome como a un criminal, con crueldad inconsciente -que es la peor de todas.

Estoy moralmente desollado y el roce más leve me duele horrores. Estoy indefenso. Estoy desarmado y desnudo, apto para ser crucificado. Mi verdadero calvario comienza. Mi calvario será: reducido a la impotencia, sin aliento ni esperanza, convertido en una carga molesta, como lo es todo enfermo grave, iré cambiando de casa en casa, a medida que se cansen los Rectores, hasta acabar en una muerte desolada; que ruego a Dios de continuo venga pronto. Es la ruina completa como hombre.

Dios puede salvarme en esta vida con un milagro de cuento de hadas, Dios ha de salvarme en la otra vida. De estos dos clavos ardientes se agarra mi voluntad con desesperación para no hundirse en la locura. ¡Ay de mí el día que los soltara! ^(x)

Aquí querría publicar un aviso; o mejor, una «réclame»: se necesita misericordia, se necesita compasión.

Así como el rico, si no se vigila, desprecia naturalmente al pobre, así el sano, tal es la limitación humana, desprecia al enfermo; sobre todo si la enfermedad es de aquéllas que no apelan sensiblemente (animalmente) a la compasión y sus torturas deben ser percibidas a través de la inteligencia y de la simpatía.

Hombres capaces de esto no hay muchos. ^(x)

¿Cierto, no?, cada Jueves Santo volvemos a experimentarlo al contemplar lo de Getsemaní donde nos vence el sueño, nos invade un tedio espantoso, hastiados de contemplar tanto padecer. Y eso que algo hay para la imaginación, como el sudor de sangre.

¿Y quién soy yo para pedirle eso al lector con Castellani? Bueno, nadie lo obliga... es sólo un pedido; porque, ¿cómo decía el propio Castellani?

Así como el rico, si no se vigila, desprecia naturalmente al pobre, así el sano, tal es la limitación humana, desprecia al enfermo.

y claro, como se comprende fácilmente,

No se puede ni sospechar lo que sufre una persona si no se conoce su sensibilidad. ^(x)

Con esto -y bastante cierto de que el lector ya conoce la sensibilidad de Castellani- leamos un fragmento de carta escrita este mismo día, antes de llegar a Manresa.

Estoy mal. Ayer he tenido depresión y tristeza y por la noche un ataque de angustia que no me dejó dormir. Hoy me levanté a las 9, no dije misa -y he estado todo el día encerrado en mi aposento y con crisis de llanto. Estos ataques de angustia son un sufrimiento espantoso, la razón misma desaparece casi por completo y la fe no ayuda para nada sino para pedir a Dios la muerte. ^(x)

Así estamos, Castellani llorando en su celda, sin que nadie lo comprenda -ni acaso, lo pueda comprender.

A mí me duele el pie y el médico me dice: «A usted no le duele el pie, a usted le parece que le duele el pie; esos son los nervios». Y yo digo: «A mí me parece que me duele el pie, tiene razón, doctor; pero yo siento que me duele el pie». Y lo mismo pasa cuando le duele a uno el alma. Los amigos le dicen: «A usted no le duele nada». Y a uno le duele más que antes. ^(x)

Sobre esta idea de los «falsos amigos» reflexionará en repetidas oportunidades.

La falsa compasión, pintada por el Espíritu Santo en los amigos de Job, consiste en decir al que sufre que no es nada, que él tiene la culpa o tratar de remediarlo como a nosotros nos acomoda o antoja.

La verdadera compasión -descrita por San Pablo (Cor. I, 13, 4) «*omnia suffert, omnia credit*»- cree al prójimo, hace suyas sus cargas y le da lo que él necesita -lo que él pide, si es cosa lícita -y no lo que se nos ocurra. [El verdadero amigo] no quiere curar ni remediar de prepotencia «*non gaudet super iniquitate*», no se pone por encima del que sufre para patrocinarlo... y relamerse de su superioridad. ^(x)

Y en cuanto a que «*la fe no ayuda para nada*», bueno, basta con releer el libro de Job. Sí sirve, claro que sirve. Pero no necesariamente para atenuar los sufrimientos.

Todos los *Himnos a la Fe* que han ganado la eglatina de oro en los juegos florales, han sido hechos por poetas sin fe, o con fe incipiente. El único himno a la fe bueno, es el martirio; el accésit es una vida pura y recta; el digno de alabanza son las blasfemias sagradas que profieren los que están en la noche oscura, como Job el Idumeo, y Charles Baudelaire. «*¡Yo tengo tanta fe como para puntearlo a Dios!*» decía don Babel Manito, un criollo que no sabía nada de «*noche oscura*». ^(x)

No se achique, Padre, acuérdesse que somos argentinos.

Con todo, podría uno preguntarse de dónde el empeño, la vehemencia, la «garra» y aún la agresividad de las ideas, de las convicciones, y hasta de las devociones de nuestro autor. Me parece que procede de su necesidad de resistir -completamente solo- a la presión del juicio ajeno.

Supongamos que un hombre sea acusado de un crimen no por uno solo sino por muchos; que sea acusado, juzgado, sentenciado, castigado, digamos, por el mundo entero, siendo inocente: por más inocente que él sea, el juicio ajeno penetrará en su conciencia hasta una hondura increíble, y la turbará si no la falsea.

Claro que si me acusa a mí el mundo entero de haber asesinado a Mussolini, yo no creeré haber matado a Mussolini. Mas si no es de un pecado concreto histórico el cargo, sino de algo más general, como de ser fariseo, o tergiversador, o indócil, o sublevado, o difícil, o loco, de una cualidad o cualificación viciosa, entonces los estragos que puede hacer en ocasiones la presión del juicio ajeno son increíbles; y tanto más cuanto más delicada sea la conciencia atacada. ^(x)

Lo cual no quiere decir que Castellani no va a sacar bienes de todo esto. Pero, claro, antes hay que «digerir» los males, no sea que caigamos en eso que Messori da en llamar «*inútiles acrobacias de ciertos teólogos*» empeñados como están en

salvar el rostro de un Dios que -a pesar de ser omnipotente y bueno- hace llorar a los niños, sufrir a los ancianos, desesperar a los inocentes. Estos defensores de una causa perdida dicen que «*el mal es un lunar sin importancia en la creación, que Dios tolera sin ser responsable*».

Estas arengas de los abogados de oficio en el proceso a Dios son tan consoladoras para el que sufre, ha observado H. Küng, como para el hambriento una docta conferencia sobre química alimenticia. ^(x)

(Por una vez, démosle la razón a Küng.) Pero lo importante aquí es destacar que no se puede sobrevolar ligeramente sobre las tribulaciones de los demás sin seguir, paso a paso, un largo y penoso proceso. Recién después de la consideración de todos estos males, después de haber reflexionado largamente sobre la injusticia que padece, recién después y nunca antes -ojalá me comprendiera el lector-, Castellani va a tratar de vivir lo que manda el Evangelio.

Cuando nos menosprecian, nos vilipendian o nos calumnian, naturalmente nos da rabia, porque realmente quitarle a uno el buen nombre, es peor que romperle un hueso; pero si uno aguanta eso con paciencia, crece la humildad; porque no puede hacer eso si no diciendo: «*Al fin y al cabo, yo también soy malo; si no en esto que dicen, en otras cosas, quién sabe si yo no he hecho esto mismo que a mí me hacen, y Dios me está adoctrinando y corrigiendo. Al fin y al cabo, lo que yo soy delante de Dios, eso soy y no más -ni menos; y no me va a cambiar de cómo soy lo que digan cuatro locos, o en alabanza falsa o en vituperio falso*».

Cualquier hombre que lleva bien una humillación, está en presencia de Dios, ha trabado relación con Dios (o sea con la Verdad) aunque no lo sepa, aunque sea un ateo; porque «*la humillación es peor que la muerte*».

¿Quién me dijo esta frase «*la humillación es peor que la muerte*»? El P. José Murall, de Barcelona. ^(x)

Porque sí, ha conocido a este cura en Barcelona y lo ha tomado de confesor. Esa sola frase lo consoló más a Castellani que decenas de cartas piadosas («impertinentes» las llamará él) y tuvo ocasión de repetirla muchas veces. ¿Peor que la muerte? Bueno, ya vamos a ver.

Después de unos días en Sarriá, finalmente viaja a Manresa adonde llega el 12 de julio. Sus primeras impresiones, su estado de ánimo y lo que registra ese día en su Diario resulta insólito:

Viaje a Manresa espléndido, con toda felicidad y alegría. San Ignacio me recibió con lluvia. La Casa y la Comunidad espléndidas. Tengo la impresión de que estoy *salvado* de que es un *sitio ideal* para rehacerme. Luego la elección del General ha sido hecha con sabiduría y no con odio, como mi aprensión humana (y diabólica) quería persuadirme [...].

No menos por lo que escribe unos renglones más adelante.

Tengo que desconfiar de mis desolaciones, pero también (y quizá más) de mis «*consolaciones*», que son a veces falsas, frecuentemente exageradas y siempre exagerables. ^(x)

Pero más arriba les hablaba yo de la agresividad de Castellani, incluso en sus devociones; allí mi tesis sobre la resistencia a la presión del juicio ajeno que se aplica bien, muy bien, al caso de Job, no menos que al de nuestro autor.

Ahora, eso que escribe en su Diario el mismo día que llega a Manresa... Pensemos un poco. Llegó a su cárcel, a cumplir con jesuítica voluntad el castigo que le impuso Janssens. Quiere cumplirlo hasta el fin. Se aferra a la Compañía, a la obediencia más extremosa. E ingresa a su celda y le reza a San Ignacio, su Padre.

He pasado todo el día en la presencia de Dios, es decir, de S. Ignacio: rezándole una oración que parece irreverente y quizá lo sea. Pero no en mí. A saber:

«Si no me vales más que el sucesor

Se pueden ir a la M... los dos.» ^(x)

Sí, Castellani se acuerda de don Babel Manito, se acuerda que es argentino, no se achica. Y tiene una libertad interior pocas veces vista. Pero hay en esta oración más miga de lo que parece.

Es que en Manresa Castellani se juega el partido de su vida: quedarse o no en la Compañía. Y en cierto modo, se puede sostener que Dios le va a dejar elegir a él. No lo van expulsar si se queda allí... no sabemos por cuánto tiempo. Y él se quiere quedar, fíjense.

Y esa fué mi pior ponzoña:

Amor no correspondido

Es el dolor más... rendido-

Yo amaba mi Religión-

Tenía por responsión

Golpes, desprecio y olvido.

Viví en ella treinta años

Sirviéndola sin cesar-

Estudié sin desmayar

Sus santas Constituciones-

Y hora con tantas traiciones

Casi me la hacen odiar. [\(x\)](#)

(Y no sabemos si este «casi» es por necesidad del verso).

Pero hace bien en desconfiar de la consolación que siente el día que llegó, porque luego, a lo largo de dos años de reclusión en esta casa, muy pocos asientos de sus Diarios muestran cosa parecida. Al contrario, como constante lloraduelos, sus quejas, dolores y tribulaciones se repiten en cascada, página tras tremenda página.

Insisto, como Job.

Solamente a la mañana siguiente de haber llegado anota que tuvo

Mala noche, bilis, y al amanecer mosquitos que me fastidiaron. Dije la misa con dificultad y después del desayuno me acosté. Dormí con sueños molestos y feos hasta la hora de comer. Por la tarde tristeza, tentación de angustia, cavilaciones y temor. [\(x\)](#)

Dos días después de llegar le hace la cuenta de conciencia al P. Achával.

Caigo continuamente en depresiones melancólicas muy penosas, que me anulan, y que no puedo evitar de ningún modo. Cuando no estoy en profunda tristeza y desánimo, entonces estoy en una euforia exagerada y descabellada, de la cual debo fiarme menos que de la tristeza. En suma, que estoy medio loco; con el dolor que la conciencia de ello significa. [\(x\)](#)

Sí, en Manresa todos los males de Castellani se van a agravar. A la semana nomás de llegar toma nota de lo que le sucede.

Mis insomnios se han vuelto continuos y sumamente penosos, pues acaban en una especie de angustia o zozobra de pensamientos alborotados, que es una verdadera tortura. Los efectos de ellos son desastrosos, me dejan sin fuerzas para nada y en una gran melancolía. Todo me hiere, y mi alma está en gran oscuridad y desconsuelo. [\(x\)](#)

Esto se va a repetir, casi día por día, a lo largo de estos dos años de reclusión en Manresa. Un infierno, verdaderamente.

Un día estoy bien y otro día mal. Pero los días que estoy bien estoy poco bien y los días que estoy mal estoy muy mal.

Soy un verdadero niño llorón, un nene que le tiene miedo al coco, y que de solo pensar en él o sentirlo nombrar le da diarrea, jaqueca y patatuse. Si no fuese por la cochina salud...

La influencia que tiene en mí lo moral sobre lo físico es algo extraño. Parezco histérico. Es increíble la patogenia de las imágenes tristes. [\(x\)](#)

Y sin embargo...

A pesar de que tengo una conciencia viva de mi infinita debilidad y vulnerabilidad, siento también dentro de mí algo que no se deja

intimidar por los hombres. ^(x)

Sí, difícil este Castellani «por dentro» (y es verdad que en sus palabras siempre hay como un corazón de irreductibilidad. Supongo yo que eso es lo que perciben sus enemigos, lo que despierta tanto encono contra él).

Aquí (como ya avisé) necesito de bastante paciencia y simpatía del lector; paciencia porque me veo obligado a extender en largas páginas para dar cabal idea de la intensidad de lo que sufrió en Manresa nuestro autor. Y simpatía porque de otro modo sería inaguantable.

Típico es, por ejemplo, un asiento después de un año de destierro.

Anoche, ataque de angustia somática como la noche del 15 de mayo, una especie de éxtasis de terror y desesperación.

Esto va muy mal, y no puedo demostrarlo a nadie que no simpatice conmigo. ^(x)

Pero, bueno, me digo yo, si el lector llegó hasta aquí será porque algo simpatiza. Continuemos.

¿Y por fuera? El pueblo no le cae mal, le parece pintoresco, el quebrado paisaje de los alrededores le encanta y a menudo sale a caminar. Pero de poco le vale. A lo largo de dos años de cautiverio en Manresa las referencias a la ciudad y al paisaje son muy escasas, apenas algún renglón aquí y allí. Ni siquiera la compañía de los demás religiosos de la casa -que sobre todo al principio le cayeron bien- le sirven de consuelo.

Los Padres de aquí me tratan con toda atención y consideraciones; pero naturalmente me siento entre ellos como entre extraños, con quienes no puedo hablar y para quienes me convertiré necesariamente con el tiempo en una carga; lo cual es parte de mi cruz. ^(x)

No hay caso, está enfermo, está preso de su interioridad atormentada, de una neurosis que se va agravando día a día.

¿Por qué? La pregunta no es impertinente. Fíjense cómo lo recordaba Luis Alberto Barnada que lo había ido a visitar con Quique Pelzter.

Nos llevó a mostrar la cueva de San Ignacio y parado al lado de una de las columnas -lo veo-, nos dijo:

-Miren, si yo veo que me voy a enloquecer...

Era una obsesión que tenía. ^(x)

En efecto, de todos los males que lo aquejaban en Manresa, éste -el temor de volverse loco- era el peor, y él lo contemplaba como a una fiera que acecha, como un demonio que si se distraía se le echaría encima haciéndole perder la razón. En una síntesis de aquel tiempo Castellani lo escribió así:

Sufrí en Manresa dos años de tortura mental extrema y suprema, cuyas dos palancas eran la «inacción y la incertidumbre». Al final se derrumbó mi salud, con una diabetes nerviosa grave, ataques de lumbago y lo que llaman «*delirio afectivo*». ^(x)

Treinta años después aún lo recordaba.

No me daban nada que hacer ni me decían cuándo iba a salir de allí. ³³ Claro, esto de la «incertidumbre» es fácil de ver.

Ayer recibí una carta del P. Travi, que no dice absolutamente nada, pero me quitó el sueño toda la noche... por eso mismo. *Porque debería decir algo.* Ese silencio prescindente y frío pinta mejor que cualquier palabra una voluntad implacable, que probablemente dura desde la carta de Julio de 1946 y que al fin ha salido con la suya, que para mí es la ruina, sépalo él o no lo sepa, quiéralo o no lo quiera. ^(x)

Y en borrador de respuesta, Castellani acusa recibo de la no-carta.

Recibí su carta del 13 del corriente, de tan cariñoso estilo como tenue contenido. No dice nada. Enviado aquí sin que se me diga por qué, a qué y por cuanto tiempo, yo esperaba se declarasen ahora, porque es necesario conocer la intención de los superiores, aun para conformarse con ella. ^(x)

Pero, claro, la «incertidumbre» de Castellani responde a varias cosas que él sabe, claro que sí. La primera es que es castigado por no se sabe muy bien qué delitos (ya vamos a verlos en la «Monición Canónica»). A delitos inciertos, castigo incierto. Pero además de eso, Janssens -y sobre todo Travi, que es seguramente quien maneja los hilos en esta historia- no saben qué hacerse con Castellani. Querrían que se fuese de la Compañía. No se va. Bien, esconderlo por allí, «neutralizarlo», o, mejor todavía, reducirlo a «perfecta obediencia»; ¿no saben ustedes qué cosa es eso? Travi tampoco, ni tiene interés. El objetivo último era otro, más allá de las pomposas y santulonas etiquetas con que tapaban su verdadera intención.

Fue una pura y simple trampa

En que de tonto caí

En vano les escribí

«¿Cuál es mi trabajo? ¡y pronto!»

Mi trabajo era ser tonto

E irme consumiendo allí. ^(x)

Y desde luego, la incertidumbre es un estado molesto para cualquier hombre; pero Travi y Janssens y todos los demás están muy ocupados con otras cosas: ya veremos, ya despejaremos nuestras dudas. Y ya sabemos quién paga la cuenta.

La verdad es que el General me ha tenido tres meses en Génova por un juicio temerario, o por lo menos erróneo; tres meses en Roma para no hacer nada sino torturarme; y después me ha tirado al lado, sin dignarse siquiera decirme para qué me mandaba a Manresa. ^(x)

De aquí la incertidumbre sobre el sentido y el término de la reclusión.

Antes de venir aquí, previne por escrito al R.P. Travi que no tenía fuerzas para hacer frente a esta nueva prueba, o ciego experimento; después de tantos otros que han hecho conmigo. Por desgracia para mí, estaba en lo cierto. Me contestó, también por escrito, que «aguardase la consolación ventura»; es decir, se desentendió tranquilamente de la advertencia como si fuese asunto de impresiones pasajeras y no de una real y grave enfermedad. Y sin embargo, allí estaba el testimonio de los médicos, si el mío no bastaba. Y él mismo me vio enfermo.

A mí me han destruido. Pero es imposible que Dios bendiga esto. Ni es gloria de Dios ni será un bien para la Compañía. ^(x)

Sí, está muy bien dicho por el propio Castellani: su incertidumbre proviene del hecho que con él están llevando a cabo un «ciego experimento». Lo de «ciego» no sólo porque Janssens y Travi no tienen la menor idea de cuál es el objetivo, sino porque -y esto es lo peor- se comportan como

funcionarios de un organismo inerte, como burócratas obligados a aceptar la máquina; ciegos que quieren conducir al que ve mucho, muchísimo más que ellos.

Los que tienen el carisma de «pastor», es decir, de directores u organizadores, si creen que ellos lo ven todo, lo saben todo y lo pueden todo, eso los lleva a odiar al Profeta, que es el hombre que ve. [\(x\)](#)

Eso está, como digo, claro. Pero hay que ver que la incertidumbre de Castellani en Manresa se constituye como el «medio», el ambiente, la atmósfera misma de su alma. Es cierto que una «santa indiferencia» como quería San Ignacio le habría hecho más fácil sobrellevar su cautiverio.

La macana es que eso no se compra en el almacén de la esquina. Dos años antes había tenido oportunidad de escribir sobre esta indiferencia ignaciana

La cual ruego a Cristo Nuestro Señor me quiera donar a mí completamente antes de que llegue el día oscuro y turbino, el día de temporal y de tormenta, en que me fallen todas las casa nuestras, en que no tenga dónde re-clinar la cabeza, y en que llenando los deseos de mi R.P. Provincial me vaya de Buenos Aires... [\(x\)](#)

Los deseos de Travi...

Y poco a poco, más o menos inadvertidamente, mientras cumple mes tras mes de reclusión obligada en Manresa va creciendo la sospecha tremenda, imposible de digerir para Castellani de que la incertidumbre respondía a un designio maléfico.

Recordaba, claro que sí -nunca lo pudo olvidar, jamás, en toda su vida-, la tremenda profecía de Janssens:

*«En adelante su vida será dura,
inhumana, insoportable en la Orden»*

y conjugando aquello con el hecho de que no le decían para qué era la reclusión ni cuando terminaba... la conclusión se imponía más y más en su espíritu: para siempre.

Me mantenían a oscuras

Ningún quehacer alcancé

El plan dellos no lo sé

Pero el plan del diablo es claro:

Inación y desamparo

Muerte... y se acabó el minué.

Con respeto escribí al Jefe

Explicando mi cadena

Y era el colmo de mi pena

Que él me contestaba adusto

Cartas con el Nombre agosto

Y sonrisitas de hiena.

Cuánto pasé en esa Cueva

Ni acordarme quiero más-

No lo entenderán jamás-

Les diré una cosa sola-

Al penitente Loyola

Creo lo he dejado atrás.

Destruir es cosa del diablo

Pero destruir una vida

Es la cosa más pohibida

Mas si es vida espiritual

Eso es pecao fatal

Que ya Dios jamás lo olvida.

Dicen que al diablo es al único

Que no hay que tenerle lástima-

De aquella prueba tan cáustica

Saqué algo: un odio mortal

A la crueldá clerical

Y a la doblez eclesiástica. [\(x\)](#)

¿Y bien? Veamos este segundo asunto, de la «inación», la segunda «palanca» con que Castellani es atormentado desde fuera.

En primer lugar hay que anotar que la condena en este aspecto es relativa. Es cierto que le prohíben pronunciar una conferencia en la Universidad Abierta de Santander y que no le dan trabajos específicos, pero, de hecho, puede estudiar, puede escribir y, de vez en cuando, dar una charla o predicar un retiro a unas monjas del lugar. Y él ve que eso le resulta bien.

Estoy dando unas lecciones de Filosofía a las profesoras de un colegio de Hermanas (Loreto).

Apenas mis facultades están ocupadas y mi actividad empleada, deja de volverse hacia dentro y en contra mía y me siento otro. ^(x)

Pero en esto Castellani parece contradictorio. Apenas un mes antes le había escrito al mismo P. Gaza otra cosa.

La verdad es que al llegar yo aquí, los Sup. me dijeron: «Mire, Ud. habrá de arreglarse para pasar el tiempo, porque aquí no hay trabajo para Vd.» -y después habiendo pedido yo trabajo o encontrado por caso algunos posibles, siempre se me cerró la puerta. Y decían verdad en aquello, porque aquí no hay trabajo ni para los de aquí. No me extendo en explicar esto pero le ruego me crea. Es un hecho: pregunte al P. Mejía. Aquí «vivotean» míseramente de dar misiones rurales, triduos y una cosa que llaman Ejercicios Espirituales que si los ve San Ignacio no los conoce: simulacros.

¿Qué trabajo habrá aquí para un hombre de mi formación, edad, hábitos? Visito enfermos y hago sonetos: es el trabajo del preso que hace barquitos embotellados para que el ocio no lo arruine del todo: esfuerzo más que trabajo. Trabajos forzados.

Castigo, en fin. Se me castiga actualmente no por lo que he hecho sino porque lo que soy. ^(x)

Sí, parecería que lo de la inacción-castigo que denuncia Castellani está más en la línea de las censuras de sus libros, la prohibición de enseñar, la general restricción de cualquier actividad en la que pueda desplegar públicamente su talento.

«No darle ningún trabajo, y si él se rebusca un trabajo, impedírselo». A esto viene a parar en la práctica la consigna acerca de mí, aunque teóricamente la dada a mis Superiores de aquí probablemente sea: «que ése no aparezca».

La lógica de esa consigna llevada a su perfección es ésta: «que ése desaparezca». ^(x)

Ustedes y yo sabemos, ¿no?: le tienen miedo.

Yo soy temible; por lo menos el yo de dos o tres años atrás que él [Janssens] conoce -y no puede conocer otro. Yo soy temible, aunque no demasiado; y eso es fatal.

No hay que inspirar miedo o hay que inspirar mucho miedo. Desdichado del que inspira un poco de miedo.

Pero yo tengo razón, porque si yo soy algo temible, no puede ser por otra causa que por mi amor a la verdad. Para los cuatro días de vida que le quedan a uno, yo no voy a abdicar de mi alethofilia, de mi apetito por lo que es la verdad, de mi partidismo por lo «auténtico» (que dicen hoy), es decir, por lo genuino. Esto parece soberbia.

Y lo es. Pero es soberbia permitida. Porque de todas las cosas que se puede amar con exceso en esta vida, la menos peligrosa es la verdad. Y la más peligrosa al mismo tiempo.

¡Qué galimatías! ^(x)

De todos modos la «inacción» que padece Castellani no significa que haya quedado reducido a la esterilidad.

Mi preocupación actual es el temor del porvenir incierto -que se vence con el «*sufficit dici malitia sua*»- y los peligros de la inacción, que combato entregándome a la composición literaria; la cual preveo se agotará, pues no es posible escribir para uno mismo -o para el siglo venidero- sin saber el fin o la utilidad que tendrán los escritos.

Es una cosa como «*hablar solo*». ^(x)

Afortunadamente sus previsiones de futura esterilidad no se cumplieron, ni por pienso.

En efecto, en los dos años de reclusión de Manresa escribió no menos de cuatro libros (la primera parte de *Los Papeles de Benjamín Benavides*, buena parte de *El Ruiseñor Fusilado*, *El Místico* y *Cristo y los Fariseos*, aparte de las innumerables poesías compiladas luego en *El libro de las Oraciones*). ^(x)

¿Inacción? Incluso a Castellani le cuesta explicarse.

¡La vida intelectual es una vida,

Naturalmente!

Que pide, como toda vida habida,

Se la alimente y no se la atormente.

Hay en el hombre una incesante fuente

En lo más hondo donde Dios anida,

Que es la circulación de nuestra mente,

Que está en mí yugulada y detenida.

Me dicen: «Coma, duerma y no haga nada

tómese vacaciones». ¡Vacaciones!

¡Suerte envidiable y bienaventurada!

Pero el ocio es veneno, y a empellones

todo ser se resiste a hacerse nada.

Y en un sahara de desilusiones...

Muere mi corazón de sed sagrada. ^(x)

A poco de llegar a Manresa recibió una visita de Mejía con el que fueron a visitar la famosa abadía benedictina de Monserrat, con una de las bibliotecas más notables del mundo. Allí Castellani trabajaría muchísimo. ^(x)

De modo que lo que a Castellani lo resentía no era exactamente la «inacción» en el sentido literal de la palabra, sino más bien, la «inacción» que sus Superiores querían para él: que se dejara de embromar, que no tenga influencia, que su voz no corra.

Censurado, eso es todo. ^(x)

Tan claro lo veía Castellani que escribió una fábula sobre el asunto.

Yo escuchaba en Manresa un Ruisenior que me daba melodiosos insomnios y que le hacía pimpirimpainas y azofaifas a la luna.

Una noche una sombra monstruosa cruzó por mi ventana, que se fue acortando al concretarse en un catalancito con una espingarda vieja, de esas Montecristo de cargar por la boca. El salvaje tomó la puntería y el Cantor voló al aire hecho trizas, entre un trueno

y un chorro de humo.

No sin haber gritado antes de morir:

-¡Bárbaro! ¡Soy un Ruiseñor!

-Bon pro ti tingui -dijo el cazador-. Hoy día los rosiñoles son los que primieru van a la olle.

¡Qué olla, pobre poeta! Para la olla no quedó ni una pata sana, sino un chafarrinón de plumas.

Te tiran porque cantas, y eres un blanco seguro. ^(x)

Y lo dijo de diversos modos, muchas veces.

Ocho días de guitarra

Y a esto llamo trabajar-

Pero un cantor debe hallar

A cada cosa su nombre-

¡Qué va a hacer un pobre hombre

Si su destino es cantar! ⁵²

Quizá no esté mal recordar aquí lo de San Juan de la Cruz, que un solo pensamiento de hombre vale más a los ojos de Dios que el mundo entero.

El artista es esencialmente un fabricante de fantasmas; si no los fabrica para fuera, los fabrica para adentro. Y es perfectamente obvio; si a un caballo de carreras se lo encierra en un establo limpiísimo, con abundancia de pasto y buena ventilación, pero sin dejarlo correr, el animal se muere después de pasar por una enfermedad, que bien puede llamarse «*neurosis de situación*»: su fuerza se le transforma en angustia. ^(x)

Así, quizá, se puede entender lo mal que Castellani la pasa en Manresa, pese a que sus circunstancias exteriores son infinitamente más llevaderas que las de Fray Juan de la Cruz en su cárcel de Toledo.

Por no hablar de otros como Bartolomé Carranza, de quien Castellani tanto se ocupó.

La situación de un noble español del s. XVI caído en desgracia de un monarca absoluto, que dispone incluso de la Inquisición, es bastante análoga. Bartolomé Carranza es buena comparación. ^(x)

Castellani en Manresa -como a lo largo de toda su vida- buscaba razones exteriores que fundaran sus inmensos sufrimientos. Y cuando recuperaba la ecuanimidad tenía que confesar que no se podía echarle la culpa de sus tribulaciones a su entorno, aunque no fuera óptimo.

Estaba en compañía de un grupo de jesuitas viejos, algunos locos. Allí mandaban a hacer reposo a los que no podían tener ya en sus casas. Hablaban catalán y yo estaba molestísimo. En los recreos, que duraban más o menos tres cuartos de hora, luego de comer, yo estaba parado en un extremo y caminaba desde allí hasta el otro. Y no podía hablar ni entender ni nada. ^(x)

O a sus dolencias físicas.

Su enfermedad era ridícula, pequeños achaques sin importancia; pero sin embargo para él era un enfermedad grave, aunque no fuera más que por el efecto devastador en su espíritu. Era como un signo permanente del abandono interminable de Dios: la

espuela que despertaba sin cesar la desesperación de su amor.

Era un gran secreto, una enfermedad secreta: no podía decirla a nadie, desde que notó que lo tomaban en seguida por enfermo imaginario o hipo-condríaco. Un médico se lo había dicho con bastante brutalidad [...].

Cuando su achaque le producía dolores físicos como ahora, tenía una especie de amarga alegría, porque entonces estaba seguro de no equivocarse. Las tres operaciones quirúrgicas que había sufrido en su vida, lo habían puesto en un estado de regocijo inquieto, o exaltación, parecida a una borrachera: los médicos le habían alabado su «coraje».

Después había vuelto otra vez a la «grisaille» del opaco sufrimiento cotidiano. [\(x\)](#)

Aquí también renguea un poco el paralelo entre Job y Castellani, bien que una lectura atenta del libro sagrado muestra que el autor ha tenido que dramatizar la causa de los sufrimientos del Justo con toda clase de desgracias que se apilan inverosímilmente, como a las apuradas, la una sobre la otra en breve tiempo (y el diablo detrás poniéndolo a prueba). Pero es igual, ¿no? Aquí también la subjetividad es la verdad. Quizá por eso, Castellani veía en Sören Kierkegaard un alma gemela.

Hay hombres que han sufrido horrores en su vida estando casi incólumes exteriormente; a causa de su sensibilidad. El filósofo Kirkegard, por ejemplo; yo no he vacilado en estampar hace poco a su propósito la frase sagrada: «*enclavaron sus manos y sus pies y contaron todos sus huesos*». Y sin embargo Kirkegard físicamente no sufrió mucho... era un melancólico, tenía los nervios de un gran artista; y lastimados encima. La lectura de su Diario lo pone poco a poco a uno delante de los dolores de Job; y uno se queda pasmado delante de un verdadero abismo de paciencia. Fue ciertamente un crucificado. [\(x\)](#)

Así es que nuestro autor entiende muy bien los dolores morales de Jacinto Verdaguer, las tormentosas vacilaciones de Juana de Arco, la perplejidad de Tomás Moro y, desde luego, el hombre-Dios que suda sangre en un huerto bañado por la luz de una luna llena.

Una aflicción muy grande llena y domina el alma, y no deja lugar para otro sentimiento. Tenemos experiencia deso o incluso puede que lo hayamos pasado.

¿Acaso una madre que ha visto morir a su hijo cesa en su lloro por pensar que él ahora está en el cielo? El consuelo futuro se hace como lejano, como inexistente; y la pena presente lo cubre todo. Hombres que sufren depresión síquica profunda que dura un día, la experiencia que tienen de que dura sólo un día y que mañana estarán bien, no los alivia en nada; les parece que nunca saldrán dese estado, que nunca han estado en otro, y recuerdan tan solo todos los males pasados y todos los que han de venir.

Será una especie de locura, si ustedes quieren: pero así es con el alma humana. [\(x\)](#)

Con todo, se podría objetarle a Castellani que no hay causa objetiva demasiado notable como para atribuirle tantos sufrimientos. En el caso que pone aquí una madre pierde su hijo y todo se comprende... ¿pero él?

El mismo pelea con esto en combate permanente y se repite a menudo la pregunta que no puede responder.

¿Qué se me importa a mí de mí? [\(x\)](#)

Pues bien, la respuesta salta a la vista: a Castellani lo está torturando su propio proceso de digestión. No es que «*se le importa*» él de él. Tiene, como si dijéramos, digestión lenta. Y está indispuesto con semejante noticias.

Por una parte, repasa una y otra vez los sucedidos desde que comenzó su viaje.

Me levanté turbado y casi lloroso, lleno de remordimiento inútil, por «*haber sido vil en mi entrevista romana con Lechuzín y Vizcacha, y por haber sido cobarde la noche del 4 de abril, cuando consentí en quedarme en Roma en vez de salir para la*

Argentina».

Agua pasada no mueve molino.

Hice todo lo que pude y procedí aconsejado. La otra actitud posiblemente era peor. Las cartas por lo menos fueron dignas y firmes; que es lo que queda.

Y todavía quizá algún día se pueda hacer repaso y dar finiquito a todo. [\(x\)](#)

(Y copio esto último, en el año 2000, con inevitable contento. Llegó «algún día».)

Pero su proceso de asimilación fue lento, largo y penoso; en parte por su sensibilidad que todo lo registra, tan delicada como profundamente. Nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos.

Tengo la sensibilidad enconada de una manera que parece irremediable. Lo que hay es que me faltan los remedios. Mis sentimientos están desquiciados, no en cuanto a la «dirección», que es normal, sino en cuanto a la intensidad y a la selección, quiero decir, el predominio de los depresivos y negativos.

Pero este proceso de «digestión» se complica también porque lo que tiene para pensar no es cosa de poca monta.

Es un agudo y doloroso conflicto de conciencia que para uno resulte una misma persona un perfecto sinvergüenza y un representante de Cristo [...]. Para los que tienen romo el sentido moral o carecen de imaginación el conflicto no se pone. Son los «místicos» los que sufren con estas cosas. [\(x\)](#)

Y los artistas que sufren otras.

La Iglesia parece haber perdido actualmente el sentido de la Belleza: si no me equivoco (como lo deseo), es mala señal. Todo lo eclesástico aparece hoy marcado con el sello de la fealdad -llámese ésta vulgaridad, rutina, mal gusto, estolidez o torpeza- desde la literatura hasta los vestidos, desde las iglesias hasta la retórica rancia de las comunicaciones pontificias. [\(x\)](#)

(Como a Bruckberger, las encíclicas lo dejan inerte). Y no, Castellani no tiene -ni por pienso- todas las respuestas.

Dios ha grabado a fuego en mi corazón el estado actual de la Iglesia y del mundo. ¿Para qué? No lo sé ni lo puedo columbrar. [\(x\)](#)

Como hemos visto en los capítulos anteriores, desde que se le armó el tole-tole con Travi ha visto cosas tremendas que no se asimilan así nomás, de buenas a primeras (nosotros, con el auxilio de Castellani, medio siglo después, hemos tenido que «digerir» sus tremendos diagnósticos, invectivas y profecías a lo largo de muchísimos años de reflexión y estudio -y algunas tormentas-. Eso, con la ayuda de varios amigos, sin encontrarnos personalmente comprometidos en la tormenta, y con temperamento menos sensible que Castellani. Así y todo... no fue fácil). Pero en sus dos años de Manresa Castellani comenzó a redondear un dolorosísimo proceso de inteligencia de lo que había vivido, de lo que había pasado, de lo que le había pasado.

Para mi gusto, nadie lo ha explicado mejor que Antonio Caponnetto.

Lo recibido se recibe a la manera del recipiente, y lo que quiero destacar con este principio elemental de filosofía, es lo siguiente: Castellani era un gran rumiador de todo, y también del dolor. [...].

Pero quiero decir esto para no alargarme inútilmente: Castellani fue un rumiador de todo; entonces él recibe en su recipiente de rumiador el dolor de la persecución y hace que Manresa se le convierta en una transfiguración. Porque en la prisión se puede estar

como Imbelloni, o como Cervantes, escribiendo el Quijote: Yo puedo pasar por la prisión, pero si la prisión no pasa por mí, desde el punto de vista de la angustia, de la laceración, del dolor, y no tengo un recipiente apto, no puedo hacer nada.

Todo lo que quiero destacar con esto es la sensibilidad de Castellani: sensibilidad ante la Patria, sensibilidad ante la Iglesia. El decía que tenía un alma lacerada, llagada, y que un alma así no puede ser acariciada por una mano ríspida. El fue acariciado por manos ríspidas, dentro y fuera de la Iglesia, pero sobre todo dentro, porque él dice también “*a mí nunca me hizo un daño concreto un masón, un comunista o un judío. Todos los daños concretos me los hicieron dentro de la Iglesia*”. Y es cierto. Me parece que habría que reflexionar un poquito sobre esta sensibilidad que tenía Castellani para todo: para sentir dolor de Patria, para sentir dolor personal, para sentir dolor de Iglesia.

Si no hubiese sido por esa sensibilidad, Manresa no hubiese sido más que un accidente. ^(x)

¿Y cómo habría agradecido Castellani tan delicada comprensión de su alma! Desde luego que pedir algo así a Travi o Janssens sería demasiado, pero el caso es que en estos años de ostracismo, de exilio, de soledad, en estos negros años de Manresa, ni siquiera sus amigos lo pueden entender.

¿Y qué cosas rumia Castellani por estos días? Bueno, por de pronto, acerca de lo que ha visto en Roma.

Eso no se come en uno o dos días.

La Iglesia Católica es actualmente un poder político. Eso es innegable. Paliado de poder moral es un poder político. De ello se gloriaba a gritos el locutor español de Radio Vaticano cuando las elecciones italianas de Abril, 1948: «Sí, la Iglesia ha sido la que ganó estas elecciones».

Pues bien, los otros poderes políticos (los 10 reyes) destruirán el poder político de la Iglesia, después de haberse aprovechado de él para sus fines lo más posible, cuando ya no les sea necesario porque es odioso el traidor siendo la traición cumplida.

Ahora mismo, ya lo tienen bastante atado. El Papa consigue ventajas con más y más dificultad cada día. Del clero exigen los politicantes adhesiones de más en más serviles e imposibles. Llegará un día en que los 10 Reyes quemarán la Urbe Sacra prostituída. Está escrito. ^(x)

Y dentro de la Iglesia la Compañía de Jesús que también le proporciona amplia materia de reflexión. Sus conclusiones, como adivinarán, no son muy halagüeñas.

La Compañía produce cosas adulteradas. Luego «ex-fructibus» está adulterada. Libros inútiles y oprobiosos, hijos de la necesidad; «movimientos», «cruzadas» y «apostolados» ineficaces y vacuos; intrigas eclesiásticas; sacerdotes mecanizados, profesionales de la devoción o la enseñanza; hombres puerilizados o mistificados; superiores «inferiores».

A este cuerpo estoy atado por la fe y la providencia. En él tengo que hacerme alma y en él unirme al Espíritu de Dios. ¿Cómo? El marcará el camino. ^(x)

Sus reflexiones no terminan allí, desde luego.

Actualmente debería haber en todas las casas de la Compañía grandes letreros que dijese: «*Se necesitan hombres que digan la verdad*». Y para decirlo primero hay que saberla. Y para saberla son menester dos cosas: 1º capacidad, o sea formación; 2º coraje de pensar por sí mismo [...].

[Hay en la Compañía] un problema de «vitalidad». Es el problema que Agustín Cochon llamó de «socialización de una sociedad»: de absorción de lo personal por lo social, de lo característico por lo colectivo, de lo vivo por lo automático, del gesto por la máquina, de la médula y la savia por la corteza. ^(x)

O más sencillamente.

La Sociedad de Jesús es una Sociedad Anónima. ^(x)

Más adelante, sus ruminaciones sobre la Provincia Argentina giran en torno a tres posibilidades:

- 1) Está pasando una crisis temporal y parcial (Gonz.); 2) Está gastada (Manolo, Maritain);
- 3) Participa de la crisis general y escatológica de la Compañía universal y de la época (Benya). ^(x)

También rumia largamente sobre Janssens y su modo de gobierno. Medio en broma...

No hay cosa mejor para infundirle a uno el gusto de joder [al prójimo] que ponerse a joderlo por gusto. ^(x)

... y medio en serio.

Me parece que veo su psicología. Es un santulón; por eso lo adoran todos los santulones, que abundan hoy en mi Orden, como creo en todas partes.

Es atrevido en el decir, pero no en el hacer. Quiero decir que es de esos que se jactan de tener ideas comprensivas, modernas, progresistas; de criterio amplio y avanzado; de consejo animador; pero son incapaces de hacer lo que aconsejan. Por donde se ve que todo ese ideario progresista y humano es pegadizo, no nace de visión, es un vestido y está de prestado.

Tiene buenos principios; pero por falta de visión psicológica y de resolución, esos principios no llegan a lo concreto, anoser por medio de otros. De aquí su afán de encontrar discípulos, adeptos, «receptáculos» [...]. Boticario es y no médico; tiene espléndidas recetas pero curar no sabe.

Es un gobernante de invernáculo: está acostumbrado a gobernar niños grandes. Nunca ha luchado, no se ha enfrentado con voluntades adultas, adversas o siquiera diferentes. Cuando encuentra frente suyo otra voluntad, se va del seguro. Está acostumbrado a manejar voluntades serviles o inertes «perinde ac cadaver», o voluntades chicas y cariñosas como de niños; y con ellas goza y retoza.

Dicen que es bondadoso y justo: Es bondadoso con los suyos; pero es perfectamente inhumano e implacable cuando tiene miedo, cuando teme por su autoridad, cuando siente que se ha equivocado.

Es justo en las cosas que no requieren clarividencia. No es capaz de ser justo, por ejemplo, con una vida entera o con un período de 10 años, lo cual requiere percepción de lo profundo y esencial. Será justo en cada caso particular, con los actos actuales separadamente tomados y no hará una iniquidad a sabiendas, pero hará cosas inicuas sin saberlo.

En suma, no hará injusticias flagrantes, pero no creará Justicia. Tiene buen entendimiento conceptual, pero carece de imaginación creadora. ^(x)

¿Gobernante de invernáculo?

Una sociedad hoy día no puede ya ser gobernada autocráticamente por un hombre encerrado en un castillo y escribiendo cartas.

Se cumple lo que dice Aristóteles que cuando una «polis» se vuelve demasiado grande no puede ser gobernada sino por el despotismo. ^(x)

Sí, el «gigantismo» de la Compañía explica muchas cosas. Aunque no todo.

Los jesuitas antiguos parecían leones; nosotros somos vizcachas. Los alumnos de nuestros colegios ven bien cuando así nos apodan. En España muchos jesuitas han muerto mártires... «mártires por fuerza». Han muerto como niños aterrorados, que no saben lo que pasa.

Ni una sola actitud de jefe, ni un solo gesto viril, ni una gran palabra de testimonio de Cristo -almenos como los de José Antonio, Maeztu o el payaso Muñoz Seca. ^(x)

Pero Castellani busca «cerrar» sus argumentos -y no lo logra (no lo logrará a lo largo de toda su vida; por eso nunca escribió un libro sobre la Compañía).

Los jesuitas se pueden distribuir en cinco categorías: gansos, borregos, fanáticos, hombre y santos. Cuando se perturba la proporción que el vasco previó entre ellas -y sobre todo si falta la quinta y flaquea la cuarta, se producen dolores y desórdenes raros. [\(x\)](#)

Pero su crítica inflexible y continua tiene raíz oculta.

En la misa renové con devoción los votos y pedí a N. Señor me diese la gracia y la fuerza de morir «víctima» por los males de la Compañía, que tan vivamente siento... [\(x\)](#)

Pasa el tiempo. Recibe noticias del viaje a Inglaterra de Alicia Eguren y con afán didáctico demuestra su conocimiento de la literatura de aquel país. [\(x\)](#)

Mientras tanto, también -quieras que no- Castellani se va acostumbrando a su entorno y hace migas rápidamente con dos artistas catalanes, Padró y Talaverón, con los que mantendrá correspondencia casi hasta el fin de sus días, de tan agradecido que estaba por su comprensión, amistad y hospitalidad.

Un día habían venido dos amigos a verme. Eran dos pintores, uno de profesión, un pintor de cuadros, al óleo, no un pintor de paredes; y otro aficionado. Este se llamaba [Padró] González y el otro Talaverón.

Esos dos amigos que por suerte encontré allí me aliviaron mucho la vida. Yo los iba a ver cuando podía y ellos me venían a ver a mí. [\(x\)](#)

Con ellos sale a pasear a menudo y conoce campesinos, artesanos y gentes del lugar. Y hasta le es dado ayudar a alguno, en típica muestra de solicitud por los pobres.

Encontré al andaluz Enrique Hernández, echado de su casa, con su mujer enferma y dos nenes bajo un puente de la estación. Me propuse ocuparme de él. Esos son los trabajos que Dios me manda. Que El nos ampare. [\(x\)](#)

Y, la verdad sea dicha, como exhibe a cada paso El Ruiseñor Fusilado, las gentes del lugar le caen bien.

Lo que tienen de bueno los catalanes es que son cariñosos. Los madrileños serán quizá más avisados, pero me parece que los catalanes tienen más fondo.

Me estoy volviendo catalanista. Ya puedo leer a Verdaguer. Ayer estuve en Vich y me sentí catalanista hasta los huesos; o por lo menos balmesianista y verdaguerista. [\(x\)](#)

¿Verdaguerista? Sí señor. El 8 de septiembre había comenzado

un drama sobre el «caso Verdaguer» con el mismo título que el de Rusiñol, «*El Místico*». El drama de Rus. Lo ví cuando tenía 13 ó 14 años, no lo recuerdo más. Lo leeré después que haya hecho el mío. [\(x\)](#)

Comienza a componer un drama en cuatro actos y un intermedio que acaba en un par de semanas.

Este dramón tremebundo se acabó de escribir el histórico día 21 de septiembre, comienzo del otoño, día del estudiante, Domínica 17 después de Pentecostés, en medio de grandes trabajos internos y externos, con falta de salud y gran preocupación personal y porvenir incierto. Empecé a escribirlo con gran dificultad el 8 de septiembre, pero con interrupciones de días enteros, y, en cambio, otros días en que salía solo, como si alguien me lo dictara. En suma, lo he escrito en unos siete días, pero claro está, que mi mente trabajó en él mucho más tiempo; alguien diría que unos veinticinco o treinta años. *Laus Deo.* [\(x\)](#)

Castellani estaba contento con la obra aunque sabía perfectamente que no podía publicarla.

Creo que me ha salido bien. Creo también que no hay censor en la Compañía de Jesús capaz de aprobarlo, sino de leerlo -con paz. Pero no irá a ningún censor, sino a mis herederos. No porque sea malo ni porque tenga nada malo. [\(x\)](#)

El drama está hecho con unas simples líneas de la vida de Jacinto Verdaguer sobre el cual Castellani ha calcado su propio caso, los sentimientos son los suyos, las ideas son suyas y las aporías que allí señala son las que a él le toca vivir (una lectura «à clef» alcanza para entender el «caso Castellani» perfectamente).

Capellá. Ciso, tú sabes que no puedes gobernar la diócesis... ni reformar el mundo. Errores, abusos y deficiencias, los hay y los ha habido siempre en la Iglesia. Hay que soportarlos.

Ciso. (Levantándose airado y golpeando la mesa). Pues, ¡no señor! No hay que soportarlos. Soporta hoy, y soporta mañana, y soporta siempre, y soporta todo, y los abusos crecerán y devorarán la santidad de la Iglesia... ¡la han devorado ya! Pues alguno tiene que resistirlos alguna vez, aunque muera; sobre todo si de cualquier modo ha de morir; y mucho más atrozmente si no resiste. ¡Hombre! Somos catalanes... no somos rusos... ni negros. *(Golpeando de nuevo la mesa).* Pues me planto, ¡ea! ¡Aunque muera! *(Se toma la cabeza entre las manos y se deja caer en la silla).* Estoy muy cansado. ^(x)

Es una obra difícil, muy difícil de entender si no se cuenta con los datos de la vida de Castellani (yo recuerdo que la primera vez que lo leí me quedé en ayunas). Pero conociendo lo que ya sabemos... se transforma en un luminoso alegato «*pro vita sua*».

Ha sido una famosa medicina para mi imaginación... y con eso me basta a mí ahora; que mi oficio de ahora es medicinarme. ^(x)

Pero antes de terminar su «dramón» se le desencadena otro. Una de cal y una de arena.

El 18 de septiembre recibe la prometida «*Monición Canónica*», una suerte de acta de acusación de sus delitos, paso previo a su expulsión de la Compañía.

Sólo diré que a las largas

Me llegó un papel fiscal

Acusación judicial

En orden a la expulsión-

La primera amonición

Y con más vueltas que un pial. ^(x)

Sus «crímenes» son varios y desparejos y había que ordenarlos de algún modo, porque había cosas más o menos graves (para un jesuita convencional) como la cuestión de las «cartas provinciales», o su candidatura a la diputación. Pero junto a eso, también, pavadas.

Que me hacía el singular

No gustando de enancaos

Y andaba por todos laos

Llevando un cinto de cuero-

Miren que es ocasionero

Eso de inventar pecaos... ^(x)

Los primeros días estuvo tentado de no contestarla refugiándose en su mala salud, pero, a fuerza de repensarlo decide hacer el esfuerzo, enorme, de defenderse.

La carta-respuesta a la formidable intimidación no está bien en el primer proyecto: o bien hay que limitarse a responder «*Recibí su carta. No tengo más que decir...*» o bien hay que dar testimonio de la verdad, con serena impavidez. Creo que esto último es lo que quiere Dios N. Señor de mí; sobre todo teniendo en cuenta que de ningún modo voy a desarmarlos, y que mi aparente debilidad los envalentona. ^(x)

Es por esto que para él el 21 de septiembre es un día «histórico» como escribe en el postfacio de *El Místico*.

Aunque, como siempre, el efecto de la monición se hace sentir después.

La «monición canónica» y el esfuerzo hecho de contestarla me produjo otro colapso nervioso que duró cerca de un mes, y del cual apenas me estoy levantando ahora. ^(x)

Ahora, como hemos dicho, son muchos los ensayos de respuesta a las acusaciones y aunque el tono entre una y otra varíe, el fondo es siempre igual.

Sólo en su primer ensayo hay un intento de no responder formalmente a los cargos allí formulados, bien que acusa recibo de

una «monición canónica» en orden a mi expulsión de la Compañía, que no me parece muy canónica (aunque en estas cosas no soy muy perito) con una lista de delitos un poco añejos, formulada sin haber escuchado al acusado; un castigo de confinamiento indefinido, inacción forzosa y falta de atención médica conveniente que, en mis circunstancias, me parece enorme; y una invitación a defenderme después [...].

No estoy en situación de defenderme. La defensa además llegaría tarde y sé que toda explicación sería inútil o usada contra mí. Me remito pues al juicio de Dios N. Señor y acepto y ofrezco en unión de la Pasión de su Divino Hijo todas las torturas y tormentos que El quisiera enviarme todavía por medio de Uds.

Me hubiera callado delante de este acto, que para mí es un atropello, o poco menos, en honor del silencio de Cristo Nuestro Señor; pero desde que se me impone que responda no lleve a mal que le exprese lo que siento delante de Nuestro Señor.

El cual quiera darnos a todos que lleguemos a su perfecto conocimiento y amor. ^(x)

Pero a partir de la resolución de defenderse por defender la verdad, los borradores de respuesta se suceden en un tono gradualmente más y más agresivo. Uno de los «temas» que se empeña en poner de manifiesto es éste de que

He sido castigado con destierro indefinido e inacción forzosa también por tiempo indeterminado y he recibido una monición canónica -una lista de delitos. Por último, una orden de responder y una invitación a defenderme... cuando la sentencia está dada y el castigo impuesto y hasta cumplido. ^(x)

Y, otra vez, le asiste razón. Porque no caben dudas de que su confinamiento en Manresa es un «castigo». ¿Y luego viene la acusación?

Y al fin el Jefe decía

Ya después de sentenciar

Que si quería alegar

Algo a mi favor, lo hiciera-

Tres meses pasé a su vera

Y no me quiso escuchar...

Yo pensé: -Éste tal condena

Con un código de encargo

Porque me pide el descargo

Después de la condenanza-

Parece el proceso largo

De Bartolomé Carranza. [\(x\)](#)

Pero a nosotros nos recuerda otro caso, el de un aquel que fue flagelado, coronado de espinas, expuesto al escarnio público y luego, recién después, acusado. *Ecce homo*.

Con todo, Castellani no ha de perder el humor, no se crean. Humor inteligente, clarividencia cómica.

En el gobierno y marcha de mi Provincia existe un estado de cosas abusivo, antievangélico y antiignaciano, que está causando muchos males. Yo lo percibo igual que muchos otros, pero quizá lo siento más que todos en carne propia. Empecé a oponerme a los abusos con todos los medios que hallaba lícitos, hasta llevar el pleito a Roma. Hallé que en Roma no se quiere corregir ese estado de cosas, o porque no se lo ve, o porque no hay fuerzas, o por las dos cosas conjugadas.

Entonces no hay más remedio que castigarme a mí, y volver un crimen mis esfuerzos; en virtud de este silogismo:

Si Travi es impecable, Castellani es criminal.

Es así que Travi es impecable.

Luego Castellani es criminal,

Y hasta que no reconozca que es criminal

es un hombre peligrosísimo. [...].

De modo que estamos en un punto

que no deja de tener su faz cómica

-aunque para mí sea dramática, por no decir trágica;

es que si yo digo que soy criminal,

instantáneamente me convierto en inocente;

en tanto que si digo que no soy criminal,

soy por el mismo hecho un gran criminal. [\(x\)](#)

Dos días después ensaya otra clase de respuesta. Son dos cartas en una. En la primera se dirige al Provincial español.

Le escribo separado, porque no quiero mezclar los dos planos. Hace nueve meses están conmigo en el plano judicial, obligándose por fuerza a subir a él, en lo cual soy torpe. No renunciaré con todo al plano paterno, por difícil que se me haga.

Lo que quiere decir mi carta a máquina es esto; acepto la condenación de mi vida pasada que allí se hace y el castigo. La condeno yo más todavía, y me impongo el castigo suplementario de ayunar una vez por semana durante tres años, de visitar un enfermo una vez por semana, de no publicar ningún libro durante tres años, censurado o sin censurar y de renunciar no ya a enseñar a los N.N. sino a toda enseñanza universitaria [...].

Este Castellani nos suena desconocido. Pero afortunadamente va lo que sigue.

Pero después de condenar mi vida pasada, condeno la condenación de Vds. y no por soberbia o terquedad, según creo, sino por escrúpulo de veracidad. Me parece que me han juzgado sin haberme oído, que han impuesto castigos antes de la sentencia, y que ese castigo no representa para Vds. lo que representa para mí. ^(x)

Pero no, tampoco manda ésta, ni la más formal adjunta. Pasa el tiempo y la «monición» queda sin contestación enviada. Pero los sucesivos borradores muestran que no puede apartarla de su espíritu y las acusaciones comienzan a embromarle más de lo que querría, como fuerzas subterráneas que amenazan con un terremoto, con la explosión de un volcán.

Anoche insomnio con angustia: «Oración del Huerto: *caepit pavere et taedere et maestus esse*». La gravedad y peligro de mi situación, la saña im-placable de mis enemigos y mi indefensidad e inermidad se me aparecen con colores vivísimos y me sumen en una agitación de cuerpo y alma muy penosa. No sé si esto viene del hígado o del demonio: sé que vive «sin causa precedente», es decir, previa aprensión o consideración de la memoria o el entendimiento. Empezó de golpe ayer al despertar de la siesta, duró sordamente toda la tarde, frenado por oración, y resurgió muy fuerte y brusco después de unas dos horas de sueño. Se acompaña de un empañamiento súbito de la fe y de la esperanza, las cuales son asaltadas por la tristeza.

Mi situación es muy triste y molesta y quizá humanamente desesperada; pero está la misericordia y el poder de Dios, primero; y segundo, si esta situación me la he traído por querer servir a Dios, entonces debo «regocijarme y saltar de gozo» entremedio de mis padecimientos, según el mandato del mismo Dios. ^(x)

Se pone de nuevo en manos de Santa Teresa, a la que acude una y otra vez, según dan testimonio los cuadernos que se suceden desde que salió de Buenos Aires. Reflexiona largo también sobre Fray Juan de Yepes, víctima de tribulaciones parecidas.

Aunque, claro, ni piensa ponerse a esas alturas:

No por exceso de luz

sino por falta extremada

llego al Nada Nada Nada

sin ser San Juan de la Cruz. ^(x)

Abatíme tanto, tanto...

Pero no, pobre Castellani, sus noches oscuras se prolongan y, no hay miras de que a la caza le dé alcance.

Supe lo que es lo que llaman

Los Santos la noche oscura-

Pues tiene el poder del cura

Poder sobre la conciencia-

Sólo el que tuvo experiencia

Comprenderá tal tortura... [\(x\)](#)

Al contrario, de a ratos, parece que enloquece, como en la Fiesta de San Francisco de Borja.

Noche horrible. Ayer, letargo que me hizo dormir a medio día, y después dolor de cabeza y melancolía. Por la noche, sin ninguna causa (aparente) inexplicablemente un ataque de angustia que fue creciendo hasta convertirse en una especie de locura y duró casi toda la noche. Inútil todo esfuerzo de la voluntad para derrotarlo. Tumulto de pensamientos y pasiones tristes, lucha penosísima. Me levanté postrado y agitado. El día está bueno, voy a salir.

Tengo que pedir ser visitado por un buen médico, por de pronto. Esto de anoche me alarmó. Yo he agotado todos mis medios. Veremos si me ayuda Santa Teresa en esta su novena; -que sí hará.

Ya comienza, pobre Castellani, a pensar en huir de ahí, el lugar de tantos tormentos.

Si para el día 16 de noviembre (día de mi cumpleaños), no se ha producido un alivio o esperanza de alivio en mi situación, no tengo más remedio que tomar mi suerte en mis manos, encomendarme a Dios... y saltar. Escribir pidiendo consejo a Gaza, Achával y ver al P. Murall o Mondría. Prevenir a Arnaldo con tiempo.

Pero Santa Teresa no lo abandona del todo, fíjense. Al día siguiente anota como

Vino a las 14 mi amigo Padró y me sacó a pasear, providencial. Fuimos a las canteras. Por la tarde se apaciguó un poco la tormenta aunque me quedó dolor de cabeza. [\(x\)](#)

Y al día siguiente, mejor todavía. ¡Y qué bálsamo para su alma un poco de cariño, de cordialidad, de familia!

Por la tarde Talaverón me llevó a su masía del Pla, donde viven su madre, D. Inés, sus hermanas y dos sobrinos, José y Monserrat, hijos de un hermano que murió en la guerra, en Barbastro y de una señora, que debió ser bellísima, muerta un año antes de un cáncer en un seno.

Sí le encanta la familia Talaverón, especialmente la sobrina de don Joaquín.

He visto la muchacha más hermosa de Cataluña, escondida en la soledad como una verdadera flor de montaña, Monserrat Talaverón, de 14 años. Y mi «*cuento de primavera*» que no se me ocurría a pesar de mis esfuerzos, se hizo solo. [\(x\)](#)

No sólo eso. Al fin se resuelve a contestar la monición.

Pero en fin, para cumplir

Con la verdad, pergeñé

Un papel con cuanto sé

Con respeto y con empeño-

Me porté como un ingeño

No habiendo ya buena fe. [\(x\)](#)

Esto de «*cumplir con la verdad*» siempre estuvo presente en su ánimo, ya sabemos. Pero no tenía

fuerzas y lo de los Talaverón y el hecho de que el P. Cándido Mazón le envió una nueva carta instándolo a defenderse lo decidió.

Una carta bondadosa del P. Pr. de aquí (la primera palabra bondadosa recibida desde hace 9 meses y medio) me dio pie para contestar otra afectuosa, donde indiqué breve y sinceramente los descargos a los «delitos» que se me inculpan, algunos de los cuales quizá en el juicio de Dios aparecerán como meritorios. Al mismo tiempo, para no hacerme más inocente de lo que soy, hice una confesión general, dándole al Confesor licencia para descubrirla a los Superiores con toda amplitud [...].

No me ilusiono acerca del efecto de estos actos. Pero sirven para liberar mi conciencia, y para dar testimonio de la verdad, que es lo que podemos hacer por Dios en este mundo. ^(x)

De su respuesta colegimos cuáles son los cargos que se le hacían. Agrupados por Castellani sabemos que se le imputa básicamente haber escrito en el diario *Tribuna* sin permiso de Copello, de haberse candidateado a Diputado Nacional sin permiso y de «*haber escrito cartas sediciosas condenando el proceder de la Compañía*».

Lo del artículo en *Tribuna* se había aclarado en Roma y el mismo Janssens le había remitido un «*Celebret*» por el que exculpaba a nuestro autor. Lo de la diputación, ya lo hemos visto en otro capítulo y Castellani se conforma con remitirse a la defensa que había diseñado Benítez, no sé si se acuerdan.

Esto yo no me lo busqué, ni quise. Cuando se produjo puse los medios que juzgué convenientes, aconsejado por mi confesor, para deshacerlo. Si me pidieran que jurase que puse todos los medios, o los medios más eficaces posibles, yo no juraría.

Si me pidieran que jurase que no puse ningún medio razonable, juraría mucho menos.

Pero claro, lo grave, lo medular, era lo de sus cartas. ¿Sediciosas? ¿Cartas sediciosas?

Sólo cabe responder que el que la ha formulado [esta imputación] no carece de imaginación; y si por ventura conoce mi vida, mis obras escritas y los testimonios de hecho que durante 30 años Dios dióme que diese de mi amor indestructible a la Compañía de Jesús, entonces no se puede explicar sino por alguna pasión. O bien ignorancia de la que llaman los teólogos «crasa». No he escrito cartas sediciosas. No he condenado el modo de proceder de la Compañía (que sería condenarme a mí mismo) y mi propio modo de proceder durante 20 años, atestiguado con juramento por los que informaron para mi profesión solemne.

Las famosas cartas tratan de expresar en forma literaria y enteramente general (que entonces pareció lícita) abusos accidentales; cosa que si algo prueba es mi amor al Instituto. Podría conceder que las cartas son imprudentes, y desde luego, muy mal escritas; que son criminales o mal intencionadas, jamás de los jamases, aunque me amenazan de muerte.

Basta con leerlas. Pero en la «*monición*» hay además una imputación general de «*desobediencias, rebeldía, falta de sumisión y sujeción, etc...*» que resultan más difíciles de contestar. Castellani se conforma con negarlas, así, genéricamente también. Aunque algunos ejemplos allí invocados le hacen enojar.

Lo demás son menudencias: haber salido de botas y capote militar los días de «diluvio» en V. Devoto para ir a la Univers. y evitar resfríos y pulmonías, es una cosa que si alguien se escandaliza y S. Ignacio lo sabe, lo mata. Si los jesuitas argentinos hemos de escandalizarnos de tales cosas más nos valiera dejar todo trabajo y venir a leer durante tres años de la Vida de San Ignacio a la Santa Cueva de Manresa. ^(x)

Aquí querríamos respirar un poco con alguna cosa más liviana. Pasó que cuando celebramos las Jornadas de Homenaje a Castellani en Bella Vista estaba presente un ex-alumno de él, el P. Avellá, que sostenía contra viento y marea que los versos de Castellani eran magníficos. Roque Raúl Aragón, con grande autoridad (sobre todo porque tuvo oportunidad de señalárselo al propio Castellani) indicó que no, que la prosa de Castellani es espléndida -y poética; pero que su poesía era más bien mala, por no decir muy mala.

Aquí la topada:

P. Francisco Avellá: Yo lo que quería decir es que el Sr. Caponnetto ha dicho una cosa muy interesante porque aquí se ha hablado de muchas cosas, desde ayer, y no se ha hablado de un aspecto importantísimo e interesantísimo del P. Castellani que es su sentido del humor. Y entonces, mientras aquí se hablaba, yo asentía porque tengo entendido... -yo fui alumno del P. Castellani desde el año '38 y a mí me explicaba nada menos que Descartes y Kant, y por supuesto era la lumbrera del Seminario-. Y yo tengo entendido que usaba la poesía mala a propósito para el macaneo (la palabra que él usaba era esa) por ejemplo cuando uno lee los páginas esas de *El Nuevo Gobierno de Sancho* hay unos versos dedicados a la muerte de Franklin Delano Roosevelt y todos los versos terminan con “*miserere*”, “*miserere*”... ¿lo recuerdan? Yo creo que él lo hacía a propósito... ^(x) ¿Para qué? ¿Para macanear! Aun en las clases de él nos hacía morir de risa con la inventiva que tenía.

Ahora, resumiendo todo lo que se ha dicho aquí, yo creo sinceramente que Castellani es uno de los grandes poetas nuestros del s. XX...

Roque Raúl Aragón: No lo creo...

P. Francisco Avellá: Ahora bien: hay que haber seguido un poco de cerca la vida del P. Castellani para comprender por qué él no pulió más la parte formal del verso. No tenía tiempo. Porque los jesuitas son así ¿acá no hay ningún jesuita? ¡Bueno, fenómeno!-, los jesuitas son así, ven alguien que tiene valor... Castellani fue Director de *Estudios*, y firmaba entonces con el pseudónimo de «*Palmeta*» los artículos que luego constituyeron *El Nuevo Gobierno de Sancho*; al mismo tiempo era profesor del Liceo de Señoritas “Tal”; llegaba de la calle con las botas embarradas y con bombachas, y esa sotana rara que tenía él, para darnos clase a nosotros de filosofía a las dos... ¡No se puede, no se puede así!..

Roque Raúl Aragón: No pudo. ^(x)

Las festivas risas del público subrayaron bien que Aragón era amigo de Castellani, pero más amigo todavía de la buena poesía.

Pero, con eso, fin del recreo; volvamos a lo nuestro. Castellani termina su respuesta a la monición canónica que le había dirigido el P. Mazón con una nota cordial.

En cuanto a los catalanes, le diré con gusto y con toda verdad, sin sombra de lisonja (que yo no las uso) que me parecen en conjunto la mejor gente que yo hasta ahora he encontrado en mi vida. Los superiores catalanes que he tenido durante 30 años no los cambio por ningunos del mundo -y he tenido superiores de 11 naciones. Esto hizo de noble la Provincia de Aragón con la nuestra que mandó allá de la mejor gente que tenían: Superiores como el P. Lloberola y Llussá, sacerdotes como Masferrer y Arnau, que fue una gran alma y una verdadera imagen de Cristo; profesores como el P. Feliú y el P. Marzal, a quien debo mi vocación; operarios verdaderamente varoniles, como el P. Azarnal y el P. Zurbitu.

Claro, como le escribe el día de la Raza, Castellani aclara que

esto pasó también en la Conquista Española, que si fueron allá muchos picarones camanduleros, también fueron muchos elementos de la mayor nobleza, incluso santos. Y esta es la verdadera honra de la Raza; y la justicia que hay que rendir a España, perennemente.

Le envío en señal de agradecimiento y cariño mi último producto... poético; y beso sus manos respetuosamente, en Xto. Jesús. ^(x)

Hace copiar la carta a máquina por su nuevo amigo, José Padró y en la fiesta de Santa Teresa la manda, con copia al P. Parola.

Con esto, su ánimo mejora: se ha sacado de encima la molesta cuestión de la monición pendiente. Cree que su defensa es sólida y se tranquiliza un poco. Recibe una visita agradable, la del P. Miguel Battlori S.J., de la Provincia de Aragón, y una larga carta de Hugo de Achával en la que le aconsejaba persuadirse de que nada ni nada, fuera de Dios, pudiera conmoverlo demasiado. Ascesis clásica, en la línea del «Nada te Turbe» de Santa Teresa.

Castellani contesta con otro «clásico», aunque esta vez, de buen humor.

Lea la Escritura, en el libro de Job, lo que le pasa al hombre cuando le tocan el cuerito. Y el cerebro es mucho peor. Yo tengo ratos de tristeza y ratos de miedo, digamos somáticos, aunque no *sin causa*. No hay nada que hacer [...].

Siendo muy santo, sí. Pero aun siendo el Santo de los Santos, vamos a ver: Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos. O bien, no tuvo mayor dificultad en recibir su cáliz con paciencia (y entonces sudó sangre de pamplinero) o bien Dios no lo quería, ese cáliz. ¿Qué elige Ud.? ¡Estás agarrado, teólogo de San Miguel! [...].

La literatura epistolar tiene eso, que se escribe al día. Si le escribo un día que ando mal, no puedo decirle que ando bien. Podría decirle «*En el fondo ando bien, porque en el cielo todos estaremos si nos salvamos...*», lo cual, Ud. sabe mejor que yo y no paga el franqueo. [\(x\)](#)

Más visitas, ahora la del Ing. Ramiro de la Fuente que cae con su esposa. Paseos con sus amigos Padró y Talaverón. Se siente un poco mejor, pese a una carta «santulona» de Moglia, ahora Provincial en lugar de Travi (y al cual seguramente Parola le alcanzó la copia de la respuesta a la famosa monición).

Otro típico amigo de Job.

Mis «errores» y «desobediencias» cosa ya establecida, que no se discute. Mucha oración por mí y muchos mementos... Dos veces «hermano», «hermano que sufre...» por causa de sus errores, naturalmente.

En suma, manto de benevolencia de palabras sobre el pecador que hay que hacer sufrir hasta que... ¿hasta cuándo? «*Hasta que borre hasta las reliquias de sus pasados errores*» ¿A juicio de quién? ¿Y de qué modo?

En suma, la carta, quitada del estilo santulón, dice lo siguiente: «*Jódase y sufra hasta que nosotros queramos*». Y quizá si lo dijera con estas palabras, me molestaría menos. [\(x\)](#)

Y como en el caso de Job, son sus «amigos» los que más le hacen padecer. Dos días después está deprimido de nuevo, repasando y refutando una y otra vez la carta de Moglia.

¿Cómo se sabrá que están borradas las reliquias de los errores? ¿Por ventura se les aparecerá un ángel y les avisará?

En suma, se trata de hacerme sufrir hasta que se les antoje otra cosa o, por lo menos, de dejarme sufrir. Cualquier legislación del mundo fija un término cuando condena a la cárcel...

No sé cuál será el resultado de la lucha contra este espantoso monstruo de la tristeza. Hoy me parece que no hay posibilidades de victoria, humanamente hablando. [\(x\)](#)

Y así, ¿no? Día tras miserable día.

Ayer pasé un día terrible de angustia y tristeza, y una noche peor, casi toda sin dormir, y despertando cada momento presa de la angustia de una especie de vértigo de los pensamientos, como un ataque de locura. Lo único que me calmaba un poco era pedir a N. Señor la muerte: «*Jesús mío, si no hay solución para mí ya, abrevia mi Calvario y dame fuerzas para subirlo hasta el fin decentemente*». [\(x\)](#)

Y claro, yo no sé qué tiene Manresa, qué cosa hay aquí al lado del Cardoner, pero estas tribulaciones se parecen demasiado a las de San Ignacio, 425 años antes...

Por lo menos, como lo cuenta uno de su biógrafos.

En una de esas situaciones límite el peregrino explotó en la soledad de su camarilla y en el fervor de la oración desesperada «*comenzó a dar gritos a Dios vocalmente*». Son gritos reales, audibles, los que dan cuerpo y cauce a los gritos invisibles del alma. La *Autobiografía* en este punto abandona la narración en tercera persona para intercalar, en estilo directo, las palabras de

esta plegaria desgarrada: «Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré».

El cielo no respondía a la llamada, y empezaron a surgir en el fondo de su corazón, vehementes y reiterados, ímpetus de suicidio, a los que le invitaba la boca negra de un gran agujero o vacío del suelo de su aposento». [\(x\)](#)

Desde luego que la causa de las tribulaciones de San Ignacio es bien diferente de las de Castellani. Ignacio estaba tentado de escrúpulos y le asignó en su *Autobiografía* un papel importante al Diablo en todo el asunto. A Castellani, en cambio, no lo atormenta el Diablo, no señor.

Son los jesuitas.

Los ataques de neurastenia aguda me han retornado, peor que en Roma. Era cosa previsible, y yo se lo escribí al P. Travi antes de venir, que temí me sujetaban a un experimento superior a mis fuerzas; porque poner a un hombre en mis condiciones de salud en completa inacción y soledad es simplemente querer matarlo. Esa situación de suyo mortífera ha sido agravada con cartas despiadadas, que yo no estaba en disposición de recibir, medicalmente hablando, y que han tenido sobre mí el efecto de cargas de veneno.

He hecho todos los esfuerzos posibles por salvarme o aliviarme (porque sufro horrores) con un pequeño resultado por un tiempo, mientras no se renovó la «correspondencia de Roma» y yo conservaba esperanzas en el corazón de mis jueces y verdugos. Pero desde el 10 de este mes estoy sujeto otra vez a ataques de angustia que parecen verdaderos ataques de locura, insomnios, y profunda tristeza somática.

Deseo la muerte para librarme de este Calvario de horrores, pero temo que ella vendrá muy lentamente. Como no sé lo que será de mí, le envío todos mis papeles, para que haga con ellos lo que quiera; quemarlos si le parece conveniente. Estoy en el mayor desamparo. No tengo asistencia médica. El Provincial de aquí no es sino un mero ejecutor de órdenes, y no es capaz de interesarse por mí y mucho menos de comprender mis necesidades.

He hecho la resolución de no abrir ya ninguna carta que venga de ellos, y devolverla con la indicación de que no estoy en estado de soportar más torturas (que eso es lo que me producen) como es la pura verdad y cualquier médico lo testificaría. Es verdad que para mi ruina no se necesitan ya más cartas. Los golpes recibidos, contra los cuales no tengo ninguna distracción ni consuelo, se alimentan de sí mismos, como heridas cancerosas; y de suyo, si no se produce alguna intervención de la Providencia, bastan para irme consumiendo en medio de dolores y sufrimientos indecibles.

Pida al Corazón de María que esto me sirva de Purgatorio. Estoy en la mayor sequedad y oscuridad que se puede imaginar, sintiéndome como condenado y abandonado de Dios Nuestro Señor; pero la fe me dice que Dios no querrá perderme, y que me dará gracia por lo menos para no pecar o desesperarme.

Le agradezco sus servicios, su buen corazón y las oraciones que ofrecerá por mí.

Escríbame si le es posible. [\(x\)](#)

Así está nuestro hombre: una carta cariñosa le produce un consuelo grandísimo; una carta santulona lo llena de horror. Se mueve entre abismos de ánimo y desánimo provocados casi siempre por estas epístolas. Y por las que escribe, una y otra vez.

Insomnio prolongado y angustioso. Especie de delirio lúcido y penoso: escribí cartas al Provincial con reproches, quejas y discusiones, que se repetían continuamente, como obsesión. ¡Escribí una carta como 50 veces! ¡Dios mío! No dormí casi nada en toda la noche. [\(x\)](#)

Un año después, seguía pensando en su «caso». Castellani no puede dejar de pensar...

Cuando no estoy en lúcido intervalo, pienso en mi asunto obsesivamente, sin solución de continuidad, a veces día y noche, con gran acompañamiento a gran orquesta de sentimientos depresivos. [\(x\)](#)

Por fin, resuelve ir a Barcelona a pedir permiso al Provincial para consultar a algún médico. Vuelve

después de ver a dos (Dres. Redondo y Ancochea), comienza un «tratamiento» que incluye inyecciones (de «*Sintovar*» y «*Vitemade*»).

Haciendo versitos y cartas por la mañana y por la tarde cosiendo mi ropa o barriendo el cuarto entretengo mis forzados ocios; pero tengo tantos remedios que hacerme, lavajes, inyecciones, té, etc. que apenas me sobra tiempo. ^(x)

En Barcelona estuvo también con el P. Sabas que le dice una cosa rara: si usted ve que no da más, escátese y vuélvase a la Argentina. Era algo que Castellani no había concebido hasta entonces...

El 18 de noviembre registra otra novedad, empieza a escribir *Los Papeles de Benjamín Benavides*. También se interesa en el caso de Carranza que lee en Menéndez y Pelayo. El 3 de diciembre vuelta a ver a uno de sus médicos en Barcelona que le recomienda continuar con las inyecciones. Da una plática a unas «*Hijas de María*» con la que queda conforme. Sale un poco.

Espléndido paseo a San Juan Torrada en el viento frío con Padró González, que me resulta cada vez más amigo. ^(x)

Vuelta a ver al médico.

Barcelona. Dr. Ancochea. Cambio en las inyecciones (!). Bah. ^(x)

Pasan los días. Arregla con Talaverón para darle clases particulares a su hijo, José María, que está completando su bachillerato. Recibe visita «de minutos» de Jacques Díaz Vieyra «y su joven esposa» Luisa Gelly Cantilo. Llega la Navidad.

La más triste que he pasado en mi vida. Anoche me sangraba el corazón durante la cena, entre el ruido de la alegría artificial y comandada de mis hermanos: hermanos con los cuales no puedo hablar de lo que más me interesa y tengo que disimular y fingir continuamente.

Hice de Subdiácono durante la misa cantada, con gran violencia. Dije después una misa muy cansado y después largo rato de desvelo. ^(x)

El 30 de diciembre vuelve a Barcelona a visitar al médico... y así termina este año, el más terrible de su vida. Lo que no le impide, cada vez que viene a esta ciudad, aprovechar los tiempos libres para visitar enfermos en el Hospital.

Comienza el '48, ya lleva seis meses en Manresa. Todo más o menos igual. Algunos pocos días buenos, la mayoría de pesadilla. Algunos paseos con Padró y Talaverón. Continúa con las clases particulares al hijo de éste último, Pepe. Cartas que van y que vienen. Alicia Eguren le cuenta que en Londres está noviendo con Pedro Catella, un funcionario de la Embajada. Anuncia su casamiento para el 9 de febrero y le pide que los case él, en Londres, que le pagan los gastos.

Recibí su cable del 23. Hija, lo siento muchísimo, pero es inútil que lo sienta o no: es imposible.

El martes iré a pedir permiso, contando empero con la denegación segura. Le telegrafiaré [...].

Lo que puedo hacer es colmarla desde aquí de bendiciones; es decir, orar por Ud. con fe ciega. ^(x)

Permiso denegado. Avanza trabajosamente con su Benjamín Benavides. Dos inyecciones diarias de «*Vitemade*» y una de «*Sintovar*». Se le hinchan los brazos por los pinchazos. Repasa los incidentes que le tocó vivir. Reflexiona sobre la Compañía, sobre los amigos de Job, sobre el estado de la Iglesia. Rumia. Visita al médico y hace una confesión general con el P. Murall S.J.,

maravilloso Padre Espiritual; o simple Padre Espiritual, sin adjetivo: bastan esas dos terribles palabras. Hay contadísimos en el mundo. ^(x)

Y luego, el 11 de febrero de 1948, recibe una visita que le cambiará la vida, para siempre. ¿Quería un amigo de veras, fiel, comprensivo, inteligente, consistente? Allí va en la persona de Florencio Gamallo, el primo de José María Cascallares a quien Castellani conocía de la redacción de *Cabildo*.

Malisa, la hija de don Florencio, me regaló una foto que registra aquel día. Está Castellani parado frente a la puerta de la Iglesia de la Santa Cueva de Manresa, entre Malisa (que entonces tenía algo así como 9 años) y su hermano. Castellani viste sotana, faja, anteojos de marco grueso y el típico sombrerito de cura. (Y parece, qué sé yo -¿lo diré? - tan jesuita). Tiene en las manos un paquete de ¿yerba? -así dice Malisa; a mí me parece la pipa-. No; no sonríe. Pero estaba contento.

Por la mañana, después de misa, sorpresiva y grata visita de Florencio Ramallo [sic] dueño de una sastrería en Victoria 545, aliancista, primo de Cascallares. Providencial envío de 1.000 pp. para «editar» mis libros. Cariñoso, abrazo con lágrimas. ^(x)

El padre de Gamallo había ganado dinero con la sastrería -representaba una firma inglesa de casimires- hasta el '34, año en el que repercutió en Buenos Aires la crisis del '30. En el '33 se hizo cargo su hijo, don Florencio. Ocho años más joven que Castellani, ex alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires y con una excelente cultura general -dominaba el alemán, el francés y el inglés-, Gamallo se había aficionado a nuestro autor leyéndolo «*con pasión*» (Malisa dixit). Cuando se enteró de lo del destierro en Manresa, resolvió viajar a Europa y visitarlo, con toda la familia.

De donde la foto que estoy mirando. Gamallo fue, sin lugar a dudas, el mejor amigo que Castellani jamás tuvo y se lo mandó Dios en su hora más negra.

Pero éste sí que no es un «amigo de Job»; más bien es un amigo para Job.

En una carta que le manda a los pocos días de su visita, interpreta a la perfección el caso de Castellani transcribiendo unos versos de Gracián.

Callaré la pena mía

O publicaré el dolor

Si la callo no hay remedio

Si la digo no hay perdón. ^(x)

Pero la calidad de su amistad se iría viendo con el paso de los años, cuando financió tantos libros y la revista *Jauja* a costa de su propio empobrecido peculio, además de ayudarlo a Castellani durante más de veinte años con impenitente generosidad. La Argentina le debe bastante a este hombre y ya sabe el lector por qué.

Conjeturo que en esta larga tarde con Castellani le dio noticias del país, de Perón etc... De algún lado le salió esta ocurrencia:

Si Cristo fuese crucificado en Bs. Aires entre dos ladrones, al tercer día resucitarían los dos ladrones. ^(x)

Pero, bueno. De nuevo lo mismo. Fin del recreo.

También trabaja como confesor en la Iglesia de la Santa Cueva (es curioso, casi nadie recuerda a Castellani como confesor -sí, como confesando. Pero la mujer de Tommy Richards dice que sí, que se confesó con él. No sé, me habría gustado...). Avanza, penosamente, con *Benavides*. Se entera de que Benítez anda negociando su «secularización», su pase al clero secular. La vida continúa.

Y continúan los insomnios.

Muy mala noche, insomnio; dolor de cabeza y de vientre, palpitaciones, congoja moral demoníaca: cuando me dormía, ensueños angustiosos. ¿Indigestión? ¿O la pastilla tomada antes de la cena? [\(x\)](#)

Ojalá.

De todos modos, resulta curioso comprobar cómo en medio de sus tinieblas, Castellani resulta luminoso para los demás. Así se le ocurren ideas que elaborará largamente, con grande fruto; como la de uno de estos días.

Una injusticia no reparada es una cosa inmortal. [\(x\)](#)

Y el se da cuenta de que frente a la injusticia sólo caben dos actitudes. Una es sufrirla con paciencia, pagando por los propios pecados, y los de los demás. Pero a otros no les cabe semejante resignación.

La única manera que tienen algunos caracteres de poder soportar la injusticia es luchando contra la injusticia. Éstos son o los llaman «quijotes». Algunos son locos y otros son santos, y los más entreverados.

Yo soy de nacimiento uno de esos. [\(x\)](#)

Pero continúa el desfile de los amigos de Job, empeñados en «oscurecerlo» aún más al pobre Castellani. Esta vez, en la persona de un tal P. Pedro Herrera. Y no lo consiguen, porque -como Job- logra reaccionar con luminosas respuestas.

Recetarle «resignación» al prójimo es una de las cosas más fáciles que existen; y algunos tienen un verdadero gusto en administrarla. No hay cosa más fácil de ver en este mundo que la razón por qué «los otros» tienen que tener paciencia. «Comprendo su sacrificio y sé que Dios se lo pagará» (Travi). Cuando uno dice que comprende el sacrificio ajeno, no lo comprende. Para comprenderlo hay que sentirlo. Y cuando uno lo siente, la reacción es el lenguaje mudo de la compasión o el lenguaje activo del beneficio.

A mí me han hecho muchísimas veces el «cuento» del sacrificio. Es uno de los cuentos más odiosos y criminales que existen. Los sacerdotes giramos fácilmente contra el cielo, «Dios se lo pagará» para dispensar de pagar nosotros. Muchas veces son cheques sin fondo. Dios no paga todas las deudas que contrae un sacerdote, sino solamente las que contrae por orden suya. [\(x\)](#)

Por eso, por ser quien es, acepta los consejos de su confesor, el P. Murall. Hasta cierto punto.

Me aconseja mansedumbre, corrección y aún «*hacerme santamente el tonto*». Si eso significa alguna manera de insinceridad, yo no puedo hacerlo. Si significa solamente callarse y sufrir, *all right...* [\(x\)](#)

El 12 de marzo recibe una visita inesperada.

Visita Meinvielle; vamos a Montserrat y por la noche a Barcelona. Desmiente que Benítez haya salido... todavía [...].

La explicación que da Meinvielle de la «*forja del telegrama*» y echar a volar mi «*desgracia*»; aunque lo salva a él quizá de culpa no lo acredita de verdadero amigo mío. [\(x\)](#)

Lee una novela de Mauriac, una vida de Trollope y otra de San Francisco de Paula, sobre el que tiene

que predicar próximamente.

El P. Ministro me encarga «*pláticas de circunstancias*», cincuentenario de las Salesas. ¡Panegírico de San Fco. de Paula! Acepté por esta vez... Pero no sirvo para eso. Demasiado sincero para hablar de lo que no siento; y no siento casi nada fuera del Evangelio. ^(x)

Le toca una racha de buen dormir, casi una semana, y lo registra gozoso. Lo que no le da gozo ninguno son las clases a Pepe Talaverón.

Como un tarugo, como echar agua en un balde agujereado. Y en vez de aprender, se divierte a mis expensas: está todo el tiempo pensando en otra cosa [...]. La constancia y la amistad me piden perseverar en «*regar un año un palo seco con tanto trabajo...*». Dios puede hacer florecer algo de él. ^(x)

Comienza la semana santa en la que predica no menos de ocho homilías, con las que queda conforme.

Al salir Padró me dijo que el sermón era demasiado elevado para la gente. Sin embargo, yo los noté muy atentos. ^(x)

Le escribe una larga carta al P. Marzal en la que se desahoga acusando a sus acusadores. Ya conocemos bien sus cargos, sus argumentos, pero en esta oportunidad le salen como ráfagas de ametralladora, casi casi la «*dialéctica de los puños y las pistolas*» que decía José Antonio.

El P. Travi no cesa de decir «*El P. Castellani es bueno pero no tiene obediencia de juicio*». Bueno, ya la tendré. Para conformar el juicio al del Superior es necesario que éste tenga algo a qué conformarse.

Desde luego hay en mí una terrible dificultad congénita de moverme en lo absurdo; no tengo aletas para ese elemento, como no puede nadie volar ni nadar en el vacío y si «*obediencia de juicio*» significa abdicar la verdad de la fe o de mi conciencia, entonces no la tendré nunca. Me repugna el absurdo, soy incapaz de servilismo, fanatismo o adulación, no puedo vivir en ficción. Cristo no tuvo obediencia en ese sentido; ciertamente no la tuvo. Guardó el sábado e hizo sus abluciones hasta donde debía hacerlas y era posible [...].

He visto mi vida partida en dos, como se rompe el espinazo de una serpiente, por una voluntad ajena y enteramente inamistosa -he visto mi buen nombre echado a los perros- he corrido riesgo moral en mi salud ¿qué más quieren? ¿Que diga que soy feliz? Individualmente puedo decir que soy feliz; socialmente no me gusta el estado en que está nuestra Provincia. Y eso no lo puedo evitar.

Finalmente la obediencia de juicio (aun suponiendo que en mí faltara) es una perfección de la obediencia, y no es por tanto pasible de penas atroces ni se puede criarla en los súbditos desde afuera y por la violencia. No es lo mismo no haber llegado a la perfección que ser un criminal.

Pero todo esto es inútil alegar con personas que juzgan a su prójimo sin haberlo oído y creen que con paños calientes se pueden arreglar injusticias substanciales, como por ejemplo, la iniquidad notoria y continua con que funciona en nuestra Provincia lo que llaman «censura»...

Y así, por el estilo, página tras página; afortunadamente resuelve ahorrarle al pobre Marzal sus andanadas (éstas están tachadas con la leyenda «*Carta para No Mandar*»). De todos modos, este mismo ensayo de carta revela que Castellani no conserva enteramente la ecuanimidad, y escribe cosas que... bueno, ¿cómo diríamos?..

Son inexactas.

Pero si yo hago todo lo mandado hasta el límite de lo posible y a veces con sacrificios supremos me trago mis dolores internos en silencio...

Pocas veces, Padre.

soporto los mandatos claramente erróneos como calamidades comunes de esta vida...

¿Sí? No recordamos cuándo.

no exhalo quejas ni muestras de enojo... [\(x\)](#)

(Me sorprendí queriendo expurgar estos parrafitos de su borrador de carta, y, no, no hace falta: el mismo Castellani ya lo había hecho: nunca mandó esta letra.) Y en la soledad de sus rumiadas muchas veces advierte lo que es en sí.

He cometido el error de quejarme demasiado, y a demasiadas personas. El castigo ha sido recibir consolaciones falsas y aun ofensivas -y tener que cortar la correspondencia de varios pseudo-amigos. Hay que ser generoso con todo lo propio, menos con el dolor, aquí hemos de ser avaros y guardarlo todo para nosotros. Cristo se quejó sobriamente, y más bien para enseñar que para ser consolado. [\(x\)](#)

Domingo de Resurrección, con lluvia. Cartas de los PP. Sabas Gallardo y Gaza. En este día, una queja en su Diario... una sola.

No tengo con quién hablar. ¹³³

Traduce «*casi todo*» Baudelaire y queda contento con su versión (seguramente se refiere a Las Flores del Mal). ¹³⁴ Acuña aforismos, algunos de los cuales repetirá a lo largo de su vida, como ése que dice «Primero de tener talento hay que tener permiso para tener talento». Y otro, que años después le repetiría a Ángel Vergara del Carril: «El hacerse creer más tonto de lo que se es, es una cosa tan útil en esta vida como un paraguas». Hay otros que no he visto en otra parte como el que dice que

Para ser mártires y testigos no es necesario hoy día verdugos y tiranos: basta no querer ceder a la corriente general de la época. [\(x\)](#)

O este otro, genial.

Los hombres riñen con sus vecinos, no porque los vecinos sean más malos, sino porque los tienen más a mano. [\(x\)](#)

Pero, bueno, a mí el que más me gusta es este otro.

Evidentemente lo menos que se puede decir del Papa actual es no decir nada. [\(x\)](#)

Muy bueno Castellani con sus aforismos. Este otro lo hemos comprobado demasiadas veces, a costa de tantos amigos y conocidos:

La locura es rara en los individuos; en las sectas, es la regla. [\(x\)](#)

Continúan las inyecciones. Y finalmente, resuelve quedarse una semana en la abadía de Monserrat.

El jueves escribí toda la mañana. Después de comer paseo [en] busca [del] camino a Monistrol.

Tomé un senderito de cabras anterior (entre primera y segunda casilla: él está después de la segunda a unos 200 ó 300 metros) y bajé entre garabatas y un poco precipitoso hasta la mitad de la falda, en lugar salvaje, silencioso y agrio. Fumé dos pipas bajo un pino y volví sin daño. [\(x\)](#)

Se confiesa con uno de los benedictinos.

Anoche confesé con P. Columba O.S.B. Piadoso y devoto «elevado». Palabras notables: Purgatorio, si es necesario vida entera,

reparación de antiguas faltas voluntarias -propias o ajenas, añadido yo. ^(x)

No te des por vencido ni aún vencido. Si el confesor se pasa de «elevado»... uno tiene licencia para «pasarse» de gracioso.

Y en todas partes, siempre, en guerra, qué le vamo' a hacer. En el confesionario, sí señor, pero también durante las largas noches de insomnio donde velaba, como manda Nuestro Señor, de guardia por si aparece el enemigo.

Y podríamos preguntarle con Isaías: Centinela, ¿qué ves en la noche?

Esos sentimientos vivísimos de deseo de venganza, esas maldiciones, deben de ser diabólicas. ^(x)

Termina su semana en Monserrat; vuelta a la cárcel, a lo de siempre.

Esta prueba de mi permanencia indefinida en Manresa parece superior a mis fuerzas. No pueden contra la tristeza, que tiene causas morales incesantemente renovadas, las inyecciones y los narcóticos. Necesito un ambiente menos duro, más acogedor y amigo; necesito amigos a mano y una ocupación decente. ^(x)

Los tiene, sin embargo, en las personas de Padró y Talaverón. Este último no es ningún burro, con ese saber que acuñó España desde tanto tiempo atrás.

Talaverón. *«Las mujeres quieren que las quieran, y eso es conforme a la ley de Dios; pero inmediatamente y sin solución de continuidad quieren que las adoren; y eso no; hay que sacar el látigo».* ^(x)

Es divertido este hombre.

«A las mujeres bonitas yo siempre les digo (porque es verdad) “me alegro de verla”. Pero a veces uno no se alegra de oirlas; porque en cuanto rompen a hablar se va la alegría. La mayoría de las mujeres bonitas son tontas, sobre todo si saben que son bonitas “demasiado”. Y lo bonito se va con el tiempo; mas el ser tonto no se va. El ser sabio es lo que queda; y aumenta con los años; y el ser tonto también». Así Joaquín Talaverón. ^(x)

Pero Castellani se siente cada vez peor, los insomnios se vuelven casi connaturales, la cabeza le da vueltas y más vueltas en un espiral más y más peligroso.

Y estaba solo, nadie lo entendía. Acaso nadie lo podía entender. Barnada, por ejemplo, como ya hemos contado, cuando estuvo a visitarlo en Manresa. Castellani,

nos llevó a mostrar la cueva de San Ignacio y parado al lado de una de las columnas... lo veo..., nos dijo:

«-Miren, si yo veo que me voy a enloquecer...» -era una obsesión que tenía- *«...me voy a escapar. Sea lo que sea, pero me voy a escapar».* ^(x)

No lo entendían. Porque claro, sus tribulaciones, sus momentos de tentación, de frenesí, de quasi-locura, se desencadenaban en la soledad de su celda, donde nadie lo podía ver.

Me entregó los cuadernos porque creía que iba a morir pronto, como le sucedía cada vez que estaba enfermo, aunque después resucitase tan campante. Esto hacía que sus allegados no le hiciesen ya caso cuando se quejaba lúgubrememente. Pero yo creo que en realidad el tipo de tanto en tanto se sentía verdaderamente morir. Hay complexiones así. *«Vita mortalis seu potius mors vitalis»* -decía él. Hay esa especie de equilibrio inestable en la salud de cierta gente... sin salud. ^(x)

Total que decide hablar con el P. Mazón. Algo hay que hacer.

Ayer vi al P. Provincial: me prometió escribir a Roma sobre mi caso pero me adelantó que el P. General no me permitirá volver a la Argentina «como jesuita».

Tampoco me permitirá salir de la Compañía en condiciones que me sean posibles: quiere que salga de la Compañía pero ni en Bs. As. ni en La Plata, que es donde yo puedo hallar de momento quien me cuide o algo que hacer. Me pone pues unas condiciones que serían para mí suicidas...

Bueno, Padre, pero, seguramente el país no se acaba en la Gral. Paz... seguramente hay otros obispos en el país que lo puedan recibir, darle trabajo... cualquier cosa mejor que esto de quedarse aquí, ¿no le parece?

No. No le parece.

Es decir, ni me deja vivir en la Compañía ni me deja salir de ella. Están pues cometiendo tranquilamente un homicidio.

Quiera Dios sacarme de este gran peligro y de estas manos implacables. ^(x)

No, no es fácil de entenderlo a Castellani. Con la luz que él nos da, presumimos de entender bastante bien a Janssens, a Travi, a Parola, Moglia y todos los demás. ¿Pero a él, quién lo entiende?

Ni por asomo. Castellani no nos echa demasiada luz cuando de él se trata. ¿Por qué se aferra tanto a que su vida de clérigo secular tiene que ser incardinado en la Provincia de Buenos Aires? Cátedras hay en otras partes, las posibilidades en 1948 eran variadas. En agosto todavía anda ayunando para conseguir del cielo lo que da en llamar «secularización libre».

Adivino por qué.

Me da la impresión de que sus superiores quieren restringir su influencia, y Travi sabe bien que fuera de Buenos Aires Castellani tendría menos eco, repercusión, fama. Y conjeturo que él, con su locura a cuestas, percibe esto y se niega porque le parece arbitrariedad, la continuación de la «censura» por otros medios, un claro caso de abuso de poder que no quiere consentir.

Este asunto mío se me está volviendo muy oscuro. Hasta aquí yo lo expliqué por «*la venganza de Don Mendo*», es decir, de Travi, y atribuía mi destierro y castigo a la obcecación del P. General producida por malos informes de Travi.

Pero ¿no habrá otra mano detrás del General? Es sugestivo lo que Benítez le dijo a Meinvielle: «*El que se opone a la vuelta de Castellani es el Nuncio...*». [...].

¿No habrá detrás de esto presión del Vaticano? ¿No se habrán formado la idea, a través de algún escrito mío, de que tengo «mala doctrina», o «mal espíritu» o quién sabe qué cosa, y se habrá formado el propósito de impedirme volver y actuar en mi patria manteniendo en la oscuridad a la vez el motivo? Dios develará todo esto a su tiempo, si quiere. ^(x)

La conjetura, un poco paranoica si se quiere, tiene, con todo, algo de miga. Janssens y Travi saben demasiado bien que no pueden poner semejantes «condiciones» si no es con alguna excusa válida... que no se atreven a formular. Castellani no puede contestar esa condición en su plano real porque no puede presumir lo que se imagina.

Aunque cada vez lo ve más claramente.

Si no fuera una ficción hay algo de infinitivamente grotesco en la pretensión de Janssens [de que yo] acepte un castigo de destierro de por vida, mezclado con ocio, y con una enfermedad encima (que más que enfermedad es una verdadera ruina) y eso por ninguna razón que se pueda mostrar.

La intención real es que pida espontáneamente y efectúe por mis manos lo que él desea... ^(x)

Estamos en el plano de la ficción: de una parte fariseos; de otra, un tipo que se está volviendo loco.

Porque es de saber que las noches del 15 y 17 de mayo estuvo loco, cómo no. El 13 anota con un lápiz tembloroso lo que sigue (habitualmente escribe con lapicera).

Terrible ataque de congoja anoche: impulsiones frenéticas de cometer un acto de violencia, angustia, perplejidad, convulsiones internas, un verdadero ataque de locura.

Dormí de 6.30 a 8.

Misa en estado de agitación terrible.

Durante el día obsesión y ataques de llanto histéricos. ^(x)

Va a Barcelona y consulta con su confesor, que le promete escribirle a Travi. Se entrevista con su médico, el Dr. Ancochea, que le receta nuevas inyecciones. De oleosulfín.

El 15 anota que durmió

dos o tres horas y después angustia y agitación por largas horas hasta después de la misa, que dije con dificultad.

Se siente cada vez peor, aun de día.

Viaje horroroso a Manresa, con una peregrinación chillona y guaranga, que horripilaba; en un estado de ánimo de excitación y vértigo horroroso. Jaculatorias en rosario. ^(x)

Recién el 17 se aplica la primera inyección.

Fiebre con chucho a las 2. Dormí varias horas profundamente. Por la mañana, postración física, muscular; y dolor en el lugar del pinchazo. ^(x)

Al día siguiente, segunda inyección (2 cc. de Oleosulfín).

Se inflama la parte pinchada [...]. No dormí siesta. Anoche dormí espléndido unas 10 horas lo menos. ^(x)

Parece que esto del «Oleosulfín» funciona, fuera de las inflamaciones que le producen los pinchazos. Hacía tiempo que no registraba cosas como éstas:

Dormí como 10 horas [...] Acabé dos capítulos [de *Los papeles de Benjamín Benavides*] empezados; la cabeza despejada y el humor bueno. ^(x)

Duerme como un niño. El viernes 21 anota que es un día espléndido, que escribió otro capítulo entero de su libro. El sábado duerme hasta las 10:30. Inaudito.

Se va la tercera de Oleosulfín, y parece que esta vez la pegamos. Con esto duerme muchas horas aunque luego queda medio molido.

Hinchazón y vivo dolor en la cadera y en las piernas. Anoche me acosté con 38,5 de fiebre y a eso de la media noche tenía 39,7. Me dejan tan postrado estas inyecciones que a duras penas pude tomar el tren a Barcelona. Me esperaban mis alumnos y amigos. Hugo Marcone, Barnada, Kleinert y Peltzer. Estuve con ellos hasta las 18. Me animaron. ^(x)

Al día siguiente anda mal.

Todo el día postración, dolor de cabeza y un poco de fiebre en la siesta. Continúa el dolor y la inflamación en el sitio de las inyecciones. Pienso que mañana no podré predicar en la misa, como me encargó el P. Ministro. ^(x)

Vuelve a Barcelona a consultar con otro médico, el Dr. Córdoba. Eso el martes. Regresa el sábado. Le ordena suspender las inyecciones. Se entienden, él y su nuevo médico, se hacen amigos.

Yo veía a un médico en Barcelona, José Córdoba y Rodríguez. ^(x)

Y aquí otro de esos excursus que querría evitar y que sin embargo le debo al lector. Fíjense cómo con el paso del tiempo Castellani refiere este episodio de las inyecciones de Oleosulfín. En febrero del '49 lo cuenta así:

Sufí el 13 y el 15 [de mayo] dos fuertes ataques de nervios. Acudí al Provincial pidiéndole piedad sin ningún resultado. Acudí al médico que me habían designado (un argentino, por desgracia) el cual me dio tres inyecciones de «Oleosulfín», inyecciones que se dan ahora a los locos para tenerlos quietos, que causan un tumor con vivo dolor y alta temperatura. Cuando me pude mover, cambié de médico y encontré por mera casualidad (o providencia) a uno de los mejores de Barcelona, el Dr. José Córdoba, que se me ha convertido en excelente amigo.

En ese tiempo tenía yo el proyecto de huir -lo cual sería dar un gran gusto a mis enemigos- que hubiera actuado si me forzaran a ser «curado» por el primer médico [...].

Como Ud. ve, ahora están chillando mucho (y con razón, porque es una brutal iniquidad) por el caso del cardenal húngaro Mindzenty; pero los procedimientos que han usado conmigo no se diferencian mucho en el fondo de los usados por los rusos: juicio arbitrario y oculto, sin oír al acusado, sentencia injusta y después la droga «actedón»; en mi caso la neurosis que es mucho más humillante, dolorosa y peligrosa que cualquier droga. ^(x)

El paralelo, como se ve, es un poco extremado y, en cualquier caso, no hace comparación entre el Oleosulfín y el Actedón. Las inyecciones de Oleosulfín lo dopaban, es cierto, pero estaban destinadas a que durmiera, tal como lo había registrado en su Diario.

Por otra parte, es cierto que el médico no le cae bien.

Don Nicanor Ancochea

Es médico matasanos

Désos capaz de matar

A Cristo Resucitado. ^(x)

Pero cuatro años después, en 1953, Castellani contó el episodio de nuevo.

Antes del año, sufrí tres ataques de «*furia epileptoide*» (12 y 15 de mayo, 1948). El médico de la Orden, Dr. Niceto Ancochea Ombravella (Barcelona) ordenó se me pusieran inyecciones masivas de «*Oleosulfín*»; producto que se pone a los frenéticos para sustituir la «*camisa de fuerza*»; produce fiebre alta y un tumor grande y dolorosísimo, paralizando al hombre. La primera inyección produjo un efecto tan tremendo, tanto que el lego portero del convento fué a protestar al Superior que me estaban matando; en lo cual a mi juicio no estaba errado. ^(x)

Como hemos visto, en base a sus Diarios y la carta a Ramón Eguren, la historia fue parecida, pero considerablemente menos dramática, por lo menos en sus aristas exteriores.

En efecto, en ningún lugar Castellani dejó anotado que las inyecciones fueran la causa de sus ataques. Es más, hemos visto que la primera inyección se la pusieron el 17 de mayo, dos días después del último ataque, y que no le produjo ningún efecto maligno como sugiere la relación que comentamos.

La primera inyección produjo un efecto tan tremendo [...] que el lego portero del convento fue a protestar al Superior que me estaban matando.

De haber ocurrido así, ¿creen que no habría dejado constancia de eso en su Diario?

Sí, es verdad, como hemos visto, que las inyecciones eran dolorosas y que le produjeron cierta tumefacción en los brazos; pero esta historia que nos ventila ahora pertenece al género de las memorias de quienes estuvieron en Lubyanka, o Auschwitz, o lo que quieran... se parece, sí, al caso que contaría luego Mindzenty.

Pero no, digamos la verdad. No sucedieron así las cosas en esta casa de curas en Manresa, año 1948.

Y es una lástima, me digo yo.

Digo esto porque si hubieran ocurrido tal y como las reseñó luego Castellani, podría haber sorprendido al lector con un hallazgo. En efecto, durante el curso de mi investigación encontré una poesía de Castellani en un viejo número de *Estudios* que me dejó de una pieza.

En esta poesía Castellani análoga su vida a un poema; y en la segunda parte dice así:

Hasta' hora todo fué sudar...

Comienzo a ver las grandes líneas.

Para la estrofa de empezar

puse no más la media vida.

La media noche va a sonar

¡Lo peor de todo son las rimas!

¡Qué gusto éste de imaginar

palabras sin razón en fila!

Lo que está hecho «capo ha»

dice la Italia, y no es mentira.

Sólo cuando se acabará

se entenderá mi poesía...

Y a continuación...

*Cuando comience a boquear
en el lecho de mi agonía
cuando tendido en ese altar
con un mareo como el mar
espere el pinchazo homicida.*

*Sólo cuando el sendero real
se vea todo desde arriba
cuando lo escrito bien o mal
ante la inminencia fatal
lo ponga todo entre comillas.*

*En el último verso allá
estará la clave escondida
clave de sol, clave de lá...
Ahora bien, ¿quién lo entenderá?*

Sólo yo con Dios... y algún loco de la familia. [\(x\)](#)

Aunque es cierto que no anduvo lejos de lo que le iba a ocurrir.

Es verdad que ocho años después de escribir esto Castellani estaría en su noche más oscura, tendido en el altar de sus sufrimientos, «*boqueando*», con «*un mareo como el mar*», esperando «*el pinchazo*». Vale anotar la coincidencia, ¿no creen? [\(x\)](#)

De todos modos... ¿homicida, «*pinchazo homicida*»? Bueno, no, no es para tanto.

Querrá saber entonces el lector por qué Castellani «coloreó» un poco su historia si seguramente nunca recordó lo que había escrito allá por el '40. No; no es que haya «ajustado» su relación a la poesía con interés espurio... no señor. Castellani será un poco fantasioso, concedido. De tanto sufrir, de a ratos imagina cosas que no son, de acuerdo. ¿Un poquitín paranoico, quizás? Sí, puede ser.

Pero no es un falsario, pobre Castellani, ni mucho menos. Exagera, eso es todo. Chesterton ha explicado definitivamente que la exageración es poner la verdad bajo la lupa y esta es la intención de nuestro autor, no caben dudas.

Aquí volvemos al asunto de la «subjetividad» que, después de todo y bien mirado, no es tan difícil de entender. Cuando el miraba para atrás y temblaba en el recuerdo de todo lo que había sufrido, necesitaba decirlo. No le alcanzó la poesía, no le alcanzó su magnífica pluma de prosista sin par, no

le alcanzaron todas las artes expresivas que tan bien dominaba. No lo podía decir, del todo, fíjense.

Fueron sufrimientos indecibles. Así, Castellani necesitaba proyectar esos dolores en exterioridades, en hechos simbólicos que pudieran dar alguna noticia a los demás de lo mal que la había pasado. Y se comprende -con un poco de compasión, claro que sí-: no hay peor sufrimiento que sufrir y no poder comunicarlo a los demás. Castellani lo intentó toda la vida, de todas las maneras imaginables para que lo comprendieran, para que le tuvieran compasión, para que lo trataran bien, para no sentirse tan solo en la soledad inmensa de su alma...

No lo logró, jamás. Los amigos que tuvo, como Florencio Gamallo, como Federico Ibarguren o Ángel Vergara del Carril, lo fueron de verdad en la medida en que se abstenían de opinar sobre estos asuntos, en la medida de su respetuoso y delicado silencio ante las quejas, invectivas y crípticas andanadas de Castellani. Se detenían ante el umbral de su alma, sin avanzar, sombrero en mano, silenciosos, corteses, como con pudor. Eso fue lo máximo que consiguió Castellani en materia de amigos. Nunca nadie pudo entenderlo bien, del todo.

¿Profeta? Sí. Hay muchos anticipos en sus díceres y gestos. Pero sufrió más que lo que pudo decir y vio más, mucho más que lo que pudo anunciar.

Y esa fue, hasta el día de su muerte, su cruz. Fin del excursus.

Fueron sólo tres inyecciones de Oleosulfín. Para el 26 de mayo no hay más. Duerme menos que cuando comenzó con las inyecciones, pero algo es algo. Aunque ande, como siempre, molesto.

Todos mis pequeños disgustos se conectan actualmente con mi disgusto grande; y [a] mi disgusto grande, no le veo solución; de manera que una pequeña dificultad o molestia me produce a veces estados de desesperación. Como pequeñas dosis de veneno que penetrasen en un organismo saturado y revolviesen el veneno en reposo. ^(x)

Vuelven los insomnios, intercalados con pesadillas.

Anoche tuve una angustiosa pesadilla: reñía a gritos con el P. Módol -muerto hace 20 años- y con otros sacerdotes desconocidos que me ponían porquerías en la comida. ^(x)

Y a la noche siguiente.

Dormí dos o tres horas con pesadilla angustiosa: me perseguía el P. Prato (mi mejor amigo) y otro sacerdote. Luchábamos a golpes y yo llevaba siempre la peor parte. Al fin me encerraron en un calabozo. Yo tenía una terrible pena, y le decía: «Algún día sabrá Ud., aun en esta vida, que yo soy inocente». Me levanté a las 8 con gran dificultad. Pido a N. Señor la muerte. En la misa, crisis de lágrimas.

Teme que recurran los ataques del 13 y 15 de mayo. Tiene miedo.

Deseos desesperados de huir. Probablemente sería impotente a hacerlo, aunque tuviese los medios.

Con todo, no razona mal.

O quieren que me vuelva loco o no quieren que me vuelva loco. Si lo primero, debo huir de esa voluntad malvada; si lo segundo, debo obedecerla y huir a fin de no caer en la locura, a la que estoy abocado.

También se da cuenta de que se le hace difícil

[...] ocuparme *con serenidad y aplomo* de mis asuntos. Cualquier decisión a tomar me sume en la perplejidad y la congoja,

provoca una tormenta penosa en mí. Gracias a Dios que en ese estado no tomo resoluciones. Necesito de un amigo de toda confianza. ^(x)

Barnada le escribe desde Roma contándole que Gaza es optimista y que cree que se puede hallar una solución a su «caso».

Cree que con paciencia se arreglará del modo más deseable. La espina que me queda es que el remedio llegue con tiempo. Además, Gaza es optimista en exceso. ^(x)

Murall le cuenta que recibió respuesta de Travi, que no, que Castellani no puede volver a la Argentina.

No me mostró la carta; y me la comunicó con vacilación y vaguedad. ^(x)

Todo igual, las pesadillas, los cruces de carta, los insomnios, los ataques de congoja, las inyecciones. Es lo que los yanquis llamarían una «*no-situation*».

Esto no es vida llevadera. Debo hacer sin vacilar todo lo conducente a cambiarla. ^(x)

Sí, pero... ¿qué?

Lo visita Mazón. No tiene soluciones. Le aconseja escribir a Roma. Por supuesto, insomnio toda la noche. ^(x)

Y al día siguiente.

Culatazo de la visita de Mazón. ¿Merecen estos que yo no duerma por ellos? Ayer todo el día ruminación interior obsesiva. Afirmación calumniosa acerca de mí que me hizo enojar y hablarle con enojo. ^(x)

Va a Barcelona y averigua cuánto valen los pasajes a Buenos Aires. Son caros. Es que ha recibido un llamado telefónico de un empleado del consulado argentino en Roma que llamaba de parte de Gaza.

Nada, que vaya haciendo las valijas.

Dr. Córdoba, acceso de llanto. Viaje a Manresa, excitado eufórico, como borracho. ^(x)

Al día siguiente recibe confirmación de la noticia en forma de telegrama del mismo Gaza. Se vuelve al pago... lo dejan volver a su país.

¿Pero en qué condiciones? No está claro, del todo, todavía. Espera carta de Janssens.

De todos modos y por las dudas, en uno de sus viajes a Barcelona se encuentra con el Cap. Farrell - tiene al vapor «*San Martín*» amarrado en el puerto- y arreglan que si puede, se embarcará en él como capellán.

Mi Orden pagará aquí mi pasaje; y en caso contrario (que no creo) lo pagaré yo mismo a mi llegada o aquí mismo. ^(x)

Recibe una carta «*santulona*» de Achával.

Escribirle por última vez. No es capaz de percibir todos los datos del problema y por ende es un ciego hablando de colores.

Lo mismo le pasa a la hiena triste, *by the way*. ^(x)

Justo el día en que cumple 30 años en la Compañía recibe la ansiada carta de Janssens. No sabemos su contenido, pero parecería que es más de lo mismo. Aunque un poquito peor.

En verdad ha sido dolorosa y muy dolorosa para mí (como V.P. adivina ya y lo expresa en la carta) la decisión de V.R. que me da como necesaria y definitiva, de no poder volver a la Argentina, mientras viva en la Compañía.

Pero él ya no puede pensar más que en volverse al país, como sea.

Por otra parte, como ya he explicado estoy muy mal, cada día peor: necesito solución pronto, urgente. Por esto me atrevo a pedir se me dé el Decreto de secularización, aún sin Obispo benévolo. Es algo de verdadera y extrema necesidad. ^(x)

¿Aún sin obispo benévolo? Está, realmente, en las diez de últimas. Y recomienza la ronda infernal: Castellani ensaya respuestas. No las manda. Las vuelve a repensar. No duerme.

De a ratos piensa en rendirse. Ensaya más y más cartas.

Me ha torturado Ud. durante dos años inútilmente. Al fin ha salido Ud. con su santísima voluntad. Las señales de lo que se me ha hecho me durarán toda la vida.

Yo lo emplazo delante del tribunal de Dios para que dé cuenta de su injusticia, su iniquidad y su insensibilidad ante el dolor humano. ^(x)

Y se va haciendo a la idea de que no será más jesuita.

Mi programa es claro y sencillo: portarme como buen jesuita mientras lo sea; y después olvidar enteramente y para siempre a la Compañía y los 28.000 jesuitas en lo que tienen de jesuitas, no en lo que tienen de trascendente, es decir, de iglesiástico.

Vivir para Dios, creador de este mundo y todos los mundos. *Olvidar enteramente y para siempre*. Vida nueva: como olvidé casa y Col. Inmaculada. ^(x)

Pero, lo de siempre: todo se transforma en una interminable pesadilla.

Anoche ataque de angustia somática como la noche del 15 de mayo, una especie de éxtasis de terror y desesperación [...].

Decisión de escribir a Travi de nuevo pidiendo misericordia. Creo que habrá que llegar al recurso extremo. ^(x)

Se preguntará el lector cuál es. Bueno, simplemente, irse de Manresa. Y de la Compañía. Para obtener esto resuelve escribirle al Cardenal Lavitrano de la Sagrada Congregación para los Religiosos con el fin de que le otorguen los permisos necesarios sin verse sometido a las «condiciones» que le quiere imponer Janssens.

De todos modos le dirige a Janssens una última súplica solicitando que se le levanten los castigos y lo devuelvan a Buenos Aires. Inútil, Janssens le contesta

Sin compasión ninguna real, aunque sí palabrería, insensible al dolor humano. Comienzan las solicitudes de Diocesano. ^(x)

Esto último por medio del P. Mackinnon que tiene tratos con el obispo de San Luis quien se ha mostrado en principio conforme con incardinarlo a Castellani en su diócesis. Lo curioso del caso es que la incardinación sería lejos de Buenos Aires, tal y como pretendía el P. General.

Para mí sería la solución ideal para esta difícil transición de mi vida: cerca de mi familia, en una ciudad tranquila, aislado de

Buenos Aires, y donde podré quizá ejercitar el trabajo que sé hacer (pues estoy algo viejo para aprender nuevos oficios) sin ser carga a la Diócesis ni molesto a nadie. ^(x)

Porque sí, Castellani ha resuelto, «*in pectore*», irse.

La insensibilidad de Janssens a mis sufrimientos y su hipnotización de dos años sobre mis delitos (o lo que él cree mis delitos) no son de hombre cristiano.

Si (por un imposible) en este instante se me otorgara permanecer en la Compañía en las mejores condiciones posibles (por ejemplo, restituido a mi Seminario, con el título de Profesor y dispensa de la censura para toda la vida) no permanecería, por no tener que ver con ese hombre. Y esto no es rencor ninguno, sino conciencia.

Y como en cualquier novela de suspenso un misterioso embajador le trae dinero, esencial para cualquier emergencia. Se lo envía Gamallo.

Recibí anoche la visita de don Fco. Duart de Valencia que me entregó en confesión el depósito de Don Fl. Gam. de Buenos Aires para que lo guarde y haga la restitución en convenientes condiciones. ^(x)

Menos mal, porque, de última... se puede escapar.

Mientras tanto, se ve que Janssens se ha enterado de que Castellani le escribió nuevamente al Cardenal Lavitrano. Esto, como Castellani ya sabía, no le gustaba nada al belga. El 12 de septiembre Castellani recibe un nuevo «manijazo» de Janssens conminándolo a que acepte su reducción al estado laical, única «solución» que ahora se le ofrece.

Siempre la llamó la «carta homicida».

¿Solución? Para mí es un desastre. Será solución para ellos [...].

Me ven como un criminal, tienen de mí un concepto fantasmagórico y quieren que yo me pliegue con mis acciones a ese concepto. Pues bien, el único remedio es portarme como quien soy, como quien quiero ser. La peor tentación para mí es ceder por cansancio o cobardía y poner una acción irreparable que selle para siempre el concepto que tienen de mí. En suma, creen que soy un criminal y me empujan con una fuerza horrible a que yo realice esa creencia, a que me porte como un loco o como un criminal. Y eso no lo puedo hacer en conciencia. ^(x)

Impresionan los subrayados, donde parece que Castellani se recuerda a sí mismo lo que ha de conservar, defender a muerte, su irrevocable condición de sacerdote. Pero, claro, todo esto tiene su proyección visual con recurrentes pesadillas. Finalmente consigue «liquidar» esta última carta de Janssens, un mes después.

Dormí bien con un fuerte narcótico. Al levantarme, confusión horrorosa en la cabeza, sensación de locura. No sé si el diablo lo hace. La maldad de los que me tienen en esta situación imposible, se me aparece como a la luz de relámpago y me aterra. Me siento perdido y tiemblo de pavor y mis ideas se confunden. Impulso angustioso de huir, y angustia continuada. ^(x)

Después de esto, duerme bien durante una semana, sin pesadillas, ni ataques, ni depresiones, ni melancolía, ni nada.

6-15 Octubre. Temporada buena, sueño casi normal. ¿Por qué? No lo sé. Milagro.

Pasa el tiempo. Fracasán las gestiones con el obispo de San Luis, Mons. Di Pasquo que le cuenta qué es lo que pasó.

Bastó que yo soltara prenda e insinuara una probabilidad de ser recibido aquí, para que se volviese a agitar este mar ya profundamente agitado de la opinión pública.

Se ve que todavía están vivos los apasionamientos y frescos los recuerdos, se ve que será imposible que a Vd. le dejen vivir en paz tanto los amigos, como los otros que lo persiguieron.

Aparece evidente, pues, que al menos dos de las condiciones expresas que, en carta del 21 de julio último le exigía el P. Mackinnon para recibirle en la Diócesis, no podrán cumplirse; a saber, «*cortar con aquellos amigos de otrora cuyos consejos lo perdieron*» y «*no crear conflictos por cuestiones pasadas*». Estas condiciones comienzan a faltar desde ya y me desligan, al menos por el momento de todo compromiso.

Querido P. Castellani: por su bien y por el bien de la Iglesia, ya demasiadamente azotada, dividida y vilipendiada en nuestra Patria, le ruego que desista de venir, al menos por ahora a la Argentina; y que el Obispo benévolo que quiera aceptarlo en su Diócesis esté lejos, muy lejos de aquí; pero en donde pueda Vd. desarrollar una labor apostólica, humilde y tranquila y eso redundará en beneficio de su salud espiritual y física.

Crea, mi querido Padre, en el afecto de este su sincero amigo que de corazón le bendice y ruega por Vd. ^(x)

Me salgo de la vaina por contestarle a este valiente obispo, pero no... Ni Castellani quiso hacerlo.

Recibí la respuesta del de San Luis, negativa: una voltereta nada airosa. Me hizo daño, al cortarme la última esperanza, por ahora almenos. Además, la carta viene en términos bastante desagradables, por no decir más. No quiero comentarla. Basta saber que se ha cerrado esa puerta... y que Dios abrirá otra, como dice un refrán catalán. ^(x)

¿Otra puerta? Tres días después apareció de visita por Barcelona Monseñor Tavella, obispo de Salta.

Esto se lo debo al P. Gaza, que vio a Mons. a su paso por Salamanca, y le informó ampliamente y me escribió de inmediato que fuese a verlo. Sin eso, yo hubiese perdido tal vez la ocasión, por estar tan aplastado y por mi dificultad en moverme de aquí. ^(x)

Castellani registra en su Diario que mantuvo una entrevista «feliz». Y le deja por escrito su formal petición de incardinación.

Quizá la Providencia lo ha mandado a Ud., hoy, día del santo Patrono Leonardo Abad, libertador de cautivos, para esa caridad insigne. Estoy en un tembladeral donde me ha de sacar a lazo. De la tierra de Güemes quizá tenía que venir el que me sacara.

Acépteme en su diócesis, Monseñor, y Dios lo recompensará; y haga valer su aceptación en Roma, en la Congregación de Religiosos (P. Arcadio Larraona C.M.F., secretario) adonde ya he dirigido la petición oficial. ^(x)

Vamos a ver...

Lee a Menéndez y Pelayo. ^(x) Lee a Donoso Cortés. ^(x) Y a Francisco Suárez. ^(x) También lee *La Balada de la Cárcel de Reading* y el *De Profundis*.

Menos mal que no me han achacado también (hasta ahora al menos) el pecado de Oscar Wilde. ^(x)

Se entera de la muerte de don Lautaro Durañona, fallecido el día que (él, Castellani) cumplía 49 años. ^(x)

Por estas semanas de noviembre Castellani escribe mucho menos en sus Diarios. Se ve que prefiere leer y uno tiene la impresión de que está mejor. Aunque se queja, sí, de melancolía, de abulia, de tristeza. Y luego, se entera de que en Buenos Aires se ha cocinado uno de esos disparates... que cuesta creer.

La Sra. Salvadora O. de Botana se presentó al P. Achával, y por medio de él al P. Provincial con un ultimátum de que ordenaran mi vuelta a Bs. Aires en el término de 24 horas bajo amenaza de una campaña en *Crítica*. El Provincial de allá no puede ordenar eso, estoy en manos del General... y te aseguro que me estremezco al estamparlo porque ya sé qué manos son.

Por supuesto que no tengo parte alguna en este episodio; quizá dañoso para mí; porque yo soy el rehén en el cual se pueden

fácilmente vengar de los daños que allá pudieran hacerles. Lo que me interesa ahora es mi salvación. Ninguna venganza.

Mi salvadora produjo una carta mía con la dirección en la cual, dice Achával, yo «*me quejo amargamente del estado de mi salud*». No creo que sea alguna de las tuyas. Presumo que es la última que escribí a Ramón Eguren. ^(x)

Típica historia de Salvadora -y de su hijo Elbio que quizá haya estado atrás de esta maniobra. Pero el fragmento de carta tiene que ser, según me parece, de una de las que Castellani le escribió al propio Achával, por entonces muy amigo de los Botana. No sabemos si Moglia le dio parte de esto a Janssens... pero nos tememos lo peor.

El episodio que me narra me ha asombrado. Así me explico su carta y una muy dura y desesperante que recibí del P. General. Es fea cosa andar a oscuras. Ciertamente no he dado yo vela en mi entierro a esa buena señora, que no conozco ni de vista. ^(x)

Mientras tanto, se han juntado José Luis Torres, el P. Amancio González Paz y Arnaldo Castellani a ver si pueden encontrar un obispo «benévolo» que lo quiera recibir en el país. Castellani les agradece, conmovido, su interés e iniciativa, pero les cuenta lo de las gestiones de Tavella a las que le asigna mayores «chances».

Pero está equivocado. En realidad lo único que consigue Tavella en Roma es entrevistarse con Mons. Montini, el futuro Paulo VI, entonces Secretario de Estado, quien está perfectamente al tanto del «caso» Castellani. Parece que tiene un grueso cartapacio que lleva de título «Asunto Castellani». Sí, está bien, le daremos el indulto de secularización siempre y cuando se incardine en la diócesis de... ¡Cochabamba!

Tavella le aconseja que lo pida «respetuosamente» y Castellani escribe una humilde petición en tal sentido.

He escrito una carta en términos sosegados y discretos a Mons. Montini pidiendo lo de Bolivia, que un sacerdote barcelonés me tradujo al italiano y otro me escribió a máquina. La mandaré estos días, junto con el certificado médico y una carta reciente de este eminente facultativo donde en respuesta a una mía me dice: «*En toda mi experiencia -y he tratado más de 50 casos- no he visto jamás una neurosis de situación ser curada si no se deshace antes la situación causa de ella*».

Estas palabras son para mí una sentencia de muerte, si no consigo pronto misericordia de Roma. ^(x)

Afortunadamente reacciona y resuelve no mandarla.

Tanto monta Bolivia como Manresa. ^(x)

En verdad que sí.

Le diré que he detenido la carta que iba a mandar a Roma, y tengo aquí escrita, para considerarla mejor con Ud. presente. Encuentro la misma dificultad que al proyecto de Septiembre: no sé si mis fuerzas alcanzan para la aventura; no tengo 25 años sino 50. Además, mi ánimo se hiel a la idea de que tengo que ir a parar a Bolivia, donde nada se me ha perdido. ¿Por qué? ¿Por el caprichito de un hombrecito? ¿Porque hay una ley secreta de la Compañía que así lo manda? ¿Porque soy un criminal tan criminoso e incorregible que debo pedir como gracia el ir a morir escondido en un rincón del mundo? Vamos... Yo tengo ánimos para hacer cosas difíciles si le veo la lógica; pero el absurdo me paraliza [...].

Perdóneme mi continua indecisión o lo que parece tal. Sufro yo bastante de ella. Pero quisiera encontrar la voluntad de Dios y no forzarle la mano. No es fácil encontrar un árbol a gusto para ahorcarse. ^(x)

Sí, bueno, menos mal. ¿Y bien? ¿Cuál es la situación a fines de 1948? En la fiesta de Navidad intenta una síntesis.

Pasó por aquí el Arzobispo de Salta, Monseñor Tavella, que me mostró verdadera amistad y en Roma abogó por mí. Vio a todos los que se puede ver, incluso a Mons. Montini, Secretario de Estado, la primera autoridad en la Iglesia después del Papa. La respuesta fue: «*Por ahora no es posible; pero esto no es definitivo*». Lo que no es posible por ahora es mi retorno a la Argentina, ni siquiera a Salta o a la Patagonia [...].

¿Por qué? Misterio. ¿Hasta cuándo? Otro misterio. ¿Y ese «por ahora» y «no es definitivo» son sinceros o paliativos?

Tampoco se puede saber. ^(x)

Recibe cartas de José Ignacio Olmedo y del P. Pedro Moyano S. J. Las agradece, pero no le caen del todo, por «santulonas».

De los amigos de Job

También saborié el consuelo

De santulones en celo

Con olor de incienso y cera-

Me decían que me muera...

Que el que se muere va al cielo. ^(x)

Entramos en el año del Señor de 1949. Le escribe a una carmelita descalza que había conocido en el Hospital de Barcelona. Se trata de la Madre Inés, una gallega que le aconsejó resignación, paciencia, dulzura y espíritu de sacrificio.

¿Otra amiga de Job? Bueno, no exactamente, como que sus recomendaciones procedían de un espíritu recto, inocente. Así lo debe haber interpretado Castellani como que se tomó el arduo trabajo de intentar una síntesis completa de su «caso», de su situación.

De su infierno.

Madre y hermana, quisiera que me crea cuando le digo que no puedo aguantar esta situación en que estoy. Mis fuerzas psicológicas están tocando su último límite. Mi cabeza flaquea. El ánimo se derrumba. Mis sufrimientos son continuos y crueles. Los ataques de congoja, que sin inexactitud se pueden llamar demencia, se repiten noche tras noche. Duermo poco y tengo con frecuencia dolores de cabeza y disturbios de estómago.

En suma, estoy gravemente enfermo, aunque eso (por desgracia para mí) no se vea. Yo he luchado ya contra ella dos años, haciendo esfuerzos sobrehumanos, sin resultado: porque la carga que está sobre mí es demasiada. Hay que quitar esa carga o sucumbir.

Sus consejos, querida Madre, son irreales. Aguantar indefinidamente en la Compañía, es decir, en la situación actual, está más allá de mis fuerzas físicas. Eso es lo que yo desearía, y por eso cuando me aconsejan, asiento enseguida, me alegro, y hasta me hago la ilusión de que es posible. *No es posible*. ¿Qué he hecho yo durante estos dos años sino tratar de hacerlo posible? He puesto en juego todos mis recursos, se lo he pedido a Dios con toda el alma. Pero las enfermedades corporales no se curan con la voluntad, se curan con remedios corporales; bien lo sabe Ud. por su terrible operación. Y el remedio en este caso, dictado por un gran médico como Córdoba es quitar la situación. En efecto, querer quitar un efecto, poniendo la causa, es enteramente absurdo [...].

Si permanezco en la Compañía, lo que tengo delante es la catástrofe, créamelo. Janssens no cambiará; aunque muriese, sería lo mismo, dejaría los papeles como están ahora, el siguiente tendría que continuar.

No puedo en conciencia aceptar este estado de ocio y sufrimiento inútil y peligrosísimo (es decir, estado de continua tentación) a no ser por la fuerza. Y aunque pudiese físicamente llevarlo por tiempo indefinido, no podría aceptar eso como santidad. No lo es, madre. Al contrario, la destrucción del carácter, de la personalidad y de la razón es el reverso de la santidad. De suyo la neurosis

vuelve al hombre cobarde y perverso [...].

No soy yo quien sale de la Compañía, es la Compañía (es decir, el actual General) la que me hace salir poniéndome una pistola en la cabeza. Mi conciencia está enteramente segura. Mi perplejidad y congoja versan solamente sobre los medios de conseguirlo sin incurrir en una situación peor. Y eso mismo me lo vuelven casi imposible, con terquedad ciega y despiadada. No me dejan vivir en la Compañía, no me dejan salir de la Compañía, ¿qué quieren pues? Destruirme. No ellos, sino el demonio que está detrás de ellos [...].

Cuando hablo con la gente, incluso con el Dr. Córdoba, parezco más sano de lo que estoy. En realidad, no estoy en peligro, sino que estoy ya, de hecho, loco. Locura mansa: no se ve, no molesta a nadie; pero a mí me deshace y me quema vivo. Mis sentimientos están enloquecidos. Los sentimientos son «los pies del alma» decía S. Agustín; y los míos han sido golpeados y maltratados de tal forma que ahora me duelen lo indecible a cada paso. Estoy en un continuo temblor, inestabilidad, timidez, inferioridad, rencor y odio ante los PP. de la Compañía, en [los] cuales veo al P. General -el cual se ha portado conmigo en una forma homicida.

Mi corazón tiene una llaga cancerosa e incicatrizable, que proviene de cuatro golpes que ha dado en él Janssens: golpes homicidas. El primero, cuando en Roma me escribió diciéndome: «*Su vida en la Compañía será de ahora en adelante dura, inhumana, intolerable*». Salió buen profeta; ¡como que tenía en sus manos el hacerme verdad la profecía! El segundo fue enviarme a Manresa una «monición en orden a mi expulsión» basada en tres delitos antiguos y en el fondo supuestos, castigados sin oírme antes con reclusión indefinida en Manresa y quitarme mi trabajo, cosa que a ningún hombre es lícito y sólo Dios puede hacer: no se puede imponer el ocio como castigo a un religioso. Pero él quizá sabía bien lo que hacía: para mí el ocio es el peor veneno. Yo se lo dije en Roma.

El tercero fue contestar, cuando después de un año de sufrimientos indecibles llevados con resignación y paciencia le pedí misericordia por amor a Cristo y que por lo menos fijara el término de mi castigo que «*no volvería a la Argentina como jesuita aunque ello fuera necesario para mi salud*». Esto es homicidio.

El cuarto es la última carta que me escribió al pedirle yo con inmensa tristeza (y después de un mes de agonía para decidirme) la secularización en vista del peligro de locura y del certificado médico del Dr. Córdoba, que (prácticamente hablando) la prescribía. La contestación es pura y simplemente «feroz». Me anuncia en cuatro líneas secas y salvajes que no volvería a la Argentina tampoco como sacerdote secular, que la Congregación de Religiosos me ofrecía un rescripto de reducción al estado laical; y añadiendo por su cuenta que «*esa era la mejor solución de todas para mí*», añadiendo al azote el sarcasmo.

Pido al Corazón de Jesús, cuyo nombre no se le cae a este hombre de los labios, que lo salve a él si quiere, pero a mí que me saque de sus manos. Estas cuatro palabras homicidas son cuatro pesadillas y un continuo veneno; a causa de que no pasan, puesto que él tiene los medios de hacerlas efectivas... y las hace; que de otra manera claro que podría despreciarlas y olvidarlas. Pero nadie puede olvidarse de una fiera mientras está bajo sus garras. ^(x)

Transcribí esta carta «in extenso» porque resume bien el caso. Pero también para que se viera la Fe de este hombre que ha acometido semejante esfuerzo de síntesis para enderezar su caso, para remediarlo... dirigiendo esta letra a una pobre carmelita descalza, para que tenga noticia bastante de su asunto, y se ponga a rezar por él.

Y sí, se comprende, ahora sí que se entiende, que ande con bronca. ¿No es fantástico lo que le dice a la Madre Inés sobre Janssens, el Gran Vizir?

Pido al Corazón de Jesús, cuyo nombre no se le cae a este hombre de los labios, que lo salve a él si quiere, pero a mí que me saque de sus manos.

De entre sus papeles encontré la cosa puesta en verso (y le sale bastante más suave, cómo son las cosas).

Mas la verdad es que tampoco creo

No te quiero creer un fariseo

Hipótesis quizá exagerada

*Puede que seas simplemente nada,
O poca cosa, y que mi mala suerte,
Te dio el poder sobre mi buena muerte
Porque por un casual me puse al paso
Del camión que manejas como puedes
Sin alcanzar a ver a un hombre raso
Sólo evitando atropellar paredes
De todos modos me reservo ésta:
¿A tu carta salvaje? ¿Quién contesta?
Pues yo no gasto mi literatura
En los mojones de la Jefatura
Lo artificialmente equilibrado
Por inyecciones de vino quinado
Llamado la Belleza, no era fácil
Que tú me vieses aunque me mirases...
Me equivoqué al buscarte el alma, si
Pagué el error y ya me arrepentí.
Que Dios te guarde. Adiós. Y a mí de ti. [\(x\)](#)*

Continúa con *Los Papeles de Benjamín Benavides*. Y si el conocedor de aquel libro recuerda cosas terribles allí escritas, las hay peores, que no incluyó (y que el Dr. Córdoba quizá incluyera en lo que da en llamar «*sangrías emotivas*»).

Las hay dedicadas al Vaticano.

*El Vaticano vive
De las desgracias de la Humanidad
El que esto escribe
-¡sabe que es verdad! [\(x\)](#)*

O esta otra...

En el Vaticano se adora a Dios en política y en verdad. [\(x\)](#)

Y, claro, a Janssens.

Dios no se parece

A mi General

Si se pareciese

Era un criminal. ^(x)

Está con bronca, sí señor. Y lo reconoce...

Desde que Janssens me anunció que «no volvería jamás» he perdido el equilibrio. Ese castigo injusto resulta demasiado pesado para mí y no aceptable en conciencia. A la fuerza ahorcan; pero no quiero dejarme ahorcar si puedo. ^(x)

Pasa el tiempo y no «sale» nada. Se encuentra con Gaza en Barcelona. No hay nada que hacer. Recibe una tarjeta de César Pico de la que se infiere que éste entiende que Castellani sufre por haber sido excluido de... ¡la acción política! Eso sí que es no entender nada...

Le suplica a Tavella que lo saque de allí, como sea.

Ampáreme, Monseñor, que no tengo otro amparo en el mundo. El resto de mis amigos no puede hacer nada por mí, sólo Ud. puede. Le ruego que me procure la aceptación del Obispo de Cochabamba y me la envíe a la mayor brevedad posible, en dos copias separadas. Me dijo el P. Gaza que serán necesarias dos copias, porque posiblemente la primera petición dirigida al P. Janssens será denegada con la fórmula «Maneat orator in sua vocatione»; y sólo insistiendo ante la S. Congreg. se conseguirá lo que se desea [...].

He de decirle, con toda solemnidad, que si salvo algunos años de mi vida, que ahora está hecha una miseria, han de ser para Ud., pues le serán debidos en justicia, y por otra parte el corazón me inclina a eso, por la estima que me ha inspirado y la admirable caridad que usó conmigo en Roma. ^(x)

El 7 de febrero recibe nueva visita de Juan Carlos Goyeneche, ésta vez en compañía de Clodomiro Ledesma y un tal Carbajal. Goyeneche promete hablarle de nuevo a Montini y Castellani le entrega la carta que ya había preparado y que no había querido enviar.

Pero se ve obligado a aclararle a su mensajero algunos de los extremos por los que pasa.

No habría martirio ninguno en que yo aceptara esta situación y fingiera estar obedeciendo: habría vileza. El martirio se hace en aras de la verdad. Al contrario, la conciencia me dice que debo hacer todo cuanto pueda por salir de aquí, dando así testimonio con los hechos de que «*no hay obediencia contra la caridad o contra la razón*» [...].

Esto valdría aunque yo estuviese sano; pero la triste realidad es que la situación me enferma, me consume lentamente, y prácticamente tiende a enloquecerme [...].

Cuando uno siente la mano de la muerte sobre sí, como se dice en el libro de Job, hay que ver cómo el hombre bulle y la obra que eso hace adentro. ^(x)

Meinvielle saca una revista donde publica una de las poesías que Castellani le había mandado a Mandrioni sin autorización para publicar. Menos mal que sale con pseudónimo. ^(x)

Termina *Los Papeles de Benjamín Benavides*. ^(x)

El 26 de febrero se encuentra con el Capitán Belisario Arévalo, cónsul argentino en Barcelona

buen amigo mío, santafesino, ofrecimientos generosos. ^(x)

Ya va a necesitar de sus servicios. Se empiezan a mover las cosas. Recibe carta del obispo de Cochabamba quien acepta actuar como «benévolo», incardinándolo en su diócesis. La gestión ha sido de Tavella.

He recibido oportunamente los generosos documentos que S.S. Ilma. se dignó otorgarme, que acompañados de dos breves cartas he remitido a la S. C. de Religiosos, poniendo fervorosamente en manos de Dios N. Señor el buen éxito de los mismos, así como la prosperidad temporal y espiritual de S.E. a quien tengo desde este momento en mi alma como verdadero padre. ^(x)

Claro que no sabe si la gestión pueda resultar. No, ya empieza a columbrar el final de esta historia.

Yo sé lo que [Janssens] desea, que firme el famoso rescripto 309/40 y vuelva a la Argentina deshecho para siempre y desacreditado. No lo verán sus ojos, si Dios quiere. Estando en mi sano juicio, no firmaré el tal infame papel. Anoser que me propinen «actedon». Por tanto la terminación de esto será, según creo: salir de la Compañía y destierro de mi patria. [...]. Ahora mi única esperanza es Monseñor Tavella. Te dije que en Roma salió francamente por mí; y que le respondieron «por ahora no es posible; pero esto no es definitivo». Como estas palabras podrían ser insinceras, pura diplomacia, me aconsejó a su vuelta que pidiera la secularización en Bolivia, ofreciéndose a obtenerme la aceptación del Obispo de Cochabamba. Mucho vacilé ante esta nueva exigencia, nuevo destierro, nueva prueba y aventura quizá superior a mis fuerzas; pero luego, acosado por estos accesos de nerviosismo que te digo, decidí aceptar y le escribí rogándole me negociara el asunto. Todavía no ha llegado la respuesta. Es cosa larga, le calculo todo este año de negociaciones, con la perspectiva de que al final respondan todavía que no, que tampoco en Bolivia puedo estar; y que me vuelvan hombre peligroso para todo el continente sudamericano. Si me cierran esta última salida y mi salud continúa decayendo, no tendré más remedio que el muy arriesgado de huir. Dios quiera no haya que llegar a esa extremidad. ^(x)

Comienza otro libro.

Empecé un libro sobre el «Fariseísmo», escribí tres capítulos. Fácil de escribir. Peligroso de publicar. ^(x)

Que sea peligroso de publicar se entiende bien, cómo no (acaba de salir hace unos meses). Pero ¿fácil de escribir? Es, sin género de dudas, uno de los mejores libros del cura y su «Prólogo» una especie de clásico, un verdadero «tour de force» en el que pareciera que cada palabra ha sido esculpida cuidadosamente por manos de un escrupuloso artesano.

No parece escrito a vuelapluma.

El drama de Cristo fue éste. Así murió el Salvador. Toda su mansedumbre, toda su dulzura, toda su docilidad, sus beneficios, su prudencia, su elocuencia, sus ruegos, sus lágrimas, sus escapadas, sus avisos, sus imprecaciones, sus amenazas proféticas, su talento artístico, su sangre, su muda imploración de Eccehomo habían de estrellarse contra el corazón del fariseo más duro que las piedras; de las cuales es posible hacer hijos de Abraham más fácilmente que de quienes se creen salvados por el hecho de llevar sangre de Abraham.

Es el drama de Cristo y de su Iglesia. Si en el curso de los siglos una masa enorme de dolores y aun de sangre no hubiese sido rendida por otros cristos en la resistencia al fariseo, la Iglesia hoy no subsistiría. ^(x)

¿Fácil de escribir? Claro que él, como sabemos, estaba instalado en un punto de mira particularmente privilegiado para saber qué decía, qué quería decir.

Pero las dijo nomás, inmejorablemente, esas

Cosas que conocen todos

Pero que nadie cantó

que dice el Martín Fierro y que él usó como epígrafe. Lástima que nunca lo completó, aunque el

centenar de páginas de sus nueve capítulos sean tan densos y contenga tanta materia apretada que merecen lecturas y relecturas para comprender bien los alcances últimos de sus afirmaciones. ^(x)

Pero, a esta altura, el lector ya sabe cuánto le costó percibir el fenómeno, ceñirlo debidamente, describirlo con justeza y denunciarlo en forma...

Y hablando de eso. Recibe un llamado telefónico desde Roma...

el 20 por la mañana me habló Goyeneche desde Roma: vio a Montini, habló con él una hora, habló con Ruiz Jiménez. Montini dijo que «*se interesaría, y que si fuera necesario hablaría al Padre Santo*». Puede ser palabrería, veremos los hechos. ^(x)

Luego, durante casi un mes suspende anotaciones en su Diario, no sé por qué.

Marzo 23-17 abril. Manresa, la vida ordinaria con pequeños incidentes e idas a Barcelona.

De todos modos se prepara para dejar la Compañía, definitivamente. Imaginarán quizá ustedes valijas, pasaporte, avión o vapor... sí, quizá. Pero antes que eso, se hace a la idea de que no será más jesuita.

Y que no por eso se va a ir al Infierno o cosa parecida.

Vocaciones temporales: Ludolfo Cartusiano, dominico 30 años y luego cartujo. San Camilo de Lelis, Fraile Menor y Fundador de los Camilos. San Felipe de Jesús que deja la orden y es luego readmitido. San Juan Gualberto, monje benedictino y camaldulense. San José de Calasanz, San Francisco de Asís... Teresa de Jesús salió de las Calzadas. San Alfonso Ma. Liguori, fundador de los Redentoristas fue excluido de ellos por Pío VI. San Fco. de Regis recibió las dimisorias cuando ya había muerto.

Pero el mejor «caso» que pone, es el último.

Clemente XIV secularizó a 22.000 jesuitas... ^(x)

Primero de Mayo, recuerda a Carchín, siempre lo recordaría...

Le di mucho que sufrir en su agonía, sin querer, a causa de mis desgracias en Génova.

Sí, bueno, lo mejor de esta vida es haberla pasado. Lee una vida de Gerald Manley Hopkins y sobre el pucho compone un espléndido artículo sobre el jesuita inglés, el arte y la Compañía de Jesús. ^(x)

Recibe una carta de Janssens que Castellani transcribe al darle parte a Mons. Tavella.

Dice textualmente: «*Acuso recibo de su carta en que me comunica su “renovada” petición de secularización habiendo obtenido el beneplácito del Obispo de Cochabamba. (Punto) En cuanto a su petición de ser trasladado a Barcelona entretanto, trátele con el Padre Provincial de allí*». (El Padre Provincial de aquí me había dicho lo tratase con el P. General).

Aquí termina la carta con esta apódosis: «*Ruego por Ud. con peculiarísimo fervor*». ^(x)

El embajador argentino en Madrid le pide una conferencia sobre la poesía argentina. El P. Provincial le deniega el permiso alegando que «*se disgustarán el Sr. Nuncio de S.S. y los Superiores de Madrid si se enteran de ello por el periódico*». ^(x)

Otra. La víspera del 25 de mayo el Ministro de la Residencia de los jesuitas en Barcelona, le dice que el cónsul argentino le ha pedido a él celebrar en el consulado y a Castellani lo manda a otra capilla a asistir a Monseñor Anunciado Serafini, un epíscopo argentino. Castellani coteja con el cónsul y éste

le dice que no, que él pretendía que celebrara Castellani...

Total que para la fiesta patria...

Sermón de Serafini. Hablaba la boca, el corazón estaba ausente. Orador profesional, sacerdote profesional, «empresario de un santuario». Me pareció falso, si no en el sentido moral, al menos en el sentido psicológico y albañilístico del vocablo. Falso=no auténtico; falso=endeble [...].

Como tantas veces nosotros al oír a la mayoría de los que predicán en misa, nos dan ganas de llorar.

Pero no, peor que eso.

Rompí a llorar de golpe oyéndolo. La fiesta me hacía el efecto de un funeral. ¡Pobre patria, decía yo, pobre patria! ¡Cuando éstos están arriba y aspiran a más!

El sermón fue irreal: convencional, formulero, prepotente, abstracto. Viéndole inmóvil y mayestático recitando su leccioncita no muy bien aprendida con voz de divo yo andaba pensando entre mí: ya tienes tu castigo, vanidoso huero: esa capa roja que has ambicionado es tu castigo. Y esa pancita reveladora.

Tan es así que no sentía lo que decía que cometió el siguiente gracioso lapsus: «*Nuestra Constitución, que abre nuestras fronteras a todos los hombres del mundo, menos a los hombres de buena voluntad*».

Oste, punto. Que el diablo sea sordo. Has dicho más de lo que querías y sabías. Si lo hubiese dicho adrede como ironía sería genial. Pero lo dijo sin querer. Quiso decir «menos los de *Mala* voluntad» como se vio por la secuencia. [\(x\)](#)

Y sí, Castellani estará loco pero no come vidrio: esta parte no se la contó a Tavella.

Al otro día lloré todo el tiempo de la misa [...] (no sé tampoco si por devoción o falta de ella). [\(x\)](#)

(Por devoción a la Escritura, por devoción a la buena homilética, por devoción a la Santa Misa, por devoción al Verbo Encarnado y por devoción a la Patria... sin duda que la verdadera devoción le produce esos llantos y esa magnífica etopeya de Mons. Serafini... y de tantos más.)

Vuelta a Manresa. El 30 anota lo de siempre. Típico, este Castellani en Manresa.

Malestar todo el día, lluvia, anoche pesadilla. [\(x\)](#)

Junio, pues. Yo tengo ahora 45 y Castellani 49 (lo estoy alcanzando), pero... él me lleva mucho más que cinco años, está mucho más viejo que yo.

Me puse a arreglar el cuarto, y al inclinarme sobre un baúl fuerte puntada en los riñones y después lumbago. [\(x\)](#)

¿O es hipocondría? Pero los días siguientes sigue acusando lumbago. Continúa con su libro, que pensaba no poder seguir con tan fatigosa tarea.

Dos días de lumbago muy fuerte y después comenzó a pasar [...] Me quedé [en casa] todo el tiempo. Sirvió para escribir varios capítulos del libro *Cristo y los Fariseos*.

Se ladra órdenes.

Dejarme mantener y dormir por dentro, reprimir la sensibilidad. Dios intervendrá. [\(x\)](#)

Pero no puede dejar de pensar, de rumiar, de revolver recuerdos, ideas, gestos y agravios del pasado.

Y del presente.

Tuve otro acceso fuerte de congoja o «delirio afectivo», ocasionado por la desabrida entrevista con el P. Prov. y mi gran decepción en ella al no encontrar en él ayuda ni ganas de ayudar, antes bien recriminaciones y prohibiciones mezquinas que en el estado en que estoy se me podrían ahorrar -y además por el temor de que hubiese llegado una «negativa rotunda» a mi petición y un desahucio definitivo y desesperante.

Una «*negativa rotunda*» significaría, ya saben ustedes, que Castellani no podría salirse de la Compañía, ni, por tanto, de Manresa. Él cree que eso lo volvería loco, simplemente...

Y no quiere más sopa.

El P. Sabas Gallardo le había dicho que, de última, bueno, que se escape, que se vaya. ¿Y acaso no tenía razón? Un confinamiento indefinido en las circunstancias que hemos visto significaría, sí señor, casi seguramente, su fin.

Tomé al otro día mi resolución última -hipotéticamente. Habrá que seguir al fin el consejo de Sabas. Para eso irlo preparando desde ya, y una vez a punto, ponerlo en práctica sin más esperar porque más vale esperar allá que aquí, donde con sólo olvidarme ellos funciona para mí la trituradora.

Debo ese acto a la verdad, y a Dios N. Señor en definitiva. ^(x)

«*Con sólo olvidarme ellos, funciona la trituradora*» es tremendo, es horrible, es motivo de espanto, digan si no.

Pero es exacto.

El cuerpo se iba quemando

Por adentro como un cirio-

Cada día era un martirio

En borrasca el pensamiento

Y a cada azote sangriento

Me daba como un delirio. ^(x)

Lo ha resuelto en conciencia. Debe escaparse, no hay tutía.

Recordando a San Juan de la Cruz y viendo en peligro mi vida o más que mi vida (peligro de apostasía o demencia o un crimen irreprimible), decidí huir del convento para buscar albergue y salvación en casa de mis hermanos carnales en Bs. As.; pero la cosa aparecía imposible físicamente por el estado de mis fuerzas y las dificultades materiales de la evasión. ^(x)

En efecto, entre otras cosas no tiene pasaporte, retenido como está por sus Superiores. También estaba la cuestión de su equipaje. De todos modos, es obvio que disfrutó de los ribetes policiales de su gran escape.

Nosotros también. La relación que le hizo a Pablo Hernández casi treinta años después, tiene todos los componentes de una novela de suspenso.

Me di cuenta, entonces, que tenía que huir, y preparé una fuga detectivesca. Me era muy difícil salir de España porque no se podía

viajar si no se tenía una autorización del superiorato de la casa donde uno estaba. Yo arreglé todo con el cónsul argentino en Barcelona que se llamaba Arévalo. Era el capitán Arévalo, que me parece que ha muerto, por lo menos yo no lo he vuelto a ver. El me arregló toda la salida. Me dijo que me iba a llevar al avión. ^(x)

Mientras tanto, en su Diario se vuelve cada vez más críptico (*«c'est dans le genre»*), aunque con lo que sabemos estamos en condiciones de descifrar el sentido de sus asientos:

Vuelta de Barcelona. Caballeresca amistad del Cónsul que facilita todo. ^(x)

Eso el sábado 25. El lunes 27 anota que *«todo va saliendo bien»* y el viernes siguiente que *«el plan marcha»*... ^(x)

Recibe telegrama de Arnaldo que acusa recibo de uno de Castellani y le dice que lo espera en Buenos Aires.

El pasaje me lo mandaron de aquí, de Buenos Aires, mi hermano o D. Florencio Gamallo, no recuerdo. ^(x)

Es para el 18 de julio, tan luego: fiesta del Alzamiento. Arévalo le había explicado cómo conseguir autorización para viajar sin el pasaporte.

Arreglé todo milagrosamente. Lunes 4 y Martes 5, Barcelona, una enfermedad de calor y trámites prolijos. ^(x)

Van saliendo las cosas...

Tuve que ir a hacer un trámite ante el juez. Y mientras esperaba encontré a un contratista español que yo conocía. Y me dijo: *«¿Qué tal Padre? ¿qué necesita?»*. Y le expliqué. Entonces me llevó ante el estrado del juez y le dijo: *«Usted le da la autorización a este Padre, inmediatamente, que tiene que viajar»*.

Y me la dieron. ^(x)

Y, como siempre, a medida que se precipitan los acontecimientos, también las ideas.

Mi asunto no puede ser más claro: si he cometido un delito impóngase una corrección pero oyendo antes al acusado como pide el derecho. Si no hay delito probado, déjenme trabajar en paz. Pero en ningún caso hay derecho a mantenerme en este ocio infamante y peligroso, dañino para el alma y para el cuerpo. ^(x)

El sábado 16 comienzan las despedidas. Va a comer a lo Talaverón.

Por la noche los últimos preparativos, me dio una especie de mareo a causa del excesivo trabajo emotivo del día. ^(x)

Sí. Sobre todo la despedida de Monserrat («Tita») Talaverón, no sé si se acuerdan de la sobrina de don Joaquín de 14 años, huérfana de un capitán de artillería, muerto en la guerra civil. La niña le regala un collar para su sobrina, Martita.

Pero hay otros «trabajos emotivos».

Para viajar de Manresa a Madrid tenía que tener una autorización del superior. Y entonces se iban a dar cuenta que yo huía. Entonces falsifiqué la orden. Le imité la firma al ministro de la casa. Y valió. ^(x)

No podemos negar que Castellani se divierte con todo esto.

Tuve que juntar todas las cosas de mi equipaje a escondidas. Las puse en un baúl y se lo di al Capitán Farrel, que era el capitán del *San Martín*. Y él me trajo esas cosas aquí. Antes, yo había juntado un montón de ropa vieja...

¿Para qué diablos?

y la puse al lado de un estanque en el cual yo me bañaba frecuentemente. Y también puse un letrero que decía: «*no se culpe a nadie de mi muerte*». Lo puse para hacer creer que me había suicidado. Y lo creyeron, al principio. ^(x)

Parecen episodios sacados directamente de sus novelas, de *Juan XXIV*, de *Su Majestad Dulcinea*, de *El Crimen de Ducadelia* y otros cuentos del trío.

Cuentos del tío. A él se lo hicieron más de una vez y no caben dudas de que disfruta enormemente de estas pequeñas «venganzas».

Les confesaré la única

Venganza que me tomé-

Tanto me embromaron que...

Al disparar por la loma

Les dejé escrito una broma

En verso y en la paré. ^(x)

Y a la vez, es todo tan serio. Aquí hay para todos los gustos, mística y comedia, suspenso y drama...

Castellani deja Manresa. Sanseacabó. Operativo distracción del enemigo completado. Se va de madrugada, como tiene que ser. «*A oscuras y en celada...*». Están sincronizados los relojes. Hay un punto de encuentro con el cónsul salvador. A las novecientos quince.

Misa *apropósito* a las 7.15, salida sin dificultad y a las mil maravillas. A las 9.15 en punto, Pepe ¡un «*haiga*» colosal! ^(x)

¿Un «*haiga*»? ¿Qué es eso?

Luego vino el cónsul Arévalo en un gran auto, que allá le llaman los «*haiga*» [...].

Sí, porque una vez fue uno de estos nuevos ricos a comprar un auto y le preguntaron qué marca quiere. Y contestó: «*La mejor que haiga*». ^(x)

Castellani a bordo de un «*haiga*» deja Manresa, Cataluña, España, para siempre. Deja dos años de pesadilla, de tormentos, de infiernos. Ya antes, de corazón, había dejado la Compañía... de modo que esto no es sino exteriorización de algo infinitamente más grave.

Grave y gracioso. Es el momento culminante en la vida de nuestro autor y tiene, como vemos, de todo un poco: risas y llanto, sensatez y locura, indignación y caridad, amistades y soledad, luz y tinieblas, propósitos y remordimientos... todo en cruz.

Y eso, como siempre, jugado en pequeñeces, en detalles de la vida cotidiana, en cosas pequeñas.

Cariñosa despedida. Viaje delicioso. Dos Salves a la Virgen del Pilar. [Hotel] *Palace* en la Castellana. Sueño tranquilo.

Me desperté en un ambiente de cuentos de hadas. ^(x)

Sí, el alivio de Castellani, en este lunes 18 de julio, es enorme. Le esperan días muy difíciles, cierto; y él no puede ignorarlo. Pero «sólo por hoy», en esta mañana radiante mientras el sol se cuele por las ventanas de su cuarto de hotel... Castellani está como en un cuento de hadas.

Y a pesar de todo lo que ha de sufrir de aquí hasta que se muera. A pesar de lo que le espera en Buenos Aires y en Salta y en Reconquista; a pesar de todo, hay algo que no es ningún cuento, ni de hadas ni de nada. Es algo que se trae consigo desde sus dos años de suplicios sin fin. No lo va a perder nunca. Se lleva esto hasta el día mismo de su muerte, treinta años después.

Y alguna vez casi llega a decir lo de Bernárdez, ¿no?, que tiene por bien sufrido lo sufrido.

Tengo una presencia de Dios desde Manresa -no me atrevo a decir «*que adquiriré*» en Manresa- que posiblemente es la más baja de todas, pero...

No digo ni una palabra, no hago esfuerzo ni discurso alguno. Dios está presente en todo ¿no es así? Basta recordarlo, y yo tengo ahora máxima facilidad para recordarlo... [\(x\)](#)

*

Castellani más áspero, más agresivo, más amargo que nunca. Mi hermana Magdalena de Jesús, carmelita descalza como la Madre Inés, objetaría... en nombre de la Caridad. Hablábamos de «la caridad de la verdad» que dice San Pablo y no nos entendíamos; pero no, no creo que por falta de caridad recíproca, sino por falta de acuerdo sobre qué cosa es. Reconozco, me apresuro a reconocer, que la caridad impone muchas veces concesiones, silencios, tacto, mansedumbre, dulzura y aún a veces, hacerse el bobo. Pero no siempre, fíjense, ni mucho menos. En su sesuda «Disgresión sobre la Moral de la Caridad» -escrita en Manresa precisamente-, Castellani hace ver «cómo “el acto bueno” no es tal por su objeto exterior [...] sino absolutamente por una determinación anterior a todos ellos, que constituye su germen y su médula misma: una bondad esencial, un bautismo. El hombre tiene que comenzar por ser bueno (“rectamente ordenado”) para hacer actos buenos -del todo. Es decir que [...] “hay que ser bueno primero, para hacer obras buenas”». Más sencillamente: La santidad respeta y desarrolla cada personalidad; por eso la Iglesia no insiste tanto con el cumplimiento de «la ley» cuanto en la imitación de los santos, «...y eso no en forma absoluta y rígida, sino para llegar a (osamos decir) la imitación de sí mismos». ¿Imitarse a sí mismo? Bueno, algo así. De aquí su famosa definición de la santidad: «Santo es el que habitualmente y en todas sus acciones consulta y sigue la voz del Espíritu de Dios que habita su conciencia». De tal modo que no hay un «modo» exterior de la Caridad definido de antemano: Ignacio de Loyola casi le parte la cabeza de un mandoble a un moro que había blasfemado contra la Santísima Virgen y si lo hubiera hecho, probablemente la «forma» de su acto habría sido la Caridad. Cristo no es menos caritativo cuando expulsa a latigazos a los mercaderes del templo, insulta a los fariseos o ignora a su Madre que cuando abraza los niños, perdona a la Magdalena o se deja apresar en Getsemaní. No es por la exterioridad por donde hemos de juzgar si somos o no caritativos. Fuera así y Abraham sería un filicida. Mejor, mucho mejor, es consultar y seguir la conciencia. Desde luego, siempre hubo y siempre habrá caricaturas de todo: siempre habrá quienes expostulan, se indignan, gritan, insultan y hasta lastiman diciendo que es en nombre de la caridad que no tienen. Pero no puede invertirse la proposición: el Evangelio muestra a Nuestro Señor en cada una de esas conductas exteriores. Por otra parte, en nuestro tiempo hay demasiado énfasis, nos parece, en las virtudes «blandas» (misericordia, compasión, tolerancia, etc...)

en detrimento sistemático y casi sin excepciones de las virtudes «duras» (en términos de coraje, de testimonios viriles, consistentes y aún enojosos para los demás). Castellani conquistó nuestro corazón por esto último, porque nunca se amilanó, nunca dejó pasar gato por liebre; en todo tiempo y lugar, siempre, denunció las cosas que le parecían adulteradas, falsas, hipócritas o vacías. Por amor a la verdad. Era especialmente riguroso con quienes tienen misión sacerdotal o más grave, todavía, episcopal-, con quienes disfrazan su dureza de corazón (o su estulticia) tras ropajes colorados, agua bendita y nubes de incienso. Pero como hemos visto, era también exquisitamente delicado con los niños, con los pobres, con los descastados. Como el Dios Jano, la Caridad tiene dos caras: una amable, la otra terrible; una que parece una suave brisa de primavera, la otra que hace estallar en llamas al desierto. Así Cristo Nuestro Señor. Al principio los discípulos que lo ven dormir en la barca lo aman y por eso recurren a El cuando les invade el temor por la furia de las olas (¿no te importa lo que nos pasa?). Jesús los reprende por tener miedo. Luego, cuando El domina con su voz la furia de los elementos... ellos le temen a Él (Mc. IV, 41). Y eso no les fue reprochado.

*

Capítulo XXVIII

EPÍLOGO

Buenos Aires

1949

La causa está delante de Él;

espera su sentencia.

Job 35:14

El avión salía el 20 de julio, de modo que Castellani anduvo paseando por Madrid mientras esperaba su partida.

Ninguna dificultad, todo se hace solo gracias a la Compañía del Capitán Arévalo, a quien debo tener desde ahora como un hermano. ^(x)

En la *Reseña Biográfica* que hizo Jorge, el sobrino de Castellani, se lee una expresión algo enigmática:

Con la ayuda de cuatro amigos (cuyos nombres el P. Castellani aún mantiene en secreto), y recordando a San Juan de la Cruz, huyó del convento para buscar ayuda y salvación en su patria entre los suyos. ^(x)

Bueno, pero algo sabemos. Gamallo y Arnaldo por un lado, que le hicieron llegar los dineros y el pasaje de avión. También el Capitán Belisario Arévalo que arregló el asunto en el consulado, lo fue a buscar en el auto, lo acomodó en el hotel «*Palace*». Falta uno... Debe ser el que le dio las fuerzas, el ánimo necesario, la energía, los recursos psicológicos para escaparse.

¿Talaverón?

Para mí que fue San Juan de la Cruz.

Cuatro amigos de repente

Me echaron un lazo a rollos

Salir de aquellos embrollos Yo llamo resucitar-

Me acudieron a salvar

Un español y tres criollos. ^(x)

Como sea, casi pierde el avión. Y le echa la culpa a uno de los cuatro amigos «a quien debe tener desde ahora como un hermano».

Yo hablaba con el Capitán Arévalo mientras había un avión que se estaba por ir. Yo veía que la gente que estaba al lado mío e iba a Buenos Aires estaba subiendo. Entonces le dije que se iba el avión. Y salí corriendo. El avión estaba puesto en marcha y lo corrí. Estaba carreteando y lo corrí hasta que paró. Vieron que venía uno corriendo y pararon. Casi lo pierdo. Y si lo pierdo me agarran, porque ya habían dado parte a la policía de que me había escapado. ^(x)

O, por lo menos, eso creía él. Digo, ¿no? Que la policía lo estaba buscando... y que la culpa de que casi pierde el avión la tenía el pobre Arévalo.

Y ahora, mis amigos, una mala noticia. Castellani suspende sus registros desde que llega a Buenos Aires (los retomará seis meses después). Vamos a tener que arreglarnos con otras fuentes.

Es cosa de maravilla

Romper bramando los aires

Desierto y villas y mares

Mirando abajo sin susto

Y en 33 horas justo

Encontrarse en Buenos Aires. ^(x)

¡Qué diferente esta ciudad de la que dejó en diciembre del '46! ¡Qué diferente todo!

Y así llegué a Buenos Aires

Y mi hermano me esperó

Al abrazarme lloró

Como al volver de una guerra-

Mas yo dije -«Desta tierra

Ya no vuelve a salir yo». ^(x)

Nunca olvidó ese día en que llegó

felizmente a Buenos Aires en avión el 22 del mismo mes y año.

Ese mismo día me presenté al Colegio Salvador de Buenos Aires y di cuenta de todo al Rector del mismo, R.P. Juan Castillejo; y por escrito al R. P. Provincial Juan Moglia, estante en Córdoba. ^(x)

Imagínense la cara de Castillejo al verlo aparecer a este «fugitivo». Pensemos que este jesuita pasaba por tremendamente «severo» en la Compañía. Uno de los que lo conoció me dijo que era «incapaz» de comprenderlo a Castellani. Pero como ya hemos dicho, en estas circunstancias ¿quién lo podía comprender, del todo?

No habiendo sido «*fugitivo*» en el sentido canónico de la palabra, continué celebrando la Santa Misa.

Sí, ya te van a dar con lo de canónico.

[...] Al llegar a Buenos Aires comisioné al R.P. Amancio González Paz [O.P.] para que se entrevistara con el P. Provincial Moglia y le ofreciera mi sincera voluntad de permanecer fiel y sumisamente en la Orden en condiciones humanas y razonables. ^(x)

Para en el Colegio del Salvador. ^(x) Allí seguramente conversaría durante estas semanas con Furlong, con Torti, con Alonso y Pita, quizá con algunos más. Pero ya estaba, más o menos virtualmente, afuera, por más que Moglia le prometió otra cosa.

El Provincial de Bs. As. prometió conservarme en la Compañía de Jesús o bien, en último caso, facilitarme un traslado honorable al clero secular de mi país; cosa que no cumplió. ^(x)

Ni podía, acaso, cumplir. Janssens ya le tiene puesto los cañones. Sólo se trata de ajustar un poco la mira y... chau.

No habiendo recibido de la Santa Sede informes de los hechos más recientes del P. Castellani, y dado que la Santa Sede nos requiere noticias sobre el particular, ruego a V.R. se ocupe de referirme inmediatamente cualquier hecho nuevo de, o acerca de, aquel Padre, para que pueda yo transmitir respuestas exactas. ^(x)

(Me gusta el «*inmediatamente*» del Gran Vizir. Imagino que Moglia temblaría).

Mientras tanto Castellani va a verlo al Dr. Luis Esteves Balado, un médico amigo de Córdoba y a quien conoció en Barcelona. Este médico le detecta una diabetes galopante, probablemente producto de su estado de nervios.

Había llegado en un estado de fuerte «surmenage» y con una diabetes nerviosa avanzada («paradiabetes») con 3.84 de glucosa en la sangre y principios de ceguera glicosúrica. ^(x)

Moglia, siguiendo instrucciones del Padre General, lo intima a volver a Manresa en el plazo de diez días, bajo apercibimiento de expulsarlo.

No puede, no quiere, no puede.

El «no querer» era un no poder físico y moral. ^(x)

Castellani contestó con la valentía a la que nos tiene acostumbrados.

Recibí su carta del 5 de septiembre de 1949 en que me impone precepto de volver a Manresa junto con una monición por desobediencia en caso de que yo no obedeciere, calificada de 2da. monición canónica.

No puedo admitir absolutamente que esa sea la adominición «segunda», por cuanto la recibida del P. Mazón a principios de 1947 versa sobre otros delitos diferentes, no probados, y en todo caso ya corregidos en mí.

Tampoco admito que sea primera monición por no haber aquí delito. Se me ordena una cosa que no es posible a mis fuerzas físicas, como está debidamente atestiguado por los dos testimonios médicos cuya copia adjunto [...]

Crea que no hay en mí ahora ni testarudez, ni obstinación, orgullo o capricho alguno. Todo lo siento limpio y claro en mi interior; y de eso da testimonio la Hostia Santa que hoy he levantado en mis manos, que será un día nuestro Tremendo Juez.

Y para hablar por fin en práctico y no en místico, considere Ud. que no puede convenir a la Orden que pertenecemos y a la cual he amado y amo hasta ahora quizá más que usted una expulsión pisoteando el derecho canónico y aun el derecho natural, de uno de sus miembros, el más insignificante; porque Dios no bendecirá eso en el Cielo y en la tierra también hay tropiezos a veces para los que quieren llevar adelante su voluntad contra la razón. ^(x)

Moglia entre dos fuegos.

¿Qué más? Bueno, no mucho. Como hemos indicado, no tenemos registro de esas semanas que van desde fines de julio a mediados de octubre de 1949, carecemos de documentación sobre estas últimas horas de Castellani jesuita... si no fuera por una carta que le escribió el P. Torti y la respuesta de nuestro autor.

Este viejo jesuita fue, no sé si lo recuerdan, quien lo había convencido a Castellani de las bondades del tomismo, por encima de la filosofía de Suárez, allá por 1928. ^(x)

Pero aquí, veinte años después, se ve que han discutido de lo lindo. Y los argumentos de Torti tienen lo suyo, digan si no.

Dejáte de «palingenesias».

Sos un sonso.

¿Qué te han hecho? Estás vivo y hasta gordo. ¿Que has perdido tres años? ¿Y qué hubieras hecho en esos años? ¿Tres libros? ¿Y no los has hecho? ¿Y entonces?

No sé por qué, me gusta el «tono» de este viejo jesuita, con esta franqueza con que comienza su carta... no sé, ¿no?, tiene algo así como, qué diríamos, como sentido común, es un poco de aire fresco...

Sufrir... ¿Y acaso no sufrimos todos? ¿No sufren otros más que vos? La salud... ¡Bah! Fijáte en mi propia salud. No te dejan publicar libros. ¿Creés vos que con publicar un libro se salva al mundo de hoy? ¿Se salva un alma tan siquiera? ¡Un libro más! ¿Qué importa al mundo un libro más al mundo de la bomba atómica?

(Le hubiera hecho caso a Torti y me ahorraaba seis años de tormentos.) Pero él suena como lo que es: más viejo, más experimentado... y más jesuita.

Convencéte de que sos un sonso. No estás hecho para vivir en este mundo. ¡Dejáte guiar! ¡Dejáte conducir! ¡Dejáte dirigir! ¿A dónde querés ir con tus pies, temerario?

Pero claro, esto de tratarlo de niño a este Castellani de 50, es errar el vizcachazo... ¡Qué fácil es el «*caso Castellani*» cuando se le atribuyen todas sus ideas, iniciativas, críticas, gestos y actitudes a caprichos de «*enfant terrible*»! ¡Y cuántas veces lo hemos visto! Cuánta gente no «*recorta*» a Castellani a su gusto, esto me divierte, aquello otro está muy bien, esto de más aquí me molesta y es cosa de sus arbitrariedades de niño... ^(x)

Un discípulo tuyo, Mandrioni, te ha aplicado un verso de un francesito, Baudelaire.

«*Les deux ailes trop longues l'empêchent de marcher*».

No te la pillés en serio. El francesito exagera y tu amigo mucho más. Vos no sos *Beau-del-aire*.

Y ahora, fíjense, ahora ya no me gusta tanto el «tono» del P. Torti, aquí comienza a desentonar. No digo que a veces no esté bien bajarle un poco el copete a un intelectual que puede parecer un poco soñador, un poco fuera de la realidad, que puede, quizá, estar un poco alucinado con sus propias ideas...

Pero tengo demasiada experiencia sobre lo que son estos amigos de Job, llenos de un «*realismo*», de un «*buen sentido*» rastrero, de una suerte de llaneza un poco prosaica y que esconde en el fondo un horror grande a la búsqueda de la verdad, por la verdad misma.

Evitá el romanticismo. Todo romanticismo es falta de humildad. Y a veces de inteligencia.

¿De veras?

Se pueden salvar, claro que sí, estas proposiciones de Torti, cómo no, son consejos ortodoxos y muy conformes a la mejor espiritualidad, sí señor.

Pero sus consejos y respuestas nos recuerdan demasiado a Elifaz de Temán, el más «jesuita» de los amigos de Job.

Echa al polvo el oro
y entre los guijarros del arroyo los tesoros de Ofir,
y será el Todopoderoso tu tesoro
y caudal de plata para ti.
Entonces te gozarás en el Omnipotente
y alzarás tu rostro hacia Dios;
Le rogarás y Él te escuchará;
y tú le cumplirás tus votos.
Si proyectas una cosa, te saldrá bien,
y sobre tus caminos brillará la luz.
Si te abaten, podrás decir: ¡arriba!
pues Él salva a los que humildemente bajan los ojos. ^(x)

Como digo, ortodoxia pura, en la línea del Magnificat, nada menos. Y la solución de todos los problemas... la solución que da Torti para todos los problemas de Castellani, lo revela en un sólo relámpago de implacable luz.

Dejáte guiar por mí. Y dejáte cuidar la salud por Hugo de Achával. ^(x)

Aquí, como digo, se revela Torti y con él una legión de amigos de Job. No tanto porque la solución esté mal y sea bastante baladí para un «caso» difícil. Eso revelaría cortedad de genio y no mucho más.

Pero, no señor, aquí hay algo más grave, que es el santo y seña de Elifaz de Temán.

Tiene todas las respuestas («*Es fácil...*»).

A los que vienen a uno en un barco o en un tren con el «Vea Reverendo, ¿cómo me responde Ud. a esto?», no hay que darles la solución, sino acrecentarles la objeción, urgirle mucho más todavía, que vea que uno la sabe y aun la «siente» tanto como él, o más.

Es decir, hay que agudizarle (o crearle, si acaso) el hambre de saber; porque si esa hambre de saber no existe, darle la solución es perder el tiempo. ^(x)

Y en un *amigo* de Castellani...

No sé, ¿no?.. un amigo que ve a otro al borde del desahucio por razón de lo que cree y le da por salirle con «*soluciones*» sencillas y verdades de perogrullo es equivalente a darle un bofetón.

«*Por seguir tu conciencia, te perderás. Seguí la mía, y no tendrás problemas*». Puajjj...

Recordarán que al principio me gustaba la carta de Torti... porque al menos no pretendía salirse de madre.

Dejáte de «palingenesias». Sos un sonso.

Sólo que no se navegan aguas profundas con semejante barquijo.

En una noche de la primavera de 1949 en el Colegio del Salvador de la Ciudad de Buenos Aires, habían discutido interminablemente estos dos: Torti y Castellani, Elifaz de Temán y Job, redivivos.

En nuestra discusión de ayer proferías frases breves y cortantes que sonaban en mi interior como crepitante falsedad; a las cuales yo respondía débilmente con la débil y enorme verdad.

Las grandes verdades hay que decirlas con timidez, porque son más grandes que nosotros.

Como vemos, Castellani no se va a mover de esta categoría, de este renglón: se niega a apartarse de un solo tema.

La verdad.

Desde luego, sabe de antemano que sus contendientes, sus adversarios y aún sus amigos no tienen esa loca pasión suya y que al modo de Pilatos lo dejarán crucificar con una mueca de última ironía o quizá, aún, de compasión incomprensible...

¡Pobre Jesús! Yo veía que por ese camino no podía acabar bien; pero nunca jamás soñé ¡Dios mío!, que debía acabar ¡crucificado! Gran Dios! ¡Crucificado! [\(x\)](#)

Es que antes le dieron a la Verdad un portazo.

-“¡Vos no sos Jesucristo!».

Yo respondí débilmente: ¿Acaso no debemos tratar de parecernos a Jesucristo?

Replay. Elifaz y Job. Pilatos y Cristo. Torti y Castellani...

Pero una respuesta enorme, mística, me relampagueó en la mente, y fue instantáneamente suprimida por el pudor: «Yo soy Jesucristo de la misma manera que tú lo eres. ¿Acaso no hemos dicho esta mañana en la misa: “Éste es mi cuerpo”»?

Sí, lo peor del mártir, testigo de Cristo, es que sabe que le toca representar de nuevo el papel de Cristo. Y se sabe chico, y el «rol» le queda grande (y se ha olvidado la letra), y sin embargo, eso se le pide, y no puede creer que un enano como él esté llamado a... ser otro Cristo. De modo que no le queda más remedio que callar, como callan siempre los corderos, antes del sacrificio (en el mejor de los casos, podrá quizá hacerse un chiste, hablar de otra cosa, como el gran Tomás Moro).

Lo que sabe, no lo puede decir. Es enorme.

El Cuerpo Místico. No me atreví a decir como San Pablo: «*Yo vivo en Cristo*».

Larga, fatigosa y tremenda la discusión entre Torti y Castellani en esta noche de Buenos Aires. Imagino el estrépito de algún tranvía pasando debajo de una ventana iluminada sobre la avenida Callao, subrayando los silencios.

Y quizá, el viento... («*Tú eres doctor en Israel y no sabes esto?*»).

En la versión en papel de este libro, hice una lista a dos columnas de las falsedades irreplicables con sus réplicas posibles y reprimidas.

En formato digital, no hay más remedio (por ahora) que ponerlo sucesivamente:

Torti: Siempre ha sido así...

Castellani: Nunca ha sido así hasta ahora. No era así en tiempos de San Ignacio...

Torti: Bueno si estás tan amargado...

Castellani: Estoy escandalizado, no estoy amargado. Pertenezco a la inmensa cohorte actual de los «humillados y ofendidos»; no a la de los resentidos.

Torti: Si ellos notan que, todavía encima, los *amenazas*...

Castellani: Yo no amenazo, triste de mí: solamente predigo...

Torti: Es evidente que algún castigo vas a tener que aceptar...

Castellani: No puedo acepar *como castigo* ningún castigo por culpas que no reconozco como culpas. Sería mentir.

Torti: Si no quieres reconocer tus pasados errores...

Castellani: Si reconozco como error lo que en mi conciencia aparece como servicio a Dios, pongo error en Dios. Eso no lo puedo hacer.

Torti: Todas éstas no son más que cuestiones de política...

Castellani: A mí me parece que son cuestiones de religión...

Torti: A vos nunca te han entendido...

Castellani: Es posible que me hayan entendido demasiado...

Torti: Todo eso es mística; pero poniéndose en el plano puramente humano...

Castellani: Yo no soy puramente humano. No tengo mi nido en este suelo.

Torti: Solamente los herejes son tan empecinados...

Castellani: No. También los mártires.

Y finalmente la terrible frase «*vos no sos Jesucristo*», con la terrible respuesta, entre ridícula, sacrílega y sublime: *Yo soy Jesucristo*.

Ridícula, sí, la pretensión de ser algo más que un simple jesuita discutiendo con otro en una pieza del Colegio del Salvador. Sacrílega, claro, en cuanto se rebajaría la persona de Jesucristo a la de un pobre cristo a merced de los vientos que lo sacuden por aquellas horas.

Pero... ¿sublime? ¿Sublime ver en tanta humillación, dolor, neurosis, papelones, entuertos tragicómicos, equívocos, y ridículos al mismo Verbo Encarnado?

¿Allí? ¿Allí Tú como quiere el salmo 139? Quizá.

Querido Torti, el destino manda.

Algunas veces al despertarme tengo una sensación extraña, inexpresable, llena de punzante dolor y extrañeza que dice: ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?

Me veo en mi niñez, correteando por el «montecito» con mis hermanos, vagando por las calles de un pequeño pueblo polvoroso, leyendo ávidamente, ya detrás como un pachón de los terribles misterios de la Muerte y el Pecado; o bien joven estudiante jesuita encarnizado sobre los libros, luchando con una salud precaria y toda clase de arideces y incomodidades, sostenido por un ideal irreductible, maldormido y malhumorado, serio como un gendarme, con explosiones de júbilo y melancolía, solo e impar, desconocido por todos, malconocido de muchos; y a esa imagen de mi «yo» se junta de una manera inefable la visión de la realidad presente, llena de carnicerías, horrores, terrores y peligros, levantando la pregunta eterna del lejano Idumeo: «¿Por qué? ¿Por qué a mí?».

Los tres abismos del Problema del Universo, del Problema de la Conciencia, del Problema de la Predestinación.

Predestinación, es decir, Destino.

Destino determinado por otros, por Otro. ^(x)

¿Destino, qué destino?

Dieciocho días después lo sabría de cierto.

El día de San Perón (18 de octubre) fui llamado después de misa [al despacho del P. Moglia], donde se me leyó un decreto de expulsión de la Orden, firmado por el Padre General y refrendado por el Sumo Pontífice, el cual autorizaba para este hecho la supresión del proceso, admoniciones, prueba y defensa del acusado; informado falsamente, sin duda. ^(x)

En una conferencia supo explicar estos vericuetos.

Para conseguir que yo fuese expulsado (de la Compañía) sin proceso [...] el Papa concedió la dispensa temporaria del proceso, con el proviso natural de que había de hacerse más tarde conforme manda el canon 654 para el caso de «*Periculum in mora*», peligro en la demora.

Porque hay un canon que dice que si hay peligro en la demora para expulsar a un sacerdote de una Orden, se puede dilatar el proceso, dejarlo sin hacer para que no haya escándalo o ruido o lo que sea, y dejarlo para después, cuando todo esté más tranquilo.

No lo hicieron nada. [...]. El canon no se cumplió, y el *periculum in mora*, fue una mentira colosal que encajaron al Papa Pío XII; de la cual ya habrán dado cuenta a Dios. ^(x)

Sí, lo del apuro por expulsarlo no es cosa fácil de entender. Ni tampoco de dónde salieron todas esas historias que comenzaron a circular después sobre él, que le pegó una patada en el traste a Moglia, que amenazó de muerte a Castillejo, que andaba por el Salvador hecho un loco a los gritos o que se paseaba de noche con una vela... calumnias e injurias por lo menos... innecesarias.

La escena debe haber sido penosa. Moglia leyéndole en frente de uno o dos testigos el tremendo

decreto...

Constando que el Padre Leonardo Castellani durante muchos años se negó con pertinacia a someterse a la obediencia religiosa y a los preceptos de los Superiores, incluso después que se le fuera formalmente intimado por medio de advertencias canónicas, con conminación a pedir perdón, y siendo que no quiso obedecer un gravísimo precepto de obediencia que le fuera formalmente impuesto por el Prepósito General y según deseos de la Santa Sede, de no dirigirse a la Argentina, y luego de ir allí sin autorización, de volver a España; y habiendo vuelto a su notoria pertinacia con la declarada voluntad de no obedecer:

Invocando el nombre de Cristo Jesús y mirando sólo a Dios, declaramos, pronunciamos y sentenciamos: que el Padre Leonardo Castellani debe ser expulsado de la Compañía de Jesús y que expulsamos a éste por facultad delegada del Sumo Pontífice. ^(x)

Invocando el nombre de Cristo Jesús... mirando a sólo Dios...

¿Que podía decir ahora? Ay, el silencio de Castellani... ha quedado reducido a mudez.

Al fin la censura funciona a pleno. Después de tantas palabras, discusiones, cartas, clases, artículos, libros, ahora se va...

Se va en silencio.

Aunque sabe que «los otros» no tienen razón.

Y si quedé ya de edá

En la calle y castigao

Medio enfermo e infamao

Lo olvidaré aunque lo siento-

Pior quedar en el convento

Espuesto al mayor pecao. ^(x)

Cuando empecé este libro, hace cosa de seis años, comencé a contemplar esa gradería... ya saben ustedes, la escalinata de la Iglesia del Salvador. Allí me lo he representado muchas veces a Castellani en aquella media mañana de septiembre saliendo del Salvador, dejando atrás 30 años en la Compañía...

Por última vez.

Fue hace más de medio siglo, la Ciudad está más ruidosa. Ya no hay tranvías. Me he parado varias veces en la mitad de la escalinata a mirar en una y otra dirección.

Fea la vista ahora, fea en 1949. Digo, ¿no?, lo que se ve de la Compañía en octubre de 1949, lo que se ve ahora...

¿Para dónde rumbearía? ¿Qué iba a hacer en esa mañana en que dejó de ser jesuita?

Está con diabetes, le dijeron que se puede quedar ciego. No tiene fortuna personal ni recurso de ningún tipo (los jesuitas le dieron 300 pesos para que vaya puchereando). ¿Qué va a hacer? ¿Tomarse

un café? ¿Leer el diario? ¿Sentarse en una plaza?

La expulsión significa un automático «*suspens a divinis*» lo cual quiere decir que no puede «*ejercer*» de cura, no puede administrar sacramentos, ni predicar, ni nada parecido. No tiene obispo benévolo que lo consuele, ni obispo «*benévolo*» que lo incardine. No es más jesuita. Prácticamente no es más cura. ¿Y cuándo le levantarían la suspensión? Teóricamente dura un año, pero él ya sabe que eso depende de Roma y... también sabe lo que eso significa.

¿Cómo era lo que decía en esa carta de Manresa?

con sólo olvidarme ellos funciona para mí la trituradora...

Castellani parado en la escalinata del Salvador... ¿lo habrá acompañado algún jesuita hasta la puerta, Furlong, Alonso, Pita tal vez? Difícil, se me hace difícil.

Dejáte de palingenias...

Antes habrá pasado por la Iglesia a darle parte al Salvador que hoy parece dejarlo en banda... («Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer... mis 30 años de jesuita... Vos me los disteis, a Vos, Señor, los torno...»).

Me lo imagino rememorando lo que le había contestado a Torti.

Algo sabré yo también de mí mismo. Por lo menos en hipótesis. Hipótesis a constatar en la otra vida.

Voy a desparramar mi hipótesis.

Yo desparramaré verdad y ustedes error. Y el error vencerá. Pero nó para siempre. He lastimado un ídolo.

He herido sin querer un ídolo implacable. La persecución siguió y sigue implacable. ¿Hasta dónde? No lo sé.

He tropezado en la noche con el monstruo eterno del fariseísmo.

Tenía que pasarme a mí, Dios mío. ^(x)

Fiesta de San Perón... ¿día «peronista»? Siento una suave brisa en la cara... ¿será que no ha cambiado nada, medio siglo después?

Quise ver el expediente de Castellani. Éste que termina con la expulsión, éste que examinaron «*diligenter*» Janssens y sus siete Asistentes. Se lo pedí formalmente al P. Hugo Storni S.J., archivista jefe de la curia de la Compañía, en Roma. Después de todo, han pasado cincuenta años, ¿no? Respuesta jesuítica: 50 años de la expulsión, sí. Pero hay que contarlos desde la muerte del sujeto.

Espere hasta el 2031.

Juan Luis Gallardo (y con él, centenares de argentinos) no han tenido más remedio que callarse frente a la iniquidad.

[...] el conflicto que enfrentó a Castellani con su orden, las reiteradas y desapacibles referencias que hará del mismo, las sanciones que le impusieron, podrían llevar perplejidad sobre este aspecto al lector desprevenido, sin que su posterior rehabilitación alcance quizás para disipar las dudas suscitadas.

Por eso [...] toco el punto, sin tomar partido respecto al conflicto en sí, pues, sobre él, sólo he escuchado una campana: la de Castellani. ^(x)

Eso, en 1986. Pero hoy, en al año 2.000 (y en el año 2015, cuando digitalizé esta versión del libro), esa campana no suena, ¡qué va a sonar! Los jesuitas se empeñan en silenciarla.

Y la primera edición que leí de *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* La compró mi padre en la Plaza Lavalle, allí donde se revenden libros viejos. Con el sello de la Biblioteca del Salvador... y los que se remataron en el Colegio Máximo... (varios de mis *Castellanis* fueron adquiridos allí en la década del '70).

Y ahí está él ahora, de espaldas a la Iglesia, frente a Callao. *Nomen, numen, lumen*, ¿no se acuerdan? De espaldas al Salvador, callao.

Y ahora, ¿qué va a hacer? Sí, Arnaldo le ofreció un cuartito de su departamento de la calle Libertad (¡ojo! al 133). Es el que usaba la empleada doméstica; pero... bueno, Castellani ya sabe que a su cuñada la idea de alojar en su casa a un excusa no le gusta nada...

Y a él tampoco. Tiene 50 años y no es nadie. No tiene cátedras, ni púlpitos, ni trabajo, ni nada. No tiene prestigio, qué va. Es un «*expulsado*» de la Compañía de Jesús, un paria.

Lo veo todavía, parado en la escalinata del Salvador, pobre Castellani, medio boleado, en su hora más negra, su sotana raída y vieja que de nada le sirve si no es para recordarle todos los días de su vida que es sacerdote igual y a pesar de todo... para siempre. Y que tiene prohibido actuar como tal hasta nuevo aviso.

No puede celebrar misa, tener en sus manos al Tremendo Juez que le decía a Torti. Quizá recuerde las «zapatetas» de su ordenación: Castellani solo en su celda, Roma, 1930.

Yo no he bailado nunca (con mujeres, digo). Pero solo, sí, he bailado: el día de mi ordenación. ^(x)

Incertidumbre e inacción. Por salir de allí, de Manresa, mirá cómo terminás. Mucha más incertidumbre ahora, mucha menos «acción» de sacerdote, de doctor, de pastor, que nunca.

No mediarás como sacerdote entre Dios y los hombres. Los sacerdotes te lo prohibimos. Ahora no eres más que un simple bautizado. Y encima ex-cura, ¿con qué autoridad hablarás?

Castellani parado, solo, en la escalinata de la Iglesia del Salvador... ¿no lo ven?

Merecía mejor suerte.

Bella Vista, 8 de abril de 2000

NO ME DOCTORE

Como se indicó en su lugar (nota 101 del Cap. XXI) no he hallado rastros del título ni la tesis del presunto Doctorado en Teología por la Universidad Gregoriana que Castellani tan frecuentemente invocó.

Para cerciorarme de la verdad de este asunto finalmente recurrí al P. Ricardo Coll -estudiante por entonces en la Gregoriana- para que averiguara cuanto pudiera sobre el particular. El P. Coll envió una fotocopia del «*Catalogus Professorum et Auditorum*» correspondiente a los años escolásticos 1929-1930 y 1930-1931 de donde surge que Castellani cursó Teología. Eso ya lo sabíamos.

Pero las fotocopias venían acompañadas con una esquila del P. Coll en la que refiere que «[...] Curiosamente la Gregoriana no le ha concedido al P. Leonardo ningún título Académico. Según me han dicho, la nota «N» que figura en su nombre equivale a no presentado en el examen, en este caso de tesis» (Carta fechada en Roma el 16 de noviembre de 1997).

¿No presentado al examen de tesis? Pues bien, esto coincide con un hecho incontestable: de entre los papeles de Castellani no surge la confección de ninguna tesis, ni de Filosofía ni de Teología (y en su obra publicada tampoco se halla ninguna referencia a una tesis doctoral). Por otra parte tengo ante la vista su diploma -firmado por Ledochowski, el Rector de la Gregoriana (Lazzarini) y su Prefecto de Estudios (Ruwet), en Roma a 20 de octubre de 1931- atestiguando que es Doctor en Filosofía.

Sin tesis doctoral.

Hay más. En una conferencia de fecha y lugar no precisados (originalmente publicada con el título de *¿Educación?* en la revista *Verbo*, n. 332-333, Buenos Aires, 1993, pp. 29-41 y reproducida en *Castellani por Castellani*, pp. 97-107), el cura contó que habiéndose presentado a un concurso en la Universidad de Buenos Aires un tal José Babini le quemó los títulos y que él lo sabía por boca de su hija, Kami Babini.

No parece. Como queda dicho he podido cotejar los títulos originales de su Doctorado en Filosofía por la Gregoriana de Roma así como el certificado por su «*Petit Doctorat*» en Psicología de la Sorbona de París. Por tanto, esos documentos no fueron quemados.

¿Quemado el de Teología, sólo el diploma de Doctor en Teología (y Castellani no se quedó con copia)? Aparte de lo inverosímil de semejante supuesto, tengo ante la vista el borrador de sus «*Antecedentes para presentación a Concurso*» confeccionado en 1954 por el propio Castellani. No invoca allí ningún título de Teología; o porque no existe -como creo-, o porque no venía al caso. Pero sí invoca el «*Petit Doctorat*» y el Doctorado en Filosofía que tengo ante la vista (para el caso igualmente irrelevantes, puesto que el concurso era para una Cátedra de Literatura Francesa). De otra parte, también tengo ante la vista su presentación para el premio del año 1952 de la Fundación «*Severo Vaccaro*». Allí se detallan todos sus antecedentes y no se incluye ninguna referencia a título alguno en Teología.

Como único rastro del supuesto doctorado queda entonces en pie una certificación de la Embajada de Italia firmada por el propio embajador en Buenos Aires el 28 de julio de 1954 en la que sólo se certifica que, en virtud del art. 40 del Concordato de 1929, el Estado italiano reconoce «*la Laurea in Sacra Teología conseguita nelle Facoltà dipendenti dalla Santa Sede*». Claro que allí también se dice que en la práctica se reconoce tal título aún cuando hubiere «*eventuale abbreviazione del corso di laurea*».

Como, de hecho, el Embajador no certifica otra cosa, parece lógico deducir que no había otra cosa que certificar.

Queda entonces en pie una sola cuestión: ¿por qué los innumerables enemigos de Castellani no le echaron en cara la «usurpación» del título? Conjeturo que los no-jesuitas no emplearon esta arma por ignorancia sobre el asunto (de hecho, hasta que me puse a investigarlo, nadie lo supo -o lo dijo).

¿Y los propios jesuitas, Travi y compañía? La respuesta es tan simple como inquietante: sería como escupir al cielo, puesto que eso era equivalente a admitir que la propia Compañía era la que manejaba la cuestión de los títulos con absoluta falta de rigor, publicitando títulos obtenidos «*à la sans façon*» con típico énfasis propagandístico. Como se comprende fácilmente, impugnar el título de Castellani implicaba desvalorizar a la misma Universidad como centro académico de prestigio mundial, además de poner en cuestión los lauros de los jesuitas que habían pasado por allí.

*

Índice Onomástico

Parecería que un índice como este no cumple función alguna puesto que los lectores de formato digital prescinden de la paginación. Sin embargo, lo hemos agregado en la inteligencia de que el lector interesado puede hallar estos nombres citados en el presente libro con sencillo recurso a la función de búsqueda.

Abad de Aparicio, Hilario

Abalos, Hnos.Acosta, Hna. Jacinta

Acquaviva S. J., P. Claudio

Achával S. J., P. Hugo de

Adam, Karl

Adler, Raquel

Adúriz S. J., P. Joaquín

Aguer, Mons. Héctor Ruben

Al Hallaj

Alápide, Cornelio

Alarcón, Pedro de

Alberdi, Juan Bautista

Alberti, Rafael

AlcázarAlejandro Magno

Alejandro VI

Alem, Leandro N.

Alfonso XIII

Almafuerte

Almeida, Juana

Alonso S. J., P. Vicente

Altamirano S. J., P.

Alvarez, Baltasar

Allegri, Eduardo B.M.

Allen, Woody

Alló O.P., Fray B.

Amadeo, Mario

Améndola de Tebaldi, P.

Amerio, Romano
Amione, Blanca
Ancochea
Anquín, Nimio de
Antuña, Dimas
Anzoátegui S. J., P. Víctor
Anzoátegui, Ignacio (h.)
Anzoátegui, Ignacio Braulio
Anzoátegui, Javier
Anzoátegui, Raquel
Añón S. J., P. Joaquín
Aragón, Roque Raúl
Aramburu, Pedro Eugenio
Arévalo Silva, Manuel
Arévalo, Belisario
Aristóteles
Arlt, Roberto
Armellini, P. Juan
Arnau S. J., P. Fermín G.
Artajo
Asiain S. J., P. Justo M.
Assaf, José Auberlen
Augusto
Avellá, P. Francisco
Avellaneda, Nicolás
Ayerza, Abel
Azcona S. J., P. Severiano
Aznar S. J., P. Antonio

Babini, José
Babini, Kami
Bacon, Francisco
Bainville, Jacques
Baird, John
Baker, Josephine
Baliña, P. Carlos

Balmes, Jaime
Balzac, Honoré de
Ballester Peña, Juan Antonio
Ballesteros, Jorge
Banchs, Enrique
Bär, Roberto
Bardéche, Maurice
Baring, Maurice
Barletta, Leónidas
Barnada, Ricardo
Barnes
Baroja, Pío
Barone S. J., P. Carmelo
Baronio
Barrès, Maurice
Barrow, R.H.
Baschetti, Roberto
Basombrío, Guillermo
Battaglia O.P., Fray Patricio
Battlori S. J., P. Miguel
Baudelaire, Charles
Beard, George Miller
Becú, Teodoro
Beda el Venerable
Beguiristain S. J., P. Justo
Belloc, Hilaire
Benedicto XV
Benedicto XIV
Benítez S. J., P. Hernán
Benlloch, Cardenal
Benoit, Pierre
Benson, Roberto Hugo
Berdiaeff, Nicolás
Beresford, John Days
Bergoglio S. J., Jorge Cardenal

Bermúdez S. J., P. Germán
Bermúdez Suárez S. J., Hno.
Bernanos, Georges
Bernárdez, Francisco Luis
Bernaudo. Alberto
Biagioni, P. Antonio
Bialet Massé, Juan
Bianchi, Alfredo A.
Bianchimani, Arsenia Rosas de
Biestro, P. Carlos
Bilyk, Alejandro
Billot, Ludovico Cardenal
Binaghi, Familia
Bioy Casares, Adolfo
Blanco S. J., P. José María
Blas, Pablo
Bloy, León
Blum, León
Boecio
Boetto, Cardenal
Boff, Leonard
Bohdziewicz, Jorge C.
Bolland S. J., P. José
Bonsirven, J.
Bordabehere, Enzo
Bordeaux, Henri
Borges, Jorge Luis
Borzami, María Ester
Bosco, Eduardo Jorge
Bosch, Francisco
Bosch, Julieta Seeber de
Bossuet, Jacques-Bénigne
Botana, Natalio
Bottaro, Mons.
Bourget, Paul

Bourse, Benjamín
Bouyer, P. Louis
Boyer S. J., P. Charles
Boynes S. J., P. Norberto de
Braceli, Rodolfo
Braden, Spruille
Brandt, Ernesto
Brasillach, Robert
Bravo, Mario
Bréhier, Emilio
Brendon, Piers
Brezhnev, Leónidas
Bridarolli S. J., P. Albino
Brie, Roberto
Bruckberger O.P., Fray Raymond L.
Buber, Martin
Büchl, Mons. Francisco B.
Buda
Buehler, Karl
Buela, P. Carlos
Bunge de Gálvez, Delfina
Buonarotti, Miguel Angel
Buoncompagni, Cardenal
Burns S. J., P. George Swinburne
Burns, T.F.
Bussolini S. J., P. Juan A.
Butler, Samuel
Byron, George Gordon

Caballero, Fernán
Cabanyes, Manuel de
Cachioni, Aldo
Caggiano, Antonio Card.
Caillet-Bois, Horacio
Calderón Bouchet, Rubén

Calderón de la Barca, Pedro
Calvi, Roberto
Calzada, Rafael
Calles, Plutarco Elías
Camba, Julio
Cambó, Francisco
Caminos, Irene
Camus, Albert
Canal Feijóo, Bernardo
Canaro, Francisco
Cano O.P., Melchor
Canudas S. J., P. Luis
Capdevila, Arturo
Capitanio, Hna. María Bartolomé
Caponnetto, Antonio
Carabajal S.J., P. Rodrigo
Cardiel S. J., P. José
Carducci, Giosue
Carlomagno
Carlos III
Carlos V
Carranza, Bartolomé
Carrizo, Juan Alfonso
Carter, Sir Howard
Cartusiano, Ludovico
Carulla
Casale, Alejandro
Casares, Tomás D.
Casariego, Orfilio
Cascallares, José María
Castellani de Pagano, María Magdalena («Muñeca») Castellani, Arnaldo («Piojo»)
Castellani, Catalina Conte-Pomi de (la madre)
Castellani, Jorge (el sobrino)
Castellani, Leonardo (el abuelo)
Castellani, Luis («Carcho», el hermano)

Castellani, Luis (el padre)
Castellani, Luisita (la sobrina)
Castellani, Marta (la sobrina)
Castellano S. J., P. Mariano
Castellanos, Aarón
Castillejo S. J., P. Juan
Castillo, Ramón S.
Catella, Pedro
Cathelineau
Catón
Cazón, Higinio H.
Celebrini S. J., P. Aloisio
Cervantes, Miguel de
César, Julio
Cézanne, Paul
Cichero, Marta
Cisera, Angel
Cisneros, Cardenal
Claravana, Adolfo
Clarín, Leopoldo Alas
Claudel, Paul
Clemente VIII
Clemente XIV
Cocteau, Jean
Cochon, Agustín
Codina S. J., P. Matías
Codreanu, Corneliu
Coleridge, Mary
Colom S. J., P. Artemio
Colón, Cristóbal
Columba O.S.B., Dom
Coll, P. Ricardo
Comte, Augusto
Condorcet, Nicolás de
Confucio

Congar O.P., P. Yves
Conil Paz, Alberto
Conillera S. J., P. Cosme
Constable S. J., P. Alfredo
Constantino
Constanzi, Fray Ermete
Conte-Pomi, Félix (el tío)
Conti, Haroldo
Cooke, John William
Copello, Santiago Luis Cardenal
Cóppola, Francis Ford
Córdoba y Rodríguez, José
Córdoba, Fernando
Corominas S. J., P. Juan
Corsi, P.
Cortázar, JulioCortés, Donoso
Cortesi, Monseñor
Crespí S. J., P. Antonio
Crichton, Michael
Crispoli, Felipe
Crivelli S. J., P. Camilo,
Croatto S. J., P.
Croce, Benedetto
Crowther de Randle, Ana
Crysippo
Culacciatti, Miguel
Cúneo, Dardo
Curutchet, Ricardo
Curzon, Lord

Chagall, MarcChaillet, Pierre P.
Chaneton, Abel
Charnwood, Lord
Chateaubriand, François-René
Chávez, Fermín

Chenu O.P., P. M.D.

Chesterton, Gilbert Keith

Churchill, Winston

D'Angelo Rodríguez, Aníbal

D'Annunzio, Gabrielle

D'Holbach, Barón

Daggaro,

Daladier, Edouard

Daniélou S. J., Jean Cardenal

Dante

Dantoi S. J., Hno.

Darío, Rubén

Darwin, Charles

Dávalos, Juan Carlos

Davidman, Joy

Dávila S. J., P. Moisés

Dawson, Cristopher

Days, John Beresford

Da Vinci, Leonardo

de Andrea, Mons.

de Carlo, Mons. Nicolás

de Estrada, Angel

de Flüe, Nicolás

de Gásperi, Alcides

de Gaulle, Charles

de Gorostarzu S. J., P.

de Groot S. J., P.

de Jesús, Ana

de la Brière S. J., P. Yves

de la Fuente, Ramiro

de la Riestra, Norberto

de la Torre, Lisandro

de Laferrere, Alfonso

de Lara, Tomás

de Lara, Tomás
de León, Luis
de Lubac S. J., Henri Cardenal
de Maeztu, Ramiro
de Maistre, Joseph
de Molina, Tirso
de Monleón, Jacques
de Musset, Alfred
de Reinoso, Jerónimo
de Saboya, Humberto
de Sade, Marqués
de Tonquédec, P. Joseph
de Valera, Eamon
de Vedia y Mitre, Mariano
de Yepes, Francisco
Debussy, Claude
Degrelle, León
del Carril, Enrique
del Mármol, Eduardo
del Mazo, Gabriel
del Sel, María E.
del Val, Merry Cardenal
Delacroix, Henri
Delaney, Juan José
Delon, Alain
Delpiano S. J., P. Francisco
Dell'Oro Maini, Atilio
della Mirándola, Pico
Dellepiane, Luis
Dempsey, Jack
Derisi, Mons. Octavio Nicolás
Descartes, René
Di Jorio, Cardenal
Di Pasquo, Mons.
Diana de Castellani, Magdalena (abuela)

Diana, Conde (tatarabuelo o chozno)

Díaz Araujo, Enrique

Díaz Vieyra, Santiago

Dickens, Charles

Diderot, Denis

Diesel, Rudolf

Disandro, Carlos

Divito, Mauro

Doglia S. J., P. Andrés

Dolina, Alejandro

Doll, Ramón

Domenech S. J., P. José

Domiciano

Don Juan Manuel

Don Orione

Doncoeur S. J., P. Paul

Dondo, Osvaldo

Dostoievsky, Fédor

Dreidemie S. J., P. Oscar J.

Duart, FranciscoDumas, Alejandro

Dumas, Georges

Durán, Armando

Durañona y Vedia, Dolores

Durañona y Vedia, Lautaro

Duro, Eduardo

Eco, Umberto

Eguren, «Kika»

Eguren, Alicia

Eguren, Ina

Eguren, Martita

Eguren, Ramón

Einstein, Albert

Eliot, T. S.

Ellington, Duke

Ellis, Henry Havelock
Ennis, P. Antonio
Erro, Carlos Alberto
Escalada, Mons.
Escobar, P.
Escrivá de Balaguer, José María
Esopo
Espinosa, Mons. Antonio
Esquilo
Esteva, Hugo
Esteva, P. Lorenzo
Esteves Balado, Luis
Etcheverrigaray, Miguel Angel
Eugenio María del Niño Jesús O.C.D.,
Evely, P. Louis
Eyzaguirre, Mons. Rafael
Ezcurra, P. Alberto

Fabbri S.J, P. Enrique
Farges
Farrel, Santiago
Farrell, Edelmiro J.
Farrelly O.P., P. Brian
Faulhaber, Cardenal
Felipe II
Feliú S. J., P. Luis
Fernández Unsain, José María
Fernando de Castilla
Ferragud S. J., P. José
Ferrerres
Ferro, Jorge N.
Feuillet, P. André
Fichte, Johann
Fietta, Johann Gottlieb
Fijman, Jacobo

Filippo, P. Virgilio
Finberg, H.P.R.
Fingerit, Julio
Firpo, Luis Ángel
Fisini, Fray Manuel
Flaubert, Gustave
Flístenes
Foch, Mariscal
Fontenla, Juan Manuel
Ford, Henry
Forte, [César Figueiredo](#)
France, Anatole
Franceschi, Mons. Gustavo
Franco, Francisco
Franco, Madre María Jesús
Frank-Duquesne, Albert
Franklin, Rubén Mayer
Franzelin S.J., P. [Johann Baptist](#)
Frazer, James
Fresco, Manuel
Freud, Segismundo
Frondizi, Arturo
Fuentes, P. Miguel Angel
Fumet, Stanislas
Furlong S. J., P. Guillermo
Fuselli, Angélica

Galahad, Sir
Galsworthy, John
Gálvez, Manuel
Gallardo, Juan Luis
Gamallo (padre de Florencio)
Gamallo, Florencio
Gamallo, Malisa
Gandhi, IndiraGangli, Lucy

Garay, Juan de
García Moreno, Gabriel
García Vieyra O.P., P. Alberto,
García Villoslada S. J., Ricardo
García, Joaquín
Gardel, Carlos
Garibaldi, Giuseppe
Garrigou-Lagrange O.P., Reginald
Gasparri, Cardenal
Gavarró S. J. Hno.
Gaynor, P. Juan Santos
Gaza, P. Francisco
Genta, Jordán B.
Gentile, Giovanni
Gera S. J., P. Lucio
Gerchunoff, Alberto
Gershwin, George
Ghandi, Mahatma
Gheón, Henri
Giangreco, Guillermo
Giaquinta, Mons. Carmelo Juan
Gide, André
Giet, Stanislas
Gilson, Étienne
Giusti, Roberto
Glinka, Príncipe
Gobby, P.
Goethe, Johann Wolfgang
Golía S. J., P.
Gómez Avelino S. J., P. José
Gómez de la Serna, Ramón
Gómez, Albino
González Paz O.P, P. Amancio,
González S. J., P. Rafael
González, Elena

González, Joaquín V.
González, Padró
Goretti, María
Goya y Lucientes, Francisco José
Goyan, Georges
Goyeneche, Juan Carlos
Gracián, Baltasar
Graffigna, Alberto
Grandinetti S. J., P. Héctor N.
Grandmaison S. J., P. Léonce de
Greene, Graham
Gregorio XIII
Grimm, Hnos.
Gros y Tarrats S. J., P. Salvador
Grosso, Alfredo B.
Grotius, Hugo
Guardini, Romano
Guerra, P.
Guglielmi
Guijarro, Aparicio
Guillermo II
Guimerá, Ángel
Güiraldes, Ricardo
Gutiérrez del Olmo S. J., P.,
Gutiérrez, Arturo

Hakanson, Belkis (media hermana)
Hakanson, Guillermo (padrastro)
Hakanson, Nelly (media hermana)
Hakanson, Nilda (media hermana)
Hardy, Thomas
Hari, Mata
Harilaos de Olmos, Adela
Häring, Bernard
Hartmann, Nicolai

Hegel, Jorge Guillermo Federico

Heine, Heinrich

Hemingway, Ernest

Henry, Georges

Heráclito

Hermant, Abel

Hernández, Enrique

Hernández, José

Hernández, Pablo José

Herp, Hendrik

Herrera, Pedro

Herwick, Margaret

Hinsley, Cardenal

Hitchcock, Alfred

Hitler, Adolfo

Hoenen, P.

Hohenzollern, Luis Fernando

Holzhauzer, [Bartholomew](#)

Homero

Hopkins S. J., P. Gerard Manley

Horacio

Horia, Vintilia

Hotschewer, Curto Erico

Huarte, P.

Hugo, Roberto Benson

Hugo, Víctor

Hugolino, Conde de

Hurley S. J., P. Julián

Hurtado S. J., P. Alberto

Huxley, Aldous

Ibarguren, Adela

Ibarguren, Carlos

Ibarguren, Federico

Ignacio de Loyola

Imaz, José Luis
Imbelloni, José
Infante, Lira
Inocencio, Papa IX
Irala, Narciso
Irazusta, Julio
Irazusta, Rodolfo
Iriarte, Tomás de
Iriondo, Manuel
Isabel de la Trinidad, Beata
Isern S. J., P. Juan
Isla, José de

Jacovella, Bruno
James, William
Janet, Paul
Jansenio
Janssens S. J., P. Juan Bautista
Jaureche, Arturo
Jenofonte
Jolson, Al
Journet S. J., P. Charles
Jousse S. J., P. Marcel
Jovellanos, Baltasar Melchor
Joyce, James
Juan Pablo II
Juan XXIII
Justo, Agustín P.
Justo, Juan B.

Kaffka, Franz
Kant, Emmauel
Keitel, General
Keller S. J., P.
Kempis, Tomás de

Kennedy, John F.
Keyserling, Conde de
Kierkegaard, Sören
Kipling, Rudyard
Klagues, Ludwig
Kleinert, Enrique
Knox, Mons. Ronald
Köhler, Wolfgang
Korn, Alejandro
Kreeft, Peter
Kriegman, José Luis
Kubizeck, August
Küng, Hans

La Fontaine, Jean
La Roche-Jacquelein
Labouré, Jean
Lacombe, Olivier
Lacunza S. J., P. Manuel
Lafrance, JeanLaje S. J., P. Enrique
Laloy, Louis
Lallouère S.J., P.
Lambertini, P.
Lammenais, Felicidad de
Lanz, P.
Lapalma S. J., P. Lucio
Larraona, Arcadio Cardenal
Larreta, Enrique Rodríguez
Laurentin, P. René
Lavalle, Juan GaloLavitrano, Cardenal
Lawrence de Arabia
Lawrence, D.H.
Lazcano, Martín V.
Lazzarini S. J., P.
Le Breton, Tomás

Ledesma, Clodomiro
Ledesma, Plácido
Ledesma, Ramiro de
Ledochowski S. J., P. Vladimiro
Léger, Fernand
Lehar, Franz
Leibnitz, Godofredo Guillermo
Lenín
Lennerz, P.
León XIII
Lepicier, Cardenal
Lérida S. J., P. Felipe
Lessing, Gotthold Ephraim
Levene, Ricardo
Levy-Bruhl, Claude
Lewis, C.S.
Lhande S. J. P. Pedro,
Lindbergh, Charles
Lira, P. Osvaldo
Little, Arthur
Lo Grasso S. J., P.
Loisy, Alfred
Lombardi S. J., P. Ricardo
Loncán, Enrique
Lope de Vega, Félix
López del Cerro
López Ibor, Juan José
López Merino, Francisco
López Osorio de Fernández Moreno, Dalmira C.
Louis, Pierre
Lozón, Francisco
Lozón, Raúl
Lubick, Milosz
Lucanor, Conde de
Lugones, Leopoldo

Luis de León, Fray

Luis XIV

Luján, Néstor

Lumière, Louis y Auguste

Luna, Félix

Lutero, Martín

Luzzi S. J., P. Jacinto

Llambías, Jorge Luis

Lloberola S. J., P. Ramón

Llorca S. J., P. Bernardino.

Llusá S. J., P. José

Macadam S. J., P.

P.Mackinnon, P. José María

Madiran, Jean

Mahon S. J., P. Tomás

Malbert, David

Maldonado S. J., P. Juan de

Mallarmé, Stéphane

Mallea, Eduardo

Mandrioni, P. Héctor Delfor

Manito, Babel

Mann, Thomas

Manzi, Homero

Manzoni, Alessandro

Mao Tsé-tung

Maquiavelo, Nicolás

Marandini, P.

Marcinkus, Cardenal

Marcone, Hugo

Marchetti-Selvaggiani, Cardenal

Maréchal S. J., P. Joseph

Marechal, Leopoldo

Mariana S. J., P. Juan de

Marin, Louis
Maritain, Jacques
Maritain, Raïssa
Mármol, José
Marrero, Vicente
Martin, Malachi
Martindale S. J., P. C.C.
Martínez Zuviría, Efraín
Martínez Zuviría, Gustavo (Hugo Wast) -,
Martínez Estrada, Ezequiel
Marx, Carlos
Marzal S. J., P. Juan
Masferrer S. J., P. Segismundo
Massis, Henri
Mateos
Matteotti
Maucci
Maugham, Somerset
Maupassant, Guy de
Maurer O.P., Fray Armando
Mauriac, François
Maurras, Charles
Mayer, Rubén Franklin
Mazón S. J., P. Cándido
Mazzeo, P. Eugenio
Mc. Cormick S. J., Vincent
Mc. Donagh, Emiliano
Médicis, Flia.
Medrano, Samuel
Meinvielle, P. Julio
Mejía, Jorge Cardenal
Melchiori, P.
Melgar
Melián Lafinur, Alvaro
Mendelsohn, Félix

Méndez Calzada, Enrique
Méndez, Evar
Menéndez y Pelayo, Marcelino
Mercuriano S. J., P. Evaristo
Messori, Vittorio
Meynell, Alice
Miguel, Lorenzo
Mihura, Federico
Mihura, Sixto
Milton, John
Millán de Astray, José
Miller, Henry
Mindzenty, Cardenal
Miquel, Pierre
Mirabeau, Conde de
Miró, Gabriel
Mitre, Bartolomé
Modesti, Giacomo
Módol, P.
Moglia S. J., P. Juan
Moledo, P. Manuel
Molina Campos, Florencio
Molina S. J., Hno.
Molinari, Ricardo
Monakof, Von
Mondría S. J., P. Alfredo
Montalbán S. J., P. F.J.
Montejano, Bernardino (h.)
Montes S. J., P. Abel
Montesquieu, Charles Louis
Montiel, Juan Carlos
Montoya S. J., P. Antonio Ruiz de
Morales, María Soledad
Moreau de Justo, Alicia
Morton, J. B.

Mosley, Oswald
Mostaza S. J., P.
Moyano S. J., P. Juan
Moyano S. J., P. Pedro
Mozart, Wolfgang Amadeus
Muckerman S. J., P.
Muggeridge, Malcolm
Mujica Láinez, Manuel
Mujica, P. Carlos
Muñoz Seca, Pedro
Murall S. J., P. José
Murguía, Dr.
Murillo
Murray S. J., P. Robert
Mussolini, Benito

Nalé Roxlo, Conrado
Napal, Dionisio
Napoleón
Nerón
Neumann, Teresa
Newman, John Henry Cardinal
Nielsen, Salvador
Nietzsche, Friedrich
Nocedal, Ramón
Noguer S. J., P. Miguel
Northcliffe, Alfred Charles
Nouet S. J., P.
Novalis, Friedrich von
Noyes, Alfred O.
O'Brien, Michael D.
O'Donnell, P.
Obligado, Carlos
Obligado, Manuel
Obligado, Pedro Miguel

Ocampo, Victoria
Occam, Guillermo de
O'Farrel S. J., P. Ricardo
Ohnet, Georges
Olessio, P. Santiago
Olmedo, P. José Ignacio
Olleros S. J.
Onassis, Aristóteles
Ombravella, Niceto
Onceno, Luis
Onganía, Juan Carlos
Orlandis, José
Orlando, Vittorio
Oroño, Nicasio
Ortega y Gasset, José
Ortiz Echagüe, Fernando
Orwell, George
Osés, Enrique P.
Ossorio y Gallardo, Angel
Owens, Jesse
Oyuela, Calixto
Pablo VI
Padró González, José
Pagano, Edmundo (cuñado)
Palacio, Ernesto
Palacios, Alfredo
Palau S. J., P. Gabriel
Pangrazzi, P. Panico, Mons.
Panniker, Raimundo
Papini, Giovanni
Paravano S. J., P. Alejandro
Pardo Bazán, Emilia de
Parodi
Parola S. J., P. Luis
Pascal, Blas

Passeto, Mons.
Pasteur, Luis
Paulo VI
Payró, Roberto J.
Paz, Ricardo Alberto
Péguy, Charles
Peltzer, Enrique
Pellisier, Pierre
Pemán, José María
Pereda, José María
Pérez Galdós, Benito
Perkins, Max
Perón, Eva
Perón, Juan Domingo
Perry, Fred
Pétain, Mariscal
Petre, Maud
Petriella, Dionisio
Petrucci, Pietro Cardenal
Peyrefitte, Roger
Picasso, Pablo
Pico, César
Pieper, Joseph
Pinto O.P., Fray Mario Agustín
Pío IX
Pío V
Pío VI
Pío VII
Pío X
Pío XI
Pío XII
Pirandello, Luigi
Pita S. J., P. Enrique B.
Pitoëff, Georges y Sasha
Pizzardo, Cardenal

Planella S. J., P.
Platón
Poe, Edgar Alan
Pollicino, Alejandro y Silvina
Pommerenke, Guillermo
Ponce de León S. J., P. J. María
Ponce, Aníbal
Poncela, Jardriel
Ponferrada, Juan Oscar
Porter, Cole
Potash, Robert
Poucel S. J., P.
Poulier S. J., P.
Prato, P.
Preller, Roberto Sigfrido
Preseren S. J., P. Antonio
Presley, Elvis
Prieto, Adolfo
Primo de Rivera, General
Primo de Rivera, José Antonio
Proust, Marcel
Provost, Gery
Pryzwara S. J., P. Erich
Psichari, Ernst
Puigbó, Raúl
Puyelli, P. Roque

Quantín, Norberto
Quarracino, Antonio Cardenal
Queraltó, Juan
Quevedo, Francisco de
Quiles S. J., P. Ismael
Quiroga, Horacio Quiroga, Sergio

Raffaelli, Roberto

Rahner S. J., P. Karl
Ramírez O.P., Fray Santiago
Ramognino S. J., P. Miguel Angel
Ramón y Cajal, Santiago
Ramonedá S. J., P. Ramos, Jorge Abelardo
Ramos, Juan P. Ramuz
Randle, Ana de Jesús
Randle, Fiona
Randle, Lucas
Randle, Nicolás
Randle, Patricio H.
Raskowsky, Sansón
Ratti, Horacio
Ratzinger, Joseph Cardenal
Rau, Mons. Enrique
Ravel, Maurice
Réboli S. J., P. José J.
Rego, Antonio
Renán, Ernesto
Restrepello S. J., P. José María
Restrepo S. J., P. Alvaro
Reyes, Alfonso
Ricardo Corazón de León
Ricci S. J., P.
Riccio, Gustavo
Ricciotti, Giuseppe
Richards, Diego
Richards, Tomás
Richelieu, Cardenal
Rilke, Rainer María
Rimbaud, Arthur
Rimet, Jules
Rinsche S. J., P. Germán J.
Rivero de Olazábal, Raúl
Rizzi, Luis

Robinson, John
Roca, Julio A.
Rocambole
Rock, David
Rodríguez Leonardi, Juan
Rodríguez Larreta, Enrique
Rohde, Jorge Max
Rojas, Manuel
Roldán, Belisario
Romains, Jules
Romero, Francisco
Romero, Guillermo
Ronsard, Pierre de
Roosvelt, Franklin Delano,
Rosa, José María
Rosadini, P. Silvio
Rosanas, P. Rosas, Juan Manuel de
Rosmini, Antonio
Rouquié, Alain
Rousseau, Juan Jacobo
Rozanof
Ruiz Jiménez
Rusiñol
Ruwet S. J., P.
Ruysbroeck

Sabas Gallardo, P.
Sábato, Ernesto
Saboia de Medeiros S. J., P. Fernando
Saboia de Medeiros S. J., P. Roberto
Sack, P. Juan Carlos
Sáenz Peña, Luis
Sáenz S. J., P. Alfredo
Sáenz, P. Ramiro
Sagnier, Marc

Saint Exupéry, Antoine de,
Saint Jean, Daniel
Salazar, Antonio de
Salinger, J. D.
Salmerón, Nicolás
Sallaberry S. J., P. Juan F.
Samaniego
San Agustín,
San Alfonso María Liguori
San Alonso Rodríguez
San Ambrosio
San Antonio de Padua
San Atanasio
San Bernardo
San Camilo de Lelis
San Felipe de Jesús,
San Francisco de Asís
San Francisco de Borja
San Francisco de Paula
San Francisco de Regis
San Francisco de Sales
San Francisco Javier
San Francisco Solano
San Ignacio de Antioquía
San Ignacio de Loyola
San Irineo San Isidoro de Sevilla
San Isidro Labrador
San Jerónimo
San Jorge
San José de Calasanz
San Juan Berchmans
San Juan Crisóstomo
San Juan de Avila
San Juan de Capistrán
San Juan de la Cruz

San Juan Gualberto
San Luis Gonzaga
San Luis María Grignon de Monfort
San Pablo
San Pedro
San Pedro de Alcántara
San Roberto Belarmino
San Roque González
San Vicente Ferrer
San Victorino Mártir
Sánchez Abelenda, P. Raúl
Sánchez Bella, Ismael
Sánchez Sorondo, Marcelo
Santa Cruz (Comisario)
Santa Cruz, Agustín
Santa Juana de Arco
Santa Margarita
Santa Teresa de Jesús
Santa Teresa María Soubirán
Santa Teresita de Lisieux
Santa Taís
Santo Domingo de Guzmán
Santo Tomás de Aquino
Santo Tomás Moro
Sarmiento, Domingo Faustino
Sauras S. J., P. Vicente
Savonarola O.P., Fray Gerónimo de
Scalabrini Ortiz, Raúl
Sceppacuercia, Héctor
Scoto, Duns
Scheler, Max
Schmidt, P.
Schneider, Burkhardt
Schopenhauer, Arthur
Schroeder, Juan P.

Schwob, Marcel
Segura, Mons.
Sepich, P. Juan
Serafini, Mons. Anunciado
Serrano, Basilio
Sertillanges O.P., Fray A.D.
Shakespeare, William
Shaw, Bernard
Shelley, Percy Bysshe
Shostakovich, Dmitri
Sierra, Vicente
Silva, P. José Clemente
Simó S. J., P. Francisco Javier
Simón de Montfort
Siri, Giuseppe Cardenal
Six, Jean-François
Sócrates
Sófocles
Soiza Reilly, Juan José de
Sojo S. J., P. José Antonio
Solá Torino, José Teófilo
Solari, Tomás
Solovieff, Vladimir
Solzhenitzyn, Alexandr
Speroni, Alejandro
Stajanov, Alexei Grigorievich
Stalin
Stannard, Martin
Storni Alfonsina
Storni S. J., P. Hugo
Straubinger, Mons. Juan
Stravinsky, Igor
Sturzo, Dom
Stutz, Martita Ofelia
Suárez Pinto, Carlos Suárez S. J., P. Emiliano

Suárez S. J., P. Francisco

Suvorin, Alexi

Swete, H.B.

Swinerton, Frank

Sysley, Charles

Tácito

Tagore, Rabindranath

Taine, Hipólito

Talaverón, Joaquín

Talaverón, José María

Talaverón, Monserrat

Tamayo y Baus, José

Tarín S. J., P.

Tato, Mons.

Taulero, Juan

Tavella, Mons.

Taylor, A.J.P.

Teilhard de Chardin S. J., P. Pierre

Tellechea Idigoras, José

Teofilacto

Terrien, P.

Terza, Elías

Thibon, Gustave

Thomas, Albert

Tiberio

Tirso de Molina

Tolkien, John R.R.

Tolstoi, Leo

Torres, Fernando

Torres, José Luis

Torti S. J., P. Luis

Travi S. J., P. Tomás

Trollope, Anthony

Trotsky

Tugwell O.P., Fray Simon
Tyrrell S. J., P. George

Ulibarrie
Unamuno, Miguel de
Uriburu, José Félix
Ustarros S. J., P. V

Valdés, Fernando
Valensin
Valle Inclán, Ramón María de
Vallejo, Fray Antonio
Van der Meersch, Pietr
Van Steenbeghen
Vázquez de Mella, Juan
Vásquez, José
Vázquez, María Esther
Velázquez, Diego
Verdaguer, Jacinto
Vergara Carril del Carril, Angel
Verlaine, Paul
Versmeersch S. J., P.
Veuillot, Louis
Vialatout, Joseph
Viaña Santa Cruz, José A. Jorge
Víctor Manuel
Victoria, Marcos
Victory, Horacio
Videla, Jorge Rafael
Vieyra S. J., P. Vigil, Constancio C.
Vigny, Alfred de
Viladeval S. J., P. Antonio
Villada Achával, Clemente
Villada-Achával, Manuel
Virgilio

Visconti, Luschino
Vitoria O.P., Fray Francisco de
Vizcarra, P. Zacarías de
Vizcay de Castellani, Ester (cuñada)
Vizcay de Castellani, Isabel (cuñada)
Vizcay, Héctor (primo)
Vizcay, Marcelina D. de (suegra de Luis Castellani)
Voltaire
Von Balthasar, Hans Urs
Von Grolman, Elena
Von Grolman, Enrique
Von Grolman, Matilde
Von Hildebrand, Dietrich
Von Hüegel, Barón

Wade, Eugenio
Wagner, Richard
Walsh, Rodolfo
Wallace, Lewis
Wallon, Georges
Wallon, Georges
Ward, Maisie
Waugh, Evelyn
Weil, Simona
Weissmüller, Johnny
Welte, Bernard
Wells, H. G.
Wikenhauser, A.
Wilde, Oscar
Wilson, A. N.
Wilson, Woodrow
Winchester, Simon
Wodehouse, P. G.
Wouters

Yacon, P.

Yates, Donald

Yrigoyen, Hipólito

Zambaldi, J.

Zamboni, Luis

Zambori, Autco

Zamora, P.

Zanatta, Loris

Zanín, Mons. Mario

Zappa, Frank

Zefirelli, Franco

Zía, Lizardo

Zimmermann, Capitán

Zola, Emile

Zuccherro, Emilio

Zuleta Alvarez, Enrique

Zurbitu S. J., P.

* * *

En un borrador de carta a Ignacio Braulio Anzoátegui (escrita allá por 1934) Castellani dice que «*mi abuelo [paterno] fue italiano, de Florencia, (y el otro austríaco, de Udine)*». Por tanto, don Leonardo sería de origen florentino, cosa que surge de un artículo de su nieto: «*Los Castellani de Florencia parece que fueron también mecenas, además de físicos, aurífices y guerreros*» (cf. *El Problema Sociológico del libro, Dinámica Social*, n. 28, p. 14). Igualmente, en **Psicología**, recuerda a sus «*bisabuelos en Florencia*» (p. 194). Por otra parte, surge de uno de sus libros que un abuelo suyo había nacido en Ramicale, Véneto (**Metri**, p. 21) y, por tanto, que era friulano. De todo eso se deduce que el abuelo paterno de nuestro autor, Castellani, era florentino mientras que el materno, Conte Pomi, friulano.

Este sí, nacido en Florencia, según la partida de bautismo que tengo ante la vista.

Metri, p. 229 *et seq.* A Castellani se lo contaba su abuelo, Don Leonardo, «y era cada lunes y cada martes» (*Ibíd.*, p. 258).

En 1797 se calculaba que la Provincia de Santa Fe contaba con 12.000 habitantes discriminados del siguiente modo: unos 8.000 en las dos ciudades, Rosario y Santa Fe, 2.000 en Coronda y los restantes 2.000 distribuidos en las misiones de Insipín, Cayastá, San Javier y San Jerónimo del Rey. (Cf. Curto Erico Hotschewer, *Evolución de la Agricultura en la Provincia de Santa Fe*, Santa Fe, Ministerio de Hacienda, Economía e Industrias, 1953, p. 47).

Metri, p. 97.

El P. Metri no es pura invención de Castellani, según advierte él mismo en Norte Bravo. Allí lo describe como el «fundador de San Antonio Obligado, un franciscano exclaustrado. Por lo que dicen y yo recuerdo, este hombre fue extraordinario» (p. 59 *et seq.*). En otro lugar lo llama «el extraño misionero del Chaco Santafesino...» (**Metri**, p. 11). Por otra parte, el abuelo Leonardo aparece en este libro como el mejor amigo del fraile que, entre otras cosas, le profetiza una augusta descendencia (**Metri**, p. 227). *Vide quoque: La Provincia de Santa Fe en el Principio del Siglo XX*, compilado por Ernesto Brandt y Guillermo Pommerenke, Rosario, Sociedad Rural Santafecina, 1901, p. 96.

Metri, p. 227.

Conversaciones, p. 23. En esto de la mudanza, tal vez haya tenido que ver la muerte de su amigo el fraile, ocurrida en la mañana de la Fiesta de la Inmaculada, el 8 de diciembre de 1897 (cf. **Metri**, p. 255. En la p. 257 Castellani refiere que al enterarse de la muerte de Metri «*Don Leonardo casi enloquece de rabia*»). Con todo, en estas **Conversaciones**, Castellani atribuye la mudanza a razones de progreso, considerablemente menos románticas que la aquí propuesta (p. 23 *et seq.*). En fin, lo uno no quita lo otro.

Don Aarón Castellanos ha comenzado la cosa, trayendo suizos alemanes y franceses con los que fundó en 1856 la Colonia Esperanza. Eso le hace decir a don Nicasio Oroño: «*Si Ud. no hubiera traído esta colonia, Santa Fe estaría en manos de los indios*» (cf. *Evolución de la Agricultura, op. cit.*, p. 58). El ejemplo cundió: en 1872 existían no menos de 44 colonias en la Pcia. de Santa Fe; en 1895, según el censo de Carrasco, se registran ¡365! Cf. Ernesto Brandt y Guillermo Pommerenke, *La Provincia de Santa Fe en el Principio del Siglo XX, op. cit.*, p. 21.

"La otra Argentina", en *Dinámica Social*, n. 79, Buenos Aires, Centro de Estudios EconómicoSociales, 1958, p.17 *et seq.*

Evolución de la Agricultura, op. cit., p. 65. Castellani describió con horror lo que puede ser una plaga de langostas en una de sus fábulas: «como una alfombra asquerosa y rumorosa. Fuera de los mandarinos y los nísperos y la achicoria y las acelgas que tienen la hoja amarga, todo lo que era verde –y era la primavera y el trigo, el lino y el maíz florecían– se volvió color salmón de langostas apiñadas... nubes de insectos se dejaban caer a plomo al saqueo de la Colonia... llenando el suelo de bostitas y el aire con bisbi seo antipáticos de sus alas membranosas. Las calles estaban overas, le daban a uno en la cara y en los ojos, anublaban el sol; uno los encontraba en todas partes, entre las sábanas, en los botines, en la sopera, en los inodoros, en las cañerías...» (cf. La langosta, en Camperas, p. 56 et seq.).

En diez años más, llegarán al país no menos de siete mil familias friulanas, que se dispersan por todo el país (cf. Dionisio Petriella, *Pioneros Friulanos en la Argentina*, Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri, 1987, p. 18).

Ibíd., p. 12. En la siguiente página, Petriella explica que «*cualitativamente (la emigración friulana) ocupa uno de los primerísimos lugares en la inmigración italiana considerada por regiones*».

Coloni Friulani in Argentina, Reane del Roiale, Udine, 1980, p. 64, *apud*, Petriella, *op. cit.*, p. 12.

Op. cit., p. 19.

Ibíd., p. 23.

Dulcinea, p. 151. Igualmente en **Psicología**, p. 102.

Epígrafe de **Fierro**.

Parábolas, p. 123. Por otra parte, en un artículo del año 1956 Castellani habla al pasar de «mi tatarabuelo o chozno el Conte Diana...» (cf. *Nacionalización del libro*, Dinámica Social, n. 71, pág. 16).

Ibíd., p. 148.

Un nombre que casi nunca usó, salvo cuando firmó uno de sus primeros artículos: era sobre San Luis Gonzaga y lo firmó «L. Luis Castellani S.J.» (cf. *Los retratos de san Luis*, El Salvador, n. 5, pp. 99-103).

Véase la espléndida etopeya de Northcliffe en el libro de Piers Brendon, *Eminent Edwardians*, Harmondworth, Penguin Books, 1981, pp. 363.

Apud Raissa Maritain, *Les Grandes Amitiés*, New York, Editions de la Maison Francaise, 1947, p. 155.

No digo que las clases campesinas carezcan de sensibilidad; simplemente son más fuertes: de algún lado sacó Castellani frases como por ejemplo la que encontramos en la *Historia Tebea*: «Dios envió al mozo una grave enfermedad... [que a la madre] hacía gemir con dolores incomprensibles y llorar a su lado... lágrimas sin fin...» (cf. **Camperas**, p. 203).

Barletta, p. 221.

Castellani siempre se mofó del normalismo. A sus 69 años, seguía divirtiéndose a su costa. Así, en un *Directorial* de la revista Jauja cuenta cómo el Dante «puso a los políticos y estadistas (buenos, se entiende) en el cielo de Júpiter, el sexto; o sea, más alto después de Saturno, donde se hallan los religiosos; y después vamos bajando gradualmente (aunque él fue subiendo) por todos los planetas hasta llegar a la Luna, donde pone a los maestros normalistas» (nº 32, Buenos Aires, agosto de 1969, p. 3).

Entrevista de Rodolfo Braceli publicada con el título *La vida de Leonardo Castellani. Primera Entrega. Peleo con todos, menos con Dios*, en *Siete Días*, n. 686, Buenos Aires, julio de 1980, p. 29. Por error tipográfico, en el reportaje citado se transcribe el recuerdo de Castellani en plural («*Pero de mis padres tengo pocos recuerdos, etc.*»), furcio del periodista como se deduce del cotejo con lo que sigue donde Castellani evidencia cariñosa evocación de su padrastro y de su madre.

Explicándole a San Jerónimo qué cosa es el periodismo, Castellani le refiere que «*Mi padre hizo eso y lo asesinaron herejemente cuando yo tenía siete años. Lo tengo en la sangre por desgracia, y puede que me cueste la sangre*» (cf. **Militis**, p. 23). También habría que anotar aquí que le dedicó su libro *Historias del Norte Bravo*.

En otro lugar Castellani describe a un maestro de escuela que bien podría ser su padre. El retrato es de un normalista que pronuncia «*largos discursos contra los curas y la Religión*» y que repite a menudo «*aquella frase famosa: “Lo he dicho y lo diré ¡Los nuevos tiempos barrerán con todos los tiranos del pensamiento!”*» (cf. **Norte Bravo**, p. 96).

Castellani escribió que «*Instintiva o subconcientemente, los gobernantes liberales sentían que la libre y espontánea producción de escuelas y estudios y la vieja Universidad Española, junto con la escuela de tipo comunal y familiar y el colegio de nobles, no concordaba con su nueva cosmovisión y filosofía general y en particular con sus designios confesados de fabricar de planta una nación nueva, diferente, singular, moderna, norteamericanizada, mecanizada, ideológicamente razonada, desvinculada de su tradición originaria y tan perfecta y armoniosa como un nuevo modelo de máquina de pelar papas... Todo esto encarnóse en la famosa Escuela Normal de Paraná*» (cf. sobre Enseñanza, Nueva Política, n. 24, Buenos Aires, 1942, p. 21).

José María Rosa, *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Oriente, 1974, Tº VII, p. 225. Es cierto que Pepe Rosa concede un gran triunfo a los normalistas: han conseguido imponer una Historia Argentina oficial mediante el catecismo de Grosso (*op. cit.*, p. 227). Como fuere, Castellani rescata algo de todo eso: «porque “normalista” no debería ser voz peyorativa. Normalistas cultísimos y rectísimos conocemos y amamos; de ellos fue mi padre». Cf. **Reforma**, p. 53.

Castellani lo explicó magníficamente en **El Evangelio** donde advierte con perspicacia que «*Después de Caseros... la plutocracia argentina se puso paulatinamente al servicio de una gran nación extranjera... el país progresó rápidamente en el sentido material; pero las capas sociales inferiores se cortaron de las superiores y nació la agitación demagógica y la “lucha de clases”. El Radicalismo, movimiento centrista de origen tradicional y con gran aporte católico en su nacimiento, se tiñó rápidamente de liberalismo y demagogia...*» (p. 292 et seq.).

Ducadelia, p. 57.

Idem.

Metri, p. 21. Hay que saber, con todo, que «*no estaba la civilización en la ciudad de Buenos Aires y la barbarie en todo el resto del país, conforme al simplísimo esquema del liberalismo ochocentista vernáculo*» (cf. **Notas a Caballo**, p. 538).

Metri, p. 166.

Informe Sobre el Estado de la Clase Obrera, Madrid, Hyspamérica, 1985, p. 371.

Ducadelia, p. 63.

Ducadelia, p. 63.

Conversaciones, p. 25. En las **Conversaciones** con Pablo Hernández, Castellani lo resumió así: «Mi padre fundó el diario “El Independiente” y por eso lo asesinaron. Por odios políticos. Parece que había ofendido mucho, también, al jefe de policía reconquistado... y un comisario que se llamaba Santa Cruz y el Jefe de Policía Ulibarrie lo hicieron callar, mandándolo matar.» (p. 25). «Fráncil» aparece como primo de Castellani en *Las víboras*, una de sus “camperas”. Por otra parte, en **Metri**, Castellani explicó que «así eran, señores míos, los policías en aquel entonces, no como ahora en Buenos Aires, donde los de la justicia ya no aprisionan inocentes, ni detienen o retienen arbitrariamente, ni tratan a lo perro, ni maltratan a los detenidos, ni se mueven por política, ni son más temibles que los mismos bandoleros, ni en general hacen la menor injusticia, arbitrariedad ni brutada con los que son de gobierno y tienen buenas cuñas, ni tampoco con los otros. Que algo habemos de progresar de entonces a esta parte.» (p. 254).

Dulcinea, p. 152.

A medida que fue creciendo, Castellani consideró atentamente crímenes tremendos con ojo inflexible. Así, el de Martita Ofelia (**Martita Ofelia**, p. 29 y ss.), además de la escrupulosa relación que hace de un juicio criminal en París (**Reforma**, p. 117 *et seq.*). Hay que computar también una cantidad de asesinatos más o menos imaginarios que detalla en sus obras de ficción, como, por ejemplo los incluidos en *Las Muertes del Padre Metri*. Véase el interesante análisis de Jorge N. Ferro en su trabajo sobre "Castellani y el Género Policial", en la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, nº 36, Buenos Aires, julioseptiembre de 1994, p. 100 *et seq.* También puede consultarse con provecho el prolijo ensayo de Juan José Delaney, "Leonardo Castellani y El Misterio", publicado en *El Gato Negro*, nº 7, Buenos Aires, diciembre de 1996, p. 34 *et seq.*

Particularmente notable en este sentido es la confesión de Castellani que escribe, dice, por razón de sus «*recuerdos de infancia, fuertes, recuerdos eruptivos*» para agregar más adelante que en sus pesadillas aparecen escenas y personas que «*me acaparan la atención y se hacen transparentes por dentro; y entonces yo los escribo para fijarlos y para librarme dellos*» (Prólogo a *Historias del Norte Bravo*, Buenos Aires, Dictio, 1977, pp. 1213). En él, eso se hará hábito: «*Yo sublimé una tremenda pasión de resentimiento escribiendo mi «Martín Fierro», y tres libros más, aun inéditos.*» (Cf. **Psicología**, p. 125 *et seq.*).

Norte Bravo, p. 19 *et seq.*

El Cuento, en **Norte Bravo**, p. 15 *et seq.*

Hay una reproducción facsimilar en la revista *Crisis*, nº 37, Buenos Aires, mayo de 1976, p. 49. Ignoro a qué diario pertenece.

Domingueras I, p. 276. En otro lugar refiere otra cosa: «*Mi abuela Doña Magdalena se iba a confesar y el cura le preguntaba “¿Perdona al que mató a su hijo?”*, y ella decía: “NO”. Entonces el cura le negaba la absolución; hasta que yo, que a los trece años era un pequeño teólogo improvisado, le dije que tenía que decir: “SÍ”; porque en realidad ella perdonaba de la única manera que podía y debía perdonar. Es decir, que yo era el Niño perdido y hallado en el Templo; bastante perdido era, por cierto» (cf. **Domingueras II**, p. 205).

Entrevista de Rodolfo Braceli publicada con el título *La vida de Leonardo Castellani. Primera Entrega. Peleó con todos, menos con Dios* en la revista *Siete Días*, n. 686, Buenos Aires, julio de 1980, p. 29.

La cara sin cuerpo, en **Norte Bravo**, p. 61; reproducido en **Metri**, p. 239 *et seq.*

Fierro, p. 144.

Ibíd., p. 82. Por otra parte, al hacer el *racconto* de la vida de Benjamín Benavides, Castellani refiere que «cuando él tenía 5 ó 6 años, [ocurrió] algún gran lío o alboroto, que hizo sobre su tierna afectividad una impresión catastrófica» (cf. **Benjamín Benavides**, p. 186).

Aunque no estemos seguros de que así se llamaba. En carta a Alberto Graffigna, Castellani comenta al pasar que el comisario que asesinó por la espalda a su padre se llamaba Raúl Lozón –cuyo sobrino, Francisco Lozón, era entonces también comisario (carta fechada en Buenos Aires el 2 de agosto de 1955).

Prólogo a **Norte Bravo**, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 12.

Caillet, p. 23.

Castellani siempre tuvo una percepción muy aguda de los niños y quizá por eso, cuando trata del asunto puede llegar a escribir como un Chesterton: *«Una de las cosas más lindas de mirar que hay en la creación son los niños: son seres confortantes y milagrosos. Son seres de asombro. Aunque parezca mentira, todos los niños son cosas nuevas, de lo más nuevo que existe; y como el intelecto tiene la propiedad de asombrarse de lo nuevo, son de las cosas más asombrosas que hay. (Son bastante fastidiosos también a veces; pero es por eso mismo). No hay dos iguales, cada uno difiere de los otros; y no sólo de los otros que van en el mismo coche, sino de todos los que han vivido y vivirán en lo futuro, si el mundo no se acaba. Cuando se hacen grandes se vuelven iguales, y se los puede estudiar entonces con las retículas del caracterólogo. Se sientan en un café y dicen las mismas cosas y hacen los mismos pecados. Desean y buscan las mismas macanas: plata, mujeres, honores, comodidades. Pero el niño es nuevo, simple, original e imprevisible. Toda la creación se vuelve a crear de nuevo en él. Las madres saben esto»*. Cf. *Las historias al clavecín del Poeta Malánik* por Jerónimo del Rey originalmente publicado en *Criterio* (n. 580, Buenos Aires, 1939, pp. 349351) y reproducido en la primera edición de **Crítica Literaria** (Buenos Aires, Penca, 1945, pp. [344]354) y en **Las Ideas de mi Tío**, p. 100 *et seq.*

«Tengo que escribir para pensar. Lo que vaya saliendo. No podría pensar a de rechas sin el estímulo y el freno de la pluma» (**Metri**, p. 66).

Barletta, p. 221.

El Evangelio, p. 45.

San Agustín, p. 94. Se encontrará una recreación de su «tío *austríaco*» en la figura del «*gringo*» que conversa con otros tres paisanos de Reconquista en el acto primero, n. 4 (*El Banco de los Cuatro Viejos*) de *El Cabo Leiva*, folletín que Castellani publicó en *Jauja* (vide n. 1, Buenos Aires, enero de 1967, p. 42 *et seq.*).

Ducadelia, p. 58. 17 días antes de su expulsión de la Compañía, Castellani lo recordaba así: «*Me veo en mi niñez, correteando por el “montecito” con mis hermanos, vagando por las calles de un pequeño pueblo polvoroso, leyendo ávidamente, ya detrás como un pachón de los terribles misterios de la Muerte y el Pecado*» (cf. *Epístola a Torti*, escrita el 30 de septiembre de 1949 y publicada veinte años después en *Jauja* (n. 252627, Buenos Aires, marzo de 1969, p. 49).

Dulcinea, p. 93.

La abeja pesimista, en **Camperas**, p. 22.

The Summing Up, New York, Penguin Books, 1946, p. 174.

El relato es el tercero de una serie que viene publicando en *Nuestra Revista*, órgano de expresión conjunta de cuatro colegios jesuitas: El Inmaculada de Santa Fe, el Sagrado Corazón de Montevideo, el San José de Córdoba y El Salvador de Buenos Aires. La serie de cuentos se llama «*Cuentos de mi hermanita*»... y son todos para Nelly, su media hermana.

Andando el tiempo Castellani distinguiría cuidadosamente entre un absurdo «providencialismo» que reduce la religión a una simple magia más o menos automática y la sencilla verdad de que Dios suele valerse de los hombres para proveer a los hombres que apelan a su bondad. *Vide* **El Evangelio**, p. 263 *et seq.*

Nuestra Revista, octubre de 1925, p. VII, reproducido a partir de la octava edición de **Camperas**, con el mismo título y en la última sección intitulada como «*Cuatro cuentos a mi hermanita*».

Con el correr de los años, Castellani modificó el final del cuento omitiendo este último párrafo en el que sale a relucir que *Nuchi* es el cura, hermano de Nelly. La censura me parece la prueba de que se trata de él, nomás. *Vide Camperas*, p. 202.

Si bien nuestro autor encontró y desarrolló este modo de concebir la moral por sí solo, constituye una curiosidad ver cómo la misma idea ha sido largamente expuesta por Newman –a quien Castellani leyó muchos años después. Tengo para mí que el vocablo mismo, «honestidad», lo tomó prestado del inglés, siendo además bastante patente que en castellano la primera acepción del término refiere a la templanza mientras que tal uso en Inglaterra constituye un arcaísmo. En inglés, «*honesty*» significa en primer término: «*Uprightness; truthfulness*» y alguien «*honest*», es equivalente a que sea «*fair & upright in speech & act, not lying, cheating, or stealing*» (cf. los vocablos correspondientes en *The Concise Oxford Dictionary*). Para una idea de la concepción de Newman sobre este asunto, remito a su formidable sermón sobre Palabras irreales que se encontrará en *Esperando a Cristo* (Madrid, Rialp, 1997, pp. 7489). Allí se desarrolla la idea de que «*una persona realmente honesta es ya perfecta*» (p. 76), idea que en Newman habría que vincular con la otra, suya, de «*consistencia*». Dejo el desarrollo de este interesante paralelo a los inteligentes «newmanianos» que en la Argentina son, afortunadamente, asaz numerosos.

Fierro, p. 256. En uno de sus primeros cuentos, escrito a los 24 años (*Las injusticias de Dios y la inteligencia de las hormigas*), Castellani comienza diciendo que «no aconsejo a nadie que dispute con un ateo para convertirlo. Es la carabina de Ambrosio. Con todo, yo disputaba, allá en mi vida pasada. Yo nací disputador» (cf. *Nuestra Revista*, Agosto de 1924, p. VIII).

«*Sólo descubro mi herida / Y con hacerlo, la curo*», dice en **Fierro** (p. 180 y s.). Por lo demás, Castellani siempre defendió el derecho al pataleo (*vide* **Freud en cifra**, p. 62).

Diario, 21IX56. Es que Castellani es tan ecuánime como para llegar a aceptar algún beneficio de la modernidad: «...*en el medioevo el arte no usaba aún la conciencia refleja, propia del estado adulto, que es un bien y un mal a la vez, pero hoy es un hecho indestructible*». (Cf. *Sentir la Argentina*, Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Vol VIII, Buenos Aires, 1976, Dictio, p. 116).

«El pensar me alivia, el ver las cosas como son me da libertad, el conocer no es un lujo ni una diversión –aunque puede ser también eso a ratos– sino una necesidad, para mí» (cf. **Kirkegord**, p. 24).

Fierro, p. 111. En Kirkegord Castellani lo formula sintéticamente: «*Solamente la verdad vital mente incorporada a la Existencia merece de pleno ese nombre augusto –que es uno de los nombres de Dios*» (p. 38).

Norte Bravo, p. 131.

Domingueras I, p. 39.

Lo único que consta es que su nombre de pila era Santiago. Su apellido aparece como «*Olessio*», con doble «s» en varios lugares: por ejemplo en **Norte Bravo**, p. 138, **El Evangelio**, p. 342, **Domingueras I**, p. 276 y **Metri**, p. 264. En algunos lugares aparece como «*Olasio*» (cf. **Barletta**, p. 221). Por otra parte, en **Kierkegord**, se lo llama «*Olesio*» (p. 21) igual que en la dedicatoria que le hace en la primera y tercera edición de **Norte Bravo**. En el *Prólogo con casco* a **Militis**, lleva la cosa más lejos llamándolo «*Olai zola*» (p. 24). Se encontrará un formidable retrato del cura Olessio en uno de sus cuentos –donde aparece con el nombre de P. Gandassi– (cf. *Secundum simile huic*, en **Norte Bravo**, pp. 117126). En cuanto a su irritante costumbre de metamorfosear nombres y, sobre todo, apellidos (Menéndez Pelayo en lugar de Menéndez y Pelayo, Bodeler en lugar de Baudelaire, Kirkegord en vez de Kierkegaard, Yacobella por Jacovella, Jannssenns por Janssens son algunos ejemplos que se podrían multiplicar indefinidamente). Esa es una constante en Castellani que a veces responde al designio de castellanizar apellidos extranjeros, y otras a sus ganas de embromar. En algunos casos no hemos podido establecer la grafía correcta de los nombres de algunos personajes que conocerá: por caso la del P. Gaza (¿o Gasa?) y la del Dr. Cachioni (¿o Cachione?).

El Evangelio, p. 104.

Jauja, nº 36, diciembre de 1969, p. 5 *et seq.* «*Si me habré réido del taradito Ramón*» recuerda Castellani en **Cimarronas**, p. 134 *et seq.* «Ramón» aparece en el último cuento de este libro como un personaje «que vendía Biblias y folletos»: protestante, «idiotita» que muere mártir por la Verdad, a manos del Anticristo. Se ve que Castellani agradece toda su vida la venta de ese Libro y finalmente lo ve Resucitado, al lado de su padre «*la porra greñuda como un gran camoatí de una cara de luna llena, ya no idiota*» (p. 154).

Barletta, p. 220.

La Reina de las abejas, en **Camperas**.

Borrador de carta al nuncio fechado el 12 de abril de 1950. Hay que señalar, con todo, que Castellani le da mayor importancia a otra cosa: eso que él da en llamar «*el ambiente familiar*». Véase por ejemplo lo que cuenta de la infancia del Emperador Tiberio... y sus consecuencias. Cf. **Psicología**, p. 114.

Borrador de carta a Belisario Arévalo fechado el 10 de abril de 1950.

Igualmente –y quizá por experiencia– Castellani es severo para con las madres que tienden a malcriar a sus hijos, como se ve en *La perdiz tierna*, otra de sus “camperas”. V.q. **Psicología**, p. 174 *et seq.*

En esto también, Castellani es testigo viviente del siglo XX. Quizá algún día alguien estudie seriamente la etiología de las «neurosis» y dolencias que aquejaban tan gravemente al P. Castellani. Será entonces momento de computar la falta de estabilidad que aparece en nuestro tiempo – particularmente en este país–, de todo lo cual él será muy claro exponente. «Movilidad social»; lo decimos un poco a las apuradas, un poco superficialmente: y es más que eso. Repentinos y sucesivos trasplantes de ambiente, de medio social, de *habitat*, de *tempos*... son todas cosas que los antiguos no habrían aprobado con facilidad (salvo quizá en un soldado o en un comerciante). Aquí hay tela para cortar, pero el tema me excede.

Norte Bravo, p. 138.

Ibíd., p. 111 *et seq.*

Idem.

Camperas

Norte Bravo, p. 115. Castellani estudió con detención el «Cancionero» de Juan Alfonso Carrizo y revela lo que se puede aprender *«entre las coplas de Catamarca... que han mecido mi niñez en un pueblo santafesino, lo que demuestra nuestro compro vincionalismo, así como hallar tantas coplas españolas demuestra nuestro hispanismo; comprobar en los cantares populares el uso de una combinación métrica tan difícil, artificiosa y culta como la glosa o décimas atadas... aprender el verdadero lenguaje popular, aprendizaje esencial a todo poeta, ya que no hay fuerza ni sabor en ningún otro fuera del decir del pueblo, que podrá no ser un gran gramático, pero es el gran ha blista; contemplar el alma del pueblo sencillo, con su notable capacidad sentimental y mental; advertir las raíces hondas de la tradición argentina; notar vetas nuevas de honda y espontánea poesía»*. Cf. **Crítica**, p. 334. V.q. **Psicología**, p. 75: *«La literatura escrita se ha alejado enormemente de la fuente de la poesía: la fuente de la poesía es el “estilo oral”»*. Unas páginas más adelante explica cómo una sencilla y muy joven campesina pudo componer el «Magnificat».

Nueva Crítica, p. 63. Años después, Castellani vería claramente que el pensar sin imaginación es tan malo como el imaginar sin pensar: *«El intelecto sin imagen y la imagen sin intelecto se reparten hoy el mundo, el pensar figurativo, el pensar simbólico, el pensar a la vez lo abstracto y lo concreto, que es el pensar más alto del hombre, ha sido desplazado por el pensar abstracto desecado y desencarnado en filosofía y teología y en los indoctos por el excesivo cine, radio, televisión y circo. Pidamos a Dios el arte de ver visiones: de tener ilusiones iluminadas, sin las cuales no podemos vivir, o por lo menos, no podemos caminar. Las ilusiones iluminadas son los vestidos de la esperanza, son la estructuración concreta del Ideal»* (cf. **Psicología**, p. 144 et seq.).

Castellani intentó un inventario: *«Hay cuentores que logran hacer creer lo que cuentan, así sea ello ultra-inverosímil, y otros que por más esfuerzos, no lo logran: y ahí está lo brujo del arte de narrar... Don Juan Manuel poseyó esta brujería. Wells, Benoit y Pío Baroja la tienen. Joyce, Abel Hermant y Ricardo León, aunque revienten no la tienen. Cervantes la tiene. Quevedo no la tiene. Voltaire no la tiene y Alejandro Dumas*

Falta la nota 13.

Nueva Crítica, p. 544.

Nota a la **Suma Teológica**, Buenos Aires, Club de Lectores, 1988, Tomo I, p. 303.

Conversaciones, p. 25 *et seq.* Y no, aunque muy pocas veces, de vez en cuando le hemos encontrado a Castellani faltas de ortografía.

Lo Paródico, en **Seis Ensayos** p. 83 *et seq.*

Crítica, p. 197. Divertido quizá, recordar que unos años antes, durante el estreno de esa pieza anticlerical en Madrid, Ramiro de Maeztu –que padecía el mismo furor contra los curas– «*excitado por lo que sucedía en la escena lanzó desde el paraíso el grito de “¡Abajo los jesuitas! que heló al burgués público cómodamente arrellanado en sus butacas*» (cf. Vicente Marrero, Maeztu, *apud* Patricio Randle, en su artículo sobre *Ramiro de Maeztu* (Gladius, nº 10, Buenos Aires, p. 46).

Ibíd., cap. III.

Fierro, p. 101.

Norte Bravo, p. 138.

Domingueras I, p. 110. En base a **Metri** (p. 263), calculo que comulgó por primera vez en la Fiesta de la Inmaculada del año 1906.

Barletta, p. 220.

Decíamos Ayer, p. 185.

Psicología, p. 139. Se encontrará una referencia a la «*pobre endemoniada*» en **El Evangelio**, p. 145 y la misma historia que aquí cuenta reproducida casi palabra por palabra en un artículo del diario Clarín: *Parapsicología, opinan Castellani, Sabato y Forte*, (Cultura y Nación, Bs. As., 20 de julio de 1978, p. 3.)

La madre de Castellani casó en 1908 con el jefe de los linotipistas del diario «*El Independiente*»: era un descendiente de irlandeses, para mayores señas, llamado Guillermo Hakanson (la ortografía de este apellido me resulta sospechosa, pero así la asentó siempre Castellani). Del nuevo matrimonio proceden tres hijas, la mayor de las cuales es la famosa «Nelly» (que según mis cálculos nació en el '11). No recuerdo que Castellani mencione a su padrastro ni una sola vez en toda su obra publicada. En la inédita que ha caído bajo mis ojos he visto muy pocas referencias que con los años son cada vez más escasas. Javier Anzoátegui me señaló al leer este capítulo que eso es lo normal, que a ninguno le gusta que la madre se vuelva a casar... y que no hay tu tía. Unos años después encontré la confirmación de esto en el propio Castellani, quien –hablando de un caso distinto (pero análogo), el de los hijos de los divorciados vueltos a casar–, escribe irónicamente acerca del «privilegio» que eso significa: «*Los niños en este caso son los privilegiados; reciben el privilegio de un nuevo padre o una nueva madre; y suelen quedar marcados para siempre por este sencillo hecho. Los sentimientos de los niños son blanditos: el niño es un emotivo constitucional. Y los sentimientos confusos y aturdidores provenientes de la destrucción de su hogar y substitución por otro, se imprimen en general para toda la vida; y no con efectos saludables*». Cf. *Las pasiones no tienen dialéctica*, en *Dinámica Social*, n° 47, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1954, p. 9. V.q. la nota 6 en **Domingueras II**, p. 36.

Las Víboras, en **Camperas**.

Para una versión literaria del episodio véase *Oración del pobre*, en **Norte Bravo**.

Norte Bravo, p. 139.

«Otro "glorioso" que hoy ya no existe», acota Castellani, más de medio siglo después, en **Caillet**, p. 88. Es que «se acabó el "histórico Colegio". La mitad de la manzana que ocupaba ha sido demolida para "lotearla"» (p. 15).

Así habla con cierta reiteración de «*las sordideces de mi pueblo Reconquista, que era sórdido en mi niñez.*» (cf. borrador de carta a Jorge Ballesteros, 20-II-70. Conviene tener en cuenta que ni en sus borradores Castellani acostumbra a repetirse así).

La otra Argentina, en la revista "Dinámica Social", *op cit.*, n. 79, mayo de 1957, p. 17.

Barletta, p. 220.

Claro que muchos de los jesuitas tenían verdadera comprensión para con los changuitos desamparados. En tiempos de Castellani, era Prefecto el P. Canudas quien le habla a una visita «...*con sincera emoción, de la tristeza de los pequeños que, en la hora del recogimiento, van a ocupar sus camitas sin gozar de la caricia acostumbrada, tan dulce y tan irremplazable, de la madre*» (Cf. Guillermo Furlong S.J., *Historia del Colegio de la Inmaculada*, Buenos Aires, Ed. de la Soc. de Ex-Alumnos, Filial Bs. As., 1962, Tº III, p. 347).

Quizá por eso, cuarenta años después, Castellani puede decir con toda sencillez que él no es «*muy del barrio Norte... pero hay algo que decir en pro de la aristocracia verdadera, del patriciado... incluso cuando está decaído... Cuando me encuentro raras veces con gente del barrio Norte me gustan, no solamente sus buenas maneras (eso a todos nos gusta, menos a los resentidos) sino otra cosa más honda, que es su sentido de los valores: la aristocracia como clase es esencialmente la conservadora, la selección y la avizoradora de los valores reales: incluso equivocadamente, incluso como manía o como pose, investigan dónde está lo mejor, aunque sea en libros o en muebles. Una buena señora de alta alcurnia, que no tiene mayormente que hacer con la filosofía, le pregunta a uno repentinamente: "¿Vale Nimio de Anquín? ¿Vale más que Francisco Romero? ¿Qué tal es Marcos Victoria como filósofo?" Es una actitud absurda en ella, pero es una actitud heredada, el gesto de la clase dirigente que necesita saber, necesita discriminar, necesita escalonar y jerarquizar; en suma, necesita conocer lo mejor; y eso significa "aristón", lo mejor.» (cf. **Psicología**, p. 123.)*

Tal cosa se ha hecho además, contrariando la tendencia oficial: «*La suposición subyacente a nuestro Bachi es profundamente oligárquica. Suponer una Argentina a constituir con estas dos clases sociales: la "la chusma", que ha de ser "desanalfabetizada" para que pueda leer los diarios, pero que no ha de ultrapasar la Primaria Laica Obligatoria; 2a "los doctores" que han de seguir el Bachi y por ende la Universidad (el Bachi solo no es útil a nada) para llegar a gobernar democráticamente a la clase n° 1*» (cf. **Reforma**, p. 137). Y eso refleja el estado del país: «*Pepe Rosa lo repite siempre y con mucha razón: a nuestros "liberales" del '53 se les daba una soberana higa de la Argentina que estaba allí, los hombres de carne y hueso, la tierra ruda de Martín Fierro, los gauchos, negros, mestizos, morenos soldados, reseros, arrieros, frailes, modesta clase media y nobles familias solariegas y caudillos naturales: prosaicos seres pero existentes, desadornados de los oropeles y las zarandajas de "la Francia". Todo eso lo daban y entregaban por una "ideología" universal, que es una cosa que no existe, un "ente de razón"*». Cf. **Notas a Caballo**, p. 432.

Publicado en "Nueva Época", los días 30 y 31 de julio y 10 de agosto de 1916, *apud*. Furlong, *op. cit.*, p. 343 *et seq.*

Ibíd., p. 348 *et seq.*

Conversaciones, p. 31. Aunque, cabe aclararlo, Castellani insiste en afirmar que «*lo que imprimía en nosotros una impronta imborrable no era tanto las personalidad... cuanto el Colegio en conjunto, máquina de educar...*» (cf. **Caillet**, p. 21).

Liberalismo, p. 134 et seq.

Idem. En **Conversaciones**, Castellani recuerda que el Colegio «recibía una revista, «*De Broma y de Veras*», donde publicaban cosas de Aparisi Guijarro, de Jovellanos, de Vázquez de Mella y los demás tradicionalistas españoles» (p. 42). Por otra parte en una carta dirigida a Dardo Cúneo, dice que no tuvo «...una educación argentina. Al salir bachiller en 1917 conocía a Aparisi Guijarro, Adolfo Claravana, Nocedal, Menéndez Pelayo, Balmes, Santa Teresa y el P. Isla; y no sabía ni el nombre de Sarmiento. Me educaron españoles carlistas» (Borrador de fecha 20-II-70).

Fierro, p. 202.

Ya entre sus primeras poesías figuran lindos tributos a la Virgen, como por ejemplo, *Flores en el altar de María* que escribió a los 24 años (cf. "Nuestra Revista", n. 73, Santa Fe, 1924, p. 9). Linda, muy linda, la copla que le dedica a lo Fierro: «*Virgen de Luján sagrada / Áncora del afligido / De Dios y del hombre nido / Donde Dios se vuelve humano- / ¡Que se me seque esta mano / Si un solo día te olvido!*» (cf. **Fierro**, Primera Parte, Canto Tercero, p. 65) y también, su famosa *Payada a la Virgen de Luján*, que se encontrará en **C. x C.**, p. 170 *et seq.*

También esto se lo debe al Inmaculada: *«Tenía el Colegio varios instrumentos de educación muy eficaces, como las clases de música, dibujo y pintura, la Banda, los días de campo en la granja El Piquete, las dos Academias y la Congregación Mariana... Ella infundió en Horacio (Caillet-Bois) y en mí y en otros muchos una devoción permanente y sólida a María Santísima»* (**Caillet**, p. 20. En la p. 31 agrega en una carta a Horacio Caillet-Bois que *«si no fuera por mi fe en Cristo y mi devoción a la Virgen Santísima, mi vida sería un tejido de horrores»*).

Sobre la gran santa *vide* la Parábola de los deudores (*Parábolas*, p. 123 *et seq.*) y en un artículo, *Las tres María Magadalenas son una sola*, reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 259.

Véase la formidable semblanza de Santa Teresa en **Psicología**, p. 17 *et seq.* y el artículo *¿Fue luterana Santa Teresa?*, en "Jauja", n° 3, marzo de 1967.

Reforma, p. 125.

Caillet, p. 22 *et seq.*

Es lo que los ingleses llaman «*to patronize*»: la traducción más aproximada de este verbo sería la de «tratar con aires de superioridad y condescendencia», con más un ingrediente de sutil dominación que connota el vocablo inglés y que se esconde en la raíz latina del verbo. Para el lector argentino diríalo así: es la actitud de quien se presenta como «padrino» de uno, cuando en realidad lo que quiere ser es tu «patrón». De eso los británicos saben mucho.

Cuando Castellani se pregunta «¿y qué me importa a mí que domine el intelecto o domine la voluntad? ¿Acaso eso me da a mí de comer?» contesta en el orden general e incluye en su respuesta un ejemplo: «La voluntad de dominar férreamente una nación a otra» (Psicología, p. 210). Y unas páginas más adelante dice que el «voluntarismo es la supremacía de la voluntad sobre el intelecto, que termina por el atropello del intelecto» (p. 220). Pero eso, agrego aquí, transpuesto al orden individual, da lugar a que el voluntarista quiera atropellar al intelectual. Eso le pasó a Castellani ¿qué más? La cosa tiene su lógica: el contemplativo pone gran énfasis en afinar su «receptividad», en el orden intelectual, claro, pero también en sus sentidos (pues intuye la verdad de Aristóteles: no hay cosa en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos). Ese esfuerzo suele darle a su personalidad una configuración de aspecto más bien «pasivo», o «blando», que, en algunos casos, irrita al hombre menos inclinado a tratar de reconocer las cosas tal como son cuanto a incidir sobre ellas con su voluntad. Y puede despertar esta concupiscencia de dominio que aquí dejo señalada. Es por eso que a veces, luego de repetidas experiencias como la que digo, el contemplativo se vuelve algo hosco y desconfiado de los demás: tiene miedo de sí, más que de los demás, pues conoce su inclinación a «recibir» a todo el mundo con las manos abiertas... y el corazón desprovisto de protección. Así Castellani: para ahondar sobre este particular conviene reflexionar sobre dos de sus «Fábulas en defensiva»: Es un poco raro y Es demasiado sensible (cf. **Camperas**, pp. 147 y 151).

Caillet, p. 16 *et seq.*

Ibíd., p. 20. Llama la atención el paréntesis «(llamaban)» por el que Castellani se excluye de la broma escolar más vieja del mundo, esta de apodarar a los profesores.

El último ciclo de conferencias pronunciado por Castellani se realizó en 1975 y su versión escrita resultó también el postrer libro que publicara en vida -año y medio antes de su muerte- (cf. **Catecismo para Adultos. 16 clases sobre el Verbo Encarnado**), editado por un grupo de amigos en 1979 y que refleja a las claras su incansable vocación catequística.

Cultura al revés, reproducido, sin mención de la fuente, por la Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, n. 36, 1994, p. 191.

«Fue mi primer texto de teología» (**Benjamín Benavides**, p. 51). «Releída más tarde en el texto inglés, la juzgué una de las más interesantes de la riquísima novelística inglesa... cargada de un mensaje religioso de alta actualidad e importancia». Esto lo dice Castellani en su Epílogo a *Señor del Mundo*, título con que aparece la obra traducida por él y editada en Buenos Aires (Itinerarium, 1958, p. 284.)

Epílogo a *Señor del Mundo*, de Roberto Hugo Benson D.P., Buenos Aires, Itinerarium, 1958, pp. 285 Y 292.

Kirkegord, p. 21.

Cimarronas, p. 169. En su espléndido apéndice (pp. 156-173) Castellani trata la intrincada cuestión de las relaciones entre la moral y el arte. Cuando estaba en el Inmaculada el tema estaba en el aire a propósito del estreno en 1912 de *Jardin de l'Oronte*, obra de Maurice Barres que desencadenó furiosos católicos y un interesante contrataque de parte de su autor (cf. Henri Massis, *La Vida Intelectual en Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956, p. 106). Con todo, Castellani dice que esa polémica se suscitó «*alrededor de 1923... hasta que Maritain... la cerró con "Art et Scholastique" quizá la mejor de sus obras*» (cf. **Cimarronas**, p. 160. También se hallará una relación de esta polémica en **San Agustín**, p. 214 *et seq.* y en general la cuestión de las relaciones entre el arte y la moral en el capítulo X de ese libro, intitulado *El arte y nosotros*. Castellani comentó el libro de Maritain en la revista "Criterio" (n. 184, del 10 de septiembre de 1931, p. 336 *et seq.* reproducido en **Conversación y Crítica** -p. 61 *et seq.*-). El artículo a su vez fue alabado por Maritain en una reedición del libro donde habla de su «*amigo, el Padre Leonardo Castellani*» en términos encomiásticos (cf. *Arte y Escolástica*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1972, p. 200 *et seq.*).

Caillet, p. 22. Parola tenía cuatro años más que Castellani, y fue «maestrillo» entre 1912 y 1915.

Ibíd., p. 23; y a continuación Castellani dice algo de notar: «Los dos, Parola y Marzal, me empujaron, y el primero con una inocente estratagema; lo cual es loable, según dejó dicho San Ignacio en sus Ejercicios. A saber, que durante los Ejercicios no hay que instar a hacerse religiosos, pero fuera dellos es loable».

33 Furlong, Guillermo, *op. cit.*, p. 320. Sin embargo Castellani dice algo bien distinto: «*En mi tiempo el Peludo Presidente rebajó la "eximición" a 4 y se eximían todos; menos tres o cuatro réprobos que tenían 3; los cuales no volvían al colegio*» (cf. **Caillet**, p. 36).

Se trata de un papel sellado (un peso) en el año 1917 y que lleva con cuidadosa caligrafía el siguiente texto: «El Rector del Colegio de la Inmaculada Concepción en Santa Fé certifica que: D. Leonardo Castellani aprobó en este Colegio las asignaturas que se expresan a continuación habiendo obtenido las clasificaciones siguientes: Primer año - Diciembre 1913 - Regular - Geometría Plana, 10 (diez); Aritmética, 10 (diez); Historia de Oriente, Grecia y Roma, 10 (diez); Geografía de Asia, África y Oceanía, 10 (diez); Castellano, 10 (diez); Francés, 10 (diez); Dibujo, 10 (diez) - Curso completo - Segundo año - Diciembre 1914 - Regular - Botánica y Zoología, 10 (diez); Geometría Plana, 10 (diez); Aritmética y Algebra, 10 (diez); Historia Media, Moderna y Contemporánea, 10 (diez); Geografía de Europa, 10 (diez); Castellano, 10 (diez); Francés, 10 (diez); Inglés, 10 (diez); Dibujo, 10 (diez) - Curso completo - Tercer Año - Diciembre 1915 - Regular - Algebra, 10 (diez); Geometría y Trigonometría Planas, 10 (diez); Zoología y Botánica, 10 (diez); Historia de América y Argentina, 10 (diez); Geografía de América y Argentina, 10 (diez); Castellano, 10 (diez); Francés, 10 (diez); Inglés, 10 (diez); Dibujo, 10 (diez) - Curso completo - Cuarto Año - Noviembre 1916 - Regular - Mitología, 10 (diez); Física, 10 (diez); Historia Natural, 10 (diez); Geometría, 10 (diez); Algebra, 10 (diez); Literatura, 10 (diez); Historia, 10 (diez); Geografía, 10 (diez); Francés, 10 (diez); Inglés, 10 (diez) - Curso completo - Quinto año - Noviembre 1917 - Regular - Filosofía, 10 (diez); Instrucción cívica, 10 (diez); Química, 10 (diez); Historia Natural, 10 (diez); Trigonometría, 10 (diez); Cosmografía, 10 (diez); Literatura, 10 (diez); Historia de la civilización, 10 (diez); Italiano, 10 (diez) - Curso completo -. Tiene aprobados y completos los cinco años de estudios secundarios. Para que conste y a pedido del interesado se expide este Certificado en Santa Fé a veinte de Noviembre de mil novecientos diez y siete». (Hay dos firmas atribuidas a Juan Castillejo S.J., Rector, y Cosme Conillera S.J., Secretario, y un sello que dice «Colegio de la Inmaculada Concepción en Santa Fé».)

¿*Educación*? en la revista "Verbo", Buenos Aires, 1993, n. 332-333, p. 31. Se trata de la transcripción de una de las mejores conferencias de Castellani que se encontrará en **C. x C.**, pp. 97-107.

Reforma, p. 176 *et seq.*

«El primer año [de su bachillerato] se despertó esa vocación religiosa, diría yo. Si es posible, porque era muy chico. Me la despertó un profesor de castellano que yo tenía, el P. Luis Parola. Yo lo quise mucho» (**Conversaciones**, p. 28). Este Luis Parola es el autor de «la célebre Ortografía en Solfa» de la que habla Castellani en **Conversación y Crítica**, p. 294.

Camperas, p. 51 *et seq.*

Ibíd., p. 18 *et seq.*

Notas a Caballo, p. 503.

Barletta, p. 225.

Historia del Colegio..., *op. cit.*, T" IV, p. 243.

Ibíd., p. 262.

Ibíd., p. 19.

Carta a Castellani del 19 de agosto de 1953, reproducida en **Caillet**, p. 72.

En carta a Gustavo Martínez Zuviría del 31 de agosto de 1928, Castellani recuerda que Marzal en el Colegio lo amonestaba por su semblante «*serio, como Guardia Civil*».

"Jauja", n. 6, Buenos Aires, junio de 1967, p. 46.

Historia del Colegio..., op. cit., p. 325 et seq. Furlong aclara que «*por razones distintas, varios no pudieron aceptar tan gentil invitación*» y suponemos que entre éstos estaba Castellani, pues jamás hizo referencia a la cosa.

Historia del Colegio..., op. cit., p. 334.

Cf. **Seis Ensayos...**, p. 17 *et seq.*

Caillet, p. 32. En el texto se habla de «*verano de 1946*» que es, obviamente, errata tipográfica.

Como muestra de su empeño queda su cuidadosa caligrafía que se puede leer como si fuera imprenta, bien que él decía que «la verdad es que yo tenía bastante fea letra cuanto estaba en el Colegio. y ahora no igualo la de Anzoátegui ni a Caillet-Bois» (Borrador de carta a Elena González, 2-IV-65). Conocemos la de los tres y opinamos que la más prolija es la (famosa) de Anzoátegui. La de Caillet-Bois, en cambio, nos parece menos prolija que la de Castellani.

Barletta, p. 225. ¿Marzal o Parola? Una cuidadosa comparación de los textos indica que Parola más bien «*le despertó*» la vocación cuando tenía 14 años (cf. **Conversaciones**, p. 28). La decisión madura y se forma bajo la sombra del P. Marzal... y la historia muestra a las claras que Castellani entendió su sacerdocio en términos -permítasenos la expresión- «marzalianos».

A.J.P. Taylor, *The First World War, An Illustrated History*, Londres, Penguin Books, 1966, p. 165.

Estar contento, en **Camperas**, p. 64.

El Evangelio, p. 36. V.q. **Parábolas**, p. 129 *et seq.*

El logotipo tiene su antecedente inmediato en «*un dibujo (firmado por Holden) que ilustra la tapa de La Reforma de la Enseñanza, con el lema "Tu Adesto" y que data de 1939*» (cf. el prolijo trabajo de José A. Jorge Viaña Santa Cruz, publicado con el título de "Los Pseudónimos del Padre Leonardo Castellani", en *Revista Eclesiástica Platense*, La Plata, 1996, nros. 1-2-3, p. 23 *et seq.*). El dibujo aparece aquí y allá en sus libros, rodeado de la leyenda "*Que a todos quieran ayudar*" (y aun en uno en que sólo colaboró: *La Enseñanza Nacional* –1940–), según las ediciones. Sin intentar agotar la enumeración lo hemos descubierto en las tapas de *Una Santa Maestría* (1944) y *Crítica Literaria* (1945), la contratapa de *El Ruiseñor Fusilado* (1975), *El Enigma del Fantasma en Coche* (1976), *Vida y Obra de Horacio Caillet-Bois* (1976), *Elementos de Metafísica* (1977) y en la última hoja de su *Catecismo para adultos* (1979) y *Catecismo* (1980). Se encontrará una reproducción ampliada (sin la base sobre la que se arrodilla el caballero) utilizada como portada de la revista *Jauja* (n. 31, julio de 1969).

La relación ha sido materia de una de sus fábulas camperas y apareció con el título de *Don Quijote y Sancho* en el n. 17 de *El Salvador*, allá por 1927. Se la incluyó luego en las sucesivas ediciones de *Camperas*. Resulta quizá interesante observar que el contraste que allí se señala entre los ranchos criollos y gringos se encuentra en el «*Facundo*» de Sarmiento, referida, precisamente, a los santafecinos.

Se recuerda a *Don Quijote de la Mancha*, Primera Parte, Capítulo IV: «*De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta*».

Éste es uno de los «*Aforismos morales*» que Castellani estampa al final de su **Metafísica**, p. 199. Por otra parte en su curso de **Psicología**, Castellani ha explicado cómo una especie de rencor abstracto y generalizado puede sublimarse «*por ejemplo, en quijotismo, en hambre y sed de justicia; y el pasaje desde este veneno sutil a la caballería andante suele ser el humor*» (p. 111).

Pero la primera referencia a «*la suela que calza a la cintura*» la encuentro en el prólogo de Hernán Benítez (su famoso "Palique Preliminar") a **Crítica Literaria**, aparecido en 1945.

Militis, p. 62.

Nueva Crítica, pág. 561 *et seq.*

San Agustín, p. 113 *et seq.*

Sobre la vocación del Argentino, en el diario "Clarín", jueves 29 de agosto de 1974.

En **Dulcinea**, p. 253, el autor recuerda «la frase de su abuela Diana...».

Caillet, p. 37. Años después lo recordaba cuando en carta a su hermano Arnaldo le decía que había «hecho sufrir a mamá. Sí, no me lo recuerdes, porque no lo olvidaré en toda mi vida y rogaré al Corazón de Jesús toda ella que la bendiga y enaltezca tanto, cuanto ella sufrió por mí y por todos» (Borrador fechado el 30 de junio de 1923).

El Ruiseñor, p. 24. *V.q.*..análoga idea expresada en otra poesía en **Oraciones**, p. 151.

Benjamín Benavides, p. 354 *et seq.*

Véase el erudito artículo de Castellani *Sobre bibliografía ignaciana* donde muestra que leyó virtualmente todas las biografías de su tiempo. En ese trabajo traza el plan de un libro sobre el santo, que, dice, «no se ha hecho todavía (y es muy importante)». Tres, dice él, son los grandes temas que debería tratar: «...definir las relaciones del “Singular” con “lo Común” en Ignacio de Loyola, primero; definir des-pués lo específico de su pensamiento creador... es decir, la silueta específica de la primera S.J. con sus excelencias y limitaciones; y tercero, el estado real de la S.J. actual con respecto a la misión, mensaje y mente de San Ignacio de Loyola. Pediría un libro; que no escribiremos» (cf. *Dinámica Social*, Buenos Aires, junio de 1956, n. 69, pp. I/II, reproducido en **Nueva Crítica**, p. 398 et seq.).

Catarsis, p. 112.

Vida, XXXIX:27.

Cta. del 20 de mayo de 1582 a D. Jerónimo de Reinoso. (Es la n. 423 en las Obras Completas, Madrid, 1974, B.A.C., 6ta. ed., pág. 1101.)

Cf. Brian Farrelly O.P., *Historia de un Clásico de la Literatura Espiritual*, publicado en *Estudios Teológicos y Filosóficos*, Tomo X, 1979, Fascículo I, pág. 81 *et seq.* Tomo emprestada esta y otras referencias de la conferencia pronunciada por el P. Carlos Biestro sobre "Castellani y la Argentina", registrada en **Celebración**. Esto de que se le dé «una interpretación puramente ascética a los Ejercicios» es cosa de graves consecuencias y, andando el tiempo, Castellani demostrará cuán diferente era la concepción original de San Ignacio: «*Los Ejercicios son fuertemente intelectuales: la imaginación y la afectividad juegan ahí a veces un gran rol, pero solamente para ayudar al espíritu a penetrar las verdades religiosas y vivirlas; lo que debe quedar en el alma son siempre verdades teológicas, prácticas o especulativas, después del filtrado del emoliente afectivo e imaginativo*» (cf. **Catarsis**, p. 42 *et seq.*).

Acerca de la Inquisición, «cuestión histórica compleja», véase **Cristo Vuelve**, p. 33 *et seq.* y **El Evangelio**, p. 186 *et seq.* Con todo, hay que ver que tras largos años de reflexión sobre este asunto – en particular a propósito de la *Parábola del Trigo y la Cizaña*– Castellani fue cambiando de parecer inclinándose a simpatizar cada vez menos con quienes usan de la «*violencia con los herejes por parte del poder civil, aprobando o no la Iglesia. No me atrevo a poner ejemplos destas tentativas de cortar, porque todas ellas (como el Edicto de Constantino, la condena a muerte de los heresiarcas, la Inquisición Romana y la Es-pañola, el Contra-Edicto de Nantes de Luis XIV, etc.) son discutibles y defendibles; y son defendidas por grandes y honrados talentos. Y el resumen de la defensa de todos ellos se cifra en una frase muy sencilla: “Nosotros los cortamos, porque de no, ellos nos cortan a nosotros.” Sin embargo, a mí me parece que todos estos casos, si trajeron bienes pasajeros, también [trajeron] males: o sea, dañaron al trigo. Han sido, si acaso, un mal menor o una triste necesidad. Y no han sido cosas religiosas sino políticas*» (cf. **Domingueras II**, p. 50). Sobre el tema de la tolerancia religiosa en general, remito a las magníficas distinciones de Castellani en su comentario a *Las Llaves del Reino* (cf. **Nueva Crítica**, p. 369 *et seq.*).

Gerard Manley Hopkins, en **C. x C.**, p. 43.

Sobre la influencia de Suárez, Castellani ha dicho mucho: «Suárez hizo una especie de gran compilación sistemática de la Filosofía Cristiana con el título de Disputationes Metaphysicae, tomando nominalmente como base a Santo Tomás de Aquino, pero introduciendo en su sistema tesis enteramente incociliables de Guillermo de Occam y Duns Scoto que simplemente rompen el espinazo de la doctrina metafísica de Santo Tomás» (cf. **Seis Ensayos**, Buenos Aires, 1978, Dictio, pág. 95). Y en otro lugar, agrega que «Suárez es el filósofo de “lo conceptual”, en contraposición a “lo intuitivo”... Allí donde Santo Tomás ve, Suárez razona, donde el Angélica razona, Suárez discurssea, divide, clasifica o ensambla... no puede dar cohesión intelectual, gozo intelectual, contemplación: no puede entusiasmar a nadie y menos a un tipo genial... [Suárez] aburre, deseca, hincha: forma conceptualistas, racionalistas y, a la postre, charlatanes. Desvía el in-telecto de su natural sendero y lo empantana en clasificaciones y distinciones de palabras... Impuesto por obligación, propagado por su poderosa Orden y vulgarizado por el clero, tiñó de conceptualismo la mente española, y la hizo reacia a las ciencias positivas y estéril en las especulativas» (cf. **El Ruiseñor**, pp. 86-88). Es que, como explica Castellani, «el Teólogo medieval era un “comprendedor” apasionado, en tanto que el Teólogo moderno parece más bien (no hablo de discípulos de Tomás como Billot) un “rememorador” minucioso y escrupuloso hasta el delirio... El archivista ha matado al soñador y los tratados de Teología se parecen hoy mucho más a códigos que a poemas» (cf. Anteproyecto a la **Suma Teológica**, Tomo I, pág. XXII). Acerca de la decadencia de la «segunda compañía» vide **Psicología**, p. 210.

Televisión católica, en **Cristo Vuelve**, p. 268. Las réplicas de los jesuitas que reseñan B. Llorca, R. García Villoslada y F.J. Montalbán en su *Historia de la Iglesia Católica* (Madrid, 1963, B.A.C.), parecen darle la razón a Castellani: «*Los jesuitas, sí, repondieron una y otra vez, especialmente el P. Nouet, insistiendo en el inconveniente de hablar con poca seriedad de las cosas santas y calificando a las Provinciales de peligrosas para la fe y las costumbres*» (p. 239). Con eso, muy señores míos, no hacemos nada.

Homilía inédita sobre San Ignacio de Loyola pronunciada el 31 de julio de 1966 en la iglesia homónima.

Gerard Manley Hopkins, en **C. x C.**, p. 42.

Jauja, n. 3, Buenos Aires, marzo de 1967, p. 4. Si Castellani oyó decir muchas veces esto, él también se ocupó en innumerables lugares de refutarlo. Sobre el particular, su mejor trabajo es *La inteligencia y el gobierno*, originalmente publicado en la revista *Nueva Política* (n. 14, Buenos Aires, 1941, pp. 11-15) y reproducido en **Las Ideas de mi Tío**, p. 25/34 y **Seis Ensayos**, p. 25/36. La listacom-pleta de referencias a este asunto sería larga de verdad, pero a modo de ejemplo indico algunas, comenzando por sus dos fábulas, *Mandar mal* y *Huída* en **Camperas**. V.q. **El Ruiseñor**, p. 91; el comentario a la cuestión 79 de la Primera Parte de la Suma Teológica, Buenos Aires, Club de Lectores, 1944; y el trabajo sobre *La decadencia de las sociedades*, en **Seis Ensayos**, p. 119.

Un pasito adelante, en **Cristo Vuelve**, pp. 294-295

El Ruiseñor, pp. 91 y 93.

El P. Achával escribió esta carta desde el Colegio Pio Latino en Roma, con fecha 10 de mayo de 1938.

Borrador de carta al P. Gaynor comentando un libro de Maud Petre sobre Tyrrell, de fecha 30 de julio de 1962.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 23. En una carta escrita un cuarto de siglo después, Castellani se recordaba como un «*joven estudiante jesuita encarnizado sobre los libros, luchando con una salud precaria y todo clase de arideces e incomodidades, sostenido por un ideal irreductible, maldormido y malhumorado, serio como un gendarme, con explosiones de júbilo y de melancolía, solo e impar, desconocido de todos, malconocido de muchos...*» (Epístola a Torti, reproducida en *Jauja* (n. 25-26-27, Buenos Aires, marzo de 1969, p. 49).

Cf. *Tu Amor Creció Conmigo*, Madrid, 1990, Editorial de Espiritualidad, p. 73.
Juan XXIV, p. 13.

Carta al P. Tomás Travi, Provincial de la Orden, del 22 de febrero de 1937. Y, en honor a la verdad, hay que recordar que Travi va a «aguantar» cosas como éstas durante casi diez años. Claro que cuando «explotó»... pero ésa es materia de otro capítulo.

La Parusía, en **Seis Conferencias**, pp. 1bis/1ter.

¿Educación? en *Verbo*, Buenos Aires, 1993, n. 332-333, p. 32. En otro lugar, y con el seudónimo de Juan Palmetta, Castellani escribió que «*No podemos dejar en paz al latín puesto que somos latinos... Aquí hay que volver al latín, aunque sea a la vejez... todos esos argentinos que intentan malamente hablar latín, representan simbólicamente el grito desesperado del pueblo hacia su legítima tradición educacional –en mala hora cortada– representan la nostalgia de aquel gran futuro “ministro-de-Instrucción-Pública-que-sepa-a-fondo-su-latín”*; en quien descansa nuestra mesiánica esperanza» (cf. *Fe de erratas* por Juan Palmetta en *Criterio*, n. 602, Buenos Aires, 1939, p. 35.). Más fundamentos para incluir el latín en el curriculum del bachillerato se hallará en **Reforma**, p. 245 *et seq.*

Borrador de carta a Alfonso de LaFerrere, del 6 de febrero de 1957.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 24.

Sobre Marcel Jousse S.J. véase el Capítulo XVI. Castellani ha explicado la teoría del gesto del P. Jousse en varios lugares: véase, en orden de importancia, el capítulo II de **Seis Conferencias**; el Cap. IV de **Psicología**, pp. 71-89, la erudita introducción a **El Evangelio**, pp. 15-70 y, brevemente, la exposición que le hizo a Pablo Hernández en **Conversaciones**, p. 33 *et seq.*

Psicología, pp. 86-87.

Colectarlos todos sería para otro libro, pero a modo de ilustración veamos algunos. Suele citar refranes italianos como éste: «*Come prima peggio de prima*» o «*Così è, se vi pare*» (**Seis Ensayos**, respectivamente, p. 179 y p. 164) o franceses como «*Le pire n'est pas toujours sûr*» (**Reforma**, p. 70). Innumerables y la mar de divertidos los españoles: «*Agostos y obispos buenos, nunca vide cosas menos*» (**San Agustín**, p. 145), «*Recién conocimos que era cófrade cuando lo vimos tomar candela*» (*Advertencia al lector* en **Sancho**. En este libro, véase el capítulo sobre *La reforma de los refranes* en donde aparece toda una colección), «*Necio de mentas si a la segunda no escarmientas*» (**Reflexiones Políticas**, p.14) o «*A burro muerto, la cebada al rabo*» (**Cimarronas**, p. 30), sin contar los cientos de argentinismos en forma de comparanzas, aforismos o dichos criollos tales como «*Aparece y desaparece como chingolo entre hojas*» (**Cimarronas**, p. 135), «*Más molido que perro de tambo*» (**C. x C.**, p. 10), «*Derechito como hachazo de zurdo*» (**Camperas**, p. 28), «*No es para todos la bota del potro*» (**Seis Ensayos**, p. 215), «*Nunca escapa el cimarrón si dispara por la loma*» (Perón y la Iglesia, *Dinámica Social*, n. 89, 1958, pág. 9), «*No tan calvo que se le vean los sesos*» (**Benjamín Benavides**, p. 284) o «*Quien se quemó con zapallo, hasta a la “sándia” le sopla*» (**Juan XXIV**, p. 18). También a veces usa comparanzas del viejo Buenos Aires, como «*más chato que cinco de queso*» (**C. x C.**, p. 238).

Semblanza del P. Castellani, en **Celebración**, p. 61.

Borrador de carta a Hernán Benítez del 20 de diciembre de 1956.

Diario, 18 de mayo de 1955.

La anécdota es de Méndez Calzada, pero no encuentro dónde se publicó. En igual sentido Castellani dice que lo han mandado a Buenos Aires «*por mal de mis pecados, y por ese fatal curundú que me acompaña desde que nací*». Cf. Prólogo a **Historias del Norte Bravo**, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 13.

Borrador de carta a su hermano Arnaldo, fechada el 9 de abril de 1923. El obispo fallecido era Antonio Espinosa. En su reemplazo el senado propuso a Mons. D'Andrea pero en Roma no lo quisieron. Hubo un «impasse» durante dos años hasta que se acordó la designación de Bottaro, un fraile franciscano que precedió a Copello en el cargo.

Borrador de carta a su madre fechada en noviembre de 1923.

El estudió muy concienzudamente todo lo referente a los sueños y le dio especial lugar a las teorías de Freud que explicarían «*los sueños de angustia, que provocan el despertar*». Vide, **Freud**, p. 105 *et seq.* Para un estudio de la angustia, conviene consultar el capítulo 19 de **Kierkegor** (p. 188 *et seq.*).

Cf. **Celebración**, p. 254.

El Enfermo, en **Dulcinea**, p. 245 *et seq.* En carta al psiquiatra español, Juan José López Ibor, Castellani le envía un ejemplar de *Su Majestad Dulcinea* aclarando que «*es ficción, menos el capítulo “El Enfermo”*» (cf. borrador que tengo a la vista, fechado el 25 de abril de 1960).

Borrador de carta al P. Tomás Mahon S.J., fechado el 11 de febrero de 1936. Muchos años después Castellani exhibe su larga reflexión sobre el tema y extrae las lecciones morales que caben: *«Piense que la sensibilidad no es un defecto suyo sino una perfección: “sensible man” llaman los ingleses al hombre inteligente. Incluso cuando es exagerada, o sea “susceptibilidad” (para usar un galicismo; en español “quisquilloso”, “picajoso”) ella no suele ser culpa propia, sino residuo de viejas y grandes heridas; y es mejor eso que no ser estólido, pues los que son “susceptibles” sueles ser delicados con los demás; por lo menos “pue-den” serlo»* (cf. borrador de carta a Joaquín Talaverón, fechado el 23 de marzo de 1960).

El mundo de la psiquiatría parece, realmente, el reino de Babel: más de la mitad de la presuntuosa «ciencia» psiquiátrica se ve dominada por una interminable batalla logomáquica por bautizar con pomposo nombre cada uno de los cuadros clínicos, disputándose los autores y las escuelas los términos que en una época significan una cosa y luego, otra: histeria, paranoia, neurastenia, esquizofrenia, psicosis o «*what would you*» designan para un autor una cosa y para otros, otra («*en 1920 querían decir con eso... pero ahora...*»). Según Simon Winchester esta mudanza tiene también por razón el «*librar a la enfermedad de su pátina de asociaciones desagradables*» (cf. *The Professor and the Madman*, New York, Harper Collins, 1999, p. 211). Agréguese la cuestión de las «escuelas» y su nacionalidad (la francesa, la alemana, la yanqui), cada cual con su vocabulario propio... Como para volverse loco.

Cinco años después, en la Revista *El Salvador* (n. 19, pp. 139-141) Castellani publicó una de sus fábulas donde utilizó términos parecidos para relatar un combate entre una víbora cascabel y un lagarto. Conjeturo que la fuerza descriptiva de su «campera» surge de este otro combate que le cuenta al P. Llusá (cf. *Aprieta*, en **Camperas**, p. 61). Puede anotarse aquí que finalmente a Castellani se le diagnosticó una «neurastenia de Beard». George Miller Beard fue un médico norteamericano de fines del s. XIX que se destacó a punto tal que sus obras fueron traducidas al alemán, italiano y francés. Sus trabajos más conocidos sobre la «Neurastenia» giran en torno a los diversos trastornos producidos por la ansiedad, entre los cuales se destaca el insomnio.

Joaquín garcía S.J., *Los Jesuitas en Córdoba*, Buenos Aires, Espasa-Calpe
Argentina S.A., 1940, p. 627.

Llama de amor viva, Canc. 3, n. 56.

Carta al P. Antonio Viladevall, fechada el 28 de junio de 1946. Los «problemas sexuales» de Castellani bien pueden ser resultado de su neurastenia tal y como lo detalla Beard: *«Tout ce que affaiblit le système nerveux peut amener des émissions séminales. Les fièvres, la dyspepsie, les maladies du cerveau et de la moelle, la constipation etc... peuvent donner lieu à des émissions séminales très fréquentes»* (cf. George M. Beard, *La Neurasthénie Sexuelle, Hygiène-Causes-Symptomes et Traitement*, Paris, Société d'Éditions Scientifiques, 1895, p. 79).

Borrador de carta dirigida al P. Provincial Llusá, fechado en junio de 1923. El subrayado es del autor.

De Profundis, London, 1913, Methuen & Co. Ltd., p. 52. En análogo sentido se expide Federico Mihura que destaca «*el valor terapéutico del dolor*» en su sólida exposición sobre la neurosis o el dolor desoerdiciado (Gladius, n. 10, Buenos Aires, 1987, p. 87). Según el autor, el afligido puede muchas veces «aprovecharse» de la situación: «Nunca, en el sujeto afectado, está ausente una dosis mayor o menor de responsabilidad personal, porque todas sus claudicaciones inciden en la génesis de la afección» (p. 90). Tal acento en la voluntad (aún enferma) se hallará también en Chesterton, según tuvo a bien indicarme Daniel Saint Jean remitiéndome al capítulo el Maníaco de su famosa *Ortodoxia*.

Psicología, p. 114. Claro, Castellani está hablando del emperador Tiberio, pero imagino sin dificultad que él sabe algo de todo eso por experiencia... aunque no puedo adivinar mucho más.

Milanesia, en *2ª República*, año III, n. 42, Buenos Aires, 1963, p. [2], reproducido en **C. x C.**, p. 10 *et seq.* La película que comenta es «*The maverick priest*».

Jauja, n. 11, Buenos Aires, noviembre de 1967, p. 18.

Diario del año 1923. Después de haber escurpulosamente anotado la segunda parte del *Tratado del Hombre* de la *Suma Teológica* (Buenos Aires, Club de Lectores, 1944, Tomo IV) Castellani hará brillantes observaciones sobre «*La Realidad del Alma*» en una de sus conferencias en el Teatro del Pueblo, treinta años después (cf. el Cap. I de **Psicología**, pp. 11-30).

San Juan de la Cruz conocía la cosa: «*Llega a tanto en algunas personas este trabajo cuando tienen este humor malo, que les parece claro que sienten tener consigo accesos del demonio sin ser libres para poderlo evitar: aunque algunas personas de éstas pueden evitar el tal acceso con gran fuerza y trabajo*», no menos que el propio Castellani quien estudió a fondo el asunto, como surge de la nota que le puso a la cuestión X, art. 3ro. de la *Suma Teológica* (Tomo V, Buenos Aires, Club de Lectores, 1945, pág. 164). Los Padres –que conocían estos fenómenos– han dudado largamente si atribuir la cosa directamente al diablo o, en cambio, clasificarlo entre los casos de sugestión. San Agustín (en *La Ciudad de Dios*, L. XV, cap. 23: «*Utrum possint angeli, cum spiritus sint, coporaliter coire cum feminis?*») y San Jerónimo, no han sabido decir cosa cierta sobre el asunto. En cambio, San Isidoro de Sevilla es más vehemente y entiende que en casos como el que tratamos el diablo actúa directamente. Disiente con él San Juan de la Cruz, como lo destaca el gran exorcista y psicólogo P. Joseph de Tonquédec: «*Chose remarquable, le Docteur Mystique [...] parle comme un psychiatre moderne des faits en question. Il n'adopte point les vues réalistes des démonologues ses contemporains sur l'incubat et le sucubat. Pour lui, ces scènes répugnantes ne sont que des phénomènes subjectifs et d'origine morbide*» (cf. *Les maladies nerveuses ou mentales et les manifestations diaboliques*, París, Beauchesne, 1937, p. 144). En este difícil terreno de distinción entre acción diabólica y síndromes psicasténicos, resulta obligada la remisión al estudio que Castellani hizo de la vida del Cardenal Pietro Petrucci «*un Galileo de la Psicología*». Este hombre estudió con ecuanimidad algunos de estos fenómenos y se infiere con bastante certeza que Castellani se incluye entre los casos 30 a 37 en el índice de las 54 proposiciones que el cardenal se vio compelido a confesar como errores graves ante el delegado del Papa Inocencio IX, pese a que «*el buen Cardenal es la cordura misma*» en sus análisis y conclusiones (cf. **Fariseos**, p. 107 et seq).

Quizá por gracia de Chesterton: «*Yo me formé en la literatura de los humoristas ingleses, conocí a Chesterton a los 22 años*» (cf. **Notas a Caballo**, p. 505).

Como dijimos, el borrador de esta carta a Carcho está fechado en febrero de 1924. En 1929 Castellani la reprodujo (firmando como “Z”) levemente modificada en la revista *El Salvador* (n. 36, p. 368 *et seq.*). Hay varias descripciones de Castellani del mar –las más notables, escritas a bordo de los

buques transatlánticos con que iba o venía de Europa–, que evidentemente le fascinaba. Por ejemplo, véase su *Elogio de la natación* en **Reforma**, p. 197 *et seq.*

«Justamente a la sazón estudiábamos filosofía: nos habría ahorrado quizá algunos rodeos y algunos tropiezos» (cfr. "Ortega y Gasset y la Argentina", *Dinámica Social*, n. 44, p. I). Hay una referencia harto encomiástica a *La Rebelión de las Masas* en **Decíamos Ayer**, p. 187.

Carlos Ibarguren, *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 481 *et seq.*

Cf. Adolfo Prieto, *El Periódico Martín Fierro*, Buenos Aires, Galerna, 1968, p.

Cf. Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, Tomo II, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 250 *et seq.*

Ibíd, Tomo III, Buenos Aires, Hachette, 1962, p. 331 *et seq.*

Apud Raúl Rivero de Olazábal, *Por una Cultura Católica*, Buenos Aires, Claretiana, 1986, p. 22 *et seq.*

Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 45 *et seq.* Claro que este autor, como tantos otros, no distinguen como lo quiere Castellani: «*la diferencia entre política religiosa y política clerical no la entenderán jamás...*» (cf. **Militis**, p. 116) o, a propósito de Jorge Abelardo Ramos, y con mayor precisión: «*[Los clericales y los anticlericales] no perciben el interior de la Iglesia sino sólo lo exterior y ellos defienden lo exterior pues de eso viven; y a Ramitos esa corteza le da en rostro y lo irrita, la cual dicha y dichosa corteza en la Argentina está demasiado desarrollada, y en parte, chuya. El que no percibe sino lo exterior de la Iglesia no puede escribir bien sobre la Iglesia*» (cf. Perón y la Iglesia, *Dinámica Social*, n. 89, Buenos Aires, marzo de 1958, p. 7.). Dígase con justicia, que de todos modos, Zanatta, con ser lo que es y tratar a la Iglesia como la trata, algo distingue, pues en sus escritos siempre salva a Castellani separándolo de los católicos maniobreros que tan fundadamente pone en evidencia.

Crítica, p. 18 *et seq.*

Bibliofilia, Rima Prosaica (En la silenciosa ciudad de los libros...). (*Nuestra Revista*, n. 75, Santa Fe, 1924, p. VII). Hasta donde sé, Castellani sólo había publicado por entonces tres poesías, todas en la misma revista y en el mismo año.

Vide quoque un alegato antilibresco en verso, publicado en **El Evangelio**, p. 393 *et seq.* *Par contre*, compárese esto con lo que confiesa Borges en su Autobiografía: «*Mi primer conocimiento de las cosas vino siempre de los libros antes que del contacto real con ellas*» (*apud* María eSther Vázquez, *Borges. Esplendor y Derrota*, Barcelona, Tusquets, 1996, p. 38).

Decíamos Ayer, p. 45.

Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, Tomo IV, *En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Librería Hachette S.A., 1965, p. 290.

Loris Zanatta, *Perón y el mito de la Nación Católica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 403 *et seq.*

Conversaciones, p. 104. Consta la lista completa de candidatos a diputados por la Alianza en País de Jauja, p. 19.

Loris Zanatta, *op. cit.*, p. 430.

Borrador fechado el 7 de noviembre de 1923. Constituye para mí una curiosidad observar que si bien Castellani le tuvo devoción de joven, no menciona a Santa Teresita en toda su obra publicada. Hay, sí, una referencia circunstancial en **Dulcinea** -p. 222-que muestra que Castellani leyó *Historia de un alma*, pero nada más. En una carta de 1929, señala que lo había leído, años atrás, «con provecho». Luego, en oportunidad de su «tercera probación» le dio por rezar una jaculatoria por él inventada: «*Oh Teresita milagrosa / que en mi segundo noviciado / refllorezca como una rosa / lo que el primero ha marchitado*» (Borrador de carta al P. Pita, fechado el primero de octubre de 1931). También visitará Lisieux en 1932 para pedir salud... pero ahí termina la cosa. Me parece notable que nunca se interesara por un «caso» de singular lucha contra el fariseísmo, cosa que habían destacado algunos de sus biógrafos como Van der Meersch, bien que también es cierto que la mayoría de los que se ocuparon de ella sepultaron la verdad bajo toneladas de beaterías más o menos estúpidas (señaladamente, Piat). Un caso cercano de eso lo suministra Benítez, en su alambicado ensayo, *La Amada del Mundo* (en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Julio-Septiembre de 1949, pp. [249]-606), que por entonces tiene que haber irritado sobremanera a Castellani, si acaso lo leyó.

Angel Vergara del Carril me dio un ejemplo que muestra que Castellani «*tenía cosas de chico*»: me señaló que escribía en cuadernos «*Anteojito*». Y es cierto, ¿no? Hay algo en eso... Como fuere, es obligada la referencia a su «*Romance de los chicos chicos*» (cf. **Martita Ofelia**, p. 63 *et seq.*). Por otra parte él mismo lo reconoce, como cuando dice que «*Largos estudios de cura / me han dejado ensimismao / Rengo de uno y otro lao / y con cosas de criatura*» (cf. **Fierro**, Canto Segundo, p. 37).

Borrador de carta al P. Marzal fechado el 4 de agosto de 1923.

Borrador de carta al P. Matías Codina fechada el 26 de octubre de 1923. Se encontrará el mismo lenguaje voluntarioso -aplicado a otro asunto- en *La Tortuga* (cf. **Camperas**, p. 129 *et seq.*).

«Un censor eclesiástico debe determinar si en un libro hay algo contra la fe o la moral; para todo lo demás carece de toda facultad. Que le guste o no el libro es para su entrecasa; si no hay allí nada contra la fe o la moral cristiana, debe aprobarlo; y si algo hubiere, debe avisar al autor antes de condenar...» (cf. **Seis Ensayos**, p. 357 et seq.). En numerosas oportunidades Castellani se expidió sobre este asunto (algo demodée en los días que corren): «El Index y la Censura Eclesiástica se habían convertido con el tiempo y la rutina en un terror inútil -y contraproducente: estorbaban a los mejores escritores católicos, y dejaban pasar tran-quilamente las compotas de los mediocres más indigestas e insalubres. En suma, premiaban la mediocridad y la ineptitud, y castigaban el talento. La censura eclesiástica era ejercida por ineptos -muchas veces» (**Juan XXIV**, p. 161). Consúltese también el Capítulo X de **Ruiseñor** (p. 48 et seq.) dedicado por entero a este tema. Por lo demás, se encontrará una graciosa ironía sobre la censura en el pórtico de **Fantasma en Coche** y un divertido epigrama sobre el asunto en **Caillet**, p. 53. Otrosí: Etienne Gilson, en 1942, también había advertido que «Nous avons longtemps appris que la Congrégation de l'Index n'est pas identiquement l'Eglise» (cf. Etienne Gilson - Jacques Maritain, *Correspondance*, 1923-1971, París, 1991, Vrin, p. 146). Otrosí más digo: Pío XII reprodujo una idea de Benedicto XIV sobre el tema: «No aceptamos en absoluto que se condene una obra por mera indicación de otros y sin un profundo examen tanto de la obra como también de la justificación que el autor aduce en su defensa». (cf. Burkhardt Schneider en *Manual de Historia de la Iglesia*, AA.VV., TºVI, Barcelona, 1992, Herder, p. 810). Allí Schneider denuncia una curiosidad. Dice que el texto del discurso del Papa fue sustituido por otro, anodino y carente de sustancia: «La larga cita tomada de la carta de Benedicto XIV en el texto actualmente existente en L'Osservatore Romano se introduce con la observación trivial y evidente, como no hay ejemplo de ninguna otra en un texto de Pío XII: “Asimismo, respecto de la prohibición de libros, no quiso [Benedicto XIV] condenación alguna, sin que la obra fuera previamente examinada con toda exactitud”» (cf. *L'Osservatore Romano*, 9-IV-59, nº 82, p. 3).

Borrador de carta al P. Felipe Lérída fechada en junio de 1923. Treinta años después lo formularía más simplemente: «A mí me revientan los que me prescriben los libros que yo debería escribir, uno no puede dar a luz un libro concebido por otro, eso es una monstruosidad biológica» (cf. **Psicología**, p. 250).

«¿Qué es lo que le pasa al poeta entonces; o sea, cómo se hace un poema? El poeta es herido por una emoción intensa que le viene de las cosas sensibles le llaga el fondo del alma; se produce en consecuencia en el fondo del alma una especie de vacío inefable donde flotan las imágenes que provocaron la emoción, así como un chiporroteo de imágenes y palabras sueltas. El poeta quiere expresar ese conocimiento cálido que tiene, transmitirlo a otros; no como él es, porque es imposible, sino fabricando una especie de artefacto o maquinaria de palabras que sirva para descargar en los oyentes una emoción y un conocimiento semejantes; y empieza a elegir imágenes, esta quiero, esta no quiero, y tomando los útiles del oficio, el idioma, el verso, la rima, el metro, la estrofa y los [ilegible] de otros poemas que le gustan, produce ese artefacto de palabras. Yo lo sé porque he escrito poemas aunque sean malos como estima mi amigo Roque Aragón y otros; pero sobre todo lo sé por la confirmación de un gran poeta francés, Paul Claudel, que hace de su propia inspiración un análisis parecido» (cf. **Seis Conferencias**, p. 16 et seq.).

Carta Provincial reproducida en **Fariseos** (p. 223 *et seq.*) sin fecha, presumiblemente escrita en el período que va entre los años 1944 y 1946. Aquí habría que recordar lo que le ocurrió al poeta inglés Alfred Noyes. En efecto, recientemente convertido al catolicismo publicó en 1936 su biografía sobre Voltaire en la famosa editora católica, Sheed & Ward. Vale la pena enterarse de lo ocurrido dos años después, en mayo de 1938: «El Cardenal Secretario del Santo Oficio le escribió al Arzobispo de Westminster, Cardenal Hinsley, informándole que el libro había sido denunciado y que el Santo Oficio, luego de examinarlo, lo encontró digno de condena. La carta no explicaba por qué o qué partes del libro se impugnaban. Ahí mismo, aunque considerablemente consternado, el Cardenal Hinsley le informó a los editores pidiéndoles que a su vez se lo hicieran saber al autor. El Santo Oficio aún no había condenado formalmente el libro, pero se requería que se retirara de circulación y que la editora Sheed & Ward fuera “severamente amonestada” por haberlo publicado. Desde la fundación de la editora en 1926 y la recepción de esta comunicación del Santo Oficio Sheed & Ward había publicado una gran cantidad de libros de gran nivel sin que jamás Roma les haya dado señal de aliento alguno. La “brutum fulmen” de mayo de 1938 parece haber sido la primera señal de que Roma estuviera siquiera enterada de la existencia misma de aquella editora. Pero, claro, una abierta confrontación con la autoridad central de la Iglesia era algo que ninguna editora católica podía afrontar; fácilmente podía significar su quiebra. El Sr. Sheed pensó que no tenía más opción que suprimir una nueva edición del libro que ya estaba lista y retirar de la venta una enorme edición que se preveía para los Estados Unidos. Una traducción francesa, aún no impresa, también fue puesta en la congeladora. [...] El Santo Oficio también había requerido del autor que escribiese alguna forma de retractación. Una orden ridícula, como Noyes y sus amigos se apresuraron en señalar, puesto que no se le había indicado, ni siquiera indiciariamente, qué se había impugnado de su Voltaire. [...] La técnica empleada por el Santo Oficio en esta ocasión fue, de hecho, una técnica de chantaje. Noyes no usó esta fea palabra, pero protestó que “...se había barrido con el libre albedrío y conciencia del autor... Someterse sería contra la ley de la religión y de la Iglesia. Con todo respeto por las autoridades, pues, es sobre esta ley que debo apoyarme para finalmente decidir cuál ha de ser mi posición”. [...] Al desafiar al Santo Oficio, Noyes estaba insistiendo en su derecho a ser tratado como un hombre con inteligencia y conciencia propias. Pero podría haber insistido en vano si el asunto permanecía secreto. Para impedirlo, le contó a sus amigos no-católicos lo que había pasado. El 10 de agosto el inicuo proceso fue revelado en una carta de Lord Charnwood al diario *The Times*. Al día siguiente el Cardenal Hinsley se pronunció públicamente diciendo que tenía el más alto aprecio por “el Sr. Noyes y su fino libro”. El cardenal inglés no se guardó para sí ni entonces ni después lo que pensaba de todo el asunto: siempre expresó lisa y llanamente que deploraba tanto el hecho en sí mismo como las circunstancias todas de la delación. El 4 de septiembre recibió a Noyes y le informó que el documento del Santo Oficio no había sido correctamente traducido. Que no se había detectado en el libro error alguno que comprometiera la fe o la moral, pero que podía contener algunos puntos de vista acerca de la Historia de la Iglesia que requirieran más atento examen. Después de eso, el Santo Oficio se retiró prudentemente a su cueva dejándole al atribulado Cardenal Hinsley la responsabilidad de limpiar el estropicio. Se creó una comisión especial de censores del arzobispado de Westminster para reexaminar el caso. Eventualmente se mostraron completamente satisfechos con la ortodoxia del escritor y no le pidieron alteración alguna del texto. De todos modos, como algunos pasajes podían verse expuestos a malas interpretaciones sugería que el autor incluyera un prefacio explicativo [...] Escribió el nuevo prefacio y el libro fue reeditado unos meses después por una editora no-católica, Faber & Faber, a la que Sheed & Ward le vendió su stock impreso a menos de su costo» (cf. Prof. H.P.R. Finberg, en *Objections to Roman Catholicism*, Harmondsworth, Penguin Books, 1966, p. 103 *et seq.*).

Esto llegó a extremos ridículos como lo cuenta L. Shook: parece que Gilson le preguntó una vez a Monseñor Montini qué tesis se objetaba de un libro de Chenu. El futuro Pablo VI contestó en impecable francés: «*Es propio de la autoridad no justificarse*». (Apud Gery Provost en Etienne Gilson-Jacques Maritain, *Correspondance*, 1923-1971, París, 1991, Vrin, p. 142). No es de extrañar que después, durante el reinado de Pablo VI -de triste memoria-, se derrumbó el sistema de censuras, en particular para los Chenu, no para nosotros los perros que decía Madiran.

En el Seminario llamaban “Filosofía” a un currículum algo desparejo, pues, además de Ética, Teodicea e Historia de la Filosofía, los estudiantes debían estudiar y rendir también Botánica, Anatomía, Zoología y Biología. Castellani saca muy buenas notas, pero ya no son la serie de «dieces» que caracterizaron su paso por el Inmaculada (salvo en Historia de la Filosofía, que, como vimos, estudiaba entre las olas del mar).

Borrador de carta al P. Socio (Mariano Castellano), sin fecha, pero seguramente de mediados de 1934.

*Palabras Liminares a **Psicología**, p. 8 et seq.*

Reforma, p. 33 *et seq.*

Cf. **Reforma**, p. 25 («...los problemas docentes de mi país que se me plantearon en 1924-1928»). Eso en una punta. En la otra, adviértase que en una entrevista que le efectuó Rodolfo E. Braceli, apenas una semana antes de su muerte, Castellani seguía opinando sobre el asunto. Allí se lee que «los argentinos no salen del bachillerato maduros. La mayoría sale mentalmente averiado, predestinados para ser tilingos incurables», entre otras sabrosos bocados sobre el tema (cf. Entrevista de Rodolfo Braceli publicada con el título *Dios no es un cantor de tango* en la revista *Siete Días*, n. 688, Buenos Aires, agosto de 1980, p. 89).

Algunas se publicaron en la revista del colegio (*El Salvador*); allí hay tres notas sobre *Historia Contemporánea* (en los nn. 15, 17 y 20) y otras tantas de *Psicología* (en los nn. 119, 120 y 121). Todas ellas revelan intensa y esforzada investigación.

Reforma, p. 170 *et seq.*

¿EDUCACIÓN?, *Verbo* n. 332-333, Buenos Aires, 1993, p. 30, reproducido en **C. x C.**, p. 97 *et seq.*

Comenzado el año escolar de 1925, le tocó disertar sobre «*La unidad intrínseca de la Divina Comedia*» (cf. Furlong, Guillermo, *Historia del Colegio del Salvador*, Buenos Aires, 1944, Tomo II, Primera Parte, p. 404). El trabajo sería luego publicado en *Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 167, Buenos Aires, 1925, pp. [373]-386).

Benjamín Benavides, p. 34.

Ibíd., pp. 34 y 51 *et seq.*

Barletta, p. 214 *et seq.* Para una adecuada interpretación del sentido del «fracaso» en el cristianismo, ver la homilía de Castellani en el Domingo Cuarto de Pascua del año '67 (cf. **Domingueras**, p. 137 *et seq.*). Por otra parte, conviene ver que, según Castellani, Lugones se suicidó porque no supo hacer «*el movimiento de la resignación infinita*» al que tan renuentes son los voluntaristas de todo tiempo (cf. *La Frustración Argentina*, en **Notas a caballo**, p. 477). Como fuere, el núcleo de pensamiento de Castellani sobre este asunto de «victorias-derrotas» va por el lado de que «*Dios nunca ha pedido al hombre que venza sino que no sea vencido*» (cf. **Dulcinea**, p. 95 y en una docena de otros lugares). Por último un asunto fundamental: Castellani explica en buena parte los vaivenes de la exégesis apocalíptica en virtud de los vaivenes históricos; cuando la Cristiandad está en la buena hace más bien interpretación alegórica; cuando en la mala, más bien la interpretación literal (cf. *La Virazón de la Exégesis*, en el Apéndice Cuarto de **Parusía**, p. 339 *et seq.*).

Benjamín Benavides, p. 51. Se refiere a la «Bestia del mar» que aparece en el Apocalipsis: «*Le fue permitido también hacer guerra a los santos y vencerlos*» (XIII, 7).

Ibíd. p. 33.

Catecismo, p. 188.

Camperas, p. 13.

Conversaciones, p. 31. En el n. 1 de la revista aparecieron cinco fábulas que son *Proemio*, *Flaco* y *Barrigón*, *El Zorzalito*, *La Tala* y *El bien que nos hacen*. (pp. 10-12).

Por entonces sus obras contaban con traducciones al alemán, al holandés, al francés, al inglés, al italiano, al portugués, al polaco, al ruso y, aun, al checoslovaco.

He hallado un fabulista en *El Salvador*, n. 19, Buenos Aires, 1927, p. 210. Se hallará esta nota de Hugo Wast, incluida a modo de introducción, en algunas de las sucesivas ediciones de **Camperas**.

Celebración, p. 64.

Borrador de carta al P. Marzal fechado el 4 de agosto de 1923.

Está fechado el primero de agosto de 1923.

En verdad, sorprende la cantidad de animales y costumbres que Castellani describe con todo detalle: en las fábulas se hallarán descripciones de innumerables bichos con sus peculiaridades y rasgos principales. Conoce muy especialmente a la abeja y los animales más domésticos como el perro, el gato, los vacunos, las gallinas y el caballo. También resultan notables sus conocimientos ornitológicos: calandrias, zorzales, gorriones, jilgueros, tordos, boyeros, tijeretas, pirinchos, lechuzas, ruiseñores, golondrinas, gaviotas, cabecitas negras, loros y brasitas de fuego, desfilan en las fábulas exhibiendo características particulares que sólo se revelan a quien las contempla con fino y paciente ojo. Describe también a las víboras, los zorros, zorrinos, iguanas y demás bichos campestres con singular maestría. Su descripción de algunos fenómenos especialmente relevantes en el campo no tiene parangón: una inundación, una plaga o una tormenta cobra en su pluma fuerza inusual. En cuanto al ethos y psicología del criollo y gringo de tierra adentro, están magistralmente pintados con muy pocas palabras. Para un verdadero alarde de sus conocimientos camperos, léase *Las Pilchas*, minucioso inventario de los aperos del caballo.

En el Picanillar, **Camperas**, p. 79.

Dedicatoria de *El Evangelio de Jesucristo*, fechada el 10 de septiembre de 1957 (cf. **El Evangelio**, p. [13]).

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 40.

Ibíd., p. 12 *et seq.*

Arte Poética, en **Militis**, p. 30.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 16.

Militis, p. 23 *et seq.*

Ibíd., p. 28.

El Zorzalito, **Camperas**, p. 27.

JOSEF PIEPER, *La defensa de la libertad*, en *Antología*, Barcelona, Herder, 1984, p. 136 (la bastardilla es nuestra).

Dulcinea, p. 251 *et seq.* Sí: la afirmación tiene, con todo, límites precisos, pues está referida a la propia vida. En cambio, para una buena reflexión histórica, otro es su cantar: «*El historiador sabe poco que sabe solamente lo que sucedió y no lo que hubiera podido suceder; porque lo que hubiera podido suceder descubre el sentido de lo que sucedió*» (cf. **Domingueras**, p. 102).

Ibíd., p. 32.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero pongo aquí a modo de guía una denuncia contra los Superiores que no se ocupan de sus subordinados en *La Reina de las Abejas*; el ambiente filisteo del Seminario en *La Risa del Pirincho*; la denuncia de un voluntarismo brutal se detecta en *La Bendición de los Animales*; la amargura de una comunidad que vive entre permanentes chismorreos y más o menos ocultas inquinas en *Dios los cría*; sus sospechas respecto de las presuntas virtudes de sus abúlicos o remilgados compañeros salta a la vista en *Yo no hago mal a nadie*; y los «buenos estudiantes» que nada aprenden aparecen retratados en *Flaco y Barrigón*, una semblanza del P. Travi, que lo era.

No tengo dudas de que Castellani pone «rengo» por «tuerto». En otra fábula, *La Pandilla*, aclara que «el Renguito era hijo del periodista Ducadelia, que mataron los policía-bravas de Freyre en tiempo del primer Yrigoyen» (**Camperas**, p. 162).

Camperas, p. 35 *et seq.* Véase también la nota (2) del Capítulo III.

Encuentros, Buenos Aires, 1996, Sudamericana, p. 346.

Camperas, p. 214.

En la **Reseña**, p. 366, se le cuentan 20.837 votos, lo que coincide con los datos del apéndice a *El '45* de Félix Luna.

Conversaciones, p. 129. Y en otro lugar, recuerda cuando «... *acepté ser candidato a diputado argentino desobedeciendo al arzobispo, según dicen en la Curia, aunque es doble o triplemente falso; pero en fin es la "verdad oficial", confirmada con muchas sanciones penales, crimen inexpiable como el de Edipo*» (cf. **Barletta**, p. 208 et seq.).

Conviene fijarse que lo de «Eminentísimo Purpurado» muestra a Benítez en lo que es. Remeda a Castellani y no le sale del todo, hay siempre esta pequeña nota discordante que desafina levemente. Si el título tiene intención humorística, está fuera de lugar. Y si lo dice en serio, exhibe un Benítez que nos sabemos: finalmente, y hasta el fin de sus días, esencialmente curialesco y aficionado a las intrigas palaciegas.

Benavides, p. 304. Respecto de esta candidatura, Castellani le escribió al P. Cándido Mazón S.J. que «Esto no lo busqué ni lo quise: estaba fuera de Buenos Aires y aun un poco fuera de este mundo. Cuando lo supe, me pareció humorístico. Cuando se produjo puse los medios que juzgué más convenientes *in Dómino*, aconsejado de mi confesor, para deshacerlo. Si me exigieran ahora que jurase que puse Todos los medios, y los medios Mas Eficaces Posibles, no lo juraría. Si me pidieran que jurase No Puse ningún medio razonable, juraría mucho menos. Por lo demás, también están explicados los particulares de este chusco asunto en larga carta de P. Benítez S.J. y mía...» (Borrador de carta fechada en Manresa, el 12 de octubre de 1947).

Conversaciones, pp. 129-130. En ningún lado encontré que Castellani explicara cuáles eran las «*condiciones*» que Travi le ofrecía para su secularización ni por qué resultaban «*imposibles*» para él.

Reseña, p. 367.

Mi Confesión, pp. 7-8. Fermín Chávez me contó que otra de las calumnias que por entonces circulaban era que Castellani andaba enredado con Alicia Eguren, cosa que los redactores de TRIBUNA -donde trabajaba Chávez- desmentían enfáticamente. Benítez... Benítez no desmentía nada. Castellani no hace ninguna mención a esto en ninguno de sus escritos.

Fierro, p. 37 *et seq.*

Borrador de carta a Víctor Anzoátegui fechado en Génova el 4 de febrero de 1947 (hay una leyenda del cura que indica que no la mandó).

Loris Zanatta, *op. cit.*, p. 358.

Borrador de carta a Jorge Mejía, fechada en Génova, el 25 de enero de 1947.

Registro sin fecha, asentado en la primera página de un cuaderno «*Reconquista*» (tapa blanda).

Mi Confesión, p. 10.

0

Ibíd., p. 6

Carta del P. Germán Rinsche S.J. al P. Tomás Travi S.J. fechada en Villa Devoto el 7 de diciembre de 1946.

Carta del P. Germán Rinsche S.J. al P. Tomás Travi S.J. fechada en Villa Devoto el 11 de diciembre de 1946. Lamentablemente no he encontrado este artículo de *Tribuna*, ni sé cómo estaría firmado (¿El cura loco?).

Uno -una recopilación de artículos publicados en el diario *Cabildo*- saldría publicado más de veinte años después como «***Decíamos Ayer...***»; el otro como «*Cristo, ¿vuelve o no vuelve?*», en 1951 (y con varios agregados que Castellani le haría durante ese tiempo).

Diario, 31 de enero de 1947. Tres meses después, cuando las cosas se le ponen peor todavía, que Carchín se muere y lo reclama y Janssens lo tiene «preso» en Roma, Castellani vuelve a anotar algo similar: «¿*Qué es lo que has venido a buscar aquí, oh inocente?. Por lo menos la certidumbre de lo que yo sospechaba acerca del estado actual de la Iglesia*». (Cf. ***Diario***, 23 de abril de 1947).

Benavides, p. 14.

Parábolas, p. 99. Y en otro lugar: *«El ha autor ha tratado al Evangelio ¿objetivamente o subjetivamente? Subjetivamente, porque ha empleado para entenderlo su propia experiencia religiosa; sin eso no hay libro propiamente religioso. Objetivamente, porque no ha tratado de dar sus propias opiniones u ocurrencias, sino lo que estaba allí: lo que quiso decir Cristo, en cuanto él puede alcanzarlo»* (Cf. **El Evangelio**, p. 373). Aquí no estaría de más señalar que siempre hemos preferido la exégesis de tipos como Lewis, Duquesne o Castellani que invocan curiosos títulos para sus autorizadas opiniones: Lewis, que sabe literatura, Duquesne que es judío, Chesterton, su amor a la realidad, Castellani... que probó en carne propia cada una de sus tesis. En cambio, los exégetas profesionales suelen caer en una especie de racionalismo que acaba con la palabra que querían, tal vez, explicar: *«Como les enseñan la Teología disputando, muchos teólogos parecen más abogados que hombres de ciencia; es decir, ergotizadores aptos para buscar y hacer argumentos, a veces sutilísimos, en pro de una tesis que le dan a defender -o la contraria-, más bien que pensadores sedientos de la Verdad»* (**Benavides**, p. 25).

Benavides, p. 213.

Diario, 22 de diciembre de 1946.

Borrador de carta fechado el 7 de octubre de 1928.

Cf. A.M.D.G. en **Nueva Crítica**, p. 510. *El fin justifica los medios* fue publicado en *Criterio* (n. 24, Buenos Aires, 1928, pp. 215-216). Resulta quizá interesante notar que en este trabajo Castellani se mofa de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, libro del teólogo chileno Manuel Lacunza S.J., al cual despacha como «una de tantas versiones adventistas de la teología cristiana que se van por los cerros de la extravagancia». Y un poco más adelante dice que Lacunza es «un expulso jesuita desprovisto de ciencia teológica sólida y aun de sentido común» (!). Dos meses después, Furlong, bastante más aplomado y ecuánime, refuta a Chaneton en un trabajo publicado en otra revista en el que reivindica la obra de Lacunza y su status de teólogo y jesuita (en el número siguiente de la revista aporta un interesante trabajo de investigación bibliográfica sobre *Las ediciones castellanas del libro de Lacunza* (*Estudios*, n. 209, Buenos Aires, 1928, pp. [144]-150). Muchos años después, Castellani reivindicaría calurosamente al genial teólogo chileno como surge a las claras de todos sus libros dedicados a la exégesis y el explícito trabajo titulado *Un clásico americano echado a las llamas y al olvido* originalmente publicado en la revista *Qué* (n. 142, Buenos Aires, 1957) y reeditado en **Nueva Crítica**, p. 408 *et seq.* Se hallará el inventario completo de las referencias de Castellani a Lacunza en la nota (43) del Capítulo XX.

Borrador de carta a Roberto Saboia de Medeiros, sin fecha, entre una a su hermano Fernando, de fecha 29 de enero, y otra a Tomás de Lara del 10 de febrero de 1929.

Conversaciones, p. 30. Esto no quita que Castellani por ahí le da por decir que Suárez fue un «gran teólogo» (cf. **Decíamos Ayer**, p. 292).

Anteprólogo a la **Suma Teológica**, Tomo I, p. IX.

De su **Diario**. El asiento no tiene fecha, pero está entre dos borradores de carta de febrero de 1927 dirigida a Roberto Saboia de Medeiros S.J. y abril de 1928 dirigida a César Pico.

Asiento sin fecha, probablemente correspondiente al mes de abril de 1929.

Borrador de carta al P. Ramón Lloberola fechada el 7 de marzo de 1929.

Militis, p. 247.

Barletta, pp. 223 y 225.

Una rápida compulsa de la bibliografía de Castellani revela que sólo una quinta parte de sus libros fueron escritos de tomo a lomo: la mayoría son recopilaciones de artículos previamente publicados.

Militis, p. 23.

Jauja, n. 29, Buenos Aires, mayo de 1969, p. 45. Aquí no puedo sino remitir a la divertida *Balada del Periodista sin Diario* (en **Seis Ensayos**, p. 176). Acerca de la tarea periodística como tal, hay una defensa del género que «*tiene su parte buena, como todas las cosas*» mencionando Castellani que al ajustarse a tal tipo literario se ha visto obligado a componer su exposición sobre los evangelios del domingo dejando de lado toda pedantería y escondiendo la ciencia que avalaba sus trabajos (cf. **El Evangelio**, pp. 272-373). V.q. la «*Carta n. 5*» de su artículo póstumo: *Cartas de un Demonio a Otro* (*Mikael*, Revista del Seminario de Paraná, n. 27, Paraná, Tercer Cuatrimestre de 1981, p. 38 *et seq.*) y el ensayo *Honestidad para el periodismo* (publicado en *Dinámica Social*, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, julio de 1956, n. 70, p. 4).

Borrador fechado el 10 de febrero de 1929.

Recuerdos de Frank Swinnerton *apud* Maisie Ward, *Gilbert Keith Chesterton*, London, 1944, Sheed & Ward, p. 138.

En su *Autobiografía*, apud Eduardo B.M. Allegri, *Aproximación a Chesterton*, Buenos Aires, EDUCA, 1996, p. 75. Al final de su vida Castellani recuerda que «*Chesterton me cayó en gracia. Sus libros los tengo todos, puede decirse. Claro, siempre le falta algún libro a uno. Me cayó en gracia porque es gracioso él mismo, y porque es apologista de la religión de Cristo*» (cf. **Conversaciones**, p. 40).

Maisie Ward, *Gilbert Keith Chesterton*, London, Sheed & Ward, 1944, p. 160.

Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, Tomo III, Entre la Novela y la Historia, Buenos Aires, Hachette, 1962, p. 11 *et seq.*

Borrador de carta a Fernando Saboia de Medeiros, fechado el 12 de julio de 1929.

Apud Jorge N. Ferro / Eduardo B.M. Allegri, *Ignacio B. Anzoátegui*, Buenos Aires, ECA, 1983, p. 23.

Borrador de carta al P. Castellano, fechada el 9 de abril de 1929.

Habría que recordar aquí el cruce entre un clásicamente malhumorado e ingrato Borges y un semisalvaje cronista del diario La Razón: «*“Lo que me interesa que destaque es que yo felicité al General Videla por el golpe del 24 de marzo, que nos libró de la ignominia que padecíamos”*. Así se expresó Jorge Luis Borges, esta mañana, al hablar al cronista de *La Razón* que lo entrevistó para conocer sus impresiones sobre las dos horas, almuerzo incluido, que compartió ayer con Ernesto Sábato, Leonardo Castellani y Horacio Ratti. *“Sin embargo, tratándose de escritores representativos de distintos enfoques... ¿usted cree que Ratti es representativo de algo? -Bueno, es un poeta con varios libros publicados... -Eso no quiere decir que represente algo. Y Leonardo Castellani es un escritor de novelas policiales.”*» (cf. *La Razón*, Jueves 20 de mayo de 1976, p. 1).

Borrador fechado el 16 de enero de 1929.

Recuerdos de la Vida Literaria, op. cit., p. 16 et seq.

Borrador fechado el 5 de enero de 1930.

En un borrador de carta fechado el 15 de diciembre de 1928, Castellani felicita a Ernesto Palacio por su casamiento y admite paladinamente que se ve dominado por un «...*deseo intenso de su felicidad futura, de su felicidad completa y doble, que hoy ha venido sobre mí con una vehemencia irrazonable ya que no acabo de discernir del todo las razones de esta amistad súbita. Debe ser gratitud de lector católico y argentino o afinidad de almas*».

Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, *op cit.*, p. 26 et seq.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 25. V.q. *La unidad en la Divina Comedia de Dante* (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, Buenos Aires, 1925, pp. [373]-386).

Borrador de carta a Roberto Saboia de Medeiros S.J., fechado el 22 de febrero de 1927. En 1956 Castellani lo recordaba así: *«Hace 30 años leí con éxtasis las primeras obras de Claudel. Los artículos de Toncquedec me habían puesto sobre la pista y conseguí las principales obras no sin dificultad. Mi entusiasmo era ilimitado; una temporada fue una “marotte”. Las “Grandes Odas” y las poesías religiosas me ponían por las nubes. Mucho le debo a Claudel, por cierto.»* (**Diario**, 23-II-56).

Louis Bouyer, *La Descomposición del Catolicismo*, Barcelona, Herder, 1969, p. 44. Castellani coincidiría: «*La religión de Claudel, sana y veraz, no tiene mucha interioridad; lo religioso no se hunde mucho en él, entra y después rebota (magníficamente por cierto) como un líquido sobre una plancha candente. No es un escritor “religioso” propiamente (en el riguroso sentido de Juan de la Cruz, Kirkegor y San Pablo) sino un “poeta católico”, un genial poeta católico, un imaginero o constructor de catedrales en la tierra de Francia. Pero escritores religiosos de la otra clase hay poquísimos. Se diferencian en que lo que escriben es desborde de su vida interior; y es toda su vida interior traspuesta en palabras. Todo lo que dicen es “revelación” de un secreto que en el fondo no se puede revelar. La fe para ellos no es material poético sino su vida misma ante todo*». (**Diario**, 23-II-56).

Y a continuación aclara por qué: «*Lo que yo digo y que me hizo caer el alma a los pies fue su calumnia contra Maurras, las dos Odas compuestas casi juntas, una a Pétain y otra a De Gaulle*» (cf. *Centenario de Claudel*, en **Jauja**, n. 20, Buenos Aires, agosto de 1968, p. 12). Cabe recordar aquí que en 1952, habiendo fallecido Maurras la Academia Francesa—que lo había destituido en 1945—decidió rendirle un homenaje: «*Todos los académicos se pusieron en pie cuando terminó el discurso [de Jules Romains], excepto Claudel, que declaró: “Yo no comprendo nada del homenaje que se acaba de rendir a Maurras. Maurras no formaba parte de la academia y nuestro reglamento le había exluido de ella en aplicación de la ley... Las palabras que acaban de ser pronunciadas, creo que no fue necesario decirlas. No; yo no comprendo nada y mantengo que mi protesta sea inscrita en el proceso verbal de esta sesión”*» (cf. Henri Bordeaux, *Charles Maurras et l’Academie Française*, 1955, p. 157 *apud* Louis Chaigne, *Paul Claudel poeta del simbolismo católico*, Madrid, 1963, Rialp S.A., p. 231). Por lo demás, con el paso de los años, Castellani terminó un poco desencantado con su poesía que llega a describir como «*...de un modo demasiado triunfante, a veces, para nuestro gusto. Un poco de fanfarria gala hay en la religión de Claudel*» (cf. **Ruiseñor**, p. 105).

Crítica, p. 78.

Estudios, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 211, Buenos Aires, 1929, pp. 65-66.

Crítica, p. 219. Los artículos aparecieron en los nn. 79, 80 y 81 de *Criterio* en diciembre de 1929.

Borrador de carta a Roberto Saboia de Medeiros S.J., fechado el 22 de febrero de 1927.

Celebración, p. 235. En el capítulo XXV de este libro se trata este mismo tópico extensamente.

Borrador de carta a Fernando Saboia de Medeiros fechado el 12 de julio de 1929.

El registró esos dichos en varios de sus cuadernos del año 1934. De todos modos casi diez años después lo llama «*un gran maestro nuestro*» (cf. *Neutralidad*, en **Militis**, p. 85), una gentileza inspirada no sabemos cómo.

Borrador de carta al P. Socio fechado el 13 de agosto de 1929.

Juan XXIV, p. 23. Unas páginas (y episodios) después el cura vuelve a malambear a solas (p.31).

Borrador de carta al P. Socio fechado el 13 de agosto de 1929.

Aunque él dice que «*hay que ver que el muchacho argentino tiene beca y se podría sacar de él grandes cosas*» (cf. **Reforma**, p. 170).

¿Educación?, **Verbo**, Buenos Aires, 1993, n. 332-333, p. 35 (reproducido en **C x C** p. 97 *et seq.*). Buena memoria la de Castellani, pues tengo delante de mí el borrador de esa carta: *«Le he echado muchas bendiciones a V.R., lo mismo que en los primeros tiempos de mi noviciado, que estaba en consolación y atribuía a Vd. mi vocación. El segundo día me equivoqué de clase... y oí sin querer una clase de Cosmología del P. Hoenen. Embobado. Quién pudiera repasar la Filosofía, mis perniquebrados dos años de Fi-losofía. Como los chicos en las jugueterías, quiero todo a la vez»*. (Carta dirigida al P. Parola, presumiblemente escrita entre el 15 y 20 de noviembre de 1929).

Borrador de postal dirigida a María Magdalena Castellani, fechado el 29 de octubre de 1929. Acerca de Castellani y el mar, *vide* la nota 19 del Cap. IX.

Asiento en sus papeles fechado el día 8 de noviembre de 1929.

Borrador de carta dirigida a Emiliano Suárez, fechado el 11 de noviembre de 1929.

Roma, 3, en **Oraciones**, p. 216.

Diario, 10-XI-29.

Diario, 15-XI-29.

Natal de Roma, en *Dinámica Social*, n. 90, 1958, p. 9.

Así, por ejemplo, respecto de II Tes. II, 7, Castellani dice que: *«La exégesis patrística rectificó su punto de mira sin abandonarlo: el Imperio Romano es el Obstáculo; pero no propiamente su Emperador personal, sino su estructura formal, el Orden Romano, que se conserva y aún se completa en la inmensa creación político-cultural llamada la Cristiandad europea... El orden más o menos imperfecto pero vigente desta que llaman hoy “civilización occidental” atajó hasta hoy la inundación de la iniquidad... Ésta es la interpretación más sólida y respaldada del “Katéjon” de San Pablo»* (cfr. **El Apokalypsis**, p. 172 et seq. En el mis-mo libro vide quoque el *Excursus «L»* acerca de *El Imperio*, p. 322 et seq. así como también en **Juan XXIV**, p. 137). Por otra parte, en varios lugares Castellani sugiere que Roma es la Meretriz Magna (vide **Oraciones**, p. 215) y funda el aserto, matizado, en varios lugares, principalmente en los capítulos III y VIII del Libro III de **Benjamín Benavides**, donde dice, entre otras cosas, que *«no es forzoso pues que la Ciudad impía de los últimos tiempos sea de nuevo la Ciudad de la Siete Colinas -aunque tampoco es imposible-»* (p. 244) y que *«la Ramera sobre la Bestia es el Imperio Romano idolátrico, restaurado al fin de los siglos por el poder del mal»* (p. 296). Véase también otro caso de exégesis difícil (*«donde esté el cuerpo, se juntarán las águilas»* -Mt. XXIV, 28-) en el cual «Roma» es la clave de interpretación, en *La Parábola del Aguila y el Cadáver* (cf. **Parábolas**, p. 274 et seq.). Por último, en **Fierro** repite lo que le dijo Benjamín Benavídes: *«Hacia aquí -me dijo un día- / (Mirando a Roma me atristo) / Volvió su faz Jesucristo / Cuando iba a subir al cielo, / Y es en este mismo suelo / Que reinará el Anticristo»* (p. 128).

Fierro, Canto Sexto, p. 108.

Parusía, p. 55. Con todo, Castellani se resiste a identificar a Roma como la ciudad simbolizada en la Gran Babilonia del Apocalipsis: *«que Roma sea también la última Babilonia designada, ni lo dice [el texto] ni parece probable aunque no faltan intérpretes, como Auberlen, Sweete, Benson y Lacunza que supongan una Roma futura pervertida, capital del Anticristo. Ni con tres Mussolinis seguidos alcanzamos a ver a la actual Roma italiana convertida en dominadora de los Reyes de la tierra, Pero ¡Dios sabe! Nada es imposible, otra vez.»* (cf. **Apokalypsis**, p. 252).

Diario, 3-XII-29.

Borrador de carta a Emiliano Suárez, fechado el 11 de noviembre de 1929.

Juan XXIV, pp. 49 y 60.

Borrador de carta a Emiliano Suárez, fechado el 11 de noviembre de 1929. De padres ingleses, George Swinburne Burns S.J. había nacido en Chile aunque de chico fue enviado a Stonyhurst, el gran colegio de los jesuitas en el norte de Inglaterra. Amigo de mis padres, lo conocí allá por los '70. Yo tendría entonces unos quince años, y me impresionó su porte, su gran sotana blanca (toda una rareza por aquellos años) rezando el breviario en el jardín de casa. Años después, la lectura de uno de sus libros, *Dialogue and Decision*, me desilusionó enormemente (ya el título me había hecho sospechar...). Será el último jesuita con quien Castellani se moleste en discutir acerca de la Compañía, Burns tomando el partido más «oficial», Castellani deprimido y solo en su esencial impugnación. Burns morirá jesuita, Castellani... ya veremos.

Sherlock Holmes en Roma (*Criterio*, n. 138, Buenos Aires, 1930, pp. 531-533 reproducido en **Crítica**, p. 134 *et seq.*). De este artículo se deduce a las claras que por el año '30 Castellani ya había leído la mayor parte de las obras del inglés; algunas, muy cuidadosamente, como en el caso de *Ortodoxia*. Por lo demás hay que tener en cuenta que sobre los libros del inglés que hemos conocido después (generalmente mal) traducidos al castellano, Castellani los había leído todos en su lengua original, además de una buena cantidad de obras no traducidas y completamente desconocidas para nuestros compatriotas (por citar sólo dos, sus libros de viaje, de gran importancia: *The Resurrection of Rome* y *The New Jerusalem*). Con todo, dos argentinos por entonces también contribuyeron a la difusión entre nosotros del escritor británico: Benjamín Bourse en *Estudios* y Emiliano Mc. Donagh en *Criterio*.

Crítica, p. 151.

Gilbert Keith Chesterton, London, 1944, Sheed & Ward, p. 495.

El Buen Sentido de Chesterton, en **Crítica**, p. 155.

Borrador de carta a su madre fechado el 8 de diciembre de 1929. Para una versión más cuidada de sus recuerdos, véase *Sherlock Holmes en Roma* (**Crítica**, p. 135). Allí surge que el dibujo de Chesterton era de Barnes, no de Churchill.

Gilbert Keith Chesterton, op. cit., p. 492.

Conversaciones, p. 108. Se hallará un recuerdo parecido de estas puebladas en **Domingueras II**, p. 109. En un artículo del año '44 Castellani decía que «*Los filósofos norteamericanos definen así esta palabra fascismo: “es una forma perruna que tienen algunas naciones, por la cual quieren apoderarse de otras naciones más chicas, con otra tropelías y desmanes enteramente contrarios a la civilización cristiana”* [...] Debo advertir que yo estuve en Italia cuando había fascismo y lo que yo vi con mis propios ojos (puedo equivocarme) se parece a la definición que dan los yanquis, más o menos como un huevo a una castaña» (*Respeto a las palabras*, originalmente publicado en *Cabildo* y reproducido en **Decíamos Ayer**, p. 174.)

Las ideas de mi Tío, p. 185.

Domingueras II, p. 300.

El vigor que nos falta (II) publicado en *Dinámica Social* (n. 96, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, septiembre de 1958, p. 9).

Cf. *Sherlock Holmes en Roma*, **Crítica**, p. 137.

Diario, 28-I-30.

Diario, 30-I-30.

Cristo Vuelve, p. 66 *et seq.*: «Lo podía escuchar pocas veces, porque a la hora que predicaba tenía clase, pero podía hacerlo los jueves y domingos y me quedaba pasmado de la elocuencia de Golía» (cf. **Catecismo**, p. 148).

Conversaciones, p. 32 *et seq.*

El Evangelio, *Advertencias Finales*, p. 371. La edición que utilizó fue la de Stuttgart, *Editio quarto decima*, del año 1930 (*Ibíd.*, p. 66).

Dulcinea, p. 79.

Conversaciones, p. 32 *et seq.*

¿Educación?, en *Verbo*, n. 171, Buenos Aires, abril de 1977, p. 36.

Tanto para los excesivos ditirambos de Irene Caminos cuya devoción por Castellani le hace decir todos esos disparates sobre el «*diploma bulado*» de su héroe.

Aunque no se le pasaba lo que ocurría: «*La liturgia era cautiva del enemigo; había sido manoseada, vaciada por dentro, y llenada de una substancia indigna y aún satánica*» (**Dulcinea**, p. 182).

Benjamín Benavides, p. 52.

Diario, 8-II-30.

Apéndice a **Catarsis**, p. 116.

Diario, 4-XII-30.

Apéndice a **Catarsis**, p. 116.

Diario, 10-II-55.

Fierro, Canto Segundo, p. 38.

El Tribuno, n. 153, Salta, Domingo 22 de junio de 1980, p. 3.

Apéndice a **Catarsis**, p. 116, reproducido en **C. x C.**, p. 363 *et seq.* En **Juan XXIV**, Castellani hace alusión a un episodio que tal vez interese recordar aquí: el P. Lombardi («Milanesi» en la ficción) compañero suyo en la Gregoriana declamó *«...un poema en dialecto el día de mi ordenación, ante toda la Universidad y el Cardenal Marchetti-Selvaggiani, que fue una... falta de caridad que no califico; se burló usted (y lo que es peor, con gracia) de un defecto físico mío; se mofó de un enfermo, en suma. Antes del acto académico había subido a mi cuarto y díchome: “No lleve a mal lo que voy a decir, es una broma cariñosa, tanto per rídere”; y yo incautamente dije no me ofendería; y poco virilmente, en la academia misma, aunque vivamente herido, yo me reí y aplaudí... en falso. Debería haberme alzado y salido del salón. Como siempre: reacciono a las ofensas primero débilmente y después salvajemente.»* (p. 151). Es verdad que Lombardi fue compañero suyo en la Universidad, que Castellani tiene un defecto físico, que él suele reaccionar como dice y la inclusión de un dato autobiográfico como ése en la novela, constituye un rasgo típico en él: *«Estoy escribiendo una novela titulada “Juan XXIII, Papa”, así a ratos perdidos, en que simplemente narro mi vida pasada, estilizando no poco: casi pura historia por un lado, y pura fantasía por otro.»* (p. 172). ¿Pura historia o pura fantasía? A pesar de todo me inclino a lo primero pues en uno de sus cuadernos de Manresa encuentro la siguiente anotación: *«La declamación en el Colegio, gran papelón y en el fondo protesta subconsciente contra una situación falsa. Por ser demasiado sumiso llego a situaciones falsas, como el convidado que por timidez come demasiado y llega al vómito. Y después la situación se resuelve violentamente»* (Anotación en el «Cuaderno Central», sin foliatura, registro sin fecha).

Camperas, p. 152. «En la vida de Miguelángel por Grimm se cuenta de Leonardo cuando pintaba la cena (ahora destruida por la barbarie alemana -o nó, creo que por los “liberadores”-) pasaba horas enteras sentado sin hacer nada. “¡Pinte!” -le decía el prior-. “No veo la cabeza de Cristo”, decía el de Vinci. ¿Creéis que estaba ocioso en esas horas? Nones. Estaba trabajando en “no ver”, en hacer en sí mismo la oscuridad creadora, en rechazar las docenas de cabezas insatisfactorias que su portentosa imaginación le sugería. El genio es una larga paciencia. Hay que esperar para escribir que se forme sola en la punta de la pluma la destilada gota transparente» (**Diario**, 28-II-48).

Conversaciones, p. 32 *et seq.*

Es interesante el caso de Maritain: en el tiempo de «*Las Grandes Amistades*» -así se llamó la especie de semblanza de la época que hiciera su mujer, Raïssa- con Péguy, con Psichari, con Bloy, con Bernanos o Massis, todos aportaban en la lucha contra la modernidad. Terminadas esas grandes amistades -tal vez por obra de la propia Raïssa-, se terminó el combate, ¿o viceversa? Lo cierto es que el «nuevo» Maritain democrático, moderno y optimista post-Acción Francesa se queda prácticamente sin amigos (su epistolario con Gilson es una muestra de lo que digo). Hay, desde luego, otros casos de francotiradores relativamente eficaces en oponerse a la modernidad desde su soledad (pienso en Saint Exupéry, por ejemplo, por no nombrar a Orwell, un hombre que se oponía a la modernidad húrfano de amigos -y de tradición para munirse debidamente).

J.B. Morton, *Hilaire Belloc*, New York, Sheed & Ward, 1955, pp. 131-132. Este autor es inmensamente más sensato que A.N. Wilson cuya apreciación de la soledad de Belloc constituye un retorcido ejercicio freudiano donde hay palos porque boga y palos porque no boga. De todos modos allí hay testimonios como éste de Maurice Baring sobre la casa de Belloc, en Oxford, cuando recién casado: «*La gente entraba por la ventana y a veces se arrojaban sifones a través de la habitación. Aparecían los jamones y se tiraba manteca al techo, donde quedaba pegada. Alrededor de la humanidad de Arthur Stanely se apilaban las sillas una sobre la otra en una suerte de pináculo desde cuya cúspide alguien vertía tinta sobre él. Se cantaban canciones; se tomaba oporto y se lo tiraba alrededor del cuarto. En realidad, teníamos una marca especial de oporto que llamábamos “oporto-para-tirar” siempre disponible para tal propósito*» (*The Puppet Show of Memory*, apud. A.N. Wilson, *Hilaire Belloc, A Biography*, New York, Atheneum, 1984, p. 83).

Política y Salvación, pp. [4]-[8].

La Moral Cristiana en Confronto, en **C. x. C.**, p. 341.

En este sentido, más aún que en *Los Papeles de Benjamín Benavides*, Castellani quiere hacer creer en la existencia del viejo judío en una conferencia pronunciada en la librería Huemul en 1962. Allí refiere lo más campante que hacía unos pocos días le había dado la extremaunción. La conferencia se publicó con el título de *Perspectivas Argentinas*, y se encuentra reproducida en **Notas a Caballo**, pp. 560-565, donde refiere la muerte y testamento de aquel personaje de ficción.

Por divertida, cito aquí la síntesis biográfica del personaje en cuestión: *«Algunos lectores me han hecho el agravio de dudar de la existencia de mi tío. Otros me han pedido precisiones acerca de su curriculum vitae. Dejando su biografía para otra, pues por ahora me parece más cómodo ir publicando sus ideas, a medida que las den sus embrollados manuscritos, y mis turbios recuerdos, adelantaré para comprensión de este relato lo siguiente: que mi tío perteneció al “Club Anarquista Tolstoi” siendo estudiante de medicina antes de frailar lo cual hizo a los 26 años, después de una juventud algo agitada; que fue profesor de Filosofía y Capellán de la Cárcel de Encausados, fue nombrado canónigo por Monseñor Espinosa, viajó dos años por Europa, su salud quebrantada y murió después de seis años de cruel parálisis parcial, durante los cuales yo le fui secretario, amanuense, lector y creo más que todo discípulo. (J. del R.)»* (cf. **Las Ideas de mi Tío**, p. 94).

Así, por ejemplo, en *Sobre... la Vocación del Argentino*, artículo publicado en el diario *Clarín* del 29 de agosto de 1974: Castellani escribió: «*Mi amigo Juan Palmetta hizo antes de morir una larga lista de macanazos en latín perpetrados incluso por profesores universitarios.*». Juan Palmetta era pseudónimo que utilizó en la sección *Fe de Erratas* de la revista *Criterio*. Aquí se refiere a lo publicado en el n. 602, Buenos Aires, 1939, pp. 35-36).

Oda a la Pipa, en **Oraciones**, p. 273. Hay otra *Oda a la Pipa* -escrita unos meses después-, en la p. 303.

Cf. *The Four Loves*, London, Collins-Fontana Books, 1968, p. 67 *et seq.*

Simon Tugwell O.P., *Orar, hacer compañía a Dios*, Madrid, 1982, Narcea S.A., p. 64. Y continúa: «*O también, si consigues no perder la paciencia inmediatamente, pero no olvidas y lo guardas para más tarde, cuando explotas de repente por algo totalmente trivial, lo haces con un peso de furia excesiva y en nada relacionado con la provocación aparente, y eso no es justo*». En sentido análogo, Castellani ha dicho que «*la educación poda nuestros gestos y hace bien; deben podarse para dominarse; pero también poda de más y nos mutila: nuestra expresión es “etriquee, guindee, amenissee”... somos seres trabados envarados, enterecidos, engarabitados, congelados... La educación nos pule, pero a veces nos mutila, y quizá nos resiente*» (Psicología, p. 76). Justamente sostengo aquí que la amistad es el único «campo» donde uno puede aprender a compensar estas «mutilaciones» sin hacerle daño a nadie y que eso forma parte del humor y diversión de un grupo de amigos.

Suma Teológica, II-I, q. IV, art. 8. Significativamente Castellani no anotó este artículo.

Fierro, Canto XV, p. 285.

Política y Salvación, p. [6]. El mismo asunto se trata en **El Evangelio**, Domingo vigésimo cuarto y último después de Pentecostés, p. 323 y en **Domingueras I**, p. 291.

Diario, 20-IV-47.

Juan XXIV, p. 70. En la p. 25 está el expletivo «*¡fuppa!*» que tanto nos ha divertido.

Entrevista con David Malbert, publicada en el *News Chronicle*, el 11 de junio de 1953 (p. 8), *apud* Martin Stannard, *Evelyn Waugh, The Later Years 1939-1966*, New York, W.W. Norton & Company, 1994, p. 303.

1Habr  que poner una nota aquí sobre las «amistades particulares» tan mal vistas durante tanto tiempo. Me dice el P. Alfredo Sáenz que la locución «*amistades particulares*» fue acuñada por cierta literatura espiritual que miraba sobre todo al bien de una comunidad. Sáenz refiere que la fórmula es un poco desgraciada («*después de todo  qu  amistad puede no ser particular?*») pero que tenía por mira evitar dos males: en primer lugar, una amistad desordenada que pudiera connotar alguna clase de homosexualidad (de aquí el libro de Peyrefitte); en segundo lugar -y más notablemente- para evitar que las amistades conspiren contra la vida de la comunidad. Desde luego, Sáenz me admitió que esto se ha prestado a toda clase de equívocos y abusos, que en muchos institutos, conventos y monasterios simplemente se trató de impedir cualquier amistad, a veces por razones espurias. Le pregunt  entonces si se le podía achacar a la Compañía cierto grado de responsabilidad en el caso de Castellani-sin-amigos. -*Puede ser...* -me dijo- *pero creo que no*. Por otra parte me parece relevante lo que me dice un fraile amigo: se desalientan las amistades en los conventos porque se las ve como un posible foco subversivo, como un atentado a la omnímoda autoridad que gobierna ésta o esta otra casa. Nada molesta más a un aprendiz de tirano que detectar el fenómeno entre sus subordinados. Lewis apuntó lo mismo en el lugar que ya indicamos.

Kirkegord, p. 179.

Dulcinea, p. 251.

Kirkegord, p. 12.

Ibíd., p. 100 *et seq.*

Celebración, p. 69. En muy apretada síntesis Castellani dice que «*es la correntada*». Cfr. **Kierkegord**, p. 176.

Ibíd., p. 73.

Parábolas, p. 141.

El Ruiseñor, p. 20.

Ibíd., p. 227. Se refiere a «*Les Fleurs du Mal*».

Anotación del 2 de octubre de 1954.

Benjamín Benavides, p. 41.

Quizá valga la pena juntar los distintos lugares en donde Castellani anota sus observaciones sobre el mar y las ocurrencias que le sugiere. Por ejemplo, en su último viaje a Europa a bordo del «Hornero» llevaba un **Diario** en el que escribió las siguientes reflexiones: «Un tiburón se ve a lo lejos, a la altura de Pernambuco, o acaso no se ve: es una mancha bajo las olas que aparece y desaparece; una mancha que, curioso, es a la vez sombría y brillante; que hay que tener ojos aguzados para verla, y que devora al hombre al mostrarse. Así es el diablo». Pero no todos los asientos son tan siniestros; los hay cómicos también: «Eso que dicen en la escuela que una de las pruebas de la redondez de la tierra es que un buque al desaparecer en la lontananza, primero se pierde de vista el casco, después la cubierta, después los mástiles, es cuento. No pasa así. El buque disminuye de tamaño, y al final se hace una curubica donde no hay distinguir ni casco ni mástil. Con catalejos quizás se vea éso, a simple vista, no. El arco es demasiado corto... o la tierra no es redonda». Fantástica nos parece la siguiente: «Las olas rompen con rumor a estribor del buque con una guirnalda de espumas. No lo conmueve nada. Mas de golpe viene un golpe seco como una catapulta, caso como un cañonazo, que lo hace temblar y oscilar y se levanta una columna de agua y una rociada de ella sobre la proa -que es el lugar mejor para tomar duchas en este buquecito; duchas de agua salada y muy fría. Son enormes olas submarinas que de vez en cuando vienen sin ruido ni hinchazón externa. Ésas son las que cuentan, las de la superficie no tienen importancia. A veces se ve a lo lejos en el mar una columna de golpe de gotas y espuma, que se levanta como un “geyser”. No sé lo que puede ser, si no es dos grandes olas “de fondo” que se topan. Así es la conciencia del hombre.». Siempre, en todos sus viajes, Castellani intentó atrapar al mar con palabras y arrancarle sus secretos: «Al atardecer el reflejo del sol da al resto del agua por contraste un color de plomo. Parece exactamente un horno de plomo fundido que se mueve en curvas pesadas y langorosas (en la calma chicha) salpicadas y asperjadas de oro líquido; como si sobre el plomo arrojasen baldes de oro fundido más liviano, exquisitamente veteado, como una piel de leopardo en fuego. Pero ese espectáculo de kaleidoscopio también cansa. “Yo no me emociono delante de los vegetales” -decía Baudelaire cuando le mostraban un paisaje. Cuanto a mí, yo no me emociono ante los minerales. Lo único que me emociona son los ani... males. ¡Y cuántos hay en mi país, Santo Cielo! No de balde me dice mi médico que estoy enfermo de “exceso de emociones”» (**Diario**, 11-VII-56).

En **Reforma**, p. 197.

Cristo Vuelve, p. 114. Los dos ensayos, *El Maestro Infalible* y *La infalibilidad* aparecieron originalmente en *Criterio* (nn. 121 y 123, Buenos Aires, 1930, pp. 818-820 y 43-44, respectivamente).

Parábolas, p. 222. En cuanto a la primera publicación de Castellani, se trata efectivamente de *El Papado* (*Nuestra Revista*, n. 69, Santa Fe, 1924, p. [7]), reeditado casi medio siglo después (en *Jauja*, n. 7, Buenos Aires, 1967, p. 43).

Borrador sin fecha de carta a sus compañeros de Villa Devoto. Probablemente escrita en septiembre de 1930.

La Estrella del Mar Tirreno, en **Cristo Vuelve**, pp. 129 y 132.

Recuerdos del Doctor Santo, en **Cristo Vuelve**, pp. 128.

Arte y Escolástica, en *Criterio*, n. 184, Buenos Aires, 1931, pp. 336-338 reproducido en **Conversación y crítica**, p. 61 *et seq.* La cuestión debatida con Little no carece de actualidad, puesto que gira en torno a la difícil cuestión de las relaciones entre el arte y la moral, uno de esos temas que no han sido debidamente resueltos en el seno del catolicismo, con gravísimas consecuencias en todos los órdenes. En su apreciación sobre el arte, Little enfatiza la comunicación que se hace a los demás de una forma intuitiva. Maritain, en cambio, se detiene en la plasmación en sí misma de una experiencia estética. La cuestión parece excesivamente sutil, pero tiene derivaciones insospechadas: una vez más se ve implicada la *quaestio* acerca de la esencia de la beatitud. Como se sabe, los voluntaristas, liderados por Duns Scoto, ponen la felicidad en un acto de la voluntad en tanto que los intelectualistas, siguiendo a Santo Tomás, creen que es un acto de la inteligencia. La conexión de esta ardua cuestión con el arte y la moralidad es relativamente simple: si el fin esencial del arte consiste en «*conservar la memoria de un momento de delectación estética*», la obra de arte, en sí misma, es amoral. En cambio, si el fin esencial del arte, está en «*transmitir esa delectación a otros*», la moral se ve directamente comprometida. El esclarecimiento del asunto fue bien desarrollado por Castellani en el artículo que comentamos, bien que, con el pasar de los años, supo hacer todas las distinciones necesarias en un trabajo brillante: lo hallará quien quiera en su *Epílogo* a **Cimarronas**.

Benjamín Benavides, p. 52.

Catecismo, p. 167 *et seq.*

Apokalypsis, p. 9 *et seq.*

Discurso pronunciado con motivo del *Homenaje al Padre Leonardo Castellani en el XV Aniversario de su fallecimiento*, Buenos Aires, 1996, Ministerio de Cultura y Educación, Secretaría de Cultura, Dirección de Promoción del Libro, p. 16.

Espigando la colección de **Jauja**, encontré lo siguiente: *Le Paysan de la Garonne* está comentado en el n. 8, Buenos Aires, 1967, p. 34. Se encontrará la recensión del libro de J. S. Croatto, *Historia de la Salvación*, en el n. 10, Buenos Aires, 1967, p. 13 *et seq.* *Ateísmo y Religión*, de Bernard Welte, en el n. 18, Buenos Aires, 1968, p. 38 *et seq.*, *El Apocalipsis y la Historia*, de Stanislas Giet, está comentado en el n. 20, Buenos Aires, 1968, p. 45., *Dios oculto* de Van Steenbeghen y *L'ateisme dans la vie et culture contemporaines* de Jean Francois Six fueron objeto de recensión el n. 22, Buenos Aires, 1968, pp. 33 *et seq.* Por otra parte Castellani hizo sesudo comentario a la *Introducción a la Biblia* de Robert Feuillet como se desprende del n. 23, Buenos Aires, 1968, p. 39. *El Señor* de Romano Guardini, *La Iglesia* de Sertillanges y *La esencia del Catolicismo* de Karl Adam fueron comentados en el n. 34, Buenos Aires, 1969, p. 41 *et seq.*, etc. etc.

Recensión de *Seriedad con las cosas*, en **Jauja**, n. 33, Buenos Aires, 1969, p. 39.

¿Qué categoría es ésta: «*buena literatura teológica contemporánea*»? ¿Lo incluimos a C.S. Lewis o no? Yo sí puedo señalar algunos autores que produjeron excelente literatura en nuestro tiempo y que Castellani no leyó. Aquí van tres autores a modo de ejemplo: Tolkien, Saint Exupéry y Malachi Martin. ¿Que eso no es «Teología»? Concedido. Pero ¿que eso no es «literatura teológica» contemporánea? Recordemos aquí que Castellani también leyó y criticó prolijamente no menos de dos docenas de novelas de ciencia-ficción (cf. **Apokalypsis**, p. 340). Aquí es obligada la remisión al texto ya citado sobre el papel de la imaginación en el saber [nota (11) del Cap. V].

Benjamín Benavides, p. 53 *et seq.*

¿Con lauro? El título que tengo ante la vista incluye la fórmula «*laudabiliter*», pero no es más que eso: fórmula. Y aquí entramos en la enojosa cuestión de vernos obligados a desmentir enfáticamente los términos que estampó Irene Caminos en su Prólogo a la Edición Española de la **Catarsis**. En efecto, doña Caminos ha hecho flaco favor a Castellani poniéndolo por las nubes... de Úbeda: «*Es el único argentino que ha conquistado con su esfuerzo, es decir, saliendo airoso de todas las pruebas, hasta alcanzar dos títulos doctorales en dos centros de los más encumbrados de la intelectualidad europea: la Sorbona, de París, y la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma. En la Ciudad Eterna, testigo de su primera hazaña, se postuló al examen ad gradum, el cual exige el conocimiento y desarrollo de temas tan especializados y difíciles, que, en cada siglo, uno o dos candidatos se presentan a rendirlos; mas, en ocasiones, ninguno los aprueba. Castellani con notas todas de sobresaliente, obtuvo el título más alto que la Iglesia Católica otorga a los más sabios entre sus doctores (1931). Diploma bulado lo claman por llevar como protocolización el mismo sello de plomo de las bulas pontificias. En él, el Papa Pío XI y el Prepósito General de la Compañía de Jesús, P. Wladimiro Ledochowski, acreditan con su firma que Leonardo Luis Castellani es Doctor Sacro Universal (cum licentia ubique docendi), que su título lo habilita a enseñar Filosofía y Teología, aquí, como en Inglaterra, la China o el Japón, sin reválida. El mismo le da derecho a publicar sus escritos sin censura previa, en los países donde no hubiese otro título igual o superior al suyo. Superior, no existe; igual, nadie lo tenía en la Iglesia desde el descubrimiento de América hasta él. Magnífica hazaña de atleta intelectual, registrado sólo en el libro de la vida que los ángeles llevan en el reino de los cielos. Y en esta introducción.*» (pp. 7-8). Son tantas las inexactitudes, despropósitos, exageraciones, disparates y general macaneo del párrafo precitado que uno no sabría por dónde empezar. Digamos sencillamente que no consta que Castellani haya tenido notas sobresalientes, que lo suyo no fue ninguna hazaña, que hay centenares de jesuitas americanos que aprobaron ese examen, que no es cierto que habilita a publicar sin censura, entre otras cosas. Eso, sin mencionar la cuestión de que no sabemos si este título lo habilita a enseñar Teología. De hecho, jamás la enseñó formalmente. Y en cuanto a su doctorado en Teología... véase el apéndice a este libro.

Psicología, p. 224. Se encontrará un análisis más extenso sobre Baudelaire en **Benavides**, Primera Parte, Capítulo VI, p. 77 *et seq.* Años después, no escatimaba los encomios para el poeta francés: *«Este dandy estrafalario y aparentemente depravado fue una personalidad inmensa: San Carlos Baudelaire. Fue un Singular, vale decir, una vocación de Santo Solitario. Llevó a la Poesía a lo más alto que ella puede llegar. Yo no digo que “todo lo que es de la pura poesía ha quedado agotado con Baudelaire”, no; pero ha quedado marcado y predeterminado. Nada impide que otro poeta futuro llegue a una cima igualmente alta (mayor no es pensable) que Baudelaire, y allí diga su propia vida, diversa de la del sifilítico inocente, haciendo una obra diferente e igualmente alta. Pero una obra mayor, es decir, en que la poesía como poesía esté más pura y concentrada, como dijimos, no es pensable»* (**Diario**, 26-VIII-56).

Reforma, p. 210. Veinte años después podía formular las cosas con más precisión: «*Es mejor (es menos malo) el pecador que peca que el pecador que no peca, como dijo peligrosamente Lutero; lo cual es verdad cuando el pecador que no peca es un sepulcro blanqueado [...] Aunque éste sea peor que el pecador que peca, como Lutero, el pecador que peca no es bueno. Los dos son malos, lo cual ya está dicho al decir “pecador”*» (cf. **Parábolas**, p. 81).

Giovanni Gentile, en *Dinámica Social*, n. 44, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1954, pp. 7-8, reproducido en **Nueva Crítica**, p. 469.

Ibíd., p. 153 *et seq.*

Borrador de carta a su hermano Luis, fechado el 22 de agosto de 1931.

Borrador de carta a la madre, fechado el 21 de septiembre de 1931.

Borrador de carta al P. Mariano Castellano, fechado el 30 de agosto de 1931.

En distintos lugares inspirados en la **Reseña** redactada por su sobrino Jorge y corregida y aprobada por el propio Castellani, figura como que parte para Francia el 8 de julio de 1932 (p. 364), pero una cuidadosa compulsa de sus diarios revelan lo que digo aquí. Probablemente esa fecha que recordaba Castellani es la de su partida de Amiens con destino a París, después de diez meses de terceronado.

La entrevista y su contenido surge de un borrador de carta a Ledochowski escrito por Castellani el 6 de enero de 1936 donde le recuerda la conversación que entonces mantuvieron.

Borrador de carta al P. Parola sin fecha, probablemente redactado en septiembre de 1931.

Borrador de carta al P. Travi, fechado el 15 de junio de 1932.

Borrador de carta a la madre, fechado el 21 de septiembre de 1931.

Borrador de carta a Luis, fechado el 22 de noviembre de 1931.

Diario, 22 de mayo de 1950.

Borrador de carta a Lucy Gangli fechado el 28 de enero de 1953.

Se hallará el desarrollo de estas ideas en el prefacio de C. S. Lewis a su libro *The Pilgrim's Regress, An allegorical Apology for Christianity, Reason and Romanticism*, London, 1933, Collins.

G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Madrid, Saturnino Calleja, p. 201 *et seq.*

Rafael Alberti, *La Arboleda Perdida*, Buenos Aires, Bruguera, 1980, p. 48 *et seq.*

Josef Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976, p. 252. Castellani estaba de acuerdo: «No penséis que eso se ha acabado: la moral puritana en Inglaterra, la moral jansenista en Francia, la moral de Kant y la moral laica, fueron (y son) morales cerradas; y eso existe también entre católicos, existen gentes de moral cerrada, cuyas normas tiran más a lo correcto, a lo irreprochable, a los convencionalismos incluso, que a la caridad y a la verdad» (**Domingueras II**, p. 26 et seq.).

El artículo sobre Lucio Gera se llamó *Tercero mundo* y fue originalmente publicado en *Tiempo Político* (n. 4, Buenos Aires, 1970, pp. 12-13). Se lo encuentra reproducido en **Notas a caballo**, p. 507 *et seq.* El comentario al *Catecismo Holandés* se encuentra en la revista **Jauja** (n. 32, Buenos Aires, 1969, pp. 31-44) y, por último, se hallarán las notas sobre Teilhard de Chardin intituladas *En torno a un científico* (*Ulises*, n. 3, Buenos Aires, 1965, reeditado en **Notas a caballo**, p. 468 *et seq.*). Véase también el artículo *Falsificación del Signo Tao* (*Dinámica Social*, n. 92, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1958, pp. 1920) y *Sobre Teilhard de Chardin* en **Jauja** (n. 8, Buenos Aires, 1967, pp. 14-16). Conviene decir aquí que Castellani además pronunció una conferencia (por ahora inédita) sobre Teilhard allá por los años '60.

Benjamín Benavides, p. 61.

Idem.

El Evangelio, p. 145.

Charles Péguy escribió un inteligente alegato contra lo que dio en llamar «moral», y que, bien entendido y en términos análogos, es lo que decimos: un alma tensa no se deja penetrar por la gracia. *«Su piel de moral constantemente intacta los reviste de un cuero duro, sin faltas [...] Nunca presentan esa abertura que es una herida espantosa, una desgracia inolvidable, un remordimiento invencible, un punto de sutura eternamente mal cosido, una mortal inquietud, una invencible ansiedad retrospectiva, una secreta amargura, un desplome perpetuamente disfrazado, una cicatriz que nunca cicatriza. Jamás ofrecen esta puerta de entrada a la gracia que es esencialmente el pecado. Porque no son heridos, no son vulnerables. Porque no les falta nada, no se les da aquello que es todo. La caridad misma de Dios no venda a quien no tiene heridas. Es porque la cara de Jesús estaba sucia que la Verónica le enjugó el rostro. Pues bien, aquel que no se ha caído, jamás será levantado; y aquel que no es sucio no será limpiado. La “gente de bien” no se moja con la gracia. Es una cuestión de física molecular o globular. Aquello que llamamos moral es un enduido que impermeabiliza al hombre a la gracia. De aquí que la gracia actúa en los más grandes criminales y libera a los pecadores más miserables. Es que ha comenzado por penetrarlos, por poder penetrarlos. Y de aquí también que los seres que nos son los más queridos, si están lamentablemente calafateados, recubiertos de moral, son inatacables por la gracia. Es que la gracia misma comienza por no poder penetrarlos... Es por esto que nada es más contrario a lo que llamamos (con un nombre un poco vergonzoso) “Religión” que esto otro que llamamos “moral”».* (Note Conjointe, apud Pierre Miquel O.S.B., *Lexique du Désert*, Abbaye de Bellefontaine, 1986, p. 107 et seq.).

Esperanza por Jerónimo del Rey (*Criterio*, n. 536, Buenos Aires, 1937, pp. 141-142). El postfacio que cito es considerablemente más largo y merece estudio de parte del interesado en la espiritualidad de nuestro autor. *Vide quoque* la interesante carta de C.S. Lewis en la que explica cómo una liturgia desordenada o una espiritualidad equívoca obligan al orante a intentar dos actividades incompatibles como lo son la devoción y la crítica: para llevar adelante una, hace falta suspender la otra (Carta a Mrs. Arnold, del primero de abril de 1952, en *Letters*, London, Collins, 1988, p. 420).

Con el paso de los años Castellani pudo explicarse mejor: *«Ser honrado significa ser veraz con los otros y consigo mismo, no significa tan solamente no robar; y ser así veraz significa vivir en la realidad; en la realidad moral, que es la realidad propia del hombre. Todos los males que hay en el mundo universo vienen de que los hombres, de una una otra manera, nos salimos de la realidad real; nos inventamos otra realidad; a veces incluso le trazamos programas a Dios, de lo que debe hacer»*. (**Domingueras II**, p. 168 et seq.).

Criterio, n. 604, Buenos Aires, 1939, p. 87.

Carta al P. Antonio Viladevall, fechada el 28 de junio de 1946.

Domingueras II, p. 103 *et seq.*

La tiranía y la anarquía, en *Dinámica Social*, n. 65, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1956, pp. 3-4), reproducido como apéndice de **Liberalismo**, p. 164. Se encuentra la idea extendida a los siguientes «golpes» militares en **Dulcinea**, p. 127. Lo que no sé es si es verdad que Castellani leyó eso en los diarios franceses, o si ocurrió que un compañero suyo, Jean Labouré, se lo espetó con ánimo de ofenderlo (cf. **Lugones**, p. 87). ¿O quizás ambas cosas son verdad?

Castellani comenzó a utilizar ese pseudónimo desde su primera publicación (*El Papado* en *Nuestra Revista*, n. 69, Santa Fe, 1924, p. [7]) que evoca su lugar de nacimiento: efectivamente, la reducción jesuítica que existía en el lugar donde siglos después se plantó Reconquista se llamaba «San Jerónimo». Juan Luis Gallardo ha creído que lo de «Rey» es alusión a una devoción particular de Castellani por Cristo Rey, cosa que no consta en ningún lugar (cf. Padre Castellani, Buenos Aires, A-Z, 1986, p. 14 *apud* José A. Jorge Viaña Santa Cruz, *Los Pseudónimos del Padre Leonardo Castellani*, en *Revista Eclesiástica Platense*, año 99, ns. 1-2-3, La Plata 1996, p. 24). Por su parte, Viaña Santa Cruz da una explicación aun más complicada que mal se compadece con la fecha en que Castellani comenzó a utilizar el pseudónimo. La explicación es bastante más simple: la reducción jesuítica estaba sobre el río Rey y se la conocía entonces como Jerónimo del Rey. Aunque realmente todo este asunto importa un jerónimo.

Borrador de carta a su hermano Luis, sin fecha, probablemente del mes de marzo de 1932.

Borrador de carta a la madre y a su hermano Luis, fechado el 31 de diciembre de 1931.

Borrador de carta a Isaac Ayerza, fechado el 14 de enero de 1932.

Borrador de carta al P. Parola, fechado el 2 de abril de 1932.

Así me lo testimoniaron entre otros, Irene Caminos, Federico Ibarguren, Angel Vergara del Carril, María Ester Borzami y Juana Almeida, además de que hay innumerables referencias a la música en sus escritos.

Borrador de carta a Emiliano Suárez S.J., fechado el 7 de abril de 1932. A un comunista le escribió años después sobre «el comunismo natural»: *«Yo lo he visto en España, donde me tocó vivir la miseria. Los pobres de España no podrían vivir si no tuviesen una tremenda solidaridad... comunista natural entre ellos»* (**Barletta**, p. 218).

Borrador de carta al P. Pita S.J., fechado el 13 de abril de 1932.

Romance de los chicos chicos en **Martita Ofelia**, pp. 65-66.

Carta a Horacio Caillet-Bois fechada el 18 de febrero de 1958. Y a continuación agrega: «Curioso también, nos encontramos de nuevo en el Borgo Santo Spirito, 6, en 1947. A él lo habían llamado para explicarse, y a mí también. El se explicó ante J.B. Jannsen y yo no; mejor dicho, no me dejaron. El volvió triunfante a París y yo marché a la prisión de Manresa... Y no lo envidio».

Un pasito adelante, en **Cristo Vuelve**, p. 295.

Freud, p. 14.

Kant, p. 14.

Ídem. Sí, claro que Maritain se apartaría de Santo Tomás. Quizá no esté de más recordar aquí una carta de Etienne Gilson al P. Armand Maurer O.P. escrita a un año de la muerte de Maritain en donde formula las necesarias precisiones: «El último libro de Maritain (se trata de «Approches sans entraves») tiene importancia decisiva para entender correctamente su pensamiento. Leyéndolo me di cuenta de que nunca había entendido su real posición. Ingenuamente me he pasado la vida sosteniendo que uno no puede considerarse tomista sin asegurarse primero de la significación auténtica de la doctrina de Santo Tomás; durante todo ese tiempo, él se consideraba un verdadero discípulo de Santo Tomás porque estaba continuando su pensamiento... Desde luego no tengo objeción alguna a que cualquiera continúe la reflexión filosófica de Tomás de Aquino, pero antes de continuarla, uno debe acompañarlo por lo menos hasta donde él mismo llegó. Eso es algo que Maritain no hizo... Lamento ser demasiado viejo para releerlo desde el principio hasta el final y en su orden para cerciorarme de lo que digo. Sólo recuerdo que su partido filosófico fue fundado como «le parti de l'intelligence», no era aún «el partido del ser». De aquí también su ausencia de escrúpulos en apartarse de Tomás de Aquino cuando cree que está mejorando su doctrina. Objetarle que Tomás pensó de otro modo es, precisamente, cometer el pecado de «historicismo». Desafortunadamente, en todos los puntos en que él se enorgullece de mejorar o completar a Tomás de Aquino, mi impresión es que está distorsionando el verdadero pensamiento del Angélico Doctor. Brevemente dicho, Maritain ha sido un pensador mucho más original que lo que podía serlo un historiador. Lo que el propio Tomás pudiera pensar de semejante discípulo, no lo sé. Pueden ahora discutir el asunto entre ellos. Y dentro de muy poco, como lo espero fervientemente, seré informado de los resultados de esa discusión» (citado por Géry Provost en *Etienne Gilson-Jacques Maritain, Correspondance, 1923-1971*, París, 1991, Vrin, p. 275 et seq.). Lo que nos recuerda al último Castellani filósofo, sentado en un banco del Parque Lezama: «Mi filosofía, ¿es la de Santo Tomás? Sí y no. Sólo en cierto sentido. Yo no puedo repetir a Santo Tomás. Ojalá. No es posible» (Cf. **Kierkegard**, p. 22).

Idem.

Ibíd., p. 95 *et seq.*

Gustave Thibon, *Au soir de ma vie*, París, Plon, 1993, p. 56.

Ibíd., p. 83 *et seq.*

Por ejemplo, Castellani admite que hasta los 35 años de edad no comenzó a revisar la historia argentina (**Liberalismo**, p. 164).

*Los Grados del Saber. Jacques Maritain, Doctor Integer (Estudios, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 274, Buenos Aires, 1934, pp. [348]-358) reproducido en **Conversación y Crítica**, p. 70 et seq.*

Recensión a *Le paysan de la Garonne*, en la revista *Jauja* (n. 8, Buenos Aires, agosto de 1967, p. 34). Hay que decir que Castellani ha sido algo ambivalente respecto de este libro -si no de todo Maritain-. Compárese por ejemplo lo que dice en este comentario de 1969: «*En suma, es una interrogación acerca del tiempo presente, que toca demasiados puntos y no los toca bastante; que en lo práctico adolece de ambigüedad, en lo profético de temeridad, y en lo religioso de beatería*», con su afirmación de 1976 en donde le dice a Pablo Hernández que *El Paisano de la Garona* es «*enteramente ortodoxo y muy bueno*» (cf. **Conversaciones**, p. 58). Es como que Castellani nunca pudo despegarse enteramente de la imagen romántica de su «maestro» a pesar de que fue viendo, con el tiempo, que los que lo criticaban llevaban más bien razón, como -entre nosotros- César Pico y Julio Meinvielle. Un punto intermedio en esta larga carrera es el de su artículo *Maritain, hombre de acción*, aparecido en la revista *Criterio* en el año 1937 (n. 489, pp. 257-259) donde asoma un Castellani perfectamente desconocido: allí se empecina en defender a Maritain sobre la endeble base de distinguir entre el pensador y el hombre de acción, frente a las críticas de Maldonado, Pico y Meinvielle que veían con mayor agudeza que una cosa fluía, muy naturalmente, de la otra (me refiero, claro, a las obras posteriores a 1930). También defiende calurosamente a Maritain en una conferencia de 1954 en la que de paso ataca a los que lo atacan entre nosotros como «*algunos hinchados de aquí*» (cf. **San Agustín**, p. 214). Con el tiempo, Castellani fue modificando su parecer como se ve a las claras en *El Racismo*, un artículo donde ataca duramente al francés: «*La Información Católica Internacional anda repartiendo un folleto de Jacques Maritain, titulado Por Qué no Somos Racistas ni Antisemitas. Es cosa de ponerse a llorar cuando uno lo lee*» (**Cristo Vuelve**, p. 197). Por otra parte, muchos años después, en el comentario al libro de Julio Meinvielle, *De Lammenais a Maritain*, Castellani reconoció que el sacerdote argentino «*emprendió en 1945 una lucha con un filósofo católico de fama universal e innegable talento, que asombró y aun disgustó a algunos; y la prosiguió impertérrito a través de cinco años y cuatro libros. Creemos que fue el primero en alarmar en todo el mundo: después seguido por muchos. El tiempo ha venido a mostrar la importancia de aquella alarma. Hoy día vemos que el punto contestado por Meinvielle es ahora la base del confuso movimiento pseudocatólico llamado “progresista”... Maritain responde a Meinvielle (a quien designa con las letras S.M.) en el libro “Razón y Razones” (pg. 241). No responde precisamente a este libro, sino a dos artículos de la revista “Balcón”, a los cuales trata de mentirosos y calumniadores; después de lo cual acumula dicterios sobre el autor, entre otros el de “sudamericano”; siendo así que Meinville es más francés que otra cosa y no le gusta el tango, la rumba ni el mate*» (cf. *Jauja*, n. 13, Enero-Febrero-Marzo de 1968, p. 56).

Reseña, p. 364 *et seq.* V.q. **El Evangelio**, p. 42.

Lugones, p. 82, Conversación y Crítica, p. 220, Domingueras II, p. 34.

Crítica, p. 131.

Reforma, p. 117.

Notre Dame de Chartres por Jerónimo del Rey (*Criterio*, n. 303, Buenos Aires, 1933, pp. 370-371).

Ibíd., p. 140.

Quizá interese anotar que Robert Brasillach concurreió a esos cursos en 1926 tal y como lo recuerda Pierre Pellisier (cf. *Brasillach le Maudit*, París, Denoel, 1989, p. 47).

Psicología, p. 84 *et seq.* Para los lugares donde Castellani explicó a Jousse, remito a la nota (25) del Cap. VIII de esta biografía.

¿Educación? (*Verbo*, n. 332-333, Buenos Aires, 1993, p. 36).

Ibíd., p. 36.

Idem.

Catarsis, p. 112.

Ibíd., p. 26.

Cf. *Gladius*, n. 22, Buenos Aires, diciembre de 1991, p. 193 *et seq.*

Fe de erratas por el Dr. Noel Cohen Chifladet (*Criterio*, n. 605, Buenos Aires, 1939, pp. 107-109). La sección “Fe de erratas” estaba a cargo de Castellani quien habitualmente usaba para ella el pseudónimo Juan Palmetta. El presente caso constituye una excepción.

Freud, p. 14.

Notre Avant-Guerre, Paris, Plon, 1981, p. 131.

Benjamín Benavides, p. 199.

Sobre Emerson, en **Nueva Crítica**, p. 222.

Europa: la «vieja» maestra. (Cf. *Dinámica Social*, n. 74, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1956, p. 15). Muchos de mis entrevistados me señalaron que a Castellani siempre le gustó la radio y después de su estadía en Inglaterra se compró una que lo acompañó largos años y adquirió el hábito de oírla, aun en el Seminario de Devoto donde estaba prohibido (así me lo contó Benítez). Por su parte Irene Caminos me dijo que los últimos años sólo escuchaba las emisoras oficiales y eso, muy bajito.

Decíamos Ayer, p. 211.

St. Paul's Cathedral por Jerónimo del Rey (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 271, Buenos Aires, 1934, pp. [126]-127).

Freud en Cifra, p. 34. Castellani se refiere a sí mismo, como que volvió por tercera vez a Inglaterra en 1956.

Ver nota (16) del Capítulo VIII.

Del Teatro Argentino, en **Nueva Crítica**, pp. 345-348.

Caillet, p. 16 *et seq.*

Lenguas vivas en el Bachi, en **Reforma**, p. 173. Originalmente, el artículo apareció en *Estudios* (Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 271, Buenos Aires, 1934, pp. [93]-100) con el título *Las lenguas vivas en el Bachillerato*.

Reforma, p. 136. *Vide quoque*, p. 205.

«Le P. Pita me disait un jour à Paris le contre-sens suivant: “En Argentine on ne peut rien faire, parce qu’il n’y a rien”. C’est le contraire qui est vrai; on peut (on doit) tout faire...» Borrador de carta al P. Pierre Chaillet del 14 de noviembre de 1934.

Reforma, p. 73.

Borrador de carta a Donald Yates, profesor de la Universidad de Michigan, fechado el 28 de julio de 1961. En algún lugar hay que anotar también que Castellani fuerza un tanto la lengua castellana al «traducir» conceptos ingleses (muchas veces seducido por las resonancias latinas). Por ejemplo, cuando habla del «lote» que a cada cual le toca, un modismo muy británico pero que traducido a la lengua española suena raro. En algunos casos, la traducción de conceptos que hace no es exacta: por ejemplo cuando habla de argumentos «barrederos», aquellos que arriman mucha materia ilustrativa a una sola afirmación. Probablemente Castellani sacó eso de los «*sweeping remarks*» de que hablan los ingleses, pero cuya traducción debería incluir la idea esencial de que se trata de afirmaciones un tanto audaces y difíciles de justificar por excesiva generalización (generalmente deliberada).

Murió un periodista (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 350, Buenos Aires, 1940, pp. 102-103).

Cf. Dalmira del Carmen López Osorio de Fernández Moreno, *Méndez Calzada*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, p. 31.

Nueva Crítica, p. 300. En estas afirmaciones biográficas de Castellani, encuentro que un cuidadoso cotejo nunca viene mal. A modo de ejemplo acaso convenga recordar que Méndez Calzada no era exactamente «un argentino de aquí»: Gálvez nos da noticia más precisa: «...había estudiado en España varios años, por lo cual hablaba un poco al modo de los españoles. La larga permanencia en España y el pertenecer a una familia en que abundaban los hombres cultos -era sobrino de un español eminente, el doctor Rafael Calzada- le sirvieron de mucho: Méndez Calzada escribía con pureza, corrección y serio conocimiento de nuestro idioma» (cf. *Recuerdos de la Vida Literaria*, Tomo III, Entre la novela y la historia, Buenos Aires, Librería Hachette S.A., 1962, p. 339). En varios casos me he topado con inexactitudes biográficas como la señalada; la más notoria, me parece, es su relación del caso P.G. Wodehouse (cf. **Nueva Crítica**, p. 242 *et seq.*). Por lo pronto, Wodehouse jamás fue «condenado a la horca» como dramáticamente refiere Castellani, un supuesto que habría hecho reír al propio Wodehouse.

Cf. Dalmira del Carmen López Osorio de Fernández Moreno, *op. cit.*, p. 15.

Lugones, p. 67.

Idem. En un discurso pronunciado a sus 70 años de edad donde hace un balance de su vida, Castellani evoca el «*dolor inconsolable*» que le produjeron los suicidios de Lugones y, curiosamente, Lisandro de la Torre (**Seis Ensayos**, p. 14). En otro lugar se refirió a Lugones como el «*gran patriota y profeta que nos fue quitado porque la Argentina actual simplemente no lo merecía*» (cf. **Reforma**, p. 55).

Murió un periodista (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 350, Buenos Aires, 1940, pp. 103-104).

«*Libro monumental*» lo llama Castellani (cf. **Conversación y Crítica**, p. 73), quien tradujo una parte, publicándolo con el título de *La Crítica de Kant* (Penca, Buenos Aires, 1946).

Borrador de carta al P. Parola, sin fecha, de mayo de 1934. En el año 1947, el P. Hurtado lo visitó en Manresa, cosa que a Castellani le resultó «*gratisimo*» (**Diario**, 10-IX-47).

Prólogo con Casco a Militis, p. 22.

Idem.

Fechada el 25 de mayo de 1934 en Eegenhoven (Bélgica).

Borrador de carta al P. Parola, sin fecha, de mayo de 1934. He aquí una de las primeras veces que Castellani usa la nerviosa contracción «dél» que luego con «dellos» y algunas más (apesar) adoptará definitivamente. Bioy Casares contó que fue una de sus tentaciones de juventud pero que la desechó por considerarla vanidad: «*Probablemente pensaba que alguna vez, en algún libro, se diría “Bioy usó la ex-presión”...*» (cf. *Breve Diccionario del Argentino Exquisito*, Bs. As., Emecé, 1978, p. 5). Es lo que hacemos con Castellani.

O no. Ésta es nota difícil, porque no piso terreno firme, pero se podría quizá formular mi tesis con más precisión: la Provincia Argentina de la Compañía tuvo una hora buena allá por la década del '30. En el Cap. XXII cuento en qué sentido el país todo pasó por una hora excepcional. Como fuere, la Argentina toda privilegió por una vez a los inteligentes... incluso en la Compañía. Quizá se debió a la extendida influencia de Marzal y de su discípulo (espiritual -pero de pocas luces) que fue el P. Parola, cuyo provincialato se reveló como más sensato que el de sus antecesores y sucesores. En ese medio pudieron desarrollarse algunos tipos intelectuales de cierto fuste: Mahon, Furlong, Alonso, Ennis, Corominas, Pita, Ponce de León, Avelino Gómez, son algunos de los nombres que se me ocurren al voleo. En general, buenos jesuitas, buenos profesores, buenos escritores, con sólida cultura general y buenas maneras. De lo que ellos sembraron, algo (muy poco) quedó: pienso en Hugo de Achával, y quizá en algún otro que me olvido. Pero, en general, el interregno inteligente de los tiempos de Parola -que no lo era- duró poco. Y volvieron los filisteos.

Incluidas en el Capítulo XII de **Camperas**. Este capítulo se agregó a partir de la 4ta. edición del libro.

Borrador de carta al P. Tomás Mahon S.J., fechado el 3 de septiembre de 1934. A sus 70 años todavía recordaba aquello: «*Me quedé aquí. Incluso lo juré.*» (cf. **Seis Ensayos**, p. 17).

Borrador de carta al P. José María Restrepiello S.J., sin fecha, probablemente de principios de septiembre de 1934. Para darse una idea de lo que lo afecta esta carta hay que repasar los distintos lugares en donde se refiere a ella. Así en otro borrador de carta -esta vez dirigida al P. Keller, redactado en francés y sin fecha-, Castellani le cuenta que «*J'ai reçu la notification d'un murescat en des termes très desobligeants. La raison on me l'a laissée ignorer absolument*». Y en un borrador de carta al P. Artemio Colom S.J., fechada el 23 de septiembre de 1934 Castellani emplea una frase que con el tiempo se nos hará familiar: «*El Socio... me escribió una carta que casi me puso medio al borde del suicidio*». Esta expresión, «casi-me-puso-medio-al-borde-del-suicidio» irá transformándose; primero en «*me puso al borde del suicidio*» y luego, más sencillamente en «*carta suicida*» la cual será utilizada repetidísimas veces por Castellani, siempre en ocasión de las correcciones o admoniciones que le espetan sus Superiores.

Borrador de carta al P. Artemio Colom S.J., sin fecha, de fines de septiembre de 1934. En 1940, Castellani formularía la cosa en verso: *«Hay que ser más que mediocre para saber qué es... / mediocre; pero el que es necio no lo sabe hasta después. / La cualidad más primera de un capitán es: prudencia / que no le sirve de nada sin la segunda: ¡imprudencia!»* (Proverbio 3, en **Sancho**, p. 217).

Recordar, claro, que lo que tengo a la vista es un borrador de carta al P. Parola fechada el 16 de noviembre de 1934. No sabemos si envió eso tal cual, aunque cuando no lo hacía, solía escribir en el margen superior la leyenda «*No mandar*» o «*No mandé*» y en esta no hay nada. Por otra parte, conviene ver que el «*maturescat*» por el que le difieren votos, se refiere probablemente a los solemnes y definitivos por el cual pasaban los jesuitas al grado de profesos y que consistía en la renovación de los tres de pobreza, obediencia y castidad a los que se agregaba el cuarto de obediencia especial al Papa. Con eso le conferirían el «grado» de profeso con una serie de derechos y, aparentemente, esto es lo que le han, provisoriamente, demorado. De manera que los votos del 15 de agosto de 1934 serían renovación de los votos simples y estos que le difieren serían los solemnes de grado que finalmente le otorgarían dos años después, el 15 de agosto de 1936, gracias a la intervención de Camilo Crivelli S.J., como ya veremos.

Mi Confesión, escrito inédito e incompleto en cuarenta y un folios. Fue redactado a pedido de su hermano Arnaldo y fechado el 6 de octubre de 1949 -diez días antes de su expulsión de la Compañía-. En él, Castellani hace una prolija relación de su viaje a Roma a fines de 1946 y el texto aquí citado fue escrito para justificar sus intentos de entrevistarse con el Superior General Juan Bautista Janssens.

El Evangelio, pp. 231-232.

El 21 de noviembre de 1934, ensaya un borrador de carta al P. Gutiérrez del Olmo, Asistente del General para las provincias latinoamericanas. No sabemos si la mandó o no (en el borde superior estampa la clásica leyenda «no mandar»), pero por lo menos la «ensaya» con líneas como ésta: «*No me desconviene a mí abrir un diálogo con la Curia, de donde todo desciende [esto último tachado], puede servir para el día de mañana*». El 17 de marzo de 1935 hay un borrador de carta al P. General escrito en francés. En el mismo año le escribirá de nuevo protestando por el trato que se le da en la Orden, ambas, desde luego, escritas con su característico genio... e irritabilidad. Por fin, en enero de 1936 «ensaya» una carta, también en francés, que dirige al Cardenal Lepicier, Prefecto para las Congregaciones Religiosas, en la que denuncia entre otras cosas que no halla «...*demasiado consuelo en mis superiores inmediatos y de las dos cartas que he creído necesario escribir al P. General, una ha merecido una reprensión, la otra ha quedado sin respuesta*». Con el paso del tiempo Castellani llegó a impugnar el régimen de consultas: «*como si en la Compañía moderna la regla de la cuenta de conciencia hubiese de ser absorbida por la regla de la delación*» (***Diario***, 25-VII-47).

Comentario a la Epístola de San Pablo a los Filipenses, México, Tradición, 1978, p. 19. El texto comentado por el Aquinate es Fil. I, 19.

Barletta, p. 205.

Filosofía Medieval y Mundo Moderno, Madrid, Rialp, 1973, p. 39 et seq.

Benavides, p. 351.

Borrador de carta al P. Parola, sin fecha, pero de fines de 1934.

Canción del mal aprendiz (En tres tiempos), en *Criterio*, n. 604, Buenos Aires, 1939, p. 87.

Comentario a *Lo Dinámico en la Iglesia de Karl Rahner*, en *Jauja*, n. 32, Buenos Aires, agosto de 1969, p. 41 *et seq.*

Por ejemplo, ser candidato a diputado es «*meterse en política*» mientras que organizar, financiar y regentar un partido político resultará perfectamente legítimo -siempre que el partido sea el demócratacristiano, la ocasión el peligro comunista, y que el que lleve la delantera sea el Papa. Durante su estadía en Génova, Castellani anotó en su ***Diario*** que «*Hoy día se increpa en Italia -sobre todo por los comunistas, pero no sólo por ellos- al “cura politiquero”, y de lo cual el prototipo es el antipático Dom Sturzo [...] Se acusa al Papa y a los Obispos de meterse activamente en la organización del partido Demócrata Cristiano, aun-que secretamente. La excusa es que se trata de la lucha anticomunista y de “salvar la civilización cristiana”. Pero ¿es eficaz manera de salvarla? ¿Y no sería mejor que los sacerdotes nos ocupásemos de salvar solamente la fe cristiana, no pensando tanto en la añadidura?*» (31 de enero de 1947).

Discurso pronunciado por el Cardenal Antonio Quarracino, en el *Homenaje al Padre Leonardo Castellani en el XV Aniversario de su fallecimiento*, Buenos Aires, 1996, Ministerio de Cultura y Educación, Secretaría de Cultura, Dirección de Promoción del Libro, p. 16.

Dulcinea, p. 250. Se podrían multiplicar las citas sobre este particular. Así, por ejemplo, en este mismo libro Castellani dice que *«De las ruinas de este país, que llevo edificado sobre mis espaldas, cada rato me cae un ladrillo al corazón ¿Quién se enferma que yo no me enferme? Dios me ha hecho el órgano sensi-ble de todas las vergüenzas de la patria, y lo que es peor, de cada alma que se desmorona...»* (Ibíd. p. 111). Y en la p. 251: *«Una vez había escrito: “Dios está haciendo de mí una fábula viva”... Dicen que hay hombres que son como signos de una época o de una sociedad o de un pueblo... Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede volverse una señal de que una sociedad va a la ruina...»*. En **Benavides** reitera la idea cuando afirma que *«cada una de sus células se siente pertenecer a un cuerpo que anda mal»* (p. 99) Vide quoque **Barletta**, pág. 210: *«Mi situación actual no es sólo un asunto personal mío, sino que se proyecta al infinito como representación viviente de infinitos hermanos míos que viven y sufren igual o peor que yo»*.

Seis Ensayos, p. 13 *et seq.*

Aproximación al Dolor, Buenos Aires, Educa, 1999, p. 22.

Borrador sin fecha, pero probablemente del mes de octubre de 1934.

Los judíos en Roma (*Estudios*, n. 250, Buenos Aires, 1932, pp. [372]-380) reproducido en **Las ideas de mi Tío**, p. 187.

Decíamos Ayer, p. 115.

Psicología, p. 130. Por otra parte tampoco Castellani se expidió en contra del nazismo, salvo en unas pocas oportunidades donde venía a cuento. El sostenía que no hacía falta con la cantidad de voces que se alzarón en contra (cf. **El Apokalypsis**, pp. 158-159).

Tres leyendas del Tirol. I.- Los muertos por Jerónimo del Rey. (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 282, Buenos Aires, 1935 pp. [124]-132), reproducido en **Norte Bravo**, pp. 71-81. La dedicatoria reza así: «*Al autor de Una Santa Criatura, Dr. Manuel Gálvez, que en 1910 vio la “Norden Kette” y el “Unseligen-Gletscher”*».

Nuestra Señora de Catamarca, en *Criterio*, n. 694, Buenos Aires, 1941, pp. 179-180, reproducido en *Crítica*, p. 282. Quizá Castellani halló inspiración para sus cuentos la vez que subió al monte Halefekaar en una larga caminata de seis horas, «llevándome dos buenos sustos: los tirolese no quisieron acompañarme diciendo: “Vaya solo, ese monte lo puede subir un niño”. *Un niño del Tirol*, sí, pero no un niño del Chaco santafesino» (**Domingueras II**, p. 87).

Tres leyendas del Tirol. II.- Nuestro Señor y San Pedro por Jerónimo del Rey (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 286, Buenos Aires, 1935 pp. [454]-461), reproducido en **Norte Bravo**, pp. 83-93.

Apunte fechado el 28 de diciembre de 1934.

Cf. *Las pasiones no tienen dialéctica* (*Dinámica Social*, n. 47, Centro de Estudios EconómicoSociales, Buenos Aires, 1954, p. 9).

En 1937 Castellani visitó una colonia en la localidad de Marcos Paz y también quedó gratamente impresionado: «*Consiste en una vasta estancia, habitada y labrada además del personal por hasta 600 muchachos, que moran en unas 17 hermosas y sencillas casas coloniales (dos más en construcción) hasta 30 en cada una, a cargo de uno o dos matrimonios con quienes conviven en pleno ambiente hogareño. Desde allí van los domingos a misa y cada día a los talleres, a la escuela, al parque atlético, a la gimnasia, a la banda, a la plaza a izar la bandera al toque de diana, a ver al Director, a la sala de visitas. Yo los he visto andando por ahí y saliendo de talleres con gesto tranquilo, natural, alegre y dócil*» (cf. *Colonia Ricardo Gutiérrez* en *Criterio*, n. 506, Buenos Aires, 1937, pp. 251-253).

Reseña, p. 365.

Borrador de carta al P. Artemio Colom S.J. sin fecha, de fines del año '34.

Borrador de carta al P. Tomás Mahon S.J. del mes de septiembre de 1934.

Cf. *La Descomposición del Catolicismo*, Barcelona, Herder, 1969, p. 63. Esta tara tradicionalista se repite una y otra vez a lo largo de la historia, y responde a un fenómeno psicológico bastante claro de ver: el período de aprendizaje se distingue del que le sigue -podríamos tal vez llamarlo de investigación- también en su metodología. Muy de destacar es la tesis de Pieper en la que lo pone de manifiesto respecto de la última Escolástica de fines de la Edad Media. Pieper sostiene que la Edad Media comienza a decaer en la medida en que cumple con su cometido específico: *«la ordenación del patrimonio encontrado, una ordenación bajo el aspecto de la docencia y de la discencia»*. Naturalmente, dice Pieper, una vez finalizada esa obra de rescate de la tradición, había que pasar a nuevas cuestiones *«derivadas de la experiencia propia del mundo, que exigían reflexión y respuesta desde un ángulo propio»*. Esto produjo, inevitablemente, una reacción de parte de muchos que trataron de *«hacer prevalecer ulteriormente el modo de proceder al que estaba acostumbrada, aun cuando este modo de proceder se amoldaba primariamente a la apropiación de conocimientos anteriores»* (cf. *Filosofía Medieval y Mundo Moderno*, Madrid, Rialp, p. 28. Todo el capítulo primero de este libro desarrolla cuidadosamente la tesis que decimos). Puede quizá sostenerse que Castellani perteneció a esa raza de sabios que viven acosados por dos frentes de batalla: los eternos «repetidores» que desconfían de él por sus desarrollos críticos (a partir de lo que ya tienen -más o menos- bien aprendido) y, por otra parte, los heterodoxos que se lanzan a formulaciones que se alejan de lo recibido, de la tradición, por haberla aprendido mal... o nunca.

El fin propio del saber, en *Antología*, Buenos Aires, Difusión, sin pie de imprenta, p. 58. Por supuesto, además de no figurar el pie de imprenta, tampoco se indica la fuente de esta conferencia.

Cf. G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Madrid, Saturnino Calleja, p. 201 *et seq.*

Para mayor luz sobre el asunto que aquí se discute resulta obligada la remisión al Cap. XVII de **Kirkegord**, p. 176 *et seq.*

Jauja, n. 22, Buenos Aires, octubre de 1968, pp. 5-6. Con leves variantes Castellani contó esto en una homilía (cf. **Domingueras II**, p. 169).

La última parábola fue originalmente publicado en el diario *Cabildo* del año 1944 y reproducido en dos oportunidades: en *Jauja* (n. 20, Buenos Aires, 1968, pp. 27-29) y en **Decíamos Ayer**, p. 215 *et seq.*

Sobre el particular, véase Josef Pieper, *Entusiasmo y Delirio Divino*, Madrid, Rialp, 1965, pp. 27 *et seq.* Interesante caso análogo es el de Al Hallaj quien «*en nombre de la religión interior no iba contra la religión exterior (“a la cual hay que respetar y practicar”) sino contra el abuso de hacer de la religión pura exterioridad*» (cf. **Psicología**, p. 154).

Borrador de carta al capitán Zimmermann, sin fecha.

Borrador de carta a su madre, fechado el 30 de noviembre de 1934.

Robert Brasillach, *Notre Avant-Guerre*, Paris, Plon, 1983, p. 112.

Helvio I. Botana, *Memorias, Tras los dientes del perro*, Buenos Aires, Hachette, 1977, p. 146.

Ramón Doll, *Lugones, el apolítico y otros ensayos*. Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1966, p. 147-148.

Una historia que alguien debería escribir, la historia crítica del nacionalismo argentino. Este abreviadísimo resumen es resultado de una tarde de charla con Aníbal D'Angelo Rodríguez, uno de los pocos que podría hacerlo. No he resistido la tentación de poner aquí algunas de sus conclusiones, porque me temo que don Aníbal no nos va a dejar un libro con sus memorias y conclusiones, por mucho que se lo pidamos y por mucho que nos haga falta.

Por aquellos años le dedicó su segundo libro, *Reforma de la Enseñanza* en los siguientes términos: «A mi ex maestro prefecto rector P. Andrés Doglia S.I. que en el arduo trabajo educacional gastó su larga vida y su gran corazón».

Furlong, Guillermo, *Historia del Colegio del Salvador*, Buenos Aires, 1944, Tomo II, Primera Parte, p. 475.

Reflejos y raíces de la Metafísica en América, en **Seis Ensayos**, p. 97. Ignoro de qué época es esta conferencia de Castellani, pero conjeturo que pertenece a la década del '50. De todos modos en el '56 Furlong le hace gran encomio a **El Evangelio** (p. [5]).

Las reflexiones de Castellani fueron asentadas el día 13 de febrero de 1935. Las de Furlong pertenecen al Prólogo de su *Historia* (*op. cit.*, Tomo I, p. 6-7).

Borrador de carta al P. Ledochowski, fechado el 17 de marzo de 1935. El lector avisado verá que esta letra no responde al estilo habitual de nuestro autor: es que fue escrita en francés y mi retraducción al castellano no llega a reproducir el estilo «castellano».

Dulcinea, p. 179.

Josef Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976, p. 202 y s. La referencia de Santo Tomás es II-II, 123, 10 *ad* 3 sobre la potencia irascible.

Idem. Un poco más adelante, Pieper recuerda otra escena de santa ira que convendría no olvidar: la de San Pablo «cuando, por causa de la libertad con que se expresó, el sumo sacerdote ordenó que se le “golpease en la boca”. Porque a pesar de que su vida toda estaba ordenada hacia el martirio, [San Pablo] no se limitó a sufrir en silencio el ultraje, sino que respondió al pontífice: “¡A ti te golpeará Dios, muro blanqueado! ¿Y tú, que estás sentado para juzgarme según la ley, me mandas golpear contra la ley?” (Act. 23, 2 y s.). El estar dispuesto a morir en el supremo trance del martirio, resistiendo pacientemente en el empeño por la realización del bien, no excluye el riesgo de la acometida ni el belicoso ataque. Por el contrario, esta disposición es la que le presta a la actividad del cristiano en el mundo esa superioridad y esa libertad que tan definitivamente les está negada a las convulsiones del activismo» (p. 205 y s.) La referencia a los activistas como candidatos a la defección a la hora del testimonio de sangre -los «provocantes»- es cosa que debería hacer reflexionar a más de uno.

Militis, p. 99. Aparecido aquí con el título de *Digamos la Verdad*, este artículo fue originalmente publicado en el diario *Cabildo* (n. 413, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1943) con el título *La Bocación de Maestra* y fue reproducido en tres oportunidades: con el título original en **Decíamos Ayer** (p. 83), y en la última parte del folletín intitulado *Proceso a los Partidos Políticos* (Buenos Aires, 1982, pp. 49-52), además de *Las Canciones de Militis* tal como se señala al comienzo de esta nota.

Borrador de carta, sin destinatario ni fecha, presumiblemente de diciembre de 1934.

Borrador de carta al P. Provincial, sin fecha, de fines del '34. Todo el texto se encuentra tachado, de donde se infiere que no forma parte de ninguna carta efectivamente enviada.

Con todo se puede adivinar algo de lo ocurrido con fundamento en la «*tragedia de familia*» que Castellani contó como ejemplo en una de sus conferencias del año '54. Por los detalles que allí refiere parecería que doña Catalina, la madre de Castellani habría puesto todos sus bienes a nombre de una amiga «*para burlar la ley de herencia*». ¿Su objetivo? Que las tres hijas que tuvo con Hakanson (Nelly, Nilda y Belkis) no queden desamparadas. «*Pongamos que la mujer, llevada de su preocupación maternal -puede morir pronto, ve a sus vástagos desamparados, se porta como una madrastra [...] Los dos hijos mayores [¿Carcho y Arnaldo? ¿Y Muñeca?] injustamente tratados, intrigan contra la madrastra, acompañados de esposas, cuñados, tíos y un partido entero: el pueblo se divide y toma partido; las lenguas trabajan, el problema se ramifica [...] La madre madrastra está en lucha continua contra el pueblo entero y contra su conciencia, y su salud se viene abajo; el padre está en lucha consigo mismo y con toda la parentela de su mujer. No hay solución ninguna: pasiones indomables, instintos tenaces, líos cada vez mayores*» (cf. **San Agustín**, p. 117).

Colijo todo esto de un borrador de carta a su hermano Carcho del mes de junio de 1935.

Prólogo Con Casco en **Militis**, p. 22. Hay que decir que parecería que Castellani exagera un poco: en el Catálogo de esta Provincia de la Compañía correspondiente al año '35, figura como profesor de sólo tres materias (y no cinco como le dice a San Jerónimo): Lógica, Apologética e Historia de la Literatura, además de una materia más (que no se especifica) en el Colegio Máximo. Claro que el género literario permite esta clase de exageración, cosa que no puede decirse de una carta suya al P. General en la que le resume el asunto: «*Arrivé a Bs. As. a Février 1935, juste pour le commencement des cours, sans avoir eu de vacances on me donne le status que je vous remets: il fallait enseigner au Collège et au Scholasticat à la fois 8 matières, dont 6 m'était inattendues et neuves*» (borrador de carta a Ledochowski, fechado el 6 de enero de 1936, que no envió). Parece exageración, como aquella otra afirmación incluida en la misma carta en la que dice que el viaje de Buenos Aires a San Miguel le insume «*prácticamente una mañana de viaje*». Seguramente el bueno de Ledochowski no tenía cómo saber que mucha gente hacía ese viaje todos los días para ir al trabajo -como todavía hoy lo hace quien esto escribe- en trenes formidablemente administrados por los ingleses y a contracorriente... y no. Aún hoy, en trenes mal administrados y en horas pico, el traslado no insume una mañana de viaje, ni por asomo.

Sesenta años después, le pasa exactamente lo mismo a un amigo mío venido de Europa también, con una sólida formación adquirida a precio de sangre. La diferencia es que los «activistas» que lo mandan a dar más clases que lo que conviene... son Dominicanos. Como se ve, el mal llegó al centro de la Iglesia Católica.

Borrador de carta al P. Provincial fechado el 22 de mayo de 1935.

Introducción a *Las Virtudes Fundamentales*, p. 14-15. Castellani puso un ejemplo argentino: «Lo mismo que “rico” significa entre nosotros todo lo apetecible, incluso lo bello, así como lo sabroso. Singulares perversiones lingüísticas que denotan cómo la sed de oro y la licencia sensual se han fundido y se han hecho carne entre nosotros» (**Seis Ensayos**, p. 166).

Lo que está mal en el mundo, en Obras Completas, Tomo I, Barcelona, Plaza & Janés, 1967, p. 688.

Mt. XI, 18-19.

Charles Péguy, *Le porche du mystère de la deuxième vertu*, Paris, La Pléiade, 1941, p. 295.

«*Los Ejercicios Espirituales serían simplemente, en definitiva, una manera eficaz y moderna de construirse una soledad, con el fin de poder escuchar la voz del universo y de su Autor, “en su corazón”, según la expresión del Libro Santo*» (cf. **Catarsis**, p. 111). Quizá hoy, a la vista de las engorrosas interpretaciones voluntaristas de tantos jesuitas, San Ignacio modificaría la redacción del «Principio y Fundamento» aclarando lo que antes dio por supuesto: «*El hombre ha sido criado para conocer, amar, servir y hacer reverencia a Dios Nuestro Señor, y mediante esto etc...*».

El Ocio y la Vida Intelectual, Madrid, Rialp, 1983, p. 46 *et seq.* Una vez más, debido a la deplorable traducción con que contamos, no hemos tenido más remedio que adivinar lo que el autor quiere decir y vertirlo a un castellano más preciso.

Isabel de la Trinidad, *Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1981, p. 491. Acerca de este modo de oración *vide* Jean Lafrance, *Aprender a Orar con Isabel de la Trinidad*, Madrid, EDE, 1984.

Domingueras I, p. 23. No recuerdo quién decía que millones de personas añoran la inmortalidad pero luego no saben qué hacerse consigo mismos una lluviosa tarde de domingo.

Borrador de carta al P. Provincial fechado el 22 de mayo de 1935.

El Ocio y la Vida Intelectual, op. cit., p. 45.

Véase por ejemplo su ambicioso programa de Psicología publicado con el título de *Documentos en Estudios* (n. 309, Buenos Aires, 1937, pp. [265]-268).

Fierro, Segunda Parte, Canto Quince, p. 277.

Carta al R.P. Norberto de Boynes S.J. fechada en Pascua de 1946 y reproducida en *Noticias de la Compañía de Jesús* para sus profesos, sin pie de imprenta. Las circunstancias de esta publicación se refieren más adelante.

Reforma, p. 255.

El Ocio y la Vida Intelectual, op. cit., p. 184.

Antología, Buenos Aires, Difusión, sin pie de imprenta, pp. 54-55. Y a continuación pone un ejemplo buenísimo: «Si la Teología, por ejemplo, en lugar de ser cultivada como una contemplación, fuera limitada a las prácticas del púlpito o a la representación del catecismo, pierde -no su utilidad, ni su carácter divino, ni su mérito (más bien adquiere un derecho sobre estos títulos por tan caritativa condescendencia)- pero sí el atributo particular que ilustro por la presente; del mismo modo que un rostro consumido por la lágrimas y el ayuno pierde su hermosura, o la mano de un labrador su suavidad; pues la Teología practicada en esta forma no es un simple conocimiento, sino más bien un arte o un negocio que se escuda tras la Teología».

Borrador de carta a Tomás Casares fechado el 2 de junio de 1935. Debieron pasar casi veinte años para que Castellani pudiera aludir siquiera someramente a las tesis de Jousse (en su cuarta conferencia en el Teatro del Pueblo, pronunciada en el '53 y recién publicada en el '95 -**Psicología**, p. 71 *et seq.*- y en su *Breve Introducción* a **El Evangelio**, p. 43 *et seq.* cuya primera edición apareció en 1957). Una conferencia dedicada enteramente a la Psicología del Gesto fue pronunciada por Castellani en el Uruguay allá por el '65 pero que aún no ha sido publicada.

Dictamen médico transcripto por Castellani en borrador de carta a Parola, fechado el 7 de junio de 1935.

La cara sin cuerpo apareció primero en **Norte Bravo** (pp. 59-70) y fue luego reproducido, levemente corregido, en **Metri** (pp. 239-249). En esta segunda edición, incluye otra referencia autobiográfica en el epígrafe cuya cita atribuye a un ficticio autor de «Memorias»: *«Era dado a caer en profundas melancolías, en las cuales se culpaba a sí mismo y se achacaba toda clase de pecados, que era imposible que hubiese cometido»*. Ahí tenemos un perfecto autorretrato del Castellani en la quinta de Martínez.

«*Oro*», novela de Hugo Wast, por Jerónimo del Rey, fue originalmente publicado en *Criterio* (n. 598, Buenos Aires, 1939, pp. 379-383) y luego reproducido en *Crítica*, p. 321 y en **Las ideas de mi Tío**, p. [79].

Anotación entre una del 29 de mayo y otra del 2 de junio de 1935.

Apuntes en su **Diario** del 17 de mayo de 1935.

La Inteligencia y el Gobierno, en **Seis Ensayos**, pp. 28-29. Y a continuación cita un texto de Santo Tomás que aclara la cosa un poco más: «*Aquellos hombres que descuellan en actividad operativa es preciso sean dirigidos por los que en actividad intelectual descuellan... Porque así como en las obras de un individuo el desorden surge cuando la actividad sensual dirige a la intelectual... así en el régimen colectivo el desorden se origina de que alguno está mandando no por preeminencia intelectual...*». *La Inteligencia y el Gobierno* apareció publicado por primera vez en *Nueva Política* (n. 14, Buenos Aires, 1941, pp. 11-15) y fue reeditado en tres oportunidades: en el año 1973 apareció en la primera edición de **Seis Ensayos** (Bs. As., Dictio, pp. 259-288), igual que en la segunda, del año 1978 (**Seis Ensayos**, pp. 25-36. En esta versión no aparecen las citas de Santo Tomás). Finalmente fue reproducido en **Las ideas de mi Tío**, p. [25]-34. Cuando me entrevisté con el P. Benítez (30/XI/95), poco antes de su muerte, anoté lo siguiente: «[A Benítez] le falla la memoria en cosas muy, muy importantes. Insiste una y otra vez en que Castellani adhería al voluntarismo jesuítico y que creía en la obediencia a ciegas del «*perinde ac cadaver*». Cuando le señalé lo de «*La Inteligencia y el Gobierno*» -publicado en 1941- se mostró muy sorprendido. Me da la impresión de que Benítez aprendió su crítica a la Compañía de Castellani y luego, con los años, creyó que esas ideas eran de su propia cocina. Por otra parte, su percepción de la cosa es confusa, llegando al extremo de hacerme un bobalicón encomio de la “obediencia consensuada” del post-concilio». «Obediencia consensuada, dialogada, etc...» no son sino fórmulas logomáquicas de lo que los ingleses llaman «wishful thinking».

Santo Tomás de Aquino, *De Verit.*, XXVII, 5, 4.

La abeja pesimista, originalmente publicada en la revista *El Salvador* (n. 23, Buenos Aires, 1928, pp. 329-330) esta fábula fue reproducida en las sucesivas ediciones de **Camperas**. Por lo demás, una de sus últimas fábulas también está dedicada al tema del necio con poder (*Huída*, pp. 184-185).

Son innumerables los lugares en donde Castellani trata el asunto y no presumo de agotar aquí el inventario, pero, a modo de ilustración, véase lo siguiente: 1) Acerca de la obediencia como virtud, se puede ver el artículo publicado en el diario *Cabildo* (n. 602, Buenos Aires, 1944) que con el título de *Liberalismo* se reprodujo en **Militis**, p. 189 *et seq.* También, su *Oración de San Ignacio por la Obediencia*, en **Oraciones**, p. 97 y un sinnúmero de referencias ocasionales. Por ejemplo en **Dulcinea** utiliza expresiones como «*Dios verá... A mí me toca creer y obedecer*» (p. 163) o en **Fierro**, «*Pero plegué mi querer / a la mayor disciplina. / Y aguanté bien la fajina / Hasta que terció un deber*» (Canto Segundo, p. 42). Lástima que no se ocupara de la doctrina de la obediencia en Rosmini -a quien tanto consideraba- pues el italiano propone una doctrina asaz diferente sobre este tema. (*Vide su Epistolario Ascético*, Roma, 1913, T° I, páginas 308 y 567 y T° III, páginas 91, 211 y 255, *apud* Romano Amerio, *Iota Unum*, París, Nouvelles Editions Latines, 1987, página 284). 2) Por otra parte, acerca del tema de la desobediencia en general, se puede consultar su *Carta al Cardenal Caggiano* en *6 Ensayos y 3 Cartas*, Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Vol. I, Buenos Aires, 1973, Dictio, pág. 352 *et seq.*; muy notables resultan su *Disgresión sobre la Obediencia*, en **El Ruiseñor**, p. 29 *et seq.* y su *Homilía correspondiente al Domingo vigésimosegundo después de Pentecostés* en **El Evangelio**, p. 301 *et seq.* También hay que destacar sus conclusiones desgranadas en un artículo intitulado *Un Pasito Adelante* (cf. *Dinámica Social*, n. 56, Buenos Aires, 1955, pp. 16-18, reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 296) donde dice que «*La Contrarreforma exaltó la virtud militar de la obediencia; y ella considerada más en su cómodo automatismo que en su espíritu; hasta volverla una especie de virtud teologal, que puede sustituir a la conciencia personal*». En verso también está dicho en **Fierro**, Canto Primero, p. 25: «*No siempre obedecer siempre / Es virtud, puede ser mal- / Una autoridad legal / Para esigir obediencia / Respete ella mi conciencia / En lo que es elemental*».

Barletta, p. 223.

Contra epistolam Manichaei quam vocant fundamenti, 2; apud Josef Pieper, *Introducción a Tomás de Aquino*, en *Filosofía Medieval y Mundo Moderno*, Madrid, Rialp, 1973, p. 302.

El Ruiseñor, p. 132.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 17 et seq.

Lugones, p. 106.

Lugones, p. 117. En 1936, Castellani recordaba su mirada de veinteañero sobre el país: «*Yo andaba por esos tiempos con una manía en el corazón, un berretín como dicen, y era éste: conocer la Argentina. Pero conocer lo informe es terriblemente difícil, las cosas que están haciéndose; pues nada se conoce sino por medio de una forma [...] miraba mi tierra con la cuadrícula de las cosas de mi terruño, con los ojos no antejados aún de conceptos y dichos ajenos, los ojos de cuando yo miraba todo intuitivamente y podía ver con fuerza enorme las cosas más simples, que son las más importantes*» (**Norte Bravo**, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 13).

Martita Ofelia, p. 44.

Orientales. La patria o la tumba. (*Azul y Blanco*, Año I, Ila Época, Buenos Aires, 1966. Cito de una fotocopia de donde no se deduce ni el número ni la página correspondiente).

Conversaciones, p. 44. Y en otro lugar precisa un poco más: «*Recuerdo haberle oído darme a borbotones la médula o la inspiración deste libro [Misión del Escritor] en su despacho de la Biblioteca del Maestro, sin dejarme hablar casi, en largos soliloquios efervescentes*» (cf. **Lugones**, p. 64).

Cf. Fermín Chávez, *Perón y el Peronismo en la Historia Contemporánea*. Buenos Aires, Oriente, 1975, Tomo I, p. [119]. Guardia Argentina nucleaba varias agrupaciones nacionalistas: *Liga Republicana*, *Brandsen*, *Comisión Popular contra el Comunismo*, *Granaderos y Huinca*, *Milicia Cívica Nacionalista*, *Legión Cívica Nacionalista* y *Legión de Mayo*.

Alberto A. Conil Paz, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Huemul, 1985, p. 437.

Lugones, p. 75.

Ibíd., p. 15.

Ibíd., p. 48. Ejemplo de este modo de sintetizar un autor y su variopinta obra puede verse en su artículo *Ortega y Gasset y la Argentina* publicado en *Dinámica Social* (n. 44, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1954, pp. I-II) y reproducido en **Nueva Crítica**, p. 512.

Fierro, Primera Parte, Canto Tercero, p. 59 *et seq.*

Martita Ofelia, p. 30.

Discurso pronunciado en ocasión de sus 70 años de vida y 50 de escritor en **Seis Ensayos**, p. 17. Hay que ver también que en Manresa Castellani sufrió el exilio con su particular sensibilidad: «*Patria, terrenal misterio / De un amor sin esperanza / No sé qué tiene tu lanza / Que así llaga mi destino / Ni qué tienes de divino / Que me enfermó tu añoranza.*» (**Fierro**, 183).

Romance de la pobre patria, en **Martita Ofelia**, p. 62.

En uno de sus *Directoriales*, Castellani habla de «transformar el patriotismo en caridad -si es que no fue siempre eso» (cf. *Jauja* n. 19, Buenos Aires, julio de 1968, p. 4). Por supuesto, no se trata de confundir ambos, el amor a Dios con el amor a la Patria, que es otro error, igualmente nefasto, que sufrió España, donde se verificó «una hinchazón de la religión y una identificación viciosa de “lo católico” con “lo español”» (cf. **Notas a Caballo**, p. 475) como ocurrió con «...el “ideal imperial” de la España del s. XVI, ideal que los españoles propenden a identificar demasiado con el ideal mismo de la fe en Cristo. Y no. Una cosa es el patriotismo, otra cosa es la santidad. Parecería que en España hay una proclividad a emparejar a España con el Evangelio» (cf. **Parábolas**, p. 150).

Apéndice a un borrador de carta a Eduardo Mallea fechado el 15 de diciembre de 1938. Pero, de todos modos, por lo que cuenta Castellani, se puede ver que muy pronto le perdió estima (cf. **Caillet**, p. 41 *et seq.*)

Libros Políticos, en *Cabildo*, nº 327, Buenos Aires, 1943, reproducido en **Decíamos Ayer**, p. 43.

Dulcinea, p. 93 *et seq.*

Lugones, p. 113.

Canción del amor patrio, en **Metri**, p. 33. Se hallará una versión anterior y menos prolija en **Crítica Literaria**, p. 367.

Liberalismo, p. 147. La referencia al principio de la conferencia alude a que «*Toda la religión de Cristo se encierra en estas dos palabras que Cristo impuso a sus Apóstoles: dar testimonio. Como decía Unamuno, con bastante exageración, “Tenemos que hacer que Dios exista creyendo en Él”*» (Ibíd., p. 132).

El Evangelio, p. 237. En igual sentido, C.S. Lewis: “*Un hombre que realmente ama su país lo amará en su ruina y degeneración*” (cf. *The Four Loves*, Londres, Collins, 1968, p. 30.).

La Argentina Bolchevique, comentario al libro de Carlos Disandro, originalmente publicado en *Dinámica Social* (n. 144, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1963) y reproducido en **Nueva Crítica**, p. 367.

Directorial de Jauja (n. 32, Buenos Aires, agosto de 1969, p. 3).

Política Y Religión, originalmente publicado en *Dinámica Social* (n. 75, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1957, p. 4) y reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 273 *et seq.*

Entrevista de Rodolfo Braceli publicada con el título *La vida de Leonardo Castellani. Ultima Entrega. Dios no es un cantor de tango*. En la revista *Siete Días*, n. 688, Buenos Aires, agosto de 1980, p. 89.

Sobre tres modos católicos de ver la guerra española, originalmente publicado en *Criterio* (n. 502, Buenos Aires, 1937) y reproducido en **Las ideas de mi Tío**, p. 160. En otro artículo de aquel tiempo, Castellani dice cosas más explícitas: «Es terrible que los comunistas quemen iglesias y aun cristianos vivos. Pero es terrible también que los gobiernos liberales toleren alegremente que sea explotado, corrompido y descristianado el pobre. Si me preguntasen cuál de los dos es más terrible, diría que “sub especie aeternitatis” es más terrible la segunda; entre otras, por ser la causa de la primera. Los desalmados que en Madrid o Valencia asesinaron burgueses y violaron religiosas ¿por quién fueron desalmados s’il vous plaît, señor politicón pomposo?» (cf. Maritain, *hombre de acción*, *Criterio*, n. 489, Buenos Aires, 1937, p. 259). La intuición de Castellani que relaciona las matanzas de la guerra civil española con el fariseísmo coincide con las experiencias y juicio de Georges Bernanos -quien describiría al año siguiente las circunstancias que lo hicieron cambiar de parecer sobre la «cruzada» española en su libro *Les Grands Cimetières sous la lune*-. Constituye una curiosidad comprobar la coincidencia entre estos dos autores que no se leyeron, aunque quizá Castellani lo haya leído a Bernanos algunos años después, bien que nunca sobre este asunto de la guerra civil. Las ideas de Castellani son más consistentes que las del francés, como se puede ver en *El Ruiseñor Fusilado*. Véase por ejemplo donde conversa con un (¿imaginario?) dominico «tomista furioso» (p. 86) que Castellani dice haber conocido en Barcelona: «-Nos mataban a nosotros los sacerdotes como perros, este pueblo español que llamamos católico. Si yo le pudiera echar la culpa a Rusia, sería feliz; pero no puedo echarle la culpa a Rusia. De aquí, de abajo, de esta tierra brotó todo, lo malo como lo bueno. Los que abatían con toda tranquilidad a sacerdotes y frailes, y los que buscaban para eliminarlos, eran gentes de por aquí; gentes que después, al ser tomados prisioneros y fusilados, se confesaban muchas veces y morían en la fe [...] A mí se me ocurrió de repente una pregunta extraordinaria: -¿Cree usted que hay una relación entre el caso Verdaguer y las matanzas de sacerdotes en Cataluña? -Hay una relación directa -nos dijo.» (p. 93 et seq.). Y no se vaya a creer que Castellani no tenía presente el horror que fue todo aquello: sobre las matanzas de clérigos y monjas véase el estremecedor Capítulo VI de la Parte Segunda de **Benjamín Benavides** (p. 143 et seq.). De todos modos hay que anotar aquí que Castellani se niega a ver la guerra civil en términos maniqueos y destacar cómo se irrita con los que llaman a la epopeya franquista «una cruzada»: «Si la quieren llamar santa, las palabras son elásticas. Si la quieren llamar Cruzada, las palabras soportan todo [...] Yo por mi parte preferiría respetar las palabras». Cf. *Sobre tres modos de ver...*, op. cit., en **Las ideas de mi Tío**, p. 158. Por otra parte se encontrará en **El Ruiseñor Fusilado** severas críticas al bando vencedor (p. 95 et seq.). Donde lo expresó más intemperantemente fue desde sus propios sufrimientos en Manresa: «“En aquel tiempo entregará el padre al hijo a la muerte y el hermano al hermano” y “el que os dé muerte creará hacer obsequio a Dios”. De hecho, eso creían los “rojos” de España, no pocos: creían hacer un bien al matar sacerdotes por el hecho de ser sacerdotes. Pero que eso pase entre los mismos sacerdotes es un signo todavía más serio: la crueldad en el corazón del sacerdote (aun en su grado inferior, que es la dureza de corazón) es la abominación de la desolación estando en donde no debe estar, que dijo Daniel profeta. Cabe preguntarse si la crueldad de las masas contra el sacerdote no fue precedida por la crueldad oculta de muchos sacerdotes, si el rojo no comenzó por ser morado» (Borrador de carta al P. Gasa, fechado el 25 de noviembre de 1948).

Sobrinos y Teología apareció firmado el 14 de abril de 1945 en *Nuestro Tiempo* (n. 29, Buenos Aires, 1945, pp. 28-29) y fue reproducido en **Decíamos Ayer**, p. 347. Pocos meses después, Castellani fue incluido, con su consentimiento, en las listas de candidatos a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, en las circunstancias que se refieren más adelante.

Domingueras I, p. 188. Esta homilía fue predicada a escasos días de la «Revolución Argentina» y en la misma prédica Castellani recoge la distinción de Maritain entre los «medios ricos» y «los medios pobres» poniendo a la política entre los primeros: «*Un cambio de gobierno no resolverá de golpe -ni no de golpe, ni con golpe, ni sin golpe- los graves problemas argentinos [...] Pero para conseguir que Cristo nos devuelva sus ojos estimo mejores los medios pobres; me parece más poderosa (créase o no) la oración de la Superiora de las Catalinas, Madre María Jesús Franco que ¿qué diré yo? que la adhesión de Arturo Frondizi*» (p. 191).

Gran excepción en esto ha sido don Aníbal D'Angelo Rodríguez, quien en su brillante prólogo a **Un País**, puso de manifiesto su parecer de que «...*más bien habría que decir que el nacionalismo argentino fue castellanista, antes que afirmar que Castellani fue nacionalista*» (p. 11).

Reportaje titulado *La Misa en latín. Pero de cara al pueblo*. Una entrevista con el P. Castellani, publicado en la revista *Esquiú*, Buenos Aires, 29 de marzo de 1976, p. 7.

Entrevista de Salvador Nielsen intitulada *Nacionalismo: Hora Cero. Nacionalismo y Catolicismo. Responde el P. Castellani*, publicado en la revista *Mayoría*, n. 74, Buenos Aires, 8 de septiembre de 1958, p. 15.

Revolución, artículo publicado en *Cabildo* (n. 538, Buenos Aires, 1944) y reproducido en **Militis**, p. 195.

A modo de Prólogo a **Decíamos Ayer**, p. 31.

Una huelga en Mar del Plata, artículo publicado en *Cabildo* (n. 513, Buenos Aires, 7 de marzo de 1943) y reproducido en **Militis**, p. 124.

Política Clerical, artículo publicado en *Cabildo* (n. 498, 21 de febrero de 1943) y reproducido en **Militis**, p. 116 *et seq.*

Dulcinea, p. 179.

A modo de Prólogo a **Decíamos Ayer**, p. 31. Aníbal D'Angelo Rodríguez (que me revisó este capítulo) insiste en que las ambivalencias de Castellani se resuelven si se exponen sus pareceres en el contexto histórico y que así se puede ver claramente cómo él es más pesimista -en cuanto a la participación en política se refiere- a medida que avanza el siglo. Es cierto y es una de las claves para descifrar sus aparentes contradicciones. Pero eso no es todo (y por eso este capítulo contiene tantas otras distinciones). Por otra parte, sí estoy de acuerdo con D'Angelo en que Castellani era particularmente inepto para entender la lógica del poder y que su ingenuidad en esta materia -allí donde se juegan concretamente los principios- le hacía escribir cosas de poco valor (por caso, las referencias a la política concreta de la Revolución Argentina en la sección «*Periscopio*» de *Jauja*).

¿Que tenemos que hacer?, reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 213.

Consultas Selectas. Política y Moral, en *Estudios* (Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 353, Buenos Aires, 1940, p. 472). Se trata de una rescensión del libro antifascista de Dom Sturzo que había traducido Angel Ossorio y Gallardo para la editorial Losada en ese mismo año.

Liberalismo, p. 167. En otros lugares Castellani intenta explicarse mejor en tema tan difícil: «Es menester prevenir al pueblo argentino sobre una falsa concepción de la moral» y esto de «moralizarse» que sugiere implica un llegar a ser «hombres que sienten en sí la cautividad de este gran cuerpo enfermo que es la Argentina» (**Militis**, p. 110 et seq.). Por eso, Castellani entendía a la moral como realización personal única e irrepetible, tarea singular que mira mucho más al «modo» en que uno hace las cosas y no tanto a «lo qué» se hace. Sobre el particular vide **Kirkegord**, p. 82 et seq., **Parábolas**, p. 88, y la última página de **El Evangelio**, idea también muy bien explicada en su *Prólogo a La Historia Falsificada* de Ernesto Palacio (Buenos Aires, Difusión, 1939) y su artículo *Catilina en la Argentina* (*Criterio*, n. 412, Buenos Aires, 1936, pp. 83-84, reproducido en *Reforma*, pp. 206-211). Para la cuestión en general de su concepción de la moral, hay que leer con atención su refinada *Disgresión sobre la Moral de la Caridad* en **El Ruiseñor**, p. 127 et seq. De singular interés para lo que aquí nos concierne es su tesis de que «el “acto bueno” no es tal por su objeto exterior, ni siquiera por las determinaciones de los móviles virtuosos parciales, sino absolutamente por una determinación anterior a todos ellos, que constituye su germen y su médula misma: una bondad esencial, un bautismo. El hombre tiene que comenzar por ser bueno (“rectamente ordenado”) para hacer actos buenos -del todo». Es por esto que, de manera aparentemente ingenua, Castellani reprochó a los nacionalistas su comportamiento en varias oportunidades, otorgándole a tales falencias graves consecuencias. Así, por ejemplo, en una conferencia decía que «La conducta de los nacionalistas era deficiente. De casi todos. Había pocos nacionalistas íntegros y puros. Casi todos tenían, o bien una conducta netamente deficiente, o defectos grandísimos. Tenían crímenes, vivían en un estado de pecado, digamos; y con eso querían salvar a los otros, hacer leyes que salvaran a los otros y no se sometían ellos a ninguna ley, empezando por la ley de Dios. No se sometían. Había muchos en ese caso. Después había otros que tenían una familia regularmente constituida pero tenían defectos graves en otra materia. Y así tenían defectos graves casi todos los nacionalistas. Puede ser que esta haya sido la causa de la caída del nacionalismo, juntos con otras que yo no sé, como las circunstancias adversas del mundo» (cf. *Política y Salvación*, p. 3 et seq.). En un artículo del año '61 ya había dicho que «Aquí los que valen algo hacen rancho aparte y se ponen a la cima, no solamente menospreciando a los que valen más, sino pretendiendo sigan detrás dellos. Los vicios de envidia y vanidad tienen que ver con eso. Esto fue la ruina del llamado movimiento nacionalista» (cf. **Notas a Caballo**, p. 478). Y en el último y más sapiencial de sus libros escribió lo que sigue: «Los “nacionalistas” que quieren imponer dictatorialmente la moral a toda esta nación (y los no nacionalistas también, ejemplo el finado Aramburu) no sé si saben que para eso es preciso que algunos de ellos se vuelvan santos -o mártires; empezando por el dictador nacionalista. Para ser dictador es necesario ser santo. El grado de violencia que uno tiene derecho de infligir a otros corresponde al grado de amor que les tiene [...] Los cristianos llaman a eso Caridad: y de ella dijo San Agustín, “Ama y haz lo que quieras”» (cf. **Kirkegord**, p. 187).

¿Gran pueblo? ¿O gran plebe? en *Dinámica Social*, n. 91, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, mayo de 1958, p. 5.

Política y religión, op. cit., en **Cristo Vuelve**, p. 271.

Terceromundo, artículo originalmente aparecido en *Tiempo Político* (n. 4, Buenos Aires, 1970, pp. 12-13), incluido luego en *La Quimera del Progresismo* (AA.VV., Buenos Aires, Cruz y Fierro, 1981) y reproducido luego en **Notas a caballo**, p. 510.

Directorial de Jauja (n. 3, Buenos Aires, marzo de 1967, p. [5]).

Militis, p. 229.

Epílogo a La Revolución que Anunciamos, en **Seis Ensayos**, p. 181 *et seq.* En el *Estudio Preliminar* a este libro Rubén Calderón Bouchet muestra que entendió con perfecta inteligencia a Castellani en este asunto (pp. 7-11). No se puede decir de muchos más.

Carta al excelentísimo señor nuncio apostólico de su santidad, monseñor doctor Mario Zanín, reproducida en **Seis Ensayos**, p. 206 *et seq.* Y en otro lugar: «*Durante más de un siglo el clero argentino ha “compuesto” con el liberalismo; no ha luchado contra él [...] Parecería hay un pacto tácito entre el liberalismo y el clero, que puesto brutalmente sería así: “Nosotros apoyamos a todo gobierno que sea, y ustedes nos dejan hacer “apostolado”, ayudándonos con algunos dinerillos que les sobren”*» (cf. **Nueva Crítica**, p. 371).

Libros Políticos, en **Decíamos Ayer**, p. 45.

Habla el Vigía, en **Decíamos Ayer**, p. 395 *et seq.*

La Modestia Argentina, en **Decíamos Ayer**, p. 106.

Las Parábolas, p. 62.

Kirkegord, p. 49.

Elegía en un Desierto, en **Decíamos Ayer**, p. 221. La tesis de que existe una suerte de «colusión metafísica entre la pobreza y la realidad mística» está desarrollada en **Las Parábolas**, p. 62 *et seq.*

Parábola Quinta, en **Benjamín Benavides**, p. 217.

Elegía en un Desierto, en **Decíamos Ayer**, p. 222.

Carta dirigida a los directores de *Nosotros*, Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi, fechada el 4 de julio de 1938 (n. 26-28, Buenos Aires, Mayo-Julio de 1938, p. 321).

Lugones, pp. 68 y 79.

El Enfermo, en **Dulcinea**, p. 247 y 250.

Directorial de Jauja (n. 3, Buenos Aires, marzo de 1967, p. [5]).

Lugones, p. 30.

Liberalismo, p. 131.

Ibíd., p. 164.

Notas a Caballo, p. 553. Se trata de una conferencia pronunciada el 18 de agosto de 1962 en la librería Huemul (*Perspectivas Argentinas*, Buenos Aires, 1962, Librería Huemul, 27 pp.).

Leopoldo Lugones, Hallazgo del país, artículo publicado en *La Nación* del 8 noviembre de 1936 y citado en **Lugones**, p. 84.

Lugones, p. 84. El artículo citado se llama *La formación del ciudadano* y apareció en *La Nación* el 13 de febrero de 1938.

¿Independientes?, artículo originalmente publicado en *Criterio* (n. 405, Buenos Aires, 1935) y reproducido en **Reforma** con el título de *¿Somos Independientes? (La edad mental de la Argentina)* (p. 123 *et seq.*) y con el título original en **Las ideas de mi Tío**, p. 121 *et seq.*

Sobre tres modos católicos de ver la guerra española, op. cit., reproducido en **Las ideas de mi Tío**, p. 158.

Martita Ofelia, pp. 30 y 38.

Dulcinea, p. 94 *et seq.*

Directorial de Jauja (n. 2, Buenos Aires, febrero de 1967, p. 3).

Conversaciones, p. 105. Vide quoque p. 65: «No se puede decir que ya haya sido nacionalista, propiamente, porque no me interesaba la política, ni sabía». En oportunidad de recordar estos dichos en las «Jornadas de Homenaje al P. Castellani» celebradas en Bella Vista, Pcia. de Buenos Aires, allá por el '93, Ricardo Curutchet opinó del siguiente modo: «En cuanto a esas declaraciones que hizo entonces en el sentido de que no era nacionalista, no hay que olvidarse también que al Padre le gustaban las «boutades», le gustaba «épater les bourgeois», decir cosas que escandalizaban a sus propios conmlitones. El jugaba bastante con eso y era una cosa que había que aguantársela...» (cf. **Celebración**, p. 145). Los galicismos no alcanzan, me parece, a explicar esta última expresión algo destemplada pese a que, en la misma entrevista, Castellani había dicho «Hay algunos que exponen bastante bien: Curutchet y otros». (Ibíd. p. 112). En 1972, Castellani se niega a usar la palabra «nacionalistas», porque, dice él, «se ha vuelto traicionera» (cf. **Nueva Crítica**, p. 547).

Entrevista a Julio Irazusta, publicada en la revista *Crisis*, n. 37, Buenos Aires, mayo de 1976, p. 44. Uno de sus discípulos, Enrique Zuleta Alvarezm formula la acusación contra Castellani en términos más enfáticos. En efecto, sostiene que fue «*un doctrinario implacable en exigir la preeminencia de los principios... Sostenía que lo esencial era dar testimonio de la Verdad, hacer Verdad a largo plazo... al par que rechazaba toda urgencia en la conquista del poder político.*» Además -dice Zuleta- como nuestro país le ofrecía «*tantos motivos de desesperanza y escepticismo*» Castellani se refugió en un estéril «*profetismo apocalíptico que vuelve intrascendentes las preocupaciones políticas. Ante el fin del mundo y la venida del Anticristo sólo cabe el testimonio de la fe y la preparación del alma para una buena muerte*» (cf. *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires, 1975, Ediciones La Bastilla, Tomo II, pp. 730-738). Zuleta llega a decir cosas más graves aún, por ejemplo que el pensamiento de Castellani estaba «*viciado por una irrealidad desesperada*» (p. 735) o que había caído en un «*utopismo ingenuo*» (p. 734).

¡Quién pudiera gritar! en **Decíamos Ayer**, p. 422.

Directorial de Jauja, n. 32, Buenos Aires, agosto de 1969, p. 5. Y en otro lugar: «*El cambio religioso es el más importante pero el cambio político es el más urgente: y ninguno de los dos puede darse solo. Y aunque para algunos conocidos míos estas dos cosas, religión y política, son distintas y aún opuestas y «hay que dejar la política y hacer sólo religión», dicen; es fácil de ver dónde estas dos cosas se tocan y conectan, que es en el Reino de la Verdad [...] Nuestro Dios es el Dios de las cosas como son»* (**Seis Ensayos**, p. 21).

Jorge N. Ferro, *Castellani y la Modernidad*, en **Celebración**, p. 225 *et seq.* La cita de Rafaelli se encuentra en el *Estudio Preliminar a Esencia del Liberalismo* (**Liberalismo**, p. 128 *et seq.*).

Liberalismo, p. 150 *et seq.*

Epílogo a La Revolución que Anunciamos, en **Seis Ensayos**, p. 165.

Véase, por ejemplo, el formidable trabajo intitulado *¿Independendientes?* en **Las ideas de mi Tío**, p. 122 *et seq.* Originalmente, el artículo apareció en *Criterio* (n. 405, Buenos Aires, 1935) y fue reproducido con el título *¿Somos Independientes?*, *La Edad Mental de la Argentina*, en **Reforma**, pp. 123-131. Esta idea sobre la edad del país se repite en innumerables trabajos de nuestro autor, mereciendo especial mención *Reconquista de la Cultura*, un artículo del año '44 en donde termina diciendo: «*Si se quieren los fines, hay que poner los medios. Si se quieren argentinos, hay que argentinizar, no solamente por los pies sino también por la cabeza*» (cf. **Decíamos Ayer**, p. 117 *et seq.*).

Liberalismo, p. 158.

Epílogo a La Revolución que Anunciamos, en **Seis Ensayos**, p.186 et seq.

Las Parábolas, p. 136 *et seq.* Se encontrará repetida la idea del ombú como símbolo de la Argentina en **Martita Ofelia**, p. 227.

La Frustración Argentina, (*Dinámica Social*, nº 135, Enero-Marzo de 1962), reproducido en **Notas a Caballo**, p. 477.

La Muerte, Primera Parte, Canto Tercero, p. 60. Acerca del valor que le asigna Castellani a la «aparición» de Lugones, dice al comenzar el relato que «*Un fantasma me sacó / Désa especie de ebriedá / Ustedes duden quizá / y piensen que fue soñao- / Pero anque fuera inventao / creamén que es la verdá.*» (p. 59).

El buen sentido de Chesterton, artículo publicado en *Criterio* (n. 439, Buenos Aires, 1936, pp. 299-301) y reproducido en **Crítica**, p. 151.

Celebrada el 26 de junio de 1936 (cf. Raúl Rivero de Olazábal, *Por una Cultura Católica*, Buenos Aires, Claretiana, 1986, p. 55).

Borrador de carta a Carcho, fechado en Mar del Plata el 10 de enero de 1936.

Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, Tomo III, *Entre la Novela y la Historia*, Buenos Aires, Hachette, 1962, p. 279.

Ibíd., p. 234 *et seq.* Gálvez alude al capítulo III de la segunda parte de *El Poder y la Gloria*, libro que eventualmente fue puesto en el Index por Pío XII -pese a las protestas de Evelyn Waugh, entre otros (cf. Martin Stannard, *Evelyn Waugh, The Later Years, 1939-1966*, W.W. Norton & Company, New York, 1992, p. 350).

De Rinsche Castellani no tenía buenos recuerdos: «...*también era bastante corto. Había estudiado Teología en Norteamérica y tampoco sabía dar las clases en latín*» (cf. **Conversaciones**, p. 30). Benítez, Mandrioni, Brie y Esteva coincidieron en decirme que, al contrario, era inteligente, cosa que me parece a mí también al leer sus cartas e informes, sin perjuicio de que no deja de ser un poco convencional en sus apreciaciones.

Copia de carta dirigida al Rev. Tomás Travi S.J. fechada en Santiago de Chile el 23 de noviembre de 1936.

Me pregunto si el lector me aceptará una pequeña reflexión. He de hacerla, de todos modos: centenares de jesuitas han predicado miles de tandas de Ejercicios durante medio siglo, bien, más o menos y bastante mal. Se han predicado para hombres y mujeres en casas especialmente idóneas para eso, o en un campo, o en un colegio, o en la montaña. Se han publicado decenas de tesis, tesinas y tesachas sobre San Ignacio y lo que quería con sus Ejercicios. Se han ensayado decenas de variantes: acomodarlos, cortarlos o «*aggionarlos*». En este país los Ejercicios han sido durante medio siglo el principal medio de fomentar la religiosidad entre los argentinos. Sin duda. Pero jamás, nunca, a nadie, se le ocurrió publicar la tesis de Castellani hasta que un grupaje de amigos juntaron sus ahorros y lo hicieron allá por los ochenta. Por supuesto, pueden quedar tranquilos: en la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, ni siquiera saben de su existencia. Y no sólo ahí... Ésta es, me parece, una ignorancia culpable. O una lástima, qué sé yo.

“El pobre hombre” lo llamó Ramón Doll en inolvidable etopeya de aquel profeta del laicismo, usurpador de títulos y aprendiz de marxista (cf. *Acerca de una Política Nacional*, Buenos Aires, Dictio, Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Vol. V, 1975, pp. 70-74). Se encontrará el mismo artículo en *Lugones, el apolítico y otros ensayos* (Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1966). Castellani también recordó que el hombre no tenía título en un artículo de *Cabildo* reproducido en **Militis** (p. 31).

¿*Educación?*, en la revista *Verbo*, n. 332-333, Buenos Aires, 1993, p. 37. Aquí a Castellani lo traiciona la memoria: en 1937 el Presidente era Justo y no Castillo (recién lo será como vice en ejercicio en 1940).

Borrador de carta a Manuel Villada Achával fechado el 31 de enero de 1937. Ésta es de las primeras veces que Castellani cita en inglés... con un furcio (corresponde “*last, not least*” -sin los “the”-). Con el tiempo mejoraría considerablemente.

Psicología, cf. pp. 264 y 27.

Rehecho

Notas sobre enseñanza, artículo publicado en *Nueva Política* n. 7, Buenos Aires, diciembre de 1940, p. 22.

¿Educación?, *op. cit.*, p. 37.

Borrador de carta al P. Tomás Travi S.J., fechado el 12 de enero de 1936 que se encuentra tachado por Castellani con una leyenda en su parte superior y que reza «*No mandar, viejo. Silencio. Es inútil!*». Parece indicado señalar que acerca de la virtud de la castidad en los seminarios, Castellani hace una interesante aplicación de la ley de Baudoin en **Psicología**, p. 244 *et seq.* Por otra parte, compulsados cuidadosamente los artículos publicados por Castellani durante el '35, no encuentro las referencias a «noviazgo» y «casarse» que el censor y Travi tienen por «crudezas», posiblemente porque nunca se publicaron. He aquí el detalle: 1) *Beata, Bonosa y Bichú*, un cuento publicado en la revista *El Salvador* (n. 106, Buenos Aires, 1935, pp. 89-91). Incluye una poesía compuesta en la abadía Saint-Achol, de Amiens, Francia. 2) *Compasión*, poesía publicada en igual revista (n. 107, Buenos Aires, 1935, pp. 100-101). 3) *¡Nuestra enseñanza media!*, artículo aparecido en *Criterio* (n. 375, Buenos Aires, 1935, pp. 42-44). Es el primero de una serie de cuatro que con este título aparecieron originalmente en esta revista. Todos fueron reproducidos en **Reforma** con el título común de *Nuestro Pobre Bachillerato*. El presente lleva como subtítulo: *I.- Dos Signos Fatales*. 4) *Beata, Bonosa y Bichú* (2da. parte), (*El Salvador*, n. 110, Buenos Aires, 1935, p. 202). 5) *Tres leyendas del Tirol. I.- Los muertos*, publicado en *Estudios* (Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 282, Buenos Aires, 1935 pp. [124]-132). Cuento firmado en Innsbruck, día de los Muertos, 1934, y reproducido en **Norte Bravo**. 6) *Tres leyendas del Tirol. II.- Nuestro Señor y San Pedro*, publicado en igual revista (n. 286, Buenos Aires, 1935 pp. [454]-461). Fue reproducido en **Norte Bravo**. 7) *¡Nuestra enseñanza media!*, (*Criterio*, n. 395, Buenos Aires, 1935, pp. 82-83). 8) *Lugones, prosa y verso*, (*Criterio*, n. 399, Buenos Aires, 1935, pp. 188-190) reproducido en **Lugones**. 9) *Flores en el altar de María*, poesía de la juventud de Castellani publicada en *El Salvador* (n. 111, Buenos Aires, 1935, p. 240). 10) *Mes de María*, poesía aparecida en igual revista (*El Salvador*, n. 111, Buenos Aires, 1935, p. 240). 11) *Sugerencias*, recensión del libro que con ese título publicó Gar-Mar, un profesor de Física. Fue reproducido en **Kant** (*Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 291, Buenos Aires, 1935, pp. [334]-352); y finalmente, 12) *¿Independientes?*, artículo originalmente aparecido en *Criterio* (n. 405, Buenos Aires, 1935) y reproducido en **Reforma** con el título de *¿Somos Independientes?* y con el título original en **Las ideas de mi Tío**.

Borrador de carta fechado el 11 de febrero de 1936.

Catilina en la Argentina, apareció primero en *Criterio* (n. 412, Buenos Aires, 1936, pp. 83-84) y fue reproducido en **Reforma**, pp. 206-211.

R. L. Bruckberger, *Carta abierta a Jesucristo*; Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 126-130.

Borrador de carta al P. Germán Rinsche S.J., fechado el 24 de enero de 1936.

Las Fábulas Paralipómenas aparecieron en la revista *El Salvador* (n. 119, Buenos Aires, 1937, pp. 57-58). Incluyen cuatro piezas: *Don Chicho*, *Raro...*, *La Vida* y *Las dos Ranas*. Con excepción de esta última que no fue reproducida, las tres primeras aparecieron bajo el título común de *Fábulas en Defensiva* como una sección de **Camperas** y en su reedición se cambiaron los títulos (*Don Chicho* apareció con el título «*Se resiste a tomar ciertas clases...*»; *La Vida*, como «*No ama la vida común...*» y *Raro* como «*Es un poco raro...*») y se introdujeron leves variantes en los textos.

El asunto es tratado de paso en varios lugares: véase por ejemplo el final de *Freud en Cifra* (**Freud**, p. 72 *et seq.*), **Benjamín Benavides**, p. 69 y **Psicología**, p. 125.

Véase *No ama la Vida en Común*, en **Camperas**, p. 147.

Universidad Católica de Santiago, en **Notas a Caballo**, p. 438. Además de que la juventud es, por esencia, una cosa transitoria. Aquí remito a mi «nota difícil» (30) del Capítulo XVII.

Copia carbónica de carta al P. Camilo Crivelli fechada el 20 de noviembre de 1940.

Carta al P. Castellani del P. Camilo Crivelli, fechada el 8 de diciembre de 1940. Se trata de un billete pequeño, escrito en papel de calcar con letra minúscula. Este hombre es el autor de *El Protestantismo en América Latina*, libro que menta de paso Castellani en **Militis** (p. 73). Al final, Castellani se desencantó con este hombre, recordando mucho después cómo «...hizo una exhortación de que había que ir a los obreros, porque los obreros son los que tienen más votos» (**Domingueras II**, p. 288).

Pongo «pesimismo» entre comillas porque comparto la idea de Castellani -de natural más bien melancólico- y de Chesterton -de natural solar- quienes consideran a las categorías «optimismo» y «pesimismo» como confusas y de orden inferior: reflejan estados de ánimo, temperamentos o circunstancias absolutamente casuales pero *«ambas pertenecen a una mentalidad que no es (esperamos) la del autor deste trabajo; que espera estar por encima dellas, guiándose únicamente por las huellas de la verdad»* (**Apokalypsis**, p. 343).

A él le gustaba distinguir con recurso al francés entre «*l'espoir*» (esperanza humana) y «*l'Espérance*» (virtud sobrenatural). Así, por ejemplo, dice que «*la sana esperanza humana [...] es el sostén natural de la virtud teologal*» (cf. **El Apokalypsis**, p. 319) aunque el «cura loco» de **Dulcinea** afirma exactamente lo contrario: «*Yo soy solamente un hombre sin esperanza alguna, que son los más terribles optimistas. Viva la muerte. Soy un hombre que cree en la próxima Segunda Venida de Cristo*» (p. 78).

El Evangelio, p. 172 *et seq.* Aquí hay un problema: si este fue su «*primer sermón en Villa Devoto a los 23 años*», Castellani aún no estaba ordenado ni conocía Europa, y sin embargo él dice «*En Europa he visto...*». La solución podría ser que esa homilía fue predicada en una clase de homilética o en un ejercicio retórico cualquiera (a los 23 años Castellani recién ingresaba al seminario de Devoto) y que su referencia a lo que vio en Europa sea un anacronismo interpolado *ex post facto*. Sin embargo yo creo que no, que se trata de un error tipográfico y que su primer homilía en Villa Devoto se predicó en el '35 o '36, de vuelta de Europa.

La Inteligencia y el Gobierno, en **Las ideas de mi Tío**, p. 28; y **Seis Ensayos**, p. 28 *et seq.* Acerca del gobierno de los inteligentes *vide quoque* **Sancho**, p. 292 *et seq.*

«Santo Tomás advierte (y es obvio) que el hombre está obligado a consultar su conducta con su propia razón; pues no será por la conciencia de otro que será juzgado por Dios, sino por la propia. Abandonar y suprimir el ejercicio de la propia razón en cuanto a lo más importante de la vida, la propia conducta moral, sería una mutilación y un crimen -lo mismo que sacarse los ojos-, si es que fuera posible físicamente extirpar la propia conciencia del todo». **(El Ruiseñor, p. 31).**

La Última Parábola, artículo que apareció originalmente publicado en *Cabildo* el 25 de octubre de 1944 y fue reproducido en **Decíamos Ayer**, p. 215 *et seq.* y en *Jauja* (n. 20, Buenos Aires, 1968, pp. 27-29). En cuanto a esta «religión pura» véase que Chesterton también la denuncia, severísimamente: «La definición espléndida e inmortal de la verdadera irreverencia la encontramos en aquel mandamiento mal comprendido y desatendido que declara que el Señor no considerará libre de culpa a quien toma Su nombre en vano. Generalmente se supone vagamente que esto tiene algo que ver con las bufonadas y la jocosidad y los juegos de palabras. Y sin embargo, decir algo con un toque de sátira o de **Crítica** individual no es decirlo en vano. Decir algo fantasiosamente como si fuera algún fragmento de las escrituras del País de las Hadas no es decirlo en vano. Ahora, decir algo con una gravedad pomposa y sin sentido; decir algo de modo que sea al mismo tiempo vago y fanático; decir algo de modo que sea confuso al mismo tiempo que es literal; decir algo de modo que al final el oyente más decoroso no sabrá por qué diablos lo han dicho o por qué él lo ha escuchado; esto es verdaderamente y en el sentido serio de aquellas antiguas palabras mosaicas, tomarlo en vano. Los predicadores toman el Nombre en vano muchas más veces que los seglares. El blasfemo es, en verdad, fundamentalmente natural y prosaico, pues habla de un modo trivial de cosas que cree son triviales. Pero el predicador común y el orador religioso hablan de modo trivial de cosas que ellos creen que son divinas. Ésta es la violación de uno de los Mandamientos; es el pecado contra el Nombre. Si queréis, tomad el Nombre desatinadamente, tomadlo en broma, tomadlo brutalmente o con enojo, tomadlo puerilmente, tomadlo erróneamente; pero no lo toméis en vano. Usad una santidad para algún propósito dudoso o experimental y jugaos por vuestro éxito; usad una santidad para algún propósito bajo y odioso y sufrid las consecuencias. Pero no uséis una santidad sin propósito alguno; no habléis de Cristo cuando lo mismo podríais hablar del Señor Perks; no uséis el patriotismo y el honor y la Comunión de los Santos como relleno de un discurso vacilante. Éste es el pecado de frivolidad, y es lo que caracteriza principalmente a la mayoría de la clase religiosa convencional». (*El Hombre Frívolo*, apud Eduardo B. M. Allegri en *Aproximación a Chesterton*, Buenos Aires, EDUCA, 1996, pp. 123-124. El resaltado es cosa nuestra).

Las Parábolas, p. 83.

Epístola a Torti, reproducida en *Jauja*, n. 25-26-27, Buenos Aires, marzo de 1969, p. 48.

Barletta, p. 206.

In Mt. IV, 18-22 (cf. Catena Aurea, Vol. I, Buenos Aires, CCC, 1948, p. 105).

Carta a Mons. Antonio Caggiano, en Seis Ensayos, p. 227 y 221.

El Evangelio, p. 241. V.q. el espléndido *Prólogo* a **Fariseos** (pp.[11]-17), de las páginas más brillantes salidas de su pluma.

Hilaire Belloc; *Napoléon*, Buenos Aires, Sudamericana, 1961, pp. 76-78.

Sobre Tres Modos Católicos de ver la Guerra Española, artículo originalmente aparecido en *Criterio* (n. 502, Buenos Aires, 1937), reproducido en **Las Ideas de mi Tío**, p. 161 *et seq.*

Me dicen que los Padres algunas veces designan como fariseos a los malos pastores cristianos - en particular S. Juan Crisóstomo-, pero tales interpretaciones son muy escasas. Dígase lo mismo de los catecismos, encíclicas y general enseñanza del magisterio ordinario de la Iglesia. Por lo menos hay que notar que los términos «Fariseos» o «Fariseísmo» no se encuentran en los correspondientes índices del Denzinger, del Catecismo de Trento, ni de las Actas del Concilio Vaticano II. Sí se hallan bajo el vocablo «fariseos» diferentes referencias en innumerables autores medievales y aun en el último Catecismo de la Iglesia Católica, pero el paralelo con la corrupción eclesiástica no se sugiere siquiera. Con esto, desde luego, la exégesis de la parábola del trigo y la cizaña, el mal pastor y otros lugares de la Escritura empalidecen considerablemente frente a la vigorosa de Castellani. Una excepción que aquí queremos recordar es el Cardenal Newman, por ejemplo en su excelente sermón sobre *Palabras Irreales* (cf. *Esperando a Cristo*, Madrid, Rialp, 1997, p. 85 *et seq.*). Se encontrará la misma idea en la ficción de Castellani en la que el Papa combate con toda sus fuerzas la «predicación irreal» (cf. **Juan XXIV**, p. 151).

Parábolas, p. 140 *et seq.* Muy apropiado entonces, el hernandiano epígrafe de su *Prólogo* a **Cristo y los Fariseos**: «*Cosas que conocen todos / Pero que nadie cantó*» (**Fariseos**, p. [11]).

Pienso sobre todo en las tremendas advertencias de Lacunza acerca de «la Bestia de la tierra» del Apokalypsis. Lacunza no titubea en argüir que no es otra cosa que el sacerdocio católico corrompido por el fariseísmo. Y agrega una advertencia a *«los que ahora se admiren de esto, o se escandalizaren de oírlo, o lo tuvierén por un despropósito increíble»*, porque, dice, *«es muy de temer, que llegada la ocasión, sean los primeros que entren en el escándalo, y los primeros presos en el lazo. Por lo mismo que [muchos] tendrán por increíble tanta iniquidad en personas tan sagradas, también tendrán por buena la misma iniquidad»* (cf. *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, Escritores Coloniales de Chile, Santiago, Ed. Universitaria. S.A., sin pie de imprenta, p. 85 *et seq.*). Esta interpretación escandalizó, entre otros a Rafael Eyzaguirre, como anotó en su momento el propio Castellani, agregando que la refutación de Eyzaguirre *«no es concluyente... la defección en las costumbres y la apostasía de hecho de una gran parte del sacerdocio, legítimo pero mundano, es posible y concebible»* (cf. **Diario**, 8-VII-47). Acerca de Lacunza Castellani escribió bastante como se puede cotejar en los siguientes lugares: hay una semblanza biográfica en *El Anticristo de Lacunza* (**Cristo Vuelve**, p. 44 *et seq.*) y una reseña de lo ocurrido con el libro *La Venida del Mesías... en Un clásico americano echado a las llamas y al olvido* (**Nueva Crítica**, p. 408 *et seq.*). Sobre el milenarismo de Lacunza, véase *Lacunza Vindicado* en **Benjamín Benavides**, p. 411 *et seq.* En cambio en **La Iglesia Patrística** lo menciona en sólo dos lugares y de paso. Con todo, Castellani le debe mucho a la exégesis lacunziana en su interpretación de este asunto y el difícil lugar de La Gran Ramera (**El Apokalypsis**, Cuaderno III, visión décimo sexta, p. 232), aunque sólo cita explícitamente su genial exégesis de *«la Mujer ebria de la sangre de los santos»* (p. 244 *et seq.*). De todos modos Castellani llegó a identificarse enormemente con el teólogo chileno, como se ve a las claras en la rara rara teoría que identifica la vida y personalidad del judío don Benya con la vida y personalidad de Lacunza (cf. **Benjamín Benavides**, p. 442).

Vide **Benjamín Benavides**, p. 53. Parecería que quien lo entusiasmó a Castellani con la obra de Lacunza fue otro chileno, el P. Osvaldo Lira S.S.C.C. a quien conoció en Madrid, allá por junio del '47 (aunque en **Benjamín Benavides** lo sitúa en Roma -p. 381-). Lacunza fue puesto en el tapete local a propósito del *Apocalypse Commentarium Litterale* publicado por Mons. Eyzaguirre en Chile. Y tanto se divulgó tal prédica que finalmente mereció un «decreto disciplinar» firmado por el Cardenal Marchetti Selvaggiani (el mismo que lo ordenó a Castellani) con una «gaffe» que luego hubo que corregir. La historia está contada por Castellani en **La Iglesia Patrística** (p. 350 *et seq.*) y en **Cristo Vuelve**, p. 67 *et seq.*. Al final, Castellani reconoce la cuestión como «una de las luchas actuales de la Iglesia, aunque no muy conocida, pero los que luchan sí la conocen» (**Catecismo** p. 176 *et seq.*) Ahí lo traiciona la memoria a Castellani, ya viejo, pues pone como autor del decreto disciplinar al Cardenal Pizzardo -p. 178-). Se puede ver el mismo detallado relato de la pluma de Mons. Straubinger en su edición de la Biblia (Buenos Aires, Club de Lectores, 1986, nota a Apok. XX, 6).

Apokalypsis, p. 245. Se encontrará esta idea repetida en varios lugares, a veces como exégesis de la palabra de Cristo «*vosotros sois los que levantáis monumentos a los profetas y vuestros padres mataron a los profetas*» (cf. **El Ruiseñor**, p. 26).

Las Parábolas, p. 249 *et seq.*

Benjamín Benavides, p. 277 *et seq.*

El Evangelio, p. 243.

Se encontrará una formidable semblanza que hace Chesterton sobre el «fanático» en la nota 6 de **Domingueras II** (p. 105).

El Ruiseñor, pp. 69 y 73.

Borrador de carta al P. Provincial, sin fecha, de fines del '34. Todo el texto se encuentra tachado, de donde se infiere que no forma parte de ninguna carta efectivamente enviada.

Apokalypsis, p. 331.

A Modo de Prólogo en **Decíamos Ayer**, firmado el 24 de febrero de 1945 (p. 33).

Prólogo a **Sancho**, p. 12.

Carta del 12 de julio de 1973 a Jorge Castellani reproducida en facsímil en **Militis**, p. [8].

Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 16.

La Guerra, en **Decíamos Ayer**, p. 95.

Como una curiosidad, estampo aquí los títulos que tenían previsto editar, algunos de los cuales salieron luego en esa u otras editoriales: *Diagnósticos Morales* de Mons. Gustavo J. Franceschi; *La Historia Falsificada* de Ernesto Palacio; *Teatro Argentino*, de José Assaf; *Acerca de una Política Nacional*, de Ramón Doll; *Los Judíos*, de Leonardo Castellani; *El Cristo y las Naciones* de Julio Meinvielle; *No más hijos*, de Vicente Alonso; *Quiero y vale cuatro*, de Ignacio Anzoátegui; *El Retorno del Cristo*, de Víctor Anzoátegui; *El Comunismo y el Fascismo*, de César Pico; y *Freud y el Freudismo*, de Leonardo Castellani.

La Reforma de la Enseñanza, Buenos Aires, Difusión, 1939, p. [218].

A los lectores, revista *Estudios*, Buenos Aires, 1940, n. 347, p. 399 *et seq.*

El Poema Inconcluso, publicado en *Estudios*, *ibíd.*, pp. 443-444.

Prólogo a **Un país**, p. [9].

*Estudio Preliminar a **Militis**, p. 16 et seq.*

Obra de teatro de Henri Gheon, traducida por Jerónimo del Rey y Jorge Mejía, Buenos Aires, 1944, Penca-Club de Lectores, 132 pp.

Buenos Aires, Difusión, 1939.

Buenos Aires, Ediciones Nueva Política, 1945. El epílogo apareció con el título de *La Argentina de 1943 y de ahora - La Revolución de Junio ¿es una revolución restauradora?* y se halla reproducido en *Seis ensayos y tres cartas* [2ª ed.] Buenos Aires, Dictio, 1978, pp. 163-188.

Buenos Aires, Difusión, 1939, 44 pp.

Una Santa Maestrita, Buenos Aires, Penca, 1942, 121 pp.

Recopilados en *Las 9 muertes del Padre Metri*, Buenos Aires, C.E.P.A., 1942 y en la segunda edición de *Martita Ofelia* (que se llamó desde entonces *Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas*), Buenos Aires, Penca-Club de Lectores, 1944.

Suma Teológica. Buenos Aires, 1944-1945, Club de Lectores. No cabe mostrar aquí el estilo, copia y humor de las notas de Castellani a la obra de Santo Tomás, pero sí, muchos lectores de entonces las recuerdan con Albino Gómez como «sensacionales» (cf. ***Diario de un Joven Católico***, 1944-1972, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995, p. 116). Causaron, en efecto, sensación.

Se encontrará una de estas cartas, sobre *La Pobreza*, en **C. x C.**, p. 353 *et seq.* Ésta salió reproducida, junto con otras tres, en la segunda parte de **Fariseos**, p. 183 *et seq.*

Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 230 pp.

La Crítica de Kant. Introducción al Kantismo. Sección III de la Magna Obra El cimiento de la Metafísica -Lecciones sobre el desarrollo histórico y Teórico del problema del conocimiento- El cuaderno III. Buenos Aires, Penca, 1946, 325 pp. Esta versión viene precedida de un importante prólogo titulado Kant en la obra de Joseph Maréchal S.J. (pp. [13]-49).

Cf. Raúl Rivero de Olazábal, *Por una cultura católica*, Buenos Aires, Claretiana, 1986, p. 60. También se hace referencia a que Castellani acudía por estos años a los Cursos donde hacía lecturas y comentarios de textos filosóficos (cf. p. 128).

Del P. Francisco Avellá en **Celebración**, pp. 253-257. Qué no daríamos por contar con más testimonios por el estilo. Pero ya saben ustedes: puesto a declarar sobre algún personaje histórico, el argentino medio suele ponerse a la defensiva, se siente en la obligación de adoptar un modo acartonado y algo solemne con lo que su testimonio se empobrece cuando no se falsifica -quieras que no- la realidad. Lástima.

Y no sé si hoy mismo le dejarían a Castellani desarrollar sus conferencias: *«Eran siete conclusiones, que son aplicables a todo el mundo: 1.- El seminarista necesita una fuerte educación intelectual; si es casa de estudios, que se estudie. 2.- El seminarista necesita educación artística: el arte es uno de los caminos más obvios de la “sublimación de los instintos”. 3.- El seminarista necesita aprender a hablar en público: la oratoria es un arte, arte necesario al sacerdote. 4.- El seminarista necesita teatro: para aprender oratoria y para expresar las emociones, que es la manera de educarlas. 5.- El seminarista necesita vida familiar. 6.- El seminarista necesita aprender un trabajo manual. 7.- El seminarista necesita menos meditaciones y más li turgia, menos disciplina farisaica y más comunicación con el “staff ” del seminario; menos piedad palabrera y sentimentaloides y más obras de misericordia corporales. Es un buen programa de “educación de los senti mientos” (que no es educación sentimental) [...]; por ejemplo, con pura devoción a la Virgen, y sin deportes, amor a la familia, amistad fraterna, poesía y trabajo no formará usted la castidad, necesaria al sacerdote»* (**Psicología**, p. 181 et seq.).

Carta a Mons. Rau, en **Seis Ensayos**, p. 194.

Carta al P. Camilo Crivelli fechada el 5 de febrero de 1941. Los subrayados y falta de comas son originales.

Carta al P. Tomás J. Travi fechada el 23 de marzo de 1942 (la ausencia de comas es de Castellani). Es cierto que tiene sobreescrita una leyenda estampada por el mismo Castellani en donde asienta su retractación por escribir de manera tan «bruta y pretenciosa». Ese «arrepentimiento» lleva fecha del 5 de mayo de 1943. Pero ya hacía un año que la había mandado.

Carta del P. Juan Armelín al P. Tomás J. Travi fechada el 30 de julio de 1944. No estoy seguro, pero interpreto que la enigmática frase «*propensión especial en algunos de ellos en estar con ellos*» se refiere a lo que hemos contado antes, que Castellani acostumbraba usar el recreo para contarle historias a los niños de la Escuela Apostólica.

Copia de carta al P. Tomás J. Travi fechada en San Miguel el 9 de julio de 1941. No tiene firma.

Carta del P. Ricci S.J. al P. Tomás J. Travi fechada en Villa Devoto el 3 de agosto de 1944. Héctor Mandrioni y Juan Luis Gallardo -refiriéndose a hechos ocurridos con más de diez años de distancia entre sí- han hecho referencia a que Castellani tenía una pistola. Mandrioni me contó acerca de un episodio ocurrido a propósito de una conferencia sobre Santa Teresa que Castellani dio en el Instituto Superior de Cultura Religiosa a instancias de él. Dice que llegó tarde, se puso a tomar agua y, alegando que se vivían tiempos muy peligrosos, depositó una pistola sobre la mesa. Mandrioni me agregó que Jesús Montanché, el que había fundado el Instituto con Montes de Oca, le dijo que nunca más lo invitaría a dar una charla. Calculaba que esto ocurrió promediando los años '50. Por su parte, Juan Luis Gallardo me contó que en una oportunidad Castellani, creyéndose engañado por un kioskero con un vuelto (de monedas) volvió a su casa, sacó un revólver y regresado al kiosco encañonó al atribulado comerciante obligándolo a restituir el faltante. Dos historias, como la de Ricci, difíciles de creer. Además, cuando la Revolución Libertadora Castellani escribió expresamente: «*No he querido tener arma en todo este tiempo*» (Carta a Alberto Graffigna, fechada el 21 de septiembre de 1955). Por otra parte, ¿qué pistola o revólver era?, ¿cuándo y cómo la adquirió? ¿qué se hizo de tal arma? ¿quién se la quedó? No. Me inclino a creer que es parte de una leyenda a la que dio origen, con característica malicia... el propio Castellani.

Carta del P. Tomás J. Travi a Castellani, fechada el 11 de septiembre de 1944.

De la misma época hay un artículo publicado en *Cabildo* el primero de julio de 1944, en el que Castellani había hecho una referencia análoga a la censurada, aunque escrita de modo un poco más elegante. «*De modo que si lo llevan a un cura a bendecir tales o cuales cañones, él cree estar bendiciendo a la patria o al soldado desconocido, desde luego; pero a lo mejor está en realidad como aquel que creyó bendecir una fábrica de mallas y estaba bendiciendo un contrabando; y el otro que creía bendecir una fábrica de go mas y se convenció que es peligroso bendecir todo lo que le pongan a uno por delante*» (cf. **Decíamos Ayer**, p. 96 et seq.).

Epístola de Hernán de Alhama al autor del libro, en **Militis**, p. 32. La primera edición es del año 1945.

El Evangelio, p. 130 *et seq.* En otro lugar Castellani pasa revista a los disparates exegéticos que se han formulado respecto del ayuno de Cristo (cf. *De Exégesis*, en la revista *Universitas*, Año V, n. 19, Buenos Aires, 1971, pp. 17-20, reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 255 *et seq.*).

Diario, 15 de agosto de 1941.

Ibíd., 9 de febrero de 1942.

19 de octubre de 1941.

Aunque no significa esto que estuvieran en todo de acuerdo: «*La objeción de mi h. Luis de que al drenar las toxinas, el ayuno puede drenar también las inmunicinas y dejar al organismo más expuesto a enferm. infecciosas me parece se basa en la mentalidad racionalista de los médicos. Creen que las inmunicinas son algo corpóreo, sustancial, que se puede remover como un terrón de una azucarera. Para nosotros los filósofos, las inmunicinas como las toxinas son “habitus” corpóreos*» (ibíd., 12 de febrero de 1942).

Ibíd., 15 de enero de 1942. Las referencias que siguen pertenecen todas al mismo cuaderno de los meses de enero, febrero y marzo de 1942.

18 de enero.

19 de enero.

22 de enero.

27 de enero.

20 de enero.

22 de enero.

23 de enero.

31 de enero.

24 de enero.

26 de enero.

28 de enero.

29 de enero.

3 de febrero.

4 de febrero.

8 de febrero.

10 de febrero.

11 de febrero.

14 de febrero.

16 de febrero.

17 de febrero.

20 de febrero.

21 de febrero.

22 de febrero.

24 de febrero.

5 de marzo.

Cap. XIX, *Pensar la Patria*, en buena parte fruto de interminables y reveladoras conversaciones con Aníbal D'Angelo Rodríguez que tanto se interesó en esta cuestión.

Conversaciones, p. 100 *et seq.*

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 30.

Hay una reproducción de esta foto en **Conversaciones**, p. 64.

Dedicatoria a Don Lautaro Durañona y Vedia, en **Decíamos Ayer**, p. 15.

Martita Ofelia, p. 30.

Solos de unos cuantos, en **Martita Ofelia**, p. 52.

Martita Ofelia, p. 41.

Ibíd. p. 34.

El tercer gobierno de Sancho, en **Decíamos Ayer**, p. 372. Elegí esta referencia al azar, pero se encontrarán varias estocadas para el Arzobispo en la colección de artículos que fueran luego compilados en **Sancho**, **Decíamos Ayer** y **Militis**.

Cf. *¿Qué me cuenta de política?* artículo publicado en *Dinámica Social* (n. 93, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1958, p. 19). A Castellani lo tenía perfectamente sin cuidado el número de «vocaciones», como se desprende cuando comenta la Revolución Francesa (Belloc había escrito que Francia era una nación de ateos): «Sí, bautizados y que iban a las procesiones y a los congresos eucarísticos. Nunca clero alguno en ninguna época y región tuvo más número de “vocaciones” (667 obispos establecidos y algunos en trámite, 155.900 clérigos y religiosos, de los cuales 11.400 canónigos y prebendados según el cálculo de Taine) nunca más bienes ni más poder político; y nunca estuvo peor la religión tomada como cuerpo social y dejada aparte la santidad de algunas almas individuales» (*La Ausencia de Poder*, en *Dinámica Social*, n. 77, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1957, p. 6). Se encontrará un acabado retrato de «vocaciones» falsificadas en la figura de Fray Fulgencio, personaje de su **Benjamín Benavides** (Parte II, Cap. 3). Allí don Benya afirma que «*La vida religiosa no es para todos. Y así como uno se puede equivocar no entrando en religión como Dios lo llamaba, que es lo más frecuente, así también se puede equivocar al revés...*». Casos de esos, dice don Benya, se cocinan en conventos en los que «*la pobreza desemboca en envilecimiento o suciedad, la obediencia en servilismo, la castidad en misoginia y dureza de corazón, la oración en aburrimiento, la abnegación en mutilación; y el “abandono de todas las cosas” hecho no en la caridad ni dentro de la contemplación, convierte a los hombres en bueyes, o en carneros o en plantas. El despojarlos de los incentivos comunes del vivir, sin lograr darles los incentivos extraordinarios, simplemente les disminuye la vida; y a veces se la estanca y corrompe [...] El diablo falsifica la obra de Dios [...] Falsifica la religión y la vuelve fanatismo, falsifica la mística y la vuelve política, falsifica la predicación y la vuelve propaganda, la piedad en santulonería, el ascetismo en hurañez, estolidez y orgullo vano*». Y un poco adelante cuando se le objeta a Don Benya que la orden sacó de Fray Fulgencio todo lo que era posible, el hebreo contesta secamente: «*“-Más le valiera haberse casado.”*» (cf. p. 118 et seq.). Por otra parte, estando en Manresa anotó lo siguiente: «*Patanes innumerables han llegado al sacerdocio. De este hecho se desprenden serias consecuencias. El sacerdocio es una dignidad altísima. Pero supone disposiciones en el sujeto. Las disposiciones son los “carismas”. Los carismas deben preceder al confiero. Conferido sin disposiciones no cambia al hombre, no lo hace de nuevo. Un patán podrá absolver válidamente y consagrar válidamente. Nada más. No puede dirigir, no puede gobernar, mucho menos iluminar. La armadura de hierro puesto sobre un anémico produce un ser peligroso. Peligra la cristalería fina en manos de un idiota*» (**Diario**, 12-VIII-47).

En su comentario a la *Parábola del Letrado Docto*, Castellani hizo precisiones sobre el particular: «Dios necesita de los hombres, pero no los fuerza; y así hay que rogarle que envíe operarios, pues en el orden de la salvación nada es hecho sino mediante la oración. Hay que hacer pues “semanas de vocaciones” aunque los que las hagan sean capaces quizás de arruinar o tratar de arruinar al primer hombre que salga con vocación divina; pues la vocación divina circula a través de las manos y bocas imperfectas y aun malvadas: gentes que quieren repetidores y no profetas, a modo de gerentes comerciales que tienen prisa por establecer “sucursales”...» (cf. **Las Parábolas**, p. 163). ¡Y qué no diría si viera lo que nosotros ahora estamos viendo!

Informe del P. Germán Rinsche S.J. al R.P. Luis Parola S.J. fechado el 9 de agosto de 1946 con el siguiente título: «*Observaciones sobre las causas de la antipatía y sus consecuencias del trato de su eminencia el Señor Cardenal Copello con la Comp.*»

Celebración, p. 258 *et seq.* Lo que le agrega color al asunto es que esto fue dicho como colofón a una conferencia que se intituló «*La Unidad de los Nacionalistas*». En efecto, los nacionalistas concurrieron en masa al teatro «*Unione e Benevolenza*» (tan luego) para oír la receta de Castellani que resolvería todas las diferencias entre las distintas facciones presentes. Aníbal D'Angelo me agrega algo más: «*Todo el mundo largó la carcajada. Tan es así que mi madre, que estaba presente y era medio sorda, no entendió y le preguntó qué había dicho Castellani a una señora que estaba al lado. Ésta se reía muy nerviosa pero no quería decir la palabra “mierda”. La anécdota es famosa en mi familia porque además de mi madre estábamos los tres hermanos que militábamos en Alianza: Gustavo, Elena (Chirichi) y yo*».

Criterio, n. 634, Buenos Aires, 1940, p. 396.

Criterio, n. 671, Buenos Aires, 1941, p. 39.

Criterio, n. 693, Buenos Aires, 1941, p. 160.

Criterio, n. 690, Buenos Aires, 1941, p. 86.

Criterio, n. 693, Buenos Aires, 1941, p. 160.

El Humor Español, en revista *Continente*, Buenos Aires, mayo de 1953, reproducido en **Nueva Crítica**, p. 520.

Martita Ofelia, p. 177. Aunque, seamos justos: ya no tan joven, ya no tan bonita -bueno, lo admitimos, no nos parece tan inteligente tampoco.

Tal vez sea aquello de que «*fracasó en la infantilización psicológica que se considera necesaria para ser buena novicia, y salió del convento*», *ibíd.*, p. 178.

A una Hermana (el día de su profesión religiosa), en *Criterio*, n. 674, Buenos Aires, 1941, p. 112.

La Modestia Argentina, en **Decíamos Ayer**, p. 106.

Por no hablar del increíble detalle con que se amonesta a los confesores para que se muestren «*más bien severos que familiares en el modo de confesar*» a las mujeres (Ep. 462), o una larga serie de prohibiciones como que el «*director espiritual y la dirigida se den como recuerdo sus propias fotografías*» (AR. 1920, p. 270), etc., etc. De esta nauseabunda minuciosidad se puede colegir cuánto de moral sabrían los que redactaban esta clase de normas. Después... bueno, después vino el Concilio.

Dulcinea, p. 68.

Conversaciones, p. [151]).

Véase la nota (2) del Capítulo II de este mismo libro.

Por ejemplo en la *Carta al Nuncio* que se incluye en **Seis Ensayos** (p. 218). Pero en un borrador de carta a Braulio Anzoátegui (escrita allá por 1934) Castellani dice que su abuelo «*edificó dos iglesias, la de San Antonio de Obligado y la de Reconquista y después se murió encomendando que a mí me llamasen Leonardo*».

Es cierto que resulta excepcionalmente clara (a nosotros nos facilitó enorme mente la lectura de sus incontables cartas, diarios y manuscritos no publicados). Está bien descripta en **Juan XXIV**: «*redonda española, sencilla, linda y muy clara*» (p. 292), *aunque antes la había descripto como «letrita maravillosamente caligráfica»* (p. 164) y es otra prueba de lo que sostenemos.

Esto lo escribe en sus **Antecedentes**, una hoja en la que expone su «caso» para conocimiento de las autoridades eclesiásticas (vide **Conversaciones**, p. 128). Y, como hemos visto, no hay referencia a esa «loa» en ninguno de sus diarios ni cartas de la época. Más bien, al revés, dificultades sin cuento que hemos referido.

Gustavo Martínez Zuviría fue quien tradujo el libro de Crispolti. Respecto de la versión de la *Suma* (de Hilario Abad de Aparicio) sólo fue «ajustada» por Castellani como él mismo señala en la «Advertencia» al tomo II (aunque es cierto que en la p. 8 habla de una «traducción»). También se habla de “traducción” de la *Suma* en **Reseña**, p. 366. En otro lugar Castellani escribió que «*Las exigencias de la censura, del público y del mismo editor [Fontenla] documentadas en cartas que están en mi aposento, impusieron desde el primero tomo un trabajo del todo diferente, consistente en una traducción nueva [...] que yo emprendí de buena fe, fiado en una promesa escrita del editor*» (cf. Borrador de carta al P. Juan Moglia, fechado en Roma el 3 de junio de 1947). Benítez es quien le atribuye ambos trabajos en su famoso *Palique Preliminar* (**Crítica**, p. 25 y 26, reproduciendo la versión de 1945, salvo -como nos advierte Jorge Castellani- unas «*pocas frases que suprimió el P. Castellani por demasiado elogiosas para su persona*» (cf. copete intitulado *Acerca de este Volumen*). Cotejando ambas versiones resulta que son idénticas.

Juan XXIV, p. 18. El cura Duca D'Elía es una semblanza lo bastante autobiográfica como para que agreguemos esta nota aquí.

Sobre la cuestión de su Doctorado en Teología, remito al Apéndice de este libro. En una sola oportunidad Castellani parece indirectamente admitir que no se doctoró formalmente en Teología (**Juan XXIV**, p. 27). En cambio, que hizo muy frecuente ostentación de este y otros títulos es cosa fácil de probar. Así, a modo de ejemplo, hablando de sí, escribe de «...un argentino con doctorados de las dos más grandes universidades del mundo...» (**Nueva Crítica**, p. 230) y en carta a Monseñor Rau admite que Monseñor es teólogo, para agregar a continuación: «Yo lo soy también, por la Gregoriana de Roma, con notas sobresalientes, y diploma bulado firmado por S.S. el papa Pío XII y el general de los jesuitas Wladimir Ledochowski. Ellos entonces firmaron que yo era doctor sacro “cum licentia ubique docendi”» (cf. **Seis Ensayos**, p. 191). Cosas por el estilo hay muchas en su obra de ficción - pero que indudablemente refiere a sí mismo-, como por ejemplo cuando el Cura Loco de **Dulcinea** exclama: «Soy doctor por la Gregoriana» (p. 79). Sin embargo lo más usual es que estampe o deje estampar estos títulos en las portadas o prólogos de sus libros. Por ejemplo en la solapa de **El Enigma del Fantasma en Coche** se lee lo siguiente: «Hizo tres doctorados en las dos universidades más antiguas y famosas del mundo». En el Prólogo a **Sancho**, Ponferrada lo pone como «Doctorado en Filosofía en el Seminario Pontificio de Buenos Aires hacia 1924...En 1931 la Universidad Gregoriana de Roma le confiere, a su vez, el título de doctor en Filosofía y Teología... concurre a la Sorbona, donde alcanza el diploma de estudios Superiores de Filosofía, rama Psicología» (p. 12 y s.). En una pequeña reseña biográfica escrita por Irene Caminos a *Crestomatía*, se lee lo siguiente: «Posee tres títulos doctorales europeos: en Psicología de la Sorbona de París; y dos, de la Gregoriana de Roma, Doctor en Teología y Dr. en Filosofía» (p. 11). En **Elementos de Metafísica** se lo presenta como «Doctor en Filosofía por la universidad Gregoriana de Roma - Diplomado en Filosofía por la Sorbona de París.» En sendas retiradas de tapa (de **Freud en Cifra** y de **Decíamos Ayer...**) se lo presenta como «doblemente doctorado por la Sorbona y la Gregoriana» y, más significativamente aún, se atribuye un Doctorado en Teología por la Gregoriana y uno de Filosofía por la Sorbona en los cinco tomos que anotó de la *Suma Teológica*. Aparece simplemente como «Doctor en Teología» en las portadas de **Una Santa Maestrita**, **El Ruiseñor Fusilado**, **Las Parábolas de Cristo**, **Doce Parábolas Cimarronas** y **Catecismo**.

Conversaciones, p. 129. Ya hemos dicho -pero lo repetimos aquí- que la colección de *Estudios* del año '40 es considerablemente mejor que lo publicado en años precedentes y posteriores. Pero no, no está, ni con mucho, a la altura de otras publicaciones contemporáneas.

Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas por Jerónimo del Rey. Buenos Aires, 1944, Penca, Club de Lectores, 254 pp.

Antología del Cuento Extraño. I. Selección, traducción y noticias biográficas por Rodolfo J. Walsh, Buenos Aires, Hachette, 1976, p. [8].

Cf. *On a Winged Horse and the Exile who Rode Him*, en *Selected Essays*, Middlesex, Penguin, 1958, pp. 65-71. La idea del caballo alado, el nombre del caballo del protagonista, el contrapunto poético y el final, son, en el cuento de Castellani y el de Belloc, esteeeee... idénticos. Originalmente, *El caballo con alas* fue publicado en *Jauja* (n. 8, Buenos Aires, 1967, pp. 36-41) y en ningún lado se aclara que es réplica del cuento de Belloc.

Domingueras I, p. 215.

Lástima que el coraje de la Eguren no llegó a tanto como para admitir lisa y llanamente su origen aliancista. «Yo militaba en *Filosofía y Letras*, pero éramos muy pocos y estábamos muy mezclados. Había algunos que eran peronistas progermánicos y otros en cambio, lo eran por vocación nacional». (Reportaje publicado en la revista *Panorama*, 27 de julio de 1971, p. 15).

Una Santa Maestrita. Vida sencilla de la bienaventurada María Bartolomé Capitano, Fundadora del Instituto de las Hermanas de Caridad llamado de la Virgen Niña. Buenos Aires, Penca, 1942, 121 pp.

Gerardo Manley Hopkins, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XIII, 2, 1953, reproducido en **C. x C.**, p. 47.

Una Santa Maestrita, op. cit., p. 96.

Benjamín Benavides, p. 123.

Militis, p. 28.

Como cuando se alza en defensa de Jordán B. Genta escribiendo la increíble carta al entonces Presidente de la Nación, reproducida en **C. x C.**, p. 349, *et seq.* Como botón de muestra, baste con señalar que en ella le sugiere a Farrell que no sea «*cagón*» (sic).

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Un modelo para la muerte*, Buenos Aires, Edicom, 1970, p. 72.

Decíamos Ayer, p. 221. Que el apodo se lo puso Queraltó me lo contó Irene Caminos, aunque Castellani se lo atribuye por ahí a unas «*señoras bienudas*». Pocos años más y comenzará su novela, *Su Majestad Dulcinea* -plagada de referencias autobiográficas- cuyo protagonista es, precisamente, un «cura loco» que «...*había pertenecido a una orden religiosa, había estudiado en Roma, había tenido un lío fenomenal con sus Superiores, había estado “recluido” (es decir, preso) dos años, se había fugado, había sido echado de los Jeromianos...*» (p. 198 et seq.).

Dulcinea, p. 196. *V.q.* **Kirkegord**, p. 160.

Palique Preliminar, en **Crítica**, p. 27.

A Modo de Prólogo, firmado el 24 de febrero de 1945 y reproducido en **Decíamos Ayer**, p. 23. V.q. *Lo que tenía que suceder*, artículo firmado el 20 de agosto de 1946, en **Cristo Vuelve**, p. 222 *et seq.*

Epílogo a La Revolución que Anunciamos de Marcelo Sánchez Sorondo, reproducido en **Seis Ensayos**, p. 167.

El 45, op. cit., pp. 25-27. Luna señala en nota que «los principales dirigentes de Forja [fueron] Luis Dellepiane, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Gabriel del Mazo y Homero Manzi». Por otra parte, tengo para mí que un gran «olvidado» de los que comenzaron la aguda crítica literaria y nacionalista durante los revueltos años '30 fue Ramón Doll, «uno de los más penetrantes espíritus de la Argentina actual» (**Decíamos Ayer**, p. 63).

Aunque eso también tiene explicación. Nadie me parece lo ha formulado mejor que Enrique Díaz Araujo: *«En la segunda guerra, los alemanes mantuvieron su respeto por los buques de pabellón argentino, sobre todo a partir de la creación de la Marina Mercante, y en consecuencia, la neutralidad fue el objetivo permanente de la diplomacia inglesa en la Argentina. Pero, y acá está el problema, los Aliados no lo fueron tanto en las cuestiones del Río de la Plata, y Estados Unidos reclamó la ruptura con el Eje. Castillo y sus seguidores se mantuvieron firmes en la defensa de los intereses británicos, mientras que un buen sector de la oligarquía se sumó -por motivaciones ideológicas- a la campaña yanqui [...] En verdad ésta es la piedra de toque del asunto: el neutralismo de Castillo no era pronazi sino anglófilo»* (cf. *La Conspiración del '43*, Buenos Aires, La Bastilla, 1971, p. 66 et seq.).

Fermín Chávez, *Perón y el Peronismo en la Historia Contemporánea*, Buenos Aires, Oriente S.A., 1975, p. 242. «[...] no podíamos resistir la presión del Continente, manteniendo una neutralidad que nos podía llevar mucho más de lo sospechable.» (Exposición de Perón el 21-XII-45 *apud* Chávez, *Ibíd.* p. 265). Pero, en fin, hay que ver que España, por ejemplo, en una situación mucho más comprometida a raíz de la posguerra civil, aguantó eso y mucho más de parte de los bandos contendientes, como supo poner de relieve Castellani con argumentos expuestos en excelente cristiano. (*Vide Carta de Pereda a «Petén» en Militis*, p. 233 *et seq.*)

Decíamos Ayer, p. 21 *et seq.* firmado en Villa Devoto el 24 de febrero de 1946 (aunque figura 1945, es obvio que se trata de una errata). En nota se aclara que «*Este Prólogo fue escrito para la edición que debió de aparecer en el año 1946 (Ediciones Penca) y que fue detenida estando ya todo el libro compuesto. Los plomos fueron malsanamente fundidos*» (Ibíd., p. 17). Quizá el «putiferio» al que se refiere Castellani es el revés de la «compadrada criolla» Véanse por ejemplo los términos en que se expresaba el Presidente Castillo, según lo refiere Carlos Ibarguren: «...a veces, les digo en broma a algunos flojos que se asustan de las consecuencias de mi actitud internacional que cuando se nos acabe la munición peharemos a trompadas. Cuando me argumentan que los yanquis nos pueden tomar la Patagonia, les contesto que los sacaríamos como a ratas» (cf. *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 667 *et seq.*). La compadrada no nos divierte cuando recordamos que fuimos nosotros los que nos portamos como ratas.

El Cáncer, en **Decíamos Ayer**, p. 361 *et seq.*

Borrador de carta a Hugo de Achával, fechado en Manresa el 26 de julio de 1947. «Yo recuerdo haber pedido con vehemencia y aun quizá con presunción a Dios que sanara a mi madre en su última enfermedad, de la cual murió» (**Domingueras II**, p. 142).

Carta dirigida a la R.M. Priora María Teresa de San Juan de la Cruz, fechada en Buenos Aires, el 16 de mayo de 1944.

Dic Ecclesiae. Estrictamente confidencial. A mis HH. los Profesos de la Prov. Argentina. Según mi estimación esta carta es la segunda de la decena que escribió y es de principios del año 1945.

Borrador de carta al P. Llusá, fechado en Villa Devoto en junio de 1923.

Sobre este decreto, remito a las notas (43) y (44) del Capítulo XX y (32) del Capítulo XXV.

Carta del P. Travi al P. Víctor Anzoátegui fechada en Buenos Aires el 14 de noviembre de 1941. Travi exagera la monición de Roma que nunca «prohibió» los libros de Lacunza. Por otra parte, unos años después el Santo Oficio publicó un decreto «mitigado» sobre el milenarismo mitigado en donde se limita a decir que tal doctrina «*no puede enseñarse con seguridad*» (El decreto es del 21 de julio de 1944 -Denz. 2296-).

Las idas y venidas de todo este asunto requerirían otro libro (sobre el «caso» Anzoátegui») y hasta donde tengo averiguado la reseña de Castellani no es del todo exacta. Por ejemplo, puede asegurarse que no fue perseguido por «milenario» como él hace suponer (**Catecismo**, p. 180). En cambio, sí puede ser que ese cargo haya motivado que en 1942 lo enviaran a Resistencia. Como fuere, allí tuvo serias desavenencias con el Superior, P. Antonio Crespí S.J. que culminaron en noviembre del '45 cuando el atribulado jesuita solicitó su salida de la compañía y pase al clero secular, cosa que logra («*ad experimentum*») merced al formal pedido que hizo Travi al Obispo del lugar. (Se trata de Mons. de Carlo, Obispo de Resistencia, que contesta con característica delicadeza episcopal que accede a esa solicitud de mala gana: «...cargaré con dicho Padre, si así lo cree necesario V. Rcia., pues no me interesa tanto lo que piense el P. Anzoátegui» -Carta a Travi, fechada el 26 de diciembre de 1945-). Vale quizá la pena notar que en su solicitud Travi admite que el P. Anzoátegui se encuentra moralmente imposibilitado de continuar en la Compañía pero que «*de la integridad moral del Padre nunca he podido dudar durante todo el tiempo que le conozco, que abarca más de veinte años*» (Carta a Mons. Dr. Nicolás de Carlo, Obispo de Resistencia, firmada el 26 de enero de 1946). Aquí miente: Travi se hizo eco de una larga serie de denuncias que se hicieron contra Anzoátegui (principalmente enredos con una mujer) como consta por sus descargos que tengo ante la vista. Y son precisamente esas denuncias las que motivan que Anzoátegui resolviera salir de la Compañía. Por otra parte, no queda más remedio que admitir que los cargos no eran completamente infundados, ya que cuatro años después, el sacerdote se hallaba en Puerto Tirol y desde allí le escribió al Obispo anunciando que «se ausenta de la Diócesis, en la cual había sido recibido», sin más ni más. Se junta con la mujer que había motivado las famosas denuncias. El Obispo De Carlo le avisó a Travi: «*Ignoro si dicho Padre se presentará a V. Rcia., pero por manifestaciones que ha hecho a algunos sacerdotes va a Buenos Aires sin ánimo de volver a la Compañía, lo que me hace suponer que ha naufragado en la fe. Dios nos mantenga su auxilio en esta emergencia y tenga misericordia de dicho sacerdote*» (Carta al P. Travi fechada el 24 de septiembre de 1950).

Catecismo, p. 180. Efraín Martínez Zuviría me contó cómo en una oportunidad (a principios de los '70) pasó a buscarlo a Castellani por la estación de Bella Vista para llevarlo a darle la Extremaunción al pobre Anzoátegui que vivía con una hermana (Raquel), aquí mismo en Bella Vista, donde esto escribo. Ignacio Anzoátegui (h.), su sobrino, me contó que el hombre estaba completamente fuera de sí y se había escapado en una oportunidad por las calles de este pueblo completamente desnudo. Martínez Zuviría lo atendía como médico y le pidió a Sojo S.J. que le mandara a algún jesuita para administrarle los sacramentos. Sojo lo mandó a Achával, para «rescatarlo» pero parece que Anzoátegui lo echó prácticamente a palos. No recuerda Efraín cómo se enteró Castellani del asunto, pero lo cierto es que así fue, viniéndose a Bella Vista para este ministerio de misericordia. Según Efraín, también fracasó porque el hombre no estaba en sus cabales. Benítez también se atribuye haber asistido a Anzoátegui en su agonía afirmando que «*murió en estado de gracia*» (esto me lo dijo en la entrevista que con él mantuve. Pero muchas de las cosas que entonces me dijo después se revelaron como falsas). Por su parte, Ignacio Anzoátegui -el sobrino de Víctor- me contó que Raquel (la hermana de Víctor que lo cuidaba en Bella Vista, una devotísima mujer de misa diaria), insistía con sorprendente virulencia en que la culpa la habían tenido los jesuitas, que ellos lo habían vuelto loco.

Reseña, p. 366. En otro lugar explicó que éste es el primero de los tres grados que existen en la Orden y que los restantes dos son los de «Doctores» y «Gobernantes» (cf. **Conversaciones**, p. 131).

Jauja, nº 16/17, Buenos Aires, abril-mayo de 1968, p. 75. En algunos lugares Castellani habla de «10» y de «12», mientras que aquí de «7» cartas. Como nosotros sólo accedimos a cinco, la cuestión resulta irrelevante. Ya escrito este capítulo aparecieron publicadas cuatro de ellas en la Segunda Parte de **Fariseos**, p. 183 *et seq.*

Barletta, p. 206. Sobre la virtud de la «Parresía» (o «*parrhèsía*») remito al trabajo de Ramiro Sáenz, *La Parresía, el Señorío de los Hijos de Dios* (*Gladius*, n. 46, Bs. As., diciembre de 1999, p. 47 *et seq.*). Vq. Pierre Miquel, *Lexique du Désert - Etude de quelques mots clés du vocabulaire monastique grec ancien*, Bégrolles-en-Mauges, 1986, Abbaye de Bellefontaine, p. 201 *et seq.*

Beda el Venerable comentando Lc. XXI, 4 (*apud*. la *Catena Aurea* de Santo Tomás de Aquino).

Borrador de carta al R.P. Cándido Mazón S.J., fechado en Manresa el 12 de octubre de 1947.

Para quien quiera estudiar el tema del buen gobierno en Castellani remito a la nota (13) del Cap. VIII.

Decíamos Ayer, p. 218.

«Si un hombre recibe un mal y devuelve un mal, el mal se aumenta en el mundo; si no devuelve un mal, el mal queda en él y pasa a otros, inocentes incluso; pero si devuelve bien por mal, allí muere el mal. Si un hombre le corta un brazo a su enemigo y su enemigo a su vez le corta un brazo, dos mancos. Si no le puede cortar el brazo, y él no puede ya trabajar, el dolor se propaga a su mujer y a sus hijos, que quedan en la miseria; y puede que de ellos se propague a los vecinos, p. ej., en forma de irritación e injusticia o molestia: piden limosna. Esto es fácil de comprender; es el movimiento de suyo infinito de la injusticia -motus perpetuus- que no puede ser ya detenido; ni siquiera por la Justicia, sino solamente por el Amor. No quiero decir que no haya que hacer justicia con los malhechores. Pero no basta» (cf. *Ni con Elocuencia, ni con Dialéctica*, en **C. x C.**, p. 311).

Directorial de Jauja (n. 3, Buenos Aires, marzo de 1967, p. [5]).

Para quien quiera estudiar el tema de la obediencia en Castellani remito a la nota (48) del Cap. XVIII.

Se encontrará el texto completo de esta carta reproducido en **C. x C.**, p. 353 *et seq.* además de **Fariseos**, (p. 183 *et seq.*).

La Crítica de Kant por Joseph Maréchal. Buenos Aires, Penca, 1946, 323 pp. Cuenta con un estudio introductorio de Castellani intitolado Kant en la obra de José Maréchal S.J. dividido en cinco capítulos: 1) Maréchal; 2) Kant aquí; 3) Kant en cifra; 4) Gar-Mar; y 5) César Pico.

De modo que decirle a Travi que el famoso prólogo ya había sido censurado es, sencillamente, inexacto. Castellani había publicado un artículo intitulado *Sugerencias* en *Estudios* (n. 291, Buenos Aires, 1935, pp. [334]-352) que constituye una recensión de un libro de Gar-Mar (un profesor de Física). Con el mismo título que el libro recensionado, *Sugerencias*, el artículo aparece como segunda parte del cuarto acápite (pp. 30-46). Frecuentemente hemos visto que Castellani ofuscado pierde la línea de este modo, y que este aspecto de su temperamento (nervioso) siempre le jugó en contra. Aquí viene bien el autorreproche que se hace Michael D. O'Brien, un hombre tradicionalista rodeado de exasperantes modernistas: «*La gente no escucha demasiado a los hombres airados que ventilan su ira. Por el contrario, un hombre enojado que controla su rabia y lo forja en pensamientos templados se convierte en una importante fuerza en la sociedad. Pero yo no había aprendido aún esa lección primera. Pensé que todo lo que necesitaba eran palabras. Creía que todos se convencerían si alcanzaba a explicar bien las cosas. Ni por un momento sospeché que los demás no estaban tan desesperados por la verdad como yo. En el proceso perdí una importante verdad*» (cf. *Plague Journal, A Novel*, San Francisco, Ignatius Press, 1999, p. 128). Sí, eso sin contar las verdades que se pueden también «perder», si llevados por nuestra ofuscación, llegamos a falsificar los hechos en disputa (hablo de lo que me sé demasiado bien).

Cf. «*Era nuestro adelantado*», en la revista *Crisis*, n. 37, Buenos Aires, mayo de 1976, p. 43.

Castellani fue severamente crítico de la obra de Furlong, pese a que casi siempre mantuvieron relaciones cordiales. Claro que debajo de esa cordialidad latían profundas diferencias de concepción sobre todas las cosas. Furlong es buen representante, me parece, de una espiritualidad, de un modo de ser jesuítico, que a Castellani, como hemos visto una y otra vez, le resultaba detestable (véase cómo lo pone de «antimodelo» unas líneas más adelante). Por otra parte, por lo menos en una oportunidad Furlong le jugó una trapisonda al escribirle a Levene pidiéndole disculpas por las referencias que hay al Presidente de la Academia de Historia en *El Nuevo Gobierno de Sancho*. (Aunque Castellani nunca se enteró de esa carta, encontré la copia entre los papeles de... ¡Travi!). También debe decirse que Castellani lo atacó durísimamente en un conferencia en 1954 donde lo designa como: «*El célebre P. Furlong, miembro de la Academia de la Historia Falsificada*» para luego atribuirle «*grandes quemazones de libros, incluso las ediciones de Lacunza*» (cf. San Agustín, p. 217). Sin embargo yo he visto con mis propios ojos, en la biblioteca del Salvador donde Furlong se desempeñaba como bibliotecario, no menos de dos ediciones de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Furlong tendría defectos, pero éste que se le atribuye de quemar libros parece excesivo. Castellani y Furlong, ambos, habían sido cortados con distinta tela y se sabían completamente diferentes, y en cosas de fondo, contrarios, casi enemigos, mal que les pesara a los dos, y pese al esfuerzo de concordia de ambas partes. Así, Furlong comenta *El Evangelio de Jesucristo* en términos encomiásticos (cf. **El Evangelio**, p. [5]) y, a fines de los '70, medió para que Castellani volviera a la Compañía -en términos que irritaron a nuestro autor.

Cf. Josef Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976, p. 231.

I Tim. IV, 3. Algunas versiones de este texto (como la King James) refieren que éstos tendrán la conciencia «disecada», «encallecida» o «agostada».

El Ruisenñor, p. 22. En esto, Castellani insiste en varios lugares. «*La gazmoñería y la pudibundería es un típico signo farisaico*» (cf. **Fariseos**, p. 27. V.q. el capítulo sobre *Las Mujeres* en la p. 95 et seq.). Por otro lado, comentando la misteriosa indicación de San Pablo sobre los herejes de los últimos tiempos que prohibirán el matrimonio (I Tim. IV, 3), Castellani anota que «*”Prohibentes Nubere” [...] esa palabra puede significar una cosa peor que la simple incitación a lo mundanal; a saber: el fariseísmo en la Iglesia; el hacer de la repulsa del matrimonio un signo de santidad, tenerse por superiores y dignos de ser mantenidos gratis por el hecho de no estar casados y rastrillar innumerables niños hacia el camino del celibato cuando aún no tienen libertad y de un modo que prácticamente les merma a la mayoría la libertad para elegir “in leticia” [sic] el propio estado*» (**Diario**, 4-III-47). Y unos días después Castellani recuerda escandalizado el libro del P. Lanz sobre la vida de Santa María Teresa Soubirán («*detestable centón de lugares comunes de propaganda*»), copiando uno de sus párrafos: «*Ya desde la infancia el Señor le inspiró horror al matrimonio, preparándola para las vías de la perfección*», etc. (**Diario**, 19-II-47).

Barletta, p. 209. En otro lugar, Castellani escribió que «*En todos los “disparates” que he hecho en Europa, y cuyos motivos verdaderos se sabrán el día del juicio (antes no, almenos todos) he sentido siempre que me movía en el fondo algo superior a mis míseras pasiones, miras e intereses personales - los cuales, desde luego, se mezclaban en el asunto*». (Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado en Roma el 26 de mayo de 1947).

Benjamín Benavides, p. 367.

Kirkegord, p. 242. Aquí recomiendo calurosamente al lector que relea el Cap. IV *-El Ídolo-* de la Parte Cuarta de **Benjamín Benavides** (p. 359 *et seq.*), una sorprendente alegoría sobre el efecto que le produce a Castellani el «*Cristianismo Oficial*».

Fierro, p. 45.

Fierro, p. 52.

En el mar, soneto firmado a bordo del «*Naboland*», el 18 de diciembre de 1946 (cf. **Oraciones**, p. 179).

Esto se colige de una carta de Benítez fechada el 12 de diciembre de 1946 donde acusa recibo de la de Castellani.

Fierro, Primera Parte, Canto Tercero, p. 56 *et seq.*

Carta del P. Travi transcripta por Castellani en **Mi Confesión**, p. 4.

Carta al P. Travi fechada en Génova el 31 de diciembre de 1946, transcrita en **Hermeneútica**, p. 8.

Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado en Génova el 24 de febrero de 1947.

El Ruiseñor, p. 36. En otro lugar Castellani formuló precisamente la cuestión: «¿Qué ha de hacer un cristiano en un[a] Iglesia decaída, digamos, corrompida; un hombre de verdad a quien le toca el sino de vivir en mala época? ¿Está obligado a hablar? El problema se complica terriblemente con otras preguntas. ¿Qué misión pública tiene? ¿Hasta dónde está corrompida la Iglesia? ¿Qué efecto positivo se puede esperar si chilla? ¿Cómo ha de chillar? La obligación expresa de “dar testimonio de la Verdad”, que fue la misión específica de Cristo, se vuelve espinosa en Sócrates, angustiosa en un pastor como Kierkegaard, perpleja hasta lo indecible en un simple fiel» (cf. **Fariseos**, p. 45. Y guay de los los que no tienen preguntas semejantes en el centro del alma).

Diario, 21 de enero de 1947. En **Mi Confesión**, Castellani cuenta que «recibí un aviso de un Padre de la Compañía amigo mío, bien enterado de las cosas de nuestra Provincia, rogándome por favor que no fuese a España» (p. 5). Por otra parte, en un borrador de carta al P. Víctor Anzoátegui S.J., fechado en Génova el 2 de febrero de 1947, conjetura que «El probable propósito de Travi al darme en Julio 1946 permiso para ir a España “a descansar” era dejarme allí definitivamente». Con el tiempo, Castellani abreviaría la relación de todo esto diciendo simplemente que Travi le había concedido permiso para ir a «Europa» (cf. **Antecedentes**, p. 2; **Conversaciones**, p. 131). Demasiado jesuitismo para mí, el de Travi, el de Castellani.

Diario, 7-III-47. Frecuentemente Castellani se confunde en las fechas -una falla que lo acompañó toda la vida pero que en estos días se verifica más a menudo. Así, este asiento pertenece en realidad al mes de febrero, y no marzo.

Diario, 1-II-47.

Fierro, p. 69.

Borrador de carta al P. Charles Boyer S.J. fechado en Génova el 12 de febrero de 1947.

Borrador de carta al P. José Clemente Silva S.S., fechado en Génova el 17 de enero de 1947.

Borrador de carta al P. Jorge Mejía, fechado en Génova el 25 de enero de 1947. En muchas oportunidades Castellani recurre al sofisma de decir que tenía permiso para viajar a «Europa» sin mayor especificación. Por ejemplo, en carta a a la Hna. Jacinta Acosta cuyo borrador consta en su ***Diario*** el 14-XI-47.

Borrador de carta al P. Hernán Benítez S.J., fechado en Génova el 13 de febrero de 1947. Y aún, al final de su vida, recuerda el lance inexactamente: «*Yo solicité permiso al Provincial para viajar. Éste me lo concedió...*» (**Conversaciones**, p. 80). No dice para viajar adónde.

Castellani utilizó muchas veces esta expresión, algunas veces referida al episodio que aquí relatamos (por ejemplo, en **Benjamín Benavides**, p. 187), pero también al día que lo notificaron del Rescripto 309/40 en las circunstancias que ya vamos a ver (**Mi Confesión**, p. 26).

Fierro, p. 67.

Quizá valga la pena reponer aquí el texto original: *«R.P. Assistens mecum communicavit RVam. sub finem huius mensis Genuensem ad portum in navi «Navoland» [sic] perventuram esse eique esse in proposito in Romam se conferre. Cum facultas a Patre Provinciali R.Vae. concessa, sit Hispaniam adeundi, desidero ut RVa. stet facultatibus concessis, ac proinde ut, ubi primum ibi, Genuae, occasio, sese offerat prosequendi in Hipaniam iter, id faciat, omisso itinere ad urbem Roman quod peragere cogitat, sicut Patri Assistenti in litteris ad ipsum datis R.Va. significabat».*

Fierro, p. 69.

Mi Confesión, p. 12. Según Irene Caminos, el 18 de diciembre de 1946, el P. Janssens le escribió al P. Aloisio Celebrini S.J., Superior de la Residencia de Génova, en los siguientes términos: *«Al fin del corriente mes, cerca de Navidad, llegará a ese puerto desde la Argentina, la nave llamada «Naboland», sueca; en ella viaja el P. Leonardo Castellani de la Provincia Argentina. Las cosas no han ido como se había planeado. Sírvese por lo tanto S. R. significarle de mi parte, apenas llegue, que, omitida Roma, continúe derecho a España, como estaba planeado por nosotros. A los demás Superiores nuestros de esa Ciudad hágales presente este mandato para que lo comuniquen al Padre, si llega a otra casa»* (cf. **Hermenéutica**, p. 4).

Fierro, p. 69.

Benjamín Benavides, p. 304.

Diario, 12-I-47.

Mi confesión, p. 20.

Mi confesión, p. 13.

Una broma de curas.

Hermeneútica, pp. 8-9.

Fierro, p. 72.

Diario, 7-I-47.

Mi Confesión, p. 18 et seq. En su **Diario** escribe después de su segunda audiencia con Siri que «*El Arzobispo ha estado afable, pero en guardia. ¡Qué humillación tener que ser tenido por hombre raro, sospechoso, quizá por loco! Quizá Dios quiere que me humille ahora por todo lo que no me he humillado; manteniendo una altiva reserva acerca de mis padecimientos, y queriendo sufrir solo*» (28-I-47). Y el primero de febrero agrega: «*Al Arzobispo de Génova yo le parezco un loco, y soy en realidad lo contrario, un hombre que rehusa volverse loco; le parezco un pecador, y soy un hombre que rehusa someterse a la ley del pecado, es decir, al pecado vuelto Ley. No rehuso el ser víctima de una injusticia, tantos hombres lo son; rehuso el reconocer la injusticia como santidad*»

Diario, 18-I-47.

Diario, 18-I-47.

Diario, 19-I-47.

Diario, 18-I-47.

Mi Confesión, p. 19 *et seq.* En otro lugar, años después, Castellani indica que el buque que volvía a Buenos Aires se llamaba «*San Martín*» (**Conversaciones**, p. 132).

Diario, 31-I-47.

Mi Confesión, p. 20 *et seq.*

Diario, 23-I-47.

Diario, 21-I-47.

Benjamín Benavides, p. 399.

Así, asienta en su **Diario** que «*el que es tenido por “tergiversador” todo cuanto diga es inútil*» (4-III-47). El adjetivo se le grabó en el alma si nos atenemos a la cantidad de veces que repitió esta palabra, que llama «*infanda*» en **Fierro** (p. 74). V.q. **El Ruiseñor**, p. 28, **San Agustín**, p. 15, **Cimarronas**, p. 90 y **Benjamín Benavides**, p. 275. Con todo, algunos meses después se reprocha su «blandura» en el trato con Janssens y Travi. «*¡Tanto miedo de decir lo que siento! Es ya falta de virilidad. Por eso me han tratado de tergiversador. Por eso.*» (**Diario**, 24-VII-47).

Copia de carta a Juan Bautista Janssens del 21 de enero de 1947. En un borrador de esta carta Castellani escribió: «*Quella parola di “tergiversatore” della sua lettera [...] non so in qual fatto Vostra Paternità s’apoggia per proferirla*» (***Diario***, 21-I-47).

Diario, 23-I-47. Y a continuación refuta: «Jesucristo mandó que amemos al “próximo”» y no “al mundo” en general. Yo me hice próximo al General en la distancia para ver si podía aproximarme en la amistad. Fui rechazado desde lejos, y con injurias. Mis declaraciones de amor fueron tratadas de «tergiversaciones». Unos días después agrega: «Dios me libre de las paternidades abstractas que me aman “en general” y quieren mi bien “ante todo espiritual” permitiendo o causando al mismo tiempo que sea aplastado mi cuerpo y mi bien “particular”» (Ibíd., 27-I-47).

Diario, 7-II-47.

Diario, 10-II-47.

Borrador de carta a Juan Bautista Janssens en el ***Diario***, fechado en Génova el 10 de febrero de 1947.

Diario, 10-II-47.

Diario, 12-II-47.

Diario, 12-II-47.

Borrador de carta al P. Charles Boyer S.J., fechado el 12 de febrero de 1947.

Borrador de carta al P. Hernán Benítez S.J., fechado en Génova el 13 de febrero de 1947.

Marta Cichero, *Hernán Benítez, el confesor de Evita*, en la revista *Todo es Historia*, n. 352, Buenos Aires, noviembre de 1996, p. 22.

Borrador de carta al P. Hernán Benítez S.J., fechado en Génova el 13 de febrero de 1947.

Diario, 14-II-47.

Benjamín Benavides, p. 326, reproducida también en **Oraciones**, p. 37. Se encontrarán agrupadas unas cuantas poesías de este tiempo en la Parte Cuarta de este libro.

Diario, 15-II-47. Se encontrará un divertido retrato del P. Lombardi -bajo el nombre de «Milanesi»- en **Juan XXIV**: «Después de la 2a. Guerra, alrededor de 1946, estuvo en su auge: hacía conferencias transhumantes en toda la Península, que congregaba auditorios inmensos: tenía una facundia intelectual cálida, reposada y firme, que era un buen instrumento; pero en realidad lo que le dio sus fáciles éxitos (sobreestimados por muchos clérigos y frailes de entonces, que lo hacían una especie de Mesías) era lo que decía y sobre todo, prometía. Prometía a Italia “la primacía sobre el mundo”. El Papa Pío XII le dio gran coba por un tiempo, aprobándole incluso su proyecto de viajar en un avión blanco con doce hombre de blanco designados de la UN por el mundo todo a predicar la Paz: “el avión de la Paz” plagio del famoso “buque de la Paz” que fletó Henry Ford durante la primera Granguerra. Por suerte no se realizó el mamarracho: faltaban los millones de Ford. El Papa siguiente lo dejó estar a Milanesi, se mantuvo prescindente, y él viajó a la Argentina, México y España a dar conferencias sobre “el Amor” en las capitales y catedrales» (p. 150). Acerca de su doctrina, consúltese **Benjamín Benavides**, p. 306 et seq.

Diario, 15-II-47.

Diario, 16-II-47.

Diario, 17-II-47.

Diario, 19-II-47.

Diario, 20-II-47.

Diario, 21-II-47.

Michael Walsh, *Opus Dei. An Investigation into the Secret Society Struggling for Power within the Roman Catholic Church*, San Francisco, HarperCollins Publisher, 1992, p. 47 *et seq.* Raimundo Panniker fue ordenado sacerdote del Opus Dei en 1946 y fue uno de sus miembros más prominentes dejando la organización en 1965. Según el A. lo que cuenta aquí surge de una larga entrevista que mantuvo con Panniker el 2 de septiembre de 1984 «...which took place between Heathrow Airport and Oxford, and then continued long into the afternoon in his lodgings in Oxford» (p. 206).

Diario, 21-II-47.

Diario, 22-II-47.

Borrador de carta a Luis Castellani, sin fecha, pero entre un asiento del 22 y otro del 24 de febrero de 1947.

Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado el 23 de febrero de 1947.

Benjamín Benavides, p. 213.

Diario, 23-II-47.

Diario, 1-II-47. Se encontrará esta pieza incluida como Capítulo V de la Parte Cuarta de **Benjamín Benavides**, p. 371 *et seq.* En este libro Castellani sugiere que por entonces escribió tres piezas distintas que agrupó bajo el título general de «*Los tres sueños de un apóstata*» (p. 368). En **Benjamín Benavides** se reproducen dos de estos «sueños» en los Capítulos IV (*El Ídolo*) y V (*Los dos cardenales*). Estos dos capítulos de diez páginas cada uno, el primero escrito en Roma («*Magnópolis*») y el segundo en Génova, constituyen a mi juicio de las mejores cosas que Castellani jamás haya escrito. Lo cual es, me doy cuenta, decir bastante.

Benjamín Benavides, p. 374.

Se encontrarán indicados los lugares donde Castellani desarrolla esa idea en la nota (11) del Cap. XII.

Diario, 24-II-47.

Borrador de carta al P. Jorge Mejía fechado en Génova el 25 de febrero de 1947.

Diario, 26-II-47.

Diario, 02-III-47.

Diario, 02-II-47.

Diario, 03-II-47.

Diario, 04-II-47.

Diario, 04-II-47. «*Para él, el Apocalipsis no sería más que una profecía de la caída del Imperio Romano y el Triunfo (?) de la Iglesia con Constantino*». Se encontrará un largo *excursus* sobre el P. Alló O.P. en **Benjamín Benavides**, p. 403 *et seq.*

Mi Confesión, p. 26. En oportunidad de las Jornadas de Homenaje celebradas en Bella Vista en 1993, el finado P. Raúl Sánchez Abelenda contó lo siguiente: «...y [el rescripto] *le llega al P. Castellani y él lo iba a firmar. Si él lo firmaba quedaba reducido al estado laical [...]* Estaba a punto de firmarlo, don Leonardo -don Leonardo fue un gran niño, y por eso era candoroso- cuando un P. Alonso, que ya murió, jesuita, liberal donde Castellani era nacionalista, le dice al P. Castellani: “-¡No seas tonto, vos sos un bobo, no firmés! ¡¿No ves que si no firmás no quedás reducido al estado laical?!” Así que este jesuita, compañero de religión del P. Castellani, lo salvó. Un liberal lo salvó al P. Castellani de firmar el rescripto y gracias a eso no quedó reducido al estado laical.» El relato contiene varias inexactitudes, y lo de la intervención del P. Vicente Alonso S.J. no consta en ninguno de los papeles de Castellani, de los cuales surge que este cura lo ayudó después, pues se entrevista con él por primera vez en Roma el 30 de marzo, tres semanas después del episodio que aquí se refiere. Al contrario, ese mismo día anota en su **Diario** que «*Me conceden benignamente lo que yo no he pedido*» (**Diario**, 7-III-47). Al día siguiente, 8 de marzo de 1947, hay un borrador de carta a Janssens (en francés) donde dice expresamente que «*Se me ha benignamente acordado lo que nunca pedí*». En términos análogos -pero en italiano- le escribe el mismo día a Lavitrano considerando que el Rescripto en cuestión no es un “indulto” sino «*una punizione*».

Parábolas, p. 283.

Fariseos, p. 120. Ese tedio es el revés de una tremenda sed de verdad, y no es cualquier sed y no es cualquier verdad: *«Es lo que los hebreos del Antiguo Testamento llamaban “emeth” y los existencialistas dieron en llamar “autenticidad”. Esta clase de verdad no es de las que sólo se saben, sino que además son encarnadas, existidas, vividas. Son de las que aparecen como respuestas vividas a interrogantes vividos, no como respuestas teóricas a preguntas teóricas. La búsqueda no es solamente una pregunta. El intelecto se pregunta algo; una personalidad entera se transforma en interrogante. Se encuentra al Emeth luego de una larga búsqueda, no sólo interrogando. Se trata de la verdad que sólo puede ser hallada con toda el alma -la clase de Verdad que Sócrates y Buda encontraron. A esta clase de verdad se refiere Jesús cuando promete que el que busca encontrará. Lo difícil aquí no es encontrar sino buscar. Es que esta clase de indagación requiere de “un salto por el que un hombre tira por la borda todas las seguridades con que contaba hasta entonces, sean éstas reales o imaginadas”»* (cf. Peter Kreeft, *Love is Stronger than Death*, San Francisco, Ignatius Press, 1992, p. 52). Resulta casi imposible una traducción exacta del texto por cuanto el autor hace un juego de palabras con «quest» y «question»: *«A quest is not merely a question»*. Constituye una curiosidad de la lengua castellana que «quest», una vida hecha búsqueda, no tiene vocablo equivalente.

Borrador de carta a los PP. Tato y Meinvielle, firmado en Roma el 24 de abril de 1947.

Ruiseñor, p. 23.

Dulcinea, p. 68.

Barletta, p. 209.

Borrador de carta al P. Hernán Benítez S.J., fechada en Roma, el 18 de mayo de 1947. Castellani frecuentemente llamaba a sus admiradoras «*sobrinas*» y Alicia, en algunos lugares, su «*sobrina n° 1*». En el borrador de carta que tengo ante la vista, «*sobrina*» está tachado, pero se puede colegir.

Borrador de carta a Arnaldo Castellani, fechado en Roma el 20 de mayo de 1947. Cuando finalmente Castellani fue objeto de una «*Monición Canónica*» en orden a su expulsión se omitió esto, pero él ya sabía lo que sucede en estos casos: «*No ha faltado la imprescindible acusación de “mujeres” (que estoy perdidamente enamorado de una mujer), que aunque han tenido el buen gusto de omitirla en la lista oficial de delitos, está pesando como sospecha en el ánimo del P. G.*» (Borrador de carta a Mario Amadeo, fechado en Manresa el 25 de septiembre de 1947).

Borrador de carta a Luis Castellani fechado en Génova el 14 de marzo de 1947.

Diario, 17-III-47.

Diario, 7-III-47. Véase además lo que le escribió a Janssens y Lavitrano sobre el particular, tal y como lo registramos en este mismo capítulo en la nota (13).

Fierro, p. 76 *et seq.*

Diario, 10-IV-47. En otro lugar Castellani aclaró las circunstancias en que solicitó la dispensa del celibato: «*Convencido falsamente de que no había apelación ni remedio posible a mi “degradación” (“decreto del Papa”), dirigí al Prefecto de la Sagrada Congregación de Sacramentos una solicitud de dispensa del voto de celibato, alegando que no podía mantener la castidad sacerdotal sin los resguardos de la sotana, el ministerio y la vida religiosa o sacerdotal*» (cf. **Antecedentes**, p. 3).

Borrador de carta a Hernán Benítez S.J. fechado en Manresa el 19 de agosto de 1947. El borrador está tachado y en su encabezamiento está escrito en lápiz «*No mandé*» de puño y letra de Castellani.

Diario, 25-VII-47.

Borrador de carta a Ramón Eguren, fechado en Roma el 6 de abril de 1947.

Borrador de carta a Ramón Eguren, fechado en Roma, el 16 de mayo de 1947. Un mes después le escribe a la propia Alicia: *«El delegado cultural de Perón se presentó en Roma muy arrogante y me dijo que la había llamado a Ud. y que Ud. le había confiado todos sus secretos y los míos... los cuales Ud. no sabe en realidad, ni tampoco son los mismos»* (Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado en Roma el 11 de junio de 1947). Y en carta a la madre de Alicia: *«Con toda verdad le digo que daría mi vida por la salvación eterna de Alicia -como la daría desde luego por un alma cualquiera- sólo que Dios ha querido que Alicia y todos Vds. no sean para mí «cualquiera», sino real y verdaderamente, hermanos en Xto. Jesús»* (Borrador de carta a Ina de Eguren, fechado en Roma el 14 de junio de 1947). Pocos meses después, al enterarse del casamiento de Alicia, Castellani le escribió nuevamente a su padre: *«Nada me consolaría si Uds. piensan aun que yo haya podido abusar ni de lejos de la confianza y cariño que en ese hogar se me prodigó a manos llenas. Chiquillerías, todas las que Ud. quiera; villanías, no. El alboroto provocado en Bs. Aires por quien yo me sé durante mi ausencia fue simplemente una desgracia, que a nadie dañó más que a mí. Si yo hubiese sido causa, siquiera parcial, de él, no me lo perdonaría nunca; porque hubiese sido un idiota. Esa desgracia, mejor que no hubiera pasado, naturalmente. Pero una vez pasada, cabe opinar que de un modo u otro tenía que estallar, aunque yo no hubiese pisado nunca el dintel de Castro Barros 1134, ni tenido el gusto y el honor de conocer a sus hermosas y tremendas hijas. No fui yo quien fue a buscarlas. Y me buscaron como a sacerdote y como sacerdote me porté con ellas»* (Borrador de carta a Ramón Eguren, fechado en Manresa el primero de enero de 1948).

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado en Sarriá el 7 de julio de 1947.

Dulcinea, p. 160. Estando en Manresa Castellani se enteró del casamiento de Alicia y anotó en su **Diario** una cosa críptica: «*[A Alicia] le debo más bien agradecimiento que otra cosa. Es mi voto vuelto imagen y por tanto actualizado con mucha fuerza*» (12-II-48).

Borrador de carta a Luis Castellani, fechado en Génova el 14 de marzo de 1947. Años después, Castellani pondría el caso como uno de tantos que merecen respuesta «vil», «*es decir llana y humorística [...] “-¿Por qué no se casa?” -Porque soy pobre y de un carácter insoportable; y porque me repugna engendrar desdichados. “-¿Por qué pues pidió la dispensa del celibato?” -Un momento de ofuscación todos lo tenemos»* (cf. **Barletta**, p. 208).

Benjamín Benavides, p. 188.

Fierro, 78.

«Nunca, ni en esta época, ni antes ni después de ella el P. Castellani fue colocado en tal estado»
(**Reseña**, p. 367).

Diario, 13-IV-47.

Diario, 9-IV-47.

Mi Confesión, p. 33 *et seq.* Agréguese que en un asiento de su **Diario** califica la «*confusión*» de Janssens entre un rescripto y un decreto como una «*gaffe*» (2-VI-47). No tengo cómo probarlo, pero en esto soy más mal pensado que Castellani: «*confusión*» tu abuela; y «*gaffe*» cualquier día.

Borrador de carta a Lautaro Durañona y Vedia, fechado en Génova el 19 de marzo de 1947.

Fierro, p. 78.

Diario, 17-IV-47.

Fierro, p. 80.

Fierro, p. 80.

Borrador de carta a Luis Castellani, fechado el 14 de marzo de 1947.

Fierro, p. 78.

Diario, 13-III-47.

Prólogo a la Subida del Monte Carmelo, n. 4.

Ibíd., n. 8.

Fierro, p. 82 *et seq.*

Apokalypsis, p. 241 *et seq.*

Lo Paródico, en **Seis Ensayos**, p. 83.

Apokalypsis, p. 237. En esto de la cizaña y el trigo, resulta divertido (y verdadero) lo que escribió en otro lugar: «*Ahora hay el trigo, el casi trigo, el bastante trigo, la media cizaña, la casi toda cizaña y la cizaña. Es imposible*». (**Dulcinea**, p. 72).

Cristo Vuelve, p. 29.

Ruiseñor, p. 141 *et seq.*

Barletta, p. 224. Sobre este asunto de la verdadera (y dolorosa) perplejidad del hombre religioso véase la homilía sobre *La Primera Pesca Milagrosa* en **Domingueras II**, p. 195 *et seq.* Pocos han visto este asunto con más lucidez que Peter Kreeft en sus reflexiones sobre el libro de Job: «*Puede que en el corto plazo Job sea desdichado, pero a la larga es un hombre feliz, incluso en el sentido de un satisfecho. Al final Job está satisfecho (y veremos por qué más adelante). Después de todo, está en medio de un drama, una historia, y su desdicha se ve claramente en los primeros actos, en los primeros capítulos. No se puede entender del todo el argumento del Acto II hasta que lleguemos al Acto V. El problema del mal, vivido antes que pensado, es un enigma que se plantea en una historia, en el tiempo, y la respuesta de la Escritura está en una sola palabra: “esperen”*» (cf. *Three Philosophies of Life*, San Francisco, Ignatius Press, 1989, p. 75).

Benjamín Benavides, p. 360.

Barletta, p. 210. Y en otro lugar: *«Esa herida siempre abierta nos hace solidarios del dolor del mundo; nos establece en comunidad con todos los que sufren; y hacerse solidario del dolor del mundo fruto del pecado fue la razón de tomar cuerpo y naturaleza humana el Verbo de Dios»* (cf. **Benjamín Benavides**, p. 357).

Benjamín Benavides, p. 188.

Cf. Jean-Francois Six, *Teresa de Lisieux en el Carmelo*, Barcelona, Herder, 1989, p. 249. El texto comentado de Santa Teresita se encuentra en el Capítulo X del Manuscrito «C» de *Historia de un Alma*. Cabe señalar que Six -por una vez en defensa de la ortodoxia- señala en nota que hay que precisar bien «...que la noche de la fe no es de ninguna manera la incredulidad. Teresa no se hace incrédula. R. Laurentin hace a este propósito una afirmación que es a la vez un error en el plano histórico y una falta de sentido en el plano teológico, cuando dice que en pascua de 1896 Teresa es víctima interiormente de un ateísmo radical”» (p. 401). Sí, y al bobalicón de Laurentin podríamos dedicarle un fragmento de una homilía de Castellani, que había leído un ejemplar de la abominable revista *Concilium*, dirigida por el «teologazo» Karl Rahner: «Dicen que el ateísmo es un fenómeno actual, que debemos analizar el ateísmo, que la Iglesia debe convertir a los ateos, que hay que buscar un camino nuevo hacia los ateos -todo lo cual es verdad. Pero dice también que muchos ateos son inculpables, lo cual negaba la antigua teología; que gran parte de la culpa del ateísmo la tenemos los católicos romanos, lo cual es cargarnos demasiado la romana; que hay que establecer un diálogo con los ateos, por el cual diálogo algunos destos teologazos ya han sido arrollados o contaminados» (cf. **Domingueras I**, p. 266).

Benjamín Benavides, p. 99.

Kirkegord, p. 53. Y en la p. 12: «*Lo que yo siento como más real en mí es secreto, mi corazón es incommunicable. ¿Será que está Dios en él? Ojalá.*».

Fierro, pp. 98-101.

CDXI, *Palinodia*, en **Oraciones**, p. 209.

Apokalypsis, p. 241 *et seq.* Este texto pertenece al formidable sub-capítulo sobre *Las Dos Mujeres de la Visión Décimosexta* de este libro (pp. 236-242), que se encuentra también al comienzo de la Parte Tercera de **Benjamín Benavides**, pp. 225-229.

El Ídolo, en **Benjamín Benavides**, pp. 361 y 363.

Ibíd., p. 361 *et seq.*

Diario, 20-III-47.

Ruiseñor, p. 143.

Ruiseñor, p. 48.

Fierro, p. 98.

Diario, 19-IV-47.

Así, comentando el episodio de la tempestad en el lago, Castellani simpatiza con los atemorizados apóstoles, pero no deja de advertir lo que corresponde: *«La Iglesia (“la barquilla de Pedro”, que le dicen) ha tenido muchas tempestades y ha de tener todavía otra que está profetizada, en la cual las olas invadirán a bordo, y parecerá realmente que los pocos que están adentro sueñan. Cristo parece haber conservado su costumbre juvenil de dormir en esos casos; y también su idiosincracia de no amar la cobardía. La cobardía ¿es pecado? Sí; y en algunos casos muy grande»* (cf. **El Evangelio**, p. 114).

Discurso con motivo de cumplir sus 70 años, en **Seis Ensayos**, p. 15.

Idem.

Ibíd., p. 91 *et seq.*

Borrador de carta al P. Vicente Alonso, fechado el 9 de abril de 1947.

Según borrador de carta a Juan Bautista Janssens, fechado en Roma el 10 de abril de 1947, Castellani le pide al General que confirme por escrito el permiso otorgado verbalmente de residir en la Villa *San Francesco*. Por tanto el párrafo de **Antecedentes** (p. 4) y **Conversaciones** (p. 134) en el que se indica que Castellani «*fue obligado*» a residir en la Villa San Francesco y «*excluído*» de las residencias jesuíticas en Roma, resulta inexacto. Por otra parte, la versión de estos hechos en **Reseña** contiene no menos de cuatro errores: en efecto allí se expresa que «*los tres últimos meses en Génova debió pasarlos en la Casa San Francisco, Monte Parloli, convento franciscano, por haber sido excluido de las de la Compañía de Jesús*» (p. 368). **a)** No es Génova, sino Roma; **b)** la Casa *San Francesco* no era un convento de los franciscanos; c) Estaba en la *Vía Monte Parioli*, no «*Parloli*» y, **d)** Castellani no fue expresamente excluído de las casas de la Compañía en Roma.

Borrador de carta al P. Vicente Alonso, fechado el 9 de abril de 1947. Y todavía más en borrador de carta a Mons. Copello, donde lo llama a Mejía «*el Luis Gonzaga de la Iglesia Argentina*» (fechado en Roma, el 25 de abril de 1947). Aún al año siguiente, al enterarse de que Mejía se doctora con éxito escribe lo siguiente: «*Me encanta la hermosura de alma de ese muchacho y... temo lo que quizá tendrá que sufrir*». (Copia de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechada en Manresa el 25 de noviembre de 1948).

Celebración, p. 119. Castellani también lo contó: *«Encontré al R.P. Gaza, doctor en ambos derechos...quien me informó que el decreto era nulo, pues no había tal decreto sino una gracia (simple propuesta) la cual no habiendo sido pedida ni aceptada por mí, nunca había tenido efecto legal alguno. Era nula in radice. Se encargó él mismo de hacerla archivar como nula, conforme manda el Derecho Canónico, lo cual consiguió en una semana»* (**Conversaciones**, p. 133). En **Oraciones** se halla una frase que se le atribuye a «Gasa»: *«Perdonar a un inocente no es fácil»* (p. 219). Castellani escribió su apellido con «s» y con «z» indistintamente, al punto que no sabemos cuál es la ortografía correcta, aunque nos inclinamos por la zeta.

Catecismo, p. 182. *V.q.*, p. 180 donde se repite la acusación.

Benjamín Benavides, p. 398. Y en la p. 296: «No habrá una “Nueva Cristiandad” dijo [don Benya] exabrupto: *ni la de Solovieff y sus discípulos Berdiaeff y Rozanof, ni la de Maritain, ni la de Pemán, ni la del padre Lombardi y don Sturzo. Esas son ilusiones vanas de un mundo que teme morir*». Sobre ambas exégesis y sus consecuencias Castellani explicó que «*Si la Parusía, el Reino de Dios, el Juicio Final y el Fin del Mundo -quiero decir, del ciclo adánico-, son cosas simultáneas [...] es muy probable que antes de esa liquidación total alboree en la historia un gran triunfo de la Iglesia y un período de oro para la religión cristiana [...]. Pero si Cristo ha de venir antes, a vencer al Anticristo, y a reinar por un período en la tierra; es decir si la Parusía y el Juicio Final no coinciden, sino que son dos sucesos separados, como creyó la tradición apostólica y los Santos Padres más antiguos... entonces esa esperanza de un próximo triunfo temporal de la Iglesia [...] no vale*» (cf. **Dulcinea**, p. 98).

Ibíd., p. 381. En este capítulo VII (*El Milenio*), de la Parte Cuarta de **Benjamín Benavides**, se encontrarán llevados y traídos los distintos tipos de milenarismos y las razones a favor y en contra de cada cual. Igualmente, hay un excelente resumen de la cuestión en el capítulo X de la Parte Cuarta, *Lacunza Vindicado*, que concluye con la tranquila afirmación de que: «*El milenarismo real no enseña otra cosa sino que Apokalypsis XX y I Corintios XV, pueden ser interpretados literalmente sin quiebra de la fe ni inconveniente alguno; que así lo entendieron los padres apostólicos y después de ellos, en el curso de la historia, innumerables doctores y santos; que de ello se sigue la probabilidad de dos resurrecciones, una parcial y otra general, con un período místicamente glorioso de la Iglesia Viante entre ellos; y que esta inteligencia resuelve fácilmente muchos lugares oscuros de la Escritura y es honrosa a la Grandeza, Veracidad y Omnipotencia del Creador*» (p. 418). V.q. *Las Parábolas de las Señales* en **Parábolas**, p. 183 et seq., **Catecismo**, p. 176 et seq., y **Apokalypsis**, p. 266 et seq. Para quien quiera estudiar más a fondo lo que piensa Castellani sobre Lacunza, remito a la nota (44) del Capítulo XX (de este libro, no del Apocalipsis). En cuanto al P. Osvaldo Lira S.S.C.C., cuando lo conoció a Castellani en 1947 estaba muy entusiasmado con las ideas de Lacunza, aunque pareciera que con el paso del tiempo dejó estas inquietudes por otras. Resulta interesante observar que nuestro autor comenta largamente el libro de Eyzaguirre (*Apocalipseos Interpretatio Litteralis*) a diez días de haberlo conocido a Lira, aunque no creo que tuvieran igual percepción de las cosas: «[El libro de Eyzaguirre] jamás hubiese sido permitido si no fuera por la refutación del “antiromanismo” de Lacunza y la defensa de la incorrupción sacerdotal [...] Eyzaguirre depende de Lacunza al cual aprovecha tranquilamente en todo y copia casi literalmente en la sección relativa al Reino de Israel; y sin embargo, no lo nombra nunca sino para refutarlo al final, en el punto relativo a la corrupción del sacerdocio, diciendo que su libro está justamente puesto en el Índice. Ruindad de santulón. Un hombre que hace eso no merece que Dios le revele la verdad». (**Diario**, 8 de julio de 1947). En un reportaje del año 1994 una periodista le pregunta a Lira si cree que el sacerdocio católico está figurado en una de las bestias del Apocalipsis; después de recordar que Eyzaguirre decía que no y que el P. Gobby decía que sí, agrega que «*Ahora, eso a mí no me preocupa. Lo que me preocupa es que la fe se va perdiendo y ¡nadie! se atreve a decir que Dios existe*» (cf. *Los 90 años de un cura indómito*, en el diario *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de octubre de 1994, Sección «D», p. 11). Tampoco se hallará el tópico en ocasión del homenaje a sus 90 años (*P. Osvaldo Lira. En torno a su pensamiento*, Santiago de Chile, Universidad Adolfo Ibañez / Zig-Zag, 1994).

Ibíd., p. 272 *et seq.*

La desgraciada historia de este Decreto del Santo Oficio ha sido referida por Castellani en **Cristo Vuelve**, p. 67 *et seq.* y **La Iglesia Patrística**, p. 350 *et seq.*

Ibíd., p. 171 *et seq.* En otro lugar, Castellani recordaba que un sacerdote «... *muy famoso vino a verme y me dijo: “No estudie el Apokalypsis; porque todos los que estudian el Apk. se vuelven locos o herejes”*. No le contesté nada. Me contenté con quedarme en la compañía de lo menos un centenar de Mártires, Santos, Doctores, Pontífices, Confesores, Grandes Escritores y Grandes Teólogos que el Apk. Loco con Newman y hereje con San Irineo, no es tan mala suerte. Prefiero ésa a ser “muy famoso” en la Argentina» (cf. **Apokalypsis**, p. 312). Conjeturo que la alusión es a Mejía.

Cf. Mons. Jorge Mejía en *Apacienten el rebaño de Dios, Libro del Centenario del Seminario en Villa Devoto*, Buenos Aires, 1999, p. 158.

Cf. Miguel Angel Fuentes, *Leer a Tolkien en una sociedad gnóstica*, en la revista *Diálogo*, n. 17, Segunda Época, año IV, San Rafael, 1997, p. 149.

C. S. Lewis, *The Language of Religion*, conferencia publicada en *Christian Reflections*, Londres, Collins, 1988, pp. 171-174.

Cf. J N. Ferro, *Tres notas sobre literatura y espiritualidad*, en la revista *Cuadernos de Espiritualidad y Teología*, Año III, n. 5, Santa Fe, 1993, p. 26. Aquí es obligada la referencia a otro trabajo en donde el mismo autor estudia atentamente la cuestión que aquí nos ocupa: *Josef Pieper, la belleza y la poesía* (cf. *Gladius*, n 36, Buenos Aires, 1996, pp. 65-73). Remito también a la discusión entre Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Chesterton que «armé» en una de mis posadas del fin del mundo y cuyo tema se acerca al que aquí nos ocupa (cf. *Reunión Cumbre* en la revista *Gladius*, n. 6, Buenos Aires, 1986, p. 161 *et seq.*).

Nueva Crítica, p. 520. Por otra parte, «[La misión del poeta consiste en] *construir imágenes de la verdad tal como él la ve, es decir, parábolas; porque no ve la verdad sino encarnada en formas sensibles.*» (Borrador de carta al P. Juan Marzal, fechado en Manresa el 11 de marzo de 1948).

Cf. Josef Pieper, *Sobre los mitos platónicos*, Barcelona, Herder, 1984, p. 14 *et seq.*

Fariseos, p. 48. Y en otro lugar: *«La señora observó que las parábolas de Nuestro Señor Jesucristo tenían un significado bien claro. El viejo dijo que sí que lo tenían; pero que ese significado («contenido», decía él) no siempre era historia, sino que a veces era poesía. Doña Prisca se mostró un poco chocada y dijo que las parábolas de Nuestro Señor no contenían otra cosa sino la pura verdad; a lo cual el hebreo retrucó, un poco apurado, que también la poesía, cuando era verdadera poesía, era casi casi la pura verdad...»* (cf. **Benjamín Benavides**, p. 337). No directamente relacionado con lo aquí discutido, pero por razón concomitante, véanse las cinco combinaciones entre religión y literatura que analiza Castellani en **Psicología**, p. 246 *et seq.*

Las necesarias distinciones se encontrarán en el brillante trabajo de C.S. Lewis, *Is Theology Poetry?* (cf. *Screwtape Proposes a Toast and other pieces*, London, Collins, 1978, p. 41 *et seq.*). Allí Lewis explica con sencillez que «*Podemos, si queremos, decir que “Dios ingresó a la historia” en lugar de decir “Dios bajó a la tierra”. Pero, claro, “ingresó” es tan metafórico como “bajó”. Sólo hemos sustituido un movimiento vertical por otro horizontal o indefinido. Podemos hacer más aburrido nuestro lenguaje; no podemos hacerlo menos metafórico*» (p. 53).

Oscar Wilde, *De Profundis*, London, Methen & Co., 1913, p. 73 *et seq.*

La Parábola de Caifas (El carácter de Jesucristo visto por los fariseos), en **Cimarronas**, p. 86 et seq. Y al final de esta parábola Caifás lo acusa a Cristo de «*poeta en una palabra, y por consiguiente, peligroso*» (p. 90).

Dedicatoria de *El Evangelio de Jesucristo* fechada el 10 de septiembre de 1957 (cf. el autógrafo de la p. [13] de **El Evangelio**).

Al interesado en la cuestión remito a **Juan XXIV**, p. 311 *et seq.* y a su magnífico artículo de 1955 sobre el protestantismo, *Un pasito adelante*, donde advierte que la Contrarreforma convirtió al celibato «en una especie de absoluto; de manera que por eso un hombre es sacerdote, por no estar casado, y basta; es decir, [se considera al celibato como] un carisma, que incluso dispensa a veces de trabajar; y que tiene por sí solo un poder santificador y perfeccionador de la natura humana: lo cual es un error en teología» (cf. **Cristo Vuelve**, p. 296). Hay que anotar aquí que si bien Castellani reflexionó largamente sobre este asunto, a su juicio nunca resolvió de manera enteramente satisfactoria las distintas cuestiones que él mismo se planteaba. Quizá por eso, publicó una parte muy pequeña de sus ideas sobre el particular. Como botón de muestra de sus perplejidades vaya aquí lo siguiente: «Me parece que el Vaticano ha transformado en una ley demasiado rígida un consejo de Cristo; y que en la aplicación de ella llega a extremos no conciliables con el Evangelio. En suma, me parece que ha dejado de lado la obvia observación de San Pablo: “Mejor es casarse que quemarse”. Creo que “hay un punto en que la virginidad voluntaria es perfección cuando conduce a la contemplación”, como dice Santo Tomás; que el celibato elegido razonablemente por hombres que lo puedan llevar buenamente y decentemente, es ofrenda agradable a Dios. Pero no puedo creer que la Iglesia puede exigir martirios, torturas y horrores esgrimiendo un “consejo” de Cristo; y mucho menos producir “degeneraciones”. No creo que pueda hacer de ese consejo una ley sin excepciones ni arreglos posibles, erizada de sanciones sociales terribles [...]. Este asunto parece muy claro: en el Evangelio hay un consejo de Cristo de abstenerse libremente del matrimonio a aquellos a quienes “es posible”; y hay un mandato primordial y esencial de caridad y humanidad (“majus et primum mandatum”) que es el núcleo de la predicación cristiana. En caso de conflicto, evidentemente el consejo ha de someterse al mandato. Parecería que hoy ocurre lo contrario. Conozco casos en que se ha pasado tranquilamente sobre la ruina de una persona humana por mantener la famosa “ley”. ¿Será el caso de aplicar a los actuales responsables de eso la palabra de San Pablo “prohibentes núbere”? San Pablo profetiza que en los últimos tiempos habrá hombres duros y despiadados con “apariencias de piedad” que “prohibirán el casarse”. En el actual régimen de los seminarios, no creo que se pueda decir con verdad que todos los que se ordenan sacerdotes elijan con plena libertad el celibato: son llevados a la ordenación con una educación que para algunos resulta ser arrastrados como esclavos, y con los ojos medio cerrados[...] La actual “Jerarquía” muestra intranquilidad (o sea mala conciencia) en esta cuestión del celibato. Por ejemplo, basta que uno toque ese problema, aunque sea razonada, teológica y desinteresadamente (como lo hago yo en esta carta) para que se enojen. ¡Y qué enojo! Son capaces de caer como hienas sobre el que esto hace, vilipendiarlo, denigrarlo, e imponerle castigos equivalente a la misma muerte -o peores. ¿Por qué? Por una cosa que puede ser hasta un acto de fe, y de sumisión a la Iglesia; y a ellos por consiguiente. ¿Qué les pasa? Algo pasa.» (Borrador de carta al P. Juan Marzal S. J., fechado el 6 de septiembre de 1954).

Antecedentes, p. 3 reproducido en **Conversaciones**, p. 132. En **Reseña**, se refiere el episodio más austeramente: «*Por esta época el diario El Pueblo de Buenos Aires publica un telegrama datado en Génova informado que el P. Castellani ha[bía] sido reducido al estado laical, lo cual era falso*» (p. 367).

Borrador de carta al P. Hernán Benítez S.J., fechado en Roma el 18 de mayo de 1947. Se puede quizá sostener que en clásica aliteración castellaniana lo de «marranada» viene de «derramación». En una carta de unos meses después, Castellani se muestra más ecuánime: «*Por precipitado [Meinvielle] se hizo cómplice de un enorme infundio y de un alboroto inútil*» (Borrador de carta a Juan P. Schroeder, fechado en Manresa el 22 de octubre de 1947). Pero recordando el lance estando en Manresa, de a ratos se pone de mal humor: «*Cartas que no se han mandado. Sr. Pbro. D. Julio Meinvielle. Hizo mal en forjar el pseudo telegrama de Génova. Jamás por ninguna causa se puede hacer eso. Un amigo no se apresura a publicar la desgracia de un amigo. Era yo el que tenía que publicarlo, como y cuando me parecía*» (**Diario**, 25-I-48).

Así por ejemplo, muchos años después, Castellani elogia al P. Meinvielle en su revista *Jauja* (nº 6, junio de 1967, p. 42 *et seq.*) y lo defiende frente a los ataques recibidos por su libro *El Judío en el Misterio de la Historia* (cf. *Jauja*, nº 25-26-27, marzo de 1969, p. 120) y en el nº 22 de octubre de 1968 dice que «Meinvielle es el verdadero doctor en Teología de la República Argentina. Creemos desde hace tiempo debería ser el Rector del Seminario» (p. 29). Por otra parte, en las mismas «Jornadas de Homenaje» Barnada recordó que Castellani había tenido muy subido concepto del libro de Meinvielle sobre «Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana» (Cf. **Celebración**, p. 124).

Mons. Carmelo Juan Giaquinta en *Apacienten el rebaño de Dios, Libro del Centenario del Seminario en Villa Devoto*, Buenos Aires, 1999, p. 163.

Un cotejo de las cartas que luego le escribió a Maritain, muestra que, en realidad, Castellani se lo decía medio en serio, pero medio en broma también. Sobre las ambivalencias de Castellani respecto de Maritain, remito a la nota (16) del Cap. XVI.

Diario, 30-I-47.

Diario, 1-II-47.

Diario, 23-I-47.

Cf. Joseph Cardenal Ratzinger; *Informe sobre la Fe*, Madrid, BAC, 1986, p. 76.

Borrador de carta al P. Melchiori, fechado en Roma el 21 de mayo de 1947. Y en otro lugar: «*Un carácter marcadamente individualista no cabe bien en una gran sociedad de 28.000 hombres, que deben poder ser manejados como piezas de ajedrez -y actualmente de damas. Todo cuerpo social muy grande cae en la mecanización necesariamente, enseña Aristóteles en su Primera Ética...*». (C. x C., p. 43). Luego vería como el fenómeno funciona también a la inversa. En efecto, la Máquina «...se está complicando en organismo; un organismo que está siendo elevado a la categoría de ídolo, un ídolo que amenaza con devorar a sus adorantes» (cf. **Juan XXIV**, p. 168).

Diario, 1-VIII-47. Y unos meses más tarde, reflexionando sobre el cargo de la Compañía de Jesús de difundir el mensaje de Santa Margarita: «*Propagan la devoción al Corazón de Jesús gentes que a osadas parecen no tener corazón; o por lo menos no entienden que el prójimo lo tiene*» (según el cuaderno de «Notas tomadas en Manresa al llegar, 1947», sin foliatura).

Fariseos, p. 45.

Diario, 1-VI-47.

Diario, 17-XII-54. No tengo la menor idea de quién tiene en mente Castellani con «*esa persona que yo sé*». Ninguno de los que por entonces trataban a Castellani estaba en condiciones de siquiera seguirlo en su argumentación, su diagnóstico y sus profecías. Mucho menos de resolver el intríngulis que aquí plantea.

Mi Confesión, p. 35 *et seq.*

En francés en el original. Hay que anotar aquí que en una de sus ficciones, Castellani le atribuye a Janssens haberlo «*obligado*» a hablar en francés, lo que, como vemos, es inexacto (cf. **Juan XXIV**, p. 186).

Mi Confesión, p. 36 et seq. Lindísimamente le sale la cosa en verso: *«Me querían desafetar / Y quedarse tan campantes- / A esos grandes gobernantes / Yo tranquilo les decía: / Si para eso no servía / Podían avisar antes»* (cf. **Fierro**, p. 112). En cuanto a la primera frase de Janssens (*«Subjetivamente Ud. habrá creído obrar bien; pero objetivamente ha cometido la mar de disparates»*) algún tiempo después fue puesta por Castellani en boca de Caifás, cuando recrea los reproches que éste le hace a Jesús (cf. **Fariseos**, p. [43]). Respecto de lo que contestó en esa audiencia y lo que *«debió haber contestado»*, Castellani se lamentó siempre de no poseer *«el arte de la respuesta rápida y certera»* que Jesucristo desplegó en grado eminente (cf. **El Evangelio**, p. 153). Es interesante notar que por entonces Janssens también recibió a Pierre Teilhard de Chardin S.J.: *«Curioso también, nos encontramos de nuevo en el Borgo Santo Spirito, 6, en 1947. A él lo habían llamado para explicarse, y a mí también. El se explicó ante J.B. Janssens y yo no; mejor dicho, no me dejaron. El volvió triunfante a París y yo marché a la prisión de Manresa... Y no lo envidio»* (Copia de carta a Horacio Caillet-Bois fechada en Buenos Aires el 18 de febrero de 1958). Lo cierto es que Teilhard hacía prácticamente lo que quería, seguramente con el poder que derivaba de sus doctrinas *«à la page»*, de su designación en el prestigioso *«Institut de France»*... y del hecho que formaba parte de *«La Pensée»*, logia jesuítica modernista que tuvo gran influencia en Francia a partir de los años '20. Comentando una carta bastante insolente de Teilhard a Janssens del año '51, Malachi Martin escribe lo siguiente: *«[Janssens] no lo podía manejar. Varios prominentes jesuitas, muchos de ellos Superiores, simpatizaban con sus puntos de vista. La carta en respuesta a la de Teilhard resultó conciliatoria. A partir de entonces, Teilhard quedó libre de todo esfuerzo disciplinario por parte de sus superiores jesuitas. Ni siquiera se le requería vivir en una residencia jesuita»* (cf. *The Jesuits, The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church*, New York, Simon & Schuster, 1987, p 299 et seq.).

Borrador de carta al P. Hugo Achával S.J., fechado en Roma el 25 de abril de 1947.

Jauja, nº 25-26-27, marzo de 1969, pp. 49 y 51.

Mi Confesión, p. 38 *et seq.*

«*Jesucristo dijo “Amad a vuestros enemigos”: pero no dijo “Poneos en las manos de vuestros enemigos”*» (cf. **Benjamín Benavides**, p. 353) y, en otro lugar, «*Cristo dijo que había que amar a los enemigos, pero no dijo que no había enemigos: eso lo dijo Buda Sidyarta Gautama*» (cf. **El Evangelio**, p. 297).

Diario, 25-V-47. En Manresa balbucea algo más: «*Yo estoy ligado con Dios, con S. Ignacio, con el Instituto en conciencia; con el armatoste jurídico-económico no estoy ligado sino en la medida en que él se ligue a mí*». (**Diario**, 17-II-48).

Borrador de carta al Dr. Aldo Cachioni fechado en Roma el 26 de abril de 1947.

Borrador de carta al P. Juan Bautista Janssens S.J., fechado en Roma el 26 de abril de 1947.

Antecedentes, p. 4, reproducido en **Conversaciones**, p. 134. En igual sentido, **Reseña**, p. 367 *et seq.*

Carta del P. Juan Bautista Janssens S.J. fechada en Roma el 3 de mayo de 1947 y reproducida en **Conversaciones**, p. 144 *et seq.*

Carta fechada en Roma el 5 de mayo de 1947 y reproducida en **Conversaciones**, p. 147 *et seq.*

Siempre recordaré cómo nos explicaba Ezcurra, allá por los años '70 por qué no se había hecho jesuita: «*Si venía el Superior con la guitarrita en la mano... ¿yo qué iba a hacer?*». Yo lo oía desde mis 17 años (Paraná, 1972) y me parecía un poco infantil, un tanto ingenuo en el modo de formular la disyuntiva. Ya no.

«[Janssens] quiso hacerme expulsar de la Compañía pero no pudieron probar ningún delito grave; entonces pretendió que yo saliese de mi voluntad, cosa que no hice ni haré si no me consta que es la voluntad de Dios. Que salgan ellos si quieren. No voy a hacer yo una injusticia contra mí mismo como remedio de haber sufrido injusticias de otros» (Borrador de carta a su hermana Magdalena de Pagano, fechada en Manresa el 16 de septiembre de 1947).

Borrador de carta a Arnaldo Castellani, fechado en Roma el 20 de mayo de 1947.

Diario, 11-VI-47. Por otra parte, unos meses después, Castellani seguramente pensaba en Benítez cuando escribió que «*Como la experiencia enseña, no son imposibles los celos (aun entre hombres religiosos) por la clientela femenina*» (**Fariseos**, p. 96).

Diario, 16-IV-47.

Diario, 17-IV-47.

Diario, 19-IV-47.

Diario., 21-IV-47.

Idem.

Diario, 23-IV-47.

Borrador de carta a Mons. Copello, fechado en Roma el 25 de abril de 1947.

Diario, 26-IV-47. Tiempo después lo formularía mejor: «Una familia donde el “padre” puede torturar al “hijo”, sin querer y aun “sin saber” sería una sociedad monstruosa, donde la “paternidad” es una burla y la “filiación” es una filfa. Es imposible que Cristo bendiga la insensibilidad perfecta al dolor humano y la prepotencia en disponer del prójimo en propiedad absoluta». (**Diario**, 5-VII-47). Con esto como punto de partida, Castellani reflexionará a lo largo de muchos años sobre el «fracaso» del Cristianismo: «Las diversas “Iglesias” aparecen como instituciones no diferentes de las sociedades civiles: algunas sometidas a ellas como instrumentos (“la gendarmerie spirituelle” de Bonaparte), otras queriendo dominarlas y aprovecharse de ellas (el clericalismo), todas organizadas sobre la base de lo temporal, del dinero, del poder, de la burocracia, de la diplomacia, de la política, de la astucia, de la mentira, en una palabra. “La Iglesia no es hoy día más que uno de tantos imperialismos: el imperialismo moral” (B. Croce)» (cf. **Barletta**, p. 211).

Diario, 27-IV-47.

Mi Confesión, p. 39 et seq. Y a continuación escribe: «¡Descansa en paz, caro hermano mío! Ahora lo sabes todo. Dios nos atormenta para salvarnos. Yo no tenía derecho a hacerte sufrir tanto; y si esta tormenta hubiese dependido de mi voluntad (de un capricho, un “coup-de-tête”, una imprudencia, una novelería, como pensaron algunos), nunca me lo habría perdonado. Pero te pido perdón de todos modos de que hayas tenido un hermano impar a ti, un hermano por su culpa tan poca cosa. Moriste cuando estabas en tu plenitud, como hombre y como profesional: te habías hecho con trabajo ingente un gran médico y eras un hombre inteligente, noble y amable. Que esta líneas te sirvan de homenaje». Aquí finaliza la larga carta a su hermano Arnaldo que él intituló «Mi confesión» y que culmina con el soneto *A mi hermano Luis, Q.E.P.D.* que el interesado hallará en **Oraciones**, p. 351. En **Fierro** también puso la cosa en verso: «Carchín era aquel hermano / Dotor, mi amigo el mayor- / Jamás sabrán el dolor / De no haber podido ir / A ayudarlo a bien morir- / Obedecí y fue otro error.» (p. 120).

«† Luis O. Castellani -q.e.p.d. Falleció ayer a las 13:30 hs., confortado con los A. de R. y B. Papal. Su esposa Isabel Vizcay, sus hijos Jorge, Marta y Luisita, sus hermanos R.P. Leonardo, María de Pagano, Arnaldo, Nélida H. de del Mármol, Nilda y Belkis Hákanson; su madre política Macelina D. de Vizcay y demás deudos participan su fallecimiento e invitan a acompañar sus restos hoy a las 10:30 horas al cementerio de Morón. Casa mortuoria: Gascón 102, Ituzaingó.»

Carta de Juan B. Janssens fechada en Roma el 4 de mayo de 1947. Esta letra -como las que siguen- se encuentra reproducida en **Conversaciones**, p. 146. La traducción de todas ellas presumiblemente pertenece a Castellani.

Conversaciones, p. 144 *et seq.*

Ibíd., p. 147.

Carta de Juan B. Janssens fechada en Roma el 3 de mayo de 1947.

Carta de Castellani al P. Juan B. Janssens, fechada en Roma el 5 de mayo de 1947 (**Conversaciones**, p. 148 *et seq.*). Aunque en el borrador que tengo ante la vista, este último párrafo está tachado.

Diario, 9-IV-47.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Roma el 9 de mayo de 1947.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Roma el 10 de mayo de 1947. Hay un pequeño error: S. Juan de la Cruz estuvo preso en Toledo, no en Beas.

Charles Baudelaire, *Diarios Íntimos*, Buenos Aires, Galerna, 1977, p. 84.

Cf. Cap. XI.

Borrador de carta al Dr. Aldo Cachioni, fechado en Roma en abril de 1947.

Antecedentes, p. 3; **Conversaciones**, p. 134. Así surge del borrador de carta dirigida al P. Hugo de Achával, fechado en Roma el 26-V-47: «*Por suerte [...] no ha sido necesaria*».

Diario, 10-IX-29 y 8-XII-29.

Diario, 15-IV-47. Por otra parte, resulta chusco lo que cuenta en otra carta. En el mes de junio beatificaron a María Goretti, *«una niña de 12 años asesinada a puñaladas por un señor de 24, [...] y cuyo cuerpo vi en un ataúd de plata en la Basílica de San Juan y Pablo. El asesino se convirtió y después de 28 años de cárcel es ahora fraile lego. Los monseñores querían hacerlo aparecer en la ceremonia de la beatificación, pero él tuvo el buen gusto de esconderse»* (Borrador de carta a «Kika» Eguren, fechado en Roma el 15 de junio de 1947).

Epílogo a *El Señor del Mundo*, Buenos Aires, Itinerarium, 1958, p. 290. Y en la siguiente página: «*Benson no ha tenido la idea (o la ha perdonado al lector) de la corrupción interna específica de la religión; de la confusión dentro del redil y no solamente afuera*».

Kirkegord, pp. 32 y 64.

Kirkegord, p. 38. Sobre el tema de la subjetividad y el criterio de la verdad, es obligada la referencia al primer capítulo de **San Agustín y Nosotros**.

Un país, p. [391] *et seq.*

R.H. Barrow, *Los Romanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 27. Otro inglés, Lewis, supo exponer claramente cuáles son las objeciones contra las permanentes innovaciones en materia litúrgica. «Un oficio litúrgico fijo tiene la ventaja de que sabemos qué nos espera. En cambio las oraciones públicas ex-tempore tienen esta dificultad: no sabemos si podemos unirnos a ellas -podrían ser falsas o heréticas. Es así que nos vemos compelidos a desarrollar simultáneamente dos actividades incompatibles: la crítica y la devocional. En una forma litúrgica fijada en el tiempo no hay sorpresas puesto que las conocemos desde antes: los rituales preestablecidos permiten que uno se dedique a sus devociones con entera libertad. Por otra parte, encuentro que cuanto más rígidos son, más fácil resulta evitar las distracciones. Y también, impiden que uno se deje absorber tan completamente por los acontecimientos del momento (la guerra, una elección, o lo que fuere). A su través, resplandece la forma permanente de la Cristiandad. No veo cómo el método de la liturgia ex tempore puede dejar de convertirse en algo provinciano y creo que tiene una gran tendencia a dirigir la atención más hacia el ministro que a Dios» (Carta a Mrs. Arnold escrita el primero de abril de 1952, en *Letters of C.S. Lewis*, London, Collins, 1988, p. 420).

Un pasito adelante..., artículo originalmente publicado en *Dinámica Social* (n. 56, Centro de Estudios Económico-Sociales, Buenos Aires, 1955, p. 16), y reproducido en **Cristo Vuelve**, p. 293.

Fariseos, p. 92.

Barletta, p. 226.

Borrador de carta a «*Kika*» Eguren, fechado en Roma el 15 de junio de 1947. Me anota Aníbal D'Angelo que esta poesía no es de Castellani y que a él se la enseñó su madre cuando tenía 10 años.

R. L. Bruckberger, *Carta Abierta a Jesucristo*, Buenos Aires, EMECE, 1974, p. 46.

Fariseos, p. 151.

Peter Kreeft, *Ecumenical Jihad*, San Francisco, Ignatius Press, 1996, p. 57 *et seq.* En igual sentido, pero con distinciones muy necesarias para los tiempos que corren, se leerá con gran provecho el excelente trabajo de Federico Mihura, *Rigor y Dulzura en Cristo... y en el Mundo*, publicado en *Meditaciones Ociosas*, ed. del Pórtico, Buenos Aires 1999, p. 87 *et seq.*

Malachi Martin, *The Jesuits, The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church*, New York, Simon and Shuster, 1987, pp. 492 y 495 *et seq.* Pero ya que lo citamos, registremos aquí que Martin tiene una mirada un poco macartista frente al progresismo. A él se le antoja que Janssens fue una especie de héroe, el último General de la Compañía en resistir el asedio modernista: «*A man more sinned against than sinning [...] He had also shown himself to be a man of great meekness and personal sanctity*» (p. 326). ¡Ja!

Romano Amerio, *Iota Unum*, París, Nouvelles Editions Latines, 1985, p. 15. Y un poco más adelante: *«El ilegítimo optimismo con el que se observa la declinación de la fe, la apostasía social, la deserción del culto y la depravación moral, nace de una teodicea falsa. Se dice que esto es bueno, porque obliga a la Iglesia a una toma de conciencia y a la búsqueda de soluciones verdaderas. Estas afirmaciones implican la negación del mal, tesis pelagiana. Si bien es cierto que los males pueden ser ocasión de bienes, en sí mismos -repitámoslo- permanecen males y no causan como tales ningún bien. La curación es indudablemente un bien relativo respecto de una enfermedad y se encuentra condicionada por ella, pero no es un bien inherente a la misma y ciertamente no reconoce por causa a la enfermedad.»* (p. 17.)

Benjamín Benavides, p. 312.

Parábolas, 277.

Benjamín Benavides, p. 422 *et seq.*

Seis Ensayos, p. 13 *et seq.*

El Enfermo en **Dulcinea**, p. 251. Todo este capítulo constituye una larga jeremiada en la que Castellani revela con todo candor cómo sus visiones afectan su salud, y viceversa.

Benjamín Benavides, p. 325. En su **Diario**, Castellani anota el 2 de junio de 1947 lo siguiente: «*Por el amor de las almas que me han sido confiadas, debo cuidar de mi salud y buen nombre y vivir hasta que Dios me mate. No suicidarme*».

Ibíd., p. 313.

Apokalypsis, p. 188. Para el interesado en la cuestión de Roma y su significación en las Escrituras, remito a la nota (11) del Capítulo XII.

Diario, 22-V-47.

Borrador de carta a Juan B. Janssens S.J., fechado en Roma el 24-V-47.

Borrador de carta a Luis Parola S.J., fechado en Roma el 2 de junio de 1947.

Diario, 25-V-47.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával, fechado en Roma el 26-V-47.

Diario, 1-VI-47.

Diario, 11-VI-47.

Diario, 18-VI-47.

Diario, 14-XI-47.

Diario, 12-VI-47.

Se trata de los que tenía pensado intitular «*Militis se enoja*» (**Decíamos Ayer...**) y «*¿Vuelve Cristo o no vuelve*» (**Cristo, ¿vuelve o no vuelve?**). La orden se la da a Ramón Eguren (Borrador de carta fechada en Roma el 12 de junio de 1947).

Diario, 18-VI-47.

Benjamín Benavides, p. 366.

Ibíd., p 368.

Cf. **Antecedentes**, p. 4, reproducido en **Reseña**, p. 368 y **Conversaciones**, p. 134.

Fierro, p. 155.

Diario, 14-VII-47.

Diario, 20-VI-47.

Borrador de carta a César Pico, fechado en Madrid, entre el 20 y el 26 de junio de 1947.

Diario, 29-VI-47. Aníbal D'Angelo me anota que en la calle Pinar estaba el Colegio Mayor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que Castellani ha equivocado la sigla.

El humor español, en **Nueva Crítica**, p. 516 *et seq.*

Ruiseñor, p. 63 *et seq.*

Diario, 2-VII-47. Todos los que anduvieron en estos trenes españoles de posguerra los recuerdan como los peores de su vida.

Diario, 6-VII-47.

Diario, 7-VII-47.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado en Sarriá, el 7 de julio de 1947.

Diario, 1-XI-47.

Barletta, p. 226.

Vittorio Messori, *Hipótesis sobre Jesús*, Buenos Aires, Ediciones Don Bosco Argentina, 1987, p. 362.

Domingueras I, p. 215 *et seq.*

Diario, 12-VII-47.

Idem.

Fierro, p. 126.

Diario, 13 de julio de 1947.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado el 14 de julio de 1947.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza O.F.M., fechado el 21 de julio de 1947.

Diario, 6-IX-47.

Diario, 11-V-48.

Diario, 11-VIII-48.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza O.F.M., fechado el 21 de julio de 1947.

Antecedentes, p. 4 y **Conversaciones**, p. 135.

Diario, 18 de julio de 1947.

Diario, 19 de julio de 1947.

Fierro, p. 118.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado el 26 de julio de 1947.

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J., fechado el 10 de agosto de 1947.

Fariseos, p. 93 *et seq.*

Carta a los Profesos de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, en **C. x C.**, p. 360.

Fierro, p. 122 *et seq.*

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Manresa el 31 de diciembre de 1948.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Manresa el 25 de noviembre de 1948.

Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 3 de junio de 1949.

Diario, 22-X-48.

Borrador de carta al P. Manuel Moledo, fechado en Manresa el 21 de octubre de 1947.

Estas obras fueron publicadas en el siguiente orden: *El libro de las Oraciones* apareció en 1951, al año siguiente, 1952, *El Ruiseñor Fusilado* y *El Místico* en un solo volumen; *Los Papeles de Benjamín Benavides* (incluyendo sólo los dos primeros «Cuadernos») apareció en 1954 y *Cristo y los Fariseos* recién en 1999.

Ruiseñor, p. 187, repetido en la p. 263 y reproducido en **Oraciones**, p. 281.

Diario, 21-VII-47. Tengo ante la vista un cuaderno con notas y referencias que serán luego la base de su formidable estudio sobre el Apocalipsis. Para darle una idea al lector, copio una página al azar (con un poco de imaginación se podrá reconstruir cómo estudiaba nuestro autor): «*Monsterrat, 13-IV-48: Loisy, Victorino Mártir (303) el más antiguo comnt. del Apoc. profesa el milen. y hace la theor. recipit. Nicolás de Lyra, 1329, toda la historia hasta un tiempo. Ribera. "In Sacr. Joh. Apoc. commentii", 1578 - "solamente los hechos de su tiempo y los los últimos tiempos". Mariana: se aproxima más al sentido histórico. Bossuet ha seguido a Alcázar y Grotius. Alló (1921) "ou il y a un grand étalage d'érudition et des pretensions a la critique scient."* En el "sucinto" las plagas anunciadas por los caballos son el comienzo de los dolores (Wellahusen, 11). La poca influencia que el Apoc. ejerce actualmente. Corinth XV - "no es difícil reconocer la idea de dos resurrecciones...". El "apocalípsis sinóptico" corona los evangelios. Ultimos años del reino de Domiciano (Irineo)? "El siendo el era y el viniente". Loisy interpeta el Apocalipsis como si fuera un sueño, el delirio de un esquizofrénico religioso. ¿Para qué pues gastar tiempo en estudiar penosamente el libro? ¿Para darle el sentido "subjetivo", es decir, lo que quiso decir el demente del autor? ¿Vale eso la pena? No. Lo que vale la pena es destruir la religión y la fe católica. Las siete copas abren la perspectiva del fin; pero los hombres "no hacen penitencia". Son el Argé Udinón. El cántico de Moisés y del Cordero a la vez, para significar el común martirio de israel. y cristianos: conversión de los judíos, contemp. de las copas. "Y nadie podía entrar en el templo" La oscuridad y falta de profetas y místicos en los últimos tiempos...». Apuntes como éstos llenan página tras página.

Casi diez años después Castellani todavía sufría de eso, aunque, claro, la Compañía ya no era la única culpable: *«He aprendido en mi vida, bien, como el que más, tres oficios, sacerdote, profesor y escritor; y este país no me deja ejercitar ninguno; máxima humillación para un hombre de corazón, tener que mendigar pudiendo trabajar. Trabajo igual; y trabajando igual, al máximo de mis facultades, no gano para comer»*. (Borrador de carta a Federico Ibarguren, fechado en Buenos Aires el 24 de julio de 1956).

El Ruiseñor, en **Camperas**, p. 183 *et seq.* y como «*Portada*» de **Ruiseñor**, p. [5]

Fierro, p. 163.

Ruiseñor, p. 57.

Borrador de carta a Ramón Doll, fechado en Manresa el 27 de febrero de 1949. Sobre Carranza véase la *Parábola del Trigo y la Cizaña (II)* en **Parábolas**, p. 145 *et seq.* Según el **Diario**, leyó el caso en la *Historia de los Heterodoxos Españoles* de Menéndez y Pelayo estando en Manresa: «Los “Heterodoxos” al fin es una obra escrita por un jovencito lleno de entusiasmo patriótico, sin experiencia de la vida, sin gran penetración psicológica ni moral, sin estudios de teología ni vocación teológica; que se atiene a lo exterior y a lo jurídico» (**Diario**, 23 de noviembre de 1947). El caso de Carranza ha sido bien expuesto por José Ignacio Tellechea Idígoras en su estudio publicado como *Introducción General* al libro de Bartolomé Carranza de Miranda: *Comentarios sobre el Catechismo christiano*, Madrid, 1972, B.A.C., Tomo I, págs. 3-107. El dominico fue un buen teólogo, se había desempeñado como Inquisidor en Inglaterra durante el reinado de María Tudor y además su actuación en Trento había sido notable. Felipe II quiso nombrarlo Arzobispo de Toledo y Carranza rechazó el cargo, pero luego debió aceptarlo por obediencia al mandato del General de los Dominicos. No caía sin embargo en gracia al Gran Inquisidor Fernando Valdés ni al teólogo Melchor Cano -este último también de la Orden de los Predicadores-. Encontraron muchas proposiciones censurables en su *Catecismo*, un grueso volumen de 433 folios editado en 1558 en Amberes y acusaron a su autor de haber mantenido contactos secretos con los protestantes. Carranza estaba dispuesto a aclarar o corregir cuanto fuese necesario, incluso a destruir su *Catecismo*, pero Valdés no tenía intenciones de soltar la presa. Para que el proceso resultase interminable, los inquisidores multiplicaron las acusaciones. A lo largo del juicio se acumularían quince, tratadas con una lentitud desesperante y los acusadores no encontraban dificultad en hallar proposiciones heréticas, malsonantes, sospechosas o temerarias porque tomaban las frases no sólo fuera de contexto sino también de apuntes en los que Carranza se había limitado a copiar las sentencias de los protestantes. Como dice Castellani, «prevaleció la política... y la confusión» (**Parábolas**, p. 146 *et seq.*). En 1566 San Pío V accedió al trono de Pedro y advirtió que Carranza había sido censurado «con poca caridad y aún con malignidad, y que las herejías no estaban en el *Catecismo* sino en las censuras» (cf. Brian Farrelly O.P., en un artículo titulado *Historia de un Clásico de la Literatura Espiritual*, publicado en *Estudios Teológicos y Filosóficos*, Tomo X, 1979, Fascículo I, p. 73). Como fuere, el Papa decidió absolverlo y envió a su Maestro de Cámara, Alejandro Casale, para que comunicase a Felipe II la sentencia, antes de que ésta fuese publicada. Casale, empero, se demoró excesivamente y el Papa murió antes de hacer pública su decisión. Lo sucedió Gregorio XIII, el Cardenal Buoncompagni cuyo informe sobre el caso había decidido a San Pío V a trasladar el proceso a Roma. El nuevo Pontífice se las ingenió para no condenar ni absolver al Arzobispo de Toledo: lo declaró vehementemente sospechoso y lo obligó a abjurar “*ad cautelam*” de dieciséis proposiciones. Durante cinco años no podría administrar la Iglesia de Toledo y mientras tanto debería residir en el convento dominicano de Orvieto. El libro de Carranza fue puesto en el “Index”. Diecisiete días después, el 2 de mayo de 1576 Carranza entregaba su alma a Dios, y el Papa ordenó que se colocara este epitafio: «Aquí yace Bartolomé Carranza / Ilustre por su Linaje / Vida, Doctrina, Predicación y Limosnas / Grandemente Honrado / por el Emperador Carlos y su Hijo Felipe II / Varón de Ánimo / Modesto en la Prosperidad». Quien dos semanas antes había declarado al Arzobispo de Toledo sospechoso de herejía, ahora lo reconocía «ilustre por su doctrina y predicación».

Dulcinea, p. 247.

El Evangelio, p. 157. Aquí refiero obligadamente al ensayo de Simone Weil, *La desgracia y el amor de Dios*, incluido en *La espera de Dios* (hay una edición en castellano publicada por Sudamericana) y una traducción mía en etvoila.com.ar

Diario, 30-VII-47. Con esta pregunta inicia dos días después un Epigrama que comienza así: «¿*Qué se me importa a mí de mí? / Me importa el nombre del Mayor Artista / y la gloria de Dios, Sumo Poyecta...*» (cf. **Oraciones**, p. 231).

Diario, 13-I-48.

Diario, 17-I-48.

Diario, 72-II-48.

Diario, 4-IX-47.

Diario, 6-X-48.

Diario, 5-IX-47.

Borrador de carta a Héctor Mandrioni, fechado en Manresa el 9 de diciembre de 1947.

Diario, 24-I-48.

Diario, 16-VII-48. No sabemos quiénes son «*Gonz.*» ni «*Manolo*», pero conjeturamos que el primero es Rafael González S.J. y el segundo el P. Manuel Moledo.

Diario, 24-II-48.

Diario, 10-IX-47.

Diario, 16-I-48.

Diario, 6-I-48. Cuentan que cuando lo detuvieron a Muñoz Seca para fusilarlo dijo «*Pueden sacarme todo, menos el miedo que tengo*».

Diario, 26-X-47.

Diario, 14-XI-47.

«El peligro de lo estudios en Inglaterra es la literatura heterodoxa, que en cierto modo impregna el ambiente. No temo tanto de la literatura crudamente atea, como las novelas de Hardy y Galsworthy o los poesías de Swinburne, cuanto de la literatura «modernista» que es una gran masa en Inglaterra y cuenta con grandes autores como Huxley, Shaw, Butler, Beresford... El “modernismo” es la herejía moderna, el protestantismo en su último grado de disolución. Es un «naturalismo» una especie de adulteración del cristianismo que conservando una vaga religiosidad y a veces la misma fórmula de los dogmas cristianos (como en Unamuno) los adultera vaciándolos de su contenido sobrenatural y aun de su objetividad convirtiéndolos en expresiones de la subjetividad o en «mitos de lo divino que hay en lo humano». Esta herejía es sutil y peligrosa, e impregna el ambiente actual. No creen en la segunda venida de Cristo, dan a la Iglesia Católica como una institución que ha hecho su tiempo y al cristianismo como sujeto a la «evolución». En el fondo hay un inmanentismo o panteísmo, y más adentro todavía la adoración sacrílega del hombre en lugar de Dios, según me parece. Eso en los peores: hay muchos que son simples contagiados como el dicho Unamuno. Pero también hay en Inglaterra una espléndida literatura católica, por ejemplo la poetisa tocaya suya Alice Meynell (muerta ya,) Mary Coleridge, que me gusta muchísimo -y grandes novelistas, como Maurice Baring y Sheila Keith Smith- y otros más modernos que no recuerdo» (Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado en Manresa el 29 de septiembre de 1947).

Conversaciones, p. 80. Se encontrará el relato de una excursión que hicieron los tres, Castellani, Padró y Talaverón, a ver una «*exposición retrospectiva*» de Picasso y la consiguiente discusión sobre su pintura en **San Agustín**, p. 220.

Diario, 5-X-47.

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J. fechado en Manresa el 12 de septiembre de 1947.

Diario, 8-IX-47.

El Místico en **Ruiseñor**, p. [315].

De hecho salió publicado junto con su trabajo sobre Jacinto Verdaguer, *El Ruiseñor Fusilado*, casi treinta años después.

Ruiseñor, p. 261.

Diario, 16-IX-47.

Fierro, p. 155.

Idem.

Diario, 21-IX-47.

Borrador de carta a la Hna. Jacinta Acosta, fechado en Manresa el 14 de noviembre de 1947. Creemos que la conoce del tiempo de su estancia en Mar del Plata en el verano del '45/'46.

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J. fechado en Manresa el 21 de septiembre de 1947.

Borrador de carta al P. Manuel Moledo, fechado en Manresa el 23 de septiembre de 1947.

Fierro, p. 157.

Borrador de carta al P. Manuel Moledo, fechado en Manresa el 23 de septiembre de 1947.

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J., fechado en Manresa el 25 de septiembre de 1947.

Diario, 7-X-47.

Fierro, p. 153.

Diario, 10-X-47.

Diario, 11-X-47. A Monserrat le decían «Tita» y Castellani le dedicó una poesía con ese título; en pie de página explica las circunstancias en que la escribió, compadecido de esta huérfana: «*Escribí primero en nombre de su padre, y después en el mío propio*» (**Oraciones**, p. 413).

Fierro, p. 158.

Borrador de carta al P. Manuel Moledo, fechado en Manresa el 20 de octubre de 1947.

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J., fechado en Manresa el 12 de octubre de 1947.

«Traducción libre del Miserere en latín que se celebró en la Catedral de Buenos Aires el 16 de abril de 1945, enviada por Sancho I desde su prisión en la Patagonia» (cf. **Sancho**, p. 309).

Borrador de carta al P. Cándido Mazón S.J., fechado en Manresa el 12 de octubre de 1947.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado en Manresa el 22 de octubre de 1947.

Diario, 25-X-47.

Diario, 27-X-47.

Diario, 28-X-47.

José Ignacio Tellechea Idígoras, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Salamanca, Sígueme, 1994, p. 153.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Manresa el 27 de octubre de 1947.

Diario, 30-X-47.

Diario, 29-X-48.

Borrador de carta a María Magdalena Castellani de Pagano, fechado en Manresa el 7 de no-viembre de 1947.

Diario, 9-XII-47.

Diario, 11-XII-47.

Diario, 25-XII-47.

Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado en Manresa el 25 de enero de 1948.

Diario, 30-I-48.

Diario, 11-II-48.

Carta de Florencio Gamallo fechada en el «Hotel París», de Madrid, el 28 de febrero de 1948.

Diario, 15-II-48.

Diario, 4-III-48.

Diario, 8-III-48. Cf. *La Injusticia*, Cap. II de la Parte Cuarta de Benjamín Benavides.

Diario, 19-VIII-48.

Diario, 9-III-48.

Diario, 10-III-48.

Diario, 12-III-48. Unos días después se «ordena» olvidar el asunto: *«El denostar a Don Julio no está bien, aunque no fuera más que por esto: no revolver. Todo lo pasado debe ser olvidado»* (**Diario**, 24-III-48). Y a pesar de todo no lo logrará, del todo, jamás.

Diario, 24-III-48. La prédica ocurrió el 2 de abril delante de «*público absurdo*». El interesado en ver si «*sirve*» o no para eso, puede consultar la homilía correspondiente en **C. x C.**, p. 173 *et seq.*

Diario, 18-III-48.

Diario, 25-III-48.

Diario, 24-III-48.

Diario, 2-V-48.

Diario, 28-III-48.

Alguna parte de esas traducciones se hallarán en **Benjamín Benavides**, p. 81 *et seq.*

Diario, 22-IV-48.

Diario, 18-IV-48.

Diario, 30-III-48.

Diario, 10-V-48.

Diario, 11-V-48.

Diario, 14-V-48.

Benjamín Benavides, p. 16.

Diario, 14-V-48.

Diario, 22-VIII-48.

Diario, 16-VI-48.

Diario, 13-V-48.

Diario, 15-V-48.

Diario, 17-V-48.

Diario, 19-V-48.

Diario, 20-V-48.

Diario, 23-V-48.

Diario, 24-V-48.

Conversaciones, p. 81. Castellani siempre le quedó agradecido al médico catalán: «*Cristo a quien siempre serví / Por qué tanto me persigues- / Te ruego almenos te obligues / A premiar si yo algo valgo / A ese dotor tan hidalgo / José Córdoba y Rodríguez*» (**Fierro**, p. 174). Hasta conocerlo, Castellani se creía víctima de una más o menos incipiente «*neurastenia de Beard*». La «*neurosis de situación*» que podría eventualmente desembocar en un «*delirio afectivo*» son diagnósticos de este Dr. José Córdoba y Rodríguez (cf. **Ruiseñor**, p. 37 *et seq.*). Fue él el que lo había estudiado en el caso de Rousseau de dónde las cuestiones que mueve Castellani en una de sus conferencias del año '53 (cf. *Los Afectos: el delirio de Juan Jacobo* en **Psicología**, p. 185 *et seq.*). Allí dice que los que padecen estos desórdenes están en «*el borde de la demencia*» (p. 202). La descripción de esto en verso se encuentra hecha en **Fierro**, p. 171 *et seq.*

Borrador de carta a Ramón Eguren, fechado en Manresa el 11 de febrero de 1949.

Diario, 6-V-49.

Antecedentes, p. 4, **Conversaciones**, p. 135. En **Reseña** se omite esta referencia (p. 368). Todavía más alejado de la realidad parece la relación que le hizo a Pablo Hernández treinta años después: en efecto, en aquella oportunidad contó que *«un médico de la casa de Manresa que se llamaba Ombravella y que era argentino me empezó a poner unas inyecciones brutales. Son una inyecciones que usan para los locos en vez de camisa de fuerza. Causan un dolor tremendo»* y todo eso, por una «enfermedad leve» (cf. **Conversaciones**, p. 81). Como hemos visto, en Manresa no había médico; nunca se trató con un médico argentino; Ombravella era catalán; las inyecciones no causaron nada de eso y no le fueron indicadas por una enfermedad leve.

El Poema Inconcluso, en *Estudios*, Revista de la Academia Literaria del Plata, n. 347, Buenos Aires, 1940, pp. [441]-442.

«Yo [...] he encontrado en mis poesías, releyéndolas ahora, prenuncios o respuestas a situaciones futuras, que me han llenado de asombro, una cantidad de desgracias que yo no podía saber entonces; eso sí, todo lo que no era desgracia no se me cumplió» (**Psicología**, p. 253). Sobre esto hay una nota graciosa al fin de la Primera Parte de **Dulcinea**: «Ésta es la parte del libro escrita en 1946, exactamente del 13 al 26 de marzo, en la Parroquia Sagrada Familia, de Mar del Plata, Puerto. Si alguna de las cosas imaginadas entonces se verificaron después en forma idéntica o parecida (cosa que el lector y no yo juzgará), el autor protesta que no tiene la culpa: que no ha modificado ahora en nada sustancial su manuscrito (aquí está para quien desearé revisarlo) y que no posee, que él sepa al menos, el don de profecía; y si lo poseyera tendría que saberlo, según enseña Santo Tomás de Aquino. El don de profecía consiste en decir con mucho tiempo de antemano lo que va a suceder; y después poder explicar por qué no sucedió (como hizo el profeta Jonás y Don Orione)» (p. 106).

Diario, 30-V-48.

Diario, 1-VI-48.

Diario, 2-VI-48.

Diario, 7-VI-48.

Diario, 9-VI-48.

Diario, 16-VI-48.

Diario, 28-VI-48.

Diario, 29-VI-48.

Diario, 6-VII-48.

Borrador de carta al Capitán Santiago Farrel, fechado en Manresa el 19 de julio de 1948.

Diario, 26-VII-48. «*Hiena triste*» como «*Gran Vizir*» son algunos de los apodos que Castellani reserva para Janssens.

Copia de carta a Juan Bautista Janssens S.J., fechada en Manresa el 15 de agosto de 1948.

Diario, 28-VII-48.

Diario, 9-VIII-48.

Diario, 11-VIII-48.

Diario, 31-VIII-48.

Borrador suelto de carta a Mons. Di Pasquo, sin indicación de fecha ni lugar.

Diario, 3-IX-48.

Diario, 12-IX-48. Recién para la fiesta de Navidad del '48 ensaya una respuesta a Janssens -que no envía: *«Recibí su carta del 11 de Sepbre... que no pude contestar hasta hoy por falta de fuerzas. Por supuesto que no puedo aceptar en conciencia el rescripto 309/41, que nunca pedí, y una vez rechacé; y rechazaré siempre con la ayuda de Nuestro Señor. Para mí no es solución ninguna; al contrario, sería un suicidio»*. Y en otro lugar: *«Esta carta “homicida” me produjo un colapso nervioso que duró 15 días reduciéndome a la impotencia. Respondí después a la S.C. de Religiosos que “estando en mi sano juicio no firmaría jamás una mentira”»* (cf. **Conversaciones**, p. 136).

Diario, 6-X-48.

Carta de Mons. Emilio A. di Pasquo, fechada en San Luis el 15 de septiembre de 1948.

Borrador de carta a Arnaldo Castellani, fechado en Manresa el 3 de noviembre de 1948.

Borrador de carta a Arnaldo Castellani, fechado en Manresa el 10 de noviembre de 1948.

Diario, 6-XI-48.

«Lo admiré cuando niño y fue mi maestro. Es un buen maestro. Pero no es más que eso. No es poco sin embargo. Es un pedagogo de genio. Tiene una memoria genial y un buen entendimiento. No tiene el entendimiento que crea sino el que comprende: crítico y no poeta. Que nadie lo desprecie por eso, pero que tampoco sea puesto donde no debe estar, donde él mismo, con su afable modestia, rehusaría estar. Tiene el entendimiento que comprende, juzga, discrimina, expone, explica; el entendimiento conceptual, no el intuitivo. Su conocer es sólido y es vastísimo, pero no penetrante ni profético. Él mismo lo conoció cuando prefirió encerrarse en el mundo de los libros y en el “trato con los muertos”, como dice en su estudio sobre Heine». (**Diario**, 1-XI-48).

«Fue un hombre sonoro, un entendimiento fácil y vivaz, un orador. Su grandeza fue unirse a la tradición española. Personalmente tiene todos los defectos de un rico bueno. Las cosas que conoce profundamente son las que siente, y las que siente son las que le atañen como noble español: los ataques a la propiedad y a la familia, la ruina de la monarquía, el derrumbe de las barreras de Occidente, la muerte del dorado siglo XIX. ¿Fue un profeta? Se equivocó en la mayoría de sus pronósticos, y los que acertó son pronósticos de la Iglesia y no suyos; y aun en esos, erró en el tiempo, creyéndolos más cercanos de la realidad. Fue un gran hombre; pero nada más que orador. Lo que dice un gran orador es soberanamente válido para el momento; no para el futuro». (**Diario**, 20-XI-48).

«Sistematizó la decadencia de la Escolástica, y por el vigor de su Orden, de las armas imperiales y del interés de la Contrarreforma la galvanizó con una pseudo vida durante dos siglos. Nadie lo lee hoy y sobre todo nadie lo critica. Los protestantes no lo refutaron. Soldó con apariencias de unidad pedazos del tomismo, escotismo y occamismo. No fue un gran metafísico: hizo con la metafísica escolástica una fachada barroca para adorno del Imperio». (**Diario**, 24-XI-48).

Diario, 25-XI-48. El interesado encontrará un original trabajo sobre Oscar Wilde en **Fariseos** (p. 113 *et seq.*).

«Quizá los contrastes de estos últimos tiempos, ruina, presión, etc., quizá ya marcado desde la operación de 1946 que Carchín predijo ineficiente. R.I.P.». (**Diario**, 29-XI-48).

Borrador de carta a Arnaldo Castellani, fechado en Manresa el 3 de noviembre de 1948.

Borrador de carta al P. Hugo de Achával S.J., fechado en Manresa el 21 de octubre de 1948.

Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 20 de diciembre de 1948.

Diario, 24-XII-48.

Borrador de carta al P. Francisco Gaza C.M.F., fechado en Manresa el 31 de diciembre de 1948.

Borrador de carta a Alicia Eguren, fechado en Manresa el 25-XII-48.

Fierro, p. 138.

Borrador de carta a la Madre Inés, O.C.D., fechado en Manresa el 12 de enero de 1949.

Poesía copiada a máquina con el título de «*Respuesta Teórica a la Carta del 10 de septiembre*» y que lleva al pie la leyenda «*Manresa, 14-I-1949*».

Diario, 5-I-49.

Diario, 17-II-49.

Diario, 8-I-49.

Diario, 13-I-49.

Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 2 de febrero de 1949.

Borrador de carta a Juan Carlos Goyeneche, fechado en Manresa el 7 de febrero de 1949.

Parábola Quinta por Bruno de la Cueva, (*Presencia*, n. 1, Buenos Aires, 2048, pp. [6]-[7])
reproducida en **Benjamín Benavides**, p. 217 *et seq.*

Un mes después lee «*La Montaña Mágica*» de Thomas Mann, libro que le produce pésima impresión: «¡*Le dieron el Premio Nobel! Eso arroja luz sobre el Premio Nobel*». Pero registra una coincidencia: «*Como curiosidad anotaré aquí que la coincidencia casual de mi libro Benjamín Benavides, escrito todo él antes de conocer éste, en varios puntos. El personaje judío-convertido que termina por un presunto suicidio, el hecho de hallarse enfermo y en un camp, que responde al “sanatorio”, y la ocasión de intercalar una teoría en forma de discusiones... Parecería que yo conocía el libro y quise hacer una contraparte. No lo conocía más que de nombre, ni siquiera por recensiones*». (**Diario**, 12-III-49).

Diario, 26-II-49.

Borrador de carta a Mons. Francisco B. Büchl, fechado en Manresa el 7 de marzo de 1949.

Borrador de carta a Héctor Delfor Mandrioni, fechado en Manresa el 30 de marzo de 1949.

Diario, 12-III-49.

Fariseos, p. 17.

Castellani abrigaba la esperanza de terminarlo cuando estuviese en mejores condiciones: «*No importa: esos capítulos comenzados aquí podrían, si Dios quiere concluirse en otra parte*» (Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 3 de junio de 1949).

Diario, 21-III-49.

Diario, 28-IV-49.

Originalmente publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (XIII, 2, 2053) ha sido recientemente reproducido en **C. x C.**, p. 42 *et seq.*

Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 3 de junio de 1949.

Idem.

Diario, 25-V-49.

Borrador de carta a Mons. Tavella, fechado en Manresa el 3 de junio de 1949.

Diario, 30 de mayo de 1949.

Diario, 1-VI-49.

Diario, 10-VI-49.

Diario, 24-VI-49.

Fierro, p. 153.

Antecedentes, p. 5. *V.q.* **Reseña**, p. 368.

Conversaciones, p. 81 *et seq.*

Diario, 25-VI-49.

Diario, 1-VII-49.

Diario, 10-VII-49.

Diario, 13-VII-49.

Diario, 16-VII-49.

Ibíd., p. 82 *et seq.*

Fierro, p. 177.

Diario, 17-VII-49.

Diario, 17-VII-49.

Diario, 18-VII-47.

Reseña, p. 368. Y en otro lugar dice que «*reserva*» el nombre de esos amigos que lo ayudaron a escapar (**Conversaciones**, p. 137).

Fierro, p. 175.

Conversaciones, p. 82. El asiento en su **Diario** es más breve: «*Avión. Casi se me escapa, culpa del Cónsul. Lo corrí*». (**Diario**, 20-VII-49).

Fierro, p. 178.

Ibíd., p. 182.

Idem.

Retirada de tapa de **Catecismo**, p. [193].

Conversaciones, p. 138. En otro lado, la versión es más benigna para con la promesa de Moglia: «*lo que no se cumplió*» (**Reseña**, p. 369).

Copia de carta del P. Juan Bautista Janssens S.J. a Juan Moglia S.J., fechada en Roma el 6 de septiembre de 1949.

Conversaciones, p. 138. Tengo ante la vista un Protocolo de Orina de unos meses después, hecho en Salta, y que arroja «*por el método de Flon y WU: 2,02 gr. de glucosa por mil*». Firma el Dr. José Teófilo Solá Torino.

Ibíd., p. 139.

Copia de carta al P. Juan Moglia S.J. fechada en Buenos Aires a siete de septiembre de 1949.

Ibíd., p. 29. Ver el Cap. 11 de este mismo libro.

Castellani contestará el cargo indirectamente, comenzando su respuesta con un «*Eres bastante inteligente para tu edad, vale la pena decirte la verdad*».

Job, 23:24-29. La clave de todo está, sin dudas, en el gran descubrimiento de Martin Buber: «*La más obvia e importante de las diferencias entre los discursos de Job y los discursos de sus tres amigos es algo que se nos escapa por la misma razón que los nombres de los continentes en letras mayúsculas nos pasan de-sapercibidos y el caso de la famosa carta robada de Poe (en el famoso cuento corto), carta a plena vista, no fue advertida por la policía que la buscaba en cada rincón y escondite de la casa; es demasiado grande, está de-masiado cerca, es demasiado obvia, como la nariz en la cara (la mía, por lo menos). Yo no me había dado cuenta hasta que me lo señaló Martin Buber, y este descubrimiento me iluminó el libro de Job como ninguna otra cosa podía hacerlo: la diferencia radica en que los tres amigos hablan sobre Dios mientras que Job le habla a Dios*» (cf. Peter Kreeft, *Three Philosophies of Life*, San Francisco, Ignatius Press, 1989, p. 90).

Respuesta de Torti, en *Jauja*, nn. 25-26-27, Buenos Aires, marzo de 1969, p. 51. Castellani publica esta letra de Torti como «*respuesta*» a la suya, lo cual puede haber ocurrido cronológicamente. Sin embargo, leídas al revés (primero ésta, luego la de Castellani) se entienden mejor los términos de la discusión entre estos dos.

Ni con Elocuencia, ni con Dialéctica, reproducido en **C. x C.**, p. 308.

La Última Parábola, en **Decíamos Ayer**, p. 218.

Carta al P. Torti, fechada en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1949 y reproducida bajo el título de *Epístola a Torti*, en *Jauja* (nn. 25-26-27, Buenos Aires, marzo de 1969, p. 48). El interesado en ahondar en las diferencias entre Job y sus amigos hará bien en consultar el formidable libro de Peter Kreeft (*Tres Filosofías de Vida*, ed. Uca, Buenos Aires 2001, 2ª sección, pp. 77-120).

Conversaciones, p. 138. Tengo ante mí el decreto de expulsión firmada el 3 de octubre de 1949 por Juan Bautista Janssens S.J. y ocho Asistentes, facultado por el Papa Pío XII el 20 de septiembre del mismo año.

Catecismo, p. 183 et seq. ¿Y cuál sería «*la mentira colosal*» con que lo apuraron al Papa? Castellani dijo en la misma conferencia que le «*habían dicho al Sumo Pontífice que yo era de un escuadrón de nacionalistas que eran capaces de incendiar el Colegio del Salvador o lo estaban por incendiar*». En realidad, algunos años después el Colegio se «*quemó*» solo.

Transcribo íntegramente la sentencia: «*In nomine Domini. Amen. Vi peculiarium facultatum a Sanctissimo Domino Nostro Pio Papa XII die 20 septembris 1949 benine concessarum, quibus, iusta et gravi de causa, in dimissione P. Leonardi Castellani S.I., a quibusdam iuris requisitis dispensatus erat, A.R.P. Ioannes Babtista Janssens, Praepositus Generalis Societatis Iesu, die 3 octobris 1949 in consilium convenit cum septem suis Assitentibus Romae actu degentibus, i.e. cum R.P. Alfonso M. Martin, Assistente Italiae, R.P. Petro van Gestel, Assistente Germaniea, R.P. Bernardo de Gorostarzu, Assistente Galliae, R.P. Severiano Azcona, Assistente Hispaniae, R.P. Iosepho Bolland, Assistente Angliae, R.P. Vincentio A. McCormick, Assistente Americae, R.P. An-tonio Preseren, Assistente Slavico. Qui, cum diligenter, examinassent acta et documenta omnia ad causas pertinentia, hanc sententiam unanimiter tulerunt: Cum constet P. Leonardum Castellani per plures annos pertinaciter recusasse subicere se oboedientiae religiosae praeceptisque Superiorum, etiam post monitiones canonicas ei formaliter cum conminatione dimissionis intimatas, et singillatim noluisse obtemperare gravissimo praecepto oboedientiae, ei a Praeposito Generali secundum desideria Sanctae Sedis formaliter iniuncto, non se conferendi in Argentiniam, et, post iter illuc sine licentia factum, in Hispaniam redeundi -cum illam pertinaciam notoriam ipse reddiderit ex declarata voluntate nos obtemperandi: Christi Iesu nomine invocato et solum Deum ante oculos ponentes, infrascripti Praepositus Generalis et solum Deum ante oculos ponentes, infrascripti Praepositus Generalis et Assistentes declaramus, pronuntiamus, sententiamus: Patres Leonardum Castellani e Societate Iesu esse dimittendum eumque ex facultate a Summo Pontifice accepta dimittimus. Romae, in Curia Generalicia Societatis Iesu, die 3 octobris 1949». Más abajo se lee: «Sententiam hanc confirmamus, die 8 Octobris 1949, Pius PP. XII».*

Fierro, p. 222.

Cf. *Jauja*, *op. cit.*, p. 49.

Padre Castellani, Buenos Aires, A-Z editora S.A., 1986, p. 31.

Diario, 4-XII-30.

Table of Contents

[Advertencia bibliográfica](#)

[Reconocimiento](#)

[El Alambique \(1872 1880\)](#)

[Milonga del '900](#)

[Norte Bravo](#)

[Nuchi](#)

[Perfume de Mujer](#)

[Marzal](#)

[Don Quijote de la Pampa](#)

[Ascesis del '900](#)

[Cosa de locos](#)

[Moro](#)

[Zapatetas](#)

[Para siempre](#)

[De amicitia](#)

[Antisemita](#)

[Tercerón](#)

[El color del tiempo](#)

[Sembradura de vientos](#)

[El ocio y la vida intelectual](#)

[Pensar la Patria](#)

[Sobre tres modos de ver la guerra](#)

[El cura loco](#)

[A la Salinger](#)

[Dic Ecclesiae](#)

[Baile de Negros](#)

[Trajecito Azul](#)

[Mungué](#)

[Magnópolis](#)

[Job](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice sobre su doctorado](#)

[Índice onomástico](#)

[\(*\)](#)

[.\(*\)](#)

[\[i\]](#)

[\(x\)](#)

[.\(x\)](#)